EL MAHABHARATA

—

Vyasa

Versión original: *Mahabharata*
by Kamala Subramaniam.

Maquetado con LaTeX el 17 de enero de 2016.

Preámbulo

En mi primer viaje a la India, allá por 1984, encontré en una librería de Benarés la edición en doce tomos de la traducción del Mahabharata al inglés de Kisari Mohan Ganguli[1]. Por diversas razones no me era posible comprarlos en aquél momento, pero pensé que algún día lo haría. En aquella misma librería hojeé un libro sobre Gurdjieff en el que se decía sobre el Mahabharata: "Lo que no se encuentra aquí no se encuentra en ninguna parte." Esta frase se me quedó grabada en la mente y no fué sino mucho más tarde que supe que estas palabras provienen del propio Mahabharata.

En posteriores viajes a la India busqué en vano aquella versión de Ganguli que me había cautivado en Benarés. Sí encontré otras versiones, como la deliciosa traducción de partes escogidas de P. Lal, de apenas 250 páginas, de la que compré varios ejemplares y que leí con avidez y fascinación.

Por fin, en 1996, encontré en una librería de Connaught Place (Nueva Delhi) lo que ahora era una edición faximil de aquella que había visto en mi primer viaje a la India (con la diferencia de que ahora estaba editada en rústica, en cuatro gruesos volúmenes). También vi en aquella librería una versión del Mahabharata en un sólo volumen, más grande y de unas 750 páginas que destacaba entre todas las versiones "resumidas" que había visto. Esta versión me atrajo porque parecía algo intermedio entre la hermosa versión de P. Lal y la versión completa de Ganguli de varios miles de páginas. Dudando entre comprarlo o no, busqué en este volumen el capítulo del Bhagavad Guita (la parte del Mahabharata que mejor conocía) y hojeándolo por encima me satisfizo tanto que decidí comprarlo también. Esta versión intermedia, obra de la señora Kamala Subramaniam, parecía seguir muy de cerca al original al menos los episodios incluídos. Y según el prólogo incluía "todos los episodios y conversaciones importantes" y además "en algunos lugares no es un resumen sino el original".

La presente versión en español es, en su mayoría, una traducción de dicha versión en inglés de Kamala Subramaniam. Para realizar esta traducción he tomado como punto de partida una versión en español de Julio Pardilla publicada en 1997 por la editorial Edicomunicación en dos volúmenes. Esta obra se ajusta tan admirablemente al texto

[1]Disponible íntegramente en: www.sacred-texts.com/hin/maha/index.htm.

de Kamala Subramaniam, que si no fuera porque no hace referencia alguna a aquél, se diría que es su directa traducción al español. Además, pasando por alto cierto numero erratas y errores, realmente transmite la belleza de la dramatización lograda por la prosa de Kamala Subramaniam. Durante varios años, en mi tiempo libre, me he dedicado a cotejar diversas fuentes, pulir la traducción y corregir errores.

A medida que avanzaba el trabajo y que consultaba otras versiones en inglés y en español,[2] fue surgiendo el deseo de incluir algunos hermosos episodios del Mahabharata que, por no ser esenciales para el argumento central de la historia, no habian sido incluidos en la versión de Kamala Subramaniam. El propio Mahabharata nos dice que Vyasa compuso primeramente un poema llamado "Bharata" que contenía esencialmente la historia de los cinco Pandavas tal como ocurre en la obra de Kamala Subramaniam. Más tarde compuso otros poemas complementarios relatando historias de las generaciones anteriores a los Pandavas, historias de sus descendientes, notas aclaratorias, resúmenes e incluso un índice o "Libro de Contenidos" en verso. Esa versión ampliada es lo que es denominada por los eruditos el Maha-Bharata, o Gran Bharata.

Todos los episodios complementarios que he querido incluir en esta versión están sacados de la traducción completa de Ganguli. Algunos de ellos son parte del folcklore que rodea al Mahabharata y que en la India se pueden oír en trenes o autobuses de boca de gente sencilla y a veces incluso analfabeta. Otros episodios, menos conocidos, tienen interés como textos complementarios que sitúan la épica en su contexto cultural. Otros, en fin, decidí incluirlos simplemente por su conmovedora belleza o la profundidad de su enseñanza. El resultado es la presente versión en la que intentando conservar el estilo ameno de Kamala Subramaniam ampliando su versión con los episodios o pasajes que se citan a continuación:

Introducción. Textos seleccionados del *Adi Parva* (primer libro del Mahabharata) traducidos de la versión de Ganguli con apoyo en el primer volumen de Van Buitenen.

Libro 1. Los Orígenes: Los Capítulos I y II no aparecen en la versión de Kamala Subramaniam. Aquí están traducidos de la obra de Ganguli con apoyo en la traducción de Van Buitenen y en las versiones de P. Lal y de W. Buck.

En el Capítulo IX, "Satyavati y Bhishma" la conversación entre Satyavati y Bhishma está ampliada respecto a la que aparece en la versión de Kamala Subramaniam.

Libro 5. El Consejo: Capítulo XII. Krishna y Vidura. Lo que en la versión de Kamala Subramaniam es la frase final: "Krishna dio por terminada la cuestión y después hablaron

[2]Kisari Mohan Ganguli, "The Mahabharata"; P. Lal, "The Mahabharata of Vyasa"; A. B. Van Buitenen, "The Mahabharata. 1. The Book of the Beginning"; W. Buck, "Mahabharata Retold by William Buck"; Jean-Claude Carrière, "El Mahabharata"; Lidchi-Grassi, Maggi, "La batalla de Kurukshetra".

de muchas cosas.”, está ligeramente ampliado incluyendo la traducción completa del párrafo correspondiente a partir de la versión de Ganguli.

Libro 10. Después de la guerra: He indicado los puntos en donde comienzan los libros 10 a 18 de la obra completa.

VIGO, noviembre de 2008
EMILIO FARO



Prólogo

La señora Kamala Subramaniam ha abordado no sólo la realización de un resumen de la gran y maravillosa epopeya, *Mahabharata*, sino que además ha resaltado la magia de su interés humano y su profundidad espiritual. Además de resaltar la historia central, ella ha puesto en su debido lugar todos los episodios y conversaciones importantes.

En 1951 escribí lo siguiente sobre el *Mahabharata*:

> "El *Mahabharata* no es una mera epopeya; es un romance que cuenta la historia de heroicos hombres y mujeres, algunos de los cuales eran divinos; es una literatura completa en sí mismo, que contiene un código de vida, una filosofía de la relaciones sociales y éticas, y un pesamiento especulativo sobre los problemas humanos que es difícil de igualar. Pero sobre todo, tiene como corazón el *Gita*, que es, como el mundo está comenzando a descubrir, la más noble de las escrituras y la más grande saga, el climax de la cual se alcanza en el Unécimo Canto. Solamente a través de tales libros, estoy convencido, conseguirá un día la armonía subyacente a la verdadera cultura reconciliar los desórdenes de la vida moderna."

Para un lector de habla inglesa, este volumen hará ver la validez del comentario hecho por generaciones de autores de la india, a saber: "lo que no se encuentra aquí no se encuentra en ningún sitio".

El estilo de la señora Subramaniam es lúcido y expresivo. En algunos lugares no es un resumen, sino el original.

La señora Subramaniam ha rendido un gran servicio al público de habla inglesa que no ha tenido ni el tiempo ni la preparación para leer el original.

La congratulo por la concienzuda labor que ha puesto en la preparación de este volumen.

BOMBAY,
26 de mayo de 1965 K. M. MUNSHI

Prefacio

Durante muchos años el MAHABHARATA me ha tenido en ascuas. El RAMAYANA y el MAHABHARATA son la dos epopeyas famosas de la India y de ellas el MAHABHARATA es la más larga. Contiene más personajes y la historia es también más complicada que la del RAMAYANA.

En mi época, esto es, hace vienticinco o treinta años, los niños estaban más familiarizados con estas dos historias de lo que lo están ahora. Era frecuente entonces escenificar estas historias y también solía haber HARIKATHAS donde las historias eran narradas a una audiencia. Pero ahora los tiempos han cambiado; he observado que en general a los niños y a los jóvenes de hoy les son desconocidas esas dos historias. Es una situación triste.

Siempre he querido compartir el MAHABHARATA con todo el mundo, especialmente con los jóvenes, lo cual encierra ciertas dificultades de las cuales la más evidente es, por supuesto, el tamaño del libro. Está compuesto de dieciocho volúmenes, "Parvas", como se llaman en sánscrito; y cada uno consta de unas trescientas o cuatrocientas páginas de poesía. A menos que uno se entregue a la epopeya no es posible leerla en su totalidad fácilmente. El idioma es el siguiente obstáculo. Hoy en día hay muy pocos jóvenes que conozcan el sánscrito lo suficiente como para leer el libro en la versión original. La única alternativa es leer traducciones.

He visto varias traducciones del MAHABHARATA y ninguna es satisfactoria. Son todas traducciones *literales*. Una traducción literal es como el reverso de un tejido: todos los hilos están ahí, pero el dibujo ha desaparecido. Así ocurre con esta gran epopeya: no es posible hacerle justicia con una traducción literal. El inglés usado por el traductor no es adecuado para los elaborados símiles que son comunes en sánscrito. Permítaseme citar un par de ejemplos. En sánscrito a Arjuna se le llama "Bharatarshabha". Esto es muy agradable al oído en sánscrito, pero cuando se traduce se convierte en "Oh toro de la raza Bharata". Se ve lo horrible que suena. Otro ejemplo: a una mujer se le llama "Madagajagaamini" en sánscrito, que traducido es: "Oh mujer con el porte de un elefante en ruta", lo cual suena ridículo. Las traducciones literales no sirven debido a la vasta

diferencia entre las formas de descripción orientales y occidentales. Las ideas indias de belleza son muy diferentes de las del occidente.

Por otro lado tengo varias versiones condensadas del MAHABHARATA que nos dan simplemente la historia de la epopeya. Esto tiene un defecto. La historia está ahí, pero los personajes en la historia no son tratados correctamente. No pueden serlo, pues no hay espacio para ello.

Durante mucho tiempo he querido escribir un libro que corrigiese esos defectos. He querido presentar el libro en tal manera que la historia capture la imaginación del lector y narre el extraordinario drama ocurrido hace muchos años. Para mí el MAHABHARATA es como una tragedia griega y muchos de los personajes que aparecen en él me fascinan. Por ello, he tratado de representar los personajes de los muchos héroes que aparecen en él de tal forma que se pueda simpatizar con ellos lo más posible. Esto quizás se deba a que habiendo estudiado a Shakespeare una no puede si no estudiar el MAHABHARATA con ojos de crítico dramaturgo; desde este punto de vista la epopeya presenta inmensas posibilidades.

Considerando todas esas cosas, he traducido la epopeya al inglés, aunque no es exactamente una traducción en el sentido usual del término; podría decirse una "traducción libre". He intentado contar la historia tan dramáticamente como ha sido posible en un inglés sencillo y claro. En esta tarea, si uno tiene que conservar el espíritu y la atmósfera de la epopeya uno tiene que recurrir al inglés arcaico y pintoresco. Éste parece ser perfectamente adecuado para la obra y a veces un inglés directo y claro no vale. En mi opinión, el medio perfecto para la narración es una mezcla del inglés antiguo y del moderno y por eso he adoptado ese estilo que creo que es absolutamente perfecto.

Como he dicho antes, mi propósito es resaltar el significado dramático de las muchas escenas. Allí donde la situación hacía que valiese la pena, me he tomado la molestia de añadir algunos toques, algunas ideas mias, para resaltar el valor dramático de la situación. Pero he sido absolutamente fiel al original en todo momento; excepto, quizás, en dos o tres lugares, e incluso en esos no me he apartado de los hechos; simplemente he intentado intensificar el valor dramático de la situación con mis adornos. Uno de esos lugares, si no recuerdo mal, es en los nombres de las cinco ciudades que Yudhishthira pide. Los nombres de Indraprastha, Vrikaprastha, Jayanta y Varanavata no aparecen en este contexto[3] sino que los he tomado de la obra VENISAMHARA. El otro lugar es, tal vez, la escena en la que se devuelve a la vida a Parikshit, pero esta escena es tan sublime que ninguna exageración puede considerarse suficiente para mostrar su grandeza.

Si, tras la lectura del libro, al menos alguien lee la epopeya en su versión original, mi

[3] Los nombres que aparecen en el texto original son: Kusasthala (Avishthala), Vrikasthala, Makandi y Varanavata. *(N. del T.)*

deseo se verá satisfecho. ¿Se me permitiría decir que mi libro es simplemente una guía para el vasto océano llamado el MAHABHARATA?.

KAMALA SUBRAMANIAM

CONTENIDO

Presentación del Mahabharata

La Llegada del Poeta

Habla Vaisampayana

Las Encarnaciones Milagrosas

Historia De Sakuntala

EL BHARATA

1. El comienzo

2. El salón

3. En el bosque

4. Virata

5. El consejo

6. Bhishma

7. Drona

8. Karna

9. Salya

10. Matanza

11. Lamentaciones

12. Consolación

13. Enseñanza

14. El ritual del caballo

15. La Ermita

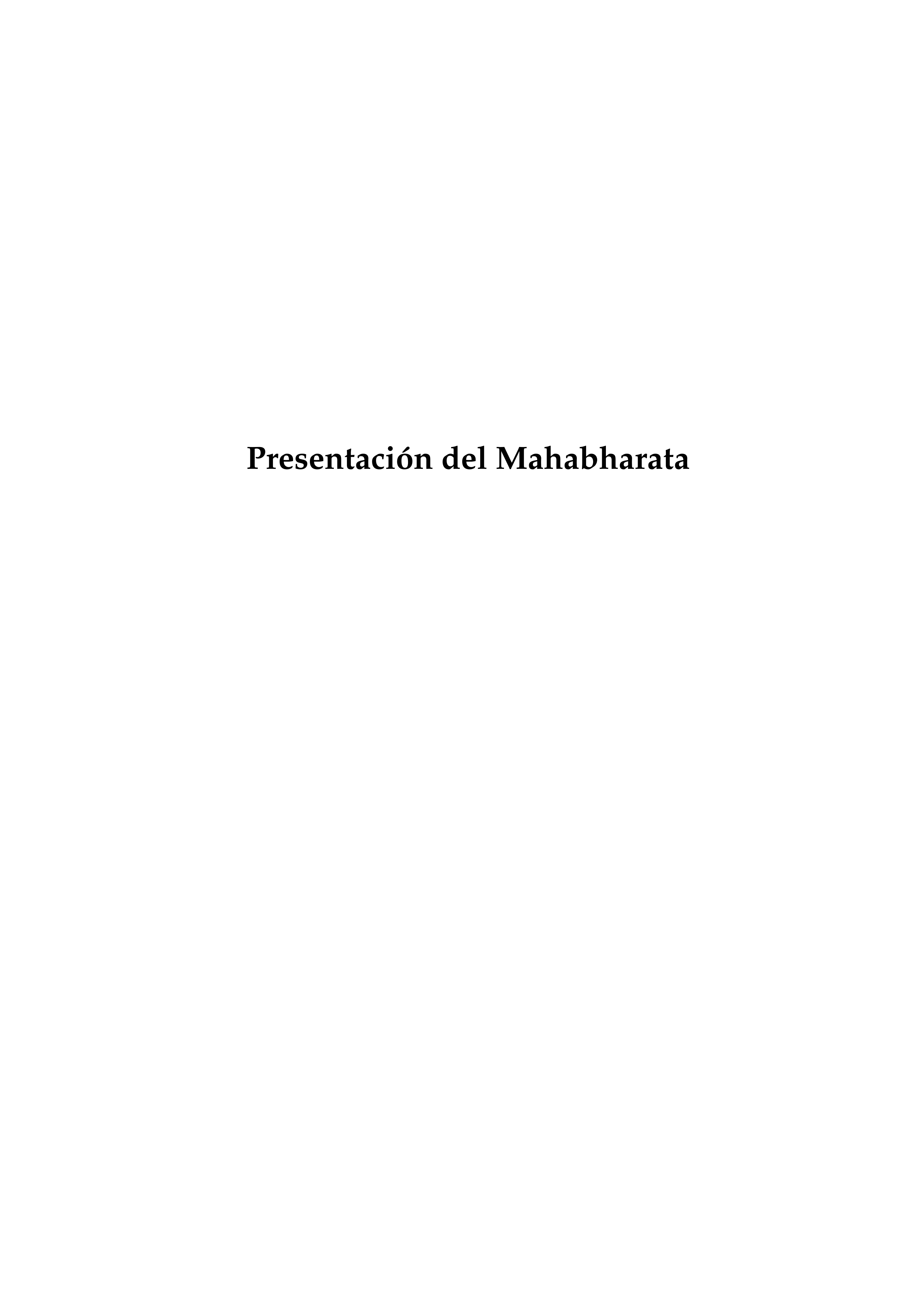
16. Destrucción

17. El gran viaje

18. Apoteosis

Colofón

Últimos Comentarios de Sauti



Presentación del Mahabharata

La Llegada del Poeta

नारायणं नमस्कृत्य नरं चैव नरोत्तमम्
देवीं सरस्वतीं चैव ततो जयम् उदीरयेत्

¡Om! Tras inclinarnos con reverencia ante Narayana y Nara, supremos entre los hombres, y también ante la diosa Saraswati, debemos decir: ¡Victoria!.

Capítulo I

UN SABIO POETA HA OÍDO RECITAR EL MAHABHARATA

UGRASRAVA[4]**,** hijo de Lomaharshana[5], también llamado Sauti, era un gran poeta y orador, conocido por sus maravillosos relatos de historias sagradas. En una ocasión, se dirigió al bosque sagrado Naimisha donde el erudito rey Saunaka, ayudado por sabios ascetas, realizaba un ritual védico de doce años de duración. Inclinándose humildemente, Sauti se acercó a aquellos ascetas, los cuales, al verle llegar a su recluida morada en la selva, se dirigieron al él deseosos de escuchar las maravillosas historias del gran Sauti. Éste, juntando las palmas de sus manos, saludó a aquellos sabios y se interesó por los progresos de su ascetismo.

Cuando todos los ascetas se hubieron sentado de nuevo, el hijo de Lomaharshana humildemente ocupó el asiento que se le había preparado. Viendo que el invitado se encontraba cómodo y descansado de su largo camino, uno de los *rishis*[6] comenzó la conversación preguntándole:

— ¿De dónde vienes, venerable Sauti, y en qué sitios has estado?. Cuéntanoslo todo.

Ante esta pregunta, el elocuente Sauti, sentado en medio de aquella gran asamblea de ascetas contemplativos, dio una respuesta acorde con el modo de vida de aquellos santos:

[4]"Ugrasrava", literalmente "voz poderosa".

[5]"Lomaharshana", literalmente "pelos de punta". Se cuenta que siendo discípulo de Vyasa, tan bien había aprendido todas las historias que cuando Vyasa se las oyó contar, se le pusieron de punta todos los pelos de su cuerpo. Por ello llamó a este discípulo Lomaharshana.

[6]Rishi: Sabio, vidente. Hombre inspirado o iluminado. Sabio que no necesita el aislamiento como el Sanyasi. Los rishis son el arquetipo de la Meditación externa. Contactan con "lo humano" y además son muy pedagogos. Pueden tener tener esposa e hijos. Entre los 7 grandes Rishis se encuentran Valmiki, Narada, Vasistha, etc.

— He estado en el Sacrificio de las Serpientes celebrado por el sabio rey Janamejaya, donde escuché las extraordinarias historias sagradas del Mahabharata, compuesto por *Krishna Dwaipayana*[7], y que fueron recitadas en su totalidad por su discípulo *Vaisampayana* en presencia de aquel gran rey. Después, recorrí diversos lugares y visité aguas sagradas y santuarios. Fui al país venerado por los renacidos y llamado Samantapanchaka donde antiguamente se libró la batalla entre los Kurus y los Pandavas. Tras eso, deseando veros a todos vosotros, a los que considero sabios auto-realizados, he venido a este lugar donde brilláis con el esplendor del fuego solar. Ya que habéis terminado por hoy vuestros cánticos y habéis alimentado el fuego sagrado, podéis tomar un descanso. Decidme pues, ¿de qué deseáis que os hable? ¿Queréis que os cuente las edificantes historias sagradas de la antigüedad? ¿Queréis que os hable de los principios universales de justicia, o quizás queréis que os relate los hechos de los ilustres santos y soberanos de la humanidad?.

El rishi respondió:

— Deseamos oír la historia llamada Bharata compuesta por el maravilloso Vyasa[8] tal como se la oíste contar a Vaisampayana en el Sacrificio de las Serpientes del rey Janamejaya.

Capítulo II

LA CREACIÓN DEL MUNDO

ENTONCES Sauti dijo:

— Primeramente rendiré homenaje al ser primordial Isana, fuente de todo lo que existe, el ser primordial Absoluto, el Único, Brahma, perceptible, imperceptible y eterno; que es a la vez existente y no existente; que es el universo y a la vez trasciende el universo existente y no existente; Creador, Anciano, Inexhaustible; que es venerado como Vishnu, benefactor y beneficencia, puro e inmaculado. Ante Él me inclino con reverencia.

»Os contaré el poema compuesto por el gran santo, venerado y honrado por todos, el ilustre y sabio Vyasa cuyo brillo es ilimitado. Algunos poetas han cantado ya este poema. Otros lo enseñan a sus discípulos y otros lo recitarán en el futuro. Es una gran fuente de conocimiento establecido sobre los tres mundos.

»En este mundo, cuando estaba desprovisto de luz y envuelto en las tinieblas, apareció como la primera causa de la creación un enorme huevo, la inextinguible semilla de todos los seres creados, formado al principio del Yuga y llamado Mahadivya[9]. En él estaba

[7]"Krishna Dwaipayana", literalmente "El moreno nacido en una isla".

[8]"Vyasa", literalmente "El Compilador", nombre por el que se conoce a Krishna Dwaipayana en referencia al hecho de que, según la tradición, fue él quien compiló los Vedas.

[9]*Maha*: Gran, *Divya*: Brillo divino (fuente: `http://en.wikipedia.org/wiki/Divya_(name)`).

la verdadera luz Brahma. De este huevo surgió Prajapati, Señor de las criaturas, con Suraguru y Sthanu. Después aparecieron los veintiún Señores de la creación, que son: Manu, Vasishtha, Parameshthi; los diez Prachetas, Daksha, y los siete hijos de Daksha. Después apareció el universo con su alma inmensa, los Viswe devas, los Adityas, los Vasus, y los gemelos Aswins; los Yakshas[10], los Sadhyas[11], los Pisachas, los Guhyakas, y los Antepasados. Después surgieron los más santos Brahmines, y numerosos reyes sabios dotados de las más nobles virtudes. Después apareció el agua, los cielos, la tierra, el aire, el cielo, los años, las estaciones, los meses, el día y la noche. Y así surgieron todas las cosas conocidas por el hombre.

»Y todo lo que se ve en el universo, animado o inanimado, al final del mundo y a la expiración del Yuga de nuevo desaparecerá. Y al comienzo de otros Yugas todas las cosas serán renovadas. Y así como los diversos frutos de la tierra se suceden en el debido orden de sus estaciones, así continuará perpetuamente girando en el mundo, sin principio ni fin, esta rueda de la existencia que causa el origen y el fin de todas las cosas.

»El total de los Devas[12] creados es treinta y seis mil trescientos treinta y tres. De los antiguos Vivaswans[13], Mahya fue el más joven. Su hijo fue Devavrata ("entregado a los dioses"). Éste tuvo a Suvrata ("estricto en el cumplimiento de su deber") el cual tuvo tres hijos: Dasajyoti (diez luces), Satajyoti (cien luces), y Sahasrajyoti (mil luces), cada uno de los cuales produjo numerosos descendientes. De ellos descienden las familias de los Kurus, de los Yadus, y de Bharata; la familia de Yayati y la de Ikshwaku; también todos los Rajarishis. Numerosas fueron las criaturas engendradas, todas las cuales son lugar de residencia del Ser.

»El misterio de la Trinidad, los Vedas, el Yoga, el Dharma, Artha y Kama, así como las reglas de buena conducta de la humanidad e historias y discursos de tonos varios, todo lo cual fue contemplado por el Rishi Vyasa, se halla en este libro.

»Vyasa enseñó este ingente conocimiento tanto en forma abreviada como en forma detallada. Es deseo de los eruditos del mundo el poseer ambas formas. Algunos leen el Bharata desde el mantra o invocación inicial, otros comienzan con la historia de Astika, otros con la de Uparichara, mientras que algunos Brahmanas lo estudian en su totalidad. Muchos hombres ilustres muestran su conocimiento realizando comentarios de esta obra.

---

[10]*Yaksha*: Espíritu Elemental, gnomo.

[11]*Sadhyas*: Devas del espacio intermedio.

[12]*Deva*: Ser celestial. Pensamiento activo de la Divinidad sin voluntad propia. Los devas son pura acción.

[13]Vivasvan o Vaivasvata (uno de los hijos del Señor Sol) - progenitor del clan. Sus padres fueron el sabio Kashyapa, padre de todos los seres, y Aditi. Los 12 hijos de Aditi, los Adityas, son las divinidades solares, y ambos nombres Vivaswan y Aditya significan sol. En consecuencia, otro de los nombres de Vivaswan es Surya o el Sol, de aquí viene el nombre, Suryavansha.

Algunos tienen el don de saber explicarla mientras que otros tienen el don de recordarla íntegramente. »

Capítulo III

VYASA Y GANESH

SAUTI continuó:

— Después de haber analizado la Verdad eterna mediante austeridades y meditación, el noble Vyasa, hijo de Satiavati[14], concibió este sagrado poema del Bharata. Cuando lo hubo terminado, Vyasa comenzó a considerar en qué forma podría enseñárselo a sus discípulos. Conociendo su preocupación, el propio Brahma se apareció ante él. Vyasa, al verle, se sorprendió, y tras presentarle humildemente sus respetos y ofrecerle asiento le dijo: "¡Oh Brahma!, he compuesto un poema que explica los misterios de los Vedas, los rituales de los Upanishads, la naturaleza de la degeneración, del miedo y de la enfermedad; la existencia y la no-existencia, las leyes de la vida y el significado de los Puranas. Habla del ascetismo y de los deberes de los estudiantes; de las dimensiones del Sol, la Luna y las estrellas; de los seres celestiales y humanos. Habla de la guerra, de los distintos pueblos y lenguajes, de la naturaleza de las costumbres y del Espíritu que todo lo penetra. Todo eso está en mi poema, pero no puedo encontrar a nadie que sea capaz de tomarlo al dictado comprendiendo su significado íntegro."

»Entonces Brahma dijo: "Sé que en este poema has revelado la palabra divina en el lenguaje de la verdad desde la primera letra. El tuyo será un poema que ningún poeta del mundo podrá igualar. Llama a Ganesh y él escribirá tu poema." Y después de decir esto Brahma desapareció y regresó a su morada.

»Vyasa llamó mentalmente a Ganesh y cuando éste se presentó ante él, le pidió que tomase al dictado el poema que había concebido.

»Ganesh le contestó: "Lo escribiré con la condición de que no vaciles ni un momento al dictar." A lo cual Vyasa respondió: "De acuerdo, pero yo también tengo una condición: que comprendas completamente lo que digo antes de escribirlo." "Que así sea" dijo Ganesh, y Vyasa comenzó a dictar sus versos cargados de denso significado.

»Y algunos versos eran tan profundos y su significado tan misterioso que nadie, hasta el día de hoy, ha sido capaz de comprenderlos íntegramente. Incluso el omnisciente Ganesh necesitaba detenerse a pensar de vez en cuando para poder comprenderlos; estas pausas las aprovechaba Vyasa, para continuar componiendo muchos otros versos en su mente y así poder continuar el dictado sin vacilación. »

[14]Vyasa. Véase pág. 20.

Capítulo IV

ORIGEN DEL MAHABHARATA

SAUTI continuó:

— Hace mucho tiempo, el virtuoso Krishna Dwaipayana, engendró tres hijos que fueron tres fuegos: Dhritarashtra, Pandu y Vidura. Y después de criar y educar a los tres, regresó a su recluida morada para continuar sus ejercicios espirituales.

»No fue sino hasta mucho después de que estos hijos hubieran crecido y partido en la jornada definitiva, que el gran Rishi Vyasa dio a conocer el Bharata en esta región del mundo. Cuando Janamejaya se lo pidió, dio instrucciones a su discípulo Vaisampayana, que estaba sentado cerca de él, para que recitase el Bharata, durante los intervalos entre las distintas ceremonias.

»En esta historia, Vyasa representó completamente la grandeza de la casa de los kurus, los virtuosos principios de Gandhari, la sabiduría de Vidura, y la constancia de Kunti. El noble Rishi describió también la divinidad de Vasudeva, la rectitud de los hijos de Pandu, y las malas artes de los hijos y partidarios de Dhritarashtra. »

»Inicialmente Vyasa compuso el Bharata en veinticuatro mil *slokas*[15], sin los episodios complementarios; eso es lo que los eruditos llaman propiamente el Bharata. Más tarde, para que sirviese de ayuda a la memoria, compuso un resumen en ciento cincuenta slokas que fue llamado el Libro de las Listas de Contenidos.

»Todo esto se lo enseñó primero a su hijo Suka; y más tarde se lo enseñó a Vaisampayana y a otros discípulos. Posteriormente Vyasa realizó otra compilación (añadiendo los llamados "episodios") que suma un total de seis millones de slokas. De esas, tres millones son conocidas en el mundo de los Devas; un millón y medio en el mundo de los Pitris (Antepasados); un millón cuatrocientas mil entre los *Gandharvas*, y cien mil slokas en el mundo de los seres humanos. Narada se las recitó a los Devas, Devala a los Pitris, y Suka a los Gandharvas, Yakshas y Rakshasas[16]. En el mundo de los seres humanos fueron recitados por Vaisampayana. »

[15]Sloka: Estrofa compuesta por dos versos.

[16]Gandharvas, Yakshas y Rakshasas: seres de la mitología hindú. Gandharva: Ángel; músico y bailarín celestial. Yaksha: Espiritu elemental, gnomo. Rakshasa: Ogro o Titán.

Capítulo V

EL RESUMEN DE UGRASRAVAS

SAUTI continuó:

— Para componer su *Upanishad*[17], Vyasa se basó en los siguientes hechos, ocurridos durante su vida:

»Después de someter a muchos países mediante su sabiduría y su poder, Pandu, con su familia, se fue a vivir con los *munis*[18] de cierto bosque donde se dedicó a la caza. Allí se ganó una gran maldición que le condenaba a morir si hacía el amor con cualquiera de sus dos esposas. Éstas, para que se cumpliera lo que estaba escrito respecto a su descendencia, admitieron como sustitutos de los abrazos conyugales a los dioses Dharma, Vayu, Sakra, y a los divinos gemelos Aswins. Y así, Pandu tuvo cinco hijos que crecieron bajo el cuidado de sus dos madres y en la compañía de los ascetas. Tras la muerte de Pandu, sus hijos, vestidos como estudiantes con los hábitos de Brahmacharis, fueron conducidos por los munis ante la presencia de Dhritarashtra y de los hijos de éste. "Estos nuestros alumnos", dijeron los munis, "son como vuestros hijos, vuestros hermanos, y vuestros amigos; son Pandavas". Diciendo esto, los munis desaparecieron.

»Cuando los Kurus vieron a aquellos muchachos presentados como los hijos de Pandu, los ciudadanos más distinguidos gritaron de alegría. Algunos, sin embargo, dijeron que no eran los hijos de Pandu; otros dijeron que lo eran; mientras que unos pocos preguntaban cómo podrían ser sus hijos siendo así que había muerto hacía tanto tiempo. Aún así, por todas partes había voces que gritaban, "¡En cualquier caso son bienvenidos!. ¡Gracias a la Providencia podemos ver a la familia de Pandu!. ¡Proclamemos su bienvenida!". A medida que cesaban esas aclamaciones, las alabanzas de los espíritus invisibles, causando el resonar de los cielos, eran tremendas. había lluvias de fragantes flores, y sonido de conchas y tambores. Tales fueron las maravillas que ocurrieron a la llegada de los jóvenes príncipes.

»Habiendo estudiado los Vedas en su totalidad, así como muchos otros shastras, los Pandavas residieron allí, respetados por todos y sin miedo a nadie.

»La gente alababa la pureza de Yudhishthira, la constancia de Bhima, el coraje de Arjuna, la humildad y disciplina de los gemelos, Nakula y Sahadeva, y la obediencia de Kunti hacia sus mayores; y todos apreciaban sus virtudes heroicas.

[17]Upanishad: Enseñanza. Literalmente, "sentado cerca y más bajo", en referencia a la posición de los discípulos alrededor del maestro cuando éste imparte su enseñanza (upa-, cerca + ni-, bajo + sad-, sentado). Sin embargo no cualquier enseñanza es considerada un upanishad en la tradición hindú, sólo aquellas de carácter místico o esotérico que enseñan la naturaleza de Brahma.

[18]Muni: Sabio asceta.

»Al cabo de algún tiempo, Arjuna obtuvo a la doncella Draupadi, en un torneo de reyes, tras realizar una difícil proeza de tiro con arco. Desde entonces se ganó el respeto de todos los arqueros; y también en el campo de batalla era irresistible como el Sol. Y habiendo vencido a todos los reyes circundantes, consiguió todo lo que era necesario para que su hermano mayor, Yudhishthira, realizase el gran ritual llamado Rajasuya.

»Así, Yudhishthira, adquirió el derecho a realizar el Rajasuya que le proporcionó tesoros abundantes y méritos trascendentales. Su primo Duryodhana vino a este ritual; y cuando contempló la enorme riqueza que habían conseguido los Pandavas, le invadió la envidia y estaba muy descontento. Y cuando vio el pabellón que le construyó Maya, se llenó de ira.

»Llegó a oídos de Dhritarashtra que su hijo no podía disfrutar de nada y estaba adelgazando y perdiendo la salud. Y Dhritarashtra, por afecto hacia su hijo, dio su consentimiento para que jugase a los dados. Krishna, cuando se enteró de esto, se enfadó mucho, pero no hizo nada para evitar las disputas, sino que observó el juego y muchas otras horrendas e injustificables transacciones que siguieron: Y a pesar de Vidura, Bhishma, Drona, y Kripa, hizo que todos los Kshatriyas se matasen unos a otros en la guerra que vino después.

»Dhritarashtra, al oír la noticia del éxito de los Pandavas pensó sobre ello durante algún tiempo y luego le dijo a Sanjaya lo siguiente:

"Escucha, Sanjaya, todo lo que voy a decirte. Tú conoces los shastras, eres sabio e inteligente. Yo nunca quise la guerra. Nunca hice distinción entre mis propios hijos y los hijos de Pandu. Mis hijos eran voluntariosos y no me hicieron caso porque ya soy viejo. Ciego por mi afecto paternal, lo soporté todo. Al contemplar las riquezas de los hijos de Pandu, mi hijo quedó en ridículo e, incapaz de soportarlo e incapaz de vencer a los hijos de Pandu en el campo, y negándose a obtener su fortuna mediante su propio esfuerzo, con ayuda de Sakuni concertó un juego de dados injusto.

"He oído que sólo diez sobrevivieron a la guerra: tres de nuestro lado, y siete del de los Pandavas. ¡Dieciocho *akshauhinis*[19] de Kshatriyas han sido aniquilados en ese horrendo conflicto!. Estoy sumido en la oscuridad, pierdo las fuerzas y mi mente se pierde".

[19] Akshauhini: Ejército con un total de 109.350 hombres, 65.610 caballos, 21.870 carros y el mismo número de elefantes organizados en unidades de las cuales la más pequeña es un *pelotón* (Patti) que consta de 5 soldados de a pie, tres caballos, un carro y un elefante. Tres pelotones hacen una *sección* (Sena-mukha); tres secciones es una *compañía* (Gulma); tres compañías, un *batallón* (Gana); tres batallones, un *regimiento* (Vahini). Tres regimientos constituyen una *brigada* (Pritana), tres brigadas forman una *división* (Chamu), tres divisiones, un *cuerpo* (Anikini), y diez cuerpos es un Akshauhini. Así pues, los 18 akshauhinis se componían de un total de cerca de dos millones de hombres, más de un millón de caballos, cerca de cuatrocientos mil carros y el mismo número de elefantes.

»Dhritarashtra, estaba invadido por una enorme angustia y le dijo a Sanjaya: "Después de lo que ha ocurrido, Oh Sanjaya, deseo poner fin a mi vida."

»El sabio Sanjaya le dijo "Has oído hablar a Vyasa y a Narada de reyes que hicieron grandes hazañas; hombres de poderosas dinastías que habiendo conquistado el mundo por la justicia obtuvieron renombre y al final sucumbieron al dictado del tiempo. Príncipes de gran poder y sabiduría encontraron al final la muerte como lo han hecho tus hijos. Sus hechos heroicos, su valor, generosidad, magnanimidad, fe, veracidad, pureza, sencillez y misericordia, son cantados en el mundo, en los escritos de la antigüedad, por santos poetas de grandes conocimientos. A pesar de tener todas las virtudes esos hombres tuvieron que entregar sus vidas. Tus hijos eran malvados, encendidos por la pasión, avariciosos, y con todas las inclinaciones hacia el mal. Tú conoces los sastras, y eres inteligente y sabio; aquél cuya comprensión está guiada por los sastras nunca cae en la desgracia. Conoces la severidad del destino, por tanto no te corresponde esta angustia por la muerte de tus hijos. Además no debes apenarte por aquello que debe ocurrir: Pues ¿quién puede evitar con su sabiduría los decretos del destino?. Nadie puede dejar el camino que le ha marcado la Providencia. La existencia y la no-existencia, el placer y el dolor, todos tienen su raiz en el Tiempo. El Tiempo crea todas las cosas y el Tiempo destruye todas las criaturas. Es el Tiempo el que quema todas las criaturas y es el mismo Tiempo el que deja atrás al Tiempo que las quemó. Todos los seres, buenos y malos, en los tres mundos, son creados por el Tiempo. El Tiempo es el único que está despierto cuando todas las demás cosas están dormidas. El Tiempo pasa sobre todas las cosas sin jamás llegar tarde. Sabiendo, como sabes, que todas las cosas pasadas y futuras y todo lo que existe en el momento presente, son hijos del Tiempo, no es propio de ti que abandones tu razón".

»Y hablándole de esta forma, Sanjaya, el hijo de Gavalgana, consiguió devolver la paz a la mente del rey Dhritarashtra. »

»Tomando esos hechos como tema, Dwaipayana compuso su sagrado Upanishad que ha sido dado a conocer al mundo por eruditos y santos poetas en los Puranas compuestos por ellos.

»En una ocasión se reunieron los seres celestiales con el propósito de poner en un plato de la balanza los cuatro Vedas y en el otro el Bharata. Y resultó que éste último pesaba más que todos los Vedas con sus misterios. Por ello, desde entonces, se conoce en el mundo como Maha-Bharata (Gran-Bharata) tanto por su gran tamaño como por el profundo significado de su contenido.

»Las austeridades no son por sí mismas perjudiciales, como tampoco lo es el estudio, ni los mandamientos de los Vedas, ni la adquisición de riqueza por medio del esfuerzo...

pero cuando cualquiera de estas cosas se practica con abuso, se convierte en fuente del mal. »

Capítulo VI

LA LISTA DE LOS CIEN LIBROS (Anukramanika)

SAUTI continuó: 1. Anukramanika.

»Escuchad, O ascetas, las distintas divisiones o libros de esta historia llamada Bharata, cargada de sabiduría, sutiles significados y conexiones lógicas, y adornada con la sustancia de los Vedas:

1. *El Libro de los Orígenes.* (Adi Parva)
    1. Anukramanika (La lista de los cien libros).
    2. Parva Sangraha (El resumen de los 18 libros).
    3. El Libro de Paushya.
    4. Pauloma.
    5. Astika.
    6. Adivansavatarana (La venida de las primeras generaciones).
    7. Sambhava (Los Orígenes).
    8. Jatugrihadaha (La quema de La Casa de Laca).
    9. Hidimbabadha (La muerte de Hidimba).
    10. Baka-badha (La muerte de Baka).
    11. Chitraratha.
    12. Swayamvara (La ceremonia de elección de marido).
    13. Vaivahika (Boda).
    14. Viduragamana (La llegada de Vidura).
    15. Rajyalabha (La obtención del reino).
    16. Arjuna-banavasa (El Exilio de Arjuna).
    17. Subhadra-harana (El secuestro de Subhadra).
    18. Harana-harika (La obtención del Regalo Nupcial).
    19. Khandava-daha (El fuego del bosque Khandava) y Maya-darsana (Encuentro con Maya, el arquitecto asura).
2. *El Libro del Pabellón de Recepciones.* (Sabha Parva)
    20. Sabha (El Pabellón).
    21. Mantra (El Consejo).
    22. Jarasandha (La muerte de Jarasandha).

23. Digvijaya (La campaña general).
24. Raja-suyaka (La consagración real).
25. Arghyaviharana (El robo del regalo).
26. Sisupala-badha (La muerte de Sisupala).
27. Dyuta (Juego).
28. Anudyuta (Juego de nuevo).

3. *El libro de los bosques.* (Aranyaka Parva)

29. Aranyaka (Las enseñanzas del bosque).
30. Krimira-badha (destrucción de Krimira).
31. Arjuna-vigamana (Los viajes de Arjuna).
32. Indra-lokavigamana (El viaje a las regiones de Indra) y Nalopakhyana (La historia de Nala).
33. Tirtha-yatra (El peregrinaje).
34. La muerte de Jatasura.
35. La batalla de los Yakshas.
36. La batalla con los Nivata-kavachas.
37. Markandeya-Samasya (El encuentro con Markandeya).
38. El encuentro de Draupadi con Satyabhama.
39. Ghoshayatra, (La expedición del ganado).
40. Mirga-Swapna (El sueño del ciervo).
41. La historia de Brihadaranyaka y de Aindradrumna. (La medida de arroz).
42. Draupadi-harana (El secuestro de Draupadi), Jayadratha-bimoksana (La liberación de Jayadratha). La historia de Savitri.
43. Kundala-harana (El robo de los pendientes).
44. Aranya (El fuego de los bosques).

4. *El Libro de Virata.* (Virata Parva)

45. Virata.
46. La llegada de los Pandavas y el cumplimiento de su promesa (de pasar un año en paradero desconocido).
47. El intento de robar el ganado.
48. La boda de Abhimanyu con la hija de Virata.

5. *El Libro del Esfuerzo.* (Udyoga Parva)

49. Udyoga (El Esfuerzo).
50. Sanjaya-yana (La llegada de Sanjaya).
51. Prajagara (El desasosiego de Dhritarashtra).
52. Sanatsujata, (Los misterios de la filosofía espiritual).

53. Yanasaddhi (Los intentos de paz).
54. La llegada de Krishna (con la historia de 'Matali' y de 'Galava'. Las historias de 'Savitri', 'Vamadeva', y 'Vainya'. La historia de 'Jamadagnya' y 'Shodasarajika'. La llegada de Krishna y la formación de las tropas y la historia de 'Sheta').
55. La pelea del gran Karna.
56. La marcha de las tropas al campo de batalla.
57. Enumeración de los guerreros (Rathis y Atirathas).
58. La llegada del mensajero Uluka (que encendió la ira de los Pandavas).
59. La historia de Amba.

6. *El Libro de Bhishma.* (Bhishma Parva)

60. El nombramiento de Bhishma como comandante en jefe.
61. La creación del continente de Jambu.
62. La Tierra (Sobre la formación de islas).
63. El Bhagavat-gita.
64. La caída de Bhishma.

7. *El Libro de Drona.* (Drona Parva)

65. El nombramiento de Drona.
66. La destrucción de los juramentados.
67. La muerte de Abhimanyu.
68. El juramento de Arjuna.
69. La muerte de Jayadratha.
70. La muerte de Ghatotkacha.
71. La muerte de Drona.
72. La descarga del misil de Narayana.

8. *El Libro de Karna.* (Karna Parva)

73. Karna.

9. *El Libro de Salya.* (Salya Parva)

74. Salya.
75. La inmersión en el Lago.
76. La lucha con mazas (entre Bhima y Duryodhana).
77. El Río Saraswati.

10. *El Libro de los Guerreros Durmientes.* (Sauptika Parva)

78. Sauptika (La Masacre de los Guerreros Durmientes).
79. El misil Aisika.

80. Jalapradana (Abluciones de agua por las almas de los muertos).

11. *El Libro de las Mujeres.* (Stri Parva)

81. El llanto de las mujeres.
82. Sraddha (Los ritos funerarios).
83. La destrucción del Rakshasa Charvaka (que tomó la forma de un Brahman para engañar a Yudhishthira).
84. La Coronación (del sabio Yudhishthira).
85. Grihapravibhaga. (La distribución de las casas).

12. *El Libro de la Paz.* (Shanti Parva)

86. Shanti (Paz).
87. Rajadharmanusasana (Ética y deberes en los tiempos difíciles).
88. Apaddharma y Mokshadharma. (La ley de la salvación).

13. *El Libro de las Enseñanzas* (Anusasana Parva)

89. Anusasanika. (Las Instrucciones o Enseñanzas).
90. La Subida de Bhishma a los Cielos.

14. *El Libro del Ritual del Caballo.* (Aswamedhika Parva)

91. El Ritual del Caballo.
92. Anugita (Palabras de filosofía espiritual).

15. *El Libro de la Ermita.* (Asramvasika Parva)

93. Asramvasika (El retiro a la ermita).
94. Puttradarshana (El encuentro con los hijos fallecidos).
95. La llegada de Narada.

16. *El Libro de las Mazas.* (Maushala Parva)

96. Mausala (La batalla con mazas entre los Yadavas, resultando en su total aniquilación).

17. *El Libro del Gran Viaje.* (Mahaprasthana Parva)

97. Mahaprasthanika (El Gran Viaje).

18. *El Libro del Ascenso a los Cielos.* (Svarga Parva)

98. Svargarohanika (El Ascenso a los Cielos).

Apéndice:

99. Harivansa o Khilvansa Purana (Genealogía de Hari, conteniendo el Vishnuparva).
100. Bhavishyaparva o Bhavishya Purana (El libro del Futuro, con profecías sobre el futuro).

Habla Vaisampayana

6. Adivansa-vatarana.

Capítulo I

LA ENCARNACIÓN DE LAS PRIMERAS GENERACIONES
(Adivansavatarana Parva)

SAUNAKA dijo:

— ¡Oh hijo!, has narrado los orígenes de esta gran historia comenzando por el origen del mundo y cómo fué concebida y compuesta por el gran Krishna-Dwaipayana. También habéis recitado un resumen de la historia y los contenidos de esta gran obra dividia en cien libros. ¡Oh hijo de Suta!, tus narraciones son muy gratificantes, pero permíteme que te pida de nuevo la historia completa compuesta por Vyasa.

Sauti dijo:

— Os recitaré desde el principio la gran y excelente historia llamada Mahabharata compuesta por Vyasa. Escuchad con atención; es para mí un gran placer recitárosla.

»Cuando Vyasa supo que el rey Janamejaya estaba realizando el sacrificio de las serpientes, se dirigió hacia aquel recinto ceremonial junto con sus discípulos. Al verle llegar, el rey, lleno de alegría, salió a su encuentro junto con su comitiva; y con la aprobación de los sacerdotes, le ofreció un trono dorado. Y cuando el rishi se hubo sentado, el rey se postró ante él mostrándole sus respetos según está indicado en las escrituras. Le ofreció agua para lavarle los pies, agua fresca para refrescar su boca, y luego un regalo y una vaca. Vyasa se sintió muy complacido con esas ofrendas, que aceptó gustoso, y ordenó que se dejase la vaca en libertad. Al terminar esta adoración ritual, que fue repetida por todos los sacerdotes del rey, éste se inclinó ante su tatara-tatara abuelo y se sentó en su trono lleno de gozo. Entonces, Vyasa se levantó y a su vez presentó sus respetos al rey y a todos sus sacerdotes, tal como ellos lo habían hecho antes con él.

»Después de esto, el rey Janamejaya se dirigió respetuosamente a Vyasa y le dijo:
— Tú has visto con tus propios ojos los hechos de los Kurus y los Pandavas. Por favor, cuéntame en detalle todo lo que ocurrió.

»Entonces Vyasa, dirigiéndose a su discípulo Vaisampayana, que estaba sentado a su lado, le dijo: "Cuéntale al rey las viejas disputas entre Kurus y Pandavas tal como me las has oído contar a mí."

»Vaisampayana dijo:

—Primeramente me inclino ante mi maestro con recogimiento de mente y espíritu, y honro a todos los brahmines y a todos los presentes. Alteza, vos sois digno de oír esta historia que yo he recibido de mi maestro y me siento feliz de recitárosla.

»Escuchad cómo surgió la *disputa* sobre el reino a raiz de un juego de dados, cómo se produjo el *exilio* de los Pandavas a los bosques y cómo, después, se produjo la *guerra* que destruyó el mundo:

»Cuando el padre de los Pandavas hubo muerto, sus hijos volvieron a su hogar. Y viendo los Kurus la destreza, inteligencia y popularidad de los Pandavas, comenzaron a tener envidia de ellos. Entonces Duryodhana, con su tío Sakuni, comenzó a perseguirles y a planear medios para deshacerse de ellos. Guiado por los consejos de Sakuni, Duryodhana persiguió a los Pandavas de varias formas con el propósito de adquirir la soberanía indiscutible. Intentaron envenenar a Bhima, pero no lo consiguieron porque Bhima tenía una fortaleza extraordinaria y el veneno no consiguió matarle. Ataron a Bhima mientras dormía y le tiraron al río, pero Bhima se despertó y con sus fuertes brazos rompió las ataduras y pudo salir del río. En todos esos ataques el sabio Vidura se mantenia atento para neutralizar los designios de los Kurus y rescatar a los Pandavas.

»Cuando Duryodhana, se encontró incapaz de destruir a los Pandavas ni por ataques abiertos ni por estratagemas secretas, se reunió con su hermano Dussasana y otros, y con la aprobación de Dhritarashtra hizo construir una casa de laca. Después de conseguir que Dhritarashtra enviase a los Pandavas a vivir allí, Duryodhana comenzó a hacer arreglos secretos para conseguir quemarles a todos en ella; pero avisados de esos planes por Vidura, los Pandavas consiguieron escapar mediante un túnel construido para tal fin.

»Algún tiempo más tarde Arjuna tuvo ocasión de salvar la vida del gran arquitecto asura llamado Maya. En agradecimiento por haberle salvado la vida, Maya construyó para los Pandavas un extraordinario salón de recepciones, a imagen de los palacios celestiales, adornado con todo tipo de joyas y piedras preciosas. Cuando Duryodhana, contempló aquel maravilloso edificio, su envidia le tentó con el deseo de poseerlo. Entonces, engañó a Yudhishthira por medio de un juego de dados jugado por el hábil Sakuni y Duryodhana consiguió enviar a los Pandavas al exilio durante trece años.

»Cuando hubo terminado el decimotercer año, los Pandavas regresaron y reclamaron su propiedad. Y al no recibirla, se produjo la guerra. Los Pandavas exterminaron la raza entera de Kshatriyas y mataron al rey Duryodhana, retomando de nuevo el reino que para entonces había quedado devastado por la guerra.

»Tal fue la gesta de aquellos hombres de acciones inspiradas por los más altos principios y que nunca actuaron bajo la influencia de las bajas pasiones: La Disputa, la Pérdida del Reino y el Triunfo Final».

Capítulo II

JANAMEJAYA PIDE EL RELATO COMPLETO

DESPUÉS de oír este relato, Janamejaya dijo:

— Has contado en forma resumida la historia del Mahabharata, y ahora siento tal curiosidad por oír el relato completo que no quedo satisfecho con un resumen. No puede haber sido una tontería la causa de que aquellos hombres virtuosos hayan matado a quienes no deberían haber matado y que a pesar de ello sean aplaudidos por los hombres. Además, ¿cómo es posible que aquellos hombres poderosos, capaces de aplastar a sus enemigos, sufriesen tranquilamente la persecución de los Kurus? ¿Cómo pudo Bhima controlar su ira tras ser ofendido? ¿Cómo pudo Draupadi, ofendida por aquellos malvados no quemarles con su mirada? ¿Por qué los hermanos de Yudhishthira, al que aquellos malvados engañaron con un juego de dados deshonesto, le siguieron hasta el final? ¿Cómo pudo Yudhishthira ser capaz de sobrellevar aquella inmerecida ofensa? Dime todo eso, venerado asceta.

Vaisampayana dijo:

— Oh alteza, es una historia muy extensa y necesitaremos cierto tiempo para recitarla en su totalidad. La historia de Bharata consiste en cien mil slokas y es igual a los Vedas. Contiene grandes enseñanzas sobre *Dharma*, *Artha* y *Kama*[20] y conduce a *Moksha*[21], pues hace que el corazón desee la salvación.

»Vyasa compuso esta historia con el fin de perpetuar la fama de los Pandavas y también guiado por el deseo de beneficiar al mundo. Es una historia sagrada y excelente que es equivalente a los Vedas. Aquél que ha leído el Mahabharata puede ser considerado como conocedor de los Vedas. El que da una copia del Mahabharata a alguien que se la pide, realmente hace un regalo equivalente a toda la Tierra con sus mares.

»El sabio Vyasa, de enorme poder mental, tardó tres años en completar esta obra. Durante tres años se levantó diariamente para dedicarse exclusivamente a componerla. Lo que en ella se dice sobre la virtud, la riqueza el placer y la salvación tal vez se pueda encontrar en otro sitio, pero lo que no se encuentra aquí no se encuentra en ninguna parte.

»Así pues, escuchad, alteza, la historia completa del Mahabharata...

---

[20]Dharma: Rectitud en el sentido de virtud moral. También “Ley natural” o “justicia”, pero siempre desde el punto de vista de la virtud. Artha: Riqueza, éxito material. Kama: Placer.

[21]Moksha: Liberación, salvación.

Las Encarnaciones Milagrosas

Capítulo I

VASU

HABÍA en el hermoso país de los Cedis un rey de la dinastia Paurava llamado Vasu. Era un rey justo y poderoso que había conquistado el país de los Cedis bajo los auspicios del propio Indra. Después de esta conquista, Vasu decidió dejar las armas para retirarse a una ermita y dedicarse a la práctica de austeridades. Allí vivió feliz durante algún tiempo, pero Indra, temiendo que Vasu se hiciese demasiado poderoso por los méritos adquiridos por sus prácticas, vino ante él y le convenció de que dejase la ermita y se dedicase a gobernar el reino que había conquistado. Convencido por las palabras de Indra, Vasu dejó la ermita y volvió a su capital, lo cual dejó a Indra tan satisfecho que le regaló una guirnalda de flores que nunca se marchitaban.

Cerca de la capital del reino pasaba un hermoso río gobernado por la bellísima deidad llamada Suktimati. Este río provenía de la montaña Kolahala cuyo espíritu estaba locamente enamorado de la bella Suktimati. Un día, enloquecido de pasión Kolahala deseó a Suktimati de tal manera que la montaña abrazó al río hasta hacerlo desaparecer. Al contemplar aquél desastre, el poderoso Vasu golpeó a la montaña con su pié produciendo un enorme agujero por el que salió el río liberado de los abrazos de Kolahala. Como resultado de aquella unión amorosa, Kolahala engendró en Suktimati dos gemelos que eran un niño y una niña. En agradecimiento por haber liberado el río, Suktimati le ofreció a Vasu los dos niños, los cuales crecieron en la corte de Vasu como si fuesen sus propios hijos. El niño llegó a ser generalísimo de los ejércitos, mientras que la niña, llamada Girika[22], se convirtió en una encantadora y atractiva joven a quien Vasu, llegado el momento propicio, convirtió en su esposa.

[22]Girika: Hija de la montaña.

Capítulo II

EL NACIMIENTO DE SATYAVATI

Un día, cuando Girika estaba en el momento fértil de su ciclo, se lo hizo saber a Vasu y se preparó para él dándose un baño perfumado y vistiéndose con finas sedas. Vasu estaba feliz, deseando como estaba de tener un heredero; sin embargo, Vasu no pudo acudir a su amada Girika en esta ocasión, pues una necesidad imperiosa se lo impidió: Sus antepasados se le habían aparecido pidiéndole cazar un ciervo para los ritos funerarios y Vasu era incapaz de transgredir ese mandato, por lo cual tuvo que salir de caza de inmediato. Lleno de pasión por su amada y bella esposa, Vasu no podía dejar de pensar en ella durante la cacería. Se paró a descansar a la sombra de un frondoso árbol *ashoka* y, embriagado por la fragancia de sus flores, se quedó dormido y soñó con ella. Al despertar, vio que había eyaculado realmente. Entonces, pensando que su semen no se debía desperdiciar, lo recogió en una hoja de aquél frondoso árbol, pronunció una fórmula sobre él, y le pidió a un rápido halcón que se hallaba cerca que llevase esa hoja con el semen a su esposa para que ésta pudiese concebir un hijo.

El halcón voló rápido para cumplir el encargo, pero no pudo llegar porque en medio de su vuelo otro halcón se peleó con él para quitarle lo que llevaba en el pico creyendo que era comida. A causa de la lucha entre ambos, la hoja cayó y fue a parar al río Yamuna donde inmediatamente se la tragó un gran pez.

Este pez era en realidad una preciosa *apsara*[23] llamada Adrika, que había sido maldecida por Brahma haciéndola tomar la forma de un pez. Al tragarse la hoja con el semen, Adrika concibió un par de criaturas, niño y niña. A los diez meses, un pescador cogió a Adrika en su red y cuál no sería su sorpresa cuando al abrir el pez se encontró en su interior a dos bebés humanos.

Inmediatamente Adrika quedó liberada de la maldición, pues Brahma había dicho: « sólo te librarás de la forma de pez si bajo esa forma das a luz a dos seres humanos ». Así pues, tomando de nuevo su forma celestial, Adrika regresó a su morada en los cielos con los Siddhas y Charanas.

Cuando el pescador contó lo ocurrido, todos se maravillaron y decían « ¿Qué habrá de hacerse con los bebés? ». Entonces, el rey de los pescadores se presentó ante su señor el rey Vasu y le dijo: « ¡Mi señor! estos dos seres de forma humana, fueron hallados dentro de un gran pez que hemos sacado del río Yamuna. ¿Qué debemos hacer con ellos? »

Vasu, notando que la niña tenía un desagradable olor a pescado, dijo: « Dadme a mí el niño para que lo adopte como mi propio hijo. Él será el heredero de todo el reino Matsya. La niña quedáosla vos y criadla como a vuestra propia hija ».

[23] Apsara: Hada o bailarina celestial.

Y así, la niña creció entre los pescadores y le pusieron por nombre Satyavati. Era una niña de dulces sonrisas y gran belleza, que poseía todas las virtudes imaginables; pero como vivía entre pescadores nunca perdió aquél fuerte olor a pescado con el que había nacido. Obediente a las órdenes de su padre adoptivo, se dedicó a transportar pasajeros en un bote de una a otra orilla del río Yamuna.

Capítulo III

EL NACIMIENTO DE VYASA

Un día, siendo ya Satiavati una hermosa muchacha, mientras estaba ocupada con su bote llegó al río Yamuna el gran rishi Parasara, que iba camino de su morada después de largas peregrinaciones. Parasara subió al bote de Satyavati para que le cruzase a la otra orilla y apenas el rishi vio a la extraordinariamente bella muchacha, la cual era deseable incluso para un anacoreta, deseó abrazarla y amarla allí mismo. Así pues, se dirigió a ella diciendo: « ¡Oh bendita mujer!. Me sobrecoge tu belleza y te deseo. Acepta mis dulces abrazos ». Satyavati contestó: — ¡Oh santo hombre!. Contempla los rishis en ambas orillas. A la vista de todos, ¿cómo puedo satisfacer tu deseo? ».

Entonces el sabio creó una espesa niebla alrededor de ellos y la muchacha quedó maravillada. Y por su timidez se sonrojó de vergüenza, y dijo: « Tened en cuenta que soy doncella y estoy bajo la potestad de mi padre. Si aceptase tus abrazos y perdiese mi virginidad, ¿cómo podría yo regresar a casa?. No podría vivir. Considerad esto y haced lo que sea correcto ». El rishi estaba muy satisfecho con todo lo que ella dijo y le contestó: « Si me concedes mi deseo, continuarás siendo virgen y además te concederé el don que me pidas: Mi gracia nunca ha resultado vana ». Oyendo esto, Satyavati le pidió el don de que su cuerpo tuviese un aroma agradable, lo cual el rishi le concedió inmediatamente. Y desde entonces su dulce aroma podía olerse desde una distancia de una legua por lo cual llegó a ser conocida como Yojanagandha.

Ella estaba enormemente complacida y, adornada con los encantos de la juventud, yació amorosamente con aquél rishi creador de prodigios. Después de eso, Parasara continuó su camino hacia la ermita donde tenía su morada y Satyavati, feliz por el precioso don que había obtenido y quedando su virginidad intacta, dio a luz ese mismo día al hijo de Parasara en una de las islas del río Yamuna, por lo cual el niño fue llamado Dwaipayana[24]. Éste, en el mismo momento de nacer, con el permiso de su madre, decidió ser un asceta y se marchó diciendo: « Cuando me necesites piensa en mí y yo apareceré ante ti ».

Y fue así que Vyasa nació de Satyavati por medio de Parasara. Y el gran sabio Dwaipayana, adivinando que la Virtud estaba destinada a perder en cada yuga uno de sus

[24]*Dwaipa*: Isleño, natural de una isla.

cuatro pilares, ordenó los Vedas, por lo cual fue llamado Vyasa.[25]

[25] *Vyasa*, "Compilador".

Historia De Sakuntala

7. Sambhava (Los Orígenes).

Capítulo I
DUSHMANTA

DUSHMANTA fue un poderoso rey de la dinastía Paurava. Durante su reinado no había mestizaje entre sus súbditos, no había necesidad de arar la tierra o hacer minas y nadie hacía el mal. Todos eran virtuosos y hacían las cosas por motivos virtuosos. No existía el miedo a los ladrones, ni al hambre, ni a la enfermedad. Todos, en las cuatro categorías sociales, se contentaban con hacer sus respectivas tareas y nunca realizaban ritos religiosos con el propósito de que se cumplieran sus deseos. Los cielos traían la lluvia en la estación apropiada y los productos del campo siempre eran carnosos y jugosos. La Tierra estaba llena de todo tipo de riquezas y de todo tipo de animales.

El joven Dushmanta estaba dotado de una gran fortaleza, era amado por sus súbditos y gobernaba su satisfecho pueblo virtuosamente.

En una ocasión, se fue a cazar a los bosques con una numerosa comitiva de soldados de a pie, caballería, carros y elefantes.

Después de cazar en varios bosques y de atravesar una zona desértica, el rey llegó a un precioso bosque sobre el delta del río Malini en el que había numerosos santuarios de ascetas. Era la morada de Kanwa, un famoso rishi de la escuela Kasyapa, cuyos méritos eran tales que debido a su esplendor resultaba difícil fijar la vista en él. Deseoso de ver al rishi, Dushmanta dijo a sus tropas: « Voy a ver al gran rishi de la dinastía Kasyapa. Quedáos aquí hasta que yo regrese ». Y despojándose de todos los signos de realeza, entró en el bosque acompañado solamente por su ministro y su sacerdote.

Al poco, llegó a la ermita de Kanwa y dejando fuera a sus dos acompañantes entró en ella en busca del rishi. Dentro se encontró con una hermosa joven que le conoció al instante y le preguntó qué deseaba. « He venido a presentar mis respetos al venerable Kanwa. ¿Dónde se encuentra en este momento? », dijo el rey, a lo cual la joven respondió: « Mi ilustre padre ha ido al bosque a buscar frutos. Esperad un momento y le veréis llegar. »

Entonces el rey miró a la joven que le había hablado y vio que tenía hermosas caderas, una perfecta simetría en su figura, y una encantadora sonrisa. Estaba radiante y adornada

simplemente con el brillo que le daban sus austeridades y la calma de su humildad. Fascinado por su belleza el rey le dijo: « ¿Quién eres tú, hermosa muchacha?, ¿por qué estás en estos bosques?, ¿de dónde eres?; pues con sólo mirarte, preciosa mía, me has robado el corazón ».

Ella se rió y dijo con una voz muy dulce: « Soy la hija del venerable Kanwa, el ilustre asceta ».

Dushmanta dijo: — El universalmente alabado Kanwa es alguien que jamás ha derramado su semen. Antes se desviaría el propio Dharma de su curso que rompería su voto este santo asceta. ¿Cómo puedes, pues, haber sido tú su hija?.

Sakuntala dijo: — En realidad soy su hija adoptiva. Una vez oí a mi padre contarle a un rishi la historia de mi nacimiento. Esto es lo que le dijo:

> « El rey Viswamitra realizó austeridades y penitencias durante mucho tiempo. Con el poder que estaba adquiriendo por ellas llegó a alarmar al mismo Indra, el cual temió que el poderoso asceta pudiera echarle de su trono en los cielos. Entonces Indra pidió ayuda a Menaka, la primera de las Apsaras celestiales, diciéndole: "Ve a tentar a Viswamitra con tu belleza, tus artes y tus sonrisas para que tenga que dejar sus austeridades." Menaka, sabiendo que Viswamitra tenía muy mal carácter, tenía miedo de acercarse a él. Le dijo a Indra: "Si tú le temes, ¡cómo no le voy a temer yo!. Cumpliré tus órdenes siempre que tú me protejas y tenga la ayuda adecuada. Haz que Marut (el dios del viento) me quite las ropas cuando yo esté jugando ante él, y que en ese momento traiga una brisa fragante de los bosques; y haz que Manmatha (el dios del amor) me ayude en mi empresa".
>
> »Con este plan, la tímida y hermosa Menaka entró en la ermita de Viswamitra y saludando al rishi comenzó a jugar ante él. En esto, el viento le quitó los vestidos y ella corrió tras ellos mostrando su nerviosismo y su vergüenza. Viswamitra, al verla desnuda y apreciar su juventud y su belleza, cayó presa del amor y del deseo, y le hizo señas para que se acercase. Ella accedió encantada y ambos pasaron mucho tiempo juntos haciendo el amor en los bosques, aunque a ellos les pareció que sólo había pasado un día. De esa unión nació Sakuntala. Menaka dio a luz a orillas del río Malini en su curso por los hermosos valles de los Himalayas. Dejó al bebé a la orilla del río y regresó a la corte de Indra.
>
> »Protegida por buitres todo alrededor, ningún animal hizo daño a la niñita de Menaka. Regresaba yo de mis abluciones en el río, cuando acerté a pasar por allí y la vi rodeada de esas aves. La cogí y me la traje aquí haciéndola mi hija de acuerdo a la ley: "Hay tres clases de padres: El que engendra al niño, el que salva su vida y el que lo alimenta". Y como la encontré rodeada de aves, la llamé Sakuntala[26]. Así es como Sakuntala se convirtió en mi hija y ella también me considera su padre. »

[26]Sakunta: Ave.

Al oír todo esto, Dushmanta dijo: « Estaba muy claro que debías ser hija de un rey. Cásate conmigo y te daré todo lo que me pidas: Oro, vestidos, joyas, alfombras de la mayor finura. Todo mi reino será tuyo hoy. Ven a mí y cásate conmigo según la forma Gandharva, pues de todas las formas de matrimonio la del estilo Gandharva es la mejor ».

Sakuntala dijo: « Mi padre salió de la ermita a buscar fruta y no tardará en llegar; espera un momento y él me entregará a ti ».

Dushmanta replicó: « ¡Oh preciosa mía!, Quiero que seas mi compañera de por vida. Cada cual es su mejor amigo y puede depender de si mismo; por tanto, según la ley tú puedes entregarte tú misma. Hay ocho tipos de matrimonio, cada uno apropiado para un tipo de personas. Los tipos Gandharva y Rakshasa son apropiados para los Kshatriyas. No debes tener la menor duda de que podemos unirnos de acuerdo a cualquiera de estas dos formas o de acuerdo a una mezcla de las dos. Yo estoy embargado por el deseo y si tú lo estás también, puedes hacerte mi esposa según la forma Gandharva ».

Sakuntala respondió: « Si esto es lo que aprueba la Ley, si soy dueña de mí misma, entonces escucha mi condición para celebrar este matrimonio secreto: Promete que mi hijo será nombrado tu sucesor. Si así lo haces, puedes yacer conmigo. »

El rey, sin dudarlo un momento le contestó: « Que así sea. Y te digo más: te llevaré conmigo a mi ciudad porque tú lo mereces. » Y diciendo esto la tomó por la mano y yacieron juntos. Después el rey se marchó, no sin antes confortarla y decirle muchas veces que tenía que irse sin ella porque no tenía en ese momento un medio de transporte adecuado para ella, pero que enviaría una comitiva a buscarla para escoltarla hasta el palacio.

En su camino de regreso, el rey llevaba un peso en el corazón: « ¿Qué hará el venerable asceta cuando sepa lo ocurrido? », pensaba Dushmanta. Y con esta preocupación entró en su capital.

En cuanto el rey se marchó, Kanwa llegó a su morada; pero Sakuntala, avergonzada, no salió a recibirle. El gran asceta, sin embargo, vio todo lo ocurrido con su ojo espiritual y estuvo complacido, así que le dijo a su hija: « Puesto que desciendes de un rey, lo que has hecho hoy —tener relaciones con un hombre— no es una transgresión de la Ley, pues el tipo *gandharva* de matrimonio, en secreto, sin rituales, entre un hombre enamorado y una mujer que desea entregarse, es el mejor para los Kshatriyas. Dushmanta, el hombre al que te has entregado amorosamente es un buen hombre; y vuestro hijo será ilustre y poderoso ». Entonces Sakuntala tomó la carga de frutas que traía su padre, le lavó los pies y le dijo: « Seria adecuado que dieses tu bendición a este Dushmanta que he tomado por esposo, así como a todos sus ministros ».

Kanwa respondió: « Así lo haré, pero ahora pídeme tú el don que desees ». Y movida por el deseo de beneficiar a Dushmanta, Sakuntala pidió que los reyes de la dinastía Paurava fuesen siempre virtuosos y nunca perdiesen el trono.

—

Sakuntala dio a luz un hijo de inmensa energía. Cuando éste tenía tres años su esplendor era como el de un fuego. Kanwa se encargó de celebrar los ritos religiosos correspondientes para aquél niño que iba creciendo día a día. Siendo aún muy joven era capaz de enfrentarse a un león. Tenia en la palma de su mano todos los signos auspiciosos y su frente era ancha y despejada. Cada día era más fuerte y hermoso con el esplendor de un ser celestial. Cuando tenía seis años era capaz de atrapar leones, tigres, osos, búfalos y elefantes y atarlos a los árboles que había alrededor de la ermita de Kanwa. Y era capaz de cabalgar sobre ellos y domarlos. Por estas proezas los moradores de aquella ermita le llamaron Sarvadamana (el domador).

Viendo la fortaleza del niño y sus proezas, Kanwa le dijo a Sakuntala que había llegado el momento de que el niño fuese nombrado heredero al trono. Entonces Kanwa ordenó a sus discípulos que llevasen a Sakuntala y a su hijo a junto de su marido. Dijo Kanwa: « No es bueno que una mujer viva demasiado tiempo en casa de sus padres. Tal residencia es contraria a su buena reputación, a su buena conducta y a su virtud ». Aquel mismo día partieron para Hastinapura y Sakuntala dejó los bosques donde Dushmanta la había conocido.

Capítulo II
EN LA CORTE DE DUSHMANTA

CUANDO llegaron a la corte de Dushmanta, los discípulos del rishi presentaron a Sakuntala al rey y partieron de inmediato para regresar a la ermita de Kanwa. Sakuntala, a su vez, presentó debidamente sus respetos al rey y le dijo: — Éste es tu hijo. Nómbrale tu sucesor como prometiste. Recuerda la promesa que me hiciste hace mucho tiempo cuando yacimos juntos en la ermita de Kanwa.

El rey recordaba muy bien todo lo que había ocurrido, pero sin embargo dijo: « No recuerdo nada. ¿Quién eres tú, malvada asceta? No recuerdo tener nada que ver contigo en relación con Dharma, Kama o Artha. Vete o quédate según desees; puedes hacer lo que quieras ».

Al oír esto, la inocente Sakuntala quedó totalmente confusa e invadida por la vergüenza. Abatida por el dolor, quedó privada de la conciencia y permaneció durante un momento allí de pie como un poste de madera. Pero no tardaron sus ojos en ponerse rojos como el cobre y sus labios a temblar. Y las miradas que de vez en cuando lanzaba al rey parecían ser capaces de quemarle vivo. Sin embargo, con un extraordinario esfuerzo de autocontrol, consiguió dominar su creciente ira y controlar el poder que había adquirido con sus austeridades. Recobrando la compostura, aún con rabia y tristeza en su corazón, miró directamente a su esposo y le dijo llena de ira: — ¡Lo sabes muy bien!, gran rey.

¿Por qué dices que no como si fueras un cualquiera?. Tu corazón es testigo de tu verdad y de tu mentira, por tanto di la verdad sin degradarte a ti mismo. El que sabe una cosa y pretende que es otra es un ladrón que roba su propia alma. ¿De qué pecado no será capaz?. Crees que eres el único que sabe lo que has hecho, pero ¿no conoces a Aquél Antiguo Omnisciente que mora en tu corazón?. Él conoce tu maldad y es ante él ante quien estás mintiendo.

»Un hombre que actúa mal piensa: "Nadie me conoce". Pero los dioses le conocen, y también Aquél que mora en su corazón. Todo el Universo es testigo de los actos de un hombre. La Muerte lava los pecados de aquél que está en paz con su alma, pero aquél que traiciona a su alma sufre torturas sin fin. Al que se degrada a si mismo mintiéndose sobre su propio ser, ni los dioses le pueden ayudar, ni su propia alma le bendice.

»Es cierto que he venido ante ti por mi propia iniciativa, pero no me desdeñes por eso, pues he sido tu fiel esposa. No me recibes con los agasajos que corresponden a una esposa y me ofendes ante tu asamblea como si fuera una cualquiera. ¿Estoy clamando en el desierto?. ¿Acaso no me oyes?. Si no atiendes a mis súplicas, Dushmanta, tu cabeza estallará en cien pedazos.

»El marido entra en la esposa y renace de ella en la forma de su hijo; y ese hijo salva a los espíritus de los antepasados al continuar el linaje. Por ese hijo uno conquista los tres mundos y goza de la eternidad.

»Una buena esposa da hijos, lleva la casa, se entrega a su señor. La esposa es la otra mitad del hombre, la mejor de sus amistades, la base de la religión, de la riqueza y del placer. Es la base de la salvación. Los que tienen esposas pueden realizar ceremonias religiosas, llevar una vida doméstica, y tienen los medios para ser felices y tener buena fortuna.

»Han dicho los sabios que un hijo es como uno mismo renacido de su esposa, por lo tanto, un hombre cuya esposa le ha dado un hijo debe mirarla como a su propia madre. Contemplando la cara del hijo que uno ha obtenido de su esposa como la propia cara reflejada en un espejo, uno se siente tan feliz como un hombre virtuoso al llegar al cielo. Los hombres abrumados por los problemas se sienten en compañía de su mujer como un hombre sudoroso en un baño fresco. Ningún hombre, ni siquiera bajo la ira, debe hacer nada que sea desagradable para su esposa, pues la felicidad, la alegría y la virtud dependen de la esposa. La esposa es el sagrado campo en el que el marido renace. Ni siquiera los rishis pueden crear criaturas sin una mujer.

»¿Qué mayor felicidad existe que la que siente un padre cuando su hijo viene corriendo a cogerse de su pierna?. ¿Por qué, pues, tratas con indiferencia a este hijo que se te acerca deseoso de subirse a tu regazo?. Incluso las hormigas protegen sus huevos y no los destruyen. ¿Por qué entonces tú, que eres un hombre virtuoso no recibes a tu propio

hijo?. Ni el tacto de la suave pasta de sándalo, ni el del agua fresca, ni el de una mujer, es tan agradable como el abrazo de un niño, sobre todo si es tu hijo.

»El brahmin es el más elevado de todos los bípedos, la vaca el más elevado de todos los cuadrúpedos, el protector es el más importante de todos los superiores, y el hijo, lo más importante de todas las cosas. Permite, pues, que este hermoso niño te toque y te abrace. Nada hay en el mundo más agradable que el abrazo del propio hijo. Tú sabes que los brahmines repiten estos mantras védicos en la ceremonia de los ritos de consagración del recién nacido:

"¡Oh hijo mío,
tú has nacido de mi cuerpo!,
tú has salido de mi corazón.
Tú eres yo mismo en la forma de un hijo.
¡Vive hasta la edad de cien años!.
Mi vida depende de ti
y la continuación de mi linaje también.
Por tanto, hijo mío,
vive con gran felicidad hasta los cien años."

»Él ha salido de tu cuerpo; mírate a ti mismo en él, igual que ves tu imagen en el lago cristalino.

»Tú te acercaste a mí siendo yo una virgen en la ermita de mi padre. Menaka, la principal de las apsaras celestiales, descendiendo de los cielos tras tener relaciones con Viswamitra, me dio a luz en un valle del Himalaya. Sin ningún tipo de afecto, me abandonó como si fuera la hija de otra persona. ¿Qué pecado puedo haber cometido, quizás en otra vida, para que mi madre me haya rechazado en mi infancia y ahora sea rechazada por ti?. Si me rechazas, estoy dispuesta a regresar a casa de mi padre, pero te convendría no rechazar a este niño que es tu propio hijo».

Capítulo III
RESPUESTA DE DUSHMANTA

Al oír todo esto Dushmanta dijo: «Sakuntala, yo no tengo conocimiento de haber engendrado en ti este hijo. Las mujeres suelen mentir; ¿quién va a creer tus palabras?. Dices que tu madre Menaka, sin la menor muestra de afecto, te abandonó en los Himalayas como quien se deshace de una guirnalda usada. Que tu padre Viswamitra, un hombre sin misericordia; que nació Kshatriya y se convirtió en Brahmana, es un indecente. Sin embargo, Menaka es la primera de las Apsaras, y Viswamitra el primero de los Rishis. ¿Cómo puedes llamarte su hija y hablar como una prostituta?. No se puede

creer en lo que dices. ¿No te da vergüenza decir cosas tan increíbles, especialmente en mi presencia?. Vete de aquí malvada asceta. ¡Un gran Rishi y una apsara como Menaka relacionados contigo, una mujer baja vestida de asceta!. Tu hijo es muy mayor y es demasiado fuerte para ser un niño. ¿Cómo ha podido crecer tanto en tan poco tiempo?. Eres de baja cuna y me pareces una prostituta. ¿Así que Menaka te concibió por pura lujuria?. Todo lo que dices me parece muy oscuro. No te conozco. ¡Vete donde quieras! ».

—

Sakuntala replicó: — Alteza, veis las faltas de otros, pequeñas como semillas de mostaza y no veis las vuestras tan grandes como calabazas. Ciertamente, Menaka es considerada la primera entre los seres celestiales. Mi nacimiento es, por tanto, mucho más alto que el vuestro, Dushmanta. Tú caminas sobre la Tierra, ¡pero yo vuelo por los cielos!. Mira, la diferencia entre nosotros es como la que hay entre el monte Meru y una semilla de mostaza. ¡Contempla mi poder, oh rey!; ¡puedo acceder a las moradas de Indra, Kuvera, Yama, y Varuna!. Perdonadme que os diga una cosa a modo de ejemplo, sin malicia: Mientras no se ve a si mismo en un espejo, un hombre feo piensa que es más atractivo que los demás. Pero cuando ve su fea cara en el espejo, se da cuenta de la diferencia que hay. Aquél que es realmente hermoso nunca desprecia a nadie. Igualmente, el más mentiroso es el que mejor sabe insultar. Igual que un cerdo siempre busca la porquería aunque esté en un jardín de flores, el malvado que oye a otros decir cosas buenas y malas siempre elige lo malo. Los sabios, sin embargo, cuando oyen a otros hablar mezclando lo bueno y lo malo, siempre eligen lo bueno, igual que los cisnes, que toman la leche aunque esté mezclada con agua. Al que es honesto le duele tener que reprochar a los demás, pero el que es deshonesto se regocija en hacerlo y no pierde ocasión en reprochar a alguien. Feliz vive el honesto sin buscarle las faltas a otros, pero los deshonestos son felices buscándoselas. El malo siempre habla mal del bueno, pero éste nunca le devuelve el mal aunque lo reciba. ¿Qué puede haber en el mundo más ridículo que el que un malvado llame malvado al bueno?. Hasta los herejes temen al mentiroso como a una serpiente venenosa. El que no acepta como su igual al hijo que él mismo engendró verá que los dioses destruyen su fortuna, pues el hijo es el fundamento de la familia y de la dinastía.

»Por tanto, no debes abandonar a tu hijo. Protégete a ti mismo protegiendo a tu hijo como a tu palabra y a tu ley. No te engañes. Un embalse es mejor que cien pozos, una ceremonia mejor que cien embalses, y un hijo mejor que cien ceremonias. La Verdad es más meritoria que tener cien hijos. La Verdad es incluso mejor que cien rituales del caballo. No hay virtud tan alta como la veracidad y no hay nada sobre la Tierra más amargo que la mentira. Sé el aliado de la Verdad. Si no das crédito a mis palabras, me iré voluntariamente, pues en ese caso tu compañía debe ser evitada. Pero puedes estar seguro de que un día, cuando te hayas ido, este hijo mío reinará sobre toda la Tierra,

rodeada por todos los mares y coronada por el rey de las montañas. »

Después de decir esto, Sakuntala se dio media vuelta para alejarse de aquel lugar.

Capítulo IV

LA VOZ DE LOS CIELOS

ANTES de que Sakuntala hubiese dejado la presencia del rey, una voz de los cielos, que no surgía de ningún lugar visible, se oyó claramente en aquél recinto lleno de sacerdotes, consejeros, y ministros.

La voz le habló a Dushmanta y le dijo: « La madre es la funda carnal del padre; el hijo engendrado por el padre es el padre mismo. Por tanto, Dushmanta, acepta a tu hijo y no insultes a Sakuntala. El hijo que tiene simiente rescata de las regiones de Yama. Tú has engendrado a este niño. Sakuntala ha dicho la verdad. La esposa trae al mundo su hijo dividiendo su cuerpo en dos; por tanto, Dushmanta, acepta al hijo de Sakuntala. No seas ruin y no rechaces el hijo engendrado por ti. Acéptale y que por ese hecho su nombre sea Bharata (el aceptado) ».

Al oír esas palabras de los cielos, Dushmanta se llenó de alegría y les habló así a sus consejeros y ministros: « ¡Oíd esas palabras celestiales!. Yo sabia muy bien que este era mi hijo. Pero si le hubiera aceptado como hijo mío basado solamente en la palabra de Sakuntala, la sospecha de una impostura hubiera arraigado en el pueblo y mi hijo nunca habría podido disiparla ».

Entonces el rey, quedando así libre de toda sospecha, feliz y lleno de alegría, aceptó a su hijo, le besó en la cabeza y le abrazó cariñosamente. Se podía sentir la alegría que experimentaba el rey al contacto con su hijo. Fiel a sus obligaciones, honró debidamente a su esposa y acercándose a ella le dijo: « La alianza que hice contigo no era conocida por mi pueblo. Esa es la razón por la que yo discutí contigo, para poder eliminar toda duda, reina mía. La gente hubiera pensado que yo había adquirido una deuda contigo por una simple aventura y que en pago había elegido a este hijo tuyo como heredero del reino. Por eso discutí contigo. Y si, en tu ira, has proferido palabras muy duras contra mí, querida esposa, sé que fueron fruto de tu amor y ya te las he perdonado ». Después de decirle esto, el rey le hizo a su querida esposa ofrendas de perfume, comida y bebida. Más tarde, puso a su hijo el nombre de Bharata y le nombró formalmente como su sucesor en el trono.

Las gloriosas ruedas del carro de Bharata rodaron grandiosas por los mundos, radiantes, divinas, invencibles. El hijo de Dushmanta sometió a todos los reyes de la Tierra y gobernó virtuosamente adquiriendo gran fama. Celebró muchas ceremonias religiosas que fueron oficiadas por el propio Kanwa y en las que hubo abundantes ofrendas a los brahmines.

Fueron los descendientes de este Bharata los que formaron esta gran dinastía que lleva su nombre y en la cual ha habido innumerables reyes de gran energía y poder. Fueron reyes como dioses, dedicados siempre a la verdad y a la honestidad.

Libro 1
El comienzo
(Adi Parva)

Capítulo I

MAHABHISHA, GANGA Y LOS VASUS

HABÍA una vez un rey llamado Mahabhisha, de la dinastía Ikshvaku. Era un rey verdaderamente poderoso que realizó miles de rituales del caballo y cientos de Rajasuyas, a consecuencia de los cuales a su muerte se ganó el cielo.

Un día, los seres celestiales se habían reunido para adorar a Brahma. Allí estaban presentes muchos reyes, incluido Mahabhisha. Entonces llegó Ganga, la diosa del Ganges y reina de los ríos, para presentar sus respetos al Anciano. En ese momento una corriente de aire le levantó la falda exponiéndola a la vista de todos. Ante esto, todos los seres celestiales apartaron discretamente la mirada; todos excepto Mahabhisha, que se complació en contemplar la hermosura de la diosa. Ganga se sintió halagada por la actitud de Mahabhisha, pero Brahma, al darse cuenta de lo ocurrido dijo: « ¡Desvergonzado!. Puesto que has olvidado la compostura al mirar a Ganga, habrás de nacer de nuevo en la Tierra. Allí conocerás a Ganga y sólo te librarás de este castigo cuando ella provoque tu ira. »

Mahabhisha empezó a pensar en todos los reyes y ascetas que había en la Tierra tratando de elegir al que preferiría tener como padre. Su elección fue el bondadoso rey de los Kurus llamado Pratipa. Por su parte, Ganga se alejó de allí pensando con deseo en Mahabhisha. En su camino, se encontró con esos seres celestiales conocidos como los Vasus, que llevaban el mismo camino que ella. Y la reina de los ríos, viéndoles cabizbajos y compungidos, les preguntó: « ¿Qué os ha pasado? ». Los Vasus le contestaron: « A causa de una pequeña falta hemos sido castigados por el ilustre Vasishtha. Como se encontraba realizando su ritual crepuscular, no pudimos verle e hicimos algo que no debíamos. Pero él lo sabe todo y cuando nos vio nos dijo: "¡Naceréis de un vientre humano!". Nada puede evitar que se cumpla lo que Vasishtha pronuncia. Pero nosotros no podemos entrar en el vientre de una mujer si no es pura. »

Ganga les dijo: « Yo seré vuestra madre. ¿Habéis elegido ya quién será vuestro padre? ». Los Vasus contestaron: « Un hijo nacerá del rey Pratipa, cuyo nombre será

Santanu. Él será nuestro padre ». Entonces Ganga dijo: « Exactamente lo mismo pensaba yo. Le haré a él un bien y al mismo tiempo cumpliré vuestro deseo ». Los Vasus, alegrándose de oír esto, dijeron: « ¡Alabada seas, tú la de los tres cursos![27]. Cuando nazcamos de ti deberás tirarnos al agua para que no tengamos que vivir nada de tiempo en la Tierra. Sólo uno de nosotros deberá vivir más tiempo, pero, a su vez, ese hijo no deberá tener hijos y de esta forma conservará toda su virilidad y tendrá una gran energía ». Ganga les contestó: « Haré lo que decís. Con ello Santanu conservará al menos un hijo y nuestro amor no quedará sin fruto ».

Y con este acuerdo, los Vasus prosiguieron su camino a la espera de que se cumpliese el destino.

Capítulo II
PRATIPA

PRATIPA era un rey bondadoso, siempre dedicado al bienestar de todos los seres. Durante muchos años se entregó a realizar austeridades ascéticas en las sagradas fuentes del río Ganges. Un día, mientras estaba sentado cerca de la orilla diciendo sus plegarias, el río tomó la forma de una hermosa y seductora mujer, que no era otra que la encarnación de Ganga, la diosa del Ganges. Esta dama celestial, de una belleza sublime, se acercó al rey y se sentó en su muslo derecho, que era fuerte como el tronco de un árbol. Entonces, ante aquella interrupción de sus oraciones, el rey le dijo: « ¿Qué deseas de mí, hermosa dama? », a lo que la mujer contestó:

—Te deseo a ti, rey y señor de los Kurus. Tómame y hazme tuya, pues los sabios no aprueban el que una mujer que se entrega voluntariamente sea rechazada.

Pratipa le contestó:

—¡Oh hermosa mujer!, no puedo hacerlo, pues he hecho el voto de nunca tomar la esposa de otro hombre ni mujer alguna que no sea la mía.

La mujer insistió:

—¿Acaso soy fea o impura?. A mí puedes tomarme sin romper tu voto, pues soy una virgen celestial. Tómame como esposa y goza conmigo: ámame como yo te amo a ti.

Pratipa respondió:

—Lo siento, hermosa mujer, no puedo aceptar tu ofrecimiento, pues si lo aceptase sería destruido al instante. Realmente eres preciosa, pero fíjate, te has sentado en mi muslo derecho, que es el lugar para las hijas y las nueras, mientras que el lugar de la esposa o la amante es el muslo izquierdo, que tú has evitado. Por tanto no puedo verte

[27] Según la tradición, el Ganges tiene tres cursos. El del Cielo se llama *Suradhani* o *Mandakini*; el de la Tierra *Ganga*; y el de las regiones inferiores, *Bhogavati*.

con ojos de deseo, sino con los que se mira a una hija. Sé mi nuera: sería feliz de aceptarte para mi hijo.

Entonces la mujer dijo:

—En verdad eres un hombre virtuoso. Que sea como dices. Por el respeto que te tengo seré una esposa de la dinastía de los Bharatas cuyas virtudes sería incapaz de contar ni en cien años. Pero tu hijo jamás debe saber mi origen celestial ni juzgar mis actos, sea lo que sea lo que yo haga. Entonces le haré feliz y por los hijos que le daré y por sus propios méritos alcanzará los cielos. —Y diciendo esto desapareció en el río.

Desde aquél día el rey conservó siempre en su memoria la promesa que había hecho, mientras esperaba la llegada de un hijo.

Pasó el tiempo y como ya iban llegando a una edad avanzada, Pratipa y su esposa practicaron austeridades y penitencias hasta que por fin tuvieron un hijo. Este hijo no era otro que la encarnación de Mahabhisha; y, como era hijo de un hombre que por sus austeridades había alcanzado la serenidad, le llamaron Santanu.

Santanu creció entregado a la virtud, convencido de que sólo mediante los buenos actos se alcanza el cielo. Cuando llegó a la mocedad, su padre le dijo:

—Hace mucho tiempo tuve un encuentro con una dama celestial a la que prometí que sería tu esposa. Si te encuentras secretamente con aquella hermosa mujer de piel clara y te pide que le des hijos, acéptala y no juzgues sus actos ni le preguntes quién es ni de dónde viene.

Después de esto, Pratipa nombró rey a Santanu y poniendo todo su reino en sus manos, se retiró a los bosques para entregarse a sus prácticas religiosas.

Capítulo III

EN LAS ORILLAS DEL GANGES

EL rey Santanu se convirtió en un hábil y ardiente cazador. Y fue así como un día, mientras cazaba a orillas del Ganges, se encontró con Ganga. Fue como una visión. Allí estaba aquella hermosa mujer, de pie. Su piel brillaba como el oro, sus ojos eran grandes y lustrosos. Con los dedos peinaba sus largos cabellos que le caían sobre el cuerpo como Rahu tratando de cubrir la Luna. El rey quedó como paralizado, contemplándola absorto. Le parecía una ninfa que hubiera descendido de los cielos a la Tierra para deleite de sus ojos. Se le acercó, y ella, al escuchar el ruido giró, lo miró y un destello hechizante iluminó su cara. En sus labios se dibujó una tenue sonrisa mientras jugaba dibujando formas en la tierra con la punta de su pie. Un momento después volvió a levantar la mirada posando su vista sobre él, y el rey advirtió que a ella le gustaba su compañía.

Se acercó. Tomó vacilante su mano entre las suyas, y le dijo:

—Eres muy hermosa. No sé si eres una diosa, una hada o si eres humana, pero quiero que seas mi esposa. Soy Santanu el rey de Hastinapura. Me he enamorado de ti y sin ti ya no podría vivir.

Ganga le sonrió y dijo:

—Desde el momento en que te vi supe que iba a ser tuya. Seré tu reina, pero con una condición: jamás te opondrás a lo que yo quiera hacer, sea lo que fuera y cuando fuese. En el momento en que no cumplas esto me iré de tu lado y no regresaré jamás.

—Que así sea —dijo el monarca enamorado, y la llevó a la ciudad.

Fue para él la esposa ideal: una compañera en todas las ocasiones. Le complacía inmensamente su encanto, su belleza, sus dulces palabras y sus muchas virtudes. Perdía conciencia del tiempo cuando estaba con ella.

Pasaron los días y los meses, y en el transcurso del tiempo Ganga concibió un hijo del rey, el cual se alegró en gran manera, pues al fin había nacido un hijo heredero que iba a asegurarle la descendencia de la casta de los pauravas, ocupando en su día el trono. Se dirigió a toda prisa a los aposentos de la reina. Pero se le informó de que ella ya no estaba. Le dijeron que había salido corriendo en dirección a las orillas del Ganges con el niño recién nacido en su brazos. Él corrió hacia la orilla del río, y allí ante sus ojos horrorizados vio lo que jamás podría borrar de su memoria: Ganga, su amada Ganga, arrojaba el niño recién nacido al río y en su rostro había una expresión que no pudo olvidar durante varios días, torturándolo de continuo. Ella sin embargo ofrecía el aspecto de haberse librado de una pesada carga. Él sentía deseos de preguntarle por qué, pero no podía hacerlo, pues se acordaba de lo que le había prometido en el momento de aceptarla como esposa.

Esta misma escena volvió a repetirse un año más tarde. Y al siguiente año volvió a suceder lo mismo. Y así sucesivamente fue arrojando al río los siete primeros hijos del rey. El rey, sin embargo, permanecía en silencio. El amor, dicen, es ciego, pero no es exactamente así: el amor es un ojo extra con el que se ve tan sólo lo que hay de bueno en el ser amado, permaneciendo ciego a todas sus faltas. Para el rey, Ganga era toda su vida. Pero igualmente poderoso era su deseo de tener un heredero. El rey ya no encontraba un momento de paz; y así pasó un año, hasta que el octavo hijo vino al mundo. Ganga otra vez corrió hacia el río con el niño entre sus brazos y el rey enmudeció de furia y amargura, ya no lo podía soportar más, y sin poderse contener corrió detrás de ella, hasta que la alcanzó, la detuvo y por primera vez la recriminó.

—¿Por qué actúas de un modo tan inhumano? —le dijo lleno de ira—; ya no puedo soportarlo más. No entiendo por qué destruyes de esta manera a mis hijos. ¿Por qué lo haces? ¿Cómo es posible que una madre mate a su niño recién nacido? Por favor, dame este hijo. Ya no puedo guardar silencio por más tiempo.

Ganga tenía una extraña sonrisa en sus labios. Estaba triste y feliz al mismo tiempo. Dirigiéndose al rey muy dulcemente le dijo:

—Mi señor, ha llegado el momento en el que debo irme. Has roto tu promesa. Me iré inmediatamente. Este hijo nuestro vivirá. Me lo llevaré conmigo pero te lo devolveré cuando llegue el momento. Le llamaré Devavrata.

El rey la miraba atónito, no podía entender todo lo que le estaba diciendo. Lo único que entendía era que la mujer que lo era todo para él estaba a punto de abandonarle para siempre, sólo porque le había pedido que no matase a su octavo hijo. Las únicas palabras que pudieron salir de sus labios fueron:

—¿Por qué me haces esto? ¿Es que no ves que mi vida te pertenece y que no puedo vivir sin ti? No puedes irte y dejarme abandonado. En un tiempo me amabas y ahora, en nombre de ese amor, te imploro que no me dejes; por favor.

En el hermoso rostro de Ganga apareció una expresión de dolor, y le dijo:

—Mi señor, ¿no entiendes que me voy porque debo hacerlo? Yo soy Ganga y pertenezco a los cielos. He venido a la Tierra para hacer un servicio y complacer tu deseo. Yo soy la diosa Ganga, adorada por los dioses y los hombres. Vasishtha maldijo a los ocho Vasus[28] castigándolos a nacer en el mundo de los hombres, y yo he descendido al mundo de los mortales para ser madre de ellos. Ellos han sido los ocho hijos que he concebido de ti, y ha sido para tu beneficio que así fuera, pues tú ascenderás a las regiones superiores por el servicio que has hecho a los ocho Vasus.

El rey, desconcertado, dijo:

—No lo entiendo. ¿Por qué matar a los niños?. Y ¿qué habían hecho los Vasus para recibir la maldición de Vasishtha?

—Te contaré cómo fueron maldecidos por Vasishtha —dijo Ganga: Un día fueron los Vasus a la montaña con sus esposas, y mientras vieron por un camino la ermita de Vasishtha. Uno de ellos vio a Nandini, la vaca de Vasishtha, que pastaba allí. La divina belleza de su forma lo atrajo, llamando la atención de los otros acompañantes hacia aquel armonioso animal.

»Una de las esposas le pidió a su marido que la obtuviese para ella, a lo que él le respondió:

»—¿Qué necesidad tenemos nosotros, los Devas, de beber leche de vaca? Esta vaca le pertenece al sabio Vasishtha, dueño de todo este lugar. Es posible que un hombre se vuelva inmortal bebiendo leche de esta vaca, pero qué beneficio nos reportaría a nosotros

[28]Among the denizens of heaven are the eight Vasus (Dwellers), attendants to lndra, king of the gods. They represent eight cosmic natural phenomena or elemental aspects of nature: Agni (Fire), Prithvi (Earth) , Vayu (Wind), Antarikslia (Atmosphere), Dyaus (Sky), Aditva (Sun), Chandramas (Moon), and Nokshtrani (Stars).

que ya somos inmortales. No merece la pena provocar la ira de Vasishtha tan sólo para satisfacer un capricho.

»Pero la esposa continuaba insistiendo:

»—Tengo una compañera en el mundo de los mortales y es por ella que te lo pido; podemos irnos con la vaca antes de que regrese Vasishtha. Por favor, hazlo por lo que más quieras, este es mi más profundo deseo.

»Finalmente su esposo cedió, y entre todos los Vasus cogieron la vaca y se la llevaron con ellos. Cuando Vasishtha regresó a la ermita, notó la falta de la vaca, pues le era imprescindible para sus rituales diarios. Y usando el poder del yoga enseguida vio todo lo que había pasado. La ira se apoderó de él y pronunció una maldición contra los Vasus. El sabio, cuya única riqueza era su austeridad, les condenó a que nacieran en el mundo de los hombres. Cuando los Vasus supieron que habían sido maldecidos se arrepintieron, aunque ya era demasiado tarde, y recurriendo a la misericordia del sabio, le imploraron perdón. Vasishtha les dijo:

»—La maldición ha de seguir su curso. Aquél de vosotros que decidió coger la vaca vivirá en el mundo durante más tiempo aunque en plena gloria, pero los otros seréis liberados de la maldición en cuanto nazcáis. No puedo retirar mis palabras, pero de esta forma suavizaré vuestra maldición.

»Tras lo cual Vasishtha depositó de nuevo su mente en la práctica de la austeridad y el yoga, cuyos efectos habían disminuido ligeramente por la ira. Los sabios que practican la austeridad adquieren el poder de la maldición, pero cada vez que usan ese poder reducen su cúmulo de méritos.

»Los Vasus se sintieron aliviados y se acercaron a mí, la diosa Ganga, y me rogaron que fuera su madre; me pidieron que descendiera a la tierra para engendrarlos y arrojarlos inmediatamente al río en cuanto nacieran, liberándolos así de la maldición. Por otro lado tú en tu nacimiento anterior, eras el gran rey Mahabhishak. Una vez estabas en la corte de Indra y al llegar yo me miraste con ojos de deseo y quisiste que fuera tuya. A los moradores de los cielos no les gustó esto y te enviaron a la tierra para nacer como el rey Santanu el hijo de Pratipa. De este modo nuestro amor se ha hecho posible y hemos sido felices. »

Después, Ganga añadió:

—Mi señor no trates de detener la marea del tiempo. Las cosas que han sido ordenadas han de suceder. Ni tú, ni yo, ni todos los dioses pueden alterar el orden de las cosas que han de suceder.

Cuando el velo de la ilusión se aparta y se les permite a los ojos ver la verdad, nos damos cuenta de que los ojos no son suficientemente fuertes para resistir su presencia.

Lo mismo le ocurría al rey. Ganga, la diosa de los cielos, pensó que era adecuado jugar el papel de esposa suya, pero Santanu, un mero mortal, no era lo suficientemente fuerte para sobrellevar tal honor. Su mente rechazaba enfrentarse a la verdad. Se quedó como mudo cuando escuchó lo que Ganga le había dicho. Era demasiado para él. Como consecuencia veía dos cosas: la primera era que Ganga le abandonaría para siempre, la segunda que ahora tenía un hijo, el cual podría ocupar el trono para perpetuar el nombre de los Pauravas. A Ganga le resultaba fácil adivinar las emociones que pasaban por la mente de Santanu y con una mirada de amor y compasión se dirigió al rey diciendo:

—Mi amado, por favor no te apenes, cuidaré muy bien de nuestro hijo. Será un gran hombre. Será el mayor de todos los Pauravas que hasta ahora han ocupado el trono de la raza de la Luna[29].

Después de decir esto Ganga desapareció ante sus ojos. Santanu permaneció durante horas rememorando aquellos momentos lleno de dolor. Y después de algún tiempo emprendió camino de regreso a su casa con una expresión de resignación, pues sabía que era únicamente la soledad lo que le estaba esperando.

Capítulo IV
DIECISÉIS AÑOS MÁS TARDE

YA habían pasado dieciséis años. Hay corazones rotos que jamás desfallecen, y el del rey era uno de ellos. Su vida estaba ahora vacía. Vivir para él ya no tenía sentido. Pero no dejó que eso afectase en absoluto a su reino. Era un rey ideal. Sus súbditos estaban muy felices con él. Su único placer como pasatiempo era la caza. Siempre estaba cazando por las orillas del Ganges, pues fue allí donde un día encontró la felicidad. Y un día mientras vagaba a lo largo de la orilla, sus ojos quedaron sorprendidos ante una extraña visión. El río no fluía. Parecía como si algo hubiera detenido su curso. Lleno de curiosidad siguió caminando por la orilla y vio una hilera de flechas que habían sido clavadas unas junto a otras de tal forma que ni una sola gota de agua podía pasar entre ellas. Santanu se quedó petrificado, sorprendido ante aquel repentino embalse que se había producido en el río. Pero pronto se dio cuenta que no estaba solo: Ganga, su amada Ganga, estaba de pie a su lado, con una dulce y serena sonrisa. El rey se sintió desbordado, y mirándola con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—Ganga, por fin te has compadecido de mí. Todos estos años los he pasado en soledad; me he sentido tan solo. Te quiero y no puedo vivir sin ti. Por favor regresa a mí.

[29]La Raza de la Luna o Dinastía Lunar fue, junto con la Dinastía Solar, una de las principales dinastías del hinduismo. La Dinastía Lunar está extensamente descrita en el Vishnu Purana, donde se incluye en este linaje al gran Sri Krishna, una encarnación de Vishnu.

Me has perdonado, ya lo sé, de otra forma no habrías vuelto. Vámonos corriendo a la ciudad y vivamos felices de nuevo.

Ganga le miró con una expresión de lástima en sus ojos y le dijo:

—Mi señor, todo eso está ya en el pasado. Cuando el Sol se pone en el atardecer de un día es tonto pedirle que regrese para poder vivir ese día de nuevo. Por supuesto que el Sol volverá, pero sólo para manifestar un nuevo día. Nadie puede retroceder ni un solo momento. Dejemos todo eso a un lado y permíteme decirte por qué he venido: ¿Ves el río detenido?

—Sí —le contestó el rey—, eso fue lo que me detuvo como hechizado. Dime Ganga ¿quién es el que te está deteniendo embalsada a ti, a quien toda la riqueza de mi amor no puede detener?

Mientras ellos hablaban se produjo de repente un ruido ensordecedor. Era el rugir de las aguas del río, cuyo curso ya había sido liberado del embalse. Desde la distancia se les acercaba a toda velocidad un muchacho: un bello joven, cuyo noble rostro brillaba con gran energía. Abrazó a Ganga y le dijo:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Yo contuve el río! ¡Una vez más he conseguido hacerlo!

Ganga, mirando al rey que estaba totalmente asombrado, le dijo:

—¡Es tu hijo! —Luego se volvió al joven y le dijo: —Devavrata, este es tu padre, salúdale.

Santanu extendió sus brazos hacia su hijo y le abrazó. Y Ganga dijo:

—Esta es la razón de mi venida. Te he traído a tu hijo llévatelo contigo, él alegrará tu vida. Conoce todas las artes que un Kshatrya debe conocer. Vasishtha ha sido su guru. De él ha aprendido los Vedas y los Vedangas. De Brihaspati, el guru divino, ha aprendido la ciencia de la política. Y condescendiendo a mi ruego, Bhargava, el enemigo de los Kshatryas, le ha enseñado el arte de manejar el arco. Mi hijo es ahora un maestro en todas las artes. Le he preparado para que sea un digno heredero del trono de los Pauravas. Aquí te entrego a este héroe. Llévale a la casa de los héroes. —Y Ganga desapareció.

El rey emprendió camino de vuelta hacia el palacio tal y como lo había hecho dieciséis años atrás. Pero esta vez no regresaba solo. Su hijo, el hijo de Ganga, estaba a su lado. Santanu estaba orgulloso de su apuesto hijo, digno de ser la única obsesión del rey que durante tanto tiempo había estado en soledad. Juntos, hijo y padre, galoparon hacia Hastinapura.

Capítulo V

LA HIJA DEL PESCADOR

PASARON cuatro años. En compañía de su hijo, el rey pasó muchos días felices. Santanu estaba contentísimo con él y Devavrata era un hijo ideal. Parecía como si quisiera recompensar a su padre por todos los años de soledad que pasó. Eran inseparables. El rey coronó a Devavrata como heredero legítimo al trono y todos los súbditos del reino se sintieron muy felices. Mas el destino, mientras tanto, tenía un juego oculto para ellos.

Un día en que el rey había salido a cazar, siguiendo a una presa que se le escapaba llegó cerca del río Yamuna. De pronto, un extraño perfume embriagó sus sentidos. Era un perfume que jamás había conocido antes. Era el perfume de Satyavati. El rey se sintió raptado por la dulzura de aquel extraño perfume y, arrastrado por él, lo siguió hasta que al final de su búsqueda vio que el perfume venía de una mujer. Allí en la orilla del río Yamuna se encontró con una hermosa mujer que estaba atando una barca. Su figura no tenía defecto alguno, era perfectamente bella. No había palabras para describir la belleza de sus formas. Sus ojos miraban al suelo arrobados por la timidez, como si no pudiera soportar la intensidad de la mirada del rey. Estaba vestida como una pescadora. Santanu la miró lleno de deseo, se acercó a ella y le dijo:

—¿Quién eres tú? ¿qué estás haciendo aquí? Ella le contestó con voz muy suave:

—Mi nombre es Satyavati. Soy una pescadora: Mi padre es el rey de los pescadores y mi tarea es hacer travesías con la barca de una orilla a otra del río.

El rey fue inmediatamente a donde estaba el padre de la muchacha y le dijo:

—Soy Santanu, el monarca de la raza lunar y vengo de la ciudad de Hastinapura. Cuando estaba cazando en el bosque percibí un extraño perfume, le seguí el rastro hasta la orilla del Yamuna y allí me encontré con una hermosa mujer. Ella me ha dicho que es tu hija, y yo quiero que sea mi esposa.

El astuto rey de los pescadores le contestó:

—Es cierto mi señor, el perfume que percibiste proviene de mi hija, y sé que en el mundo entero no hay persona más apropiada para casarse con mi hija que vuestra señoría. Ser la reina del monarca Paurava es el honor más grande que puede recaer sobre una pobre muchacha pescadora. Tengo la intención de entregarte a mi hija en matrimonio. Pero hay una condición, y si tú estás dispuesto a aceptarla, mi hija será tuya.

El rey estaba impaciente, y le dijo:

—Si es posible concederte lo que me pides con certeza te lo concederé.

El pescador le dijo:

—Alguien ha predicho que el hijo de mi hija será el heredero del trono del reino. Si me prometes que el hijo que nazca de ella será el rey de Hastinapura que reinará después de ti, te daré a mi hija con sumo gusto.

El rey enmudeció, estaba pensando en Ganga, en el día en que le trajo a Devavrata y le dijo: « Aquí te entrego a este héroe. Llévalo a la casa de los héroes. » La cara de su hijo bienamado vino inmediatamente a su mente, el hijo a quien ya había coronado como legítimo heredero. Pensó en el compromiso de amor que le unía a Devavrata y sin pronunciar palabra alguna Santanu regresó a su carroza. Con el corazón dolorido y angustiado por un profundo deseo de lo inalcanzable, el rey regresó a la ciudad.

Capítulo VI

EL VOTO DE CELIBATO

DEVAVRATA encontró a su padre repentinamente cambiado. Ya no existía aquella felicidad que surgía de la relación perfecta que había entre ellos. Este nuevo padre ya no le hablaba, incluso aunque se lo pidiese.

El príncipe trató de aproximarse a él para descubrir la causa de este desinterés. Pero sus intentos fueron inútiles. El rey había perdido interés por todo, incluso por su pasatiempo favorito: la caza. Después de mucho tiempo, un día el rey le habló a Devavrata, y le dijo así:

—En esta gran Casa de los Kurus, tú eres mi único hijo. Representas para mí más que cien hijos juntos. No es que pretenda casarme de nuevo, pero me preocupa el hecho de que eres mi único hijo. Dios te ha otorgado una larga vida. Pero mi mente está turbada. Los sabios dicen que tener un solo hijo es como no tener ninguno. Tú eres un gran guerrero y si algo te ocurriera en alguna de las guerras el gran linaje de los kurus quedaría sin heredero, se destruiría. Esta es la preocupación que está causando estragos en mi mente.

El príncipe permaneció en silencio unos momentos. Su inteligencia había penetrado a través de la pantalla de palabras tras las cuales el rey pretendió ocultarle lo sucedido. Fue a donde estaba su auriga y en tono muy directo le preguntó:

—Eres un amigo confidencial de mi padre, dime ¿quién es la mujer que ha capturado su corazón? Dímelo, quiero hacer lo que sea para ver a mi padre feliz.

Después de dudarlo mucho el auriga le dijo vacilante:

—Es la hija de un pescador; su nombre es Satyavati. Tu padre se enamoró de ella y le pidió su mano a su padre. Y él a cambio le puso una condición: que el hijo que tenía que nacer de ella debía ser nombrado rey en el trono de los Pauravas. Tu padre pensó en ti, y sintiéndose impotente regresó a Hastinapura.

Sin decirle nada a su padre, Devavrata partió hacia el bosque y no se detuvo hasta que llegó a la aldea de los pescadores. La mujer a quien su padre amaba estaba allí, en la orilla del río Yamuna. Devavrata la saludó y le invitó a venir al palacio. Pero su padre se interpuso saludando al príncipe con el debido respeto. El príncipe le habló muy claro y directo:

—¿Qué quieres?. ¿Es que no te parece suficiente honor que el rey del mundo entero venga a pedirte un favor?

—Mi señor —dijo el pescador—, alguien predijo que el hijo de Satyavati sería un monarca. Yo os conozco bien, sé que sois el príncipe heredero y que el rey os ama mucho. Por eso no me respondió cuando le dije mi condición. Y ahí concluyó todo.

Devavrata hizo un gesto de desagrado por la astucia del pescador. Que su padre quisiera algo y no pudiera conseguirlo era algo inimaginable para él. Le dijo:

—Quieres que tu nieto sea el rey que siga a mi padre. ¡Pues que así sea! Yo renuncio a mi derecho al trono. ¿Estás satisfecho ahora? El pescador quedó asombrado con las palabras del joven príncipe, pero aún guardaba un recelo de desconfianza, sonrió y dijo:

—Mi señor, en tu nobleza has renunciado al trono, pero ¿cómo puedo estar seguro de que tus hijos estarán tan desapegados como tú?. ¿Qué seguridad tengo de que no reclamarán el trono al hijo de Satyavati?

El príncipe se sorprendió del extremo a que llegaba la ambición y astucia de aquel hombre, pero aún así sonrió y le dijo:

—¿Aún no estás contento? Te complaceré: No me casaré. Ante todos los habitantes de la tierra, de los cielos y de otras regiones, en nombre de todo lo que es querido y sagrado para mí, en nombre de mi guru Bhagaván Bhargava, en nombre de mi madre Ganga, y en nombre del Dharma, tomo el voto de que jamás me casaré mientras viva. ¿Estás ahora satisfecho?

De los cielos llovieron flores sobre él y por todas partes resonó la palabra « BHISHMA » que significa « el que hace un terrible voto y lo cumple ».

—Aquí la tienes —dijo el pescador—; tu madre. —Y puso a Satyavati ante el príncipe. Devavrata la saludó, la subió a la carroza y partió a toda prisa hacia Hastinapura. Corrió a la presencia de su padre y le presentó a la joven muchacha diciéndole: —Padre, la he traído para ti. Por favor, tómala y abandona tu tristeza. Aún resonaban los cielos con el grito de « ¡BHISHMA! ¡BHISHMA! ».

Cuando Santanu supo todo lo que había pasado sintió una profunda pena, atormentado por un sentimiento de culpa. No podía soportar la idea de que su hijo, tan varonil, tan bello, tan divino, se hubiese autoimpuesto una vida de celibato. Pero la red una vez tejida, ya no se puede destejer. Santanu había conseguido el deseo de su corazón, y en gratitud concedió a su hijo bien amado un don: Devavrata podía morir cuando quisiese

y sólo cuando él quisiese. Para ello el rey usó todos sus méritos acumulados por sus prácticas de austeridades, en un esfuerzo por complacer a su hijo.

Por fin se celebró la boda del rey con Satyavati. El rey vivió varios años con ella, de quien tuvo dos hijos, sus nombres eran Chitrangada y Vichitravirya. Los años pasaron muy rápidos y el rey, que ya había envejecido, con el tiempo murió. El príncipe Chitrangada era demasiado joven para hacerse cargo del trono, por lo cual Devavrata, mejor conocido como Bhishma, tuvo que hacer las veces de regente y nombró al príncipe Chitrangada como heredero legítimo. Bhishma pasó así algunos años. Y sucedió que había un rey Gandharva que se llamaba también Chitrangada y no le gustaba que un mortal tuviera su mismo nombre. Por lo cual retó al mortal Chitrangada a que pelease con él para probar quién era merecedor de tal nombre. Y en el campo de Kurukshetra se celebró la batalla entre ambos, en la que el hijo de Santanu resultó muerto. Bhishma se apenó mucho. Y poco después coronó al hermano menor, pero como era muy joven tuvo que asumir él mismo el papel de regente. Todo el mundo en Hastinapura estaba contento con Bhishma, su rey sin corona.

Capítulo VII

EL TORNEO DE KASI

EL joven príncipe Vichitravirya era ya el único hijo de Satyavati, por lo cual ahora era el centro de todas sus esperanzas. Bhishma era para él como un padre.

Pasaron los años, hasta que llegó un tiempo en que Bhishma empezó a pensar en el matrimonio del príncipe. El rey de Kasi tenía tres hijas encantadoras: Amba, Ambika y Ambalika. Y a los oídos de Bhishma llegó la noticia de que en la corte de Kasi se iba a celebrar una fiesta de Swayamvara para las tres princesas. Hasta entonces había sido costumbre del rey de Kasi ofrecer sus hijas a los príncipes de la Casa de los Kurus, por lo cual Bhishma se resintió mucho con él, y emprendió camino hacia la ciudad donde se celebraba el Swayamvara.

Cuando Bhishma llegó, ya hacía rato que el festejo ceremonial estaba transcurriendo. Habían venido reyes de muchas ciudades de la India y en el aire flotaba el perfume de las flores y el brillo de las joyas que llevaban los príncipes asistentes.

En cuanto vieron entrar a Bhishma, comenzaron a cruzarse entre ellos risas y comentarios burlones: « La belleza de las princesas podría hacer flaquear los votos de un rishi, ¿cuánto más no habría de sucederle a un solterón como Devavrata, un mero mortal? »

Bhishma se dirigió a todos ellos con voz fuerte y les dijo:

—Ciertamente he venido a asistir al Swayamvara, y me voy a llevar a las tres princesas a Hastinapura. Serán reinas en la Casa de los Kurus como esposas de mi hermano menor Vichitravirya. Y si os atrevéis a rescatarlas oponiéndoos a mí, estoy preparado para luchar

con cualquiera de vosotros. Sin vacilación alguna, Bhishma cogió de la mano derecha a las princesas y las subió una a una a su carroza. El rey de Kasi estaba furioso y recurrió a los reyes presentes en petición de ayuda: todos se abalanzaron sobre Bhishma cuando ya estaba emprendiendo camino. Una lucha fiera se desató entre los reyes y Bhishma, el cual les fue abatiendo fácilmente hasta quedar libre de ellos. Ya se disponía nuevamente a emprender su marcha cuando el rey Salva, que era un gran héroe, desafió a Bhishma a una lucha singular. Recién comenzada la lucha logró herir en el pecho a Bhishma, el cual se enardeció aún más y en un arrebato de coraje desarmó completamente al rey Salva abatiéndolo a tierra, quedando su vida a merced del vencedor. Pero Bhishma le perdonó la vida, y regresó a la capital kuru sin ningún obstáculo más en su camino.

En cuanto llegó a Hastinapura, Bishma se dirigió a los aposentos de Satyavati y le presentó a las tres princesas:

—Mira, madre —le dijo—, estas son las esposas que he traído para Vichitravirya.

Satyavati y el príncipe estaban muy complacidos. Entonces, la mayor de las tres, Amba, dijo con voz asustada:

—Mi señor Bhishma, cuando entraste en la sala para llevarnos a la fuerza, yo estaba en ese momento colocando la guirnalda en el cuello del rey Salva; ya le había escogido como mi esposo.

Al oír lo cual, el joven príncipe dijo:

—Yo no creo que sea correcto casarme con una mujer que en su corazón ama a otro hombre.

Bhishma y Satyavati sentían lo mismo, por lo que Bhishma le habló así:

—No es correcto tenerte aquí, puesto que ya has elegido marido. En una carroza serás conducida a la corte de Salva.

Amba llegó ante el rey Salva con el corazón rebosante de amor, y le dijo:

—Mi señor, dado que tú fuiste quien elegí por esposo en el Swayamvara, el noble Bhishma me envía de vuelta a ti. Por favor, acéptame.

Tras soltar una carcajada. Salva le dijo:

—¿Aceptarte?. ¿Crees que soy un mendigo para aceptar regalos de mi enemigo? Devavrata nos derrotó a todos y de acuerdo al Dharma de los Kshatryas, Bhishma es ahora tu Señor. Él es tu marido. Ve y pídele que se case contigo. Yo no puedo aceptarte.

Cuando Amba regresó a Hastinapura y se presentó ante Bhishma, sus ojos estaban llenos de lágrimas y su corazón humillado. Bhishma se sorprendió de verla en esa condición y le preguntó:

—¿Por qué has regresado?

—Mi viaje fue inútil —respondió Amba—. Salva me ha dicho que según el Dharma Kshatrya eres tú quien se ha de casar conmigo, por lo cual ahora ya no tengo marido. Yo no quiero quedarme soltera para siempre; por favor, cásate conmigo.

El corazón de Bhishma se llenó de compasión y lástima por aquella mujer cuya vida se había arruinado por su culpa. Y con dulzura le dijo:

—Me apena mucho esta situación, pero no puedo casarme contigo. Sabes que he prometido ser un bramachari toda mi vida. Esto parece ser juego del destino, pues si pudiera me casaría contigo. Vuelve junto a Salva y trata de convencerle de que se case contigo, pues yo no puedo hacer lo que me sugieres. —Tras decir esto, Bhishma se alejó de su presencia.

Amba pasó así diez años con su corazón lleno de odio hacia Bhishma, considerándolo como el causante de su infelicidad. Se fue al bosque para reunirse allí con varios ascetas. Les contó su historia y les expresó su deseo de permanecer con ellos practicando austeridades y mortificaciones. Y sucedió que a aquella ermita llegó también el gran Hotravahana, el abuelo de Amba, quien después de confortarla le dijo:

—El gran Bhargava, el guru de Bhishma, es un gran amigo mío. El ordenará a Bhishma que se case contigo; él no puede desobedecer a su guru. Unos días más tarde Bhargava vino al bosque y Hotravahana le contó la tragedia de Amba. El gran sabio movido por la compasión le dijo:

—Hablaré con Bhishma y le pediré que se case contigo; seguramente me obedecerá.

Así pues, mandó llamar a Bhishma, el cual en cuanto tuvo noticia se apresuró a llegar ante su presencia y se postró a sus pies preguntándole:

—¿Qué queréis de mí?

Y Bhargava le dijo:

—Le he prometido a esta mujer que te haría casar con ella para aliviar su profunda amargura. Debes ayudarme a mantener mi palabra: debes casarte con ella.

Bhishma giró la mirada sobre Amba y luego, mirando a su guru con tristeza le respondió:

—Mi señor, tú conoces el terrible voto que he asumido: No puedo casarme. Aunque me lo pidas, no puedo casarme.

Su guru en el arte de las armas trató de convencerle pero todo fue inútil, permanecía firme en su voto. Bhargava se enfureció y le dijo:

—Si no lo haces te maldeciré o tendrás que pelear en duelo conmigo. En medio de tal dilema Bhishma tuvo que decidir y prefirió luchar. Le dijo:

—Mi señor, tú sabes cuánto te amo. Pero prefiero luchar antes que ser maldecido por quien me ama.

Una terrible batalla se desencadenó entre ambos y los dioses de los cielos la presenciaron. La batalla continuó durante días y noches en un alarde de valor por parte de ambos, hasta que Bhishma decidió lanzar el astra llamado Praswapa, lo que significaba la destrucción del mundo. Los dioses encabezados por Narada y Rudra intervinieron y le dijeron:

—Bhishma, detén esta lucha. No envíes el astra. Tú no eres quien ha de destruir el mundo, otro será quien lo hará—. Y le convencieron de que tenía que ser él el primero en ceder en la lucha, pues de lo contrario sería una ofensa a su guru. Bhishma aceptó y dejó de luchar, acabando así el combate. Bhargava le abrazó en reconocimiento de su valor y girándose hacia Amba le dijo: —No puedo alterar la determinación de Bhishma; por favor vete, pues tu deseo no ha de cumplirse.

Capítulo VIII
EL DESEO DE VENGANZA DE AMBA

AMBA abandonó el bosque y se dirigió a otro lugar para emprender una vida de terribles mortificaciones y austeridades, negándose hasta las necesidades más esenciales. Shanmukha, el hijo del señor Sankara, estaba muy complacido con ella. Así pues un día se le apareció, y le regaló una guirnalda de lotos que jamás se marchitaban. Le dijo:

—Hija mía, toma esta guirnalda. La persona que lleve esta guirnalda alrededor de su cuello será la persona que matará a Bhishma.

A continuación Amba se dirigió a los reyes más poderosos de aquellas tierras y trató de persuadirles de unirse a su causa, mas todos rehusaban a hacerlo, a pesar de que la guirnalda otorgada por un dios era un signo seguro de éxito. Bhishma tenía una personalidad tan poderosa que no había ni un solo kshatrya que se atreviera a oponerse a él. Amba se dirigió a la corte de Drupada, el rey de los Panchalas. Le ofreció la guirnalda y le pidió que le ayudara, a lo que el rey le respondió:

—Bhishma no sólo es poderoso sino que es bueno; no encuentro ninguna razón por la cual luchar con él. No puedo complacerte.

Amba estaba desesperada. Ató la guirnalda a una columna del salón principal de Drupada y se fue llena de furia.

Y otra vez fue a refugiarse al bosque para reanudar la práctica de severas austeridades. En su corazón tan sólo había un sentimiento: odio a Bhishma. Su único deseo era verle muerto. Sus austeridades se prolongaron durante mucho tiempo, hasta que finalmente el mismo señor Sankara se apareció ante ella y le dijo:

—No te apenes hija mía, pues en tu próxima vida tú misma matarás a Bhishma.

Pero Amba pensaba para sí misma: « Quizás en mi próxima vida le mataré, pero no recordaré mi odio y no podré saborear el placer de la venganza; debo matarle ahora. »

Sankara le sonrió y le dijo:

—No te preocupes, en tu próxima vida recordarás cada uno de los pequeños detalles de esta vida. Serás la hija del rey Drupada, monarca de los Panchalas, mas luego te convertirás en varón y realizarás tu venganza: matarás a tu enemigo Bhishma.

Al saber esto, Amba hizo una enorme hoguera y se arrojó en ella. Mas tarde nació como una hija del rey Drupada, y un día, mientras jugaba en el palacio, vio la guirnalda de lotos que estaba colgada en la columna. La cogió y se la puso alrededor de su cuello. En cuanto Drupada supo de este hecho se apresuró a ir a su encuentro, preocupado por lo que pudiera pasarle. Amba sonrió serenamente a su padre y le dijo:

—No te sorprendas, padre, yo he nacido de ti sólo para poder ponerme esta guirnalda. Vive tranquilo y deja el resto de mi parte.

En esta vida el nombre de Amba era Sikhandi. Fue educada por Drona, el cual siempre pensó que era un muchacho. Y Sikhandi después de practicar austeridades durante muchos años, gracias a un don que le otorgó un Yaksha, cambió su sexo, convirtiéndose en un hombre. Y luego siguió viviendo en la corte de Drupada guardando en su corazón su odio por Bhishma como una antorcha encendida.

Capítulo IX
SATYAVATI Y BHISHMA

EL matrimonio de Vichitravirya con las dos princesas, Ambika y Ambalika, se había celebrado de acuerdo a lo decidido. Bhishma seguía cumpliendo las funciones de regente, por lo cual el príncipe pasaba todo el tiempo en compañía de sus encantadoras esposas libre de responsabilidades. Pero el destino le sorprendió de nuevo, pues el joven príncipe contrajo una enfermedad muy maligna, la cual, a pesar de los esfuerzos de los médicos consumió la vida de Vichitravirya hasta causarle la muerte.

Satyavati estaba profundamente consternada por tal calamidad. La pérdida de sus dos hijos fue muy dura para ella, pero lo que más le atormentaba era que la casa de los kurus se quedaba sin heredero al trono; esto fue lo que le rompió el corazón. Y después de pasarse horas pensando sobre la manera de reavivar la llama que se extinguía, llamó a Bhishma a su presencia y le dijo:

—Mira lo desdichada que soy, hijo mío. He perdido a mi querido señor, que ha ido a reunirse con sus antepasados. Yo podía sobrellevar esta pérdida porque él había alcanzado ya una edad avanzada y es normal que un anciano se muera. Pero luego

Chitrangada murió y antes de que yo pudiera aceptar esa pérdida que casi me mata, me encuentro con la muerte de Vichitravirya. La única esperanza de la casa de los kurus ha sido destruida en la flor de la juventud. Estoy desesperada. El linaje debe ser continuado y he decidido lo que debe hacerse; sé cómo continuar la línea de los kurus. Te corresponde a ti reavivar de nuevo este linaje.

Bhishma estaba sorprendido. Le dijo:

—Madre, ¿cómo puedo yo, siendo célibe, continuar el linaje?

Satyavati le respondió:

—Mi hijo Vichitravirya murió sin dejar un hijo. Sus dos viudas, a quienes tú trajiste para él son todavía jóvenes y tienen insatisfechos los deseos de sus corazones. El único Dharma evidente para mí es éste: debes tomarlas y hacerlas madres de los futuros vástagos de la casa de los kurus. Debes hacer esto para que el linaje pueda continuar. Esta regla fue seguida por muchos de tus antepasados y es la única manera. Debes tomar las viudas de tu hermano y tus hijos serán los verdaderos descendientes de Kuru. Es tu sagrada obligación hacer esto.

Atónito por esta absurda propuesta, Bhishma le respondió pacientemente:

—Madre, estás afligida por el dolor de la pérdida repentina de tus hijos y por eso me propones tal cosa. No hay duda de que existe una regla como la que tú dices. Lo sé. Y es una regla aprobada por las costumbres, pero, madre, no me parece correcto que me pidas a mí que haga tal cosa cuando tú sabes bien que he jurado renunciar al trono y a la vida de casado. Lo hice por ti y estoy seguro de que no lo has olvidado. ¿No recuerdas el terrible juramento que hice?. Juré que en esta vida mía no habría lugar para una mujer y ahora tú me pides que tome las viudas de mi hermano. En verdad te ha afectado la muerte de tu querido Vichitravirya, de otra forma no me habrías hecho tal sugerencia. Yo estoy muy apenado por ti, pero por favor, no me pidas eso.

Satyavati dijo:

—Recuerdo bien las circunstancias en las cuales pronunciaste este voto en favor de tu padre y mío. Pero ahora las circunstancias han cambiado, pues el voto lo hiciste para que un hijo mío pudiese ser el rey. Ahora mis dos hijos han muerto, lo cual es una amenaza de extinción para nuestra raza. Es por eso que como último recurso te pido, que hagas eso. Yo soy tu madre y es tu deber complacerme, así pues debes obedecerme. Este Dharma es mucho más importante que cualquier voto que hayas hecho.

Bhishma tuvo su temperamento bajo control hasta este momento, pero no pudo contenerse más. Tal vez recordó los acontecimientos pasados como un paisaje que se refleja en una gota de rocío. Su madre Ganga; su feliz infancia con ella en los cielos, su educación, primero en ciencia política con Brihaspati y Sukra y después su aprendizaje de los Vedas y Vedangas con Vasishtha. La mente de Bhishma recorrió los días en que

estuvo con su guru Bhargava aprendiendo el uso del arco. Su madre le había hecho aprender todo esto porque quería que fuese un digno hijo de la casa de los kurus y que se convirtiese en el rey ideal. ¡Cuántas veces le había dicho eso!. Su mente voló a los días felices que pasó con su padre en perfecto compañerismo. Se habían hecho camaradas. Su padre le amaba perdidamente y él a su vez tenía devoción por Santanu. Bhishma había sido coronado como heredero al trono y entonces, como salida del aire, apareció Satyavati. Para agradar a su padre y satisfacer la avaricia del padre de ella, renunció a todo lo que era hermoso en este mundo. Fue en aquel momento cuando, aún siendo joven, envejeció de repente. Desde entonces ya nada había que pareciese merecer la pena. Conformó su vida a un esquema de blanco y negro. Después vino Amba, el hilo carmesí que entraba y salía de la trama blanca y negra que había tejido para sí y causó tantos problemas. Él no quiso tomarla porque no podía. Él rompió su corazón y arruinó su feminidad por el terrible juramento que había hecho. No había obedecido a su guru, Bhargava, cuando le pidió tomar a Amba. Y ahora, después de todo aquello, su madrastra le "ordenaba" ¡tomar las viudas de su hermano muerto!.

Toda su ira se desató y, temblándole la voz de furia, le dijo a su madre:

—Madre, tú no conoces la fuerza de mi mente ni la firmeza de mi Dharma, de hecho no me conoces en absoluto. Nada logrará que yo haga lo que me ordenas. La tierra puede perder su perfume, el agua su dulzura, el Sol puede perder su brillo y la Luna su fresca blancura; incluso el Señor Dharma puede abandonar su Dharma, pero yo jamás me apartaré del camino de la verdad. La Verdad es para mí más que todas las promesas de recompensa en el Cielo. Nada me hará cambiar: ni siquiera tú con el poder que tienes sobre mí como madre. Por favor abandona ese absurdo deseo.

Capítulo X

LA VENIDA DE VYASA

SATYAVATI intentó una y otra vez convencer a Bhishma, pero él se mantuvo firme como una roca que no es afectada por las olas que se rompen sobre ella. Satyavati era la imagen de la desdicha.

A Bhishma, buscando una solución a la infelicidad de su madre Satyavati, se le ocurrió una idea para salir de aquel trance. Acercándose a ella le dijo:

—Madre, ya que un heredero al trono significa tanto para ti quiero hacerte una sugerencia. Se dice que en una situación como esta es lícito que un Brahmán descendiente de la familia real dé un hijo a la raza para evitar su extinción.

Satyavati se quedó pensativa y después de unos momentos de indecisión se atrevió a contarle a Bhishma algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, antes de su matrimonio con Santanu. Le contó que había tenido un hijo del gran rishi Parasara y que este hijo era

el gran rishi Vyasa, de gran sabiduría y poder. Después de que Bishma oyó este relato, ambos estuvieron de acuerdo en ir a sugerirle a Vyasa que diera un descendiente a la familia real. Satyavati pensó en su hijo Vyasa, y éste, correspondiendo a su llamada acudió rápidamente ante su presencia. Ella le dio la bienvenida y le contó lo ocurrido, a lo cual él añadió:

—Tú eres mi madre y haré cualquier cosa que me ordenes. Tomaré a las dos esposas de Vichitravirya, pero depende de ti el convencerles de que no tengan miedo de mi aspecto desagradable y de mi piel oscura.

Satyavati habló con ellas y las convenció de que era su deber dar a luz un hijo para salvar la dinastía de los kurus, y que tenían que ser amables y complacientes con el rishi. Ambika accedió, pues no tenía otra opción. Era una noche oscura, Ambika estaba en su habitación esperando la llegada del sabio Vyasa. Cuando le vio llegar, era tan terriblemente aterradora la apariencia del sabio, que la pobre muchacha se llenó de horror ante la fealdad de aquel hombre. Pero aun así tenía que pasar por aquel mal trago, así que toda la noche mantuvo los ojos cerrados hasta que acabó lo que para ella era una tortura. Por la mañana Satyavati estaba esperando ansiosamente el regreso del sabio. Él le dijo que un niño fuerte y poderoso nacería de Ambika, pero que debido a que ella mantuvo sus ojos cerrados por temor a él, el niño nacería ciego. Esto fue una decepción para Satyavati y se enfadó mucho con Ambika. Pero dado que ya era un hecho irreparable le pidió a Vyasa que lo intentase de nuevo, esta vez con Ambalika, a lo que Vyasa accedió.

Ambalika también tenía mucho miedo del rishi. Escalofríos recorrían su sangre en cuanto le vio llegar y su cuerpo se quedó pálido del susto. Por fin pasó la noche y a la mañana siguiente Vyasa se reunió con Satyavati y le dijo que nacería un hijo dulce y bello pero que tendría la piel blanca, pues así estaba su madre cuando entró en su vientre. La pobre Satyavati ya no sabía qué hacer, tan sólo le quedaba pedirle a Vyasa que volviera para intentarlo otra vez después que hubieran nacido estos niños, a lo cual el rishi respondió: —Volveré. —Y abandonó rápidamente la ciudad de Hastinapura.

A su debido tiempo nacieron los dos niños. Uno era ciego y el otro blanco y sus nombres fueron Dhritarashtra y Pandu respectivamente. Fue Vyasa quien les puso estos nombres.

Después de esto Satyavati pensó que ya era hora de que Vyasa volviera para tomar nuevamente a Ambika, a quien había reñido haciéndole entender el error que había cometido la vez anterior y le dijo que el rishi vendría de nuevo aquella noche. Ambika se horrorizaba de tan sólo pensar en ello. Por lo cual decidió que aquella noche en vez de ir ella, enviaría a su doncella al rishi. Vyasa se encontró con la doncella, la cual fue tan atenta y complaciente con el rishi que éste se sintió inmensamente satisfecho con ella. Por la mañana cuando se reunió con Satyavati le dijo que le nacería un hijo sabio y

bueno que sería la encarnación del señor del Dharma. El gozo de Satyavati era inmenso, Vyasa añadió:

—La madre de la criatura no será Ambika pues anoche me envió su doncella en lugar de ella. Y, por lo que a mí respecta, por favor no me pidas que vuelva a hacerlo, pues, para un hombre como yo que ha renunciado al mundo, no sería correcto tener relaciones con una mujer más de tres veces. Accedí a ello porque eres mi madre y me lo ordenaste, pero, por favor, no me lo vuelvas a pedir más.

Con estas palabras de despedida el gran Vyasa partió rumbo a las cumbres de los Himalayas para reemprender su práctica de austeridades.

Capítulo XI

LAS BODAS DE PANDU Y DHRITARASHTRA

POR fin nació el tercer descendiente, el cual recibió por nombre Vidura. Bhishma tuvo que asumir nuevamente el papel de regente hasta que los nuevos príncipes alcanzaran edad suficiente para gobernar el reino.

Y mientras pasaban los años, Bhishma les enseñaba todo aquello que un kshatrya debía saber. El primero de los príncipes, Dhritarashtra, estaba dotado de una fuerza fuera de lo normal, mientras que el segundo, Pandu, demostró ser un maestro en el uso del arco. Vidura por su parte era el más sabio de los tres. Una vez alcanzada la madurez, Bhishma nombró a Dhritarashtra heredero legítimo al trono. Pandu, el maestro de las armas, fue designado como el general del ejército, mientras que a Vidura se le asignó las funciones de ministro del rey. Dado que Dhritarashtra era ciego no podía gobernar el reino, así que Pandu asumió el gobierno del reino con la asistencia de Vidura.

Los tres muchachos habían alcanzado ya su juventud y la preocupación más inmediata de Bhishma era encontrar esposas para ellos. Y oyó que Subala, el rey de Gandhara, tenía una hija muy bella y fiel, que además tenía fama de ser muy devota de Sankara. También la hija del rey de Madrás era de una dulzura y belleza extraordinarias. Bhishma comentó el hecho con Vidura recomendándolas como las esposas apropiadas para los príncipes, a lo que Vidura le contestó:

—Para nosotros tú eres como nuestra madre, nuestro padre, nuestro guru, nuestro todo. Lo que tú decidas para nosotros será siempre lo mejor.

Bhishma hizo llegar la noticia al rey de Gandhara, el cual al principio se mostró indeciso por la ceguera de Dhritarashtra, pero su hija Gandhari le aseguró que no tenía ningún inconveniente en casarse con el príncipe kuru, y para probarlo vendó sus ojos con un pañuelo de seda, pues no quería ser mejor que su señor en nada. Así pues Subala envió a su hija a Hastinapura acompañada de su hermano Sakuni y allí se celebró la boda.

Por otra parte, el rey de Madrás celebró un Swayamvara para su hija Madri, la cual eligió a Pandu como su esposo, pues sobresalía en gentileza y belleza muy por encima de sus rivales. Bhishma estaba muy complacido con las nuevas esposas que iban a convertirse en reinas de la gran Casa de los Kurus.

Capítulo XII

EL HIJO DEL SOL

EL rey Sura era uno de los Vrishnis. Tenía un hijo llamado Vasudeva y una hija llamada Pritha, que era la mayor. Este rey tenía un primo llamado Kuntibhoja al cual había prometido dar en adopción a su primer descendiente. Cumpliendo su promesa, le entregó a su hija Pritha, para que la educase y la criase como si fuese su hija. Era una hermosa niña de dulces modales, por lo que se convirtió en el ser más querido de su padrastro, el cual le puso el nombre de Kunti.

Una vez, el sabio Durvasa fue a la capital de Kuntibhoja. Era famoso en todo el mundo por la severidad de sus austeridades y su fuerte genio. Quería pasar algún tiempo en la corte del rey, el cual encargó a Kunti que cuidase de que el sabio tuviera una estancia cómoda. Durante todo un año Kunti se afanó en cumplir su tarea, dificultada por el hecho de que Durvasa se ausentaba de la corte sin previo aviso y regresaba a veces a altas horas de la noche. Pero ella se desenvolvió admirablemente, teniendo siempre preparada su comida, su baño o su lecho, de forma que el sabio nunca observó en ella ni la más pequeña falta. Admirado por su dedicación, el sabio se sintió muy complacido y quiso otorgarle un don. Durvasa la llamó a su presencia y le dijo que podía pedirle el don que quisiese, pero ella contestó que no quería nada. Entonces Durvasa le reveló un mantra mágico con el cual podía conseguir que viniese a por ella cualquier Deva en el que pensase mientras recitaba el mantra. Ella recibió el regalo con humildad y Durvasa se marchó.

La niña, que apenas empezaba a ser mujer, no entendió bien el significado profundo de lo que le había dicho el sabio. Estaba muy contenta con su regalo, como un niño al recibir un juguete nuevo. Era de madrugada, y a través de las ventanas que daban al oriente podía ver el Sol elevándose sobre la aurora. El cielo tenía el color del oro líquido y las aguas del río golpeaban plácidamente las murallas del palacio. Las aguas brillaban con tonos rojos y dorados refrescando los rayos de la alborada. La escena conmovió el corazón de la niña, la cual estaba absorta ante tanta belleza. Y por un momento pensó lo maravilloso que sería que el Sol estuviera allí a su lado. En ese momento se acordó del mantra que le había dado el gran Durvasa. Y la niña, como jugando en su ingenua ignorancia, unió sus manos con las palmas hacia arriba como una flor de loto, e invocó al Sol recitando el mantra que había aprendido.

Cuando abrió los ojos contempló ante ella un milagro. Los rayos del Sol crearon un sendero de luz a lo largo de la superficie del río cegando a la jovencita con su brillo, y el Sol mismo apareció junto a ella. Allí estaba mirándola con una sonrisa juguetona. Kunti estaba muy complacida con el éxito de su invocación y sonrió muy feliz dando palmadas de alegría. El Sol, aún sonriente le dijo:

—Es evidente que no has comprendido el verdadero significado de las palabras del sabio cuando te enseñó el mantra. Te dijo que « cualquier dios al que invocases vendría a por ti. » Eso significa que el dios vendría para tomarte y darte un hijo tan bello como él mismo.

Kunti se quedó confusa sin saber qué decir:

—Yo no pensé que fuera así; por favor, perdona mi ingenuidad y vete para salvar mi reputación.

—Eso es imposible —añadió el dios—, una vez que me has invocado no puedo regresar sin tomarte, debes aceptarme pues no puede romperse el poder mágico del mantra que tan indolentemente has usado.

Kunti estaba muy asustada:

—Soy tan sólo una jovencita y estoy soltera, ¿qué pensará el mundo de mí? ¿qué dirá mi padre? Le romperá el corazón saber que ya no soy virgen.

El Sol estaba encantado con la ternura de aquella niña que apenas era una mujer. Le sonrió infundiéndole seguridad y le habló con palabras dulces:

—No temas, después de que nazca el niño serás virgen de nuevo, nadie sabrá nada de este incidente.

Y la jovencita se sintió atraída por sus palabras y su belleza, aceptándole sin ningún miedo a las consecuencias. Cuando el Sol ya estaba a punto de irse le dijo:

—Tu hijo nacerá con un *kavacha*[30] y unos *kundalas*[31]. Será un fiel reflejo de mí, un gran arquero, bondadoso de corazón como ningún otro. Será famoso en todo el mundo por su generosidad y servicialidad: jamás le negará nada a nadie, incluso cuando le pidan que no dé. Será un hombre orgulloso y sensible cuya fama perdurará en el mundo mientras que el Sol y la Luna permanezcan en sus órbitas.

Tras estas palabras el Sol se desvaneció ante su vista.

Con el tiempo Kunti tuvo un hijo. No sabía qué hacer con él, pues estaba muy preocupada por su reputación. A través de la ventana veía fluir plácidamente las aguas del río mientras que en su corazón se debatía una tormenta. Por fin se decidió y envolviendo al niño en una tela de seda lo depositó en una caja de madera y lo llevó a la orilla del río. Allí dejó la caja flotando sobre las aguas y regresó a su habitación. A través

[30]Kavacha: coraza.
[31]Kundalas: anillos de las orejas

de la ventana vio cómo la caja se alejaba arrastrada por las aguas separándose más y más de ella. En su corazón sentía una gran tristeza y un gran amor por aquella vida que había abandonado en el corazón del río, para verla perderse en la distancia. De sus ojos fluyeron lágrimas y levantando en súplica sus manos hacia el Sol dijo entre sollozos:

—Por favor mi señor, protégele y no dejes que nada malo le pase.

Y luego pensando en su hijo rezó en su corazón: « Te deseo suerte en tu camino. Que el señor de las aguas te proteja y vele por tu vida. Que todos los dioses de los altos cielos te amparen, volveré a encontrarte un día en el futuro, te reconoceré por tu kavacha y tus kundalas. Afortunada será la mujer que te encuentre y te críe como a su propio hijo; viéndote crecer, verá igualmente crecer su felicidad. Mas yo seré la más desdichada de todas las mujeres porque jamás te tendré como mi hijo. Dios te bendiga, hijo mío, mi primogénito. »

Y aquella niña se hizo mujer, y lejos quedaron ya aquellos días de inconsciente juventud. Pero tanto andando como durmiendo sólo pensaba en una cosa: en una caja de madera, guardando envuelto en sedas un niño con su kavacha y sus kundalas, reluciente como la luz del Sol de la mañana.

Capítulo XIII
UN RISHI MALDICE A PANDU

PASARON varios años y Kunti era ya suficientemente mayor como para casarse. En un Swayamvara escogió al apuesto y poderoso Pandu, hijo de la Casa de los Kurus como su esposo, siendo, después de Madri (la princesa del reino de Madrás), la segunda mujer en escoger a Pandu como su señor. Bhishma hizo los preparativos para las dos bodas de manera apropiada al rango de su raza.

Era la edad de oro de la Casa de los Kurus. Pandu era un buen soldado y emprendió un viaje de conquista luchando contra los reyes vecinos. La victoria le sonrió en todas las contiendas, derrotando incluso hasta al rey de Magadha. De esta forma restableció la supremacía de la Casa de los Kurus, la cual se había debilitado en los años en que el trono estuvo vacío, teniendo a Bhishma como único regente por no haber un legítimo rey. Estas victorias le trajeron gran fama a Pandu, siendo por ello aclamado como el mejor de los soldados de la época.

Después de que acabó la campaña se fue con sus dos reinas al bosque a descansar; también era un gran cazador. Y allí pasó muchos días felices en las estepas al sur de las nevadas montañas de los Himalayas.

En aquel mismo bosque vivían un rishi y su esposa. Estaban muy enamorados el uno del otro y deseaban disfrutar de los placeres del amor sin ninguna restricción. Y dado

que sólo los animales viven en esa conciencia sin ninguna otra alternativa, el rishi y su esposa se convirtieron en una pareja de ciervos y siempre estaban juntos.

Un día cuando ambos estaban sumidos en el placer del amor Pandu les vio y el instinto cazador que había en él le hizo olvidar la ley de que no se debía molestar a dos animales que estuviesen haciendo el amor. Sacó un arco y una flecha y apuntó hacia la pareja. Disparó y el macho cayó por tierra herido fatalmente. El ciervo se dirigió al rey con voz humana y le dijo:

—¿Cómo te has atrevido a molestarnos? Yo soy un rishi y ésta es mi esposa y te aseguro que en el transcurso de los años esta malvada acción tuya te costará la vida: cuando atraído por el amor estés tomando a tu esposa, la muerte te sobrevendrá igual que has hecho conmigo.

Todas las súplicas de Pandu fueron inútiles, el rishi enfadado no prestaba oídos. No había forma de escapar al destino que le esperaba. El rishi murió y su esposa también junto con él.

Con el corazón apesadumbrado el desafortunado príncipe regresó hacia el lugar donde moraba, reprobándose continuamente por su actitud irresponsable. Los juegos del destino son en verdad misteriosos. Con un solo toque puede cambiar el futuro de un hombre completamente. Pandu era el más feliz de los hombres y nada le preocupaba. Pero en la cumbre de su gloria, fue abatido como un árbol verde quebrado por el rayo.

Pandu perdió interés por todo, ya no deseaba regresar a su reino y les dijo a sus esposas que había decidido pasar el resto de su vida en el bosque. Ellas, sabiendo la razón por la que tomaba esta decisión, no dijeron nada. El fuego de la culpabilidad había quemado todas las aspiraciones mundanas de Pandu, ya no quería otra cosa más que la paz que se obtenía viviendo como los rishis. Había decidido que su próxima victoria sería la victoria sobre sí mismo; esta sería su mayor conquista. Se propuso lo siguiente: « De ahora en adelante seré un hombre diferente; ni el placer ni la tristeza podrán herirme. Aceptaré la alabanza con igual indiferencia que la censura; no dejaré que me afecten los pares de opuestos. Ya no amaré esta vida, ni la odiaré tampoco. Haré austeridades, pero no sentándome debajo de un árbol, sino renunciando en mi mente a las cosas mundanas. » Reunió a toda la comitiva en torno suyo, distribuyó entre ellos todo lo que tenía consigo y dijo;

—Por favor, volved a Hastinapura y saludad en mi nombre a mi madre Ambalika, a mi abuela Satyavati y a mi amado tío Bhishma. Contadles lo que he decidido hacer por el resto de mi vida y decidles que no tengo intención de volver a la ciudad.

Kunti y Madri se quitaron sus joyas y sus costosas sedas y se las dieron a los mensajeros que habían de regresar a la ciudad, pues habían decidido quedarse junto a su esposo.

En cuanto tuvieron noticia de la renuncia de Pandu, la ciudad de Hastinapura quedó sumida en la tristeza. Bhishma estaba muy apenado y de los ojos de Ambalika manaban lágrimas incesantemente, nadie podía consolarla. Bhishma sintió de nuevo cómo el peso de gobernar el reino recaía sobre sus hombros.

Capítulo XIV

NACIMIENTO DE LA DINASTÍA DE LOS PANDAVAS

PANDU pasó varios años en el bosque. A su modo era feliz pues había renunciado a todas aquellas cosas que, aunque atractivas para la mente también eran una amenaza, pues en muchas ocasiones se convertían en fuente de infelicidad.

Sin embargo, con el tiempo, una nueva preocupación entró en su corazón: quería tener hijos. Había oído decir que un hombre sin hijos estaba condenado al infierno y esto le preocupaba mucho. Un día después de comentarlo con Kunti, le pidió que le diera un hijo tomando a un rishi como compañero, tal y como lo hiciera su madre, pues él no podía hacerlo dado que había renunciado al mundo. Kunti no sólo no estaba dispuesta a hacerlo sino que se enfadó con él y le dijo:

—Tú eres mi señor y mi maestro, hace tiempo que te escogí como esposo, y quiero estar siempre contigo, ya sea en el cielo o en el infierno. Cuando tú mueras, yo moriré también, y después de la muerte esta maldición ya no tendrá más efecto, y así, entonces ya podremos tener hijos. Pero por favor, no intentes coaccionarme a hacer algo que no soy capaz de hacer.

Pandu había perdido toda su paz. Pasaba los días y las noches miserablemente pensando sólo en que no tenía hijos. Finalmente Kunti compadeciéndose del rey le dijo:

—Mi señor, yo puedo liberarte de la depresión que aflige tu corazón. Y a continuación le contó la historia de su encuentro con Durvasa en su tierna juventud y del regalo que él le hizo. El gozo del rey era inmenso, y pensando sobre ello finalmente decidieron que ella podría engendrar un hijo del dios Dharma que sería la manifestación del mismo Dharma.

Y en un día propicio, cuando todas las estrellas y los planetas le eran favorables, allí en el pintoresco bosque de Satasringa, Kunti invocó al Señor del Dharma mediante el poder del mantra mágico. Y de este modo, con el tiempo, Kunti dio a luz un niño nacido de Dharma. Una voz proveniente de los cielos proclamó que el niño era la perfecta imagen de la rectitud, y que por esa cualidad sería famoso en todo el mundo. Le pusieron por nombre Yudhishthira y Pandu se hallaba muy feliz. Un año más tarde pidió a Kunti que le diera otro hijo. Esta vez quería que el padre fuese Vayu, el más poderoso de los Devas.

—Cuando la rectitud está respaldada por la fuerza, nada puede oponerse a tal combinación —dijo el rey.

—Que así sea —dijo Kunti e invocó a Vayu. Y así, con el tiempo, de ella nació un hijo fuerte. Entonces una voz de los cielos proclamó: « Este hijo será el niño más cariñoso y poderoso. » A este niño se le llamó Bhimasena.

Pero Pandu aún no se sentía satisfecho. Así que le pidió a Kunti que le diese otro hijo:

—Invoca a Indra —dijo Pandu—, un hijo nacido del señor de los cielos, será en verdad la realización de todos mis sueños. Será muy justo y un gran hombre, un héroe invencible. Serás la madre del mayor de los héroes.

Y de nuevo Kunti dijo: —Que así sea. —E invocó a Indra del cual obtuvo el tercer hijo. Y entonces la voz de los cielos dijo: « Este niño ganará para Pandu fama imperecedera, será el conquistador del mundo entero, no habrá nadie como él. » Indra se le acercó a Pandu y le dijo:

« Mi hijo es la otra mitad de Vishnu; es Nara. Y Krishna, el hijo de Vasudeva y Devaki, es Narayana. Por medio de estos dos hombres la tierra se librará de todos los venenos que están haciéndole daño. » Y a continuación Indra se fue. Este hijo recibió el nombre de Arjuna.

Pandu era ya el padre de tres hijos. Pero le pidió a Kunti que le diera otro hijo. A lo cual ella se negó diciéndole:

—En estos casos de situación extrema sólo es permitido tener tres hijos, si tengo más se destruirá el Dharma, así pues, no lo intentaré más. Pandu respondió:

—Tienes razón, pero Madri no ha tenido aún ningún hijo, tú puedes enseñarle el mantra mágico y ayudarla a tener hijos.

Kunti aceptó con agrado la idea y le enseñó el mantra a Madri. Madri invocó a los Aswini Kumaras: Los mellizos celestiales. Y por consiguiente dio a luz dos hijos. Los hijos de Madri eran aún más bellos que los otros tres, y la voz de los cielos habló una vez más y dijo: « Estos dos serán los hombres más bellos del mundo, serán famosos por sus buenas cualidades, su devoción, su bravura y su sabiduría. Y los hijos de Madri recibieron los nombres de Nakula y Shadeva.

Los rishis del valle de Satasringa fueron los sacerdotes que oficiaron la ceremonia de imposición de los nombres y también fueron los responsables de su educación en los primeros años de los jóvenes príncipes. Eran casi los hijos de los rishis del valle. Años antes cuando la maldición recayó sobre Pandu, y éste se retiró al bosque, los Vrishnis, los primos y hermanos de Kunti, se pusieron muy tristes. Mas ahora, cuando les llegó la noticia de que Pandu era padre de cinco hijos, se sintieron profundamente complacidos. Vasudeva, el hermano de Kunti les envió costosos regalos y vestidos por medio de Kasyapa, el sacerdote de la familia y se le pidió que realizara los ritos debidos, para los jóvenes kshatryas. Así pues, se quedó con ellos y recitó sus upanayanas.

En aquel bosque vivía Suka, el hijo de Sayati. No había arquero que se le pudiera comparar. Estaba haciendo austeridades en el valle de Satasringa y se ofreció voluntario para enseñar a los jovenzuelos el uso de las armas. Con tanto ahínco enseñó el rishi a los jóvenes príncipes que llegaron a ser maestros en el uso de las armas. Bhima era muy bueno con la maza, Yudhishthira con la jabalina, los dos mellizos con la espada, Arjuna se convirtió en un maestro del arco, disparaba con las dos manos con igual facilidad. Suka, complacido con la habilidad de sus discípulos dijo que habían llegado a ser ya tan buenos como su maestro. Y en su alegría le regaló a Arjuna su propio arco como un signo de aprecio.

El mismo día en que nació Bhima nació también el hijo mayor de Gandhari. Nació durante la noche y recibió el nombre de Duryodhana. Dhritarashtra estaba muy contento, mandó llamar a Vidura y le dijo:

—He oído que Pandu ya ha tenido un hijo y que es un año mayor que este hijo mío, por eso tengo miedo de que siendo el mayor se convierta en el legítimo heredero al trono de los Pauravas. ¿Crees que sucederá así? Además hay otra cosa que me inquieta y es que en el momento en que nació mi hijo, había algunos presagios de malos augurios y no entiendo por qué razón.

Vidura le miró con expresión consternada y le dijo:

—Hermano mío, estos malos augurios profetizan que tu hijo será la causa de la destrucción del mundo entero.

El rey se estremeció al escuchar estas palabras y dijo:

—¿Cómo podré evitar tal calamidad?

Vidura añadió:

—Sólo hay una forma; que sacrifiques a este niño para el bien de la humanidad, eso impedirá la catástrofe. Debes matarle. Los sabios dicen que alguien puede ser abandonado por el bien de una familia, que una familia puede ser abandonada por el bien de un pueblo, que un pueblo puede ser abandonado por el bien de una comunidad, y así sucesivamente; incluso el mundo puede ser abandonado por el bien de salvar el alma. Mi consejo es que abandones a este niño cuyos hechizos destruirán el mundo.

El pobre Dhritarashtra no podía hacerlo, era su primogénito. No pudo aceptar el consejo de Vidura.

Con el tiempo el rey ciego llegó a ser padre de ciento un hijos y de una hija llamada Dussala. El rey estaba muy feliz y todas sus preocupaciones quedaron sepultadas por el gozo de ser padre.

Capítulo XV

LA MUERTE DE PANDU

PANDU pasó con sus hijos quince años muy felices. Un día Kunti se fue con sus hijos a un ashram de las cercanías y Pandu se quedó solo. Era un día muy hermoso de primavera. Todos los árboles estaban engalanados con preciosas flores y el aire estaba impregnado de sus diferentes perfumes. El jardín de Sarasringa era ese día un escenario muy sugestivo para hacer el amor. En aquel lugar decorado con el mágico toque de Vasanta, el señor de la primavera y amigo cooperativo del dios del amor, el rey se encontró con Madri, estaba muy bella. Allí estaba ella con su piel oscura envuelta en sedas de color carmesí, inevitablemente seductora por su natural encanto. Pandu se sintió poseído por un deseo pasional de hacer el amor con ella, dieciocho años habían pasado sin que hubiera probado el gozo de abrazar a una mujer y Madri estaba encantadoramente hermosa. Su deseo era demasiado fuerte, tanto que se olvidó de la maldición. Madri intentó resistirse desesperadamente al impulso pasional de Pandu, pero poco a poco fue perdiendo las fuerzas, asustada como un cervatillo. Pandu era demasiado poderoso: la cogió entre sus brazos sin hacer caso de sus advertencias y recriminaciones, y la penetró. Y en ese instante cayó al suelo muerto.

El grito de Madri llegó a los oídos de Kunti. Ésta con sus cinco hijos llegó corriendo al lugar. Madri le dijo:

—Ha sucedido algo terrible; deja a los niños ahí y ven sola. Kunti contempló a su esposo yaciendo muerto y sin recapacitar un instante descargó toda su ira sobre la pobre Madri, diciéndole:

—¿Cómo has podido permitir esto conociendo la maldición? Madri le contó todo lo que había sucedido y entonces Kunti comprendió que el destino era demasiado poderoso.

Todos los rishis del valle de Satasringa se habían reunido alrededor de la escena contemplándola con lástima en sus corazones y ojos tristes. Yudhishthira y sus hermanos permanecieron aparte, mudos y sobrecogidos por la calamidad que les había sobrevenido y con lágrimas en sus ojos el mayor dijo a sus hermanos:

—Ahora somos huérfanos.

Los juegos del destino son en verdad terribles. Los demás hermanos estaban alrededor suyo llorando de dolor. Los rishis se llevaron a los niños aparte y trataron de consolarlos. Tanto Kunti como Madri querían morir junto con su esposo en la pira funeraria pero los rishis les dijeron:

—Las dos sois madres y vuestro deber es quedaros con vuestros hijos para cuidarlos. No es correcto que los abandonéis ahora dejándolos huérfanos por completo. Os llevaremos a la ciudad de Hastinapura junto al rey Dhritarashtra. Es vuestro deber como madres cuidar de vuestros hijos; un día van a ser gobernantes del mundo.

Las palabras de los rishis no causaron ningún efecto en el corazón de Madri. Sólo quería morir junto con su esposo, al cual le había causado la muerte.

—Me deseaba —dijo—, pero murió antes de que pudiera satisfacerle. Ahora tengo que ir a satisfacerle; debo morir con él. —Deliraba en su profundo dolor. Miró a Kunti y le dijo—: Mi querida hermana, tú eres la más sabia y la mayor, nunca podré cuidar de los niños tan bien como tú, mis hijos nacidos por tu amabilidad son realmente tuyos. Tú eres suficientemente fuerte para ser la madre de los cinco hijos. Tienes a tus primos, los Vrishnis que pueden ayudarte. Por favor ayúdame a realizar mi sueño. Yo ya no puedo vivir en este mundo sin mi señor. Arderé en la pira funeraria junto con él, pero tú debes vivir para bien de estos hijos tuyos. Les verás como gobernantes del mundo entero, tendrás tus compensaciones. Te ruego que me concedas este deseo. Kunti accedió y a los rishis también les pareció bien. Madri llamó a sus dos hijos y les habló en un tono que contenía amor y dolor al mismo tiempo. Les dijo:

—Kunti es vuestra madre, yo soy tan sólo vuestra nodriza. Todos sois hijos de Kunti. Seréis los cinco Kaunteyas. Yudhishthira será vuestro padre y los cuatro restantes seréis sus hijos, complacedle siempre; os dejo en sus manos. Yudhishthira, hijo mío, tú serás el señor de la tierra, cuidaré de ti desde lo alto y te bendeciré.

Luego Madri se postró a los pies de Kunti, la cual la bendijo con estas palabras:

—Te doy permiso para que sigas a nuestro señor, le encontrarás en el cielo y estarás con él para siempre, recordaremos siempre tu nombre con amor. Adiós hermana mía, puedes irte en paz.

Por sus mejillas rodaron lágrimas mientras decía esto. Con una expresión de gozo en su rostro, Madri subió a la pira funeraria. Yudhishthira, el primogénito, prendió fuego a la pira llorando sin poder contenerse.

Cuando ya pasó todo, los residentes de Satasringa se reunieron en conferencia para decidir lo que iban a hacer en el futuro y acordaron que lo mejor era emprender camino hacia Hastinapura con Kunti y los cinco hijos de Pandu. Allí los príncipes vivirían bajo el cuidado de Bhishma y el rey Dhritarashtra. Ahora que Pandu había muerto, aquella era con todo derecho la casa de los príncipes. Con una melancólica mirada, Kunti se despidió del bosque de Satasringa en donde había pasado muchos años felices en compañía de Pandu y Madri. Pero ahora ya todo había pasado. Un nuevo capítulo comenzaba en su vida y nadie podía saber qué destino le esperaba en Hastinapura. Los rishis, junto con Kunti y los cinco hijos de Pandu emprendieron camino hacia aquella hermosa ciudad.

Había comenzado el viaje hacia lo desconocido.

Capítulo XVI

EL VATICINIO DE VYASA

Los cinco príncipes pandavas junto con su madre, escoltados por los rishis de Satasringa, llegaron a Hastinapura. La gente se sorprendía mucho al verlos. La noticia llegó a oídos de Bhishma y Dhritarashtra, los cuales se acercaron a las puertas de la ciudad para recibirlos.

Hacia allí se dirigieron Dhritarashtra, Bhishma, Bahlika, el hermano de Santanu, su hijo Somadatta, el sabio Vidura, Satyavati, Ambalika, Ambika, Gandhari, y otros familiares, acompañados de un enorme séquito. Y en las puertas de la ciudad se encontraron con Kunti y los cinco príncipes pandavas acompañados por los rishis, a quienes honraron con reverencias. Los rishis contaron la historia del nacimiento de los pandavas a todo el cortejo de los kurus que había venido a recibirles. También les contaron su educación en el bosque hasta la reciente muerte de su padre Pandu junto con Madri. Después añadieron:

—Os hemos traído a estos jóvenes que son la esperanza de la casa de los kurus y junto a ellos su madre. Depende de vosotros, Bhishma y Dhritarashtra, el cuidar de estos niños que se han quedado sin padre. —Y después de decir esto los rishis se fueron.

Bhishma se quedó apenado y mudo en cuanto supo que ya no podría ver de nuevo a su joven sobrino Pandu, mientras que Dhritarashtra estaba triste por la pérdida de su hermano y compañero. Recordando con nostalgia aquellos días de su niñez en los que Pandu le hacía olvidar su ceguera con su cariño y amor, le brotaron lágrimas de sus ojos. Ambalika, la madre de Pandu, lloraba inconsolable por la pérdida de su hijo.

Luego todos regresaron al palacio. Dhritarashtra le encargó a Vidura que hiciera los preparativos para el funeral real por la muerte de Pandu. Vyasa vino a presidir la ceremonia.

Cuando hubo acabado todo, Vyasa se acercó a su madre Satyavati y le dijo:

—Madre, los días felices se han acabado. A la casa de los kurus le esperan días espantosos y terribles. Día a día se irán acumulando pecados. El mundo ya ha pasado la época de su juventud. Dentro de unos pocos años, el pecado morará en la mente de tu querido nieto Dhritarashtra y en la de sus hijos. Habrá una gran aniquilación. Madre, tú no tienes suficiente fuerza como para soportar el espectáculo de ver a tus biznietos destruirse unos a otros; ¡sí! destruyéndose en una gran guerra. ¿Por qué permanecer aquí?; retírate al bosque y abandona este mundo.

—Que así sea —dijo Satyavati. Le contó su decisión a Ambika y a Ambalika y les preguntó si querían venirse con ella. La verdad era que el destino había sido duro con estas tres mujeres. Ya no tenían ningún deseo de permanecer por más tiempo en aquella

horrenda ciudad que les había deparado tanto sufrimiento. Por ello le estaban muy agradecidas a Vyasa por hacerles saber la terrible profecía que pesaba sobre la dinastía de los kurus. Habían perdido ya todo interés por los acontecimientos del mundo, por lo cual las tres mujeres acordaron marcharse al bosque, en busca de una paz que pudiera hacerles olvidar las amarguras del pasado y cicatrizar las heridas de sus corazones.

Antes de partir para el bosque las tres reinas se despidieron de todos los miembros de la casa real. A Bhishma no le alegró la noticia y dirigiéndose a su madrastra le preguntó porqué le abandonaba. Satyavati le respondió:

—Hijo mío, Vyasa me ha dicho que la casa de los kurus va hacia la aniquilación, y yo que me creía fuerte, ahora sé que no lo soy, por eso no quiero quedarme para contemplar la destrucción de mi familia. Me aislaré en el bosque, estoy decidida.

—¿Aniquilación? —dijo Bhishma—. Cuéntame más acerca de esta profecía de Vyasa.

Satyavati le contó todo. La cara de Bhishma palideció de horror y dijo:

—Yo también tengo el deseo de abandonarlo todo. Mi padre me otorgó un don por el cual podría morirme cuando quisiese y ya no hay nada por lo que quiera seguir viviendo. Llamaré a la muerte y me iré de vuelta a los brazos de mi madre.

—No, no lo harás —dijo Satyavati—, depende de ti que la casa de los kurus se establezca firmemente en este mundo. No debes pensar en retirarte de este mundo antes de que hayas cumplido con esa tarea. Una vez te pedí que hicieses algo y te negaste, esta vez no puedes hacerlo. Te ordeno que cuides a estos niños.

Bhishma inclinó la cabeza asintiendo en silencio.

Luego, Satyavati junto con las otras dos mujeres partió hacia el bosque dejando nuevamente sobre Bhishma el peso de velar por el trono de la Casa de los Kurus.

Capítulo XVII
LOS PRIMEROS BROTES DE CELOS

Por primera vez en sus vidas los príncipes pandavas vivieron con todo el lujo al que tenían derecho desde su nacimiento. Tanto los pandavas como los hijos de Dhritarashtra eran jóvenes y llenaban los jardines del palacio con el bullicio que creaban sus voces y risas mientras jugaban, lo cual alegraba la vida de Dhritarashtra, el rey ciego.

Fue entonces cuando la maldad empezó a surgir en el corazón de Duryodhana. Bhima era como un potro salvaje, era el más fuerte de todos y le gustaba gastarles bromas a los demás muchachos. En todos los juegos de fuerza siempre ganaba él. Cuando los hijos de Dhritarashtra estaban subidos a un árbol le encantaba sacudirlo por el tronco haciéndoles caer como frutas maduras, pero ellos se resentían por ello. La energía burbujeaba en el cuerpo de Bhima, superdotado de fuerza por su padre desde su nacimiento.

Ocultar la humillación de una derrota tras una cara sonriente es una forma de hipocresía que desarrollamos cuando nos hacemos mayores, pues la reacción natural de un niño es gritar y enfadarse con el ganador; pero así era como reaccionaban los hijos de Dhritarashtra ocultando su resentimiento ante la supremacía de Bhima. Bhima por su parte era algo fanfarrón con sus primos. Se divertía burlándose de ellos y humillándolos. Todo era como un juego de niños, pero el corazón de Duryodhana estaba lleno de ira, celos y profundo odio. Odiaba a su primo Bhima con toda la fuerza de su corazón, y buscaba los medios y la forma para vengarse de aquella humillación.

Era un niño corrompido. Hasta entonces había sido el único señor del palacio y el único heredero del afecto de su tutor, Bhishma. Esta intromisión por parte de sus primos era algo que no podía soportar. Sus rivales estaban siendo atendidos y cuidados por su amado tutor, quien hasta entonces había volcado sus cuidados tan sólo en él. Los celos le devoraban y a Bhima le odiaba a muerte.

Duryodhana era un niño egoísta y avaricioso, había heredado esas cualidades de su padre. No quería que sus primos prosperasen y pensó que con la muerte de Bhima su futuro como rey del país estaba asegurado.

Sakuni, su tío, era quien le incitaba al mal. Avivó la chispa del odio en el corazón de Duryodhana, la cual creció convirtiéndose en una llama devoradora, hasta llegar a un punto en el que sólo un sentimiento ocupaba el corazón de Duryodhana: odio hacia los pandavas en general y en particular hacia Bhima. Ya no era feliz ni podía conciliar el sueño.

Así pues; Sakuni y Duryodhana planearon un complot para matar a Bhima. Los muchachos habían ido a la orilla del río Ganges para pasar allí el día jugando. Era una fiesta campestre y cuando llegó la tarde, Bhima se sentía muy cansado y hambriento. Entonces Duryodhana le invitó a entrar en su tienda y él mismo le ofreció alimentos de los más exquisitos. Bhima era simple y no tenía maldad, nunca desconfiaba de los demás. Así pues, comió de los alimentos que le ofreció Duryodhana sin saber que les había puesto un veneno de los más mortíferos. Cansado, el joven Bhima se tumbó y muy pronto se quedó dormido. Entonces Duryodhana ató el cuerpo dormido de Bhima con lianas gruesas y fuertes y lo arrojó a las aguas del Ganges en un lugar en donde había muchas serpientes venenosas.

Cuando llegó la hora de regresar a la ciudad, Yudhishthira buscó a Bhima por todas partes sin poderlo encontrar, por lo que pensó que quizá ya se habría ido a la ciudad. En cuanto llegó a su casa le preguntó a su madre:

—¿Madre, está Bhima aquí?

Kunti viendo el rostro preocupado de Yudhishthira le respondió asustada:

—No, no ha regresado.

Entonces él le explicó lo ocurrido y que no encontraba a Bhima por ninguna parte. Los cuatro hermanos salieron a buscarlo por todas partes llamándole a gritos: —¡Bhima! Bhima! —Sólo el eco les respondía, la búsqueda era inútil. Regresaron a su hogar y le dijeron a su madre que no le encontraban por ninguna parte. Kunti asustada mandó llamar a Vidura y le dijo que Bhima se había perdido, luego le contaron todo y Kunti añadió:

—Duryodhana odia a mi hijo y me temo que le haya hecho algo o le haya matado.

Vidura la consolaba diciéndole:

—No te preocupes, mi querida hermana, depende de ti proteger a los cuatro hijos restantes. Si Duryodhana supiera que se sospecha de él trataría de matar a los otros cuatro también. Los rishis han predicho que tus hijos vivirán por mucho tiempo. No compartas tus sospechas con nadie. Estoy seguro de que Bhima está a salvo, pronto lo tendrás junto a ti. Sé paciente y no permitas que Duryodhana sepa que sospechas de él.

Tras estas palabras de consuelo Vidura se fue. Bhima aún permanecía dormido en las aguas del río con todos sus miembros atados al cuerpo con lianas. De repente sintió que algo le picaba: Las serpientes habían empezado su trabajo, comenzando a morderle por todas partes. Y entonces ocurrió algo extraño; el veneno de las serpientes resultó ser un eficacísimo antídoto del terrible veneno que había puesto Duryodhana en la comida. Bhima se despertó y empezó a matar a las serpientes. Algunas pudieron escapar dirigiéndose a las regiones inferiores. Llegaron a la morada de Vasuki, su señor, y le dijeron:

—Hay un hombre —o quizás sea el rey de las serpientes— a quien le han mordido mil serpientes y sólo han conseguido despertarle de su profundo sueño. Ahora ha roto todas las lianas que le ataban y está decidido a matarnos a todos. Creemos que deberías ir a su encuentro.

Vasuki fue conducido por sus esbirros hasta el lugar donde estaba aquel hombre e inmediatamente le reconoció; era Bhima, el hijo de Kunti. Fue hacía él y le abrazó, y luego le dijo a su ministro:

—Dale tantas riquezas y joyas como quiera, estoy muy complacido con él.

A lo que el ministro respondió:

—Me gustaría hacer una sugerencia; él es un príncipe, y las riquezas y las joyas no le servirían de nada. ¿Por qué no le alimentamos con nuestro elixir que otorga gran fuerza?

A Vasuki le agradó la sugerencia de su ministro, así que hizo que Bhima se sentase mirando al oriente y le dio un cuenco lleno de elixir. Bhima se lo bebió de un solo trago dejando pasmada a toda la asamblea. Vasuki ordenó que trajeran más y le dijo a Bhima:

—Bebe cuanto quieras. Mientras más bebas, más fuerte te harás. Cada cuenco te da la fuerza de mil elefantes.

Bhima se bebió ocho cuencos de aquel elixir divino y se echó a dormir.

Bhima durmió durante ocho días y al octavo se despertó. Le alimentaron con la comida divina del rey de los Nagas y le condujeron a la superficie del río.

Bhima salió a la superficie y se encontró en el lugar en que habían acampado. E inmediatamente emprendió camino de regreso para reunirse con su madre y sus hermanos. Todos le recibieron con gran alegría. Bhima abrazó a todos y consoló a su madre que sollozaba sin poderse contener. A continuación Bhima les relató la historia y les aconsejó que tuvieran cuidado con Duryodhana. Los pandavas estaban sorprendidos no pudiendo entender cómo podía haber tanto odio en el corazón de un joven. En su bondad natural no podían imaginarse cómo el odio podía llevar a un hombre hasta tal extremo.

Cuando Duryodhana vio a Bhima sano y salvo se quedó estupefacto, pues estaba seguro de que su complot había tenido éxito. Sakuni estaba igualmente sorprendido de que Bhima se hubiera salvado milagrosamente. Con esto el odio de Duryodhana creció aún más, pero ahora tenía que andar con cuidado pues los pandavas ya estaban alerta.

Capítulo XVIII

DRONA LLEGA A HASTINAPURA

BHISHMA había asignado a Kripa la labor de educar a los príncipes en el uso de las diferentes armas. Había sido criado en la corte del rey Santanu, el cual le había encontrado en el bosque junto con su hermana melliza un día que había salido de caza. Compadeciéndose de ellos, los trajo al palacio y les puso los nombres de Kripa, a él, y Kripi a su hermana. Eran hijos del gran Gautama. Kripa había aprendido a usar las armas y Bhishma pensó que él era la persona adecuada para hacer de tutor de los jóvenes príncipes. Por lo cual, los hijos de Dhritarashtra, los hijos de Pandu, y los jóvenes príncipes de la casa de los Vrishnis, Bhoja y Andhaka que vinieron a Hastinapura aprendieron de Kripa el uso del arco y otras armas de guerra. Cuando ya habían aprendido suficiente, Bhishma pensó que deberían recibir un entrenamiento más especializado de un maestro más capacitado.

Un día los muchachos estaban jugando a la pelota. Y ocurrió que jugando se les escapó la pelota y fue a parar al fondo de un pozo cercano. Los muchachos se quedaron algo frustrados ante tal contratiempo, pues ya no podían seguir jugando. Pero un hombre que les observaba desde cierta distancia, viéndoles confusos, se les acercó y les dijo:

—Evidentemente no conocéis el uso del arco y la flecha pues si supieseis usarlos no habría razón para estar tan desalentados. Los jóvenes, un poco ofendidos, le contestaron:

—Sí que sabemos. Además, ¿qué tiene que ver eso con nuestra pelota?

—Os mostraré —dijo el extraño, y sacándose el anillo del dedo lo tiró dentro del pozo, poniendo a continuación una flecha en su arco. Los muchachos le miraban con ojos de asombro. El hombre la disparó rápidamente atravesando el anillo y clavándola luego en la pelota. A continuación siguió disparando flechas que sucesivamente se fueron clavando unas en otras hasta formar una hilera, luego, tirando de ésta, les devolvió la pelota a los muchachos y se puso el anillo en el dedo otra vez. Los muchachos se quedaron atónitos, pues jamás habían visto cosa igual y llenos de admiración por aquel extraño le dijeron:

—Por favor dinos quién eres. El extraño les sonrió y les dijo:

—Id y decidle a Bhishma, vuestro abuelo tutor lo que ha pasado aquí. Él sabrá quién soy.

Los muchachos fueron corriendo al palacio de Bhishma y le contaron lo que había hecho aquel hombre maravilloso. Bhishma enseguida supo quien era. No podía ser otro más que Drona, el esposo de Kripi. El gran Bhargava había sido su maestro en el uso del arco. Era el hijo de Bharadwaja, el gran sabio.

Bhishma sintió que por fin había llegado el tutor apropiado para aquellos muchachos. Fue a toda prisa a encontrarse con Drona y con el debido honor le dio la bienvenida a Hastinapura.

Capítulo XIX

EL DESEO DE VENGANZA DE DRONA

EN tiempos de su infancia Drona fue compañero e íntimo amigo de Drupada, el príncipe del reino Panchala. Vivían juntos como estudiantes en una ermita. Y en un momento de afecto Drupada le dijo a Drona:

—Eres en verdad mi amigo íntimo. No quiero que nuestra amistad acabe aquí en esta ermita. Soy el heredero del trono de los Panchalas y cuando yo sea rey te tendré conmigo y podremos ser amigos durante toda la vida.

Los años pasaron y Drona se casó con Kripi de la cual tuvo un hijo a quien llamó Aswatthama. La ambición de Drona era convertirse en el mejor de los arqueros de su época. Así que recurrió al gran Bhargava el cual en veintiuna ocasiones había dado la vuelta al mundo destruyendo a los kshatryas. Éste recibió a Drona con afecto y le dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti?.

Drona se presentó y le dijo:

—Deseo riquezas.

—Yo no tengo riquezas —dijo Bhargava—, la única pertenencia que me queda es mi cuerpo, soy muy pobre. Drona sonrió y le dijo:

—Mi señor, quiero esa riqueza que tú tienes dentro tuyo, eres el maestro supremo en el uso del arco: quiero ser tu discípulo y aprender de ti.

—Eso es fácil —dijo Bhargava—, te aceptaré como mi discípulo. Cuando ya era un maestro y había alcanzado el poder sobre todos los astras, Drona regresó junto a su familia. Su hijo era entonces muy pequeño y estaban en la pobreza total. En una ocasión el niño se acercó a su madre y le dijo: —Madre, todos mis amigos me hablan de algo que se llama leche, yo quiero de eso, dicen que es muy bueno.

La pobre mujer no sabía qué hacer, pues no tenía medios para satisfacer el deseo de su hijo. En cuanto se lo dijo a Drona éste se puso muy triste. Pero fue entonces cuando se acordó de la amistad que le unía a Drupada, el príncipe Panchala, y le contó a Kripi la promesa que aquél le había hecho.

—Vayamos a la corte de los Panchalas —dijo Drona—, Drupada es ahora el rey; seguro que nos sacará de la miseria librándonos de nuestra pobreza. —Y los tres emprendieron camino rumbo al país de Panchala.

Drona fue a la corte de Drupada y solicitó una audiencia con él. Cuando por fin fue recibido le dijo:

—Yo soy Drona, tu compañero de infancia. Supe que habías sido nombrado rey y por eso he venido. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando vivíamos juntos en aquella ermita?. Dijiste que nuestra amistad duraría para siempre y me prometiste que compartirías tu reino conmigo cuando fueras rey. Yo no quiero tus tierras ni tus riquezas, sólo he venido a ti como un amigo para estar contigo. Permanezcamos juntos para siempre.

Drupada había cambiado mucho. Ya no era la misma persona que hacía años había hablado tan dulcemente con Drona. Sus riquezas y el hecho de ser rey, le habían convertido en una persona orgullosa. Ebrio de poder se rió de Drona y le dijo:

—Me hace reír oírte hablar así; un pobre brahmín de quien fui amigo en mis tiempos de estudiante reclamándome ahora su amistad. ¿Acaso no sabes que la amistad sólo es posible entre dos iguales? Sólo dos pobres pueden ser amigos, e igualmente sólo dos ricos pueden ser amigos. Esta extraña amistad a la que te refieres no puede existir, es sólo un sueño. Por favor vete de aquí y no vuelvas a molestarme con tus cuentos de una fantasiosa promesa hecha hace ya mucho tiempo.

Drona, tras aquel insulto permaneció en silencio por unos momentos, y luego se dio media vuelta y se fue enfurecido sin decir una sola palabra. En esos momentos de silencio, Drona había decidido que en el futuro habría de vengarse de ese rey arrogante cuyo orgullo le había cegado hasta el punto de olvidarse de su promesa, insultándole en cambio.

Así pues, como venganza, Drona decidió entrenar a un joven kshatrya en el uso del arco, para ser el instrumento mediante el cual él vería realizado su sueño.

Y se puso en camino de Hastinapura. Había oído que Kripa, el hermano de su esposa, era el tutor de los jóvenes príncipes de la casa de los kurus, y sintió que por ahí había una posibilidad de ver realizada su venganza.

Drona estaba muy contento por la forma en que Bhishma le había recibido a su llegada a Hastinapura. Le contó el insulto que había recibido del rey Drupada y su deseo de venganza mediante un joven arquero a quien él quería entrenar personalmente. Bhishma le dijo:

—Has llegado al lugar correcto. Soy tutor de más de un centenar de nietos deseosos de aprender a usar el arco. Me honraría y me alegraría mucho que pudieras encargarte de la tarea de entrenarles hasta hacer de ellos verdaderos kshatryas.

Drona se sintió muy complacido y aceptó la oferta. Bhishma llamó a todos los muchachos y los confió a la tutela de Drona, a quien le dijo:

—Desde hoy en adelante son tuyos. Tuya es la tarea de educarles hasta que sean hombres, verdaderos hombres.

Los años pasaron y los príncipes fueron aprendiendo el uso de las diferentes armas, llegando a ser auténticos expertos, pero Arjuna en especial se había convertido en el favorito de Drona. Su amor por el arco, su incesante práctica, su extrema paciencia y su dedicación a sus estudios y a su guru, junto con su naturaleza encantadora, se habían ganado el corazón de Drona llegando a serle más querido que su propio hijo. En una ocasión Drona le dijo a Arjuna:

—Te prometo que haré de ti el mejor arquero del mundo. Una vez, mientras Drona se estaba bañando en el río Ganges, fue atacado por un cocodrilo, el cual le tenía cogido por una pierna. A pesar de que se hubiera podido desembarazar del cocodrilo por sí mismo, no lo hizo porque quería probar el valor de sus discípulos. Y comenzó a gritar:

—¡Salvadme! ¡salvadme de este cocodrilo!

Incluso antes de que acabara de pronunciar estas palabras, Arjuna ya había sacado una de sus agudas y rápidas flechas dando muerte con ella al cocodrilo, a pesar de que estaba debajo del agua. Drona estaba tan complacido con Arjuna que le enseñó el gran astra llamado Brahmasirsha. Le enseñó cómo lanzarlo y cómo retirarlo, advirtiéndole además sobre un detalle, le dijo:

—Este astra es demasiado poderoso para usarlo sobre ordinarios mortales. Si es lanzado en vano sobre una persona cualquiera, destruirá el mundo entero. Sólo se debe usar contra un rakshasa o contra un deva pervertido que esté causando estragos entre los hombres, sólo entonces.

Arjuna lo aceptó con gran gratitud y humildad.

Capítulo XX

DRONA Y EKALAVYA

UN día se le acercó a Drona un muchacho de piel oscura. El maestro acharya en ese momento se encontraba solo y cuando el muchacho llegó a su lado, se le postró a los pies y le dijo:

—Mi señor, he venido para que me enseñes a usar el arco. Por favor, acéptame como tu discípulo.

A Drona le gustaron sus modales y mirándole tiernamente le dijo:

—¿Quién eres tú? El joven respondió:

—Yo soy Ekalavya, hijo de Hiranyadhanus, el rey de los Nishadas. Al oír esto Drona se dio cuenta de que no podría aceptarlo como discípulo porque no era un kshatrya y le dijo:

—Hijo mío, aunque me gustaría, no puedo aceptarte como mi discípulo, pues tengo la responsabilidad de entrenar a estos príncipes kshatryas, y tú, Ekalavya, siendo un nishada, no puedes unirte a ellos.

Decepcionado y con el corazón roto el joven nishada, se fue de vuelta al bosque del que vino. No guardaba ningún resentimiento contra Drona, pero se sentía infeliz.

Una vez de vuelta en el bosque hizo con barro una figura representando a Drona, le dio forma con sus propias manos. Y a partir de entonces aquella imagen era para él su guru. Diariamente la adoraba y luego comenzaba sus prácticas con el arco. En poco tiempo se dio cuenta que estaba haciendo grandes progresos y ganando habilidad en el uso del arco. Este es el magnetismo del deseo; absorbe para sí todos los pensamientos conscientes e inconscientes de la persona, y en consecuencia, todas sus acciones no son más que los ecos de la voz de su deseo. Y esto fue lo que ocurrió con Ekalavya; su amor por el arco y su amor por su guru, le hacían pensar continuamente en aprender a usar el arco y en nada más. Quería dominar este arte y muy pronto llegó a ser un gran experto.

Una vez, los príncipes kurus y los pandavas fueron de excursión al bosque. Los pandavas se habían llevado a un perro con ellos. Este perro, vagando, se había introducido en el corazón del bosque. Y de repente vio a un hombre extraño que estaba vestido con piel de leopardo y que caminaba como un leopardo. Al verle, el perro pensó que era un animal salvaje, y comenzó a ladrar furiosamente. Este hombre, que no era otro que Ekalavya, el nishada, no pudo resistir la tentación de cerrar la boca del perro con sus flechas.

El largo hocico del perro fue cubierto con flechas. Había entrelazado siete flechas como un habilidoso tejedor, de forma que el perro no podía abrir la boca. El animal huyó corriendo de aquel lugar y llegó al campamento de los pandavas. A todos les asombró la

forma en que habían sellado su hocico. Drona y sus discípulos quedaron maravillados de la habilidad de aquel arquero desconocido que había hecho una obra de arte con sus flechas. Varios de ellos fueron en busca del extraño y finalmente le encontraron.

Le preguntaron quién era y él dijo:

—Soy Ekalavya, soy el hijo de Hiranyadhanus, el rey de los Nishadas. Cuando le preguntaron cómo había podido realizar tales maravillas con su arco y sus flechas, Ekalavya sonrió orgullosamente y dijo:

—Es porque soy un discípulo del gran Drona. Todos volvieron al campamento y le contaron aquello a Drona. A Arjuna, el favorito de Drona, no le gustó aquello en absoluto. Se dirigió a su acharya y le dijo:

—Me habías prometido que me harías el mejor arquero del mundo. Pero ahora parece que le has hecho la misma promesa a otro. De hecho él es ya el mejor arquero del mundo.

Drona fue junto con Arjuna a ver a Ekalavya, de quien ya no se acordaba en lo más mínimo. Allí le encontró vestido con una piel de leopardo, estaba de pie con su arco y las flechas en sus manos. Ekalavya vio a su guru y se apresuró a ir hacia él postrándose a sus pies. Sus lágrimas lavaron los pies de su amado guru. Drona estaba encantado con él y le preguntó cuándo se había convertido en su discípulo.

Ekalavya estaba muy feliz de poder contarle toda su historia. Era tan inocente y franco que Drona no pudo evitar sentir amor por él. Ekalavya ni siquiera parecía darse cuenta de que era un gran arquero.

Drona reflexionó en silencio durante unos momentos y luego de muy mala gana le dijo:

—Tú proclamas ser mi discípulo, así que lo justo es que te pida una dakshina.

—¡Por supuesto! Me sentiré honrado sí me pides algo —dijo Ekalavya. Drona vio la implacable mirada que había en el rostro de Arjuna y le dijo:

—Quiero tu pulgar; el pulgar de tu mano derecha.

Ni un suspiro salió de los labios de Ekalavya. Sonrió y dijo:

—Me siento feliz de darte este dakshina a cambio del arte que aprendí de ti, aquí está. —Sacó de su aljaba una flecha en forma de Luna menguante y cortándose el pulgar de su mano derecha, depositó el dedo sangrante a los pies de su amado guru.

Drona lo aceptó y Arjuna se sintió feliz. No había nada más que hacer ni que decir, con eso concluía todo. Ekalavya se postró a los pies de su guru haciéndole una salutación y se despidió de él. Drona y Arjuna echaron a andar silenciosamente regresando al campamento.

Capítulo XXI

LA INFANCIA DE RADHEYA

ATIRATHA era un conductor de carrozas y su esposa se llamaba Radha. Con ellos vivía Radheya, un niño que habían adoptado hacía dieciséis años. Estaba celebrando su cumpleaños y Radheya le dijo a su madre:

—Madre, hoy es mi cumpleaños. Mi padre me ha regalado una carroza nueva tirada por caballos muy hermosos. Dice que ahora ya soy suficientemente mayor como para conducir una carroza, pero la verdad es que no siento ningún interés por la carroza ni por los caballos. Mis manos desean sostener un arco y unas flechas y dormido o despierto deseo ser un arquero. Esta pasión incontrolable absorbe todo mi interés. Madre, ¿cómo es que este deseo impropio de mi origen y de mi educación anida en mi corazón?

Radha permaneció sentada en silencio y de sus ojos brotaron lágrimas. Radheya se conmovió al verla llorar y abrazándola le dijo:

—Madre, ¿he herido tus sentimientos? Te quiero más que a mi vida y si algo que he dicho te ha herido perdóname. Preferiría matarme antes que hacerte daño. Dime ¿por qué lloras?

Sin responder a su pregunta ella dijo:

—Ayer estabas hablando en sueños y decías: "No te vayas sin responder a mi pregunta: ¿Quién eres? ¿Por qué me acosas así". Hijo mío, ¿qué estabas soñando?.

Radheya permaneció callado durante unos momentos y después dijo:

—Madre, muchas veces mi descanso es alterado por un sueño. Es siempre el mismo sueño: Veo a una mujer, vestida con ropas caras como los atuendos de una princesa, y con la cara oculta por un velo. Yo estoy acostado y ella se inclina sobre mi. Sus ardientes lágrimas me queman y entonces yo me incorporo y le pregunto: "¿Quién eres?". Pero ella desaparece como un fantasma asustado. Madre, dime, ¿por qué me ocurre esto?. ¿Por qué no quiero ser un simple cochero?. Tiene que haber alguna explicación para esto.

Radha le abrazó fuertemente como si tuviera miedo de perderlo y luego le dijo:

—Hijo mío, ha llegado el momento de contarte algo que sucedió hace ya dieciséis años. Era una mañana muy bonita y como todos los días, tu padre se había ido temprano por la mañana a las orillas del Ganges para hacer sus oraciones y adoraciones al Sol. De repente sus ojos se sintieron atraídos por algo que flotaba brillando sobre las aguas del río. Se quedó muy intrigado, parecía como una joya brillante siendo arrastrada por las aguas. Poco a poco el objeto se fue acercando y la curiosidad de tu padre crecía y crecía. Así pues, se echó a nadar hacia el centro del río para averiguar qué era aquel objeto destelleante, el cual resultó ser una hermosa caja de madera labrada. Y al abrirla se encontró con algo que le dejó estupefacto: dentro había un niño precioso, era el niño

más hermoso que había visto jamás; dormía apaciblemente. Tu padre nadó de vuelta hacia la orilla trayendo con él la caja, y se vino con ella corriendo a casa.

»—¡Radha! ¡Radha! ¡mira qué te he traído! Tengo un regalo para ti —gritó tu padre. Yo me apresuré a su encuentro al oírle tan contento. No podía creérmelo cuando vi al niño entre sus brazos. Era precioso y brillaba como el Sol de la mañana.

»—Fíjate en el kavacha y los kundalas —le dije yo—, debe ser el hijo de un dios.

Radheya no podía reaccionar, la miraba absorto casi sin respirar por lo terrible y asombrosa que le parecía la historia. Radha abrazó al niño contra ella como en un sentimiento de que iba a perderlo dentro de unos momentos. Luego continuó con la historia:

»—Con toda seguridad este niño no pertenece a la tierra, debe ser hijo de algún dios —dije yo—, su belleza no es de este mundo.

»Tu padre me miró y se sonrió diciéndome:

»—Quizás este niño haya nacido en el cielo y Dios compadecido te lo ha enviado porque eres estéril. Le llamaré Radheya porque va a ser tu hijo bienamado.

»Estábamos encantados de tener un niño en casa. Yo estaba muy feliz. Me fijé en la caja y aprecié que no era una caja ordinaria. Tú habías sido envuelto en sedas carísimas y te habían puesto dentro de la caja. Eran telas exquisitas propias sólo de una princesa. Nos imaginamos que eras el hijo de una dama de alta alcurnia, la cual por alguna razón te había abandonado depositándote en el río. Lo más probable es que pertenezcas a un palacio. Hasta ahora has vivido todos estos años como el hijo de un pobre conductor de carrozas y la única riqueza que hemos podido ofrecerte ha sido la de nuestro amor. Esto creo que explica la razón por la que no quieres ser un conductor de carrozas: quieres aprender a usar el arco porque eres un kshatrya, estoy casi segura.

El cuerpo de Radha se estremecía de pena cuando le dijo:

—Vete, hijo mío, tú no eres mi hijo. Vete al mundo y busca a tu madre. Por mi parte, le estoy agradecida a Dios por haberme dado un hijo durante todos estos años. El recuerdo de lo que ha sucedido en este tiempo me dará ánimos para vivir los años que me quedan.

Radheya ya no pudo contener sus lágrimas y entre sollozos le dijo:

—Madre, ¿qué me estás diciendo? ¿acaso quieres abandonarme igual que lo hizo mi otra madre? Yo no sé quién es mi madre ni quiero saberlo, yo ya tengo una madre; la más dulce y querida de todas las madres. Quizás yo sea un kshatrya, probablemente lo sea, pero no me importa porque antes que nada yo soy tu hijo; quiero serlo. Mi nombre es Radheya y Radheya seré hasta el final de mi vida. Ese será el nombre por el que este mundo me conocerá. No estoy avergonzado de mis padres. Estoy orgulloso de ser el hijo de un suta. En este mundo no hay nada superior al conocimiento, y el conocimiento

no hace diferencias de casta ni credo. Iré en busca de conocimientos y me convertiré en un sabio; un sabio encuentra reconocimiento dondequiera que va. Madre, la sed de conocimiento y de maestría en el uso del arco anidan en mis entrañas; iré en busca del conocimiento. Partiré ahora mismo. Pero recuerda: regresaré. Tú eres mi madre y nada me puede apartar de ti, ni a ti de mí.

Radheya abrazó a su madre y ella le apretó entre sus brazos. Las lágrimas corrían por las mejillas de ambos.

Capítulo XXII
RADHEYA ES MALDECIDO

El hijo de Kunti, ahora bajo el nombre de Radheya, tenía como único objetivo el adquirir conocimientos. Quería aprender a usar el arco y oyendo que el gran Drona estaba en Hastinapura instruyendo a sus discípulos en el uso del arco, presto se dirigió a aquella ciudad. Al llegar se encontró con Drona a solas y le saludó diciéndole:

—Mi señor, quiero que me aceptes como tu discípulo y me enseñes a usar el arco.

Drona le preguntó quién era, a lo que Radheya le respondió:

—Soy el hijo de Atiratha, el conductor de carrozas. Drona no estaba dispuesto a enseñarle a usar el arco al hijo de un suta, y le dijo:

—Eres un sutaputra. Yo no le enseñaré a usar el arco a alguien nacido en una casta inferior.

Radheya dio media vuelta y se fue.

Después de ese encuentro el apelativo de sutaputra le atormentaba continuamente convirtiéndose en un estigma que acompañaría a su nombre hasta el final de su vida. Quería aprender a usar el arco, pero el hecho de ser un sutaputra se convirtió para él en un gran impedimento a la hora de ser aceptado como discípulo. Radheya estaba desesperado. Pero al fin decidió ir a pedirle a Bhagaván Bhargava que le enseñase el uso del arco. Este hombre odiaba a los kshatryas. Radheya sabía que el rishi tenía un temperamento muy fuerte y que odiaba a los kshatryas terriblemente, por lo cual decidió hacerse pasar por un brahmín.

Radheya llegó al ashram del gran Bhargava lleno de esperanzas. Entró al ashram y se postró a los pies del gran maestro. El rishi con su pelo enmarañado, su penetrante mirada y su terrible personalidad causó a Radheya una sensación como de temor y reverencia al mismo tiempo. Y empezó diciendo:

—He venido con la esperanza y el anhelo de que me aceptes como tu discípulo. Por favor, no me dejes volver con las manos vacías.

El gran rishi levantó el cuerpo de Radheya, que temblaba como una hoja sacudida por el viento. Se sintió complacido con la humildad de aquel joven. Radheya le dijo que

era un brahmín y que quería aprender a usar el arco. Bhargava le sonrió y gentilmente le dijo:

—Te enseñaré todo cuanto sé, con mucho gusto.

Así comenzó la educación de Radheya. Allí, en el ashram del gran Bhargava pasó feliz muchos días y meses, quedando en el olvido los insultos de que había sido víctima por ser un sutaputra. Tan sólo le preocupaba una cosa: adquirir conocimientos. Conocimientos significaban poder, fama y reconocimiento. Era lo único que merecía la pena en el mundo de los hombres.

Hasta que por fin su educación llegó a buen término. Bhagaván Bhargava le había enseñado todos los astras; incluso el Brahmastra y el poderoso Bhargavastra. Ya casi se acercaba el tiempo de la partida de Radheya hacia su nueva vida y Bhargava estaba ya dándole sus últimos consejos. Le dijo:

—He sido muy feliz durante todo este tiempo. Ha sido para mí un placer enseñarte a usar el arco. Ya te he enseñado todo cuanto sé y me siento orgulloso de haberte tenido como mi discípulo. Eres muy honesto, respetuoso con tus mayores y estás dispuesto a andar por el camino de la rectitud. Este conocimiento que has adquirido debes usarlo en defensa del Dharma. No debes usarlo jamás para una causa injusta.

El Sol brillaba en lo alto del cielo y el calor era insoportable. El gran Bhargava quería descansar bajo la sombra de un árbol, así pues le dijo a Radheya:

—Vete al ashram y tráeme una piel de ciervo para usarla enrollada como almohada.

—Mi señor —dijo Radheya— puedes usarme a mí como almohada apoyando tu cabeza sobre mis muslos. Por favor, déjame hacer este servicio por ti; eres el maestro que me ha revelado el conocimiento más valioso que poseo.

Bhargava se sintió complacido con su devoción y aceptó el ofrecimiento.

Mientras Radheya yacía con la cabeza de su maestro descansando sobre sus muslos, de repente sintió que algo le estaba picando en el muslo en el que el gran rishi tenía apoyada la cabeza. El dolor que sentía era insoportable pero no quería moverse para no molestar el sueño de su guru. Levantó un poco la cabeza y vio que era un insecto de aspecto horrible, parecía un pequeño cerdo y tenía un hocico muy agudo y fuerte, como hecho de acero, además estaba armado de varias filas de dientes, hundiéndose en su carne como si fuera una sierra. El dolor era intensísimo, pero Radheya no podía moverse ni lo más mínimo para no perturbar el sueño de su maestro.

El insecto había abierto una brecha profunda en su muslo y la sangre manaba abundantemente de la herida. El contacto de la sangre caliente con la cara del rishi, hizo que éste se despertara. Bhargava vio el insecto borracho con la sangre de Radheya y a continuación miró fijamente a la cara de Radheya con expresión de gran asombro. Le dijo:

—Veías como este insecto te estaba picando, y sentías el intenso dolor, ¿cómo no te has incorporado para deshacerte de él?

—Mi señor —dijo Radheya—, tú dormías en mi regazo y estabas cansado. Para mí era más importante tu sueño que mi dolor y no quería molestarte, por eso no le presté atención.

La explicación de Radheya aún aumentaba el asombro del sabio el cual se sentía muy confundido. Le dijo:

—No puedo entenderlo, ¿cómo puede un brahmín soportar un dolor tan fuerte? Es bien sabido por todos que los brahmanes no pueden soportar el dolor, ni siquiera pueden ver la sangre. ¡Dime la verdad! Tú no eres un brahmín; sólo un kshatrya puede hacer lo que tú has hecho. ¿Será posible que después de todos estos años de dedicación le haya enseñado todos mis astras a un malvado kshatrya? Nunca te perdonaré que me hayas engañado de esta manera. Eres un kshatrya, ¡admítelo!

Radheya cayó a los pies de Bhargava y le dijo:

—Perdóname mi señor. Para mí tú has sido más que un padre, y como padre deberías perdonar las faltas de tu hijo. Cierto es que no soy un brahmín, pero tampoco soy un kshatrya. Yo soy Radheya el sutaputra. Un suta es el hijo de un kshatrya y un brahmín, por eso me atreví a decirte que era un brahmín, pero sólo con la intención de adquirir conocimientos. Y se dice que el conocimiento no hace diferencias de castas ni credos. En tu nobleza, te pido que seas tolerante con mi falta; mi deseo era solamente convertirme en tu discípulo. Me he entregado a ti, por favor, ten misericordia y perdóname, te lo ruego.

Bhargava estaba furioso y no prestaba atención a sus lágrimas ni a sus ruegos. En ese momento nada le conmovía pues había olvidado todo lo que le unía a Radheya, tan solo una idea persistía en su cabeza: « Me ha dicho una mentira. » Y en ese estado de furia, Bhargava maldijo a Radheya sin contemplaciones:

—Bajo falsas pretensiones has aprendido de mí cuanto sabía. Pero en la situación más desesperada, cuando necesites un astra, tu memoria te fallará y no podrás invocarlo.

Al oír esto Radheya cayó al suelo sin sentido.

Poco tiempo más tarde volvió en sí y le imploró al rishi, temblándole el cuerpo:

—¿Por qué, por qué me has maldecido de esta forma, mi señor? Pero las palabras que había pronunciado el rishi eran ya irrevocables.

Bhargava se dirigió entonces a Radheya en un tono algo más calmo y le dijo:

—Lo que he dicho ya nada puede cambiarlo, pero como paliativo hay algo que puedo asegurarte. Querías fama; pues la conseguirás. Serás conocido hasta en la posteridad como el arquero mejor de la tierra. —Tras decir esto el gran Bhargava le dejó y se fue.

Después de ver a su maestro desaparecer en la lejanía, Radheya emprendió su camino secándose las lágrimas de los ojos, sumido en la más profunda desesperación. Vagaba sin rumbo, no sabía a dónde ir. Por fin llegó a la orilla del mar y se sentó sobre una roca. Mucho tiempo pasó allí escuchando el batir de las olas contra la orilla, el melancólico sonido del mar era como un bálsamo para su corazón herido. Luego se levantó y se fue. Y cuando volvía, de repente, un animal pasó por su lado a toda prisa. Casi instintivamente, sacó una flecha y la lanzó, la cual abatió al animal matándolo instantáneamente. Al acercarse al animal vio con horror que no era un ciervo sino una vaca y que su dueño era un brahmín. Radheya se le acercó y le dijo que no lo había hecho con intención y trató de tranquilizarlo ofreciéndole muchas más vacas y riquezas como restitución del daño. Pero el brahmín estaba muy enojado y dando rienda suelta a su ira, maldijo a Radheya, diciéndole:

—Cuando estés luchando con el peor de tus enemigos la rueda de tu carroza se hundirá en la tierra, y de la misma forma que tú has matado a mi pobre vaca cuando jugaba ignorando el peligro que la amenazaba, tu enemigo te matará a ti cuando estés en la situación que menos te lo esperes.

Eso fue para Radheya como la gota que colmó el vaso. En un momento pasó por su memoria toda la tragedia de su vida y se sintió la persona más desdichada del mundo. Tan sólo había una persona que de verdad le amaba: era su madre Radha. Era la única persona que le había amado cuando había necesitado amor. Y era su deber como hijo cuidar de su madre: ese era ahora su único propósito en la vida.

Radheya regresó a su hogar para reunirse con su madre. Le contó todo lo que había aprendido y la educación tan completa que había recibido, pero no se atrevió a decirle que de nada le valía todo aquello, pues su vida estaba condenada por la maldición. No quería romperle el corazón.

Permaneció con ella durante unos días y luego le dijo que se dirigiría a la ciudad de los kurus: Hastinapura. Él tenía el sentimiento de que sus conocimientos le facilitarían la entrada al gran palacio, cuyas puertas se custodiaban muy celosamente.

Capítulo XXIII

LA ALIANZA DE RADHEYA Y DURYODHANA

8. Jatugrihadaha.

LLEGÓ el tiempo en el que Drona pensó que sus discípulos estaban ya suficientemente preparados como para hacer una exhibición para todos los habitantes de la ciudad y los miembros de la casa real. Así pues le pasó la sugerencia a Bhishma y a Dhritarashtra, los cuales aceptaron la idea con agrado y entusiasmo.

—Por supuesto —dijo Bhishma—, que se hagan los preparativos inmediatamente. —Y el rey le encargó a Drona que empezase enseguida la construcción del estadio para

la gran exhibición. Drona se puso enseguida manos a la obra, y en muy poco tiempo el escenario estaba completamente construido.

El estadio era inmenso y estaba muy bien pensado. Había un escenario en el centro con asientos a ambos lados; a un lado se sentarían los miembros de la familia real y al otro los invitados de los reinos vecinos. Las mujeres de la familia real tenían su asiento en un lugar aparte. En el lado opuesto al escenario se habían construido enormes graderíos para los habitantes de la ciudad.

Por fin llegó el día del torneo. El Sol brillaba intensamente y el lugar estaba abarrotado de espectadores; miles y miles de personas se habían congregado para contemplar las hazañas de los hijos de la Casa de los Kurus y también de otras casas. Todos estaban emocionados y ansiosos por ver el espectáculo, haciendo comentarios acerca de los hechos que se iban a desarrollar durante el torneo.

Finalmente los miembros de la familia real comenzaron a llegar uno por uno dirigiéndose a sus respectivos asientos. Primero entró Bhishma con su barba blanca brillando bajo el Sol, luego le siguió Kripa y a continuación el rey, conducido por Vidura y acompañado por Gandhari. Después entraron en grupo los demás miembros de la Casa de los Kurus. A ellos les siguieron los reyes invitados. Todos estaban ya sentados en sus asientos y la gente esperaba ansiosa la aparición de los príncipes. De la multitud comenzó a surgir un clamor semejante al del océano en una noche de Luna llena. El ruido se hacía cada vez más intenso hasta que de repente cesó como por arte de magia. Los asistentes estiraban sus cuellos mirando al escenario por encima de sus cabezas. Vestido de blanco y con sus cabellos grises grácilmente ondulados, Drona había entrado en el escenario acompañado de su famoso hijo Aswatthama. Vyasa también estaba allí para contemplar el acontecimiento. El rey rindió honores a los dos maestros, Drona y Kripa. La escena era realmente impresionante.

Luego uno por uno, los príncipes fueron saliendo a la arena. Los encabezaba Yudhishthira pues era el mayor de todos. Se dirigieron a los acharyas haciendo salutaciones ante cada uno de ellos. Los príncipes iban ataviados con los tradicionales trajes de guerreros. Una vez acabadas las salutaciones los príncipes comenzaron a hacer ejercicios preparatorios con sus arcos y el lugar resonaba con el intenso ruido producido por el cimbreo de las cuerdas de sus arcos: la exhibición había comenzado. Los príncipes realizaron hazañas sorprendentes con arcos, flechas, espadas, jabalinas, y todo tipo de armas de guerra. Los asistentes contemplaban el espectáculo absortos, conteniendo la respiración.

A esto le siguió un duelo singular entre Bhima y Duryodhana usando la maza como arma. Ambos eran extremadamente hábiles en el uso de la maza y la gente contemplaba la lucha con muchísimo interés y emoción. Mientras tanto Vidura comentaba al oído del rey el desarrollo de los acontecimientos, dado que Dhritarashtra era ciego. El duelo

continuaba; algunos estaban de parte de Bhima y otros de parte de Duryodhana. Drona les observaba muy atentamente, él sabía que se odiaban mutuamente. Por lo cual en cuanto vio que la lucha se convertía en algo más que un mero duelo amistoso, le dijo a su hijo Aswatthama que separase a los dos rivales concluyendo así el duelo. Aswatthama se dirigió con mucha calma al escenario y les hizo una señal a los combatientes para que abandonasen la lucha, los cuales con gusto habrían seguido luchando, pues la furia ya les había enzarzado en una pelea feroz. Pero no obstante, la orden del guru tenía que ser obedecida. Y con los ojos enrojecidos de rabia, ambos rivales se separaron entrecruzándose miradas de ira contenida.

A continuación Drona le pidió a Arjuna que comenzase su exhibición. Arjuna apareció con una armadura dorada protegiendo su pecho y su arco suspendido de su mano derecha. En su espalda llevaba atada una aljaba llena de flechas y los dedos con los que estiraba la cuerda del arco los tenía protegidos con cuero. Un fuerte clamor surgió de la multitud cuando Arjuna subió al escenario. El rey al escuchar semejante estruendo le preguntó a Vidura:

—¿Qué es ese ruido?

Vidura sonrió y le dijo:

—Es Arjuna, el bello hijo de Kunti. Es el preferido de Drona y el favorito de todos: al verle la multitud se ha exaltado.

El corazón del rey ciego ardía de celos, pero no obstante, lo ocultaba elogiando a los hijos de Pandu con palabras dulces.

Kunti estaba sentada junto a las otras damas de la casa real. Se sentía muy feliz al ver a sus hijos realizar todas aquellas hazañas; viendo a Arjuna se sentía orgullosa de ser la madre de aquel joven tan fuerte y apuesto. La vida en Hastinapura le había hecho olvidar todas las miserias que había pasado. Ahora vivía para sus hijos que ya habían crecido, y se sentía contenta al verles felices, convencida de que en su vida había encontrado ya la seguridad. Ya no veía nada que pudiera truncar la felicidad de sus hijos ni la suya propia.

Arjuna realizó su exhibición de habilidades complaciendo con sus hazañas a los asistentes. Todos estaban convencidos de que no había nadie que le igualara en maestría en el uso del arco. Sus flechas eran tan rápidas que salían del arco silbando a través del aire sin que nadie pudiera verlas. Era un espectáculo fascinante.

De repente un ruido atronador rompió la concentración de los espectadores y del mismo Arjuna. El ruido provenía de las puertas de entrada, era un sonido cimbreante. Todo el mundo había vuelto la cara en aquella dirección como una cosecha de trigo soplada por una fuerte brisa. Duryodhana se levantó con la maza en su mano rodeado de sus cien hermanos, como Indra en el cielo acompañado por los dioses inferiores. Entre

la multitud, alguien se abría camino apartándose la gente a su paso. Alguien se acercaba. Andaba como un león. La gente le miraba asombrada como ante la visión de un dios. Y de nuevo escucharon el ruido: provenía del cimbreo de la cuerda del arco de aquel recién llegado.

Era Radheya con su kavacha y sus kundalas de color dorado, brillando fulgurante bajo el Sol de la tarde. Se dirigió derecho al escenario moviéndose con la gracilidad de una pantera. Se detuvo ante Drona y después de saludarle se dirigió a Arjuna con voz fuerte e imperiosa como el sonido de un trueno:

—He venido a desafiarte, creo que estás demasiado orgulloso de la habilidad que hasta ahora has demostrado. Yo puedo hacer todo lo que has hecho y mucho más, y si tu guru lo permite te lo demostraré.

Radheya realizó todas las hazañas con las que Arjuna había impresionado a los asistentes. En la cara de Bhishma apareció una sonrisa sarcástica al ver la expresión de disgusto con la que Drona contemplaba la escena. Sin embargo la cara de Duryodhana estaba iluminada de amor hacia aquel extraño. Arjuna estaba anonadado, conteniendo la ira que despertaba en él aquella humillación. Yudhishthira por su parte, observaba la escena confuso y sorprendido por el valor del recién llegado.

Radheya había acabado su exhibición y ahora desafiaba a Arjuna a un combate singular, ignorando que aquél al que desafiaba era su hermano. Arjuna le respondió con un reproche:

—¿Quién eres tú para atreverte a venir alardeando de tu bravura sin ni siquiera estar invitado?

Radheya sonrió con rudeza y le dijo:

—Esto es un torneo: no una exhibición privada, organizada en beneficio tuyo. La entrada está abierta a todo aquel que quiera mostrar su valor. Por eso te desafío. ¿Eres capaz de aceptar el reto o admites ya que soy mejor arquero que tú? Arjuna haciendo un gesto de desdén con sus hombros se preparó para la lucha. En aquel momento una extraña visión apareció en el cielo: unas nubes azules surgieron súbitamente cubriendo el cielo. Parecía como si Indra quisiera proteger a su hijo. El Sol por su parte vertía sus rayos cálidos sobre el recién llegado como en un intento de querer también proteger a su hijo. La escena era muy hermosa.

Radheya aparecía allí de pie bañado por la luz del Sol, mientras que Arjuna estaba oculto por las sombras de las nubes. Los espectadores estaban ya tomando partido inclinándose a favor de uno u otro rival. Los hijos del rey estaban de parte de Radheya, mientras que Drona, Bhishma y Kripa, estaban de parte de Arjuna, el pandava.

Justo antes de que la lucha comenzase se produjo como una repentina confusión entre las mujeres. A oídos de Vidura llegó la noticia de que Kunti se había desmayado.

Era incomprensible, pues momentos antes estaba muy feliz. La visión de este hombre brillando bajo el Sol con su kavacha y sus kundalas debió producirle una tremenda impresión. Su memoria regresó en un instante a aquel día en que depositó a su hijo en las aguas del Ganges abandonándolo a la corriente: « Un día volveré a encontrarme contigo. Te reconoceré por tu kavacha y tus kundalas. » Tras estas palabras le había dejado a merced de la corriente. Ahora había vuelto a encontrarse con él, había reconocido a aquel recién llegado como su hijo. Cuando ella vio a sus dos hijos compitiendo en duelo, uno contra otro, sintió una gran agonía en su corazón. Vidura fue corriendo a su encuentro y roció su cara con perfume tratando de reanimarla. Vidura, usando su poder para ver el pasado y el futuro, supo inmediatamente todo lo ocurrido. Cuando Kunti se reanimó Vidura le habló mediante señas dándole a entender que no dijera nada, que guardase el secreto. Al tiempo, trataba de consolarla, ayudándola a soportar aquel sufrimiento. Con profunda amargura Kunti volvió a contemplar a sus dos hijos enfrentados como enemigos por el juego del destino y desde aquel momento la paz y la felicidad se esfumaron de su vida para convertirse en una larga eternidad de sufrimientos y angustia.

Los dos jóvenes estaban ya dispuestos a luchar. Tenían sus arcos tensos, sus frentes tersas y sus ojos llenos de furia, mirándose fijamente el uno al otro. Entonces Kripa salió al escenario y dijo:

—Cumplamos las reglas de combate. Arjuna el pandava, es el más joven de los hijos de Kunti. Pertenece a la noble casa de los kurus. Así pues, tú —dijo dirigiéndose a Radheya— tienes que presentarte anunciando el nombre de tu padre y la familia a la que perteneces, para que todos los asistentes conozcan qué reino tiene el honor de tenerte a ti como representante. Es norma sabida que sólo dos que pertenezcan al mismo rango pueden luchar. Un príncipe no puede luchar con alguien perteneciente a una casta inferior.

Radheya inclinó la cabeza como un loto empapado de rocío. Pero Duryodhana saltó de su asiento como una cobra amenazante y habló así:

—Mi señor, el Dharma más antiguo nos enseña que hay tres clases de reyes: los que son reyes por nacimiento, los que son reyes por su bravura y los que se convierten en reyes cuando derrotan a otro rey. La bravura, señor mío, no es un derecho de nacimiento exclusivo de los kshatryas. La bravura es un don universal. Así pues, si lo que pretende Arjuna es escudarse detrás de la norma de que sólo un rey puede luchar contra otro rey su deseo será complacido. Coronaremos a este joven como el rey de Anga donde ahora mismo no hay monarca, tras lo cual, podrán luchar de acuerdo a las normas.

La gente apenas se movía, tenían toda su atención puesta en lo que estaba pasando. Este gesto de Duryodhana les había dejado estupefactos. En los ojos de Bhishma había una expresión de regocijo y aprobación. « ¡Bien hecho! ¡bien hecho! » comenzó a gritar

la gente de una punta a otra del estadio. Y Duryodhana con el permiso de Bhishma y Dhritarashtra ordenó que trajeran el agua sagrada y los otros elementos necesarios para la ceremonia de la coronación. Inmediatamente fueron a buscarlos y mientras los brahmanes cantaban incesantemente los Vedas. Duryodhana colocó su propia corona sobre la cabeza de Radheya e igualmente puso su espada en su mano derecha, tras lo cual Radheya recibió del príncipe kuru el baño de coronación. Y Duryodhana le dijo:

—Ahora eres el rey de Anga. Arjuna, este hombre es ahora de tu propio rango, incluso superior si cabe. Pelea con el y permítenos el placer de observarte como lo haces.

De los ojos de Radheya brotaban lágrimas de emoción y dirigiéndose a Duryodhana le dijo:

—Mi señor, no sé cómo puedo agradecerte el gran honor que acabas de conferirme. No creo siquiera que lo merezca. Dime, ¿cómo puedo mostrarte mi gratitud?

El noble Duryodhana sonrió y le dijo:

—Joven, seas quien seas, tus nobles cualidades no sólo merecen este pequeño reino de Anga sino mucho más. Pareces estar preparado para gobernar el mundo entero. Y por lo que respecta a nosotros no queremos nada a cambio de este pequeño servicio que te hemos hecho. Yo sólo quiero tu amor; quiero tu amistad. Duryodhana quiere tu corazón. Radheya dibujó una sonrisa en medio de sus lágrimas y le respondió:

—¿Mi corazón? Eso, señor mío, ya os lo habéis ganado. Duryodhana se le acercó y Radheya, con su cuerpo empapado por el agua santa de la coronación y con lágrimas de amor y gratitud en su rostro avanzó también hacia el príncipe hasta unirse ambos como amigos en un abrazo. Esta escena conmovió el corazón de los asistentes:

« ¡Qué gesto más noble, qué príncipe! », comentaban los habitantes de la ciudad.

Un anciano avanzaba en medio de la multitud dirigiéndose hacia el escenario con ayuda de un bastón. En cuanto Radheya lo vio se apresuró a su encuentro, postrándose ante él y poniendo la corona a sus pies. Era Atiratha, su padre. El anciano le dijo:

—Radheya, hijo mío, estoy muy feliz de ver la suerte que ha recaído en ti. Alabado sea el noble príncipe Duryodhana.

Esto hizo saber a la gente que Radheya era por origen un sutaputra. Los pandavas que hasta entonces permanecían en silencio comenzaron a reírse sarcásticamente entre ellos por el buen comienzo del recién ungido rey. Y Bhima le dijo:

—Escucha, tú, un sutaputra no es digno de ser aniquilado por Arjuna. Ni siquiera eres digno de tener un arco en la mano; coge las riendas y el látigo que serán para ti instrumentos más apropiados.

Este insulto hirió a Radheya en lo más profundo, el cual apretó los labios con ira, pero se contuvo y no dijo ni una palabra. Allí, en silencio levantó sus ojos hacia el Sol

contemplándolo como su dios protector. Ver esta escena fue para Kunti como clavársele una aguja en el corazón. De sus ojos brotaron lágrimas amargas.

Duryodhana saltó de nuevo de su asiento con el aspecto de un elefante furioso queriendo pisotear un lago lleno de flores de loto. Como una cobra escupiendo veneno se dirigió a Bhima y le dijo:

—Bhima, eres un príncipe y perteneces a la casa real, pero las palabras que has dicho no son propias de un príncipe. El valor, como ya dije antes, no es una herencia exclusiva de los kshatryas, pues para los héroes igual que para los ríos, el origen no tiene importancia. Piensa en el nacimiento de muchos grandes hombres. Piensa en el nacimiento de nuestros maestros Drona y Kripa. Piensa en el nacimiento de tu padre y el mío y también en el de nuestro tío Vidura. Pensad en vosotros mismos los pandavas, todo el mundo sabe que sois hijos de una misma madre pero no de un mismo padre. Sois hijos de una madre que consideró apropiado tener tres amantes. Así que no digas más insensateces acerca de este hombre. Lástima me da tu falta de entendimiento. Él tiene todas las cualidades necesarias para un kshatrya, o es que acaso no entiendes que un tigre jamás puede nacer de un ciervo manso. ¿Acaso no sientes que este hombre es un kshatrya? Le he hecho el rey de Anga, pero sé que merece ser el señor de la tierra entera. Ha nacido para ser grande, pero tú no tienes suficiente humildad para reconocerlo. No me importa quién es ni de dónde viene; es un héroe y vivirá junto a los héroes. Ahora pídele a tu amado Arjuna que pelee con él si se atreve.

Las palabras de Duryodhana robaron un aplauso clamoroso de todos los allí reunidos. El Sol complacido quizá por todos los honores acumulados por su hijo, se inclinó lentamente cayendo sobre el horizonte, como satisfecho ya por aquella jornada y retiró sus rayos ocultándose tras las montañas. En seguida la oscuridad se extendió cubriendo el lugar obligando así a que el duelo fuera cancelado y la muchedumbre se dispersase, poniendo fin así a aquella dramática situación. Mientras la gente se iba marchando no se oía hablar de otra cosa que del nuevo héroe y del príncipe Duryodhana. Las hazañas de Arjuna se perdieron en el olvido; para él el gran torneo había supuesto un rotundo fracaso.

La oscuridad de la noche cayó sobre la ciudad envolviéndolo todo. Pero a la luz de las antorchas podía verse a dos amigos andando juntos delante de la muchedumbre: Duryodhana y Radheya. Bhishma por su parte aún sonreía divertido. Drona sin embargo iba de capa caída caminando detrás de todos. Vidura parecía triste y muy serio. Para Yudhishthira la aparición de Radheya fue como la de un cometa amenazador surcando el cielo, pues se dio cuenta de que no había nadie que pudiera igualar al nuevo héroe en su grandeza y en su habilidad con el arco. Y esto le preocupaba a Yudhishthira, pues hasta entonces se había sentido seguro sabiendo que con la fuerza de Bhima y el poder de Arjuna, los pandavas eran superiores a los kurus, pero ahora con la nueva alianza esa

seguridad había desaparecido. Igualmente disgustados se sentían los otros pandavas por lo que había sucedido ese día en el estadio.

Capítulo XXIV

DRONA DERROTA A DRUPADA

La educación y adiestramiento de los príncipes ya había finalizado. Era el momento por el que Drona había esperado para ver realizado su sueño de venganza. Reunió a sus discípulos en torno suyo y les dijo:

—Ha llegado el momento en el que debéis tributarme vuestro dakshina.

Los príncipes estaban enormemente emocionados y deseosos de saber cuál iba a ser su dakshina.

—Yo no quiero riquezas —dijo Drona—. Quiero que vayáis al reino de los panchalas y derrotéis a Drupada trayéndomelo cautivo. Lo quiero vivo.

Los príncipes se sintieron tremendamente emocionados al saber que por fin iban a poder luchar, e inmediatamente comenzaron los preparativos para la batalla. Para un kshatrya la idea de poder luchar supone un gran aliciente, cuanto más no lo sería para los vástagos de la casa de los kurus, que iban a tener la primera oportunidad de demostrar sus habilidades como guerreros. Una vez finalizados los preparativos emprendieron la marcha hacia Panchala. Drona estaba más emocionado que ninguno.

En cuanto Drupada supo la noticia de que los príncipes kurus se dirigían a su ciudad con intenciones de guerra, aunque no entendía qué motivo les movía a hacerlo, también hizo sus preparativos para la lucha. Y, apoyado por sus hermanos, Drupada salió al encuentro de sus adversarios.

La lucha comenzó, pero los pandavas permanecieron apartados como esperando, descansando debajo de un árbol cercano al campo de batalla. Ellos sabían que a los kurus le sería imposible derrotar a Drupada, por lo cual decidieron intervenir una vez que ellos hubiesen fracasado en el intento. El terrible Drupada peleaba tan bien que derrotó a todos los kurus dispersándolos en desbandada. Los pandavas contemplaban la escena sonrientes. Y a continuación entraron en acción. Arjuna le pidió a Yudhishthira que se quedase detrás.

—Nosotros cuatro capturaremos a Drupada —le dijo. La carroza de Arjuna avanzaba veloz escoltada de un lado por Nakula y del otro por Shadeva, protegiendo las ruedas de su carro. Bhima, con su maza en la mano parecía el Señor de la Muerte. Rompieron la línea de vanguardia de los Panchalas haciendo caer los soldados a un lado y a otro, y a continuación fueron directos hacia la carroza de Drupada. El rey de los panchalas se defendía furiosamente, pero la estrategia de los cuatro pandavas le sorprendía continuamente. No querían hacerle daño, tan sólo le acosaban para capturarle. Y de un salto

Arjuna pasó de su carro al de Drupada, tomándole totalmente por sorpresa. Arjuna le capturó y le hizo subir a su carro en el cual partió inmediatamente en dirección al lugar en el que esperaba Drona.

Había llegado el momento por el que Drona había estado esperando desde hacía muchos años. Por fin su sueño de venganza se había hecho realidad. Y allí en frente de Drupada, Drona rememoró todos los hechos del pasado que habían sido origen de aquel acto de venganza. Drupada le escuchó humillado mirando al suelo, pues era un rey orgulloso, borracho de poder. Pero ahora las posiciones se habían invertido, y Drona le tenía cautivo y a su merced. Le reprochó con insultos todo lo que le había hecho vengándose así de la humillación que un día sufrió. Ahora era Drona el que estaba borracho de poder. Le dijo:

—¿Te acuerdas que una vez me dijiste que la amistad solamente podía producirse entre dos personas del mismo rango?, pues fíjate ahora; ya no tienes nada que puedas reclamar como tuyo; ni tu reino, ni siquiera tu misma vida. Pero no temas, no te mataré, quiero ser tu amigo, y dado que la amistad sólo es posible entre dos personas del mismo rango, te voy a devolver la mitad de tu reino, de esta forma estaremos al mismo nivel. Tu reino comenzará desde las orillas del río Ganges hacia abajo, mientras que yo me quedaré con toda la tierra que queda al norte del río. Dejémoslo así y quedemos como amigos.

Drona, con la falta de perspectiva típica de un brahmín, no podía imaginarse qué consecuencias iba a traer esta repartición amistosa. Fue capaz de guardar en su corazón el dolor causado por un insulto durante años y dedicarse enteramente a la consumación de su venganza. Pero el odio sólo duró mientras duraba su sed de venganza; una vez tomada la revancha su mente quedó en paz y olvidó todo lo sucedido. Sin embargo, Drupada no era un brahmín sino un kshatrya, y a pesar de que Drona le abrazó con afecto en el momento de la despedida, él no dijo ni palabra, pues en su corazón se estaba fraguando un odio a muerte por su agresor. Drupada se hizo la siguiente proposición: « Debo de conseguir un hijo para matar a este hombre a quien tanto odio. Me recluiré para practicar austeridades y mortificaciones pues sé que un hijo ordinario no podría acabar con este hombre, que es un maestro de todos los astras. Pediré que me sea concedido un hijo poderoso, capaz de matar a Drona. » Por otra parte Drupada como todo buen kshatrya, estaba admirado por el valor del joven príncipe Arjuna: « ¡Qué arquero más formidable! ¡qué guerrero más caballeroso! » —pensaba Drupada—. Si fuera posible me gustaría tener una hija para entregársela a este joven como una muestra de mi aprecio. Tendré dos hijos, una hija para entregársela a Arjuna y un hijo para matar a Drona. » Y con estos pensamientos dando vueltas en su cabeza, Drupada regresó lentamente sobre sus propios pasos a la ciudad de Kampilya, como un rey derrotado al que le habían robado la mitad de su reino.

Capítulo XXV

EL COMPLOT

DHRITARASHTRA era sin duda el rey. Pero el reino que poseía había sido conquistado por Pandu. Fue el valor y el genio militar de su hermano lo que había hecho posible que su reino fuera ahora el más extenso de todos. Además de eso se daba el hecho de que Yudhishthira era un año mayor que Duryodhana, siendo también más popular entre sus súbditos.

Bhishma, Drona y Vidura elogiaban con frecuencia las virtudes de los pandavas y de Yudhishthira en particular. Naturalmente a Dhritarashtra le hubiera gustado designar a su hijo Duryodhana como heredero al trono de los kurus, pero sabía que no iba a ser muy práctico. Así que tuvo que designar a Yudhishthira como heredero legítimo al trono. Los hijos del rey ciego estaban muy furiosos pero no podían decir nada.

Y así pasó un año. Bhima y Duryodhana se convirtieron en discípulos del gran Balarama, que era un maestro en el uso de la maza. Curiosamente Balarama sentía gran predilección por Duryodhana, aunque enseñaba a todos sus discípulos con igual sinceridad. No obstante, Duryodhana era para él lo mismo que Arjuna para Drona. Amaba a Duryodhana y Duryodhana le amaba a él.

Mientras tanto Drona estaba ya dando los toques finales al adiestramiento de Arjuna. Ahora ya podía proclamar al mundo entero que no había nadie que pudiera igualarse a Arjuna. Y dirigiéndose a su discípulo le dijo:

—Escucha, ahora eres el mejor de los arqueros del mundo. Nadie te puede derrotar; nadie excepto UNO.

Arjuna estaba sorprendido y ligeramente confuso por lo que le pidió a Drona que le dijese quién era aquel que todavía le superaba. Drona le miró sonriente y le dijo:

—Conocimiento y humildad deben ir siempre juntos. Nunca te sobreestimes. Son los demás los que han de calificarte como el mejor arquero del mundo, no tú mismo. Pero en lo que respecta a la persona de la que te hablaba, su nombre es Krishna, de la casa de los Vrishnis. El es el más grande de todos los grandes. No hay nadie que le pueda igualar en nada, y no exagero cuando te digo esto. Es tu primo; su padre es Vasudeva, el hermano de tu madre. Si te haces amigo de Krishna, ni Indra mismo, ni todos los dioses de los cielos pueden hacerte daño. Krishna también ha oído hablar acerca de los pandavas y se alegrará mucho de poder ser tu amigo. Espero que pronto te encuentres con él.

Ya hacía un año que Yudhishthira había sido nombrado heredero legítimo al trono de la Casa de los Kurus. Durante ese año su nombre se hizo muy popular entre la gente del reino. Y en lo que respecta a Bhima y Arjuna, su valor como guerreros era proverbial. Arjuna había conquistado varios reinos del norte, del sur, del este y del oeste. Los celos

y la envidia de los kurus aumentaba día tras día e igualmente le ocurría a su padre el rey Dhritarashtra. Éste quería comportarse con los pandavas como un padre, pero viendo cómo los pandavas superaban a sus hijos en valor y en fuerza, de repente le abordaban sentimientos de enemistad y de celos contra ellos. La gente elogiaba con grandes palabras de Yudhishthira. Decían: « El rey Dhritarashtra es ciego e ineficaz. Bhishma sin duda alguna es muy eficiente, pero ya hace tiempo que renunció a su derecho al trono. Duryodhana no es suficientemente bueno para gobernarnos, así que lo justo es que Yudhishthira sea nuestro rey. »

Estos comentarios que hacía la gente llegaron a oídos de Duryodhana, lo cual le causaba profundo dolor en sus entrañas. Así pues, escogió un momento en el que su padre estaba solo y se dirigió a él para contarle todas sus penas. Le contó al rey lo que la gente estaba comentando y le dijo:

—Padre, fíjate en las consecuencias de tu decisión. Designaste a Yudhishthira como tu heredero y ahora la gente sueña con ver llegar el día en el que va a ser coronado. ¿Por qué lo hiciste?

Dhritarashtra le explicó sus razones, tras lo cual añadió:

—No tenía la mínima intención de negarte tus privilegios. Pero ahora me encuentro con que estás lleno de envidia y celos hacia los pandavas y particularmente hacia Bhima. Escucha, no tiene ningún sentido que intentes hacerles daño, están bajo la protección de Bhishma y Vidura. Lo mejor que puedes hacer es tratar de olvidar este odio que tienes hacia ellos y tratar de comportarte como un hermano más. La gente de nuestro pueblo ha aceptado a Yudhishthira en su corazón y sería un suicidio hacer cualquier cosa en contra de él.

El príncipe miró a su padre profundamente, su cuerpo le temblaba de furia y apretaba sus manos agresivamente como conteniendo su ira, luego le retiró la mirada bruscamente. Su vista vagaba por todas partes con sus ojos enrojecidos de furia, luego dirigiéndose a su padre le dijo:

—Padre, sé que dices eso porque tienes miedo de que alguien te esté escuchando, pero puedo asegurarte que no hay nadie aquí excepto tú y yo. Puedes ser franco conmigo y decirme cuáles son tus verdaderos sentimientos. Sabes que si Yudhishthira llega a ser rey, entonces su hijo reinará después de él y después de él su nieto. El reino caerá completamente en manos de los pandavas. ¿Cómo podemos nosotros, los hijos del rey, estar dependiendo de estos odiosos pandavas? Perderemos nuestra posición de príncipes y tendremos que servirles. Yo prefiero morir antes que depender de los pandavas. Soy el hijo del rey y, como tal, en su día he de ser el rey. Si sientes algún afecto por mí, debes hacer algo, si no me mataré. No tengo intención de hacer el más mínimo servicio a ese glotón de Bhima.

Dhritarashtra apoyó su mano sobre el hombro de su hijo y le dijo:

—Hijo mío, no te apenes. Yudhishthira, al igual que su padre Pandu, se ha ganado la admiración y aprobación de los súbditos del reino con su natural dulzura y gentileza. Si algo le sucediera recaerían las culpas sobre nosotros. Los pandavas son muy populares y Bhishma, Drona, Kripa y Vidura están de su parte. No podemos ponernos en contra de ellos. Estas son las razones por las que designé a Yudhishthira como heredero al trono.

—Padre —dijo Duryodhana—, déjame decirte algo: Bhishma no merece nuestra consideración. Se ha mantenido indiferente hacia nosotros desde que llegaron nuestros primos. Nunca ha tomado partido por uno u otro bando. Cuando Bhima solía molestarnos y hacernos daño, el abuelo Bhishma permanecía indiferente ignorando lo que ante él sucedía. Del mismo modo, cuando intenté matar a Bhima él mantuvo la misma actitud indiferente frente al hecho. Tengo el sentimiento de que ya no le importa nada de lo que aquí sucede. En ocasiones le he visto pasearse por los jardines del palacio cerca de las orillas del Ganges como completamente ausente y ensimismado, sin interés alguno por lo que aquí está pasando. Incluso una vez le sorprendí llorando y le pregunté qué le pasaba. Y secándose las lágrimas me puso el brazo por encima y me dijo: « Nada, hijo mío, nada. Es sólo que estoy cansado; muy, muy cansado ». « Entonces, ¿por qué no te vas a descansar por un tiempo? » le dije yo, y los ojos del abuelo se humedecieron. Me dijo: « No, hijo mío, yo no puedo descansar; no debo hacerlo. » Luego me pidió que me fuese a jugar y antes de irme me dijo: « No te preocupes por mi descanso, no tardará mucho en llegar. » Esto sucedió hace ya algunos años. Para mí es completamente obvio que nuestro abuelo no tiene ningún interés en lo concerniente a nosotros. En su corazón guarda secretamente alguna pena, y ya no le importa lo que hagamos. Aswatthama es muy amigo mío, su afecto por mí le hace estar de mi parte y me será fiel. Esto hará que Drona se ponga de mi parte también, porque ningún padre se opondría a su hijo. Y una vez que Aswatthama y Drona estén de mi parte, Kripa naturalmente se unirá a ellos, con lo que ya sólo queda Vidura. Éste ya es más difícil porque ama mucho a los pandavas; incluso te abandonaría si llegase el momento de elegir entre ellos y tú. Pero, ¿qué puede hacer un hombre nacido en una casta inferior? Sólo puede darte discursos sobre el Dharma. No importa, dejémosle que se vaya con ellos. Padre, tengo un plan: si valiéndote de cualquier excusa pudieses enviar a los pandavas junto con su madre a algún lugar lejos de esta ciudad, por ejemplo Varanavata, yo, mientras, trataría de ganarme el amor y el aprecio de los súbditos del reino. Después de un año la gente ya se habría olvidado de Yudhishthira. De esta forma cuando los pandavas regresaran, si regresasen, se encontrarían con que sus días de gloria se habían acabado. Por favor, haz eso por mí. Envíales lejos. Si de verdad me amas sácame esta aguda flecha que se me ha clavado en el corazón, matando mi alegría y robando de mi mente la paz. Hace ya muchísimo tiempo que no encuentro descanso. Por favor, envía a los pandavas junto con su madre a Varanavata y yo me ocuparé del resto. —Y diciendo esto, Duryodhana se fue.

El rey permaneció allí sentado durante mucho tiempo dando vueltas en su cabeza a estos malignos pensamientos. Conocía a su hijo y sabía que iba a planear algo para que los pandavas no regresasen jamás, pero no se atrevió a decírselo y este silencio fue para Duryodhana como una aprobación. A Dhritarashtra ya sólo le cabía esperar que el complot diese resultado con la ayuda de sus truhanes. Sus celos por los hijos de su difunto hermano ya habían crecido hasta hacerse tan violentos como los de Duryodhana. La única diferencia era que él sabía cómo ocultarlo y su hijo no.

Así pues, Dhritarashtra mandó llamar a un hombre llamado Kanika. Era un amigo de Sakuni experto en todo tipo de trapisondas y engaños. El rey le pidió consejo acerca de cómo poner en marcha el plan, a lo que Kanika respondió que la única forma de traer la paz a la mente del rey y de su hijo era deshacerse de los pandavas.

—Pero recuerda —le dijo—, has de aprender a ser hipócrita. Tienes que simular que les aprecias al mismo tiempo que buscas los medios para destruirlos, ya que la única cura posible es matarlos. Nunca estaremos seguros si el enemigo vive, pues siempre será una amenaza. Los árboles se talan mejor cuando son jóvenes que cuando han crecido. Los pandavas se están haciendo cada día más fuertes; mejor es que te protejas a ti y a tus hijos. Acabo de decirte claramente qué es lo que hay que hacer. —Después de haberle dado su consejo al rey, Kanika se fue.

Capítulo XXVI

DHRITARASHTRA ENVÍA A LOS PANDAVAS A VARANAVATA

DESPUÉS de unos días el rey mandó llamar a Yudhishthira y le dijo:

—He oído decir que la ciudad de Varanavata es muy hermosa. ¿Por qué no os vais todos los hermanos a pasar una temporada allí en compañía de vuestra madre? Divertiros allí durante un año y después si queréis podéis volver a Hastinapura. ¿Qué te parece?

Dhritarashtra pensaba que el príncipe en su inocencia no vería la razón que le motivaba a hacerle aquella sugerencia tan inusual. Yudhishthira sin embargo notó que algo había detrás de aquello. Pero a pesar de su desconfianza también se daba cuenta que no podía hacer nada y le contestó:

—Complaceré tu deseo. —Más tarde comentó el hecho con Bhishma, Drona, Vidura y otros, les dijo:

—Mi tío me ha pedido que me vaya junto con mis hermanos y mi madre a la ciudad de Varanavata a pasar allí unos meses. Por favor bendecidnos y rogad por nuestro bien. —Luego, dirigiéndose a Bhishma, le dijo—: Tú, siendo nuestro abuelo, conoces bien el afecto que nuestro tío siente por nosotros. Quiere que pasemos una temporada

en Varanavata, el lugar consagrado al gran Sankara. Somos muy afortunados de que nuestro tío se preocupe tanto por nuestro bienestar.

Estas palabras llenas de sarcasmo pretendían llegar al corazón de Bhishma, que era muy hábil en el uso del sarcasmo. Pero tal y como dijo Duryodhana, él se mostraba completamente indiferente. Fácilmente podía haber intervenido impidiendo el exilio de los pandavas, pero no lo hizo, pues no podía imaginarse la malvada intención de Dhritarashtra. No podía imaginarse que pudiese llegar a aquel extremo. El pobre Yudhishthira se sintió desamparado al ver que Bhishma no reaccionaba frente al sarcasmo de sus palabras.

Así pues, Yudhishthira, sus hermanos y su madre, comenzaron los preparativos para abandonar el reino cambiando su residencia a Varanavata.

En cuanto Duryodhana supo la noticia de que los pandavas habían accedido a la sugerencia de Dhritarashtra, con la ayuda de su tío Sakuni, puso en marcha el complot. Inmediatamente mandó llamar a Purochana, uno de los ministros de la corte de su padre y cuando estuvo a solas con él, asegurándose de que nadie le iba a oír, le tomó la mano derecha y le dijo:

—El mundo entero y todas sus riquezas me pertenecen a mí. Para mí eres un ser tan querido y cercano como mi padre. Ahora tienes la oportunidad de compartir conmigo este reino y no quiero guardarte ningún secreto. Si quieres puedes ayudarme ahora que te necesito. Sabes que mi padre les ha pedido a los pandavas que se vayan al Varanavata. Pues bien, quiero que partas inmediatamente en dirección a Varanavata en una carroza tirada por los caballos más veloces y allí construyas un palacio para los pandavas. Tienes que decorarlo con los ornamentos más exquisitos: ha de ser una morada adecuada para albergar a los príncipes. Pero escucha, la casa tienes que construirla con materiales fácilmente inflamables; tales como paja y cera. Tienes que ocultar en las diferentes habitaciones vasijas conteniendo aceite y mantequilla. La casa tiene que estar acabada para el momento en que lleguen a Varanavata. Tienes que perfumarla para que no se note que la casa ha sido construida con tales materiales. Luego, humildemente, te acercarás a los pandavas y les pedirás que moren en ella, diciéndoles que el rey ha mandado construir la mansión especialmente para ellos, deseándoles una estancia confortable en la ciudad. Tienes que inspirarles confianza. Una vez que hayan estado residiendo en la casa por algún tiempo, sin ninguna sospecha ni recelo al respecto, tienes que prenderle fuego. Que parezca que el incendio se ha provocado accidentalmente, nadie tiene que sospechar del atentado. Quiero que este plan tenga éxito. Esta es la única oportunidad de librarme de estos odiosos primos sin que nadie sospeche que he intervenido en ello. Ahora dependo completamente de ti.

Purochana le aseguró que cumpliría sus deseos al pie de la letra, e inmediatamente se puso en camino de Varanavata para comenzar la construcción de la casa. La edificaron de

una forma muy elaborada sin que pudiera prestarse a sospecha por su aspecto exterior.

La noticia de que Dhritarashtra le había pedido a los pandavas que se fueran a Varanavata por un año se extendió como el fuego. La gente estaba muy triste, incluso algunos se acercaron a Yudhishthira pidiéndole que se quedara. Le decían: « Este rey ciego no tiene buenas intenciones; no le hagas caso, quiere hacerte daño. » Yudhishthira les tranquilizó diciendo:

—Siempre ha sido mi norma obedecer cualquier cosa que me pidieran mis mayores. Dado que somos huérfanos, Dhritarashtra es nuestro padre, y es mi deber obedecerle. Por favor, deseadnos fortuna y dejadnos ir a Varanavata.

Con lágrimas en los ojos, los habitantes de la ciudad les acompañaron un trecho del camino y luego se despidieron de ellos.

Vidura sin embargo les acompañó hasta cierta distancia pues quería poner en sobreaviso a Yudhishthira. Le dijo:

—Yudhishthira, tú eres justo e inteligente, por lo cual debes aprender a protegerte del peligro. Hay armas que son más mortíferas y peligrosas que las espadas y las flechas. Incluso durante los terribles días del invierno la rata sabe cómo protegerse cavando un hoyo en la tierra. Un hombre inteligente debe saber cómo protegerse del fuego incluso aunque aparentemente no haya forma de hacerlo. En eso, el hombre debe aprender de la rata. Después de eso el camino será claro. Las estrellas estarán siempre ahí para mostrarte el camino. Si estás alerta nada podrá hacerte daño. —Vidura le habló en dialecto Mlecha Bhasha que muy pocos conocían. El desdichado príncipe Yudhishthira inclinó la cabeza en reconocimiento por tales palabras, tras lo cual emprendió camino hacia Varanavata. Vidura sentía que se había quitado de su mente una tremenda carga y haciéndoles una señal de despedida regresó de nuevo a Hastinapura.

Ya una vez en camino, Kunti le preguntó a Yudhishthira:

—¿Qué te dijo Vidura? Supongo que si te habló en ese extraño lenguaje era porque no quería que la gente supiese lo que te estaba diciendo, pero si no es un secreto, por favor, dime qué te dijo.

Yudhishthira le contestó:

—Me estaba previniendo contra el fuego y me dijo que luego mi camino estaría claro con la ayuda de las estrellas. En sus palabras se podía adivinar que algún peligro nos espera en Varanavata. Parece que nuestros nobles primos e igualmente nuestro noble padre, no se atreven a luchar contra nosotros a campo abierto, por lo que supongo que estarán tramando alguna trampa en contra de nosotros. Ya veremos qué ocurre, en cualquier caso nuestro tío siempre nos protegerá.

Después de viajar durante ocho días, por fin llegaron a la ciudad de Varanavata, conocida como la ciudad del señor Sankara.

Capítulo XXVII

RECIBIMIENTO EN VARANAVATA

Los pandavas llegaron a Varanavata, la ciudad que se había hecho inmortal porque Harischandra, que pertenecía a la raza solar, había vivido allí durante sus días de tribulaciones. La ciudad estaba engalanada y las gentes les dieron la bienvenida con gran alegría y entusiasmo. Los jefes de la ciudad ofrecieron su hospitalidad a los príncipes, albergándolos en sus mansiones. Dos días más tarde, Purochana se dirigió a Yudhishthira y le pidió con gran humildad que se alojase en el palacio recién construido. Le explicó que la casa había sido construida para ellos por orden de Dhritarashtra con la intención de albergarles con todo el confort necesario durante su estancia en Varanavata. Y los pandavas se fueron a vivir a dicha mansión, lo cual puso muy contento a Purochana. Alrededor de todo el palacio había una zanja profunda, Purochana les explicó que la habían hecho para protegerles de posibles intrusos. En realidad la intención era que los pandavas no pudieran escapar una vez que la casa estuviera en llamas.

Una vez que se quedaron solos, Yudhishthira llamó a Bhima y le dijo:

—Bhima ¿Has notado este extraño olor penetrante que hay por toda la casa?, huele como a cera. Esta casa ardería como una pira si se prendiese fuego. Nos la han construido nuestros queridos parientes que tanto nos aprecian: Los kurus han debido haber planeado que esta casa arda con nosotros dentro. Este es el peligro del que Vidura quería prevenirme cuando me dijo que estuviese alerta, me dijo que el fuego era un arma más terrible que la espada e incluso que la flecha. Él ya debía saber que existía este complot.

Bhima estaba muy enfadado, le dijo:

—Si esta casa va a arder, vámonos de aquí inmediatamente. Alojémonos en la mansión del gobernante donde vivíamos hasta ahora. Si permanecemos aquí quedaremos atrapados como ratas. Estoy seguro que Purochana le prenderá fuego a esta casa inmediatamente.

Yudhishthira le sonrió y le dijo:

—No nos precipitemos, tengo el presentimiento de que eso no va a suceder hasta más adelante porque si no sería muy evidente que los kurus serían los responsables del incendio, antes de hacerlo dejarán pasar un tiempo. Pero yo tengo total confianza en nuestro tío Vidura, él ya habrá pensado la forma de salvarnos. Vamos a jugar también nuestra parte, esperemos en esta casa y veamos qué es lo que sucede.

Pero Bhima insistía:

—Hermano, no olvides que nuestros primos nos odian a muerte y no van a reparar en lo que opinen los demás. No quiero permanecer inactivo, si me lo permites les mataré con mis propias manos, no necesito armas.

Yudhishthira pacificó a su hermano diciéndole:

—Mi querido Bhima, hay muchos factores que considerar. Nadie se atreverá a acusar al rey ni a su hijo Duryodhana. Si acusamos a los kurus públicamente nadie nos haría caso, sería como un pichón tratando de luchar contra un enorme águila. No tenemos a nadie que nos apoye. Bhishma ignora la profundidad del odio que anida en el corazón del rey y su hijo. Siento que lo mejor que podemos hacer es esperar que nuestro tío Vidura nos ayude a salir de aquí.

Estas sensatas palabras de Yudhishthira convencieron a Bhima de que lo más práctico era permanecer allí. Y los pandavas continuaron viviendo en aquella casa como si no sospechasen nada, pero por dentro estaban todos alerta a la espera del peligro que les acechaba. Eran los momentos más terribles de su vida.

Capítulo XXVIII

ARDE LA CASA DE LOS PANDAVAS

VIDURA conocía un minero muy amigo suyo y le mandó llamar. Después de hablar con él le envió con una misión a la ciudad de Varanavata. Una vez allí se dirigió a la casa de los pandavas, y al encontrarse con Yudhishthira le dijo:

—Soy un minero y he sido enviado por Vidura para ayudarte. A continuación le repitió las frases que Vidura le dijo a Yudhishthira en dialecto Mlecha Bhasha al abandonar Hastinapura. Esta era la contraseña por la cual Yudhishthira podía reconocer quién era un verdadero enviado de Vidura en quien podía depositar su confianza, pues tal y como estaba la situación tenía que andarse con mucho cuidado. Yudhishthira le dijo:

—¿Qué es lo que mi tío me ordena que haga? El minero respondió:

—Tu tío me ha contado todo lo que sucede en esta casa, y me ha enviado para construir un túnel subterráneo desde la casa hasta la orilla del río Ganges.

Al oír esto la cara de Yudhishthira reflejó inmediato alivio y le dijo:

—Fantástico, creo que es una excelente idea. Empieza ya.

El minero comenzó a construir el túnel, pero no era una tarea fácil, porque Purochana estaba siempre en la casa. Parecía que estuviese esperando alguna visita, pero en realidad lo que hacía era vigilar a los pandavas para impedir que se escaparan. Los pandavas se daban cuenta de esto y trataban de hacerle salir de la casa con alguna excusa. Así pues, pasaban la mayor parte del tiempo paseando por los bosques que rodeaban la mansión, querían familiarizarse con el paisaje para poder encontrar fácilmente el camino de fuga en la noche que tuvieran que escaparse. Simulaban estar interesados en la caza para obligar a Purochana a alejarse de la casa junto con ellos.

Por fin el túnel estuvo terminado. Era muy largo, y la boca de entrada estaba en el salón principal de la casa. Estaba tapada con una trampilla y cubierta con una alfombra costosísima.

Ya casi hacía un año que los pandavas residían en Varanavata. Purochana pensó que era ya el momento apropiado para el atentado, pues creía que se había ganado la confianza de ellos. El minero le dijo a Yudhishthira que Purochana había planeado prender fuego a la casa en la noche del día catorceavo, coincidiendo con la Luna nueva; cuando la oscuridad lo envuelve todo. Yudhishthira le dijo a Bhima:

—Bhima, Purochana ha decidido incendiar la casa dentro de unos días. Ha llegado el momento de preparar nuestra huida. Tenemos que hacer que seis personas ocupen nuestro lugar en esa noche, para que parezca que el atentado ha tenido éxito. Purochana también arderá, porque seremos nosotros quienes prenderemos fuego a la casa para luego escapar a través del túnel.

Al día siguiente, Kunti convocó una fiesta para dar de comer a todos los pobres de la ciudad. Había una mujer perteneciente a la estirpe nishada, que solía venir a tener relaciones con Purochana y Kunti lo sabía. Esta mujer vino también a la fiesta y Kunti se mostró muy complaciente con ella, por lo que ella pensó que había conseguido ganarse la amistad de la reina. Esta mujer tenía cinco hijos que también habían venido con ella. Todos ellos junto con la madre bebieron hasta emborracharse completamente. Estaban tan borrachos que la mujer y sus cinco hijos se quedaron a dormir en el palacio aquella noche, ocupando las camas de los príncipes y de la reina. Purochana también estaba totalmente borracho. Así pues, había siete personas durmiendo aquella noche en la mansión.

Ya más adentrada la noche, los pandavas decidieron emprender la huida y rápidamente hicieron los preparativos en completo silencio. Kunti y cuatro de los pandavas entraron primero en el túnel, mientras que Bhima, con una antorcha encendida en su mano, fue de un lado a otro de la casa prendiendo fuego a las cortinas y demás materiales inflamables colocados en lugares estratégicos; él sabía dónde habían colocado las jarras conteniendo aceite y mantequilla. Se dirigió luego a la habitación donde estaba durmiendo Purochana sumido en el estupor de la borrachera y prendió fuego allí también. La casa ya había comenzado a arder por lo cual se apresuró a entrar en el túnel. Levantó la trampilla de entrada y ni siquiera se preocupó de cerrarla, pues sabía que los escombros cubrirían luego la entrada y parte del túnel, impidiendo así que la gente supiese que los pandavas habían podido escapar a través de él.

La ciudad entera se despertó con el crujiente ruido de la casa en llamas. Luego, cuando la casa se derrumbó, se produjo un terrible estruendo, pero nadie podía acercarse para intentar rescatar a los príncipes, pues la zanja que rodeaba la mansión resultaba infranqueable. Todos estaban allí de pie observando cómo la casa ardía sin poder hacer

nada. No hacía falta mucha inteligencia para adivinar que Dhritarashtra y su hijo eran los responsables de aquella tragedia en la que los pandavas supuestamente habían perdido la vida. La gente de Varanavata maldijo a los kurus y lloraron por la muerte de los príncipes y su madre, asesinados de una forma tan mezquina. Todos permanecieron de pie durante toda la noche viendo cómo el palacio era consumido por las llamas reduciéndose a cenizas.

Mientras, los pandavas avanzaban en su fuga a través del túnel, Bhima oyó el terrible estruendo que se produjo al derrumbarse el edificio y animaba a sus hermanos y a su madre a que se diesen prisa. Kunti y sus hermanos estaban cansados y soñolientos lo cual les impedía avanzar rápidamente, así pues, Bhima puso a su madre en sus espaldas, a los dos mellizos en sus caderas y a sus otros dos hermanos uno en cada brazo y cargando con todos ellos avanzó veloz a través del túnel hasta que por fin llegó a la orilla del río Ganges. Desde la distancia podían ver el cielo rojo, iluminado por las llamas del incendio, pero el río fluía plácidamente reconfortándoles con su sereno fluir. Las aguas bajaban completamente calmas sin la más mínima ondulación, era como un ejemplo vivo diciéndoles: « No permitáis que estas cosas os perturben; todo pasará ».

Ahora estaban al sur de Varanavata. Allí se encontraron con un hombre que había sido enviado por el inteligente Vidura, y que estaba como montando guardia. Les dijo:

—Gracias a Dios habéis venido. Veía la casa arder y estaba preocupado por vosotros. He estado aquí todas las noches desde hace varios días, pues no sabía cuándo se produciría vuestra huida de la casa. Vidura os ha proporcionado también una barca para que podáis pasar al otro lado del río; ya está preparada. Vidura ordenó que después de que lleguéis a la otra orilla del río os dirijáis hacia el sur. El sendero estará claro e iluminado por las estrellas. Os pide que mantengáis en secreto vuestro paradero y que nadie sepa de vuestra existencia durante unos cuantos meses.

Naturalmente, este mensajero de Vidura recibió a los pandavas con las mismas palabras que Vidura le había dicho a Yudhishthira en dialecto Mlecha Bhasha, pues era la contraseña que les permitía reconocer a los pandavas quién era un auténtico amigo, pues estaban rodeados de espías y enemigos por todas partes. Ya no era fácil para ellos diferenciar entre un amigo y un enemigo.

El barquero se acercó y, después de decir la contraseña, añadió:

—Vidura me ha pagado una enorme cantidad de dinero para que viniese aquí cada noche a esperaros. Ahora tengo la enorme fortuna de llevar en mi barca a los mejores nacidos entre los hombres.

Luego cruzaron al otro lado del río y se adentraron en el tétrico bosque. La noche era oscura y tenebrosa, pero los príncipes tenían que alejarse de aquel lugar tan aprisa como pudieran para encontrar un refugio seguro lejos de sus enemigos. Tenían que alejarse de Varanavata tanto como les fuera posible.

Capítulo XXIX

LOS FUNERALES

Con el resurgimiento de la aurora la noche lúgubre había quedado atrás. La casa estaba completamente derruida a consecuencia del fuego. Las llamas ya habían cesado y la gente había conseguido cruzar la zanja para ver lo que había sucedido. Fue para ellos un espectáculo horrendo contemplar los restos carbonizados de siete cuerpos. Naturalmente supusieron que se trataba de los cinco pandavas junto con su madre y el cuerpo del malvado Purochana. La gente se alegraba porque Purochana había pagado con creces su maldad, mientras que por otro lado lamentaban la desgracia que les había sobrevenido a los pandavas. Y entre ellos hacían comentarios como: « Es obvio que ha sido un atentado instigado por el rey y su hijo. » El minero que había construido el túnel para los pandavas se acercó también y vio cómo la entrada del túnel estaba completamente cubierta y oculta por los escombros. Se admiró de la astucia de los pandavas y sin perder tiempo regresó a Hastinapura para darle a Vidura la noticia de que los pandavas habían logrado escapar. Los otros agentes de Vidura también regresaron inmediatamente a la capital del reino para confirmarle la noticia de que los pandavas se encontraban a salvo y se dirigían hacia el sur como él les había aconsejado.

La noticia del accidente se propagó rápidamente. Los habitantes de Hastinapura se pusieron muy tristes cuando supieron la noticia de que los pandavas habían muerto. El corazón del rey Dhritarashtra se llenó de alegría en cuanto le llegaron los rumores de lo que había sucedido en el palacio que él había mandado construir para los pandavas en Varanavata. No obstante, simulaba estar profundamente afectado y conmovido por la noticia y se comportaba como si una gran calamidad le hubiera sobrevenido. Al igual que las nubes de otoño truenan en el cielo sin soltar ni una sola gota de lluvia, igualmente gemía el rey simulando estar sumamente apenado.

Inmediatamente el rey envió mensajeros a Varanavata con la orden de que celebrasen los ritos funerarios por la muerte de los pandavas y al tesorero del reino le mandó distribuir riquezas y ropa entre los pobres de acuerdo a la tradición. Luego todos se dirigieron a las orillas del Ganges para celebrar el funeral y las debidas oblaciones, de acuerdo a la alcurnia de los difuntos. Vidura estaba allí con ellos. Él conocía a su hermano y sabía que su fingida consternación era sólo para aparentar tristeza entre los familiares y súbditos allí congregados. Sabía que en él moraba la falsedad y la malicia. Vidura también asistió al funeral junto con todos.

El corazón de Vidura se conmovió viendo cómo Bhishma lloraba por la muerte de la esposa de Pandu y los cinco pandavas. Vidura no podía soportar verle sufrir así y acercándosele le cogió del brazo y lo llevó aparte a un lugar en el que se sentía seguro, sin riesgos de que alguien le escuchase y le dijo:

—Por favor, cesa de llorar, no sufras más; estas ceremonias fúnebres son innecesarias porque los pandavas no han muerto.

Bhishma se quedó atónito al escuchar las palabras de Vidura, el cual a continuación le relató la historia de lo que verdaderamente había ocurrido. Y luego añadió:

—Este complot fue planeado por el rey, su hijo Duryodhana y Sakuni. Ahora están muy felices porque creen que nadie sabe que ellos han sido los responsables. Pero yo lo sé, y sé que los pandavas están a salvo y que ahora se dirigen hacia Sidhavata, un bosque que se encuentra al sur del Ganges. Cuando llegue el momento adecuado resurgirán de la oscuridad como la Luna llena y llegará el día en que serán los gobernantes de este mundo. Pero debemos esperar porque muchas cosas han de suceder aún antes de que llegue ese momento.

Bhishma se alegró al oír las palabras de Vidura, sorprendido por su sabiduría y la amplitud de su perspectiva. Luego regresaron al palacio.

Nadie les había escuchado. El rey y sus hijos estaban ahora muy satisfechos. Sentían que sus días de preocupación habían concluido para siempre.

Capítulo XXX

LOS PANDAVAS EN EL BOSQUE

DESPUÉS de cruzar el río Ganges, los pandavas se dirigieron hacia el sur y en esta dirección avanzaron hasta que llegaron a Sidhavata. Estaban extremadamente sedientos y cansados. Todos los hermanos, menos Bhima, estaban extenuados, por lo que le dijeron:

—Bhima, el camino es muy largo y estamos cansados, aún tenemos que recorrer una enorme distancia. Por favor, ¿puedes ayudarnos otra vez?

Bhima, tan servicial como siempre, cargó con ellos igual que lo hiciera cuando iban por el túnel, y con sus largos pasos continuó avanzando hacia el sur. El hijo de Vayu avanzaba aún más rápido que su padre. Su intención era estar lo más lejos posible de Varanavata para cuando rompiese el nuevo día, pues los espías de Duryodhana estaban por todas partes.

La amarga noche ya había pasado y los pandavas ya se encontraban a una enorme distancia de la ciudad de Varanavata. Kunti, que estaba extremadamente cansada, dijo:

—Estoy muriéndome de sed, ya no puedo dar un paso más sin agua. Me echaré a la sombra de algún árbol porque estoy rendida de agotamiento. Ya no me importa si los kurus nos capturan pues me siento completamente exhausta.

Bhima entonces los llevó a un prado cercano y les dijo:

—Debéis descansar todos aquí. Tiene que haber agua por estos parajes, puedo oír el murmullo de un arroyo.

Yudhishthira le pidió a Bhima que fuera a buscar agua para su madre, el cual partió de inmediato.

No muy lejos de allí, vio un hermoso lago cuya superficie estaba cubierta con flores de loto y hojas de nenúfares. Era tan bonito que casi no podía creérselo. Bhima estaba también cansado y sediento y en cuanto llegó se puso a beber agua hasta quedar completamente satisfecho. Luego, atraído por aquellas maravillosas aguas incluso se bañó en ellas. Toda su fatiga y somnolencia se disiparon en la alegría de bañarse en aquellas aguas frescas. Luego, valiéndose de una enorme hoja de loto como cuenco, tomó agua fresca del lago para llevársela a su madre y a sus hermanos. Les despertó uno a uno y les dio agua, tras lo cual volvieron a quedarse profundamente dormidos.

Bhima permaneció sentado al lado de ellos observándoles como un centinela. Contemplando el espectáculo que tenía ante sus ojos, Bhima sintió que su corazón se iba a romper en mil pedazos. El aspecto que ofrecían sus hermanos y su madre era patético y desesperado. Para sí mismo, pensaba: « Aquí está mi madre, la hermana de Vasudeva de la casa de los Vrishnis, una reina en la casa de los kurus y la esposa del famoso Pandu, madre de cinco hijos valientes. Pero aquí estamos, huyendo para salvarnos de la crueldad de un hombre a quien llamamos padre. Pero esto es sólo el principio, ya veremos cómo acaba la historia. El mundo verá cómo me vengo de los pecadores que han sido responsables de esta situación.

Todos dormían menos Bhima que montaba guardia; no le parecía prudente echarse también a dormir. El baño le había refrescado y el agua fría le había quitado el sueño.

El bosque donde estaban descansando se llamaba Hisambavana. Pertenecía a un rakshasa cuyo nombre era Hidimba. Él y su hermana Hidimbi vivían en aquel bosque y devoraban a los humanos que cometían la imprudencia de entrar en él. Mientras los pandavas estaban durmiendo Hidimba estaba sentado en la copa de un árbol. De repente le llegó el olor de carne humana. Empezó a mirar a su alrededor y vio a su hermana y le dijo:

—Escucha hermana mía, allí hay unos seres humanos. Les he podido ver desde la copa de un árbol. Mi boca se hace agua de tan sólo pensar en su carne tan deliciosa. Vete y mátalos, luego celebraremos una fiesta, hace ya mucho tiempo que no pruebo carne humana. Te esperaré aquí.

Ella asintió y fue a hacer lo que le había dicho.

Saltando de árbol en árbol, Hidimbi llegó hasta el lugar donde dormían los pandavas. Allí se los encontró a los cuatro durmiendo junto con su madre y a Bhima montando guardia al lado de ellos. De aspecto le parecieron muy bellos, los más bellos que había visto hasta entonces. Luego sus ojos se detuvieron en Bhima y observando la belleza de las proporciones de su cuerpo, de repente se sintió robada de amor por él. Era el modelo

perfecto de la raza humana, con su amplio pecho, su delgada cintura y sus estrechas caderas. La figura de Bhima era tan grácil como la de un lobo, y Hidimbi pensó para sí misma: « Tengo el sentimiento de que este hombre fuerte y apuesto ha de ser mi señor y maestro. Le amo. ¿Cómo puedo obedecer a mi hermano cuando mi corazón se lo he entregado ya a este hombre? El único hombre apropiado para ser mi esposo.

Ella permaneció de pie a una cierta distancia mirándole como prendada. Luego tomó la forma de una mujer encantadora y se le acercó lentamente, muy lentamente. Bhima se giró y se quedó mirándola; su cuerpo oscuro, envuelto en telas inmaculadamente blancas, era de suficiente belleza como para enamorar a cualquiera. Bhima se quedó sorprendido de verla allí y le preguntó:

—¿Quién eres tú?, eres tan bella. ¿Cómo es posible que estés sola aquí, en este bosque tan tétrico?

Ella le miró y con voz dulce y cariñosa le dijo:

—¿Quién eres tú?, eres tan bello, ¿quién es esa mujer de piel oscura que está durmiendo ahí, quiénes son estos jóvenes? ¿Es que acaso no sabes que este bosque pertenece a un cruel rakshasa cuyo nombre es Hidimba? Él come carne humana. Debo confesar que soy su hermana. Os vio desde una cierta distancia y me ordenó que os matara y que os llevara como su plato favorito. Y con esa intención he venido, pero viéndote a ti y la belleza de tu forma, todos los malos pensamientos han quedado a un lado apartándose de mi mente. Me he enamorado de ti. Quiero que seas mi señor y mi amante. Si me rechazas ya no podré vivir. Por favor acéptame; te haré muy, muy feliz. Bhima le contestó:

—Este es mi hermano, mi hermano mayor a quien honro como a un dios. Esta es mi madre y estos son mis demás hermanos. Ahora dependen de mi fuerza y estoy aquí para protegerles. Así que lo que me pides es imposible, no puedo casarme contigo y abandonarles.

Ella dijo:

—Yo os llevaré a todos lejos de aquí, puedo adoptar la forma que quiera. Me alejaré de mi hermano y me iré contigo a la cima de una montaña. Ven conmigo.

Bhima le contestó:

—No estoy tan apegado a esta vida como para abandonar a mis hermanos en busca de mi satisfacción personal. Creo que tu proposición es incorrecta, no puedes pedirme que haga algo que va en contra del Dharma.

Con lágrimas en los ojos, ella le dijo:

—Si te he ofendido perdóname. No quiero hacer nada que te moleste. Os llevaré a todos lejos de aquí, este lugar es peligroso debido a mi hermano. Debemos darnos prisa;

por favor despierta a tu madre y tus hermanos, porque mi hermano debe estar a punto de llegar.

Bhima dijo:

—¡Nunca!, están durmiendo apaciblemente y no quiero despertarles de un modo violento. En cuanto a tu hermano déjalo de mi cuenta. No soy un cobarde, soy más fuerte de lo que te crees; mi fuerza es inmensa. Yo me puedo encargar de tu hermano.

Cerca de donde estaban escucharon un fuerte ruido. Hidimba esperaba a su hermana desde hacía largo tiempo y como no venía quiso saber la causa de su demora y ahora se dirigía hacia aquel lugar, esa era la causa del ruido. Hidimbi estaba muy inquieta y le dijo a Bhima:

—Todavía estamos a tiempo, mi hermano está ya muy cerca, aún puedo llevaros conmigo lejos de aquí; por favor hazme caso. Bhima le sonrió y le dijo:

—No te inquietes, tu hermano hoy va a encontrar un rival de su talla. Estoy contento de poder librar este bosque de semejante peste. Fíjate en mis brazos; son lo suficientemente fuertes como para exprimir la vida fuera del cuerpo de tu hermano.

Lágrimas brotaron de los ojos de Hidimbi y le dijo:

—Mi señor, me he enamorado de ti hasta tal punto que ya no quiero perderte. Tan sólo temo por tu vida. Esperaré aquí, viendo cómo matas a mi hermano, y espero que luego me tomes por esposa.

Bhima no respondió, tan sólo le sonrió.

Hidimba se había acercado ya hasta el punto de poder escuchar lo que su hermana estaba diciendo. Sus ojos estaban rojos de ira y le gritó:

—Esta es la forma como traes comida a tu hermano. Te voy a castigar. Primero mataré a este hombre que ha cometido la imprudencia de pensar que es un rival de mi talla y luego me ocuparé de ti. Haré que te encuentres con él en la morada de la muerte.

Luego se acercó a Bhima y éste, sonriéndole, le dijo:

—Por favor, no hagas tanto ruido que puedes despertar a mis hermanos y a mi querida madre. Están muy cansados, así que no te atrevas a despertarlos. En cuanto a lo que has dicho de tu hermana, eso ya es suficiente para que te mate. Voy a liberar a este bosque de un monstruo como tú que no ha hecho más que amedrentar a sus habitantes.

Ambos comenzaron a luchar como dos jabalíes furiosos. Hidimbi les observaba con una expresión de asombro en sus ojos al ver el poder de Bhima. El ruido de la lucha hizo que se despertaran los hermanos y la madre de éste, apareciendo ante sus ojos la escena de Bhima luchando contra un rakshasa. Sentada a un lado, vieron a una hermosa mujer que miraba a Bhima con ojos de enamorada. Kunti se le acercó y suavemente le dijo:

—Joven, eres muy hermosa, ¿acaso eres la diosa que protege este bosque salvaje? ¿eres una apsara? ¿Quién eres y qué haces aquí? ¿Por qué contemplas esta lucha feroz? Dime qué sucede.

Con la cabeza inclinada y gestos nerviosos Hidimbi le contestó:

—Este denso bosque, oscuro como una nube de invierno y lleno de agua por todas partes, es el lugar donde vivimos mi hermano y yo. Ese rakshasa que está luchando con tu hijo es mi hermano.

A continuación le contó lo que había sucedido y cómo ella se había enamorado repentinamente de Bhima. Yudhishthira y sus hermanos observaban de pie cómo se desarrollaba la lucha y al poco rato Arjuna dijo:

—Bhima, dame una oportunidad a mí porque esto no es justo. Tú has permanecido despierto desde hace ya dos noches y has caminado una enorme distancia cargando con nosotros: debes estar cansado. Yo ya he dormido y me siento fresco; por favor déjame que me encargue de él.

Bhima sonrió y le dijo:

—No te preocupes Arjuna, ya está casi muerto. Una vez que lo coja entre mis brazos ya no podrá escapar de la muerte. Tú tan sólo observa y disfruta; acabaré con él pronto.

Arjuna le dijo:

—Date prisa porque ya está cayendo la noche y ya sabes que la fuerza de los rakshasas aumenta cuando llega la noche. Debes matarle antes de que el Sol se ponga por detrás de las colinas.

Bhima cogió a la inmensa forma del rakshasa entre sus brazos y lo estrujó hasta hacer salir la vida de él. Con un terrible grito de dolor Hidimba cayó al suelo muerto. Pero aún la ira de Bhima ardía en su sangre y saltando encima del cuerpo del rakshasa le pateó hasta reducirlo a una masa informe.

Yudhishthira abrazó a Bhima y le dijo:

—Me siento muy afortunado de tenerte como hermano. Contigo, con Arjuna, Nakula y Shadeva para protegerme ¿cómo voy a sentirme solo? Soy más poderoso que todos los devas juntos.

Luego le pidió a Bhima que se sentase y descansase por un rato. Transcurrido un cierto tiempo Yudhishthira propuso irse de allí. Y Arjuna dijo:

—Parece que hay una ciudad en algún lugar cerca de aquí. Vamos a ella.

Y todos emprendieron de nuevo la marcha. La pobre Hidimbi les seguía y acercándose a Kunti le dijo:

—¿Qué voy a hacer?

Yudhishthira escuchó su voz y se giró hacia ella, Hidimbi continuó diciendo:

—Tú eres el hermano mayor de Bhima y tú eres su madre. Yo estoy enamorada de él y quiero que ambos habléis con él para que me tome como esposa. Ya no podría vivir si él me rechaza. —Luego miró a Kunti y le dijo: —Madre, tú eres una mujer y debes saber lo mucho que estoy sufriendo. Por favor ayúdame a obtener la felicidad. Él es mi señor y os ayudaré a todos a protegeros de los peligros del bosque, os llevaré a cuestas cuando estéis cansados de andar. Por favor, haz que tu hijo me acepte.

Kunti se conmovió por la sinceridad del amor que aquella mujer sentía por su hijo y dijo:

—Yudhishthira, esta mujer ama a Bhima. Siento que se le debería conceder su deseo. En cuanto a Bhima parece que él tampoco tiene mucho inconveniente al respecto.

A continuación miró a Bhima, el cual parecía nervioso y algo tímido. Los demás hermanos se rieron al verle tan tímido y vergonzoso. Era un nuevo Bhima que nunca antes habían conocido; no sabía dónde poner las manos y sonreía con timidez dándole pataditas a las piedras que estaban en el suelo. Yudhishthira le sonrió pícaramente y le dijo:

—Bhima, yo sé qué es lo que te preocupa. Piensas que como yo soy tu hermano mayor, yo debería casarme antes que tú, pero no te preocupes por eso; puedes tomarla como esposa, pues el matrimonio se realiza cuando las dos miradas se encuentran y llegan al corazón. Quiero que seas feliz.

Los dos enamorados se cruzaron una mirada, cambiando enseguida la vista tímidamente. El amor les había descubierto la fragilidad y la ternura que secretamente moraba en sus almas.

Capítulo XXXI

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE BHIMA

HIDIMBI se los llevó a todos al lago sagrado de Salivahana. Construyó una casa para ellos y les trajo buena comida. Luego le dijo a Kunti:

—Madre, sé cuánto amas a tu hijo, ahora me lo llevaré pero te lo traeré cada noche. Y Bhima le dijo:

—Estoy feliz de ver cuánto te preocupas por mí. Me quedaré contigo por algún tiempo, pero en cuanto conozcas la historia de nuestras vidas te darás cuenta de que aún hay muchas cosas que tenemos que hacer para castigar la maldad de nuestros primos. Me quedaré contigo hasta que tengamos un hijo y luego tendremos que dejarte para continuar. No es que quiera, pero tengo que hacerlo.

Bhima pasó un tiempo muy feliz con Hidimbi. Ella le complacía de mil maneras. Le llevó a muchas ciudades bonitas del bosque, le mostró ríos, montañas y valles. Visitaron los ashrams de muchos rishis los cuales les recibían con mucho afecto.

Después de siete meses Vyasa vino a verles para reconfortarles en medio de las dificultades que estaban pasando. Y hablando de Hidimbi les dijo:

—Esta bella mujer dará a Bhima un hijo muy valiente. Su fama se extenderá por todo el mundo debido a su valor y audacia. —Luego mirando a Kunti añadió—: La esposa de tu hijo, de ahora en adelante, se llamará Kamalamalini y cuando dé a luz a su hijo, comenzaréis a hacer los preparativos para reemprender de nuevo la marcha rumbo a la ciudad de Ekachakra. Tendréis que vestiros con cortezas de árboles y pieles de ciervos para emprender vuestro camino como ermitaños. No os preocupéis por las dificultades que estáis pasando ahora, tus hijos han nacido para gobernar el mundo. Esta situación no es más que una nube pasajera, el Dharma triunfará al final. Tened paciencia y no desfallezcáis, nosotros estamos aquí para cuidaros. —Y luego Vyasa se fue.

Y siete meses pasaron como si hubieran sido tan sólo siete días. Por fin nació el hijo de Bhima, al que le dieron el nombre de Ghatotkacha. Inmediatamente se convirtió en el favorito de todos sus tíos y en especial de Yudhishthira, el cual amaba mucho a su sobrino. Se pasaba horas jugando con el niño. Con su nacimiento llegó el momento de la partida. Bhima tranquilizó a su esposa, que no cesaba de llorar, diciéndole:

—Seca tus lágrimas, ahora tienes contigo a nuestro hijo. Cuida mucho de él, pues en él me verás a mí. Cuando quiera estar contigo pensaré en ti y tú habrás de venir inmediatamente con la rapidez del pensamiento. Pero ahora, tenemos que irnos.

Hidimbi se despidió de ellos con lágrimas en los ojos, se sentía muy infeliz. Y cogiendo a su hijo en los brazos, regresó con pasos apesadumbrados hacia la casa donde había pasado momentos tan dulces en compañía de su amado. Ahora lo único que le quedaba por compañía era su hijo y aquellos recuerdos.

Vestidos con cortezas de árboles, pieles de animales y con el pelo revuelto, los pandavas se dirigían a la ciudad de Ekachakra. No sabían qué les iba a deparar el futuro, pero no podían dudar de las palabras de sus mayores. Vyasa les había pedido que fueran a Ekachakra; y eso ya era suficiente para ellos; tenían que obedecerle. Yudhishthira había decidido en su juventud no decir jamás no, siempre obediente a sus mayores. Vyasa era su abuelo y sabía muy bien qué era lo más conveniente. Preocupados por su incierto futuro pero con un extraño sentimiento de paz en sus mentes, los pandavas y su madre se dirigían a la desconocida ciudad de Ekachakra.

Capítulo XXXII
BHIMA MATA AL RAKSHASA DE EKACHAKRA

DESPUÉS de atravesar muchos riachuelos y paisajes hermosos, los pandavas llegaron por fin a Ekachakra. Se alojaron en la casa de un brahmín que les había acogido y

se ganaban el alimento mendigando por la calle. La gente de la ciudad estaba intrigada con aquellos silenciosos brahmanes que no parecían mendigos.

Los pandavas nunca dejaban a su madre sola por mucho tiempo; recolectaban sus limosnas y luego regresaban a la casa del brahmín para depositar lo recogido a los pies de su madre. Kunti dividía los alimentos dando la mitad a Bhima y distribuyendo el resto entre los demás hermanos. Bhima siempre tenía hambre, pues por su fuerte complexión necesitaba mucha comida para quedarse satisfecho. Había un alfarero en las cercanías al que Bhima comenzó a ayudar trayendo a sus espaldas enormes cantidades de arcilla. El alfarero estaba muy satisfecho y sorprendido con la fortaleza de aquel joven e hizo un enorme cuenco para él. A Bhima le gustó mucho y al próximo día se lo llevó con él a la ciudad para mendigar por las calles. La gente le sonreía indulgentemente al ver el enorme cuenco y se lo llenaban con sabrosos alimentos que habían preparado en sus casas.

Un día, Bhima estaba en casa del brahmín a solas con su madre. Sus demás hermanos se habían ido a mendigar. Ambos estaban hablando, cuando de repente oyeron cómo alguien lloraba dentro de la casa. Agudizaron el oído para escuchar qué pasaba y se dieron cuenta de que el brahmín que les había acogido en su casa estaba hablando con su esposa y ambos lloraban apenados. Kunti dijo:

—Han sido muy buenos con nosotros; nos ayudaron cuando no teníamos hogar ofreciéndonos su casa. Si fuera posible, deberíamos ayudarles en la forma que podamos. Bhima, quédate aquí, yo iré a averiguar cuál es la causa de su tristeza.

El brahmín tenía un hijo y una hija. El hijo apenas era un niño. Hablaban entre ellos y decían: « Yo iré », y el otro insistía: « No, iré yo. » Kunti no pudo entender de qué hablaban, así que se acercó a la esposa del brahmín y le dijo:

—No he podido evitar oír vuestros lamentos y me he acercado para saber cuál es la causa de vuestra tristeza, porque si pudiéramos ayudaros nos gustaría mucho hacerlo.

El brahmín la miró y le dijo:

—En verdad eres muy amable. Tu corazón está lleno de compasión por aquellos que sufren, pero me temo que no hay ningún ser humano que pueda ayudarnos. No obstante, te contaré la razón de nuestra tristeza. En la montaña cercana a la ciudad hay una cueva en la que vive un cruel rakshasa llamado Baka. Ha estado sembrando el terror en nuestra ciudad en los últimos trece años. Al principio descendía de la montaña cuando le apetecía e irrumpía en la ciudad matando a quien le parecía, para comérselo. Los habitantes de la ciudad temían que el rakshasa viniese y les matase indiscriminadamente, por lo que finalmente los ciudadanos se reunieron para buscar una solución al problema, de lo cual surgió una propuesta para hacerle al rakshasa. Una delegación fue a verle y le dijo: « Baka, los habitantes de la ciudad están aterrados con tus ataques por sorpresa. Viven

en el constante miedo de ser devorados por ti en cualquier momento. Pero si quieres escucharnos tenemos una sugerencia que hacerte. Cada semana se te proporcionará una carreta llena de excelentes alimentos y junto con ella se te ofrecerá también un ser humano. Entre nosotros organizaremos turnos para poder alimentarte como tú deseas. Pero por favor, ya no irrumpas más en nuestra ciudad matándonos por sorpresa. De esta forma viviremos con más tranquilidad y tú podrás recibir tu alimento con regularidad». Al rakshasa le pareció bien y consolidó el pacto. Y cumpliendo con lo pactado se ha estado siguiendo esa norma durante los últimos años, de modo que en turno rotatorio, de cada casa se escoge una persona para ofrecerla como víctima al rakshasa, junto con una carreta llena de alimentos. Y mañana me tocará ir a mí. Es por eso que estamos llorando, porque si yo muero no habrá nadie que pueda cuidar de mi esposa y mis hijos, y si es mi esposa la que muere, mis hijos quedarán huérfanos porque yo ya no podré vivir sin ella. Así que hemos decidido que mañana iremos todos para ofrecernos como víctimas al rakshasa.

Kunti estaba muy apenada por la desdicha del brahmín. Le dijo:

—No te preocupes. Nadie tendrá que morir, tú tan sólo prepara la comida y yo me ocuparé del resto; tengo cinco hijos y enviaré a uno de ellos con la comida. Quiero agradecerte tu amabilidad al ofrecernos tu casa durante estos días.

El brahmín indignado le dijo:

—De ninguna manera, vosotros sois mis invitados, ¿acaso crees que soy tan egoísta que voy a permitir que sacrifiques a uno de tus hijos por salvar mi vida?. Vosotros sois tan buenos, que antes preferiría morir que cometer el pecado de dejar morir a otro brahmín. Por favor, no quiero que vuelvas a mencionarlo.

Kunti le sonrió y le dijo:

—Te aseguro que mis hijos no son ordinarios mortales, son los favoritos de los dioses. Tengo un hijo muy fuerte que será capaz de matar al malvado Baka. Por favor, ten fe en mí, permíteme enviar a uno de mis hijos con la carreta llena de comida. Tan sólo te pido una cosa: no quiero que le digas a nadie lo que te he dicho.

El brahmín y su esposa no sabían qué añadir después de aquello. Kunti les había hablado con tal seguridad que no pudieron más que aceptar su oferta.

Kunti se reunió de nuevo con Bhima y después de contarle todo, le hizo la proposición. Bhima se puso contentísimo, gritaba:

—¡Madre, imagínate! ¡una carreta llena de comida!. Mataré al rakshasa, pero asegúrate de que haya suficiente comida y de que sea sabrosa. Kunti se rió y le dijo:

—La esposa del brahmín es una buena cocinera y además es muy generosa. Vamos a consolarla. Se reunieron con el brahmín y su familia y les aseguraron de que a la mañana siguiente Bhima iría a la montaña con la carreta llena de comida.

Al rato llegaron los cuatro hermanos después de la recogida de limosnas. Bhima estaba sentado en una esquina y en cuanto Yudhishthira le miró notó que en su rostro había una expresión de alegría que hacía ya mucho tiempo que no veía y dirigiéndose a su madre le dijo:

—Madre, ¿qué sucede?. Parece como si mi hermano estuviera tramando alguna jugarreta. Kunti le dijo:

—No, no está planeando nada, he sido yo quien le he pedido, que se ofreciese para hacerle un favor al brahmín que tan amablemente nos ha acogido en su casa, ayudando al mismo tiempo a la gente de esta ciudad. —A continuación le contó a Yudhishthira los detalles de lo que había sucedido durante su ausencia.

Yudhishthira después de oír lo que le había contado su madre, por primera vez en su vida se enfadó con ella, y con voz fuerte le dijo:

—Madre, ¿por qué lo has hecho?. Tú sabes lo que Bhima significa para todos nosotros. Y el papel vital que ha jugado en nuestra protección física, y, sin embargo, ahora se lo ofreces como una víctima a un monstruo detestable. ¿Crees que Bhima ha nacido para morir como una ofrenda a ese rakshasa llamado Baka? Creo que en tu gratitud a este brahmín has perdido el sentido de la proporción, pues de otra forma no hubieras actuado de un modo tan impulsivo.

Kunti no se inmutó por las palabras de su hijo y en un tono calmo le dijo:

—No creas que soy tan tonta como para actuar de un modo tan inconsciente. Es sólo debido a que conozco la fuerza que tiene Bhima que me he atrevido a sugerirle semejante plan. Ya viste con qué energía anduvo cargando con nosotros durante horas, y recuerda también cómo mató al rakshasa Hidimba. Cuando tan sólo era un niño y vivíamos en el valle de Satasringa, un día estando yo sentada en el jardín con Bhima en mi regazo, apareció un tigre; al verlo me aterroricé y me levanté para salir corriendo sin reparar poseída del terror como estaba, en que tenía un niño en mi regazo. Al oír mis gritos Pandu apareció y con una flecha atravesó el cuerpo del tigre matándole instantáneamente. En ese momento me di cuenta de que el niño se había caído rodando por la colina hacia abajo. Tu padre y yo corrimos hacia el pie de la colina asustados, pues nos imaginábamos que algo terrible habría sucedido. Pero para nuestro asombro nos encontramos a Bhima durmiendo apaciblemente y la roca que le había detenido en su descenso, estaba hecha añicos. Así es la fuerza de Bhima. Estoy segura de que matará a ese malvado Baka, para Bhima será una tarea fácil. ¿Acaso no sabes que cuando un kshatrya ayuda a un brahmín su vida en esta tierra es bendecida por los moradores de los altos cielos? De esta forma agradecemos la amabilidad que nos han mostrado el brahmín y su familia al tiempo que beneficiaremos a la gente de esta ciudad que nos han estado proveyendo de alimentos durante todos estos días. Así que no te preocupes más por ello.

Yudhishthira se sintió avergonzado por las duras palabras que le había dirigido a su madre, le pidió perdón y se dirigió luego al brahmín para decirle:

—Mi madre me ha contado la difícil situación en la que te encuentras. Estoy feliz de saber que podemos ayudarte. No te preocupes por mi hermano, es muy fuerte y con toda seguridad aniquilará a ese vil rakshasa.

Al día siguiente, por la mañana temprano, la esposa del brahmín ya había acabado de cocinar todos los alimentos para la ofrenda y llamó a Bhima. La carreta estaba repleta de comida. Bhima se despidió de todos y se fue hacia la cueva de la montaña tirando él mismo de la carreta. Muy pronto llegó a la cima de la montaña y ya se disponía a llamar al rakshasa, cuando se detuvo y recapacitó así:

—Un momento, esta comida se supone que es para el rakshasa, pero si lo voy a matar de qué le va a servir. Mejor me la como antes de matarle porque luego con las manos sucias no podré comérmela, lo cual sería trágico.

Así pues, detuvo la carreta debajo de la sombra de un árbol y se dispuso a comer. Estaba saboreando el suculento banquete convenciéndose de que su madre tenía razón al decirle que la esposa del brahmín era una excelente cocinera. Cuando ya estaba acabando de comer llamó al rakshasa con un grito. Baka le oyó y acudió rápidamente al lugar de donde provenía el grito. Y para su asombro vio que el joven brahmín se había comido toda la comida que le pertenecía a él; entonces, acercándose, le dijo:

—¿Quién eres tú?. ¿Cómo te atreves a comerte la comida que me pertenece?.

Bhima le sonreía como si no le hubiera oído y seguía comiendo lo poco que quedaba. Para Baka esto ya fue demasiado. De un tirón arrancó el tronco de un árbol y se lo arrojó a Bhima. Éste ni se inmutó; con su mano izquierda desvió la trayectoria del tronco mientras que con la derecha seguía comiendo y limpiándose la boca con el antebrazo. Luego miró a Baka y le dijo:

—Has estado viviendo en esta ciudad durante demasiado tiempo, tu cuerpo ha engordado mucho y creo que ya es tiempo de que abandones este mundo. Te ayudaré a alcanzar la morada de Yama. Quiero liberar a esta ciudad de ti y de tu despótica crueldad. Venga, prepárate a luchar conmigo.

Y ambos se enzarzaron en una lucha que duró mucho tiempo. Baka era muy fuerte pero no lo suficiente para derrotar a Bhima. Finalmente Bhima cogió a Baka entre sus brazos y apoyándolo en sus rodillas lo rompió en dos como un elefante rompe a una caña de azúcar. Con un terrible grito de dolor el rakshasa cayó al suelo muerto. Viendo a Baka muerto, sus aterrados compinches se acercaron a Bhima pidiéndole clemencia. Él les dijo:

—Si prometéis no molestar más a la gente de la ciudad os dejaré ir. Si no, sufriréis la misma suerte que vuestro amigo.

Aquellos rakshasas se alejaron de la ciudad para no volver jamás. Bhima se llevó el cuerpo de Baka arrastrándolo por las piernas hasta las puertas de la ciudad donde lo dejó para que toda la gente supiese que el rakshasa había muerto;

Después se dirigió a la casa del brahmín para devolverle la carreta vacía y le pidió que no le contase a nadie quién había sido el que les había liberado de Baka. Luego se dio un baño y se echó a dormir; había comido demasiado.

Al día siguiente, por la mañana, los habitantes de la ciudad se quedaron sorprendidos al ver el cadáver de Baka. No se explicaban cómo había sucedido. Y como sabían que aquel día le tocaba el turno al brahmín se acercaron a su casa y le preguntaron qué había sucedido. El brahmín, respetando lo que Bhima le había pedido, respondió:

—Un ser celestial viéndome llorar se compadeció de mí y me dijo que él llevaría la comida al monstruo y le mataría. Hice lo que me pidió y él se fue. Desde entonces no le he vuelto a ver.

Capítulo XXXIII

LA NOTICIA DEL SWAYAMVARA DE DRAUPADI

Los pandavas continuaron viviendo durante un tiempo en la casa del brahmín. Un día vieron llegar a un brahmín que solicitó quedarse por una noche. Había estado por muchos países y le recibieron con gran interés, rodeándole y pidiéndole que les contara lo que había visto y conocido en sus viajes. El brahmín les contó algunas anécdotas que le habían sucedido y después les dijo:

—Pero la verdadera misión por la que estoy viajando es para propagar la noticia de que Drupada ha organizado un swayamvara para su hija la princesa Draupadi que se celebrará en la corte de los panchalas, en la ciudad de Kampilya. La princesa nació del fuego sagrado junto con su hermano Dhrishtadyumna.

Los pandavas le pidieron que les contase más detalles acerca del Swayamvara.

El brahmín les dijo:

—Hay una historia muy larga e interesante detrás del nacimiento de los hijos de Drupada y de la celebración de este Swayamvara. Si estáis de verdad interesados en escucharme os la puedo contar,

Los pandavas insistieron en ello y el brahmín empezó a relatar la historia de la enemistad entre Drona y Drupada y cómo al final Drona se vengó de Drupada con la ayuda de los pandavas. Los pandavas conocían muy bien esta parte de la historia pero le escucharon como si no supieran nada. Y el brahmín continuó diciendo:

—Después de la derrota Drupada ya no podía ver a Drona como a un amigo. Tan sólo sentía deseos de vengarse por aquella humillación. En su corazón surgió el deseo de tener un hijo para matar a Drona y una hija para entregársela a Arjuna por quien

había desarrollado un gran aprecio al verle pelear con tanta bravura y nobleza. Así pues, Drupada empezó a practicar mortificaciones y austeridades con este propósito. Vivía en un bosque en el que había dos rishis: Yaja era el nombre de uno y Upayaja el del otro. Después de servir a Upayaja durante un año, Drupada se le acercó pidiéndole que le otorgara un hijo y una hija capacitados para satisfacer su deseo. El rishi le dijo que Yaja podría ayudarle. Y los dos rishis realizaron para él un yaga llamado Putrakama. Al final del yaga, de las llamas del sacrificio surgió una carroza. Sentado en la carroza había un joven con el aspecto de un dios, ataviado con los vestidos propios de un guerrero antes de comenzar una batalla. Drupada enmudeció de dicha porque lo que contemplaban sus ojos era la confirmación de que la muerte de Drona estaba ya asegurada. Pero aún eso no fue todo, porque luego, del fuego sagrado surgió una hermosa mujer: el regalo que Drupada quería hacerle a Arjuna. Su piel era oscura y sus destelleantes ojos eran encantadores. Parecían pétalos de loto largos y húmedos, de su larga y lustrosa melena surgían aromas como de loto azul. Ninguna mujer podía comparársele en belleza, encanto y esplendor. Drupada pensó que era la esposa apropiada para Arjuna. En el momento que ella apareció se escuchó una voz de los cielos que proclamaba: « Esta mujer, la más bella de todas las mujeres, será la causa de la destrucción de todos los kshatryas. Ha nacido para cumplir un designio divino. » Dhrishtadyumna fue el nombre que le pusieron al varón y a su hermana le pusieron el nombre de Krishna, mejor conocida como Draupadi.

Entonces Bhima le interrumpió diciendo:

—Pero he oído decir que Dhrishtadyumna es discípulo de Drona y que de él aprendió el uso del arco y las demás armas, al menos eso dicen.

—Sí —dijo el brahmín—, Drona le enseñó todo, aun sabiendo que el príncipe había nacido para matarle. Él sabía que no había forma de oponerse al destino. Dhrishtadyumna era un buen amigo de Bhima, uno de los pandavas, los cuales murieron quemados en el incendio de la casa de cera. Y esto me trae de vuelta a lo que os estaba contando. Cuando Drupada supo la noticia de que los pandavas habían muerto en aquel atentado promovido por el malvado rey Dhritarashtra junto con su hijo Duryodhana y Sakuni, su corazón se llenó de tristeza lamentando la desgracia como si fuera la de sus propios hijos. Pero su guru se le acercó y le dijo: « No te preocupes, tengo el sentimiento de que los pandavas no han muerto. Siempre han sido justos y no hay mal que pueda sobrevenirles. Te voy a sugerir un plan; organiza un swayamvara en la ciudad de Kampilya y haz que la noticia corra por todas partes, proclamando que la condición para ganarse la mano de tu hija Draupadi será una prueba de habilidad en el uso del arco. Estoy seguro de que los pandavas deben estar camuflados en algún lugar y cuando sepan la noticia, el arquero que hay dentro de Arjuna no podrá resistir el desafío. Y es seguro que Arjuna asistirá al swayamvara y se ganará la mano de Draupadi. » Drupada

envió mensajeros por todas partes para proclamar la celebración del swayamvara. A muchos brahmanes les ha pedido que vayan de lugar en lugar difundiendo la noticia. Quién sabe; quizás en algún lugar yo tenga la fortuna de poder comunicarle al mismo Arjuna la noticia del swayamvara. —Después de reírse de su propio chiste el brahmín les explicó que estaba muy cansado y se fue a dormir.

Los príncipes se quedaron en silencio por largo rato. Ninguno se atrevía a hablar. Kunti se dio cuenta de que todos deseaban ir a Panchala pero ninguno se atrevía a decirlo. Tratando de allanar la situación les dijo:

—Ya hemos estado viviendo demasiado tiempo en la casa de este brahmín. Por mi parte ya me siento un poco cansada de vivir en este lugar, ¿por qué no nos vamos a otra parte? Por ejemplo a la ciudad de Kampilya en Panchala. Con la celebración del swayamvara seguro que habrá mucha gente caminando por las calles y será divertido deambular por la ciudad durante la celebración; creo que va a ser emocionante. Me gustaría ir a Panchala, ¿qué os parece a vosotros?

Los pandavas estaban deseando escuchar aquellas palabras, y pensando en la aventura que les esperaba, se pusieron muy felices asintiendo todos juntos.

Ellos sabían que Draupadi era una ofrenda para Arjuna. Pero no pudieron conciliar el sueño en toda la noche, pensando en la descripción que el brahmín había hecho de aquella mujer. Sus pensamientos revoloteaban alrededor de ella. Yudhishthira, el mayor de los pandavas, quería aquella mujer para él, pero dándose cuenta de que no era su prerrogativa, no podía evitar sentirse deprimido. Estaba agobiado por el continuo acoso de pensamientos. Todos esperaban con impaciencia la salida del Sol del nuevo día, pues los presagios indicaban que en aquella ciudad les esperaba una sorpresa agradable.

Kunti se despidió afectuosamente del brahmín, de su esposa y de sus hijos y junto con sus cinco hijos emprendió camino hacia el país de Panchala. Cuando iban ya de camino se encontraron con Vyasa, el cual les había prometido reunirse de nuevo con ellos. Después de bendecirles les dijo:

—Lo que estáis haciendo es lo correcto, la suerte os espera allí; días de gran felicidad os están aguardando. Las nubes comienzan a levantarse disipándose. Pronto vais a ser muy felices.

Después de esas palabras de ánimo, Vyasa se fue. Tras oír sus palabras, los pandavas caminaron decididos, y con un entusiasmo especial hacia la ciudad de Kampilya, la capital del reino Panchala.

Capítulo XXXIV

ARJUNA DERROTA A UN GANDHARVA

Ya era media noche cuando llegaron a orillas del río Ganges. Cansados como venían, decidieron tomar un baño en las aguas frescas del río. Pero allí había un gandharva con sus esposas, al cual le molestó la intrusión de aquellos seres humanos en su privacidad e intentó detenerles diciéndoles:

—Soy un gandharva, mi nombre es Angaravana. No podéis entrar en el río, este río ha sido siempre mío.

Arjuna se enfureció por la arrogancia del gandharva y le respondió:

—Escucha: el mar al igual que las montañas y las aguas de los ríos son propiedad común de todos. No tienes ningún derecho a proclamar como tuyo este río; decir eso es sólo una pretensión de tu arrogancia. Nosotros somos fuertes y poderosos, así que si lo que intentas es asustarnos no vas a tener éxito.

El gandharva comenzaba a ponerse impaciente con aquellos mortales y les dijo:

—Idos de aquí y no me hagáis malgastar mi tiempo, ni malgastéis el vuestro. Si no lo hacéis me temo que tendré que usar la violencia y la fuerza para echaros de este lugar.

Arjuna le respondió:

—Por favor, no seas necio. Si lo que intentas es amenazarnos con la violencia también nosotros podemos hacerlo.

El gandharva estaba ya muy furioso y, sin pensárselo más, empezó a disparar flechas sobre los pandavas y especialmente sobre Arjuna. Éste se refugió esquivándolas; y le dijo:

—Si disparases flechas sobre alguien que no tuviese el más mínimo conocimiento en el uso del arco quizá podrías tener éxito, pero en lo que se refiere a mí, no es ése el caso. Voy a demostrarte que soy tan diestro como tú o más.

El gandharva no cesaba de disparar flechas una tras otra y la paciencia de Arjuna se estaba ya agotando, por lo que le lanzó el astra llamado Agneya, el astra presidido por Agni, el dios del fuego. Aquella arma celestial avanzaba escupiendo fuego e incendió la carroza del gandharva. Arjuna le cogió y le sacó fuera de ella. Las esposas del gandharva cayeron a los pies de Yudhishthira implorándole misericordia, y éste ordenó a Arjuna que dejara al gandharva en libertad. Después de la exhibición de destreza de Arjuna la arrogancia del gandharva se había desvanecido. Ahora quería hacerse amigo de ellos y aprender la invocación mágica de aquel astra que había prendido fuego a su carroza. A cambio el gandharva le dio a Arjuna el poder de ver lo que sucede en los tres mundos, además de hermosos caballos que jamás se fatigaban. En cuanto el gandharva

vio quiénes eran, se puso muy feliz de saber que los pandavas estaban vivos en la tierra y les hizo la siguiente sugerencia:

—Vais a ser los señores de esta tierra, por lo cual es necesario que tengáis un guru, lo vais a necesitar; los reyes deben tener un sumo sacerdote. Con la ayuda de un brahmín gobernaréis la tierra como lo hicieron vuestros padres.

Así pues los pandavas le pidieron que les sugiriera a alguien para asumir el papel de sumo sacerdote. El gandharva sugirió que fuese Dhaumya. Arjuna le dio las gracias y le dijo:

—En cuanto a los caballos que me has regalado consérvalos aún contigo. Cuando lleguen los días oscuros, una vez que las circunstancias hayan cambiado, te los pediré.

Los pandavas se despidieron de él afectuosamente y emprendieron el camino en busca de Dhaumya.

Dhaumya estaba muy satisfecho con la humildad y el comportamiento de los pandavas por lo cual aceptó ser su guru. Ellos sentían que las nubes oscuras se estaban disipando permitiendo que la luz entrase en sus corazones. Y a pasos agigantados se apresuraron por llegar al reino de Panchala donde, según Vyasa, agradables sorpresas les estaban aguardando.

Capítulo XXXV
EL SWAYAMVARA EN KAMPILYA

Los pandavas llegaron a la ciudad de Kampilya y se alojaron en la casa de un alfarero. Su alimento diario aún provenía de las limosnas que recogían mendigando. Mientras recorrían la ciudad pidiendo limosna escucharon muchos comentarios. La gente decía: « Nuestro rey está seguro de que los pandavas viven aún, un rishi le dijo que Draupadi iba a ser la esposa de Arjuna. Por eso el rey ha puesto un arco pesado en el salón donde se va a celebrar el swayamvara y una diana en forma de pez colgando del techo que continuamente da vueltas. Para ganarse la mano de Draupadi su pretendiente tiene que clavar cinco flechas en la diana proclamándose así vencedor. Esta prueba no puede realizarla un arquero ordinario, sólo Arjuna puede hacerlo. » Todo el mundo estaba impaciente esperando el día del swayamvara.

Los reyes de aquella región se habían congregado en aquella ciudad para asistir a la celebración como participantes. Los pandavas estaban allí también disfrazados de brahmanes. Las huestes de los kurus, con Duryodhana y Radheya a la cabeza, habían llegado también a la ciudad. Todos los Yadavas, los Bhojas, los Vrishnis y los Andhakas estaban allí. Los jefes de todos ellos eran Balarama, Krishna y sus primos. Se habían construido mansiones para alojar a los invitados provenientes de todas partes del mundo.

Por fin llegó el día del swayamvara. El salón estaba espléndidamente engalanado, parecía el salón de Indra. Aromas de perfumes y flores impregnaban el ambiente. Los invitados estaban saboreando con anticipación el júbilo de las hazañas que iban a contemplar aquel día. Los reyes congregados para participar como rivales en la celebración se paseaban como leones entre los hombres, exhibiendo sus fuertes brazos y sus poderosos hombros, embelleciendo el ambiente con su presencia. Seres celestiales se agolpaban en el cielo para contemplar el swayamvara. Todos estaban ansiosos por ver la belleza de Draupadi y el hombre que iba a convertirse en su señor. Los brahmanes se sentaron en los asientos asignados para ellos. Los pandavas se habían metido entre ellos sentándose donde pudieron. Habían llegado uno por uno y pasaron desapercibidos sin que la muchedumbre les prestara atención.

De repente se produjo un profundo silencio y todas las miradas se dirigieron a la puerta de entrada. Dhrishtadyumna entraba en el salón acompañado de su encantadora hermana. Iba engalanada con un hermoso y costosísimo vestido de seda. Ornamentos de oro realzaban su natural belleza y su grácil figura. En su mano llevaba una guirnalda de flores. Dhrishtadyumna la condujo al escenario que había sido construido en el centro del salón. Un silencio solemne llenaba el ambiente mientras se cantaban mantras sagrados y se hacían las debidas ofrendas y oblaciones en el sacrificio del fuego. Luego Dhrishtadyumna subió al escenario y con voz fuerte y serena se dirigió a los asistentes diciéndoles:

—Por favor, prestadme atención. Aquí hay un arco y cinco flechas. Con estas cinco flechas se ha de hacer blanco en la diana derribándola al suelo. La persona que sea capaz de realizar esta difícil proeza se ganará la mano de mi hermana Draupadi. Esta es mi solemne promesa.

Dhrishtadyumna se dirigió a su hermana presentándole por sus nombres a los reyes que se habían congregado allí señalándoles al tiempo con el dedo:

—Allí está el noble príncipe Duryodhana de la casa de los kurus. Sus hermanos están también con él. Allí está Radheya, el amigo íntimo de Duryodhana. Allí está Sakuni junto con sus amados hijos. Allí puedes ver a Aswatthama, el poderoso hijo de Drona.

Y de este modo Dhrishtadyumna le fue mostrando a su hermana uno por uno a todos los asistentes que participaban en el swayamvara pretendiendo su mano. Allí estaban Jarasandha, Salya, Bhagadatta y muchos otros héroes. Y continuó diciéndole:

—...allí está Balarama el hijo de Rohini. A su lado está Krishna el hijo de Devaki. Y también están los grandes héroes de la casa de los Vrishnis: Samba, Sarana, Gada, Satyaki y Kritavarma.

Luego le presentó a Jayadratha, el rey de los Sindhus. Su esposa era Dussala, la hermana de Duryodhana. Sisupala, el rey de los Chedis, también estaba allí.

La competición comenzó y los reyes se fueron acercando al arco uno por uno. El arco era divino, su nombre era Kindhura. Su cuerda era de metal y era muy difícil tensarla. Los reyes se acercaban con grandes esperanzas en sus corazones, pero al verse incapaces de manejar el arco volvían a sus asientos con la cabeza baja. Las huestes de los Yadavas habían decidido no participar en el swayamvara. Los ojos de Krishna recorrían la multitud hasta que finalmente se detuvieron sobre la forma de los pandavas. Con mucho disimulo atrajo la atención de su hermano hacia ellos.

—Mira —le dijo—, ¿ves a aquellos cinco brahmanes sentados allí?, pues estoy seguro que son los pandavas ocultando sus nobles formas con las vestiduras serenas de un brahmín. Parecen ascuas de carbón cubiertas con cenizas. Los cinco héroes están vivos y están aquí. Esperemos y veamos qué sucede.

La cara de Krishna se iluminó con una dulce sonrisa. Como Krishna ya sabía que los pandavas aún vivían no tuvo inconveniente en acceder a que los Yadavas no participasen en la competición del swayamvara.

El torneo continuó. Rey tras rey intentaron pasar la prueba fracasando en su intento, aunque algunos de ellos casi lo consiguieron. A Sisupala, por ejemplo, le faltó tan sólo el tamaño de un grano de sésamo para cubrir con éxito la prueba, pero se le resbaló el arco y tuvo que regresar a su asiento, con el sabor del fracaso amargándoles las entrañas. Otro que estuvo a punto de conseguirlo fue Jarasandha, a quien le faltó también el tamaño de un grano de mostaza. Duryodhana se levantó de su asiento dirigiéndose hacia el arco con paso majestuoso pero tampoco consiguió hacer diana perfecta en el pez. A Salya le faltó el ancho de una judía para que su intento fuera coronado por el éxito. Ya todos los demás reyes estaban perdiendo la esperanza al ver que los mejores arqueros no habían podido superar con éxito la prueba, pero Radheya se levantó y se dirigió hacia el escenario. Su aspecto era grandioso mientras caminaba como una pantera a través del salón en dirección al arco. Krishna le observaba con total concentración viendo cómo Radheya cogía el arco y tensaba la cuerda. Mientras Radheya trataba de apuntar con precisión y todos los reyes se sumaban a su intento con gran emoción, Krishna no se atrevía a respirar. Todos estaban seguros de que lo conseguiría. Ahora que Arjuna había muerto, creían que no habría nadie que pudiera igualar a Radheya, el discípulo de Bhargava. Era todo un espectáculo verle doblar el arco tensando la cuerda casi sin hacer esfuerzo. Sus disparos fueron tan certeros que tan sólo le faltó el ancho de un pelo para hacer diana perfecta. En la cara de Krishna se reflejó una expresión de alivio. El silencio se había apoderado del salón entero. Ya nadie se atrevía a coger el arco después de que Radheya hubo fallado también en su intento.

Capítulo XXXVI

ARJUNA VENCE EN EL SWAYAMVARA

Como una llama repentina surgiendo en medio de un montón de cenizas, Arjuna se puso de pie. Krishna había estado esperando aquel momento y tomando la mano de su hermano Balarama la apretaba con emoción. Sus ojos estaban fijos en aquel joven brahmín. Nadie en el salón sabía quién era, excepto Krishna, Balarama, Dhaumya, Bhishma y naturalmente los pandavas. Arjuna subió al escenario y dirigiéndose a Dhrishtadyumna le dijo:

—¿Se le permite a un brahmín tratar de derribar la diana? Parece que ninguno de los kshatryas aquí congregados son capaces de superar con éxito la prueba.

Sus ojos recorrieron las caras de los reyes y participantes con una expresión entre divertida y sarcástica. Dhrishtadyumna le contestó:

—¡Por supuesto! Cualquiera tiene la opción de intentarlo, no importa si es un brahmín, un kshatrya, un vaysa o incluso un sudra. Supongo que sabes cuál es la prueba; si la superas con éxito, mi hermana será tu esposa. Te lo aseguro, soy sincero en mi promesa.

Arjuna se acercó al gran arco y se postró ante él. Luego con una ligera sonrisa en sus labios levantó el arco con su mano izquierda y con su mano derecha tensó la cuerda disparando una tras otra las cinco flechas. Las cinco hicieron diana perfecta sumando el impulso de una a la otra hasta hacer que el pez se desprendiese cayendo a tierra.

Los comentarios de admiración y sorpresa de la gente, produjeron un creciente estruendo ensordecedor. Los brahmanes estaban muy emocionados al ver que uno de ellos había superado la prueba que los kshatryas habían abandonado por imposible. Del cielo llovieron flores sobre Arjuna, y Draupadi, con la gracilidad de un cisne, se levantó dirigiéndose hacia Arjuna y depositó la guirnalda en su cuello. El salón resonó con el bramido de caracolas, trompetas y todo tipo de instrumentos musicales. Los cielos resonaron con la música de todos los instrumentos celestiales. Arjuna y Draupadi formaban una pareja tan hermosa como la de Indra con Sachi, o la de Agni con Swaha, o la de Vishnu con Lakshmi, como la del Sol con Usha, como la de Manmatha y Rati, como el señor Sankara con Uma, o como Rama y Sita, como Nala con Damayanti. Arjuna cogió a Draupadi de la mano y descendió del escenario con ella. El rey Drupada estaba contento de ver cómo el esposo de su hija era un joven apuesto y noble.

A los reyes, por un momento, pareció que se les había detenido el pulso. Pero luego la ira se apoderó de ellos y comenzaron a decir: « Este Drupada nos ha insultado deliberadamente. Con tantos reyes como hay aquí congregados, ha tenido la desfachatez de entregar su hija a un brahmín; esto es un insulto para nosotros. Si ninguno de nosotros fue capaz de dar en la diana, su hija debería haberse suicidado antes de entregarse como

esposa a un brahmín. No podemos tolerar este insulto. Esta ofensa por parte del rey merece un castigo. Vayamos a por él y matémosle. »

Drupada estaba asustado y sorprendido ante la ira de los reyes. Indeciso y confuso miró al joven brahmín que había sido la causa del altercado, pero Arjuna le tranquilizó con una sonrisa como diciéndole: « Por favor, no temas, yo puedo entenderme con todos ellos. » Bhima se levantó e inmediatamente se puso al lado de Arjuna dispuesto a custodiar a su hermano. Draupadi se agarraba fuertemente a la piel de ciervo que cubría el cuerpo de Arjuna. Mientras, Krishna observaba la escena y dirigiéndose a su hermano Balarama le dijo:

—Mira, aquél que usando el arco se ha ganado la mano de Draupadi es, con toda seguridad, Arjuna. Este joven tan poderoso tiene que ser Bhima. Estos dos jóvenes de piel oscura y muy parecidos entre sí han de ser, con toda seguridad Nakula y Shadeva. Mientras que aquel joven de aspecto agradable, mirada tierna y cejas nobles debe ser Yudhishthira. Estoy seguro, tan seguro como que yo soy Krishna y tú eres Balarama.

Los brahmanes se habían puesto de parte de los pandavas diciéndoles:

—Jóvenes, no os preocupéis por estos reyes, nosotros estamos aquí para ayudaros.

Arjuna les sonrió dulcemente dándoles las gracias y les dijo:

—Podéis sentaros y observar; yo sólo, puedo encargarme de ellos. Con Bhima al lado suyo, ambos estaban listos para la lucha. Luego Yudhishthira y los dos mellizos se les unieron para el combate. Los cinco luchaban al tiempo contra todos los reyes que les atacaban. Luego Bhima se enfrentó con Salya, Duryodhana tenía como oponente a Yudhishthira, y Sakuni era acosado por Nakula. Todos creían que iba a ser tarea fácil someter a aquellos brahmanes, pero las flechas de Arjuna sorprendieron a los reyes por su precisión. Viendo ésto Radheya intervino en el combate. Arjuna y Radheya se enfrentaron mutuamente, ambos eran rivales de valía. El vigor con que Arjuna luchaba provocó en Radheya admiración por aquel arquero desconocido. Y Radheya, siendo la flor de la caballerosidad, le dijo:

—Seas quien seas, joven brahmín, estoy encantado de ver tu habilidad, ¿quién eres? ¿eres acaso el gran Bhargava? ¿o acaso eres Indra? ¿no serás el mismo señor Vishnu?; tienes que ser uno de estos tres que ha venido a Kampilya para mostrar al mundo su valor. Hasta ahora no había podido encontrar a nadie que pudiera igualarme, excepto Arjuna. Pero él ha muerto. Yo soy Radheya, el señor de los Angas. Soy un gran arquero y he sido discípulo del gran Bhargava. Pero tengo que admitir que he sido derrotado por ti. Dime, ¿quién eres?

Arjuna le contestó:

—Radheya, me alegra mucho haberte conocido y te doy las gracias por tus elogios, pero yo no soy tu guru el gran Bhargava, ni tampoco Vishnu, ni Indra, ni ningún otro

arquero famoso. Soy un hombre ordinario como puedes ver; un brahmín. Al igual que tú aprendí a usar el arco a los pies de un brahmín. Y ahora continuemos la lucha.

—Diciendo esto Arjuna cortó la cuerda del arco de Radheya el cual inmediatamente le dijo:

—Has vencido —y se retiró.

La lucha continuó entre las otras parejas. Salya salió corriendo perseguido por Bhima, pero Bhima le perdonó la vida porque era el tío de Nakula y Shadeva. Mientras, continuaba la lucha entre Yudhishthira y Duryodhana, que fue uno de los grandes acontecimientos del día. Yudhishthira hirió al príncipe kuru con sus agudas flechas. Duryodhana parecía una cobra acosada con un palo; se defendía valientemente pero de nada le servía. La mansedumbre de Yudhishthira había desaparecido completamente, Arjuna y Bhima estaban sorprendidos viendo la furia con la que Yudhishthira luchaba. Quizá se acordaba de la injusticia de la que había sido víctima por causa de su primo. Nunca antes le habían visto tan furioso. Finalmente los pandavas derrotaron a todos sus oponentes, dejando libre el camino de regreso a casa. Los demás reyes al ver cómo los pandavas derrotaban a las huestes de los kurus, incluso al mismo Radheya, declinaron inmediatamente todo intento de enfrentarse a aquellos valientes brahmanes.

Entonces intervino Krishna y dirigiéndose a los combatientes les dijo:

—No creo que esta lucha sea correcta. Después de todo, este brahmín se ha ganado la mano de Draupadi de forma justa. Luchar contra estos brahmanes sólo porque han demostrado ser mejores que ninguno, no es una actitud digna de príncipes y nobles. Así que, no luchéis más.

De todos modos los reyes ya sabían que no tenían nada que hacer contra aquellos desconocidos brahmanes, por lo que gustosamente aceptaron el consejo de Krishna. Pero se fueron con la curiosidad de saber quiénes eran aquellos brahmanes.

Los pandavas seguidos de Draupadi regresaron a casa del alfarero donde su madre les estaba esperando. Y apenas entraron, a grandes voces le dijeron: « Madre, te traemos el biksha que hoy hemos recogido. » Kunti estaba en la parte interior de la casa y al oírles como era usual en ella les respondió: .

—Sea lo que sea que hayáis traído, podéis compartirlo entre vosotros. Luego se reunió con ellos sorprendiéndose al ver a la bella Draupadi de pie junto a Arjuna. Yudhishthira le dijo:

—Arjuna se ha ganado a esta doncella en un torneo y era a ella a quien nos referíamos cuando te dijimos que te traíamos lo que habíamos recogido.

Kunti al oír esto se sintió horrorizada pensando en la respuesta que les había dado, pero ocultando su nerviosismo abrazó a la tímida joven que aún permanecía de pie, diciéndole:

—Bienvenida seas a nuestra casa.

Draupadi cayó a sus pies y les limpió el polvo. Kunti luego se la llevó hacia dentro.

Más tarde Kunti fue a donde estaba Yudhishthira y le dijo:

—Hijo mío, estoy muy preocupada por lo que dije. Yo jamás he dicho una mentira, ni jamás he hecho una mala acción; esto obliga a que lo que he dicho se cumpla.

Todos permanecieron en silencio por unos momentos, luego Yudhishthira pacificando a su madre le dijo:

—Por favor, no te preocupes, no pasará nada. —Luego miró a Arjuna y le dijo: —Tú te has ganado su mano, así que tienes el derecho a casarte con ella.

—Por favor, no digas eso, tú eres el mayor de todos nosotros, así que eres tú el que debe casarte con ella. Después de ti el derecho le correspondería a mi amado hermano Bhima. Sólo después de vosotros vendría mi opción. Así que dejo en tus manos la responsabilidad de deshacer este nudo y tomar la decisión final.

Yudhishthira recapacitó por unos momentos y luego dijo:

—Nuestra madre ha dicho que deberíamos compartir a Draupadi entre nosotros y no hay nada más sagrado que las palabras de nuestra madre; ella es nuestro guru y debemos obedecerle. Durante todos estos años jamás he hecho nada que no fuera correcto, pero por otro lado es evidente que todos nosotros amamos a esta mujer. Así que sugiero que todos nos casemos con ella. No siento que esté haciendo algo incorrecto al sugeriros esto, creo que mi decisión es justa; así que no nos preocupemos más y hagámoslo así.

Capítulo XXXVII

EL SEÑOR SE ENCUENTRA CON LOS PANDAVAS

El gran salón de swayamvara se había quedado por fin vacío. Krishna, acompañado de Balarama, se dirigió a casa del alfarero donde estaban residiendo los pandavas. Allí se encontró con los famosos hermanos; era su primer encuentro con ellos. Relucientes como el fuego acudieron a sentarse alrededor de su madre. Krishna avanzó y se postró a los pies de Kunti, luego se dirigió hacia Yudhishthira y se postró también ante él y le dijo:

—Yo soy Krishna, el hijo de Vasudeva.

En ese momento se forjó entre ellos una amistad solamente comparable a la existente entre Duryodhana y Radheya. Balarama se postró también ante Kunti y Yudhishthira y dijo:

—Yo soy Balarama, el hijo de Rohini.

Los pandavas también le saludaron y abrazó a su discípulo Bhima, que era mayor que Krishna pero más joven que Balarama. Arjuna y Krishna eran de la misma edad.

Krishna les sonrió y les dijo:

—Estoy feliz de ver a mis primos sanos y salvos junto a mi tía Kunti. Me agrada saber que habéis escapado del atentado de la casa de cera.

Yudhishthira les dio la bienvenida con cariñosas palabras, tras lo cual dirigiéndose a Krishna le preguntó cómo sabía él que eran los pandavas, a lo que Krishna sonriendo dulcemente le contestó:

—Aunque el fuego esté escondido no pierde su brillo. ¿Quién sino los pandavas podían haber realizado la hazaña que tuvo lugar hoy? De verdad estoy muy feliz de haberme encontrado con todos vosotros. Por favor, cuidaos y no permitáis que los hijos de Dhritarashtra sepan quiénes sois; todavía no. Lo sabrán cuando ya no sea para vosotros un riesgo. Ahora os dejaremos para regresar a nuestra mansión.

Los dos hermanos se fueron.

Drupada estaba terriblemente amargado. Había planeado el swayamvara con el único propósito de atraer a Arjuna, haciéndole salir así de su escondite, pero ahora se encontraba con que un brahmín se había ganado la mano de su querida hija. El joven ganador era noble, al tiempo que un gran guerrero, de eso no había duda, lo cual era inusual en un brahmín, pero no era Arjuna. Drupada le pidió a Dhrishtadyumna que siguiese a los brahmanes para averiguar quiénes eran. Quería saber más acerca de ellos. Se sentía arrepentido de haber celebrado aquel swayamvara, diciéndose a sí mismo: « Debí haber esperado a la llegada de Arjuna. Ahora, debido a mi estupidez, he arrojado una preciosa gema en un montón de polvo. Si ella se sintiese insultada nunca me lo perdonaría. »

Dhrishtadyumna, queriendo confortar a su agraviado padre le dijo:

—Padre, no te desesperes, siento que algo maravilloso va a sucedernos. No puedo decirte qué es. Seguiré a estos brahmanes y averiguaré quiénes son y de dónde proceden. Por favor, no te preocupes por mi hermana, ella con toda seguridad está muy feliz junto al joven a quien hoy impuso la guirnalda.

Dhrishtadyumna siguió a los pandavas guardando siempre una distancia y una vez que llegaron a la casa se detuvo, observándoles desde afuera sin ser visto. Veía y oía todo lo que adentro sucedía. La tarde ya estaba cayendo y los cinco jóvenes brahmanes salieron en busca de limosnas, regresando después de un tiempo con lo que habían recolectado. Se lo entregaron a su madre, la cual dijo a Draupadi:

—Aparta algo para los brahmanes que puedan venir en busca de comida y el resto lo divides en dos partes, una de las cuales se la has de dar a este joven de piel morena, él siempre tiene hambre. —Una tierna sonrisa se dibujaba en el rostro de Kunti, mientras que Draupadi después de ver la expresión de la cara de Bhima, no pudo ya ocultar su risa. Kunti continuó—: El resto lo dividiremos entre todos nosotros.

Draupadi hizo lo que le había dicho. Dhrishtadyumna la observaba mientras comía los alimentos que aquellos hombres habían recolectado mendigando y parecía muy feliz.

No estaba triste ni incómoda. Se quedó sorprendido al ver la felicidad que irradiaba de sus ojos y la sonrisa que se dibujaba en las comisuras de sus labios.

El Sol ya se había puesto y Dhrishtadyumna continuaba observándoles. Ahora los jóvenes estaban esparciendo musgo por el suelo para echarse a dormir. Kunti se tumbó a la cabeza de Draupadi, la cual yacía a los pies de aquellos jóvenes. Y Dhrishtadyumna se acercó aún más para poder oír lo que estaban hablando. La conversación era extraña, hablaban de temas impropios de brahmanes. Hablaban de armas, proyectiles, astras y cosas de ese estilo, de una forma muy familiar; esto fue para Dhrishtadyumna la prueba definitiva de que ellos no eran brahmanes. Se sentía muy emocionado y corriendo regresó al palacio.

Se dirigió a su padre y le dijo:

—Padre no te aflijas; no son brahmanes. —Le contó a su padre lo que había visto y oído en la casa del alfarero y añadió—: Tengo el sentimiento de que son los pandavas. Vi una señora a la que todos tenían respeto y rendían honor, creo que es Kunti Devi. El joven que ganó la mano de Draupadi tiene que ser Arjuna. El hombre fuerte que arrancó un árbol y peleó con él tiene que ser Bhima. Se han disfrazado bien. Creo que fue Yudhishthira el que derrotó a Duryodhana, los otros dos restantes se parecen mucho el uno al otro; estoy casi seguro que son Nakula y Shadeva. Hablaban de cosas que sólo pueden conocer los héroes kshatryas; estoy seguro que son kshatryas, es más, estoy seguro que son los pandavas. Creo que esto prueba que los pandavas escaparon del incendio de la casa de cera y están vivos. Ahora mismo se encuentran en Panchala. Debieron oír la noticia e inmediatamente se pusieron en camino hacia nuestra ciudad.

Drupada no se atrevía a creer lo que había oído. Desde el palacio envió obsequios a la casa de los pandavas. Les envió regalos y vestidos costosísimos. Les hizo saber que los arreglos para la boda ya iban a comenzar y que sería mejor que todos viniesen al palacio junto con su madre y Draupadi. La esperanza ardía en el corazón de Drupada, sentía que las palabras de los rishis no podían fallar y que la mano de Draupadi por fin había sido obtenida por el mismo Arjuna.

Capítulo XXXVIII
LOS CINCO PANDAVAS SE CASAN CON DRAUPADI

Los pandavas, junto con Kunti y Draupadi, llegaron al palacio donde Drupada les recibió lleno de emoción y dicha. Kunti tomó de la mano a Draupadi y fueron a las estancias interiores para reunirse con las mujeres de la casa. Drupada hizo que los cinco jóvenes se sentaran en sillones cubiertos de adornos exquisitos. El rey estaba observando la indiferencia con que los brahmanes acogían aquella espléndida recepción y se dio cuenta de que estaban familiarizados con el ambiente palaciego.

Luego, mientras recorrían los diversos salones, únicamente se detuvieron al pasar por la sala donde se guardaban las armas. En sus ojos había una expresión de familiaridad. El rey lo notó, y también observó la majestuosidad de su forma de andar; parecían panteras. Definitivamente estaba convencido de que no eran brahmanes. Después de haberse sentado cómodamente, Drupada dijo:

—No sabemos quiénes sois, sois todos muy valientes, pero aparte de eso no sabemos nada más de vosotros. Por favor, contadnos más cosas.

Yudhishthira pensó que ya había llegado el momento en que podían presentarse abiertamente y dijo:

—No os preocupéis, no somos brahmanes, sino kshatryas. Somos los hijos de Pandu, quien a su vez era hijo de la casa de los kurus. Yo soy el mayor de los cinco. Mi nombre es Yudhishthira. Este es Bhima. El joven que ganó la mano de tu hija es Arjuna, y estos dos son Nakula y Shadeva, los hijos de Madri: tu hija ha dejado un lago de lotos para entrar en otro. Encontrará felicidad en nuestra casa.

Drupada estaba mudo de alegría. Dhrishtadyumna fue corriendo hacia Bhima y le abrazó. El anciano rey Drupada, robado por la emoción no podía articular palabra alguna. Las lágrimas ahogaban su voz y resbalaban por sus mejillas. Luego, reponiéndose, dijo:

—Estoy abrumado de gozo, no sé qué decir. Por favor, contadme cómo escapasteis de la casa de cera y qué es lo que habéis estado haciendo durante todo este tiempo.

Entonces Yudhishthira les relató sus muchas aventuras. Drupada les ofreció su reino y les dijo:

—Ya no tenéis por qué temer más a los kurus. Todos estamos aquí para ayudaros. —Y, después de hablar sobre diversos asuntos, el rey añadió—: Debemos acelerar los preparativos de la boda de mi hija con Arjuna.

Pero Yudhishthira dijo:

—Yo soy el primogénito de los Pandu. Debo ser yo quien se case primero.

A lo cual replicó el rey:

—Si eso es así, ciertamente eres bienvenido para desposarte con mi hija. Consideraré como un gran honor el tenerte como hijo mío. Yudhishthira sonrió y añadió:

—Por favor no te sorprendas de mi propuesta, pero los cinco hermanos nos casaremos con tu hija. Ella será la esposa de los cinco pandavas.

Drupada se puso muy enojado por las palabras de Yudhishthira. No quería ofender a los poderosos pandavas, pero su proposición iba contra todo Dharma, así que le dijo:

—Pero eso es imposible. A un hombre se le permite tomar más de una esposa, pero a una mujer no se le permite tener más de un marido. Así es como ha sido establecido el Dharma por nuestros antepasados. No sé si debo aprobar esto; es incorrecto e inmoral.

Entonces Yudhishthira dijo:

—Comprendo tu enojo, lo que dices es cierto. No es costumbre que una mujer tenga más de un marido. Pero nosotros somos diferentes; siempre hemos compartido todo. Siempre hemos estado juntos y nada puede interponerse entre nosotros, nada puede separarnos. Además, ahí tienes a nuestra madre. Nunca ha pronunciado una sola palabra indebida y cuando regresamos a casa con tu hija ella nos dijo: « Compartid entre todos el biksha. » Para nosotros, nuestra madre tiene más valor que todos los dharmasastras juntos. En cuanto a la posibilidad de que este matrimonio sea indebido, he oído que en muchas ocasiones varios rishis han compartido la misma mujer. La hija del sabio Tatila tuvo siete maridos y hay otros casos más. Nunca he concebido pensamientos indignos, ni tampoco mi madre. Puedes descansar seguro de que esto es correcto.

Drupada aún no se quedaba tranquilo con estos ambiguos argumentos de Yudhishthira. Estaba totalmente confuso en cuanto a qué debía hacer.

En ese momento entró Vyasa y todos se dirigieron a él para que les ayudara a salir de ese apuro. Drupada le dio la bienvenida muy respetuosamente. Estaba muy orgulloso por la visita de aquel gran hombre. Vyasa era la morada de la sabiduría y la personificación de la rectitud. Después de que todos se sentaran, Drupada le expuso su dilema. Vyasa sonrió y le dijo:

—Este es el motivo por el que he venido. Quiero saber todas vuestras opiniones al respecto. —Y después de haberlas oído todas, dijo:— No hay duda de que lo que dice Drupada es cierto. La costumbre de que una mujer tenga más de un marido no ha sido muy frecuente en los últimos tiempos pero sí se ha hecho en el pasado. Además aquí ocurre que toman parte seres divinos. Draupadi, en su vida anterior rogó al Señor Sankara que le concediera cinco maridos en su siguiente vida. Yo conozco el secreto que hay detrás de todo esto. No se me permite contaros cuál es, pero puedes fiarte de mi palabra, Drupada, no harás nada contra el Dharma consintiendo este matrimonio. No habrá ninguna transgresión del Dharma.

Drupada quedó ya satisfecho con estas palabras, el gran Vyasa había respaldado el matrimonio, así que accedió a esta boda tan poco usual, de una mujer con cinco hombres.

En un día propicio, cuando la Luna estaba en conjunción con la estrella Rohini, los cinco hermanos se casaron con Draupadi. Los hijos de Pandu ya no tenían que temer a los hijos de Dhritarashtra. Con Drupada y con su hijo Dhrishtadyumna, nacido del fuego, apoyándoles y teniendo de su lado a los Vrishnis encabezados por Krishna, no tenían nada por lo que preocuparse. Y, así, pasaron unos días dichosos en la corte de Drupada, en la ciudad de Kampilya.

Capítulo XXXIX

PÁNICO DE LOS KURUS POR EL RESURGIMIENTO DE LOS PANDAVAS

La noticia de que los pandavas estaban vivos y de que ahora eran los yernos del poderoso rey Drupada, se propagó como el fuego. Y lo mismo ocurrió con la noticia de que Arjuna era el brahmín que había ganado la mano de Draupadi. Fácilmente se podía adivinar cuáles eran los sentimientos de los kurus al respecto. Para ellos eran noticias terribles. Sakuni estaba furioso, pues el hecho de que los pandavas hubieran escapado del atentado de Varanavata era un milagro aún mayor que el que le sucedió a Bhima al escapar de la muerte cuando fue mordido por las serpientes.

Sakuni sugirió que debían desafiar a los pandavas y luchar contra ellos, mas algunos de los ancianos dijeron que esto no sería muy político. Uno de ellos dijo:

—Los pandavas no están ni mucho menos indefensos. Tienen a Drupada, Dhrishtadyumna, Krishna, Balarama y todas las huestes de los Vrishnis para ayudarles. Es mejor pactar con ellos.

Entonces Radheya dijo:

—No hay duda de que hay mucho que decir sobre la fortaleza de los pandavas. Pero no es propio de un kshatrya estar haciendo un doble juego. Si queremos la supremacía, éste es el momento. Quizás ahora sean poderosos, pero nosotros no somos mujeres. Podemos luchar; si no lo hacemos ahora, no lo haremos nunca. Vayamos al país de los Panchalas y desafiemos a los pandavas. Podremos derrotarles fácilmente.

Esta arenga de Radheya agradó a la mayoría, así que formaron un ejército y se pusieron en marcha hacia Kampilya.

La batalla fue de corta duración y tuvo un resultado decisivo. Las tropas de los kurus fueron derrotadas. La ira de los pandavas era como la de una serpiente herida; demostraron ser demasiado fuertes para los kurus, así que Duryodhana y su ejército regresaron a Hastinapura. Tuvo que aceptar que los pandavas eran más poderosos de lo que él había pensado. Su corazón estaba a punto de romperse. No hablaba con nadie; ni con sus hermanos, ni con sus amigos. Se sentaba solo durante horas en su aposento, pensando que había sido engañado por la Providencia. No pensaba en otra cosa que en los pandavas. Dussasana se reunió con él para confortarle, escuchándole mientras desahogaba en él todas sus penas. Duryodhana le dijo:

—¿Quién iba a pensar que Purochana iba a fallar de esta forma? Es un necio. Cierto es que los pandavas están favorecidos por los dioses, si no ¿cómo puede explicarse el hecho de que Radheya haya sido derrotado dos veces por ese asno engreído de Arjuna? Cuando les enviamos a Varanavata estaba seguro de que no les volvería a ver. Pero aquí

están, más fuertes que nunca. Ya me he dado cuenta de que el destino es demasiado poderoso, la fuerza y las armas no tienen nada que hacer contra él. —La congoja de Duryodhana no podía describirse, estaba casi a punto de perder el sentido.

Vidura oyó todas las noticias y también supo de qué forma tan estúpida habían atacado los kurus a los pandavas y su humillante derrota. Así que se dirigió a su hermano Dhritarashtra y le dijo:

—En verdad es una gran fortuna que los hijos de la casa kuru estén prosperando. —Vidura utilizó intencionadamente el término « kuru » para ver cómo reaccionaba el rey y prosiguió—: El hijo mayor se ha casado con la hija del rey de los panchalas.

El rey no captó su ironía y creyendo que se refería a sus hijos le contestó muy complacido:

—¿Por qué no la has traído para conocerla? Es una gran fortuna, tal y como dices, los hijos de la casa kuru están prosperando. Entonces Vidura le dijo:

—Querido hermano, veo por el tono de tu voz que no me has comprendido. Pareces haber entendido que la hija del rey de los panchalas haya elegido a tu hijo Duryodhana como marido. Lo siento, cuando dije « los hijos de la casa kuru » incluía a los hijos de Pandu, porque ellos también son hijos de la casa kuru. Arjuna ganó la mano de la princesa en el swayamvara y ahora los cinco hermanos la han tomado por esposa.

El rey tuvo que ocultar su decepción ante Vidura, así que manteniendo la compostura para salvar su apariencia externa replicó:

—Estas son noticias aún más agradables. Estoy muy contento de saber que esos nobles muchachos hayan conseguido entablar relaciones con el poderoso e invencible Drupada y con su hijo. Me hace feliz saber que los hijos de mi difunto hermano están vivos y a salvo. Nunca he sido tan feliz como hoy, abrázame Vidura.

Mientras decía esto, Vidura, sonriendo, le dijo:

—Mi señor, tus palabras son muy dulces y cariñosas, pero espero que no sean como la espuma que flota en la superficie del mar. Confío en que los sentimientos que has expresado estén hondamente enraizados y permanezcan así para siempre. Espero que tu mente no titubee más. —Después de decir esto, Vidura se marchó.

Al tiempo que se iba, Duryodhana entraba en el palacio del rey acompañado de Radheya. Habían oído la última parte de la conversación entre el rey y Vidura. Nada más llegar, Duryodhana le dijo muy enojado al rey:

—Estoy sorprendido padre, ¿qué es eso que he oído de que hay un gran gozo en tu corazón de saber que esos detestables primos míos están vivos? ¿Estás soñando? ¿Es que no estás bien?

El rey le contestó:

—Estoy más apesadumbrado que tú. La aparición de los pandavas no me complace en absoluto, pero no podía decírselo a Vidura. Él es muy astuto. Así que aproveché la ocasión para elogiar a los hijos de Pandu delante de él. De esta forma, no sabrá cuáles son mis verdaderos sentimientos. Ahora que tú estás aquí, dime qué debemos hacer.

Al desdichado Duryodhana no se le ocurría nada. Sin embargo, propuso:

—Ese odioso grupo de los cinco hermanos tiene que ser disgregado por todos los medios. ¿Por que no sembramos la discordia entre ellos? ¿Por qué no sobornamos al rey Drupada con lujosos regalos para que se muestre amigable con nosotros? Podríamos hacer algo para que la bella Draupadi fuera causa de disputa entre ellos. O ¿por qué no intentamos asesinar a Bhima? Él es el más fuerte de los cinco. Si él muere, decaerá el ímpetu del grupo. Arjuna es poderoso porque siempre está respaldado por Bhima en todas las batallas. Si Bhima muriese, para Radheya sería un juego de niños aniquilar a Arjuna. Padre, ¡tenemos que hacer algo! O, ¿por qué no ponemos a Draupadi en contra de los hermanos? Entonces los pandavas, teniendo en contra suya a Drupada y Dhrishtadyumna, no podrían hacer nada. Estas son algunas de mis sugerencias. Si Radheya aprueba alguna de ellas, podemos pasar a la acción rápidamente. Tal y como están las cosas ahora, el tiempo está pasando y yo no podría vivir si ellos regresaran a Hastinapura y vivieran con nosotros. Radheya sonrió a su amigo y le dijo:

—Duryodhana, amigo mío, estás fuera de tus casillas estoy seguro, si no, no se te habrían ocurrido esas ideas. Todos tus intentos de manipulación son vanos. Desde el principio, siguiendo los consejos de tu tío Sakuni, has intentado deshacerte de ellos mediante métodos deshonestos y artimañas. ¿Has tenido éxito alguna vez? ¡Nunca, ni una sola vez! No podrás sembrar la discordia entre ellos porque están muy unidos. Nada puede ponerse entre medio; son demasiado bondadosos de corazón para estar celosos uno del otro. En cuanto a la sugerencia de que Drupada pueda ser tentado mediante sobornos, es también imposible porque tiene reputación de ser de naturaleza firme y honesta. Y Draupadi, su hija, tampoco se dejaría seducir. ¿Acaso no sabes que por naturaleza, cualquier mujer sería feliz de tener más de un marido? Draupadi tiene cinco. Nunca le agradará la idea de ponerse en contra de sus maridos. Por otro lado, tampoco puedes aniquilar a Bhima; ya lo intentaste más de una vez hace años y no pudiste. Mi sugerencia es que luches. ¿Por qué tramar conspiraciones estúpidas? Luchemos contra ellos. A medida que pase el tiempo se harán más y más poderosos. Debemos luchar y deshacernos de ellos; cuanto antes mejor. La lucha es lo único honroso que se me ocurre. Mi querido Duryodhana, este ancho mundo no puede ser conquistado por el engaño, sino por el valor. No está bien que un príncipe tan noble como tú, emplee los métodos que sólo usan las mujeres y los cobardes. Tú eres un kshatrya y nos tienes a nosotros que estamos dispuestos a sacrificar nuestra vida por ti. Es sólo el valor de un rey lo que perdura, después de su muerte, para la posteridad. Todos estos métodos de Bhida, Sama

y Dana son ineficaces. Tú debes utilizar el cuarto, el Danda. Desafía a los pandavas a que luchen en contra tuya y luego disfruta de un reino que hayas ganado con bravura. No te dejes llevar por esos pensamientos retorcidos, propios de tu tío Sakuni. Te dejas llevar por ellos con mucha facilidad. Sígueme a mí y te guiaré al honesto sendero por donde caminan los kshatryas. ¡Lucha, amigo mío! No quiero que los hombres hablen mal de ti en el futuro.

A Dhritarashtra le agradaron estas palabras de Radheya y dijo:

—Solamente un héroe como tú puede hablar así. No podrías pensar de otra manera. Hoy habrá una asamblea en el gran salón del palacio, donde estarán Bhishma, Drona y todos los ancianos kurus, para deliberar acerca de nuestro futuro y el de los pandavas. Espero que tus sugerencias les agraden, pero temo que no las aceptarán. De todas formas, vayamos a la sala del consejo y veamos que dicen y cuál es la decisión final. Los tres se dirigieron a la sala del consejo caminando con paso lento.

Capítulo XL
LA ASAMBLEA

ALLÍ estaban todos: Bhishma, Drona, Kripa, Bahlika, Somadatta, Vidura y los otros. Bhishma comenzó hablando con su voz profunda y sonora:

—No es justo que continuemos albergando ira contra los pandavas por más tiempo. Odiarles no es justo. Dhritarashtra y Pandu son ambos sobrinos míos y quiero a sus hijos por igual. Amo tanto a Duryodhana como a Yudhishthira, me duele ver esta situación, y siento que ya es hora de que obremos justamente con los hijos de Pandu. Duryodhana, hijo mío, ellos no tienen a su padre, pero tienen tanto derecho como tú sobre este antiguo reino de los kurus. Debes pedirles que vengan a Hastinapura y que compartan este gran reino contigo. Este es el paso que hay que dar y que hará que coseches fama duradera. Cualquier otra idea que tengáis sólo os conducirá a la infelicidad y no solamente eso, sino que os cubrirá de infamia condenando vuestros nombres para siempre. En este corto tiempo de vida que se nos da, hijo mío, el honor de nuestros nombres debe guardarse muy celosamente. Es lo único que vale, ya que si lo pierdes, tu vida será un puro desperdicio. Vives mientras se honra tu nombre y mueres cuando pierdes tu honra ante los ojos de los hombres. Haz lo que corresponde a un príncipe noble como tú. Parece que el destino quiere darte una segunda oportunidad. Es una oportunidad única, ya que generalmente es implacable. Como una palabra que se ha pronunciado, o como una oportunidad perdida, el destino nunca retrocede para reparar algo que se ha hecho mal. Pero en tu caso, el destino se ha mostrado amable. Dios ha permitido que los pandavas sobrevivieran al accidente de la casa de cera; y prefiero llamarlo accidente. Kunti está viva e igualmente los cinco hermanos. Para tu bien, el pecador Purochana está muerto.

Si obras con afecto hacia los pandavas, os libraréis de este estigma que pesa sobre el nombre de tu padre y el tuyo propio, como responsables del incendio de la casa de cera. Ahora tenéis la oportunidad de hacer algo para restablecer vuestra reputación. Tú eres un buen hombre. Puedes comprender los caminos del Dharma y debes hacer esto por tu propio bien. Entrégales a los pandavas la mitad del reino y descansa en paz.

Drona era de la misma opinión y dijo:

—Es lo mejor que se puede hacer. El rey debería enviar mensajeros con regalos a la corte de Drupada. Debemos hacer las paces con los hijos de Kunti y pedirles que vengan aquí a Hastinapura. Es el deber del rey ser bondadoso con estos huérfanos.

Radheya, sin embargo, debido a su amistad con los kurus, no estaba de acuerdo con tal decisión. El prefería luchar y expuso la teoría de que era en el campo de batalla donde se tendría que decidir quién habría de gobernar el mundo entero.

Vidura se levantó y dijo:

—Mi querido hermano, todos los que estamos aquí reunidos somos tus buenos consejeros. Queremos salvar tu reputación y la de tu hijo. El gran Bhishma y Drona han hablado correctamente. Por favor, no hagas caso a Radheya, es muy impulsivo. Está tan cegado por la ira como tu hijo y no se da cuenta de la gravedad de la situación. Seguro que te agradará más escuchar sus palabras que las mías, pero es a mí a quien debes escuchar. El incendio de la casa de cera ha marcado tu nombre con el sello de la ignominia. Ahora tienes la oportunidad de limpiar tu alma de toda rencilla maligna. Además aparte del hecho de que lo debido es que entregues la mitad del reino a los pandavas, también hay otra cosa y es que no es aconsejable ponerse en contra de ellos. Ahora son muy fuertes, no como en el pasado, cuando estaban indefensos en tus manos. Además, Drupada y su hijo Dhrishtadyumna, el nacido del fuego, se han convertido en sus parientes al casarse con Draupadi. También tienen el apoyo de Balarama y Krishna. Con Krishna a su lado, con toda seguridad serán invencibles. ¿Quién puede igualar al fuerte y poderoso Bhima cuando está furioso?. ¿Quién podría desafiar a Arjuna?. Hace poco lo han intentado algunos reyes y han sido derrotados por dos veces, comprobando que era imposible. De nuevo te repito que deberías adoptar métodos pacíficos para garantizar la paz en el reino. Duryodhana y Radheya son demasiado jóvenes para apreciar mis palabras, pero tú eres diferente. Será un bello gesto de tu parte si escuchas el consejo de tu tío Bhishma. Ordena que traigan a los pandavas; haz lo que es debido. Dhritarashtra dijo:

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho. Soy de la opinión de que se debe tratar bien a los pandavas. Es una suerte que estén vivos para gozar de sus derechos reales.

El rey pidió a Vidura que llevase ese mensaje a Panchala. Dhritarashtra se vio forzado a aceptar el consejo de sus mayores. No podía satisfacer el deseo de su hijo Duryodhana,

desafiando así a los ancianos. Todavía su corazón no se había endurecido tanto en contra de los pandavas. Todavía le quedaba un poco de decencia. Vidura se fue a Panchala donde fue agasajado por Drupada y los pandavas. Krishna se encontraba en Dwaraka y llegó a sus oídos la noticia de que los kurus habían intentado luchar contra los pandavas después de que éstos revelaran su auténtica identidad y que el ejército de los kurus había sido derrotado. Entonces se puso en camino hacia Panchala junto con su hermano y su ejército. Krishna y Balarama estaban ya en la corte de Drupada cuando llegó Vidura. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Vidura al contemplar a los pandavas.

Estaba sobrecogido de emoción. Nunca apreciamos cuánto valor tienen las cosas y las personas hasta que nos enfrentamos a la posibilidad de perderlas, y así le ocurría a Vidura. Sólo pensar que habían escapado del terrible incendio de Varanavata, le hacía darse cuenta de lo mucho que significaban para él. Vidura ofreció a Draupadi y a los pandavas los valiosos regalos que les enviaba Dhritarashtra. Pasaron algún tiempo dialogando sobre un sin fin de cosas, hasta que finalmente abordaron el tema que preocupaba a todos los allí reunidos: el mensaje del rey. Vidura se dirigió a Drupada y le dijo:

—Mi hermano Dhritarashtra me rogó que os diera recuerdos a todos. Bhishma y su amigo Drona os envían, también, sus afectuosos saludos. El rey al igual que los príncipes y ancianos kurus se consideran muy afortunados de poder tener relación con vosotros. El rey está deseoso de ver a sus hijos los pandavas. Tan grande es su alivio al saber que han escapado de la muerte en Varanavata, que quiere abrazarles con todo su afecto.

En ese instante, una sonrisa ingenuamente traviesa iluminó el rostro de Krishna. La cara de Bhima era todo un cuadro. Arjuna estaba mordiéndose el labio inferior y Yudhishthira intentaba no sonreír. Vidura, como si no hubiera advertido esto, continuó:

—El rey desea que su nuera venga a Hastinapura y complazca a la ciudad, que está muy entusiasmada con la idea de ver a los pandavas y a su esposa. Están delirando de alegría al conocer la buena fortuna con la que han sido favorecidos los pandavas. —Ese fue el final del mensaje del rey, tras lo cual Vidura añadió:— Será para nosotros un gran honor si les permites que me acompañen a Hastinapura.

Drupada dijo:

—Me siento inmensamente complacido y honrado por esta alianza con la noble Casa de los Kurus. Respecto a su ida a Hastinapura, quizá no sea la persona adecuada para decidirlo, lo dejo en las manos de Yudhishthira y sus hermanos; además, Balarama y Krishna también están aquí: yo me atendré a su decisión.

Entonces Krishna dijo:

—Creo que deben ir a Hastinapura.

Al oír esto Arjuna giró asustado su mirada hacia el dulce rostro de Krishna, pero no dijo nada. Drupada dijo que los pandavas podían irse libremente y complacer al rey ya que éste parecía estar en muy buena disposición hacia ellos.

Vidura se dirigió a los aposentos de Kunti y se postró a sus pies. Las lágrimas de sus ojos humedecían sus pies. Kunti hizo que se levantara haciéndole sentar, y le consoló diciendo:

—Mis hijos están ahora vivos gracias a tu amor y sabiduría. Pienso en ti día y noche; tu devoción hacia nosotros es algo que no puede olvidarse fácilmente. No sé si será seguro ir a Hastinapura; mi mente está alborotada y no puedo pensar por mí misma.

Entonces Vidura le dijo:

—Mi querida Kunti, ningún mal puede acaecerle a tus hijos. No temas, muy pronto les verás como los señores de la tierra.

Los pandavas, acompañados por Krishna, se encaminaron hacia Hastinapura. Pronto llegaron a la capital del reino, donde la gente estaba esperando ansiosamente la llegada de los príncipes pandavas. Hacía mucho tiempo que se habían ido y la ciudad les esperaba bellamente engalanada y con las calles rociadas con agua perfumada. Había flores por todas partes. Vikarna y Chitrasena fueron los hijos de Dhritarashtra que les dieron la bienvenida. Allí estaba también Drona, junto a Kripa.

Pronto llegaron al palacio, donde los pandavas se postraron a los pies de Bhishma y Dhritarashtra, y fueron cordialmente recibidos por parte de todos. La princesa de Kasi, que era la esposa de Duryodhana y a quien acompañaban las otras nueras del rey, recibió a la joven esposa de los pandavas. Luego se postró ante Kunti y más tarde las condujo al palacio de Gandhari. Una vez allí Kunti y Draupadi se postraron a los pies de Gandhari pidiéndole sus bendiciones. Gandhari, que tenía el poder de ver el futuro, abrazó a Kunti y luego a Draupadi. Mientras deslizaba sus brazos por la suave silueta de Draupadi, se decía para sí misma:

—Esta mujer está destinada a ser la causa de la muerte de mis hijos. —Luego bendijo a ambas y ordenó que preparasen la casa de Paridu para servirles de residencia.

Capítulo XLI

KHANDAVAPRASTHA, EL REGALO DEL REY

En el gran salón del palacio se preparó una recepción oficial a los pandavas y todos ellos, acompañados por Krishna, se dirigieron allí. Dhritarashtra, después de los preliminares, dijo:

—Yudhishthira, escucha lo que te voy a decir. Este reino mío debe su existencia a tu querido e ilustre padre, y esto te da derecho a que tú también lo gobiernes. Por lo tanto, sugiero que el reino sea dividido entre mi hijo Duryodhana y tú. He decidido hacerte señor de Khandavaprastha. Ahora me gustaría saber tus opiniones y también las de Krishna.

Krishna esbozó una sarcástica sonrisa. Yudhishthira se dio cuenta, pero no dijo nada. Fue a donde el rey estaba sentado y saludándole dijo:

—Obedeceré cualquier cosa que digas. Krishna seguía sonriendo sin decir nada. En los labios del sabio Vidura, también se dibujaba una expresión de picardía. Dhritarashtra llamó a Vidura a su lado y le dijo:

—Debes apresurarte con los preparativos para la coronación. Decoremos la ciudad con los mejores ornamentos para celebrar este gran acontecimiento. Estoy enormemente complacido con el curso que están tomando los acontecimientos. Siento que me he quitado un gran peso de encima. Veré al hijo de mi hermano convertido en el señor de la tierra.

Bhishma, Drona y Kripa estaban contentos por las afectuosas palabras del rey. Por fin Krishna habló y dijo:

—Entiendo el ansia del rey por celebrar la coronación. Es correcto que los preparativos se hagan inmediatamente. Todos estamos ansiosos de ver a Yudhishthira coronado rey.

En ese momento entró Vyasa. Todos los reunidos en el salón se levantaron como si fueran uno, y le rindieron honores. Él estaba allí para presidir la ceremonia. Los preparativos eran ciertamente exuberantes. Parecía como si el rey estuviera celebrando la coronación de su propio hijo, así de cálido y entusiasta era todo el ambiente.

En el día propicio sugerido por Vyasa, se celebró formalmente la coronación. Kripa, Bhishma, Drona, Dhaumya, Vyasa y Krishna bendijeron a Yudhishthira con estas palabras: « ¡Que conquistes el mundo entero! ¡Que realices el gran Rajasuya y el yaga Aswamedha! ¡Que vivas por largos años y gobiernes el mundo como lo hicieron tus antepasados! ¡Que tu fama se propague por los cuatro vientos al igual que la brisa se lleva el perfume de las flores! »

Los corazones de todos los asistentes estaban llenos de gozo, todos menos el de Duryodhana, naturalmente. El rey sabía el dolor que estaba consumiendo a su hijo y estaba intentando encontrar algún medio para tranquilizarle. Duryodhana significaba para él su propia vida. El rey en presencia de todos los cortesanos y de Krishna, dijo a Yudhishthira:

—Ahora eres el señor de Khandavaprastha. Es lo propio que vayas a tu reino y comiences a gobernarlo tan pronto como puedas. Fue en Khandavaprastha donde gobernaron nuestros antepasados pauravas, Nahusha y Yayati y fue la capital del reino de los kurus durante mucho tiempo. Espero que disfrutes de una vida feliz allí.

Yudhishthira recibió su encomienda con la humildad que le caracterizaba. Se despidió de toda la familia real y de la gente de la ciudad, y acompañado por Krishna se dirigió hacia su reino.

El país llamado Khandavaprastha en su día fue la capital de los kurus, pero fue devastado tiempo después por la maldición de los rishis, quienes lo castigaron debido a la mala conducta del hijo de Budha. La capital tuvo que ser abandonada y ahora era un lugar estéril y árido; nadie podía vivir allí. No crecía nada, ni siquiera los animales podían sobrevivir en aquel lugar. Así de inaprovechable era la tierra que se le había adjudicado a Yudhishthira como su parte de la tierra de los kurus.

Literalmente, el rey dijo la verdad cuando declaró que la mitad del reino sería gobernada por Yudhishthira, ya que, en extensión, Khandavaprastha era la mitad del reino. Yudhishthira, al igual que Krishna, conocía muy bien la naturaleza de la tierra de la que había sido nombrado rey, siendo tan pomposamente coronado por su tío. Pero ya estaba cansado de las constantes peleas con sus primos. Él era amante de la paz, y si a Duryodhana le molestaba su presencia en Hastinapura, Yudhishthira también compartía recíprocamente este sentimiento. No podía concebir la idea de vivir para siempre en la corte de Dhritarashtra. Él quería paz, así que no se opuso y aceptó aquella injusticia. No porque no pudiera luchar sino porque no quería hacerlo; odiaba la guerra. Tenía el cuerpo de un kshatrya y la mente de un sanyasin. Su otro nombre era Ajatasatru. Este nombre iba acorde con él, pues no quería ser enemigo de nadie.

Llegaron a Khandavaprastha y al contemplar el desolado paisaje que se extendía ante ellos Krishna dijo:

—Yudhishthira, mira qué país tan hermoso te ha concedido tu encantador tío. Aquel que mirando al relámpago piensa en lo bello que es, se suele olvidar del trueno que con toda seguridad estallará tras él. Al rey le sucede lo mismo. El hecho de que esta injusticia haya sido impuesta por el anciano Bhishma significa ya que todos ellos van a enfrentarse con su destino. Cada uno de ellos cosechará el fruto de sus acciones, pero todo esto sucederá en el futuro. Ahora, veamos qué podemos hacer para sorprender al rey ciego. —Krishna hizo venir a Indra y le dijo—: Indra, Dhritarashtra, el monarca de los kurus, ha sido muy bondadoso al ofrecer este pedazo de tierra a los pandavas. Ahora dejo en tus manos la tarea de cambiar su aspecto. Se le llamaba Khandavaprastha, pero a partir de ahora se llamará Indraprastha, pues tú serás quien le dé nueva vida. Por favor haz lo que sea necesario para embellecer este lugar. Que sea tan exuberante y fértil que únicamente pueda ser comparable en su esplendor con Indraloka, tu mundo. »

Indra dijo:

—Visvakarma, el arquitecto divino, se encargará de esto. Se convertirá en el lugar más maravilloso del mundo entero.

Y en un día propicio, se comenzó la reconstrucción del lugar. Vyasa estaba allí para recitar las sagradas fórmulas mágicas. La magia de Visvakarma entró en acción, y, en poco tiempo, el lugar se transformó completamente. La ciudad enseguida quedó lista para la entrada de los pandavas. Y Yudhishthira entró a la ciudad en medio del júbilo de

todos. La fama de Indraprastha se propagó a lo largo y lo ancho del territorio y desde países lejanos venían gentes para verlo, y los que llegaban ya no querían regresar a sus países. Una vez terminado su trabajo en la ciudad, Visvakarma se marchó. Yudhishthira se sentía muy feliz junto a Krishna y sus hermanos.

Así transcurrieron unos días. Y Krishna le dijo a Yudhishthira:

—Mi Señor, tengo algo que pedirte.

Yudhishthira le miraba con ojos asustados. Krishna le dijo que tenía que regresar a Dwaraka pues ya hacía mucho tiempo que estaba fuera de su ciudad. Yudhishthira se puso muy triste a pesar de que Krishna le aseguraba una y otra vez que él siempre estaba pensando en los pandavas y en su bienestar.

—Siempre que me llames, vendré a ti —dijo Krishna—, cuando quiera que pienses en mí, vendré más veloz que el pensamiento. Pero ahora déjame que me vaya.

Una vez dicho esto se despidió de todos y emprendió la marcha hacia Dwaraka. Su carroza se alejaba velozmente, pero había dejado su corazón al cuidado de aquellos hombres que eran como dioses en la tierra.

Capítulo XLII
EL TIRTAYATRA DE ARJUNA

Los pandavas se encontraban muy felices en Indraprastha. Unos días después de que se fuera Krishna, vino a hacerles una visita el sabio Narada. Yudhishthira le recibió con los honores que se debían a una persona como él. Narada era uno de los hijos de Brahma, el Creador. Era un gran hombre y un devoto de Narayana. Cuando todos se habían sentado, Narada le preguntó a Yudhishthira cómo estaba gobernando el reino y también le dio valiosos consejos sobre muchas cosas. Luego Yudhishthira mandó llamar a la reina Draupadi, la cual vino y se postró a los pies del sabio Narada. Después de recibir sus bendiciones, se retiró a sus aposentos. Y Narada entonces dijo: —Esta mujer, Draupadi, es la esposa de vosotros cinco. Debes tener cuidado de que no haya desunión entre vosotros a causa de ella. Una vez había dos hermanos, Sunda y Upasunda, que eran inseparables. Se encontraron a una hermosa apsara cuyo nombre era Tilottama y los dos se enamoraron de ella y, a causa de su rivalidad, acabaron destruyéndose el uno al otro. Te cuento esta historia para que no dejes que surja nada entre tú y tus hermanos. Sois poderosos mientras estéis unidos, pero una vez roto el vínculo entre vosotros, será fácil para los hijos de Dhritarashtra el derrotaros.

Antes de que se fuera, los pandavas llegaron a un acuerdo: Draupadi debía pasar un año en la casa de cada uno de los hermanos y si cuando estuviera sola con alguno de ellos, se introdujera en su intimidad algún otro hermano, éste tendría que retirarse al

bosque y permanecer allí alojado durante un año. Estaban contentos con esta decisión pues así no habría posibilidad de disputas entre ellos.

Un día, un brahmín se acercó a Arjuna y le contó que un ladrón le había robado sus vacas. Estaba frenético por la pérdida de sus queridos animales. Así que pidió a Arjuna que se las rescatara. No era una tarea difícil, así que Arjuna accedió a hacerlo e inmediatamente se dirigió al lugar donde se guardaban las armas. Entonces, de repente, recordó que esa era la casa de Yudhishthira. El momento no era propicio porque Yudhishthira y Draupadi estaban allí juntos en ese momento. Arjuna no sabía qué hacer, así pues le dijo al brahmín que no le era posible coger su arco en ese momento, excusándose así:

—Por favor no te preocupes, rescataré tus vacas, puedes estar seguro. Pero no ahora mismo. Debo esperar a que un hermano me dé permiso para coger el arco y las flechas.

Pero el brahmín no le escuchaba. Arjuna intentó en vano tranquilizarle hasta que por fin tuvo que acceder a su deseo. Decidió ir a coger su arma y así lo hizo. Y comenzó a seguirle la pista a los ladrones, que no habían ido muy lejos pues las huellas todavía estaban frescas. Arjuna les persiguió, rescató sin esfuerzo las vacas y se las devolvió al brahmín, el cual se fue bendiciendo a Arjuna y alabando su valor.

Tras esto, Arjuna fue a su hermano y le pidió permiso para ir de peregrinación por todos los ríos sagrados. Yudhishthira se sintió afligido y dijo:

—Arjuna, no creo que sea necesario, se trataba de una emergencia. No fue algo como si hubieras venido intencionadamente a molestarnos. Tenías que entrar. Por favor desiste de tal propósito, yo no te culpo, ni tampoco estoy ofendido; no hiciste nada malo. Pero Arjuna insistiendo dijo:

—Mi señor, no es correcto buscar excusas para evitar mi marcha o mi peregrinación. Nos habíamos impuesto unas condiciones determinadas y debo obrar en consecuencia. Siendo tú una persona que siempre ha sido justa, no debes permitir que tu cariño por mí haga tambalear tu amor por la justicia. Por favor, dame permiso para que me vaya.

Yudhishthira, muy a pesar suyo, dio permiso a Arjuna para irse a su exilio voluntario durante un año.

Arjuna, después de un viaje agradable, llegó a las orillas del río Ganges donde se bañó. Y cuando iba a salir del agua, fue capturado por una hermosa doncella, que le llevó a su palacio en el fondo de las aguas. Arjuna estaba asombrado y le preguntó la razón de su extraña conducta. Ella observaba a Arjuna, que estaba de pie mirándola, con una sonrisa en los ojos. Por fin, muy tímidamente le respondió;

—Yo soy la hija del rey de Nagaloka. Mi nombre es Ulupi. Te vi cuando estabas en las aguas del río y me he enamorado de ti; debes aceptar mi amor.

Arjuna le contó quién era él y que estaba cumpliendo un exilio de un año, y añadió:

—Ahora que ya sabes todo sobre mí, debes dejarme ir. Tengo que observar el celibato. Debes comprender cuan imposible es para mí el complacer tus deseos, a pesar de lo mucho que me gustaría.

Arjuna se quedó mirándola con una sonrisa en sus ojos. Y ella dijo:

—Sé a qué te refieres. Sin embargo, veo que no has comprendido las condiciones de tu exilio, ni atiendes a tu circunstancia en absoluto. Tu celibato atañe sólo a Draupadi, pero no se aplica a ninguna otra mujer que quieras tomar.

Mientras decía esto inclinó su cabeza algo ruborizada. Arjuna estaba muy complacido con ella y con su hermosura, y pasó una feliz noche en su compañía. Al día siguiente salió a tierra y allí relató su aventura a los rishis que estaban en las orillas del río, tras lo cual reemprendió su viaje.

Arjuna se dirigió a las montañas de los Himalayas y después de visitar todos los ríos sagrados de aquel lugar y de los alrededores se puso rumbo al sur, y se bañó en los ríos Godavari y Kaveri. Luego llegó a un lugar llamado Manalur, cuyo rey, llamado Chitrasena, tenía una hija de nombre Chitrangada de la que Arjuna se enamoró. Así que fue al rey y pidió la mano de su hija, a lo que el rey le respondió:

—En nuestra familia, desde hace muchas generaciones, ha habido únicamente un hijo; esta hija es mi única descendencia. Ella es todo lo que tengo. La he criado con todo mi amor y cuidado, pues su hijo será el heredero de mi trono. Si estás dispuesto a dejar el niño conmigo como mi heredero y no lo reclamas, con sumo placer entregaré la mano de mi hija al más grande héroe del mundo.

Arjuna accedió a esta condición, y se casó con Chitrangada. Pasó tres meses con ella y luego la dejó y se fue más al sur hasta encontrar el mar al final de Bharatavarsha. Entonces cambió su rumbo hacia el norte en dirección a su hogar bordeando la costa occidental y se bañó en el mar que estrecha a Bharatavarsha por su parte oeste. Ya estaba a punto de finalizar su viaje.

Capítulo XLIII

LOS JARDINES DE SUBHADRA

CUANDO los hijos de la casa de los Vrishnis estuvieron en Hastinapura aprendiendo de Drona el uso del arco, Gada, el primo de Krishna, se hizo muy amigo de Arjuna. Gada le había hablado a Arjuna de su prima Subhadra, que era la hermana de Sarana. Arjuna había oído hablar tanto de su belleza que se había enamorado de ella sin ni siquiera haberla visto y ahora se estaba acordando de ella. Así que comenzó a pensar de qué forma podía verla sin ser visto. No quería que nadie le reconociera. Sabía que Subhadra estaba en Dwaraka, por lo que Arjuna se dirigió a Prabhasarirtha, un lugar cercano a Dwaraka. Se había disfrazado como un yati con un tridente en la mano, se

había puesto ceniza sagrada por todo el cuerpo. Colgando del cuello se puso collares de rudraksha y enmarañó sus cabellos. Ataviado de esta forma, caminaba por las calles de Prabhasa. Durante la noche se sentaba bajo una higuera dando la apariencia de estar en profunda meditación. Pensamientos de Krishna afloraban continuamente en su mente. Deseaba que viniera y le ayudara.

De repente comenzó a llover, caía agua a torrentes y Arjuna todavía permanecía sentado bajo la higuera.

Krishna ya había oído que había llegado un sadhu a Prabhasa y por la descripción supuso que se trataba de Arjuna. No le llevó mucho tiempo adivinar cuál era el secreto que guardaba en su corazón su amigo bien amado. Krishna estaba pasando aquella noche con Satyabhama, su esposa favorita. De repente comenzó a reír a carcajadas, hasta se le salían las lágrimas. Satyabhama quería saber por qué se reía, pero el seguía riéndose sin decir nada. Por fin, después de un rato, Krishna se calmó y enjugándose los ojos le dijo:

—Mi primo Arjuna ha dejado hace unos meses la ciudad de Indraprastha para iniciar un tirthayatra. El yatra está ya a punto de finalizar, solamente le quedan cuatro meses, y ahora ha venido a Prabhasa con el corazón saturado de la imagen de mi hermana Subhadra. Ha venido disfrazado de yati. Y lo que hace que me ría tanto es pensar en Arjuna sentado debajo de una higuera mientras la lluvia cae torrencialmente sobre él. Creo que debo ir y darle la bienvenida a Dwaraka.

Krishna fue a su encuentro bajo la lluvia dirigiéndose hacia el árbol bajo el cual estaba sentado el desdichado Arjuna. El encuentro de ambos amigos fue muy cariñoso. Krishna le preguntó sobre sus andanzas y Arjuna le contó todo. Krishna sonrió astutamente y le dijo:

—Así que todas estas andanzas tuvieron un efecto tal sobre el gran pandava que éste ha renunciado al mundo y se ha impuesto el Kashaya. A lo que Arjuna replicó:

—Mi Señor, tú sabes lo que ocurre conmigo. Tú conoces los más recónditos deseos de mi corazón y sabes bien por qué me he puesto este atuendo; debes ayudarme a ganar a la bella Subhadra.

Krishna le aseguró que nada le complacería más que ver a su querida hermana como la esposa de su amigo más amado. Le llevó a la colina llamada Raivataka y le pidió que pasara allí algún tiempo. Luego Krishna regresó a Dwaraka.

Transcurrieron unos pocos días y ocurrió que se iba a celebrar una fiesta en la cima de la colina. Los Vrishnis asistieron con intenciones de pasar allí algún tiempo. Arjuna estaba de incógnito entre ellos. Les veía pasar y los conocía a todos, pero de repente sus ojos fueron arrebatados por la belleza de una mujer que pasaba, iba rodeada de varias doncellas, y Arjuna la miró fijamente a los ojos. La expresión de los ojos de Arjuna

reflejaba los sentimientos de su corazón. De repente oyó a alguien a su lado, era Krishna que se había atravesado la multitud hasta llegar a su lado. Krishna le dijo:

—Amigo mío, tu expresión no corresponde al atuendo que vistes. Arjuna le respondió:

—Por favor Krishna no te burles de mí, ¿quién es ella? ¿quién es esa bella mujer que acaba de pasar? Krishna contestó:

—Es Subhadra, la hermana de Sarana. Es mi media hermana. Si estás interesado en ella, puedo decírselo a mi padre.

Arjuna estaba muy feliz de saber que la mujer que había estado amando sin haberla visto jamás era en verdad tan bella como se decía. Y dijo:

—Mi Señor, dejo en tus manos este problema, para que seas tú quien dé la solución. Yo amo a tu hermana; dime cómo puedo hacerla mía. Quiero casarme con esta muchacha. Tú tienes que hacerlo posible.

Krishna se echó a reír y luego le dijo:

—Mi querido Arjuna, tú sabes que hay matrimonios de muchas clases, pero el más maravilloso es aquel que se realiza entre dos seres que se aman. Si consigues que mi hermana se enamore de ti, entonces, podrás llevártela a Indraprastha y casarte con ella. Este es el método más frecuente entre los kshatryas. Ahora, para lograrlo, debes ir y sentarte en el patio del templo, darás mejor impresión si estás absorto en meditación: esto no te será difícil ya que tienes algo agradable en lo que puedes meditar. El resto vendrá por añadidura. Recuerda, Arjuna: no debes perder la calma.

Arjuna hizo exactamente lo que le había dicho Krishna. Fue y se metió en medio de la muchedumbre de los héroes Vrishnis. Ya habían acabado las adoraciones en el templo y Subhadra junto con sus doncellas se había ido. Balarama, Kritavarma, Samba, Sarana, Pradyumna y Gada, junto con otros que caminaban alrededor del templo, vieron al yati sentado en el patio bajo un árbol sumergido en profunda meditación. Sus ojos estaban cerrados, y Balarama quedó grandemente impresionado por la personalidad de aquel joven yati de aspecto tan puro y sobrenatural, con su bello rostro y el cuerpo cubierto de cenizas sagradas. Sus ojos cerrados daban un toque de misterio a toda aquella imagen. Sin embargo, Arjuna estaba muy nervioso y temía que en cualquier momento le descubrieran y le desenmascararan, pero no fue así. Krishna le había dicho que no perdiera la calma. Así pues poco a poco abrió sus ojos y se encontró a Balarama de pie, delante de él con las manos juntas en actitud de adoración. ¡Había ocurrido el milagro! ¡No le habían reconocido! Balarama se postró ante el yati. Le dio la bienvenida a Dwaraka y le dijo:

—¿Qué piensa hacer vuestra santidad? ¿De dónde ha venido? ¿Qué podemos hacer para que os sintáis cómodo?

Arjuna exhaló un profundo suspiro de alivio y dijo:

—He viajado por todo el mundo, he visto muchos lugares. Nunca pasé más de tres noches en un mismo sitio. Pero ahora, la época de las lluvias ha llegado con toda su fuerza. El cielo está cubierto por nubes oscuras y densas ansiosas por derramar su lluvia. Debo pasar estos cuatro meses en algún lugar, y pensé que esta pintoresca colina de Raivataka sería un lugar cómodo para mí. Aprovechando el silencio que la envuelve podré concentrarme en la meditación.

Balarama estaba muy impresionado con aquel joven yati que hablaba palabras tan bellas y decidió ser su anfitrión. Parecía joven en edad pero viejo en sabiduría. Era una suerte que la ciudad de Dwaraka hubiera tenido la buena fortuna de haber sido elegida por el yati para su estancia de cuatro meses.

Krishna se presentó justamente en ese momento, Balarama le dijo que venerara al gran yati. Krishna ocultando su sonrisa burlona se postró a sus pies y recibió con humildad manifiesta las cenizas sagradas. Balarama le contó todo sobre el yati, cómo había viajado por todo el mundo y cómo había honrado con su presencia la colina de Raivataka con la intención de pasar allí la época de las lluvias. Luego le pidió a Krishna que sugiriera un lugar propicio para que se alojara el yati. A lo que Krishna respondió:

—Siendo tú mayor que yo, no es correcto que sea yo quien decida. Sería una impertinencia.

Balarama, complacido con su humildad, dijo:

—Siento que el mejor lugar serían los jardines al lado de los aposentos de Subhadra. Yo haré que ella atienda a todas las necesidades de este gran hombre.

Era costumbre que las muchachas jóvenes atendieran a los hombres ilustres y, además, se decía que las bendiciones de los rishis y de los hombres santos, aseguraban una feliz vida futura para las muchachas jóvenes. Según era costumbre, Balarama sugirió que Subhadra atendiera las necesidades del yati. Krishna quería que sucediese así, y así sucedió. Pero, sin embargo, su apariencia externa no reflejaba su contento, parecía dudoso, y dijo:

—No creo que sea aconsejable dejarle estar tan cerca de Subhadra. No sabemos nada de este hombre. Hermano, este yati parece ser joven, es guapo, tiene un cuerpo bello; demasiado bello para haber estado sometido a austeridades durante tanto tiempo, y es también muy elocuente. Todas estas cosas son muy atractivas para una muchacha joven e impresionable. Este hombre posee las cualidades y encantos capaces de atraer a una muchacha tan joven y encantadora como nuestra Subhadra. Yo no lo aconsejo. Es más, difiero totalmente de tu sugerencia. Pero naturalmente, tú eres sabio y tienes una visión más amplia. Seguro que has debido reconsiderar todo esto antes de llegar a esta decisión.

Balarama estaba furioso con Krishna por haber hablado del yati en términos tan disparatados. Le dijo:

—Pareces ignorar la grandeza de este yati. Ha viajado por todo el mundo. Es un brahmachari[32] que tiene todos sus sentidos bajo control. Así que lo correcto y adecuado sería que le pidieses perdón por decir cosas tan absurdas acerca de él.

Le pidió a Krishna que llevara al yati a los aposentos de Subhadra. Ella tenía que realizar todos los preparativos para hacer que la estancia del yati fuera confortable. Krishna estaba muy contento por la forma en que se iba desarrollando todo y llevó a Arjuna a los jardines del palacio. Tomó a Arjuna de la mano, le condujo a donde estaban Rukmini y Satyabhama, a las cuales les reveló quién era él realmente. Ambas le dieron la bienvenida con una sonrisa y dijeron:

—Krishna y todos los Vrishnis nos han hablado mucho de ti. Hemos estado deseando conocerte desde hace mucho tiempo.

Luego Krishna llevó a Arjuna ante Subhadra, a la cual le comunicó las instrucciones de Balarama, dejando a Arjuna a su cuidado. Krishna se despidió esbozando una sonrisa entre burlona y divertida.

Capítulo XLIV
ARJUNA SE FUGA CON SUBHADRA

ARJUNA pasó varios días dichosos en los jardines de Subhadra, la cual seguía al pie de la letra el cometido que su hermano Krishna le había encomendado. El amor de Arjuna hacia ella aumentaba día tras día. Ella se sentaba a su lado y atendía todos sus deseos. Le traía la comida e incluso ella misma le daba de comer. Arjuna suspiraba continuamente mirándola. Ella no podía entender por qué parecía tan desdichado y se apartaba de su lado pensando que le molestaba su compañía, se iba a jugar al jardín con sus amigas. Mientras, Arjuna continuaba mirándola, al igual que Agni, el dios del fuego, hubiera mirado a Swaha. De este modo, a veces felizmente, a veces con pena, fue transcurriendo el tiempo para Arjuna.

En la ciudad de Dwaraka, y en la casa de los Vrishnis, el nombre de Arjuna era una palabra entrañable y se mencionaba para referirse a algo valiente y bello. En la escuela donde se enseñaba el uso del arco, el comentario habitual era: « Debes llegar a ser como Arjuna. » Cuando los niños pequeños se peleaban, decían: « No te atrevas a desafiarme, ni siquiera Arjuna puede igualarme. » Cuando los ancianos bendecían a los jóvenes decían: « Que seas un guerrero tan grande como Arjuna. » Las bendiciones para una mujer que iba a ser madre eran: « ¡Que seas la madre de un hijo como Arjuna! » Así pues, viviendo en un ambiente empapado de admiración por Arjuna, Subhadra llegó a estar más interesada en conocer a este héroe. Su hermano Krishna siempre le hablaba de Arjuna, de sus encantadoras cualidades y de su belleza física. Gada también le había

[32] Brahmachari: monje célibe que se dedica a estudiar las escrituras sagradas.

hablado mucho de él. Ella, también, como Arjuna, se había enamorado de alguien a quien ni siquiera había visto. Rukmini, la esposa de Krishna, se había enamorado de él sin haberle visto nunca y a Subhadra le ocurría ahora lo mismo. Siempre estaba ansiosa por tener noticias de Arjuna. Siempre que alguien venía de Indraprastha le pedía que le hablara de Arjuna.

Los días transcurrían placenteramente para Arjuna. Subhadra estaba preocupada por el comportamiento del yati. Podía sentir el calor de su mirada observándola continuamente. Él la miraba con ojos tan apasionados que ella se iba corriendo incapaz de sostener su mirada. Poco a poco, un pensamiento comenzó a tomar forma en su mente: aquel yati se parecía mucho a Arjuna. La descripción que ella había oído de Arjuna encajaba con aquel hombre. Sus brazos y su pecho se parecían a los de Arjuna. Un día vio sus hombros cubiertos de cicatrices y recordó que había escuchado decir que Arjuna era ambidextro en el uso del arco y las flechas. Una sospecha estaba tomando forma en su cabeza: « Quizás sea Arjuna », pensaba. Pero el sentido común todavía prevalecía. ¿Cómo puede este yati ser Arjuna? Arjuna no era un sanyasin. Hasta que por fin decidió hablar con él.

Un día Subhadra le dijo:

—He oído decir que has viajado por todo Bharatavarsha. Háblame de los bellos lugares que has visitado.

Arjuna se dispuso a contestarle con mucho gusto. Esto llegó a ser la rutina de cada día. Ella pasaba horas y horas junto a él escuchando su deliciosa voz. Tal y como Krishna había advertido a Balarama su charla era elocuente. Un día, cuando estaban juntos, Subhadra desvió el tema de conversación hacia Indraprastha y dijo:

—En tus andanzas debes haber estado en Indraprastha. Allí vive mi tía Kunti Devi. Debes haber visto a nuestro primo Yudhishthira, los pandavas como sabes, son primos nuestros.

El yati le dijo que se había encontrado con ellos y que los conocía muy bien. Entonces Subhadra le dijo:

—Oí que Arjuna ha estado fuera de Indraprastha y que al igual que tú, debe estar errante por el mundo visitando los lugares sagrados. ¿Te has encontrado alguna vez con él durante tus andanzas?

Arjuna pensó que éste era el momento oportuno. Le sonrió y dijo:

—Oh sí, me he encontrado con él. De hecho, sé dónde está en este preciso momento.

—¿Dónde? —preguntó Subhadra, emocionada al oír que él sabía algo de Arjuna. Entonces Arjuna, dirigiéndose a ella en un tono muy gentil y afectuoso le dijo:

—Arjuna se ha enamorado de la mujer más bella de este mundo y para conseguirla se ha vestido con el atuendo de un yati. Ha estado aquí contigo todo el tiempo. ¿Cómo es que hasta ahora no me habías reconocido?

El rostro de Subhadra se puso rojo de rubor y bajó la vista sin atreverse a mirarle a los ojos. Arjuna le habló del amor que sentía y con voz suplicante le dijo que no podía vivir sin ella. Ella escuchó sin decir una sola palabra, y luego se retiró a su aposento.

Subhadra se puso enferma a causa de su amor por Arjuna. Krishna sabía en qué punto estaban las cosas y sintió que sería conveniente que los dos jóvenes no se vieran durante un tiempo, así que encargó a Rukmini que atendiera las necesidades del yati. Cuando vio el descontento en el rostro de Arjuna, Rukmini no pudo contenerse:

—Lamento que no te agrade mi presencia —le dijo con una sonrisa traviesa.

Arjuna tenía ojos de enamorado. Ella le contó que Subhadra no se encontraba bien y que el motivo de su enfermedad escapaba a los conocimientos de los médicos. La enfermedad de Subhadra era causa de preocupación para Devaki y los demás, así que Devaki se dirigió a Balarama y a Krishna y les contó lo que ocurría. Krishna le sugirió que se fuesen a la isla cercana a adorar al Señor Rudra durante quince días. Él se encargaría de arreglar este asunto. Balarama creyó ingenuamente que esto funcionaría. Todos se fueron a la isla a hacer sus adoraciones, dejando a Subhadra sola. Krishna se las arregló para estar a solas unos instantes con su querida hermana y le dijo:

—Subhadra, escúchame atentamente. Nos vamos a ir todos durante quince días. Tú te quedarás aquí. Ahora voy a hablar con el yati. El duodécimo día contando a partir de hoy será un día propicio. Creo que será el más adecuado para vuestra boda. —Después de decir esto, Krishna se marchó junto con los demás.

Doce días después, Arjuna se dirigió a Subhadra y le dijo:

—Tu hermano Krishna debe haberte dicho que entre todos los días, hoy es aquel en que se hará realidad el deseo más querido de mi corazón. Tú sabes cuánto te quiero. He pasado noches en vela pensando en ti y en este feliz acontecimiento. A nosotros los kshatryas se nos permite casarnos al estilo de los gandharvas. Supongo que estarás de acuerdo con esto.

Subhadra permanecía en silencio, las lágrimas surcaban sus mejillas. Arjuna la consolaba diciendo:

—No tengas miedo, no te preocupes. Te llevaré conmigo a Indraprastha.

Le pidió que consiguiera una carroza tirada por caballos veloces para llevarles allí. La carroza tenía que ir equipada con todas las armas. Ella hizo todo lo que le había dicho. La carroza resultó ser la de Krishna, el cual la había dejado con el expreso propósito de ayudar a Arjuna. Iba equipada con los caballos favoritos de Krishna: Saibya, Sugriva, Valahaka y Meghapushpa. Subhadra vino donde estaba Arjuna y le dijo que todo estaba listo.

Arjuna ya sabía que Subhadra era muy eficiente en el arte de conducir carrozas, por lo que le pidió que tomara las riendas. Arjuna, tras despojarse de las ropas de yati se puso

los atuendos de un príncipe y subió a la carroza. Ahora ya parecía lo que siempre fue. Los amantes estaban preparados para irse y tras un chasquido del látigo de Subhadra los caballos emprendieron la marcha. La carroza avanzaba rápidamente en dirección hacia su destino.

Capítulo XLV

LA BODA DE ARJUNA EN INDRAPRASTHA

Los vigilantes de la ciudad de Dwaraka vieron que un kshatrya se llevaba a Subhadra. Intentaron detener la carroza pero no pudieron porque estaban ya más allá de las afueras de la ciudad y no lograron darle alcance. Pero alguien reconoció al bribón como Arjuna. Se dio la señal de alarma y se anunció a los Vrishnis que el peligro acechaba a Dwaraka. Al oír esto, regresaron todos a la ciudad guiados por Balarama. Les contaron que alguien que se parecía a Arjuna se había llevado a Subhadra. Balarama estaba furioso y mirando a Krishna, el cual permanecía en silencio, le dijo:

—¿Cómo es que no dices nada? ¡Esto debe ser cosa tuya! ¿Por qué permitiste que ocurriera esto?

—¿Crees que fui yo quien permitió que sucediera esto? —dijo Krishna con ojos de asombro—. De hecho te advertí de esta posibilidad, quizá no lo recuerdes, pero incluso te hablé del peligro que suponía dejarles juntos. Ambos eran jóvenes y bellos y yo sabía que iba a pasar alguna cosa parecida. Pero tú no escuchabas nada de lo que yo te decía en contra del yati. Ahora fíjate lo que ha ocurrido. Todo este asunto, mi señor, ha sido obra tuya si es que hay que culpar a alguien.

Balarama respondió:

—Krishna, te conozco de pies a cabeza y me da que has metido baza en este asunto, pero aún no es demasiado tarde. Iremos en persecución de Arjuna; le destruiré y arrasaré toda la ciudad de Indraprastha. Destruiré a los pandavas. —Los ojos del gran Balarama escupían ira, parecía el dios de la muerte.

Krishna se le acercó y trató de tranquilizarle, le habló con su suave voz, dulce y persuasiva, como si estuviera hablando con un niño y le dijo:

—Hermano, no te enfades tanto. Si te empeñas en destruir a los pandavas, nada podrá salvarles. Serían como briznas de algodón en medio del torbellino de un vendaval. No está bien que estés tan contrariado. Reconsideremos lo que ha ocurrido: Subhadra acompañó a Arjuna en total acuerdo con él. Esto salta a la vista pues fue ella quien equipó mi carroza e incluso la condujo. Seguro que ha escogido a Arjuna como su señor, después de todo, mi querido hermano, se trata de Arjuna y no de cualquiera. ¿Qué mejor marido podríamos conseguir para nuestra hermana? Tampoco es un insulto a nuestra familia, pues él es nuestro querido primo y pertenece a la gran casa de los kurus. En

cuanto a su destreza, nadie puede igualarle. Nacido de una buena madre y del Señor de los cielos, es la estrella más brillante en la galaxia del clan de los kurus. Es ciertamente una persona merecedora de la mano de nuestra hermana. Hagamos las paces con él, no nos enfademos. Renuncia a la lucha; no es una vergüenza, es algo muy recomendable. Sigámosle y mostrémosle que no estamos enfadados con él.

Balarama quedó convencido con los argumentos de Krishna, por lo que ambos se fueron en busca de Arjuna. Pero la carroza de los enamorados ya se había alejado demasiado, así que regresaron a Dwaraka. Decidieron esperar allí hasta que Arjuna llegara a Indraprastha. Luego irían allí y desposarían a Arjuna con Subhadra, siguiendo lo prescrito por los ritos religiosos. Y a este efecto comenzaron a hacer los preparativos para irse a Indraprastha.

Mientras tanto, Arjuna ya estaba muy cerca de las puertas de la ciudad. Entonces pensó en Draupadi y lo enfadada que se pondría cuando supiera que había tenido esta aventura romántica en Dwaraka, y le dijo a Subhadra:

—Draupadi es una mujer muy temperamental. Si se entera que eres mi esposa, se enfadará mucho contigo y conmigo. Primero tienes que ganarte su cariño para que después cuando sepa que tú eres mi esposa ya no le importe. Vístete como una pastora. Tienes un aspecto divino con ese atuendo. Ve a las estancias de Draupadi y dile que eres Subhadra, la hermana de Krishna. Ella quedará prendada por tu encanto y tu belleza. Yo iré más tarde.

Por fin llegaron a la ciudad.

Vestida con atuendos rústicos que realzaban su hermosura, Subhadra se dirigió a la casa de Draupadi y se presentó como Subhadra, la hermana de Krishna. Fue recibida con los brazos abiertos. Draupadi la bendijo con dulces palabras:

—Que te conviertas en la esposa de un héroe, que seas madre de un héroe.

Las dos mujeres dialogaron durante horas hablando de Krishna y de la ciudad de Dwaraka, el tiempo transcurría plácidamente mientras ambas conversaban. De repente hubo una repentina conmoción en las calles de la ciudad. Todos gritaban: « ¡Arjuna ha vuelto! » Arjuna llegó al palacio y se postró a los pies de sus hermanos Yudhishthira y Bhima. Luego abrazó cálidamente a Nakula y Shadeva. Les relató sus andanzas y aventuras amorosas y su boda con Subhadra, la hermana de Krishna y Balarama. Luego fue al encuentro de Draupadi, quien le recibió con una amplia sonrisa y le dijo:

—No te preocupes, ya he conocido a la pastora. Es muy hermosa. —Draupadi cogió de las manos a la cohibida Subhadra y le dijo—: ¿Quién podría resistirse a ti y a tu belleza?. Has conquistado mi corazón apenas te vi. ¿Qué posibilidades tenía el pobre Arjuna frente a tus encantos?

Unos días después, llegaron los Vrishnis a la ciudad de Indraprastha con costosos regalos, joyas preciosas y un sin fin de bellos presentes como dote para Subhadra.

Vinieron para celebrar la boda de Arjuna y Subhadra. Todos se quedaron en Indraprastha durante unos días más después de la celebración de la boda. Al cabo de un tiempo, Balarama, junto con todos sus sirvientes y los otros Vrishnis, regresaron a Dwaraka. Krishna, sin embargo, no volvió con ellos. Se quedó en Indraprastha con los pandavas.

Capítulo XLVI

AGNI LE ENTREGA ARMAS DIVINAS A ARJUNA Y KRISHNA

Ya había llegado el verano, y el calor era insoportable. Una mañana de madrugada, antes de que saliera el Sol, Arjuna se dirigió a Krishna y le dijo:

—Krishna, este calor es insoportable. Vayámonos a las orillas del río Yamuna; está muy cerca de aquí. Podemos pasar el día allí y regresar por la noche.

Krishna acogió con entusiasmo la sugerencia. Pidieron permiso a Yudhishthira y se pusieron en marcha hacia las orillas del río donde había un bosque inmenso, llamado Khandava. Era tan denso el follaje de los árboles y la vegetación, que los rayos del Sol no penetraban al interior del bosque. Estaba habitado por animales salvajes y era la guarida de Takshaka, el rey de las serpientes. La apariencia del bosque era aterradora, pero los dos amigos se sentían atraídos hacia él como por una extraña fascinación.

Acamparon en las orillas del río. El tiempo era fresco y muy agradable, invitándoles a pasear por la orilla del Yamuna. Krishna tenía un cariño especial por aquel río, pues fue el paisaje que le vio crecer durante los días de su adolescencia. Recordó la casa de Nanda, el rey de los rebaños. Pensó en su madre Yasoda que estaba en Gokula y lo mucho que ella le amaba. Se acordó de Radha y del lugar donde solían reunirse; era en un remanso cubierto de enredaderas y de jazmines. Krishna suspiró y a continuación le relató a Arjuna los muchos incidentes que le acontecieron en aquellos días y se preguntaba qué podía ser lo que estaría haciendo Radha en aquel momento. Recordó afligido el día en que Akrura vino a Gokula para llevarle a Mathura junto con su hermano Balarama. Todavía estaba fresco en su memoria el recuerdo de la agonía que sintió al tener que despedirse de su amada. Habían pasado los años. Ahora tenía a Rukmini y Satyabhama, a las que amaba. Pero Radha había sido la única mujer que había robado completamente su corazón. Había ocurrido hacía muchos años; pero el tiempo no había logrado dispersar la estela del dolor que dejó atrás aquella partida. El amor de Krishna por Radha seguía tan vivo como siempre. Radha era la estrella del norte alrededor de la cual giraban los pensamientos de Krishna, igual que el mándala de los siete rishis gira en torno a Dhruva. El amor que Radha sentía por él era constante como la estrella del norte. Krishna sabía que nunca se encontraría con ella, sino en el mundo del más allá. Pero eso no era un futuro cercano. Tenían que suceder muchas cosas en el mundo antes de que

pudiera reunirse con Radha. Al igual que el alma anhela encontrarse con su Dios, así de angustioso era su deseo de sentir sobre su frente el tacto de las manos de Radha. Con un suspiro, Krishna sacó de su cabeza esos recuerdos del pasado que rasgaban las cuerdas de su corazón.

El Sol ya había alcanzado su cenit. Ya era casi el mediodía. Habían terminado de comer y el resto del grupo, Draupadi, Subhadra y Satyabhama estaban en las tiendas. Krishna y Arjuna se dirigieron de nuevo hacia la orilla del río. Aquel bosque les tenía fascinados. Ahora se le podía ver claramente. Se sentaron en el tronco de un árbol, en un recodo del bosque. Y cuando ya estaban cómodamente sentados se presentó ante ellos un brahmín. Su silueta era resplandeciente como oro fundido y su barba era roja al igual que sus ojos. Todo él estaba cubierto de un halo rojo, como el Sol al amanecer. Krishna y Arjuna se levantaron y rindieron honores al brahmín, el cual les dijo:

—Estoy hambriento, muy hambriento. Tenéis que satisfacer mi hambre.

A lo que ellos respondieron:

—Dinos lo que deseas y con toda seguridad dispondremos lo necesario para prepa-rártelo. ¿Qué tipo de comida prefieres? El brahmín sonrió y dijo:

—La comida corriente no puede satisfacerme. Yo soy Agni. He estado esperando vuestra venida durante mucho tiempo. He oído hablar de vosotros y sé que sois las únicas personas que pueden hacer realidad mi sueño. He estado intentando una y otra vez devorar este enorme bosque de Khandava, pero nunca lo he logrado. El Señor Indra tiene un amigo llamado Takshaka, que es el rey de las serpientes y este bosque es su morada. Así que, siempre que intento quemarlo, Indra hace caer una densa lluvia y me impide llevar a cabo mi propósito. Vosotros dos sois diestros en el uso del arco y estáis familiarizados con los astras divinos. Si podéis resguardar el bosque de la lluvia mediante vuestras flechas, podré quemarlo todo a mi antojo. Os ruego que me concedáis esta gracia. Krishna y Arjuna estaban sorprendidos por esta petición tan poco usual, pero aceptaron gustosos la aventura. Arjuna le dijo:

—En una cosa tienes razón, yo tengo poder sobre los divinos asirás e igualmente Krishna, por lo que podemos fácilmente contener la lluvia enviada por Indra, pero no tengo un arco suficientemente poderoso para lanzar astras. Necesito un arco fuerte, dotado de cualidades sobrehumanas, para facilitar nuestra tarea. También necesito una aljaba de la que se puedan sacar flechas incesantemente sin vaciarse. Mi carroza tampoco es suficientemente rápida ni resistente para acometer esta empresa. Necesitaré los caballos más veloces del mundo si he de salir con éxito de la defensa de este bosque contra el rey de los cielos. Te aseguro que puedo ayudarte si me suministras los medios que te he mencionado. En cuanto a Krishna, él es más poderoso que todas las armas de los cielos juntas.

Agni recibió con agrado la sugerencia, tras lo cual invocó a Varuna, el señor de los océanos, y le dijo:

—Varuna, tú posees un arco divino que te entregó Soma; también posees dos aljabas que nunca se vacían; por favor, dáselos a Arjuna. Dale también una carroza tirada por caballos veloces. Hoy Arjuna, con la ayuda de Krishna, va a realizar una gran hazaña, te ruego que le proporciones estos medios.

A lo que Varuna respondió:

—Suyos son.

Fue y trajo un hermoso arco, que en el pasado se hizo famoso en este mundo y en los otros, con el nombre de Gandiva. Tenía poderes mágicos. Ningún guerrero de los que lo poseyeron conoció jamás la derrota, era muy hermoso. Luego Varuna le trajo también dos aljabas de las que surgían flechas incesantemente sin agotarse jamás. Asimismo, le trajo una carroza equipada con cuatro caballos blancos, y que tenía un mono como emblema. Los caballos corrían más rápidos que el viento, e incluso que el pensamiento. Esta fue la carroza que ayudó a los devas a ganar la batalla contra los asuras. Brillaba como una nube refulgente atravesada por la luz del Sol. El ruido que hacía la carroza estremeció el corazón de Arjuna.

Arjuna se sentía profundamente agradecido y feliz, humillándose por eso ante los dioses que le habían favorecido. Hizo una pradakshina a la carroza y después de inclinarse ante el arco, cogió el majestuoso Gandiva con sus manos, se colgó las dos aljabas en los hombros y se postró ante Agni. Luego tensó el arco; el sonido de la cuerda era terrible, estremeció a Arjuna como nada le había estremecido hasta entonces. Agni le entregó el chakra a Krishna y le dijo:

—Con este chakra, podrás derrotar a cualquiera. Ningún deva se atreverá a desafiarte. Este chakra tiene por nombre Sudarsana; de hecho, es tuyo. Esta fue el arma con la que antaño conquistaste a los daityas. Ahora vuelve a tus manos después de mucho tiempo.

Varuna también le entregó a Krishna una maza llamada Kaumodaki. Arjuna y Krishna estaban inmensamente complacidos con estos dones. Arjuna subió al carro y le dijo a Agni:

—Ahora que estamos completamente equipados con todas las armas que necesitábamos, podemos enfrentarnos a cualquiera. ¿Por qué deberíamos temer a Indra, entonces?

Agni, que estaba inmensamente complacido, tomó forma de llamas y comenzó la destrucción del gran bosque Khandava. El fuego envolvió el bosque por todas partes.

Capítulo XLVII

EL INCENDIO DEL BOSQUE KHANDAVA

El ruido del incendio podía oírse desde larga distancia. Los dos defensores, Krishna y Arjuna, iban de un lado a otro del bosque cuidando de que ningún ser vivo escapara de las llamas. No había absolutamente ninguna posibilidad de escapar, mientras ellos dos vigilaban el bosque como mensajeros de la muerte. Había aves que intentaban remontarse por encima de las llamas, pero las flechas de Arjuna las alcanzaban y caían de nuevo en el fuego. El incendio había crecido hasta tal punto que ya no era posible apagarlo y hubo una gran conmoción en los cielos. Las noticias de que el bosque de Khandava estaba siendo devorado por Agni llegaron a oídos de Indra. Una comisión de los dioses se presentó ante él para pedirle que detuviera el fuego. Indra no podía creer que Agni hubiera tenido coraje suficiente como para desafiarlo a él y a sus nubes de lluvia, por lo que decidió averiguar cómo había ocurrido.

Desde los altos cielos, Indra vio a su hijo Arjuna y a Krishna dispuestos a ayudar a Agni a destruir el bosque y decidió defender el bosque de aquel holocausto. De repente, el cielo se oscureció con las negras nubes que reunió en un momento. Empezó a llover torrencialmente. No era una lluvia normal. Si bien el fuego parecía ser el voraz incendio que arrasará el mundo entero al final de los tiempos, también el torrente de lluvia parecía el diluvio final. Cada uno por sí solo, podía destruir el mundo. Pero ahora se estaban enfrentando el uno al otro, quizá por eso el mundo podía salvarse. Tal era la intensidad de estas dos fuerzas de la naturaleza. Las lluvias se precipitaban en trombas, pero el calor era tan intenso que las aguas se evaporaban antes de llegar a tierra. Indra, furioso, llamó a Pushkala y Avartaka, sus nubes favoritas. Entonces la lluvia tomó otro cariz; parecían enormes columnas de agua descendiendo sobre la tierra. Arjuna, sin preocuparse por esto, cubrió todo el bosque con una extensa y opaca superficie hecha con flechas, logrando que ni una sola gota pudiera tocar el bosque.

Cuando se produjo el incendio del bosque, Takshaka, el rey de las serpientes se encontraba lejos de allí, pero su hijo Asvasena estaba atrapado en el fuego. Él y su madre intentaban salir del bosque, pero Arjuna no les dejaba. La madre le decía:

—Hijo mío, debes intentar escapar. Yo distraeré la atención de Arjuna para que puedas huir.

Él tuvo que obedecer a su madre, la cual asomándose por encima de la superficie del bosque, atrajo la atención de Arjuna, quien le lanzó tres agudas flechas que hicieron blanco en su cuerpo dándole muerte. Indra, viendo el cariz que tomaban las cosas, hizo caer sobre Arjuna un repentino diluvio que hizo posible que escapara el príncipe de las serpientes. Arjuna, encolerizado por el engaño de que había sido víctima, arremetió contra Indra, el cual utilizó todos los astras divinos que poseía. Le lanzó el Vayavyastra y

comenzó a soplar un viento terrible en un intento de extinguir el fuego. Pero Arjuna supo cómo contrarrestar aquel astra. El combate era terrible. Krishna y Arjuna estaban muy enojados con Indra. Luego, Indra cogió su Vajra con la intención de lanzarlo contra estos mortales que se habían atrevido a desafiarle. Los demás dioses, viendo la ira de Indra, tomaron sus armas para acudir en su ayuda. Y apareció Yama con su maza, Kubera con sus huestes, Varuna con su lazo y Rudra con su tridente. Todos ellos estaban intentando destruir a aquellos dos seres humanos que habían tenido la osadía de luchar contra el rey de los cielos. Mientras tanto, los rishis que allí se habían reunido, contemplaban el combate en total asombro. Indra estaba inmensamente complacido con su hijo. La lucha continuaba, al igual que el incendio del bosque que no parecía menguar, al contrario, creía en intensidad.

Entonces, se oyó hablar una voz desde los cielos que dijo:

—Indra, debes desistir en tu empeño de apagar este fuego pues tu amigo Takshaka no se encuentra dentro del bosque. Además también has ayudado a que su hijo lograra escapar. No te será posible derrotar a estos dos hombres; son Nara y Narayana. Son invencibles. Será mejor que pongas fin a esta agresión antinatural contra tu propio hijo.

Al oír esto Indra dejó de luchar y yendo al encuentro de Krishna y Arjuna dijo:

—Vosotros dos juntos, habéis llevado a cabo una proeza que incluso para los dioses hubiera sido imposible. Podéis pedirme cualquier don pues estoy muy complacido con vosotros.

Krishna sacudió su cabeza suavemente y se quedó junto a él sonriendo mientras que Arjuna, emocionado de ver a su padre, se postró a sus pies y le dijo:

—Por favor, dame todos los astras divinos que posees. A lo que Indra respondió:

—Seguro, te los daré, pero este no es el momento oportuno. Cuando Sankara, el Señor de los Señores te dé su Pasupata, entonces yo te daré mis astras divinos. —Dicho esto, Indra regresó a su morada celestial.

Había un asura llamado Maya, el cual había quedado atrapado en el incendio y estaba intentando escapar de las llamas. Krishna percatándose de esto, levantó su chakra para destruirle y Maya al verlo corrió frenética y desesperadamente a postrarse a los pies de Arjuna, ante quien pidió clemencia y misericordia. Arjuna le dijo:

—No temas, nadie te hará daño.

Krishna, al ver que Arjuna le había concedido la vida, desistió de su intención. El fuego continuó su labor devastadora durante horas, hasta que todo el bosque fue reducido a cenizas. Tras esto, Agni se dirigió a los dos amigos y les dijo:

—Ahora estoy satisfecho. Con vuestra ayuda he podido materializar un sueño que deseaba realizar desde hacía muchos años. Gracias a vosotros he logrado hacer lo imposible. —Dicho esto, les bendijo y desapareció de su vista.

Krishna y Arjuna se encaminaron hacia el río Yamuna buscando el frescor de sus aguas. Allí, la fresca brisa reconfortó sus miembros fatigados. Ahora, el episodio del incendio del bosque Khandava apenas parecía un sueño; así de refrescante era la brisa que venía de las aguas del río, el cual les aliviaba con el mismo cariño que una madre. Krishna y Arjuna se quedaron allí unos instantes y luego se levantaron del tronco del árbol en que estaban sentados con la intención de regresar al campamento y de allí a Indraprastha. El Sol estaba ya ocultándose tras las colinas del oeste; ya era hora de irse y de empezar a hacer los preparativos para el regreso. Las nubes vespertinas parecían incandescentes, iluminadas por el Sol del atardecer, llenando el aire con luces de fiesta. Pronto la cálida noche caería sobre ellos como un manto; tenían que darse prisa.

Libro 2
El salón
(Sabha Parva)

Capítulo I

MAYA CONSTRUYE UN SABHA

Krishna y Arjuna habían dejado el tronco del árbol e iban caminando hacia el campamento. De repente, oyeron la voz de Maya, el cual cayó a sus pies y dijo:

—Por ti me ha sido concedida la vida. Yo soy Maya, el arquitecto de los asuras. Quiero demostrar mi gratitud de alguna forma. Quiero hacer algo por ti a cambio de lo que has hecho por mi vida.

Arjuna le sonrió y le dijo:

—Estoy feliz de haber hecho eso por ti, no quiero ningún beneficio. Tengo como principio no recibir nada a cambio de mis buenas obras. —Ya se iba a marchar cuando otra vez le dijo—: Tú no tienes ninguna obligación conmigo. Ahora somos buenos amigos y para mí es suficiente con eso.

Se giró para marcharse, pero Maya era insistente y le dijo:

—Es justo que digas eso. Yo no quiero darte nada a cambio de tu bondad, sólo quiero hacer algo para demostrar mi gratitud.

Arjuna no estaba dispuesto a aceptar nada de él, pero vio que Maya era sincero y después de recapacitar un poco le respondió:

—No aceptaré nada para mí, pero aceptaré tu ofrecimiento para complacerte. Haz algo que agrade a Krishna. Eso será lo que me agrade a mí.

Maya miró ansiosamente a Krishna y esperó a que él hablara. Krishna, la encarnación de Vishnu, había nacido en la tierra con el propósito de establecer el Dharma y sabía que había llegado el tiempo en que el mundo tenía que ser sacudido para eliminar la presunción de la faz de la tierra. Él era Narayana y Arjuna era Nara. Habían nacido en la tierra para cumplir un propósito. La madre Tierra se le había quejado porque ya no podía soportar el peso del pecado durante más tiempo. Él le había asegurado que vendría para ayudarla. En el ojo de su mente, Krishna vio el futuro del mundo. Vio el campo de Kurukshetra sembrado con los cuerpos de los reyes del mundo. Recordó la

promesa que le hizo a sus queridos sirvientes Jaya y Vijaya; habían nacido en la tierra como Hiranyaksha y Hiranyakasipu, y él los había aniquilado. Luego nacieron como Ravana y Kumbhakarna y nuevamente les había matado. Ahora estaban en su tercera y última vida en la tierra como Sisupala y Dantavaktra. Él tenía que otorgarles la liberación de la esclavitud a la vida humana. Krishna después de pensar en todas estas cosas decidió comenzar el acto de la destrucción.

Krishna pareció reflexionar unos instantes y luego dijo:

—Dices que eres un gran arquitecto; Yudhishthira es muy querido para mí. Estaré muy complacido si construyes un palacio para él. El gran salón de reuniones debe ser único en el mundo. Haz esto para Yudhishthira, y Arjuna y yo estaremos complacidos.

Maya estaba muy feliz de saber que podía hacer algo para ellos y empezó a planear en su imaginación el gran sabha que iba a construir para Yudhishthira.

Llegaron a Indraprastha y relataron a Yudhishthira los emocionantes acontecimientos de ese día. Le presentaron a Maya quien le contó los detalles acerca del salón que quería construirle. Yudhishthira le dio la bienvenida a la ciudad y le rindió honores. Maya estaba muy complacido consigo mismo. Discutió la planificación del gran salón con Krishna y los pandavas. Y en un día propicio, Maya comenzó la construcción del gran palacio, conocido después como el Mayasabha.

Krishna se dirigió a Yudhishthira con la petición de que se le permitiera regresar a Dwaraka. Habían pasado muchos días desde su llegada a Indraprastha, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a dejarle ir. Yudhishthira dijo:

—Mi Señor, tú eres la estrella que guía el barco de nuestra vida hacia puerto seguro. Tú nos has dado todo. ¿Cómo podemos estar de acuerdo en que te vayas de nuestro lado? Tu significas para nosotros nuestra misma vida, tú eres todo. Tú regulas nuestros pensamientos y acciones. Debes estar siempre con nosotros para guiarnos por el sendero recto. Sin ti, estaremos perdidos.

Krishna le volvió a asegurar a Yudhishthira que él siempre estaría con ellos y que vendría a ellos siempre que le llamaran. Luego se despidió de todos uno por uno; de su tía Kunti, de sus hermanos, Draupadi y Subhadra. El carro, conducido por Daruka, estaba a las puertas del palacio. Krishna miró a Subhadra con una sonrisa sarcástica y dijo:

—Supongo que ahora puedo llevarme mi carro. Ha cumplido su propósito, ahora ya no lo necesitas más.

Con estas palabras de despedida, Krishna subió al carro. Subhadra estaba todavía ruborizada. Yudhishthira pidió a Daruka que bajara del carro y se puso él en el asiento del conductor. Y como era su costumbre, Yudhishthira tomó las riendas en sus manos, y condujo el carro por un trecho. Esta había sido su costumbre siempre que Krishna

se alejaba de ellos. Arjuna y Bhima permanecieron de pie, uno a cada lado de Krishna, con mamparas para protegerle del aire. Nakula y Shadeva sostenían con sus manos una sombrilla sobre su cabeza. Estas eran gentilezas por parte de los pandavas, para rendir honores a aquel que era para ellos más querido que sus propias vidas. Krishna aceptó estos servicios con gran afecto. El carro recorrió una cierta distancia y cuando llegaron a las afueras de la ciudad, los pandavas bajaron del mismo y Krishna, después de despedirse afectuosamente de los cinco hermanos, viró el carro y se puso en marcha hacia Dwaraka. Los hermanos permanecieron en pie siguiendo con la mirada el curso del carro hasta verlo perderse en la distancia, pero en sus mentes aún persistía la imagen de Krishna y el carro. Luego regresaron a Indraprastha con sus mentes absorbidas por Krishna.

Maya estaba muy ocupado con los preparativos de la construcción del gran sabha. Se dirigió a Arjuna y le dijo:

—Cerca de las grandes montañas Kailasa y Mainaka hay un lago llamado Bindusaras y en ese lago yo enterré navíos llenos de joyas preciosas que ahora quiero utilizar en la construcción del sabha. Iré allí a buscarlas. Hay una maza que le gustaría mucho a Bhima y también hay una caracola llamada Devadatha que estoy seguro que te gustará.

Maya se despidió de Arjuna y fue al monte Kailasa. Bindusaras era el lugar sagrado donde el río Ganges pasaba a través de los rizos del pelo del Señor Sankara. El agua caía gota a gota, dando así nombre al lago. De este lago salían siete ríos: tres de ellos hacia el este, tres hacia el oeste y el séptimo iba directo hacia Bhagiratha. El lago Bindusaras era un lugar sagrado porque los sabios Nara y Narayana hicieron sus penitencias en sus inmediaciones. Maya llegó al lago y cogió todas las joyas que había guardado allí. También cogió la caracola y la maza. Tenía varios cientos de esclavos para que le ayudaran a llevar las joyas a la ciudad de Indraprastha. Luego regresó y le ofreció la maza a Bhima, y la caracola a Arjuna.

Inmediatamente comenzó la construcción del sabha. Quería hacer el sabha más bello que jamás se hubiera visto en la tierra. Catorce meses le llevó edificarlo. Era en verdad una obra extraordinaria. Superaba en esplendor a Sudharma, el sabha de Indra. En el jardín, las flores florecían fuera o no fuera la época. Había lotos, jazmines, kurakavas, sirishas, tilakas y kadambas; estas flores se daban sólo en ciertas estaciones concretas, pero en el Mayasabha florecían juntas todas a la vez. Los muros del salón destellaban y resplandecían con las piedras preciosas que estaban incrustadas en ellos. Se había construido tan inteligentemente que sólo se podía ver el brillo de las joyas, pero no las joyas mismas, a menos que uno se fijara expresamente. Maya se dirigió a los pandavas y les dijo que el sabha ya estaba terminado. Les llevó dando un paseo y les mostró las peculiaridades del gran salón. Todos quedaron asombrados.

Maya ya se disponía a irse, cuando le dijo a Arjuna:

Tu carro es tan poderoso como el Sol y Agni juntos; tus nobles corceles no tienen rival en el mundo entero y tiene un mono como emblema. De ahora en adelante te harás famoso bajo el nombre de Kapidhvaja y gracias a tus caballos blancos serás conocido por el nombre de Swetavahana. Que triunfes y seas feliz.

Maya y Arjuna se abrazaron. Yudhishthira agasajó a Maya con muchos regalos y se despidió de él.

En un día propicio los pandavas entraron al sabha y distribuyeron pródigamente regalos entre los pobres y los brahmanes. Celebraron una gran fiesta y la ciudad parecía la ciudad de Indra. La fama del sabha se propagó a lo largo y lo ancho del territorio y venía gente de todo el mundo para verlo. Desde las montañas lejanas venían rishis, y también vinieron todos los reyes, todos excepto los hijos de Dhritarashtra. Varios de los jóvenes príncipes que habían venido se quedaron después para aprender de Arjuna el uso del arco. Satyaki era el nombre del más destacado de aquellos estudiantes y su otro nombre era Yudydhana; era primo de Krishna. Allí estaba también Chitrasena, el viejo amigo de Arjuna, que vino a pasar una temporada con los pandavas, los cuales se sentían complacidos por ello.

Subhadra era ahora madre de un niño cuyo nombre era Abhimanyu. Draupadi era madre de cinco hijos, uno por parte de cada uno de los cinco pandavas. El hijo de Yudhishthira era Prativindhya. El hijo de Bhima se llamaba Sutasoma. El hijo de Arjuna era Srutakarman. El hijo de Nakula era Satanika y al hijo de Shadeva se le puso de nombre Srutasena. Kunti estaba segura de que sus hijos estaban bien establecidos y seguros.

Eran bastante poderosos y no era probable que alguien les dañara. Recordó los días que siguieron al incendio de la casa de cera y los meses que pasaron en Ekachakra donde tenían que mendigar la comida. Ya se habían acabado aquellos días oscuros; ya el Sol brillaba sobre ellos. Estaban a salvo de los diabólicos pensamientos de Duryodhana y Sakuni.

Pero esta paz era la calma que precede a la tormenta, y nadie podía saberlo. Apenas unos meses después, los pandavas vagarían de nuevo errantes sobre la faz de la tierra. Iba a comenzar el tercer acto de la tragedia. Hay acontecimientos e incidentes que destacan como hitos históricos en el transcurso de la vida, pero no los reconocemos como tales hasta que tiempo después de haberlos pasado miramos atrás. Así fue la entrada de Draupadi en las vidas de los pandavas, y así fue también la aparición de Krishna en sus vidas. Así iba a serlo igualmente la entrada de Narada.

Capítulo II

LA VISITA DE NARADA A INDRAPRASTHA

Un día el *rishi* celestial Narada vino a la corte de Yudhishthira. Draupadi y los pandavas le dieron respetuosamente la bienvenida. Él, que podía moverse con la velocidad del pensamiento y que conocía diversos mundos, también había oído hablar del Mayasabha y había venido a verlo. Yudhishthira estaba muy feliz de enseñarle el salón. Parecía un niño con un juguete nuevo, y estaba muy emocionado con la idea de mostrarle su esplendorosa belleza. Narada contempló el salón y le expresó su entusiasta aprobación. Luego volvieron al lugar donde se habían encontrado y Narada, que poseía un conocimiento completo de los Vedas y de los Upanishads, de las artes y las ciencias y de la política y la moral, habló largamente y con gran elocuencia sobre todos los aspectos del gobierno de un reino. Dirigiéndose a Yudhishthira le preguntó si gobernaba su reino en consonancia con la religión, la prosperidad, el bienestar y la salvación del alma tal y como lo habían hecho sus antepasados. Después de oír con reverencia las palabras del sabio, Yudhishthira le alabó debidamente y comenzó a contestar sus preguntas diciendo:

—Mi señor, las verdades sobre la moral y la religión que has expuesto una tras otra son justas y apropiadas. En lo que a mí respecta, las observo lo mejor que puedo. En verdad, aquellos actos correctamente realizados por los monarcas de antaño deben ser reconocidos, sin lugar a dudas, como portadores de buenos frutos, habiendo sido realizados por muy buenas razones. Deseo sinceramente seguir la senda virtuosa de aquellos reyes que tenían sus almas bajo un control absoluto.

Después de contestar las preguntas del *rishi* de esa forma, Yudhishthira guardó silencio reflexionando durante un momento. Al poco rato, percibiendo una ocasión propicia, preguntó a Narada ante toda aquella asamblea:

—Mi señor, tú has viajado por los tres mundos y debes haber visto muchos sabhas bellos como éste que yo tengo. ¿Puedes hablarme de ellos?

Narada, mostrando una amable sonrisa le contestó:

—Sí, he visto sabhas parecidos en otros mundos y te hablaré de ellos, pero puedes estar seguro de que el tuyo es el mejor de todos los de la tierra. No hay ninguno que lo iguale. Te describiré los grandes salones de Yama, Varuna, Indra, Rudra y Brahma, que son los más hermosos que he visto.

Narada le habló de la excelencia de los lugares referidos. Primero le habló del sabha de Indra, y le contó que el gran rey Harischandra de la raza del Sol estaba compartiendo el trono con Indra. Continuó después describiendo las otras cortes y cuando llegó a la corte de Yama, Narada le habló de los muchos reyes de la tierra que ahora estaban allí. Era una larga lista encabezada por los nombres de Yayati y Nahusha. Al final de la lista estaban los nombres de los últimos reyes de la dinastía Kuru, tales como Santanu y

Pandu. Luego Narada describió la corte de Varuna y de Kubera, tras lo cual puso fin a sus narraciones.

Yudhishthira permaneció en silencio durante unos instantes y como Narada esperara a que hablara, Yudhishthira dijo:

—Mi señor, he estado escuchando atentamente todo lo que has estado diciendo, y he advertido una cosa: la mayoría de los reyes que eran señores de esta tierra están todos en el sabha de Yama y no en el sabha de Indra, como yo había creído durante todos estos años. También me he dado cuenta de algo más, y es que dices que el amigo de Indra, de hecho su compañero de trono, es el gran Harischandra, el rey de la raza del Sol. Mi señor, ¿qué buenas obras hizo él que no haya hecho mi padre? ¿Debido a qué tiene él el honor de compartir el trono de Indra? Mi padre era el más puro de los hombres, nunca dijo una sola palabra falsa. Era un santo entre los hombres. Quiero que me digas cuál es la razón que justifica ese hecho.

Narada, que había venido a ver a Yudhishthira sólo con ese propósito, le dijo:

—Por supuesto que te lo diré. El rey Harischandra de la raza del Sol era el hijo de Trisanku, el favorito de Viswamitra. Harischandra era un monarca poderoso; había conquistado todos los reinos de la tierra y había realizado el yaga llamado Rajasuya y esa es la razón por la que él fue digno de elección para compartir el trono del mismo Indra. El rey que hace el Rajasuya sobresale como alguien diferente. Yo me encontré con tu padre y me dijo: « Mis hijos son ahora poderosos en la tierra. Y si Yudhishthira hace el Rajasuya, yo y mi abuelo Santanu podremos ir al Indraloka. » Este fue el deseo que tu padre tenía para ti. Yudhishthira, ayudándote de tus cuatro hermanos y teniendo a Krishna de tu lado, lograrás hacer el Rajasuya. Puedes conquistar el mundo entero y harás posible que tu padre y tu antepasado Santanu, junto con sus hijos entren en el sabha de Indra. Sé que no es una tarea fácil, ese yaga se consigue con gran dificultad, pero si hay alguien que puede hacerlo eres tú y solamente tú.

Después de esto Narada bendijo a los pandavas y se marchó.

Capítulo III

EL DESEO DE YUDHISTHIRA

Desde la visita de Narada, Yudhishthira estaba siempre inmerso en sus pensamientos. Hasta ahora la vida de los pandavas había sido tranquila. Yudhishthira nunca había sido avaro y los hijos de Pandu estaban satisfechos compartiendo el antiguo reino de los kurus. Sin duda alguna, habían sido víctima de las injusticias de los kurus una y otra vez. Pero eran buena gente y no estaba en la naturaleza de Yudhishthira el dar cabida al resentimiento. Él era feliz con la tierra que le había dado su tío y quería evitar disputas, así que aceptó aquella tierra estéril. Y gracias a Krishna aquella tierra estéril llegó a ser

fructífera, y como fue Indra quien lo hizo, llamaron a aquel lugar Indraprastha. Estaban muy felices y contentos: el sabha que Maya había construido era una gran fuente de alegría para Yudhishthira, que ahora llevaba una vida pacífica. Su vida era un lago en calma, en el que Narada había arrojado una piedra enorme que estaba provocando nuevamente el oleaje en sus aguas. Pensamientos de conquista, hasta ahora extraños en la mente de Yudhishthira comenzaban a pasar día tras día por su mente. El hecho de que su padre le hubiera pedido que realizara el Rajasuya era ya suficiente para que este rey, amante de la paz, comenzara a pensar en conquistas. Así pues, sometió a consideración este asunto en la sala de consejeros. Todos estaban muy entusiasmados con esa idea.

Yudhishthira mandó llamar a Krishna. Krishna era su guía y amigo, así que tenía que consultarlo con él antes de tomar ninguna decisión. Un mensajero fue a Dwaraka, se presentó ante Krishna y le dijo:

—Yudhishthira quiere que vayas a Indraprastha, te necesita allí. Krishna dejó a Balarama y a los otros y se apresuró poniéndose en camino hacia Indraprastha. Yudhishthira le recibió con los brazos abiertos; tan cálida fue la acogida que Krishna se sentía como si estuviese entre sus hermanos. Después de descansar un poco, fue al salón donde le estaban esperando.

Yudhishthira le expuso el motivo por el que estaba preocupado día y noche, le relató la visita de Narada y los deseos de su padre Pandu. Después de contárselo con todo detalle le dijo:

—Krishna, tú eres mi verdadero amigo y buen consejero. Los demás se muestran muy optimistas respecto a este asunto, pero quizá lo hacen para darme ánimos. No sé, pero tú eres diferente, tú me dirás la verdad. Tú estás más allá de los deseos y de los apegos. Tú puedes verlo todo con la luz blanca y clara de la verdad y esto es lo que ahora quiero; por favor, aconséjame. Me encuentro realmente confuso.

Krishna permaneció serio por unos momentos; estaba callado. Empezó a considerar los poderes de todos los kshatryas y dijo:

—No me preocupa ninguno excepto un rey llamado Jarasandha al que tú conoces. Él será el oponente más difícil de derrotar, no será nada fácil ya que Sisupala, el hijo de Damaghosha es muy amigo suyo. También está Dantavaktra, que es un aliado de Jarasandha, al igual que Bhagadatta, Rukmi, el hijo de Bhishmaka, y Paundraka Vasudeva. Tiene amigos en todas partes y casualmente Jarasandha es un enemigo declarado de la casa de los Vrishnis. Como ya sabes, yo maté a mi tío Kamsa, el cual era yerno de Jarasandha, así que Jarasandha me ha odiado desde entonces y no hemos podido matarle. Ha combatido con nosotros dieciocho veces; hemos luchado contra él en varias ocasiones, pero nunca pudimos derrotarle. De hecho empezamos a tener miedo de sus frecuentes ataques, así que dejamos la ciudad de Mathura y construimos la de Dwaraka. Allí, protegidos por la montaña Raivataka por un lado y el mar por el otro,

nos sentimos seguros de Jarasandha y de sus ataques, ya que su colina, Girivraja, está a 100 yojanas de distancia de la nuestra. Al vernos establecidos en Dwaraka, este hombre arrojó su maza sobre nuestra ciudad, y la lanzó con tanta fuerza que viajó una distancia de noventa y nueve yojanas y quedó incrustada en el suelo. Después de aquello ya no nos ha vuelto a molestar más. Ya te he dicho los nombres de los reyes que son sus amigos. Ahora te diré otros que probablemente se aliarán también con él, como por ejemplo Duryodhana, tu dulce primo. En cuanto sepa que sois enemigos, él se pondrá del lado de Jarasandha. Seguro que Duryodhana le prestará su ayuda, lo cual quiere decir que todas las huestes kurus con Bhishma, Drona y Kripa, tendrán que apoyarle, incluso aunque los ancianos se nieguen a luchar movidos por su amor hacia ti. ¿Qué me dices de Radheya? Él siempre está esperando una oportunidad para luchar contra Arjuna y destruirle para complacer a su amigo. Radheya tiene en su poder todos los astras divinos que obtuvo de Bhargava y fue capaz de derrotar a Jarasandha. Es superior a él. Con un equipo tan formidable de enemigos no tienes ninguna posibilidad en absoluto de hacer el Rajasuya. Jarasandha ha capturado a noventa y ocho reyes y los tiene prisioneros, pues tiene la idea de hacer un sacrificio de cabezas reales al Señor Sankara; está loco. Pero es demasiado poderoso para ser ignorado contando con que va a ser derrotado. Mientras Jarasandha esté vivo, tus esperanzas de hacer el Rajasuya son ciertamente escasas, pero si logramos matarle, no habrá nada por lo que preocuparse, ya que los otros reyes, al verle muerto, no tendrán el valor de desafiarte a ti ni a tus hermanos. Definitivamente este es mi parecer: piensa una forma de matar a Jarasandha y el resto será fácil.

Yudhishthira abandonó la idea de llevar a cabo el Rajasuya, no estaba hecho para ello. Dijo:

—Krishna, nadie hubiera podido describir la situación con tanta claridad, ni darme tan buen consejo. Te estoy muy agradecido por ello, pero yo no estoy hecho para estas conquistas. Recuerda las vidas de todos los grandes reyes que han gobernado este mundo. Aquellos que llegaron a ser realmente grandes, fueron los reyes amantes de la paz. Veo que la política de la paz es la cosa más deseable en este mundo. Desistiré de esta idea; vivamos en paz.

Bhima, sin embargo, no estaba de acuerdo con esto y dijo:

—Mi querido hermano, cualquiera de las grandes empresas parece difícil al principio; esto no debería afectar nuestro ánimo ni entusiasmo, pues lo que no puede alcanzarse mediante la fuerza, puede alcanzarse mediante la sabiduría. Si cuento con la ayuda de nuestro amadísimo Krishna ideando los medios y la mejor forma de hacerlo, y contando también con el apoyo de Arjuna, creo que podré matar a Jarasandha. Nosotros tres juntos, podemos conseguirlo. Teniendo a Krishna de nuestro lado, no creo que se pueda pensar siquiera en la derrota. Eres demasiado tranquilo, yo creo que será fácil matar a Jarasandha. Krishna le respondió:

—No, Bhima, no es tan sencillo como tú crees. Jarasandha es un gran devoto de Sankara, y los dioses le favorecen. De hecho, es un hombre muy justo y generoso, y se ha ganado el afecto de muchos reyes. Pero, si le matas, además de realizar el Rajasuya, habrás salvado las vidas de los reyes que él tiene cautivos para sacrificarlos a Rudra. Merece la pena considerar este asunto.

Yudhishthira rehusó afrontar la idea y dijo:

— No, Bhima y Arjuna son mis dos ojos y tú, Krishna, eres mi mente. ¿Qué sentido tendría vivir si os pierdo a vosotros tres? Creo que la cosa más sensata será que abandone completamente esta idea.

Arjuna dijo:

—Hermano, ¿por qué hemos de tener miedo? Hemos nacido de una raza de kshatryas y somos guerreros. Estamos familiarizados con el arte de las armas y también hemos aprendido el uso de los astras divinos. Nunca nos hemos desviado del camino del Dharma y, sin duda alguna, Jarasandha es muy poderoso, pero no es justo. Un rey que usa su fuerza para perseguir reyes más débiles, no puede ser favorecido por los dioses. Ese es mi sentimiento. Su valor pierde toda eficacia si no es justo. No debe ser difícil destruir a un hombre como éste; Dios favorecerá al hombre que tenga al Dharma de su lado. Nuestro deber es destruir a Jarasandha y liberar al mundo de un monstruo tan poderoso. Estamos seguros de tener éxito en nuestra empresa. Envíanos a los tres a Magadha. Después de que matemos a Jarasandha, Nakula, Shadeva, Bhima y yo nos iremos a conquistar el mundo entero y lo pondremos a tus pies.

Krishna estimando los entusiastas comentarios de Bhima y Arjuna, dijo:

—Las palabras de Bhima y Arjuna son las que corresponden a los grandes guerreros. Yudhishthira, en este mundo vivimos sólo por poco tiempo, la muerte es algo inminente. Puede que venga en pleno día o en la oscuridad de la noche. El hecho de no luchar, no hace a nadie merecedor de la inmortalidad, por eso en este corto tiempo de vida, el hombre debe decidir rápidamente lo que va a hacer. No hay tiempo para titubear o para considerar los pros y los contras. No hay tiempo para que esta mente entre en dualidades. Debemos tomar pronto una decisión. Yudhishthira, tenemos que intentar encontrar a Jarasandha y luchar contra él. Intentaremos llegar al país del enemigo y le desafiaremos. Entraremos, sin haber sido invitados, en la morada del enemigo. Trataremos de realizar nuestra ambición y si ganamos, tú serás el señor de esta tierra. Y si fracasamos, alcanzaremos el cielo que se reserva para aquellos que perecen en la lucha. De cualquiera de las dos formas, la vergüenza no mancillará nuestros nombres.

Después de oír esto, Yudhishthira dijo:

—Krishna, cuéntame más cosas de Jarasandha. ¿Qué le hace ser tan poderoso como para poder desafiarte a ti? ¿Cómo es que cuando estuvo cerca de ti, no fue destruido

como una polilla que coquetea con una llama? No me cabe en la cabeza que no hayas podido derrotarle.

Capítulo IV

JARASANDHA

KRISHNA contó a Yudhishthira la siguiente historia:

« Hubo una vez un poderoso rey llamado Brihadratha que gobernaba el reino de Magadha. Le había sido concedido todo lo que un kshatrya podía desear. Tenía su ciudad principal a los pies de la colina llamada Girivraja. Era un hombre muy justo, y su fama se extendió por todo el mundo como los rayos del Sol envuelven a la Tierra. Se desposó con las princesas de Kasi que eran gemelas. La única desgracia en la vida del rey era que no había tenido un hijo para continuar su descendencia. Esto le hizo perder todo interés por la vida, así que se retiró al bosque con sus esposas. En aquel bosque vivía un rishi llamado Chandakausika, a quien el rey adoró con mucha reverencia. Complacido con su devoción, el rishi le preguntó el motivo por el que había renunciado al mundo a una edad tan temprana. El rey le contó todo y el rishi se apiadó de él. De repente cayó sobre sus rodillas un mango, el fruto provenía del árbol bajo el cual estaban sentados. Y, tomando la fruta en su mano, Chandakausika dijo:

»—Cuando tu esposa coma esta fruta, te dará un hijo. No te quedes aquí en el bosque, regresa a tu reino y gobiérnalo bien.

»El rey cortó la fruta en dos y dio una mitad a cada una de sus mujeres. Pasado un tiempo, dieron a luz la mitad de un niño cada una. Todo el palacio se sentía horrorizado por las monstruosidades que habían nacido, y la comadrona envolvió los trozos separados del niño y los arrojó afuera de las puertas de la ciudad. Aquella noche, estaba buscando comida un rakshasa cuyo nombre era Jara, el cual se encontró los dos pedazos del niño. Estaba muy contento pensando que iba a comerse aquella tierna carne humana que había encontrado. Mientras se llevaba las dos mitades, ocurrió que ambas se juntaron. Sucedió un auténtico milagro, el cuerpo, ahora íntegro, había tomado vida. Se quedó atónito al contemplarlo. Le daba pena matar al bebé, así que lo llevó al rey y le dijo:

»—Aquí tienes a tu hijo —y le contó todo lo que había ocurrido.

»El rey estaba tan feliz y complacido con él, que le puso al niño el nombre de Jarasandha, ya que fue unido por Jara. Más tarde, el sabio Chandakausika visitó al rey y le dijo que su hijo estaba dotado de poderes divinos y que no podría ser aniquilado por una persona normal, pues Jarasandha sería el devoto favorito del señor Sankara. »

Krishna continuó:

—Se cuenta que Jarasandha ha visto en persona a Sankara, el señor de los señores. ¿Quién puede desafiar a un hombre tan agraciado? —Yudhishthira permanecía en

silencio. Krishna continuó—: Ya te hablé de la maza que él lanzó a nuestra ciudad desde la cima del Girivraja. Debo también decirte que esta maza era la base de su fuerza. Intentó en vano arrancarla del suelo y ahora, sin la maza, Jarasandha es vulnerable. Ya no es invencible como lo era antes. Ahora es posible combatir contra él.

Yudhishthira no estaba dispuesto a luchar contra él, pero Bhima y Arjuna estaban muy decididos a hacerlo. Krishna dijo:

—Es imposible derrotar a su ejército. Ni siquiera Indra, con sus huestes celestiales, podría lograrlo; pero tengo el sentimiento de que Bhima podría matarle en un combate singular. Envíanos a los tres. Como dijo Bhima, combinaremos nuestros recursos y confeccionaremos un plan. Deja que tus hermanos vengan conmigo, yo cuidaré de ellos. Estamos seguros que regresaremos victoriosos.

Por fin Yudhishthira quedó convencido y aprobó el plan. Krishna, Bhima y Arjuna salieron en dirección al gran reino de Magadha. Cruzaron el río Sarayu y luego otro llamado Gandaki. Después continuaron hacia Mithira y tras cruzar la frontera de la ciudad, prosiguieron en dirección a Magadha. Llegaron a las orillas del Ganges y, al cruzarlo, divisaron en la lontananza la colina de Girivraja. Enseguida llegaron a la ciudad principal. Vieron un templo inmenso dedicado a Sankara, donde adoraron al Señor. Se vistieron como snatakas, así se llamaba a los que habían acabado el período de educación, ya no eran bramacharyas, pero todavía no eran grihasthas. Tan pronto como entraron en la ciudad, aparecieron signos de malos augurios, que aseguraban calamidades para el rey. Krishna y Arjuna, vestidos con alegres atuendos, entraron en la ciudad. En sus cuellos llevaban guirnaldas de flores y sus cuerpos estaban perfumados con pasta de sándalo. Los extranjeros llamaban la atención por sus ropajes y apariencia poco comunes. Vestían como brahmanes pero tenían aspecto de kshatryas. Las gentes de la ciudad estaban perplejas ante estos extraños que caminaban como leones.

Entraron en el palacio del rey saltando por encima del muro; no entraron por la puerta. Jarasandha estaba ocupado en sus adoraciones por lo que les envió leche y miel y les pidió que esperaran hasta media noche. Entonces Jarasandha se les acercó y les rindió honores. Luego les dijo:

—Parecéis snatakas, pero vuestro aspecto contradice tal apariencia. Usáis flores y perfumes que no se le permite usar a un snataka. Habéis entrado en mi palacio de una manera muy peculiar; los amigos acostumbran a entrar por la puerta, únicamente los enemigos entran de esta forma. Además, me han dicho que no habéis aceptado la leche y la miel que os envié. Quienquiera que seáis, sois bienvenidos a mi ciudad. Pero ahora, al menos tenéis que aceptar la veneración de la que debe ser objeto un brahmín. Si sois o no brahmanes, aún está por ver, yo creo que sois kshatryas. Vuestros hombros están marcados igual que los hombros de un arquero. Siento que por alguna razón que

desconozco os habéis disfrazado. Por favor, decidme la verdad. ¿Quiénes sois y qué queréis de mí?

Krishna dijo:

—Jarasandha, estás en lo cierto al suponer eso. Estamos aquí como enemigos tuyos. Entramos en tu casa saltando por encima del muro porque hemos venido a desafiarte. No aceptamos tu hospitalidad ya que no estamos en disposición amistosa hacia ti. Los kshatryas son famosos por sus proezas, y no por sus dulces palabras. Hemos venido con la intención de luchar contra ti.

Jarasandha estaba intrigado y dijo:

— Ni siquiera os conozco, ¿cómo podéis decir que sois mis enemigos? Yo tengo muchos enemigos, eso es cierto, pero les conozco a todos. Si vosotros sois enemigos míos, sed tan amables de comunicarme el motivo de vuestra enemistad y quiénes sois.

Krishna dijo:

—El motivo de nuestra enemistad, es tu forma tan injusta de hacer prisioneros a los reyes para sacrificarlos a Rudra, no podemos tolerar tu crueldad. Estamos aquí para restablecer los derechos de estos reyes indefensos. ¿Cómo esperas alcanzar el cielo asesinando a tu prójimo? ¿Cómo puedes complacer al señor del Dharma cometiendo acciones tan pecaminosas como aniquilar a tus compañeros kshatryas? En cuanto a tu ignorancia sobre nuestra identidad, pronto quedará esclarecida. No pretendemos ocultarte nuestra identidad. Este es Arjuna, el tercer pandava. Este es Bhima, el hermano que le sigue a Yudhishthira y yo soy Krishna, tu antiguo rival. Hemos venido a desafiarte en combate singular. Puedes elegir a cualquiera de nosotros tres para luchar.

Jarasandha se rió a carcajadas durante largo tiempo y mirando a los ojos de Krishna con jactancia le dijo:

—Así que tú, que has huido de mí dieciocho veces y que ahora te escondes detrás de la colina Raivataka tienes ahora el coraje de desafiarme en mi propia casa. Me causa risa tan sólo el pensar que te hayas atrevido a presentarte delante de mí. Hablas como las nubes de otoño que truenan sin soltar ni una gota de lluvia. Recuerda que yo no soy Kamsa, a quien mataste de forma tan traicionera. Yo soy Jarasandha, el agraciado de los dioses. No temo a nadie. Si has venido aquí deseando luchar, con toda certeza voy a complacerte. Pero no lucharé contra ti, Krishna, tú eres un cobarde. Está por debajo de mi dignidad el luchar con un inferior. En cuanto a Arjuna, todavía es un niño. No es correcto combatir con alguien que es más débil. Sin embargo, este joven llamado Bhima, parece tener buena talla. Parece ser merecedor de combatir conmigo. Lucharé contra él.

Jarasandha estaba seguro de su victoria, pero debido a que los malos augurios aseguraban desgracias, realizó antes la coronación de su hijo Shadeva, y luego comenzó a luchar con Bhima.

El combate continuaba. Ambos estaban igualados en fuerzas. No podía decirse que uno fuera mejor luchador que el otro. Lucharon sin cesar durante catorce días y catorce noches. Krishna y Arjuna permanecían de pie, junto a muchos otros, observando el combate. Ninguno de los dos se aventajaba. Parecía que ninguno podía ser abatido. Pero poco a poco, Bhima comenzó a dominar la situación. Krishna le arengaba diciendo:

Bhima, recuerda quién eres, recuerda a tu padre. Eres el hijo de Vayu, piensa en él y adquirirás una fuerza con la que podrás mover montañas. Tú eres el más fuerte y poderoso de todos los kshatryas. Puedes romperle en pedazos si quieres.

Al oír esto, Bhima rogó a su padre que le diera fuerza y continuó luchando con renovado vigor. Lanzó por los aires a Jarasandha y cogiendo con cada brazo una de sus piernas mientras caía, le desgarró en dos pedazos. Sintió que por fin ya lo había logrado. Se volvió hacia Krishna y Arjuna y al ver sus rostros atónitos se giró y observó lo que ellos estaban viendo. Las dos mitades del cuerpo del rey se aproximaban la una a la otra y poco después el rey se levantaba íntegro del suelo como si nada hubiera ocurrido. Aquella escena sembró el terror en los corazones de Bhima y Arjuna, pues Jarasandha, después de aquello, parecía ya invencible.

El combate se reanudó. Krishna miró a Bhima sonriéndole y en un momento propicio atrajo su mirada. Krishna tenía una pequeña hoja de una planta en su mano y la partió en dos pedazos, luego le dio la vuelta a uno de los trozos y tiró uno a cada lado. Bhima captó lo que Krishna intentaba decirle. De nuevo arrojó a Jarasandha por los aires y cogiendo al rey por las piernas según caía lo desgarró en dos pedazos y arrojó las dos partes a diferentes extremos del salón, de tal forma que una pierna se correspondía con media cabeza. De este modo las dos mitades ya no podían volver a unirse. Jarasandha el favorito de Sankara, estaba ahora muerto.

En el palacio cundió el pánico, nadie sabía qué hacer. Los tres héroes tranquilizaron a todos diciéndoles que no iban a hacerles daño. Subieron al carro de Jarasandha y se dirigieron a la cima de la colina Girivraja, donde encontraron muchas celdas en las que los reyes estaban prisioneros y les liberaron a todos. Los reyes estaban mudos de gozo. Krishna les dijo:

—No queremos nada a cambio de esto. El gran Yudhishthira, rey de Indraprastha, va a realizar el Rajasuya. Quiero que estéis presentes allí como amigos y aliados del rey. Esto es lo que queremos de vosotros.

Todos estaban muy contentos de poder acceder a sus peticiones. Krishna, Arjuna y Bhima regresaron al palacio de Jarasandha, donde se encontraba Shadeva, el hijo de Jarasandha. Krishna se dirigió a él, y tomando su mano derecha con la suya le dijo:

—No temas, tu padre era un gran hombre, pero utilizó su grandeza de forma equivocada y por eso tuvo que ser aniquilado. Ahora tú ya has sido designado como rey. Debes combinar el valor de tu padre con tu bondad y gobernar tu reino con justicia.

Le habló al joven príncipe del Rajasuya y le pidió que asistiera. Shadeva escuchó atenta y respetuosamente las palabras de Krishna, y acordó asistir al Rajasuya. Bhima había logrado lo imposible. Y emprendieron su viaje de regreso a Indraprastha. Grande fue el gozo de Yudhishthira al verles vivos y salió a recibirles con los brazos abiertos. Les abrazó uno por uno, con lágrimas en los ojos. Krishna dijo:

—Yudhishthira, la única espina que había en tu camino hacia el éxito ha sido eliminada por Bhima. Ahora el camino está libre. Ya puedes realizar el Rajasuya sin ningún impedimento.

Yudhishthira quería que le contasen todos los detalles del combate, así que se lo relataron. Bhima le contó el milagro de que Jarasandha volviera a la vida a pesar de haber sido desgarrado en dos pedazos. Era una narración espeluznante, y Yudhishthira vivió el horror y la victoria que obtuvieron los tres durante aquellos terribles días.

Krishna se disponía a marcharse a Dwaraka cuando dijo:

—Me complace saber que mi viaje a Indraprastha no ha sido en vano. Volveré pronto. Mientras tanto envía a cada uno de tus cuatro hermanos a los cuatro puntos cardinales y que regresen después de haber hecho sus conquistas. Regresaré con todo el clan de los Vrishnis, pero ahora debo irme.

Los pandavas tuvieron que acceder.

A Krishna le agradaba pensar que los Vrishnis ya no necesitaban temer más a Jarasandha. Él quería contarles todo personalmente. Aquel era en parte el motivo de regresar a Dwaraka. Se apresuró por llegar a la ciudad, su corazón estaba rebosante por la fortuna que les había sobrevenido. Krishna estaba muy feliz.

Capítulo V
LAS CONQUISTAS DE LOS CUATRO PANDAVAS

La ciudad de Indraprastha se hallaba en vilo; la gente estaba muy emocionada por el hecho de que Yudhishthira fuera a realizar el Rajasuya. Los preparativos ya estaban en plena marcha. Vyasa estaba allí para prestar a Yudhishthira su valiosa ayuda. Se decidió enviar a los cuatro hermanos a los cuatro puntos cardinales de la tierra. Arjuna escogió el norte, Bhima el este, Shadeva el sur y Nakula el oeste. Arjuna, tras haber conquistado los países que encontró en su camino, se dirigió al reino de Salva a quien derrotó fácilmente. Continuó avanzando sin conocer la derrota. Se había hecho famoso bajo el nombre de Vijaya. Luego, Arjuna llegó a la ciudad llamada Pragyotisha gobernada por el gran Bhagadatta, el cual era amigo de Indra. Era un alma noble y uno de los pocos a quienes debían respeto tanto jóvenes como mayores. También los devas le respetaban. Era un hombre justo y bueno. Arjuna y Bhagadatta lucharon durante ocho

días y ocho noches hasta que Bhagadatta fue derrotado. Entonces se dirigió a Arjuna con una amistosa sonrisa y le dijo:

—Yo fui un gran amigo de tu padre. Me complace contemplar tu valor que ha logrado incluso abatirme. Dime, ¿qué es lo que debo hacer por ti?

Arjuna le rindió honores, se postró ante él y le habló de su hermano y de las esperanzas que tenía de realizar el Rajasuya. Luego invitó al experimentado guerrero a ir a Indraprastha a lo que Bhagadatta accedió con sumo agrado.

Después, Arjuna se dirigió a la colina Ramagiri, la cual había sido santificada porque el Señor Rama, en sus andanzas, había permanecido allí durante unos cuantos días. Las aguas también eran santas, pues la princesa Sita se había bañado en ellas. Allí Arjuna tuvo que pelear con los famosos hermanos Trigarta, encabezados por Susarroa. Arjuna logró vencerlos, pero fue allí donde nació la gran enemistad entre Arjuna y los trigartas, que duró hasta el mismo final de la gran guerra que tendría lugar tiempo después. A partir de aquel momento se llamaron a sí mismos los samsaptakas, habían jurado que algún día destruirían a Arjuna. Eran muy amigos de Duryodhana. Arjuna les dejó y prosiguió su viaje en dirección al norte, hasta que llegó a los límites de aquella tierra desde donde vio la cima del monte Meru, el rey de todas las montañas. Vio la cima del monte resplandeciendo bajo el Sol de la mañana como una alhaja de oro. La cumbre estaba oculta difuminándose detrás de un brillante destello de muchos colores. El resplandor de la montaña podía verse desde varias millas a la redonda. La orgullosa cima, envuelta en los rayos del Sol parecía desafiar al mismo astro rey devolviéndole todos sus rayos después de embellecerse con su gloria. Era un espectáculo sublime. La cumbre parecía perforar el firmamento y alcanzar los cielos. Arjuna permaneció de pie durante largo tiempo en frente del grandioso gigante, con su mente sobrecogida por una humildad para él hasta entonces desconocida. Se postró ante él y, muy en contra de su voluntad, prosiguió su camino, confiando que algún día en un futuro lejano pudiera regresar a aquel lugar. En las laderas de la parte sur del monte Meru crecían unas enredaderas llamadas Jambu. Toda la ladera estaba cubierta de ellas, las cuales siempre estaban repletas de unas flores que eran las favoritas de los siddhas que frecuentaban el lugar. Aquellas enredaderas eran tan características de aquel lugar, que los siddhas y los charanas denominaban aquella zona con el nombre de Jambu Dvipa y por eso le dio ese nombre a Bharatavarsha. Después de ver las enredaderas de Jambu, continuó hasta el monte Ghandamadana, desde donde comenzó su viaje de regreso. Después de una agradable estancia llena de aventuras, regresó a Indraprastha. Por dondequiera que pasaba le ofrecían joyas riquezas y regalos de incalculable valor. Fue entonces cuando le pusieron el nombre de Dhananjaya.

Bhima había emprendido su marcha en la dirección al oriente. Cruzó el reino de Panehala y llegó a Mithila, donde fácilmente venció al rey de aquel país. Luego se

dirigió a Chedi, donde se encontró con Sisupala y le habló del Rajasuya que iba a realizar Yudhishthira. Sisupala le recibió con todas las muestras de afecto y le dijo que con toda certeza estaría presente para aquella gran ocasión. Bhima continuó hacia Kosala, Ayodhya y muchos otros reinos, conquistándolos todos. Luego fue a Girivraja donde fue agasajado por Shadeva, el jovencísimo rey de Magadha. Después de contarle lo del Rajasuya, Bhima puso fin a sus conquistas y regresó a Indraprastha, cargado de riquezas del oriente.

La gira de Shadeva tuvo también mucho éxito. Derrotó al famoso rey conocido con el nombre de Dantavaktra. Otro de los poderosos reyes que sometió fue Sreniman. También venció a Vinda y a Anuvinda de Avarji. Luego fue a la ciudad Mahishmati y luchó contra el rey Nila. Conquistó todos los reinos del sur.

Shadeva quería ganarse la amistad del rey rakshasa Vibhishana y se acordó de su sobrino Ghatotkacha, quien apareció ante él y le dijo:

—¿Qué deseas de mí?

Shadeva le abrazó cariñosamente y le dijo:

—Ghatotkacha, quiero que vayas a Lanka, la capital de Vibhishana, que es el hijo de Pulastya, cuyo hermano era Ravana. Quiero que le invites a asistir al Rajasuya.

Ghatotkacha se dirigió a Lanka y por el camino vio el puente que había sido construido por Shri Rama para cruzar las aguas que separan la India de la isla de Lanka. Se postró ante él y continuó su camino, hasta que llegó a la capital de Vibhishana. Se dirigió al palacio del rey y se presentó ante los guardianes anunciándose como el sobrino de Yudhishthira, el rey pandava.

—Decidle a vuestro rey —dijo—, que en la gran Bharatavarsha, los grandes pandavas, amigos de Krishna, gobiernan en Indraprastha. Yudhishthira, el mayor de los pandavas, piensa realizar el Rajasuya. Yo he sido enviado por Shadeva, su hermano más joven con un mensaje para vuestro rey.

Llevaron su mensaje al rey, tras lo que Vibhishana ordenó que le trajeran a su corte. Ghatotkacha contempló al gran Vibhishana y recordando que era un devoto del Señor Rama de la casa ikshwaku, se postró y permaneció ante él respetuosamente en silencio. Mirando el rostro bondadoso y noble de Vibhishana, Ghatotkacha se acordó de su propio tío Yudhishthira, ambos tenían un gran parecido. Ghatotkacha fue recibido con dulces palabras y Vibhishana le dijo:

—Eres bienvenido a Lanka. Háblame más de los pandavas; me gustaría saber todo sobre ellos y especialmente de Yudhishthira, quien según dicen es el hijo del Dharma.

Ghatotkacha estaba muy feliz de poder hablar de sus tíos y de su padre. Le dijo que su padre era el hijo de Vayu, y le contó todo acerca de los pandavas y de su valentía. Vibhishana estaba complacido de oír hablar de los pandavas de su bondad, de su valor

y de su amor por Krishna. Le entregó muchas joyas y costosos regalos y, después de honrarle como enviado de un gran monarca, le mandó de regreso. Shadeva estaba muy complacido con su sobrino por haber llevado a cabo su misión de forma tan brillante. Luego Shadeva fue al reino Pandya y llegó a la ciudad de Chitrangada, la esposa de Arjuna, quien le recibió con gran afecto. Su padre estaba muy contento de ver al hermano de Arjuna y le enseñó a Babhruvahana, el hijo de Arjuna y Chitrangada. Shadeva también les invitó a asistir al Rajasuya, y con esto concluyó su gira y regresó a Indraprastha, cargado con los regalos de todos los reyes que había conocido.

Mientras, Nakula ya había regresado después de una victoriosa gira por el occidente. Se había encontrado con los Vrishnis en Dwaraka. Había invitado a Vasudeva, el padre de Krishna y también a Balarama. También invitó a asistir al Rajasuya a los héroes de la casa de los Vrishnis. Krishna llegó poco después y trajo consigo miles de regalos para agasajar a Yudhishthira, quien los recibió lleno de gozo. Krishna y Vyasa hicieron todos los preparativos para el Rajasuya. Vyasa realizó los ritos preliminares y se enviaron mensajeros para invitar a todos los reyes. Yudhishthira encargó a Nakula que fuera a Hastinapura para invitar a los ancianos Bhishma, Drona, Dhritarashtra, Bahlika, Somadatta, Bhurisravas y también a los hijos del rey. Le pidieron a Nakula que invitara a cada uno de ellos individualmente, de parte de Yudhishthira. Querían que el noble Radheya y Sakuni con todos sus hijos fueran invitados personalmente. Nakula llegó a Hastinapura donde fue afectuosamente recibido por Bhishma y todos los ancianos. Les habló respetuosamente del deseo de Yudhishthira de realizar el Rajasuya y les contó a todos, uno por uno, que su hermano estaba ansiosamente esperando su pronta llegada a Indraprastha. Dicho esto, regresó a Indraprastha con las bendiciones de todos ellos.

Los invitados comenzaron a llegar uno tras otro. Allí estaban todos los reyes y la ciudad estaba llena de hermosas mansiones que habían sido especialmente edificadas para el alojamiento de los muchos príncipes. Parecía la ciudad de los dioses. La riqueza se había literalmente volcado en las arcas de Yudhishthira. Krishna había pedido a Duryodhana que estuviera a cargo de la tesorería. Duryodhana pudo ver el homenaje de que eran objeto los pandavas y su gloriosa posición. No expresó palabra alguna ocultando los sentimientos que anidaban en su corazón, pero estaba furioso de envidia con aquellos primos suyos que, a pesar de sus repetidos intentos de destruirles, habían logrado llegar a ser tan ricos y poderosos. Su corazón estaba a punto de romperse, pero no permitió que nadie adivinara sus sentimientos ni el odio que devoraba sus entrañas.

El Rajasuya seguía su marcha, estaba siendo un gran éxito. En medio de tanto júbilo y emoción llegó el día de la coronación. Era un acontecimiento impresionante. Allí estaban todos los rishis para derramar sus bendiciones sobre Yudhishthira. Narada también estaba allí, pero su mente no estaba en el momento presente, estaba sumergido en pensamientos de tiempos venideros. Vio a Krishna sentado cerca del trono con su

eterna sonrisa en los labios. Narada le vio como el eje alrededor del cual iba a girar el futuro de Bharatavarsha. El Krishna que él veía, no tenía una sonrisa en los labios y sus ojos estaban serios y tristes, toda su expresión era de consternación. Narada giró sus ojos hacia Yudhishthira y contempló al inocente monarca que sería la causa de la destrucción de toda la raza de los kshatryas. Miró luego a Draupadi y vio cómo iban a hacerse ciertas las predicciones que habían sobre ella. Duryodhana estaba mordiéndose los labios para sujetar la envidia y la furia que brotaban de su corazón. Sakuni, con sus ojos astutos observaba todo lo que ocurría, y podía verse una sonrisa maligna dibujándose en sus finos labios. También vio a Radheya, el noble Radheya, el ser más generoso de todos los tiempos. ¡Desdichado de él! Narada, como en un cuadro, veía la muerte de Radheya a manos de su hermano, el cual ni siquiera le conocía como tal. Vio a los hijos del rey ciego siendo aniquilados por Bhima. Vio el campo de batalla, el gran Kurukshetra, sembrado con los cuerpos de infinidad de kshatryas. Bhagadatta, Vinda, Anuvinda y toda esta galaxia de príncipes yacían muertos en el campo de batalla. Desapegado como él estaba de las ataduras físicas, la mente de Narada estaba sumida en un sentimiento de inmensa lástima por cada uno de aquellos príncipes que estaban ya sentenciados a muerte.

Capítulo VI

KRISHNA, EL INVITADO DE HONOR

LA coronación había llegado a su fin, y después de esto era deber del rey el agasajar a los invitados. Bhishma se dirigió a Yudhishthira y le dijo:

—Yudhishthira, hijo mío, estos reyes y rishis han venido aquí para rendirte honores y para bendecir el yaga con su presencia. Ahora es tu deber agasajarles y darles la bienvenida a cada uno de ellos con la ceremonia del arghya. Es justo que muestres tu agradecimiento a todos estos reyes y sabios, pero debes primero elegir a uno entre ellos como invitado de honor. Debes escoger a uno de ellos y ése debe ser adorado primero que nadie.

Yudhishthira se encontraba en un apuro por la tarea tan delicada que se le había encomendado y dijo:

—Mi señor, yo soy ignorante en estos asuntos, tú eres mi abuelo. Tú eres quien debe decirme a quién debería yo asignar el asiento de honor. Bhishma permaneció en silencio por unos instantes y luego dijo:

—En esta grande y gloriosa asamblea de príncipes de todas las casas nobles, Krishna brilla como el Sol que resplandece desde el interior de cada uno de sus rayos. Sin él, el salón perdería toda su grandeza. Él es la persona que te sugiero como la más grande de todas.

Yudhishthira estaba inmensamente feliz de poder rendir honores a Krishna, el cual significaba todo para él. Para los pandavas, la palabra Krishna se relacionaba con todo lo que era querido o sagrado. Yudhishthira pidió a Shadeva que trajera los utensilios necesarios para la coronación. Shadeva se sentó a los pies de Krishna. Brotándole lágrimas de los ojos, puso sus manos en los benditos pies de Krishna y los lavó con todo su amor. La ceremonia del arghya había concluido. El Puja se había celebrado. Y del cielo llovieron bellísimas flores sobre Krishna y Shadeva.

El silencio reinaba en la asamblea. A algunos de los héroes no les habían gustado los honores que le rindieron a Krishna. No parecía haberles agradado aquella elección. Se miraban unos a otros en silencio o en desacuerdo, pero nadie se atrevió a abrir la boca, excepto Sisupala, señor de los chedis, el cual no pudo tolerar el insulto infligido a los demás reyes, ni tampoco soportar la veneración de que había sido objeto Krishna. Cuando finalizó el Puja, había caído una lluvia de flores sobre Krishna y Shadeva y todo el salón quedó en silencio; nadie dijo ni una sola palabra. Mas el silencio apenas duró unos instantes: una sonora carcajada despertó a la asamblea con un sobresalto. Sisupala, puesto de pie, dijo:

—¡Muy bonito; de verdad, muy bonito! He aquí que un bastardo pide consejo al hijo de un río, éste se lo da y le rinden honores especiales a un pastor, considerándole como el mejor entre todos nosotros. Luego, el Puja lo realiza otro bastardo y los cielos derraman una lluvia de flores sobre esta bella escena mientras los reyes, que son grandes guerreros celosos de su honra, observan la ceremonia parados y boquiabiertos como torpes animales. ¿Es que se puede decir algo más? ¡Muy bonito; de verdad, muy bonito! —Dicho esto, Sisupala se volvió a sentar. Nadie se atrevía a pronunciar palabra alguna, y Sisupala, riéndose de nuevo, se dirigió a Yudhishthira diciendo—: Mi querido Yudhishthira, o es que tu visión llega mucho más allá de la nuestra, o es que estás ciego: habiendo tantas personas en esta asamblea que pudieran ser merecedoras de este honor, no veo la razón por la que se te ha ocurrido esta decisión tan absurda. Siempre creí que los pandavas eran príncipes que estaban dotados de un sentido adecuado del decoro. Nunca te hubiera creído capaz de hacer algo tan erróneo. ¡Mira! ¡Observa esta asamblea de reyes!: habiendo tantos aquí presentes, es una completa locura pensar que este hombre, hijo de un pastor, sea el más grande de todos. Salta a la vista que no tienes mucho discernimiento. ¿No te das cuenta de que has ofendido a muchos de los monarcas aquí presentes? Vinimos a asistir al yaga de tu Rajasuya, pero no porque no seamos suficientemente poderosos como para desafiarte, sino porque tenemos un gran respeto por ti. Teníamos la impresión de que tú eras una persona justa y asistimos a esta ceremonia únicamente por complacerte.

Bhima, al oír aquello apretaba los puños de rabia. Arjuna, con labios temblorosos, intentaba captar la mirada de su hermano mayor para que este le diera permiso para

empuñar su Gandiva. Los ojos de Shadeva escupían fuego y Nakula ya tenía su mano puesta en la empuñadura de su espada. Sin embargo, Krishna permanecía tranquilo y, mirándoles, sonrió y dijo:

— No os excitéis, dejádmelo a mí.

Mientras, Sisupala continuaba con su alocución diciendo:

—Ahí está Vasudeva, que es el más anciano de los reyes aquí reunidos. También está tu suegro Drupada. Si hubieras querido honrar la experiencia de los años, habrías elegido a Vasudeva; si hubieras querido honrar a algún pariente, aquí tenías a Drupada. Si crees que tus acharyas son dignos de respeto, aquí está Drona y también Kripa y Aswatthama. Si era un hombre que siempre practique penitencias lo que querías, aquí tenías al honorable Vyasa. O si querías un gran héroe, he aquí a Bhishma. ¿Cómo es que habiendo en este salón una representación tan amplia de héroes has escogido a Krishna para ocupar el asiento de honor? Si tenías intención de honrar a un arquero, aquí está Ekalavya, el hijo de Hiranyadhanus, que es ahora uno de los mejores arqueros, mucho mejor que tu hermano Arjuna. También está Radheya el alumno favorito del gran Bhargava, el cual es uno de los pocos que ha derrotado a Jarasandha, hazaña que resultó imposible para tu invitado de honor. Y no sólo eso, sino que también es el mejor arquero. Y aún con todo, has elegido a Krishna sin ni siquiera fijarte en él. ¿Y qué me dices de Bhagadatta? ¿y de Kalinga? ¿y de Virata? ¿y de Dantavaktra? ¿y de Salya? ¿y qué me dirías de Salva? ¿y de Kambhoja? ¿y de Vinda? ¿y de Anuvinda? Yudhishthira, ¿es que estás loco? ¿piensas que Krishna es más grande que todos éstos? Si crees que ha sido un acierto, estás desgraciadamente equivocado. Este hombre no es ni tu guru ni tu cuñado ni tampoco a quien ahora tienes que pacificar a toda costa. Parece como si nos hubieras pedido a todos que asistiéramos a este Rajasuya solamente para insultarnos. Hasta ahora te teníamos como un hombre justo; después de esto, toda tu reputación se ha ido abajo.

Nadie osaba hablar. La voz de Sisupala retumbaba en la sala y todos le escuchaban atentamente. Subiendo su tono de voz según crecía su furia, continuó diciendo:

—Me siento profundamente insultado. Hasta ahora, todo lo que Krishna ha conseguido ha sido mediante engaño. Asesinó a su tío Kamsa cuando éste estaba dormido. Se llevó a tus ingenuos hermanos a la gran colina de Girivraja a casa de Jarasandha. Quizá pensasteis que fue allí para ayudaros. Pues no, mi amigo Jarasandha era el único hombre a quien Krishna no pudo ganarle con sus dulces palabras. Krishna siempre le tuvo un miedo atroz, así que, usando como herramienta a este estúpido de Bhima, le aniquiló. No tiene sentido que ofrezcas el agrapuja a este pastor. Es algo tan tonto como dar tu hija a un eunuco o como poner algo hermoso ante los ojos de un ciego. Los demás que hay aquí reunidos quizá puedan soportar este insulto, ¡pero yo no! —Después de decir estas palabras, Sisupala salió del sabha como un león furioso.

Yudhishthira fue tras él intentando tranquilizarle, pues estaba muy disgustado por el curso que habían tomado los acontecimientos, y le dijo:

—No debes hablar así. El consejo que me dio mi abuelo fue aceptado por todos los aquí presentes. Si te he herido o te he insultado, lo siento, debes perdonarme. No tenía intención de insultarte, ni a ti ni a nadie, cuando rendí estos honores a Krishna. Para nosotros él es más importante que nadie en este mundo.

Cuando parecía que las palabras de Yudhishthira habían tranquilizado a Sisupala, Bhishma intervino y dijo:

—Yudhishthira ¿cómo podría él, con su estrecha visión apreciar la grandeza de Krishna? Lo propio es que a Krishna le honremos, no solamente nosotros, sino todos los habitantes de los tres mundos. No conozco a ninguna otra persona a quien le pueda corresponder un honor tan alto. En cuanto a Sisupala, no hagas caso de sus locos reproches motivados por sus celos.

Luego Shadeva dijo a Sisupala:

—Hice lo correcto; para nosotros no hay nadie más grande que Krishna. Él es nuestro guru, nuestro amigo y nuestro buen consejero. Él es todo para nosotros. Si no te agradan los honores que hemos rendido a Krishna, estoy dispuesto a luchar contra ti. Estás insultando a Krishna: no creas que se te permitirá vivir impunemente después de lo que has dicho.

Los ojos de Sisupala estaban ya rojos de ira; sus amigos estaban también furiosos, cruzándose entre ellos miradas iracundas. Todo el salón retumbaba con las voces de los reyes encolerizados y podía oírse el tañido del hierro al desenvainar sus espadas. Yudhishthira le dijo a Bhishma:

—Tengo miedo de que se exalten los ánimos de los reyes, no sé qué podemos hacer. Por favor, dime qué debemos hacer en este crítico momento.

Bhishma le dijo:

—No temas, hijo mío. Apenas es un perrito ladrándole a un león. No debemos ni hacerle caso. Dejémosle hablar, parece que le agrada escucharse a sí mismo.

Sisupala al oír esto no pudo aguantar la indiferencia con que Bhishma se refirió a él, y empezó a vomitar insultos contra él. Se burlaba de Bhishma y de su así llamada justicia, alegando que sólo era hipocresía. Continuó lanzando miles de insultos sobre el experimentado anciano de la casa de los kurus. Se reía de él y de su voto, ese voto que para Bhishma era la cosa más sagrada, le llamó eunuco y que nunca había tenido a una mujer, no porque quisiera ser fiel a su voto, sino porque era simplemente un eunuco. Le llamó hijo de un río, utilizando esta denominación en la forma más hiriente, refiriéndose a que un río siempre fluye de niveles más altos hacia niveles más bajos y que él, como hijo de un río, tenía esta misma tendencia a ir descendiendo a estados inferiores hasta

llegar a los estados más bajos de conciencia. Este era el insulto más grande que se le ocurrió a Sisupala. Todo el salón estaba estupefacto ante el atrevimiento de aquel hombre que había osado insultar a Ganga, la madre de Bhishma y el más santo de los ríos, cuya fuente eran los pies del señor Vishnu y cuya desembocadura eran los cabellos rizados de Sankara, el señor de los señores. Bhima, después de oír aquello no pudo controlarse más y mirando a Bhishma le dijo:

—Abuelo, ¿cómo permaneces callado? Aquí hay un hombre insultándote a ti y a Krishna; hablando mal de vosotros dos que sois para nosotros más queridos que nuestras propias vidas. Te ruego que me dejes la oportunidad de matarle, tengo que aniquilar a Sisupala.

Bhishma, sin embargo, le dijo:

—No te precipites, Bhima. Ha sido dispuesto por los dioses que sea Krishna quien mate a este hombre. Debe encontrar su muerte en manos de Krishna y sólo de él. Dejemos todo en sus manos. Ahora te relataré la historia de Sisupala y te contaré la profecía que dice que Krishna será quien pondrá fin a su vida.

Capítulo VII
LA MUERTE DE SISUPALA

BHISHMA dijo:

—Sisupala nació con tres ojos y cuatro brazos. Mientras sus padres se horrorizaban de la monstruosidad que habían engendrado, una voz habló desde los cielos y les dijo que el ojo y los brazos que le sobraban desaparecerían cuando colocaran al niño en el regazo del hombre que un día sería el causante de su muerte. La madre, preocupada por el futuro de su hijo, lo puso en el regazo de todos los que venían a verle. Un día, cuando Krishna y Balarama fueron a ver al niño de Damaghosha, ella colocó el niño en su regazo, tal y como acostumbraba a hacerlo con todos. Tan pronto como el niño tocó el regazo de Krishna se le desprendieron sus brazos y su ojo adicionales. La madre de Sisupala se puso muy triste al saber que su hijo sería un día aniquilado por su propio primo Krishna. Ella era la hermana de Vasudeva y pidió a Krishna que tuviera clemencia con el niño. Krishna estaba apenado de ver la aflicción de su tía y le dijo:

—No te preocupes, perdonaré incluso un centenar de insultos que tu hijo me inflija. Intentaré no lastimarle.

»Pasó el tiempo y Rukmi, el hijo de Bhishmaka, se hizo un gran amigo de Sisupala y quiso entregarle a su hermana para que fuera su esposa. Pero ella estaba enamorada de Krishna, y se lo hizo saber, por lo que Krishna se la llevó con él justo en el mismo día que se tenía que casar con Sisupala. Desde entonces Sisupala guardó siempre un profundo odio hacia Krishna y no podía soportar oír cómo le alababan, ni ver los honores de que

era objeto. Son comprensibles los celos de un hombre mediocre por alguien superior a él. Sisupala ha estado profiriendo un río interminable de insultos contra Krishna y ya ha rebasado hace tiempo los cien insultos que Krishna había prometido perdonarle, sólo es cuestión de unos momentos, Krishna hará lo que se debe hacer. No te precipites, Bhima. El destino castigará a Sisupala por sus malas acciones.

Aquí se acabó la paciencia de Sisupala quien, cansado de tantas palabras, desafió a Bhishma y a Krishna diciendo:

—Venid, luchad conmigo. Dejemos que el mundo vea quién es el mejor. Esto no es como raptar una novia y escapar con ella sin tener que luchar con nadie. Ni es como robar las ropas de indefensas mujeres que se bañan en el río o engañar a los maridos de la gopis para robar su amor. Krishna, estoy proponiéndote una lucha hombre a hombre. Veamos si por una vez puedes luchar cara a cara.

Krishna confiaba evitar este altercado tan desagradable pues amaba demasiado a Yudhishthira y no quería estropear el Rajasuya con la muerte de Sisupala, así pues, intentaba ignorar los insultos. No perdió la calma a pesar de estar siendo provocado tan deliberada e incisivamente por Sisupala, pero por otro lado no podía rehusar aquel desafío. Tenía que aceptarlo; era norma entre los kshatryas no rehusar jamás ningún desafío. De mala gana, Krishna se preparó para luchar contra aquel provocador y Bhishma le llevó al carro.

Krishna dirigiéndose a los reyes que allí había reunidos les dijo:

—Deseo que toda esta asamblea conozca los muchos crímenes de los que es culpable este hombre. Desde el comienzo ha sido un enemigo a muerte de la casa de los Vrishnis, siempre les ha odiado. Una vez que yo me había ido a una ciudad llamada Pragyotisha, entró en la ciudad de Dwaraka y la incendió. Otra vez, estando mi abuelo Ugrasena con todos los suyos en la colina de Raitavaka les asaltó y les maltrató. También en otra ocasión después de que mi padre, que es tío suyo, había despedido al caballo de sus ceremonias, él lo capturó con el único propósito de perturbar el sacrificio de mi padre. Este es el hombre que roba las esposas a los demás. Él raptó e intimidó a la mujer de Babhruvahana, un yadava, cuando viajaba a Sanvira. Y también se llevó a otra doncella llamada Bhadra. También raptó muchas mujeres de Dwaraka, solamente por complacer al rey de Karusha y a él mismo. La razón por la que Sisupala era amigo de Jarasandha era que éste era enemigo de la casa de los Vrishnis. Sisupala ha estado constantemente causándonos problemas. Ya os he contado algunos y no dispongo de tiempo ni de paciencia para enumerar todas las atrocidades que ha cometido este hombre. Yo ya le hubiera aniquilado hace tiempo, pero siempre me contuve, debido a la promesa hecha a su madre, de que le perdonaría incluso después de que me insultara cien veces. Aunque esa cifra hace tiempo que fue sobrepasada, yo todavía mantenía mi paciencia. Mas ahora él me ha desafiado. No me gustaría que hoy ocurriese nada desagradable, pero debo

aniquilar a este pecador pues él se ha buscado su propia muerte. No puedo soportar por más tiempo los insultos que está profiriendo contra mí y contra Bhishma, el anciano kuru. Estoy dispuesto a luchar y liberar al mundo de semejante pecador.

Krishna subió al carro que conducía Daruka. Sisupala con los ojos encendidos por la ira miraba a Krishna como una polilla hipnotizada por el fulgor de una llama. Los reyes, aturdidos por el inesperado curso que habían tomado los acontecimientos, permanecieron allí de pie observándolo todo. Yudhishthira era el que estaba más apenado. Vio varios presagios fatídicos, por lo que se dirigió a donde estaba Narada para que éste le explicara el significado de aquellos presagios. Narada le dijo que todos ellos señalaban la manifestación de una gran calamidad, y que era inminente la muerte de Sisupala. Esto deprimió mucho a Yudhishthira pues él odiaba aquella clase de situaciones fueran por el motivo que fueran. Él observaba la lucha con la mirada triste, mientras Bhishma, que parecía como si hubiera rejuvenecido súbitamente, contemplaba el combate sonriente con un brillo destelleante en sus ojos y una sonrisa en sus labios.

La lucha estaba tocando a su fin. Krishna con una mirada de infinito amor en sus ojos levantó su chakra y lo lanzó contra Sisupala. El chakra voló como un Sol surcando los aires y cortando de un solo tajo la cabeza, la separó del cuerpo de Sisupala, el cual se desplomó al suelo como un gran árbol abatido por un repentino golpe de hacha. Tras esto surgió un resplandor del cuerpo inerte de Sisupala, que en vez de elevarse al firmamento, se dirigió a donde estaba Krishna fundiéndose en sus benditos pies. De todos los que allí habían observado aquello, nadie excepto el mismo Krishna podía entenderlo, ni podían tampoco comprender la mirada de infinito amor y felicidad que se dibujaba en su rostro. Acababa de cumplir parte de la promesa hecha a sus amados siervos, laya y Vijaya, pues uno de ellos ya había sido liberado para siempre de la esclavitud humana. Muy pronto le llegaría el turno a Dantavaktra. Estos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Krishna. Tras la muerte de Sisupala, se sucedieron terribles conmociones en la naturaleza. Los cielos dejaban caer sus lluvias sin razón alguna y se sucedían los terremotos, mientras que los mares amenazaban con desbordar sus límites. Aquellos presagios auguraban terribles calamidades debido a su muerte. De acuerdo a la interpretación de los rishis que allí se habían reunido, esto tenía un terrible significado para el mundo entero.

La mayoría de los reyes se enojaron con Krishna por lo que había hecho y aunque los amigos de los pandavas estaban muy complacidos, la impresión general era más de descontento que de aprobación. Sin embargo, nadie se atrevió a manifestar su opinión. El gran Rajasuya que había tenido tan buen comienzo, terminó desastrosamente. Aquel incidente había arruinado la felicidad de todos, mas nada se podía hacer al respecto. Nada puede detener el curso del destino.

Capítulo VIII

LA RISA DE DRAUPADI

Los reyes se disponían a irse ya hacia sus respectivos países. Yudhishthira estaba muy ocupado honrándoles debidamente y también rindió honores a los grandes rishis que habían favorecido el Rajasuya con su presencia. Krishna fue a donde él estaba y le dijo que había llegado el momento de regresar a su ciudad, que tenía que volver a Dwaraka. Yudhishthira le dejó que se fuera, aunque de muy mala gana. Krishna se despidió de ellos con miradas sonrientes y cariñosas, recibiendo a su vez los honores de todos los pandavas, Draupadi, Subhadra y Kunti. Los pandavas, como de costumbre, cogieron las riendas de sus caballos y le acompañaron parte del camino y luego volvieron a Indraprastha. La despedida de Krishna les dejó un sentimiento de tristeza y abandono, porque Krishna era para ellos su misma vida. No podían imaginarse que aquella iba a ser la última vez que le darían la despedida desde Indraprastha. No sabían el horrible destino que les esperaba. Iban a perder lo que tenían en unos pocos días. Su próximo encuentro con Krishna sería en el bosque de Kamyaka.

Los pandavas volvieron a la ciudad, que parecía vacía después de haberse ido todos los huéspedes. Todos excepto Duryodhana, Dussasana, Sakuni y Radheya que se quedaron para ver el sabha. Yudhishthira estaba muy complacido con el hecho de que se quedasen. Se sentía halagado. Pasaba horas con ellos y trataba de hacer su estancia tan agradable como fuera posible.

Vyasa se acercó a Yudhishthira para despedirse de él, pues iba a irse ya. Yudhishthira se postró a sus pies, después de honrarle, para recibir sus bendiciones de despedida. Vyasa le dijo:

—Por la gracia de Dios, has realizado el Rajasuya y te has convertido en señor de la tierra. Has hecho lo que tu padre deseó que hicieras y le has complacido. Me siento feliz. Por favor, déjame ir, ahora que he visto la realización del Rajasuya.

Yudhishthira dijo:

—Mi señor, quiero que me digas el significado de los presagios que siguieron a la muerte de Sisupala. Los sabios dicen que no auguran nada bueno para el mundo. Narada dijo que a este mundo le espera una horrible calamidad. Por favor, dime qué va a ocurrir.

El rostro de Vyasa se tornó serio y triste, y mirando tiernamente a Yudhishthira, el rey de la tierra, le dijo:

—Tienes razón, hijo mío, este acontecimiento, la muerte de Sisupala, fue un infortunio. Los malos augurios lo han corroborado y significa que sobre ti recaerá un hechizo de mala suerte que durará catorce años. Eso no es todo. El destino ha planeado que tú seas la causa de la destrucción de todos los kshatryas borrándolos de la faz de esta tierra.

Las malas acciones de Duryodhana, el poder de Bhima y de Arjuna y la ira de tu reina Draupadi serán los instrumentos para la destrucción universal. Veo que te sientes infeliz al oír mis palabras, pero no tienes por qué afligirte; los caminos del destino no pueden ser comprendidos por el hombre, ni tampoco pueden ser alterados por él.

Vyasa se marchó después de estas ambiguas palabras de consuelo. Yudhishthira estaba sumido en la desesperación más profunda. El hecho de que él iba a ser la causa de la muerte de todos los kshatryas del mundo era algo que no podía asimilar. No podía comprenderlo ni podía hablar con nadie al respecto.

Duryodhana, mientras tanto, estaba paseando por el gran salón de Maya. Nunca antes había visto algo igual. Estaba sorprendido por la belleza y esplendor de la creación de Maya. Que esta buena fortuna hubiera recaído sobre los pandavas era algo que no podía soportar. Este sabha tenía unas características peculiares, fue construido por el arquitecto de los asuras, que había instalado allí varios artilugios: la persona que mirara el sabha sintiendo en su corazón celos por su propietario, se vería afectada por algunos de los ingenios que había allí, produciéndole alucinaciones. Cuando Duryodhana iba caminando vio algo que parecía un estanque de agua, se acercó más y le pareció que era sólo el decorado del suelo, que estaba incrustado con hermosas losas de mármol; se sonrió y siguió adelante. Pero de hecho era un estanque de mármol lleno de agua clara. No obstante para los ojos celosos de Duryodhana no parecía que fuera así. El pobre príncipe cayó dentro y se empapó completamente. Incluso los muchos sirvientes que le rodeaban rieron al ver cómo había sido engañado Duryodhana. Por orden de Yudhishthira le dieron ropas secas para que se cambiase. Yudhishthira estaba muy preocupado por esto, pero Bhima, Arjuna y los mellizos con su reina Draupadi se reían a carcajadas al verle tan descompuesto. Pero la cosa no acabó ahí; otros percances de este tipo se añadieron a su dolor. Siguió andando y llegó a lo que él pensaba que era otro estanque con agua y con mucho cuidado trató de bordearlo, pero de hecho esta vez no era agua, y nuevamente se produjeron risas y comentarios jocosos. Luego se dirigió hacia lo que él creía que era una puerta de salida, pero no había tal puerta, por lo que se golpeó la cabeza contra la sólida pared haciéndose daño; esto ya fue coreado por un estruendo de carcajadas. Draupadi se reía de él y de su humillación sin poderse contener. Aquello fue horrible para Duryodhana, el cual disimulaba aparentando que no le importaba, pero salió fuera del sabha lleno de ira.

Dejó Indraprastha y a los pandavas con su corazón a punto de romperse. No habló con nadie, ni siquiera con sus queridos hermanos y amigos. Y en cuanto llegó a Hastinapura se sentó solo en su habitación durante horas, recordando el modo como se había burlado de él la Providencia. «Creo que los pandavas están favorecidos por los dioses. Cuando se les mandó a Varanavata estaba seguro que nunca más les volvería a ver, pero el tonto de Purochana lo estropeó todo y se hicieron incluso más fuertes de lo que eran

antes, convirtiéndose en los hijos políticos del poderoso Drupada. Nos deshicimos de ellos concediéndoles un estipendio de tierras estériles y las han hecho florecer. Y por si fuera poco ahora se han convertido en dueños del mundo. Yudhishthira ha realizado el Rajasuya y ha sido aclamado como monarca de toda la tierra.» Pensamientos como estos pasaban uno tras otro por su mente. Pasó días y noches en soledad sin hablar con nadie, acariciando a solas el dolor de su corazón.

Los celos que rondaban el corazón de este príncipe, desafortunado desde la niñez, se transformaron en odio; odio que se había convertido en una obsesión para él. Era diferente a su padre en algunas cosas; su padre, por ejemplo, era un hombre avaricioso, pero en el caso de Duryodhana, la avaricia no era lo peor, era algo más que eso. La avaricia de Dhritarashtra estaba en su corazón. Era un cobarde, ya que ocultaba sus pensamientos con una capa de hipocresía; pero Duryodhana odiaba la hipocresía, él era franco. No le gustaban los complicados razonamientos de su padre, para el que la precaución era su máxima consigna. Dhritarashtra no se atrevía a expresar sus sentimientos, pero Duryodhana se manifestaba abiertamente sin ocultarlos.

No estará de más tratar de ver qué hacía ser así al príncipe. Duryodhana era un príncipe noble, el hecho de haber coronado a Radheya como rey de Anga, fue suficiente para probar que su segunda naturaleza era la generosidad. Incluso, cuando estaba gobernando el reino durante los trece años memorables, se comentaba que la gente era feliz bajo su gobierno. Era un buen hombre pero estaba bajo el hechizo de un gran defecto: la envidia.

Era una persona de naturaleza dulce con su gente y sus amigos pero su envidia por los cinco pandavas era un fuego que consumía toda su vida. Esto produjo su caída.

Cuando Drona llegó por primera vez a Hastinapura se encontró con todos los príncipes, y estaba encantado con la conducta de Arjuna. Llamó a Aswatthama y le dijo:

—Mi querido Arjuna, de ahora en adelante mi hijo Aswatthama será tu eterno amigo.

Pero Aswatthama por su parte no eligió como amigo a Arjuna, sino a Duryodhana, convirtiéndose en su compañero fiel e incondicional. Al final se sacrificó él mismo y todo cuanto tenía por el bien de su amigo. No dudó en cometer el crimen más horrible; la masacre a medianoche en el campo de los pandavas. Y lo hizo para complacer a Duryodhana.

De nuevo vale la pena observar que, cuando comenzó la gran guerra, los pandavas con toda su rectitud sólo disponían de siete akshauhinis de tropas en contra de las once de Duryodhana. Todo el mundo sabía que la causa de los pandavas era justa y que la conducta de Duryodhana era imperdonable, pero no obstante tenía mayor número de hombres de su lado que los pandavas, cuyos aliados estaban allí junto a ellos por lazos de sangre más que por otro motivo. Bhishma, el anciano kuru, lucharía por Duryodhana.

También Bhagadatta lucharía de su lado. E incluso Salya, que se dirigía a los pandavas con la noble intención de ayudarles, fue subyugado de tal modo por el encanto de Duryodhana, que le prometió que lucharía de su lado contra los hijos de su hermana. En verdad este desafortunado y desdichado príncipe debió estar dotado con un gran encanto y un gran magnetismo. Radheya que era un hombre tan justo, estaba tan enamorado de Duryodhana que murió luchando por su injusta causa. Incluso Balarama prefirió el amor de Duryodhana al de Bhima.

Un príncipe así, con un corazón tan grande, capaz de tanta generosidad, y dotado de todas las artes que agraciaban a un verdadero kshatrya, terminó convirtiéndose en un esclavo de esta dominante pasión; en verdad fue trágico. Si no hubiera sido por esto, Duryodhana hubiera sido grande en verdad.

Capítulo IX

EL SABHA DE JAYANTA

SAKUNI no podía dejar que las cosas continuaran así durante mucho tiempo y trató de hablar con Duryodhana una y otra vez y finalmente lo consiguió. Duryodhana le contó todo lo que había ocurrido en Indraprastha y luego añadió:

—Hasta que no contemple la destrucción de los pandavas no podré ser feliz. Tengo que conseguir quitarles todo lo que tienen. Tío, dices que me amas; si de verdad me amas entonces piensa en un plan que me haga el dueño del mundo.

Sakuni dijo:

—Mi querido hijo, has visto por ti mismo cuan poderosos se han vuelto. Nunca serán derrotados si luchamos con ellos en una guerra, pero yo tengo un arma que es más poderosa que el mismo hierro. Yo puedo hacer tuya toda esa riqueza sin derramar una sola gota de sangre y sin que se te achaque ninguna culpa. Sal de esa depresión y escúchame.

Duryodhana no podía creer lo que oía, escuchando a su tío revelarle su astuto complot. Sakuni, con su macabra sonrisa jugueteando en sus delgados labios, le dijo a su sobrino:

—El gran Yudhishthira tiene una debilidad terrible: el juego, Duryodhana no sabía lo que estaba tratando de decir y esperó que su tío continuara. Sakuni siguió diciendo:

—Yudhishthira, como te dije antes, tiene una terrible debilidad. Le gusta el juego, pero no sabe jugar. Utilizaré esto para que sirva a nuestros fines, pues yo soy extremadamente hábil arrojando los dados. No hay nadie en este mundo que pueda jugar contra mí y ganarme. Haré lo que tú quieres usando mi habilidad. Debes invitar a Yudhishthira a un juego de dados. Yo haré que se juegue todo su reino. Debes decírselo a tu padre y conseguir su permiso. El resto será tan fácil como quitar un juguete de las manos de un niño. Lo haré por ti: obtén el permiso de tu padre.

Duryodhana dijo:

—Tú podrás convencer a mi padre mejor que yo de la seguridad de esta estrategia. La seguridad es el lema de mi padre, siempre tiene miedo de Vidura. Tío, debes dirigirte a mi padre y convencerle de que éste es un plan seguro.

Sakuni consintió en hacerlo. Este perverso consejero del príncipe fue al rey y le contó que Duryodhana estaba muy infeliz desde que volvió de Indraprastha. Le dijo:

—Debes llamarle y confortarle. No está bien que tu hijo mayor sea tan infeliz.

El rey mandó llamar a su hijo y le dijo:

—Duryodhana, ¿qué es lo que oigo?, ¿qué es lo que te ha hecho tan infeliz? Te quiero más que a mi propia vida. Dime la causa de tu depresión y, si puedo, trataré de solucionarlo.

Duryodhana le dijo:

—Te contaré la causa de mi depresión. —Y le contó a su padre todo lo que había ocurrido en Indraprastha. Le habló de la envidia que estaba consumiendo su corazón. Le dijo—: Mientras la estrella de los pandavas está en su ascenso, ¿qué hay de sorprendente en que me sienta infeliz? ¿Esperas acaso que cante las glorias de esos « buenos muchachos », para usar tus palabras? Parece que vosotros no hacéis más que alabarles. Les odio y quiero sus riquezas; quiero que su gloria se extinga, los quiero ver destruidos. No puedo ser feliz hasta que esto se consiga.

Sakuni pensó que había llegado el momento apropiado y sacó a relucir el tema del juego, diciéndole al rey lo fácil que le sería ganar todo lo que Duryodhana quería tan ansiosamente. Dijo:

—Hazles venir a nuestra Hastinapura. Yudhishthira se jugará toda su fortuna, estoy seguro de ello.

Duryodhana intervino después de esta sugerencia. Dijo:

—Debes permitirlo, padre, debes hacerlo. Dhritarashtra tenía miedo y dijo:

—No sé si mis ministros lo permitirán, debo consultarles. Duryodhana estaba impaciente y añadió:

—Padre, tú sabes demasiado bien que tus ministros, conducidos por el tío Vidura, nunca lo aprobarán. Si les consultas y tratas de mantenerme alejado de estos « pensamientos pecaminosos », como te encanta decir, puedes estar seguro que me mataré. Lo haré. —Permaneció callado durante un momento y luego añadió—: Entonces podrás ser feliz con tu amado Yudhishthira, la imagen del Dharma. Y tu amado Vidura, la otra imagen del Dharma. No necesitas pensar en mí.

Dhritarashtra tuvo que consentir. Dijo:

—De acuerdo, no le preguntaré a nadie. Sakuni, ve y consigue a unos arquitectos que construyan un hermoso salón en Jayanta, el suburbio de Hastinapura. Cuando esté

acabado, puedes invitar a los hijos de Pandu a ver ese nuevo sabha. Allí podrás celebrar tu juego de dados. Lo dejo todo en vuestras manos.

Eso era lo que ellos querían. Sakuni y Duryodhana se fueron con sus corazones cantando de alegría.

La construcción del sabha comenzó y las noticias llegaron a Vidura, el cual se dirigió al rey y le dijo:

—¿Qué es lo que oigo acerca de que se está construyendo un sabha en Jayanta? He oído que los pandavas van a ser invitados. ¿Cuál es la razón que hay detrás de esta repentina hospitalidad? También he oído que se va a jugar una partida de dados. ¿Qué es lo que te propones, hermano mío? Los pandavas son felices en su lejana ciudad. Tú y tu hijo Duryodhana os habéis liberado de ellos. ¿No puedes ser feliz ahora? ¿No estás satisfecho? ¿Por qué eres tan despiadado con los hijos de tu hermano? ¡Eres realmente cruel! —A Dhritarashtra no le gustaban las palabras de Vidura. Vidura continuó con sus argumentos. Le dijo—: Esta empresa no es buena para ti. Este juego de dados será el causante de nuevas disputas. Por favor, detén los preparativos.

Dhritarashtra, con voz quejumbrosa, le dijo:

—Nada de eso ocurrirá. Después de todo, los dados son un juego de príncipes. Sólo será un pasatiempo para pasar un buen rato. En mi presencia y en la de Bhishma, no pasará nada. Si algo ocurriera, no será demasiado malo: digas lo que digas, o pase lo que pase, este juego de dados tiene mi beneplácito y mi total aprobación.

Vidura estaba extremadamente disgustado con las palabras de su hermano y con su conducta, pero tenía que callarse. El rey parecía inclinado a destruirse a sí mismo y también a su hijo.

La construcción del sabha había finalizado y Dhritarashtra estaba incluso más emocionado que Duryodhana. Mandó llamar a Vidura y le dijo:

—Quiero que vayas a Khandavaprastha. Debes decir a mi hijo Yudhishthira estas palabras, que expresan mi deseo: « He construido un hermoso sabha y he oído que también Maya ha construido un hermoso sabha para ti. Ven a ver mi sabha. Quiero que vengas y pases algunos días conmigo. Puedes pasar momentos muy felices jugando a los dados que tanto te gustan. » Yudhishthira no me desobedecerá. Él vendrá. Tráele aquí tan pronto como puedas.

El pobre Vidura hizo otro intento infructuoso para evitar la calamidad. Pero el anciano rey estaba decidido.

Con el corazón apesadumbrado, Vidura dejó Hastinapura.

Capítulo X

LA INVITACIÓN AL JUEGO DE DADOS

YUDHISHTHIRA recibió a Vidura con gran afecto. Los hijos de Pandu estaban muy orgullosos de su tío. Después de haberse sentado, Yudhishthira miró a Vidura y le dijo:

—Tío, no te veo feliz, pareces triste, ¿no te encuentras bien? ¿o se encuentra alguien mal en Hastinapura? ¿cómo va la salud de mi tío? ¿por qué se te ve tan infeliz? Por favor, dímelo.

Vidura dijo:

—Tu tío disfruta de una salud excelente y también sus hijos, nadie está enfermo. Dhritarashtra te manda un mensaje conmigo.

Vidura repitió las palabras que le había dicho el rey. Yudhishthira estaba intrigado por el mensaje, conocía a su tío lo suficiente como para sospechar que algo tramaba. Pero el mensaje era bastante inocuo. Permaneció unos momentos en silencio y luego dijo:

—En todo esto veo una doble intención. Dices que el rey quiere que vayamos a Hastinapura a participar en un juego de dados con sus hijos. Tengo el sentimiento de que el juego de dados es la clave de todo este asunto. Este es el propósito del rey, ahora puedo verlo. Creo que el juego de dados será un motivo de disputa entre los hijos de Dhritarashtra y los hijos de Pandu. Estoy ansioso por conocer tu opinión, tío, ¿no estás de acuerdo conmigo?

Vidura dijo:

—Ese es el motivo de mi tristeza, sé que no es correcto practicar este juego de azar. Traté de convencer a mi hermano de que estaba mal lo que se proponía hacer, pero no hizo caso de mis palabras y me envió aquí con estas órdenes.

Yudhishthira se imaginaba hasta cierto punto las consecuencias que podría tener el juego de dados y le preguntó a Vidura:

—¿Puedes decirme quiénes son los que pretenden participar en el juego?

Vidura le dio los nombres:

—Sakuni, el malvado tío de Duryodhana y tres de sus hermanos:

Vivimsati, Punumitra y Chkrasena. Estos son los oponentes que tendrás en el juego.

Yudhishthira dijo:

—Han seleccionado a los jugadores más inteligentes. A mí me tienta mucho el juego y Sakuni es un verdadero brujo arrojando los dados, pero, ¿que puedo hacer? Todo lo que ocurre en este mundo ha sido ordenado por el Creador. ¿Qué podemos hacer cuando el destino ya ha planeado el modo en que van a ocurrir los hechos? Me siento impotente. El rey conoce mi principio de no desobedecer nunca las órdenes de mis mayores. Este

reino que tengo no le pertenece a Dhritarashtra y no tengo por qué obedecerle. Si un padre se porta como tal con su hijo, entonces el hijo debe obedecerle, pero este padre mío no tiene una buena disposición hacia mí. Está molesto por mi buena fortuna y me tiene celos. Me ha invitado a ver su sabha y dice que quiere pasar unos cuantos días con nosotros, pero yo sé que el no está interesado en que vaya a pasar allí un buen rato ni en mostrarme su nuevo sabha, lo único que quiere es provocar un juego de dados con apuestas, lo veo claramente. Detesto jugar a los dados sabiendo que conduce al mal, pero hay una ley por la que se debe obedecer a los mayores. También hay una ley entre los kshatryas por la que has de jugar siempre que se te invite y que no debes negarte. Mi tío te ha mandado a buscarme porque sabe estas cosas; sabe que no le desobedeceré aunque puedo hacerlo. Dejémoslo todo en manos del destino. Te acompañaré a la odiosa ciudad de Hastinapura.

Yudhishthira se dirigió a Hastinapura acompañado por sus hermanos, Kunti y Draupadi, por requerimiento del tirano rey y del cruel destino, que también le empujaba.

Capítulo XI
YUDHISTHIRA PIERDE SUS RIQUEZAS, A SUS HERMANOS Y A DRAUPADI

Los pandavas llegaron muy pronto a Hastinapura y los kurus les dieron la bienvenida muy cordialmente, haciendo excelentes arreglos para su estancia. Sus aposentos estaban lujosamente amueblados y había muchos sirvientes para atenderles. Después de haber saludado a los mayores y a sus primos, los pandavas se dirigieron a sus aposentos pasando allí una noche muy agradable y feliz. Estaban gratamente sorprendidos de ver el esmero con que los kurus habían hecho los arreglos para que pasaran una estancia agradable en Hastinapura. Parecía como si por una vez el rey fuera sincero en su deseo de tenerlos consigo durante unos días.

El día amaneció: era el día que se iba a quedar grabado en sus memorias como el día más terrible de sus vidas. Se levantaron temprano. Después de bañarse en agua perfumada y vestirse con bellos atuendos, los pandavas abandonaron sus aposentos. Duryodhana y los demás llevaron a los pandavas a Jayantapura, para enseñarles el nuevo sabha, que había servido de excusa para traer a los pandavas a Hastinapura.

Caminaron durante un rato por los muchos salones y corredores, haciendo comentarios elogiosos por cortesía. Los kurus tampoco estaban entusiasmados de oír aquellas palabras halagadoras; les era indiferente. Todos sus pensamientos estaban centrados en el juego de dados. Ya habían acabado de ver el edificio y todos volvieron a Hastinapura. Sakuni sugirió que deberían sentarse y jugar a los dados. Yudhishthira dijo que no jugaría, ya que ese juego era frecuentemente causa de muchas cosas desagradables y que destruía la amistad; que era veneno. Sakuni dijo:

—Yudhishthira, hablas de cosas poco probables. Después de todo, lo que estoy sugiriendo es un juego y no nos estamos jugando todas nuestras posesiones. Este juego es tan bueno como cualquier otro para pasar el rato.

Yudhishthira dijo:

—No entiendes lo que te digo; no me parece justo ganar riquezas mediante artimañas y, a pesar de todo lo que se diga o se haga, este juego es una artimaña. El sabio se convierte en tonto cuando pone sus manos sobre los dados, le roba al hombre su capacidad de discernimiento, es como el vino, que destruye las buenas cualidades del hombre. Una vez que le coge la fiebre, nada puede curarle. Este juego es algo que debe evitarse como si fuera una horrible enfermedad. Dejemos a un lado este juego de dados.

Sakuni se burló de él diciéndole:

—El pobre Yudhishthira acaba de adquirir riquezas de su gran Rajasuya y no quiere desprenderse de ellas. Después de todo para él eso es algo nuevo, dejemos que las conserve Yudhishthira, no tienes porqué jugar si tienes miedo de aceptar el desafío.

A Yudhishthira le molestó el tono de la voz de Sakuni y le contestó:

—No tengo miedo ni quiero riquezas como tú. Sabes demasiado bien que no puedo rechazar jugar una vez que se me desafía, tendré que jugar. Sé que el destino es más poderoso que toda la sabiduría de un hombre. Quiero saber quién va a ser mi oponente y cuál va a ser la apuesta.

Duryodhana dijo:

—Apuesto todas las piedras preciosas y riquezas que tú apuestes. Mi tío Sakuni jugará por mí. Yudhishthira dijo:

—Esa no es la regla en absoluto, nunca he oído que se pueda jugar por otro en este juego. Tú debes jugar y hacer la apuesta. Sakuni dijo:

—Yo no veo nada de malo en este arreglo. Es evidente que quieres evitar jugar poniendo una excusa u otra. Si no quieres jugar dínoslo francamente.

Yudhishthira no pudo añadir palabra alguna. La sala se llenó lentamente: Bhishma, Drona, Kripa, Vidura, todos estaban allí, el rey también estaba. Y el juego comenzó. Los dados fueron arrojados y Yudhishthira anunció su apuesta: sus joyas, sus piedras preciosas y su riqueza. El príncipe Duryodhana dijo:

—Pongo mi riqueza en contra de la suya, aquí está. Sakuni cogió los dados en sus manos, los sacudió hábilmente y los arrojó al suelo.

—¡Gano! —dijo Sakuni.

Yudhishthira dio centenares de monedas de oro y collares hechos con piedras preciosas; el príncipe hizo la misma apuesta. Los dados se arrojaron una vez más y de nuevo toda la gente de la sala pudo escuchar la voz de Sakuni proclamando: « ¡Gano! »

El silencio se apoderó de la sala. El juego siguió; la fiebre ya había entrado en la sangre del pobre Yudhishthira, el cual siguió perdiendo juego tras juego.

El « gano » de Sakuni era la única palabra que de forma monótona y repetitiva rompía el silencio de la sala. Ya ni siquiera era una exclamación de júbilo.

Yudhishthira siguió perdiendo una y otra vez. Perdió sus joyas, sus carros, su oro, sus caballos, su riqueza, sus elefantes, su ejército, sus esclavos, su tesoro, su granero, sus vasijas: el demonio de Sakuni se lo estaba tragando todo sentado allí con su persistente voz provocativa, proclamando: « gano ».

Vidura pensó que era el momento de que alguien interviniera. Le dijo al rey:

—Mi señor, tienes que hacer caso a mis palabras incluso aunque no sean de tu agrado. Al hombre enfermo no le gusta la medicina que le prescribe el médico, pero debe tomarla si tiene deseo de curarse. Debes recordar el momento en que nació este querido hijo tuyo, entonces aparecieron terribles presagios de malos augurios. Tú me preguntaste por qué y yo te dije que tu hijo sería la causa de la destrucción del mundo, yo te sugería que le mataras para salvar al mundo y no me escuchaste. Ahora, al menos, créeme cuando te digo que ha llegado el momento en que los hechos prueban que la profecía es cierta; el mundo se enfrentará a una gran destrucción si el juego sigue adelante. La injusticia que se les está haciendo a los pandavas no quedará sin castigo. Sufrirás grandes dolores en tu vejez por la muerte de tus hijos; sí, de todos tus hijos. No trates mal a estos grandes héroes. La avaricia es una cosa terrible y tú estás siendo afectado por esa terrible enfermedad, y también tu hijo la ha heredado de ti. Tu hijo no tiene las agallas de enfrentarse a los pandavas a campo abierto en una guerra de hombres. Les está estafando con la ayuda de ese príncipe entre los embaucadores. Por favor no permitas esto, con toda seguridad acarreará terribles resultados. Te suplico que detengas esto.

Vidura no obtuvo del rey ni una sola palabra en respuesta. Después de esto se produjo un profundo silencio. La única música que sonaba era el ruido que hacían los dados al rodar por el suelo y el « gano » de Sakuni. Nadie hablaba. Duryodhana volvió su rostro hacia Vidura, se le acercó y le dijo:

—Mi querido tío, eres grande haciendo alabanzas de las virtudes de otros en nuestra presencia. Desde mi niñez he podido apreciar que sientes predilección por los pandavas, y que yo nunca te he gustado; siempre has tratado de dañarme. Eres muy desagradecido con la mano que te alimenta y estás tratando de matar el afecto natural que me tiene mi padre. Dices que eres nuestro benefactor, pero yo no creo que sea verdad, de hecho creo que no es verdad. No tienes por qué preocuparte por nosotros, todos estamos muy bien, laméntate sólo por tus sobrinos favoritos, que se convertirán en mendigos en cuestión de momentos gracias a mi verdadero benefactor: mi tío Sakuni. En cuanto a tus advertencias sobre el futuro, no hay nadie que pueda cambiar lo que el Creador ha escrito, quien me envió a este extraño viaje lleno de acontecimientos llamado vida.

Todas las malas o buenas cualidades que yo tenga o cualquier acción que haga ahora o en el futuro ya han sido ordenadas por él, por el que me ha puesto en este viaje. Por favor no te halagues a ti mismo, pensando que las palabras que le digas a mi padre o a mí, pueden cambiar el curso del destino; déjanos solos y por favor no vuelvas a hablar así a mi padre. —Duryodhana se dio la vuelta y se dirigió hacia la plataforma donde se estaba jugando el fatídico juego de dados.

El juego seguía y Sakuni con su sonrisa siniestra dijo:

—Creo que has perdido todas tus pertenencias terrenales Yudhishthira, ya no tienes nada. Pero si crees tener algo más que te pertenezca, puedes apostarlo. Me jugaré todo lo que ha ganado el rey hasta ahora: si ganas, puedes pedir que se te devuelva.

La locura del juego había hecho que Yudhishthira perdiera la razón. Permaneció en silencio por un momento y, de repente, se acordó de algo y dijo:

—Todavía tengo algo que apostar. Este joven oscuro y hermoso: mi hermano Nakula será mi apuesta.

« Gano », dijo Sakuni. Yudhishthira dijo:

—El sabio Shadeva es mi próxima apuesta. No hay nadie como él en este mundo, no me gusta pensar en tener que usarlo como apuesta, pero tengo que hacerlo.

« Gano », repitió la voz de Sakuni. Luego Sakuni dijo:

—Has perdido a los hijos de Madri, pero aún tienes dos hermanos más. Evidentemente no crees que sean suficientemente valiosos para usarlos como apuesta y creo que tienes razón. Nakula y Shadeva te son queridos, por eso les apostaste, y a pesar de que no considerábamos que las apuestas fueran equiparables hemos sido condescendientes y te hemos permitido que los usaras como tu riqueza en contra de la del rey. Pero dejémoslo así, ya que hemos ganado. Considerando a los hermanos que te quedan creo que es justo que pienses que no valen lo suficiente como para considerarlos como apuesta, yo también pienso igual. Pero debes hacer algo si ha de continuar el juego. O tal vez piensas que valen mucho más que los hijos de Madri; quizás esa sea la razón de tu duda. —Sakuni se calló esperando que hablara Yudhishthira.

Yudhishthira estaba extremadamente enfadado con Sakuni por sus hirientes palabras, que le quemaban como fuego en sus entrañas, y le dijo:

—Por favor no digas tales cosas, tu intención es crear enemistad entre nosotros, pero nunca podrás hacerlo. Aquí está Arjuna que no tiene igual en el mundo; él es mi apuesta. Arrojó los dados y... « gano », dijo Sakuni.

—Aquí está Bhima —dijo Yudhishthira—: él es el comandante de mi ejército; Bhima, cuya fuerza es mayor que la de todos vosotros, Bhima es mi siguiente apuesta.

—¡Gano!—exclamó Sakuni.

—Yo soy ahora la apuesta —dijo Yudhishthira.

—¡Gano! —repitió Sakuni.

En ese momento se produjo un silencio sepulcral y en medio de ese silencio, como gotas de fuego líquido, sonaron nuevamente las palabras de Sakuni escurriéndose de sus labios como veneno:

—Todavía tienes a Draupadi, todavía no la has perdido a ella. Bhima agarró su maza firmemente para arrojársela a la cabeza a Sakuni, pero Arjuna le detuvo con una mirada. Yudhishthira, ya completamente fuera de control, dijo:

—Draupadi, la reina de los cinco pandavas, es mi apuesta ahora. Los dados fueron arrojados por última vez y por última vez resonó la sala con el triunfante « Gano » de Sakuni. Todo se había perdido.

Capítulo XII

DRAUPADI, ESCLAVA DE DURYODHANA

LA sala entera estaba inmersa en un terrible silencio. Vidura, suspirando agitadamente, se sentó con la cabeza entre sus manos, mirando al suelo como si estuviera pidiendo perdón a la madre tierra por la gran injusticia que se había cometido. Bhishma y los demás estaban consternados y confusos. Dhritarashtra era el único que estaba feliz y no paraba de decir:

—¿Quién ha ganado ahora? ¿quién? ¿quién?

Poco después todo el salón retumbaba con los gritos de júbilo de los kurus. Duryodhana fue a donde estaba Sakuni y le abrazó con todo su amor, diciendo:

—En verdad, éste es el día más feliz de mi vida, y lo debo a ti, solamente a ti, mi querido tío. —Duryodhana luego dijo—: Vidura, tío mío, ahora Draupadi es nuestra esclava. Ve y tráela ante nuestra presencia y que habite en los aposentos reservados para los criados. Debe empezar a familiarizarse con sus nuevas obligaciones.

Vidura se levantó y dijo:

—Duryodhana, aún no es demasiado tarde. No sigas. Te comportas como un cervatillo que sin darse cuenta está provocando al tigre. Debes considerar a estos pandavas como serpientes peligrosas que escupen veneno. No les provoques. Draupadi no es esclava tuya y no debe ser insultada; Yudhishthira no tenía derecho a apostarla, ya nada le pertenecía una vez perdida su misma vida. No me cabe la menor duda de esto. Quizá no te gusten mis palabras y creas que no actúo como un buen consejero. Pero no es así. Únicamente te estoy advirtiendo contra la terrible ira de los pandavas. Si no prestas atención a mis palabras, tú, junto con tus hermanos y amigos, seréis destruidos un día. Los infiernos ya están preparándose para recibir a las huestes de la casa de los kurus. —Vidura terminó de hablar pero nadie le hizo caso, por lo que sollozando y lleno de pena añadió—: ¿Qué puedo hacer? No hay nadie más ciego que aquél que no desea ver, ni

nadie más sordo que quien se niega a escuchar. No podéis imaginaros lo que el destino tiene reservado para vosotros.

Entonces Duryodhana dijo:

—Ya hemos escuchado demasiado a este pobre hombre que no sabe hablar de otra cosa. —Y girando la vista miró a uno de sus siervos de la corte al que llamó ante su presencia y en mitad de todos los sabios, ancianos y hombres justos, le dijo—: Pratikami, ve a los aposentos de las mujeres y dile a la esclava Draupadi que ahora nos pertenece y que requerimos su presencia, pues el príncipe kuru, su amo y señor, quiere que se persone en la corte. —Duryodhana, viendo el miedo que reinaba en los ojos de ese sirviente, dijo—: ¿Acaso tienes miedo de la ira de los pandavas, que hace un rato estaba describiendo mi tío? ¿es que no sabes que a Vidura nunca le hemos gustado, ni tampoco nuestra forma de proceder? No temas, pues ahora los cinco pandavas son nuestros esclavos.

El sirviente se dirigió a los apartamentos de las reinas y dijo a Draupadi:

—Draupadi, ahora eres esclava de Duryodhana, pues tu marido Yudhishthira, obsesionado por el juego, ha apostado tu persona y ha perdido en este juego con los kurus. Duryodhana, tu amo y señor, desea que vayas a la corte.

Draupadi, completamente atónita por lo que acababa de oír, dijo:

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿A qué te refieres? ¿Acaso no tenía mi marido ninguna otra cosa que apostar? ¿Es que ha perdido la razón? ¿Cómo ha podido apostar a su propia esposa de esta manera?

El siervo le dijo:

—Lo que te he dicho es cierto. El rey primero perdió todas sus posesiones. Luego apostó a sus hermanos, uno por uno, después a él mismo y finalmente te apostó a ti, perdiéndolo todo.

Después de oír esto, Draupadi le dijo:

—Regresa a la corte, habla con Yudhishthira y averigua si primero se apostó él a sí mismo o a mí, y luego ven con la respuesta que obtengas.

El sirviente volvió a la corte y relató lo sucedido y mirando a Yudhishthira dijo:

—Ella quiere saber si la apostaste primero a ella en el juego o si antes ya habías perdido tu propia vida.

Yudhishthira al oír las palabras del sirviente, sintió como si se le escapara el aliento del cuerpo y no pudo contestar la pregunta de Draupadi. Duryodhana se enojó mucho y dijo:

—Que venga aquí esa mujer y se lo pregunte ella misma.

El sirviente se dirigió de nuevo a donde estaba Draupadi y le contó como Yudhishthira había permanecido en silencio sin responder a su pregunta y le comunicó las órdenes que Duryodhana le había dado. Luego agregó:

—Ahora sé que ha comenzado la destrucción de los kurus, pues este insulto que te han hecho será la causa de la destrucción de nuestro príncipe Duryodhana.

Sin embargo, Draupadi no desistía de su postura y le dijo:

—Regresa de nuevo a la corte y pregúntale a mi marido qué es lo que debo hacer, le obedeceré a él y a nadie más.

El sirviente volvió y llevó este mensaje a Yudhishthira quien agachando la cabeza dijo:

—Dile que quiero que venga y consulte con los ancianos si lo que hice estuvo bien o fue un error.

Al oír esto, el asustado sirviente, temeroso de la ira de Draupadi, no se atrevía a ir otra vez ante ella. Duryodhana viendo esto, miró a su hermano Dussasana y le dijo:

—Dussasana, parece que este sirviente tiene miedo. Debes ir tú a los aposentos de las mujeres y traer a Draupadi a la corte. ¿Qué puede hacerte ella? Ahora es nuestra esclava.

El joven hermano del príncipe se levantó, se dirigió hacia las estancias de las reinas. Entró y se quedó de pie riéndose ante Draupadi. Luego dijo:

—¡Vamos, ven!, nuestro príncipe Duryodhana te ha ganado en el juego. Ya no tienes porqué temer a tus amados maridos. Puedes venir sin ninguna vacilación. Lo justo ahora es que centres tus ojos de loto en el monarca de los kurus.

Al oír esto, Draupadi saltó de su asiento como si algo le hubiese picado. Dussasana se divertía contemplando la situación y riéndose a carcajadas le decía:

—No seas tan recatada, después de todo, nosotros somos primos de tus maridos.

Ella le miró con una expresión salvaje en sus ojos y salió corriendo hacia los aposentos de Gandhari. Dussasana enfurecido corrió tras ella, hasta que logró agarrarla por sus largos cabellos negros. Esto era algo terrible, pues sus cabellos habían sido purificados por las aguas sagradas, durante la celebración del Rajasuya. La atrapó agarrándola por el pelo, sin saber que estaba tocando una serpiente que con toda seguridad le causaría la muerte. Dussasana la llevó arrastrándola hacia la corte. Ella ofrecía el aspecto de un árbol azotado por un vendaval. Nada ni nadie oía sus desgarradoras súplicas de auxilio. Dussasana le decía:

—Eres nuestra esclava, la esclava del príncipe Duryodhana, pues él te ha ganado en un juego de dados. Tu marido Yudhishthira te usó a ti como apuesta y perdió, y ahora quiere que vengas a la corte, para que consultes con los ancianos este sutil asunto. En cuanto a mí, fue el rey quien me ordenó que te llevara a la corte: si te niegas a ir te llevaré a rastras.

Draupadi, arrastrada por el pelo, con el vestido empapado por las lágrimas y desaliñado por el rudo trato de que era objeto, hizo su entrada en la corte.

Capítulo XIII

LA PREGUNTA DE DRAUPADI

DRAUPADI ya había vertido todas sus lágrimas, sus ojos estaban inyectados de ira. Con una voz palpitante de furia e indignación, gritó:

—Veo que en esta gran asamblea hay grandes personajes, ancianos de esta antigua casa de los kurus, conocidos todos ellos desde tiempo inmemorial por el Dharma que residía en ellos. Todos estáis aquí presentes, sin embargo, la injusticia ha anidado en vuestras mentes. ¿Puede ser esto posible? He aquí un hombre que, embriagado por el poder, pide a su cruel hermano que traiga a rastras a la corte a una indefensa mujer. Y todos vosotros os quedáis mirando impasibles. Aquí está mi marido, el cual es la imagen misma del Dharma. Todos vosotros sois harto conocidos como estrictos observadores del Dharma. Es verdad que la justicia ha desaparecido de esta corte, donde se permiten tamañas atrocidades.

»La ecuanimidad que distinguía a la casa de los kurus se ha escapado saltando sus murallas y ahora mora lejos de este lugar. Ancianos de la corte, en vuestra presencia pregunté a mi marido que me aclarara una duda de todo este juego, pues quería saber a quién perdió primero: si a mí o a él mismo. Y no solamente no se me dio una respuesta, sino que además este hombre ha tenido el atrevimiento de traerme aquí a rastras. Cuando personas como Bhishma y Drona permiten esto, es que no existe en esta corte nada que podamos denominar Dharma. Os lo preguntaré otra vez, mi pregunta es muy simple: ¿Debo considerarme esclava de este hombre, o soy libre?

Draupadi miró a sus maridos, hirviendo de ira; les miraba con rabia, tratando de avivar la ira que había en ellos hasta convertirla en una llamarada. Yudhishthira hubiera deseado encontrar la muerte en aquel mismo momento. No le importaba mucho el haber perdido sus riquezas, ni su reino, ni todo lo que un día fue suyo, pero los ojos encolerizados de Draupadi quemándole con el fuego de su ira, era peor para el que mil flechas traicioneras disparadas por un enemigo. Y sin poder resistirlo, bajó la cabeza.

Luego Draupadi miró a Bhishma y le dijo:

—Tú eres asiento de toda ciencia y sabiduría. Se dice que no hay nadie más sabio que tú. Abuelo mío, ¿puedes tú decirme si soy o no, una esclava?

A lo cual contestó Bhishma:

—La verdad no estoy muy seguro de poder darte la contestación adecuada a tu pregunta, pues las sutiles sombras del Dharma son difíciles de comprender. Por un lado no le es posible a un hombre apostar algo después de que él mismo ha perdido

todo derecho sobre su persona, por haber apostado y perdido su propia vida. Según eso, Yudhishthira no tenía derecho a apostarte. Pero hay otro aspecto que tenemos que considerar y es que un hombre tiene derecho sobre su mujer, sea él libre o no. Puede decirse que es de su propiedad incluso después de haber perdido su derecho sobre su misma persona. Y según esto, no me atrevería a asegurar que tú eres libre. Yudhishthira sabía que Sakuni es un maestro consumado en el arte de tirar los dados, sin embargo aceptó gustoso jugar con el, y a pesar de que estaba siendo derrotado, continuaba jugando una y otra vez, hasta que llegó a utilizarte a ti como objeto de apuesta. No puedo contestar a tu pregunta.

Draupadi estaba furiosa y le dijo:

—Hablas como si mi esposo hubiera aceptado de buena gana jugar este juego. Fue tu querido nieto Duryodhana y su tío quienes le desafiaron a jugar. Yudhishthira no quería y ya se lo había dicho repetidas veces a su tío Vidura en Indraprastha. Sin embargo fue forzado a participar en este juego fraudulento. Sakuni, sabiendo que él no era un jugador hábil le obligó a jugar con él, que es un reputado experto en el arte de tirar los dados. Mi esposo no tenía ninguna posibilidad en absoluto de ganar. Y vosotros, sabiéndolo, continuabais mirando. ¿Acaso no veíais esta injusticia? ¿No sabíais que era un juego sucio? Teníais que haberlo detenido. Tú eres el tío del rey, mas ni uno sólo de vosotros hizo nada para pararlo, ni tampoco reprendiste a este pecador de Duryodhana por lo que estaba haciendo. ¡Decidme ahora que mi esposo accedió a jugar de buena gana y que gustosamente me utilizó como objeto de apuesta! Cuando él perdió su vida y me anunció a mí como su próxima apuesta, ¿acaso no le podíais haber interrumpido y proclamado que eso no era correcto? Ruego que escuchéis mis palabras. Requiero una respuesta de esta corte. Donde no hay ancianos preceptores no hay corte. Pero sólo se pueden considerar como tales aquellos que manifiestan la verdad, y donde no hay verdad no hay justicia, y no puede haber verdad donde se da cobijo a la obstinación.

Dussasana, riéndose a carcajadas miró a Draupadi, de cuyos ojos brotaban lágrimas y cuyas palabras parecían fuego, y le dijo:

—Eres la esclava de Duryodhana, ¿por qué te preocupas por las sutilezas del Dharma? Eres una esclava, tu Dharma es complacer a tu nuevo dueño y señor, Duryodhana, el monarca de los kurus.

Al oír esto, ella le miró como si quisiera quemarle con su mirada, pero no pronunció palabra alguna. Bhima, que temblaba de indignación, como si fuera una hoja al viento, se dirigió a su hermano Yudhishthira con encendidas palabras, diciendo:

—Mira el resultado de tu locura. Toda la riqueza que poseíamos, se ha ido. Has apostado todo, absolutamente todo lo que poseíamos, y yo no dije nada, ni siquiera me importó. Luego nos apostaste a nosotros e incluso eso lo aguanté pacientemente, porque tú eres mi guru, mí hermano mayor y somos tuyos para siempre. Pero, mi señor

¡mira cómo este animal ha traído a rastras a Draupadi hasta el salón! ¿Crees que puedo soportar esto? Ya no lo aguanto más. Shadeva, tráeme fuego, tengo que quemar las manos de mi hermano.

Arjuna se sentía apenado contemplando la ira de Bhima al igual que por su querido hermano mayor que estaba de pie ante él con la cabeza gacha. Hasta ayer era rey y hoy se había convertido en esclavo de los kurus. Arjuna dijo a Bhima:

—¿A qué se debe esta reacción tuya? ¿qué es lo que te ocurre? Nunca antes fuiste tan severo con tu hermano. Siempre le trataste con el respeto que se debe a un padre. A lo que Bhima contestó:

—Cierto, antes le respetaba pues era diferente. Mas ahora merece que quememos sus manos por lo que ha hecho, y le echemos de aquí. Observa esta escena, ¿no te hierve la sangre? ¿puedes soportarlo?

Arjuna le tranquilizó, diciendo:

—Por supuesto, yo también estoy enfadado, pero ¿no ves acaso que Yudhishthira está también muy apenado? Está ardiendo encolerizado consigo mismo; él mismo se quemaría las manos si pudiera. Está totalmente destrozado. No aumentes su desgracia lanzando tu rabia contra él. Los kurus siempre han querido vernos pelear; mas hasta ahora siempre hemos permanecido unidos como si fuéramos uno solo. Si te rebelas contra nuestro querido hermano, sus deseos se verán cumplidos. Creo que ya están suficientemente contentos con lo sucedido. No aumentes más su dicha, peleando contra tu hermano.

Las palabras de Arjuna no pudieron apaciguar la ira de Bhima, pero consiguieron que se controlara. Era un espectáculo tremendo ver a Bhima conteniéndose por no lanzar su maza contra las cabezas de Duryodhana y Dussasana. Jadeaba reprimiendo su furia, pero tenía que conservar la serenidad.

Capítulo XIV
DRAUPADI ES ULTRAJADA EN LA CORTE

VIENDO la condición en que se encontraban Draupadi y los pandavas, Vikarna, uno de los hijos de Dhritarashtra se sintió conmovido y levantándose, dijo a Draupadi:

—Tienes razón, no existe justicia en esta sala. Todos los que estamos aquí merecemos ser arrojados al infierno por tamaño crimen. Aquí están Bhishma, Drona, Dhritarashtra, junto con todos los ancianos y hombres justos que están presentes, ninguno de ellos puso en tela de juicio el hecho de que Yudhishthira te propusiera como apuesta. Incluso ahora, ¿por qué permanecéis callados? ¿Acaso no hay nadie entre vosotros que tenga suficiente coraje para decir la verdad, desafiando a Duryodhana?

—Todos callaban. Únicamente el silencio respondió a sus valientes palabras, tras las que apretando sus puños con furia añadió—: Bueno, si nadie dice nada, yo diré cuál es mi sentimiento acerca de este asunto. Draupadi no ha sido ganada; el príncipe de los kurus no tiene derecho a llamarla esclava suya, pues en el momento del juego, Yudhishthira ya no tenía derecho a usarla como apuesta. He oído decir a los sabios que son cuatro los peligros que acechan en el camino de un rey: el primero es la caza, el segundo la adicción a la bebida, el tercero la pasión por el juego y el cuarto el frecuentar demasiado la compañía de mujeres. Estas cuatro cosas amenazan con hacer que un hombre pierda la razón, como le ha ocurrido esta vez al propio Yudhishthira, pues embriagado por la fiebre del juego, llegó a perder la conciencia de lo que estaba haciendo; ya no era responsable de sus acciones. Hizo cosas realmente absurdas. Cuando Sakuni le desafió de nuevo, Yudhishthira a sugerencia del propio Sakuni, propuso a Draupadi como su próxima apuesta. Pero siendo ella esposa de los cinco hermanos pandavas y no únicamente suya, él no tenía ningún derecho a usarla de esta manera. Los argumentos de nuestro abuelo no se ajustan al caso, pues Yudhishthira, repito, apostó a Draupadi, sin el consentimiento de sus hermanos. Por lo tanto, ella no puede ser considerada como esclava, ni tampoco que haya sido ganada por el príncipe de los kurus. Ella es libre.

La alocución de Vikarna despertó asombro en todos los presentes, quienes se habían quedado muy sorprendidos por su nítido y conciso discernimiento. Después de sus palabras todos quedaron convencidos de que Draupadi no era una esclava. Pero a Radheya le enfureció la intervención de Vikarna. Se levantó y dijo:

—Vikarna, estás presumiendo demasiado de tu sabiduría. Todos los sabios aquí reunidos, empezando por Bhishma, Drona y Dhritarashtra, están convencidos de que Draupadi es una esclava y tú en tu entusiasmo pueril y tu erróneo sentido de caballerosidad, piensas que todos están equivocados y que eres más sabio que ninguno. Si ella no es una esclava, y si sus maridos piensan que ella no es una esclava, ¿crees que hubieran permitido que la trajeran a la corte? Cuando ella mandó el mensaje a través del sirviente, fue el mismo Yudhishthira el que le pidió que viniera a la corte. Dices que no es justo llamarla esclava, pero no hay necesidad de considerar el Dharma en el caso de los pandavas; ellos no son justos. ¿Dónde has visto que una mujer sea compartida por cinco hombres? Cuando tal injusticia ha sido cometida por esta gente, no creo que sea incorrecto llevar a Draupadi a la corte del rey. Draupadi no es la típica mujer recatada que jamás ha salido de sus aposentos y que no conoce el mundo. Es una mujer vulgar. No es ningún bochorno para ella aparecer ante tantos hombres en una corte como ésta, no debes preocuparte por eso, es una mujer desvergonzada, no debes temer que su integridad sea ultrajada por el hecho de traerla aquí. Es una esclava como sus señores. Ya no tienen derecho a llevar los vestidos que llevan. Dussasana, quítales los vestidos a estos cinco hombres y también a Draupadi y entrégaselos a su amo legítimo: el príncipe.

Oyendo estas crueles palabras de Radheya, los pandavas se quitaron la parte superior de sus vestidos y las arrojaron. Dussasana se dirigió a la reina ultrajada y agarró la parte superior de su vestido y comenzó a quitárselo a la fuerza. Draupadi estaba desesperada y al borde del desmayo. Miró a sus esposos uno por uno y se dio cuenta que era inútil apelar a ellos, no iban a hacer nada por salvarla del deshonor. Miró aquí y allá esperando que alguien la ayudase, pero nadie se movió. Y dijo:

—He oído que cuando un gran peligro nos amenaza, nada puede ayudarnos excepto la total entrega al Señor. Él me ayudará. —Se olvidó de todo y renunció a todo intento de protegerse a sí misma del peligro. Con sus manos juntas, como el capullo de un loto, permaneció quieta con sus ojos cerrados, llorando, mientras sus labios entonaban las alabanzas del Señor—: Krishna, Vasudeva, dicen que Tú eres el último refugio de los desamparados. Tú eres todo para mí. Tú debes saber el peligro que me amenaza. Dicen que estás en todas partes, que estás presente donde el devoto canta tus Glorias; debes estar aquí. Me entrego a ti, depende de ti el salvarme.

Parecía que estaba en trance y que era inmune a las palabras de sus enemigos; no se resistió al ultraje del que estaba siendo víctima por parte de Dussasana, permaneciendo con las manos juntas y con los ojos cerrados.

Dussasana comenzó a tirar de sus ropas, que salían fácilmente ya que ella no estaba tratando de defenderse. La audiencia contemplaba la escena horrorizada. Y entonces vieron manifestarse un milagro: Dussasana estaba tirando de sus ropas, pero éstas se alargaban interminablemente. Usó las dos manos y tiró, pero las ropas seguían prolongándose. No pudo terminar de quitárselas; las ropas se extendían como la infinita bondad de Dios, como las lágrimas de un hombre arrepentido, como los regalos de un hombre generoso; se extendían y se extendían. Al lado de Dussasana, cuya ira aumentaba por momentos, podía verse un montón de tela que crecía más y más; del montón surgían resplandecientes los siete colores del arco iris; Dussasana ya estaba cansado y no pudo continuar por más tiempo desvistiendo a aquella mujer, que parecía una hechicera; si no ¿cómo podía haber ocurrido esto? Al fin, exhausto, renunció a su intento y se sentó con una expresión de disgusto y fatiga dibujándose en su rostro.

La voz de Bhima rompió el hechizo que había descendido sobre la audiencia. Apretó sus puños, sus fuertes puños, y dijo:

—Escuchadme todos los kshatryas. Si no mato a este pecador de Dussasana y me bebo su sangre, que nunca vea los cielos donde están mis antepasados, que vaya al infierno, que acoge a los peores pecadores. Le arrancaré su corazón y me beberé su sangre: lo juro.

Dussasana y todos los demás se rieron de él. Radheya dijo:

—¿Por qué estás callado, Dussasana? Llévatela al cuarto de los sirvientes; haz que se acostumbre a sus nuevos deberes. La pobre Draupadi sollozaba:

—Yo no soy una esclava.

Apeló a todos y cada uno de los ancianos, pero nadie quería ayudarla, todos estaban callados, todo el mundo tenía miedo de Duryodhana; todos excepto Vidura. Una y otra vez dijo que las palabras de Vikarna eran correctas y que ella no era de ningún modo esclava de Duryodhana; pero nadie prestó atención a sus palabras.

Duryodhana sonrió a Draupadi y le dijo:

—Ya no lo digas más, deja de repetir que no eres una esclava, ya lo hemos oído bastante; dejémoslo a un lado de momento. Tus cinco maridos Nakula, Shadeva, Arjuna, Bhima y Yudhishthira, la imagen del Dharma, están todos aquí. Ellos no han intentado hasta ahora contestar tu pregunta ni han tratado de liberarte de tu esclavitud. Permanecieron en silencio, incluso cuando tu honor estaba en peligro. Espero que Yudhishthira hable. Déjale que él diga si le perteneces a él o a mí. Después de eso decidiremos tu futuro. —Duryodhana esperó con una sonrisa provocativa en sus labios; Yudhishthira aún permanecía con la cabeza inclinada y sin pronunciar palabra. Duryodhana soltó una carcajada y le dijo—: ¡Mira, Draupadi! todos tus maridos permanecen callados. Yo contestaré a tu pregunta: ¡eres libre! Libre para escoger un hombre de entre nosotros; no has nacido para ser una esclava, debes ser la esposa de un monarca. Deja a estos hombres que ya no son los favoritos de la fortuna y elige a alguno de nosotros como tu dueño. Deja que tu marido Yudhishthira anuncie a la corte que ya no tiene derecho sobre ti, luego tú misma puedes elegir marido.

Las palabras de Duryodhana eran como dardos afilados. Bhima no podía soportarlas y dijo:

—Os hubiera matado hace mucho tiempo, si no fuera porque respeto a mi hermano. Cuando él anunció que éramos esclavos de este hombre, aceptamos sus palabras. Para nosotros Yudhishthira es más que un dios, le pertenecemos en alma y corazón y aceptamos su palabra como la palabra de Dios. Si no hubiera sido por Yudhishthira nunca hubiéramos permitido que ocurriera esta injuria. Cuando nuestro hermano se apostó a sí mismo y consideró que tú le habías ganado, nosotros pensamos que también nos habías ganado en el juego. Si no hubiera sido por esto, ¿crees que este pecador, este Dussasana, habría vivido después de haber tenido la osadía de tocar el pelo de nuestra reina y arrastrarla hasta tu corte? ¿Crees que habría vivido después de eso? ¡Mira mis brazos!, ¡mira su fuerza y su tamaño! Nadie, ni siquiera Indra, puede soportar un apretón de estos brazos. Mis manos han permanecido inmóviles, atadas por los grilletes del Dharma; por respeto a mi hermano y por la advertencia que me ha hecho Arjuna. Si no hubiera sido por Yudhishthira ya hubiera arrancado la vida de vuestros cuerpos.

El pobre Bhima respiraba entrecortadamente por el esfuerzo que hacía para controlarse a sí mismo. Su pecho estaba hinchado y le corría el sudor por la cara en pequeños

riachuelos, su aliento salía apresuradamente. Era conmovedor ver a este gran héroe forzado a contener sus brazos, para no arrancar la vida a todos los kurus.

Radheya dijo:

—Escúchame, Draupadi, el hecho es que eres una esclava. Una esclava que no tiene posesiones y como tus esposos son esclavos no tienen derecho sobre ti. Los hijos de Dhritarashtra son tus dueños ahora. Ve al harén del rey y elige entre ellos a un marido que no te use como apuesta en un juego de dados. Una mujer que es esclava tiene derecho de elegir un nuevo dueño.

Estas palabras de Radheya entraron como flechas en los oídos de Bhima, el cual miró a Yudhishthira y le dijo:

—No culpo a Radheya por lo que dice, sólo está manifestando los derechos de una esclava, te culpo a ti; si no hubieras sido tan tonto ¿crees que nuestros enemigos hubieran tenido oportunidad de hablar así? —Suspirando como silban las serpientes, Bhima tuvo que mantener su cólera bajo control.

Duryodhana estaba complacido con las palabras de Radheya y preguntó a Yudhishthira:

—Bhima, Nakula, Shadeva y Arjuna están callados porque no quieren hablar mientras tú estés aquí. Te pregunto a ti; dale a Draupadi una respuesta a su pregunta, ¿la consideras una mujer libre o una esclava?

Yudhishthira no replicó. Entonces el pecador Duryodhana intoxicado por el orgullo de poder dañar a otros y aguijoneado por el destino, miró a su amado Radheya con una sonrisa en los ojos. Luego sonriendo despectivamente, miró a Bhima con ojos provocadores y cuando estuvo seguro de haber captado su atención, extendió su muslo izquierdo a Draupadi, proclamándose su amo en un ademán de lasciva soberbia.

Capítulo XV

LOS TERRIBLES JURAMENTOS

Bhima se dirigió a Duryodhana como una cobra enfurecida, le miró con sus ojos rojos como el metal candente y le dijo:

—Que nunca llegue a los cielos donde están mis antepasados, si no rompo ese muslo. Romperé el muslo de Duryodhana con mi maza o, si no, que me condene a vivir en el infierno para siempre.

Radheya miró con desprecio a Bhima, y dirigiéndose luego a Dussasana le dijo:

—Dussasana, ¿para qué te demoras? Conduce a esta doncella a los aposentos de las mujeres. Duryodhana, te puedes quedar con ella.

Dussasana intentó de nuevo arrastrarla. Ella recurrió a los ancianos una vez más, a Bhishma, a Drona, a Dhritarashtra, pero ninguno habló. Vidura trató en vano de

consolarla. Intentó una vez más recurrir a la debilitada nobleza del rey, pero de nada sirvió.

Bhima habló de nuevo y dijo:

—Voy a matar a Duryodhana. Mi hermano Arjuna matará a Radheya. Este Sakuni, que es tan hábil jugando a los dados, será aniquilado por mi hermano Shadeva. Os lo digo una vez más, por favor escuchadme todos con atención. Cuando estalle la guerra todo esto sucederá:

Mataré a Duryodhana con mi maza y pondré mi pie sobre su cabeza. Y os aseguro que beberé la sangre del corazón de Dussasana.

Arjuna dijo:

—Bhima, los que viven seguros en sus casas nunca pueden comprender el peligro que les espera afuera. Tus palabras se cumplirán. Todavía no he visto a nadie escapar a la ira de Bhima. La tierra se beberá la sangre de vosotros cuatro: Duryodhana, Dussasana, Sakuni y Radheya. De esto no hay duda. —Arjuna hizo entonces un terrible juramento. Dijo—: Declaro solemnemente que obedeceré las órdenes de mi hermano. Mataré a este Radheya y a todos sus seguidores en la guerra. Mataré a todo aquel que sea lo suficientemente necio como para ayudarle. Les enviaré a todos a la mansión del señor de la muerte. La montaña Himavan puede que cambie de lugar, el Sol puede salirse de su órbita señalada y la Luna puede perder su tranquila naturaleza; pero yo os aseguro que no faltaré a este terrible juramento que he hecho.

Shadeva se dirigió a la asamblea y dijo:

—Sakuni, tú eres una mancha en el nombre de los gandharas. Tus queridos dados, no son dados; son veloces y afiladas flechas que aseguran tu muerte. Juro que te mataré a ti y a todos los tuyos. Espero que tengas el valor de enfrentarte a mí en la guerra, como un hombre. No sé si tendrás el valor de luchar, pero si lo tienes, juro que te mataré. Te lo aseguro.

Nakula dijo:

—Mis hermanos han jurado matar a Duryodhana, Dussasana, Radheya y Sakuni; y yo prometo que mataré al hijo de Sakuni. Mataré a Uluka. Morirán todos en manos de los pandavas, en una guerra que con toda seguridad tendrá lugar en un futuro cercano. Estoy seguro de ello.

Llovían flores sobre los pandavas mientras pronunciaban sus juramentos. Arjuna dijo:

—Si por mí fuera no pospondría la muerte de estos pecadores. No quiero esperar a una guerra. Si no hubiera sido por Yudhishthira, os hubiéramos matado a todos ahora.

Con sus ojos llenos de ira, sosteniendo el gandiva en su mano y con la respiración entrecortada por la agitación, Arjuna parecía como la muerte misma dispuesta a destruir

el mundo de los pecadores. La tierra tembló con pavor ante la ira de Arjuna. Estaba aun más enfadado que Bhima. Yudhishthira tomó a Arjuna de su mano con amor y gratitud y le dijo:

—Arjuna, no te pierdas en tu cólera. No te olvides del Dharma arrebatado por tu furia. Cuando escuché las palabras de Radheya, también hubiera querido reducirle a cenizas, pero hubo algo que contuvo mi ira; mirando a sus pies, sentí cómo mi cólera se disipaba. Los pies de Radheya me recuerdan los benditos pies de nuestra madre. —Arjuna se controló y se produjo un gran silencio en el salón.

Cuando Dhritarashtra se dio cuenta de la gravedad de la situación, ya era demasiado tarde. Oyendo los juramentos de los pandavas, su corazón tembló de miedo y dijo:

—Hijo mío, en tu necedad has insultado la pureza del alma de Draupadi. Tu muerte es ya segura. —Y dirigiéndose a Draupadi en tono pacífico continuó diciendo—: Te concederé lo que quieras, pero, por favor, perdona el comportamiento de este hijo mío, que no sabía lo que hacía.

Draupadi dijo:

—Concédeme por favor esta gracia: libera a mi marido Yudhishthira de la esclavitud. Por favor declárale públicamente libre de todo sometimiento a este pecador.

Dhritarashtra así lo hizo y la invitó a que pidiera otra gracia. Esta vez Draupadi liberó a Bhima, Arjuna, Nakula y Shadeva de su cautiverio.

—Pídeme otra gracia, hija mía —dijo Dhritarashtra esperando pacificarla con estas mercedes. Draupadi dijo:

—No quiero propasar las reglas del Dharma. No seré codiciosa; no debo aceptar más de dos gracias. Mis maridos son ahora libres y estoy más que satisfecha.

Una vez más, fue Radheya quien mirando despectivamente a los pandavas, dijo:

—Afortunadamente para los pandavas, Draupadi ha sido como una barca que les ha salvado cuando estaban a punto de ahogarse. Han tenido la fortuna de que una mujer los haya salvado.

Bhima le habría agredido por estas palabras, pero una vez más Yudhishthira le detuvo. Duryodhana y Radheya, seguidos por la mayor parte de los hijos del rey abandonaron la sala enojados. Estaba claro que no les había gustado la liberación de los pandavas de su cautiverio. Yudhishthira se dirigió a su tío y le dijo:

—Siempre que nos has ordenado algo te hemos obedecido. Si nos dices qué hemos de hacer ahora, así lo haremos.

Dhritarashtra, de forma impulsiva y temblorosa, le dijo:

—Estoy complacido contigo y con tu humildad, eres sabio y bueno. Eres noble; debes olvidar las cosas que hoy han ocurrido, el que es bueno sólo ve lo bueno en los demás y no repara en sus defectos. Por favor intenta olvidar los pecados cometidos

por Duryodhana. Quiero que recuperes todo lo que hoy perdiste en el juego. Por favor vuelve a tu Khandavaprastha, regresa al país que has estado gobernando. Quiero que te olvides del día de hoy como si fuera un mal sueño. Por favor, no guardes rencor a mi hijo y vuelve en paz a tu casa.

Yudhishthira le escuchó con la cabeza inclinada. Abandonó a los ancianos y subiendo al carro con sus hermanos y Draupadi se marcharon en dirección a Indraprastha.

Capítulo XVI

DE NUEVO EL JUEGO DE DADOS

DUSSASANA vio cómo se iban los pandavas y corrió hacia donde estaba sentado Duryodhana con Sakuni y Radheya y dijo:

—Nuestro padre les ha devuelto todo a los pandavas, ahora mismo van hacia Indraprastha.

Duryodhana estaba furioso y dirigiéndose a su padre le dijo:

—¿Qué locura es ésta, padre? Después de todo lo que ha ocurrido, ¿cómo has podido hacer esto? Los pandavas están furiosos como cobras, con veneno en sus corazones y en sus ojos. Ahora son más peligrosos de lo que fueron antes. Incluso antes de todo esto, tuvimos que pensar en los medios que usaríamos para quitarles su reino, porque son más poderosos que nosotros. Y tuvimos éxito; fue confiando en eso, por lo que nos atrevimos a insultarles como nunca antes se les insultó. Ahora, habiendo encendido su ira hasta el máximo, les has dado una oportunidad de que se venguen de nosotros. Debías estar fuera de tu juicio para hacer esto, padre. Ahora mismo, Arjuna y Bhima junto con los mellizos deben estar acariciando sus armas y pensando los medios y maneras de cumplir sus juramentos. ¿Crees que se quedarán quietos después de llegar a Indraprastha? ¿Crees que Drupada se quedará quieto en cuanto oiga el insulto y ultraje que se le ha hecho a su querida hija? ¿Crees que Dhrishtadyumna, el nacido del fuego, se quedará quieto cuando se entere? Tienes que rectificar esta locura tuya.

Duryodhana reflexionó durante un instante y luego le dijo:

—Te diré lo que debes hacer, padre, manda a buscarles de nuevo. Diles esto: « Se jugará de nuevo a los dados y el que gane gobernará todo el reino y el que pierda deberá vivir en el bosque durante doce años. Yudhishthira y sus hermanos deberán pasar el treceavo año disfrazados, y si, durante el treceavo año, el año que han de pasar ocultos, se descubre su identidad deberán pasar otros doce años más en el bosque. Vuélvelos a llamar, padre, si les llamas no podrán negarse. Yudhishthira no se negará, y estando aquí el tío Sakuni, no es difícil adivinar cómo va a acabar el juego, su exilio en el bosque es seguro, para cuando pasen los trece años, yo habré fortalecido mi posición y no tendrán ninguna opción de volver a ganar su reino.

Nadie en la corte aprobó este vil complot, pero el rey, como de costumbre, era un juguete en las manos de su hijo y su mente fue poseída de nuevo por el pensamiento de que la riqueza de los pandavas sería suya. Gandhari oyó esto y dijo:

—Hijo mío, desearía que hubiéramos aceptado el consejo de Vidura y te hubiéramos destruido tan pronto como naciste. Tú eres la raíz de esta terrible injusticia. Aún no es demasiado tarde, escúchame: Si te arrepientes y desistes de cometer más pecados, los pandavas incluso se olvidarán de sus juramentos y te perdonarán la vida. No coacciones a tu padre, él se deja llevar muy fácilmente.

Dhritarashtra dijo:

—No puedo negarle nada a mi hijo.

Y envió un mensajero a los pandavas pidiéndoles que regresaran a Hastinapura. El mensajero les alcanzó y le dijo a Yudhishthira:

—El rey, tu tío, quiere que vuelvas a Hastinapura; quiere que vuelvas a jugar un nuevo juego de dados y en él decidirlo todo. Yudhishthira dijo:

—El Creador ha ordenado las acciones de cada hombre; tanto su buena como su mala fortuna están en las manos del destino. No podemos hacer nada, ni podemos decidir qué hacer, ya ha sido ordenado. Ahora sólo sé una cosa y es que tendré que jugar de nuevo a ese odioso juego, sabiendo muy bien que me va a robar todo lo que tengo; debo ir y jugar de nuevo.

Los pandavas volvieron a Hastinapura.

Capítulo XVII

EL DESTIERRO DE LOS PANDAVAS

ERA la misma sala, los mismos dados y el mismo Sakuni con la misma sonrisa siniestra. Todo era igual, sólo que en la mente de Yudhishthira había una gran infelicidad. Un hombre inferior hubiera expresado sus sentimientos: su ira en contra del rey, pero no él. Yudhishthira se sentó y Sakuni enunció las condiciones estipuladas para la apuesta, dijo:

—Toda vuestra fortuna depende de lo que digan los dados, esta vez el ganador será el señor de toda la tierra de los kurus. El perdedor tendrá que vivir en el bosque durante doce años y pasar un año más oculto, no debe ser reconocido, si de algún modo se revelase su identidad, deberá permanecer doce años más en el bosque.

Yudhishthira bajó la cabeza asintiendo en silencio. Todo el mundo trató de prevenir de Yudhishthira de que no jugase, pero él no escuchaba, su rostro estaba tranquilo como la superficie de un lago. Sakuni cogió los dados en sus manos, los odiosos dados rodaron por el suelo y Sakuni exclamó:

—¡Gano!

Los pandavas se prepararon para el exilio, vistiéndose con atuendos hechos de cortezas de árboles y piel de ciervo, como era la costumbre. Dussasana y los otros hijos de Dhritarashtra se burlaron de ellos, especialmente de Bhima. Bhima estaba furioso. Dussasana viéndole que jadeaba de furia, le llamó « vaca ». Los otros hicieron lo mismo mofándose de él. Bhima estaba ya enfadado de verdad, su furia salía como un río que corre hacia el mar, y dijo:

—Creéis que no os llegará vuestro fin, sólo porque vuestro astuto tío nos ha ganado el reino para vosotros, ¡pero esperad!, esperad al día cuando estalle la guerra. Juro que mataré a los cien hijos del rey y juro de nuevo para recordároslo a todos, que me beberé la sangre de ese Dussasana y le recordaré este momento cuando le esté desgarrando el corazón; lo haré. —Bhima se paró para respirar y luego dijo—: Después de catorce años todos moriréis. —Bhima emprendió el camino andando a pasos largos como un león junto con sus hermanos.

Yudhishthira dejó a los ancianos, despidiéndose de cada uno de ellos. Ninguno dijo nada, nadie pudo. Vidura dijo:

—Dios os protegerá y os ayudará a cumplir todos vuestros juramentos; los hijos de Dhritarashtra están todos ya sentenciados. Yudhishthira, debes esperar que llegue el momento, de nuevo volverán los buenos tiempos. En cuanto a vuestra madre Kunti, dejadla aquí, ella no tiene porqué pasar los doce años en el bosque, yo cuidaré de ella. Yo la protegeré como a mi madre, id en paz, nos volveremos a encontrar.

Yudhishthira estaba complacido por el interés que mostró Vidura en cuidar a Kunti. Luego se postró ante Bhishma y se preparó a partir al gran exilio.

La ciudad estaba sumida en profundo dolor. La gente les observaba mientras caminaban por las anchas calles de la ciudad. Vieron a Draupadi con los ojos rojos por el llanto, su pelo largo y suelto cubría su rostro y sus hombros. También hubo otra escena desconsoladora: la despedida de los hermanos de su madre. Kunti los había visto el día anterior como reyes, mas ahora los veía sin joyas y con sus cuerpos cubiertos de cortezas de árbol y piel de ciervo, andando cabizbajos. Les vio despedirse de ella para irse a vivir al bosque como ermitaños. Vio también a Draupadi, y eso le rompió el corazón. Kunti cogió a Draupadi en sus brazos y le dijo:

—Por favor, sé amable con mis hijos, aunque son los culpables del estado en que te encuentras. Tú eres una buena mujer, si no hubiera sido así todos mis hijos y también los kurus hubieran quedado abrasados por tus miradas iracundas. Quieres a tus maridos y por eso están vivos. Yo te bendigo y, por favor, espera que vengan días mejores. Dejo a mi hijo favorito Shadeva en tus manos, sé para él una madre.

—Que así sea —dijo Draupadi, y se despidió de su suegra limpiándole el polvo de sus pies y emprendió la marcha junto con los pandavas.

Kunti los siguió desde cierta distancia. Para ella, aquella escena era demasiado fuerte; lloraba lamentándose en voz alta y su dolor era inconsolable. Los pandavas continuaban alejándose y Vidura condujo a Kunti de vuelta al palacio, tratando de hacerla sobreponerse al dolor. Los pandavas caminaban con rapidez, alejándose de la odiosa ciudad de Hastinapura.

Dhritarashtra se encontraba solo en su habitación y, como tenía miedo de estar solo, mandó llamar a Vidura. Cuando vino, le preguntó:

—Vidura, ¿qué ocurre? Tengo miedo, quiero saber qué dijeron los pandavas cuando se fueron. Quiero que me cuentes cómo abandonaron la ciudad, dímelo todo.

Vidura dijo:

—Todos los ciudadanos de Hastinapura querían acompañar a los pandavas al bosque. Como Shri Rama cuando se iba de Ayodhya, nuestro querido Yudhishthira, con lágrimas en sus ojos se opuso y les invitó a volver a sus casas. Pude ver cómo la gente se secaba los ojos lagrimosos, unos con sus vestidos, otros con los puños de sus ropas y algunos con las manos. Trataban de seguir a los pandavas con su mirada, pero ni siquiera podían hacer eso porque las lágrimas les cegaban. Vi a Yudhishthira caminar con su rostro cubierto con la parte superior de su vestido. Vi alejarse a Bhima, mirando todo el tiempo sus dos poderosas manos. Vi a Arjuna esparciendo tierra sobre sus pisadas durante todo el camino mientras seguía a su hermano. Vi a Shadeva con su rostro ennegrecido con tizne y a Nakula con su cuerpo cubierto de polvo y cenizas. También vi a la hermosa Draupadi con su pelo largo y perfumado cubriéndole su cara; lloraba todo el tiempo. Siguiendo a estos seis, vi a su guru Dhaumya que estaba arrancando hierba Kusa mientras recitaba los versos del sagrado Sama Veda; versos en alabanza de Rudra y Yama.

Dhritarashtra le preguntó si las acciones de los pandavas tenían algún significado. Vidura dijo:

—Por supuesto que lo tienen, tú y tus hijos podéis olvidar el Dharma, pero no Yudhishthira; él es un buen hombre. Él sabe que toda la ciudad sería convertida en cenizas si él la mirase con ojos de enfado. Así que para salvar a la ciudad de sus miradas furiosas caminaba con su rostro cubierto. Bhima miraba sus manos mientras caminaba porque los pensamientos de su venganza sobre tus hijos, están siempre en su mente.

El que Arjuna esparciera tierra, una lluvia incesante de polvo, es un símbolo de que va a esparcir lluvias de flechas para destruir a toda tu familia. Shadeva ha oscurecido su rostro porque no quería que nadie le viese. En cuanto a Nakula, es el más hermoso de los cinco y no quería que las mujeres de la ciudad le mirasen con sus ojos llenos de deseo, no quería que tuviesen malos pensamientos, por eso se ha desfigurado con polvo y cenizas. En cuanto a Draupadi con sus ojos llorosos y su cara cubierta por su pelo suelto, es sólo una indicación de que dentro de trece años las mujeres de tu casa tendrán todas la

misma apariencia, cuando caminen por las calles de Hastinapura para realizar los ritos funerarios de sus maridos e hijos. El que Dhaumya recogiese hierba Kusa y recitase los himnos del Sama en alabanza a Yama y Rudra muestra que los ritos funerarios de los hijos del rey Dhritarashtra son inminentes. Los pandavas son hombres de pocas palabras; son hombres de acción. Recuerda hermano que harán todo lo que han prometido. Los malos augurios que aparecen en los altos cielos muestran sólo una cosa: destrucción.

Vidura se fue de los aposentos del rey disgustado y furioso. Justo antes de que se fuera apareció el sabio Narada, el cual dijo:

—Dentro de catorce años, todos los kurus serán destruidos. Dhritarashtra, tú y tus hijos obtendréis los frutos de vuestra injusticia dentro de catorce años. Hasta entonces puedes disfrutar de tu reino y de la riqueza injustamente obtenida. Pero no olvides ni por un momento que la paz mental de la que ahora gozas es sólo una quimera. Todos tus hijos serán destruidos. —Narada se fue dejando al rey totalmente aterrorizado y preocupado por el futuro.

Durante varias horas después, el rey permaneció inmerso en profundo dolor. Sanjaya, su cochero y confidente se dirigió hacia él y le dijo:

—Te las has arreglado para conseguir el mundo entero para ti. Ahora posees todo lo que tuvieron los hijos de Pandu, ¿por qué tienes ese aspecto tan deprimido?

El rey le contó la partida de los pandavas, la interpretación de Vidura, la profecía de Narada y sus miedos sobre el futuro. Sanjaya le dijo:

—No estoy apenado por ti en lo más mínimo. Tu conducta en la sala fue imperdonable, te portaste incluso peor que tu hijo. Te estuve observando; no quisiste escuchar las palabras de Vidura. Ahora estás recogiendo los frutos de tus acciones pecaminosas. En adelante vivirás una vida miserable, temiendo el día en que vuelvan los pandavas y destruyan a tus hijos.

Desde ese día el rey no conoció la paz, pasaba los días y las noches acosado por aquella constante preocupación que le consumía momento a momento. Cuando en aquel día memorable, le dio la espalda al Dharma, la paz abandonó el corazón de Dhritarashtra.

Libro 3
En el bosque
(Vana Parva)

Capítulo I
EL BOSQUE DE KAMYAKA

Los pandavas viajaban rápido. Parecía como si el único pensamiento que hubiera en la mente de Yudhisthira fuera alejarse de Hastinapura tan rápido como pudiera. Llegaron a las orillas del río Ganges. Allí había un pequeño refugio campestre llamado Pramanavata. Pasaron el resto del día y también la noche en aquel refugio. No tenían comida, tan sólo bebieron las aguas puras y dulces del río Ganges, eso era todo lo que poseían. Con sus cuerpos fatigados hasta el límite, los príncipes y Draupadi pasaron una noche dolorosa bajo las sombras de los árboles: Así transcurrió la primera noche de su exilio. Les habían acompañado varios brahmanes, a pesar de que Yudhisthira les pidió que no lo hicieran, los cuales también pasaron la noche con ellos en Pramanavata.

La noche pasó y por la mañana, Yudhisthira se dirigió a los brahmanes y les dijo:

—Hemos sido desterrados al bosque, donde viviremos durante doce años. Tenemos que cazar para comer; tenemos que vivir de frutos, raíces y otras cosas y no podemos agasajaros como lo hubiéramos hecho en Indraprastha. No os será fácil vivir en el bosque, así que, por favor, volved a la ciudad y abandonadnos a nuestro destino.

Pero los brahmanes estaban decididos y rechazaron volver a la ciudad, no querían abandonarlos. Estaban dispuestos a compartir todas las dificultades con los pandavas. Yudhisthira se sentía muy infeliz, porque no tenía medios para alimentar a los brahmanes que le habían seguido, y habló con sus hermanos y su guru Dhaumya al respecto.

Dhaumya le sugirió que debería pedir ayuda al Sol, diciéndole:

—El Sol es el Señor de toda la comida y todas las riquezas de esta tierra. Si le adoras y le pides ayuda, es seguro que te favorecerá.

Yudhisthira adoró al Sol poniendo todo su ser en ello, en total concentración sin comer ni dormir. El Sol estaba contento con sus ruegos y se le apareció en persona diciéndole:

—Estoy complacido contigo y tu deseo de agradar a otros. Ya que estás decidido a realizar esta penitencia por esta única razón, te daré comida durante estos doce años.

Aquí te entrego este recipiente de cobre. Consérvalo, pues siempre estará lleno. Tan pronto como Draupadi comience a servir, sacando el alimento del recipiente, obtendrá tanta comida como quiera. Su prodigalidad es infinita.

Yudhisthira recibió el recipiente con gratitud. Luego dirigiéndose a sus hermanos y a Dhaumya les dijo:

—Ya ha acabado mi infelicidad. Ahora puedo agasajar a estos brahmanes que dependen de mí.

Todos se pusieron en camino hacia un bosque llamado Kamyaka. Mientras tanto en Hastinapura, Dhritarashtra pasaba días de miseria. Ahora se daba cuenta de lo injusto que había sido con los pandavas, pero no se atrevía a enfrentarse a las consecuencias de sus propias acciones. Mandó llamar a Vidura y le contó sus temores. Le dijo:

—Todo el mundo me mira con desprecio y disgusto. Los ciudadanos no nos aman ni tampoco los otros miembros de la familia real. Soy muy infeliz. Por favor consuélame.

Vidura le contestó:

—Sólo puedo sugerirte una cosa, y estoy seguro de que no te gustará. De todos modos te lo diré ya que me lo has pedido. Si realmente te arrepientes de tus pecados, tienes que mandar que traigan de regreso a los pandavas y debes tratar de ponerte a bien con ellos. Deberías devolverles su reino. El hombre, al fin y al cabo, está lleno de pensamientos y acciones pecaminosas. No sabe proveer el futuro y decidir en consecuencia cómo actuar. Pero ahora sabes lo que va a pasar y me has dicho que lamentas lo que les has hecho a tus sobrinos, así que debes arrepentirte. En el fuego del arrepentimiento incluso el peor de los pecados será quemado. En tus manos está ahora deshacer lo que Sakuni te ha coaccionado a hacer. Tendrás una fama duradera si mandas traer de regreso a los pandavas y les devuelves su reino. Si no lo haces, entonces prepárate para enfrentarte a la muerte de todos tus hijos. No pienses ni por un solo momento que las palabras de los pandavas son sólo palabras. Los pandavas son hombres de acción. Ellos harán lo que han jurado hacer. Todavía puedes evitar la tragedia que amenaza recaer sobre ti. Yudhisthira es un hombre que nunca guarda rencores. En cuanto sepa que estás arrepentido hará que sus hermanos abandonen también su odio. Así y sólo así, puedes evitar la amenaza que se cierne sobre ti. Debes renunciar a esa predilección por tu hijo. Ese tipo de amor no es sano, ni tampoco bueno.

Dhritarashtra estaba alterado por las palabras de Vidura y le dijo:

—¿Cómo puedo hacer algo así? ¿Cómo voy a renunciar a mi amor por mi hijo primogénito por el bien de los hijos de mi hermano? Tus palabras no me agradan. Vine buscando consuelo en ti, pero tú en cambio tratas de herirme y pedirme que haga lo imposible. No te quiero aquí. Ya tanto me da si te quedas, como si te vas. Haz lo que te plazca.

Con estas duras palabras, el rey abandonó el aposento, dejando solo a Vidura. Por primera vez, Vidura no trató de apaciguar al rey. Decidió abandonar Hastinapura y unirse a los pandavas en el bosque.

Los pandavas habían abandonado las orillas del Ganges, cruzando el río Dhrishadvati. Más tarde llegaron al río Yamuna, lo cruzaron también y siguieron siempre en dirección oeste. A orillas del río Saraswati encontraron un bosque llamado Kamyaka y decidieron pasar allí algún tiempo. Vidura les encontró allí. Había abandonado Hastinapura en un carro tirado por un solo caballo, conduciéndolo él mismo y sin escolta. En aquel bosque encontró a Yudhisthira y sus hermanos junto a Draupadi. Estaban rodeados de los brahmanes y habitantes del bosque. Yudhisthira estaba exaltado y sorprendido de ver allí a Vidura y les dijo a sus hermanos:

—No puedo comprender por qué viene nuestro tío. Quizá por instrucciones de Sakuni, nuestro querido tío Dhritarashtra nos pide que volvamos a Hastinapura para un nuevo juego de dados. O quizá, el tío Vidura trae un desafío de guerra por parte de Duryodhana. Si fuera así Bhima se pondría contento y también el Gandiva, el arco de Arjuna. Pero, esperemos y veamos para qué ha venido.

El anciano se sintió conmovido y triste al contemplar el aspecto que ofrecían los pandavas en el bosque. No obstante, Yudhisthira le recibió con palabras reconfortantes quitándole importancia a la situación. Vidura les contó la diferencia de puntos de vista que había surgido entre el rey y él, y repitió las últimas palabras que el rey le dijera: « Ya tanto me da si te quedas como si te vas, haz lo que te plazca. No necesito tu ayuda ni tu consejo para gobernar el reino. »

—Así que, me he venido con vosotros —dijo Vidura. Yudhisthira se sentía emocionado por el cariño que el anciano sentía por ellos. Y juntos pasaron un tiempo.

El rey, por supuesto, no podía vivir sin Vidura, pues era la única persona que amaba, aparte de su hijo. Incluso aunque la mayoría del tiempo le estaba regañando, el rey era feliz en la compañía de Vidura. Sabía que él era la personificación de la bondad y la bondad tiene una fascinación extraña y poderosa para aquellos que no son puros ni buenos. Dhritarashtra no era una excepción a esta regla, echaba de menos la dulce compañía de Vidura. Por lo cual, mandó a Sanjaya, su cochero, que fuera al bosque para traer de vuelta a Vidura. Sanjaya llegó al bosque de Kamyaka y le contó a Vidura el estado en que se encontraba el rey y le dijo que deseaba que volviera a Hastinapura, y le perdonase sus faltas. La súplica fue patética. La gente bondadosa no puede estar enfadada durante mucho tiempo, al menos con aquellos que aman. Vidura amaba a su hermano a pesar de su mezquindad y de todos los errores que estaba cometiendo últimamente. Así pues, dejó a los pandavas y de nuevo volvió a Hastinapura para estar junto a su hermano.

Capítulo II

LA MALDICIÓN DE MAITREYA

EL viaje de Vidura al bosque de Kamyaka y su regreso fueron considerados minuciosamente por Duryodhana y sus seguidores, sentados juntos en asamblea. Duryodhana dijo:

—Mi padre se deja influir más fácilmente por Vidura que incluso por mí. Quizá Vidura le ha convencido de que los pandavas deberían volver y devolvérseles su reino. ¿Qué debemos hacer ahora?

Sakuni estaba sonriente. Dijo:

—Los pandavas son hombres justos. Una vez que han aceptado la condición de que tienen que pasar doce años en el bosque y uno de incógnito, no romperán su promesa. No se les puede coaccionar a volver. Por otro lado su ira es ahora tan grande que no puede ser apaciguada con simples regalos. ¿No ves que hemos matado todo el afecto que debían tenernos? Tus miedos son infantiles.

Radheya dijo:

—No apruebo de ningún modo estas artimañas de tu tío. ¿Por qué no luchamos? Reunamos un ejército y ataquémosles en el bosque, podemos destruirles fácilmente. Entonces podremos descansar en paz.

Duryodhana aprobó su sugerencia y decidieron atacar a los pandavas en el bosque. Vyasa llegó justo a tiempo para detenerles. Le dijo a Dhritarashtra:

—Ya te has causado suficiente daño a ti mismo y a tus hijos. Por favor, no permitas este loco intento de tu impulsivo hijo. De cualquier modo tus hijos están sentenciados. Los príncipes exiliados cobijarán su ira durante trece años y luego, cuando vuelvan de su exilio, el mundo entero será destruido si no se les devuelve su reino. Tú eres la causa de toda esta injusticia. Trata de coaccionar a tu hijo para que haga las paces con ellos. Si no lo hace, que al menos se quede quieto durante estos trece años. Lo que ocurrirá después, no es difícil de adivinar, pero ahora no se debe hacer nada.

El gran sabio Maitreya fue a la corte de los kurus después de la partida de Vyasa. Al oír que venía del bosque, Dhritarashtra le preguntó sobre el bienestar de los pandavas. Maitreya dijo:

—Sí, les vi, de hecho esa es la razón de mi venida. Me quedé sorprendido y conmocionado al oír qué tipo de tratamiento se les ha dado a los hijos de tu hermano. Me han contado todo sobre los acontecimientos que ocurrieron aquí. ¿Cómo pudo suceder esto en la presencia de Bhishma y en la tuya? ¿cómo pudo permitirse que ocurriera esto? Parece que os habéis comportado como ladrones, habéis perdido vuestra reputación. —Maitreya requirió que se presentara Duryodhana y le habló con dulces palabras, tratando

de convencerle de que su actitud era errónea y que debería mostrarles a los pandavas todo el afecto del que era capaz. Luego añadió—: También recuerda esto, joven. Ellos son fuertes. Piensa en Bhima y en Arjuna. Tú ya conoces las muertes de Hidimba, Baka y Jarasandha. Recientemente Bhima también mató a Kirmira. ¿Por qué dudas en hacer la paz con ellos?

Duryodhana no le prestaba ninguna atención a sus palabras. Se sentó con una sonrisa insolente, pretendiendo estar más interesado en trazar dibujos en el suelo con el dedo de su pie y se golpeó el muslo, como si quisiera mostrar al sabio que no le importaban sus palabras. Maitreya estaba furioso con él por su actitud insultante y le dijo:

—El juramento de Bhima se cumplirá. Yo te maldigo. Perderás la vida cuando Bhima te rompa ese muslo.

Dhritarashtra trató de apaciguarle. Maitreya dijo:

—Le he maldecido. Sin embargo, si hace las paces con los pandavas la maldición puede considerarse como nula. —Quiso marcharse, pero el rey quería que se quedara y le hablara de la muerte de Kirmira. El sabio rehusó. Dijo—: Todos estáis ardiendo de envidia por esos desafortunados muchachos. No podéis soportar oír las alabanzas de Bhima. Ahí está Vidura. Él la ha oído, preguntadle a él. Él os lo contará. —Maitreya se marchó después de decir estas palabras.

Dhritarashtra quería oír sobre la muerte de Kirmira. Vidura le dijo que tres noches después de su partida de Hastinapura, mientras se dirigían al Kamyaka, los pandavas fueron acosados en medio de la noche por un poderoso rakshasa que tenía un aspecto espantoso. Yudhisthira le preguntó que quién era, y respondió que era Kirmira, el hermano de Baka. Le dijo:

—Vivo aquí, matando a todos los animales y seres humanos que son lo suficientemente tontos como para entrar en el bosque. ¿Quién eres tú?

Yudhisthira le dijo quién era él y luego presentó a sus hermanos. Tan pronto como oyó que Bhima estaba allí, Kirmira dijo:

—Ha llegado el momento en que satisfaré mi deseo. He estado esperando para vengar las muertes de Hidimba y Baka. Baka era mi hermano y Hidimba era un buen amigo mío. Bhima causó la muerte de estos seres que me eran tan queridos. Podré vengarme. Mataré a Bhima.

Kirmira retó a Bhima a que luchara con él. Arjuna se preparó para ayudar a su hermano, cogiendo su gandiva. Bhima sonrió y dijo:

—Arjuna, no hay necesidad del gandiva. No se necesita a dos para aplastar a este gusano.

Como era costumbre en él, Bhima arrancó un árbol de raíz y comenzó el ataque. La lucha fue terrible, pero al final Bhima cogió a Kirmira apretándole contra sus rodillas y le mató, rompiéndole la espalda.

Vidura dijo:

—Oí todo esto de camino al bosque de Kamyaka, donde están ahora.

La narración de Vidura había acabado. Como había dicho Maitreya, esta historia que indicaba el poder de Bhima, hizo que el rey se quedara pensativo y temeroso.

Capítulo III

EL JURAMENTO DE KRISHNA

KRISHNA fue al bosque de Kamyaka a ver a los pandavas. Con él fueron: Dhrishtadyumna, Dhrishtaketu, el rey de los chedis y los hermanos Kekaya, famosos en el mundo entero por su bravura. Con Krishna fueron todos los héroes de la casa de los Vrishnis. Estaban conmovidos, al ver la condición de los pandavas y de su reina. Después de que todos se hubieran sentado alrededor de Yudhisthira, Krishna dijo:

—La tierra está sedienta de sangre y ella será quien se beberá la sangre de esos pecadores: Duryodhana, Radheya, Sakuni y Dussasana. Al igual que todos nosotros, los reyes del mundo entero están sorprendidos por lo que ha ocurrido. Yudhisthira, no tienes que quedarte en el bosque sólo porque ellos te lo han pedido. No fue un juego limpio, ni tampoco fue correcto de su parte imponerte esta condición. Pongámonos todos en marcha contra la ciudad de Hastinapura. He traído conmigo a mi ejército y también lo han hecho estos héroes. Toda la región de Bharatavarsha está de vuestro lado. Podemos vencer a los kurus fácilmente.

Yudhisthira dijo:

—No, Krishna. He hecho algo mal y este exilio es mi expiación por ello. Tengo que pasar por esto y conmigo también mis hermanos y mi amada reina. Inevitablemente tendré que sufrir por lo que hice. Daría cualquier cosa por retroceder al pasado y enmendarlo. Pero no puedo. El destino es inexorable, tengo que sufrir por mis acciones. El gran Vyasa me predijo esta desafortunada etapa cuando estaba en Indraprastha. Por favor perdóname Krishna, pero tengo que rehusar tu ofrecimiento.

Luego Yudhisthira se sentó en silencio. Krishna estaba terriblemente enfadado con los kurus. Estaba tan airado como Rudra (Shiva) en la época de la destrucción de los asuras. Arjuna trató de pacificar a su querido amigo y suavizar la expresión de enfado que afeaba la encantadora cara de Krishna. Krishna le dijo a Yudhisthira:

Tu vida y la mía están atadas la una a la otra. Tú eres mío y yo soy tuyo. Nos pertenecemos el uno al otro. Nadie te puede separar de mí. Aquellos que te aman, son los que me aman a mí y tus enemigos son los míos. No descansaré hasta que destruya a mis enemigos. Si no ahora, dado que te inclinas por seguir las condiciones al pie de la letra, perecerán más adelante. Pero eso es sólo cuestión de tiempo. Haré que esta tierra

se humedezca con la sangre de esos lujuriosos kshatryas. Y entonces coronaré al mejor de los hombres: te juro que lo haré. Sí, te lo juro.

Cuando Draupadi vio a su querido Krishna y a su amado hermano Dhrishtadyumna, el dolor de su pena se hizo aún más intenso. Todas las penalidades que había sufrido en aquel día memorable y todos los insultos de los que fue objeto por parte de Radheya, Duryodhana y Dussasana, se reavivaron de nuevo en su mente. Sollozaba como si su corazón se fuera a romper.

La inmensa ira de Krishna contra los kurus, contrastaba sobremanera con la paciencia de Yudhisthira. Draupadi encontró en Krishna un inmenso alivio.

Mirando a Krishna con sus ojos llenos de lágrimas relucientes le dijo:

—Krishna, mírame. Soy la desdichada reina de los cinco grandes pandavas, reputados de ser los héroes más grandes del mundo. Soy la hermana de Dhrishtadyumna, el nacido del fuego. Soy la querida amiga de Krishna. Y aún así me ha ocurrido esto. Me arrastraron hasta su corte a la fuerza, me dijeron que era la esclava de esos bestias y me insultaron, diciéndome cosas horribles.

»Los ancianos Bhishma y Dhritarashtra estaban allí, pero no hicieron nada por evitar ese ultraje. Ni hicieron ni dijeron nada. También quiero hablarte de estos maridos míos. ¿De qué sirve que Bhima matara a cien rakshasas? Y, ¿qué importa sí Arjuna luchó contra el mismísimo Indra? ¿De qué sirven las conquistas de Nakula y Shadeva? ¿Qué me importa si a Yudhisthira se le reconoce como el único monarca de esta tierra después de que realizara el Rajasuya? ¿Cómo permitieron que mis cabellos que habían sido purificados por las aguas sagradas durante el Rajasuya fueran tocados por ese Dussasana? Dussasana trató de desvestirme, mientras estos hombres permanecían callados. ¿Puede haber algo más horrible que eso? Si no hubiera sido por tu infinita bondad, me habrían desvestido completamente y estos maridos míos, aún así, habrían permanecido en silencio. Yudhisthira habla locuazmente sobre el Dharma, pero ¿no es el Dharma más alto de un marido, el proteger a su esposa cuando la están insultando? ¿No era acaso su deber, rescatar a su esposa de un hombre fuerte que trataba de ultrajarla como ninguna otra mujer haya sido ultrajada antes? Incluso, si hubiera sido cualquier mujer deberían haberse lanzado a su rescate tal y como está escrito en el libro de las leyes. Se llaman a sí mismos kshatryas y no conocen el significado de esa palabra. La caballerosidad ha muerto en el corazón de los hombres. Ya no son hombres.

Las lágrimas de Draupadi fluían sin cesar. No pudo decir nada más. Krishna cogió su rostro entre sus manos y con sus dedos secó cariñosamente sus lágrimas. También los ojos de Krishna estaban llorosos. Trató de confortarla diciéndole:

—Ten paciencia, Draupadi, tus lágrimas no han sido en vano. Las mujeres de la casa de los kurus llorarán también como tú lloras ahora. Cuando las flechas de Arjuna calmen

su sed en la sangre de Radheya, llorarán. Cuando las manos de Bhima se tiñan de rojo con la sangre de Dussasana, llorarán. Cuando este pecador de Duryodhana yazga en el campo de batalla con sus muslos destrozados por Bhima, llorarán. Yo te prometo solemnemente que esto ocurrirá. Nada puede detenerme. Nada. Escucha mi juramento: los cielos pueden caerse desde las alturas, los picos nevados de los Himalayas pueden quebrar y derrumbarse, los mares pueden secarse y la tierra puede romperse en mil pedazos, pero las palabras de Krishna nunca serán vanas palabras vacías. Un día verás a todos los kurus muertos. No llores, mi querida hermana, no llores. —El furor del sollozo de Draupadi se fue calmando lentamente oyendo las palabras de Krishna, el cual le dijo luego a Yudhisthira—: Si hubiera estado en Dwaraka en el momento de tal infortunio y la noticia hubiera llegado a mis oídos, aunque no estaba invitado sin duda me habría presentado en Hastinapura a toda prisa y hubiera detenido ese juego de dados. Hubiera hecho que Bhishma y Dhritarashtra tomaran medidas para evitar este delito. Pero había ido en busca de Salva. Tuve que luchar contra él y Saubha, el cual, para vengar la muerte de su amigo Sisupala, atacó la ciudad de Dwaraka cuando yo estaba fuera, en Indraprastha. Así que, fui a luchar contra ellos. Después de matarlos regresé a toda prisa a Dwaraka, pues los augurios presagiaban una calamidad. Allí en Dwaraka, supe de la injusticia de la que fuisteis objeto. Por eso vine aquí, para veros y hablaros al respecto. Pensé que debía animaros a que lucharais por vuestro reino. Ya hace trece días que estáis en el bosque. De acuerdo a algunas leyes, un día también significa un año. Así que, no romperías tu promesa si luchas ahora. ¿Qué respondes? —Yudhisthira miró a Krishna con una sonrisa en los labios, pero no dijo nada. Krishna le sonrió también y añadió—: Será como tú desees, pero el fin de los kurus está cerca. Muy pronto te veremos como rey. Pondré la corona sobre tu cabeza con mis propias manos. De eso puedes estar seguro.

Dhrishtadyumna se despidió de su hermana y de los pandavas y abrazó a su querido amigo Bhima. Los hermanos Kekaya junto con Dhrishtaketu se despidieron también de los pandavas. Todos se fueron, dejando que los hijos de Pandu recapacitaran sobre las alentadoras palabras de Krishna y su solemne juramento.

Capítulo IV

ESTANCIA EN EL BOSQUE DE DWAITAVANA

DESPUÉS de la partida de Krishna y de los demás, los pandavas hablaron entre ellos. Yudhisthira dijo:

—Tenemos que pasar doce años en un bosque que no sea fácilmente accesible a la gente de la ciudad. Debe ser un lugar habitado por buena gente; los rishis. ¿A dónde iremos?

Arjuna dijo:

—Tú eres nuestro guru. Tú conoces mejor estas cosas que nosotros. Vivamos en un sitio que a ti te guste. Presiento que el bosque llamado Dwaitavana servirá admirablemente para nuestro propósito, lo he visto durante mi tirthayatra.

Yudhisthira aprobó la sugerencia. Abandonaron el bosque Kamyaka y se dirigieron hacia Dwaitavana, donde estuvieron poco tiempo. Era un bosque muy hermoso y pintoresco que parecía más un jardín salvaje y desatendido que un bosque. Tenía árboles altos y robustos, muy agradables a la vista, que eran el hogar de los ruiseñores y los pavos reales.

Yudhisthira se fue al encuentro de los rishis del bosque, quienes dieron la bienvenida a los pandavas como si fueran sus propios hijos; así de queridos eran para la buena gente del bosque. La vida en el bosque era reconfortante para la mente de Yudhisthira, que amaba la paz por naturaleza y disfrutaba de la compañía de los rishis que habían renunciado al mundo. Para una mente como la suya, que había sido herida y ofendida por la conducta de su tío, sus primos e incluso por los ancianos; para un hombre que era un extraño en ambientes tan corrompidos como los que tuvo que soportar en Hastinapura, el aire puro y fresco de Dwaitavana con sus nobles habitantes, era como el aire dulce y puro de las montañas. Yudhisthira encontró allí la paz que le habían robado a su alma; Dwaitavana fue como un bálsamo para su corazón herido.

Cuando estaban en el refugio que construyeron ellos mismos, los pandavas fueron sorprendidos por un ilustre visitante. Era el gran Markandeya, que fue recibido con el honor y la reverencia que se le debía. Se sentó en el interior del refugio y los pandavas y Draupadi se sentaron a su alrededor. De repente, una sonrisa de extraña dulzura apareció en el rostro del rishi. Era una hermosa escena. El joven rishi que tenía siempre dieciséis años a consecuencia de un don que le otorgó Sankara, parecía incluso más joven con esa sonrisa en su rostro. Yudhisthira estaba muy intrigado con aquella sonrisa y le dijo:

—Mi señor, estoy intrigado por tu sonrisa. Todos los que hasta ahora han venido a visitarnos o se dolían de ver nuestra condición o se enfadaban por lo que había sucedido. Esta es la primera vez que veo a alguien que se muestra satisfecho. ¿Podrías decirnos la causa de tu sonrisa?

Markandeya sonriendo aún más, le dijo:

—No me alegra ver vuestra situación, al contrario, me apena veros así. Pero, viéndote con tu esposa y tus hermanos, recordaba un alma grande y noble que estuvo con nosotros. Me acordé de Shri Rama, el hijo de Dasaratha. Rama fue un hombre de alma pura. Como vosotros, él también vagó por los bosques de Dandaka con su esposa Sita y su hermano Lakshmana. También él, por mandato de su padre, tuvo que pasar catorce años en

el bosque. Le vi caminar con su famoso arco, el Kodanda, entre las pendientes de Rishyamuka. Era como si Indra hubiera descendido a la tierra. Era inigualable en valor y su ira era más terrible que la misma muerte, pero caminaba por los bosques vestido con cortezas de árboles y pieles de ciervo, para no apartarse del Dharma. Jamás concebía ningún pensamiento que fuera contra el Dharma. Todos los grandes reyes del pasado viven aún en la mente de los hombres debido a esta única razón: anduvieron por el camino de la Verdad. Acuérdate de Bhagiratha y de Harischandra. El Sol aún se mueve dentro de su órbita, y el mar permanece dentro de sus límites, gracias a estos grandes hombres. Yudhisthira, me has recordado a Shri Rama, el cual gobernó el mundo después de haber superado sus pruebas. Del mismo modo lo harás tú. Gobernarás el mundo entero, lo sé. Es más, vivirás eternamente en la mente de los hombres.

Markandeya pasó algunos días con ellos y después de haberles bendecido, les dejó. Les prometió volver de nuevo pasados algunos días. Dwaitavana, el bosque donde moraban los pandavas, parecía la morada de Brahma; continuamente resonaba la música producida por la recitación de los Vedas. A su modo, Yudhisthira era muy feliz en compañía de los rishis. Incluso en Indraprastha lo que más feliz le hacía era escuchar los discursos sobre Vedanta, que daban los muchos hombres sabios y eruditos de su corre.

Tras la tormenta que había estallado pocos días atrás en Hastinapura, la vida en Dwaitavana le resultaba tranquila y sosegada. Su mente encontró descanso en las charlas de los rishis; charlas que le hicieron comprender la naturaleza evanescente de las posesiones mundanas. Yudhisthira llegó a comprender el verdadero valor de las cosas. Pudo sentir que después de todo, la pérdida de su reino no era algo tan terrible. Le ayudaba a pensar así el recordar, como lo hizo Markandeya, que Rama fue también feliz estando en el bosque. Para una persona desapegada, las necesidades físicas son pequeñas. Cuando el alma empieza a crecer, los deseos corporales decrecen. Yudhisthira estaba disfrutando de aquella vida en compañía santa. Pero no le ocurría así a Draupadi, ni a Bhima. Ambos eran muy infelices en Dwaitavana. El corazón de Bhima estaba a punto de estallar de dolor y angustia. Cada vez que miraba a Draupadi y recordaba los malos tratos de que había sido objeto por la crueldad del destino y la necedad de su hermano, apretaba sus manos con furia desesperada. No hablaba con nadie, estaba siempre a solas y no comía ni dormía bien. Día y noche sufría con remordimientos, reviviendo aquel horrible día en Hastinapura. Sus ojos estaban siempre rojos por la ira y el insomnio. Pensamientos de venganza afloraban en su mente constantemente y a veces, sin poderse contener, rechinaba sus dientes y arrojaba su maza al aire gritando: « ¡Que esperen, que esperen! ¡Los mataré a todos! » Nadie le podía apaciguar. Arjuna no podía hacer nada para contentarle. Tanto Yudhisthira como Bhima eran dos hermanos muy queridos para él. Respetaba a ambos a pesar de ser los dos tan diferentes. Arjuna pasó muchos días amargos tratando de confortar a su hermano Bhima, explicándole la razón

de la pasividad de Yudhisthira. Si Draupadi hubiera cooperado habría sido más fácil, pero era tan temperamental como Bhima. Yudhisthira se encontraba feliz en el bosque. Pero los demás estaban muy lejos de experimentar algo que pudiera llamarse felicidad.

Capítulo V

BHIMA, DRAUPADI Y YUDHISTHIRA

Un día, por la tarde, estaban todos sentados en el porche frontal de su refugio, y Draupadi observando la escena dio rienda suelta a su dolor y le dijo a Yudhisthira:

—Mi señor, me rompe el corazón verte en estos parajes, cuando pienso en el palacio donde vivías y te veo en este lugar donde ahora vives, cuando pienso en aquellas camas mullidas a las que estabas acostumbrado, y te veo ahora dormir sobre estos lechos de paja, ¿cómo puedo dejar de llorar? Allí en el palacio estabas rodeado de reyes; parecías Indra escoltado por los dioses menores. Y aquí te veo rodeado de rishis, incluso tú mismo pareces un sanyasin. Cuando recuerdo tus brazos perfumados con esencias de sándalo, que yo misma preparaba con mis manos; ahora al verles cubiertos de polvo y cenizas, las lágrimas ciegan mis ojos. Piensa en las suaves sedas blancas que acostumbrabas llevar, y fíjate en esta corteza de árbol toscamente labrada que llevas puesta. Cuando miro a tus hermanos, mi dolor se hace aún más intenso: mi señor, mira a Bhima sentado bajo ese árbol con la mirada perdida en el espacio. Su cuerpo ha perdido peso y está más delgado porque no puede comer estas raíces y frutos del bosque. No termina de acostumbrarse a esto. Parece perdido. ¿Cómo va a ser feliz aquí? No puedo soportar verle cuando vuelve después de vagar por los campos cercanos recolectando granos que crecen salvajes. Está deseoso de marchar hacia esa odiosa ciudad de Hastinapura y matarlos a todos. Sólo está esperando tu consentimiento. ¡Fíjate en Arjuna, mi señor!: el bravo pandava, a quien nadie puede igualar en el mundo entero, obsérvale sentado a solas, arrojando guijarros al lago. Así se pasa horas enteras, contemplando el agua y las ondas que se forman sobre su superficie. ¿Puede haber algo más patético que esto? ¡Fíjate allí, mi señor! Observa a los hermosos hijos de Madri y mira la canasta de frutos que llevan. ¿Es ésta una tarea propia de expertos guerreros? ¿Es éste el futuro que su madre soñó para ellos mientras entraba felizmente a la pira funeraria? Afortunada fue su madre e igualmente vuestro padre Pandu porque no vivieron para ver caer esta desgracia sobre los grandes héroes pandavas. Mi corazón arde contemplando esta escena. Pero tú, a pesar de todo, puedes sonreír. Eres el kshatrya más extraño que he conocido. Te he estado observando desde que vinimos aquí. No pareces estar preocupado en absoluto por los problemas que nos han sobrevenido. Mi cuerpo arde día y noche de ira y humillación, pero tú, parece que no estás afectado en absoluto. Un kshatrya que no manifiesta su furia, no es en absoluto un kshatrya. Tú crees mucho en la virtud de la paciencia, pero, mi señor, la paciencia mal

usada es incorrecta. Ahora no debes ser paciente, éste no es el momento. No debes ser paciente y compasivo con tus enemigos. La furia es el único ornamento de un kshatrya. Para todo hay un momento y un lugar. Ahora la norma de conducta debería ser la furia, el odio y el coraje. Ambas virtudes son necesarias, conozco la ira y la paciencia. Pero no deberías hacer un fetiche de la política de la paciencia. Estar siempre furioso no es bueno para el alma, lo admito. Pero la continua paciencia tampoco es buena. Debe haber una feliz conjunción de las dos en la composición mental de cada hombre y especialmente en la de un kshatrya. Incluso los sirvientes pierden respeto por un amo que siempre se muestra paciente. Escucha mis palabras, mi señor. Por favor, haz algo. Es obvio que eres feliz con estos brahmanes y rishis a tu alrededor, incluso fácilmente se te puede confundir con un brahmín que ha llegado al estado en el que los lazos con este mundo ya no significan nada. Te ruego que hagas algo, por el bien de tus infelices hermanos, si no por el mío propio.

Yudhisthira escuchó las palabras de Draupadi. Él quería mucho a su reina y le dolía encontrarla llorando continuamente. Se odiaba a sí mismo, desde aquél día en el que les había causado a todos tanto sufrimiento. A él no le había importado demasiado esta injusticia, pues nunca había amado demasiado las cosas terrenales. Pero sus hermanos y su mujer eran distintos. ¿Cómo podrían alcanzar ellos el estado que él había alcanzado?, el estado donde no había diferencia entre placer y dolor, alegría y tristeza. Él realmente era un sanyasin, como bien había dicho Draupadi. Pero no tenía derecho a esperar lo mismo de los demás. A ellos no les gustaba su pasividad. Pero ¿qué podían hacer?

Estaban atados por los grilletes del Dharma. Ocurriera lo que ocurriera para tentarlos, nunca se apartarían del camino del Dharma. Estos pensamientos hacían que Yudhisthira se sintiera muy apenado por Draupadi. Él era el hijo del Dharma, mientras que ella era la hija del fuego. ¿Cómo podían reconciliarse esas dos naturalezas?

Yudhisthira hizo que se sentara junto a él, tomó sus manos temblorosas entre las suyas y con su áspera túnica secó sus suaves ojos y le dijo:

—Mi querida reina, veo cómo estás tú y mis hermanos. Por favor no pienses que esta situación no me afecta. ¿Crees acaso que no tengo corazón? También siento la ira que hay en vuestros corazones. Pero éste no es el momento adecuado, no sería oportuno. Este no es el momento de dar rienda suelta a la ira. Estás equivocada en eso. La ira es una cosa horrible; ciega el ojo interior, el ojo de la sabiduría, y mata el alma. Conduce al hombre a cometer equivocaciones. No es un ornamento, tal y como tú crees. Debemos practicar la paciencia. Cuanto más difícil nos sea, mayor debe ser nuestro deseo en conseguirla. Debemos pasar aquí esos trece años que he prometido. No puedo retractarme de lo que he dicho. Para mí resultaría más fácil sucumbir a la ira, pero eso es una debilidad y debemos tratar de controlarla. Me temo que mis palabras no son de tu agrado, pero

debemos enfrentarnos a los hechos. Este no es el momento de mostrar mi furia. No deberías enfadarte conmigo por estas palabras.

Lo que Draupadi escuchó no logró apaciguarla; era la furia personificada, y le dijo:

—Veo que el destino se impone por encima de todo. Aquí estoy tratando de hacerte ver el estado de tu esposa y de tus hermanos, y tú me hablas de la grandeza del Dharma. Veo que tu Dharma es estar sentado con los rishis y escuchar sus charlas sobre el mundo del más allá. Tú eres más feliz con ellos que con tu propia gente.

»Estás dispuesto a darlo todo por tu Dharma. Comparándonos con tu Dharma, parece que todos significamos poco para ti. Renunciarías incluso a Bhima, Arjuna, Shadeva y Nakula, y, por supuesto, a mí, si fuese una cuestión de Dharma. Tu locura por el Dharma es mayor que tu amor por nosotros. ¿Qué es esa paciencia de la que hablas? Yo no la he conocido nunca. Es algo extraño para mí.

Yudhisthira sonrió y le dijo:

—La paciencia es una mujer voluntariosa que acoge a algunas personas en su morada. Tú no has sido favorecida por ella; puedo verlo. Ella parece creer que la única persona merecedora de sus favores es Yudhisthira. No ha elegido a Duryodhana, ni a ninguno de vosotros tampoco. Me ha elegido a mí: me ha otorgado ese honor y no puedo contrariarla demostrándole que no soy merecedor de tal honra.

Durante un rato permanecieron en silencio. Bhima. que les había estado oyendo hablar, se les acercó. Estaba tan enfadado como Draupadi. Dijo:

—Hermano, ¿qué utilidad tiene hablar del Dharma? Fíjate a dónde nos ha llevado. Nunca nos hemos desviado del camino de la verdad. ¿Y qué es lo que obtenemos? Se nos hace pasar trece años como animales. Y ¿qué dices de los kurus? ¿Acaso conquistaron nuestro reino luchando a campo abierto? ¿Nos desafiaron y tomaron nuestro reino después de habernos vencido? No. Ellos se las apañaron con un juego de dados. Se aprovecharon de tu pasión por el juego y la utilizaron para servir a su propósito. Estábamos sometidos como una serpiente encantada: tus palabras nos detuvieron. Fuimos forzados a permanecer en silencio. Arjuna con su gandiva a su alcance y yo con mis dos poderosas manos; tuvimos que permanecer pasivos porque tú no nos dejaste matar a esos hombres. El reino te fue arrebatado ante nuestros propios ojos. No pudimos hablar ni una sola palabra porque teníamos miedo de herirte. ¡No pudimos hacer nada mientras esos bestias maltrataban a Draupadi! ¿Por qué?, por ti. Tú estabas callado y nosotros tuvimos también que quedarnos callados. Y ahora, ¡fíjate a dónde nos ha llevado tu devoción al Dharma! Y ¿qué me dices del Adharma? El Adharma ha ganado un reino para ellos, un reino sobre el cual no tienen derecho. Les ha traído a ellos riquezas que no ganaron; paz y comodidad que no merecen. Si hubieran ganado el reino de forma justa, entonces tus palabras sobre la paciencia hubieran sido correctas. Pero hermano, ¡te

lo han quitado por medios injustos! ¡te engañaron! Una espina se saca con otra espina. Su injusticia sólo puede ser combatida con injusticia también por nuestra parte. ¿No arranca Draupadi, esta princesa panchala, lágrimas de tus ojos, cuando la ves vestida con esas cortezas de árbol? ¿No hace hervir tu sangre el pensar lo que ella fue y lo que es ahora? Por favor, hermano, abandona a estos brahmanes. Por favor, coge tus arcos y tus flechas. Por favor, déjanos marchar hacia la ciudad de Hastinapura. Podemos destruirles. Estableceremos el Dharma en la casa de los kurus. En los últimos años no ha habido Dharma alguno allí. Nosotros somos cinco fuegos y podemos quemar la casa en muy poco tiempo. No debes obrar como un hombre que ha perdido todo interés por las cosas del mundo. Por favor, actúa como un kshatrya.

Yudhisthira se sentó en silencio durante unos momentos después de escuchar las palabras de Bhima y luego dijo:

—No te culpo por lo que has dicho. No te reprocho por ese torrente de palabras que penetran como flechas, haciendo daño. Sí, Bhima, hacen mucho daño. Pero tienes razón. Merezco toda tu crítica y me culpo a mí mismo por ello, porque fui yo quien os condujo a todo esto. Yo sabía que perdería mi capacidad de raciocinio cuando comenzara a jugar aquel juego. Sakuni fue inteligente.

»Él sabía cómo manejar todo el asunto, de tal manera que al final acabase perdiéndolo todo. Lo que tenía que pasar ha pasado. Les entregué todo lo que era mío. Luego os hice esclavos, a vosotros, mis queridos hermanos, a vosotros a quienes he querido más que a mi propia vida. Y mi pérdida de Draupadi, es demasiado terrible para pensar en ello. Cuando vosotros dos me heríais con vuestras ardientes palabras y vuestros reproches, he permanecido en silencio, porque sé que ambos tenéis razón. Merezco todo lo que decís. Pero si pensáis que vuestras palabras cambiarán mis ideas del bien y del mal, entonces, es triste, pero estáis equivocados. He prometido permanecer en el bosque durante doce años y he prometido pasar un año oculto. Y voy a hacerlo. Mirad, para mí la verdad significa más que toda la riqueza de esta tierra. Al final de los trece años, si el pecador Duryodhana se niega a devolvernos nuestro reino, entonces, Bhima, puedes estar seguro de que me encolerizaré todo lo que quieras. Yo sé que Duryodhana nunca podrá compartir el reino que nos ha robado. Ciertamente rechazará devolvérnoslo. Entonces podrás satisfacer el deseo de tu corazón; una batalla contra los kurus. Podrás bailar entre los cadáveres de los kurus. Arjuna podrá desahogar su enfado con Radheya y sus parientes. Shadeva podrá matar a Sakuni y Nakula podrá matar al hijo de éste. Todos podréis estar contentos. Draupadi, tus ojos podrán jactarse mirando los cadáveres de todos tus enemigos. Y en cuanto a mí, yo también lucharé, junto a vosotros, contra ellos. Yo también me enfureceré. Daré rienda suelta a la ira y a la furia que contendré durante estos trece años. Nadie podrá creer que soy el mismo Yudhisthira que permaneció callado en la corte de los kurus ante la más deshonrosa provocación. Pero, mi queridísimo Bhima,

todo esto ocurrirá dentro de trece años, no ahora. Y con respecto a los kurus, ¿crees que Dhritarashtra, nuestro querido tío, vive en paz? ¡No! Él y su hijo han ganado ese reino por medios injustos. Este pecado le robará su paz interior. El miserable Dhritarashtra está ahora pasando sus días y noches temiendo el final de esos trece años. Un hombre que ha cometido un pecado como éste, sufrirá agonías peores que la muerte. En ese día memorable, ¿cómo voy yo a impedir que desahoguéis toda vuestra agresividad? Pero uno no debe actuar incorrectamente dejándose llevar por un impulso momentáneo.

»Bhima, tendremos nuestra oportunidad. Entonces, dentro de los lindes del Dharma, podrás hacer todo lo que desees. Pero no ahora. Escucha atentamente mis palabras, aunque no te agraden: Nadie puede hacer que me aparte del Dharma.

Capítulo VI

EL VIAJE DE ARJUNA A INDRALOKA

BHIMA y Draupadi no pudieron añadir nada después de las apasionadas palabras de Yudhisthira, y se sentaron en silencio. Estando allí sentados llegó el sabio Vyasa. Debió ser un gran alivio para Yudhisthira ver que los debates habían concluido. Bhima, Draupadi y todos los demás cayeron a los pies de Vyasa con gran reverencia y esperaron que hablara. Él dijo:

—Sé lo que ocurre en todas vuestras mentes. Bhima, tu hermano Yudhisthira dice la verdad cuando advierte que el momento no es oportuno. Eres como un niño. Estás impaciente por ponerte en acción. Pero, hijo mío, tú no conoces la fuerza de nuestros oponentes. Todos los grandes héroes están ahora de su parte. Bhurisravas y su hermano Sala están del lado de Duryodhana. Yo sé, de hecho, que vuestro abuelo Bhishma y vuestro amado guru Drona han prometido luchar por Duryodhana y están listos a dar su vida por él. Aswatthama es un buen amigo de Duryodhana y Radheya es el alma del rey; su amigo más leal.

Toda esta gente se va a poner del lado de los kurus, y los ancianos Bhishma y Drona, aunque os tienen cariño están determinados a luchar de su lado. Radheya, Drona y Bhishma son discípulos del Bhagaván Bhargava y conocen los asirás divinos. Vosotros sois poderosos, no hay duda. Pero si atacáis ahora sin la protección del Dharma moriréis todos, y ellos conseguirán lo que quieren. Aceptad un consejo: cuando Arjuna permitió que Agni consumiera el bosque de Khandava, como recordaréis, tuvo que luchar con Indra, y como todos sabéis venció. Indra en aquella ocasión, complacido por la bravura de su hijo, le dijo: « Te daré todos los astras que poseo cuando llegue el momento. Te los daré cuando el Señor Sankara (Shiva) te dé su Pasupata. » Estas fueron las palabras de Indra. Bueno, pues ha llegado el momento. Yudhisthira, debes enviar a Arjuna hacia el norte. Arjuna debe complacer a Sankara con sus penitencias, y Sankara le dará su

propio Pasupata, tras lo cual Indra le dará todos los astras que tiene en su poder. Indra le llevará a su morada, y cuando regrese de sus penitencias, puedes estar seguro de que nadie podrá herirle en la guerra que tendrá lugar dentro de unos años. Eso sí, puedes estar seguro de que va a haber una guerra. Así que pídele a Arjuna que se prepare para la batalla desde ahora. —Los ojos de Bhima brillaron oyendo las palabras de Vyasa. La certeza de una guerra futura le hizo sentir que valdría la pena soportar todos estos años de exilio. Y Vyasa agregó—: Ya habéis permanecido durante suficiente tiempo en Dwaitavana, regresad a Kamyaka. Este lugar a comenzado a aburriros y necesitáis un cambio. —Después de decir esto, Vyasa se marchó.

Los pandavas se dirigieron hacia el bosque de Kamyaka a las orillas del río Saraswati. Después de pasar felizmente unos cuantos días allí, Yudhisthira le recordó a Arjuna el consejo de Vyasa:

—Arjuna, debemos prepararnos para la guerra que se nos avecina. Vyasa, al igual que yo, piensa que habrá una guerra. Tú eres mi única esperanza. Dependo de ti para obtener la victoria. Has de vencer a Bhishma, Drona y Radheya, los tres discípulos del gran Bhargava. Ahora dirígete al norte para agradar a Sankara con tus penitencias.

Arjuna se sentía muy feliz de poder prepararse para la guerra.

Era el sexto año de su exilio. Arjuna estaba listo para su viaje hacia el norte y dejó a sus hermanos y a Draupadi. La partida fue muy cariñosa, pues iban a estar separados durante algún tiempo. No iba a ser fácil para ellos vivir sin Arjuna. Cuando él tuvo que marcharse en el Tirthayatra, las circunstancias eran distintas, pero incluso entonces Yudhisthira no quería dejarle ir. Esta vez resultó aún más difícil para Yudhisthira separarse de su hermano.

Capítulo VII
EL PASUPATA

DESPUÉS de despedirse de sus hermanos, de Draupadi, de Dhaumya y de los rishis de Kamyaka, Arjuna se dirigió lentamente hacia el norte. Con el curso del tiempo fue incrementando su velocidad, cruzó una montaña llamada Gandhamadana, que ya conocía de su viaje triunfal en la época del Rajasuya. Arjuna anhelaba volver de nuevo a esta montaña y se sintió muy contento al contemplarla. Para él, fue como un encuentro con un viejo amigo.

Arjuna cruzó el Himavan, llegó al pico de la montaña que tiene por nombre Indrakila y decidió quedarse en ella para realizar sus penitencias. Entonces vio a un asceta allí sentado. El asceta le preguntó quién era y para qué había venido a un lugar tan tétrico y solitario, y añadió:

—Este lugar es inaccesible para la gente, es sólo apropiado para las almas benignas que han renunciado al mundo. Sin embargo, tú pareces un guerrero, llevas una armadura y tienes arco y flechas, éste no es lugar para tu coraza y tus armas. Aquí la gente se somete a sí misma y no a otros, aquí buscamos la paz y no la guerra. Por favor, deshazte de esas cosas y descansa en paz.

Arjuna no estaba dispuesto a renunciar a sus armas. El asceta trató de amenazarle, pero Arjuna permanecía quieto. Entonces el asceta se le reveló. Era Indra, el cual le preguntó qué quería. Arjuna cayó a sus pies y le contó la visita de Vyasa y su consejo. Luego siguió diciendo:

—Mi señor, no quiero ir a Indraloka, tus dominios, ni quiero los placeres que se les conceden a los que te ven una vez. He dejado a mis hermanos y a Draupadi en el bosque y he venido en busca de una sola cosa: pericia en los divinos astras. Sólo un pensamiento ocupa mi mente: la guerra que va a tener lugar muy pronto. Tenemos que prepararnos para luchar, mi señor; tú una vez me dijiste que me darías tus astras cuando llegara el momento oportuno. ¿Crees que todavía no ha llegado el momento? Tenemos que vengarnos del pecador Duryodhana, por favor, ayúdanos.

Indra tomó la mano de su hijo entre las suyas y le dijo:

—No te preocupes, hijo mío, te daré todos mis astras. Pero antes que nada debes ver al Señor Sankara en persona. Debes realizar aquí tus penitencias y cuando se sienta complacido contigo, se te revelará y te dará su Pasupata. Regresaré después de que esto ocurra. Después de pronunciar estas palabras, Indra desapareció.

Arjuna estaba concentrado en una sola cosa: la aparición de Sankara. Absorto en ello, se había olvidado del mundo, y así permaneció sin percibir el paso del tiempo. Estaba tan dedicado a sus penitencias que se negó a sí mismo incluso hasta las necesidades primarias.

Sankara conocía el deseo de su corazón y pensó que había llegado el momento de recompensar a Arjuna por su devoción. Tomó la forma de un cazador con arco y flechas en la mano y apareció con su consorte, Parvati, vestida de cazadora.

Llegaron a la montaña Indrakila, el bosque estaba en silencio cuando aparecieron. Justo entonces, un rakshasa de nombre Muka tomó la forma de un jabalí salvaje, y decidido a atacar a Arjuna, se abalanzó sobre él. Arjuna levantó el Gandiva en su mano y dijo:

Estás perturbando mis penitencias y parece que deseas enviarme a la morada de Yama, pero yo te mandaré a ti en mi lugar.

Puso una flecha en el arco y ya se disponía a disparar al jabalí, cuando Sankara, disfrazado de cazador, apareció y le dijo:

—¡Detente! ese jabalí es mío y he venido a matarlo, tú no tienes derecho a hacerlo, detente.

Arjuna no prestó atención a las palabras del cazador y disparó su flecha que penetró inmediatamente en el cuerpo del jabalí. Al mismo tiempo, el cazador había disparado su flecha atravesando también el cuerpo del jabalí, parecía como si dos rayos hubieran descendido al tiempo sobre el pico de una montaña. El jabalí cayó muerto instantáneamente. Asumió la forma de un rakshasa y la vida salió lentamente fuera del cuerpo herido.

Arjuna giró su mirada hacia el cazador que iba acompañado de su esposa. La presencia de aquella pareja hacía que toda la montaña resplandeciera con una extraña luz. Arjuna le dijo:

—¿Quién eres? Pareces no tener miedo de las bestias salvajes que habitan en la montaña y además has traído a tu mujer. ¿No sabes que este lugar es peligroso para las mujeres e incluso para los hombres? Tienes aspecto de cazador y, sin embargo, no pareces conocer las reglas de la caza. Ese jabalí estaba tratando de atacarme y apunté mi flecha hacia él con la intención de matarlo, pero tú también has disparado al jabalí sin tener derecho a hacerlo. Este rakshasa está dividido ahora en dos partes iguales, como la herencia de un padre se divide entre sus dos hijos después de su muerte. Has transgredido las reglas de la caza. Estoy enojado contigo y voy a matarte.

Arjuna levantó su arco y se preparó a luchar contra el cazador, mientras que una sonrisa de encanto infinito se dibujaba en el rostro de éste, que le dijo con voz suave:

—Yo ya había apuntado al jabalí, por lo cual era mío, luego corrió hacia ti, pero le mató mi flecha. Eres un joven impertinente y muy vanidoso. Pareces estar muy orgulloso de tu valor, pero no puedes matarme como dices, de hecho es tu vida la que está en grave peligro. Este jabalí es mío y también lo es la flecha que le has disparado. Si eres suficientemente hombre, si tienes suficiente coraje, rescata tu flecha.

Aún la sonrisa permanecía en su rostro. Arjuna estaba furioso con aquel cazador salvaje que se había atrevido a desafiarle y se sentía molesto porque sus penitencias estaban siendo perturbadas. Pero las palabras del cazador le indignaron y se preparó para el duelo al que éste le había desafiado. Mutuamente se acosaban con flechas, como serpientes venenosas. Arjuna envolvió al cazador con un manto de flechas que éste, con una sonrisa en su rostro, esquivó como si fueran una delgada película de fina seda. Sankara era hostigado una y otra vez por las flechas afiladas de Arjuna, pero permanecía impasible mientras su sonrisa se volvía más y más pronunciada y encantadora. Arjuna estaba estupefacto, viendo que sus flechas no le herían se dijo para sí: « Este cazador es muy hermoso, se parece a la cumbre del monte Himavan. Parece distinto de los cazadores ordinarios, quizá sea un dios de las alturas disfrazado de este modo; pero, sea quien sea, está demostrando ser un recio luchador; es un placer luchar contra este

hombre. » Entonces Arjuna decidió lanzarle un astra, en lugar de las flechas usuales. Hasta entonces todas las flechas que le había lanzado golpeaban el cuerpo del cazador sin herirle en lo más mínimo; igual que una tormenta de granizo golpea una montaña, el cazador permanecía inmóvil ante el asalto.

Arjuna se dio cuenta que sus aljabas se habían quedado vacías inesperadamente, lo cual le sorprendió. Tomó su Gandiva y golpeó al cazador en la frente, pero éste permaneció inmóvil. Arjuna se puso frenético y, blandiendo la espada en su mano, se precipitó sobre el cazador, que aún sonreía, con la intención de romperle la cabeza. Pero sorprendentemente, la espada resultó tan ineficaz como las restantes armas. Arjuna, entonces, le arrojó ramas de los árboles cercanos y también piedras. Y al poco tiempo cualquier cosa que pudiera coger con las manos, pero, aún así, el cazador permanecía inmune, con aquella sonrisa enloquecedora.

Arjuna le desafió a un duelo cuerpo a cuerpo. Mutuamente se golpeaban con los puños, como piezas de hierro. El cazador estaba impávido y Arjuna descubrió que era demasiado poderoso. Él ya se sentía débil por la fatiga y furioso con aquel hombre. Se sentía trastornado viendo cómo un cazador ordinario estaba haciéndole poner lo mejor de sí. Siguió luchando hasta que, vencido por la debilidad, perdió la conciencia y cayó al suelo. Intentó levantarse como pudo para luchar de nuevo. Su cuerpo estaba rojo por la sangre que fluía de sus muchas heridas. Arjuna se sentía muy infeliz, y en su mente rogó al Señor Sankara. Hizo una guirnalda de las flores silvestres que allí crecían y con barro erigió una imagen del Señor. Colocó la guirnalda en la imagen y, cerrando los ojos, rezó a Sankara pidiendo la gracia del Señor. Abrió los ojos y vio que la guirnalda no estaba en la estatua. Estaba asustado, volvió sus ojos hacia el cazador y vio que la guirnalda de flores estaba colgando en su cuello. Cayó al suelo postrado ante el Señor y con las lágrimas de sus ojos, Arjuna lavó los pies del Señor Sankara. El Señor esbozó una dulce sonrisa y le dijo:

—Arjuna, estoy muy contento contigo. Tienes un gran valor y una destreza especial. Eres inigualable, en este mundo nunca he visto un kshatrya como tú. Serás invencible, ya que eres igual que yo en bravura. Me siento feliz de darte cualquier don y además vencerás a todos tus enemigos en la guerra.

Arjuna cayó de nuevo a sus pies implorándole perdón. Sankara le tomó de la mano y lo levantó, preguntándole qué deseaba. Arjuna le contestó:

—Mi Señor, quiero que me des tu arma personal, el Pasupata, y que me concedas el privilegio de ver tu verdadera forma. Sankara dijo:

—Ciertamente te daré mi Pasupata; vine con el disfraz de cazador porque quería ver si eras apto para ella, y estoy satisfecho porque lo eres. Y no solamente eres apto, sino extraordinariamente bueno. En las manos de un mal hombre, se convertiría en un

arma peligrosa, porque destruiría el mundo entero, pero tengo confianza en que tú no la usarás si no es absolutamente necesario.

Sankara, con Parvati a su lado, reveló su verdadera forma a Arjuna y luego le entregó el Pasupata, enseñándole las invocaciones mágicas para lanzarlo y hacerlo volver. Arjuna lo recibió con mucho gozo y mayor humildad. Los cielos y la tierra se regocijaron y Sankara le dijo entonces:

—Tu padre Indra te espera, tiene un trabajo para ti en los cielos.

La montaña Indrakila brillaba por la presencia del Señor. De repente el brillo se desvaneció, el Señor había desaparecido.

Capítulo VIII

LOS OTROS ASTRAS

La mente de Arjuna se encontraba en un estado de extraña alegría; había visto al Señor Sankara y no podía reponerse, todavía estaba bajo su hechizo. De repente vio un brillo blanco a su alrededor. Parecía como si mil ópalos, corales y perlas estuvieran destellando al unísono muy suavemente. Arjuna tuvo una extraña visión: todos los dioses de los cielos se dirigían a la cima de Indrakila. Vio a Varuna, el señor de los océanos; Kubera, el señor de las riquezas; Yama, el señor de la muerte; e Indra, el señor de los cielos. Varuna, Kubera, Indra y Yama eran los señores de los cuatro cuartos: oeste, norte, este y sur. Y aproximándose a él, le dieron sus bendiciones. Yama dijo:

—Arjuna, has visto la forma de Sankara y ahora nos complace a todos revelarnos a ti. Podrás conquistar a todos tus enemigos en la guerra y tu fama será eterna. Yo soy Yama y me alegra entregarte mi astra. Con Krishna de vuestro lado, tú y tus hermanos seréis los señores de la tierra.

Y Varuna dijo:

—Soy Varuna, el señor del oeste. Soy el señor de los océanos, y he venido a verte complacido con tu valor. Recibe mi astra, el poderoso Varunastra, que te será de inmensa ayuda en la guerra que se avecina. Úsalo con discreción, es tan poderoso como el astra de Yama.

Y Kubera dijo:

—Vengo del norte que es mi dominio. Soy Kubera, el señor de las riquezas de la tierra y de los cielos. Ganarás toda la riqueza de la tierra después de destruir a tus enemigos. Te daré mi astra. Eres suficientemente apto para usarlo.

Indra abrazó a su hijo y le dijo:

—Me siento muy feliz, y estoy muy orgulloso de ti. Has alcanzado lo que ningún mortal ha podido hacer hasta ahora. Tengo una tarea para ti en mi reino. Te mandaré mi carro y te daré todos mis astras.

Viendo a todos los dioses de los cielos que se habían reunido en la cima de la montaña Indrakila, Arjuna estaba sumido en un profundo sentimiento de humildad. No podía hablar debido a que las lágrimas le ahogaban. Cayó a sus pies, honrándoles como merecían, y luego dijo:

—Yo soy un humilde mortal y vosotros sois dioses que por vuestro gran amor a los pandavas, me habéis favorecido y he tenido la buena fortuna de veros con estos ojos terrenales. No sé cómo pagaros por vuestra bondad.

Los dioses estaban complacidos con él y con su humildad, y bendiciéndole desaparecieron.

Arjuna aún estaba pensando en los maravillosos acontecimientos del día, sentía que no iba a poder levantarse, por el gran trastorno emocional que experimentaba. Se sentía deliciosamente débil, cuando de repente, vio que el carro de Indra estaba sobre la montaña. El conductor de Indra, de nombre Matali, fue hacia Arjuna y le dijo:

—Ahora debes ir a los cielos, tu padre te necesita allí, debes ir inmediatamente.

Arjuna contestó:

— Sí, debo apresurarme. Es mi buena fortuna el que pueda ver con estos ojos terrenales los cielos que sólo se alcanzan después de realizar yagas como el Rajasuya y el Aswamedha. El fin y propósito de todos los kshatryas es alcanzar la morada de Indra, después de esta vida terrenal. Buscando este fin, vivimos en el Dharma mientras caminamos por la tierra. ¡Iré!

Capítulo IX

ARJUNA EN EL CIELO DE INDRA

ARJUNA se purificó en las aguas del Ganges, el cual tenía allí su origen. Invocó al espíritu de la montaña y dijo:

—¡Oh! gran Mandara, yo te saludo, tú eres el hogar de los rishis que han ido más allá del alcance de los sentidos. Tú eres el lugar de descanso de aquellos que aspiran al cielo. Por tu gracia, la gente alcanza sus ambiciones en el mundo espiritual. ¡Oh! rey de las montañas, ahora te dejo, pero he pasado días muy felices bajo tu protección. He dado placer a mis ojos, contemplando tus ríos, tus pendientes y tus densos bosques; tú me has alimentado con los frutos de tus árboles, me has aliviado con la brisa perfumada de las flores de tus bosques y he encontrado la paz en los arroyos que manan de tu corazón. Como un niño durmiendo pacíficamente en el regazo de su madre, he encontrado alivio en el cuidado amoroso y protector de tus praderas. Recordaré estos días felices en tus colinas con gran afecto y gratitud. Ahora me postro ante ti y te dejo. Por favor bendíceme.

Una brisa estremeció las ramas de los árboles, parecía como si la montaña hubiera escuchado sus palabras. Con lágrimas en sus ojos, Arjuna se despidió de la gran montaña

Indrakila, que le había revelado a Sankara; subió al carro que su padre había enviado para él y, junto con Matali, emprendieron el viaje.

Cuando llegaron a Amaravati, la ciudad de Indra, Arjuna contempló todos los árboles celestiales de los que ya había oído hablar y pasando por caminos anchos y hermosos, llegó al hogar de su padre. Arjuna descendió del carro ayudado por Matali, quien le condujo a la corte de Indra. Indra descendió de su trono y cogiendo a Arjuna de la mano le acompañó, haciéndole sentarse junto a él. Parecía que había dos Indras en lugar de uno. Indra tocaba muy a menudo a Arjuna con sus manos y acariciaba amorosamente su cabeza, sonriéndole una y otra vez. Los dos juntos sentados en el trono parecían el Sol y la Luna. Ambos se sentían felices de estar juntos, como padre e hijo.

Había música y baile. Arjuna podía ver a todas las apsaras de la corte de su padre: Menaka, Rambha, Urvasi y Tilottama. Las observaba fijamente mientras las veía bailar y las oía cantar. Arjuna se sentía muy feliz de ver que se encontraba en la corte de Indra.

Mientras Arjuna observaba sus bailes y oía sus canciones, Urvasi, la apsara favorita de Indra, se enamoró locamente del hermoso Arjuna. Aquel joven de piel morena, aquel hijo de Indra parecía otro Manmatha. Urvasi perdió su corazón por él y no pudo descansar durante la noche pensando continuamente en Arjuna. Pensaba en él como en un amante, imaginándolo a su lado, sonriéndole con sus ojos llenos de amor. Arjuna le llegó a causar insomnio, por lo que decidió que tenía que conseguirle.

La Luna brillaba tan intensamente que parecía de día. Su amor era insoportable, así pues, de repente, se levantó de su cama y se dirigió hacia las mansiones de Arjuna. Llevaba el pelo suelto danzando alrededor de sus hombros, como nubes juguetonas flirteando con la Luna. Llevaba flores sobre sus brazos y en el cuello. Su cuerpo era perfecto. Urvasi estaba hecha para el amor. Su hermosa piel, reluciente como oro fundido, brillaba humedecida por el sudor, sus pechos estaban formados perfectamente. Caminaba hacia la mansión de Arjuna, balanceando graciosamente sus caderas amplias y hermosas. Llevaba una túnica muy fina del color de las nubes, tentando incluso a los rishis con la belleza de su forma. Urvasi llegó a su destino. Se dirigió al portal del palacio y entró, anunciándose a sí misma ante Arjuna, el cual estaba en su cama. Arjuna se levantó medio aturdido y la recibió con respeto. Ella se quedó de pie, mirándole con sus ojos llenos de deseo. Arjuna estaba en un apuro, inclinó su mirada hacia el suelo, porque no podía resistir la pasión de sus ojos. Cayó a sus pies y le dijo:

—Eres bienvenida, no sé qué puedo hacer para complacerte, pues pareces tener mucha prisa. ¿Puedes decirme el motivo de tu visita? Urvasi le sonrió y le dijo:

—Hoy en la corte de Indra vi que me mirabas, y jamás he visto a nadie como tú. Te quiero, y no puedo dormir pensando en ti. Debes tomarme y acabar con mis sufrimientos. El fuego del amor que siento por ti abrasa mis entrañas.

Arjuna se sentía tímido y nervioso, sobresaltado por la confesión abierta de su amor, y llevándose las manos a los oídos dijo:

—No quiero oír esas palabras; tienes razón, te observé en la corte de mi padre, pero esto fue porque sabía que fuiste la amada del gran Pauravas, nuestro antepasado. Había oído sobre el gran romance de su vida, cómo se enamoró de ti y cómo tú le devolviste ese amor. Así pues, te miraba como hubiera mirado a una madre que no hubiera visto antes. Eres más hermosa de lo que yo había imaginado. Esa es la razón por la que te miraba tan insistentemente. No debes pensar mal de mí, tú eres como una madre para mí y no debes hablar de esta forma. De hecho creo que es tu amor maternal lo que hace que me gustes tanto. Por favor no me pidas que piense de otra manera.

Urvasi le sonrió de nuevo y le dijo:

—Parece que no comprendes; las apsaras no tenemos edad, somos siempre jóvenes. Las leyes que atan a la gente ordinaria no nos atan ni nos afectan a nosotras. Somos bailarinas en la corte de tu padre y pertenecemos a todo el mundo. No tienes que pensar que faltas a algún código moral tomándome, sólo soy una bailarina y no cometerás ningún pecado aceptando mi amor. Te amo. No debes decepcionarme. Parece que sabes mucho acerca del Dharma. Pero, ¿no sabes que el Dharma de un hombre es complacer a la mujer que llega a él pidiéndole que satisfaga su deseo? Debes aceptarme.

Arjuna estaba profundamente afectado por aquella situación que no le gustaba en absoluto. Su alma se encogía avergonzada sólo de pensar en ello y le contestó:

—Por favor, escúchame; tú eres muy hermosa y eres infeliz por mi culpa, me doy cuenta de ello. Pero, para mí eres una madre, tal como Kunti, Madri o Sachi-Devi, la reina de Indra. Tú eres la madre de nuestra raza: nos sentimos orgullosos de ser pauravas. Me postro ante ti, tú eres mi madre. Por favor, no me turbes con esta súplica. No puedo pensar en ti de otra forma, lo siento pero no puedo, por favor perdóname.

Urvasi estaba loca de ira y frustración. Jamás le había ocurrido esto, y se puso furiosa con Arjuna. Sus labios temblaban de ira y mirando a Arjuna con sus ojos llenos de furia le dijo:

—Pensé que eras un hombre y que serías suficientemente caballeroso para apreciar la intensidad de mi deseo, pero veo que no lo eres. Me has insultado; dado que no has aceptado mi amor, recibe a cambio mi maldición. Ya que te sientes tan engreído con tu hombría, yo te digo que la perderás y te volverás un eunuco. Pasarás tu vida entre mujeres, bailando para divertirlas.

Con su cuerpo todavía palpitando de ira y brotándole de sus ojos lágrimas y fuego al mismo tiempo, Urvasi se marchó. Arjuna quedó solo, con la horrible maldición pesando sobre él. Estaba aturdido por la calamidad que le había sobrevenido. Pasó una mala noche, y por la mañana fue a ver a su amigo Chitrasena y le contó todo lo que había

ocurrido durante la visita nocturna de Urvasi. Chitrasena fue a ver a Indra y le contó la maldición de Urvasi. Indra mandó buscar a Arjuna y le consoló diciendo:

—Hoy has logrado lo que ni los rishis han conseguido hasta ahora. Nadie, ni siquiera yo, he podido resistirme al atractivo de la hermosa Urvasi, y en cuanto a su maldición, le pediré que la reduzca a un año. Deberás sufrir su maldición durante el treceavo año de vuestro exilio, en el que tendréis que vivir disfrazados, de este modo la maldición de Urvasi os será útil.

Arjuna se sentía feliz con la maldición, porque con ella resolvería un gran problema. Así, pasó una época muy feliz en Amaravati con su padre y con su amigo Chitrasena. Indra le dio todos los divinos astras que tenía y Chitrasena el gandharva le enseñó a cantar y bailar, convirtiéndose Arjuna en un consumado maestro de las bellas artes y aprendiendo a tocar todos los instrumentos musicales de los que era un adepto.

Un día vino a ver a Indra el sabio Lomasa y viendo a Arjuna sentado en el mismo trono de Indra, pensó para sí: « Este es un kshatrya de la tierra. ¿Qué yaga especial ha realizado? ¿Qué ha hecho para merecer este honor? »

Adivinando sus pensamientos, Indra le dijo:

—Mi señor, me imagino los pensamientos que hay en vuestro corazón. Éste no es ningún kshatrya. Es Arjuna, mi hijo, nacido de Kunti. Vino para que yo le enseñara los astras divinos. Le reconocerás si te refresco la memoria. Tú conoces a los grandes rishis Nara y Narayana, ambos han nacido en la tierra para realizar un propósito divino. La tierra se quejó ante el señor Vishnu de que la carga de pecados que estaba soportando iba más allá de su paciencia. El señor dijo que él mismo descendería a la tierra para aliviar su carga. Narayana ha nacido como Krishna en la casa de los Vrishnis y Nara es mi hijo Arjuna. Muy pronto habrá un gran derramamiento de sangre en la tierra, que la curará del veneno que ha acumulado. Y la razón de la venida de Arjuna es porque quiero entrenarle para que mate a mis enemigos los Nivatakavachas. Cuando mi hijo haya realizado este trabajo, volverá a la tierra. Y ahora quiero pedirte un favor: ve a la tierra; en el bosque de Kamyaka viven Yudhisthira y Draupadi con los otros tres pandavas, que echan de menos a Arjuna. Debes consolar a Yudhisthira y decirle que Arjuna se ha convertido en maestro de todos los divinos astras, que es el discípulo de Chitrasena y un consumado maestro en las bellas artes, que no hay nadie que le iguale en el baile, ni la música, ni como arquero y que está aquí conmigo para ayudarme a ganar una guerra en los cielos. Debes hacerles olvidar la infelicidad que les ha causado alejarse de Arjuna. Por favor, convénceles de que inicien un Tirthayatra. Quiero que me hagas ese favor.

—Lo haré —dijo Lomasa, y tras bendecir a Indra y a Arjuna se dirigió hacia la Tierra, al bosque de Kamyaka.

Capítulo X

EL TIRTHAYATRA DE YUDHISTHIRA

LOS pandavas pasaron por este trance con gran dificultad. Arjuna era el favorito de todos y echaban de menos su presencia encantadora y su resplandeciente sonrisa. Yudhisthira se sentía muy infeliz. Aparte de esta separación, tenía que soportar las críticas incesantes de Draupadi y Bhima que trataban de convencerle de que estaba equivocado, y que era absurdo pasar sus días en el exilio, pudiendo matar a los kurus si se les diera la más mínima oportunidad. La paciencia de Yudhisthira fue probada muy dolorosamente; pasaba el tiempo tratando de consolar a la llorosa Draupadi y tratando de convencer a Bhima de que practicase la virtud de la paciencia. Fue una época de prueba muy dura para Yudhisthira, ya que Arjuna no estaba con él para apoyarle en contra de las elocuentes arremetidas de Bhima.

Bhima estaba tratando de convencer a su hermano de que no debía haber mandado a Arjuna a los Himalayas a rezarle a Sankara. Le dijo:

—Este es otro error que has cometido. Por tu insensatez, tuvimos que venir al bosque. Tú no quieres que seamos kshatryas, quieres que vivamos como sanyasins; a ti te gusta y estás tratando también de convertirnos a nosotros.

»Esta vida encaja muy bien con los brahmanes, pero no con nosotros, nosotros somos kshatryas y hemos nacido para luchar. Y ahora, por si fuera poco, has mandado —más bien desterrado— a Arjuna, nuestro querido hermano para que realice austeridades.

»Nunca he oído que un kshatrya realice austeridades hasta que renuncia al mundo. ¿Para qué tiene que adquirir Arjuna astras divinos? Eso demuestra que no confías en su fuerza o en la mía. No se necesitan austeridades para matar a un puñado de pecadores; podríamos haberlo hecho en una hora. Pero no, tú no lo permites.

»Quieres hacer las cosas de ese modo odiosamente suave y paciente. Ya hace casi un año que se fue Arjuna y estamos enfermos por esta vida del bosque. Por favor, llama a Arjuna para que vuelva y deje sus penitencias. Marchemos hacia Hastinapura y matémoslos a todos. Tienes que hacerlo por nosotros.

Al pobre Yudhisthira le costaba oír las palabras violentas de Bhima, que era su hermano más querido. Le quería demasiado para ofenderse por sus crueles palabras y trataba de hablarle con amabilidad. Justo en aquel momento llegó el gran sabio Brihadaswa.

Yudhisthira agradeció que llegara en aquel preciso momento. Y dando rienda suelta a su dolor y autocrítica, le contó al rishi todos los acontecimientos de los últimos años. Se sentía angustiado, y le dijo:

—Mi señor, ¿has visto u oído hablar sobre alguien más desafortunado que yo?

El sabio Brihadaswa consoló a Yudhisthira y le dijo que sus malos tiempos pasarían pronto y le contó la historia de Nala, el rey de Nishada, que también había perdido su reino en un juego de dados.

Le contó los muchos sufrimientos de Nala y cómo volvió a conseguir su reino: « Nala volvió a recuperar su reino por un juego de dados », dijo el sabio. Fue sorprendente para Yudhisthira oír algo así, Brihadaswa le contó cómo Nala pudo recuperar su reino en aquel juego.

Nala había aprendido el arte del juego de dados, este arte se llamaba Akshahridaya y el sabio le prometió a Yudhisthira que se lo enseñaría y le aseguró que nadie le vencería. Yudhisthira se sentía emocionado y deseoso de aprenderlo, y cuando llegó a dominarlo se olvidó de sus pesares. Entonces Brihadaswa les dejó y se marchó.

Narada se encontró con Yudhisthira y le dijo que debería ir a un Tirthayatra. Yudhisthira consultó a su guru Dhaumya al cual también le pareció bien la idea y le informó sobre los diferentes tirthas que había en los cuatro puntos cardinales, aconsejándole que deberían partir lo antes posible.

Mientras hacían los arreglos, llegó Lomasa al bosque Kamyaka, se dirigió a Yudhisthira y le contó su visita a la morada de Indra. Le contó su conversación con Indra y le transmitió su mensaje: « Yudhisthira, tu hermano Arjuna está conmigo, y le mantendré conmigo con tu permiso, pues necesito su ayuda. Después de que haya realizado mi trabajo, te lo mandaré de regreso. » Lomasa le aconsejó también que debería iniciar el tirthayatra y se ofreció a acompañarles a todos los lugares sagrados ya que él los conocía bien.

Yudhisthira se sentía muy feliz de oírle hablar de los logros de Arjuna. Pasaron tres noches más en Kamyaka y el cuarto día salieron de peregrinaje hacia todos los lugares sagrados de Bharatavarsha.

El primer lugar que visitaron fue el bosque sagrado llamado Naimisha, donde fluye el río Gomati y en cuyas aguas sagradas se bañaron.

Su siguiente parada fue Prayaga, el lugar santo donde las aguas amarillas del Ganges se unen con las azuladas del Yamuna.

El río Saraswati se pierde en este lugar, uniéndose a los dos anteriores: Ganges y Yamuna. El lugar se llama Triveni Sangama y tiene una vista muy hermosa. Luego visitaron el gran Mahanadi, que es considerado como un lugar muy santo y allí se encontraron con el sabio Agastya, pasando los cuatro meses de lluvia en aquel lugar. Lomasa les narró la grandeza de Agastya, y los pandavas pasaron allí momentos felices. Desde allí se dirigieron hacia las orillas de los ríos Nanda y Paramananda y luego hacia la montaña Hemakuta. Cada lugar del viaje tenía su propia historia y Lomasa era un buen narrador, por lo que el tiempo transcurría agradablemente para todos.

Capítulo XI

LOMASA TRAE NOTICIAS

LOMASA continued:

—Listen now, O Yudhishthira, to what Dhananjaya hath said: 'Cause my brother Yudhishthira to attend to the practice of virtue which leadeth to prosperity. Endued with wealth of asceticism, thou art conversant with the highest morality, with ascetic austerities of every kind, with the eternal duties of kings blessed with prosperity, and the high and sanctifying merit that men obtain from tirthas. Persuade thou the sons of Pandu to acquire the merit attaching to tirthas. Do thou with thy whole soul persuade the king to visit the tirthas and give away kine.' This is what Arjuna said unto me. Indeed he also said, 'Let him visit all the tirthas protected by thee. Thou wilt also protect him from Rakshasas, and watch over him in inaccessible regions and rugged mountain breasts. And as Dadhichi had protected Indra, and Angiras had protected the Sun, so do thou, O best of regenerate ones, protect the sons of Kunti from Rakshasas. Along the way are many Rakshasas, huge as mountain-cliffs. But protected by thee these will not be able to approach the sons of Kunti. Obedient to the words of Indra and at the request of Arjuna also protecting thee from dangers, I shall wander with thee. Before this, O son of the Kuru race, I have twice visited the tirthas. With thee I shall repair to them for the third time. O Yudhishthira, Manu and other royal Rishis of meritorious deeds had undertaken journeys to tirthas. Indeed, a trip to them is capable of dispelling all fear, O king! They that are crooked-minded, they that have not their souls under control, they that are illiterate and perverse, do not, O Kauravya, bathe in tirthas. But thou art ever of a virtuous disposition and conversant with morality and firm in thy promises. Thou wilt surely be able to free thyself from the world. For, O son of Pandu, thou art even as king Bhagiratha, or Gaya, or Yayati, or any one, O son of Kunti, that is like them.'

"Yudhishthira answered, 'I am so overwhelmed with delight, O Brahmana, that I cannot find words to answer thee. Who can be more fortunate than he who is remembered even by the lord of the celestials? Who can be more fortunate than he who hath been favoured with thy company, who hath Dhananjaya for a brother, and who is thought of by Vasava himself? As to thy words, O illustrious one, in respect of a trip to the tirthas, my mind had already been made up at the words of Dhaumya. O Brahmana, I shall start, at whatever hour thou mayst be pleased to appoint, on the proposed journey to tirthas. Even this is my firm resolve!'

Capítulo XII

LOMASA ANIMA A YUDHISHTHIRA A REALIZAR EL TIRTHAYATRA

LOMASA then said unto Yudhishthira, who had made up his mind to start on the proposed journey:

—O mighty king, be thou light as regards thy retinue, for by this thou wilt be able to go more easily!

"Yudhishthira then said, 'Let those mendicants and Brahmanas and Yogis that are incapable of bearing hunger and thirst, the fatigues of travel and toil, and the severity of winter, desist. Let those Brahmanas also desist that live on sweetmeats, and they also that desire cooked viands and food that is sucked or drunk as well as meat. And let those also remain behind that are dependent on cooks. Let those citizens that have followed me from motives of loyalty, and whom I have hitherto kept on proper stipends, repair to king Dhritarashtra. He will give them their allowances in due time. If, however, that king refuses to grant them proper allowances, the king of the Panchalas will, for our satisfaction and welfare, give them these.'"

Vaisampayana continued, "And thereupon oppressed with grief, the citizens and the principal Brahmanas and Yatis set out for Hastinapura. And out of affection for Yudhishthira the just, the royal son of Amvika received them properly, and gratified them with proper allowances. And the royal son of Kunti, with only a small number of Brahmanas, abode for three nights at Kamyaka, cheered by Lomasa."

Desde allí se volvieron hacia el oeste. Vieron al Godavari y a los ríos del sur, Agastyatirtha y el océano Índico. También vieron los ríos de la costa oeste de Bharatavarsha, llegando finalmente a Prabhasa. Balarama y Krishna les recibieron con gran entusiasmo. Los pandavas pasaron varios días junto a los Vrishnis hablando de los muchos incidentes ocurridos desde su último encuentro. Balarama y Krishna estaban contentos de oír hablar de Arjuna y de su feliz estancia con Indra. Era muy duro para Krishna el estar sin Arjuna. Todos los Vrishnis se sentaron alrededor de los pandavas y hablaron de los acontecimientos de los últimos años.

Balarama habló con palabras apasionadas. Dijo:

—Krishna, no me gusta esto en absoluto. Aquí está Yudhisthira, el príncipe de la casa de los kurus y se le ve con el pelo cortado y su cuerpo vestido con piel de ciervo. Mira a Draupadi, la reina de belleza inigualable y está cubierta también con esas horribles cortezas de árboles. ¿Puedes soportar ver algo así? ¿Cómo es que no haces nada al respecto? ¿Cómo pudo ocurrir esto estando presentes todos los ancianos de la casa de los kurus? ¿Cómo Drona y Bhishma pudieron permitir que ocurriera esto? Es una mancha eterna sobre la familia de Dhritarashtra. Exiliar a estos hermanos al bosque es algo terrible. Nunca hubiera esperado de Duryodhana que los exiliara al bosque

durante tantos años, para disfrutar de su reino. Krishna, creo que estaría muy bien ir a su encuentro y darles una lección. Mirando a estos mellizos, Shadeva y Nakula, mi sangre hierve de furia. ¡Mira a Bhima! Piensa en su poder y mira qué vestido lleva, así sólo visten los peregrinos y los mendigos. Es una vergüenza. La última vez que vi a Yudhisthira estaba rodeado por todos los reyes de la tierra. Ahora está rodeado de sanyasins. Me siento muy infeliz al ver la condición de los pandavas. ¿Cómo es que la tierra no se parte en dos habiendo tanta injusticia sobre su faz? Krishna, Satyaki, venid. Vayamos y luchemos contra los kurus y devolvamos su reino a los pandavas.

Satyaki dijo:

—Mi señor, todavía no es el momento adecuado. El mismo Yudhisthira piensa que deben transcurrir los trece años antes de que empiece la guerra. Todos conocemos a Duryodhana demasiado bien para imaginar que devolverá su reino a los pandavas. La guerra será inevitable. Va a ser una guerra terrible. Todos lucharemos. ¿Quién podrá resistir la combinación de los Vrishnis y los pandavas? Esperemos hasta que Yudhisthira nos dé permiso.

Krishna dijo:

—Hermano, Satyaki tiene razón. Yudhisthira aconseja paciencia, no porque no sea suficientemente poderoso para luchar, sino porque quiere mantener su palabra. La Verdad es mucho más grande para él que todas las riquezas del mundo. Respetemos sus deseos. No está lejos el día en el que disfrutaremos de la guerra como consuelo de nuestros corazones.

Yudhisthira se sentía muy feliz al ver que. había algunos que comprendían sus sentimientos.

Sólo había estado escuchando a Bhima y a Draupadi desde que llegaron al bosque, hacía ya mucho tiempo, y le habían herido tanto y tan frecuentemente con sus reproches que esta charla cariñosa de Satyaki, apoyada por Krishna, le hizo saltar las lágrimas. Luego dijo:

—Mi señor, la ira de Balarama ya ha comenzado a destruir a los kurus. Sólo se necesita el toque de Krishna y Satyaki para acabar la conflagración. No le tengo miedo al futuro, sé que Bhima y Draupadi estarán contentos al ver la destrucción de los kurus. Os agradezco a todos el cariño que nos tenéis.

Después de su visita a Prabhasa, los pandavas continuaron su viaje. Se dirigieron hacia el norte y alcanzaron las orillas del río Saraswati.

Era un lugar sagrado para el rey Sibi, porque allí ocurrió el incidente del halcón y la paloma.

Ahora veían el río Ganges y llegaron a la montaña Mainaka, que era una de las montañas más sagradas. Su siguiente parada fue Kailasa, donde vieron el Bindusaras, la

fuente del río Ganges. Vieron los siete torrentes. Tres de ellos iban hacia el oeste, tres hacia el este y el séptimo fluía hacia Bhagiratha.

Los pandavas vieron la montaña Mandara. Esta montaña era la morada de Kubera. Yudhisthira invocó al espíritu de la montaña y le ofreció sus oraciones y rezó a los ríos Ganges y Yamuna. Los pandavas encontraron el lugar muy tranquilo y apacible. Incluso Bhima olvidó su tristeza y estaba feliz en las planicies de la montaña Mandara.

Capítulo XIII

HACIA EL HIMAVAN

Los pandavas decidieron ascender el monte Mandara y hallaron la tarea muy difícil. Yudhisthira estaba preocupado por la delicada Draupadi. Bhima dijo que él la llevaría, pues sabía que le gustaría encontrarse con Arjuna, que descendería sobre esa montaña cuando volviera de la morada de Indra. Bhima dijo:

—Yo la llevaré, os llevaré a todos cuando sintáis que no podéis andar más.

Era temprano por la mañana. El Sol acababa de aparecer, tiñendo la cumbre de la montaña de rosa y dorado. La escena era maravillosa y el aire era reconfortante. Al principio no estaban cansados del ascenso, pero según el Sol ascendía en los cielos se iban fatigando más. Siguieron intrépidos caminando hacia el pico llamado Gandhamadana. En aquella cumbre el aire era una mezcla de todos los perfumes. Todos estaban emocionados pensando en encontrarse con Arjuna. Hacía cinco años que les había dejado y se había ido. Era una escena patética.

Yudhisthira, poco acostumbrado a la vida dura, trataba con gran dificultad de subir la montaña. En su corazón moraba un solo anhelo: Arjuna y su encuentro con él.

Anhelaba ver a Arjuna que se había ido a aprender cómo usar todos los astras, para que pudieran ganar la guerra. Todos hablaban de lo mismo. Llegaron a un ashram llamado Badari donde se decía que los rishis Nara y Narayana hicieron sus penitencias.

Yudhisthira dijo:

—No puedo seguir más adelante, mi cuerpo arde como si tuviera fiebre, estoy jadeando y me siento débil. —Cuando estaba diciendo esto, de repente se nubló el firmamento.

El cielo se oscureció con densas nubes negras de lluvia y se desató un furioso temporal, soplando el viento en todas direcciones. Era una escena realmente impresionante. La tierra, la montaña y el cielo quedaron ocultos tras un torbellino de polvo. No podían hablar entre ellos, el ruido del vendaval era ensordecedor y tampoco podían verse. Así de oscuro estaba el cielo. Los árboles eran arrancados por el vendaval, árboles de troncos anchísimos eran arrancados de cuajo de la tierra y caían desplomados. Parecía como si el cielo descendiera sobre la montaña. La línea donde acababan los picos de las montañas y

comenzaban las nubes de lluvia, era invisible y tuvieron que abrirse camino en medio de los árboles recién caídos y los peñascos diseminados por todas partes. Bhima era lo suficientemente fuerte como para apartar los árboles de su camino y al mismo tiempo llevar a Draupadi. Pero incluso él tuvo que admitir la derrota a manos de la naturaleza. La fuerza de los elementos era demasiado poderosa para hacerle frente. De repente, Bhima se sentó y los demás hicieron lo mismo.

El vendaval amainó su furia y comenzó a llover. Las gotas de agua eran más afiladas que flechas. La tormenta azotaba con terrible furia la montaña. Horrorizado ante la furia de la naturaleza y viendo la impotencia humana contra el furor de los elementos, Yudhisthira se sentía anonadado. No podía hablar, sólo observaba. Las rocas eran levantadas de su sitio, y el agua fluía por miles de torrentes montaña abajo.

Parecía la explosión de la furia de un hombre que había contenido su ira durante mucho tiempo y que, de repente, la había dejado escapar. Yudhisthira pensó que si diera rienda suelta a su ira, sería algo parecido a aquello. Los ríos fluían alrededor de los árboles socavándoles con su continuo flujo torrencial. Los árboles empezaron a caer de repente uno tras otro. Era una escena maravillosa, incomparable en su grandeza.

Por fin la lluvia cesó. El cielo se volvió claro y el Sol, que estaba escondido detrás de las nubes negras, apareció en toda su gloria, y el mundo sonrió al ver nuevamente al dios de la luz y de la vida. Parecía que todo estaba bien de nuevo. Aquel nuevo panorama alentó a los débiles peregrinos y continuaron su ascenso. Apenas habían avanzado unos cuantos metros, cuando la delicada princesa Draupadi fue vencida por la debilidad y se desmayó fatigada por el esfuerzo del viaje. Sus rodillas flaquearon y se cayó. Nakula corrió hacia ella, la levantó e hizo que su cabeza descansara sobre su regazo. Yudhisthira y los otros acudieron también al lugar. Yudhisthira trató de reanimarla lleno de compasión por ella y de ira contra sí mismo, porque él era la causa de su infelicidad.

Trajo agua y la vertió sobre su rostro. Con mucha ternura le dieron un masaje en los pies, y lentamente recuperó su color y poco a poco fue recobrando la conciencia. Nakula y Shadeva, con sus manos, le acariciaban suavemente los pies. Los pies de Draupadi tenían llagas y ampollas por la dureza del viaje y Yudhisthira se culpaba a sí mismo por ello. Le dijo:

—Perdona a este pecador, esposo tuyo, Draupadi. Cuando tu padre nos preguntó quiénes éramos, le dije que éramos los pandavas y añadí:

« Tu hija sólo dejará un lago de lotos para entrar en otro. »

»Me estremezco cuando pienso en ello. Tu padre te entregó a nosotros con estas palabras: “Con los pandavas como maridos serás feliz”, y fíjate la felicidad que te hemos dado. No has conocido sino dolor desde que te convertiste en la esposa de los pandavas. Me culpo a mí mismo como responsable y a nadie más.

»Debes perdonar a este marido desaprensivo y mirarnos a todos con amor y compasión.

Draupadi consoló al rey y le dijo que nada podía hacerse cuando el destino se había empeñado en hacerles sufrir. Yudhisthira le dijo a Bhima:

—Draupadi no podrá dar ni un paso más. O tú o los mellizos debéis llevarla. O debes pedir a Ghatotkacha que venga y nos ayude. Él es fuerte y nos quiere, vendrá si tú se lo pides. Creo que eso será lo mejor. Tú también estás cansado. No puedes llevar a Draupadi todo el camino.

Bhima pensó en su hijo y Ghatotkacha apareció ante ellos, más rápido que el pensamiento. Bhima le abrazó con cariño y Yudhisthira estaba encantado de volver a ver a su magnífico sobrino. Ghatotkacha era su favorito desde que nació. Bhima dijo:

—Hijo mío, mira a tu madre Draupadi; no puede andar. Debes cargar con ella hasta la cima de la montaña. Camina lentamente, para que vaya cómoda. —Ghatotkacha cargó con Draupadi, y el resto del grupo fue transportado por los sirvientes que se había traído Ghatotkacha.

Sólo Dhaumya y Lomasa iban caminando. Ahora viajaban muy rápido, y pronto pudieron ver la cima de la gran montaña Kailasa, donde se bajaron de los rakshasas. Era la tierra del eterno amanecer. Los rayos del Sol caían siempre sobre la cima de la montaña.

Los rishis que vivían allí dieron la bienvenida a Yudhisthira y sus hermanos con Draupadi, Dhaumya y Lomasa. En aquel ashram, llamado Badari, pasaron muchos días felices. Desde allí pudieron ver la montaña Mainaka y Yudhisthira sintió una paz que le robaba el alma; una paz que no había podido encontrar en ningún otro lugar.

Capítulo XIV
BHIMA Y HANUMÁN

La naturaleza había sido pródiga en regalos en los alrededores de Badarikashrama. Las flores que brotaban allí no podían encontrarse en ninguna otra parte. Era un lugar maravilloso.

Aquel paraje no podía ser descrito con simples palabras. No existía ninguna lengua adecuada para describir el ashram y sus alrededores. Un día Draupadi estaba admirando la belleza que se extendía ante ella, cuando de repente una flor llegó hasta ella, impulsada por el aire. Era preciosa y tenía un perfume encantador. La cogió entre sus manos y la observó durante mucho tiempo. Cuando llegó Bhima, Draupadi le llamó a su lado y le dijo:

—Mira, Bhima. Fíjate en esta flor, ¡huélela! ¡qué perfume tan maravilloso! Me gusta mucho. Bhima, ¿puedes conseguirme más flores como ésta?

Bhima se puso muy feliz de poder hacer algo para agradar a Draupadi y partió inmediatamente en busca de la flor, siguió su perfume, como un sabueso sigue el rastro de su presa. Bhima iba de un lado para otro en busca del origen del olor, sin darse cuenta que se había alejado. Su mente divagaba en mil pensamientos y sus pies corrían mecánicamente. De pronto, se dio cuenta que se había ido muy lejos, hizo sonar su caracola y siguió adelante. El sonido de su caracola despertó a todos los leones que estaban durmiendo en sus madrigueras. Bhima siguió adelante.

En aquel bosque moraba el gran Hanumán, que estaba dormido. El sonido de la caracola de Bhima le despertó de su sueño profundo y meneando la cola la estrelló contra el suelo. Aquel ruido resonó entre las cuevas de las montañas y Bhima lo oyó. Aquello le sonó como un desafío y se dirigió rápidamente hacia el lugar de donde venía el sonido. Al poco tiempo se encontró con un mono enorme, sentado sobre una inmensa losa. Bhima estaba sorprendido ante aquella estampa porque nunca antes había visto a un mono como aquel. El mono estaba sentado allí tranquilamente, bloqueando su camino. Bhima se le acercó y el sonido de sus pisadas hizo que el mono entreabriera los ojos. Éste dijo:

—Joven, ¿por qué haces tanto ruido? Tu caracola me despertó de mi sueño. Todos los seres humanos de estos parajes son amables con los animales. Parece que eres extranjero, pues no eres considerado con los habitantes de este lugar. ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? A partir de aquí el bosque se torna impenetrable. Te lo digo por el afecto que siento hacia el ser humano y estoy seguro que me escucharás. Aquí hay algunos frutos. Cómelos, descansa un rato y regresa al lugar de donde vienes. No puedes seguir adelante, te digo la verdad.

Bhima contestó a aquel extraño mono que podía hablar como un ser humano, diciéndole:

—¿Puedo saber quién eres? No eres un mono ordinario. Debes ser algún semidiós que ha asumido la forma de mono. En cuanto a mí, soy el hijo de Vayu, mi madre es Kunti y mi nombre es Bhimasena. Soy uno de los pandavas y estamos en el exilio.

Le contó la historia de los pandavas y le habló de Arjuna al que iban a recibir dentro de poco. El mono sonrió oyendo las palabras de Bhima y le dijo:

—Estoy en tu camino y no puedo moverme. Si aceptas mi consejo debes volver por donde viniste.

Bhima sintió que se le estaba agotando su paciencia. Ya empezaba a incordiarle aquello y le dijo:

—No quiero tu consejo. Quiero seguir, y tengo prisa. ¡Quítate de mi camino!, si no lo haces te pesará. El mono le dijo:

—Como te dije antes, soy demasiado viejo para moverme. Si insistes en seguir, incluso en contra de mi consejo, puedes hacerlo saltando por encima de mi cuerpo.

Bhima se estaba disgustando con lo que pasaba. Arrugó el ceño y dijo:

—Eres más viejo que yo y estás sentado en mi camino, no es correcto que salte sobre tu cuerpo, eso es irrespetuoso hacia un anciano. Pero si insistes tendré que saltar sobre ti como hizo el gran Hanumán cuando tuvo que cruzar el mar.

El mono preguntó:

—¿Quién es ese Hanumán del que hablas? Pareces respetarle, lo noto por el tono en que pronuncias su nombre, tu voz sonaba suave y gentil cuando lo has mencionado. Dime, ¿quién es ese Hanumán?

El mono giró su mirada hacia Bhima, en sus ojos había una expresión jocosa, lo cual irritó aún más a Bhima, quien le contestó:

—¿Eres un mono y no sabes quién es Hanumán? —Y mirándole con una sonrisa despectiva añadió—: Hanumán es el más grande de todos los monos. Es mi hermano. Es un gran sabio. Es famoso por las grandes hazañas que realizó en servicio a Shri Rama. Cuando Rama perdió a Sita, su esposa, este hermano mío cruzó el océano de un salto y llevó el mensaje de Rama a Sita para consolarla. Yo no soy nada en comparación con él en cuanto a bravura y fuerza. Pero soy lo suficientemente fuerte para luchar contigo si tengo que hacerlo. Tengo que penetrar en el corazón de este bosque, así que, por favor, ábreme paso. Si no lo haces, me temo que tendré que exhibir mi poder y atacarte. Tendré que matarte aunque no quiero hacerlo.

Hanumán sonrió para sí mismo contemplando la impaciencia de Bhima y le dijo:

—Por favor, no te enfades conmigo, ya te he dicho que soy muy viejo para moverme. Por favor, ten compasión de mis años. Mi cola está en tu camino, si la empujas a un lado el camino quedará libre y podrás proseguir.

Bhima sonrió condescendientemente y, con su mano izquierda, trató de apartar a un lado la cola, pero no pudo hacerlo. La cola no se movía. Sorprendido, usó las dos manos para apartarla, pero no pudo. Frunció el ceño ante su inesperado fracaso y lo intentó otra vez. Pero la cola no se movía del sitio.

El mono todavía seguía sentado, observándole con una tenue expresión jocosa en sus ojos.

Bhima tuvo que admitir la derrota y bajó su cabeza avergonzado.

Fue ante el mono y postrándose ante él le dijo:

—Por favor, perdona mis duras palabras. En mi arrogancia sobrepasé las normas de la buena conducta. Tú eres mayor y yo soy más joven que tú. Debes tolerar los errores de alguien que es como tu hijo. Siento haberte hablado de una forma tan ruda, por favor, perdóname. —Y con ojos lagrimosos Bhima le dijo—: Debes decirme quién eres. Eres un rey entre los monos y quiero conocerte.

El mono le sonrió y le dijo:

—Yo también estoy ansioso de decirte quién soy. Soy el hijo de Vayu y mi nombre es Hanumán.

En cuanto estas palabras salieron de sus labios, extendió sus brazos hacia Bhima, el cual le abrazó cálidamente. Las lágrimas recorrían sus mejillas. Una y otra vez Bhima decía: « Hermano mío » y lágrimas frescas brotaban de sus ojos. Así pasaron largo tiempo hablando entre ellos. Bhima estaba muy emocionado sólo de pensar que había encontrado a su hermano.

Era un extraño caso de buena fortuna el haberse encontrado con Hanumán, el cual le dijo:

—Quiero concederte un don como símbolo de apreciación de tu fuerza y en conmemoración de estos maravillosos momentos. A Bhima no se le ocurría nada y le dijo:

—Sabiendo que estás con nosotros no hay duda que morirán los kurus.

Y Hanumán contestó:

—Me sentaré en el asta de la bandera del carro de Arjuna cuando comience la guerra. Daré fuerza a tu ejército con mis gritos de aliento y amedrentaré a tus enemigos. Siempre estaré contigo, pero ahora continúa tu camino. El camino es difícil y peligroso, debes tener mucho cuidado.

Los hermanos se abrazaron de nuevo y partieron.

Rememorando continuamente la escena del encuentro con su hermano, Bhima siguió hacia el norte, siguiendo aún el rastro del perfume que ahora era más fuerte. Siguió ansiosamente el olor hasta que de repente llegó a un río. La superficie del río estaba cubierta con miles de flores de las que quería Draupadi. El aire estaba cargado con el enloquecedor perfume de las flores.

Era el jardín de Kubera y había muchos rakshasas protegiendo aquella zona. Bhima entró al jardín. Los rakshasas avistaron al intruso y aproximándosele le dijeron:

—¿Quién eres para atreverte a entrar en este jardín? Esto pertenece a Kubera y no se le permite entrar a nadie. Bhima estaba impaciente y les dijo:

—Soy Bhima, el pandava. Mi esposa Draupadi encontró una de estas flores maravillosas y quiere algunas más, así que he venido a recoger algunas para ella.

Los rakshasas no le permitieron hacerlo. Le dijeron:

— Estas flores pertenecen al rey. No se le permite tocarlas a nadie. Si las quieres, puedes ir al rey y pedirle permiso. Bhima contestó:

—No, ¿por qué tengo que mendigar? ¿por qué tengo que pedirle permiso al rey? Soy un kshatrya y no puedo pedir favores a otros. Estas flores están en la superficie del río, el río no pertenece a nadie ni tampoco las flores que crecen en la superficie. Recogeré las flores Sangandhika para mi Draupadi. Nadie puede detenerme. —Bhima se dirigió hacia las orillas del río.

Los rakshasas le atacaron y Bhima mató a la mayoría con sus manos y con su maza. Cogió tantas flores como quiso y nadie pudo detenerle. Kubera se enteró de que un ser humano había entrado en el río como si fuera un elefante salvaje y sonriendo dijo:

—Ese debe de ser Bhima. Dejadle que coja las flores Sangandhika, no luchéis contra él. Es un amigo.

Los rakshasas volvieron a las orillas del río y le comunicaron a Bhima el mensaje del rey, y éste se sintió complacido por el cariño con que Kubera le acogía.

En aquel momento, Yudhisthira y Draupadi comenzaban a preocuparse por la prolongada ausencia de Bhima y partieron con Ghatotkacha en la dirección que había seguido Bhima.

Ghatotkacha viajaba rápidamente y pronto llegaron al jardín de Kubera, donde vieron a los muchos rakshasas que había matado Bhima.

También le encontraron a él, sentado a la orilla del río con sus brazos llenos de flores. Yudhisthira corrió hacia él y le abrazó con cariño. Kubera fue hacia ellos y los recibió con gran honor, pidiéndoles que pasaran algunos días con él.

Y así lo hicieron. Yudhisthira quería seguir hacia el norte y lo estaba comentando con Bhima cuando se oyó una voz de los cielos que decía:

« No sigáis más adelante, debéis regresar a Badari, y encontraréis a Arjuna muy pronto. »

Siguiendo esta orden de la voz de las alturas, regresaron a Badari, donde vivieron felizmente pero con impaciencia, contando los días que tenían que pasar antes de que se encontraran de nuevo con Arjuna.

Capítulo XV

LA VUELTA DE ARJUNA

SEGÚN pasaban los días, crecía su impaciencia. Parecía como si no pudieran pasar un día más sin ver a Arjuna. Los alrededores del ashram donde vivían eran muy agradables, lo que era una suerte para ellos, ya que pasaban la mayoría del tiempo paseando por los bosques cercanos. Los árboles estaban engalanados con flores de mil colores y aquel ambiente hizo que Draupadi se sintiera feliz por primera vez durante su exilio. Pasaba las horas mirando a las flores y a los árboles y su corazón bailaba de gozo. Viendo su alegría, Bhima le obsequiaba flores exóticas cogidas de lugares a donde ella no podía llegar. Pero siempre sus corazones pensaban en Arjuna y sólo en Arjuna. Hacía ya cinco años que no le veían y la espera era insoportable. Cada día y cada noche que pasaban eran como un año para ellos.

Un día que estaban paseando por el bosque, como de costumbre, vieron una extraña escena. La cumbre de la montaña estaba iluminada con una extraña luz celestial que les

causó asombro. La luz iba creciendo y acercándose hasta que se dieron cuenta de que era un carro celestial. Todos se quedaron atónitos durante algún tiempo. Arjuna saltó del carro y corrió hacia ellos, postrándose a los pies de Yudhisthira, Bhima y Dhaumya. Luego en el ashram saludó a Lomasa y a todos los demás rishis. Todos estaban demasiado emocionados para poder hablar. Draupadi se quedó quieta, contemplando a Arjuna como si le viera por primera vez, ni siquiera podía cerrar los párpados. Nadie habló y todos hablaron, fue un encuentro maravilloso. Volvían a ser cinco hermanos y el vacío se había llenado, ahora que tenían de nuevo a Arjuna con ellos. Se podía ver el brillo de una profunda alegría en el rostro de todos ellos.

Los pandavas recibieron a Matali con el debido honor y éste les dejó al poco tiempo y volvió a la corte de Indra. Yudhisthira cogió a Arjuna en su regazo y le acarició como si fuera un niño pequeño, pero no pudieron hablar mucho porque estaban todavía demasiado emocionados. Arjuna entregó a Draupadi los regalos que le había mandado Indra, que eran alhajas maravillosas con gemas incrustadas. Después de que sus corazones se calmaron, tras la emoción, se sentaron alrededor de Arjuna. Justo entonces se produjo una conmoción en el exterior: Indra había venido a ver a Yudhisthira. Los pandavas le dieron la bienvenida con grandes honores, mientras descendía de su carro, e Indra respondió a su homenaje con una amplia sonrisa. Todos permanecieron a su alrededor esperando que hablara. Indra le dijo a Yudhisthira que pronto acabarían sus problemas, que no tenía porqué preocuparse de sus enemigos y que gobernaría el mundo gloriosamente. Luego añadió:

—Ahora que te he devuelto a Arjuna, es el momento para que desciendas a las planicies y vuelvas a tu refugió en el bosque de Kamyaka. Vine para agradecerte personalmente que prescindieras por un tiempo de él. Arjuna me ha complacido inmensamente con su valor. Él te lo contará todo, me alegro de veros. Dentro de pocos años se acabarán vuestros malos tiempos, volved ahora a Kamyaka.

Después de la partida de Indra, los pandavas se dirigieron hacia el refugio y cuando todos estaban sentados alrededor de Arjuna, Yudhisthira le pidió que les contara sus muchas aventuras. Arjuna se sintió muy feliz de compartirlas con ellos de nuevo. Contar aventuras es emocionante, pero hablar de ellas a aquellos que te quieren y que se interesan por ti, es maravilloso. Arjuna les habló de la montaña Indrakila y de sus penitencias en las laderas de la montaña. Les contó su encuentro con el jabalí salvaje y el cazador misterioso. Fue una narración emocionante. Yudhisthira estaba muy orgulloso de su hermano. Bhima se sentó a su lado acariciando a Arjuna una y otra vez con sus ojos humedecidos de alegría por el cariñoso encuentro con su hermano al que tanto había echado de menos. La narración continuó y Arjuna les contó la visita de los otros dioses y los regalos que le hicieron, luego la visita de Indra, el episodio de Urvasi y luego su aprendizaje de baile y música con Chitrasena. Arjuna también les contó el propósito por

el que fue conducido a los cielos. Les dijo:

—Estaba pasando ratos muy agradables allí, y un día mi padre, Indra, me dijo: « Debes hacerme un servicio. Hay unos asuras, llamados Nivatakavachas que me están dando grandes problemas. Viven en el fondo del océano y son invencibles en lo que a nosotros respecta. Quiero que vayas a luchar contra ellos y los destruyas. » Indra puso una corona de joyas sobre mi cabeza y me dijo: « Desde ahora en adelante serás llamado Kiriti, por llevar esta corona. » Los rishis de la corte me bendijeron y Matali trajo el carro. Entonces me fui a luchar contra los Nivatakavachas. Llegué a su ciudad después de pasar por muchos lugares hermosos del cielo y de la tierra. La gente de allí pensó que Indra había llegado de nuevo para luchar contra los Nivatakavachas y salieron de la ciudad al oír el estruendo con que resonaba mi caracola. Aceptaron el desafío y la guerra comenzó.

»Aquellos asuras parecían ser especialistas en la lucha y además usaban la magia como ayuda. Al principio su maya era demasiado poderosa para que pudiera combatirla, pero luego pude sobreponerme a ella. Usé el astra llamado Mohini al que no pudieron resistirse, venciéndolos a todos. Tuvieron que abandonar sus tácticas de ilusionismo y luchar abiertamente. Eran muy buenos luchadores, pero yo tenía la ayuda de los astras divinos y les lancé el Vajra, el arma personal de Indra, que los asuras no pudieron contener. El Vajra les golpeaba como el relámpago y hacía pedazos sus kavachas.

»Los Nivatakavachas parecían montañas caídas y Matali me elogió muchísimo por la forma en que peleé. Dijo que nunca antes había visto una lucha igual. Después de matar a los Nivatakavachas entré en su ciudad, que era muy hermosa. No hay otra palabra para describir la riqueza, el esplendor y la magnificencia de la ciudad. Estaba sorprendido de ver tanta belleza. Le pregunté a Matali cuál era la causa de que la ciudad fuese tan rica, porque ni Amaravati era tan hermosa. Matali me dijo que antiguamente había sido la ciudad de Indra, pero que los Nivatakavachas se la quitaron debido a que habían complacido a Brahma con sus penitencias y llegaron a hacerse invencibles. Los devas no podían hacerles nada debido al don que les concedió Brahma. Esa era la razón por la que mi padre quería que fuera y les matara, porque yo soy un mortal y no un deva. Luego volvimos a Amaravati, la ciudad de Indra.

»En el camino de regreso, vimos una ciudad flotante. Era una vista maravillosa. Viendo mi asombro, Matali me dijo: "Arjuna, esta ciudad se llama Hiranyapuri. Ahora la posee una mujer llamada Puloma, que tiene varios hijos llamados Kalakeyas con los que vive en esta ciudad. Brahma les concedió también un don y estos asuras se han vuelto inmunes a los dioses. Tienes que luchar contra ellos y destruirlos como hiciste con los otros."

»Nos dirigimos hacia la ciudad y desafié a los Kalakeyas para que lucharan conmigo. No estaban acostumbrados a que les desafiaran y por ello se sentían muy seguros, pero al

final salieron y la lucha comenzó. Me resultó muy difícil luchar contra ellos, pero tenía el astra llamado Pasupata, lo usé y destruí toda la hueste de los Kalakeyas. Luego volvimos a Amaravati, donde Indra me dio la bienvenida con gran alegría. Matali le contó la lucha en las dos batallas, haciendo elogios de mí y de mi valor. Entonces Indra me abrazó y me bendijo y yo me sentí muy orgulloso de mí mismo e Indra me dijo: "Me has hecho un gran servicio matando a esos Kalakeyas y Nivatakavachas y estoy muy complacido contigo. Yudhisthira es muy afortunado por los hermanos que tiene. Contigo a su lado no tiene que preocuparse del futuro, los kurus se pueden dar por muertos." Indra me regaló una armadura que es impenetrable y pasé días muy felices con él. Después de un tiempo me dijo: "Ha llegado el momento de partir, tus hermanos y Draupadi están ansiosos de verte. Han pasado años desde que te permitieron venir aquí. Ahora debo devolverle a Yudhisthira lo que me prestó tan complacientemente." Indra pidió a Matali que trajera su carro y dejando a mi padre, a Chitrasena y a todos los rishis de la corte vine velozmente hacia aquí para reunirme con vosotros. Ahora soy feliz, ni todos los placeres del cielo pueden igualarse a la alegría de veros después de todos estos años.

Los pandavas se quedaron en el ashram de Badán durante algunos días más, e incluso las montañas les parecían distintas ahora que Arjuna estaba con ellos. Le enseñaron a Arjuna sus lugares favoritos y pasaron allí momentos maravillosos. Pero tenían que pensar en el futuro y decidieron que había llegado el momento de volver al bosque de Kamyaka. El tiempo se les había pasado muy rápido y los horribles doce años ya se habían reducido a dos. Habían pasado diez años en el exilio y Bhima, Nakula, Shadeva y Arjuna se acercaron a su hermano Yudhisthira para sugerirle que debían recordárselo a su querido primo Duryodhana.

Bhima dijo:

—Hermano, es el momento de recordar los terribles juramentos que hemos hecho y de pensar en ese pecador de Duryodhana. Este es el undécimo año del horrible exilio que nos ha impuesto, nos quedan dos años más y ya se acerca el año que tenemos que pasar disfrazados. Después de haber estado alejados de sus cercanías durante cinco años, nos deben haber olvidado como si fuéramos un mal sueño. Están viviendo en el paraíso de los tontos, deben estar pensando incluso que has renunciado al mundo y que te has hecho un rishi en las estepas de los Himalayas. Deberíamos descender de esta hermosa montaña Gandhamadana y volver al bosque de Kamyaka como nos dijo Indra. Debemos recordar a Duryodhana que los pandavas que se fueron a los Himalayas han vuelto después de recibir a Arjuna. Nuestro querido tío debe haberse enterado mediante sus excelentes espías de las hazañas de Arjuna. Se asustarán si volvemos a los valles, no les dejaremos pensar que tú y tus hermanos han renunciado al mundo y han decidido quedarse en el ashram de Badari. Nuestro regreso les recordará que los cuatro hermanos de Yudhisthira no han olvidado sus juramentos. Es duro pensar

en abandonar este hermoso lugar. Aquí hemos pasado los años más felices del exilio y no parecía tal, por el encanto que ha ejercido sobre nosotros. Draupadi ha sido feliz aquí. Este es el único lugar donde la he visto sonreír, pero, mi señor, tenemos que irnos: tres años más y te veremos como señor de la tierra. Balarama, Satyaki y Krishna están esperando impacientemente el fin de estos días horribles. Volvamos a los valles.

Capítulo XVI

NAHUSHA, EL DIOS CAÍDO

LOS pandavas se pusieron en camino hacia los valles, despidiéndose de todos los rishis del ashram y sus alrededores. La partida de la gran montaña fue la parte más dura y se volvían una y otra vez para ver la gran montaña llamada Gandhamadana. Lomasa volvió a Amaravati después de desearles parabienes. Yudhisthira sintió mucho que se fuera, porque había sido muy feliz en su compañía y había aprendido mucho de él. Los pandavas cruzaron la famosa montaña Prasravana y llegaron a Kailasa, sintiendo como si se hubieran encontrado con un viejo amigo y luego fueron al ashram de Vrishaparva donde pasaron una estancia muy agradable.

Un día Bhima se había ido de caza, andando de aquí para allá, cuando de repente se encontró con una serpiente pitón de tamaño increíblemente grande. Él no había visto nunca algo parecido y antes de que se diera cuenta de que estaba en peligro, la serpiente le había atrapado. En el momento en que la pitón tocó su cuerpo, Bhima sintió que toda su fuerza le abandonaba y enroscándosele le tenía sujeto. Toda la inmensa fuerza de Bhima no le valió contra la presión atenazante de la serpiente y estaba sorprendido por aquel reptil.

Bhima dijo:

—¿Quién eres?, ¿qué tratas de hacer conmigo? Yo soy Bhima, el pandava, el hermano de Yudhisthira y he vencido a muchos leones, tigres y elefantes, matándoles sin esfuerzo. Pero tú me sorprendes, ¿qué fuerza especial tienes que puedes vencerme incluso a mí?

La pitón, sosteniéndole firmemente entre sus anillos, le dijo:

—Tengo hambre, ha sido una suerte que llegaras en el momento adecuado. En cuanto a mi identidad es una larga historia. Soy un gran rey que está aquí con esta forma en la tierra por una maldición, esperando la liberación. —La pitón se detuvo por un momento y luego continuó su historia:

El nombre del rey Nahusha debe haber llegado a tus oídos. Yo soy Nahusha. Una vez, borracho de poder, en mi arrogancia insulté al sabio Agastya y él me maldijo a estar en la tierra en la forma de una serpiente pitón. Me arrojó de los cielos y aquí he estado desde hace no sé cuánto tiempo, cumpliendo mi penitencia. El sabio Agastya me dijo: « Deberás permanecer en la tierra durante mucho tiempo. Un día el rey Yudhisthira, de

la raza lunar, será tu salvador.» He perdido la memoria y sólo recuerdo esto. El sabio dijo que este rey podría contestar todas mis preguntas sobre ética y que vendría cuando tuviera entre mis anillos al hombre más fuerte de la tierra. Quizá tú seas el hombre más fuerte de la tierra y el hermano de Yudhisthira. Quizás haya llegado el momento de mi liberación. Fíjate en mi destino, me complaces y, sin embargo, tengo que matarte aunque no quiero, tengo que hacerlo porque es parte de mí maldición.

Bhima fue tocado por las palabras de Nahusha. Estaba apenado por el monarca caído y le dijo:

—No estoy enfadado contigo en lo más mínimo, sólo siento tener que morir así. Hubiera deseado morir como un kshatrya y no como una bestia. No siento morir, pero siento dejar a mis hermanos cuando tanto me necesitan. Dependen de mí para ganar la guerra, una guerra que es inminente. Por supuesto está Arjuna, él es mi otro hermano y ahora es un maestro excepcional en todas las artes de guerra, habiendo conseguido todos los astras divinos de los dioses. No importa si muero, mi hermano todavía puede ser el señor del mundo. Mi Draupadi y mi madre me echarán de menos y mis hermanos que me quieren lamentarán mi muerte, siento dejarles a todos y morir, pero no le tengo miedo a la muerte. Sin embargo odio tener que morir antes de cumplir mi promesa a Draupadi de que rompería los muslos de Duryodhana y de que me bebería la sangre de Dussasana. No importa, no se puede vencer al destino.

Bhima estaba firmemente agarrado por los anillos de Nahusha y no podía moverse. Nahusha tampoco quería matarle, pero tenía que hacerlo. Estaba tratando de convencerse a sí mismo para hacer esta obra tan desagradable.

Yudhisthira vio algunos malos augurios y preguntó a todo el mundo dónde estaba Bhima. Draupadi le dijo que Bhima se había ido de caza y que había pasado mucho tiempo, Yudhisthira se preocupó y salió en su busca. Siguiendo sus pasos y viendo los arbustos y las ramas rotas, supo el camino que había tomado Bhima. Siguió andando y, de repente, vio a Bhima cogido en los anillos de la tremenda pitón. El corazón de Yudhisthira casi dejó de latir. Estaba horrorizado por la visión. Levantó su coraje decaído y se aproximó a los dos, preguntándole a Bhima:

—Hijo mío, ¿qué te ha ocurrido? ¿Cómo te has dejado atrapar así? ¿No has podido liberarte por ti mismo?

Bhima le contó todo y le dijo que su fuerza no valía de nada. Yudhisthira se dirigió a la serpiente y le dijo:

—Yo no sé quién eres, pero observando tu fuerza, veo que no puedes ser una serpiente ordinaria. Nadie ha podido oponerse a la fuerza de mi hermano. Yo soy su hermano mayor Yudhisthira; por favor, dime qué comida quieres. Te traeré lo que desees, pero, por favor, suelta a mi hermano, él me es muy querido.

Nahusha respondió:

—Yo soy Nahusha.

Yudhisthira se postró inmediatamente ante él. El nombre de su antepasado le era familiar. Era un habitante de la morada de Indra, su nombre era muy conocido en la tierra y ahora era una serpiente pitón. Yudhisthira no podía creer lo que escuchaban sus oídos. Nahusha le contó la maldición de Agastya y su promesa de que Yudhisthira le liberaría de la maldición, y le dijo:

—Mi única oportunidad de liberación es ahora. Tengo en mi poder la vida de tu hermano. Si respondes todas mis preguntas sobre ética, yo liberaré a tu Bhima y tú podrás liberarme de la maldición.

Era una situación extraña. Yudhisthira tenía que responder preguntas de ética, cuando la vida de su hermano estaba en juego.

—Que así sea —dijo Yudhisthira—. Trataré de contestar todas tus preguntas tan bien como pueda. —Rogó a su padre, el Dharma, para que diera claridad a su mente y le dijo: Estoy preparado para contestar tus preguntas.

Nahusha le hizo preguntas muy interesantes. La primera de ellas fue:

— ¿Cuál es la definición de un brahmín?

—Un brahmín —dijo Yudhisthira—, es alguien que tiene estas cualidades: sinceridad, generosidad, compasión, aversión por la crueldad y capacidad para hacer austeridades. Esta persona y nadie más es un brahmín.

Después Nahusha le preguntó:

—¿Cuál es el conocimiento supremo? Y Yudhisthira le contestó:

—Brahma; en él no hay miseria ni felicidad: ambas son iguales para el que le conoce. Por esto, cuando alguien alcanza el conocimiento supremo, nunca es infeliz.

Nahusha le hizo preguntas similares concernientes a la sociedad, a la división de las cuatro castas y otros puntos importantes de conducta y códigos de vida. Las respuestas eran agudas y certeras, pero también se podía ver la humildad. La extrema humildad de aquel hombre en la manera en que daba las respuestas. Yudhisthira nunca dijo: « Esta es la respuesta a tu pregunta. » Él decía: « En mi opinión, esta parece ser la respuesta más satisfactoria. » Uno sentía pedirle prestada una hoja al libro de este rey para aprender a dar opiniones de manera gentil y delicada, sin ofender al oyente. Era un gran arte el que había dominado Yudhisthira, el arte de la gentileza, el deseo de no herir a nadie, ni siquiera con sus palabras. Nahusha estaba complacido con aquel gran sabio y le dijo:

—Eres un gran hombre, eres más grande que todos los hombres sabios que me he encontrado hasta ahora. Me siento feliz de liberar a tu hermano. Después de haberte conocido ¿cómo podría matar a tu hermano?

Yudhisthira se sentía muy feliz al ver que Bhima estaba libre y estaba contento de haber encontrado a aquel rey sabio. Mientras estaban hablando, Yudhisthira casi se había olvidado de que la vida de Bhima estaba en juego. Las muchas preguntas del rey eran tan interesantes y fascinantes que Yudhisthira estaba disfrutando mucho. Ahora era Yudhisthira quien quería hacerle muchas preguntas al sabio Nahusha, a las que él respondió con agrado. El tiempo pasó rápidamente para ambos. Entonces apareció un carro en el cielo que se posó en tierra junto al lugar donde ellos se encontraban. El rey Nahusha rompió su piel de serpiente y tomó la forma majestuosa que tenía antes de la maldición. Subió al carro tras despedirse de los hermanos y, en pocos momentos, el carro se perdió de vista. Los dos hermanos, abrazándose, volvieron al ashram con sus mentes aún sobresaltadas por aquella extraña experiencia.

Los pandavas habían pasado casi un año en el ashram de Vrishaparva en las faldas de la montaña de Prasravana y reanudaron su viaje hacia los valles. Viajaban rápidamente y pronto llegaron al río Saraswati. Cruzaron el río y llegaron a Dwaitavana, su antigua morada. Fue allí donde Vyasa les visitó para pedirle a Yudhisthira que mandara a Arjuna al norte para realizar austeridades y agradar al Señor Sankara. Todo aquello parecía ahora muy lejano. Había pasado mucho tiempo, ya habían transcurrido once años del exilio. Sólo tenían que pasar un año más en el bosque y un año más disfrazados. Eran casi felices y parecían no pensar en nada más que en una cosa: la guerra que iba a ocurrir muy pronto entre los pandavas y los kurus. El rostro de Bhima se iba alegrando gradualmente, la nube se había disipado y tenía mejor aspecto. Así pasaba el tiempo para los pandavas.

Capítulo XVII
KRISHNA, NARADA, MARKANDEYA Y LOS PANDAVAS

LLEGÓ la estación de lluvias con un monzón muy fuerte, y estaban muy felices y emocionados de ver venir la época de las lluvias. El río Saraswati fluía con gran caudal, era un panorama muy agradable. Cuando acabó la estación, los pandavas dejaron Dwaitavana y se dirigieron al bosque de Kamyaka.

Krishna oyó que los pandavas habían llegado al Kamyaka. Hacía mucho tiempo que no les veía y quería ver a su querido amigo Arjuna que había vuelto de Amaravati, la ciudad de Indra. Krishna se fue con su querida esposa Satyabhama al bosque de Kamyaka para encontrarse con los pandavas. Los pandavas estaban muy contentos de volver a ver a Krishna y le rodearon mostrándole su afecto de mil maneras. Para ellos siempre que venía Krishna a visitarles era un acontecimiento maravilloso, tanto si era en Indraprastha como en Kamyaka. Él era para ellos como todas sus vidas juntas, y para Él, ellos eran su propia vida. Krishna abrazó a Arjuna una y otra vez y Satyabhama fue

recibida con mucha alegría por Draupadi. Ahora todos estaban contentos, con Krishna a su lado, ya no necesitaban nada más.

Krishna les habló de que todos estaban contentos por las hazañas de Arjuna y le dijo a Draupadi:

—Subhadra y su hijo Abhimanyu están muy bien. Abhimanyu es ahora un maestro del arco, es incluso más poderoso que su padre. Vuestros hijos están conmigo en Dwaraka. Dhrishtadyumna me los trajo para que les educara, los seis son grandes y fuertes y son el perfecto reflejo de sus padres. —Luego le dijo a Yudhisthira—: Yudhisthira, ya han pasado once años, ¿por qué deberías esperar otros dos? Nuestro ejército está listo. Dhrishtadyumna con su padre y sus hermanos están también preparados con su ejército. Los hermanos Kekaya están impacientes por conseguir tu permiso. Marchemos todos a Hastinapura y luchemos contra los hijos de Dhritarashtra. Les tomaremos por sorpresa si les atacamos ahora, ¿qué dices al respecto?

Yudhisthira le miró y sonriendo le contestó:

—Krishna, tú ya conoces mis sentimientos, no quiero apartarme del camino del Dharma. Aún tengo que pasar dos años más en el exilio. Sé que será duro, particularmente para mi Bhima, pero nada puede hacerse, tengo que cumplir con mi deber. No puedo aceptar tu sugerencia, debes perdonarme.

Krishna sonrió a Bhima y le dijo:

—Bhima, esperemos otros dos años, luego ya podremos descargar nuestra furia.

La conversación se desvió luego hacia otros temas y Krishna escuchó atentamente los relatos de sus muchas experiencias.

Entonces apareció el sabio Markandeya. Él era el favorito de todos porque era un buen narrador de historias. Se sentaron alrededor de él y Krishna le dijo:

—Cuéntanos alguna historia, o mejor cuéntanos muchas. Hace mucho tiempo que no oigo historias. Mi madre acostumbraba a contarme muchas cuando me iba a dormir y yo las escuchaba una tras otra, pero no me dormía. Soy muy aficionado a las historias del pasado, de cómo se creó el mundo y de cómo comenzó la vida, también me gustan mucho las historias de los grandes hombres y mujeres. Tú lo sabes todo de todo, mí señor, por favor cuéntanos, nos gusta oírte.

Justo en ese momento, también llegó Narada, todos se sentaron y escucharon a Markandeya, el cual les contó muchas cosas, historias que ilustraban la grandeza del conocimiento, del poder de las austeridades, de la encarnación de Vishnu como un pez en la época del gran diluvio; del Señor que tenía la forma de un niño pequeño durmiendo en la hoja del árbol Aswattha, de las características de los diferentes yugas, Krita, Treta, Dwapara y Kali. Les contó la historia de Dundhumara, de Kuvalaswa y del sabio Angirasa. Les habló del dios del fuego y de su amor con Swaha; de la guerra en

los altos cielos, de cómo Kumara, el hijo de Sankara, ganó la guerra para los devas. Las historias eran muchas, el narrador estaba muy inspirado y los oyentes muy abiertos y humildes...

El tiempo pasaba sin que ninguno lo advirtiera. Krishna se quedó algunos días con los pandavas y después volvió a Dwaraka.

Los días de paz de Duryodhana estaban llegando a su fin, él había pensado que trece años eran mucho tiempo, pero la mayor parte del exilio de los pandavas se había acabado, sólo quedaban dos años. Tenía que sentarse y pensar de qué manera podía alargar los trece años. Una vez un brahmín llegó a la corte de Dhritarashtra. El rey, como de costumbre, le preguntó por la suerte de los pandavas. El brahmín habló durante horas de las dificultades por las que estaban pasando, de la fuerza de Bhima, de cómo Arjuna ganó el Pasupata del Señor Sankara, y de cómo mató a los Kalakeyas y a los Nivatakavachas. Oyeron todo lo que no querían oír del estúpido brahmín. Después de que se fuera, el rey comenzó a lamentarse de la maldad y la injusticia con que había tratado a los pandavas. Por supuesto que a Duryodhana no le gustaron nada aquellas noticias. Es más, Duryodhana, Radheya y Sakuni trataron de convencer al rey de que ellos eran más poderosos que los pandavas.

Duryodhana, Dussasana, Sakuni y Radheya trataron de encontrar una forma de herir a los pandavas. Radheya, siempre deseoso de complacer a su amigo, le dijo:

—Amigo mío, ahora eres el señor del mundo, y tus enemigos vagan por el bosque como bestias salvajes. Tengo una idea para herirles. No hay nada peor en este mundo que ver a tu enemigo colmado de riquezas y gloria, eso es peor que la pérdida de la riqueza de un reino. Vayamos todos al bosque de Kamyaka y pasemos allí unos días como si fuera un viaje de placer. Iremos con todas nuestras mujeres y sirvientes. Viendo tu esplendor, los pandavas arderán de ira y celos, y viendo a tus mujeres, Draupadi se pondrá lívida de envidia. Vayamos a Kamyaka.

Duryodhana aprobó la sugerencia de Radheya y le dijo:

— Te aprecio mucho, Radheya, tus palabras agradan siempre a mis oídos. He oído hablar de las dificultades por las que están pasando los pandavas, pero me gustaría verlas con mis propios ojos. Quiero ver a Bhima y Arjuna vestidos con cortezas de árboles. Quiero ver a esa mujer que se rió de mí en Indraprastha. Quiero ver a Draupadi humillada y con los ojos llorosos, creo que tu idea es excelente. Ahora busquemos excusas para justificar nuestra expedición al bosque.

Radheya pasó la noche buscando un pretexto. A la mañana siguiente se dirigió a Duryodhana y le dijo:

—Ya sé lo que debemos hacer. Nuestro ganado está en las cercanías de Dwaitavana, vayamos con el pretexto de inspeccionar las vacas. El rey no objetará nada en contra de

ello. Una vez que obtengamos su permiso en la asamblea, le podremos decir más tarde la verdadera razón. Así cumpliremos nuestro deseo.

Sakuni, como de costumbre, aprobó el plan con entusiasmo. Juntos rieron a carcajadas y después de estrecharse las manos unos a otros, se dirigieron a la corte del rey con la inocua sugerencia del Ghoshayatra. El rey estaba en la corte y consiguieron su permiso. Más tarde le contaron la verdadera razón. Al rey no le gustó, porque pensaba que era demasiado arriesgado. Les dijo:

—Los pandavas os atacarán y se vengarán de vosotros. Ya habéis oído que Arjuna ha incrementado su poder. Vuestra idea es una locura y no me gusta; no vayáis allí.

Sakuni se rió de sus temores y le dijo;

—Ya sabes que Yudhisthira es muy justo y también lo son sus hermanos, no nos harán daño.

Finalmente, el rey les dejó irse aunque de mala gana.

Capítulo XVIII
UN GANDHARVA CAPTURA A DURYODHANA

Los kurus emprendieron su marcha hacia Dwaitavana. La vanguardia la formaban Radheya, Sakuni, Dussasana y Duryodhana, los cuales estaban muy contentos y entusiasmados. Les seguía un gran séquito; con ellos iban sus esposas y sus siervos.

Llegaron a un lago muy hermoso en Dwaitavana, acamparon allí y comenzaron la inspección de las vacas, la cual acabó muy pronto. El rey Duryodhana distribuyó regalos y riquezas entre los pastores, tras lo cual comenzaron a cazar en el bosque, tratando de pasar una grata jornada. Luego, por medio de los espías de Duryodhana se enteraron de que los pandavas habían abandonado el Kamyaka y habían ido a Dwaitavana. Entonces decidieron irse a nadar al lago, mientras los pandavas estaban en sus proximidades. Duryodhana fue al lago con todas sus mujeres.

El lago ya había sido ocupado por un gandharva que había ido allí con su comitiva. Los sirvientes de Duryodhana se lo comunicaron al rey, le contaron que el lago ya había sido ocupado por el gandharva. Duryodhana estaba muy molesto y mandó decir al gandharva que el rey de los kurus había llegado con sus reinas y que el lago tenía que ser desocupado. Los sirvientes llevaron las órdenes al gandharva, pero éste no les prestó la más mínima atención y riéndose les dijo:

—Decidle a ese estúpido rey vuestro que no tengo porqué obedecerle. Vuestro rey parece que piensa que los ciudadanos del cielo tienen que obedecer sus órdenes. En cuanto a vosotros, iros rápidamente de aquí si apreciáis vuestras vidas. Iros y decidle a vuestro rey lo que os he dicho.

Duryodhana se enojó mucho cuando le hablaron de la insolencia del gandharva. Reunió todas sus tropas y se dirigió al lago. Cuando el gandharva oyó que el rey de los kurus estaba marchando hacia el lago con la intención de luchar, dio órdenes a sus soldados de responder al ataque. El ejército de Duryodhana estaba asustado por el poder de los gandharvas, pero Radheya permanecía impertérrito, rehizo las filas y luchó contra ellos. El ejército de Duryodhana estaba en peligro de ser vencido. Duryodhana, Sakuni y Dussasana con el resto del ejército, se unieron a Radheya y lucharon contra los gandharvas. Viendo que su ejército estaba siendo vencido por Radheya y los otros, el jefe de los gandharvas se unió a la batalla, luchando fieramente. Los kurus no pudieron contener el asalto, pero Radheya todavía seguía luchando. Duryodhana y los otros también lucharon muy bien, pero pronto vieron que el gandharva era demasiado fuerte para ellos. Radheya ya no podía luchar más y tuvo que saltar del carro y huir corriendo, para su eterna vergüenza. A la vista de esto cundió el pánico entre las huestes de los kurus. Duryodhana, sin embargo, siguió luchando, sin dar la espalda al enemigo; perdió su carro pero siguió luchando en tierra y muy pronto fue vencido por el gandharva, que le cogió por los cabellos, le ató los brazos a las espaldas con cuerdas y se lo llevó en su carro. Dussasana y sus hermanos fueron atados también y se los llevaron junto con las mujeres, que también fueron capturadas por el gandharva.

El pánico se apoderó de la comitiva de Duryodhana, dispersándose en estampida. Los que quedaron, en su desesperación, fueron al ashram de Yudhisthira y le dijeron:

—Un gandharva se ha llevado a los hijos de Dhritarashtra y a sus esposas. Por favor, debes perseguirle y rescatar a nuestro rey. Oyendo estas palabras, Bhima dijo:

—Muy bien, me alegro de que así sea. Esto es un castigo por lo que hicieron. Al igual que ellos nos maltrataron, ahora alguien va a hacerles lo que nosotros deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Todavía quedan personas valientes en este mundo, que tienen el coraje de hacer cumplir la ley y castigar a los malvados. Ese hombre seguramente vino aquí para divertirse mirándonos vagar por el bosque y reírse de nosotros, y los que quieren el mal para otros lo reciben ellos. Me alegro de oír estas noticias.

A Yudhisthira no le gustó el que Bhima se alegrara por la fatalidad de Duryodhana y le dijo:

—Bhima, no apruebo tus palabras. Estos sirvientes de nuestro primo nos piden que les ayudemos. Somos primos, y entre primos no debería haber disputas y si las hay, el hecho sigue siendo que somos primos. Cierto es que son nuestros enemigos, pero aun así son nuestros hermanos de sangre. Entre nosotros puede que no seamos amigos, pero debemos permanecer unidos en contra de una tercera persona. Somos cinco contra cien, pero contra un enemigo común, somos ciento cinco. Estamos de acuerdo en que ellos han sido la causa de nuestro sufrimiento durante estos últimos años y que son malvados. Vinieron aquí para hacer alarde de sus riquezas delante de nosotros; lo sé.

Pero, mi querido Bhima, ahora piden nuestra ayuda. Las mujeres y otra gente inocente están siendo maltratados, y la reputación de nuestra familia está en juego. ¡Prepárate para luchar y llévate contigo a Arjuna, Nakula y Shadeva, ve inmediatamente!

Bhima estaba furioso y sus ojos se pusieron rojos de ira. Le dijo a Yudhisthira:

—¿Qué es lo que estás tratando de hacer, hermano?. Si tú puedes olvidar tan fácilmente lo que nos han hecho, yo no puedo. Están sufriendo por sus pecados. Esto es algo que nosotros deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Ahora alguien lo está haciendo por nosotros. Considero a este gandharva como nuestro benefactor, ahora es nuestro amigo. Por favor, no nos pidas que vayamos y rescatemos a esos odiosos primos de un destino que tan justamente merecen.

Desde lejos llegaban las voces de Duryodhana y de los otros pidiendo ayuda. El gentil y noble Yudhisthira no pudo contenerse y mirando con enfado a su hermano, le dijo:

—¿No te avergüenzas de ti mismo? Estás permitiendo que otro haga lo que tú has jurado hacer. Tienes que apresurarte y liberar a Duryodhana, ellos han venido a pedirnos ayuda. No nos corresponde a nosotros juzgar lo que nos han hecho y decidir si merecen este destino o no, no somos ni tú ni yo quien debe decidirlo. ¿No sabes que el principal deber de un kshatrya es proteger al oprimido? ¿No es ése el significado de la palabra? No debes vengarte de Duryodhana a través de los servicios de un tercer hombre, primero rescátale, Bhima. Luego, cuando llegue el momento, tú mismo harás lo que has estado deseando hacer. Si no vas inmediatamente con Arjuna, Nakula y Shadeva, iré yo. No permitiré que les ocurra esto a nuestros primos y a sus inocentes esposas. Ellos son malvados, no hay duda, pero eso no cuenta ahora. Debemos cumplir con nuestro deber. ¿Estás listo para ir? ¿o tengo que prepararme yo?

Oyendo esta apasionada reprimenda de su hermano, Bhima asintió, pues comprendía lo que su hermano quería decir. Bhima, avergonzado de sus palabras, dijo:

—Alguien está haciendo lo que nosotros deberíamos haber hecho, hermano. Te prometo ir inmediatamente y liberar a Duryodhana. Arjuna se le unió y dijo:

—Me encargaré de que el gandharva libere a Duryodhana; si no lo hace, la tierra se beberá la sangre de todos los gandharvas.

Los cuatro se dirigieron hacia la dirección en que se habían llevado a los kurus y vieron a soldados que les llevaban prisioneros. Los pandavas les dieron alcance y les pidieron amablemente que soltaran a los prisioneros, pero éstos no escucharon sus razones y les dijeron que su jefe les había ordenado que se llevaran a los prisioneros, y que tenían que obedecerle. Arjuna les dijo:

—Si no os atenéis a razones, tendré que dejar de ser amable con vosotros; no tengo otra opción, tendré que luchar contra vosotros.

Los cuatro comenzaron a disparar afiladas flechas sobre el ejército de los gandharvas. La lucha fue intensa ya que los gandharvas eran guerreros de gran valor. En cuanto a los pandavas, las palabras de Yudhisthira les habían hecho comprender que su deber inmediato era liberar a las mujeres de la escolta de Duryodhana, e incidentalmente a él también. Querían liberarle para poder luchar contra él más tarde. Yudhisthira les había tocado inteligentemente en un punto débil: su amor propio. Cuando vio el estado de su ejército, el jefe de los gandharvas fue al frente y comenzó a luchar. Luchó desde el cielo, lanzando gadas y flechas desde lo alto, pero Arjuna podía desenvolverse fácilmente en ese tipo de lucha. El gandharva bajó y se reveló a sí mismo. Arjuna se sorprendió cuando vio quién era, no era cualquier gandharva, era uno que él conocía muy bien, porque habían estado juntos muy a menudo. El gandharva era Chitrasena, el querido amigo y guru de Arjuna, que le enseñó a bailar y tocar música cuando Arjuna estuvo en la corte de Indra. Viéndole, Arjuna tiró su arco y corrió hacia él. Los dos amigos se abrazaron con cariño.

Los cinco se sentaron y pasaron algún tiempo hablando de los acontecimientos que habían ocurrido desde su último encuentro. Arjuna sonrió a Chitrasena y le dijo:

—¿Cómo ha sido esto amigo mío? ¿Por qué has capturado de este modo a nuestro Duryodhana y a su escolta? Chitrasena le contestó:

—Es una historia muy larga, escúchame atentamente. Tu Duryodhana, como tan cariñosamente le llamas, vino a Dwaitavana, no a inspeccionar las vacas, sino para veros sufrir. Vinieron a ver al noble Yudhisthira en el bosque, vestido con piel de ciervo y cortezas de árbol; vinieron a ver a Bhima delgado y enfermo por la vida del bosque, con su poderosa figura cubierta de harapos. Vinieron a ver a los hermosos hijos de Madri con aspecto de ascetas, con su brillante belleza completamente eclipsada por sus andrajos.

»Vinieron a ver sufrir a Draupadi para poder reírse de ella. Vinieron a verte a ti, Arjuna, pensando que serías extremadamente infeliz desde que volviste de la morada de tu padre. Indra, tu padre, supo sus intenciones y me dijo: "Baja a la tierra, lucha contra ese Duryodhana y captúralo. Arjuna y sus hermanos serán enviados por Yudhisthira para que le rescaten. Arjuna es tu amigo y discípulo, puedes contarle todo esto. Este rescate por parte de los pandavas enseñará una lección a Duryodhana. Será suficiente humillación para él como para que se sienta en deuda con los pandavas." Esta fue la orden de tu padre; en cuanto a estos pecadores, no os los daré a vosotros. Habéis sido mandados por Yudhisthira, le entregaré mis prisioneros a él. Dejadle que él haga con ellos lo que le plazca.»

Se fueron todos en grupo hacia donde estaba Yudhisthira, el cual, tras liberar a los cautivos, dijo:

—Mi querido Chitrasena, te estoy agradecido por esto. No quería que nuestros nombres quedasen marcados con el estigma de que permitimos que nuestros primos

fueran capturados por ti, después de haber solicitado nuestra ayuda. Esta gente puede ir a donde quiera, quedan libres de su cautiverio.

Chitrasena regresó a sus dominios. Yudhisthira miró a Duryodhana con nobleza y compasión, sin resentimiento ni odio alguno. Se dirigió a él diciéndole:

—Duryodhana, no vuelvas a hacer una estupidez como ésta. El rencor nunca trae la felicidad. Ahora regresa a tu reino, espero que te vaya bien.

Con la cabeza agachada y la mirada en el suelo, debido a la gran humillación que sentía, Duryodhana abandonó la presencia de Yudhisthira y se fue.

Capítulo XIX

DURYODHANA ABDICA Y DECIDE QUITARSE LA VIDA

DURYODHANA se dirigió hacia la ciudad con su ejército y cuando había recorrido parte del camino, se separó del ejército tras darles órdenes de que regresaran a Hastinapura. Él se dirigió a un lugar solitario y cansado de todo, se sentó en alguna parte, inmerso en los más tristes pensamientos, sin apreciar siquiera cómo pasaba el tiempo. Su rostro reflejaba tristeza, parecía la Luna eclipsada por Rahu. Ya no sabía cuánto tiempo había pasado, cuando de repente oyó la voz de Radheya detrás de él que le decía:

—Es una suerte que hayas podido derrotar al ejército del gandharva. Nunca pensé que nos volviéramos a encontrar, yo no pude hacer frente a la avalancha de flechas que se precipitó sobre mí. Luché todo lo que pude, pero él era demasiado poderoso y se valía de las tácticas de maya, por lo que tuve que abandonar el campo de batalla; no pude hacer nada. No hay nadie como tú, has hecho lo que yo no pude hacer y les has mandado de regreso a sus dominios; te felicito, mi señor.

El desafortunado Duryodhana no soportó oír ni una palabra más. De sus ojos brotaban lágrimas y hablaba furioso de dolor. Le dijo a su amigo:

—Veo que no sabes lo que ha sucedido, y que crees que derroté al ejército del gandharva. Pero ni yo, ni mi tío, ni mis hermanos pudimos hacerle frente, fue una completa derrota. —Duryodhana contó a Radheya todo lo ocurrido; le contó lo que Arjuna le dijo al gandharva: « Debes liberar a nuestro Duryodhana y a sus mujeres », luego continuó—: Este gandharva es un amigo de Arjuna. Su nombre es Chitrasena y conocía todos nuestros planes, les dijo el motivo por el que fuimos a Dwaitavana. Me sentí muy avergonzado. Parece que Indra mandó a este gandharva para castigarme. Cuando le oí contarles a los pandavas la razón por la que fuimos allí, me sentí tan avergonzado que pedí que la tierra se partiera en dos y me tragara. Luego nos llevaron a la presencia de Yudhisthira y dejaron en sus manos la decisión de qué debería hacerse con nosotros. Radheya, ¿conoces algo más humillante que esto? Estar allí, delante del hombre al que

tanto hemos agraviado. Permanecí atado de pies y manos con todos mis hermanos y todas nuestras mujeres. Y mi enemigo, mi enemigo a muerte me perdonó. Yo esperaba vencerlos en la guerra y si no, esperaba alcanzar el cielo que alcanzan los hombres que mueren en el campo de batalla. Eso hubiera sido glorioso para mí. Pero, Radheya, escucha lo peor, Yudhisthira me sonrió con gentileza, me sonrió con afecto y compasión y me dijo: « Duryodhana, no vuelvas a cometer una estupidez como ésta. El rencor nunca trae la felicidad; por favor, vuelve a tu reino y que te vaya bien. » ¿Has oído eso? Yudhisthira deseó mi bien. No tengo valor para vivir, después de este incidente. He tomado una decisión, no dejaré este lugar hasta que la vida abandone mi cuerpo. No comeré nada, ni beberé agua siquiera, he decidido matarme de este modo. Debes volver a Hastinapura con toda la comitiva, yo no volveré a esa ciudad.

»Todos estos días he estado caminando sobre las cabezas de mis enemigos, he bailado sobre sus pechos y ahora lo he arruinado todo por mi propia culpa. ¿Cómo puedo hablarles ahora? Estaba orgulloso, engreído y arrogante por mi fortuna y por mi reino, pero en mi estupidez y vanidad, he traído esta desgracia sobre mí mismo. Dejaré de comer y moriré en este mismo lugar, ésta es la única salida. ¿Cómo puedo vivir después de habérseme concedido la vida por amabilidad de mis enemigos? Me siento insultado en lo más profundo. Siempre he sido orgulloso y he guardado con celo mi honor. Ahora los pandavas se reirán de mí y no puedo soportarlo. Morir; ésta es la única salida que me queda.

Mientras tanto, había llegado Dussasana y el rey le dijo:

—Escúchame, Dussasana, ahora que me iré puedes ser el rey. Gobierna este país con la ayuda de Radheya y Sakuni, sé un rey en todo el significado de la palabra. Debes combinar la justicia con la misericordia cuando castigues. Aprenderás todo eso de tu tío Vidura, él es el mejor maestro. —Duryodhana se acercó a Radheya y lo abrazó emocionadamente diciéndole—: Había deseado compartir este reino contigo, pero eso es sólo un sueño; esto es lo real.

Dussasana cayó a sus pies, sus ojos estaban casi cegados por las lágrimas, cogió los dos pies de su hermano entre sus manos y sin soltarlos le dijo:

—¿Cómo se te puede ocurrir eso, hermano mío? ¿Por qué deberías morir? ¿Qué es eso que me pides que haga? Aunque el cielo caiga sobre la tierra o el Sol se salga de su lugar, yo no gobernaré el reino como tú me pides, nunca dejaré que esto ocurra. ¿Que tú tengas que morir para que yo sea el rey? Mi señor, ¿es ése el amor que me tienes? El lazo que une a los pandavas es el mismo que hay entre nosotros como hermanos. Dependemos de ti. Tú significas todo para nosotros. Ninguno de nosotros podría vivir si tú nos abandonaras. Por favor, no nos hagas eso. Por favor, cálmate y olvida este incidente.

Luego lloró desesperadamente, como un niño pequeño; su dolor era inmenso.

Radheya dijo:

—Mi señor, no hay nada de lo que lamentarse, lo que hicimos fue una travesura de niños que no resultó como esperábamos, pero debemos olvidarla. Los pandavas son nobles, eso lo sabemos de siempre, hicieron lo que hicieron porque el deber de un kshatrya es ayudar al oprimido. Ha sido un infortunio, pero deberías ser más firme. No deberías dejarte afectar tanto por ello, ni tampoco deberías herirnos tomando una resolución tan drástica. Por favor, olvida esa idea y vuelve con nosotros a Hastinapura, ninguno de nosotros podría vivir si sucediera tal calamidad. ¿Hay algo que valga la pena en este mundo después de que se muera el gran Duryodhana? No hay nada. Así que, por favor, regresa a tu reino y gobiérnanos a todos con amor y justicia. No podemos estar sin ti, debes hacerme caso y regresar a la ciudad con nosotros. Si no lo haces, ¿crees que yo volveré? Me sentaré a tus pies. Viviré sólo mientras tú vivas, ni un momento más.

Mientras tanto había llegado Sakuni y estaba observando a Duryodhana con una sonrisa traviesa. Dirigiéndose a él, le dijo:

—Ya has oído todo lo que dijeron Radheya y Dussasana. No es correcto que debas darle tanta importancia a un acontecimiento tan trivial. El matarse a uno mismo no es algo propio de un kshatrya. Estás tirando toda la riqueza del reino que gané para ti. Tu dolor no es de hombres y muestras una actitud fuera de razón. No estropees la gracia del gesto de los nobles pandavas con tu dolor. Si estás convencido de que tus acciones hasta ahora han sido malvadas por haber sido dirigidas contra tus nobles primos, puedes pagarles su nobleza con un acto incluso más noble. Dices que has perdido tu reputación. Bien, pues en un momento puedes recuperarla de nuevo, devolviéndoles su reino a los hijos de Kunti. Los tres mundos resonarán alabándote a ti y a tu grandeza. Hazte amigo de los pandavas. Yudhisthira te trató como a un hermano, tú también puedes hacer lo mismo. ¿Por qué no lo haces? Eso al menos sería una buena acción, pero por el contrario estás actuando como un niño travieso que ha sido reñido. No seas tonto, puedes matar a tus enemigos sólo si estás vivo; olvídate de esa idea absurda.

Duryodhana no se dejó persuadir por ninguno de ellos e hizo que todos le dejaran solo. Esparció hierba Kusa en la tierra y se sentó sobre ella, intentando meditar. Toda su comitiva se retiró a cierta distancia de él y acampó allí. Duryodhana pasó la noche sobre la hierba Kusa. Mientras estaba solo, sintió que estaba en trance. Quizá le habló su genio del mal. Su penitencia estaba acabando y sintió como si alguien le dijera:

«Gobernarás la tierra; ¿para qué morir? Tienes a Radheya, Dussasana, Bhishma, Drona y Aswatthama para que luchen por ti. Tienes muchos amigos para que te ayuden, ¿por qué deberías tener miedo de los pandavas y su nobleza? Les puedes matar fácilmente a todos.

Capítulo XX

EL RAJASUYA DE DURYODHANA

RADHEYA, a la mañana siguiente se dirigió de nuevo a Duryodhana, le pidió que abandonara la idea de cometer suicidio y le dijo:

—No creas que por este gesto los pandavas te han perdonado todos los sufrimientos que han tenido que soportar por tu culpa. ¡No!, se acuerdan de todo. Pero no debes preocuparte por el futuro, yo mataré a Arjuna y tú matarás a Bhima. En cuanto a los otros tres, cualquiera puede matarlos. Ven, mi señor, levántate, ha amanecido un nuevo día y tengo una nueva esperanza en mi corazón, la esperanza de que no rechazarás mi súplica.

Las palabras de Radheya y la experiencia del sueño nocturno, dieron nueva vida a Duryodhana, levantándose con una sonrisa. Cogió las manos de Radheya entre las suyas y le dijo:

—Tienes razón, Radheya, me has hecho ver que iba a cometer una tontería suicidándome; no lo haré. Viviré para luchar contra los pandavas que son mis enemigos, no mis hermanos. Les mataré y gobernaré este mundo, o moriré y alcanzaré el cielo; estoy decidido a hacerlo.

Luego volvieron todos a Hastinapura con alegría en sus corazones.

El ejército de los kurus volvió a la ciudad; las noticias precedieron su llegada y todo el mundo sabía lo que había ocurrido en el bosque. En la reunión de la asamblea, Bhishma trató de hablar sobre ello con el terco Duryodhana, diciéndole:

—Mira lo que ocurrió en el bosque, no pudiste luchar con el gandharva, ni tampoco tu querido Radheya en el que descansan tus esperanzas. Los pandavas son buenos y nobles y, además, son mucho mejores guerreros que tú y tus amigos, ¿por qué no hablas con ellos y establecéis la paz? Eso sería el final más apropiado para este vergonzoso episodio.

Duryodhana comenzó a reírse a carcajadas y salió de la asamblea. Bhishma se disgustó con todo el grupo y se fue a su palacio. Después Duryodhana le dijo a Radheya:

—Desde que vi el Rajasuya de Yudhisthira también yo he querido realizar otro; con tu ayuda, estoy seguro que podré hacerlo. Radheya le contestó:

—Por supuesto, vete haciendo los preparativos y, mientras tanto, yo iré a conquistar a los reyes que se atrevan a desafiarte. Duryodhana mandó llamar a los sacerdotes y les dijo:

—Quiero realizar el Rajasuya, por favor, haced los preparativos. Estos le dijeron:

—No es propio que lo hagas mientras estén vivos Yudhisthira y tu padre, pero si insistes, entonces se hará. Debes fijar el lugar, debes ararlo con tus propias manos y hacer

los arreglos para la construcción de la sala. También debes conquistar a los reyes que quieran desafiarte antes de realizar el Rajasuya.

Duryodhana accedió a todas las condiciones que se le impusieron.

Radheya partió a sus conquistas y el resto de los preparativos marchaban a una gran velocidad para tener todo listo antes de que volviera. Todo estaba a punto cuando se mandaron mensajeros a todos los reyes invitándoles al Rajasuya que iba a realizar Duryodhana, el rey de los kurus. Dussasana mandó un mensajero a Dwaitavana con el siguiente mensaje:

—Ve a los pandavas e invítales a todos a la función. El sirviente se dirigió a los pandavas y les dijo:

—Duryodhana, el rey de los kurus, va a realizar el Rajasuya y todo el mundo ha sido invitado para que asista. Dhritarashtra y su hijo me han enviado para que os invite a todos a Hastinapura.

Yudhisthira le escuchó y le dijo:

—Me siento muy feliz de que Duryodhana pueda realizar el Rajasuya y hubiéramos aceptado la invitación si estuviéramos libres de hacerlo, pero no podemos entrar en la ciudad de Hastinapura hasta que hayan pasado los trece años.

Bhima dijo:

—Cuando acaben los trece años, entraremos en la ciudad y entonces haremos un yajna, en el que tu rey y sus malvados secuaces serán las víctimas del sacrificio. Puedes llevarle este mensaje al rey.

El mensajero regresó y les contó lo sucedido en Dwaitavana.

Duryodhana realizó el Rajasuya con gran pompa y esplendor, contando con la asistencia de muchos reyes. Muchos de ellos eran los amigos de los kurus y los otros habían sido conquistados en la campaña por Radheya. Había mucha alegría en el corazón de todos y Dhritarashtra se sentía feliz de que su hijo hubiera realizado el Rajasuya. Algunos lo compararon con el Rajasuya de Yudhisthira y dijeron: « Este no es tan maravilloso como el Rajasuya de Indraprastha, su grandeza no es ni una fracción de aquel. El Rajasuya de Yudhisthira fue más impresionante. » Pero, en general, los comentarios fueron de que era un gran acto y eso era lo que le decían al rey Dhritarashtra y a Duryodhana.

Cuando todo había acabado, Duryodhana, saludando con todo respeto a sus mayores, se retiró y volvió a la sala del consejo. Abrazó a Radheya y le dijo:

—Radheya, gracias a ti he podido realizar el Rajasuya, también con tu ayuda podré liberar al mundo de los pandavas y gobernar este mundo sin ningún rival.

Radheya le dijo:

—Ya te lo he dicho muchas veces, mi señor, pero lo repetiré una vez más para complacerte. Te juro que mataré a Arjuna en la guerra: que pierda el afecto de tu corazón

si no cumplo lo que te he dicho. Juro que no me lavaré los pies, que no comeré carne, ni beberé vino, hasta que se cumpla mi juramento.

Duryodhana estaba inmensamente complacido con la devoción de Radheya y le dijo:

—Siendo el gran Radheya mi refugio, ¿por qué debería preocuparme del futuro? Es como si los pandavas estuvieran ya muertos.

Capítulo XXI

JAYADRATHA RAPTA A DRAUPADI

ERA el último año del exilio de los pandavas. Ahora acababan de cumplirse once años y éste era el año más difícil para ellos. Yudhisthira era el más infeliz de todos, se lamentaba por sus hermanos y por Draupadi, quienes tuvieron que sufrir todo esto por su necedad. Pasaba las noches sin dormir pensando en todas estas cosas. Parecía como si tuviera alojada una flecha en su corazón, hiriéndole sin matarle. Recordó cada palabra que se dijo en Hastinapura en aquel día inolvidable.

Los demás, viendo el sufrimiento de su hermano, no decían palabra alguna. Les conmovía verle tan infeliz. Desde Hastinapura vinieron espías y le contaron el juramento de Radheya. Yudhisthira estaba muy perturbado por las noticias. Desde el día del torneo en que Radheya apareció como un cometa en el cielo, Yudhisthira no supo lo que era la paz. Conocía la grandeza de Radheya y su mente agonizaba pensando que había muchas probabilidades de que cumpliera su juramento. Conocía a Arjuna y su grandeza, pero aún así, Radheya era muy superior a Arjuna, y Yudhisthira era muy consciente de ello. Su intranquilidad crecía día a día, les dijo a sus hermanos que estaba cansado de Dwaitavana y que debían pasar el año que les quedaba en el bosque de Kamyaka. A todos les pareció bien, dejaron Dwaitavana y con todos sus acompañantes, se dirigieron al Kamyaka.

Un día, los cinco hermanos se habían ido de caza y habían dejado en el ashram a Draupadi con Dhaumya. Cuando estaban lejos, Jayadratha, el rey de Sindhu, pasó por el ashram. Iba de camino hacia el reino de Salva y por casualidad vio a Draupadi de pie en la puerta. No sabía quién era, sólo sabía que era una mujer hermosa que hacía brillar el oscuro bosque con su belleza, como la luz que ilumina el cielo azul cuando acaba la noche. Y le dijo a su amigo:

—Quiero esa mujer, ve y averigua quién es. El amigo hizo como se le indicó y volvió hacia Jayadratha sonriéndole compasivamente y le dijo:

—Lo siento mucho, amigo mío, es peligroso tocarla. Es la esposa de los terribles pandavas. Lo más inteligente seria abandonar toda esperanza y seguir hacia el reino de Salva. Vayámonos inmediatamente.

Pero Jayadratha no hizo caso del consejo de su amigo. Fue al ashram y se anunció a sí mismo como Jayadratha y preguntó cómo estaban los pandavas. Draupadi le dijo:

—Me alegra verte. Si tomas asiento y esperas unos minutos te encontrarás con ellos. Se han ido de caza, por favor espera.

Jayadratha comenzó a declararle su amor. Le dijo que se había enamorado de ella y le pidió que se fuera con él, dejando a aquellos maridos inútiles que no podían darle la comodidad que le correspondía. Draupadi se horrorizó de oírle hablar así. Era terrible que su hermano político, el marido de la pequeña Dussala, le hablara así. Esto era algo que ella no podía comprender, por lo que enfurecida comenzó a reprocharle su actitud. Pero esto sólo logró avivar más su deseo. Finalmente, la levantó y se la llevó a su carro por la fuerza. Dhaumya no pudo hacer nada en contra del formidable ejército de Jayadratha. Oyendo resonar en sus oídos los gritos de la pobre Draupadi, el brahmín tuvo que quedarse quieto y esperar la vuelta de los pandavas.

Los malos augurios previnieron a Yudhisthira de que les esperaba algo desagradable. Los pandavas volvieron al ashram a toda prisa. Su guru Dhaumya les dijo que Jayadratha se había llevado a Draupadi y los cinco salieron en su persecución y le desafiaron. Él no pensó que volverían tan pronto de la caza. Hubo una lucha con el ejército de Jayadratha. El ejército se deshizo frente a la furia de los pandavas. El rey de los Sindhus fue fácilmente vencido. De hecho, Jayadratha dejando a Draupadi en el carro, saltó a tierra y corrió huyendo de la presencia de los pandavas.

Shadeva fue hacia el carro, soltó las cuerdas que ataban a Draupadi y la bajó de él. Bhima seguía lanzando flecha tras flecha a todos los soldados. Arjuna le previno diciéndole:

—Bhima, no prosigas esta matanza, el causante de todo esto ha huido de la lucha. ¿Qué sentido tiene matar a los soldados, que después de todo sólo están haciendo lo que les ha ordenado su jefe? Detente, hacer esto no es correcto.

Bhima le dijo a Yudhisthira:

—Mi querido hermano, por favor, llévate a nuestra reina al ashram, llévate también a Dhaumya, Nakula y Shadeva, yo no me moveré de aquí hasta que mate a ese estúpido que se atrevió a poner sus manos sobre Draupadi. Mataré a todo el que se atreva a hacer algo así.

Yudhisthira le dijo:

—Escúchame, Bhima, no te dejaré que le mates, te lo prohíbo. Jayadratha es hijo político de nuestra familia. Debe perdonársele al menos por el bien de nuestra madre Gandhari y de nuestra hermana pequeña Dussala.

Bhima y Arjuna siguieron al rey que huía, insultándole con palabras crueles. No pudiendo soportarlo, el pobre fugitivo tuvo que volver y luchar. Los hermanos le

vencieron fácilmente. Bhima, no satisfecho con eso, corrió hacia él y le agarró del pelo, le arrojó al suelo y le pateó la cabeza. Jayadratha perdió la conciencia. Arjuna con gran dificultad separó a Bhima del cuerpo inconsciente del rey. Bhima le desfiguró, cortándole el pelo de una forma grotesca y luego, observando que había vuelto en sí, le dijo:

—Tú, miserable gusano, ¿te sorprende estar todavía vivo? Si se te ha dejado vivir no ha sido por mí, yo te hubiera matado. Se lo debes a mi hermano Yudhisthira, que quiere mucho a tu madre Gandhari, y a Arjuna, que no le gusta rematar a un enemigo caído. Yo no hubiera dudado en matarte. Te llevaré ante mi hermano y que él haga lo que quiera contigo.

Los dos hermanos llevaron al prisionero al ashram. Yudhisthira sintió pena de Jayadratha y pidió a Bhima que le soltara. Jayadratha se fue con la cabeza baja, pues había sido amargamente insultado por los pandavas, lo cual se convirtió en una obsesión para él. No quería volver a su reino. Allí, en las orillas del río Ganges, Jayadratha practicó austeridades. Quería agradar a Sankara. Y allí permaneció durante muchos días.

Sankara, complacido con sus penitencias, se le apareció y le preguntó qué quería. Jayadratha le dijo:

—Quiero derrotar a los pandavas en la guerra.

Sankara le contestó:

—Eso no puede ser. Me es imposible concederte ese don. Los pandavas no pueden ser vencidos, ni pueden morir, ni siquiera aunque yo luchara contra ellos. Son invencibles, porque están protegidos por Krishna, la encarnación del mismo Señor Vishnu. Sin embargo, si te encuentras con los pandavas sin Arjuna y Krishna, por esa vez, te doy el poder de vencerlos. No te puedo garantizar más que eso.

Jayadratha estaba feliz por esta oportunidad.

Pocos días después del incidente de Jayadratha, el sabio Markandeya fue al bosque de Kamyaka para encontrarse con los pandavas, fue un gran alivio para el lastimado corazón de Yudhisthira, consolándolo con sus historias y consejos. Una vez le dijo que no era el único rey desafortunado. Ya le había contado la historia de Nala, el rey de Nishada y ahora le contó la historia del Ramayana y la historia de Savitri que pudo burlar a Yama, el dios de la muerte, por su inteligencia y por la devoción de su esposo. Markandeya estaba lleno de sabiduría y sabía cuan infeliz era Yudhisthira; ayudó a soportar el último año de su exilio al pobre y desafortunado Yudhisthira, el cual padecía continuamente consumiéndose en el fuego de su autoreproche.

Para los pandavas el último año del exilio les pareció más largo que todos los otros once juntos. Este tiempo de espera fue insoportable. Un año y unos meses más y luego podrían matar a los hijos de Dhritarashtra y al odioso Radheya. La preocupación de Yudhisthira por Radheya crecía día a día. Pasaba las noches sin dormir, pensando

en Radheya, el cual le habló tan cruelmente a Draupadi el día del juego de dados. Yudhisthira estaba incluso más impaciente que los otros, su cuerpo ardía día y noche como si tuviera fiebre. Les había estado pidiendo a Bhima y Draupadi que tuvieran paciencia durante todos estos años, mientras ellos le acusaban de no tener reparos por su infelicidad, y que era un extraño kshatrya; demasiado compasivo y paciente. Pero no sabían, ni nunca pudieron suponer lo difícil que le era controlar sus sentimientos y seguir el rígido código que se había impuesto a sí mismo; el camino del Dharma. Este camino no era fácil en absoluto, era la cosa más difícil de seguir. La severa restricción que Yudhisthira se impuso a sí mismo estaba tratando de romper sus ataduras; sufría y además en silencio. No permitía que nadie viera su dolor y su infelicidad.

Así pasaron los últimos meses de su exilio. Su agitación creció tanto que de nuevo quiso un cambio, así que de nuevo volvió con los otros al agradable bosque de Dwaitavana.

Capítulo XXII

EL LAGO DE LA MUERTE

UNA vez, mientras los pandavas vivían en Dwaitavana, cuando sólo les quedaban unos pocos meses de estancia, llegó un brahmín, apelando a Yudhisthira. Le dijo que había entrado un ciervo en su choza y se había llevado el Arani, que eran los palos que usaba para encender fuego. El ritual diario era frotarlos y de esta forma hacer que el fuego prendiera; ninguna casa debía quedarse sin él, ya que el fuego que brotaba de esos palos tenía que ser adorado cada día. El brahmín estaba frenético y preocupado por esta calamidad y pidió a los cinco hermanos que siguieran al ciervo y rescataran los palos de los cuernos del ciervo, en los que se habían atascado. Los pandavas salieron inmediatamente en persecución del ciervo, lo siguieron hasta muy lejos, pero, de pronto, desapareció de su vista. No sabían qué hacer y Yudhisthira se sentía contrariado porque no podía complacer al brahmín. Deprimidos y fatigados, con hambre y sed, se sentaron bajo la sombra de un gran árbol. Todos se sentían muy tristes. Sentados bajo la sombra de una higuera trataron de encontrar la razón de aquella calamidad; ya que para ellos era una calamidad no poder satisfacer a un brahmín. Nakula dijo:

—Mi señor, en nuestra raza nunca nos hemos apartado del camino del Dharma, entonces ¿por qué nos ha sucedido esto? Yudhisthira dijo:

—Mi querido hijo, ¿no sabes que cuando las calamidades caen sobre alguien siempre vienen en tropel y nunca una a una? Lo único que se puede hacer es soportarlas. No nos corresponde a nosotros buscar los motivos que hay detrás de estos acontecimientos. Nos vienen y tenemos que soportarlos.

Bhima dijo:

—Mi señor, yo sé por qué nos ha ocurrido esto. Si hubiera matado al pecador Dussasana cuando arrastró a Draupadi a la corte, esto no hubiera ocurrido. Fue un pecado dejarle vivir. Esta es la causa por la cual tenemos que enfrentarnos a esta desgracia.

Arjuna dijo:

—No debería haber tenido paciencia ese día, cuando Radheya insultó a Draupadi, ése es el pecado que he cometido. Sus palabras me penetraron hasta la médula de los huesos y, sin embargo, no le maté. Eso es por lo que nos ha sobrevenido esta calamidad.

Y Shadeva dijo:

—Si hubiera matado a Sakuni el día que jugó contigo a los dados, esto no nos hubiera ocurrido nunca.

Yudhisthira les sonrió a todos y les dijo:

—Este no es el momento de volver atrás y pensar en los « si hubiera hecho... » Nuestra preocupación inmediata es cómo saciar esta horrible sed que nos ha estado asediando desde hace un rato. Nakula, trepa a un árbol y mira alrededor. Mira si puedes encontrar un lugar con agua en los alrededores, estamos casi muriéndonos de sed.

Nakula hizo lo que se le había dicho y dijo:

—Puedo ver un lago cerca de aquí.

Todos se pusieron contentos de oírle decir eso y Yudhisthira le dijo:

—Hijo mío, ve rápidamente y tráenos agua para todos. Nakula se apresuró por llegar al lago y cuando llegó, las aguas parecían tan frescas y tentadoras, que se acercó para beberlas. De pronto, oyó una voz que le dijo: « No debes beber las aguas de este lago sin antes haberme contestado algunas preguntas. No puedes beber ni llevártela si no respondes a mis preguntas. » Nakula no prestó atención a aquella voz que no sabía de dónde venía, pues estaba muy sediento. Se abalanzó hacia la orilla del lago y bebió el agua fresca con ansiedad, pero inmediatamente cayó muerto.

Los otros le esperaron durante mucho tiempo, pero como Nakula no volvía Yudhisthira mandó a Shadeva en su busca. Shadeva llegó al lago y vio el cuerpo de su hermano muerto en el suelo. Se quedó atónito al verle. Pero su sed era tan grande que corrió hacia el agua como lo había hecho Nakula. Oyó la misma voz dándole la misma advertencia, pero hizo lo mismo que su hermano; no prestó atención a lo que se le decía y bebió el agua sufriendo el mismo destino que Nakula. Luego Yudhisthira mandó a Arjuna y tras él a Bhima, pero ninguno de ellos volvió.

Intrigado y receloso, Yudhisthira se dirigió hacia el lago. Llegó enseguida y se detuvo horrorizado ante lo que vieron sus ojos. Allí estaban todos sus hermanos muertos. Yudhisthira se quedó estupefacto y se decía para sí: « ¿Cómo ha ocurrido esto? Aquí no hay señales de lucha, no me puedo creer que hayan muerto sin defender sus vidas. Aquí

hay algo raro, ¿qué puede haber causado esto? » Sobrecogido por el dolor, Yudhisthira permaneció mirando los cuerpos muertos de sus queridos hermanos. Sus rodillas no pudieron sostenerle y se desplomó. No estaba llorando, la calamidad era demasiado grande para llorar como comúnmente se llora. Sosteniendo su cabeza entre las dos manos se sentó como una figura esculpida en piedra y, hablándose a sí mismo, dijo:

« Ahora nuestros queridos primos estarán felices, el sueño de Duryodhana se ha realizado y Sakuni ha logrado lo que quería. Quizás han mandado algunos espías para matar a mis hermanos sin avisarles. ¿Cómo podré explicarles esto a mi madre y a Draupadi? Los cuatro han sufrido todos estos años por mi culpa y ahora, cuando se acercaba la libertad, mis hermanos han sido asesinados. ¿Cómo podré vivir solo sin ellos en este mundo? ¿Cómo es que me han perdonado a mí y no a ellos? ¿Qué clase de muerte rápida les ha abatido? ¿Por qué no me ha llegado a mí todavía? » Un flujo incesante de pensamientos acosaba la mente del pobre Yudhisthira, que casi enloquecía de dolor. Sus ojos errantes se posaron sobre las frescas aguas del lago y su sed regresó, tenía la garganta abrasada y seca. Caminó hacia la orilla del lago dispuesto a beber las aguas; cuando fue detenido por una extraña voz. Se le dijo que no debería beber antes de contestar algunas preguntas.

Yudhisthira se detuvo antes de beber y miró alrededor para localizar el origen de la voz. La voz dijo:

—Vi a tus hermanos venir aquí uno a uno y les dije que no bebieran, pero no me escucharon, bebieron y murieron. Yo soy el yaksha, propietario de este lago.

La voz de Yudhisthira sonaba de forma diferente ahogada por las lágrimas contenidas cuando le dijo:

—¿Qué yaksha eres tú? ¿Eres uno de los Rudras? ¿Eres un jefe de los Maruts? ¿Quién eres que pudiste derribar de un solo golpe estas masas de fuerza? Mis hermanos son invencibles. Nadie, ni siquiera un dios, puede matar a ninguno de ellos, pero tú has matado a los cuatro, sin que ni siquiera se les permitiera defender sus vidas. Mi señor, estoy aterrorizado y admirado de ti. Tengo curiosidad por conocer la identidad del que pudo hacerles esto a mis hermanos, me asombra tu poder. Por favor, revélate ante mí, quiero verte.

El yaksha apareció ante Yudhisthira, su apariencia era verdaderamente horrenda.

Yudhisthira se inclinó ante el yaksha por su poder y le dijo:

—Me honra que te presentes ante mí, es una gracia por tu parte que me hayas concedido mi petición. Te lo agradezco mucho. El yaksha le dijo:

—Tus hermanos no quisieron escucharme y a ti también te lo digo, este lago me pertenece. No se te permite beber este agua a no ser que me respondas ciertas preguntas.

Yudhisthira le dijo:

—Mi señor, no te insultaré desoyendo tus palabras, dices que este lago te pertenece. En ese caso no tengo ningún derecho en absoluto de tocarlo, a no ser que tú me lo permitas. Aceptaré tus condiciones, puedes hacerme preguntas y yo trataré de encontrar las respuestas. Trataré de complacerte.

Capítulo XXIII

YUDHISTHIRA SE ENCUENTRA CON DHARMA

El yaksha dijo:

—Tu hermano Arjuna trató de luchar por su vida, intentando matarme con sus flechas. Invocó a todos los divinos astras que tenía a sus órdenes y los dirigió contra mí. Pero no pudo hacerme nada. Le pedí que respondiera a mis preguntas, pero él rehusó, bebió el agua y murió. Me agrada tu humildad, te pediré que contestes algunas preguntas sobre ética.

—Que así sea —dijo Yudhisthira, y comenzaron las preguntas y respuestas.

—¿Qué hace que salga el Sol?

—Brahma hace que salga el Sol.

—¿Quiénes son los compañeros del Sol?

—Sus compañeros son los dioses.

—¿Quién hace que el Sol se ponga?

—El Dharma hace que el Sol se ponga.

—¿En quién está establecido el Sol?

—El Sol está establecido en la Verdad.

—¿Qué le hace a alguien sabio?

—El estudio de los Srutis le hace a uno sabio.

—¿Cómo alcanza un hombre grandeza?

—Las austeridades ascéticas ayudan al hombre a alcanzar la grandeza.

—¿Cómo es posible que un hombre tenga siempre un compañero?

—La firme inteligencia sirve al hombre como un compañero.

—La inteligencia de la que hablas, ¿cómo se obtiene?

—Servir a los ancianos le hace a uno rico en sabiduría.

—¿Cómo es que los brahmanes se hallan en el rango de seres divinos? ¿Por qué?

—Se les considera divinos porque estudian los Vedas.

—¿Qué es lo que les hace ser virtuosos?

—Su ascetismo les hace comportarse como lo hacen y así se vuelven virtuosos.

—Si los brahmanes tienen el rango de seres divinos, entonces ¿cómo es que son distintos de los seres divinos?

—Los brahmanes son mortales, y los seres divinos no. Esta limitación que les impone la muerte es lo que les hace que no sean tan divinos.

—¿Y dónde reside la divinidad de los kshatryas?

—Reside en sus flechas y en sus armas.

—¿Qué es lo que les hace virtuosos?

—Los kshatryas realizan sacrificios y eso les hace virtuosos.

—El sometimiento a la muerte hace que los brahmanes sean menos divinos, ¿qué dirías en el caso de los kshatryas?

—En su caso es el dejarse dominar por el miedo.

—Háblame de los sacrificios. ¿Qué se entiende por Sama en un sacrificio? ¿y por Yajus? Hay algo que es el refugio de sacrificio, ¿qué es? ¿Qué es esencial para un sacrificio?

—La vida es el Sama y la mente es el Yajus. Y Rik es el refugio del sacrificio y lo esencial en él.

—Hay una persona que disfruta de los objetos de los sentidos. Es inteligente. El mundo la estima y es muy popular y, sin embargo, aunque este hombre respira, se dice que no vive, ¿por qué?

—Un hombre, aunque respira, no se le considera como vivo si no ofrece nada a los dioses, ni a los huéspedes, ni a los sirvientes, ni a los Pithris.

—¿Qué es más pesado que la misma tierra?

—La madre tiene más peso que la tierra.

—¿Qué es más alto que los cielos?

—El padre.

—¿Qué es más rápido que el viento?

—La mente es más rápida que el viento.

—¿Qué es más numeroso que la hierba?

—Los pensamientos que aparecen en la mente de un hombre son más numerosos.

—¿Cuál es el más alto refugio de la virtud?

—La liberalidad es el más alto refugio de la virtud.

—¿De la fama?

—El regalo es el más alto refugio de la fama.

—¿Del cielo?

—La Verdad es el más alto refugio del cielo.

—¿De la felicidad?

—La buena conducta es el más alto refugio de la felicidad.

—¿Qué es el alma de un hombre?

—Su hijo.

—¿Cuál es el amigo que los dioses garantizan al hombre?

—La esposa es el amigo que los dioses otorgan al hombre.

—¿Cuál es su principal apoyo?

—Las nubes.

—¿Cuál es su principal refugio?

—El regalo.

—¿Cuál es la cosa que merece mayor alabanza?

—La habilidad.

—¿Cuál es la más valiosa de todas las posesiones?

—El conocimiento.

—¿Cuál es la mejor de las ganancias?

—La salud.

—¿Cuál es el mejor tipo de felicidad?

—La autosatisfacción.

—¿Cuál es el más alto deber de este mundo?

—Abstenerse de injuriar es el más alto de todos los deberes.

—¿Qué es aquello que una vez controlado, nunca te lleva a arrepentirte?

—La mente. Si se controla nunca conduce a arrepentimiento.

—¿Renunciando a qué se vuelve uno agradable?

—Cuando se renuncia al orgullo se vuelve uno agradable.

—¿Renunciando a qué se vuelve uno rico?

—Cuando se renuncia al deseo se vuelve uno rico.

—¿Qué es aquello de lo que no te arrepientes renunciando a ello?

—La ira.

—¿Renunciando a qué se vuelve el hombre feliz?

—La avaricia.

—¿Qué es el camino y quiénes lo hacen?

—Los que son justos hacen el camino.

—¿Cuál es el signo del ascetismo?

—Permanecer fiel a tus principios.

—¿Cuál es el verdadero control?

—El control de la mente.
—¿Cuál es la característica esencial del perdón?
—El perdón consiste en no guardar enemistad.
—¿Qué es la vergüenza?
—La vergüenza consiste en apartarse de los actos deshonestos.
—¿Qué se dice que es el conocimiento?
—El verdadero conocimiento es el conocimiento de la divinidad.
—¿Qué es la tranquilidad?
—Verdadera tranquilidad es sólo la del corazón.
—¿Qué es misericordia?
—Misericordia significa desear el bien para todos.
—¿Qué es la simplicidad?
—Simplicidad es la ecuanimidad del corazón.
—¿Puedes decirme qué enemigo es invencible?
— La ira.
—¿Qué enfermedad es incurable?
—La codicia es una enfermedad incurable.
—¿A qué hombre se considera honesto?
—Honesto es aquel que desea el bien de todas las criaturas.
—¿Qué hombre es deshonesto?
—El que no es misericordioso es deshonesto.
—¿Qué es la ignorancia?
—La verdadera ignorancia es no conocer los propios deberes.
—¿Qué es el orgullo?
—El orgullo es la conciencia de ser un actor o padecedor en la vida.
—¿Qué es la vagancia?
—La vagancia es no ejecutar los propios deberes.
—¿Qué es el dolor?
—La ignorancia es el dolor.
—¿Qué es la paciencia?
—La paciencia es el sometimiento de los sentidos.
—¿Cuál es la verdadera ablución?
—Lavar la mente limpiándola de todas las impurezas.
—¿Qué es la caridad?
—La caridad consiste en proteger a todas las criaturas.

—¿Qué es la maldad?

—La maldad es hablar mal de otros.

—¿Qué hace de alguien un brahmín? ¿su conducta, su nacimiento, el estudio, o la cultura?

—Ni el nacimiento, ni el estudio, ni siquiera la cultura pueden hacer que alguien sea un brahmín. Es la conducta lo que hace al brahmín. Si su conducta no tiene faltas, él tampoco las tiene. La mala conducta condena a un hombre para siempre. El estudio de los Vedas no es suficiente si el hombre no se porta adecuadamente.

—¿Cuál es la recompensa de quien siempre habla palabras agradables?

—Que se vuelve agradable para todos.

—¿Y cuando actúa con juicio?

—Que consigue lo que quiere.

—¿Cuándo tiene muchos amigos?

—Cuando vive felizmente.

—¿Y cuál es la recompensa del que es devoto de la virtud?

—Que consigue un estado feliz en el próximo mundo.

—¿Qué es la cosa más asombrosa de este mundo?

—Día tras día entran en el Templo de la Muerte incontables vidas. Viendo este espectáculo, el resto de ellos, los que quedan, creen que estarán aquí para siempre y que son inmortales. ¿Puede haber algo más asombroso que esto?

—¿Qué es el camino?

—Las discusiones no conducen a conclusiones seguras. Los Srutis son todos diferentes. No hay ni un solo rishi cuya opinión pueda aceptarse como infalible. La verdad sobre el deber y la religión está escondida en las cuevas. Por lo tanto el Camino, es sólo el que han andado los Grandes.

—¿Qué son las noticias?

—El mundo, lleno de ignorancia, es como una sartén. El Sol es el fuego. Los días y las noches son el combustible. Los meses y las estaciones constituyen el asa de madera, el tiempo es el cocinero que cocina a todas las criaturas en esa sartén, y de ahí salen las noticias.

—¿Quién es un verdadero hombre?

—Los informes de las acciones de cada uno llegan al cielo y se extienden sobre la tierra. Mientras dure el informe de que una persona actúa en armonía se le llama hombre.

—¿De que hombre se dice que posee todo tipo de riquezas?

—El hombre para el que lo agradable y lo desagradable, la felicidad y el sufrimiento, el pasado y el futuro son lo mismo, se le considera que posee todo tipo de riqueza.

El yaksha dijo:

—Estoy inmensamente complacido con tus respuestas, eres la persona más sabia y justa de este mundo. Para mostrarte mi complacencia te concedo un don. Te garantizo la vida de uno de tus hermanos, puedes elegir con libertad.

Yudhisthira le dijo:

—Por favor, mi señor, entonces deja que este hermoso joven oscuro, Nakula, vuelva a la vida.

El yaksha estaba sorprendido por la elección y dijo:

—Me sorprendes. Yo sé que quieres más a Bhima y que dependes de Arjuna para ganar la guerra, ya que se ha estado preparando para ella en los últimos años. ¿Por qué no elegiste a Bhima, o a Arjuna? Bhima hubiera matado a todos los hijos de Dhritarashtra, Bhima con su poderosa forma y su terrible temperamento habría sido una mejor elección. ¿Por qué no me pediste que le devolviera la vida a él? ¿Por qué no a Arjuna? ¿Por qué recayó tu elección en Nakula?

Yudhisthira dijo:

—Dejaría antes mi vida que el Dharma. Quiero que el mundo sepa que nunca abandonaré el Dharma. Mi padre tuvo dos esposas, Kuntidevi y Madridevi. Quiero que vivan los hijos de ambas. Yo soy el hijo de Kunti y Nakula es el hijo de Madri. Amo a mis dos madres por igual. No puedo agradar al corazón de una y herir a la otra. Así que, si debe vivir uno de mis hermanos, que sea Nakula.

El yaksha estaba muy complacido con la nobleza de Yudhisthira. Y le dijo:

—Eres grande. Nunca en ningún momento ni en ningún lugar encontré a otra persona como tú. Me siento muy feliz de concederte la vida de todos tus hermanos.

En el momento en que dijo esto, todos los hermanos se levantaron como si salieran de un sueño profundo, dándose cuenta al tiempo de que se había disipado su sed, hambre y fatiga. Yudhisthira les abrazó a todos una y otra vez y de sus ojos fluían lágrimas. Cayó a los pies del yaksha y le dijo:

—Mi señor, quiero saber quién eres. Tú no eres un yaksha. Ningún yaksha puede conocer todos los matices del Dharma tan bien como tú. Debes ser un dios de las alturas, eres alguien muy querido por nosotros. Quizá eres nuestro padre Pandu. Quienquiera que seas debes revelarte ante mí. Estoy ansioso de saber quién eres.

El yaksha dejó su horrible forma y apareció resplandeciente en su forma natural. Sonrió a Yudhisthira y le dijo:

—Yo soy Dharma, tu padre. Quería verte y hablar contigo. Estoy muy complacido contigo. Conquistarás el mundo con tus hermanos. Pero lo que más me agrada es el hecho de que ya has conquistado mi reino: el reino llamado Rectitud. Las conquistas terrenas son fútiles e insignificantes al lado de tu conquista. Tu nombre será uno de

los nombres más venerables que la gente recordará en el futuro. En Kaliyuga, en la cuarta fase del tiempo, con tan sólo pronunciar tu nombre, la gente se ganará mi afecto. Cuatro nombres tendrán esta grandeza. El nombre del rey Nala el Nishada, tu nombre, el nombre de Sita la esposa de Shri Rama y el cuarto es el nombre de alguien a quien queréis mucho, Krishna. En cuanto a los palos del Arani que le robaron al brahmín, los robé yo. Quería traeros a este lago. Ahora podéis devolvérselos. También os concederé otro don. Ahora que vuestro exilio de doce años se ha acabado, os espera el último año, que es el más difícil. Todos lleváis puesta la armadura del Dharma. Os aseguro que por mi gracia nadie os podrá reconocer en ningún momento; podéis disfrazaros e ir a donde queráis. Nadie podrá descubrir vuestra verdadera identidad.

Yudhisthira estaba loco de felicidad por haberse encontrado con su padre, cayó a sus pies y los besó una y otra vez. Reclinó su cabeza sobre los pies de su padre y lloró incontroladamente. Luego, conteniéndose un poco, le dijo:

—¡Mi señor! No quiero nada más en esta vida, he visto tu bendita forma, he visto a mi padre. Recibiré con gratitud todos los dones que quieras otorgarme, pero, mi señor, yo no quiero ningún don más.

—Pídeme —insistió Dharma—. Te daré cualquier cosa que quieras. Yudhisthira le dijo:

—Mi señor, por favor, concédeme la victoria sobre mis seis enemigos mortales: lujuria, ira, avaricia, posesividad, arrogancia y envidia. Por favor, concédeme que mi mente esté siempre dirigida hacia la Verdad. No quiero nada más en este mundo.

Dharma sonrió a Yudhisthira y le dijo:

—¡Hijo mío, no hay necesidad de concederte algo que ya tienes! ¡Ya has conquistado a esos enemigos hace mucho tiempo! Id hijos míos y sed felices. Vuestros sufrimientos acabarán pronto. Estoy de vuestro lado; donde yo estoy, está la Victoria. Donde quiera que Krishna esté, yo siempre estaré con Él. Nada puede heriros mientras estéis conmigo. Que os vaya bien.

Los doce años de exilio habían llegado a su fin. Les faltaba un año, el año que tenían que estar ocultos y sabían que Duryodhana haría todo lo posible por descubrir su escondite y mandarles al exilio por otros doce años más. Este año amenazaba ser más difícil que los otros doce juntos. Pero no vacilaron. La afirmación del señor del Dharma dio nueva vida a los corazones de los pandavas, que comenzaron a estudiar los planes de su Ajnatavasa.

Libro 4

Virata

(Virata Parva)

Capítulo I

PLANES PARA EL DECIMOTERCER AÑO DEL EXILIO

YUDHISTHIRA reunió en torno a sí a todos aquellos que aún les acompañaban y les dijo:

—Ya sabéis que tenemos que pasar el último año de nuestro exilio escondidos. Ya hemos pasado juntos doce años en este bosque. Si no hubiera sido por vuestra compañía me hubiera sido muy difícil sobreponerme a esta desgracia. Ahora ya han pasado doce años y os pedimos permiso para dejaros y marcharnos. Tenemos que pasar el próximo año disfrazados y nadie debe saber cuál es nuestro paradero. Espero que para finales del próximo año pueda obtener de nuevo mi reino; para entonces os mandaré llamar para que estemos juntos ya para siempre.

Mientras decía esto su voz le fallaba, pues una profunda tristeza le atravesaba el corazón. Tal era la emoción que sentía al tener que abandonarles, que casi se desvaneció pensando que iba a separarse de ellos rumbo a lo desconocido. Dhaumya trató de calmarle diciéndole que al igual que el Sol emerge por encima de una nube oscura, los pandavas brillarían un día después de que ese año pasara. Bhima tuvo que consolar a Yudhisthira tratando de animarle. Yudhisthira se despidió de los moradores del bosque, les bendijo y luego se marchó. Los pandavas junto con Draupadi y Dhaumya se retiraron a un lugar solitario para decidir sus planes de cara al futuro. Yudhisthira dijo:

—Me gustaría saber vuestras opiniones acerca del país que deberíamos escoger para pasar allí escondidos nuestro próximo año. Debemos estar a salvo de los ojos de Duryodhana al igual que de los de sus espías.

Arjuna dijo:

—Conozco muchos lugares hermosos entre los que podríamos escoger, tales como Panchala, Matsya, Salva, Videja, Dwaraka, Kalinga y Magada. He oído decir que la ciudad llamada Virata es un lugar muy agradable. También hay muchas otras ciudades

en las que podríamos pasar desapercibidos, pero mejor escoge tú una de ellas y nosotros nos atendremos a tu decisión.

Yudhisthira dijo:

—Considerando tu sugerencia, siento que esa ciudad, Virata, de la que hablaste, perteneciente al reino de Matsya es la más apropiada para nuestro propósito. Me hubiera encantado ir a Panchala o a Dwaraka, pero me temo que serían los primeros lugares a los que Duryodhana iría a buscarnos. En cuanto a los otros reinos no conozco a los reyes que los gobiernan, pero sí conozco al rey de Matsya y es un buen hombre. Es bastante famoso por sus nobles cualidades y por la generosidad. No es muy joven, ni muy viejo, estoy seguro que nos gustará. Así que pasaremos nuestros próximos doce meses en la ciudad llamada Virata: queda decidido. Ahora sólo falta decidir cuál será el disfraz que usaremos durante este tiempo.

Más que un motivo de preocupación, este último año de exilio se estaba convirtiendo para ellos en una aventura. No obstante, de repente, a Arjuna le sobrevino un sentimiento de tristeza y le dijo a Yudhisthira:

—Mi señor, tú has sido el señor de la tierra. Incluso durante estos doce años que hemos pasado en el bosque, jamás has obedecido las órdenes de nadie. ¿Cómo vas a trabajar ahora para cualquier otro hombre? ¿cómo vamos a soportar verte como un jornalero bajo las órdenes de un rey? No puedo ni imaginármelo.

Yudhisthira le sonrió y cogiéndole la mano, enjugó sus lágrimas con dulzura, diciéndole:

—Arjuna, no te apenes, he decidido convertirme en el compañero del rey, no servirle como un cortesano. Escucha, iré vestido con los atuendos que corresponden a alguien que ha renunciado al mundo, le diré que mi nombre es Kanka y que poseo un profundo conocimiento de los Vedas y de las filosofías. Me pondré guirnaldas de tulasi y de cristales y llevaré un rosario en la mano, pasando continuamente sus cuentas. También le diré que soy muy diestro en el juego de los dados. —La cara de Yudhisthira se iluminó con una sonrisa traviesa al decir eso al tiempo que miraba a Bhima, el cual bajó la mirada con una expresión de rubor en su rostro. Yudhisthira añadió—: Le haré compañía durante estos doce próximos meses.

A todos les pareció buena su idea, estaban seguros de que el rey de Matsya trataría muy bien a su hermano. Luego Yudhisthira le preguntó a Bhima:

—Mi querido hermano Bhima, ¿cómo vas a ocultar tu furia y tu fuerza durante estos doce meses? Si por unas pocas flores que querías llevarle a Draupadi destruiste a un ejército entero de rakshasas, con el mínimo pretexto, a la mínima provocación que alguien te haga, tus ojos se pondrán rojos como el cobre. No se me ocurre cómo podrás disfrazarte durante estos doce meses en Virata, obedeciendo las órdenes de otros. ¿Qué piensas hacer, mi querido Bhima?

Bhima le sonrió y le dijo:

—Por favor, no te preocupes por mí, hermano mío. Ya he decidido el papel que voy a jugar. Seré el cocinero jefe de la cocina del rey. Sabes que cocinar ha sido siempre mi pasatiempo preferido, me encanta preparar platos sabrosos. Ahora tengo la oportunidad de sacarle partido a esta habilidad. Me acercaré al rey con la proposición de hacerme cargo de su cocina. Le diré también que soy un gran luchador, entrenaré a todos sus muchachos en el arte de la lucha. Estoy seguro de que al rey le gustará la idea. Y si me pide referencias le diré que antes estaba a cargo de la cocina del rey Yudhisthira y que desde que fue enviado al exilio me quedé sin trabajo, por lo que al escuchar que el rey de Matsya tenía cualidades y personalidad muy parecidas a las de Yudhisthira, me puse inmediatamente en camino para hacerle mi ofrecimiento. Le diré que mi nombre es Valala. Seguro que me creerá.

Yudhisthira entonces le preguntó a Arjuna:

—Mi querido Arjuna, ¿cuáles son tus planes? No sé cómo vas a disfrazar tu bravura y cómo vas a vivir como un ciervo manso. Siento mucho los problemas que estáis teniendo que afrontar por mi culpa.

Arjuna le dijo:

—Mi señor, yo ya tengo mi disfraz, lo he decidido hace mucho tiempo. Seguro que recuerdas la maldición de Urvasi, ¿no? Bien, pues Indra me dijo que tendría que sobrellevarla durante un año y que éste sería el año adecuado, porque me sería muy útil. Y también ocurre que soy muy conocido por las cicatrices que llevo en mis dos hombros, debido a que soy ambidiextro en el uso del arco, lo cual me delataría fácilmente. Por eso la única forma que tengo de esconderme es cubrir mi pecho y mis hombros con un jubón como el que usan las mujeres. Me dejaré crecer el pelo hasta que cubra mis amplios hombros. Sé bailar y cantar muy bien y toco todos los instrumentos musicales. Le diré al rey que soy un excelente maestro de música y danza. Me ofreceré para enseñar a sus mujeres hasta convertirlas en excelentes cantantes y bailarinas. Dado que por la maldición seré un eunuco, el rey no tendrá ningún inconveniente en permitirme entrar en las estancias de las mujeres. Le diré que me llamo Brihannala.

Yudhisthira miró entonces a Nakula y le dijo:

—Mi hermoso Nakula ¿cómo vas a esconder tu belleza y tu orgullo?; eres tan sensible, tan fácil de herir, ¿cómo podrás soportar la vida de servidumbre?

Nakula sonrió y le dijo:

—Mi querido hermano, sabes bien que soy un maestro en el arte de domar y adiestrar caballos. Escuchan mis palabras y las obedecen. Pueden hacer cualquier cosa que les pida. Le haré una demostración al rey de mi poder para controlar estos animales. Seguro

que me pondrá a cargo de sus establos seré quien se encargue de cuidar los caballos del rey. Le diré que mi nombre es Damagranthi.

Shadeva era ya el único que quedaba. Yudhisthira le dijo:

—Shadeva hijo mío, eres más sabio que Brihaspati, más diplomático que el mismo Sukra, el divino preceptor. Eres el más sabio de los cinco pandavas, no hay nada que tú no sepas. Eres un político como no he visto otro igual. Eres el hijo favorito de nuestra madre. Cuando dejamos Hastinapura ella se sentía infeliz de sólo pensar que se iba a separar de ti. ¿Cómo voy a dejar que tú, un niño, hagas servicio para un hombre ordinario? Dime, Shadeva, ¿cuáles son tus planes?

Shadeva sonrió dulcemente y le dijo:

—Yo no soy un niño, mi señor, podré ganarme al rey con tanta astucia como mis hermanos. Le demostraré mis conocimientos sobre las vacas. El ganado es la principal riqueza del reino de Virata. Yo soy muy bueno ordeñando vacas y hago que produzcan la mejor leche del mundo. Yo me manejo con los toros y las vacas tan bien como mi hermano lo hace con los caballos. Le diré que mi nombre es Tantripala.

Yudhisthira miró entonces a Draupadi, y sintiéndose miserable e incapaz de preguntarle qué planes tenía ella, le dijo:

—Draupadi, tú eres muy querida para nuestra madre, eres tan tierna y delicada. ¿Cómo vas a poder trabajar?, ¿qué podrás hacer? Estoy muy preocupado por ti y por tu sensible naturaleza. Ya has sufrido demasiado como para tener que pasar disfrazada los próximos doce meses. Dime, ¿qué vas a hacer?

Draupadi dibujó en sus labios una sonrisa encantadora y le contestó:

—Mi señor, no tienes que estar preocupado, cuando tú, que has sido el señor del mundo, eres capaz de realizar servicios tan insignificantes; cuando Bhima, que jamás ha obedecido a nadie excepto a ti, ofrece sus servicios como cocinero del rey; cuando mi Arjuna, el más grande de los arqueros del mundo, vencedor incluso del gran Indra, ofrece sus servicios como cantante y bailarín; cuando este hermoso Nakula ofrece sus servicios como cuidador de establos; cuando Shadeva, el sabio y gentil Shadeva ofrece sus servicios como pastor. ¿No voy yo a hacer algo para que estos doce meses pasen lo más tranquila y rápidamente posible? Seré Sairandhri, me dirigiré a la reina y le diré que soy una gran experta en belleza femenina, le diré que sé hacer cien peinados diferentes y le enseñaré a hacer hermosas guirnaldas de flores de diversas formas y tamaños. Le enseñaré a perfumarse como nadie más podría hacerlo. En cuanto se dé cuenta de mis habilidades en el fascinante arte del cuidado personal, no podrá rechazar mis servicios y me pedirá que me quede con ella. No te preocupes por mí, ya tendré cuidado. Vayamos pues a Virata.

Yudhisthira estaba muy complacido con los planes de todos, estaba ansioso de emprender esta nueva aventura. Los pandavas dejaron Dwaitavana y se dirigieron a

Kamyaka. De allí continuaron hasta llegar a las orillas del río Yamuna. Cruzaron muchos bosques y hermosos jardines hasta que llegaron a la frontera del reino de Matsya. Allí se despidieron de Dhaumya. Yudhisthira le dijo:

—Por favor, ve a Panchala y quédate allí en la corte de Drupada; pero, por favor, no le digas a nadie, ni siquiera a él, dónde estamos. Dile tan sólo que los pandavas han iniciado su Ajnatavasa y que has sido enviado a su corte por orden mía. Dile sólo que nos hemos ido de Dwaitavana.

—Así lo haré —dijo Dhaumya. Y a continuación invocó a los dioses para que bendijeran a los pandavas y se marchó.

Los pandavas emprendieron el camino y después de andar durante largo rato, Draupadi dijo:

—Parece que la ciudad está muy lejos. Me encuentro extremadamente cansada, descansemos y mañana por la mañana ya reemprenderemos el camino. No obstante, Yudhisthira quería seguir un trecho más antes de detenerse, así que le pidió a uno de sus hermanos que llevase a Draupadi en brazos. Nakula y Shadeva estaban ya demasiado cansados y Arjuna tomó a Draupadi hasta llegar a las afueras de la ciudad; era una delicia verle llevar a Draupadi. Cubierto como estaba con aquellas rudas vestiduras de cortezas de árboles, parecía como una oscura nube de lluvia atravesada por el potente fulgor del Sol al atardecer.

Capítulo II
YUDHISTHIRA EN LA CORTE DE VIRATA

AHORA ya sólo les quedaba decidir dónde iban a dejar escondidas sus armas durante el año que tenían que pasar escondidos. Yudhisthira dijo:

—Si entramos en la ciudad con nuestras armas, llamará la atención de todos en las calles; tenemos que pasar desapercibidos. El mundo está lleno de espías enviados por Duryodhana. —Todos estaban de acuerdo en ese punto y Yudhisthira continuó—: Este arco gandiva es demasiado conocido, nadie debe verlo; nadie debe vernos con nuestras armas, porque la noticia llegaría inmediatamente a Hastinapura. Así que lo mejor que podemos hacer es envolverlas todas cuidadosamente y dejarlas en algún lugar a salvo. Después de que haya pasado este año regresaremos a por ellas.

Arjuna dijo:

—Este es el lugar donde se incineran los cadáveres de la ciudad, estamos en las afueras. ¡Mira, mi señor, allí hay un enorme árbol Sami, su follaje es muy denso y sus ramas son fuertes. Es gigantesco y tiene un aspecto aterrador, no creo que mucha gente se atreva a acercarse a él. Envolvamos nuestras armas en una buena pieza de cuero y hagamos con ellas una forma que parezca un cadáver. La colgaremos de una de las ramas

más altas del árbol. No creo que nadie tenga el coraje de trepar para inspeccionarlo; luego, tranquilamente, nos podremos ir a la ciudad. Así que hagámoslo y pasemos aquí la noche, porque Draupadi está muy cansada. Mañana por la mañana entraremos en la ciudad.

Yudhisthira aprobó la idea. Reunió todas las armas de sus hermanos, lo cual suponía una penosa separación para todos ellos. Sus arcos, sus flechas, sus espadas y todas sus armas habían sido hasta entonces sus únicos compañeros. Muy tiernamente Arjuna envolvió su arco gandiva después de haber aflojado su cuerda, pero justo antes de soltarla Arjuna la hizo sonar una vez más como una dulce despedida diciéndole: « Hasta que volvamos a encontrarnos. » Fue amargo para los pandavas tener que desprenderse de sus armas, pero por fin se hizo el hatillo en el que muy cuidadosamente estaban guardadas todas las armas, envueltas con mucho cariño. Entonces Yudhisthira invocó a los dioses de los cielos diciendo:

—Yo os invoco a todos para que estéis presentes aquí, ahora, para oír lo que voy a decir: Le pido a Brahma, a Indra, a Kubera, a Rudra, a Yama, a Vishnu y a Chandra, al cielo, a la tierra, a Agni y a los Maruts, os pido a todos que guardéis estas armas que son nuestras más queridas posesiones. Os pido que las guardéis como rehenes. Al finalizar el año de nuestro Ajnatavasa, os pido que nos devolváis estas armas, o bien a mí o bien a Arjuna. Pero jamás se las entreguéis a Bhima, incluso aunque os las reclame. Él tiene un temperamento muy alterable y siempre está enfadado con los hijos de Dhritarashtra. En un momento de enajenación quizá pueda pediros estas armas sin mi consentimiento y, en su furia contra sus primos, quizá las use antes de que haya transcurrido este año. Así pues, oh dioses, debéis tenerlas a buen recaudo. También os ruego a todos que nos bendigáis antes de enviarnos hacia lo desconocido, debéis protegernos, impidiendo que seamos descubiertos. No queremos ser exiliados por otros doce años. Queremos luchar contra estos hijos de Dhritarashtra. Ese es el fin hacia el que se encamina nuestro viaje. Por favor, bendecidnos.

Yudhisthira trepó por el árbol hasta llegar a la copa, y allí, en una rama fuerte, ató el hatillo que contenía las armas dejándolo suspendido como si fuera un cadáver. Cuando descendió del árbol se dio cuenta de que Bhima tenía lágrimas en sus ojos y, abrazándole, procuró consolarle mientras su hermano sollozaba sin control. Yudhisthira trató de calmarle con dulces palabras, palmeándole a la vez con cariño.

Los pandavas estaban ya preparados para emprender el camino, cuando comprobaron que algunos campesinos les habían estado observando mientras realizaban el ritual de subir al árbol y dejar atado allí el hatillo, y también les habían oído recitar algunos mantras mágicos. Los campesinos se les acercaron tratando de consolarles. Aprovechando la escena los pandavas les dijeron que se trataba del cuerpo de su madre y que de acuerdo a su tradición no debían realizarse los ritos funerarios de incineración

sino que el cuerpo tenía que ser colgado de un árbol dejándolo allí durante años y que si alguien se atrevía a tocar el cuerpo, la muerte le sobrevendría inmediatamente. Los campesinos se creyeron la historia sin dudarlo ni un solo momento y ya ni se atrevían a acercarse a los pandavas, y en cuanto encontraron el momento oportuno, salieron corriendo de aquel lugar. Yudhisthira se reía al ver la credulidad de aquellos campesinos. Luego vio que por allí había una vaca muerta y acercándose le dijo a Shadeva:

—Mira, allí hay una vaca muerta. Apartemos los huesos resecos y aprovechemos su piel para cubrir el fardo que contiene nuestras armas. Así evitaremos que el Sol y la lluvia puedan dañarlas.

Los pandavas abandonaron aquel lugar volviendo una y otra vez la cabeza para contemplar aquel cadáver que dejaban colgado en el árbol como algo muy querido para ellos. Pero ahora ya tenían que pensar en los tiempos que se les acercaban, porque quizá no habría posibilidad de que pudieran encontrarse entre ellos. Hasta entonces, aunque estaban en el exilio, siempre habían estado juntos, pero estos doce próximos meses tenían que estar separados, más aún: tendrían que comportarse como extraños unos con otros. Eso era para ellos la parte más dolorosa de aquel asunto. Así que se asignaron nombres entre ellos para usarlos como códigos en caso de que surgiese alguna emergencia. Los nombres eran: Jaya, Jayesha, Vijaya, Jayatsena y Jayatbala. Luego, los pandavas entraron en la ciudad de Virata. Amaneció el nuevo día y todos fueron a bañarse al río. Yudhisthira se puso su disfraz y se despidió de sus hermanos y también de Draupadi, y comenzó a andar en dirección al palacio del rey.

Enseguida llegó al palacio. El rey tenía un aspecto muy noble. Yudhisthira permaneció de pie delante suyo, parecía como si fuese un rey visitando a otro rey. El rey de los Matsyas lo miraba diciéndose a sí mismo: « ¿Quién será esta persona? No se ha acercado a saludarme, pero, sin embargo, no me siento ofendido por ello, de hecho, casi siento que debería ser yo quien debiera rendirle honores a él; quizá se ofenda si no le saludo. Viene vestido como un brahmín pero camina con el estilo de un kshatrya. Parece un tigre andando. Parece que hubiera nacido para gobernar el mundo. No sé quién es, pero me encanta su noble aspecto. Debo tratar de complacerle en todo lo que pueda. »

Mientras estos pensamientos nacían en la mente del rey, Yudhisthira se había acercado al trono. El rey se puso en pie, se dirigió hacia el lugar donde se había detenido Yudhisthira, le tomó de la mano y le dijo:

—Es un honor para mí gozar de la presencia de un brahmín como tú. Me complacería mucho hacer cualquier cosa que me pidas que haga.

Yudhisthira se expresó en términos muy simples y escuetos. No podía decir ninguna mentira, pero tenía que ocultar la verdad, así que le dijo:

—Yo era un gran amigo del rey Yudhisthira, el señor de Indraprastha. Tú debes haber oído hablar de él, seguro que sabes que tuvo que irse a vivir al bosque, junto con sus

hermanos y su reina como consecuencia de un juego de dados. Puedes considerarme como el alma de Yudhisthira, así de queridos éramos el uno para el otro. Mi nombre es Kanka, y solía pasar todo el tiempo junto a Yudhisthira. Soy muy aficionado al juego de los dados, igual que lo era él, pero ahora aún soy más experto que en aquel tiempo en el que jugó y perdió todo lo que tenía. Mientras vivía con él era su consejero y el nunca tomaba ninguna decisión sin consultarme. Pero Yudhisthira ahora está en el exilio y me apena la fatalidad que le ha sobrevenido a él y a sus hermanos. Así pues, he venido a ti en busca de ayuda, porque me han dicho que eres como rey tan noble como Yudhisthira; es por eso que he venido a ti. Ahora no tengo a nadie; no tengo padre, ni madre, ni nadie que dependa de mí, ni tampoco tengo pertenencias. Hoy por hoy, la felicidad y la tristeza tienen para mí el mismo valor. El placer y el sufrimiento, son para mí lo mismo. Yo estoy libre de todo deseo, y he venido a ti en busca de paz. ¿Puedo obtenerla?

Virata quedó impresionado por la forma tan digna en la que se expresaba Yudhisthira. Sus ojos expresaban reverencia hacia él y le dijo:

—Has honrado nuestra ciudad con tu presencia. Me complace tenerte conmigo. Yo también soy muy aficionado a los dados y me complace poder contar con un jugador que pueda enseñarme a jugar tal y como se debe. Puedes usar mi reino y mis riquezas como si fueran tuyas.

Yudhisthira dijo:

—Oh rey, yo no tengo necesidad de riquezas, tan sólo hay un don que quiero pedirte. No comeré alimentos que hayan sido tocados por alguien, y sólo comeré una vez por la noche. He hecho el voto de respetar esta regla durante un año. Espero que no te sientas ofendido por mi extraño comportamiento.

El rey aceptó la condición y de este modo concluyó el primer encuentro entre los dos reyes.

Capítulo III
LOS PANDAVAS EN VIRATA

UNOS días más tarde, Bhima entró en la ciudad de Virata llevando un cucharón en la mano. Anduvo por las calles de la ciudad hasta que llegó al palacio del rey. Todos estaban sorprendidos por su físico; era fuerte y corpulento. Con mucha calma entró al palacio y llegó a la corte del rey. Nadie se atrevió a impedirle el paso. El rey lo vio y le gustó su apariencia. Bhima se acercó al trono y dijo:

—Que Dios bendiga al rey de los Matsyas. Mi señor, he venido a tu corte porque he oído de tu noble naturaleza y tu simpatía hacia aquellos que están en dificultades. Yo soy un excelente cocinero; ya sé que no está bien hablar de uno mismo, pero lo tengo que hacer dado que no tengo a nadie para recomendarme. Sé cocinar mil diferentes

platos deliciosos. Quedaría muy complacido si me permitieras quedarme contigo para deleitarte con mis exquisiteces.

El rey se quedó mirándole y le dijo:

—Joven, pareces ser demasiado bueno para el trabajo que me propones. Casi me pareces un príncipe disfrazado. Me pareces más apropiado para dirigir un ejército sentado sobre un elefante o en una carro. Tu cuerpo parece estar bien entrenado por el ejercicio. No tienes aspecto de cocinero.

Bhima se echó a reír y luego le dijo:

—Tienes razón, mi señor. Yo no soy cocinero de profesión, soy un luchador. Puedo derrotar a todos los luchadores del mundo. Cocinar es tan sólo mi ocupación favorita, me proporciona un enorme placer. Me ocuparé de tu gimnasio; puedo entrenar a tus soldados haciéndoles desarrollar sus cuerpos armoniosamente. Y también te serviré como cocinero.

El rey le dijo:

—Me pareces una persona encantadora. Estoy feliz de tenerte conmigo. No tan sólo serás mi cocinero, quiero poner a tu cargo la cocina, que supervisarás, y, además, enseñarás a los cocineros todo lo que sabes. También tendrás a tu cargo el gimnasio. Estoy muy complacido de tenerte conmigo.

Bhima le dijo:

—Te estoy agradecido, mi señor, por estas amables palabras. Mi nombre es Valala. Me pondré al cargo inmediatamente.

Dos de los pandavas ya habían tenido éxito en su intento de encontrar un lugar donde pasar disfrazados el año que les esperaba. La corte de Virata cobró un nuevo esplendor desde que Yudhisthira estaba allí y Bhima estaba muy feliz de realizar las tareas que le habían sido encomendadas.

Arjuna entró a la corte de Virata. Llevaba su pelo suelto y largo cubriéndole sus hombros, también llevaba collares hechos de coral y perlas. Su forma estaba cubierta de seda roja; tenía un aspecto encantador. Su atuendo femenino escondía su gloria pero realzaba su belleza. Parecía la Luna durante un eclipse. Arjuna fue directo al trono del rey y le dijo:

—Soy Brihannala, el bailarín. Soy muy diestro en todas las artes que una mujer debería conocer. Nadie puede hacer guirnaldas de flores para el pelo como las que yo hago. En cuanto a mi gracilidad en la danza y la música, la he aprendido de un gandharva. No hay nadie que pueda igualarme en estas artes. Quiero quedarme en tu corte y enseñar a tus hijas las bellas artes de la danza y la música. Espero que me aceptes.

El rey estaba complacido con sus modales y su forma de hablar, y le dijo:

—Dices que eres un bailarín. Pero para mí tienes el aspecto de un guerrero, especialmente de un arquero. Tus brazos y tu pecho me hacen pensar que si hubieras aprendido a usar el arco habrías sido un excelente arquero. Me gustas mucho. Dime, ¿eres medio mujer, como dices?, yo más bien creo que debes ser un arquero. Te confiaré mi reino, yo soy ya un hombre viejo. Quédate conmigo, serás como un hijo para mí. Te daré mi reino y todo cuanto poseo. Puedes gobernarlo, pareces estar preparado para ser un rey más que un bailarín.

Arjuna dibujó en sus labios una sonrisa tímida y encantadora y le dijo:

—Mi señor, la única cuerda que puedo hacer sonar es la cuerda de la vina, el único arte que conozco es el arte de la danza. Seré el tutor de Uttaraa, la princesa. Haré de ella la mejor bailarina del mundo.

El rey le dijo:

—Como tú quieras; puedes quedarte conmigo.

Mandó a buscar a su hermosa hija Uttaraa y le dijo que el recién llegado sería su compañero a partir de entonces y que él le enseñaría a bailar y a cantar. Luego, añadió:

—Él parece ser una persona de alta casta, no parece ser un bailarín ordinario. Trátalo con el respeto que se le debe a una reina y llévatelo a tus aposentos.

Arjuna estaba contento de ser el maestro de la dulce y encantadora hija de Virata. Las compañeras de Uttaraa también empezaron a aprender a bailar. Arjuna estaba disfrutando del Ajnatavasa más de lo que había pensado.

En una ocasión, el rey estaba inspeccionando sus caballos y, mientras paseaba en medio de ellos, vio a un hermoso hombre de tez morena observándolos con la expresión de alguien que los amaba. Virata pensó para sí: « Este es el hombre más hermoso que he visto, me atrae. Parece que ama a los caballos, los contempla como si los conociera a fondo, puedo verlo por el modo en que los mira, debo atraerle a mi presencia y averiguar quién es. » Cuando estaba pensando en llamarle ante él, Nakula se acercó al rey. Después de saludarle le dijo:

—He venido a tu ciudad con la intención de ganarme la vida. Soy un experto en el cuidado de caballos. Si me haces tu sirviente, te estaré agradecido.

Virata le dijo:

—Puedes encargarte de mis amados caballos, estoy contento de tener un experto que los trate con amor y cuidado. Estoy seguro que los dejaré en buenas manos, pero me parece que perteneces a una alta casta y no a la de un mozo de establo. ¿Cómo es que pides trabajo aquí? No creo que estés acostumbrado a trabajar, pareces más preparado para dirigir a otros.

Nakula sonrió pero no dijo nada. Virata le dijo:

—Puedes quedarte a cargo de los establos. Nakula estaba contento de que no le hiciera muchas más preguntas y le dijo:

—Mi nombre es Damagranthi, me esforzaré por complacerte en todo lo posible. — Nakula estaba inmensamente complacido de estar con los caballos a los que tanto quería. Era casi tan feliz como en Indraprastha.

Shadeva fue el último en entrar al sabha de Virata. Se había puesto el vestido de pastor. Con un cayado en su mano tenía un aspecto tan encantador como su primo Krishna cuando estaba en Gokula. Shadeva se dirigió al rey y le dijo:

— Por favor, hazme el jefe de los pastores de tu reino. Guardaré tu ganado, puedo curar todas las enfermedades que afectan a las vacas y a los toros, soy un especialista en el cuidado de las vacas. Producirán más leche si yo las ordeño. Estarán saludables y hermosas. Mi nombre es Tantripala y he venido a tu reino porque tu principal riqueza es el ganado y espero que me des un puesto entre los cuidadores de tu ganadería.

Virata miró a Shadeva y le dijo:

—Quienquiera que seas, parece que has conocido días mejores, no tienes apariencia de merecer pequeñas labores. Pero eres bienvenido a Virata, nunca he dicho no a alguien que me pide favores. En cuanto a ti, me haces un favor encargándote de preservar mis riquezas: mi ganado. Me alegro de mi buena fortuna.

De este modo los cinco pandavas entraron en la ciudad de un rey que era bondadoso y noble. Los pandavas fueron felices por primera vez en su exilio. Se las habían arreglado para resolver su mayor problema. Ahora era sólo una cuestión de tiempo, hasta que llegara la hora de salir de su escondite y reclamar el reino que les pertenecía.

Capítulo IV
DRAUPADI AL SERVICIO DE SUDESHNA

DRAUPADI entró en la ciudad disfrazada de Sairandhri. Los viandantes se quedaban atónitos ante la belleza de aquella mujer que iba vestida con unos ropajes tan viejos y sucios. Sostenía los extremos de su larga y brillante cabellera con su mano derecha, y una sonrisa iluminaba su rostro. Caminaba rápido hacia el palacio de la reina; la reina de Virata estaba asomada al balcón de su palacio. Su nombre era Sudeshna, una princesa de Kekaya. Ella también quedó absorta ante el encanto y la personalidad de aquella mujer. Vio cómo la sonrisa desaparecía del rostro de la extranjera porque la gente de la calle la seguía y se reía de ella. La mujer estaba aterrada ante tal acoso y caminaba más deprisa, mientras que las risas se hacían más estridentes. La reina sintió compasión por aquella pobre mujer solitaria que no parecía tener acompañante y ordenó a sus doncellas que fueran a buscarla a toda prisa. Fueron hacia la mujer que estaba en medio de la multitud y le dijeron:

—Nuestra reina quiere que entres.

Draupadi entró al palacio deteniéndose ante la reina. Aún sostenía su pelo con su mano derecha, lo entrelazó en una trenza y lo puso a su espalda. Vio cómo la reina se levantaba de su asiento, mientras su cuerpo aún temblaba por la experiencia que había tenido en la calle. Que la multitud se burlara de ella fue un insulto que tuvo que soportar. Sudeshna estaba muy conmovida por la mirada tímida de los ojos de Draupadi. La cogió de la mano y la hizo sentarse a su lado, preguntándole:

—Eres muy hermosa, ¿cómo es que estás sola? ¿cómo es que no estás casada? ¿cómo puede resistírsete algún hombre? ¿Por qué has venido a nuestra ciudad? ¿De dónde vienes?

Draupadi dijo:

—Mi reina, he venido hasta ti para ganarme la vida. Soy una artista en el arte de la decoración. Era la doncella personal de Draupadi, la reina de los pandavas. No tenía dónde ir desde que se fueron al bosque. Mi exquisita sensibilidad ya no le es necesaria a esa pobre y desafortunada reina. Habiendo oído hablar de tus buenas cualidades, he venido a ti con la esperanza de que mis facultades sean de tu agrado, espero que mis esperanzas no sean vanas.

La reina Sudeshna le aseguró que la mantendría en el palacio con ella y que esperaba que fuera feliz. Le dijo:

—Puedes usar este palacio como si fuera tuyo. Si dices que has vivido con la reina de los pandavas, debes haber gozado de muchos privilegios; puedes usar mi hermoso jardín siempre que quieras estar a solas con tus pensamientos. Veo que has sufrido mucho. ¿Puedo preguntarte cuáles son tus problemas?

Las lágrimas de Draupadi comenzaron a fluir sin poder disimularlas, la reina la tomó en su regazo y la confortó como si fuera una niña pequeña. Draupadi le dijo:

—Soy Sairandhri, tengo a cinco gandharvas como maridos, tuvieron que dejarme y alejarse de mí por culpa de una maldición; la maldición acabará dentro de un año, me siento infeliz porque hasta ahora nunca he estado separada de ellos. La reina pandava solía decir que nos parecíamos incluso en esa cosa extraña de tener cinco maridos. Estoy segura de que después de un año mis días oscuros se acabarán, me siento feliz de haber hallado en ti a una hermana y a una madre.

Sudeshna permaneció en silencio por unos momentos, luego dijo:

—Tengo algo más que decirte, hay algo que me preocupa. Eres demasiado hermosa y mi esposo el rey es muy susceptible al encanto femenino, ¿qué pasará si se enamora de ti?

Draupadi le contestó:

—Por favor, no te preocupes por eso, no abusaré de tu bondad dejando que el rey me vea, siempre me quedaré en los aposentos interiores, nadie me verá. Si soy insultada mis maridos matarán al ofensor. Seré particularmente cuidadosa de que nada ocurra que pueda herirte, puedes confiar en mí.

Sudeshna se sintió tocada por las palabras amables y cariñosas de Draupadi. Draupadi le dijo:

—Tengo sólo dos peticiones más: no comeré comida de las sobras ni daré masajes a los pies de nadie; estas tareas desagradarían a mis maridos si las realizara.

La reina dijo que nunca tendría que hacer ninguna de esas cosas.

Capítulo V

EL COMBATE DE LOS LUCHADORES

LA reina de los pandavas era la que cuidaba de las flores, Yudhisthira era el acompañante de Virata, Bhima era un cocinero, Arjuna un maestro de baile, Nakula un mozo de establo y Shadeva un pastor. Las ironías del destino son inescrutables, realiza sus juegos de las maneras más inimaginablemente perversas. Pero aunque parezca extraño decirlo, los pandavas se sentían felices. El rey de Virata era un hombre muy noble y su esposa era su perfecta compañera. La princesa era una niña deliciosa. Para ellos el tiempo transcurría felizmente en la hermosa ciudad de Virata. Habían pasado tres meses, sólo les quedaban nueve meses más.

Durante el cuarto mes de su estancia en Virata, se celebró en la ciudad un gran festival en honor a Sankara. La celebración incluía una exhibición de lucha. Llegaron luchadores de todas partes del mundo para mostrar su valor; se esperaba que la función iba a ser impresionante. El rey y toda su corte se sentaron para ver la lucha.

Había un luchador que había venido de otras tierras del que decían que era invencible. Todos los luchadores de Virata fueron vencidos por él. De pie en medio de la arena gritó en voz alta:

—Soy el mejor luchador del mundo, no hay nadie que pueda desafiarme, soy más poderoso que los leones y los tigres.

Su desafío era demasiado grande y el rey se sentía decepcionado de sus hombres. Y preguntó:

—¿No hay nadie aquí que pueda aceptar el desafío de este hombre y darle una lección?

Yudhisthira se sentó a su lado y le dijo:

—En Indraprastha, cuando yo estaba con el rey Yudhisthira vi a un luchador, observé su técnica y estoy seguro que él vencerá a este hombre. Afortunadamente para nosotros

este hombre está ahora en tu palacio, es el encargado de tu gimnasio; puedes mandarle a llamar, te aseguro que vencerá a este hombre.

Virata estaba complacido con la sugerencia de Yudhisthira, se sentía feliz de que hubiera en su corte alguien que pudiera mantener la reputación de Virata, y mandó buscar a Bhima.

Virata dijo:

—Valala, Kanka me ha dicho que te ha visto luchar en la ciudad de los pandavas. Dice que puedes vencer a este hombre que está desafiando a todo el mundo; por favor, dime si puedes luchar con este fanfarrón y vencerle.

Bhima observó al hombre que estaba en medio de la arena, y sabía que podía aceptar el desafío fácilmente, pero no quería; tenía miedo de que se reconociera su técnica. Esa era la razón por la que no había intentado intervenir. Pero ahora le había llamado el rey y además por sugerencia de su hermano Yudhisthira, así que dado que a su hermano le parecía bien, Bhima decidió luchar. Dijo:

—Mi señor, ciertamente puedo luchar contra este hombre y vencerle fácilmente, el rey Yudhisthira continuamente alababa mis métodos de lucha, ahora llevo mucho tiempo contigo y tú me has tratado con mucho cariño. Trataré de pagarte una pequeña parte de tu amor y tu bondad. Por la gracia del señor Sankara venceré a este hombre y ganaré un nombre y fama para los Matsyas.

Bhima se preparó para la lucha. Vestido con los típicos atuendos de un luchador entró en la arena como una pantera furiosa; en el estadio había una excitación salvaje.

Los vítores resonaban por todas partes. La lucha empezó. Bhima rugiendo como un león comenzó su ataque. Fue una lucha terrible, Bhima luchaba con todo su poder, estaba ansioso por complacer al rey y no quería dejar mal a su querido hermano, el cual le había recomendado elogiosamente. El espíritu deportivo y competitivo de Yudhisthira no podía permitir que aquel hombre se fuera sin respuesta a su desafío. Fue por eso que sugirió a Bhima que afrontara la lucha. Ahora dependía de él mantener su nombre y su reputación.

Los dos luchadores parecían como dos grandes nubes de lluvia cargando una contra la otra. Los espectadores no se movían ni una pulgada, habían cesado los vítores y estaban totalmente absortos contemplando aquel espectáculo único. Jamás habían visto nada parecido. Al final, Bhima levantó a su oponente en el aire y le hizo girar dando vueltas sobre sí mismo como una rueda, hasta que quedó completamente mareado y finalmente inconsciente. Luego, Bhima lo estrelló contra el suelo y lo mató. El rey estaba inmensamente complacido con el valor de Bhima. Virata podría jactarse ahora de tener un luchador que había matado al hombre que hasta entonces había sido el mayor luchador del mundo.

Aquel incidente de Virata hizo que Bhima se convirtiese en el favorito del rey, incluso más de lo que lo había sido hasta entonces. Los pandavas estaban disfrutando del decimotercer año de su exilio; les iba todo bien.

En Virata hallaron la paz de la que no habían podido disfrutar desde hacía mucho tiempo; todos les trataban con afecto. Estaban tan acostumbrados a la injusticia y al mal trato que habían soportado en los últimos años, que el afecto del rey fue como un bálsamo para sus corazones lacerados; eran felices.

Los meses pasaron muy rápidamente. Habían pasado diez meses como si fueran diez días. El tiempo pasa demasiado rápido cuando uno es feliz y se alarga infinitamente si se es infeliz. Los doce años les habían parecido enormemente largos y, al final de ese período, los pandavas estaban pasando sin darse cuenta aquel decimotercer año que ya estaba tocando a su fin. Pensaron que sería el año más difícil, pero, por el contrario, resultó ser el año más feliz.

Capítulo VI
EL SUEÑO DE RADHEYA

CUANDO Lomasa vino a la tierra para encontrarse con Yudhisthira le trajo un mensaje de Indra dirigido a él. Indra le decía: « Sé que en tu mente siempre tienes presente un temor: Radheya. Tienes miedo de que pueda matar a Arjuna. Radheya es un discípulo de Bhargava y es mejor arquero que Arjuna. Yo me encargaré de eso después de que Arjuna vuelva a la tierra. » Yudhisthira no le había contado esto a nadie. Indra recordó la promesa que le había hecho a Yudhisthira y decidió hacer algo que privara a Radheya de su poder.

Era el decimotercer año del exilio de los pandavas. Cierta noche, Radheya estaba durmiendo en su cama que era blanca como la nieve. Ya había llegado la medianoche, cuando el Sol, lleno de amor por su desafortunado hijo, le visitó en su sueño. Apareció con el disfraz de un brahmín y se dirigió a su hijo con un tono de voz dulce y compasivo y le dijo:

—Escúchame, Radheya, te diré algo que será para tu bien. Eres un hombre bueno y sincero y has tomado el voto de que quienquiera que se dirija a ti durante el mediodía, mientras haces tus adoraciones al Sol, le concederás todos sus deseos, no le permitirás volver con las manos vacías; sea lo que sea que te pida se lo darás. Nunca dices « no » a ninguna petición. Indra, el benefactor de los pandavas, aprovechándose de tu voto ha decidido dirigirse a ti mañana con una petición. Se presentará con el disfraz de un brahmín y te pedirá tu kavacha y tus kundalas; ¡no se los des! Tus kundalas te fueron entregados por alguien que los consiguió de Aditi y se te dieron como una protección especial. No te puedo decir quién te los dio porque no se me permite hablar de ello.

Cuando Indra te pida que se los entregues, trata de ofrecerle otras cosas en su lugar, ofrécele tu reino entero, dile que darías todo excepto esas dos cosas. Si los kundalas son arrancados de tus oídos, tu vida se acortará y morirás pronto. El kavacha es una armadura contra el mismo destino. Con el kavacha eres invulnerable, nadie puede vencerte mientras lleves esas dos cosas; pero una vez que sean separadas de tu cuerpo serás vencido y morirás. Han sido sumergidos en el néctar de la inmortalidad, el divino Amrita, el alimento de los dioses. Si estimas tu vida, debes cuidar esas dos cosas.

Radheya estaba conmovido por la preocupación que se reflejaba en la voz del brahmín y le dijo:

—Me tienes mucho afecto, pero no puedes ser un brahmín ordinario, dado que puedes decirme lo que ocurrirá en el futuro. Por favor, dime quién eres. Pareces estar muy preocupado por mi bienestar. En este ancho y amplio mundo nadie me ha mostrado tanto afecto excepto mi querida madre Radha. Por ella vivo en este mundo de dolor. También Duryodhana me ama; sigo viviendo sólo porque quiero agradarle. Por mi parte, la vida no tiene ningún atractivo, soy inmune a las alegrías y dolores que me han ocurrido hasta ahora. Pero este amor que me tienes me hace sentir curiosidad por saber quién es la tercera persona que se preocupa de mí.

El Sol dijo:

—Soy Surya, el de los mil rayos de luz, te tengo un inmenso afecto y no quiero que seas engañado por tus enemigos. Es por eso que he venido a ti mientras el mundo está durmiendo, haz lo que te digo, te digo esto para que puedas tener larga vida.

Radheya cayó a sus pies y dijo:

—Mi señor, te he elegido como mi dios. No adoro a ningún otro dios, tú eres mi Ishtadaiva, me siento afortunado de haberte visto en persona. Eres mi benefactor y quieres que rehuse otorgar estas dos gracias, el kavacha y los kundalas, porque dices que significan para mí mi propia vida.

»Pero te diré algo. Tú eres el testigo diario del voto que he tomado. Cada día, cuando llegas al cénit, te adoro y cuando acaba mi adoración, espero que alguien me pida limosnas y otorgo todo lo que me piden. Mi señor, tú has estado observando este ritual durante años, tomé este voto cuando se adhirió a mi nombre el estigma de Sutaputra. Dije que ganaría conocimiento, fama y punya por el continuo intento. Aprendí el arte de usar el arco del más grande de los arqueros, lo cual fue inútil por el hecho de ser un sutaputra. Pero este voto que he tomado, me ha proporcionado mucho punya, este voto me ha dado una paz que no había experimentado durante mucho tiempo. Me siento feliz cuando entrego algo, cuanto más aprecio algo, mayor es la felicidad cuando lo doy.

»Estoy listo incluso para dar mi vida, si se me pide. Así pues, si mañana Indra viene a pedirme limosnas; limosnas que incluso reportarán ventajas a los pandavas; limosnas

que me costarán la vida, ¿crees que se las negaré? Nunca he amado mi vida, no me importa entregarla.

»Un buen nombre, mi señor, es la única cosa que he querido, no quiero cambiarlo por una larga vida. Si rechazo dar a Indra lo que quiere, mi fama morirá inmediatamente. El nombre que he ganado como "Radheya el dador", morirá en un momento. Yo viviré por mucho tiempo pero mi ignominia vivirá por mucho más. La muerte con fama es mucho más deseable que una larga vida ignominiosa. Si el que dio muerte a Vritra, el señor de todos los dioses en los cielos, viene a mí como un mendigo, consideraré como un privilegio concederle lo que él quiera. Él puede estar del lado de los pandavas y ser parcial con ellos, movido por lo cual será tentado a sacar provecho de mi voto y privarme de mi fuerza. Pero no me preocupa lo que le incita a hacerlo, sólo sé que he sido el blanco elegido por el destino. Ya me han sucedido varias cosas parecidas, lo cual me lleva a una conclusión: la derrota de Radheya y el éxito de Arjuna. Conozco todas las conspiraciones del destino. Sé que no voy a ganar, pero no me apartaré del camino del deber que me he impuesto a mí mismo. Si Indra me pide un don, entonces será para mí una gloria concederle ese don al más grande de los dadores, el dador que hace vivir al mundo por su magnificencia.

»La fama es la mujer que he elegido por esposa, amo la fama más que a mi propia vida. Un hombre que ha ganado fama vive en los cielos. La infamia significa aniquilación, la fama da a un hombre nueva vida y le hace sentirse joven, le protege y le guarda como una madre cariñosa. Si rechazo darle a Indra lo que quiere, viviré largo tiempo sin duda, pero la infamia me robará mi vida futura. La fama acompaña a un hombre durante toda su vida y es la única cosa permanente en este mundo donde todo lo demás es transitorio. Hace pura la vida en esta tierra y dura más que la misma vida. Perderé este cuerpo, pero alcanzaré vida eterna. ¿Crees que dejaré ir esta oportunidad? Lucharé en la guerra con toda mi habilidad y mataré a mis enemigos para complacer a mi amigo más querido, consiguiendo fama. Moriré luchando y alcanzaré los cielos destinados a los que mueren en el campo de batalla. Protegeré mi buen nombre incluso a costa de mi vida. Te prometo que le concederé a Indra lo que quiere.»

El Sol dijo:

—Te quiero mucho, Radheya, y es por eso que te pido de nuevo que no cometas esa tontería. Estás tirando la felicidad de tu esposa y de tus hijos y la del amigo que depende de ti para ganar esta guerra.

»Obtendrás fama, no hay duda, ¿pero cuál es la utilidad de una fama que no puedes disfrutar? Estarás muerto. La fama que cortejas con tu vida te conducirá a la morada de la muerte. Cuando tu cuerpo esté reducido a cenizas, cuando sólo seas un nombre en este mundo, ¿cuál es la utilidad de la fama que hayas ganado? No estarás aquí para

oír las alabanzas que lloverán sobre ti. Me has querido siempre y yo también te he amado, y en nombre de nuestro amor te pido este favor; no les des tu querida vida a los pandavas. Me gustaría decirte porqué estoy tan turbado pensando en tu muerte inminente, pero no puedo, no puedo decírtelo. Sólo puedo pedirte que no entregues tu kavacha y tus kundalas que te fueron concedidos por un dios que te ama como a su misma vida. Radheya: el único deseo de tu vida ha sido matar a Arjuna, sólo puedes hacerlo si conservas esas dos cosas, si las pierdes te vuelves vulnerable. Si no te separas del kavacha y los kundalas, nadie, ni siquiera Indra, ni Rudra, ni Vishnu, pueden hacerte ningún daño. Si quieres realizar tu ambición de matar a Arjuna, si quieres complacer a tu querido amigo Duryodhana, no debes concederle ese don mañana a Indra. »

Radheya estaba sobrecogido por el amor que le tenía el Sol y le dijo:

—Mi señor, tú eres el único dios que he adorado. No tengo a nadie que me pertenezca, no tengo padre, no sé quién es él, ni tampoco conozco a mi madre. Ella me abandonó tan pronto como nací. No tengo a nadie que me ame; tú, tú, mi señor, eres la única persona que quiero y por el afecto que me tienes has venido a prevenirme. Pensaste para ti:

« Radheya, mi devoto, está en peligro de perder su vida, debo protegerle. » Mi señor, no sé cómo pagarte tu bondad, sabes que haría cualquier cosa por complacerte y, sin embargo, no puedo obedecerte. Te ruego que me perdones, nunca he conocido el miedo, ni jamás he temido a la muerte, pero hay una cosa que en verdad temo: la falsedad. No puedo engañarme a mí mismo. Tengo que ser fiel al voto que he tomado: no negarle a nadie nada. No me importa si se me pide incluso mi vida. Tengo que otorgar el don que mañana me pedirá Indra. Por favor, bendíceme con tus manos amorosas y otórgame eterna fama.

El Sol dijo:

—Nada puede apartarte del camino de la rectitud. Eres incluso más grande que Yudhisthira que es la única otra persona que moriría antes que abandonar el Dharma. Estoy orgulloso de ti, cuando des tu kavacha y tus kundalas, si Indra quiere que le pidas un don, pídele que te dé su Sakti. Eso te recuperará hasta cierto punto de la pérdida de tu armadura.

El Sol desapareció del sueño de Radheya, el cual se levantó de la cama y pasó el resto de la noche recordando su sueño. Ya no pudo dormir más, estaba esperando que amaneciera el día siguiente.

Capítulo VII

RADHEYA ENTREGA SU KAVACHA Y SUS KUNDALAS A INDRA

EL Sol apareció por el este, lentamente, como si no quisiera anunciar el día que condenaría a muerte a su hijo. Radheya estaba esperando pacientemente a que el Sol alcanzara su cénit. Su cuerpo ardía con una fiebre extraña. Sus ojos brillaban como carbones al rojo vivo.

Era mediodía. Radheya había acabado su adoración al Sol y estaba esperando la venida de Indra.

El brahmín llegó y la emoción hacía que el corazón de Radheya latiera rápidamente. El brahmín se quedó ante él con las manos extendidas.

—Por favor, da —dijo el brahmín.

Radheya cayó al instante a sus pies, como tenía por costumbre. Honró al brahmín con las manos juntas y le dijo:

—Te daré todo lo que pidas, por favor pide. El brahmín le dijo:

—No quiero riquezas, ni vacas, ni oro como otros brahmanes, quiero tu kavacha y tus kundalas.

Radheya sonrió para sí y le dijo:

—Tu petición es extraña; estas dos cosas, mi señor, no puedo separarlas de mi cuerpo. Te daré otras armaduras y pendientes que sean más costosos que éstos. Te daré incluso mi reino, pero estas dos cosas no puedo quitármelas.

El brahmín le dijo:

—He oído que eres el más grande de los dadores, no quiero nada más, sólo quiero esas dos cosas. Si eres tan sincero y recto como proclama tu reputación, haz cierta esa tradición. Sácalas de tu cuerpo y dámelas. Éste sería el regalo más grande que hayas dado nunca o que puedas dar en el futuro.

Radheya volvió a sonreír y le dijo:

—Mi señor, obviamente te sientes muy atraído por el brillo de estas cosas, pero no son ornamentos ordinarios, han sido sumergidos en el néctar que es la comida de los dioses. Me los pusieron para garantizarme larga vida y para protegerme de la muerte. He jurado a mi amigo Duryodhana que mataría a Arjuna en la guerra que sobrevendrá, por eso debo conservar este kavacha y estos kundalas, que es la única razón por la que te pido que me permitas conservarlos.

El brahmín se mostraba inflexible, quería esas dos cosas y sólo esas dos cosas.

Radheya se rió y dijo:

—Mi señor, sé quién eres, tú eres Indra, el más grande de todos los dadores. La tierra debe su vida y sus riquezas a tu magnificencia, de hecho el proverbio dice: « Sé como Parjanya en el dar. » Me siento turbado viéndote a ti pedirme. Tú tienes el privilegio de concedernos dones a los mortales, ya que eres el señor de los dioses. Tú sabes mejor que yo que si te doy estas cosas que me protegen de todo mal, te estoy dando mi misma vida, pero eso no me afecta. Me siento complacido y honrado de que el gran Indra me acepte un regalo, me siento orgulloso de darte mi vida.

Radheya separó la armadura de su cuerpo y se quitó los pendientes de sus orejas. El kavacha y los kundalas fueron colocados a los pies del brahmín. El rostro de Radheya había adquirido un brillo inusual. Se sentía extremadamente feliz de hacer este sacrificio por causa de su voto. Se dice que el valor de un sentimiento equivale a la cantidad de sacrificios que se esté dispuesto a hacer por él. Radheya era feliz porque había sacrificado su propia vida por causa de su Dharma, su felicidad era tan grande que de sus ojos resbalaban lágrimas. Los ojos de Indra también estaban húmedos y desde el cielo cayeron flores sobre Radheya. Indra le dijo:

—Nunca he visto a una persona como tú, eres la persona más noble que me he encontrado jamás. Surya te previno de mi venida y sabías lo que ocurriría si me dabas esas cosas. Sin embargo, has entregado tu propia vida movido por los nobles sentimientos que han morado en tu alma desde siempre. Pídeme lo que quieras, excepto mi arma personal, el Vajra, te daré cualquier cosa. Radheya sonrió y le dijo:

—Mi señor, no es propio recibir nada a cambio de un regalo, esto no te permite ser un verdadero dador, el gesto de dar pierde su valor. Pero en este caso, he decidido pedirte un don y te diré el motivo. Por tu afecto hacia Arjuna y debido a tu parcialidad en beneficio de los pandavas, has realizado un acto que no será aprobado por nadie. Me has pedido que sacrifique mi propia vida; tú, que eres el más grande dador de la tierra y de los cielos, has apelado a mi voto de que jamás le negaría algo a alguien que me lo pidiera. Mas para salvarte de la censura del mundo, te pediré un don. Mi señor, te tengo demasiado respeto como para dejar que el mundo hable mal de ti, por culpa de este incidente. Así que te pediré que me des tu Sakti, el arma con la que destruiste a tus enemigos. Eso me compensará hasta cierto punto de la pérdida del kavacha y los kundalas. Entonces, el mundo dirá: « Indra le pidió estas dos cosas a Radheya pero a cambio le dio su poderoso Sakti. » De este modo escaparás de la censura de los amantes de la rectitud. Por favor, dame tu Sakti.

Indra estaba sorprendido de la grandeza de este mortal que en un momento había ascendido a una altura desde la que podía mirar desde arriba al que era el rey de los cielos. Indra le dijo:

—Hoy has conquistado al rey de los cielos. Te concederé tu don, y también te concederé que no quede ninguna cicatriz en tu cuerpo por las heridas que te has causado

al separar de él estos objetos. Serás más glorioso de lo que has sido hasta ahora. En cuanto al Sakti, te lo daré, pero sólo podrás usarlo contra un enemigo. Sólo lo podrás usar una vez y matarás con seguridad a la persona contra la que lo dirijas, pero no podrás volverlo a usar, porque luego volverá a mí.

Radheya le dijo:

—Sólo lo necesito una vez, contra una persona, sólo tengo un enemigo.

Indra le dijo:

—Sé que te refieres a Arjuna. Pero mientras esté protegido por Krishna, nadie puede dañar a Arjuna, ni siquiera mi Sakti. Krishna, la encarnación del Señor, se ha responsabilizado de proteger a los pandavas. Radheya, tu poder se disipará ante el suyo.

Radheya no prestó atención a sus palabras, estaba muy feliz de poseer el Sakti. Luego le dijo:

—Aún tengo esperanzas de ganar la guerra y matar a Arjuna. Mis esperanzas pueden ser vanas, pero no me importa. Tengo tu Sakti y puedo intentarlo al máximo. A pesar de la pérdida de mi kavacha y mis kundalas podré ayudar a mi amigo, quien ha centrado en mí todas sus esperanzas. Me siento feliz.

Indra le dijo:

—Tanto si ganas la guerra como si la pierdes no tiene importancia. Has ganado fama eterna, serás recordado en la posteridad como el mayor dador. Desde hoy se te llamará Karna porque has dado tus kundalas y se te llamará Vaikartana por cortarte tu kavacha sin titubear. Serás conocido en el mundo de los hombres como el hombre que pudo vencer al destino y labró un nombre para sí mismo en los pergaminos del tiempo. No cualquiera puede ser una persona como tú, se te recordará por siempre jamás. Dices que el proverbio es: « Sé como Parjanya en el dar. » Y así ha sido hasta ahora, pero desde hoy, el proverbio será: « Sé como Karna en el dar. » Mientras viva el mundo, se recordará tu nombre. Ahora tengo que irme.

Radheya cayó a sus pies y le dijo:

—Mi señor, tengo una petición más, hoy he encontrado en ti a un amigo, y parece que me aprecias. Si de verdad me aprecias, ¿me harías un favor? Durante los últimos años he sufrido mucho por causa de mi nacimiento, que ha sido cubierto con tanto misterio que casi he perdido la razón tratando de desvelarlo. ¿Podrías revelarme el secreto de mi nacimiento? ¿Puedes decirme quién soy, quién es mi padre y quién es mi madre? ¿No podrías poner fin a mi sufrimiento?

Indra le miró con compasión y le dijo:

—Me gustaría decírtelo, pero es un secreto que se guarda muy celosamente, no debes conocerlo todavía.

Radheya aceptó sus palabras encogiendo sus hombros con resignación; sabía que estaba indefenso en contra del destino. Se secó las lágrimas de sus ojos como diciendo « no importa », y se inclinó ante Indra. Indra elevó su mano derecha y bendijo a Radheya con estas palabras:

—Que tu nombre perfume la posteridad, aquellos que oigan pronunciar tu nombre, aquellos que oigan la historia de tu sacrificio, nunca más se apartarán del camino de la verdad.

Desde los cielos llovieron flores sobre Radheya e Indra, y una brisa fresca inundó el ambiente. La tierra se humedeció con unas cuantas gotas de lluvia que aceptó complacida como un regalo del señor de los dioses. Indra desapareció. Por un lado le había robado la vida a Radheya, mientras que por otro, le había otorgado la vida eterna.

Capítulo VIII

KICHAKA SE ENAMORA DE DRAUPADI

La reina amaba a Draupadi, que era tratada casi como una reina por haber sido en su tiempo una dama de compañía de la reina de los pandavas. Tenía modales dulces y encantadores, lo cual le granjeaba el afecto de todo el mundo. Draupadi había pasado diez meses del Ajnatavasa en el palacio de la reina de los viratas.

La reina tenía un hermano, su nombre era Kichaka y era el jefe del ejército del rey, que había salido en una campaña de conquistas en la época en que los cinco pandavas entraron en Virata. Kichaka entró triunfante en la capital. Hubo una gran recepción en su honor y después de que todo hubo acabado, Kichaka se dirigió a los aposentos de su hermana a hacerle una visita. Él era el gran favorito de su hermana, pasó un tiempo con ella y volvió a su palacio. En el camino de regreso, vio los jardines de Sudeshna.

El jardín estaba lleno de flores, pues ya había llegado la primavera, era un lugar encantador.

Kichaka se quedó por un momento mirando el hermoso jardín y de repente entró en él. ¿Por qué entró? ¿Qué le hizo entrar? Quizás el aroma de un perfume, quizás una rama cargada de flores señalándole, pero fue el destino y nada más lo que le hizo entrar al jardín y pasearse entre las flores. De repente vio a Sairandhri, la miró y todo se hizo luz. Sairandhri era hermosa, pero Kichaka había conocido muchas mujeres hermosas. Quizás fue su encanto, su dignidad, su gracia; otras mujeres tenían todas esas cualidades, pero Sairandhri le hizo su esclavo.

Draupadi había ido allí buscando un momento de paz.

Paseaba frecuentemente desde que la reina le había permitido usar su jardín cuando quisiera estar sola con sus pensamientos. La entrada triunfal de Kichaka en la ciudad recordó a Draupadi las entradas de Bhima, Nakula, Shadeva y Arjuna durante los días

del Rajasuya. Draupadi había buscado refugio en aquel florido jardín para derramar sus lágrimas en secreto, pero, de pronto, advirtió que no estaba sola. Se volvió y vio que Kichaka la estaba mirando. Viendo sus ojos encendidos de amor, se alejó del lugar. Él fue detrás de ella, la alcanzó y le dijo:

—¿Quién eres?, he estado en el palacio de mi hermana muy a menudo y nunca te he visto, me quedé sorprendido al verte. Nunca pude imaginar que una mujer pudiera ser tan hermosa, ¿dónde te has estado escondiendo durante todos estos días?, ¿cómo es que no te he visto antes?. ¿Quién eres?, ¿por qué estás sola?. Estás perdiendo el tiempo sirviendo en este palacio.

Draupadi no le miraba, miraba al suelo. Y le dijo:

—Soy Sairandhri, la florista de tu hermana, soy su sirvienta. Estoy aquí desde hace unos meses. Por favor, déjame ir.

Kichaka dijo:

—¡La florista de mi hermana! Tú eres una mujer hermosa. En el momento en que te vi, me convertí en tu esclavo; te estás consumiendo aquí, eres demasiado valiosa para ser la florista de mi orgullosa hermana. Tu belleza se está malgastando aquí en los aposentos de una mujer. Tu belleza me ha cautivado, me siento como un pájaro aturdido por el perfume de la primavera, no puedo pensar en nada más que en ti. No creo que debas peinar el pelo de mi hermana, no creo que yo pueda soportarlo, ella debiera hacerte a ti ese servicio. ¿Por qué llevas las ropas que ella desecha? ¿Por qué aguantas tantos insultos? Has nacido para ser una reina. Ven conmigo y sé mi reina. Te quiero, abandonaré a todas mis mujeres. Haré que todas ellas sean tus esclavas. Yo también seré tu esclavo, obedeceré tu deseo más pequeño como una orden.

»Trata de ser buena conmigo, ven conmigo. Has hallado un lugar en mi corazón. No debes quedarte aquí por más tiempo. Te tendré en mi palacio y te haré la reina de Virata, yo soy aquí la persona más poderosa. El rey, mi hermano político, es sólo un rey de nombre, él no se atrevería a decir nada, ven a mis brazos. Compláceme y no te arrepentirás, no te puedes imaginar cuánto te amo. Daré cualquier cosa por ti. Mi buen nombre, la reputación que me he ganado hasta ahora, todo eso será el incienso para este nuevo altar de amor. No puedo vivir sin ti; concédeme la vida. —Kichaka cayó a sus pies derramando lágrimas, se había vuelto como una mujer debido a la emoción.»

Draupadi le miró y le dijo;

—No es correcto que tú, un príncipe, me hables así a mí, una doncella del palacio de tu hermana. Estoy por debajo de ti. Tú puedes conseguir a muchas mujeres que serán iguales a ti en rango, nacimiento y casta. No debes hablarme así; está mal y no apruebo tus palabras. Un hombre sólo debería decirle esas palabras a una mujer con la que está casado y a ninguna otra. Yo además no estoy soltera, estoy aquí en el palacio de

tu hermana porque mis maridos me han pedido que me quede en un lugar en el que no peligre mi honor. Soy la esposa de cinco gandharvas. No puedo aceptar tu proposición. Si mis esposos llegaran a enterarse de esto te matarían, no podrías escapar a su ira. Lo siento por ti, pero esa es la razón por la que te digo que te detengas antes de que sea demasiado tarde. Por favor, deja esos deseos y márchate; no se lo contaré a nadie, te excusaré. —Draupadi se dio la vuelta como para irse y le habló de nuevo—: Te lo repito, si aprecias tu vida déjame y vete. Llevas el lazo de la muerte en tu cuello pensando que es una guirnalda de flores. Estás tratando de abrazar una llama como lo hace una polilla, pensando que es una fruta. Estás tratando de matarte a ti mismo y contigo a todos los que te aman. Eres un gran soldado, has ganado un gran nombre y mayor fama. Por favor, no eches a perder todo eso por tu locura; te prevengo. —Sairandhri se marchó después de haber hablado.

Kichaka permaneció por largo tiempo de pie en aquel lugar como si hubiera echado raíces, no podía hacer nada. El amor por aquella mujer le consumía como el fuego, sus ojos ardían y su respiración era entrecortada. Tenía que poseerla, sí, tenía que hacerla suya. Se dirigió hacia el palacio de su hermana, que quedó muy sorprendida al verle de nuevo, ya que acababa de dejarla hacía un rato. Kichaka se desplomó en su cama;

Sudeshna estaba preocupada por él. Se dirigió a él y le dijo:

—¿Qué es lo que te ha ocurrido, Kichaka? Estabas bien cuando me dejaste, ¿te ha ocurrido algo? ¿no te encuentras bien? A Kichaka le costó un tiempo responder, luego le dijo:

—Hermana, dime quién es ella, esa mujer que dice que hace guirnaldas de flores para ti; esa hermosa mujer. ¿Cuánto hace que está contigo? ¿de dónde viene? Acabo de verla y la quiero para mí. Le pedí que fuera mía y se negó. Moriré si no la consigo, nunca supe que el amor pudiera ser tan doloroso. Me hiere, me siento como si me estuviera quemando en una lluvia de fuego. Mi cuerpo tiembla cuando pienso en ella. Hermana, dime cómo puedo hacerla mía, debes ayudarme.

Sudeshna estaba apenada viendo sufrir así a su hermano. Estaba muy orgullosa de él. Se sentó a su lado, tratando de tranquilizarle, y le dijo:

—Kichaka, está conmigo desde hace once meses, vino pidiéndome un lugar en mi palacio y le prometí tratarla con mucho cariño. Su conducta ha sido muy buena, se ha hecho querer por todas nosotras. Ella me contó en nuestro primer encuentro que tiene por maridos a cinco gandharvas y que si alguien la insultara vendrían y matarían al malhechor. Una vez, el rey, mi marido, la vio y pensó acercarse a ella con las mismas intenciones, y yo le dije con tiernas palabras que lo que pensaba no sería posible, dado que la protegían sus cinco maridos. Desde entonces sus pensamientos han cambiado porque tiene miedo de ellos. Ella me ha dicho que su ira sería más terrible que el fuego en un bosque. Kichaka, mi querido hermano, no pienses más en ella, tengo otras muchas

doncellas conmigo, elige cualquiera de ellas, te daré lo que quiera que pidas, pero no pienses en Sairandhri; si quieres vivir, no pienses en ella, o te causará la muerte. Yo te quiero, no me hagas infeliz; quiero que olvides a Sairandhri.

Kichaka la miró y se rió diciendo:

—Mi querida hermana, después de mirar a Sairandhri, ¿cómo puedo pensar en alguien más? Ella es la única mujer para mí, es tan radiante como el fuego; su figura es una gran llama y sus ojos las chispas que salen de él. Su pelo es una nube de humo, tratando en vano de desvanecer su brillantez. Su belleza es tan única que empobrece el lenguaje que trata de describirla. Separar de ella su belleza y luego describirla es como separar el perfume de la flor del champaka. Sería tan difícil como capturar el brillante rojo sangre del rubí, o el frío y fogoso verde de la esmeralda. Hermana mía, tengo que conseguirla. Hablas de sus cinco maridos los gandharvas, ¿a mí qué me importan? ¿no soy yo un guerrero? Puedo matar a mil gandharvas con las manos desnudas. ¿Por qué preocuparse de cinco? Tú no sabes nada sobre mujeres, si una mujer ve a un hombre que es hermoso y que sabe hablar cosas bellas, no puede resistírsele. Cualquier mujer, incluso la que es fiel a su marido. Esta mujer parece ser una mujer apasionada, seguro que es del tipo de las que les gusta tener siempre a su marido con ella. Debe sentirse miserable sin los abrazos de un hombre. Dices que tiene cinco maridos y que ha estado separada de ellos los últimos once meses, seguramente será fácil coaccionarla. Se someterá fácilmente a mi amor. A una mujer como ella, que está hecha para el acto del amor, no le será fácil resistirse a un hombre después de meses de soledad. Su respuesta será maravillosa. Ella me complacerá y yo sé que podré complacerla, sólo tengo que estar a solas con ella. Debes arreglártelas de algún modo para mandarla a mi palacio. Yo me cuidaré del resto, la haré mía.

A Sudeshna no le gustaba que le ocurriera esto a su hermano, tenía un miedo instintivo y sabía que las amenazas de Sairandhri no eran vanas palabras. Sabía que su hermano estaba cortejando a la muerte al tratar de hacer el amor con esta mujer, pero sentía lástima por él y quería que fuera feliz. Le dijo:

—Mi querido Kichaka, ¿por qué te has vuelto tan tonto? Sé que te matarán por el insulto que piensas inferir a Sairandhri y no quiero que muera mi querido hermano. Eso es por lo que estoy tratando de decirte esto, pero veo que eres testarudo. Haré lo que pueda, pero ahora debes irte. Muy pronto te la mandaré, le pediré que me traiga vino de tu palacio. Si puedes ganártela, estupendo, pero si no, temo el futuro, tengo miedo por ti.

Kichaka abrazó a su hermana contra su pecho y le dijo:

—No hay nadie como tú, mi querida hermana, nunca olvidaré tu bondad. —Kichaka se alejó apresuradamente del palacio, empujado por el destino.

Capítulo IX

KICHAKA ULTRAJA A SAIRANDHRI

SUDESHNA esperó durante un día o dos; para entonces, oyó que su hermano estaba casi enfermo y que se hallaba en la cama. Estaba sufriendo por su amor no correspondido. La reina mandó a buscar a Sairandhri y le dijo:

—He oído que mi hermano Kichaka ha traído algunos vinos especiales. Me siento sedienta; por favor, ve a su palacio inmediatamente y tráeme algún vino de mi hermano.

Draupadi estaba atónita, ella no hubiera soñado que también la reina se volviera partidaria de los planes de Kichaka. Se le escapó un cálido suspiro, y le dijo:

—Mi reina, por favor, no me mandes allí. Tu hermano tiene malas intenciones hacia mí; ya me ha molestado con sus acosos, no quiero ir a su casa. Vine a ti pidiéndote ayuda y tú me has protegido durante los últimos meses; no es correcto que lo eches todo a perder haciéndome ir al palacio de tu hermano. Él me forzará a que le obedezca, no iré allí; no tengo a nadie que me ayude excepto tú; por favor, sé buena conmigo, tú eres una mujer. Sé amable conmigo, soy una doncella desamparada. Por favor, envía a otra persona al palacio de tu hermano, pídeme que haga cualquier otra cosa, lo haré con agrado, pero no me hagas ir a las estancias de Kichaka; me ultrajará.

Sudeshna se puso furiosa con ella y le dijo:

—Quiero que vayas tú, no me gusta la forma en la que hablas de mi hermano. Él no es el tipo de persona que molesta a las mujeres, sólo estás poniendo excusas para evitar hacer lo que te estoy pidiendo. Él no te molestará, él sabe que se debe tratar bien a mis doncellas. Ve rápidamente y tráeme algo de vino, estoy sedienta.

Sairandhri tuvo que obedecer, cogió la vasija de oro que le dio la reina en la mano y caminó hacia el palacio de Kichaka.

Él había estado esperando su llegada y viéndola acercarse a sus aposentos, salió para recibirla. Le habló en un tono de voz lleno de amor y le dijo:

—Así que al fin has venido. Te he estado esperando desde hace mucho tiempo. Ven, amada mía, no es correcto que estés de pie; mira, he preparado una cama para ti, ven conmigo y descansa ahí, tómame por tu amante, bebamos y disfrutemos nuestro encuentro.

Draupadi le dijo:

—Mi señor, no vine aquí para quedarme contigo. Fui enviada por mi reina para llevarle algo de vino de tu palacio, por favor, apresúrate y llena esta vasija de oro.

Kichaka se rió a carcajadas y le dijo:

—¿Cómo piensas que ahora, que has venido a mí, mi querida dama, voy a dejarte ir tan pronto? Mandaré el vino con alguna otra persona; tú quédate, compláceme y luego te podrás ir.

Kichaka se le acercó y trató de agarrarla de la mano. Draupadi le empujó y le tiró al suelo impulsada por el frenesí nacido del miedo, tras lo cual trató de alejarse corriendo de allí; corrió en dirección a la corte de Virata.

Allí estaba Yudhisthira y quería su protección. Arrojando el cuenco de oro al suelo, corrió tan deprisa como pudo. Kichaka corrió tras ella, la agarró por el pelo y la tiró al suelo pisándola con su pie. Draupadi estaba desesperada, con el pelo flotando tras ella como una nube, corrió hacia la corte de Virata.

El rey la miró y Yudhisthira también, pero nadie dijo una palabra. Bhima acababa de llegar allí por casualidad; presenció la escena y sus ojos ardieron en llamas. Respiraba fuego y hubiera matado a Kichaka en aquel mismo lugar. Comenzó a arrancar un árbol que estaba a mano, pero Yudhisthira le detuvo con una mirada y le dijo:

—Si deseas fuego para tu horno, no rompas las ramas de este árbol, la madera estará demasiado verde, no arderá; no tiene sentido que gastes tus energías en el árbol. Cuando el árbol esté lo suficientemente seco, puedes destruir al árbol ofensor; no es el momento adecuado.

Bhima entendió lo que quería decir, no debían estropear su futuro actuando precipitadamente, debía esperar.

Bhima miraba al suelo y permanecía callado. Draupadi vio todo aquello y estaba furiosa con Yudhisthira.

Miró al rey y le dijo:

—Mi señor, ¿cómo puedes permitir que ocurra esto en tu reino? He venido a ti pidiéndote protección, debes protegerme de este hombre que me está maltratando; tengo cinco maridos pero no pueden castigar a este hombre, permanecen callados; tú eres el rey, no tengo otro refugio que tú, debes salvarme de la ruina, apelo a ti.

El rey estaba callado, no podía hacer nada. El poderoso Kichaka era el jefe de su ejército y no podía atreverse a enfrentarse con él. No se atrevía a dirigirle palabras de reproche. Nadie podía hacer nada excepto observar el proceso de aquel incidente. El rey le dijo a Draupadi:

—No puedo juzgar algo que no ocurrió en mi presencia, sólo vi el final; hasta que no sepa que toda la culpa es de Kichaka no puedo hacer nada. ¿Cómo sé qué provocó el que te golpeara? Quizás estaba justificado, no lo sé; por favor, vete de aquí.

Yudhisthira estaba furioso con el rey por la forma tan indecorosa en que trató de evitar el asunto. Su frente estaba húmeda de sudor, pero tuvo que controlar su ira; se dirigió a su querida esposa y le dijo:

—Creo que sería mejor que te fueras a los aposentos de la reina; tus maridos saben todo lo que ha ocurrido hasta ahora y sin duda estarán enfadados. No han salido a tu rescate porque quizá piensen que el momento no es oportuno. No está bien que te enfades con ellos, porque no se apresuraron a ayudarte. Tus maridos creen que no es el momento de enfadarse, por favor, sé paciente. Llegará el momento en que se acaben todas tus preocupaciones. No han intervenido porque no quieren interrumpir las largas penitencias que han estado realizando en los últimos años, en cuyo caso resultarían inútiles; no quieren hacerlas de nuevo. Esperan que cooperes con ellos y soportes esta situación durante quince días más. Luego, podrás abandonar esta ciudad y dirigirte a tus maridos. Para entonces ellos estarán libres de hacer lo que te plazca. Tú sabes que están sometidos por una maldición. La maldición acabará dentro de una quincena.

Draupadi no pudo moverse de allí. Yudhisthira, de nuevo, le dijo:

—El rey Virata es un hombre justo, no es correcto que le consideres injusto. Lloras demasiado en la presencia de los hombres, eso no es modestia; ve a los aposentos del palacio. Tu comportamiento es tan exagerado como el de una actriz, no deberías quedarte aquí demasiado tiempo.

Draupadi se sintió profundamente herida por la palabra « actriz ». Miró a Yudhisthira con los ojos ardiendo y le dijo:

—Tienes razón, hombre sabio, me llamas actriz y tienes toda la razón para decirlo; pero deja que te diga algo: por ser mi primer marido un adicto al juego de dados, mis otros maridos tienen que ser unos cobardes por su culpa.

Draupadi echó su pelo hacia atrás quitándoselo de su rostro y se puso bien sus vestiduras. Luego, se alejó de la corte con una expresión enfurecida, después de lanzar una mirada de fuego a todos en general y en particular a Yudhisthira. Los pandavas, que estaban listos a entregar su vida por su causa, tuvieron que permanecer en silencio y mantener ocultas su bravura y su ira, ya que tenían que evitar que fueran descubiertas sus identidades.

Capítulo X
BHIMA Y SAIRANDHRI

DRAUPADI volvió a sus aposentos y se bañó, dando rienda suelta a su llanto. Sollozaba como si su corazón se fuera a romper. Sudeshna fue hacia ella y se sentó a su lado. Le dijo:

—¿Por qué lloras así? ¿Qué te hace tan infeliz? Draupadi estaba enfadada con ella y le contestó:

—Me mandaste al palacio de tu querido hermano sabiendo lo que iba a ocurrir, y ahora me preguntas por qué estoy llorando. —Draupadi no habló durante largo tiempo

y luego le contó a la reina todo lo que había ocurrido. Le dijo—: No me preocupa, ahora mis maridos lo saben todo y muy pronto matarán a tu hermano.

Sudeshna la dejó y se fue con su corazón lleno de temor por la vida de su hermano.

Draupadi se sentó allí sola sin saber por cuánto tiempo. Sólo sentía una cosa: odio. Odiaba a Kichaka y decidió que tenía que morir. Que se hubiera atrevido a mirarla era ya suficiente insulto: tenía que morir. Draupadi se convirtió en una llama que consumiría a Kichaka. No comía ni dormía y se pasó las horas pensando en ello, hasta que por fin, decidió lo que debía hacer.

Esa noche, cuando todos se habían ido a dormir, Draupadi se levantó de su cama y caminó con pasos firmes hacia el lugar donde dormía Bhima, entrando en su dormitorio. Bhima estaba dormido y Draupadi se dirigió hacia él y se sentó a su lado contemplándole durante mucho tiempo. Por fin, despertó a Bhima de sus sueños y él se incorporó, Draupadi le habló con una voz tan dulce como las notas de la vina, y mirándole amorosamente le dijo:

—Bhima, mi querido Bhima, ¿cómo puedes dormir mientras yo paso los días y las noches sufriendo? ¿Tienes tú también un corazón tan duro como el de tu hermano? ¿Cómo puedes dormir mientras Kichaka está vivo? ¿Cómo puedes dejarme sufrir y dormir como si no hubiera pasado nada? Tú eres la única persona a la que puedo apelar; Bhima, por favor, hazme feliz.

Bhima le dijo:

—Es una imprudencia que vengas aquí, si alguien te viera sentada en mi cama, sería la ruina de tu reputación y la mía. No deberías haber venido aquí. Dime rápido para qué has venido y márchate antes de que nadie descubra nuestras relaciones.

Draupadi permaneció en silencio durante un rato y luego de repente comenzó a hablar, diciéndole a Bhima cómo la había estado acosando Kichaka. Le contó todo.

Él escuchó toda la historia, mientras ella continuaba diciendo:

—Tú estabas allí, en la corte, y oíste cómo habló Yudhisthira, ¿cómo puedo ir a pedirle ayuda a él? No le tengo respeto porque él no se respeta a sí mismo, ni tiene sentimientos. Sólo sabe jugar a los dados, no sabe hacer nada más. Tú siempre has hecho todo lo que he querido que hicieras porque me amas; sólo puedo apelar a ti, no puedo dirigirme a nadie más. No podré comer ni dormir hasta que Kichaka muera, no puedo pedírselo a Yudhisthira, ni tampoco a nuestro Arjuna. Y Nakula y Shadeva obedecen ciegamente a su hermano. Nunca harán nada que contraríe a Yudhisthira. Sólo tú te atreves a desafiarle para complacerme. Me he dirigido a ti para pedirte ayuda; he sufrido mucho durante los últimos meses, nunca hasta ahora le he hecho servicios domésticos a nadie, pero ahora tengo que hacer pasta de perfumes para el rey y la reina. Mira mis manos, acuérdate

cómo eran y ahora míralas, mira las durezas que me han salido en las palmas por estar constantemente moliendo la pasta.

Draupadi le mostró sus manos ásperas y toscas por las durezas; al verlas, Bhima, llevándose sus dos manos al rostro, derramó lágrimas de dolor. Luego se repuso y le dijo:

—Escúchame, mi querida Draupadi, tú sabes cuánto te amo, ¿te he negado algo alguna vez? Pero esta vez debemos tener paciencia. Hubiera matado hoy a Kichaka en el sabha si no hubiera sido por el aviso oportuno de Yudhisthira, pues comprendí lo que quería decir. Yo tampoco soy tan feliz como me parece que piensas. ¿Crees que he olvidado lo que ha ocurrido durante estos últimos años? ¿Crees que he olvidado la corte de Hastinapura? ¡No! Yo también estoy contando los días que faltan para el amanecer de nuestra libertad. Tenemos que ser cuidadosos, mi reina. El tiempo de nuestro cautiverio está llegando a su fin. Dentro de medio mes mataré a Kichaka. Ahora no debemos cometer imprudencias; si lo mato ahora me reconocerán y si eso ocurre tendremos que volver de nuevo al bosque. Para evitarlo, te pido que seas paciente durante unos cuantos días más. ¿No soportó Sita, la esposa de Rama, sus dificultades con gran paciencia? Piensa en Damayanti, piensa en las muchas reinas que soportaron penas con paciencia. Te prometo que mataré a Kichaka, no será una tarea difícil para quien ha matado a Baka y a Hidimba.

»Sólo te estoy diciendo que no es el momento oportuno. Por favor, abandona esos sentimientos durante una quincena más, sólo una quincena. Luego te concederé lo que deseas. Cuando acabe nuestro exilio, podremos salir a campo abierto, desafiaré a Kichaka a un combate singular y le mataré, pero no ahora. Yudhisthira me ha pedido que tenga paciencia. »

Draupadi no se dejó convencer y le dijo:

—No sabía que fueras tan despiadado. Ahora no me queda nadie. La única salida es la muerte: si no matas a Kichaka te prometo que beberé veneno y me mataré.

Bhima sentía mucha lástima de ella y se decidió a hacer lo que le pedía.

La tomó entre sus brazos, y secándole sus lágrimas dulcemente con los dedos, le dijo:

—No llores, Draupadi, no llores, mi reina, no puedo soportar verte llorar: mataré a Kichaka mañana. Debes encontrarte mañana con él y citarle en la sala de bailes, que recientemente ha construido el rey. Dile que allí hay una cama y que le verás allí por la noche. Haz que vaya. Yo me encontraré con él y le mataré. ¿Estás contenta? Por favor, alégrate.

Draupadi sonrió por primera vez en toda la noche y le dijo:

—Lo haré, Bhima, ahora ya me siento feliz. Tú eres el único marido valiente y amoroso que tengo; le estoy agradecida a Dios por tenerte. —Draupadi le dejó y cautelosamente emprendió el camino de regreso a sus aposentos.

A la mañana siguiente Kichaka se acercó a Draupadi y le dijo:

—¿Viste lo que ocurrió ayer en la corte? El rey me tiene miedo y no puede controlarme, no hay nadie aquí que escuche tu apelación. Debes decidirte pronto a ser mi mujer.

Draupadi le sonrió dulcemente; Kichaka no podía creer lo que veían sus ojos. Ella le dijo:

—Te he rechazado todo este tiempo porque tengo miedo de mis maridos, tenía miedo de que nos mataran a los dos si se llegasen a enterar de esto, pero creo que ya he vencido ese recelo. Ahora me siento segura de irme contigo, he encontrado la solución. Si prometes no decírselo a nadie te sugeriré un lugar de reunión que nadie conoce. Tú conoces la nueva sala de bailes que ha construido el rey, las chicas están allí durante el día y por la noche se van a casa y se queda vacía. Sé que allí hay una cama, si esta noche vienes allí solo, te estaré esperando. Pero recuerda, nadie debe saber nada sobre nuestra cita. Allí, en la sala, esta noche, te daré lo que mereces.

Kichaka estaba loco de amor por ella, se sentía tan feliz pensando poseer a esta mujer que accedió a todo lo que ella le pedía. Le dijo:

—Seguro, iré solo. Ningún amante le confiará a nadie la cita con su amada. Te estoy agradecido por ser tan amable conmigo. Estaré en la sala de baile a la hora que me sugieres.

Kichaka se marchó y Draupadi se las compuso para encontrarse con Bhima y decirle que esa noche iba a ser « la noche ». Luego se sentó y esperó impacientemente a que llegara el momento. Tres pares de ojos esperaban que acabara el día. Cada momento parecía como un año para cada uno de ellos.

Capítulo XI

BHIMA MATA A KICHAKA

ERA cerca de medianoche. Bhima, cubriéndose con un retal de seda fina, como una mujer, salió a hurtadillas de la cocina. Draupadi le estaba esperando y se fueron sigilosamente a la sala de bailes, encontrando a tientas el camino hacia el lecho, en medio de la oscuridad.

Bhima se echó y Draupadi se escondió detrás de una columna permaneciendo ambos a la espera. Kichaka también había estado esperando impacientemente que llegara la noche. Durante todo el día había estado embelleciéndose. El día le pareció muy largo a esta víctima del destino. Kichaka era hermoso, pero ese día aparentaba ser más hermoso que nunca, su belleza era como la gloria final de una llama a punto de extinguirse. Kichaka entró en el salón y caminó hacia el lecho en la oscuridad que sólo desvelaba la luz de las estrellas que se filtraba a través de las inmensas ventanas. Vio sobre el lecho una forma que aquí yacía y se apresuró a su encuentro. Se acercó y dijo:

—Después de todo te has decidido a ser mía, me siento feliz, mi querida mujer. Si sólo supieras la tortura que ha sido para mí esperar a que llegara esta noche. Hoy he odiado al Sol más que nunca he odiado a nadie. ¡Mírame!, todas las mujeres que he visto hoy, no saben que es mi alegría lo que me ha dado esta belleza. Me muero de amor por ti. Por favor, no tardes más, tómame en tus brazos.

Kichaka se acercó al lecho y tomó la mano que se extendía hacia él mientras ardía presa del deseo. Kichaka se dio cuenta de que sus manos habían sido agarradas firmemente. Percibió con la rapidez de un relámpago que ésas no eran las manos de una mujer, sino el fuerte apretón de las manos de un hombre. Contemplando la forma en que aquel cuerpo se levantaba lentamente del lecho, vio que no era una mujer.

Antes de que pudiera pensar, oyó la voz de Bhima que le decía:

—Así que piensas que hoy estás más hermoso que nunca. Debes estarlo, porque te vas a encontrar con la mujer que se ha enamorado de ti: la muerte. Te ha estado cortejando durante los últimos días y has rehusado tomarla en tus brazos. Ella vino hacia mí y me pidió que la ayudara a conseguirle su hombre. Aquí estoy, no pienses que Sairandhri habló palabras fútiles y vacías cuando dijo que sus gandharvas son tan terribles como el rayo de Indra. Yo soy uno de sus maridos. Ven a luchar conmigo y ve a la morada de la muerte.

Bhima saltó del lecho, agarró el pelo perfumado de Kichaka entre sus poderosos brazos y trató de estrangularlo. Luchaban jugándose sus vidas. El uno quería matar al otro. Se rugían mutuamente como dos tigres en el bosque. Kichaka cogió a Bhima con sus poderosas manos y le arrojó al suelo, pero Bhima se repuso sin daño alguno, se levantó y reanudó la lucha. Bhima era más fuerte que Kichaka y su ira y su furia doblaban su fuerza. Kichaka no estaba preparado para este ataque por sorpresa en el salón de baile y además estaba debilitado por el deseo. Sus rodillas se habían vuelto débiles debido a aquella sorpresa repentina. Había sido engañado por una mujer que había simulado amarle. Había pasado noches sin dormir y su mente no había estado funcionando adecuadamente desde el día en que vio a Sairandhri en los jardines del palacio. El pobre Kichaka no pudo luchar tan bien como lo hubiera hecho si las circunstancias hubieran sido distintas.

Bhima atrapó al pobre y desafortunado Kichaka entre sus brazos y le arrojó al suelo, puso sus rodillas sobre su pecho y con sus manos fuertes y poderosas, que tenían la fuerza de los elefantes, le agarró del cuello y le estranguló lentamente. Kichaka no pudo escapar de la muerte. Estaba siendo aniquilado lentamente, la vida se le escapaba del cuerpo poco a poco. Jadeaba por la falta de aliento y golpeaba el poderoso cuerpo de Bhima, pero Bhima era implacable. Toda la ira y la furia de Bhima estaban concentradas en el apretón con el que estaba estrangulando a Kichaka. Unos momentos más de esfuerzo inútil y Kichaka murió.

La ira de Bhima no se había apaciguado todavía y como una bestia, pateó el cuerpo muerto de Kichaka. Golpeó su cuerpo hasta que sus brazos y piernas quedaron aplastados y deformes. Luego los apretó contra el cuerpo haciendo lo mismo con su hermosa cabeza. Kichaka había quedado reducido a un montón de carne y huesos. Bhima trajo una antorcha y le enseñó a Draupadi el cuerpo de Kichaka. Le dijo:

—Mira, mi reina, le he matado, ¿estás feliz ahora? Los ojos de Draupadi estaban llenos de alegría, parecía la misma muerte en forma de mujer. Bhima retiró la antorcha y le dijo a Draupadi que se iba a sus aposentos y muy sigilosamente abandonó el salón de bailes.

Draupadi se quedó allí sola, llena de felicidad. Llamó a los guardias del salón y les dijo:

—Mirad el destino de este hombre que trató de molestarme. Yo le avisé de la furia de mis maridos gandharvas, pero no me hizo caso, ahora mi marido ha matado a Kichaka, venid y ved.

Los guardias trajeron muchas antorchas, entrando con ellas en el salón y lo que vieron causó terror a sus corazones. Apresuradamente fueron a anunciar a todo el mundo que el poderoso Kichaka había sido brutalmente destrozado por el marido gandharva de Sairandhri. La sala se llenó en un momento; sus parientes y los ciento cinco medio hermanos de Kichaka se apresuraron yendo hacia el lugar.

La reina y el rey fueron allí y derramaron lágrimas al contemplar los restos de Kichaka.

Los ritos funerarios comenzaron por la mañana. Colocaron el cuerpo de Kichaka bajo un palio y los hermanos de Kichaka de nombre upakichakas llevaban el cuerpo al lugar donde lo harían arder. Cuando vieron a Draupadi allí, de pie, apoyada a una columna mientras observaba las ceremonias, su ira contra ella fue terrible y se dijeron: « Nuestro querido hermano está muerto por culpa de esta mujer, él la quería; hagamos que la tenga, pongámosla también en la pira funeraria y quemémosla junto con nuestro hermano, eso complacerá a su alma. » Se acercaron a Virata con la petición de que debería darles permiso para quemar a Sairandhri con Kichaka. El rey no se atrevió a decir que no a los poderosos hermanos de Kichaka, permitiendo este acto. Los upakichakas atraparon a Draupadi y la ataron, colocándola en el féretro y diciéndole: « Lo justo es que te vayas con tu amante, no está bien que le abandones porque haya muerto. Debes seguirle a la morada de Yama a donde tú le has enviado. »

Draupadi lanzó un gemido que podía oírse por todo el palacio, dijo:

—Oh, mis esposos, Jaya, Jayesha, Vijaya, Jayatsena, Jayatbala, por favor venid a ayudarme. Los hermanos de Kichaka me llevan a la pira funeraria en los campos crematorios. Quieren quemarme con Kichaka, ¿dónde estáis mis queridos esposos? Por favor, rescatadme de este destino.

Sus voces llegaron a los oídos de Bhima, quien gritando dijo:

—Estoy aquí y te he oído, yo cuidaré de ti.

Bhima se encontraba en una situación terrible. Cuando mató a Kichaka era de noche, entonces pudo actuar en la oscuridad sin ser observado por nadie, pero ahora era pleno día. Sin embargo, tenía que ir, saltó la valla del palacio y corrió hacia la pira funeraria por el camino más corto. Llegó al lugar antes de que la procesión funeraria llegara allí. Arrancó un árbol de cuajo y atacó a los upakichakas, tenía que acabar su trabajo antes de que nadie le reconociera. Bhima luchó desesperadamente y su furia le dio nuevas fuerzas, golpeándoles a todos. Los upakichakas no esperaban algo así, no sabían que iban a ser atacados. Este ataque sorpresa fue demasiado para ellos y además, tenían el sentimiento de que no estaban luchando con un mortal. Tenían miedo, así que Bhima los mató a todos. El lugar quedó sembrado con los cuerpos de los hermanos de Kichaka. Bhima desató las cuerdas que ataban a Draupadi y le pidió que volviera al palacio. Él regresó a sus aposentos, se bañó y se dirigió a su trabajo como si no hubiera pasado nada.

La ciudad estaba horrorizada por los acontecimientos que habían ocurrido. Todo el mundo miraba a Sairandhri como si fuera algo horrible. El rey le dijo a su esposa:

—Esta mujer es demasiado hermosa, todos los hombres se enamoran de ella en cuanto la ven y luego vienen sus maridos y matan a esos desdichados.

»Tengo miedo, es demasiado peligroso tenerla en nuestro reino. Debes decirle que no puedes tenerla aquí durante más tiempo y que tiene que buscar otro lugar donde alojarse. »

Sudeshna fue al palacio y llamó a Draupadi. Le dijo:

—Sairandhri, puedes irte a donde quieras, eres demasiado encantadora y tenemos miedo de tenerte con nosotros. Hechizas con la muerte a todo el mundo. Por tu culpa he perdido a mi hermano y a mis ciento cinco hermanastros. Eres una mujer cruel y has abusado del amor que te di; te has portado ingratamente conmigo. Te di una casa cuando la necesitabas; ahora puedes volver con los gandharvas de los que hablas, no puedo tenerte conmigo durante más tiempo.

—Mi reina, siento haberte causado tanta infelicidad, traté de evitar esta tragedia en todo lo que pude. Te dije muchas veces cuáles serían las consecuencias, pero ni tú ni tu hermano escuchasteis. Por favor, sopórtame otros trece días: sólo trece días. La maldición por la que están sufriendo mis maridos se acabará dentro de trece días. Entonces te dejaré y me marcharé. Te lo digo por tu bien y el del rey. Los gandharvas estarán agradecidos al rey por su bondad y por la tuya. Sé que te es odioso verme porque querías mucho a tu hermano y sé que nadie me quiere aquí; pero, por favor, soporta mi presencia trece días más. Más adelante te alegrarás de haber hecho esto.

Sudeshna tuvo que acceder a la apelación de aquella mujer y le dijo:

—Eres demasiado poderosa, estamos indefensos en tus manos. Apelo a tu ayuda; por favor no permitas que tus maridos nos destruyan. Yo amo a mi marido y mi felicidad está ahora en tus manos; debes protegernos. Sudeshna enjugó sus lágrimas con su manto y se fue de la habitación.

Capítulo XII

LA ASAMBLEA DE HASTINAPURA

DURYODHANA había enviado espías a todos los países para que encontraran el escondrijo de los pandavas, mas su búsqueda resultó infructuosa. Uno tras otro fueron regresando a Hastinapura, donde se encontraba Duryodhana rodeado de sus hermanos, Radheya, Drona, Bhishma y los hermanos Trigarta.

—¡Mi señor! —dijeron los espías—, hemos buscado a los pandavas por todo el mundo y no hemos podido dar con ellos. Los buscamos en todos los bosques y tampoco les pudimos encontrar. También fuimos a Dwaraka y no pudimos localizarlos allí. Además hablamos con las gentes del lugar y nadie parecía saber nada de ellos. Tampoco se encuentran en Panchala. Tenemos el sentimiento de que han muerto. Puedes disfrutar de este mundo sin que nadie se te oponga como rival. Durante nuestra vuelta por el mundo, llegó a nuestros oídos una noticia que se ha convertido en tema de conversación en todos los lugares; te interesará. Seguro que recuerdas a Kichaka, el jefe del ejército de los matsyas. Como sabes Kichaka había derrotado a los trigartas. Pues bien, Kichaka fue asesinado en mitad de la noche por un desconocido. Se dice que le mataron a causa de una mujer. Sus hermanos los upakichakas también fueron aniquilados por el mismo gandharva quien, según dicen, es el marido de esa mujer. Estas son las únicas noticias que hemos podido obtener. En cuanto a los pandavas, no hay rastro de ellos. No hay ningún signo que evidencie su existencia. Parecen haberse esfumado de la faz de la tierra.

Duryodhana, después de recompensarles por sus esfuerzos, hizo que se retiraran de su presencia y después de recapacitar unos instantes, dijo:

—Debemos intentar otra vez averiguar dónde han ido. Tenemos poco tiempo, pues en unos días finalizará su período de exilio y saldrán a la luz. Tenemos que encontrar su escondrijo. Si no lo logramos vendrán y reclamarán su reino. Enviaremos espías que sean más eficientes. Quizá como nos han dicho éstos, los pandavas hayan muerto. En cuyo caso sería magnífico.

Drona se levantó y dijo:

—Duryodhana, no albergues vanas esperanzas. Gente como Yudhisthira y sus hermanos no pueden sucumbir a una muerte temprana, vivirán muchos años. ¿Por qué estás tan empeñado en localizar su escondrijo? Tú les hiciste ir exiliados al bosque

con métodos nada limpios. Durante trece años has disfrutado de una riqueza que les pertenece. ¿Por qué no esperas a que acabe el año? Cuando ellos regresen y reclamen su reino, ¿por qué no se lo devuelves? Si lo haces, tu fama no tendrá fin.

Las palabras de Drona fueron seguidas por las de Bhishma quien dijo:

—Lo que ha dicho este acharya es cierto. Los pandavas no pueden ser destruidos. No se les puede matar. Sé que mi consejo no os va a complacer ni a ti, ni a tu padre, pero aún así hablaré. ¿Qué sentido tiene desperdiciar el aliento diciendo mil cosas? Lo resumiré todo en una sola frase: « Donde hay Dharma, hay victoria. » Estás quemando tu energía intentando averiguar su paradero. Te daré una pista: dondequiera que viva Yudhisthira, ese lugar será más próspero; no habrá lugar para que habite la envidia, ni rudas palabras de ira. La gente será temerosa de Dios, todos serán como Yudhisthira y dondequiera que él more serán frecuentes las lluvias y las tierras tendrán excelentes cosechas. En su presencia las flores olerán más dulces y las frutas serán más jugosas y sabrosas. Allí las vacas darán leche más dulce y en esa tierra habrá siempre aires de fiesta. Así que si quieres averiguar dónde se esconden los pandavas, envía a tus espías a buscar un país que reúna las glorias que te he mencionado. Solamente me queda ahora una cosa por decir. Hasta ahora he hablado como un cortesano en presencia de su rey, mas ahora hablaré como abuelo del joven rey: Duryodhana, siempre has sido querido para mí. He estado de tu lado incluso cuando sabía que estabas equivocado. Pero ahora escúchame. Los pandavas ya han sufrido suficiente. Tú eres un príncipe y tienes naturaleza real. Si lo deseas puedes ser magnánimo con ellos. ¿Por qué no decides devolverles su reino? Al igual que ellos, tú ya no eres un joven. Ya pasaron los días de tu vigorosa juventud. ¿Por qué no dejas que transcurran en paz los últimos años que queden? Dicen que la edad suaviza las mentes de la gente. ¿No puedes acaso hacer que al finalizar estos trece años, finalice también esta disputa? ¿por qué te destruyes a ti mismo?

A Duryodhana no le agradaron sus palabras y frunciendo el ceño dijo:

—No, abuelo, ¡eso jamás! No puedo desistir en mi lucha contra los pandavas. Ellos son mis enemigos. No les devolveré su reino. Removeré cielos y tierra para averiguar dónde se esconden y los enviaré de nuevo al bosque por otros doce años.

Tras esto Kripa dijo:

—Duryodhana, resulta evidente para todos nosotros que has decidido suicidarte. Se acerca el tiempo en que los pandavas saldrán de su eclipse y dices que has decidido no devolverles su reino. Evidentemente, esto implica haber decidido la guerra, en cuyo caso, lo único que hay que hacer es empezar a reunir tu ejército desde este momento. Averiguar quiénes son tus amigos y quién te apoyaría en esta guerra que es inminente. Los iracundos pandavas serán como terribles serpientes venenosas. No tendrán miramientos contigo. Así que debes comenzar tus preparativos desde ahora mismo. Queda poco tiempo; debes reunirte personalmente con los reyes y pedirles que se pongan de tu lado.

Debes conseguir que cada uno de tus amigos prometa estar junto a ti cuando lo necesites. Necesitarás toda su ayuda y más, pues ya conoces a los pandavas.

Duryodhana vio que eran muy sensatos los argumentos de Kripa y se sentó en silencio durante largo tiempo; luego, de repente, se levantó y mandó llamar a los espías que habían venido antes. Les hizo que volvieran a relatar con todo detalle la muerte de Kichaka. Duryodhana, cuando acabaron de contar toda la historia, les dijo que se retiraran y después de pensar durante unos momentos, dijo:

—Sí, debe ser eso. En todo el mundo se sabe que únicamente hay cuatro personas que son más grandes que el mismo Indra, en fuerza, bravura, valentía y poder físico. Os diré quiénes son: Balarama, Bhima, Salya y Kichaka. No hay nadie más. Estos cuatro son competidores que ostentan estas cualidades, están igualados en todo. De aquí se deduce que los pandavas están vivos, porque Bhima está vivo. Y sabemos que Bhima está vivo, porque es fácil deducir que Kichaka fue aniquilado por Bhima. Ninguna otra persona podría haber matado a Kichaka. Considerad los hechos. Apenas hace un año llega al palacio de la reina de los matsyas una extraña mujer que habla de sus cinco maridos gandharvas. Cualquiera que tenga dos dedos de frente habría adivinado que esta mujer, esta Sairandhri, era Draupadi y ninguna otra. Ciertamente Draupadi es una bella mujer, eso no se puede negar. Y todos conocemos a Kichaka: nunca pudo resistirse a una mujer hermosa. Debió intentar hacer el amor con esta serpiente en forma humana que es Draupadi, y ella instigó a Bhima para que, disfrazándose de gandharva, asesinara a Kichaka. Nada puede explicar si no, la muerte del gran Kichaka. ¿Quién podría matarle en combate cuerpo a cuerpo sin ni siquiera utilizar armas? Sólo puede haber sido Bhima. Además, fijaos en la forma en que le mataron; le aplastaron los brazos, las piernas y la barbilla contra el pecho. ¿No reconocéis en esto la técnica de nuestro amado primo? Es la forma de Bhima, es muy dado a esta técnica. El encuentro a medianoche en el salón de baile y el sigiloso asesinato demuestran que el secreto era su consigna, era esencial. La mujer y Bhima tenían mucho miedo de ser reconocidos. He aquí la descripción del cobarde asesinato de un hombre ingenuo enamorado de un monstruo. ¡Pobre desgraciado Kichaka! —Duryodhana continuó diciendo—: Ahora que lo pienso, todas esas descripciones que hacía nuestro amado abuelo cuando hablaba de cómo sería el país donde habitara Yudhisthira, encajan con este reino de Matsya. Lo he podido deducir de lo que contaban estos ineptos espías. Ya hemos encontrado el escondrijo de nuestros queridos primos: Virata. Los pandavas están viviendo allí disfrazados. Vayamos inmediatamente al país de los matsyas e invadámoslo. Cogeremos todos sus rebaños, cuando el rey se encuentre en peligro, seguro que los pandavas lucharán para ayudarle. Haremos salir a los pandavas como si fueran ratas; echando humo en sus ratoneras. Una vez hayan sido descubiertos antes de acabar su exilio de trece años, podremos enviarles al bosque por doce años más. Nuestro plan ya está elaborado. Por

favor, haced todos los preparativos para atacar Matsya. Esta es nuestra sugerencia. Si hay alguna proposición mejor que ésta, nuestros oídos están ansiosos de escucharla.

Susarma, el rey de los trigartas, que había estado haciendo comentarios con Radheya y Dussasana, tomó la palabra y dijo:

—Mi señor, siempre he sentido animadversión hacia este reino de Matsya, pero con la ayuda de Kichaka, el rey de los matsyas me ha derrotado una y otra vez. Ahora que Kichaka ha muerto me será fácil invadir el reino y capturar todos los ganados del rey. Su reino es ciertamente rico. Ahora el rey de Virata está completamente indefenso, ya que Kichaka, el jefe de su ejército, ha muerto. Quiero unirme a ti en tu expedición contra el reino de los matsyas. Te seré de una ayuda inmensa en este ataque contra Virata.

Radheya dijo:

—Susarma tiene razón. Si se me permite hacer una sugerencia, dividamos en dos nuestro ejército combinado e invadamos el país de nuestros enemigos desde dos direcciones diferentes. Así podremos estar seguros de nuestra victoria.

Duryodhana escuchó a ambos y dijo:

—Dussasana, reúne nuestro ejército; queda muy poco tiempo. Deja que nuestro honorable abuelo, Kripa, Drona y Aswatthama dirijan nuestro ejército. Yo mismo y Radheya, junto con Sakuni, estaremos allí sin falta y también tú con tus hermanos. Dejad que Susarma vaya allí mañana con su ejército y les ataque llevándose todos sus rebaños. Él atacará el lado sur de Virata. El rey, por supuesto, defenderá sus rebaños y los pandavas vendrán en su ayuda. Nosotros, los kurus, llegaremos a las afueras de la ciudad y al día siguiente del ataque de los trigartas, iremos y nos apoderaremos de los rebaños de la parte norte de la ciudad. Así podremos tener éxito en todas nuestras empresas: la conquista del reino de los matsyas, la obtención de todos sus ganados y el desenmascaramiento de los pandavas. Así pues, queda decidido que Susarma ataque Virata el octavo día después de la Luna nueva y nosotros lo haremos el noveno día. Disolvamos ahora la asamblea.

La sala de consejo quedó vacía y con una celeridad febril comenzaron los preparativos para la invasión de Virata. Susarma se dirigió a su ciudad a reunir a su ejército. El corazón de todos estaba lleno de emoción.

Capítulo XIII
LOS TRIGARTAS ATACAN VIRATA

LAS vacas de Virata estaban siendo robadas, y los pastores no podían hacer nada para protegerlas, pues el asalto había sido repentino. Se estaban llevando las vacas delante de sus propios ojos sin que pudieran hacer nada. Estaban indefensos contra la

lluvia de flechas y lanzas que les arrojaban, así que dejaron los establos y corrieron a la corte del rey ante quien se lamentaron diciendo:

—Mi señor, ven a ayudarnos. Han entrado enemigos en la ciudad y se han llevado todas las vacas de los establos.

Inmediatamente después de oír esto, el rey reunió un gran ejército y fue en busca de los ofensores. Era un ejército compuesto de elefantes, caballos, carros y soldados de a pie. El rey también tenía a sus hermanos Satanika, Madirasma y Suryadatta para ayudarle. Viresanka, el hijo mayor de Virata, también se preparó para ayudar a su padre. Todos ellos, vestidos con espléndidas cotas de malla, se dirigieron a luchar contra el enemigo.

Cuando trajeron los caballos para el carro real, Yudhisthira se acercó al rey y le dijo:

—Entre mis diversas habilidades, luchar es una de ellas. Conozco el arte de la lucha, ya sea en un carro o a la grupa de un caballo. Valala, este cocinero tuyo, es también un gran luchador, al igual que estos dos hombres que guardan tus caballos y tus vacas. Si lo permites, nos prepararemos para luchar contra tu enemigo y así ayudarte.

El rey, contento de contar con la ayuda de estos hombres, llamó a Satanika y le dijo:

—Consigue armas y carros para estos cuatro hombres. Kanka dice que son buenos luchadores. Apresúrate y equípales para la lucha.

Todos estaban preparados y Yudhisthira sintió que estaba haciendo lo correcto, pues era lo justo que correspondieran a la bondad del rey que les había dado un techo durante los últimos meses; además, también sabía que el rey iba a necesitar de su ayuda pues el enemigo era Susarma, el trigarta, cuya fama era grande. Yudhisthira ya había oído hablar de él por boca de Arjuna.

El ejército dejó la ciudad y se dirigió hacia el campo de batalla. Comenzó la lucha. Los hermanos trigarta eran unos luchadores muy poderosos. Si Kichaka hubiera estado vivo habría derrotado a su ejército fácilmente, pero sin él, el rey se encontró con un formidable enemigo. El campo ya estaba sembrado de soldados muertos. Fue una gran fortuna que los cuatro pandavas se hubieran ofrecido para ayudar a Virata, pues combatían como el fuego devorando un bosque, por dondequiera que pasaban les seguía la destrucción. A Susarma le sorprendió que Virata estuviera ofreciendo tanta resistencia a su asalto y estaba asombrado de la manera tan excelente en que estaba luchando el ejército de los matsyas.

Yudhisthira se había hecho cargo de todo el ejército. Lo había dispuesto en una falange en forma de águila. Él ocupaba la cabeza; Nakula y Shadeva guardaban las alas y Bhima estaba en la cola. De esta forma podían atacar al enemigo muy eficazmente. Yudhisthira aniquiló a miles de soldados. Bhima mató el doble mientras que los gemelos eran todavía más terribles, pues el número de las víctimas de Nakula eran tres veces más que las de Yudhisthira, y las de Shadeva eran cuatro veces más. Satanika estaba

emocionado de ver la excelente ayuda que le proporcionaban los pandavas y él también combatió bien. Virata se movía con rapidez cortando el camino al ejército enemigo, cual hoz que siega un campo de maíz. Se encontró con Susarma y se produjo un duelo singular entre ambos. El polvo que se levantaba de la tierra cubría el campo de batalla y casi ocultaba la luz del Sol, por lo que todo el campo quedó oscurecido. Susarma el trigarta, aprovechando la repentina oscuridad que cayó sobre el campo, capturó al rey de los matsyas. El arco de Virata quedó partido en dos y Virata estaba indefenso. Una vez capturado, le sacaron de su carro y le llevaron al de Susarma. La oscuridad fue desapareciendo y los soldados vieron que su rey había sido capturado. Cundió el pánico entre ellos y todos empezaron a huir del campo de batalla.

Yudhisthira, viendo lo que ocurría, dijo a Bhima:

—El rey ha sido capturado por Susarma, el cual cree que el rey está indefenso. Quiero que vayas a rescatar a Virata. A lo que Bhima dijo:

—Seguro, ese tonto no se imagina quiénes protegen al rey. Por supuesto, iré a rescatar al rey.

Dicho esto, Bhima, viendo un árbol cercano intentó arrancarlo de raíz, pero Yudhisthira sonriendo le dijo:

—Por favor, Bhima, no hagas eso. No hagamos nada por lo que podamos ser reconocidos. Si usas tu técnica, estoy seguro de que Susarma adivinará quién eres. Lucha como los demás y lleva a cabo tu tarea. ¡Deja ese árbol en paz!

Bhima, riéndose a carcajadas, dijo:

—Tienes razón, mi señor, allá voy.

Bhima y sus hermanos Nakula y Shadeva subieron a sus carros y se dirigieron apresuradamente en busca de Susarma. Yudhisthira les siguió y los cuatro desafiaron al trigarta. Virata, al ver a los cuatro guerreros combatió con vigor renovado y levantando su maza luchaba con Susarma dentro del mismo carro. Antes de que se quisieran dar cuenta Bhima ya había saltado al carro de Susarma el trigarta y le acosaba diciendo:

—Has estado atacando a nuestro rey y a nuestros rebaños, has herido a los pobres inocentes que guardaban el ganado y sin ningún motivo ni provocación por nuestra parte has provocado la guerra contra los matsyas. ¿No debería acaso matarte por esto?

Bhima le derrotó fácilmente dejándole inconsciente y le ató de pies y manos. Luego liberó a Virata y llevando a Susarma a su propio carro le trajo ante Yudhisthira, quien riéndose de su víctima dijo a Bhima:

—Suelta al pecador.

Pero Bhima no lo hizo y dijo:

—Susarma, si tienes deseo de vivir, debes admitir delante de toda esta gente, de tus soldados y de los nuestros, que eres un esclavo de nuestro rey. Esas son las normas de la guerra y debes seguir las reglas.

Yudhisthira sonriendo a su hermano le dijo:

—Déjalo, no continúes insultándole. Desde que ha sido derrotado, él ya es un esclavo. No le humilles pidiéndole que lo admita, suéltale.

Susarma, con el rostro encendido de vergüenza, se retiró de su presencia. Habían recuperado el ganado y habían derrotado al enemigo. Virata estaba muy complacido con los cuatro pandavas y pasaron la noche en las tiendas de campaña que levantaron en el campo de batalla.

Virata no encontraba palabras para alabar a Yudhisthira y dijo:

—No sé cómo voy a recompensaros por vuestra ayuda. Fuisteis vosotros cuatro quienes ganasteis hoy esta guerra para mí. De no ser por vuestra oportuna intervención, hubiera sido yo la víctima de Susarma. Os daré todo lo que poseo. Decidme cómo puedo pagaros.

Yudhisthira dijo:

—Estoy contento de que te hayamos sido de ayuda. Lo que hicimos era nuestro deber. Tú nos has ayudado durante todos estos meses y esto fue solamente nuestra forma de demostrar nuestra gratitud. No tienes que pagar nuestra « bondad », como tú te complaces en llamarla, pues no hemos hecho nada extraordinario.

Virata, sin embargo, no estaba satisfecho y quería darles todo lo que poseía y dijo:

—Cuando pienso en el valor de Valala, no tengo palabras para expresarme. Debo recompensarle.

Yudhisthira le dirigió dulces palabras y le pidió al rey que enviara mensajeros a la ciudad anunciando su victoria y también encargó que se hicieran los preparativos para la entrada triunfal del rey en la ciudad. Pasaron una noche muy feliz en el campo de batalla. Y después de haber salido el Sol, decidieron encaminarse a la ciudad.

Capítulo XIV

UTTARAKUMARA, EL JOVEN PRÍNCIPE

SEGÚN habían programado, los kurus atacaron la ciudad por el lado norte al día siguiente del ataque de los trigartas. Los pastores, que habían sido tomados por sorpresa sin poder defender las vacas, se apresuraron a ir al palacio a contar lo sucedido. Entraron al palacio mas no encontraron a nadie, más que al joven hijo de Virata, llamado Bhuminjaya y más conocido por el nombre de Uttarakumara. Los pastores fueron a él y le contaron el estrago que había causado el asalto de los kurus y le dijeron:

—Tu padre ha salido a combatir contra el ejército de los trigarta. Ahora tú debes venir a socorrernos y ayudarnos a recuperar nuestras vacas. Por favor, prepárate para luchar; no te demores pues los enemigos ya se han alejado bastante. Tendrás que darles alcance y traer las vacas de vuelta. El rey cree que tú eres merecedor de un padre como él, así que, por favor, ven inmediatamente. A ti te gusta tocar la vina, pero ahora déjala a un lado y empuña la vina llamada arco y toca dulces notas en la cuerda de este arco para sembrar con tu música el miedo en los corazones del enemigo. Por favor, ¡apresúrate!

El príncipe, que estaba sentado en medio de las mujeres del palacio, dijo:

—Ciertamente, iré ahora mismo y atacaré a los enemigos. Cogeré mi poderoso arco y destruiré enteramente las huestes de los kurus, pero ahora me encuentro en una situación terrible, pues no dispongo de ningún conductor para mi carro que esté lo suficientemente preparado como para introducir mis caballos en medio de las filas enemigas. Todos sabéis que tener un buen auriga supone tener ganada media batalla. Sin él, pocas posibilidades tengo de ganar la batalla. Debe ser una persona capacitada y estar acostumbrado a conducir el carro de un héroe como yo. Mi propio auriga fue recientemente aniquilado en la gran guerra en la que combatí durante veintiocho días y veintiocho noches. Os pido a todos que me consigáis inmediatamente un buen conductor. Por lo demás, no me preocupan los enemigos. Sí tengo un buen auriga, podría batirme mano a mano con Bhishma, Drona, Kripa, Aswatthama y Radheya. Eso no me preocupa lo más mínimo. Puedo aniquilarlos a todos y rescatar las vacas en apenas un instante. La gente que me vea luchando dirá: « ¿Es este Arjuna? Pues nadie sino él podría luchar así. » Estoy seguro de eso. Por favor, conseguidme inmediatamente un buen carro.

Draupadi, que estaba allí junto con las otras mujeres, no podía soportar oír la fanfarronería de este príncipe que pretendía igualarse a Arjuna. Arjuna contempló su ira y sonrió para sí mismo. Se las apañó para estar unos momentos a solas con ella y le dijo:

—He visto cómo te enfurecías y te agradezco tu aprecio por mí, mi dulce reina. Ahora debes ir a ver a Uttaraa, la princesa, y decirle que Brihannala fue el conductor del carro de Arjuna cuando éste luchó con Indra en el incendio del bosque Khandava. Dile que puede ir y decirle esto a su hermano. Háblale de la grandeza de Brihannala. Pídele que me proponga a mí como el conductor del carro del príncipe. Veremos que es lo que él hace después.

Draupadi hizo lo que Arjuna le dijo y dirigiéndose a la princesa Uttaraa le dijo:

—Dice tu hermano que no puede luchar ya que cree que no hay nadie suficientemente capacitado para conducir sus caballos. Pues bien, yo sé de alguien que puede hacerlo: Brihannala es un buen conductor. Sé que fue él quien condujo el carro del mismísimo Arjuna cuando éste luchó contra Indra durante el incendio del bosque Khandava. Por eso pudo Arjuna derrotar a Indra. Conozco la bravura de Brihannala y si él toma las riendas de los caballos de tu hermano, nadie podrá derrotarle. Todos los enemigos serán

abatidos. Todos los kurus, devas y gandharvas serán aniquilados fácilmente. De eso puedes estar segura. Por favor, dile a tu hermano que tome a Brihannala como su auriga.

La princesa se puso muy feliz y se apresuró a ir ante su hermano a quien dijo:

—Mi querido hermano, ya puedes prepararte para la lucha, pues he encontrado un conductor seguro para tu carro. Sairandhri me ha dicho que nuestro maestro de danza, Brihannala, es la persona que buscamos. Sairandhri dice que Arjuna ganó la batalla contra Indra teniendo a Brihannala como el conductor de su carro. Apresúrate, hermano; prepárate.

Después de oír esto, Uttarakumara llamó a Sairandhri ante su presencia, la cual le habló de Brihannala, de quien ella prodigó mil alabanzas. El príncipe respondió:

—Brihannala no es hombre ni mujer. ¿Cómo yo, que soy un puro kshatrya, puedo tener a una mujer como conductor de mi carro? No creo que sea lo correcto. Estaría por debajo de mi dignidad tener a una mujer al mando de las riendas de mis caballos. Tendré que abandonar la idea de luchar.

Sairandhri dijo:

—Quizá tengas razón, pero en una emergencia como ésta, no debes quedarte en pequeños detalles. Tu padre ha salido a luchar y durante su ausencia ha surgido esta emergencia. Depende de ti, que eres un verdadero kshatrya, el comportarte como un hijo digno del padre que tienes. Estos pequeños detalles no se deben considerar en ocasiones como ésta. Por favor, llama al auriga Brihannala para que se persone ante ti.

Uttarakumara tuvo que acceder. Su hermana permanecía de pie a su lado orgullosa de él y de su inminente combate con el ejército kuru. Él se dio cuenta que estaba siendo considerado como un héroe por todas las mujeres y tuvo que mantener esa imagen, así que pidió a la princesa que llamara a Brihannala. Al rato entró Arjuna en el salón con pasos temblorosos. Parecía como si fuera a desmayarse de timidez.

Uttarakumara le dijo:

—Sé por Sairandhri que tú fuiste el conductor del carro de Arjuna y ella dice que tú eres el mejor de todos los aurigas. Matali el auriga de hidra, Daruka el de Krishna y Sumantra el de Dasaratha son insignificantes si se los compara contigo. Eso es lo que dice Sairandhri. Quiero que tú seas el conductor de mi carro pues debo ir ahora a combatir contra las huestes del ejército kuru. Por favor, prepárate.

Arjuna sonrió tímidamente y dijo:

—Mi señor ¿qué puedo saber yo de lucha? Únicamente sé cantar y bailar. Temo que no pueda hacer nada para ayudarte. Uttarakumara le respondió:

—Sairandhri me ha dado una versión diferente de tus habilidades. No queda tiempo para modestias. Prepárate; debo partir inmediatamente hacia el campo de batalla.

La princesa trajo para Arjuna un vestido brillante como el Sol. El simulaba no saber cómo ponérselo e hizo tantas burlas de sí mismo en sus intentonas de ponerse el traje, que todas las muchachas del salón se reían de él. Las carcajadas retumbaban en los oídos de todos. Por fin, exasperado, el mismo príncipe vino y con sus propias manos puso la armadura a Brihannala. Esto era lo que quería Arjuna. No vestirse por sí solo, por lo menos cuando tuviera que salir a luchar. Luego dijo a Uttarakumara:

—Estoy listo, mi señor, te llevaré donde tú quieras ir. Puedes combatir contra los kurus cuerpo a cuerpo. Estoy esperando contemplar el glorioso espectáculo. Partamos, mi señor.

Se despidieron afectuosamente de todos los presentes. El carro iba a traspasar las puertas de palacio cuando la princesa Uttaraa corrió y dijo:

—Brihannala, cuando regreses, no olvides traerme bellas sedas y prendas de los enemigos, una vez los haya derrotado mi hermano. Arjuna sonrió y le dijo:

—No lo olvidaré, mi pequeña princesa. Prometo que te traeré las bellas sedas que visten los héroes kurus.

Tras esto se pusieron en marcha hacia la dirección en que se habían ido los kurus llevándose los rebaños.

Capítulo XV

ARJUNA Y EL JOVEN PRÍNCIPE

UTTARAKUMARA dijo:

—¡Apresúrate! Estoy impaciente por encontrarme con los enemigos que han osado invadir nuestra ciudad mientras mi padre estaba fuera. Sin duda alguna pensaron que ya no quedaban héroes en Virata; ahora verán.

Dicho esto, se dirigieron hacia el área enemiga. Arjuna conducía el carro velozmente en dirección a las afueras de la ciudad donde se levantaban las piras funerarias y no cesaba de sonreír para sí mismo. Cuando ya habían recorrido una distancia considerable, llegó a sus oídos un gran estruendo que se asemejaba al rugido del océano en las noches de Luna llena. Uttaraa, al oírlo, preguntó:

—Brihannala, ¿qué es ese ruido? A lo cual respondió Arjuna:

—Mi señor, este es el clamor del ejército de los kurus, con el que hace apenas unos instantes querías encontrarte y aniquilarlo. —El carro se acercó más y Uttarakumara pudo ver al ejército con más detalle. Se quedó mirándolo boquiabierto, con los ojos desorbitados y mudo de terror. Se le había secado la lengua y se sentía como ahogado. Arjuna, como si no ocurriera nada, continuó diciendo—: Te he traído al lugar en donde puedes ver al ejército de los kurus, formado delante de ti. Mira, mi señor, allí en aquel caballo blanco está Duryodhana, el monarca de los kurus. Contempla su espléndida

figura. A su lado, montando un caballo gris, verás a su querido hermano Dussasana. ¿Ves ése que se acerca a ellos en ese bello corcel marrón? Observa la hermosura de su rostro, contempla su ancho, hermoso pecho. Su nombre es Radheya, el amigo más amigo de Duryodhana. Es el más grande de los arqueros del ejército de los kurus. Duryodhana cree que en lo que respecta a Arjuna, es como si estuviera muerto, pues Radheya ha jurado matarle en la guerra que muy pronto tendrá lugar. Mira en la otra dirección. ¿Ves el Sol de la mañana atrapado en el círculo de joyas de una corona? Es Bhishma, el gran veterano, quien la lleva. Él es el rey sin corona de todo el país de los kurus, es más, renunció a su derecho al trono. De no haber sido por esto, la historia de los kurus hubiera sido otra. A su lado se encuentra Drona, el preceptor de los kurus y de los pandavas. Cerca de él está su hijo Aswatthama. Incluso desde aquí se puede ver resplandeciente la joya que brilla sobre su frente. Él es más grande que el mismo Arjuna. Ahora puedes ya combatir contra todos ellos cuerpo a cuerpo. Ven, vayamos rápidamente hacia el campo de batalla.

Uttarakumara miró al ejército. Sus nervios empezaron a fallarle y sus rodillas temblaban. Sus cejas estaban empapadas de espesas gotas de sudor. Miró a Arjuna y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Estoy aterrorizado con sólo ver este ejército: es inmenso. El ver a los héroes kurus ha apagado mi ánimo. Todos ellos son invencibles, puedo verlo. ¿Cómo podría yo luchar contra estos grandes guerreros cuerpo a cuerpo? El mismísimo Indra se llenaría de terror al ver este espantoso ejército. Todos ellos son maestros consumados en el arte de combatir. ¿Cómo puedo luchar yo contra ellos? Todo mi cuerpo arde y me siento desfallecer. Mi padre se ha llevado todo su ejército para luchar contra los trigartas. Me ha dejado solo y apenas soy un muchacho. ¿Cómo puedo yo luchar contra los kurus? Por favor, demos la vuelta. Si continúo contemplando este ejército por más tiempo, creo que me desmayaré. Por favor, llévame de vuelta a la ciudad. He decidido que no voy a luchar.

Arjuna se rió de él y le dijo:

—Me pides que regresemos porque te aterroriza ver a los enemigos, pero apenas hace unos instantes me dijiste: « Llévame rápidamente al campo de batalla. » Mi querido príncipe, hazme caso, no temas a los kurus; no son tan poderosos como aparentan. Tú podrías derrotarlos fácilmente. Conduciré tu carro sin dificultad a través de sus filas. Tú eres el hijo de un guerrero, eres el sobrino de Kichaka, el cual era un gran hombre, era el jefe de tu ejército. Algo de su bravura tiene que haber en tus venas. No debes desanimarte tan fácilmente. Se te pueden presentar infinidad de dificultades, pero si te enfrentas a ellas una a una, verás que después de todo, no son insuperables. Anímate, te conduciré a las filas enemigas. Esta acción te acarreará fama duradera. Recuerda lo que dijiste en presencia de tu hermana y de las demás mujeres cuando estabas en el palacio

de tu padre. Te fuiste de la ciudad con una pomposidad tal, que si ahora regresas así del campo de batalla, se avergonzarán de ti. No debes retroceder, debes luchar; no voy a dejarte marchar. Si vuelves sin haber luchado, todos se burlarán de ti y de tu cobardía. Veo que me he equivocado contigo; salí a conducir tu carro porque Sairandhri me lo pedía y porque me cautivaron tus valientes palabras. ¿Por qué tienes miedo de este ejército? Ni siquiera yo, siendo mujer, siento miedo alguno. ¿Por qué tú sí? Te ruego que no cubras de vergüenza el nombre de los matsyas negándote a luchar. Vamos, sé valiente y sin duda alguna derrotarás a los kurus.

Uttarakumara no escuchaba. Le dijo:

—Nada me importa; Brihannala, tú no puedes comprender mis sentimientos. Dejémosles que se lleven todas nuestras pertenencias, rebaños y riquezas. Que el mundo se ría de mí, no me importa. Deja que los kurus se adueñen de todas nuestras vacas, ¡qué se las lleven! En lo que a mí respecta, no pienso volver. No voy a escucharte; voy a regresar a la ciudad.

Uttarakumara saltó del carro y comenzó a correr en dirección a la ciudad. Arjuna se enojó mucho al ver esto y le dijo:

—Esto no es digno de un príncipe. Tú eres un kshatrya. No cubras de deshonor a los tuyos. En el campo de batalla es mejor la muerte que la huida.

Las palabras de Arjuna se perdieron en el vacío, pues Uttarakumara corría tan deprisa como podía.

Arjuna saltó del carro y con su capa roja y sus largos cabellos flotando en la brisa, corrió tras el huidizo muchacho. La tierra resonaba bajo sus firmes y rápidos pasos. Mientras sucedía todo esto, ya se habían acercado demasiado al campo de batalla, de forma que podían ser vistos por los enemigos. Los soldados contemplaban todo lo que ocurría. Vieron primero un carro solitario que venía de la ciudad. Luego vieron a un joven huyendo de la lucha y una persona extrañamente ataviada que corría tras él. En total asombro, contemplaban aquella escena y su interés iba en aumento. Los soldados hablaban entre ellos y se preguntaban:

« ¿Quién será ese muchacho que ha saltado del carro y huye despavorido? ¿Y quién será esa otra persona que va ataviada de forma tan extravagante? » Todos seguían mirando cuando Drona, fijándose bien en lo que ocurría, dijo:

—Va vestido como una mujer, pero es un hombre, y el muchacho huye porque tiene miedo, eso es evidente. La persona que le persigue parece que intenta obligarle a que regrese a la lucha. Va vestido igual que una mujer, pero, ¡esperad un momento!, su figura me resulta familiar... se parece mucho a Arjuna. Tiene la misma cabeza y el mismo cuello. Incluso desde una distancia como ésta, puedo reconocerle. Nadie más que él podría tener unos brazos tan bellos. Los conozco. Mirad esos anchos hombros y ese amplio pecho. Es

Arjuna, no puede ser otro. Nadie sino él tendría valor suficiente para enfrentarse solo a todo un ejército.

Radheya, que estaba escuchando las palabras de Drona, dijo:

—En la ciudad de Virata, tuvieron que irse todos los soldados con su rey a luchar contra Susarma. Únicamente se quedó atrás el hijo del rey. Debía estar desesperado y tuvo que valerse de un eunuco para que condujese su carro al campo de batalla, ciertamente admirable. Llegaron hasta donde empiezan las filas enemigas, y, viéndolas, es evidente que el pobre chico perdió los nervios, no le culpo. Así que saltó del carro y ahora huye tan rápido como puede. El conductor del carro está todavía más nervioso que él. Corre tras el muchacho, e incluso más rápido, porque no quiere quedarse solo. Eso es lo único que ocurre. No veo ninguna razón por la que deba mencionarse el nombre de Arjuna.

Kripa dijo:

—Drona está en lo cierto. Es Arjuna. Es él quien persigue al muchacho. Le va a traer de vuelta a la lucha. Por lo que hacen deduzco que está planeando que el muchacho sea el conductor del carro y ser él mismo quien luche.

Duryodhana, irritado por esta charla, dijo:

—¿Qué importancia tiene que sea Arjuna o Krishna, o que sea el mismo Bhargava? Nadie podría enfrentarse con nosotros. Incluso aunque sea alguien que tenga forma de mujer, le atravesaré con mis flechas afiladas si osa enfrentarse conmigo.

Mientras se desarrollaba esta conversación, Arjuna corría tras Uttarakumara y por fin le dio alcance, agarrándole de los cabellos. De nada valían las súplicas del príncipe. Arjuna no iba a dejarle marchar y llevándole a rastras le dijo:

—No debes huir; además yo no te dejaré marchar. Si tienes miedo de luchar sé entonces el conductor de mi carro; ponte en mi lugar y toma las riendas, yo seré quien luche. Puedes confiar en mí, yo te cuidaré. Nadie podrá hacerte daño estando yo aquí. Eres un kshatrya. Recuérdalo; nunca debes huir del campo de batalla.

Arjuna logró que el joven príncipe saliese un poco de su temor, logró que tomara las riendas y él mismo se sentó dentro del carro. Arjuna, que quería disponer de su gandiva y de sus flechas, hizo que Uttarakumara guiara la carroza en dirección al árbol Sami, donde había dejado escondidas sus armas.

Augurios maléficos reinaban en las filas del ejército kuru. Augurios que aseguraban su derrota. Drona, acercándose a Bhishma, le dijo:

—Mi señor, estoy seguro de que es Arjuna quien está en esa carroza.

Le habló usando un lenguaje de claves, pues se arrepintió de haber hecho antes aquella impulsiva declaración afirmando que era Arjuna; no quería que Arjuna fuera

reconocido por los otros. No quería que le descubriesen. Por eso le habló a Bhishma en clave, y éste le respondió de la misma manera, diciéndole:

—Ya sé a qué te refieres. Puedo asegurarte que no tienes por qué preocuparte. Ya ha pasado el tiempo límite del que hablábamos el otro día en la corte. Ya no tienes por qué estar nervioso. Los pandavas están ya a salvo. Lo sabía incluso cuando estábamos discutiéndolo en la corte, pero no quise decirlo. Quiero que Duryodhana aprenda una lección y que se dé cuenta de que los pandavas no son un oponente tan fácil. Esta lección le será beneficiosa y le prevendrá de la inmensa tragedia que amenaza con materializarse sobre él.

Drona, sintiendo un gran alivio en su corazón, dijo:

—Duryodhana, estoy seguro de que es a Arjuna a quien veo, seguro que es él. Aunque se ha disfrazado, puedo reconocerle. Es Arjuna, el arquero que no tiene quien le iguale en todo el mundo, conozco a mi Arjuna desde que tenía trece años.

Mientras contemplaba a su amado discípulo, las lágrimas cegaban los ojos del anciano Drona, que continuaba elogiando a Arjuna y sus rápidos progresos. Aquello llegó a excitar la ira de Radheya, quien dijo:

—Siempre estás alabando y cantando las glorias de Arjuna. Él no es ni la dieciseisava parte de lo maravilloso que puede ser nuestro rey o yo mismo.

Duryodhana dijo:

—Si este es Arjuna, nuestro propósito ya se ha cumplido. Ya podemos enviar a los pandavas de vuelta al bosque por un período de otros doce años. Y si es un eunuco con forma de mujer, le atravesaré con mis flechas.

Bhishma, Drona, Kripa y Aswatthama apreciaron aquellas valerosas y encendidas palabras del rey.

Capítulo XVI

EL ÁRBOL SAMI

MIENTRAS tanto Arjuna había llegado al árbol Sami. Ya se había dado cuenta que el pobre príncipe era demasiado delicado y estaba demasiado nervioso para luchar. Le miró amablemente y le dijo:

—Quiero que subas a este árbol. Sobre el árbol hay un arco poderoso llamado el gandiva. El arco que tengo ahora no es suficientemente poderoso. Las armas qué has traído son demasiado débiles para la lucha que tengo que emprender. Por lo tanto debes subirte a este árbol y conseguirme las armas de los grandes pandavas que las han guardado ahí. Apresúrate y sube al árbol.

El príncipe miró a la copa del árbol y dijo:

—Sólo puedo ver un cadáver colgando de la rama más alta. Tú sabes que soy un kshatrya, ¿cómo puedo tocar un cadáver? Brihannala, por favor, no me hagas hacer estas cosas. No debo tocar un cadáver. No es bueno para mí.

Arjuna se rió de él y le dijo:

—Ya sé que eres un kshatrya. Perteneces a una gran casa. No insultaré a tu alto nacimiento; no tengas miedo, no es un cadáver. Las armas de los pandavas están escondidas dentro de ese envoltorio que parece un cadáver. Por favor bájalo del árbol.

Uttarakumara trepó al árbol y cortó la soga que ataba el envoltorio a la rama del árbol y luego bajó. Siguiendo las órdenes de Arjuna abrió el envoltorio. Su reacción fue de total asombro cuando vio las armas de los pandavas, parecía que había mil arcoiris ante sus ojos, así de maravilloso era el brillo que desprendían.

Uttarakumara miró a Arjuna y vio que salían lágrimas de sus ojos. Él, sin embargo, no podía compartir los sentimientos que ahogaban a Arjuna. Contemplando aquellas portentosas armas, Uttarakumara se sintió sobrecogido por un temblor y un miedo terrible, incluso le daba miedo mirarlas. Finalmente reunió suficiente coraje como para mirar a Arjuna y poder hablarle le dijo:

—Brihannala, ¿es eso un arco o una serpiente viva? Estos arcos brillan como el Sol y el fuego. Nunca antes he visto armas como éstas. Son preciosas. ¿Puedes decirme de quién son? Por favor, cuéntamelo.

Arjuna se había repuesto y le dijo:

—El arco que has tocado primero pertenece a Arjuna y es famoso en todo el mundo con el nombre de gandiva. Es el único arco de este tipo en el mundo. Da fama eterna a la persona que lo posee. Primero perteneció a Brahma durante mil años. Luego lo tuvo Indra durante cinco mil años. Después lo tuvo Varuna, señor de los océanos. Agni, el señor del fuego, se lo pidió a Varuna y se lo dio a Arjuna cuando quemó el bosque de Khandava. Desde entonces ha sido de Arjuna durante todos estos años. Este otro arco decorado con oro y piedras azules pertenece a Bhima. Este es el arco que conquistó a todos sus enemigos en el gran Rajasuya. Este otro arco de resplandor rojizo por el brillo del oro y los muchos rubíes incrustados en él, pertenece a Nakula, el hijo de Madri. Este arco incrustado de oro y esmeraldas pertenece a Shadeva. Ese arco tan bello, con pequeñas campanillas que resuenan con la brisa, pertenece a Yudhisthira, el mayor de los pandavas. Mira, estas flechas pertenecen a los pandavas. Puedes ver que todas llevan monogramas. Esta aljaba y aquella otra son de Arjuna, se las dieron junto con el gandiva y tienen la cualidad de que nunca se quedan vacías. Estas son las armas de los pandavas. Las dejaron aquí cuando se fueron al último año de su exilio, el año que tenían que pasar escondidos.

Uttarakumara se quedó mirando las armas durante largo rato con los ojos desmesuradamente abiertos y sin poder decir nada. Después de cierto tiempo dijo:

—¿A dónde han ido los pandavas dejando sus queridas armas? Oímos que abandonaron el Kamyaka y Dwaitavana después de haber pasado allí doce años. Desde entonces no se les ha visto en ninguna parte. Después de eso no se ha sabido nada de ellos. ¿Dónde están? ¿Puedes decirme dónde están ahora?

Arjuna sonrió dulcemente y le dijo:

—Escúchame, Uttarakumara, todos los pandavas están en Virata. —Arjuna sonrió de nuevo provocando que el completo asombro volviese a reflejarse en la expresión de la cara de Uttarakumara. Le dijo—: Yo soy Arjuna. Kanka, el compañero de tu padre, es Yudhisthira. Tu cocinero Valala, es Bhima. Damagranthi, el que está a cargo de tus caballos, es Nakula; y Tantripala, el jefe de los vaqueros, es Shadeva. Sairandhri, quien fue la causa de la muerte de Kichaka, es Draupadi.

A Uttarakumara le llevó algún tiempo salir de su asombro, luego dijo:

—Dime tus diez nombres y cómo los conseguiste. Arjuna le dijo:

—Mis diez nombres son: Arjuna, Phalguna, Jishnu, Kiriti, Swetavahana, Bhibhatsu, Vijaya, Partha, Savyasachi y Dhananjaya. Me pusieron el nombre de Dhananjaya cuando conquisté a todos los reyes durante el Rajasuya, recolectando riquezas de todos ellos. Siempre lucho hasta el final y nunca vuelvo sin haber logrado la victoria, por eso me llaman Vijaya. Los caballos que me regaló Agni son blancos y por eso me llaman Swetavahana. Indra, mi padre, me dio una hermosa corona cuando estuve con él, es por eso por lo que me llaman Kiriti. Nunca asusto a mis enemigos por maldad, nunca he luchado valiéndome de medios deshonestos para ganar ninguna batalla, por eso me llaman Bhibhatsu. Puedo usar igualmente las dos manos para lanzar mis flechas, y por eso me llaman Savyasachi. Mi complexión es fuerte y esbelta como la del árbol Arjuna y soy un hombre sin tacha, por eso se me llama Arjuna. Nací en una pradera a los pies de las colinas de los Himalayas, en un lugar llamado Satasringa y aquel día la estrella Uttaraa Phalguna estaba en evolución ascendente, por eso me dieron el nombre de Phalguna. Se me llama Jishnu porque no tengo miedo y soy terrible cuando me enfado. He hecho el juramento de que destruiré a la persona que hiera a mi hermano Yudhisthira y derrame su sangre. Le destruiré a él y también a sus hombres. Nadie me puede vencer. Mi madre se llama Pritha, y, como hijo suyo, soy Partha. Ya has oído mis nombres. Estoy aquí para luchar por ti y rescatar las vacas. Ven y contempla cómo lucho. No tienes porqué tener miedo a los kurus ahora que yo me he unido a tu causa.

El joven príncipe casi se desmayó a causa del miedo que se había apoderado de su corazón. Pensó en los muchos menosprecios que habían sufrido los pandavas en Virata y se sintió terriblemente dolido y avergonzado de sí mismo y de su padre. Se arrojó a los pies de Arjuna y le dijo:

—Me presento ante ti; soy Bhuminjaya o Uttarakumara. Soy el hijo del rey de Virata y me siento afortunado de ser la primera persona en reconocer al gran Arjuna después

del ajnatavasa de los pandavas. Siento mucho que vosotros, siendo héroes, tuvierais que hacer servicios menores en nuestra ciudad. Os hemos debido ofender en muchísimos detalles. En nombre de mi padre y de toda la gente de la corte, te pido que nos perdones por todos los insultos que habéis tenido que sufrir. Sois nobles; debéis ser buenos con nosotros y protegernos. Por favor, portaos bien con nosotros.

De sus ojos fluían lágrimas incesantemente. Arjuna le levantó del suelo y le abrazó. Secó las lágrimas del joven muchacho y le confortó diciéndole:

—Ven, se está haciendo tarde. No te sientas mal; hemos sido muy felices en Virata y no estamos enfadados en lo más mínimo contigo, ni con tu padre. Pero ahora no hay tiempo para hablar. Apresurémonos a ir al encuentro del ejército enemigo. Sé mi conductor, Uttarakumara. Yo lucharé contra ellos. Mis manos me hormiguean de tan sólo tocar este arco, el gandiva. Vas a ver algo que te gustará. Ya no has de tener miedo nunca más.

Uttarakumara sonrió con bravura y dijo:

—Desde hoy, nunca, nunca más me amedrentaré. Mi miedo se ha desvanecido como la nieve se derrite bajo el Sol.

Uttarakumara se sentó en el carro después de ayudar a Arjuna a entrar en él. Arjuna saludó al arco gandiva y lo levantó con sus poderosas manos. El carro giró de nuevo hacia el campo enemigo, listo para adentrarse en él.

Capítulo XVII

LOS KURUS DESCUBREN A ARJUNA

ARJUNA había quitado del carro la insignia del león de los matsyas, y en su lugar había puesto su propia insignia: el mono. El carro iba avanzando hacia el campo de batalla mientras Arjuna soplaba su famosa caracola, la devadatta; era su sonido característico. Y, acercándose hacia el frente con el gandiva en su mano, hacía sonar la cuerda de su arco. Aquel sonido causó terror en los corazones de sus enemigos. Arjuna se había situado en el campo de batalla.

Drona estaba emocionado de oír el resonar del gandiva y el sonido de la devadatta. Tenía un aspecto extremadamente feliz. Dijo:

—Aquí viene Arjuna. Tendremos que devolver las vacas y volver a Hastinapura. Sé que a Arjuna no le costará mucho destruir todo nuestro ejército; volvámonos todos. No vale la pena luchar.

Duryodhana fue corriendo a la presencia del acharya y le dijo:

—Mi señor, por favor, no hables así, estás desalentando a las tropas. Tú conoces el propósito de esta expedición, lo decidimos en Hastinapura antes de partir. La captura de las vacas era sólo un pretexto. El verdadero y auténtico propósito era provocar que

los pandavas salieran al descubierto. Yo dije: « Si los pandavas aparecen antes de que hayan concluido los trece años de exilio, podemos mandarles de nuevo al bosque por otro período de doce años. Y ahí tenemos a Arjuna. O es un temerario al revelarse de esta manera, o quizá piensa que los días del exilio ya han acabado. Ahora depende de nuestro honorable abuelo el aclararnos si los trece años han concluido o no, dado que Arjuna ha salido al descubierto para proteger las vacas de Virata. Habíamos decidido que Susarma atacara Virata por el lado sur, el octavo día después de la Luna nueva y que nosotros debíamos comenzar nuestro ataque el noveno día. Hasta ahora, hemos hecho todo de acuerdo al plan preestablecido. No sabemos lo que ha hecho Susarma; si ha capturado las vacas y se ha ido o si ha sido vencido por Virata. Si es lo último, oficialmente estamos aquí para ayudarle, ya que es nuestro querido amigo. Si ha sido vencido y el rey de los matsyas viene para luchar contra nosotros, debemos luchar.

Suponiendo que Susarma haya vencido a Virata y que Arjuna haya venido a luchar por su cuenta, también en ese caso tenemos que luchar. No entiendo el motivo de todo esto: grandes guerreros como Bhishma, Drona y Kripa, sentados en sus carros sin deseos de afrontar la lucha sólo porque Arjuna haya aparecido en escena. ¿Qué importa si viene? ¿Puede Arjuna sembrar tanto miedo en vuestros corazones? ¿Quién tendría el atrevimiento de volver a la ciudad de Hastinapura sin luchar, incluso si viniese Yama o el mismo Indra para luchar contra nosotros? Si tú, nuestro preceptor, infundes miedo en los corazones de nuestros soldados, ¿qué puedo hacer yo? ¿No crees más bien que deberías preparar el ejército haciendo lo que sea necesario? Por favor, no sigas alabando a ese Arjuna. Por favor, haz algo que ponga orden entre las tropas, los soldados están alterados debido a tus inoportunos comentarios; no es el momento de hacer halagos al enemigo. En vez de hacer comentarios sobre el valor de Arjuna, deberías pensar en nosotros.

Entonces Radheya se acercó y dijo:

—Parece que todo el ejército está nervioso, debido a las palabras de nuestro acharya. Nadie parece estar dispuesto a luchar, pero a mí no me importa. Aunque se tratase del mismo Bhargava o Indra, o de Krishna y Arjuna; no me preocupa. Lucharé contra ellos yo solo. Que todo el mundo me vea disparándoles mis afiladas flechas, que volarán agudas como serpientes venenosas y matarán a mi enemigo. Haré que su insignia caiga al suelo como un árbol arrancado de raíz por una tempestad. Desde hace trece años he estado anhelando este encuentro con Arjuna. Me siento feliz de que mi sueño se vuelva realidad. Mis flechas volarán tan rápidas y tan continuamente, que la cuerda de mi arco no cesará de sonar, igual que el sordo murmullo de las abejas en verano. Cubriré el cuerpo de Arjuna con mil flechas. Su forma sangrante parecerá una montaña cubierta de flores rojas. Capturaré a Arjuna sacándole de su carro como el sagrado Garuda capturando a la serpiente. Complaceré a mi señor y amigo Duryodhana sacando así una espina de su

corazón: la espina que le ha estado hiriendo durante tantos años. Estoy seguro de ello. En cuanto a vosotros, que parecéis tener miedo de Arjuna, os podéis ir todos de aquí o quedaros bordeando el campo de batalla para verme luchar contra mi enemigo.

Kripa le dijo:

—Radheya, tú siempre estás pensando en la guerra y en matar. Sólo se debe luchar cuando es absolutamente necesario. Cuando puede alcanzarse el bien común sin lucha, debe evitarse la lucha. No te gusta admitir que tu oponente es más poderoso que tú. Arjuna sí que puede luchar contra cualquiera él solo, pero tú no puedes. Él permitió que Agni quemara el bosque de Khandava venciendo a Indra, el cual trataba de defender el bosque. Le venció él solo. Recientemente también rescató a Duryodhana cuando fue raptado por los gandharvas contando con sus hermanos como su única ayuda, no le acompañaba ningún ejército. Y si recuerdo bien, entre los que se enfrentaron a los gandharvas disponiendo de un ejército, había un gran héroe que, saltando de su carro, salió corriendo de la lucha. No tengo que contar todas las hazañas de Arjuna, las conocéis todos muy bien. Habéis oído hablar de la muerte de los kalakeyas y de los nivatakavachas. Él solo lo hizo todo. No tendría porqué hablarte de la grandeza de tu enemigo, pero aún así lo he de hacer porque no quiero que seas un necio. Estás tratando de arrancarle los colmillos a una serpiente venenosa poniendo tu mano derecha dentro de su boca. Arjuna es como un león que acaba de salir de su cautiverio, nada podrá igualar su furia. Será como una antorcha encendida arrojada sobre una bala de algodón. Si comienza esta lucha, tú y yo, y todos nosotros, seremos abrasados en un instante. Sin embargo, si estás decidido a luchar, no trates de enfrentar este fuego por ti solo. Prepararemos nuestras tropas y estaremos listos. Nos enfrentaremos todos nosotros contra él como una sola unidad: nosotros seis: Drona, Duryodhana, Bhishma, tú mismo, Aswatthama y yo. Nos enfrentaremos contra él combinando nuestros esfuerzos. Lo que dijiste acerca de luchar contra él tú solo, me temo que es demasiado optimista. No sabes lo que dices. Te sobreestimas demasiado y eso te lleva al error de menospreciar a Arjuna.

Radheya estaba furioso por el tono de desdén con que habló Kripa. Y le dijo:

—Veo que el gran Kripacharya ha perdido la razón viendo a Arjuna. Los que tienen miedo no tienen porqué luchar. Yo solo puedo pagar la deuda que le debo a mi amigo Duryodhana, matando a Arjuna. —Radheya se volvió hacia Duryodhana y le dijo—: Los consejos de los brahmanes, mi señor, son convenientes, pero sólo en ciertas ocasiones. Son útiles para consultarles cuándo han de distribuirse las limosnas o cuándo ha de celebrarse una determinada festividad, pero no deberían ser consultados acerca de cuándo se ha de luchar en la guerra. Deja que este gran acharya Kripa se vaya a casa, le tiene miedo a Arjuna; yo lucharé.

Aswatthama había estado escuchando aquella conversación durante algún tiempo, pero ya su ira se había vuelto incontrolable. Miró a Duryodhana y a Radheya y dijo:

—Hasta ahora no habéis hecho nada para defender las vacas; no estáis haciendo nada. Duryodhana, sólo estás escuchando a tu querido amigo y sus planes sobre lo que va a hacer, pero las vacas no han traspasado aún la frontera del reino de los matsyas, y mucho queda hasta que lleguen a Hastinapura. Por favor, hablad después de haber hecho algo de lo que hablar. Radheya, escúchame, todos los brahmanes son justos, no alardean; los sabios no alardean. En cuanto a ti, sólo eres un pomposo fanfarrón. No creo que puedas hacer nada. Los que actúan no hablan de ello. Fíjate en el fuego; cocina comida para el mundo entero ¿habla acaso de ello? Fíjate en el Sol; en pocos instantes trabaja más que todos los demás dioses juntos, ¿canta él una canción al respecto? Acaso dice: « Miradme, estoy haciendo tanto trabajo, venid y sorprendeos. » Fíjate en esta poderosa tierra. Soporta la carga de los seres animados e inanimados. Ha tenido paciencia durante miles de años, ¿habla la tierra de ello? ¿acaso dice: « Miradme y admiraos de mi paciencia. Estoy haciendo tanto, ved qué maravillosa soy »? Ella no lo hace. Todos ellos hacen su trabajo en silencio, sin hablar de ello. Pero tú pareces ser de una categoría diferente; sólo sabes hablar —Aswatthama se volvió hacia Duryodhana y le dijo—: Los brahmanes no ganan reinos jugando a los dados. Los verdaderos héroes no hacen trampas con juegos y luego hablan de sí mismos como si hubieran ganado un reino en una batalla. De hecho eres un gran rey, Duryodhana, pero eres peor que un vaysa. Los vaysas son buenos vendiendo y haciendo trampas. Tú alardeas de ser un kshatrya. ¿Qué kshatrya ha ganado un reino engañando a su oponente, haciéndole trampas para hacerle perder todo? Eres peor que un vaysa. Él engaña porque es su profesión, pero tú has adoptado una profesión que es muy inferior a tu clase y te enorgulleces de tu deshonestidad. ¿Acaso es tan maravilloso disfrutar de un reino ganado con engaños? ¿Ganaste la hermosa ciudad de Indraprastha luchando por ella? ¿Hiciste a Yudhisthira y a sus poderosos hermanos tus esclavos capturándolos en la guerra? ¿Ganaste a la fiera Draupadi como esclava en una lucha contra los pandavas? ¡No! ¡el gran kuru Duryodhana les ganó a todos en un juego de dados! Incluso en ese juego no jugaste tú mismo. Para eso tuviste que recurrir a la ayuda de tu malvado tío. Hiciste caer de un solo golpe a ese árbol de madera de sándalo llamado Yudhisthira. ¿Recuerdas lo que dijo Vidura? Los sabios dicen que: « Las criaturas de la tierra heredan, hasta cierto punto, la paciencia y la naturaleza misericordiosa de la madre tierra. Incluso los insectos y las hormigas perdonan si tienen que hacerlo. »

»Pero en el caso de los pandavas, tú has transgredido tanto las reglas de conducta que no creo que te perdonen. Abusaste demasiado al insultar a su reina Draupadi. Su ira es terrible, pero Arjuna ha aparecido ahora como tu Némesis. Ha venido para vengar sus males. Por favor, no insultes a mi padre y a mi tío llamándoles cobardes. Ellos se pueden enfrentar a Indra y a todas las huestes celestiales. No tienen miedo como parece sugerir tu querido amigo. Ellos pueden reconocer la grandeza, dondequiera que la vean.

Admiran a Arjuna porque merece su admiración y hablan con menosprecio de Radheya porque saben que no es nada frente a Arjuna. Incluso yo diría lo mismo. ¿Quién puede igualar la grandeza de Arjuna? Él es el más grande de todos los héroes. Por su habilidad, su noble naturaleza y su caballerosidad, mi padre le guarda profundo aprecio en su corazón. No veo nada malo en alabar como es debido a quien lo merece. Tu querido Radheya siempre ha tenido celos de Arjuna. En cuanto a ti, has arruinado todas tus nobles cualidades por esta única falta: tu envidia por los cinco pandavas. Que luche quienquiera. Yo he decidido no combatir. Si Virata viene a luchar, entonces te ayudaré, pero no ayudaré a Radheya en su lucha contra Arjuna. Aprecio a Arjuna tanto como a mi padre. »

—Aswatthama arrojó su arco y sus flechas y se sentó en su carro en silencio.

Capítulo XVIII

LA EXPIRACIÓN DEL EXILIO DE LOS PANDAVAS

BHISHMA intervino y dijo:

—Lo que dice Drona es verdad y creo que las palabras de Kripa son también correctas. El gran Aswatthama dijo la verdad cuando explicó los sentimientos que movieron a los brahmanes a hablar así. No deben ser insultados, como lo han sido por Radheya. Duryodhana, considera las circunstancias. No las estás teniendo en cuenta en lo más mínimo. Por tu amor a tu amigo, permites que esto ocurra. No debes permitir que ocurran estas disensiones. No debe haber ninguna disensión en el ejército. Debes apaciguar a estos grandes hombres. No debes permitir que nuestros héroes peleen entre ellos. —Bhishma miró a Aswatthama y le dijo—: No debes ofenderte por las palabras de Radheya. Habló así porque quería enardecer a las tropas. No es el momento de que muestres tu ira. Debes olvidar sus duras palabras. Los tres debéis perdonar a estos jóvenes. Ellos pensaron que las palabras de admiración hacia Arjuna de tu padre y de tu tío estaban arruinando la moral del ejército. Esa es la razón por la que Radheya hablara tan vehementemente. Por favor, sed lo suficientemente sensatos como para olvidar estas cosas y concentraros en el peligro inmediato. Debemos combinar nuestras fuerzas y atacar a Arjuna. La gente sabia no guarda rencores.

Aswatthama se calmó al oír las palabras de Bhishma, y dijo:

—Que mi padre y mi tío les perdonen; yo no seguiré enfadado si ellos olvidan su ira. Yo pienso que los méritos del enemigo no tienen porqué hacer que este hombre tenga celos.

Duryodhana comprendió la gravedad de la situación y pidió a Drona y a Kripa que les perdonaran. Drona dijo:

—Mi ira desapareció al escuchar las palabras de Bhishma, olvidémonos ahora de esta charla. Hagamos las cosas de forma que Arjuna no se encuentre en la lucha con Duryodhana. Sé que Arjuna ya puede aparecer a campo abierto pues los trece años del exilio de los pandavas han acabado ya. La ira de Arjuna contra Duryodhana será terrible. Evitemos este encuentro. No me cabe duda de que ha acabado el período de su exilio. Pido a nuestro venerable Bhishma que aclare las dudas de Duryodhana.

Bhishma miró con compasión a Duryodhana y le dijo:

—Hijo mío, Drona tiene razón, su tiempo se ha acabado. La revolución de la rueda del tiempo es constante. Las estrellas y planetas, sin embargo, tienen su efecto durante su evolución. Los astrólogos han calculado sus influencias en cada momento, las cuales pasan desapercibidas para nosotros. De acuerdo a ellos, cada cinco años hay un aumento de dos meses en la extensión del tiempo. Durante estos trece años ha habido un aumento de cinco meses y doce días. Los pandavas han pasado doce años en el bosque y un año escondidos. Pero han pasado cinco meses de exilio innecesario. Yudhisthira debe haberlo sabido y también los cuatro hermanos de esa alma tan gentil. Yudhisthira es muy justo y muy noble, y no ha querido disminuir el último año restándole estos cinco meses. Junto con sus hermanos también ha permitido que transcurriera todo este tiempo en silencio. No quiso acortar este año. No quiere dar lugar a discusiones sobre la duración del exilio. No quiere que haya ni un pelo de duda en sus argumentos sobre los hechos, por eso ha permanecido en silencio. Arjuna sabe que los trece años han pasado y es por eso por lo que ha salido al descubierto. Incluso esto lo ha hecho porque quiere ayudar a su rey. Los pandavas están atados por los grilletes del Dharma y jamás los romperán, nunca dirán una mentira. Si Yudhisthira dice que el tiempo del exilio se ha acabado, es que se ha acabado; eso es todo. —Esperó durante un momento y luego continuó diciendo—: Fíjate en Arjuna, es invencible. Si él y sus hermanos deciden luchar contra nosotros no tenemos posibilidad alguna de vencerles. Yo te tengo mucho aprecio y no quiero verte destruido. Esta es tu única oportunidad. ¿Por qué los consideras todavía como tus enemigos? Devuélveles su reino, haz la paz con ellos y serás feliz. El mundo entero se librará de la gran masacre. Acepta mi consejo, llama a los pandavas a tu presencia y devuélveles su reino.

El rostro de Duryodhana palideció de disgusto. Todos sus sueños de mandarles de nuevo al bosque se habían ido para siempre. Sus ojos se enrojecieron por la ira y dijo:

—No les devolveré su reino a los pandavas; hablemos de la guerra y de nada más. Voy a luchar: ahora y luego también. Por favor, haced los preparativos para la guerra ahora.

Drona dijo:

—Por favor, acepta mi consejo. Dividamos el ejército en cuatro partes. Duryodhana, llévate contigo un cuarto del ejército y dirígete hacia Hastinapura. —Miró a los otros y

dijo:— Debe protegerse al rey por encima de todo. No debemos permitir un encuentro entre Duryodhana y Arjuna. Que otro cuarto del ejército coja el ganado y se vaya hacia Hastinapura. La otra mitad se quedará aquí y luchará contra Arjuna. Bhishma, Kripa, Aswatthama, Radheya y yo lucharemos contra él. Incluso si el mismo Indra viene en su ayuda no nos importará. —Ya se oía el ruido del carro de Arjuna viniendo hacia ellos. Drona dijo—: Se acerca rápidamente, apresurémonos y mandemos al rey a la capital.

Bhishma se hizo cargo de toda la situación e hizo que el ejército se colocara adecuadamente. Dijo:

—Que Drona esté en el medio de la falange, que Aswatthama se ponga a su izquierda y guarde el ala izquierda y que Kripa guarde el ala derecha. Radheya estará al frente en la vanguardia del ejército. Yo me quedaré atrás, defendiendo la retaguardia. Espero que entre los cinco podremos arreglárnoslas para vencerle.

Ya estaban listos. El carro de Arjuna iba lanzado en dirección a ellos. Arjuna vio al ejército dispuesto en forma de Luna menguante. A esa formación de guerra se le llamaba Vajra Vyuha, lo cual quería decir que era tan difícil de penetrar como un diamante. Arjuna sonrió para sí y se dijo: « Debe ser una idea de mi abuelo. Él es muy hábil en la organización del ejército en diversas falanges. » Miró de nuevo y vio la insignia de su abuelo, que era una palmera dorada. Su vista causaba siempre terror en los corazones de sus enemigos.

Capítulo XIX

ARJUNA SE ENFRENTA Y VENCE AL EJÉRCITO KURU

DOS flechas volaron por el aire y fueron a caer a los pies de Drona. Bhishma y Kripa también fueron saludados con dos flechas cada uno, que cayeron a sus pies. Dos flechas más llegaron, rozando los oídos de Drona. Bhishma y Kripa oyeron también otras tantas flechas susurrando a sus oídos. Aquello les agradó mucho, era un gesto muy hermoso por parte de Arjuna. Las dos primeras fueron sus saludos: se había encontrado con ellos después de trece años y se estaba anunciando. Y las dos siguientes se las lanzó pidiéndoles permiso para luchar contra ellos. La batalla comenzó.

Arjuna avanzó a la velocidad del viento, mirando de frente a sus oponentes y le dijo a Uttarakumara:

—Veo que esta falange está ordenada así para entorpecer mi camino. Puedo ver a los veteranos kurus y también a Radheya, pero no encuentro a Duryodhana. Allí hay una porción que se dirige hacia Hastinapura. Ya veo su plan, no quieren que me encuentre con Duryodhana. Él se está yendo con las vacas y una porción del ejército. Vamos, persigámosle, primero debemos liberar las vacas.

Uttarakumara dirigió el carro en la dirección que indicaba Arjuna. Pasaron por el ala oeste y Arjuna luchó mientras pasaba. Varios de los hermanos de Duryodhana le hicieron frente, pero no pudieron pararle. Estaba decidido a perseguir la insignia de Duryodhana: la serpiente bordada sobre un paño de oro. Arjuna dijo:

—No quiero luchar contra nadie más, quiero rescatar las vacas y quiero encontrarme con este hombre que nos ha causado innumerables daños. Quiero enfrentarme con este monarca orgulloso y altivo que le ha causado tanto dolor a nuestra reina y luego, quiero matar a todos los que se rieron de nosotros. Pero he perdido de vista al rey, esto debe ser cosa de Drona. Estoy seguro que quiere salvar la vida del rey, si no el rey Duryodhana nunca escaparía del campo de batalla; debo perseguirle. No prestes atención a este ejército, ve en la dirección en que veas la insignia de la serpiente.

El carro pasó rugiendo junto a Bhishma, que miró a Arjuna y adivinó sus intenciones, diciéndoles a los otros:

— Arjuna está persiguiendo al rey como un león a su presa. No podemos dejarle que descargue su ira contra el rey, le matará al instante. No nos preocupemos ahora de las vacas, debemos enfrentarnos con Arjuna.

Bhishma se apresuró yendo en ayuda del rey. Arjuna había llegado a la porción del ejército que se llevaba el ganado y le pidió a Uttarakumara que avanzara lentamente. Le dijo:

—Primero liberemos las vacas.

Luchó contra los soldados que guardaban las vacas, quienes fueron desbordados por las terribles flechas que salían de su arco como un arroyo sin fin. Los soldados salieron corriendo. Las vacas de Virata, con las colas levantadas y con sus terneros corriendo con ellas, se dieron la vuelta llenas de miedo y comenzaron a huir en dirección sur. Iban corriendo hacia la ciudad. Los vaqueros estaban muy felices de ver que sus vacas habían sido rescatadas.

El carro de Arjuna se dirigía hacia el rey que tenía un cuarto del ejército para protegerle. Los veteranos observaron las maniobras de Arjuna y se prepararon para enfrentarse a él e impedirle avanzar. La falange se había roto y desorganizado. Radheya, Bhishma y los otros se dirigieron hacia Arjuna. Arjuna hizo todo lo que pudo para evitar herir a su guru Drona. Se enfrentó con los hermanos de Duryodhana y luchando con todos ellos hasta pasarles de largo se encontró con que Radheya estaba avanzando hacia él. Arjuna dijo:

—Uttarakumara, mira, ese hombre es Radheya. Siempre ha sido mi rival. Es un gran arquero y es un discípulo de Bhargava. Es un maestro en todos los divinos astras. No tiene quien le iguale en habilidad y valor. Es un gran héroe. Llévame hacia él. Mira, el rey ha vuelto; mira la insignia de la serpiente avanzando hacia nosotros. Me alegro

de que venga. Sabía que Duryodhana jamás se comportaría como un cobarde huyendo del campo de batalla, también viene hacia aquí. Bhishma, mi querido abuelo, también viene hacia nosotros, está decidido a proteger al rey. Bhishma es el más grande de los héroes kurus y ahora lucha en las filas del ejército de Duryodhana. Sí, todos; todos y cada uno de ellos están bajo el magnetismo de Duryodhana. Quiero luchar contra todos ellos. Lleva mi carro al centro del campo, desde donde pueda luchar.

El carro avanzó rápidamente.

Aswatthama le sonrió a Radheya como diciendo: « Veamos lo que vas a hacer ahora. Ahí tienes tu oportunidad. » Le dijo:

—Radheya, mira, Arjuna viene ansioso por luchar contigo. Durante años has hecho resonar la sala del consejo con tus habladurías sobre cómo ibas a matar a Arjuna. Ahora le tienes aquí, rugiendo como un león en la arena, veamos cómo luchas. Si te derrota, puedes volver al salón del consejo en Hastinapura y planear artimañas con ese malvado Sakuni; podrás elaborar otro malvado truco para desterrar a los pandavas sin tenerte que enfrentar con ellos.

Los ojos de Radheya despedían fuego y dijo:

—Por favor, no sigas insultándome. No le tengo miedo a Arjuna. Nunca he tenido miedo, no le tengo miedo ni siquiera a Krishna. Ahora verás cómo lucho, te lo demostraré.

Arjuna avanzó con una sonrisa en su rostro. Duryodhana había llegado al centro del campo y estaba listo para luchar. Arjuna estaba rodeado por todas partes por los más grandes héroes del ejército de los kurus: Bhishma, Drona, Kripa, Aswatthama, Duryodhana, Radheya, Sakuni y Vikarna. Fue una lucha terrible. Todos ellos lucharon contra él: todos juntos y uno a uno. Arjuna permanecía indemne y estaba determinado a enfrentarse a Radheya, y así lo hizo.

Arjuna luchó solo contra Radheya. La lucha fue indescriptible. Todos se quedaron paralizados como por un hechizo observando el duelo. Ambos eran grandes arqueros y rivalizaban el uno con el otro en valor y en habilidad. Arjuna estaba tan enfadado como los cielos cuando diluviaron destruyendo la tierra. Le dijo:

—Ven, Radheya, arreglemos ahora viejas cuentas. Tú has hecho un juramento de que me matarías y yo he jurado que te mataría a ti, veamos quién vence y mantiene su palabra. Te he oído hablar, te he oído decir que no hay quien te gane en habilidad y bravura. Ha llegado el momento en que tendrás que probar tus palabras, veremos cómo te escapas vivo de ésta.

Radheya se rió y dijo:

—Me siento igualmente encantado de luchar contigo en un duelo a muerte, mi querido Arjuna. No quiero perder el tiempo en palabras vacías; vamos, luchemos.

Lucharon durante largo tiempo. Las agudas flechas de Radheya, que eran tan veloces que su recorrido no podía ser seguido por la vista, hirieron a Arjuna, a sus caballos y a su conductor. Uttarakumara permanecía en su sitio. El joven príncipe se había convertido repentinamente en un héroe. Así de poderosa era la influencia de Arjuna. Su bravura era contagiosa. Radheya resistió durante largo tiempo la acometida de Arjuna. Pero al final tuvo que aceptar la derrota. Su frente, su cuello, sus hombros, sus brazos y su pecho estaban todos cubiertos de sangre por las flechas de Arjuna. Radheya tuvo que dejar de luchar, tuvo que abandonar la lucha y salir corriendo del campo de batalla.

Arjuna se encontró con Drona, y Aswatthama fue en ayuda de su padre cuando vio que Arjuna iba ganando. Arjuna era como el fuego de un bosque, quemando todo lo que encontraba en su camino. Drona, Aswatthama y Kripa fueron vencidos por Arjuna. Luchando parecía un ser divino, no parecía un mortal ordinario. Bhishma también vino a su encuentro, pero Arjuna les venció a todos. Quería encontrarse con Duryodhana y fue en dirección hacia donde él estaba. Los dos se encontraron frente a frente. El rey ya estaba muy disgustado por el cariz que estaban tomando las cosas, veía que su ejército estaba siendo dispersado por Arjuna en las cuatro direcciones. Se opuso a Arjuna valientemente, pero no pudo luchar por mucho tiempo. Arjuna mató a sus caballos y a sus elefantes. Duryodhana no pudo resistir el acoso de su poderoso primo y tuvo que salir corriendo del campo. Arjuna le siguió con palabras más afiladas que sus flechas. Le dijo:

—Hoy has perdido tu fama y tu reputación en el campo de batalla. ¿Es acaso correcto que un kshatrya se comporte de forma tan cobarde? ¿Acaso amas tanto tu vida que estás dispuesto a perder tu nombre a cambio de ella? ¿Qué es la vida después de todo? Tan sólo unos momentos. Te estás comportando como un cobarde, la muerte en el campo de batalla es preferible a una vida así. Te han puesto de nombre Duryodhana, lo cual significa que es muy difícil oponérsete y luchar contra ti. También te llaman Suyodhana; eso quiere decir que eres un buen luchador, pero hoy has hecho que tus dos nombres pierdan todo significado debido a tu conducta; deberías avergonzarte de ti mismo. Ven, sé un hombre y combate.

Aguijoneado por estas crueles palabras de Arjuna, Duryodhana volvió a la lucha. Luchó como una serpiente herida, su orgullo había sido herido. Él siempre había sido extremadamente sensible y no pudo soportar los insultos que habían llovido sobre él. Radheya vino en su ayuda por el lado derecho, pero no fue posible vencer a Arjuna. Drona y el resto de ellos vinieron y rodearon a Arjuna de nuevo. Arjuna decidió que ya había causado suficientes estragos en el ejército e invocó el astra llamado Sammohana, que tenía el poder de ponerles a todos en trance. El príncipe Uttarakumara vio a todo el ejército caer como desmayado.

Arjuna recordó la petición de la princesa Uttaraa y le dijo a Uttarakumara:

—Todos están bajo trance, baja del carro, acércate a ellos y quítales las capas y los paños con que cubren sus torsos. A Kripa quítale de sus hombros la seda blanca con la que los cubre. Fíjate en la hermosa seda amarilla que cubre el pecho de Radheya, tráela. Ve a donde está Aswatthama y trae también sus adornos. El rey lleva una seda azul de encantador aspecto, a tu hermana le gustará, estoy seguro. No te acerques mucho a mi abuelo, él conoce los encantamientos que contrarrestan este astra. Quizá no esté bajo trance. No nos arriesguemos acercándonos a él.

Uttarakumara bajó del carro y recogió sedas y joyas de los héroes dormidos, tras lo cual volvió al carro. Estaban ya dispuestos a partir, cuando Bhishma trató de detenerlos, pero Arjuna había matado a sus caballos. Después de saludar a Bhishma desde cierta distancia, Arjuna regresó a la ciudad.

Después de que salieran del trance, todos querían perseguir a Arjuna, pero Bhishma se rió de ellos y les dijo:

—No seáis tontos. Admitid que hemos sido vencidos; volvamos a Hastinapura. Vi cómo os quitaban vuestros vestidos y vuestras joyas, eso significa que habéis sido despojados de vuestro honor: una venganza adecuada por lo que les hicisteis años atrás. Traté de detenerle pero no pude. Podía haberos matado a todos mientras dormíais, pero él es demasiado justo para hacer eso; volvamos a Hastinapura.

Duryodhana permaneció en silencio. Todos sus planes se habían roto. Vio cómo el carro de Arjuna se perdía en la distancia. Desde allí Arjuna disparó flechas que cayeron a los pies de los ancianos; era su despedida. Y del rey se despidió disparándole una flecha que hizo que su corona cayera al suelo, tras lo cual su carro se perdió de vista. Tras exhalar un suspiro de desaliento, Duryodhana decidió volver a Hastinapura.

Arjuna descendió del carro y le dijo al príncipe:

—Por la gracia de Dios se han salvado las vacas y los enemigos han sido vencidos. Manda un mensaje a la ciudad anunciando tu victoria, pero quiero advertirte algo, no le digas aún a tu padre que los pandavas están en su corte. Si se entera, quizás no pueda resistir semejante sorpresa. Dile que luchaste con el ejército de los kurus y que rescataste las vacas que habían sido capturadas por ellos.

Uttarakumara dijo:

—Pero eso es imposible, mis días de fanfarronería se han acabado, no puedo atribuirme el mérito de algo que no hice. Arjuna le dijo:

—Sólo será por poco tiempo, cuando llegue el momento oportuno, puedes contarle la verdad.

Se dirigieron al árbol Sami, quitaron la insignia del mono y pusieron de nuevo la del león. El gran gandiva fue envuelto cariñosamente y colocado con las otras armas y los dos se dirigieron hacia la ciudad. Ahora Uttarakumara iba sentado en el carro y Arjuna

lo conducía. Su pelo, que había atado con un paño durante la lucha, una vez más colgaba en forma de trenza por su espalda.

Capítulo XX

VIRATA HIERE A YUDHISTHIRA

EL rey Virata entró triunfante en la ciudad después de haber vencido a los trigartas. Había rescatado las vacas y fue recibido por los ciudadanos con gran pompa y esplendor. Entró en la ciudad rodeado por los pandavas y fue recibido en el palacio por la reina y su hija. La princesa Uttaraa le contó la invasión del ejército kuru y cómo el príncipe Uttarakumara, él solo, se había ido a luchar contra ellos. El rey se sintió infeliz por aquella calamidad. Se le dijo que Brihannala era el conductor del príncipe y el rey se hundió en las profundidades de la desesperación. Dijo:

—¿Qué puede hacer mi hijo contra ellos? Todos los héroes kurus están allí: Bhishma, Drona, Kripa y el invencible Radheya han venido a atacarnos. Reunamos rápidamente el ejército y vayamos a ayudar a mi hijo. Pensé que había pasado todo el peligro cuando vencimos a Susarma, no esperaba esta nueva amenaza. Debo reunir mi ejército al instante.

Virata estaba dando instrucciones a sus ministros y a sus hermanos para hacer los arreglos para la segunda campaña.

Entonces dijo Yudhisthira:

—No te desesperes, sabiendo que Brihannala es el conductor de tu hijo, ya no me preocupa en absoluto. Tu hijo podrá derrotar incluso a Indra o a Yama si Brihannala es su conductor. Conozco a Brihannala y su grandeza, por favor reponte, mi rey, y espera noticias del frente de batalla. Te aseguro que pronto oirás hablar del éxito de tu hijo.

Oyendo las palabras de Yudhisthira, por quien tenía un gran respeto, el rey decidió permanecer en silencio. Tenía que tener paciencia. Su corazón estaba lleno de dolor, pero consintió en esperar noticias de Uttarakumara.

Después de unas horas de agonía, llegaron algunos vaqueros ante la presencia del rey diciéndole:

—Mi señor, venimos de las inmediaciones del campo de batalla, vimos el carro del príncipe, conducido por Brihannala, y al vernos, el carro se paró. Brihannala nos dijo: « Id inmediatamente a la ciudad y anunciad que el príncipe ha derrotado a sus enemigos, que ha rescatado las vacas y que la ciudad debe prepararse para recibirle con honor. El príncipe viene en camino a la ciudad después de haber rescatado el ganado de los kurus. Les ha vencido luchando él solo. »

Los vaqueros estaban tan emocionados que se repetían una y otra vez. Yudhisthira sonrió al escuchar el mensaje y dijo:

—Es una fortuna que el éxito haya cortejado al rey y a su hijo. —Luego añadió—: Pero no me sorprende, sabía que el príncipe estaba seguro de ganar con Brihannala de conductor. El conductor de Indra llamado Matali e incluso el de Krishna, el mejor de todos los conductores, palidecerían hasta eclipsarse si se los comparase con Brihannala.

El rey deliraba de alegría y dio órdenes de que se decorara la ciudad. Quería que la ciudad recibiera a su hijo dándole la bienvenida de una manera gloriosa. Todas sus órdenes fueron realizadas. El rey estaba feliz, el palacio era un jardín de dicha.

El rey y Yudhisthira estaban sentados juntos, los ojos del rey se posaron sobre Sairandhri, la cual estaba de pie a cierta distancia ayudando a decorar la sala, la llamó y le dijo:

—Sairandhri, ve y trae los dados. Estoy muy feliz, quiero jugar. Yudhisthira dijo:

—Si puedo darte un consejo, te recomiendo que no juegues; por favor no juguemos ahora. Los sabios prohíben el juego cuando la mente está exaltada.

El rey le dijo:

—Pero eso es absurdo, no vamos a jugar haciendo apuestas, sólo vamos a pasar el rato mientras llega mi hijo. No hay nada malo en que juguemos. Ven y juega.

Yudhisthira le dijo:

—No, mi señor, este juego es una cosa terrible. Sé que Yudhisthira perdió su reino, a sus hermanos y también a su esposa como apuestas en este juego de dados. El juego de dados priva al hombre de su sano juicio. Si Yudhisthira hubiera jugado en un estado mental normal nunca hubiera sido tan estúpido. El juego se sube a la cabeza como el vino y hace que el hombre haga las cosas más inimaginables, tú estás exaltado y tengo miedo por ti. Por favor, no juguemos.

Pero el rey estaba muy empeñado en jugar, así que Yudhisthira tuvo que acceder.

El juego comenzó. La mente de Virata estaba enardecida por la victoria de su hijo. Yudhisthira también estaba tan excitado como el rey. El éxito de Arjuna le había emocionado. El rey dijo:

—Estoy orgulloso de la hazaña que ha realizado mi hijo, sólo pensar que ha luchado contra todos los héroes kurus me pone muy feliz y emocionado. Estoy orgulloso de mi hijo; ha hecho algo grande, ha realizado lo imposible.

—Yudhisthira le dijo:

—Sí, es tu buena fortuna que Brihannala estuviera allí para sostener las riendas de los caballos de tu hijo. Es por eso por lo que el príncipe pudo ganar.

Al rey no le gustaron las palabras de Yudhisthira y le dijo:

—Dices que no te sorprendes, ¿es que es tan fácil vencer a los héroes del ejército de los kurus? Es una gran hazaña. No haces más que hablar de ese eunuco como si fuera

alguien grande. Te lo digo, mi hijo es un gran héroe y le estás insultando a él y a mí, elogiando a ese bailarín más que a él. Esta vez te perdonaré, pero, por favor, cuídate de no desagradarme de nuevo.

Yudhisthira sonrió dulcemente y le dijo:

—La verdad, mi señor, nunca es agradable de oír. Te diré lo que debe haber ocurrido: tu hijo ha debido ser el conductor de Brihannala. Seguro que ha sido él el que ha vencido al ejército de los kurus. Piensa en ese ejército, no pueden enfrentársele ni los devas. ¿Cómo puede un niño como tu hijo haberles vencido? Sólo Brihannala puede haber logrado esta victoria.

El rey estaba fuera de sí por la ira, cogió los dados en su mano derecha y los arrojó con fuerza contra la cabeza de Yudhisthira. Yudhisthira trató de evitar que los dados le hirieran, pero le golpearon. Un dado le golpeó en la frente y la sangre comenzó a fluir de su herida. Lanzó una mirada de dolor a Draupadi y ella vino corriendo a su lado con un cuenco de oro lleno de agua. Yudhisthira lavó en él sus manos y Draupadi secó la ceja de Yudhisthira con su vestido, tratando de detener la hemorragia.

Fue sólo entonces cuando Virata vio lo que estaba ocurriendo. Le dijo a Draupadi:

—Sairandhri, ¿que estas haciendo? ¿Por qué estás secando con tu vestido de seda la sangre de la herida de este estúpido brahmín? Draupadi dijo:

—Si una gota de sangre del cuerpo de este buen hombre toca el suelo, tu reino no tendrá lluvias durante un año. Cada gota significa un año de hambre. Si esta sangre cae al suelo te matará alguien que ha jurado hacerlo. Para salvarte a ti y a tu reino, estoy evitando que fluya esta sangre preciosa.

Virata no le dio ninguna importancia a las palabras de Draupadi, pues aún estaba enfadado con Yudhisthira por sus palabras.

Un mensajero entró en la sala y dijo:

—El príncipe ya ha llegado a la ciudad y ha venido hasta las puertas del palacio. Ahora mismo está entrando a la casa del rey con su compañero Brihannala.

Yudhisthira le habló en secreto al mensajero y le dijo:

—Por favor, haz que no entren juntos en la sala. Haz que el príncipe entre primero y deje atrás a Brihannala, que éste entre dentro de un rato, te digo esto por el bien de tu rey. Su propia vida depende de que hagas lo que te estoy pidiendo. Por favor, haz que Brihannala no entre con el príncipe.

El príncipe Uttarakumara entró en la sala y fue abrazado calurosamente por su padre. Uttarakumara miró detrás de él y vio el rostro de Yudhisthira cubierto de sangre. Su corazón dejó de latir. Estaba horrorizado por lo que estaba viendo y dijo:

—¿Quién ha hecho esta cobardía con el más noble de los hombres? ¿Quién ha sido tan desaprensivo e imprudente como para pisar la cola de una cobra? ¿Quién ha cometido este cobarde crimen?

El rey sonrió y le dijo:

—Yo le golpeé con un dado, me disgustó alabando a tu conductor y menospreciando tu valor, por eso le golpeé. El príncipe le dijo:

—Padre, no sabes lo que has hecho. Por favor, pídele perdón inmediatamente. Por favor, no atraigas la maldición de Dios sobre ti.

El rey estaba confundido por las palabras del joven príncipe. Su ira contra Yudhisthira se había desvanecido de algún modo en cuanto se encontró con su hijo. Se dirigió hacia Yudhisthira y le pidió que le perdonara. Su sangre ya había cesado de fluir gracias a los esfuerzos de Draupadi. Yudhisthira le dijo:

—No estaba enfadado contigo en absoluto, sólo estaba preocupado por tu bienestar. No quería que mi sangre cayera al suelo. Si hubiera ocurrido, hubieras muerto en el acto, pero he evitado la calamidad. Ahora nada puede ocurrir.

El rey no podía comprender las palabras de ninguno de ellos. Brihannala entró en la sala cuando el rey estaba alabando la bravura de su hijo. El pobre príncipe no se atrevía a levantar la vista y encontrarse con los ojos de Arjuna. Dijo:

—Padre, fui ayudado por una persona divina, no hubiera podido ganar sin su ayuda. Él les venció a todos.

Uttarakumara le narró todo lo que había ocurrido en el campo de batalla y, sin mencionar el nombre de Arjuna, habló de su valor. El rey estaba emocionado al oír hablar de este ser divino y dijo:

—Quiero encontrarme con esta persona, debo darle las gracias, le daré todo lo que tengo. Le daré a mi hija, tráemelo. Uttarakumara dijo:

—Le he perdido de vista, tal vez aparezca mañana.

El rey le agradeció formalmente a Brihannala que hubiera conducido el carro de su hijo. Arjuna dejó su presencia y se fue a los aposentos de la princesa y le entregó las sedas y joyas que había traído para ella. No obstante, Arjuna se había quedado muy intrigado por la conducta de Yudhisthira. Cuando Uttarakumara le estaba narrando a Virata los acontecimientos que ocurrieron en el campo de batalla, Arjuna había tratado de ver cómo se lo tomaba Yudhisthira. Trató de captar su mirada, pero el mayor de los pandavas había mantenido su rostro oculto, sin girarlo en dirección de Arjuna. Esto le estaba causando mucha infelicidad. Arjuna pensaba ganarse una sonrisa de maliciosa picardía de su hermano y no podía descansar hasta que supiera la verdadera razón de su conducta. Arjuna fue a reunirse con Bhima y le dijo:

—¿Por qué está tan cambiado Yudhisthira? No me mira con el afecto que solía hacerlo. ¿Está enfadado conmigo porque luché contra los kurus? Tuve que hacerlo.

Bhima le dijo:

—No puedo explicármelo, ven, iremos a donde está nuestro hermano y le preguntaremos.

Y juntos fueron al encuentro de Yudhisthira. Él les vio y abrazó calurosamente a Arjuna. Ambos vieron la herida de su frente y le miraron inquisitivamente.

Yudhisthira les dijo:

—No penséis en ello ahora, el rey me golpeó con un dado. —Les contó todo y luego, dirigiéndose a Arjuna, continuó—: Fui malherido y no quería que lo vieras cuando entraste a la sala, fue por eso que mantuve oculto mi rostro.

Bhima estaba muy enfadado y dijo:

—Si hubieras mostrado tu ira contra ese Virata, hubiera muerto hace mucho. Sin saber quién eres, te ha insultado, no puedo soportarlo. Debemos castigarlo.

Arjuna dijo:

—Mi señor, tu paciencia ha sido tu desgracia durante todos estos años. Mataré a este hombre y a todos sus parientes. Luego mataremos a todos los kurus. No estoy complacido con tu paciencia. Voy a matar a Virata.

Bhima dijo:

—Arjuna tiene razón. Destruiremos a los matsyas y a todos sus parientes y amigos. Por la mala conducta de Virata, Draupadi fue maltratada por Kichaka. Convirtámonos primero en señores de matsya, luego podemos hacernos señores del mundo.

Yudhisthira dijo:

—Controlaos, no hay necesidad de matarle, él me insultó sin saber quién era, le daremos una oportunidad. Le mostraremos quiénes somos mañana por la mañana. Ocuparemos el trono, si se atreve a desafiarnos, entonces le mataremos, pero no hasta entonces. Dejémosle darse cuenta de lo que ha hecho. Si se comporta de forma impertinente conmigo, le mataremos y luego a toda su gente, pero no ahora.

Capítulo XXI
LOS PANDAVAS SE DAN A CONOCER ANTE VIRATA

ERA una mañana hermosa. Los cinco hermanos se levantaron temprano y se bañaron en aguas perfumadas. Se vistieron con prendas lujosísimas hechas de suave seda y se pusieron joyas relucientes. Fueron a la corte de Virata, y Yudhisthira se sentó en el trono. Draupadi se sentó a su lado. Los cuatro hermanos se sentaron alrededor de él y esperaron a que llegara el rey. Después de un rato, el rey entró en la sala con todos sus

asistentes seguido de sus ministros y sus muchos cortesanos. De repente, se encontró con los pandavas brillando como el fuego, quedándose sorprendido de su magnífico aspecto. Miró a Yudhisthira y le dijo:

—Kanka, eres un jugador de dados en mi corte y te he otorgado varios privilegios porque pensaba que eras un hombre honorable, pero eso no significa que te puedas vestir con mis sedas y sentarte en mi trono. No me gusta tu conducta. Explícate, si aprecias tu vida.

Yudhisthira sonrió al enfadado rey y no dijo nada. Arjuna dijo:

—Virata, ten cuidado por favor. No sabes lo que estás diciendo. Este hombre merece sentarse junto al mismo Indra en su trono. Es el alma más grande que ha nacido en esta tierra. Es un león entre los reyes: es Yudhisthira, el pandava. Su fama vivirá en el mundo mientras el Sol salga y se ponga. Este es el rey que estaba rodeado de mil reyes. Los monarcas del mundo se consideraban como sus sirvientes. Era el señor de Indraprastha y era el monarca absoluto del mundo. Él es la morada de la verdad y la justicia. El gran Yudhisthira, el señor del mundo, está honrando ahora tu trono sentándose en él. ¿Tienes algo que objetar? ¿Piensas que no tiene derecho a sentarse en tu trono? ¿aún piensas así? ¡Dínoslo!

Virata estaba mudo de sorpresa. Permaneció en silencio durante unos momentos y luego dijo:

—Si este es Yudhisthira, ¿dónde están sus hermanos?, o mejor, ¿quiénes son sus hermanos? ¿Quién es Arjuna? ¿Quién es Bhima? ¿Quién es Nakula y quién es Shadeva? ¿Es esta Draupadi, la nacida del fuego? Por favor, dímelo y satisface mi curiosidad.

Arjuna le dijo quién era quién y les presentó a todos. Cantó las alabanzas de los mellizos y las de Bhima y también le presentó a Draupadi. Después Bhima presentó a Arjuna.

Uttarakumara llegó justo en ese momento y dijo:

—Gracias a Dios ahora puedo hablar libremente. Ya puedo decirle a todo el mundo lo que ocurrió en el campo de batalla. Fue Arjuna quien luchó en esta batalla por nosotros, padre. Yo fui el conductor del gran Arjuna.

Virata se postró a los pies de los pandavas y lloró lágrimas de gozo. El rey abrazó a Arjuna y le dijo:

—Dios ha sido bueno conmigo. Él te hizo salvar la vida de mi hijo. —Luego se postró a los pies de Yudhisthira, mientras lloraba a lágrima viva, cogió un abanico de uno de los sirvientes y comenzó a abanicar a Yudhisthira. Luego lavó sus pies y le dijo—: Soy el hombre más afortunado de esta tierra. Tu presencia ha agraciado a nuestra ciudad durante todos estos meses. Mi corte tomó un nuevo esplendor debido a tu agraciada presencia. Por favor, sé bueno conmigo, aceptando mi reino. Yo soy tu sirviente, soy tu

esclavo. En tu infinita bondad y nobleza, debes perdonarme por las muchas indignidades que tuviste que sufrir en mi casa. Eres famoso por tu naturaleza compasiva. Debes tener misericordia de mí y perdonarme.

Yudhisthira cogió su mano derecha con la suya y le dijo:

—No estoy enfadado contigo; por el contrario, estoy complacido. Hemos podido pasar el año más difícil de nuestro exilio felizmente en tu ciudad. Nunca he disfrutado tanto como durante estos meses. He disfrutado este año como nunca pensé que lo haría. Nos has tratado a todos con afecto. Vinimos a ti como extraños, pero tu gentileza y tus nobles cualidades te han ganado mi corazón. Me siento muy feliz de tenerte como mi querido amigo.

Virata le estaba agradecido a Yudhisthira por sus amables palabras. Uttarakumara fue hacia el trono y le dijo a su padre:

—Hemos sido muy afortunados en tener a los hijos de Kunti entre nosotros durante todos estos meses. Padre, recuerda que dijiste que complacerías a la persona que me ayudó durante la lucha de los kurus. Dijiste que querías darle tu hija. Es el momento de que cumplas tu promesa. Por favor dásela a Arjuna, el más grande de los héroes del mundo.

El joven príncipe salió y volvió con la princesa Uttaraa. Virata le sonrió a Arjuna y le dijo:

—Arjuna, esta hija mía ha sido tu querida alumna durante los últimos meses. Me sentiré muy honrado si la aceptas por esposa. —Se postró ante los pies de Yudhisthira y le dijo—: Por favor, perdónanos nuestras faltas, y muéstranos que nos has perdonado, aceptando a mi hija como la consorte de tu hermano.

Yudhisthira miró a Arjuna como para preguntarle qué debería responder a las palabras de Virata.

Arjuna se levantó de su asiento y dijo:

—Mi señor, no queremos el reino de los matsyas, sólo queremos que nos asegures que nos prestarás tu apoyo cuando comience la guerra. Me has ofrecido a esta niña, a esta Uttaraa. Te agradezco los amorosos pensamientos que te motivaron a hacerlo. Los aprecio, pero no puedo aceptarla como mi consorte. Mi señor, esta niña ha sido mi discípula, ha sido como una hija para mí. Ahora no puedo tomarla por esposa, no sería correcto. —Arjuna vio cómo la desilusión se dibujaba en los rostros de Virata y Uttarakumara. Les sonrió y les dijo—: Por favor, no permitáis que eso os desilusione. Aún la aceptaré, ella ha sido mi hija todos estos días y aún lo seguirá siendo. Seré su padre. Ella será mi hija política. La aceptaré como esposa de mi hijo Abhimanyu, que es el hijo de Subhadra y el sobrino de Krishna. Será un marido adecuado para mi discípula

favorita. —Arjuna sonrió a Uttaraa y la tomó en su regazo. Le dijo—: Uttaraa, desde hoy serás mi hija.

Yudhisthira estaba complacido con las palabras de Arjuna.

A la corte de Virata llegó un mensajero de Hastinapura. Llegó a la corte de Virata cuando Yudhisthira estaba allí con sus hermanos. Le dijo:

Estas son las palabras de mi rey Duryodhana: « Debéis prepararos para volver al bosque por otros doce años. Arjuna, uno de los pandavas, fue visto por nosotros antes de que expirara el treceavo año. » Este es el mensaje que se te ha enviado.

Yudhisthira se rió a carcajadas durante largo tiempo. Luego le dijo:

—Vuelve pronto junto a tu señor, maestro y rey y dale mi mensaje:

« Que nuestro venerable abuelo Bhishma diga si se ha completado el decimotercer año o no. » Dentro de unos días tendrá un mensaje mío. Dile que esté preparado para responder a esa pregunta. Y hasta entonces, dile que nos deje en paz.

Capítulo XXII

LA BODA DE ABHIMANYU

LAS noticias de que los pandavas habían salido de su ajnatavasa y que habían acabado su exilio volaron de un extremo a otro del mundo. No había otro tema de conversación. Por todas partes la gente discutía acerca de la actitud que debía tomar Duryodhana. Los pandavas se quedaron con la ciudad llamada Upaplavya, la cual pertenecía a Virata. Yudhisthira mandó mensajeros a todos sus amigos y aliados: los primeros en recibir el mensaje fueron por supuesto Krishna y Drupada, los cuales se apresuraron a ir a Upaplavya. Balarama iba delante, y le seguía Krishna, que iba acompañado de Subhadra y su hijo, Abhimanyu. La hueste de los vrishnis ya había llegado y los pandavas y Virata salieron a las afueras de la ciudad para recibir a Krishna y a Balarama. Se postraron a sus pies, el encuentro entre los pandavas y Krishna fue muy cariñoso, sus ojos estaban inundados de lágrimas y dijeron:

—Por tu gracia, Krishna, hemos acabado los trece años. Eres nuestro señor y amigo, estamos en tus manos. Tú eres nuestro refugio. Haremos lo que nos pidas que hagamos, nosotros no tenemos ideas propias. Somos tuyos y tú eres nuestro. Tú significas todo para nosotros.

Krishna estaba sobrecogido de emoción cuando miraba a sus queridísimos primos. Sus lágrimas fluían como un río. Draupadi estaba tan emocionada como él. Durante largo rato no pudieron hablar. Las lágrimas ahogaban sus voces. Permanecieron en silencio. Krishna cogió las manos de Draupadi y las levantó, secándole las lágrimas con sus dedos. Le dijo:

—No, Draupadi, no llores, el tiempo de las lágrimas se ha acabado, ahora sonríe. Está cerca el día en que volverá la sonrisa a tu rostro. Seca tus ojos amorosos. Yo me las arreglaré para cumplir la promesa que te hice en el bosque de Kamyaka hace trece años. La enfermedad de tu corazón se curará pronto.

Luego, entraron a Upaplavya. Todos los reyes que querían a Yudhisthira habían llegado ya. Estaban contentos de encontrarse con Yudhisthira y sus hermanos después de los trece años de exilio. Estaban contentos de que Virata hubiera sido su anfitrión durante un año. El matrimonio de Abhimanyu se iba a celebrar pronto y todos los reyes se quedaron para asistir a la boda.

La boda se celebró con gran alegría. El joven Abhimanyu se parecía a su padre y a su tío Krishna. Fue el novio más hermoso que se sentara nunca ante el fuego sagrado. La novia era una perfecta compañera para este joven león. Hacían una hermosa pareja sentados ante el fuego sagrado. Dhaumya era el sacerdote que realizaba la ceremonia para los pandavas. Krishna y Arjuna se sentaron uno al lado del otro sonriéndose a menudo entre ellos.

La ciudad de Virata era como el cielo en la tierra. El matrimonio fue un final adecuado para sus años de sufrimiento. Les hizo olvidar los últimos años. Les hizo olvidar todo. No se acordaban del dolor de los años pasados por la alegría de ver a su hijo feliz. Fue un momento delicioso que disfrutaron cuanto pudieron, ya que sabían que sólo era una pausa, había que discutir grandes cosas, el futuro de Bharatavarsha pesaba en la balanza. Pero eso quedaba todo para el mañana, hoy era el día del matrimonio de su querido hijo Abhimanyu y rehusaban pensar en cualquier cosa que no fuera la luz de amor que brillaba en los ojos de Abhimanyu y la tímida respuesta en los ojos de Uttaraa.

Los huéspedes que habían llegado para asistir a la boda estaban allí con sus ejércitos. Todos habían venido para asegurarle a Yudhisthira que su ejército estaba a su disposición. Drupada, Dhrishtadyumna y Sikhandi, los hijos de Draupadi, estaban todos allí. Kritavarma y Satyaki, los dos primos de Krishna, también estaban allí.

Draupadi y Subhadra eran las reinas del palacio. Sudeshna era ahora la doncella de asistencia. El palacio del rey parecía la casa de Indra. Los pandavas estaban muy felices. Krishna y Balarama brillaban en medio del salón como el Sol y la Luna. Todos los demás no eran sino estrellas acompañantes. Grande fue la felicidad en los corazones de todos durante los días de la boda de Abhimanyu.

Libro 5
El consejo
(Udyoga Parva)

Capítulo I

EL CONSEJO EN VIRATA

TODOS los festejos de la boda habían concluido. Los pandavas sabían que no habría tiempo que perder confiándose en aquel falso sentimiento de seguridad. Sabían que tenían que hablar sobre sus planes futuros con los amigos, que habían venido a desearles fortuna. El salón de las asambleas estaba ahora lleno con los leones de Bharatavarsha. Era por la mañana y todo el mundo había acudido temprano al gran salón del rey de la ciudad de Virata. Drupada y Virata fueron los primeros en entrar, eran los veteranos del grupo. Junto a Drupada se sentaron Balarama y Satyaki. Muy cerca del rey de Virata se sentaron Yudhisthira y Krishna, y cerca de ellos se sentaron los hijos de Draupadi, Bhima, Nakula, Shadeva, Arjuna y los hijos de Krishna, Pradyumna y Samba.

El recién casado Abhimanyu se sentó junto a su tío y su padre. El salón era un espléndido marco para esta galaxia de príncipes.

Pasaron cierto tiempo hablando de temas sin importancia y por fin la conversación se encaminó hacia el tema que más importaba en sus corazones: el futuro de los pandavas y la suerte del mundo entero. Krishna se levantó del asiento con una expresión sonriente. Una cierta quietud se apoderó de la audiencia mientras esperaban en silencio a que hablara. Krishna comenzó diciendo:

—Todos conocéis los acontecimientos que llevaron al exilio al noble príncipe Yudhisthira, acompañado de sus ilustres hermanos y de Draupadi, su querida reina. Pero una vez más, sólo para refrescarnos la memoria, os recordaré las circunstancias. El tramposo Sakuni derrotó a Yudhisthira jugando a los dados, y le quitó su reino y todas sus pertenencias. Los pandavas tuvieron que pasar doce años en el bosque y otro más ocultos, pero ahora el tiempo de su exilio ha concluido.

Aunque les hubiera sido fácil derrotar a Duryodhana en una lucha, los justos pandavas no siguieron ese otro rumbo; sólo creen en la verdad. Nunca se desviaron del camino del Dharma y prefirieron pasar doce años en el bosque y uno en Virata como se

detalló en las condiciones del juego. Han pasado por momentos terribles, y han padecido sufrimientos sin fin; de esto también tenéis noticia. Ahora que ha llegado el momento de ajustar cuentas, depende de todos vosotros el decidir cuál será el futuro curso de acción a seguir por los pandavas. Debe ser para el bien de la humanidad y no para hacer daño a nadie. Busquemos entre todos el camino que pueda ser beneficioso para los pandavas al igual que para Duryodhana. Deberá estar en consonancia con el Dharma, deberá traer buen nombre a todos y no dañar la reputación de los pandavas ni su honor.

»El noble Yudhisthira renunciaría al reino antes que actuar en forma injusta. Antes preferiría vivir como un mendigo en una choza que en un reino ganado por medios injustos. Este reino de los kurus le pertenece, lo heredó por derecho de nacimiento y el rey Dhritarashtra lo sabía, por eso le dio la mitad de su reino. Le dieron Khandavaprastha que en extensión era la mitad del reino. Más tarde los pandavas cambiaron su nombre por Indraprastha. Este reino fue ensanchado por el valor de los hermanos de Yudhisthira, quien realizó el gran Rajasuya y fue aclamado como monarca absoluto del mundo entero. Esta hermosa tierra, como digo, le fue arrebatada por los hijos de Dhritarashtra. Arjuna no fue vencido en una guerra justa; ninguno de los hijos de Dhritarashtra usó la fuerza de sus brazos para conquistar el reino de Yudhisthira. A los pandavas no se les dio en absoluto una oportunidad justa. Pero este santo entre los hombres no se quejó, nunca se ha quejado. Incluso cuando eran niños pequeños en la corte de Hastinapura, fueron maltratados por los kurus. No necesito hablaros de la infame conspiración que se tramó en Varanavata, todos la conocéis; pero tampoco entonces se quejó Yudhisthira. Va en contra de su naturaleza hablar mal de otros.

»Considerando todas estas cosas, considerando la injusticia que se ha hecho con estos héroes, considerando la maldad y la perversidad de sus primos en Hastinapura, considerando su avaricia en contra de la bondad de este príncipe entre los hombres, considerando que todos somos los benefactores y amigos de los príncipes pandavas, ahora es necesario hacer algo definitivo acerca de esta injusticia. Debemos dar los pasos necesarios para enderezar el mal que se le ha hecho a Yudhisthira. Invito a que opinen todos los grandes personajes que se han reunido en esta asamblea. Los kurus merecen ser aniquilados. Los pandavas podían haberlos matado hace mucho tiempo, pero Yudhisthira y sus hermanos son personas justas. A Yudhisthira no le gusta la guerra. Pero si no se les devuelve su reino incluso después de haber cumplido las condiciones que se le impusieron después del segundo juego de dados, los pandavas tendrán que emprender la guerra contra la hueste de los kurus. Yudhisthira tiene muchos amigos que se reunirán alrededor de su insignia y darán su vida por él si se entabla una guerra contra los kurus.

»No obstante, no conocemos las intenciones de Duryodhana. Sin conocer sus ideas, no es posible decidirnos sobre el curso futuro a seguir. Tengo una sugerencia: Que una

persona de alta cuna vaya a Hastinapura y hable con el rey Duryodhana en nombre de Yudhisthira y que con palabras amables le pida la mitad del reino que le pertenece a Yudhisthira. Si hay alguna otra sugerencia estamos ansiosos por oírla. —Krishna se sentó después de hablar de esta manera tan gentil, poderosa e imparcial.

Balarama se levantó. Todo el mundo miró al hermoso hermano mayor de Krishna, quien tenía un aspecto encantador con la seda azul que vestía. Les miró a todos y dijo:

—Todos habéis oído a mi hermano Krishna, que ha pronunciado palabras llenas de Dharma y sensatez. Su discurso fue imparcial. Habló bien de nuestro Yudhisthira y me agradó observar que no desacreditó de ningún modo a Duryodhana. Los pandavas quieren solamente su parte del reino, sólo quieren la mitad de la tierra de los kurus. No quieren todo el reino. Creo que los hijos de Dhritarashtra deben estarle agradecidos a Yudhisthira por este noble gesto de su parte. La guerra puede evitarse si pueden aprovechar esta oportunidad para comportarse magnánimamente. Como sugirió mi hermano, debería mandarse una persona responsable a Hastinapura. Debe ir con la intención de apaciguar a Duryodhana y debe abogar por la causa de Yudhisthira. Primero debe saludar a los ancianos de la corte de los kurus: al gran Bhishma, a Dhritarashtra, el famoso hijo de la casa de los kurus, a Drona y a su hijo Aswatthama, a Vidura y Kripa. Debe hablar con respeto a Sakuni y Radheya, y debe ser muy político con Duryodhana y sus poderosos hermanos. Este mensaje debe ser muy humilde y explicar con mucha amabilidad los puntos de vista de Yudhisthira. No tiene que disentir con Duryodhana, el rey no debe ser provocado.

»Yudhisthira reinaba en su trono, pero se dejó llevar por la excitación del juego y perdió su trono ante Duryodhana. Hizo algo absurdo. Los kurus intentaron disuadirle insistentemente de que no jugara, pero no hizo caso. Es un mal jugador y no tiene habilidad en el juego, pero desafió a Sakuni que es un adepto al juego. Había allí miles de jugadores a quienes podía haber vencido fácilmente. Pero no eligió como oponente a ninguno de ellos. Yudhisthira desafió sólo a Sakuni y fue vencido una y otra vez. Incluso así siguió jugando. Por esta tontería del rey de Indraprastha no tiene sentido culpar a Sakuni o a Duryodhana. Siendo éste el estado de cosas, que el mensajero use palabras humildes para persuadir a Dhritarashtra y a Duryodhana de que se desprendan de la mitad del reino. No sería sabio ni sensato discutir con Duryodhana. Debe evitarse la guerra. Esto sólo puede hacerse de forma diplomática y se necesita un enviado muy inteligente y diplomático.»

Este discurso de Balarama estaba provocando a todos los amigos de Yudhisthira. Cuando los pandavas habían estado en Prabhasa en los días de su Tirthayatra, las palabras de Balarama no eran así. Entonces él quería luchar contra los hijos pecadores de Dhritarashtra, incluso antes de que acabaran los trece años. Para Yudhisthira era obvio que había hablado con Duryodhana después de eso. Duryodhana debía haberle dado

su propia versión del juego de dados a Balarama y debía haberle trastocado los hechos. Balarama estaba muy orgulloso de Duryodhana y debió creerse con mucha facilidad lo que se le dijo. Todo el mundo sabía que Sakuni provocó a Yudhisthira para que jugara y que fue Sakuni quien no le dejó irse sin jugar. Por supuesto, una vez que comenzó el juego, Yudhisthira perdió la cabeza. Pero esta alteración de los hechos eran lo menos que se podía esperar por parte de los kurus. Duryodhana sabía que Balarama tenía un punto débil por su afecto hacia él y le fue fácil convencerle de que no se debía culpar a los kurus en cuanto a la pérdida del reino. El crédulo de Balarama pensó que Duryodhana no era por ello responsable en lo más mínimo. Yudhisthira no dijo una sola palabra. Mientras Balarama estaba hablando y antes de que acabara su discurso, Satyaki saltó de su asiento y con voz enfadada dijo:

—El alma de un hombre se refleja en sus palabras. Por tus palabras podemos ver lo que hay en tu corazón. En este mundo hay hombres valientes y también cobardes. A los hombres se les puede clasificar como pertenecientes a una u otra de las dos clases. De la misma familia pueden nacer dos tipos de hombres. Del mismo árbol crecen ramas con frutos y sin ellos. No estoy tan enojado por tus palabras como por el silencio de esta gente que te está escuchando sin protestar.

»No puedo entender cómo alguien puede pensar que se le pueda culpar a Yudhisthira y cómo se le permite hablar a este tipo de personas en esta asamblea. ¿Osas atribuir la culpa a este santo entre los hombres y crees que tus declaraciones no serán rebatidas?

»¿Cómo puede decirse que los kurus ganaron el juego limpiamente cuando se sabe que Yudhisthira no es un jugador hábil y sabiéndolo le retaron a jugar?

»Si el juego se hubiera hecho en la casa del rey en Indraprastha, si los kurus hubieran sido invitados por Yudhisthira y sus hermanos a Indraprastha para un juego de dados, y ellos hubieran jugado y ganado, su victoria podría haber sido considerada limpia. Pero los hechos fueron diferentes. Los kurus hicieron que Yudhisthira viniera a Hastinapura. Allí ellos le retaron a él, que es un kshatrya, a jugar; así que tenía que hacerlo. Y en ese juego lo perdió todo. Ellos se lo quitaron todo. ¿Crees que ese comportamiento por parte de Duryodhana es digno de príncipes? Yudhisthira ha cumplido todas las condiciones del exilio. Ha vivido estos trece años como lo prometió. El reino de su padre le pertenece. ¿Por qué no debe exigirlo? ¿Por qué ha de pedirlo humildemente? ¿Por qué ha de rebajarse y usar palabras suaves para que Duryodhana no se enfade? Aunque esté equivocado, Yudhisthira no necesita ir y suplicarle un favor a Duryodhana. Pero sabemos que él no está equivocado en lo más mínimo. Él ha sido ofendido de la forma más cruel por sus primos. Piensa en la justicia de tu querido Duryodhana. Él sabía muy bien que el período de su exilio había concluido y aún así envió un mensajero con estas palabras: "Hemos visto a Arjuna, así pues debéis volver al bosque por otros doce años."

¿A eso le llamas justicia? En tiempos del comienzo del exilio de los pandavas, Vidura le pidió que no fuera tan cruel. Le pidió que les devolviera su reino, pero tu querido discípulo se mantuvo inflexible. Es la persona más avariciosa que existe sobre la faz de la tierra.

»Tengo el presentimiento de que esos mensajes y mensajeros no podrán conseguir nada. Es una pérdida de tiempo. Conozco a Duryodhana. Déjame ser el mensajero en Hastinapura. Lucharé contra ese hombre, le heriré con mis flechas afiladas, le arrastraré a la fuerza hasta la presencia de Yudhisthira y lo arrojaré a sus pies. Si rehúsan no postrarse ante Yudhisthira, los mandaré a todos a la morada de la muerte. No podrán enfrentarse con el enfurecido Satyaki, cuando se decida a destruirlos.

»Realmente, ¿hay alguien que pueda enfrentarse al gran Arjuna o a Krishna o a mí? ¿Quién puede enfrentarse a Bhima? ¿Quién es el que puede luchar contra Nakula y Shadeva que parecerán como mensajeros de la muerte? ¿Quién es suficientemente fuerte como para combatir a los hijos de Drupada, Sikhandi y el nacido del fuego, Dhrishtadyumna? Piensa en los cinco pandavas y en su hijo Abhimanyu. Ellos tendrán de su lado a Gada, a Pradyumna, a Samba y a mí. ¿Quién puede pelear contra este equipo de truenos? Nosotros mataremos a los hijos de Dhritarashtra, a Radheya, a Sakuni y a toda la multitud de pecadores. Nosotros realizaremos la coronación de Yudhisthira. Los kurus son unos terribles pecadores que se han propuesto destruir a los pandavas. Nosotros no pecaremos matándoles. Se lo que piensa Yudhisthira. Él sabe que Duryodhana no le devolverá el reino: o los hijos de Dhritarashtra le devuelven su reino inmediatamente a Yudhisthira, o morirán en la guerra y dormirán en el campo de batalla. Tu sugerencia de que Yudhisthira debe suplicar a Duryodhana lo que le pertenece, es un insulto a la grandeza de nuestro rey y al valor de todos nosotros que estamos dispuestos para luchar por él.

Este apasionado discurso de Satyaki ganó la aprobación de todos. Yudhisthira miró con afecto a Satyaki, cuya sangre hervía tan fácilmente al oír los insultos dirigidos directamente a él. Krishna sonrió a Satyaki y a Arjuna. El pecho de Satyaki estaba todavía agitado. Sus ojos todavía estaban rojos como el cobre. Lanzó una mirada fulgurante a Balarama y se mordió los labios, que aún se estremecían de furia.

Drupada se levantó y dijo:

—Lo que ha dicho Satyaki es la verdad. Duryodhana nunca devolverá el reino sin que haya guerra. Eso es cierto. El viejo rey Dhritarashtra no tiene voluntad contra su hijo. Bhishma y Drona seguramente serán tan necios como para unirse a Duryodhana. Radheya y Sakuni están, por supuesto, de su parte. Las palabras de Balarama no me agradan. No debemos usar palabras suaves con Duryodhana, pues ha echado raíces en el pecado. Siento que no se debe emplear la amabilidad. Cuando manejamos vacas y bueyes

debemos ser duros. Si le hablamos con suavidad, Duryodhana pensará que estamos asustados. Él nunca podrá entender las razones que nos mueven a ser amables. Pensaría que los pandavas son débiles y por tanto incapaces de pelear contra él. Mandaremos un embajador a la corte de Duryodhana, eso por supuesto, pero no es esto lo más importante. Lo más importante es enviar mensajeros a los reyes amigos. Un gran acontecimiento está aguardando en el vientre del tiempo y puede nacer en cualquier momento. Debemos prepararnos para ello. Que Yudhisthira mande llamar a todos sus amigos. Salya, Dhrishtaketu y Jayatsena. Que los hermanos Kekaya vengan en nuestra ayuda. Debemos apresurarnos. Duryodhana puede estar también mandándoles mensajeros. La buena gente siempre está de acuerdo en ayudar a quien recurre primero a ella. Debemos anticiparnos a Duryodhana. Debemos recurrir a Bhagadatta, y a todos los otros grandes guerreros. Debemos asegurarnos su ayuda. En cuanto al enviado a Hastinapura, mandaré al sacerdote de mi familia. Es un buen hombre, nacido en una familia noble. Aconsejémosle a él lo que ha de decir a los kurus, Duryodhana, Bhishma, Dhritarashtra y Drona. Tengo el presentimiento de que es lo más sensato que podemos hacer.

Krishna aprobó la sabiduría de Drupada, diciendo:

—Las palabras de Drupada son sabias y sensatas. Están llenas de sentimiento hacia la causa de los pandavas. Tiene una gran visión y un gran genio militar. Está bien que haya dado una opinión franca sobre la posible conducta de Duryodhana. En cuanto a nosotros estamos igualmente emparentados con los pandavas y los kurus. Hemos sido invitados a asistir a la boda de nuestro querido sobrino Abhimanyu. Ahora que las celebraciones de la boda han concluido deseamos volver a nuestra Dwaraka. El buen rey Virata nos ha honrado y nos sentimos muy felices. Todos somos sus discípulos y él es nuestro preceptor. Eso es lo que siento cuando le miro. El viejo y experimentado en el arte de la guerra, Drupada, se ha hecho cargo de toda la situación. Siento que se ha ido una gran carga de mi mente. Las palabras de Drupada, con seguridad serán respetadas por Bhishma, Drona, Kripa y Dhritarashtra. Él mandará al sacerdote de su familia a Hastinapura con las debidas instrucciones. Estoy seguro de ello. Esperamos todos que esta enemistad entre los kurus y los pandavas sea llevada a buen fin, con la intervención de Drupada. Si esto sucede, una gran calamidad, una gran destrucción puede ser evitada. Si, por el contrario, ciego de poder, el orgulloso y obstinado Duryodhana rehúsa entrar en razones, entonces, Yudhisthira, mándanos llamar a todos nosotros. Veremos a ese necio de Duryodhana y a todos sus aliados encontrarse con su destino a manos de Arjuna y del bravo Bhima.

Virata rindió honores a los invitados de Dwaraka y se despidió de ellos.

Entonces comenzaron los preparativos para la guerra. Yudhisthira y Virata enviaron mensajeros a diferentes partes de Bharatavarsha, pidiendo ayuda y apoyo en la guerra

que estaba amenazando estallar en cualquier momento. Muchos de los reyes vinieron enseguida hacia las ciudades de Virata y Upaplavya con sus ejércitos. Duryodhana se enteró por sus espías de la llegada de varios reyes a Matsya para ayudar a Yudhisthira y él también comenzó sus preparativos. Sus amigos eran muchos. La tierra estaba cubierta de tropas en marcha, algunas en dirección a Matsya y otras hacia Hastinapura.

Capítulo II

ARJUNA Y DURYODHANA EN DWARAKA

DRUPADA mandó a su propio sacerdote a la corte de Hastinapura. Este brahmín era una persona de alta cuna. Él no tenía que humillarse en presencia de la realeza. Estaba acostumbrado a vivir entre reyes y sabía cómo mantener una conducta digna. Drupada le dio las instrucciones necesarias. Le dijo:

—Eres un hombre sabio. Tengo completa confianza en ti. Conoces todos los detalles sobre las injusticias que se le han hecho a nuestro Yudhisthira. También lo sabes todo sobre los kurus. Dhritarashtra sabe lo injusto que ha sido el trato que se les ha dado a los cinco pandavas. Aún así, y aunque ha sido aconsejado una y otra vez por Vidura, sólo escuchó las palabras de su hijo. Sakuni, por supuesto, es el genio maléfico del joven Duryodhana. Habiendo ido tan lejos en su viaje hacia la muerte, los kurus no consentirán en darle su reino a Yudhisthira. Por lo tanto, debes dirigir tus palabras a Dhritarashtra.

»Él quizá pueda dejarse llevar al camino recto. Vidura añadirá también sus consejos a los tuyos. Tus palabras no harán mella en Dhritarashtra, pero pueden hasta cierto punto hacer reaccionar las mentes de los justos Bhishma Drona y Kripa ».

»Ahora debo decirte mi propósito al mandarte a Hastinapura. Cuando tus palabras les hagan reaccionar, les harás sentirse incómodos. Se sentirán avergonzados de apoyar a Duryodhana. Cuando sus guerreros se sientan molestos por las malas acciones que se ven forzados a cometer, Duryodhana tendrá que emplear algún tiempo para ganarse de nuevo sus corazones y su alianza. Este receso es esencial para los pandavas. Ellos podrán concentrarse fácilmente en agrupar las tropas que les ayudarán y así podremos ganarnos para nuestra causa a los poderosos príncipes que se unirían a Duryodhana si fuese el primero en solicitar su ayuda.

»Dhritarashtra puede convencerse con tus argumentos, aunque tengo mis dudas. Pero aun así el milagro puede suceder y puede que se deje llevar por la compasión hacia los hijos de su difunto hermano, si se le describen sus sufrimientos vívidamente. Debes ser discreto. No dejes que tus palabras le pongan en sobreaviso. Limítate a exponer los hechos. Los ancianos se sentirán avergonzados de lo que están haciendo si insistes en resaltar el contraste entre sus acciones y las de sus antepasados. Sus mentes pueden

estar confusas, pero deben reconsiderar su conducta. Ese es mi propósito. El tiempo que Duryodhana deba gastar en convencerles y atraerles de nuevo hacia su modo de pensar, será precioso para nosotros. Podemos lograr mucho durante este receso que se nos concede. Pienso que es lo mejor que se puede hacer en estas circunstancias. Dependo de ti para hacerlo todo de acuerdo con las reglas del Dharma y el buen obrar.

El embajador fue enviado a Hastinapura. Al mismo tiempo, los pandavas al igual que Drupada y Virata estaban enviando mensajeros a todos los reyes poderosos pidiéndoles que se pusieran del lado de los pandavas en la guerra, si la hubiera. Arjuna fue a Dwaraka para pedir ayuda a Krishna. Los espías de Duryodhana le hablaron del viaje de Arjuna a Dwaraka y Duryodhana fue aconsejado por Sakuni para anticiparse a Arjuna. Por eso, Duryodhana se hizo con los más rápidos corceles que pudo reunir y llegó a Dwaraka antes que Arjuna. Arjuna llegó poco después. Ambos se encontraron en el vestíbulo junto a los aposentos de Krishna. Duryodhana estaba contento de haber llegado primero. Sonrió a Arjuna y le dijo:

—Parece que ambos tenemos en mente la misma esperanza, dado que hemos intentado llegar a Dwaraka rápidamente; pero, evidentemente, he sido más afortunado que tú. Llegué antes y es justo que Krishna me ayude a mí por llegar primero.

Arjuna dijo:

—No importa quién llegó antes o después. Debemos esperar y ver a quién desea prestar su ayuda Krishna. Hemos llegado los dos. Depende de quien conoce nuestros méritos el decidirlo todo. No estoy preocupado.

Satyaki llegó allí y dijo:

—Krishna está durmiendo. Si esperáis hasta que se levante, le podréis ver. —Clavó sus ojos como dagas en Arjuna como diciendo: « Mira lo que has hecho. ¿No podías haber llegado antes? Vas y lo echas todo a perder permitiendo que esta odiosa persona venga a pedirle a Krishna primero. »

Arjuna le sonrió y pasó a los aposentos de Krishna. Duryodhana entró precediendo a Arjuna. Krishna estaba durmiendo. Duryodhana se acercó orgullosamente al lecho y se sentó en un hermoso asiento que había junto a la cabecera. Arjuna, que venía detrás de Duryodhana, se quedó a los pies de la cama y permaneció a los pies de Krishna con las manos juntas y los ojos cerrados. Su mente estaba serena. Estaba en presencia de Krishna. ¿Cómo podían venir a su mente pensamientos perturbadores?

Krishna despertó de su sueño y sus ojos se posaron sobre Arjuna. Se levantó después de sonreírle y se dio cuenta entonces de la presencia de alguien más. Se dio la vuelta y miró en dirección de la cabecera del lecho y vio a Duryodhana. A ambos los recibió con palabras llenas de afecto. Quería saber las razones de su venida. Duryodhana habló con voz amable y segura. Le dijo:

—Krishna, sabes lo que pasa entre nosotros, como primos. Probablemente lucharemos por el antiguo trono de los pauravas. Estamos tratando de reunir aliados y ejércitos, y por eso he venido a pedir que nos ayudes en la guerra poniéndote de nuestro lado. —Hizo una pausa y Krishna dirigió sus ojos interrogantes hacia Arjuna. Él asintió con la cabeza como diciendo: « Sí, mi señor, yo también he venido para pedirte que nos ayudes. » Duryodhana prosiguió diciendo—: Krishna, tú eres tan amigo nuestro como de los pandavas. Tu parentesco con los pandavas y con los kurus es el mismo, pero yo he venido a ti primero, así que es justo que des preferencia al primero en llegar. Tú eres el más grande entre los grandes. No estaría bien si no siguieras el camino del Dharma. Debes concederme este privilegio, ya que he llegado antes a ti.

Con una mirada triunfal, Duryodhana se sentó sonriendo como si su deseo ya le hubiera sido concedido. Si Krishna se unía a él convirtiéndose en la estrella de su ejército, los pandavas no podrían hacer nada. Estaban indefensos sin Krishna. No se sorprendería si los pandavas decidían volver al bosque antes que pelear contra Krishna. Pensamientos como estos se sucedían en su mente. Mas Krishna, como si adivinara sus pensamientos, dijo dulcemente:

—Duryodhana, te creo cuando dices que llegaste a mí el primero. No es necesario que me lo repitas para hacérmelo creer, te creo. Por supuesto, llegaste el primero, pero me encuentro en un terrible dilema. Estaba durmiendo cuando ambos vinisteis y no sabía nada de la llegada de ninguno de vosotros. Cuando me levanté, mis ojos casualmente cayeron sobre Arjuna primero. Tú llegaste a mí primero, pero yo vi a Arjuna antes. Por lo tanto, pienso que por derecho debería ayudaros a ambos. Tendréis que elegir. Ya que en cualquier decisión el más joven de los dos escoge primero, pediré a Arjuna que elija primero. Pienso que estoy haciendo lo correcto. —Ambos estuvieron de acuerdo con esta sugerencia y Krishna continuó—: Tengo un ejército compuesto de terribles guerreros que son iguales a mí en valor. Se les llama los narayanas y componen un akshauhini. Esa será una de las alternativas. Por otro lado, me tenéis a mí, sólo a mí, y yo no lucharé, he decidido no llevar armas. Ahora tenéis ambas alternativas ante vosotros. Arjuna, debes pensártelo muy bien antes de hacer tu elección. Por un lado tienes un ejército de un akshauhini y por el otro, un Krishna desarmado, que no luchará. —Les sonrió a ambos y esperó a que Arjuna hablara.

Arjuna se postró a los pies de Krishna. Sus ojos estaban cegados por las lágrimas. Cogió la mano derecha de Krishna entre las suyas y dijo:

—Tú, mi señor, te quiero a ti. No quiero nada más en este mundo, te quiero a ti.

Duryodhana, por su parte, se puso muy contento de haber conseguido el gran ejército de Krishna. Sintió que, sin su ejército y sin armas, Krishna no les serviría de mucha ayuda a los pandavas. Se podían dar por vencidos. Dio las gracias a Krishna profusamente y

abandonó su presencia después de despedirse de él. Una extraña sonrisa iluminó los labios de Krishna mientras observaba a Duryodhana lleno de felicidad.

Duryodhana se dirigió a la presencia de Balarama y le contó lo ocurrido. Balarama dijo:

—Mi querido Duryodhana, habrás oído por tus espías que hablé en tu favor en la asamblea de la ciudad de Virata. Después, reprendí a mi hermano por ponerse del lado de los pandavas. Intenté hacerle comprender de que estábamos igualmente emparentados con ambas partes. Pero Satyaki y Krishna no son imparciales. Ellos van en mi contra. Ahora me dices que Krishna se ha puesto del lado de los pandavas. Siento oír eso, no puedo vivir sin Krishna ni un momento. No puedo ponerme de tu parte y pelear contra mi hermano que es parte de mí. Ya le he dicho a Krishna que no tomaré parte en esta guerra. Lo siento, no puedo luchar. En cuanto a ti, has nacido en el seno de la ilustre familia de los grandes kurus. Tú has sido mi gran favorito. Eres bravo, valiente y orgulloso. Ve y pelea de la forma que corresponde a tu rango y raza, y compórtate como un verdadero kshatrya. No traigas la vergüenza a la casa que te honra.

Duryodhana abrazó a su guru y dejó la presencia de Balarama con lágrimas en los ojos.

Balarama estaba muy apenado por aquel desafortunado juguete del destino. El sabía muy bien cuál sería el destino de este príncipe. Cuando Krishna decidió ponerse del lado de los pandavas el destino de Duryodhana quedó sellado. Pero la rueda del tiempo se mueve sin cesar, nadie puede detener su curso. La tierra estaba condenada. Desde el momento que Arjuna le eligió, Krishna se convirtió en el maestro de ceremonias. Balarama vio todo esto con su ojo interior, sabía que no serviría de nada pensar sobre ello y con un gesto de impaciencia, pidió un cuenco de vino.

Capítulo III
ARJUNA LE PIDE A KRISHNA QUE SEA SU AURIGA

DESPUÉS de que Duryodhana se fuera, Krishna le dijo a Arjuna:

—¡Es una tontería lo que has hecho, amigo mío! ¿Por qué me has escogido a mí, desarmado como estoy, en lugar de a mi poderoso ejército? Tu mente se ha nublado con los últimos acontecimientos. Pienso que lo que has hecho no tiene sentido.

Arjuna se rió a carcajadas por largo rato. Le dijo:

—Mi señor, ¿qué me importa lo que suceda en la guerra? ¿Qué me importa quién pelee en cada lado? Te queremos a ti.

»Tú has sido nuestro guía y nuestro amigo. ¿Crees que no te conozco? Estás intentando probarme. Quiero que cojas las riendas de mis caballos blancos.

»Si entro en el campo de batalla contigo como auriga, el mundo entero sabrá y verá cómo el Dharma se establece en este mundo lleno de pecado. Mi señor, no será un látigo lo que sostengas en tus benditas manos, será el cetro del Dharma. Mi señor, tú eres el mismo Dharma, que ha tomado forma humana, para mayor gloria de los pandavas. Seré conocido en el futuro como el hombre al cual el Señor dirigió a través del campo de batalla. Mi nombre será inmortal porque serás llamado Parthasarathi.

»Cuando las riendas de mis caballos estén en tus manos ¿de qué debería preocuparme? Estando las riendas del carro de la vida en tus manos, ¿por qué habría de preocuparme la muerte? En esta vida tormentosa que vivimos, somos como una barca atrapada por un temporal. Tú serás el único que puede llevarla a la playa. Te tenemos a ti; donde está el Dharma, está la victoria y donde está Krishna está el Dharma, lo sabemos bien. Por favor, no te burles de mí. Te conozco, te quiero y te tengo. No hay nada más que yo desee en este mundo. Tú labrarás esta tierra llamada Bharatavarsha. La empaparás profundamente con la sangre de los lujuriosos kshatryas. En esta tierra vas a sembrar las semillas del Dharma, la verdad y la bondad. Tú curarás esta tierra de los venenos que intentan arrancarle la vida. La primavera será más verde gracias a ti. Las nubes de lluvia serán más oscuras gracias a ti. El invierno será más puro gracias a ti. Estoy contento porque tú estarás con nosotros para siempre jamás.

»Nuestros enemigos serán aniquilados por ti o incluso por mí, esa no es la cuestión. El mundo sabrá que Krishna se puso del lado de los pandavas, eso es todo lo que quiero.

Krishna estaba muy complacido con las palabras de Arjuna, le tomó de la mano derecha y le condujo dentro del palacio. Satyaki les estaba esperando ansiosamente. Krishna le sonrió y le contó todos los acontecimientos sucedidos en la última hora. Le dijo:

—Mira, Satyaki, Arjuna ha preferido elegirme a mí en lugar de asegurarse la victoria.

Con un suspiro de alivio, Satyaki dijo:

—Gracias a Dios, todo ha salido según nuestros deseos. ¡Si supieras lo enfadado que estaba con Arjuna por haber llegado después de Duryodhana! —Hubo un momento de silencio y luego Satyaki dijo—:

Duryodhana ha ido a visitar a Balarama. Krishna, ¿qué pasará si Balarama accede a ponerse de su lado? Kritavarma me ha dicho que se va a poner del lado de Duryodhana.

Krishna le contestó:

—Satyaki, no te preocupes, Balarama ha decidido permanecer fuera del campo de batalla, no va a pelear. Intentó disuadirme de que no me uniera a los pandavas, pero no accedí. Está disgustado conmigo, pero lo más importante es que no va a luchar.

Después de unos momentos, Krishna dijo:

—Puedo ver el astuto cerebro de Sakuni detrás de esta prisa de nuestro amigo Duryodhana. Sakuni sabe que mi amistad le es muy necesaria a los kurus, por eso me ha enviado a Duryodhana, pero este hombre ignorante no sabe que a él le ha sido otorgada la cascara de la fruta y que Arjuna se ha quedado con la pulpa. Es todo obra del destino. Estoy contento de haberme evitado la incomodidad de decir « no » a Duryodhana, por el retraso de la llegada de Arjuna. Si no hubiera visto a Arjuna primero no sé qué hubiera hecho.

Satyaki dijo:

—Sé lo que hubieras hecho. Le habrías dicho que ya habías decidido ayudar a los pandavas y que no aprobabas las acciones de los hijos del rey ciego. Se te ahorró el tener que pronunciar estas francas palabras, eso es todo; te conozco, Krishna.

Krishna sonrió y dijo:

—Hoy todo el mundo parece conocerme, excepto yo. Arjuna dijo « Te conozco » y ahora tú también dices « Te conozco ». Y esta mañana temprano, cuando mi señor Balarama y yo estuvimos discutiendo sobre la guerra, me dijo: « Te conozco, Krishna. Eres partidario de que esta guerra tenga lugar. Has decidido la muerte de Duryodhana y Radheya. No quiero pelear contra ti. No puedo permitírmelo. En lo que a mí respecta, no me importa lo que les suceda a los pandavas o a los kurus. Sólo lo siento por Duryodhana, es un buen chico, es su horrible padre quien le ha llevado a este estado. Él tiene muchas nobles cualidades. Pero eso no perdurará en la memoria del mundo de los hombres. Ellos sólo recordarán el juego de dados y el exilio de los pandavas. Me hubiera gustado que alguien como yo hubiera ido a Hastinapura. Se envió a la persona incorrecta. De cualquier forma los dados han sido arrojados de nuevo. Esta vez han sido desfavorables a los kurus. Sakuni manejó una vez los dados trucados, pero esta vez los dados los has manejado tú, Krishna, y están tan trucados como los de Sakuni. Conozco bien los destinos que aguardan a los pobres Duryodhana y Radheya. Vas a jugar con esos kshatryas como títeres. Sé lo que va a suceder. Te conozco, Krishna, no lo discutamos más. Voy a permanecer alejado de esta guerra. » Satyaki, Balarama no está nada contento, pero no estoy de acuerdo con él. No es justo quedarse a un lado y ver cómo se comete una injusticia. Hay veces en que una intervención activa es necesaria. A los hijos del pecador Dhritarashtra no se les podrá permitir seguir así. La hora del ajuste de cuentas ha llegado. Deben sufrir por sus pecados y no lo siento por ellos. Es cierto lo que dijo Balarama, es verdad que esta falta de Duryodhana ha eclipsado todas sus buenas cualidades. Pero eso no significa que Yudhisthira, el más noble entre los hombres, deba sufrir y sufrir para siempre. Lo que Duryodhana les ha hecho a los pandavas y a la orgullosa Draupadi, no puede quedar sin castigo. El juramento de Bhima no puede dejar de cumplirse. Estas cosas han sido predestinadas. Depende de nosotros cerciorarnos de que los pandavas ganen esta guerra. La idea de la guerra me es tan odiosa a mí como a Yudhisthira. Trataré

de evitarla por todos los medios, pero sé que todos mis intentos fracasarán. Aun así, voy a intentarlo. Pero ahora, vayámonos a Upaplavya. Yudhisthira debe de estar esperando muy ansiosamente nuestra llegada.

Capítulo IV

DIECIOCHO AKSHAUHINIS

SALYA supo que los pandavas habían terminado su exilio y estaba planeando ir a verles. Justo cuando lo estaba considerando, los mensajeros de Yudhisthira llegaron a su reino. Yudhisthira le había pedido que se pusiera de su lado durante la guerra que parecía inevitable. Salya estaba muy contento de poder ayudar a su sobrino y partió de la ciudad con un ejército de un akshauhini, dirigiéndose hacia Upaplavya. Le acompañaban sus poderosos hijos.

Duryodhana oyó que Salya había iniciado su marcha hacia Upaplavya y decidió granjearse la amistad de aquel gran guerrero. Organizó los preparativos, planeando que el ejército de Salya descansara por el camino en varios sitios. Erigió campamentos dotándoles de toda la comodidad necesaria para suministrarles avituallamientos y entretenimientos que con toda seguridad agradarían al rey de Madra. Duryodhana tomó especial cuidado de las comodidades de Salya a quien se le atendió como si fuera Indra. Salya estaba muy complacido y halagado. Pensaba que todos estos preparativos habían sido organizados por Yudhisthira.

Mandó buscar a los sirvientes que habían hecho los arreglos y les preguntó:

—¿Dónde están los agentes de mi sobrino Yudhisthira que se han tomado tantas molestias? Me gustaría reunirme con ellos y recompensarles por esto. Por favor, pedidles que vengan ante mí para poder mostrarles mi gran aprecio.

Los sirvientes no sabían qué decir a esto. Así que fueron a Duryodhana y le contaron todo. El monarca kuru se dio cuenta que Salya estaba tan agradecido que incluso daría su vida como muestra de su aprecio. Duryodhana pensó que había llegado el momento de presentarse ante Salya.

Duryodhana fue al campamento de Salya y se hizo anunciar. Fue una gran sorpresa para Salya cuando vio que era Duryodhana el responsable de todo aquello. Estaba muy complacido con él. Le abrazó y le dijo:

—Dije que recompensaría a la persona que ha tomado tantos cuidados conmigo. Mi palabra queda en pie. ¿Qué puedo hacer para mostrarte mi agradecimiento?

Duryodhana le dijo:

—Sólo una cosa puede agradarme, mi señor. Estoy a tus pies rogándote un don: por favor, ponte de mi lado y ayúdame en esta guerra.

El pobre Salya no sabía qué decir. Había dado su palabra y tenía que mantenerla. Le dijo:

—Mis sobrinos Nakula y Shadeva junto con el noble Yudhisthira, me han mandado llamar, voy con mi ejército a ayudarles. Pero tú te has ganado mi corazón con el amor que me has mostrado. Te complaceré.

Me pondré de tu lado y pelearé contra mis sobrinos. Pero primero debo ir ante Yudhisthira y explicarle todo. Quiero verle y darle mis bendiciones. Ha pasado por muchas dificultades. Debo ir y saludarle. Al rey Duryodhana no le era posible evitar aquello, y le dijo:

—Ciertamente es justo que vayas; pero, por favor, vuelve pronto y no olvides tu promesa. Salya dijo:

—No la olvidaré. Puedes volver a tu ciudad. Veré a mis queridos sobrinos y volveré junto a ti.

Salya se puso en marcha hacia Upaplavya, donde se encontró con los pandavas. Yudhisthira se le acercó y se postró ante él, luego vinieron los otros hermanos. Salya les abrazó a todos y les dijo:

—Me alegra encontraros a todos sanos y salvos después de estos terribles trece años. Estoy contento de ver a la orgullosa Draupadi sana y salva.

Se sentaron juntos y hablaron sobre los recientes acontecimientos. Salya con mucha delicadeza les hizo saber la promesa que le había hecho a Duryodhana. Yudhisthira estaba muy disgustado. Pero él era muy justo. Le dijo:

—Comprendo que le concedieras ese don a Duryodhana por la grandeza de tu corazón. Eso honra a un hombre noble como tú; puedes volver al campamento de los kurus. Es una desgracia que tengamos que combatir contra nuestro tío por culpa de esta guerra.

Los ojos de Yudhisthira se llenaron de lágrimas. Salya se sentía muy infeliz por aquella precipitada promesa que ahora le obligaría a luchar contra los hijos de su difunta hermana. Su corazón estaba apesadumbrado. Le dijo:

—Me gustaría que esto no hubiera sucedido. Sabéis cuánto os quiero a todos, pero ahora me siento obligado a hacer algo que va en contra de mis sentimientos.

Yudhisthira le dijo:

—Hay algo que puedes hacer para ayudarnos. No tienes que dejar a Duryodhana y venirte con nosotros, no es eso lo que tengo en mente. Yo también voy a pedirte un favor y como tío mío debes concedérmelo.

Salya le dijo:

—Ciertamente intentaré compensarte por este desafortunado incidente.

Yudhisthira le dijo:

—Cuando pienso en la guerra, no me preocupa nadie excepto Radheya. Él ha sido siempre el rival de Arjuna. Cuando la pelea entre Arjuna y Radheya tenga lugar, se te pedirá que seas su conductor. Tu habilidad es equiparable a la de Krishna en el arte de conducir un carro en el campo de batalla. Cuando tenga lugar este duelo predestinado entre Radheya y Arjuna, debes proteger la vida de mi Arjuna. Si realmente nos aprecias debes desalentar a Radheya. Eso condicionará mucho su estado de ánimo. Debes compararle con Arjuna convenciéndole de que Arjuna es mejor guerrero que él. Sé que es impropio pedirte esto, pero debes hacerlo, tengo miedo de Radheya.

Salya le dijo:

—Yudhisthira, te prometo hacer lo que pueda para ayudar a Arjuna en el duelo entre los dos rivales. Ridiculizaré a Radheya y le haré perder su confianza. Puedes estar seguro que te prestaré esa ayuda. Los sufrimientos de Draupadi y de los hijos de Pandu no quedarán sin venganza. Tus días de sufrimiento pronto acabarán. Gobernarás la tierra, yo te bendigo de todo corazón. Ganarás esta guerra.

Salya dejó a los pandavas y fue a Hastinapura. Su corazón estaba apesadumbrado. Apreciaba a los pandavas y no le agradaba pelear contra ellos.

Los aliados habían comenzado a llegar a ambas partes. Muchos fueron a Upaplavya. El primero en llegar fue Satyaki con un akshauhini. El siguiente fue Dhrishtaketu, el rey de los chedis, con un akshauhini. La siguiente llegada fue la de Jayatsena, el hijo de Jarasandha, con otro akshauhini. Los siguientes fueron los cinco hermanos Kekaya con un akshauhini. Drupada vino después trayendo también un akshauhini, le acompañaban sus hijos, Sikhandi, Dhrishtadyumna y los hijos de Draupadi. Virata vino con otro akshauhini, con él venían sus hijos y hermanos. El rey de Pandya y Nila, y el rey de Mahishmati, vinieron con sus ejércitos, que sumándolos todos formaban otro akshauhini. Así pues, sumando todos los ejércitos sumaban siete akshauhinis. Su ejército cubría la tierra. Parecía como si el mar hubiera olvidado los límites que le fueron impuestos y hubiera penetrado en la tierra.

Hastinapura, por otra parte, se estaba llenando también con los ejércitos de los aliados de Duryodhana. Bhagadatta con un akshauhini, fue el primero en llegar. Luego llegó Salya con otro akshauhini. Bhurisravas, Kritavarma, Jayadratha, Sudakshina el rey de Kambhoja, Vinda y Anuvinda y los hermanos Avanri, trajeron cada uno de ellos un akshauhini. También habían llegado muchos otros, cuyos ejércitos totalizaban juntos tres akshauhinis.

Contando todas las tropas que habían llegado a Hastinapura, Duryodhana disponía de once akshauhinis para hacerle frente a los siete de los pandavas.

Las ciudades de Hastinapura y Virata habían sido invadidas por aquellos poderosos ejércitos. El ejército de los kurus había acampado a lo largo de las orillas del río Ganges.

Capítulo V

RESPUESTA DE DHRITARASHTRA A YUDHISHTHIRA

EL brahmín que había sido enviado a la corte de Hastinapura llegó a aquella ciudad y se dirigió a la corte de Dhritarashtra. Oyendo que había sido enviado de parte de los pandavas, Bhishma, Vidura y Dhritarashtra le recibieron con todos los honores. Se mostraron solícitos con él, rodeándole de todo tipo de comodidades. Se mostraron muy hospitalarios. Luego se reunieron con él en la gran sala del consejo, donde se habían citado para oírle hablar.

Él les dijo:

—Esta es una gran asamblea y sabréis que entre los hombres es popular aquél que conoce el significado de la rectitud. Todos conocéis las normas que ha de seguir un kshatrya y un rey. También conocéis los derechos de los reyes. Todo el mundo sabe que los reyes Dhritarashtra y Pandu son ambos hijos del mismo padre. Este reino pertenece a ambos por derecho natalicio, no hay duda sobre ello. Siendo así que los hijos de Dhritarashtra tienen su reino, ¿cómo es que a los hijos de Pandu no se les concede tener el suyo? Los hijos de Dhritarashtra se lo han quedado todo y han tratado una y otra vez de matar a los hijos de Pandu. Sin embargo, no pudieron conseguirlo, sus intentos no tuvieron éxito.

»Los pandavas se las arreglaron para tener un reino propio y lo engrandecieron por sus propios esfuerzos. Mas ese reino les fue arrebatado mediante el engaño, por Duryodhana y Sakuni. Bien saben los ancianos de esta corte que así ha sucedido, e incluso consintieron que así fuera.

»Ellos y su querida reina Draupadi tuvieron que sufrir las más grandes indignidades en esta misma corte. Los pandavas tuvieron que pasar doce años en el bosque y un año escondidos. Fueron doce años de grandes dificultades y el decimotercer año lo pasaron haciendo servicios menores. Pero los pandavas no quieren recordar todo esto, sólo quieren su mitad del reino. Depende del amor por la Justicia que tengan los ancianos de esta corte el que decidan coaccionar a Duryodhana a entregarle a Yudhisthira lo que es suyo. El noble Yudhisthira quiere sólo su mitad del reino, no quiere la guerra. No desea la destrucción de toda la raza de los kshatryas.

»Sin embargo, si ha de haber una guerra, por la avaricia de Duryodhana, los pandavas quieren que se sepa que no están indefensos. Yudhisthira tiene siete akshauhinis a su disposición. Varios reyes están dispuestos a entregar sus vidas por su causa. Tienen a Satyaki, Bhima, Nakula, Shadeva y a Arjuna, que es más grande que el propio Indra y que tiene a Krishna como conductor y amigo. Por favor, haced que Duryodhana les devuelva su reino, o si no, decidle que se prepare a enfrentarse a la ira de los pandavas.

Bhishma escuchó las palabras del embajador y le dijo:

—Estoy muy contento de oír que los pandavas están bien, que tienen a Krishna como amigo, que tienen numerosos reyes dispuestos a ayudarles y que a pesar de su poder, se inclinan a seguir el Dharma, para bien general del mundo. Estoy contento de saber que Yudhisthira se inclina por la paz. Lo que vuestra excelencia ha dicho hasta ahora es verdad, no hay duda de ello.

»Eres un brahmín y por eso tus palabras son muy directas y punzantes, aunque tu diplomacia deja mucho que desear. No obstante, todo lo que has dicho es cierto, los pandavas han sido maltratados por culpa de sus primos, y sus sufrimientos han sido innumerables. Además, tienen derecho a la tierra de sus antepasados. Tus afirmaciones sobre Arjuna son también ciertas, no hay nadie que le iguale, todos nosotros lo sabemos.

Mientras Bhishma hablaba, Radheya se levantó y dijo:

—Esto no tiene fin. —Miró a Duryodhana y se dirigió al brahmín, diciéndole—: Es una estupidez y una tontería repetir lo mismo una y otra vez. Tu Yudhisthira fue derrotado en un juego de dados por Sakuni quien jugaba en representación de Duryodhana.

»Yudhisthira se fue al bosque prometiendo obedecer ciertas condiciones que le fueron impuestas. Ahora, sin haber hecho caso de las condiciones, quiere que se le devuelva su reino y mientras, viven del apoyo que han conseguido de los matsyas y de Drupada, su suegro. Escúchame, hombre sabio, conozco a nuestro rey Duryodhana. No puedes asustarle, no entregará ni un pequeño trozo de tierra por miedo. Si fuera correcto el hacerlo, daría el reino entero; todo lo que él quiere es que se respete la justicia. La demanda de los pandavas no es justa, no han cumplido las condiciones. Diles que se vayan al bosque por otros doce años de acuerdo con las condiciones y que luego vuelvan y vivan como súbditos de Duryodhana y como sus vasallos. Pídele a Yudhisthira que sea inteligente y que renuncie a esta injusta demanda de un reino que no les pertenece. Si los pandavas insisten en la guerra, un día se acordarán de mis palabras.

A Bhishma no le gustaron estas palabras de Radheya y se enfadó mucho. Dijo:

—Radheya, estoy harto de tus palabras. Recuerda lo que hiciste recientemente cuando Arjuna peleó con seis grandes guerreros todos a la vez. No creo que te guste que se te recuerde lo que hiciste en esa ocasión. En el reino de Virata viste cómo nos derrotó a todos. ¿Le venciste? ¡De ningún modo! ¡tuviste que salir corriendo para salvar tu vida! Si nosotros no hubiéramos hecho lo que nuestros brahmanes dijeron, todos hubiéramos muerto en la batalla. Sé que Duryodhana y su grupo de malvados consejeros serán destruidos.

Dhritarashtra intervino apaciguando a Bhishma y le habló a Radheya muy severamente. Le hizo saber que desaprobaba sus palabras y le dijo:

—Radheya, estoy seguro de que el gran Bhishma está diciendo lo mejor para todos, tanto para los kurus como para los pandavas. No es justo que le hables así a un buen consejero. —Dhritarashtra se volvió hacia el mensajero de Drupada y le dijo—: Te pido que vuelvas con los pandavas y les digas que mandaré a Sanjaya con mi mensaje. Tengo que consultarlo con mi corte antes de llegar a una decisión; por favor, di a mi hijo Yudhisthira que Sanjaya se reunirá con él pronto.

El brahmín volvió a Upaplavya y les contó a los pandavas todo lo que había ocurrido en la corte de Hastinapura, les dio una detallada relación de los acontecimientos y les habló con toda precisión del ejército que se había reunido para ayudar a Duryodhana, describiéndoles su dimensión y poder. Todos escucharon su informe, tras lo cual quedaron a la espera de la llegada de Sanjaya, que les traería el mensaje del rey.

A los pocos días vino Sanjaya, quien fue recibido con gran amor y respeto por Yudhisthira, intercambiándose entre ellos saludos de mutuo afecto. Después de hacerse las preguntas y respuestas convencionales, Yudhisthira le dijo:

—Sanjaya, espero que los ancianos de la corte no hayan hablado mal de nosotros y que traigas noticias agradables de Hastinapura. No sé lo que vas a decir, pero espero que Duryodhana y sus amigos nos recuerden como es debido. Estoy seguro de que no han olvidado a Arjuna y su valor y que saben que es un poderoso oponente en la guerra. También deben recordar a Bhima y la habilidad con la que maneja la maza. Supongo que recordarán las conquistas que Bhima realizó durante los días del Rajasuya. También deben acordarse de mis hermanos Nakula y Shadeva. Espero que Duryodhana recuerde la lucha que sostuvo con el gandharva llamado Chkrasena durante nuestro exilio. Duryodhana no puede haberse olvidado tan rápidamente de lo que ocurrió en Dwaitavana.

»Debe recordar que debe su vida a mis buenos hermanos que pelearon con el gandharva y rescataron a sus primos. —Yudhisthira se detuvo por un momento y mientras brotaban lágrimas de sus ojos, le dijo—: Sanjaya, una buena acción no es suficiente para alcanzar la felicidad. Eso es evidente, pues puedo ver que todos mis intentos de ganarme el amor de Duryodhana han sido inútiles.

Sanjaya comenzó a hablar y dijo:

—En la corte de Dhritarashtra, rodeando a Duryodhana hay gente buena y gente mala. Sería un pecado por parte de Dhritarashtra si se comportara mal contigo. Tú eres muy justo y, ciertamente, no aprueba que se te haga ninguna injusticia. Se duele por lo que te ha hecho, día y noche. Tampoco ha olvidado el valor de sus sobrinos en el arte de la lucha. Recuerda a Bhima y a su maza y tiene varias pruebas de la grandeza de Arjuna. Se ha tomado la molestia de hacer indagaciones sobre tu destino durante los doce años de tu exilio.

»Lo que nos guarda el futuro nadie puede proveerlo, ¿quién hubiera pensado que tú, el monarca del mundo, tendrías que pasar trece años en el exilio?

»El rey depende enteramente de tu inteligencia para encontrar la forma de evitar este peligro inminente. Sabe que los hijos de Pandu jamás se apartarán del camino del Dharma, por razones de su propio bienestar. Así pues, espera que tú con tu inteligencia te las arregles para evitar que los hijos de Dhritarashtra y Pandu luchen unos contra otros. El rey se ha reunido en asamblea con su corte y te envía este mensaje. Por favor, escucha atentamente.

Yudhisthira pidió a todos los héroes que se reunieran. Allí estaban: Krishna, Satyaki, Virata, Drupada, Dhrishtadyumna y los cuatro hermanos de Yudhisthira. Sanjaya repitió textualmente las palabras de Dhritarashtra: « Mando mis mejores deseos a mis hijos Yudhisthira, Bhima, Arjuna, Nakula, y Shadeva. También a mis queridos Krishna, Satyaki, Chekitana, Virata y Drupada. Estoy seguro que Dhrishtadyumna y Draupadi estarán también presentes cuando estas palabras sean pronunciadas. Mi querido Yudhisthira, te pido que seas partidario de la paz. Tú posees todas las buenas cualidades. Eres famoso por tu amor a la justicia, por tu odio hacia cualquier forma de perversidad y por tu nobleza.

»Has nacido en el seno de una gran familia y jamás harás algo que acarree la vergüenza al nombre de la familia. Tú que amas la virtud, jamás concebirás la posibilidad de cometer una bajeza. Después de vivir todos estos años actuando con rectitud, si cometes un acto vergonzoso, mancharías tu buen nombre, como una gota de tinta negra que cae sobre un paño blanco. Espero que no estés dispuesto a hacer algo que causaría la destrucción del mundo entero. Es un pecado que te conduciría al infierno. ¡Estás dispuesto a destruir el mundo! ¿No es eso un pecado? Que ganes o pierdas no tiene la menor importancia.

»No hay nada como el sacrificio de uno por el bien de la familia. De hecho, sólo serán benditos aquellos que junto con sus amigos y consejeros, en vez de destruir a sus primos, por el contrario renuncien a su bienestar por el bien de la familia. « Si insistes en luchar contra los kurus, puede que les destruyas, pero ¿qué conseguirías con eso? Serás infeliz toda tu vida, ya que la muerte de los parientes no trae felicidad. Si vives después de la muerte de tus primos serás como un muerto en vida. Tu ejército es poderoso y cuentas con muchos grandes héroes que lucharán a tu lado. Cuentas con la ayuda de Krishna y puedes conseguir la victoria, pero también el ejército kuru es poderoso, es invencible. Bhishma, Drona, Kripa, Aswatthama, Radheya y una gran hueste de héroes componen el ejército de los kurus. El ejército del hijo de Dhritarashtra es muy poderoso. Debes pensártelo dos veces antes de decidirte por la guerra. No obstante, Yudhisthira, siento que nada bueno puede surgir de la victoria o de la derrota. Los hijos de Kunti que han

sido justos durante todos estos años no deben manchar ahora su nombre y su reputación con este acto. Por lo tanto, junto mis manos y permanezco ante Krishna y Drupada para suplicar que esta calamidad pueda evitarse. Tengo la esperanza de que Krishna y Arjuna no despreciarán mis palabras. Digo esto por el bien del mundo. Krishna y Arjuna preferirían morir antes que desobedecerme. Me sumo a mi tío Bhishma en la petición de que abandonéis la idea de hacer la guerra. Por favor, pensad en la forma de consolidar la paz entre los hijos de Pandu y Dhritarashtra. »

Yudhisthira estaba sorprendido y contrariado por las palabras de su tío. Lleno de enojo, dijo:

—¡Pero esto es injusto! Mi honorable tío está tratando de acusarme de crueldad deliberada. Por supuesto que quiero la paz, yo no he declarado la guerra; estoy muy en contra de este enfrentamiento con mis primos. Mediante mi sacerdote les hice saber que no quería la guerra, que quiero la paz. ¿Quién querría la guerra cuando es posible evitarla con un pacto?

»Habiendo vivido en este mundo durante tantos años ¿crees que no he obtenido suficiente sabiduría como para comprender la grandeza de la paz? ¿Qué maldito idiota querría luchar si puede conseguir lo que quiere sin tener que luchar por ello?

»Los hijos de Kunti tienen fama de ser fieles seguidores del camino del Dharma. Este es un hecho que todo el mundo conoce.

»He comprendido una cosa. Por mucha leña que se le eche al fuego éste jamás se satisface. Su apetito crece al tiempo que aumenta la leña. La ambición de Dhritarashtra es como el fuego, cuanto más tiene más quiere. Si no hubiera sido por eso, nunca hubiéramos tenido que vagar por el bosque como mendigos. Aún así, hemos sido lo suficientemente magnánimos como para no tener en cuenta todo eso. Veo que el rey tiene problemas consigo mismo; busca protección en la nobleza de otros mientras que él carece por completo de esa cualidad. Creo que está cometiendo un gran error y además es el culpable de algunas de las cosas que nos han sucedido: dile ahora que se prepare para las represalias. El rey está en plena prosperidad, ¿por qué llora y se lamenta? Es él quien ha incitado a su hijo hacia el pecado y el juego sucio. Él ha aumentado y avivado su ruindad pensando sólo en una cosa: complacer a su hijo. Duryodhana no hace caso a las palabras de su tío Vidura, que es su mejor amigo y consejero. Pero Duryodhana y su padre también le han tratado como si fuera un enemigo declarado. Dhritarashtra, preocupado solamente en complacer a su hijo, permitió a sabiendas todas las injusticias que cometió en su corte. Quiere tanto a Duryodhana que no hace ningún caso a las advertencias de Vidura, que de entre los kurus es el más sabio y el que ve las cosas con más amplia visión.

»El único deseo del rey en este mundo es satisfacer a su hijo. Su hijo está enfangado en el pecado. Es orgulloso, arrogante y altivo y no siente respeto por los ancianos. Su lengua es falaz y su lenguaje no es digno de un hijo de la familia más antigua de la tierra: es vil. Por un hijo así, ese rey tuyo, ese Dhritarashtra, de forma consciente y muy gustosamente le volvió la espalda al Dharma.

»El día que se jugó el juego de dados, Vidura le pidió al rey que detuviera el juego, pero el rey no prestó atención a sus palabras. Lo único que decía era: « ¿Quién ha ganado? » Eso era lo único que el anciano decía cada vez que se arrojaban los dados. Estaba tan contento como sus hijos de que yo perdiera mi reino. Duryodhana al menos es claro y franco manifestando su odio por los pandavas. Con él sabemos a qué atenernos, pero mi tío es diferente. Tiene el corazón de su hijo pero no su coraje. Duryodhana al menos dice que no me devolverá el reino y que tendremos que luchar por él. Pero este rey es más malvado que Sakuni. Trata de hacer ver que yo quiero la guerra y que él quiere la paz. El día que se jugó el juego de dados vi que el rey no prestó atención a las palabras de Vidura y supe que la destrucción de los hijos del rey estaba muy cerca.

»Sanjaya, considera la corte de los kurus. Piensa en sus gobernantes. La corte está presidida por el pecador y egoísta Duryodhana. Sakuni, Dussasana y Radheya, el sutaputra, son los legisladores. No veo posibilidad alguna de que florezca el reino mientras siga siendo descarriado por esta gente. Dhritarashtra quiere la tierra entera, quiere que su soberanía sea indiscutible. ¿Cómo va a ser eso posible, cuando me ha quitado el reino valiéndose de trampas y se agarra a él como un niño se agarra a un juguete que le ha arrebatado a otro de las manos? ¿Cómo pretende quedarse con él por largo tiempo sin que se lo pida su verdadero dueño? Nosotros somos buena gente, pero recuerda que Yudhisthira no es tonto. Dile a tu rey que piense en todo lo que nos ha ocurrido durante todos estos años por causa suya y de sus hijos. Dile que sólo estoy pidiendo que sea justo. Dile que debe devolverme mi reino, mi Indraprastha. Si Duryodhana me lo devuelve no habrá guerra.

Sanjaya dijo:

—No has oído el mensaje entero. Aún tengo que decirte algo más. El rey dice: « Considera que la vida del hombre en esta tierra es corta. ¿Por qué dejar que acabe en infamia? Una vida vergonzosa es lo mismo que la muerte en vida. Quizá los kurus no renunciarán a su reino. A menos que haya una guerra se aferrarán a él; pero más te valdría que pasaras el resto de tu vida pidiendo limosnas en el reino de los vrishnis y de los andhakas. Para ti eso sería incluso mejor que alcanzar la soberanía sobre el mundo entero. La vida en esta tierra es muy corta. Está llena de sufrimientos, pecado e infelicidad. Por esto es muy necesario mantener nuestra vida sin mancha de pecado. La inestabilidad de la vida contrasta con la permanencia de la fama. El deseo por las cosas terrenas hace que el hombre pierda todo su aprecio por la justicia, le induce a cometer

pecados y le impide conseguir un buen nombre. Un hombre que desea la inmortalidad debe abolir todos los deseos de su corazón. El ansia de riquezas son grilletes y un obstáculo en el camino del hombre hacia la inmortalidad. Yudhisthira, has pasado muchos años en la compañía de hombres que han renunciado al mundo. ¿Cómo es que no has aprendido nada de ellos? ¿cómo es que aún deseas las cosas de este mundo? Renuncia a ellas, tu deseo de hacer la guerra es un error. Todos estos años de justicia no valdrán para nada si persistes en este pecado. Concéntrate en acumular riquezas para el mundo venidero y abandona las de este mundo. Incluso si ganas la guerra, enviando a los kurus a la mansión de la muerte, ¿qué consigues con ello?: arrepentimiento. Te lo digo una vez más. La vida de un hombre es muy corta. Está llena de enfermedades y acaba en la muerte. Envejecerás y morirás pronto. Puede que realices el Rajasuya y el Aswamedha, pero toda esa gloria quedará eclipsada por esta acción. Desiste de ello.

« También te he de decir esto. Hace trece años cuando se os hizo esta injusticia, por así decirlo, debíais haber luchado con mis hijos. Tenías a Krishna, Balarama, Drupada, Satyaki y muchos otros dispuestos a ayudarte, pero no luchaste. De hecho, no quisiste luchar incluso aunque ellos querían provocar la lucha. Ahora, después de trece años, te estás dejando llevar por la furia. Habiendo sido paciente durante tanto tiempo, estoy seguro que no te será difícil continuar con esa paciencia hasta la muerte. Nos infundiste un falso sentimiento de seguridad haciéndonos pensar que no te importaba el trato del que fuiste objeto. Después de tantos años, ¿por qué tratas de renovar viejas heridas? Un hombre sabio trata de impedir que otros luchen, pero parece que te has dejado llevar por los sentidos. Se dice que los sabios no se dejan llevar por la ira, dado que es el peor de los venenos y el que más daño causa en la mente. Se ha dicho que el hombre verdaderamente sabio controla su ira, se la traga como si fuera una medicina y consigue la paz. Puede que podáis matar a Bhishma, Drona, Kripa, Salya, los hermanos de Duryodhana y al mismo Duryodhana junto con su amigo Radheya. Pero, ¿qué placer obtendréis con su muerte? ¡decídmelo! Este mundo rodeado por el mar será vuestro, estoy de acuerdo con eso. Pero, Yudhisthira, no podrás escapar a la vejez y a la muerte. Te conozco a ti y tu tierno corazón. Te arrepentirás de la muerte de tus primos después de que mueran. Te pido que abandones tu ira contra mí y contra mis hijos. Te pido que vuelvas al bosque y que pases el resto de tu vida allí. O si no vive con tu primo y amigo Krishna. Puedes vivir de las limosnas que consigas en el reino de los vrishnis. Te pido que no abandones el camino del bien que has estado siguiendo durante tanto tiempo para descarriarte siguiendo los caminos del pecado.

Capítulo VI

SANJAYA VUELVE DE NUEVO A HASTINAPURA

SANJAYA se sentó en silencio después de transmitir el mensaje de Dhritarashtra. Durante un momento reinó el silencio. Los pandavas estaban desconcertados por la impertinencia del anciano rey ciego. Bhima se levantó de su asiento y comenzó a andar de un lado para otro, no podía seguir sentado después de haber escuchado aquello. Shadeva parecía una nube de tormenta. Su pecho jadeaba agitadamente. Arjuna miró a Krishna. Él hubiera cogido su gandiva en su mano y se hubiera puesto en marcha hacia Hastinapura en ese mismo momento. El anciano Drupada estaba sentado con aspecto de consternación. Sanjaya les miró a todos ellos y luego de nuevo a Yudhisthira como pidiéndole una respuesta. Yudhisthira estaba demasiado enfadado como para poder hablar. Después de todos estos años de sufrimiento por querer ser justo, después de tantas tentaciones que había resistido por hacer prevalecer la justicia, ahora tenía que escuchar todas aquellas acusaciones de Dhritarashtra apiladas frente a él como copos de nieve amontonándose para formar una avalancha. Estaba sorprendido y herido porque le habían tratado como a un pecador frente a todos sus seres queridos. Con los ojos húmedos miró a Sanjaya y le dijo:

—Supongo que el rey piensa que todas estas acusaciones son ciertas. No puedo expresar mi opinión. No está bien que los jóvenes encuentren faltas en sus mayores. Es un privilegio que se le otorga a la edad y mi tío está aprovechándose de ese privilegio. Después de todo, tú eres un mensajero. No debo enfadarme contigo, sólo me has transmitido las palabras de mi tío. En cuanto a mi respuesta, se la dejo a Krishna, él ha oído el mensaje y tanto si he de luchar después de este mensaje de mi tío, como si no debo luchar, ha de decidirlo él. Hasta ahora él ha supervisado todas mis acciones. Nunca he hecho nada que no haya tenido su aprobación. Su aprobación significa demasiado para mí. Ahora es él quien ha de decidir mi futuro. Lo abandono todo al Dharma y me postro a sus pies, él es mi refugio. Él guiará el barco de mi vida hasta la orilla. Nada me preocupa en absoluto mientras Krishna esté conmigo.

A Krishna le llegaron profundamente las palabras de Yudhisthira. Estaba tan enfadado como el trueno, después de oír las palabras de Sanjaya. Y con palabras llenas de sabiduría y sensatez dijo:

—Sanjaya, mi primer deseo es el bienestar de los pandavas. Si fuera posible, me gustaría que los hijos de Dhritarashtra tuvieran larga vida. No comprendo en absoluto el mensaje del rey. ¿Por qué atribuye todos los pecados a su pobre sobrino, sabiendo muy bien a quién corresponde la culpa? Tú has seguido la trayectoria de los pandavas y lo has visto todo, lo sabes todo. Sabes cuánta paciencia ha tenido Yudhisthira durante todos estos años. Lo hizo porque es justo. Y ahora, de repente, nos llega este mensaje de tu rey.

Yudhisthira pudo haber matado hace mucho tiempo a los príncipes kurus, nosotros se lo sugerimos, pero él pensó que no era justo y el rey le culpa por eso. ¿Ha perdido tu rey la razón debido a su extrema preocupación por sus hijos? Tú conoces el Dharma de un kshatrya. Un kshatrya debe castigar a quien rompe la ley. Los kshatryas deben castigar a los ladrones y a quienes se aprovechan de las riquezas de otros. Ese es el deber de un kshatrya. De acuerdo a esto, Yudhisthira debería castigar a los hijos de Dhritarashtra.

»Tu rey no tiene derecho de hablarle del Dharma a Yudhisthira, que es la imagen del Dharma. Es una impertinencia; es un insulto a nuestro rey. Tu rey es tan ladrón como sus hijos, ya que les incitó al robo y ha disfrutado de sus frutos durante todos estos años. Incluso ahora no nos entusiasma la idea de la lucha. No queremos destruir el inmenso ejército de Duryodhana, queremos la paz. Si se le devuelve el reino a nuestro rey Yudhisthira, todos nuestros preparativos para la guerra se cancelarán de inmediato. Debes volver y contarle a tu rey todo lo que ha ocurrido aquí. Dile a la gente de su corte que el insulto que le hicieron a Draupadi es motivo suficiente como para matarles a todos sin titubear. Dile a Radheya que las palabras que le dirigió a Draupadi cuando estaba ante la corte de los kurus no las ha olvidado Arjuna y que recordándolas no reconcilia el sueño. Dile a tu joven príncipe, el arrogante Dussasana, que los pandavas recuerdan lo que les dijo cuando abandonaban Hastinapura vestidos con cortezas de árboles y pieles de ciervo. Llamó « vaca » a Bhima y él lo recuerda. Está sediento por la sangre de ese hombre. Dile esto a Duryodhana: despierto o dormido, Bhima sólo puede ver una cosa, el robusto muslo de Duryodhana. Él no lo ha olvidado ni siquiera por un momento. Sanjaya, tú sabes todo lo que ha ocurrido y, sin embargo, nos traes este mensaje de tu rey. Nakula no ha olvidado a Uluka, ni tampoco nuestro Shadeva ha olvidado al astuto Sakuni y su malvada sonrisa cuando le dijo a Yudhisthira: "Todavía te queda Draupadi." Esto es lo que sabe todo el mundo; si no fuera porque todo el mundo conoce estos hechos comenzaría por el principio haciendo un recuento de todas las atrocidades perpetradas por tu rey y sus hijos.

»Aun así, queremos la paz. Tu rey está pidiendo a gritos la paz, porque tiene miedo por sus hijos. Nosotros queremos la paz, no sólo por nuestro bien, sino también por el de los hijos de Dhritarashtra. No queremos que todo el mundo muera por el obstinado orgullo de un hombre. No queremos ver morir a tanta gente porque un hombre sea tan obstinado y su padre tan avaricioso. Queremos que el mundo viva. Queremos que las esposas de todos los reyes vivan felizmente, no queremos verlas llorar. Es por eso por lo que queremos la paz.

»Por favor, ve y dile a tu rey que iré a Hastinapura. Trataré de convencer a ese estúpido de Duryodhana que ha de portarse con los pandavas tal y como lo merecen. Tengo mis propias dudas sobre el éxito de mi misión, pero lo intentaré. No me ha gustado el mensaje de tu rey. Quiero hacerle ver que está en un error. Iré y les hablaré a

todos. Si puedo conseguirlo me sentiré orgulloso de haber podido salvar al mundo de la muerte. Habré salvado al mundo del lazo de la muerte que ahora mismo tiene alrededor de su cuello, gracias a los esfuerzos de Duryodhana. Tu rey se equivoca al hablar así de nuestro rey. Por favor, dile que si ese estúpido jovenzuelo de Duryodhana no se decide a devolverle a Yudhisthira el reino que le pertenece, Yudhisthira y sus hermanos responderán a las palabras del rey con sus flechas.

»Hay un árbol que crece en Hastinapura. Y ese árbol se llama Duryodhana, su tronco es Radheya, sus ramas son Sakuni y Dussasana son sus flores y frutos. La raíz de este árbol es un hombre llamado Dhritarashtra. Una vez visto ese árbol maldito, fíjate en este otro árbol. Este árbol se llama Yudhisthira, su tronco es Arjuna, sus ramas son Bhima; Nakula y Shadeva son sus flores y frutos. La raíz de este árbol de bondad, soy yo mismo. Considera esto que te digo, Sanjaya, piensa razonablemente y decide qué árbol seguirá con vida a través de esa tormenta llamada guerra y cuál será derribado al suelo. Ya puedes ir a reunirte con tu rey y darle nuestra respuesta a su mensaje de paz. Los pandavas están listos para abandonar las armas, yo me tomaré esa responsabilidad, pero sólo si se le devuelve Indraprastha a Yudhisthira.

Sanjaya se despidió de los pandavas, diciendo:

—Yudhisthira, debes comprender la embarazosa situación en la que me ha puesto mi rey, tú y tus hermanos y tu querido Krishna debéis considerarme con afecto. Yo solamente soy el vehículo de los pensamientos del rey, yo no comparto sus sentimientos ni tampoco los apruebo. Os deseo que os vaya bien. Por favor, dejadme saber el mensaje que les he de transmitir de vuestra parte.

Yudhisthira dijo:

—Sanjaya, nosotros siempre te hemos apreciado, incluso cuando éramos niños nos apreciabas tanto como nuestro querido tío Vidura. Tú estabas presente durante el juego de dados y conoces todas las indignidades que tuvimos que sufrir. No estoy enfadado en lo más mínimo contigo; el cuenco de oro destinado a contener veneno en él, aún sigue siendo un cuenco de oro, su naturaleza no cambia debido a lo que contiene. Tú has sido un buen amigo de los pandavas, por favor, transmíteles mis mejores deseos a la gente de Hastinapura, saluda a todos de mi parte. Diles a todos individualmente que les deseo que les vaya bien. Luego dile a Duryodhana lo que voy a decirte ahora: « Duryodhana, este deseo pertinaz que siempre está haciendo música en tu corazón; tu deseo de ser dueño de todo el reino de los kurus, es un deseo vano. En cuanto a nosotros, no queremos hacer nada desagradable. De hecho queremos que todo sea agradable. Tú eres un gran rey, así que compórtate como un gran rey y devuélveme mi Indraprastha; si no, lucharás conmigo. Quiero volver a gobernar mi reino. Espero que seas lo suficientemente sensato como para tener en cuenta mis palabras. »

A Arjuna no le gustó este mensaje tan suave y dijo:

—Pídele a Duryodhana que suelte Indraprastha liberándola de su dominación, Yudhisthira es su verdadero dueño. Si de todos modos es lo suficientemente tonto como para negarse, nuestro camino está claro. Tendrá que enfrentarse con Arjuna, Bhima, Nakula y su poderoso hermano Shadeva. Tenemos de nuestro lado a Krishna, Satyaki, Dhrishtadyumna, Sikhandi y a Yudhisthira, cuya paciencia ha llegado al límite. Dile a tu rey que tome buena nota de esto. Por hacer dormir a Yudhisthira en el suelo durante doce años, haremos que él y sus amigos duerman en el campo de batalla. Nuestro rey Yudhisthira ha controlado su ira durante los últimos años. Si le da rienda suelta, Duryodhana morirá abrasado por el calor de su furia. Que se ande con mucho cuidado. Del mismo modo que el fuego reduce un bosque a cenizas, Yudhisthira destruirá toda la hueste de los kurus con su ira. Duryodhana quiere la guerra, dejémosle que la tenga. Verá al poderoso Bhima con su maza levantada, caminando por el campo de batalla. Tu Duryodhana le verá matar a todos los hijos de Dhritarashtra. No habrá ninguna diferencia entre él y Yama con su maza.

»Que Duryodhana se acuerde de los hijos de los pandavas, particularmente de Abhimanyu, el hijo de Arjuna y el sobrino de Krishna. Es un niño, pero no cuando lucha. Aquí tenemos a Virata y Drupada que son invencibles. Quizá Duryodhana no recuerda a sus viejos aliados Sikhandi y Dhrishtadyumna. Sin embargo, ellos le recuerdan a él. Dhrishtadyumna será nuestro comandante en jefe; que tu rey tome buena nota de esto. Es evidente que Duryodhana no ha considerado al gran Satyaki o si no se lo hubiera pensado dos veces antes de embarcarse en este viaje hacia el reino de Yama. Satyaki es el más grande de nuestros guerreros, con él a nuestro lado, todos podemos dormir sin preocupaciones.

»Dile a Duryodhana que yo estaré allí. Mi carro con sus cuatro caballos blancos será conducido por Krishna, que piense en ello. Krishna será mi conductor. No creo que Duryodhana sea tan optimista, después de saber esto. Dile que los pandavas realizarán un gran Yajna cuyo preceptor será Krishna, el canto de los Vedas será la música incesante del sonido de la cuerda de mi arco. Los sacrificios serán toda la hueste de los kurus, Sakuni y su querido amigo Radheya. Llévale este mensaje a Duryodhana de mi parte.

Yudhisthira dijo:

—Mi querido Sanjaya, puedes tratar de convencer al rey de que debe devolverme mi reino, háblale de la injusticia que nos ha hecho durante los últimos años, a partir de nuestra llegada a Hastinapura, diecisiete días después de la muerte de nuestro padre. Por favor, tratad entre todos de evitar la muerte de los kurus. No quiero ser la causa de esta horrible calamidad. Es más, si todo esto falla, dile a Duryodhana que incluso si me da cinco ciudades o más bien pueblos, me contentaré con ello. —Yudhisthira ignoró los irritados ojos de sus hermanos y continuó—: Sanjaya, dile que quiero Indraprastha, Brikaprastha, Jayanta y Varanavata; esas cuatro ciudades debo tenerlas. La quinta la dejo

a la elección de Duryodhana, puede darme cualquier otra ciudad. Trata de ver si puedes evitar al menos con esto la horrible guerra. No quiero verles morir, quiero vivir en paz con mis primos.

Sanjaya se despidió de todos, fue conducido al campamento del ejército y contempló el ejército de los pandavas; luego volvió a Hastinapura.

Capítulo VII

EL DISCURSO DE VIDURA

SANJAYA fue inmediatamente al palacio de Dhritarashtra y anunció su presencia.

El rey le dio la bienvenida con ansiedad y Sanjaya dijo:

—Yudhisthira se postra ante ti y se interesa por tu bienestar y el de tus hijos y amigos. Sus hermanos y Krishna están muy bien, pude sentirme muy bien en la agradable atmósfera de paz y justicia que encontré allí. Era como el aliento dulce y limpio de las montañas. No me gusta tu comportamiento y tus palabras, tuve que hacer un trabajo muy desagradable por tu culpa; eres injusto y tus hijos son unos pecadores; a pesar de lo cual esperas gozar de esta tierra. Me sorprende tu optimismo. Le di tu mensaje a Yudhisthira. Su respuesta te la daré mañana en la corte, ahora quiero ir a descansar, estoy cansado física y mentalmente. Por favor, permíteme marcharme.

Sanjaya se fue, dejando a Dhritarashtra terriblemente contrariado por las palabras que pronunció. Ansiaba conocer la respuesta de Yudhisthira y el cuerpo del rey ardía como si tuviera fiebre. Trató de dormir pero no pudo, así que, desesperado, llamó a Vidura. Vidura llegó rápidamente y le preguntó por qué se le había mandado llamar. La condición en que se encontraba el rey era realmente lamentable, y dijo:

—Vidura, Sanjaya ha vuelto de Upaplavya, me dirigió palabras muy duras y se fue sin darme siquiera una pequeña indicación de la respuesta de Yudhisthira. He tratado de dormir, pero no puedo, tú eres mi único amigo y me has amado a pesar de todas mis faltas. Debes consolarme y hacerme dormir; no puedo dormir.

Vidura dijo:

—Mi señor, hay cinco tipos de personas que no pueden dormir. Un hombre que desea la mujer de otro, no puede dormir. Un ladrón no puede dormir. Un hombre que ha perdido toda su riqueza o uno que piensa que perderá toda su riqueza no puede dormir. Un hombre fracasado no puede dormir, ni tampoco el débil oprimido por otro más fuerte. Espero que ninguna de estas descripciones te encajen. Seguramente la codicia y la avaricia no son cualidades que se pueden hallar en ti.

A Dhritarashtra ya no le resultaba extraño el sarcasmo de las palabras de Vidura. Comprendió la perspicacia de su hermano y le dijo:

—Por favor, dime cómo puedo dormir.

Vidura le sonrió con compasión matizada de escarnio y le dijo:

—Mi señor, ¡no has podido dormir durante los últimos años! Desde el momento en que los pandavas, conducidos por los rishis de Satasringa vinieron a Hastinapura, no has podido dormir. Incluso tu insomnio viene de más atrás. Recuerdo que el día en que nació tu hijo Duryodhana, me llamaste a tu presencia y me preguntaste: « He oído que mi hermano Pandu ha tenido un hijo. ¿Crees que habrá problemas por la herencia del trono debido a esto? » Desde aquel día, los celos se han hospedado en tu corazón y no te dejan reconciliar el sueño. Desde hace muchos años, he estado tratando de transmitirte sentimientos de justicia, pero eres un pecador y has sido responsable de los sufrimientos de los pandavas, como lo serás de la inminente destrucción de los kurus. ¿Cómo puede dormir un pecador como tú?

»Yudhisthira siempre te ha tenido el respeto que se le debe a un padre y te considera como su padre. Pero tú siempre te has portado con él como un ladrón. No me sorprenden tus sufrimientos. Me pides que te diga cómo puedes dormir: Si decides devolverle a Yudhisthira su reino, podrás dormir como un niño inocente. Por favor, hazme caso; tú no eres sabio, eres un tonto.

Dhritarashtra dijo:

—Querido hermano, dime cuáles son las cualidades distintivas del sabio y cuáles las del ignorante. Vidura le dijo:

—Te diré como debe ser el sabio. Un hombre debe aspirar a los más altos ideales de la vida. Las aspiraciones de un hombre así son: conocimiento de sí mismo, esfuerzo, paciencia y constancia en la virtud. Un hombre así es un sabio. Ni la ira, ni el gozo, ni el orgullo, ni la falsa modestia, ni la vanidad pueden distraerle de su propósito. Siempre hace sus acciones pensando servir a los dos mundos. El deseo no tiñe sus acciones. Se deleita con las acciones honestas y ama el bien. Tampoco le afectan los honores ni las ofensas. Es tranquilo, fresco e inagotable como un lago en el curso del río Ganges.

»Por otro lado, también son fáciles de enumerar las cualidades del ignorante. En lo que a él respecta las escrituras son un libro cerrado. Es vano y orgulloso, y cuando quiere obtener algo, nunca duda en emplear medios deshonestos. Tiene la inclinación de desear lo que no tiene derecho a desear y los poderosos le hacen sentir envidia. Déjame que te diga un atributo peculiar del pecado. Un hombre comete un pecado y muchos cosechan los frutos que resultan de su pecado, pero al final, ese pecado se le atribuye sólo a él, mientras que los muchos que disfrutaron de los frutos de su pecado, escapan impunes.

»Un rey sabio debe comprender el DOS con la ayuda del UNO. Debe controlar el TRES a través del CUATRO, tiene que conquistar el CINCO, conocer el SEIS, abstenerse del SIETE y ser feliz. El UNO representa el intelecto, el DOS el bien y el mal, el TRES son: amigo, extraño y enemigo. El CUATRO son: regalo, conciliación, desunión y severidad. El CINCO

son los sentidos, el SEIS: pactos, guerras, etcétera, y el SIETE: mujeres, dados, caza, hablar con rudeza, bebida, severidad en el castigo y malgastar la riqueza. Esto significa que uno debería saber discriminar entre lo correcto y lo incorrecto usando el intelecto. El amigo, el enemigo y el extraño pueden ganarse por uno de los cuatro: el regalo, etcétera. Los sentidos deben estar bajo control y un rey debe saber hacer pactos y demás estrategias políticas, lo cual es esencial. Naturalmente debe evitarse el siete, si el rey aspira a ser sabio.

»El veneno sólo mata a un hombre, del mismo modo que un arma. Pero los malos consejeros destruyen todo un reino junto con el rey y sus consejeros. El bien más alto es la justicia y la paz suprema es el perdón. La alegría suprema es el conocimiento y la felicidad suprema es la benevolencia.

»Un rey puede fácilmente llegar a ser grande con sólo dos cosas: abstenerse de hablar con rudeza y prescindir de aquellos que son malvados. Tres crímenes se consideran horribles: el robo de la propiedad de otros, ultrajar las esposas de otro hombre y engañar a los amigos. Tres cosas destruyen el alma: la lujuria, la ira y la codicia. Tres cosas son esenciales: proteger a un seguidor, a alguien que busca protección y a alguien que ha venido a tu morada.

»Un rey aunque sea poderoso, nunca debería consultar con estos cuatro: un hombre insensato, un hombre que se demora, un hombre indolente y un adulador. Hay cinco cosas que se deben adorar: el padre, la madre, el fuego, el preceptor y el alma. Un rey que desea ser grande debe evitar seis faltas: el sueño, la modorra, el miedo, la ira, la indolencia y la tardanza. No deben dejarse estas seis cosas: verdad, caridad, diligencia, benevolencia, perdón y paciencia. Un rey debe renunciar a las siete faltas. Ocho cosas glorifican a un rey: sabiduría, alta cuna, autorestricción, conocimientos, valor, moderación al hablar, hacer regalos con discriminación, y gratitud. Este cuerpo humano es una casa con nueve puertas, tres pilares y cinco testigos, y está presidido por el alma. El rey que conoce esto, es sabio. Estos diez no saben lo que es la virtud: el intoxicado, el distraído, el iracundo, el hastiado, el enfadado, el famélico, el afligido, el codicioso, el amedrentado y el lujurioso.

»Un hombre que no se apena cuando le ocurre una calamidad y hace, mientras tanto, todo lo que puede con sus sentidos bajo perfecto control y que soporta la miseria con paciencia, es el mejor de los hombres. Quien no guarda malicia hacia otros, sino que es amable con todos, quien no habla con arrogancia y quien perdona una desavenencia es alabado en todas partes.

»Un rey que busca prosperidad deberá tomar sólo aquello que puede ser cogido y que sea beneficioso. Al igual que la abeja recolecta el polen sin destruir la flor, así debería

el rey pedir las tasas a la gente sin injuriarles. Se deben coger flores, pero sin arrancar las plantas de raíz.

»Un hombre sabio debe aprender buena conducta, buenas palabras y buenos actos de todas clases, al igual que el recolector recoge los granos de cereal del campo que abandonan los segadores. La virtud es preservada por la sinceridad, la erudición por la aplicación, la belleza por la limpieza del cuerpo, el alto linaje por el buen carácter. El linaje, en el caso de quien tiene mala conducta, no impone respeto. Un rey o un hombre que envidia la riqueza de otros, ó la belleza, el poder, el alto linaje, la felicidad, la buena fortuna y los honores, sufre una enfermedad incurable. La buena conducta es esencial para el hombre. La intoxicación de riquezas, debe censurarse más severamente que la del vino: a un hombre intoxicado por la prosperidad no puede hacérsele razonar hasta que no tiene un fracaso.

»Igual que la Luna en la quincena iluminada, las calamidades aumentan para el que es esclavo de los sentidos. El rey que desea controlar a sus consejeros antes de controlarse a sí mismo, o el rey que desea someter a sus adversarios antes de controlar a sus consejeros, lucha una batalla perdida, desgastando sus fuerzas.

»Un rey debería someter primero su propio ser, considerándolo como su enemigo. Entonces nunca fracasará en someter a sus consejeros y más tarde a sus enemigos. Gran prosperidad aguarda al que ha sometido sus sentidos, o controlado su alma, o a quien tiene capacidad de castigar a los ofensores, o a quien actúa con discernimiento, o a quien es bendecido con la paciencia.

»Nuestro cuerpo es un carro: el alma interior es el conductor y los sentidos son sus corceles. Conducido por estos excelentes corceles, cuando están bien disciplinados, el sabio pasa por el viaje de la vida placenteramente y en paz. Sin embargo, si los caballos son indomables y no se les puede controlar, llevan al inexperto conductor a la destrucción en el curso del viaje. Muchos reyes malvados, aun teniendo deseo de conquistar sus sentidos, se echan a perder por sus propios actos. El ansia de gobernar y el apego al reino es la causa de su pecado.

»Controlar el habla se dice que es lo más difícil. No es fácil mantener una larga conversación, articular palabras llenas de sentido y deleitar a los oyentes. Una charla bien intencionada puede hacer mucho bien, e igualmente las malas palabras traen el mal. Un bosque atravesado por flechas o cortado por hachas puede crecer de nuevo, pero un corazón herido por palabras malvadas nunca puede recuperarse. Armas como las flechas y los dardos pueden extraerse fácilmente del cuerpo, pero una palabra clavada profundamente en el corazón como una daga, no es posible sacarla. Las palabras que salen por la boca como flechas son terribles; heridos por ellas, muchos sufren día y noche. Un hombre sabio no debería disparar tales flechas, para no herir el alma de otros.

»La persona a quien los dioses condenan a la derrota tiene sus sentidos fuera de control y por eso se inclina por los actos innobles. Cuando el intelecto se oscurece y se acerca la destrucción, la maldad disfrazada de virtud golpea fuertemente el corazón y el intelecto así nublado conduce al hombre a la derrota.

»La ablución en los lugares sagrados es igual que la bondad hacia todas las criaturas. Quizá la bondad por todas las criaturas es superior a lo primero. Mientras se hable de las buenas obras de un hombre en este mundo, durante ese tiempo se le glorifica en el cielo.

»Los dioses no protegen a los hombres blandiendo garrotes en sus manos del mismo modo que los pastores protegen su ganado. A aquellos que desean proteger, les otorgan inteligencia. No hay duda de que los deseos de alguien tienen éxito en la misma proporción a la atención que presta a la justicia y a la moral. Los Vedas nunca rescatan a un hombre falso del pecado. Al oro lo prueba el fuego, a una persona de buena cuna sus modales, a un hombre honesto su conducta, a un hombre valiente una situación de pánico, al que tiene autocontrol los tiempos de pobreza, a los amigos y enemigos las épocas de calamidad y peligro. El sacrificio, el estudio, el ascetismo, los donativos, la verdad, el perdón, la misericordia y la alegría constituyen los ocho diferentes caminos de la justicia. Los cuatro primeros, pueden ser practicados por motivo de orgullo, pero los cuatro últimos sólo existen en aquellos que son grandes de verdad.

»Haz esto durante el día y te valdrá para pasar la noche feliz, hazlo durante los primeros ocho meses del año y podrás pasar felizmente la estación de las lluvias. Hazlo durante tu juventud y te asegurará una feliz vejez, hazlo durante toda tu vida aquí y te asegurará la felicidad postrera.

»Deshaciendo todos los nudos del corazón con la ayuda de la tranquilidad, dominando todas las pasiones y observando la verdadera religión, se aprende a considerar lo agradable y lo desagradable como nuestro propio ser. No debemos responder a las difamaciones o reproches de otros. Aunque sea raro decirlo, cuando un hombre sufre estos reproches en silencio, el que se consume es el injuriador y las virtudes del injuriador, si tiene alguna, pasan a ser del otro.

»Nunca pelees con amigos. Evita la compañía de los viles y bajos, nunca te comportes de modo arrogante o innoble y evita hablar con ira. Las palabras duras, queman y destruyen lo más vital del hombre, sus huesos y su corazón. Así pues, el virtuoso debe evitar palabras duras de enfado. Se dice que el silencio es mejor que hablar y si tienes que hablar, es mejor que digas la verdad. Si dices la verdad, es mejor que digas lo que es agradable. Y si has de decir algo agradable es mejor decir aquello que va de acuerdo con la moral.

»El ascetismo, la automoderación, el conocimiento, los sacrificios, los matrimonios puros y los donativos de alimentos, todos son señales de una buena familia.

»Los hombres mueren y vuelven a nacer una y otra vez. Cíclicamente crecen y envejecen. A menudo preguntan y son preguntados. Una y otra vez se compadecen y son compadecidos. Felicidad y miseria, abundancia y escasez, ganancia y pérdida, vida y muerte, son compartidos por todos en su debido orden. Un hombre con autocontrol nunca debería regocijarse ni apenarse.

»La ira es como una bebida amarga, ácida y caliente, y tiene penosas consecuencias. Es un tipo de dolor de cabeza que no nace de ninguna enfermedad física. Los sabios pueden tragársela, pero no cualquiera puede hacerlo. El exceso de orgullo, el exceso de charla, el exceso de comida, la ira, el deseo de disfrutes y los desórdenes intestinales, son seis espadas afiladas que acortan el período de vida asignado a las criaturas. Son éstas las que matan y no la muerte.

»Se dice que los reyes tienen cinco tipos de fuerza. De todas ellas, la fuerza de los brazos se considera la inferior. La adquisición de buenos consejeros se considera como el segundo tipo de fuerza. La adquisición de riquezas es la tercera clase y la cuarta es la fuerza del nacimiento que se adquiere naturalmente de los padres y abuelos. Sin embargo, la más importante y superior a todo tipo de fuerzas es la del intelecto.

»Quien nunca se deja llevar por la ira y quien considera que un trozo de barro, una piedra y el oro, tienen el mismo valor y a quien le da igual lo agradable y lo desagradable, como quien está totalmente apartado del mundo, es un verdadero yogui. La inteligencia, la tranquilidad mental, el autocontrol, la pureza, la abstinencia de palabras rudas y el no desear hacer nada que desagrade a los amigos, estas son las siete cosas que se consideran como el combustible de la llama de la prosperidad. La virtud es eterna y los placeres y dolores son transitorios. La vida de hecho es eterna, pero sus diferentes fases son transitorias. Abandonando las cosas pasajeras, entrégate a lo eterno y haz tuya la alegría, que es la más grande de todas las adquisiciones. Reyes ilustres y poderosos han gobernado esta tierra tan llena de riquezas, gloria y gozo, volviéndose todos así víctimas del Destructor Universal. Se fueron, dejando tras ellos sus reinos y sus inmensos placeres. A pesar del lujo y de toda la educación que se recibe con tan ansioso cuidado, cuando uno muere, lo cojen y lo llevan a la pira funeraria con los pelos desgreñados, y con llantos piadosos arrojan el cuerpo a la pira como si fuera un trozo de madera. Luego, mientras los pájaros y las bestias salvajes se dan un festín con los restos de su cuerpo, otros disfrutan las riquezas del muerto. Sólo dos cosas se van con él al otro mundo: sus méritos y sus pecados. Después de arrojar su cuerpo, parientes, amigos e hijos retroceden sobre sus pasos igual que los pájaros abandonan un árbol sin flores ni frutos. Al hombre arrojado a la pira funeraria sólo le quedan sus propias acciones. Por eso el hombre debería ganarse el mérito de la justicia, con paciencia y cuidado.

»Se dice que la vida y el alma son como un río. En el río de la vida las aguas son los cinco sentidos, sus cocodrilos y tiburones son el deseo y la ira. Haciendo del autocontrol

el barco, debemos cruzar los remolinos que representan los repetidos nacimientos. En el río del alma, los méritos espirituales constituyen sus baños sagrados, la verdad sus aguas, el autocontrol sus orillas y la ternura sus olas. Los justos se purifican mediante un baño en este río, porque el alma es sagrada y el mérito supremo es la ausencia de deseo.

Dhritarashtra le dijo:

—Háblame más del alma, dime cómo podré encontrarme en este cuerpo con el antiguo y Eterno Uno. Dime lo que es la muerte.

Vidura dijo:

—Mi señor, he nacido en la orden de los sudras y por lo tanto no puedo aventurarme a decir más de lo que ya he dicho. El anciano y eterno rishi Sanatsujata, te hablará de estos temas, le llamaré ante ti.

Vidura meditó en el gran rishi y éste viendo que le llamaba la mente de Vidura acudió allí. Vidura le dijo:

—Hay una duda en la mente del rey que sólo puede ser aclarada por ti, reverendo. Por favor, háblale.

Dhritarashtra expuso al rishi sus dudas sobre la muerte y el anhelo de Brahma. Sanatsujata dijo:

—Te daré mi opinión. Los sabios piensan que la muerte resulta de la ignorancia. La ignorancia es la muerte y por lo tanto el conocimiento, la ausencia de ignorancia, es la inmortalidad. La muerte no devora a las criaturas como un tigre; su forma es inconcebible. Por eso, para salvar este hecho, algunos imaginan que Yama es la muerte, pero esto, sin embargo, es mera elucubración mental. La búsqueda de Brahma o conocimiento de sí mismo es la inmortalidad. El imaginario dios Yama tiene sus dominios en la región de los pithris. A sus órdenes, la muerte, en forma de ira, ignorancia y codicia, aparece entre los hombres. Dominados por el orgullo, los hombres caminan por los senderos del mal y ninguno de ellos tiene éxito en alcanzar su verdadera naturaleza. Oscurecido su entendimiento y dominados por las pasiones, dejan sus cuerpos y caen repetidamente al infierno, seguidos siempre por sus sentidos y así es como la ignorancia recibe el nombre de muerte.

»Los hombres que desean los frutos de sus acciones, se dirigen al cielo cuando llega el momento, dejando sus cuerpos; no obstante no pueden evitar la muerte, porque cuando se acaban los méritos de sus acciones, caen y vuelven a nacer inevitablemente. Las criaturas encarnadas, por ser incapaces de obtener el conocimiento de Brahma y por su conexión con los disfrutes mundanos son obligadas a pasar por una rueda de renacimientos, arriba y abajo y alrededor. La natural inclinación del hombre a perseguir cosas irreales sólo se debe a la seducción de los sentidos. El alma constantemente afectada por la persecución de objetos irreales adora sólo los disfrutes que la rodean. El deseo

de disfrute es el que primero sacude al hombre. La lujuria y la ira le siguen pronto. Estas tres cosas conducen a los hombres tontos a la muerte. Sin embargo, aquellos que han conquistado su alma, escapan a la muerte por la autorrestricción. La ignorancia, asumiendo la forma de Yama, no puede devorar al hombre que mata el deseo mediante la autorrestricción. ¿Qué le puede hacer la muerte a una persona cuya alma no ha sido confundida o seducida por el deseo? A éste la muerte no le causa miedo. Por lo tanto, si se ha de destruir el deseo, que es ignorancia, no debe permitirse ni perseguirse ningún deseo, ni siquiera el más pequeño.

»El alma que está en el cuerpo, cuando se asocia con la ira y la codicia y se llena de ignorancia se dice que encuentra la muerte. Sabiendo que los deseos aparecen en el camino, si un hombre se apoya en el conocimiento, no debe tener ningún miedo a la muerte. Y al igual que el cuerpo se destruye cuando se le pone bajo la influencia de la muerte, la misma muerte se destruye cuando cae bajo la influencia del conocimiento.

Cuando el rishi acabó de hablar, Dhritarashtra le preguntó:

—¿Cuál es el objeto del ascetismo o mauna? He oído que hay dos tipos de mauna: restricción del habla y meditación. ¿Cuál es superior? ¿Puede una persona sabia obtener un estado de quietud y alcanzar la emancipación por el mauna? ¿Cómo se puede practicar?

Sanatsujata le contestó:

—El objeto del ascetismo o mauna es alcanzar aquello que está más allá del alcance del lenguaje y de la mente. El verdadero mauna no sólo consiste en la restricción del habla, sino en la absoluta restricción de todos los sentidos y de la mente. El aspecto, forma o naturaleza del mauna debe ser necesariamente la pérdida de toda conciencia de lo objetivo y lo subjetivo, y la concentración de toda la conciencia solamente en Brahma. Cuando se alcanza tal estado, se alcanza Brahma. Brahma es el símbolo védico AUM que representa lo grosero, lo sutil y lo causal. El mauna se obtiene por la inmersión gradual de lo grosero en lo sutil, lo sutil en lo causal y lo causal en Brahma.

»Hay seis clases de renunciación y todas son recomendables. La primera es: no experimentar nunca alegría en ocasiones de prosperidad. La segunda es: no entregarse a los sacrificios, oraciones y actos piadosos con deseo de los méritos que de ellos surjan. La tercera es: abandonar el deseo o apartarse del mundo. La cuarta es: no apenarse ni permitir que el dolor nos aflija cuando fallan nuestras acciones, y si ocurre algo desagradable no se debe sufrir por ello. La quinta clase consiste en no pedir ni siquiera a nuestros propios hijos, esposas y a otros que nos puedan ser queridos. El sexto es dar a una persona que lo merezca.

« No es fácil alcanzar a Brahma. Después de que se han restringido los sentidos y que se ha sumergido la voluntad en el intelecto puro, el estado que sigue es el de total

ausencia de pensamientos mundanos. El conocimiento que conduce a la obtención de Brahma sólo es asequible por la práctica del Brahmacharya.

»Brahmacharya significa búsqueda de la verdad. Aunque reside en la mente y es inherente a ella, el conocimiento de Brahma todavía está inmanifestado, sólo se manifiesta con la ayuda del intelecto puro y el Brahmacharya. Aquellos que desean obtener el estado de Brahma subyugan todos los deseos y, dotados de justicia, consiguen separar el alma del cuerpo como una pala sale de un montón de tierra. Un hombre así purifica su cuerpo y es verdaderamente sabio. Pues mediante el Brahmacharya se convierte en un niño libre de toda pasión y por fin triunfa sobre la muerte. Mediante el trabajo, los hombres obtienen mundos perecederos; sin embargo, a quien se le bendice con el conocimiento, obtiene el estado de Brahma que es eterno.

Dhritarashtra le dijo:

—Dices, mi señor, que un hombre sabio percibe la existencia de Brahma en su propia alma. Dime cuál es la verdadera forma y el color del omnipresente y eterno Brahma.

Sanatsujata le contestó:

—Ni en la tierra, ni en el cielo, ni en las aguas del océano hay algo que se le parezca. Ni en las estrellas, ni en el rayo, ni en las nubes se puede ver su forma. Tampoco es visible en la atmósfera, ni en los devas, ni en la Luna, ni en el Sol. Ni en el rik, ni entre los yajus, ni entre los atharvans, ni en el puro Sama puede hallarse. Imposible de comprender y estando más allá del alcance de los límites del intelecto, incluso el Destructor Universal es reabsorbido en él después de la disolución. Es imposible contemplarle y es más sutil que el filo de una daga y es más grueso que las montañas. Es la base sobre la que se funda todo. Es incambiable, es este universo visible. Es inmenso. Es delicioso. Todas las criaturas han salido de él y a él todas vuelven. Libre de todo tipo de dualidad, se manifiesta como el universo y es omnipresente. Los sabios dicen que no cambia, a pesar de que cambie la lengua que se usa para describirlo. Los que conocen AQUELLO en lo que está establecido el universo, en verdad son benditos.

Capítulo VIII
SANJAYA EN LA CORTE DE LOS KURUS

Los kurus entraron en la gran sala de asambleas, conducidos por Bhishma y Dhritarashtra. Entonces llegó Sanjaya, saludándolos a todos y transmitiéndoles individualmente los respetuosos saludos de Yudhisthira. Dhritarashtra le pidió que les contara los acontecimientos de Upaplavya. Sanjaya les dio una narración vívida y detallada de todo, pasándoles los mensajes de Krishna, Yudhisthira y Arjuna. No omitió una sola palabra ni les ocultó ni un solo detalle de las variadas expresiones de los rostros de los

hombres que habían escuchado allí el mensaje de Dhritarashtra. Nadie habló durante su narración y cuando acabó, Bhishma le dijo a Duryodhana:

—Mi querido hijo, estás tratando de hundirte a ti mismo. No te has dado cuenta del poder de esta combinación: Krishna y Arjuna. Los sabios dicen que son Nara y Narayana. No persistas en tu loca determinación de luchar contra los pandavas. Son invencibles. Por un lado tienen el Dharma de su parte y por otro lado tienen a Krishna. Todo el mundo te hará caso, diles que no quieres la guerra, por favor, hazlo. Para conducirte en esta guerra dependes de personas que te llevaron al error: el malvado Sakuni, el pecador e impertinente Dussasana y a Radheya, este hombre de baja casta sobre el que pesa la maldición de Bhargava, además de otra maldición que debilitará su valor; la maldición de un brahmín. También ha entregado su kavacha y sus kundalas. ¿Cómo puedes esperar ganar?

Radheya fue herido terriblemente por estas palabras de Bhishma y dijo:

—Duryodhana, tu abuelo tiende a herirme siempre que puede y no está bien. Nunca he faltado a los deberes de un kshatrya. Puede que no sea un kshatrya, pero mis acciones sí lo son, mi nacimiento no es tan importante como la lealtad a mi amigo. Nunca he injuriado al hijo de Dhritarashtra y siempre he considerado que es mi maestro y mi señor. Para agradecerle haré cualquier cosa y mataré a los pandavas en combate singular. Sé que puedo.

Bhishma se mofó de él y ni siquiera se dignó dirigirse a Radheya. Sin mirarle le dijo a Duryodhana:

—Durante los últimos años este hombre sólo ha estado hablando de cómo va a matar a los pandavas, pero hasta ahora nunca hemos tenido oportunidad de ver su bravura. Arjuna es por lo menos dieciséis veces mejor que él y poniendo tu confianza en este hombre te has atrevido a insultar a los grandes pandavas. Has cometido un grave error. No deberías tener tanta fe en el valor de este hombre que no es tan bueno como piensas. Ya viste cómo se comportó durante la lucha con el gandharva en Dwaitavana. Viste cómo luchó cuando todos atacamos a Virata; Radheya te ha fallado miserablemente. Sin embargo, no quieres oír ni una palabra en su contra. Lo siento por ti.

Duryodhana no se molestó en responder. Detestaba las palabras de su abuelo, pues él amaba a Radheya como Krishna a Arjuna. Era una amistad que nadie podía comprender, pues tenía algo de divino. Duryodhana estaba resentido siempre con su abuelo porque solía manifestarse de una forma demasiado vehemente en contra de su amigo. Estas escenas eran frecuentes en su corte, y su amigo no gozaba de buena reputación entre los ancianos de la corte. Su padre era la única excepción, ya que quería a Radheya. Pero esto era porque Radheya quería a Duryodhana. Nadie, excepto Duryodhana quería a Radheya. Así que cada vez que alguien le insultaba, el afecto de Duryodhana por Radheya crecía.

En esta ocasión se volvió dándole la espalda a su abuelo. Bhishma dejó de hablar y se sentó. Duryodhana tenía la habilidad de insultar a la gente con una mirada, subiendo una ceja o torciendo burlonamente la esquina de su boca. Usaba este arma muy a menudo, silenciando a los ancianos de este modo mejor que de ninguna otra forma.

Drona dijo:

—Lo que dice el noble Bhishma es correcto. No está bien ser tan temerario. Las palabras de Krishna y Arjuna no son meras palabras. Dicen la verdad cuando proclaman que destruirán a los kurus, debemos hacer la paz con ellos. Arjuna aprendió de mí a usar el arco, conozco su valor y ahora sabe más que yo y ha conseguido armas de todos los dioses. Tiene el Pasupata del Señor Sankara. De todas las tácticas militares, lo más estúpido es menospreciar al enemigo, y esto es lo que hemos estado haciendo; por favor, tenlo en cuenta.

El rey pidió a Sanjaya que continuara su narración y Sanjaya les transmitió las palabras de despedida de Yudhisthira. Luego le describió el ejército que habían reunido, hablándole de su fuerza y poder. Mientras hablaba vio de nuevo con el ojo de su mente el ejército y de repente le sobrevino un desmayo. Sanjaya cayó sin sentido. Hubo mucha preocupación por el desmayo de Sanjaya. Esto mostraba más claro que sus palabras el terrible aspecto del ejército de los pandavas. Se le reanimó y con una mirada asustada y desencajada, el pobre auriga del rey continuó su plática, hablando de la fuerza de los pandavas y sus aliados. Dhritarashtra, que escuchaba con el corazón acongojado y que estaba aterrado, dijo:

—Oyéndote mi corazón tiembla de miedo por las vidas de mis hijos. Tengo miedo de Bhima y de su juramento, no he podido dormir desde hace muchas noches. Sé de cierto que Bhima matará a todos mis hijos. Sé que mi hijo, mi Duryodhana, morirá con sus muslos rotos, sé que Dussasana yacerá sangrando en el campo de batalla. Me puedo imaginar a Bhima abriendo surcos entre nuestras filas, con su maza levantada. Parecerá el caudal del río Ganges en la época de los monzones desbordándose y arrancando de raíz a todos los árboles de sus riberas. Puedo ver todo lo que va a ocurrir. Tengo miedo. No temo tanto a los hermanos de Yudhisthira como a él mismo y su mirada furiosa recayendo sobre mis malvados hijos. Este hijo mío no entrará en razones, aunque todo el mundo le esté aconsejando. No prestará ninguna atención a las palabras de Vidura, que tiene reputación de ser el más sabio de los hombres.

Estas palabras del rey irritaron a Sanjaya, quien dijo:

—Tus palabras en contra de tu hijo, mi señor, no son correctas. Tú eres el verdadero pecador y no Duryodhana. El sabio y gentil Vidura te ha estado hablando durante muchos años, pero no has escuchado sus consejos ni una sola vez. Yo estaba allí cuando se estaba celebrando el juego de dados. En aquella ocasión, Vidura te habló a ti y no a tu hijo. Te pidió que pararas el juego. Un padre, mi señor, es el mejor amigo que

puede tener un hombre. A tu hijo, el desafortunado Duryodhana, se le ha denegado ese privilegio. Un padre que traiciona el interés de su hijo en su ansiedad de complacerse a sí mismo y a sus propios deseos, no es un padre. Cuando estaban jugando, Vidura apeló a tu bondad, pero fue como si le hablara a un sordo. Tus oídos estaban abiertos para recibir sólo un sonido, el repiqueteo de los dados contra el suelo. Sólo decías una frase: « ¿Quién ha ganado? » Sólo tenías oídos para unas determinadas frases: las cuantías de las pérdidas de Yudhisthira. Estabas sentado en el gran salón dibujando en tu rostro una sonrisa de complacencia durante todo el rato. Siempre has actuado con mala voluntad en lo concerniente a los hijos de tu hermano. Incluso cuando se fueron al bosque no estabas preocupado. Luego comenzaste a preocuparte y me mandaste llamar, ¿lo recuerdas, mi señor? Estabas preocupado, no porque se estaba haciendo sufrir a los pandavas, sino porque habían jurado matar a tus hijos. Tus hijos van a morir. No hay ninguna duda al respecto. Pero no será por sus pecados, morirán por tus pecados. No tienes ningún derecho de culpar a tu hijo Duryodhana por tu estupidez. Él tiene amigos que le aman. Tiene once akshauhinis para que le ayuden, se ha ganado el afecto de muchos reyes por su agradable naturaleza y están dispuestos a morir por él; tú, sin embargo, no tienes ni un sólo amigo. Nadie te quiere. Has traído la ruina a la casa de los kurus. Dios te ha dado la terrible aflicción de la ceguera. Pero tú te has ganado para ti mismo una aflicción peor, la ceguera interior. No eres capaz de ver nada como es debido.

»Tus hijos son afortunados. Todos morirán en el campo de batalla y sus pecados serán redimidos. Alcanzarán los cielos que corresponden a aquellos que mueren en el campo de batalla. Sus muertes serán tan nobles que el mundo no recordará sus pecados. El mundo olvidará la ruindad y el egoísmo de Duryodhana debido a la noble muerte que encontrará a manos de Bhima. El valor se aprecia siempre. Radheya es un gran hombre y siempre ha sido justo. Él es el más grande de todos los dadores. No hay nadie como él y está dispuesto a dar su vida por Duryodhana. Los hombres del futuro le recordarán como el hombre más noble que murió en el campo de batalla. Pero a ti, mi señor, se te denegará la muerte, lo cual sería una liberación misericordiosa para ti. Vivirás para ver la muerte de tu querido hijo Duryodhana y la de todos sus hermanos. Lo siento por ti. En los anales del tiempo tu nombre será el más odiado. No escaparás a la censura de la posteridad. Has hecho méritos para merecértela. Te has buscado tu propia ruina. No hay ninguna esperanza para ti.

Capítulo IX

"DANOS CINCO CIUDADES"

DURYODHANA sentía pena de su padre. Intervino y dijo:

—Mi querido padre, no tengas miedo. Sé muy bien que el ejército de los pandavas es grande y poderoso. He escuchado cada detalle de nuestros espías. Hace trece años, cuando los pandavas estaban en el bosque de Kamyaka, Krishna se dirigió a ellos con un gran ejército. Con él estaba Satyaki y también Dhrishtaketu, Dhrishtadyumna y Drupada. Todos estaban decididos a matarnos. Se habían reunido muy cerca de Indraprastha y les dijeron que estaban listos para luchar contra nosotros. En esa época no éramos populares. Todos los reyes de Bharatavarsha se pusieron del lado de Yudhisthira. Vieron a Yudhisthira vestido con cortezas de árboles y pieles de ciervo y hacía poco que había realizado el Rajasuya. Los reyes estaban horrorizados por el destino del monarca. Teníamos muy mala fama en aquel tiempo, y nosotros lo sabíamos. Todos los reyes nos odiaban y estaban dispuestos a luchar por nuestros queridos primos. Tenía verdadero miedo de que hubiera una guerra. Pensé que Yudhisthira nos haría la guerra inmediatamente. Sentía que si lo hacía, íbamos a ser derrotados. El mundo entero estaba de su parte. Mi único amigo entonces era Radheya. Me dirigí a los ancianos de la corte y les pregunté qué hacer si la guerra estallaba. Entonces Bhishma, Drona y Kripa me tranquilizaron. Drona me dijo: « No temas, no podrán vencernos. Basta con uno solo de nosotros para hacer frente al asalto de todos ellos. Podemos luchar contra ellos con nuestras flechas y arcos, famosos en todo el mundo. Bhishma luchó contra una hueste de príncipes cuando se llevó las esposas para tu abuelo Vichitravirya. Mientras el gran Bhishma esté de tu lado, ¿a qué has de temer?

»Mi querido padre, en aquel tiempo en que todos los reyes estaban de parte de los pandavas, Drona dijo que sin duda podíamos derrotarlos; pero ahora las circunstancias han cambiado. Ya no son tan poderosos. Ahora tengo más amigos que ellos, tengo muchos aliados. Los pandavas no tienen ahora muchos amigos. Sus guerreros están atados a ellos por lazos de familia y no de afecto. Definitivamente mi ejército es más poderoso. En cuanto a tus miedos sobre Bhima, son también infundados. Yo soy mejor luchador que él. Durante todos estos años he estado practicando constantemente. Cuando éramos discípulos de Balarama, nuestro maestro dijo: « Duryodhana es mi igual. Es el mejor luchador con la maza, es muy superior a todos los demás. » Definitivamente soy superior a Bhima. Él, Krishna y Arjuna lo saben. De hecho estoy deseando luchar contra Bhima. Será apasionante golpearle con mi maza y abrir su cabeza en dos, podré hacerlo fácilmente, nunca he querido a Bhima. Además, su lucha es muy bruta, no tiene habilidad. Sus golpes no son tan precisos ni tienen tanto estilo como los míos. Balarama lo ha dicho. Venceré a Bhima fácilmente. Puedo matarle. Una vez que muera Bhima, la

espina dorsal del ejército de los pandavas se habrá roto y caerá al suelo. Incluso puedo matar a ese vano y engreído Arjuna.

»Padre, fíjate en mi ejército. Tengo al gran Bhishma, quien tiene el don de que sólo puede morir cuando lo desee. Él es un ser divino, no es un mero mortal como los demás. Fíjate en Drona, él no ha nacido como un hombre ordinario. Es el hijo de Bharadwaja Aswatthama, ha nacido por la Gracia de Sankara y no puede morir, ni tampoco Kripa. Con estos inmortales de nuestro lado, ¿por qué deberíamos preocuparnos? Cada uno de ellos individualmente, puede vencer a los dioses de los cielos. Arjuna no puede luchar con ninguno de ellos. Tengo a Radheya, de quien Bhargava dice que es igual a Parasurama. Puede que aquí haya gente que esté en desacuerdo conmigo, pero yo mantengo que iguala a Bhishma, Drona y Kripa. El abuelo dice que ya no es tan poderoso porque donó su kavacha y sus kundalas, pero no es así. Indra le pidió sus pendientes, que eran muy hermosos, pero a cambio Radheya consiguió el Sakti de Indra que puede matar al más terrible enemigo. ¿Por qué debo preocuparme cuando tengo tanta ayuda? Mi abuelo es más que suficiente para matarles a todos. Veo nuestra victoria tan clara como la palma de mi mano.

»Déjame que dé ánimos a tu desalentado corazón diciéndote los nombres de los héroes que lucharán para mí: Bhishma, Drona, Aswatthama, Kripa, Radheya, Bahlika, Brihadratha, Bhagadatta, Salya, Sala, Vinda, Anuvinda, Jayadratha, Sakuni y mis hermanos conducidos por Dussasana. Tengo once akshauhinis en contra de los siete suyos. El futuro no me preocupa en absoluto. —Duryodhana habló con gran confianza. Había pensado en todo y todos quedaron admirados por su claridad de pensamiento y por la contundencia de sus palabras. Duryodhana continuó—: ¿Qué puede hacer Virata, cuando tenemos con nosotros a los trigartas? Susarma puede derrotarle una y otra vez. La enemistad entre los trigartas y Arjuna es tal que han jurado matarle o morir a sus manos. Son los samsaptakas. He considerado la fuerza de nuestro ejército y la del suyo y creo que somos mejores en todos los sentidos. Puedes descansar en paz, padre; yo ganaré. El rey se volvió hacia Sanjaya y le dijo:

—Una pregunta más, Sanjaya. ¿Qué sentimientos tienen sobre la guerra? ¿Tienen tantas esperanzas como mi hijo? ¿Están planeando las cosas como nosotros?

Sanjaya sonrió tenuemente y dijo:

—¿Planeando? Por supuesto que están planeando la guerra. Están muy preparados para la guerra aunque, a diferencia de tu hijo, ellos no la quieren, quieren evitarla si pueden. Yudhisthira me pidió que hiciera todo lo que pudiera para evitar que estallara la guerra. ¿Sabéis lo que dijo?, dijo: « Sanjaya, si todos los intentos fallan, dile esto a Duryodhana: "Hemos soportado muchas cosas de ti. Insultaste a nuestra querida reina Draupadi. Es por esta razón más que por ninguna otra, por lo que estamos enfadados,

pero aun así no queremos la guerra, sólo quiero que se me devuelva mi reino. Pero si rehusas entregármelo, entonces, en mi deseo por el bien general estoy dispuesto a renunciar a mi justa demanda; me conformaré con cinco ciudades. Quiero Indraprastha, Vrikaprastha, Jayanta y Varanavata. La quinta, te la dejo a tu elección. Quiero riquezas, porque siempre he querido dar dinero a los brahmanes. Sólo quiero cinco ciudades, o mejor dicho pueblos. No quiero ver la muerte de mis queridos parientes. ¿Por qué deberíamos destruirnos los unos a los otros? Que los hermanos vivan. Que los padres y los hijos no se separen los unos de los otros. Que los pandavas y los kurus vivan juntos y felices. Buscando el bien común, estoy dispuesto a abandonar mi reino. Pero debo tener la seguridad de que me darás estas cinco ciudades. Quiero la paz. No quiero ser la causa de la muerte de dieciocho akshauhinis y de todos los héroes de nuestra tierra.” » Duryodhana, Yudhisthira es un buen hombre, él me dijo: « No tenemos secretos para nadie, tienes plena libertad para examinar nuestro ejército y hacer todas las preguntas que quieras. No te pondré objeción alguna. Por favor, vuelve y diles a Bhishma y a Dhritarashtra que disuadan a Duryodhana advirtiéndole contra la guerra. » Paseé entre sus filas, dije ante sus guerreros quién era y les pregunté los planes de los pandavas. Me lo contaron todo. Tienen el sentimiento de que lo más probable es que Dhrishtadyumna será el comandante en jefe del ejército, pero tendrá que decidirse en una asamblea.

»Cada uno ha elegido un oponente con el que luchar en la guerra: Bhishma ha sido elegido por el gran Sikhandi. El mayor de los pandavas ha decidido matar a Salya; Duryodhana y sus hermanos serán la tarea de Bhima; Arjuna se ha quedado con Radheya, Aswatthama, Jayadratha y los reyes que vengan en su ayuda. Los poderosos hermanos Kekaya han decidido matar a sus primos que se han unido a Duryodhana. Los malavas y los salvas han decidido luchar contra los trigartas. Puede que no puedan matarles, pero están determinados a castigarles tanto como puedan. El rey Brihadbala de Kosala, los hijos de Duryodhana y nuestro Dussasana han sido elegidos por Abhimanyu como sus víctimas. Los hijos de los pandavas van a apoyar a Dhrishtadyumna en su lucha contra Drona. Él va a matar al gran acharya. Chekitana tiene esperanzas de encontrarse con Somadatta en un combate singular. Satyaki ha puesto sus ojos sobre Kritavarma, no puede perdonarle que se una a los kurus. Shadeva, por supuesto, tiene decidido matar a Sakuni. Por su parte Nakula ha elegido a Uluka, el hijo de Sakuni. Este es el esbozo general de sus planes. Habrá muchas alteraciones cuando ocurra la guerra, pero lo tienen todo listo.

Dhritarashtra comenzó a gemir de nuevo y su hijo se sintió muy molesto. Dijo:

—Mi querido padre, por favor, no pierdas confianza, yo soy más poderoso. ¿No puedes ver que incluso ahora ya están empezando a tener miedo?

A Dhritarashtra aquello no le convencía, sabía que lo que había dicho Sanjaya era verdad y dijo:

—La guerra no es algo deseable. Como dice Yudhisthira, es un error. No es justo que disfrutemos de su mitad del reino. Por favor, entrégasela. Tú y yo seremos alabados por todos los buenos hombres del mundo. Tratemos de salvar nuestra reputación. Todos los reyes que están aquí reunidos prefieren no luchar. Están aquí porque tú no quieres la paz. Si aceptas hacer la paz con los pandavas y devolverles su reino, cada uno de estos guerreros te bendecirá. Estoy seguro de ello.

Duryodhana comenzó a perder la paciencia y dijo:

—Muy bien, no quiero que nadie luche a desgana. Que todos se vayan de aquí. Tengo a Dussasana y a Radheya. Tres de nosotros se las pueden arreglar para derrotar al ejército de los pandavas. No quiero escuchar hablar más de esta paz con nuestros primos. No les devolveré su reino. No les daré ni la tierra que cubre la punta de una afilada aguja. Eso es cierto, quiero luchar. —Cuando dijo eso, por un momento se produjo un silencio total. Luego, como pensándoselo, dijo—: Ya se están amedrentando. Yudhisthira dice que se contentaría con cinco pueblos. Por supuesto, me puedo permitir el lujo de dárselos. Incluso me puedo permitir el lujo de darles su mitad del reino. Pero me muestro tan inflexible porque no quiero dárselos. Si le doy esos cinco pueblos, entonces también tendré que admitir que estoy equivocado. Durante todos estos años he tenido la impresión de que Yudhisthira era sabio y valiente. No puedo comprender esta petición suya de cinco pueblos. Es ridícula.

Vidura se levantó y dijo:

—Yudhisthira no es tonto. Te ha pedido cinco ciudades en particular. Te podría haber pedido cinco ciudades cualesquiera, ¿por qué crees que te ha mencionado los nombres? Te lo diré. Él sabe demasiado bien que no va a hacer caso a nadie. Sabe que tendrá que luchar por su reino y mataros a todos por culpa de ese reino. Esta petición suya de cinco pueblos es sólo para recordarte a ti en particular y también a los ancianos de esta corte, los sufrimientos de los pandavas. Cada uno de los nombres es muy significativo.

»Por ejemplo Varanavata, con ella nos recuerda a todos la infame confabulación que allí llevasteis a cabo tú y tu tío cuando instigasteis a Purochana para que construyese el palacio de cera. Fue un complot cobarde para matar a tus primos. Yudhisthira quiere recordártelo a ti y a nosotros. Luego viene Indraprastha. Esta es la siguiente injusticia que se les hizo. Debes recordar que tu padre decidió darles la mitad de la tierra de los kurus. Esto fue después de su boda con Draupadi. La mitad que se les dio fue la agreste tierra de Khandavaprastha. Ellos consiguieron la ayuda de Indra para hacerla fructuosa. Eso es por lo que Yudhisthira menciona Indraprastha como uno de los pueblos que quiere. Luego viene Jayanta. Con toda seguridad recordaréis el salón que construisteis después de volver del Rajasuya. Jayanta es un suburbio de Hastinapura y allí se construyó el salón que sirvió de excusa para traer a los pandavas a Hastinapura. Yudhisthira quiere que recordemos que no ha olvidado el juego de dados. La cuarta es Vrikaprastha. Fue allí

donde le ofreciste a Bhima alimentos envenenados. Este es un lugar junto al bosquecillo de Pramanavata. Y también fue allí donde los pandavas pasaron la primera noche de los doce años de su exilio. Te ha dejado que elijas tú mismo la quinta ciudad. Eso concluye el resto de las injusticias que les has hecho.

»Ahora, ¿puedes ver lo ingenioso y sarcástico que puede ser Yudhisthira si así lo quiere? Ese es su modo de decirte: "¿Después de todo esto, quieres que seamos pacientes? Mi tío dice que deseo hacer la guerra, ¿qué hombre sería paciente después de que le ocurrieran todas estas cosas? Sólo se puede evitar la guerra si se me devuelve mi reino." Este es el mensaje de Yudhisthira a todos vosotros.

Dhritarashtra estaba terriblemente enfadado por las palabras de Vidura, viendo la ira de su sobrino. La petición de las cinco ciudades era como una espina venenosa que se introdujo en su corazón y le hirió terriblemente, pero fingiendo una vez más, trató de hablar con la grandeza de los pandavas. Dijo:

—Agni, el señor del fuego, fue complacido por Arjuna en la quema del bosque de Khandava. Ahora tratará de devolverle su amabilidad a Arjuna. Es seguro que ayudará a Arjuna en la guerra. Los dioses: Indra, Vayu, Yama y los Aswinis ayudarán ciertamente a sus hijos. Los dioses les ayudarán en su lucha contra Bhishma, Drona y todos vosotros. Varuna ha dado su arco y sus aljabas a Arjuna. Los pandavas son tan poderosos que no será posible derrotarles. Cuando Bhima se encontró con el gran Hanumán en la montaña Gandhamadana, Hanumán consintió en sentarse en el mástil de la bandera de Arjuna. Esto muestra que los pandavas recibirán ayuda divina. No les desafiemos. Hagamos las paces.

La paciencia de Duryodhana había llegado al límite y se puso furioso con su padre, y le dijo:

—Mi querido padre, seguramente estás pasando noches sin dormir sin ningún motivo. ¿Por qué estás tan seguro de que los dioses ayudarán a los pandavas? Tú que eres tan sabio, ¿no conoces la definición de un dios? El sabio Vyasa y el gran Narada nos han dicho que los dioses son aquellos que están más allá del deseo, de la envidia y de la codicia. Están más allá de las emociones de este mundo. No tienen apegos, ni enemigos y son indiferentes a los asuntos del mundo de los hombres. Con toda seguridad los dioses no luchan como nosotros, movidos por la avaricia y la codicia. Se ocupan de asuntos más importantes. Este mundo y sus problemas están muy por debajo de ellos como para que lo tengan en cuenta. Yo no creo que tus ideas estén bien fundadas. Si Indra, Yama, los aswinis y Vayu estuvieran de hecho interesados por sus hijos, ya hubieran hecho algo. No se hubieran quedado quietos mientras sus hijos pasaban por tantos sufrimientos, durante los últimos trece años. No hemos de temerlos ya que ellos sólo se preocupan por el Dharma y nada más.

»He sido un buen rey y los dioses lo saben. Todos mis súbditos hablan bien de mí y la gente no pasa necesidades en mis tierras. Las lluvias caen a su debido tiempo y todos son felices en mi reino. Estoy hablando de mi bondad, no porque quiera alardear; un verdadero hombre no debe hablar de sí mismo, pero tengo que hablar así, ya que es esencial que te convenzas. He gobernado bien mi reino y no he abusado de los derechos de rey. Pregunta a mis súbditos y a mis amigos. Ellos te dirán lo mismo. Los dioses no me pueden acusar de maldad ya que he sido un rey justo. Por favor, descansa con la seguridad de que ganaremos la guerra. Ningún dios puede venir a molestarnos a nosotros ni a alterar nuestra paz mental.

Tras esto, Duryodhana se levantó bruscamente y salió de la corte; estaba disgustado por las palabras de los ancianos. Radheya se fue con él, y todos los demás dejaron la corte uno a uno tan pronto como se fue el príncipe. En el salón no quedó nadie más que Dhritarashtra y su conductor Sanjaya. Era patético ver al anciano rey solo y sin ninguna esperanza de que sus hijos sobrevivieran a la guerra. Le era duro enfrentarse con las consecuencias de sus pecados.

Capítulo X
KRISHNA PARTE PARA HASTINAPURA

DESPUÉS de la partida de Sanjaya, Yudhisthira recordó el ofrecimiento de Krishna de ir a Hastinapura en una misión de paz y convocó una asamblea con todos sus hermanos y amigos. Se dirigió a Krishna y le dijo:

—Krishna, ha llegado el momento en que se nos forzará a tomar una decisión. Tú eres la única persona a quien podemos recurrir en épocas de apuro. Tú eres el que debe tomar nuestras decisiones. Eres nuestra mismísima vida. Depende de ti hacer lo que sea mejor para nosotros. Por nuestro bien, debes ir a Hastinapura y hablar con nuestro tío y su hijo. Ya oíste el mensaje de nuestro tío. Estaba aderezado con palabras que sonaban muy dulces al principio, pero que se volvieron insoportables más tarde. El rey no distingue entre el bien y el mal. Con su inteligencia nublada por su amor hacia Duryodhana, el anciano rey rehusa enfrentarse a la verdad. Sabiendo cómo ha sucedido todo, tiene la audacia de achacarme el pecado a mí, dirigiéndome palabras crueles; y su avaricia es incurable. Después del juego de dados fuimos al bosque pensando que el rey mantendría su parte del pacto. Pero ahora rehusa devolverme mi reino persistiendo en esta injusticia. Debería haberse comportado como un padre con nosotros y en cambio se está portando como un ladrón. ¿Puede haber algo más terrible que eso?

»Yo no quiero la guerra. Siento haber nacido como un kshatrya. Si hubiera sido un sudra hubiera trabajado para vivir; si hubiera sido un vaysa hubiera sido un comprador y vendedor de mercancías; si hubiera sido un brahmín, hubiera pedido limosnas, pero

un kshatrya sólo puede dar, nunca debe recibir limosnas. Tengo que luchar y destruir al mundo entero por la avaricia de mi tío. Tendré que presenciar la muerte de todos aquellos que me son cercanos o queridos por culpa de mi tío. Si me niego a luchar, seré marcado con el estigma de la infamia. Entre dos kshatryas que se odian mutuamente, no es posible la paz. El odio es la única réplica al odio y, sin embargo, Krishna, estoy intentando lo imposible. Espero que tu viaje realice mi sueño imposible: la amistad entre Duryodhana y yo. Debes ir y hacer todo lo que puedas para que acepten mi proposición de paz. Espero que puedas conseguirlo.

Krishna dijo:

—Yudhisthira, ciertamente trataré de hacer lo que sea mejor para ambos bandos. Si puedo evitar la guerra, obtendré gloria. Tendré el gozo de haber salvado al mundo de la destrucción. Trataré de salvar a todos los reyes del mundo del lazo mortal que llevan como guirnaldas alrededor de su cuello. Haré todo lo que pueda.

Yudhisthira le dijo:

—Tengo miedo de enviarte a ellos. Tú eres nuestra más preciosa posesión. Sé que el malvado Duryodhana tratará de herirte. Le conozco y si te pierdo, no podré vivir ni un momento más.

Krishna sonrió y le dijo:

—Tienes razón, sé que Duryodhana tratará de herirme. También conozco la malvada naturaleza del tío de Duryodhana. Si me hacen algún agravio, no esperaré a la guerra para destruirles. Les mataré a todos y te quitaré esa molestia. No te preocupes por mí. Pero tengo el sentimiento de que mi embajada no tendrá éxito. Escuchaste las palabras de Sanjaya, e incluso después de haberlas oído estás tratando de ser amistoso con ellos. No creo que beneficie a un kshatrya ser tan gentil y compasivo. Eres un kshatrya. Un kshatrya debe dar la bienvenida a la victoria o a la muerte en el campo de batalla; no te dejes llevar por esta debilidad, Yudhisthira. No está bien que pienses en ellos como parientes, no debes sentirte culpable por eso. Un kshatrya no tiene parientes. Tiene amigos o enemigos. No hay una tercera categoría en el léxico de un rey. Ellos ni por un momento han pensado en ti como pariente, primo o hermano, ni tampoco los ancianos de la corte. Se han mostrado totalmente indiferentes ante el destino de una persona tan buena y gentil como tú. Todos ellos merecerían morir por esto.

»Cuando se jugó a los dados, cuando Draupadi fue arrastrada a la corte por Dussasana, cuando Radheya y su amigo la insultaron a ella y a ti con las palabras más duras y crueles, cuando los cinco con Draupadi caminabais por las calles de Hastinapura dejando la ciudad, cuando ocurrieron todas estas cosas, los ancianos de la corte de los kurus no hicieron nada para detener las acciones de esos pecadores. No puedo comprender que les ames y que les consideres dignos. Les consideras como tus parientes, tus mayores, y

como gente a la que debes respeto, tú, que eres el más digno de respeto. Cuando Draupadi dijo: "No hay sabha donde no hay ancianos. No son ancianos quienes no hablan con justicia. Donde no hay verdad, no hay justicia. Donde se consiente la obstinación no hay verdad." Cuando dijo eso, dijo la verdad. La corte de Hastinapura es la morada del pecado. Es un buen momento para destruirla. Tu abuelo no recuerda que es tu abuelo. Él va a ser el primero en luchar contra ti. ¿Por qué sufres aún por este afecto inadecuado? Excepto por el nombre de la casa a la que ambos pertenecéis, no hay nada, absolutamente nada en común entre tú y Duryodhana. ¿Por qué te apenas? Todos ellos tienen que ser aniquilados como un árbol venenoso junto con todas sus raíces y ramas. Es un nido de víboras; destrúyelo. Me voy a Hastinapura. Sé que no habrá paz entre tú y tu primo. Mi propósito de ir a Hastinapura es explicarles a todos los ciudadanos y a los reyes y demás gente que estén allí para ayudar a Duryodhana, la verdad acerca de todos ellos. Les voy a mostrar tu actitud, en contraste con la del rey kuru y la de su padre; que el mundo sepa la verdad, que conozcan la nobleza y la bondad del hombre con el que van a luchar. Haré todo lo que pueda por defender tu causa ante la gente en general y volveré después de hacer lo que pueda por ti. Sé que Duryodhana no se desprenderá del reino. Durante mi ausencia, por favor, haz los preparativos para la guerra. La guerra comenzará a mi regreso. Bhima habló y dijo.

—Krishna, si puedes conseguir la paz entre el orgulloso Duryodhana y los pandavas, seré muy feliz. No trates de amedrentar a Duryodhana con el poder del ejército de los pandavas, es muy orgulloso y arrogante. Trata de usar dulces palabras mientras hablas con él. Es obstinado y nunca da su brazo a torcer, en un tiempo fuimos compañeros de juego y le conozco. Por favor, no le irrites o causará la muerte de los reyes del mundo. Estoy de acuerdo con mi hermano, de que no hay nada como la paz. Por favor, haz posible que podamos vivir en paz con ellos. Convence a nuestro abuelo de que deben abandonar la idea de la guerra. Lo mejor es evitar la guerra. Estoy seguro de que mi querido Arjuna coincidirá conmigo y entenderá mis sentimientos.

Hubo un momento de silencio y luego Krishna rompió en carcajadas. Se rió durante largo rato al oír las palabras de Bhima, era lo último que esperaba. Este alegato de Bhima por la paz era algo que no podía asimilar, era imposible creérselo. Hubiera creído antes que el fuego había perdido su calor y se había vuelto frío como la nieve. Krishna, queriendo elevar el espíritu de Bhima y avivar la chispa en él, le dijo:

—¿Qué es lo que oigo, Bhima? Hasta ayer sólo hacías alabanzas a la guerra. Estabas esperando matar a los hijos de Dhritarashtra. Durante los últimos trece años no has tenido ni una noche de reposo, tu mente no estaba en paz, estabas siempre enfurecido. Parecías una serpiente furiosa y apretabas los puños con furia desesperada contra tu hermano, que te pedía paciencia. Tu mente echaba humo como lo hace el fuego cubierto de cenizas. Te sentabas aparte de todo el mundo como un hombre débil, oprimido por

un gran peso. La gente pensaba que estabas loco, cuando te oían hablar en voz alta con las cejas fruncidas y con la frente empapada en sudor. Impulsado por brotes de furia repentina arrancabas árboles de raíz y derramabas lágrimas de ira estando a solas. Te reías como un poseído y gritabas de repente: « El loto puede florecer en lo alto de las montañas y el Sol puede alterar su curso y salir por el oeste, pero yo no faltaré a mi juramento: ¡romperé el muslo de ese pecador! » Diciendo esto, levantabas tu maza y la arrojabas al aire, ¿Cómo puedo creer que es el mismo Bhima el que ahora quiere la paz? Estabas ansioso por la guerra, pero ahora que la guerra está cerca, tu corazón desfallece pensando en ella. Estás perdiendo coraje. Veo que la mente de un hombre es susceptible al más ligero cambio. Tu mente se ha nublado, Bhima. La balsa de los pandavas amenaza hundirse y contigo se hundirán todos ellos. Siento ver esta cobardía que te ha sobrevenido.

Las palabras de Krishna tuvieron el efecto deseado. Vio cómo los ojos de Bhima se ponían rojos. Le contuvo diciendo:

—Bhima, recuerda tu bravura en el pasado. Recuerda que eres un kshatrya. Recuerda los pecados de tus primos a quienes has jurado matar. Pon tu mente firme, haz frente a esos sentimientos de afecto que tratan de poseerte. Reafirma tu voluntad haciéndola tan dura como el acero. La paz no te encaja, tú no puedes vivir en paz, hasta que los mates a todos. ¡Vamos, haz resurgir tu ser dormido!

Bhima le miró con ojos de enfado y le dijo:

—Krishna, has interpretado mal mis palabras. Sabes demasiado bien la agonía que he estado sufriendo durante los últimos años y aun así me hieres con esas palabras crueles. Habiéndome conocido durante tantos años, te atreves a llamarme cobarde. No hay nadie que me iguale en valor. Cuando estalle la guerra verás si estoy diciendo la verdad o sólo estoy fanfarroneando. Nadie podrá resistir mi ira. Mataré a todos los enemigos de los pandavas. Parece que no me conoces. Una vez que los kurus sean atrapados en mis brazos, nadie podrá rescatarlos. Sólo me verás tal cual soy cuando comience la guerra. Pareceré el dios de la muerte cuando irrumpa en las filas enemigas con la maza en alto. No tengo miedo. Mis cejas no están húmedas de sudor por el miedo. Mi cuerpo arde pero no por miedo. Me sentí lleno de compasión por la humanidad y pensé que el mundo se beneficiaría si se evitaba la guerra. Esta fue la única razón por la que te hablé de la paz. Por favor, no me llames cobarde, no lo soy.

Krishna cogió su mano con la suya y le sonrió. Le dijo:

—No, Bhima, yo sé que eres cualquier cosa menos un cobarde. Sólo quería animaros. Sé que tú eres la persona más fuerte de nuestro lado. Dependemos de ti para ganar esta guerra. Quería saber tus verdaderos sentimientos, por eso te he insultado. Yo conozco el futuro; los kurus no van a aceptar esta proposición de paz. Va a haber una guerra,

quería preparar tu mente y alegrar tu corazón, por eso te hablé así. Ahora puedo irme sin miedo.

Bhima se apaciguó. Arjuna dijo:

—Krishna, Yudhisthira te lo ha dicho todo; estoy de acuerdo contigo. Tengo el mismo sentimiento que tú. No habrá paz. Debes hablar de tal modo que no se ofenda la dignidad de nuestro rey Yudhisthira. Aunque también sé otra cosa; ocurrirá lo que tú quieras que suceda. No hay nada imposible para ti. Puedes hacer que la gente haga lo que tú quieras que hagan. Se hará tu voluntad, no me preocupa el futuro. Si crees que debe evitarse la guerra con toda seguridad puedes hacerles pensar lo mismo a ellos, incluso a Duryodhana. Si crees que merecen morir para limpiar así la tierra, también lo lograrás. Tú sabes lo que es mejor para el mundo y para los pandavas. El futuro de los pandavas está en tus benditas manos. Haz lo que quieras con nosotros. Nos sentimos felices de sólo pensar que estás con nosotros.

Krishna le contestó:

—Arjuna, no tienes razón. Sé que el destino es más poderoso que todo el trabajo de un hombre. Sólo puedo tratar de convencerles de que sean justos. Estás equivocado al pensar que puedo hacer que hagan cualquier cosa; ellos no son como barro en mis manos. ¿Cómo puedes esperar algo bueno de esa gente ? Duryodhana ha elegido deliberadamente el camino del mal que conduce a la condenación. No puedo hacerle entrar en razón, Duryodhana y sus aliados están condenados. No puedo hacer un milagro para salvarles, está más allá de mi poder. Voy porque no quiero que el mundo culpe a Yudhisthira que es el más justo de todos los hombres. —Los ojos de Krishna estaban rojos y húmedos por la emoción de su corazón.

Nakula dio su opinión, diciendo:

—Ya has oído las palabras de mis hermanos. Te diré lo que siento. Te pido que hagas lo que creas adecuado. Los pensamientos del hombre cambian de acuerdo a las circunstancias. Teníamos ciertas ideas y pensamientos cuando estábamos en el bosque. Allí vivíamos como rishis y no pensábamos mucho en el reino que habíamos perdido. Entonces no significaba mucho para nosotros. Cuando estábamos en Virata, nuestros pensamientos sólo cambiaron al final del exilio, al final del año, y al final de nuestras penurias. Pero ahora que ha acabado todo, los pensamientos del reino que perdimos predominan en nuestras mentes. Hemos decidido que debería devolvérsenos nuestro reino y con tu ayuda hemos reunido siete akshauhinis. Ahora estamos preparados para luchar por nuestros derechos. Dile a Duryodhana, primero gentilmente y luego con términos duros, cuáles son nuestras condiciones. Amedréntalo con el tamaño y poder del ejército que hemos reunidos. Hazle oír los nombres de los héroes que se han reunido para ayudarnos. Seguramente se amedrentará. ¿Quién se atrevería a enfrentarse a todos

ellos en la guerra? Yendo tú, estoy seguro que conseguirás lo que es mejor para nosotros y para nuestro querido hermano y rey Yudhisthira.

Shadeva les había estado escuchando a todos y se levantó de su asiento diciendo:

—Krishna, quiero que vayas y les hables de modo que la guerra y sólo la guerra sea el resultado. Incluso si los kurus piden la paz, ¡que haya guerra! Habiendo visto a nuestra querida reina en Hastinapura en la corte de esos pecadores, ¿cómo puede alguien desear la paz con los hijos de Dhritarashtra? Sólo la muerte puede ser la respuesta para Duryodhana. Si mis hermanos Yudhisthira, Bhima, Nakula y Arjuna quieren la paz, que se queden con la paz. Yo mismo lucharé contra Duryodhana y le mataré. Dile las palabras que he dicho aquí. Dile que no puede escapar a la muerte.

Satyaki dijo:

—Shadeva dice la verdad. La muerte es lo único que merece Duryodhana. Krishna, tú viste a los pandavas en el bosque de Kamyaka vestidos con cortezas de árboles y pieles de ciervo. Habiéndoles visto así, ¿cómo puedes descansar en paz a menos que se vengue esta injusticia? Todos los kurus tienen que ser aniquilados. —Satyaki aún permanecía de pie, cuando todos lanzaron vítores de alegría al escuchar sus palabras llenas de afecto por los pandavas. Le gritaban « ¡Bien dicho! », « ¡Excelente! », produciendo un estruendo ensordecedor en la tienda de los pandavas.

Krishna miró a Draupadi que había estado escuchando todo lo que se decía. Ella levantándose con los ojos llenos de lágrimas dijo:

—Gloria a Shadeva y Satyaki que son los dos únicos kshatryas que veo aquí. —Se volvió a Krishna y le dijo—: Tú lo sabes todo, mi señor, no tengo que refrescarte la memoria. Te daré mi mensaje. No debes usar dulces palabras, ni ruegos para hablarle a Duryodhana. Con gentileza sólo podemos ganarnos el corazón de la buena gente. A él debes castigarle. Arroja el báculo de la destrucción en la dirección de esa multitud de pecadores. Arréglatelas para que haya guerra. No soy partidaria de estos inútiles discursos de paz; quiero la guerra. Quiero que toda la familia de los kurus sea destruida.

»Los ancianos que observaron indiferentes cómo estaba siendo insultada deben morir todos y cada uno de ellos. No quiero que hagas entrar en razón a Duryodhana. No me sorprende la petición de paz de Yudhisthira, lo que daña mi corazón son los discursos de Bhima, Arjuna y Nakula. Tú eres mi único refugio, mi Krishna, por favor sálvame de la indignidad de ser amiga de los kurus. Tengo que verles muertos. Si alguna vez me has apreciado en tu corazón, si alguna vez te has sentido apenado por mí y por mi dolor, te encargo por ese amor que me tienes que hagas que esta guerra sea inevitable. Debes insultar a Duryodhana, mofarte de él e irritarle. Haz lo que sea para conseguir mi propósito. Debe haber guerra. —Draupadi dejó de hablar. Las lágrimas la ahogaban. Sus cálidas lágrimas humedecían sus vestidos.

Levantó su trenza larga y perfumada, que parecía una enorme serpiente y sosteniéndola con su mano izquierda dijo:

—Mira este pelo, Krishna, no lo he adornado desde el día en que fue mancillado por la mano de Dussasana. Que todos aquellos que quieren la paz miren a este eterno recuerdo de mi vergüenza. En el bosque, mi señor Yudhisthira dijo que deberíamos ser pacientes durante trece años y que al final de los trece años se enfadaría tanto como yo quisiera. Ya veo cuál es su ira, he estado viviendo de esperanzas. Creí que se comportarían como hombres, al menos al final de los trece años; pero no, son los mismos. Creo que debo estar de acuerdo con Duryodhana, cuando les llamó cobardes. Lo son, incluso Bhima.

»Krishna, este insulto ha estado quemándome el corazón durante demasiado tiempo. Sólo he tenido un deseo durante todos estos años. Quiero ver la mano ensortijada de Dussasana yaciendo en el suelo, separada de su cuerpo. Hasta que no vea esa mano que agarró mi pelo tirada en el suelo, mi mente no podrá descansar. Este es el deseo que ha morado en mi corazón durante todos estos años y me está quemando como el fuego. Sólo tú puedes ayudarme a realizar mi venganza. No quiero verte volver de Hastinapura sin declarar la guerra.

Krishna miró su rostro desfigurado por las lágrimas y dijo:

—No llores, Draupadi, no llores. Pronto, muy pronto, verás a las reinas de todos los reyes de este mundo llorar, porque habrán perdido su todo. Todos los reyes morirán, lo sé. ¿Recuerdas la promesa que te hice en el bosque de Kamyaka? De nuevo en Upaplavya, cuando nos encontramos después de que acabara tu exilio, me adoraste con leche y miel silvestre. ¿No recuerdas mis palabras de entonces? No he olvidado la promesa que te hice. Ha llegado el momento en que el pecador Duryodhana y sus aliados tienen que morir. Con la ayuda de Nakula, Shadeva, Bhima y Arjuna destruiré el mundo. Mis palabras no son en vano. Me encargaré de que todos mueran. Vamos, Draupadi, limpia tus ojos y sonríe; comienza a sonreír. Los días de llanto se han acabado.

Al día siguiente, poco después de que el Sol se hubiera elevado por el este, comenzaron los preparativos para el viaje de Krishna a Hastinapura. Su carro fue equipado con todas sus armas. Yudhisthira le ayudó a entrar en su carro e hizo que Satyaki le acompañara. Los pandavas, como era costumbre en ellos, llevaron el carro hasta cierta distancia acompañándole y luego se despidieron de Krishna y Satyaki.

Capítulo XI
HASTINAPURA SE PREPARA

DHRITARASHTRA oyó por sus espías que Krishna estaba en camino hacia su corte y mandó llamar a Bhishma y Vidura, y también quiso que viniera Sanjaya. Drona y Duryodhana estaban también allí. Dhritarashtra dijo:

—El gran Krishna está en camino, viene a Hastinapura a hablar de la guerra. Es un gran hombre y debemos honrarle como se debe, debemos complacerle en todo lo que podamos. Su complacencia nos es ahora muy necesaria. Por favor, haced todos los preparativos para recibirle adecuadamente. Haced que su viaje hasta aquí sea agradable. Hijo mío, si le agradas, te será favorable. ¿Qué dice Bhishma?

Bhishma y los demás aprobaron sus sugerencias. Duryodhana hizo todos los arreglos y le comunicó al rey que se habían hecho todos los preparativos según sus deseos.

El rey le dijo a Vidura:

—Krishna se detendrá esta noche en un lugar llamado Kusasthala y mañana llegará a Hastinapura. Tú personalmente debes supervisar la recepción que ha de dársele al más grande de todos los hombres. Quiero darle muchas joyas y regalos valiosos. Quiero darle un carro, caballos y mil cosas más. Él merece todo esto y mucho más, estoy ansioso por complacerle. ¿No apruebas mi idea?

Vidura sonrió para sí y dijo:

—Krishna es la persona más grande que haya nacido en la tierra. Me sorprende ver la forma pueril en la que hablas. Me preguntas: « ¿Crees que estaría bien darle regalos a Krishna? » Mi querido hermano, él merece el mundo entero, pero ese no es el punto. He estado contigo desde que éramos niños y te conozco de pies a cabeza, no puedes ocultarme nada. Estás pensando en métodos para sobornar a ese gran hombre. ¿Cómo es que de repente te has vuelto tan generoso? ¿cómo estás dispuesto a darle tanto a este hombre que te viene a hablar a ti y a tu hijo de los pandavas? No tienes corazón ni para desprenderte de cinco pueblos en lo que se refiere a los pandavas y de repente vienes con la sugerencia de que deberíamos darle piedras preciosas, caballos, carros y muchas cosas más a este mensajero de tus sobrinos.

»No puedes hacer que Krishna se ponga de tu lado tan fácilmente. Su vida está atada a la de Arjuna. ¿Crees que puedes comprar a ese gran hombre con tu riqueza barata? Por favor, no le insultes; puedo decirte que por nada, ni por más que le coacciones o supliques, podrás separarle de Arjuna y de los pandavas. Si estás sinceramente interesado en complacer a Krishna, haz lo que te pide que hagas. Hónrale otorgándole su deseo. Viene aquí con la esperanza de hacer que tú y tu hijo os deis cuenta de los horrores de la guerra y de la injusticia que se le ha hecho a los pandavas, al igual que de tu avaricia y de tu crueldad al hacer que los reyes de todo este mundo derramen su sangre por culpa de tu egoísmo. Krishna viene a traer el bien a la casa de los kurus y quiere la paz. Si aceptas sus proposiciones de paz y detienes los preparativos para la guerra, tu bienvenida será una verdadera bienvenida para Krishna. Me pregunto si lo harás. Sólo puedo confiar, tú eres el padre de estos hijos sin padre. ¿Es tan difícil acaso mostrar algo de afecto por estos pobres huérfanos?

Duryodhana estaba escuchando y dijo:

—Lo que dice Vidura es verdad. Sin duda Krishna aprecia mucho a los pandavas. Los regalos hay que dárselos con discreción. Hay un momento para todo. Padre, esta idea tuya es estúpida. Krishna no es tonto y se reirá de ti. También pensará que estamos amedrentados, que tenemos miedo y que estamos tratando de ganar sus favores. No es digno por nuestra parte lisonjearle así. Además será un insulto para Krishna. Él es el más grande de los grandes. No debemos insultarle con estos mezquinos regalos, además tampoco él va a servir a nuestra causa. Honrémosle, pero, por favor, abandona este absurdo plan, el mundo se reirá de ti.

Bhishma dijo:

—Tanto si se le honra como si no, a Krishna no le importa. Incluso si alguien es lo suficientemente tonto como para insultarle, él no se lo tomará como un insulto. Es demasiado noble para quedarse en esas cosas. Es un hombre verdadero, nada puede ocultársele. El lucha por la verdad y quiere enmendar las equivocaciones que se han cometido con los pandavas. Quedará realmente complacido si escucha palabras que sean de su agrado. Eso es lo que debes hacer.

Duryodhana dijo:

—Mi abuelo no para de hablar de los pandavas. He ideado un plan para hacer que los pandavas sean mis esclavos: aprisionaré a este amigo de los pandavas. Si lo apreso, ya no podrán hacer nada, quedarán indefensos. Creo que este plan es excelente. ¡Ojalá pueda llevarlo a cabo!

Dhritarashtra estaba horrorizado por aquella sugerencia y dijo:

—No, no, por favor, no pienses en eso. Es algo terrible lo que estás planeando hacer. Krishna es un embajador, es un pariente y todos le queremos. Es un pecado tan sólo pensar en aprisionarle.

Bhishma estaba disgustado con Duryodhana y le dijo a Dhritarashtra:

—Este hijo tuyo está perdiendo la razón. Está ganándose la desgracia. Es un malvado al igual que sus amigos. Jamás hará caso de lo que se le diga por su bien. Ahora trata de aprisionar a Krishna. Este hombre no me agrada, no quiero oírle decir nada más. —Bhishma se levantó de su asiento y se fue sin decir más.

Krishna llegó por la mañana a Hastinapura. Dhritarashtra acompañado de Bhishma, Drona y Kripa, salió a recibirle, con ellos también fueron Duryodhana, sus hermanos y Radheya. Las calles estaban decoradas y todos los ciudadanos dieron la bienvenida a Krishna con ojos sonrientes y palabras amorosas. Krishna entró en el palacio del rey. Dhritarashtra había ordenado que se colocara para él un lujoso asiento con incrustaciones de joyas. Después de saludar a los ancianos y a los jóvenes, Krishna se sentó en el lujoso asiento, con una sonrisa que iluminaba su hermosa faz. Después de que acabara la

recepción formal, Krishna dejó el palacio y se dirigió a la casa de Vidura. Vidura estaba inmensamente orgulloso del honor que se le había conferido. Recibió a Krishna con lágrimas de alegría y le preguntó por la suerte de los hijos de Kunti. Krishna le ofreció una narración vivida de los acontecimientos de los últimos días pasados, la cual escuchó con toda su atención.

Kunti estaba de pie junto a Vidura. Krishna entró a los aposentos de Kunti y se encontró con ella. Ella le saludó con la voz entrecortada por la emoción. Krishna se conmovió por sus lágrimas. Kunti le preguntó por sus hijos diciéndole:

—¿Cómo está mi hijo Yudhisthira? ¿Cómo está mi querido Bhima? Él es el favorito de Yudhisthira y está muy acostumbrado a las comodidades del palacio, ¿cómo pasó los últimos años en el bosque? ¿Cómo está Arjuna?, ¿cómo se las arregló para ocultar su bravura durante todos estos años? ¿Cómo está mi querido Shadeva?, él es tan delicado y sensible. Aunque ya es un hombre, todavía es un niño. ¿Cómo está mi hijo Nakula? ¿cómo está ese moreno y hermoso hijo mío, cuya habilidad en la lucha es aún más estilizada y grácil que la de Arjuna? ¿Cómo está Draupadi? ¿cómo ha soportado las dificultades a las que ha sido forzada esa hija del fuego?

Kunti no pudo decir más, su dolor se renovó viendo a Krishna. Él la calmó con dulces palabras. Le dijo:

—Tus hijos son grandes hombres, ya han salido del exilio. Han sufrido las durezas del exilio con gran fortaleza y ahora obtendrán los beneficios de sus largas austeridades. Por favor, sé feliz desde ahora.

Capítulo XII

KRISHNA Y VIDURA

KRISHNA fue al palacio de Duryodhana. Era muy hermoso, era como el palacio de Indra. Subió las escaleras y entró en el gran salón. Allí se encontró a Duryodhana sentado en el trono, Sakuni, Dussasana y Radheya estaban sentados a su lado. Cuando entró Krishna todos se pusieron en pie y le recibieron cordialmente. Habían preparado para él un asiento con incrustaciones de piedras preciosas y brazos de marfil y oro. Krishna se sentó en él con una sonrisa complaciente. Duryodhana estaba hablando con Radheya y luego, dirigiéndose a Krishna, le dijo:

—Krishna, me siento muy herido de que no hayas aceptado nuestra hospitalidad. Hemos hecho todos los preparativos para que en tu estancia tuvieras todo tipo de agradables entretenimientos y también hemos preparado para ti una comida excelente. ¿Por qué rehusas todo esto y vas a la casa de Vidura?

Krishna escuchó su queja y le dijo:

—Duryodhana, me habéis tratado bien. No importa si no como en tu casa. Comeré contigo cuando acabe mi trabajo aquí.

Duryodhana le contestó:

—Eso es algo al margen. Que tu trabajo haya acabado o no, no tiene importancia. Tú eres un pariente nuestro y estábamos ansiosos de tenerte como nuestro huésped. Está mal por tu parte mostrarte indiferente a nuestra hospitalidad. No hay enemistad entre tú y yo, no debes hablarnos así a nosotros, te tenemos mucho aprecio.

Krishna sonrió dulcemente y dijo:

—Me temo que tendré que ser franco contigo. No me interesa tu gran fiesta. No puedo disfrutar de la comida en la casa de una persona que no es justa. Has estado odiando a los pandavas sin motivo durante los últimos años. Los pandavas me son queridos, yo soy el alma de los pandavas. Quien es un esclavo de la avaricia y les maltrata, es considerado por mi como el más bajo de los hombres. Tú les odias, así que la comida que me ofreces es la comida de un enemigo, no debo comerla. Los pandavas significan para mí mi propia vida. No puedo aceptar tu comida con agrado. Sólo comeré la comida que me dé Vidura, él me es querido y los pandavas le son queridos a él.

Krishna se levantó y salió de allí. Una vez en la calle echó a andar en dirección hacia la casa de Vidura.

Bhishma y Kripa le dieron alcance y le dijeron:

—Por favor, entra en la casa que hemos preparado para ti.

Krishna les dijo:

—Por favor, volved a vuestros palacios, me estáis entreteniendo con vuestras palabras, ahora me voy a la casa de Vidura.

Ellos tuvieron que volver y Krishna entró en la casa de Vidura, el cual le recibió con gran afecto, complaciendo a Krishna con su adoración. Krishna comió allí su comida y descansó durante un rato.

La noche había caído ya. Después de aquel descanso reparador, Krishna se levantó y se sentó junto a Vidura dialogando sobre el discutido tema del día. Vidura le dijo:

—Krishna, tu venida será infructuosa. El loco de Duryodhana se ha vuelto inmune a los buenos consejos, ya no hace caso a nadie. Aunque le hables no te escuchará. A pesar del consejo de todos nosotros, se ha decidido por la guerra. Cree que puede ganar la guerra con la ayuda de Bhishma, Drona, Kripa, Aswatthama, Radheya y Jayadratha. Viendo el enorme ejército que ha reunido, cree que la victoria es suya. Cree que con Radheya le es suficiente para destruir a sus enemigos. Tus palabras y las mías pasarán inadvertidas para sus oídos sordos; son todos unos pecadores. No me gusta la idea de que te sientes en medio de ellos. Por favor, no malgastes tu aliento hablándoles de la paz.

No me gusta que vayas a la corte de Dhritarashtra. Te insultarán a ti, el más grande de los hombres. ¿Cómo podré soportar ver cómo te insultan?

Krishna le dijo:

—Tú me aprecias a mí y yo te aprecio a ti; para ti no tengo secretos. Por favor escucha atentamente mientras te digo el motivo de mi venida. Sé todo lo que va a pasar. He venido con pleno conocimiento de lo que muy probablemente ocurrirá cuando nos reunamos en la asamblea. He venido a tratar de rescatar a esa gente de una muerte inminente. Conseguiré gran fama si consigo hacerlo. Incluso si no puedo lograrlo, el hecho de que traté de salvar a un moribundo será suficiente para mí. Si un hombre tiene pensamientos pecaminosos pero no los pone en práctica, incluso habiendo concebidos esos malos pensamientos, el pecado no se le imputa por ello. Así que si esta guerra puede evitarse, creo que no se les puede imputar ningún pecado a Duryodhana ni a su padre. Pero este peligro está ahora muy cerca de la casa de los kurus. Si un hombre ve que alguien se acerca a su propia ruina y aun así no hace nada por evitarlo, no es un hombre. Incluso si tiene que ser arrastrado por el pelo, un hombre condenado debe ser salvado del peligro que amenaza tragárselo. Me siento muy orgulloso de hacerle este servicio a la humanidad. Espero convencer a Duryodhana. Yudhisthira me ha dicho que quiere la paz y me ha pedido que trate por todos los medios de evitar la guerra. Aprecio mucho a Yudhisthira. Es el hombre más grande que ha nacido en esta tierra, es un honor ser querido por él. Para agradarle he venido en esta misión de paz. Estoy seguro que no voy a tener éxito, pero al menos quiero tener el sentimiento de que hice todo lo que pude. Si los hijos de Dhritarashtra reflexionan desapasionadamente sobre las palabras de paz y justicia que les diré, entonces esa paz que es mi objetivo se obtendrá y los propios kauravas me alabarán por ello. Si, por otra parte, intentasen hacerme daño, de verdad te digo, Vidura, que ni aunque se uniesen todos los reyes de la Tierra podrían hacerme nada. Igual que los ciervos de toda una manada son incapaces de hacer frente a un león embravecido.

»Y hay algo más que quiero decirte, quiero hablar en la corte de tal forma que la gente vea a Yudhisthira tal y como es. Quiero que el mundo sepa a qué clase de persona ha maltratado Duryodhana. Quiero que los reyes que se han agrupado alrededor del emblema de la serpiente, vean qué clase de hombre es Duryodhana, el hombre por cuya causa están dispuestos a dar su vida. Quiero que Bhishma, Drona y todos los demás vean cuan perversa es la postura que han adoptado luchando contra los pandavas. La guerra no puede evitarse, pero el mundo sabrá cuál es la causa de ella. Ese es el motivo de mi venida, Vidura. »

Dando por terminada esta cuestión los dos amigos pasaron aquella noche, iluminada por brillantes estrellas, hablando de diversos temas. La aurora despuntó muy a pesar de los deseos del ilustre Vidura, que había estado escuchando la deliciosa conversación de

Krishna; y también muy a pesar de los deseos de éste que había escuchado de su amigo discursos equiparables a los suyos en estilo y carácter.

Capítulo XIII

KRISHNA, EL MENSAJERO DE LA PAZ

POR la mañana, Krishna estaba acabando sus tareas rutinarias, cuando Duryodhana y Radheya, acompañados por todos los kurus, llegaron a la casa de Vidura para llevarle a la corte. Daruka trajo su carro y Krishna montó en él acompañado por Vidura. Duryodhana y Radheya le siguieron en el carro de Duryodhana y Satyaki y Kritavarma siguieron a estos dos. Una guardia de honor estaba esperando a Krishna. La recepción que se le dio fue impresionante, muchos elefantes y caballos siguieron a su carro hasta el palacio. Toda la gente de la ciudad se había congregado para ver al gran Krishna.

La procesión llegó a su destino y el ruido de los carros hizo que los reyes salieran a las puertas del palacio. Krishna descendió de su carro llevando agarrados de la mano a Vidura y a Satyaki. Luego entró en la gran sala de la asamblea, conducido por Radheya y Duryodhana, y seguido por Kritavarma. Dhritarashtra y los otros ancianos de la corte se levantaron de sus asientos y honraron a Krishna, esperando a que se sentara. Fue conducido a un asiento que había sido hecho especialmente para él. Pero antes de sentarse, vio que Narada y otros sabios estaban esperando para presenciar los acontecimientos de aquel día en la corte y le dijo a Bhishma que los sabios estaban esperando entrar en la asamblea. Bhishma se apresuró en ir a su encuentro y les condujo a la corte con gran respeto. A todos ellos se les pidió que se sentaran en asientos especiales y cuando ya estaban acomodados, Krishna se sentó sonriente. Dussasana condujo a Satyaki a un asiento lujosamente labrado y Vivimsati, un hermano de Duryodhana, hizo lo mismo con Kritavarma. No muy lejos de Krishna se sentaron los dos amigos Duryodhana y Radheya compartiendo el mismo asiento. Sakuni estaba cerca de ellos y Vidura estaba sentado en un asiento que estaba justo al lado de Krishna.

Todos los ojos estaban fijos en Krishna, miraban y miraban y no se quedaban satisfechos. Era tan encantador que los ojos de todos estaban felices de descansar en él. Su gloria daba esplendor a aquella gran sala. Con su joya favorita, el Kaustubha, sobre su pecho, y con su vestido favorito de seda amarilla cubriéndole su cuerpo oscuro, Krishna parecía una montaña negra iluminada por los rayos del Sol naciente.

Durante unos momentos se produjo un silencio intenso, pero Krishna lo rompió repentinamente con su voz, que resonaba como el estruendo de un trueno lejano. Miró al rey Dhritarashtra y dirigiéndose a él, le dijo:

—He venido a Hastinapura para evitar la muerte de muchos héroes. He venido para establecer la paz entre los kurus y los pandavas. No tengo mucho que decir, pues

ya lo sabéis todo, vuestra familia es famosa; la casa de los kurus es la más noble de toda Bharatavarsha. Los vástagos de vuestra casa gozan de gran reputación debido a sus grandes cualidades. Todos han sido dotados de bondad, simpatía, sinceridad, generosidad y amor por la justicia. Habiendo nacido de una raza tan ilustre, no es correcto que seas la primera persona en romper la tradición. No es propio que siendo un hijo de la casa de los kurus, hagas lo que estás haciendo. Tus hijos, mi señor, han abandonado el camino de la justicia y se dirigen como carniceros al camino del pecado. No tienen disciplina, ni tampoco respeto a los mayores, son avariciosos y se han comportado muy mal con sus parientes. Esto ya debes saberlo. Pero ahora, conscientemente o no, han llegado a un estado peligroso para ellos y para el mundo.

»Por su indiferencia al consejo de la buena gente, están amenazando destruir el mundo. Si tú quieres, mi señor, puedes controlarles y pedirles que hagan la paz con sus primos. Incluso algo difícil se puede conseguir si se tiene voluntad para hacerlo. La paz está en tus manos; por favor, sé firme con tus hijos y establece tu autoridad, todo el mundo en esta gran asamblea sabe lo necesario que es que reafirmes tu autoridad. Los pandavas y los kurus se salvarán si intervienes a tiempo y haces algo; por favor, sé afectuoso y benigno con los hijos de Pandu. Si se consigue la paz no habrá nadie que te iguale, piensa que vas a estar protegido por los kurus y los pandavas. Si tienes la protección de los pandavas no tienes nada que temer. Con Bhishma, Drona, Kripa, Radheya, Vivimsati, Aswatthama, Vikarna y Somadatta por un lado, apoyados por Jayadratha y Duryodhana y añadiendo además el apoyo de Yudhisthira, Bhima, Nakula, Shadeva, Arjuna, Satyaki y Abhimanyu. Piensa en tu maravilloso ejército, serías honrado en este mundo y en el otro como el más grande de los hombres nacidos en la casa de los kurus. Serías el señor del mundo como lo eres ahora, nada podría oponérsete, nadie puede. Si restauras tu amistad con ellos, los pandavas conquistarán para ti el mundo y todas sus riquezas. Puedes ser el señor de todo.

»En lugar de esa gloria estás buscando infamia y destrucción. ¿Qué es lo que consigues rompiendo las dos ramas del mismo árbol? ¿qué es lo que ganas con la matanza de los ejércitos de ambos lados? ¿Qué ganarás con que tus hijos sean aniquilados? Tus hijos son poderosos luchadores, pero también lo son los pandavas. Por favor, evita la ruina que amenaza al mundo. No puedo imaginar, sin estremecerme la guerra que se avecina entre estos primos. Todos los reyes que se han reunido aquí están condenados a muerte, ¿no podrías salvarlos? Por favor, salva al mundo. Los pandavas son buenos y te tienen mucho afecto. Haz que tus hijos y sus primos vivan en paz, recuerda la época en la que se dirigieron a ti, afligidos; acababan de perder a su padre y vivieron como tus hijos. Es justo que seas como un padre para estos huérfanos y que les confortes cuando tengan problemas. No mates el afecto natural que debería estar presente en tu corazón. Tú les llamaste a Hastinapura y les enviaste a un exilio que ha durado muchos años. Han

sufrido mucho y aun así te siguen considerando como su padre. Debes aprovechar esta oportunidad y corregir todos tus errores del pasado. Todas las reglas de conducta te son conocidas y es justo que las tengas en cuenta ahora. Tú y tus hijos no estáis haciendo lo debido.

»Esta asamblea no es en absoluto un sabha adecuado. Donde la justicia ha sido estrangulada por la injusticia, donde la verdad ha sido sobrepasada por la falsedad, donde todo esto ocurre y los así llamados ancianos lo permiten y continúan observando pasivamente este trato injusto, no es un sabha. Es un lugar donde se cobija el pecado. Por favor, considera cuidadosamente mis palabras y devuélveles a los pandavas el reino que les pertenece. Tú conoces muy bien la naturaleza de Yudhisthira, él nunca tiene en cuenta los errores del pasado, y será muy obediente y cariñoso. Yo te aprecio mucho, mi señor, y no quiero que sufras la muerte de tus hijos. Si tienes algún deseo de paz para el futuro, debes hacer la paz ahora con los pandavas.

Todo el mundo escuchaba como si estuvieran paralizados por un hechizo. Krishna acabó de hablar y, sin embargo, nadie habló. A nadie se le ocurría algo que decir después de las palabras de Krishna. Un momento después, el rey comenzó a hablar y dijo:

—Krishna, me has hablado de la necesidad de la paz, ¿acaso no ves que estoy indefenso? Yo no soy el que manda aquí, mis deseos no serán obedecidos, a mis hijos no les importo yo ni mis palabras. Si logras convencer a Duryodhana y Radheya, seré feliz. Ellos no escucharán el consejo ni las palabras de nadie. Duryodhana es demasiado obstinado, su madre Gandhari ha tratado de hablarle y Vidura ha hecho todo lo posible. También lo ha hecho nuestro Bhishma, pero todo ha sido inútil. Si tú puedes tener éxito en lo que otros han fracasado, te estaré eternamente agradecido.

Krishna se volvió hacia Duryodhana y le dijo:

—Duryodhana, escucha mis palabras. Eres un descendiente de la casa de los kurus, eres rico y estás dotado de todas las grandes y nobles cualidades que son las características de esta raza: la raza de los kurus. ¿Por qué entonces, te comportas así? Mi querido Duryodhana, sólo aquellos nacidos de una familia baja, sólo aquellos que tienen una naturaleza inferior, son avariciosos y crueles. ¿Cómo es que estás tratando de comportarte en contra de las tradiciones de tu familia? La conducta de la gente buena es estar siempre en el camino de la verdad, sólo los malvados se comportan de forma anormal. Tu conducta es incorrecta y acarreará eterna desgracia para ti y tu nombre. Por favor, salva tu alma, aún estás a tiempo; por favor, rescata a tus hermanos y a tu querido amigo de una vergüenza eterna. Puedes hacerlo si así lo quieres y alegrarás los corazones de muchos de los que están aquí. Tu padre, tu abuelo, tu guru y todos tus amigos serán muy felices si consientes en hacer la paz con los pandavas. Alegra el corazón de tu madre Gandhari que es la más noble de todas las mujeres. Tu padre está deseoso de hacer la paz con los pandavas. ¿Por qué dudas aún?; no desprecies el consejo de tus mayores.

»Hay tres clases de personas en el mundo. La primera dase la constituyen los que son justos por naturaleza. La segunda clase es la de los que sólo les importan los beneficios. Incluso si perteneces a la segunda clase te será de provecho hacer la paz con los pandavas. Tú deseas ser el señor del mundo y esperas serlo con la ayuda de Radheya, tus hermanos y Sakuni. Sería mejor que tuvieras como compañeros a los bravos pandavas que son definitivamente superiores a tus aliados, no hay nadie que pueda igualar a Arjuna o a Bhima. Tu abuelo y todos los poderosos héroes que están de tu lado no pueden igualar en bravura a Arjuna. Si te haces amigo de ellos, con seguridad te proclamarán en el Yuvaraja. Tu padre continuaría siendo el rey y ellos serían felices con su parte del reino de los kurus y no pasarían los límites de tu territorio. ¿Por qué no les haces tus aliados en la guerra contra otros? Nadie podrá atreverse a desafiarte si tienes como aliados a los pandavas, piénsatelo.

»Pero hay un tercer tipo de hombre que disfruta haciendo el mal. No quiero creer que tú perteneces a la tercera clase. ¿Acaso no te das cuenta de la fama y la gloria que están esperando para ser tuyas? ¿por qué persistes en esta enemistad? ¿por qué estás tan ciego a las ventajas de la paz? Discrimina. Despójate de esa depravación como lo hace la serpiente de su piel vieja emergiendo con un nuevo brillo. Dale la mitad de la tierra a los pandavas y salva al mundo de la aniquilación.

Krishna había acabado su discurso. A continuación, Bhishma se expresó con palabras similares, diciendo:

—Hijo mío, por favor, no seas obstinado, escucha las palabras de Krishna. No es bueno menospreciar sus palabras, lo que ha dicho es totalmente cierto. No causes la ruina de esta bella y esplendorosa Bharatavarsha; por tu extremado ego estás tratando de destruir el mundo. No entristezcas el corazón de tu noble madre con tu conducta.

Drona le dirigió también palabras dulces y persuasivas. Y Vidura le dijo:

—Yo no lo siento por ti, lo siento sólo por Gandhari y tu padre, que tendrán que sufrir dolores en su vejez. Se quedarán sin hijos y estarán indefensos y sin amigos en este vasto mundo; sufrirán por culpa de tener como hijo a un egoísta pecador como tú.

Bhishma y Drona hablaron de nuevo y dijeron:

—Mientras Krishna y Arjuna no entren en el campo de batalla, mientras el arco de Arjuna, el gandiva, no toque su música en el campo de batalla, mientras Yudhisthira no mire a tu ejército con sus ojos enfurecidos, tienes esperanzas de vivir. Bhima, con sus ojos rojos de ira, causará el pánico en tus filas. Y Nakula y Shadeva con Dhrishtadyumna destruirán tu ejército. Por favor presta atención y evita esta calamidad. Todo el mundo quiere la paz. Haz la paz con los pandavas; devuélveles su reino y vive feliz.

Capítulo XIV

LA IRA DE DURYODHANA

DURYODHANA después de haber escuchado todos estos discursos, volvió sus ojos hacia Krishna y le dijo:

—Te has estado dirigiendo a mi todo el tiempo y hablas como si yo estuviera toda la culpa; lo he estado observando. Tú, mi padre, mi abuelo, mi acharya, y Vidura; todos parecéis pensar que yo soy el culpable de todo lo que ha pasado. No sé qué he hecho para merecer tanta censura. He tratado de entenderlo, pero no puedo aceptar que esté equivocado; dejadme que os diga lo que ocurrió.

»Yudhisthira jugó de buen grado el juego de dados con mi tío y perdió su reino con Sakuni. ¿Cómo es que se me culpa de eso? No es culpa mía que jugara mal. Debes haber oído que devolví el reino y todo lo demás inmediatamente a Yudhisthira. ¿Es culpa mía que lo perdiera de nuevo en el nuevo juego que se celebró? Perdieron y se fueron al bosque de acuerdo a las condiciones que se estipularon, y ahora están buscando motivos para culparme por su estupidez. Ahora se han unido a los panchalas, han reunido un ejército y están tratando de retarme. Nosotros no les hemos herido de ninguna manera, y no hay ningún motivo para esta guerra que nos han declarado, pero nosotros no les tenemos miedo, incluso aunque Indra viniera a luchar contra nosotros, no le tendríamos miedo. No nos inclinaríamos amedrentados ante él, no puedo ver a nadie lo suficientemente fuerte para vencernos en una batalla. Bhishma, Drona, Kripa y Radheya están de mi lado; nadie puede enfrentárseles en una batalla. Sólo estoy siguiendo el Dharma de un kshatrya, preparándome a luchar con los que quieren luchar contra nosotros sin ningún motivo.

»Si tengo que hacerlo, moriré en el campo de batalla herido por las flechas, o les haremos dormir sobre un lecho de flechas. Ese es el Dharma de un kshatrya. Si morimos en el campo de batalla alcanzaremos el cielo. Si la muerte nos abraza en la batalla, si podemos morir sin doblar nuestra cabeza enfrente de nuestros enemigos, ¿por qué no hacerlo?. Eso es más que suficiente, no sentiremos morir. ¿Qué hombre nacido de una mujer kshatrya, dejaría entrar el miedo en su corazón? ¿Quién estaría asustado ante su enemigo y aceptaría que le tiene miedo? ¿Quién traicionaría su noble nacimiento y crianza, inclinándose ante su enemigo con la esperanza de salvar su vida? La norma que se le impone a un príncipe es ésta: siempre debe mantenerse recto, siempre debe tener el rostro alto. Sólo se es un hombre por los hechos. Un kshatrya no debe inclinarse nunca, debe preferir romperse antes que doblarse. Yo he vivido siempre como un rey. He doblado mi cabeza, pero sólo ante mis mayores, quienes merecen respeto; nunca he inclinado mi cabeza ante nadie, nunca. Esta es la ley de los kshatrya y la ley que yo he seguido siempre. Nunca me apartaré de mi Dharma.

»En cuanto a ese reino, llamado Indraprastha, mi padre se lo dio en el pasado, lo sé, lo admito. Pero nunca les será devuelto; no, mientras yo viva. Mientras que mi padre, el rey Dhritarashtra viva, los pandavas y nosotros tendremos que dejar nuestras armas en sus fundas y vivir como dependientes suyos. Cuando Khandavaprastha fue entregada a Yudhisthira yo era menor y dependiente del rey. Era un niño y no tenía edad suficiente como para que se me consultase. Se le entregó aquella tierra, bien debido a la ignorancia o al miedo, no lo sé. Pero ahora ese reino no se les devolverá jamás, no, mientras yo viva. Krishna, recuerda mis palabras, anótalas cuidadosamente. No le entregaremos a los pandavas ni la tierra que cubre la punta de una afilada aguja.

Krishna se rió con una risa extraña que expresaba suficiencia al tiempo que una gran lástima por Duryodhana. Tenía matices de ira y dolor, e hizo temblar a toda la asamblea con un miedo desconocido. Nunca habían oído esta risa en Krishna, le habían visto sonreír, le habían visto ceñudo, le habían visto con expresión grave y seria. Habían visto muchas y distintas expresiones en la cambiante faz de Krishna. Pero esta risa extraña, causó terror en los corazones de todos. Krishna se levantó de repente de su asiento incrustado en joyas. La furia daba a sus ojos un tono, color rojo carmesí; todavía sonreía con aquella extraña sonrisa y dijo:

—Duryodhana, parece que deseas un lecho en el campo de batalla; pues que así sea. Conseguirás lo que quieres, siempre has conseguido lo que querías. Sé firme; dentro de pocos días verás una gran matanza; te encontrarás con la muerte que tanto pareces amar. Tú y tus queridos consejeros conseguiréis lo que deseáis.

»Dices que no has ofendido a los pandavas en lo más mínimo. Te atreves a decir eso en esta asamblea de gente sabia que conoce cada uno de tus pecados. Deja que los sabios escuchen y decidan por sí mismos si tus palabras son ciertas o falsas. Ardiendo de celos por la prosperidad de los pandavas, tú y tu tío Sakuni jugasteis un juego de dados con el noble Yudhisthira. ¿Cómo podía ganar ese buen hombre en ese juego trucado e infame, manejado por tu malvado tío? Ese juego se sabe que priva al hombre de la claridad de pensamiento y es motivo de disensión entre los que se aprecian. Provocaste ese juego para privarles de sus pertenencias y, sin embargo, dices que no les hiciste ningún mal. ¿Qué buen hombre insultaría a la esposa de su hermano con las palabras que tú le dirigiste? Estos hombres que están sentados aquí estaban también sentados en aquella asamblea y también oyeron las palabras que les dirigiste. Arrastraste a Draupadi a tu malvada corte valiéndote de este hermano tuyo, y los pandavas, que la quieren más que a su propia vida, permanecieron todos en silencio. No dijeron ni una sola palabra porque Yudhisthira no quiso permitir que los pandavas se saliesen del camino del Dharma. Todos estos ancianos estaban presentes cuando insultaste a los pandavas, mientras se marchaban al exilio, al bosque. ¿Qué hombre de bien se comportaría con su propia gente como tú lo has hecho?

»Tú, tu hermano Dussasana, y tu amigo Radheya, dijisteis cosas que no pueden olvidarse fácilmente. Así de terribles fueron vuestras palabras. Cuando los pandavas eran niños, intentaste quemarlos junto con su madre en Varanavata. Tu intento no tuvo éxito, pero eso no quiere decir que nadie lo recuerde, todo el mundo lo sabe. Los pandavas tuvieron que vivir escondidos durante un año en una ciudad llamada Ekachakra, en la casa de un brahmín y tuvieron que mendigar para vivir. Has tratado de matar a Bhima con veneno, con serpientes y de mil maneras distintas, pero todos tus intentos han fallado. Has hecho todo eso y aún dices que no has ofendido a los pandavas. Rehusaste concederles sus derechos de nacimiento; sólo lo harás a la fuerza. Caerás de tu posición segura y se te separará de tu riqueza y de tu reino. Te has comportado de la forma más despiadada con mis amigos y tienes la audacia de decirme que no has hecho nada. Has perdido la facultad de discriminar. Si no, ¿cómo es que has elegido la guerra cuando las ventajas de establecer la paz son tantas? Veo que eres el pecador más grande que mora sobre la faz de la tierra. Me disgustas.

Dussasana dijo:

—Mi querido hermano, parece como si estos ancianos kurus te quisieran atar de pies y manos y entregarte a Krishna. Te están forzando a hacer la paz con Yudhisthira. Nuestro abuelo, Drona, nuestro padre y por supuesto Vidura están seguros de atarnos a ti, a mí y a Radheya y entregarnos a Yudhisthira.

Duryodhana oyó las palabras de su hermano y enfadado como una serpiente, suspiró con furia y se levantó de repente. Se detuvo durante un momento y salió fuera de la gran sala sin importarle ninguno de los grandes hombres que estaban allí, pasó al lado de todos sin ni siquiera tener la delicadeza de mirarles. Pasó delante de Krishna con la cabeza en alto y salió a zancadas de la sala como un león caminando entre los animales inferiores del bosque, tan grande era su orgullo; y su arrogancia era aún mayor; su ego era incurable. No se sometió ni escuchó a nadie. No se volvería a sentar en la corte que se había atrevido a juzgarle a él, el gran rey de los kurus. Con él salieron todos sus hermanos, todos sus consejeros y también todos los reyes. La sala se estaba vaciando rápidamente.

Bhishma estaba observando la salida de Duryodhana y de todos sus seguidores y estaba apenado y molesto con su desafortunado nieto. Se dirigió a Krishna y le dijo:

—Krishna, veo que ha llegado su hora. Traté de evitarlo, pero no fue posible, este hombre está condenado. La familia de los kshatryas está condenada, ha llegado el momento, todos tendrán que morir.

Krishna les miró a todos y les dijo:

—Todos vosotros sois los culpables de esto. Todos vosotros sois culpables; hace mucho tiempo deberíais haber atado a este pecador y haberle mantenido en cautiverio.

Ha llegado el momento de que lo hagáis. Os lo digo por vuestro propio bien. Cuando mi tío Kamsa estaba maltratando a todo el mundo, yo le maté. Quería salvar el nombre de la familia y no creo que hiciera mal al matar a mi tío. Por favor, atad a esos cuatro hombres: Duryodhana, Dussasana, Radheya y Sakuni y entregádselos a los nobles pandavas. Los sabios dicen que por el bien de una familia puede abandonarse a un miembro; por el bien de un pueblo debe abandonarse una familia; un pueblo debe ser abandonado por el bien de la comunidad, y para salvar nuestra propia alma debería dejarse todo. Este es el único modo de salvar a los kshatryas de la muerte. Espero que me escuchéis todos y hagáis lo que os sugiero.

Dhritarashtra oyó las enfurecidas palabras de Krishna y le dijo al sabio y gentil Vidura:

—Ve, hijo mío, y trae a Gandhari a la corte, trataré de presionar con ella a mi hijo. Quizás ella pueda hacer ver a mi hijo el camino recto. Si ella puede hacerlo, quizá podamos evitar el gran peligro que nos amenaza.

Vidura fue inmediatamente y trajo a la noble reina a la corte, que estaba ya casi vacía. Gandhari era sabia y vidente, y conocía la diferencia entre el bien y el mal, era una gran mujer. Dhritarashtra le dijo:

—Gandhari, tu hijo ha ido demasiado lejos por el camino del pecado y no presta atención a las palabras de nadie. Ha abandonado la corte sin ninguna consideración por los que estaban presentes.

Gandhari oyó las palabras de su marido y dijo:

—Vidura, trae a mi hijo a la corte —y, dirigiéndose a su marido le dijo—: Este reino no merece ser gobernado por un hombre lleno de avaricia, y mi hijo Duryodhana está en esa condición, pero tú, mi señor, deberías ser censurado por este infortunado acontecimiento más que mi hijo. Movido por el amor tan grande que le tienes, has hecho caso omiso de las normas de conducta. A sabiendas y de buena gana le has acompañado por el camino del pecado. El ha sido poseído por la codicia y el orgullo y ya no puedes controlarle, ahora es demasiado tarde. A pesar de mis advertencias, le hiciste gobernante del reino y ahora estás recogiendo los frutos de tu propia estupidez. No has mostrado afecto hacia tus parientes. ¿Qué gran rey hasta ahora ha dado tratos distintos a dos parientes queridos? ¡Sólo tú!

Duryodhana entró en la corte, pues su madre le había mandado llamar. Sus ojos estaban todavía rojos y resplandecientes de ira. Gandhari le habló diciéndole:

—Mi querido hijo, escucha mis palabras, quiero que seas feliz y no es fácil ser el rey de una gran tierra como la de los kurus. Debes ser digno de ello. Un hombre que tiene avaricia y orgullo no puede gobernar un reino. Un hombre, si quiere gobernar un reino, debe tener todos sus sentidos bajo control. Tú no eres digno de ser un rey, porque no te

has conquistado a ti mismo, así que ¿cómo puedes conquistar a tus enemigos? Debes considerar tus debilidades como tus mayores enemigos, sólo después de someterlas puedes pensar en someter a otros. Ven conmigo y siéntate a mi lado, yo soy tu mejor amiga; sólo es un amigo aquel que busca el bienestar de su amigo. Yo te quiero y te traje a este mundo. Cuando naciste había muchos malos augurios, pero pensé que no tenía importancia porque no podía ni soñar que un hijo mío pudiera inclinarse por el pecado. Evidentemente estaba equivocada, pues parece que vas a ser la causa de una gran calamidad. Por favor, deténla. Escucha las palabras de todos nosotros. Crees que Bhishma, Drona y tu Radheya podrán vencer a los pandavas, pero no seas tonto, piensa en Krishna y Arjuna. Ellos son Nara y Narayana y tienen el Dharma de su lado. Donde está el Dharma está la victoria y están aquí para mataros a todos, escucha mis palabras y sé feliz.

Dhritarashtra trató de unirse de nuevo al ruego de su esposa. Duryodhana permanecía de pie con el ceño fruncido, escuchaba a su madre, pero no le prestaba atención. Luego, sin decir una sola palabra apartó la vista de todos ellos y se fue de la corte.

Capítulo XV

TRANSFIGURACIÓN

DURYODHANA fue directo hacia Radheya, Sakuni y Dussasana y les dijo:

—Han llevado a mi madre a la corte y me han hecho oír los mismos consejos, estoy hartándome de todo esto: ya se me ha aconsejado durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de que paremos esto, no quiero saber nada más de estos buenos consejeros y sus pláticas.

Dussasana dijo:

—Estoy seguro de que están planeando atarnos a los cuatro y entregarnos a Yudhisthira, pero nuestro padre no permitirá que lo hagan.

Duryodhana respiraba anhelosamente. Estuvieron hablando durante un rato y el rey dijo:

—Este Krishna les está aconsejando que nos aten. Hagamos lo mismo con él, antes de que él lo haga con nosotros, haremos a Krishna nuestro cautivo, he estado pensando en esto durante mucho tiempo, debemos atar a este tigre. Cuando los pandavas se enteren de esto perderán su ímpetu. Serán como serpientes a las que les han arrancado los colmillos. Si podemos conseguir esto, los pandavas renunciarán a hacernos la guerra. Apresurémonos y hagámoslo.

Satyaki, que esperaba algo por el estilo, pues se suponía las intenciones de estos pecadores, averiguó con certeza cuál era la confabulación. Se apresuró en ir hacia Kritavarma y le dijo:

—Tu querido amigo y sus compañeros están planeando capturar a Krishna, debemos apresurarnos, debes ir inmediatamente y reunir el ejército. Antes de que vengas, entraré en la sala de la asamblea y le contaré sus planes a Krishna. —Satyaki se apresuró hacia la sala y le dio las noticias a Krishna. Dhritarashtra y Vidura y los otros estaban allí, y Satyaki dijo—: Observa la locura de tu hijo, mi señor, está tratando de prenderle fuego a la más valiosa pieza de seda, creo que es un necio o que debe estar loco para atreverse a pensar en ello.

Vidura estaba horrorizado y comenzó a lamentar el destino de los hijos del rey y el dolor del viejo rey en su vejez. Krishna sonrió y le apaciguó diciendo:

—No temas, no es fácil capturarme. Tu hijo ha estado cometiendo pecado tras pecado y este es el acto final. Esperemos y veamos.

Dhritarashtra era presa del pánico y mandó buscar a Duryodhana. Éste vino, y el anciano rey le dijo:

—Aunque estás empapado por el pecado, nunca pensé que descenderías tan bajo hasta llegar a este extremo. ¿Qué es esta locura que estás planeando? ¡Estás tratando de capturar a Krishna, el más grande de los hombres! ¿Cómo puedes atreverte a hacer algo así? Los dioses no pueden hacerlo y los sabios no han podido hacerlo. Eres más necio que un niño que intenta atrapar la Luna entre sus manos. No sabes quién es él; te sería más fácil atrapar la brisa errante o el Sol con las manos desnudas. Es más fácil sostener el peso de la tierra con tus manos que capturar a este gran hombre.

Krishna sonrió a Duryodhana y le dijo:

—Tú, pobre idiota, crees que estoy solo y que puedes capturarme; lo siento por ti y por tus vanos pensamientos.

Mientras estaban hablando, la sala se iba llenando lentamente. Krishna dijo:

—Mira, están todos aquí; los pandavas, los andhakas y los vrishnis; los doce soles, los once rudras y los ocho vasus. Míralos a todos ellos.

Krishna se rió en alta voz durante largo tiempo y su rostro había tomado un brillo inusual. Mientras se reía, la forma de Krishna comenzó a brillar como un relámpago. Todos los devas surgieron de su cuerpo y podían verse, pero al lado de Krishna, cuya forma había asumido un aspecto aterrador; parecían más pequeños que el pulgar de la mano. En su frente podía verse a Brahma, el Creador, y en su enorme pecho podían verse los once rudras. En sus hombros podían verse los señores de las cuatro regiones del mundo: Indra, Varuna, Kubera y Yama. Agni se veía resplandeciendo en su boca. Los doce adityas, y los vasus y los gemelos aswinis, los maruts y todos los dioses de los cielos se veían en su forma. Saliendo de su mano izquierda podían verse a los héroes que estaban de parte de los pandavas. Se vio surgir a Balarama de su mano izquierda y en su mano derecha podía verse a Arjuna blandiendo su gandiva. Detrás de él, estaban

Bhima, Nakula, Shadeva y Yudhisthira. Todos los héroes de la familia de los vrishnis y de los andhaka se veían de pie a su lado con sus armas y armaduras.

Muchos eran los brazos de Krishna, los cuales sostenían todas las armas. Se podían ver la famosa caracola, llamada Panchajanya, el chakra llamado Sudarsana, la maza llamada Kaumodaki y la espada de nombre Nandana. Se veía salir fuego de sus ojos y de sus fosas nasales, su aspecto era terrible. Parecía como si la muerte, que no tiene forma, hubiese decidido tomarla y revelar al mundo su aspecto pavoroso. Nadie tenía el valor de mirar este espectáculo único. Los ojos humanos estaban deslumbrados por el esplendor y la pavorosidad de Krishna; muchos ojos estaban cerrados. Pero los ojos de Bhishma, Drona, Vidura y los grandes rishis que se habían reunido allí, no se cerraban ni por un momento. Se lo estaban bebiendo con sus ojos. El Señor les había dado el poder de permanecer delante de Él y mirarle con sus ojos humanos. Entonces ocurrió un milagro, al rey Dhritarashtra que estaba ciego, se le concedió la vista para ver a Krishna. El rey miraba y seguía mirando, tuvo la gran fortuna de ver al Señor cuando se le abrieron los ojos.

Se oía una música celestial por todas partes y llovían flores incesantemente. Dhritarashtra miraba a Krishna y, mientras, las lágrimas le resbalaban por sus envejecidas mejillas. Rogándole a Krishna le dijo:

—Tú eres el Señor de esta tierra y he podido verte, habiéndote visto no quiero ver nada más. Por favor, llévate de nuevo mi vista, no la quiero.

Krishna le concedió su deseo.

La tierra se conmovió, hubo un terrible terremoto y los océanos comenzaron a secarse. La gente estaba aterrada, y Krishna compadeciéndose de la tierra reasumió su forma original, cogió a Satyaki y a Vidura de las manos y salió de la sala, despidiéndose de todos los rishis que se habían reunido allí. Ellos también se fueron después de que Krishna saliera. Toda la asamblea de los reyes y los demás siguieron a Krishna como el humo sigue al fuego.

Kritavarma acababa de traer al ejército a la puerta del palacio y viendo a Krishna que salía de él, llevó su carro enfrente de la sala de la asamblea. Krishna no dirigió una sola palabra a los muchos reyes que le siguieron, ni se despidió de ninguno. Kritavarma pudo ver una gran tristeza en sus ojos.

Krishna oyó la voz de Dhritarashtra que le decía:

—Krishna, tú mismo has visto la autoridad que tengo sobre mi hijo. Viniste aquí con la esperanza de conseguir la paz entre estos primos guerreros. Por favor, no tengas ningún mal sentimiento hacia mí. Yo no odio a los pandavas, has visto cómo he tratado de convencer a mi hijo, pero ¿qué puedo hacer?

Krishna oyó sus palabras, y cuando ya se iba, se detuvo con un pie sobre el estribo del carro. Volvió la cabeza y dijo:

—Les hablo a todos los ancianos de esta gran asamblea: habéis visto cuánto he tratado de evitar esta guerra y lo que ha ocurrido hoy en la corte. Todos visteis cómo Duryodhana se fue de la corte alardeando orgullosamente ante mi cara. Ahora Dhritarashtra también declara que es impotente. Os dejo a todos, me voy a reunirme con Yudhisthira.

El carro de Krishna se fue rápidamente. Iba a toda velocidad hacia la casa de Vidura, donde tenía que despedirse de su tía Kunti. Llegó pronto a la casa y después de saludarla postrándose ante ella, Krishna le contó lo que había sucedido en la corte. Le dijo:

—Este bosque de reyes, será quemado rápidamente por el fuego llamado « los pandavas ». —Permaneció en silencio durante un momento y luego añadió—: Ahora tengo que regresar; por favor, permíteme despedirme de ti y dame tu mensaje para los pandavas. Les diré cómo te encuentras y lo ansiosa que estás de verles.

Kunti le dijo:

—Diles a mis hijos que son kshatryas y que son los hijos de Kunti; que se oyeron voces celestiales cuando nacieron y que espero que se comporten como kshatryas. Dile a Draupadi que me siento orgullosa de tenerla como hija. Todos están protegidos por ti, Krishna; nada me preocupa. Ve en paz, hijo mío.

Krishna la dejó y partió hacia Upaplavya.

Tan pronto como Krishna dejó la sala, Duryodhana increpó a todo el mundo diciéndoles:

—Que comiencen los preparativos para la guerra, en este mismo instante. No podré comer ni dormir hasta que comience esta guerra.

Se pidió a los once akshauhinis que se dirigieran hacia el campo llamado Kurukshetra tan pronto como fuera posible. Dhritarashtra y Bhishma junto con Drona y Vidura, trataron de hablar con él de nuevo, pero no pudieron convencerle. Había decidido ganar o morir.

Capítulo XVI
"SURYA ES TU PADRE"

Antes de que Krishna se fuera a Upaplavya, llevó a Radheya a su carro junto con Satyaki y lo condujo a un lugar apartado del tránsito de los hombres. Dejó a Satyaki en el carro y caminó cierta distancia tomando la mano de Radheya con la suya. De repente, comenzó a hablar. Krishna le dijo:

—Radheya, eres un buen hombre y siempre has seguido el Dharma, ¿por qué apoyas a ese pecador de Duryodhana? Eres buen conocedor de los Vedas y los Vedangas, has aprendido todos los libros sagrados y conoces el mismísimo corazón de la rectitud. Conoces el Dharma y sus sutiles aspectos que son muchos, ¿por qué cometes entonces esta malvada acción?

Radheya sonrió y le dijo:

—Tienes razón, mi señor, un hombre justo no debería ponerse de parte de un pecador, pero Duryodhana es distinto, yo le amo, le amo demasiado para juzgarle como lo hacen otros. Él ha sido mi amigo, el mundo me ha menospreciado a mí y a mi valor, porque soy un sutaputra, pero Duryodhana es el único que está por encima de todo eso, jamás me ha recordado que soy un sutaputra. Krishna, quizá lo sepas y quizá no, pero una vez, hace muchos años, vine a la ciudad de Hastinapura buscando ganarme la vida. Se estaba celebrando un torneo y los príncipes acababan de terminar su entrenamiento bajo las instrucciones del gran Drona. El mismo Drona había rehusado enseñarme porque era un sutaputra, así que me dirigí a Bhargava para aprender de él; debes saber que también él me maldijo por ser un sutaputra. Como te estaba diciendo, los príncipes de la casa de los kurus acababan de terminar su entrenamiento con Drona y mi visita coincidió con una gran exhibición de las habilidades de todos los príncipes. Yo estaba de pie observando y no tenía intención de anunciarme, pero la arrogante presunción de Arjuna era intolerable, así que tuve que desafiarle. Lo hice y no se me permitió luchar contra él, por ser un sutaputra. Cuando estaba siendo insultado por tus amados pandavas, el noble Duryodhana me apoyó, poniéndose de mi lado y me hizo el rey de Anga. Nos estrechamos las manos y le pregunté qué podía hacer para corresponder a su regio gesto. « Nada », contestó, « sólo quiero tu corazón. » Krishna, mi señor, han pasado años desde que ocurrió aquel incidente, pero mi corazón ha estado siempre con este rey. Nunca podré juzgarle. Sólo hay dos personas que me quieren: Duryodhana y mi madre Radha. Sólo vivo para complacer a estos dos seres, ya que no tengo gran aprecio por mi vida. Pero mientras viva, este corazón pertenece a estos dos seres y sólo a ellos.

Krishna permaneció callado durante un momento, luego miró a Radheya y le dijo:

—Sí, la deuda de la gratitud es la más difícil de pagar. Radheya, ¿supongo que conoces tu nacimiento? ¿Sabes quién eres? ¿Conoces a tu madre?

Radheya sonrió moviendo negativamente la cabeza. Le dijo:

—No, mi señor, pero sé que alguna dama de alta cuna debió darme a luz cuando era sólo una muchacha. Debe haber vivido en el palacio de un rey, tengo el sentimiento de que era una princesa, también sé que su palacio estaba en las orillas de un río. Esta joven, evidentemente amaba más su reputación que a su hijo recién nacido, pues me abandonó. Me puso dentro de una caja y me dejó flotando sobre el río que acariciaba las murallas de su palacio. ¿Por qué debo preocuparme de averiguar quién es? Ella no se ha preocupado de mí y me ha olvidado. Ahora debe tener más hijos y estoy seguro de que son más afortunados que yo.

Radheya se detuvo durante unos momentos. Sus labios se curvaban dibujando una sonrisa, medio triste y medio burlona. Krishna le miraba con una extraña expresión en sus ojos. Radheya acabó su charla, diciendo:

—Pero Krishna, en realidad no lo lamento, tengo una madre amorosa y encantadora, nadie puede ser como ella. Ella está orgullosa de mí, pero, ¿para qué hablar ahora de mi nacimiento y de mi madre? Eso está muerto y enterrado en el lejano pasado, hablemos del presente.

Krishna le sonrió y miró a Radheya con gran afecto y compasión. Sus ojos estaban húmedos y su voz era muy dulce, le dijo:

—Radheya, tienes razón, tu madre fue una dama de alto linaje. Cuando naciste tuvo que abandonarte porque tenía miedo de la censura del mundo. Era una princesa y ahora tiene más de un hijo, pero su corazón está vacío, sólo piensa en ti, el hermoso hijo nacido con el kavacha y los kundalas a quien abandonó hace mucho tiempo. Su corazón sufre por ti.

Radheya estaba sorprendido de oír esto y dijo:

—¡Pero eso significa que no soy un sutaputra!, ¡soy un kshatrya! ¿puede ser eso verdad?, hablas como si supieras quién es mi madre. Krishna, ¿la conoces?, ¿está viva?, ¿puedo verla?. Cuéntamelo todo, estoy ansioso de conocer quién soy. Por favor, no me mantengas en vilo.

Krishna tomó las manos de Radheya entre las suyas y le hizo sentarse; le dijo:

—Radheya, prepárate para oír la verdad. Tu madre es la madre de cinco hijos; cinco héroes, como no los hay iguales en este mundo entero.

El corazón de Radheya latía rápido y respiraba entrecortadamente. Y dijo:

—¡Cinco hijos! ¡Cinco héroes que no tienen iguales en el mundo entero! ¿Supongo, supongo que no te referirás a los pandavas?

Su cuerpo estaba temblando de emoción mientras miraba a Krishna. Krishna, que trataba de hablarle tan suavemente como podía, le dijo:

—Sí, Radheya, son los pandavas. Los pandavas son tus hermanos y Kunti es tu madre, tú eres su hijo mayor. Tu nacimiento ocurrió antes de que se casara con Pandu.

Radheya suspiró:

—Y mi padre, ¿quién es mi padre? Por favor, dímelo.

Krishna le dijo:

—Ese dios al que adoras cada día, ese dios al que has elegido como tu ishtadaiva, ese Surya es tu padre.

Radheya se desmayó. Pasado un tiempo Radheya volvió en sí, giró sus patéticos ojos hacia Krishna y le dijo:

—En verdad, soy el más desafortunado de todos los seres. Surya es mi padre, la gran Kunti es mi madre, los cinco pandavas, el noble Yudhisthira, el poderoso Bhima, el caballeresco Arjuna, el hermoso Nakula y el sabio Shadeva son todos mis hermanos

y para el mundo he sido un sutaputra durante todos estos años. Bhargava con su ojo interno debió saber quién era; fue por eso por lo que me maldijo. Dios mío, ¿cómo puedo hacerme a la idea de que los pandavas son mis hermanos? —Las lágrimas brotaban de sus ojos y no había modo de pararlas, así que Radheya y Krishna permanecieron en silencio durante un rato. De repente, Radheya secó sus ojos con su muñeca y dijo—: Krishna, mi señor, debes haber conocido esta verdad desde hace muchos años, ¿por qué no se me dijo?, ¿por qué me dices todo esto ahora? La ignorancia era dicha.

Desde hace muchos años he estado deseando saber quién era mi madre y ahora me lo dices. ¿Por qué me lo dices ahora? Era muy feliz odiando a los pandavas, ahora has llegado y me has trastornado, ¿por qué lo has hecho?, debes tener una razón para haberlo hecho. ¿Por qué me lo dices ahora? ¿por qué?

Los ojos de Krishna estaban llenos de compasión y le dijo:

—Quiero salvarte de la muerte segura, Radheya, quiero que vivas. Tú sabes todo sobre el Dharma. Tú sabes que el hijo nacido de una mujer cuando es una doncella, se vuelve por ley el hijo del hombre con el que se casa. De acuerdo con esto, tú eres un pandava, eres el mayor de los pandavas. Eres un pandava por el lado de tu padre y eres un vrishni, mi primo, mi pariente, por el lado de tu madre. Ven conmigo ahora, voy a ver a Yudhisthira, tus hermanos caerán a tus pies. Todos los reyes que se han reunido para ayudar a los pandavas te honrarán como el mayor de los pandavas y serás coronado por ellos como su rey. Tú serás el rey y Yudhisthira será el yuvaraja. El llevará los caballos blancos a tu presencia y te conducirá hasta tu asiento. La morena y bella Draupadi te pertenecerá, por ser un pandava. Yudhisthira se montará en el carro después de ti, el poderoso Bhima sostendrá la sombrilla sobre tu cabeza y tu hermano menor Arjuna será el conductor de tu carroza. Él sostendrá las riendas de tus caballos. Nakula, Shadeva y yo caminaremos detrás de tu carro.

»Mi querido Radheya, tú eres un gran arquero, en eso eres como Arjuna. Eres muy justo, en eso eres como Yudhisthira. Eres muy cariñoso, en eso eres como Bhima. Tu maestría en el arte de la lucha es también muy destacable; en eso eres como Nakula. Eres muy hermoso y muy sabio, en eso eres como Shadeva. Me sorprende que nadie se haya dado cuenta de esto durante todo este tiempo, tus días oscuros se han acabado. Radheya, ven conmigo. Te haré el rey del mundo; más que eso, encontrarás cinco hermanos y una madre que te están esperando, ven.

Radheya miró larga y fijamente a los ojos de Krishna y le dijo:

—Por el amor que sientes por mí, me has hablado de mis hermanos. Es cierto que de acuerdo con la ley soy un pandava, Kunti me dio a luz, todo eso es cierto; pero, mi señor, ella me arrojó al río. Ella no me quiso, Atiratha me encontró flotando en el río Ganges y me entregó a su esposa Radha. Ella me tomó con cariño en su seno, sus pechos estaban

llenos de leche cuando me cogió entre sus brazos y se convirtió en mi madre. Siento que ella es mi madre y no Kunti. Atiratha sin ser mi padre, me ha dado el afecto de un padre, él es mi padre, mi corazón está atado a ellos. No puedo desatar mi corazón de esta atadura. Ni toda la riqueza del mundo, ni montañas y montañas de oro, ni ninguna nueva alegría, ni el miedo, pueden hacer que me aparte del camino de la verdad. No puedo ser falso conmigo mismo, le debo una deuda de amor a Duryodhana y él es mi amigo. He seguido un determinado modelo de vida y he forjado mis amistades y mis amores, al igual que mis enemistades. Mi amistad con Duryodhana es el acontecimiento más grande de mi vida y a continuación sigue mi enemistad con los pandavas. He jurado luchar un duelo a muerte con Arjuna en la guerra. Ninguna tentación, por grande que sea, puede inducirme a ser falso con mi amigo. Tu tentación es grande, cuelgas frente a mí un nombre, gran fama, y la riqueza del afecto de seis almas nobles. Pero no puedes tentar a Radheya. Soy muy celoso de mi nombre y de mi reputación. Si no lucho contra Arjuna el duelo que prometí, ¿qué será de mi nombre y de mi fama? Sólo me importa una cosa: un buen nombre. Sé que tienes razón. Quieres salvarme y por eso quieres que vaya contigo. Los pandavas están protegidos por ti y no pueden ser vencidos en la guerra. Krishna, sé que Duryodhana es un hombre condenado. Moriré por él, esa será mi gloria. No podré tener el afecto de los grandes pandavas, pero yo nunca he sido afortunado, he sido la víctima elegida por el destino. El único placer que deseaba era tener un duelo con Arjuna, pero tú por tu amor a Arjuna has arruinado mi moral. Sabiendo que él es mi hermano menor, ¿cómo puedo luchar contra él? Pero debo luchar, Krishna, tú sabías que yo no abandonaría a mi amigo, ¿por qué entonces has tenido que decirme hoy el secreto de mi nacimiento? Supongo que debería enfadarme contigo por lo que has hecho; sin embargo, no puedo, siento que también estás preocupado por mí y por mi felicidad. Si estás real y auténticamente interesado en mi bien y en que consiga un buen nombre, ¿me harías un favor?

Krishna, que había estado escuchando con la cabeza baja, elevó la vista de repente, sus ojos brillaban y conteniendo las lágrimas le dijo:

—Seguro que lo haré.

Radheya cogió la mano derecha de Krishna entre las suyas y le dijo:

—Prométeme que lo mantendrás en secreto hasta mi muerte. Si el noble y recto Yudhisthira sabe que soy su hermano, su hermano mayor, no aceptará que el reino sea para él, incluso aunque lo gane. Él es un hombre justo, déjale que sea él el rey. Sé que él será el monarca de este mundo; tiene a Krishna para guiarle durante toda su vida, tiene a Arjuna para que luche por él y su comandante es Bhima. Nakula y Shadeva son los jefes guerreros que le escoltan a cada lado; sé que va a ganar.

»Nuestra causa está perdida; pero, Krishna, una vida fracasada, del mismo modo que el amor no correspondido, tiene su propio arco iris. No puedes tener un arco iris

en tu vida a no ser que puedas derramar lágrimas que sean iluminadas por la puesta del Sol. La mía es una vida así. Espero que ese arco iris aparezca en los últimos días de mi vida e ilumine mi camino a una muerte sobre el polvo. Krishna, estás tratando de nublar mi mente con estos nuevos afectos que arrojas en mi camino, pero mi camino está claro para mí. Quizás esta sea la última vez que nos encontremos como amigos, vamos a separarnos el uno del otro. Nos encontraremos en el campo de batalla; quizá pueda cruzar el gran océano llamado guerra. Si lo consigo, volveré a encontrarme contigo, pero sé que no lograré sobrevivir a la guerra. Seré aniquilado; espero alcanzar el cielo por morir en el campo de batalla. Sé muy bien que moriré en el campo de batalla y estoy seguro de que los pandavas van a ganar esta guerra.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —le preguntó Krishna con una sonrisa.

Radheya le dijo:

—Lo sé. La guerra que va a tener lugar en el campo llamado Kurukshetra es un sacrificio. Tú eres el maestro de ceremonias y Arjuna es el actor principal. Todos los demás hermanos serán marionetas en tus manos, los vas a mover de aquí para allá. El fin está claro para mí. Los hijos de Dhritarashtra y todos nosotros, Bhishma, Drona, yo y todos los reyes de la tierra van a alcanzar los cielos que les corresponden a aquellos que mueren en el campo de batalla. También he estado teniendo sueños, Krishna, puedo adivinar sus significados. Mis sueños me dicen claramente que los pandavas van a ganar esta guerra. Vi a Yudhisthira comiendo dulce de payasa en un cuenco de oro; vi a Bhima de pie, sobre la cima de una montaña, gritando al mundo esparcido ante él, como un paño. Te vi a ti y a Arjuna resplandeciendo con un brillo celestial. Vi a Nakula, Shadeva y Satyaki vestidos con hermosas sedas blancas y guirnaldas y joyas sobre sus pechos y brazos, mirándome con caras sonrientes. Vi que todos nosotros, los del lado de Duryodhana, viajábamos hacia el sur. Krishna, sé que todos vamos a morir muy pronto, y no me preocupa en absoluto. Ya he sido suficientemente prevenido sobre el final que me espera.

»Sé que el final del sacrificio estará cerca cuando me veas siendo aniquilado por Arjuna; cuando Dussasana yazga sangrante sobre el campo, enrojeciendo con su sangre los labios de Bhima; cuando Drona y Bhishma caigan en el campo de batalla aniquilados por los hijos de Drupada; cuando Duryodhana caiga con sus muslos rotos por Bhima. Sé que todo esto va a ocurrir. Puedo ver toda la escena ante el ojo de mi mente, como un cuadro desplegado ante mí. No me lamento por mí, y por otro lado estoy esperando el fin de la guerra, estoy impaciente por el fin. Krishna, estoy cansado, cansado de esta vida. Quiero alcanzar el cielo, el cielo guarda todo lo que yo busco. Me reuniré contigo en el cielo, mi señor. Allí me encontraré también con mis hermanos, con mi madre y con mi padre. Eso será el cielo de verdad, pero ahora debemos separarnos.

Krishna abrazó al gran Radheya y estrechó su mano amorosamente. Radheya se secó las lágrimas y esbozó una triste sonrisa. Luego caminaron juntos hacia el carro.

Capítulo XVII

KRISHNA REGRESA A UPAPLAVYA

KRISHNA llegó a Upaplavya, pasó unos momentos con los pandavas y luego se retiró a sus aposentos. Descansó durante unas pocas horas y cuando se hubo puesto el Sol, fue a reunirse con los pandavas. Todo el mundo estaba esperando sus nuevas sobre los acontecimientos de Hastinapura. Yudhisthira, después de honrarle y hacer que estuviera cómodo, le dijo:

—Krishna, estamos esperando oír los acontecimientos de la corte de Dhritarashtra, puedo suponérmelos por la expresión de tu cara, pero quiero que nos cuentes todos los detalles de tu embajada.

Krishna dijo:

—Estuve en la corte de Dhritarashtra e hice todo lo que pude para persuadir a Duryodhana de que fuera razonable, pero todos mis intentos fueron inútiles. Yudhisthira, he vuelto sin poder lograr lo que esperaba, lo siento. Tu sueño y el mío no se han realizado. Tendrás que luchar. Yudhisthira, por favor, justifica tu nombre. Es necesario ser firme ahora que la guerra es inevitable.

Yudhisthira estaba cabizbajo, mientras una expresión de dolor y desesperación cruzaba su rostro. Un momento después dijo:

—Cuéntamelo todo, Krishna, todo.

Krishna dijo:

—Escuchadme todos. Me llevaron a la gran sala del consejo y vi a todos los ancianos kurus esperando para oírme. Vi a Narada y a los demás sabios esperando escucharme hablar.

Les contó todo lo que ocurrió en la corte de Dhritarashtra, y lo que hablaron Dhritarashtra, Bhishma, Drona y Vidura. Les habló de los argumentos que empleó, primero con el rey y luego con Duryodhana. Les habló de la ira de Duryodhana y su salida de la corte, les habló de la venida de Gandhari y cómo reconvino a su hijo y también sobre el intento de capturarle, y de su transfiguración. Los reyes estaban escuchando en silencio su narración y cuando oyeron hablar del intento de Duryodhana de capturar a Krishna se pusieron furiosos.

Los ojos de Yudhisthira se pusieron color carmesí por la ira y dijo:

—¿Se atrevió ese hombre a hacer eso con mi señor? No hay esperanza para él, me he decidido y estoy determinado; los días de perdón se han acabado, me he decidido por la

guerra. No es necesario oír nada más; voy a luchar y será una guerra como no ha habido ninguna otra hasta ahora. Krishna, una vez dijiste que la tierra está sedienta de la sangre de estos pecadores, mejor dicho, esas horribles bestias. No puedo esperar. Comencemos la guerra inmediatamente. No puedo esperar ni un momento más.

Bhima se emocionaba oyendo las palabras de su querido hermano. Corrió hacia Yudhisthira y le abrazó, arrojó su maza al cielo y gritó:

—¡Guerra! ¡Guerra! Nada puede impedir la guerra ya. Nadie puede salvar a los hijos del anciano rey de mi furia. ¡Arjuna, la sangre de Radheya enrojecerá las arenas de Kurukshetra muy pronto! ¡Shadeva, te veré matar a ese odioso Sakuni! ¡Krishna, siento como si hubiera bebido el vino de los dioses! ¡Me siento tan feliz!

Krishna sonreía ante la excitación de Bhima y dijo:

—Dejemos Upaplavya. Duryodhana ya ha ordenado a sus tropas que se dirijan hacia Kurukshetra. Cuando el hombre es aguijoneado por el látigo del destino, se precipita hacia su muerte tan pronto como puede.

Duryodhana está planeando pedirle al gran Bhishma que sea su comandante en jefe. Estoy seguro de que primero tendréis que luchar con el héroe kuru, lo conocéis muy bien; no tengo que hablaros del tremendo oponente que tendremos, incluso desde el principio. Bhishma venció a su mismo guru, Bhargava, en el pasado. Sikhandi y Arjuna, preparaos, ¡la guerra ha comenzado!

Yudhisthira se levantó, y dirigiéndose a todos los reyes que habían venido a ayudarle, les dijo:

—Todos habéis oído las palabras de mi señor, y habéis visto mis intentos de paz. Yo no quería esta guerra, pero se me ha echado encima. Os pido a todos que me ayudéis y me dirijáis a través de los difíciles días que se me presentan. Krishna, tienes a tu disposición estos siete akshauhinis: Drupada, Virata, Dhrishtadyumna, Satyaki, Sikhandi, Chekitana y Bhima; son todos grandes guerreros y pueden encargarse de este ejército; debes asignarles sus ocupaciones. Uno de ellos debe ser elegido como comandante en jefe. Shadeva, tú eres el más sabio de todos nosotros; primero quiero tu opinión sobre quién debería ser elegido como comandante de nuestro ejército.

Shadeva le dijo:

—Mi señor, todos tienen capacidad para ser comandantes, todos son poderosos; pero en mi opinión, Virata, el señor de los matsyas, parece ser el más adecuado para el puesto de comandante. Él puede enfrentarse al ejército dirigido por Bhishma, es un soldado veterano, creo que es el más adecuado.

Yudhisthira se volvió hacia Nakula y le pidió su opinión. Nakula le dijo:

—Siento que la persona más adecuada es nuestro Drupada, el rey de los panchalas; aprendió a usar el arco del gran Angirasa y siempre ha antagonizado a nuestro acharya

Drona, ha realizado terribles penitencias y es un gran luchador. No hay duda de que él podrá resistir al ejército kuru conducido por Bhishma. Sí, Drupada es el mejor.

Después de escuchar a sus dos hermanos menores, Yudhisthira volvió sus ojos hacia Arjuna. Arjuna le dijo:

—Mi señor, deja que Dhrishtadyumna sea nuestro comandante, este poderoso hijo de Drupada, nacido del fuego, con su armadura irrompible y su terrible arco, este hombre con la voz como el rugido de un león, este Dhrishtadyumna será el oponente más poderoso de Bhishma.

A una mirada de Yudhisthira, Bhima se levantó y dijo:

—En mi opinión, Sikhandi es el más apropiado, no tiene quien le iguale, y es el luchador más poderoso de nuestro lado; habiéndose decidido matar a nuestro abuelo, puede vencer fácilmente incluso al mismo Bhargava.

Después de estas palabras de sus hermanos, Yudhisthira dijo:

—Soy de la opinión que Krishna es el más apropiado para el papel de comandante, tanto si lleva armas como si no. Eso no importa, él es más joven que muchos de nosotros, pero es el más sabio. Nuestra suerte está en sus manos. Lo correcto es que dirija él nuestro ejército. La noche está pasando, lleguemos a una conclusión y tratemos de dormir un poco. Mañana será un día muy duro para todos nosotros, así que decidamos. Espero que Krishna nos dé su opinión; haré lo que él diga.

Krishna dijo;

—Como dice Shadeva, todos son eficientes en el arte de la lucha, y es difícil, casi imposible, llegar a una decisión. Podrían luchar contra el mismo ejército de Indra, ¿por qué deberíamos preocuparnos de este ejército de los kurus? Después de considerar las sugerencias de tus hermanos creo que la de Arjuna es la mejor. Considero que Dhrishtadyumna, el hijo de Drupada, es el mejor hombre para dirigir tu ejército.

Yudhisthira estaba complacido con las palabras de Krishna y anunció al ejército que Dhrishtadyumna había sido elegido para ser su comandante. Los vítores resonaron desde los cuatro puntos cardinales, a todos les gustaba ser dirigidos por este león entre los hombres. Los siete akshauhinis fueron divididos entre los héroes: Bhima, Nakula, Shadeva, Dhrishtadyumna, Satyaki, los hijos de Draupadi y Abhimanyu.

Por la mañana temprano, después de realizar los ritos sagrados, Yudhisthira partió hacia el campamento del ejército para preparar el futuro curso de sus acciones. Eran muchos los héroes reunidos: los hermanos Kekaya, Dhrishtaketu, Sreniman, Vasudhana, Virata, Sikhandi, Drupada, Sudharma, Kunti Bhoja, Dhrishtadyumna, Anadrishti, Chekitana, Satyaki, los pandavas y sus hijos, Abhimanyu y Krishna.

Llegaron al gran campo llamado Kurukshetra y soplaron sus caracolas. El ejército estaba excitado por el sonido de las muchas caracolas que sonaban todas juntas y una a una. Era un momento emocionante.

El rey dio una vuelta alrededor del lugar y ordenó que se levantaran las tiendas. Dhrishtadyumna se encargó de todos los preparativos, midió el lugar y aprovisionó tiendas para todos los héroes que habían venido para luchar. Krishna y su primo Satyaki hicieron los arreglos para que se cavara una zanja alrededor de todo el campamento. Había tiendas para todos y cada uno de los reyes. Se habían colocado los carros y millones de armas en un lugar común, para el uso de todos. Cada carro estaba equipado con cien arcos y miles de flechas. Las armaduras y los cubrededos fueron colocados por todas partes para que fueran usados. Los pandavas ahora sólo tenían que esperar que comenzara la guerra. Todos los preparativos ocurrían a una velocidad vertiginosa. Se habían preparado para esto desde hacía mucho tiempo, pero la vuelta de Krishna precipitó su decisión.

Capítulo XVIII

BHISHMA, COMANDANTE DEL EJÉRCITO KURU

TAN pronto como Krishna dejó la corte, Duryodhana les dijo a sus amigos y hermanos:

—Krishna está volviendo a Yudhisthira sin haber logrado el objetivo que le trajo aquí y está muy enfadado conmigo. Seguro que incitará a los pandavas a luchar contra mí. Bhima y Arjuna ya están ansiosos de guerra. Yudhisthira tomará en consideración las palabras de Krishna, y por supuesto Bhima y Arjuna. Yo les maltraté durante los últimos años y ahora tienen de su lado a Virata y a Drupada, que son amigos de los pandavas por dos razones: porque son sus parientes y porque también les hostigué en el pasado; todos ellos estarán deseando la guerra. Dussasana y Radheya, por favor, apresuraos y haced inmediatamente los preparativos para la guerra. Por favor, anunciad a las tropas que mañana tienen que salir de Hastinapura.

A la mañana siguiente el ejército de los kurus comenzó su marcha hacia Kurukshetra. La larga noche había acabado y Duryodhana, por la mañana temprano, fue a inspeccionar el ejército. Tenía muchos amigos que se habían puesto de su lado para morir por él. Estaban: Kripa, Drona, Salya, Jayadratha, Sudakshina, Kritavarma, Aswatthama, Radheya, Bhurisravas, Sakuni, Bahlika y Somadatta. Estos eran los héroes que habían sido asignados para dirigir cada akshauhini. Había un magnífico orden de batalla.

En medio de los reyes que se habían reunido, Duryodhana se aproximó a Bhishma. Fue y se detuvo ante él con las manos juntas. Después de saludarle, le dijo:

—Mi señor, mira a este ejército, encaminándose hacia Kurukshetra como una gran hilera de hormigas. Este ejército necesita a un comandante capacitado, ¿cómo podría siquiera soñar en otro comandante teniéndote a ti para que luches por mí? Tú debes guiar a todo el ejército. Dependo de ti para que nos guíes a través de esta gran guerra,

caigo a tus pies con toda humildad. Si te conviertes en el comandante de mi ejército, no tengo nada que temer. Por favor, acepta ser el comandante.

Bhishma le miró a él y a todos los reyes que esperaban sus palabras, diciendo:

—Hijo mío, me siento gustoso de hacer lo que deseas, pero debo decirte esto: los pandavas me son tan queridos como tú, no trataré de matar a los hijos de Pandu; sin embargo, lucharé con mi máxima habilidad. Destruiré al ejército de los pandavas a un ritmo de diez mil por día. No hay nadie que me pueda igualar en todo este mundo, excepto Arjuna. Él es muy superior a mí y es el único que puede vencerme o matarme. También hay otra condición que tienes que cumplir si quieres que mande tu ejército. Tienes que elegir entre si lucharé yo o Radheya. Él y yo no nos llevamos bien, siento decírtelo, pero quiero evitar desavenencias posteriores.

Duryodhana no sabía qué hacer o qué decir. Esto no era la corte, donde podía ofenderse y marcharse. Tuvo que callarse. Radheya le salvó la situación, sonrió a su querido amigo y le dijo:

—Duryodhana, por favor, no te preocupes, no me siento ofendido en lo más mínimo. Al contrario, me siento muy feliz. Te prometo que no lucharé mientras Bhishma esté vivo. Cuando muera, entraré en el campo de batalla y lucharé por ti. Yo tendré el placer de matar a Arjuna ya que tu abuelo ha decidido no matar ni herir a ninguno de los pandavas.

Bhishma recibió el baño de la coronación y en medio de grandes celebraciones fue coronado como comandante en jefe del ejército kuru. El ejército emprendió su marcha hacia Kurukshetra.

Capítulo XIX
RADHEYA Y KUNTI—I

Al día siguiente de que Krishna se fuera hacia Upaplavya, después de su fracaso de intento de paz, Vidura, que se sentía muy infeliz, estaba comentando los acontecimientos de la corte con Kunti y le dijo:

—Estoy muy preocupado por la estúpida obstinación de Duryodhana. El pobre Yudhisthira quiere hacer la paz con él, pero Duryodhana se niega. Yudhisthira tiene ahora un ejército poderoso y no hay duda de que va a ganar la guerra. Hemos tratado una y otra vez de convencer a Duryodhana de que está equivocado y que es absurdo persistir en esta enemistad, pero él sólo escucha los consejos de Sakuni, Dussasana y Radheya. Me siento tan preocupado pensando en la futura destrucción, que no he podido dormir durante las últimas noches.

Kunti escuchaba en silencio y no podía apartar de su mente los pensamientos de la guerra. Sabía que sus hijos eran poderosos, pero tenía miedo del ejército de los kurus;

tenía miedo porque Bhishma había sido elegido comandante del ejército. Su otra fuente de preocupación era su hijo Radheya. El odio de Duryodhana por los pandavas no era tan terrible como el odio que Radheya sentía por Arjuna. Se dijo a sí misma: « Creo que iré a Radheya y le contaré sobre su nacimiento; le diré que es el hermano de los pandavas y trataré de ganarle para la causa de Yudhisthira. Le pediré un don como madre suya; él es un hombre noble, sabiendo que soy su madre no podrá negarme nada ».

Decidiendo esto, Kunti se dirigió sola a las orillas del Ganges. Sabía que Radheya estaría allí adorando al Sol al mediodía; vio a Radheya con los brazos en alto, con los ojos cerrados, y con su rostro dirigido hacia el Sol y se quedó de pie detrás de él. Los rayos del Sol eran demasiado ardientes y se protegió con la parte superior del vestido de su hijo, y así esperó hasta que acabó su adoración.

Su meditación había acabado; se dio vuelta y encontró a una extraña mujer cobijada bajo sus vestiduras. Parecía una guirnalda de lotos marchita y Radheya se preocupó por ella. La hizo sentarse a la sombra y se inclinó ante ella, diciéndole:

—Soy Radheya, el hijo de Atiratha, ¿qué puedo hacer por ti? Pareces ser una dama que no está acostumbrada a las penalidades. Por favor, dime lo que quieres; usualmente otorgo dones a aquellos que se dirigen a mí en este momento del día. Hazme saber qué debo hacer.

Kunti le miró una y otra vez. Desde aquel día que estuvo observándole por largo rato antes de colocarlo en la caja de madera, no lo había vuelto a ver. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su vestido estaba húmedo por su amargo llanto. Todavía le miraba y él seguía esperando que ella hablara. Finalmente le habló diciéndole:

—Quizá me conozcas o quizá no, pero me he dirigido a ti para pedirte un don.

Radheya la miró durante mucho rato y le dijo:

—No te conozco, pero siento que te conozco; siento como si te hubiera conocido toda mi vida. Tu cuerpo, tus lágrimas, tu triste voz, todo eso me parece muy familiar. Pero no puedo decir cuándo te he visto durante mi vida, estoy tratando de recordar. —Tenía las cejas fruncidas por la confusión en que se encontraba. Ella esperó a que hablara. De repente Radheya gritó—: ¡Ya lo tengo!, tú eres la mujer de mis sueños, ¡te conozco!

Kunti le sonrió dulcemente y le dijo:

—¿Qué estás diciendo?, no comprendo. ¿Podrías decirme lo que quieres decir por la mujer de tus sueños? Me sentaré y te escucharé; no tengo prisa, he venido a pasar un rato contigo.

Los ojos de Radheya adoptaron una extraña expresión, luego dijo:

—Es muy extraño, nunca le he hablado a nadie sobre esta mujer de mis sueños, excepto a mi madre Radha. Sin embargo, mirándote siento deseos de contarte todo. Siento que comprenderás los sentimientos de mi corazón. Te lo diré. Quizá lo sepas

y quizá no, pero mi nombre es Radheya y el nombre de mi madre es Radha, pero, sin embargo, ella no es mi madre. No fue ella quien me dio a luz. Mi padre Atiratha me encontró flotando sobre el río Ganges. Fue este río el que me llevó hacia mis padres. Mi padre me llevó a su esposa Radha y fui entregado a ella como un regalo. Por eso me llamó Radheya. Mi verdadera madre, siento decirlo, me abandonó al nacer. Así que siempre he sido Radheya. Pero siempre me intrigó cuál era mi verdadero origen, siempre que me iba a dormir, me acosaba un mismo sueño: veía a una mujer que iba vestida con costosos vestidos, iba vestida como una princesa y su rostro estaba siempre oculto por un velo. Yo estaba tendido y ella se inclinaba sobre mí y las cálidas lágrimas de sus ojos me quemaban. Yo me levantaba y le preguntaba: ¿Quién eres?, ¿por qué lloras así sobre mí? Y ella con una voz entrecortada por las lágrimas me decía: « Lloro por la injusticia que te he hecho. Anhelo tenerte, pero tú nunca serás mío, por eso lloro. Sólo puedo hablarte en mis sueños, sólo en tus sueños y en los míos. Esta es la única forma en que puedo calmar el pulso de mi corazón. » Ella trataba de irse y yo la perseguía; trataba de levantar su velo y le gritaba: « ¿Quién eres?, muéstrame tu rostro, quiero verte. No te vayas sin responder mi pregunta, ¿quién eres? » Pero esta mujer de mis sueños se desvanecía como un fantasma asustado. Esa es la mujer de mis sueños.

»Según pasaron los años, la mujer de mis sueños sólo me frecuentaba muy de vez en cuando. Ya no se me aparecía tan a menudo y tan vívidamente. Y gradualmente dejó de visitarme. Esta mujer dejó mis sueños hace mucho tiempo; creo que era mi madre la que a mi venía. Al principio pensaba en mí muy a menudo, y según pasaron los años sus pensamientos sobre mí decrecieron; y cuando tuvo más hijos, ya no pensaba o no quería pensar en mí. Así es como me he explicado esos extraños sueños, pero tú te pareces mucho a esa madre de mis sueños. ¿Quién eres?, ¿qué es lo que quieres?

Kunti tenía su cabeza inclinada y no podía mirar a este hijo que nunca pudo ser su hijo. No sabía cómo decirle quién era, reflexionó por un momento y le dijo:

—Tienes razón, yo soy la mujer de tus sueños, yo soy tu madre. —Se detuvo, pero antes de que Radheya pudiera decir una sola palabra continuó—: Soy Kunti, la madre de los cinco pandavas; tú eres mi primer hijo.

Radheya dijo:

—¡Kunti Devi, la madre de los grandes pandavas ha venido a ver a su hijo Radheya para pedirle un don! ¿Estoy despierto o estoy dormido? ¡Quizás estoy soñando de nuevo y la mujer de mis sueños ha venido de nuevo a mí! —Él la miraba a ella y ella le miraba a él. Un momento después estaban abrazados el uno al otro. Las lágrimas de Kunti empaparon a Radheya. Él la miró y le dijo—: Después de todo has venido, ¡si supieras cuánto he anhelado este momento!, ¡si supieras cuánto he soñado este momento! ¡si supieras cuántas veces he vivido en mi mente este momento! He pensado en ti mucho más a menudo de lo que tú has pensado en mí. He estado anhelando una mirada de tus

ojos ocultos por ese velo tuyo que tanto me intrigaba; ¡madre!, ¡mi madre!, ¡la madre que me trajo a este mundo! » ¡la madre que me hizo ver por primera vez a mi amado señor, el Sol! Madre, ¿por qué has estado alejada de mí durante tanto tiempo?, ¿por qué me has hecho infeliz durante todos estos años? Después de todo, no pedía demasiado, sólo quería verte. Pero has venido ahora y te has atrevido a aceptarme como tu hijo.

Kunti volvió sus asombrados ojos hacia Radheya; él sonrió y le dijo:

—Sí, madre, sé quién soy. Sé que tú y el Sol sois mis padres, sé que tenías miedo de conservarme y me arrojaste al río.

Kunti estaba sorprendida y le dijo:

—¡Pero yo ni soñaba que lo supieras! ¿Cómo lo supiste? ¿Cuándo lo supiste? Y sabiéndolo, ¿por qué no viniste a mí? ¿Por qué esperaste a que yo viniera a ti?

Radheya la miró resueltamente y le dijo:

—Madre, lo supe ayer. Krishna me contó la historia de mi vida; pero no hablemos de eso ahora. Ven, madre; sentémonos y estemos juntos. Esta felicidad no durará mucho; déjame apurar la copa de la dicha hasta la última gota. Me siento feliz de tener a mi madre a mi lado, déjame apoyar mi cabeza en tu regazo, déjame estar así durante algún tiempo; por favor, no disturbes estos dichosos momentos con palabras: las palabras, madre, llaman al dolor; quiero estar en silencio.

Colocó la cabeza en el regazo de su madre y cerró los ojos. Así se estuvieron quizá durante unos momentos, o quizás durante horas. Ella había encontrado a su hijo perdido durante largo tiempo y él había encontrado a su madre. Era un momento sagrado y durante esos escasos momentos, fueron muy felices.

Capítulo XX
RADHEYA Y KUNTI—II

De repente Radheya se levantó y le dijo:

—Te agradezco tu bondad, madre; he sido muy feliz durante estos últimos momentos, pero ahora tengo que levantarme de este sueño de paz. ¿Dime, por qué has venido a mí? ¿Cuál es el don que querías pedirme? Radheya espera tus órdenes.

Kunti le miró y le dijo:

—¡No te llames Radheya nunca más! ¡por favor no te llames a ti mismo Radheya, estando yo aquí! tú eres Kaunteya, el primer hijo de Kunti, estoy orgullosa de llamarte hijo mío. Ahora tengo seis hijos y no cinco, me siento muy feliz.

Radheya la miró con sus ojos llenos de lágrimas y le dijo:

—Madre, oh madre, ¿por qué has venido a mí ahora para decirme esto? ¿No te das cuenta que estoy anhelando que me llamen por el nombre de Kaunteya? Soy el hijo de

Kunti y Surya y estaría orgulloso de ser conocido por el nombre de Kaunteya. Estoy orgulloso de mis padres y, sin embargo, tendré que seguir llamándome Radheya hasta que muera. ¿Madre, no te das cuenta de lo infeliz que soy? Pero no importa, hablemos del presente. Querías pedirme un don; dime lo que es. Si está en mi poder otorgártelo y si no va contra mi buen nombre en este mundo, me sentiré feliz de tener el privilegio de otorgar un don a mi madre.

Kunti permaneció en silencio durante largo tiempo, limpió las lágrimas de sus ojos y le dijo:

—Hijo mío, has estado sufriendo muchas ignominias durante todos estos años y eso ocurrió porque el mundo no sabía que tú eres el hijo de Surya y Kunti; ahora se han acabado tus malos tiempos. Sin saber que son tus hermanos, has estado odiando a los pandavas lo mismo que Duryodhana, pero ahora sabes quién eres, no es justo que luches contra tus hermanos; debes venir conmigo, yo te llevaré junto a los pandavas. Tú serás el rey del mundo y tus hermanos te adorarán; hallarás la paz y la felicidad en la compañía de Yudhisthira. No debes quedarte más tiempo con Duryodhana; ven conmigo y alegra mi corazón, este es el don que te pido.

Los ojos de Radheya brillaban por las lágrimas contenidas, miró a Kunti y le dijo:

—¡En dos días dos nobles personas me han ofrecido el mundo, viniendo a mí y tentándome con la aseveración de que el noble Yudhisthira me serviría! ¡Los caminos del destino son en verdad muy extraños! Pero no tengo tiempo de pensar ahora en todo eso. Dime, mi queridísima madre, ¿qué ocurriría si ahora me fuera contigo?

—No temas —dijo Kunti—, te unirías con Arjuna, al que has estado odiando durante todos estos años. Los pandavas le ganarán el mundo entero a Duryodhana y tú lo gobernarás, ya que eres el mayor de los pandavas. Que los kurus vean el gran encuentro entre Arjuna y su hermano, perdido durante tanto tiempo. Ambos seréis como Krishna y Balarama, si estáis unidos, ¿quién puede venceros? Tú serás el señor de este mundo, ya no serás nunca más un sutaputra.

Radheya oyó una voz desde los cielos, era la voz de su padre Surya que le decía:

—Escucha a tu madre, hijo mío, es por tu bien; haz lo que te dice y ten una larga vida, te suplico que hagas lo que ella te dice.

Radheya oyó todo esto y, sin embargo, permaneció inmutable. Miró larga y detenidamente a su madre y finalmente le dijo:

—Madre, ¡si supieras lo enfadado que he estado contigo durante todos estos años!. He estado cobijando ira contra mi desconocida madre que me hizo tanta injusticia en el momento en que nací. Por esta injusticia, fue arruinado mi nombre, mi reputación, mi vida y mi todo. He estado deseando hacerte mil preguntas y derramar así toda mi amargura; pero ahora, mirándote, toda mi ira ha desaparecido, desvaneciéndose como la

nieve en la arena del desierto. Madre, mi corazón está lleno de una tristeza infinita; ahora está lleno de anhelo por tu amor y por tu dulce voz. He amado a mi madre Radha más que a ninguna otra persona, pero incluso ese amor amenaza con languidecer frente a este nuevo amor que me desborda. Mi corazón está inundado de amor por mis hermanos a los que no conocía hasta ahora. Madre, ¿puede ser el amor de una madre tan maravilloso como para todo eso? Mi corazón está a punto de estallar con el amor encendido que ha nacido nuevamente en mí.

Kunti y Radheya se abrazaron el uno al otro una y otra vez y el Sol sonrió contemplando este encuentro entre madre e hijo.

Capítulo XXI

RADHEYA Y KUNTI—III

KUNTI dijo:

—Ven, hijo mío, ven conmigo y únete a tus hermanos, ven. Radheya estaba sollozando de angustia y dijo:

—No, madre, no puedo ir, no debo ir.

Kunti estaba sorprendida por el tono de las palabras de Radheya y le dijo:

—¿Por qué dices eso, hijo mío, ahora que sabes que los pandavas son tus hermanos no querrás quedarte con Duryodhana? Radheya dijo:

—Sí, madre, me quedaré al lado de Duryodhana. Él ha sido mi amigo durante todos estos años. Durante todos estos años en los que no has pensado en el hijo al que abandonaste en el río, Duryodhana ha sido mi único amigo. Fui marcado para siempre con el estigma de sutaputra, nadie me ha tratado con afecto o respeto por ser lo que era. He estado solo en el mundo y he sido tratado como un perro bajo el nombre de « Radheya el sutaputra ». Mi nacimiento ha sido mi ruina. Dondequiera que iba, mi nombre iba delante de mí y no se me daba la bienvenida en ningún lugar. Drona no me enseñó a usar el arco por ser un sutaputra; fui a Bhargava y él me enseñó, pero sólo porque le dije que era un brahmín. Cuando supo que era un sutaputra, me maldijo. Herido por todo esto fui a Hastinapura. Llegué el día del torneo. —Radheya miró a Kunti y vio su cuerpo temblando de agitación como si recordara algo doloroso. De sus ojos salían lágrimas frescas. Radheya le dijo—: Madre, ¿no me reconociste entonces? El día del torneo, cuando entré en la arena, debiste verme y reconocerme. No hay madre que no pueda reconocer a su hijo; entonces tenía el kavacha y los kundalas. Debiste haberme reconocido entonces, pero por razones que tú conocerás, no le hablaste a nadie de mí. No te preguntaré porqué. Te he encontrado después de todos estos años y no dejaré que mis palabras te hieran; te quiero, madre mía, y te agradezco que me digas que me amas. Pero me estoy desviando de lo que te estaba diciendo. El día del torneo, mientras Bhima

y Arjuna me estaban insultando por ser un sutaputra, Duryodhana vino a mi rescate. Él me proclamó como su amigo y me hizo rey de Anga. Quería mi corazón a cambio de lo que hizo y mi corazón ha sido suyo desde entonces. Una vez le prometí que haría por él cualquier cosa, aunque fuera la cosa más imposible. He amado a Duryodhana y él me ha amado como nadie más lo haya hecho hasta ahora.

»Madre, ojalá pudieras mirar dentro de mi corazón; podrías ver qué horrible tumulto está surgiendo ahí. Nunca pensé que podría encontrar ningún otro amor que el de mi querido amigo Duryodhana. Pero hoy mi corazón está anhelando ir hacia Yudhisthira y proclamarle como mi hermano. Arjuna, a quien he estado odiando durante todos estos años, mi más amargo enemigo, ahora se me aparece ante el ojo de mi mente como un niño cariñoso tendiéndome sus manos con afecto. Madre, mi corazón está estallando de cariño por mis nuevos hermanos a los que he encontrado y por mi madre a la que perdí hace tanto tiempo. Daría cualquier cosa por estar con todos vosotros, pero no puede ser.

Kunti miró su rostro turbado por el dolor, mientras sus lágrimas la ahogaban, y le dijo:

—¿Por qué dices que no puede ser? Siempre te he querido, siempre que Arjuna hablaba de ti como Radheya el sutaputra mi corazón se rompía de infelicidad y dolor por la injusticia que te había hecho. Pero ahora no me importa lo que diga la gente, tengo coraje suficiente como para enfrentarme a los ojos burlones del mundo. Mi corazón ha estado vacío durante todos estos años, a pesar de que soy la madre de cinco hijos, cinco héroes. Ven conmigo y llena este vacío.

Radheya tomó su cara entre sus manos y secó sus lágrimas, diciéndole:

—Madre, no puedo ir, le debo algo a Duryodhana. La deuda del amor y la gratitud es la deuda más difícil de pagar, lo sabía, pero nunca imaginé que fuera tan difícil. Estoy atado a él por mil ataduras y no puedo olvidar mi deber por la visita de mi madre. Siempre he sido muy celoso de mi honor. Sólo me ha preocupado una cosa en este mundo y eso ha sido un buen nombre. Lo perderé todo si abandono a mi amigo ahora. Yo amo a Duryodhana y él me ama a mí. Mi amigo se ha lanzado a esta guerra dependiendo de mí y de mi odio a Arjuna. Se me conoce en todo el mundo como Radheya el sutaputra, el mejor amigo del rey. Ese es el buen nombre que me he labrado para mí y no puedo permitirme perderlo. Tendré que olvidar tu visita. Nunca tuve un hermano; mi hermano es Duryodhana. Él es la única persona que ha compartido todo conmigo, ha sido para mí más que un hermano. Siempre hemos compartido el mismo asiento y siempre hemos estado juntos. Él desea compartir el trono conmigo y ha centrado en mí todas sus esperanzas. No puedo destrozar sus sueños por culpa de un fantasma del pasado que tira de las cuerdas de mi corazón. Mi corazón no es mío, para que pueda entregártelo; pertenece al rey, mi dueño y amigo Duryodhana.

»Madre, sé que ha llegado el fin. Duryodhana y todos aquellos que le aman están condenados y yo también lo estoy. Nada les ocurrirá a los pandavas. Krishna ha tomado la causa de los pandavas sobre sí, responsabilizándose de ellos. Ellos están a salvo como un niño en el vientre de su madre. Tú y Krishna, entre los dos, habéis arruinado mi firmeza y sé que perderé en la batalla ante Arjuna. Arjuna vencerá.

»Debes haber oído hablar de mi vida. Aprendí a manejar el arco del mismo Bhagaván Bhargava, pero él me maldijo, dijo que cuando estuviera luchando con mi peor enemigo olvidaría las palabras sagradas de invocación de los divinos astras. Y tengo, además, otra maldición: un brahmín me maldijo diciéndome que la rueda de mi carro quedaría atrapada en el lodo en un momento crucial y que me matarían cuando menos lo esperara.

»Indra me quitó el kavacha y los kundalas que me colocó mi padre y que me hubieran protegido de la muerte si no los hubiera perdido. Y ahora, tú y Krishna, me habéis robado mi armadura interior. Yo odiaba a Arjuna y le hubiera matado felizmente, pero ahora no puedo hacerlo, mi mente está llena de amor por él. ¿Cómo puedo cumplir mi promesa?

Radheya cubrió su rostro con sus manos y sollozó como si su corazón se fuera a romper. Kunti no podía hacer nada, excepto llorar con él. Tomó su cabeza sobre su regazo y la acarició con sus manos amorosas. Así estuvieron sentados durante un tiempo. Radheya se levantó y le dijo:

—Madre, tu llanto no es bueno para mí. Una madre no debería llorar sobre su hijo mientras esté vivo. Madre, por favor, bendíceme y haz que mi sueño se vuelva realidad. Un hijo necesita las bendiciones amorosas de su madre si quiere alcanzar los cielos. Di que mi nombre vivirá, mientras viva el mundo de los hombres. —Radheya cayó a sus pies y Kunti le bendijo con lágrimas en sus ojos. Radheya le dijo—: Siempre ha sido mi norma conceder dones a aquellos que vienen a mí durante la adoración a mi padre. Hoy tú viniste hacia mí pidiéndome un don y no pude concedértelo; pero, madre, no debes irte con las manos vacías. Te concederé un don según mi propio criterio: prometo respetar a tus hijos, mis hermanos; no les mataré. Yudhisthira, Bhima, Nakula y Shadeva no morirán en mis manos. Pero Arjuna sí, debo luchar contra Arjuna, no puedo faltar a mi promesa con el rey. Mi duelo con Arjuna ha de ocurrir. Dos cosas son posibles, que yo le mate a él, o que yo encuentre la muerte en sus manos. De cualquier modo, mi fama será inmortal, tendré una muerte noble. Madre, no sufras; de cualquier modo tendrás cinco hijos: o bien tendrás a Radheya quedándote sin Arjuna o tendrás a Arjuna quedándote sin Radheya. Todavía seguirás siendo la madre de cinco hijos. Vuelve a casa, madre querida.

El cuerpo de Kunti se agitaba con sus sollozos. Había encontrado a su hijo y lo había perdido al mismo tiempo. Su corazón, que había estado vacío, se quedó todavía más

vacío. Como el relámpago, que deja al mundo aún más oscuro, estos escasos momentos con su noble hijo dejaron su vida aún más desolada.

Radheya sintió su infelicidad, la abrazó y le dijo:

—Madre, lo que los dioses han escrito no puede cambiarse; ni tus lágrimas ni mis oraciones pueden alterar los designios del Creador. Estas cosas fueron determinadas hace mucho tiempo, antes de que tú y yo naciéramos. No trates de cambiar el curso del destino. Ruega por mí, ruega que alcance los cielos destinados a los héroes. Por favor, lava mi infelicidad con tus lágrimas. Siento que he recibido el baño de la coronación. Tus lágrimas son más santas y más valiosas que las aguas del Ganges. Madre, se está haciendo tarde; debes irte antes de que sepan que tú y yo nos hemos encontrado. Deja que esto sólo sea otro sueño.

Radheya tuvo que levantarla y ponerla en pie, así de débil estaba por la angustia. Madre e hijo se estrecharon en un fuerte abrazo. Kunti se mantuvo cerca de él, y le abrazó una y otra vez como si nunca fuera a dejar que se fuese. De repente, le soltó y se alejó de él con pasos lentos y vacilantes. Radheya se quedó allí, sin moverse del sitio durante largo tiempo, hasta que perdió a su madre de vista.

Capítulo XXII
BALARAMA Y RUKMI

A los pandavas les llegó la noticia de la coronación de Bhishma como comandante del ejército de los kurus. Yudhisthira hizo a Drupada, Virata, Satyaki, Dhrishtadyumna, Dhrishtaketu, Sikhandi y Shadeva los jefes de los siete akshauhinis y Dhrishtadyumna fue coronado comandante en jefe de todo el ejército. Arjuna fue nombrado jefe de ataque y Krishna fue asignado como conductor de Arjuna.

Balarama, el hermano de Krishna, se dirigió a Yudhisthira. Iba acompañado de muchos miembros de la familia de los vrishnis. Yudhisthira le recibió con gran emoción y le rindió honores. Bhima cayó a sus pies, quedándose luego a su lado con las manos juntas. Todos los pandavas y Krishna estaban junto a él, y Balarama les bendijo. Yudhisthira tomó a Balarama de la mano y le condujo a un lujoso asiento. Todo el mundo vino a ver al gran Balarama que tenía reputación de ser más poderoso incluso que Krishna. Balarama les miró a todos y en particular a Krishna, y dijo:

—He oído que va a haber una gran guerra en la que habrá un exterminio general de todos los reyes de este mundo.

»Espero veros a todos pasar a salvo el mar del peligro sin que os ocurra daño alguno. Es evidente que no se pudo evitar la guerra. Lo he estado diciendo una y otra vez a mi hermano Krishna: « Por favor, compórtate con la misma imparcialidad hacia los dos bandos, los dos son parientes nuestros. » Duryodhana nos es tan querido como los

pandavas. Y le pedí que no se pusiera de ningún lado. Pero ha rehusado escuchar mis palabras. Yudhisthira, Krishna ha decidido tomar parte en esta guerra por el bien tuyo y el de tus hermanos; él ha consentido en ser el conductor de Arjuna. Ahora sé que la victoria es vuestra; cuando Krishna coja las riendas de los caballos blancos de Arjuna, nadie más puede soñar en ganar. Bhima, yo te aprecio, pero como tú sabes Duryodhana ha sido mi discípulo favorito y le amo como mi hermano ama a Arjuna, pero no me pondré del lado de Duryodhana. Yo no puedo vivir sin Krishna, ni puedo unirme al lado opuesto del de mi hermano; no puedo luchar con mi hermano por culpa de una guerra entre primos lejanos nuestros. Dejo la guerra y el futuro del mundo en las manos de Krishna. En cuanto a mí, no puedo soportar la destrucción de la casa de los kurus. Me iré lejos de aquí, a las orillas del río Saraswati. Que os vaya bien, tenéis mis bendiciones.

El gran Balarama, con sus ojos enrojecidos como el vino, se alejó caminando como un león hacia su guarida. Se despidió muy cariñosamente de Krishna y se marchó.

Otro gran guerrero vino a ver a Yudhisthira; era Rukmi, el rey de Bhojakata que era hermano de Rukmini, la esposa de Krishna. Con él trajo un ejército que totalizaba un akshauhini en número. Yudhisthira, como de costumbre, le recibió cordialmente y le hizo sentarse. Rukmi le dijo:

—Arjuna, no te preocupes del ejército de los kurus; no tengáis miedo, os ayudaré a ganar esta guerra. No hay nadie tan grande como Rukmi. Haré lo que quiera que me pidas en la guerra; quiero asistirte y puedo vencer a todos los héroes del lado opuesto.

»No necesitas aquí a todos estos reyes para que te ayuden. Puedo matar a todos los héroes kurus yo solo. Cuando los haya matado a todos, te entregaré este mundo como mi regalo.

Rukmi miró a todos sonriendo para sí mismo. Arjuna observó la expresión del rostro de Yudhisthira y luego miró a Krishna. Todo el mundo sabía que Rukmi fue vencido por Krishna, cuando Krishna se llevó a Rukmini y los dos eran enemigos jurados. Pero la cara de Krishna era complaciente, no dijo nada ni su rostro expresaba nada. Arjuna dijo:

—Escúchame, Rukmi. Por favor, no vengas aquí a hablar de miedo. ¿Quién tiene miedo aquí, para que vengas y digas « no tengáis miedo »? No me gusta tu actitud. Estos héroes que se han reunido son todos bravos guerreros y ninguno de ellos se ha expresado con tales palabras. Nunca hemos tenido miedo. Yo he ganado varias guerras sin la ayuda de nadie. No necesitas adoptar ese tono patriarcal y decir que ganarás el mundo para nosotros y nos lo regalarás. No necesito tu ayuda. Puedes irte o quedarte, como más te guste. No estamos ansiosos por tenerte con nosotros.

Rukmi se fue con su ejército, se dirigió a Duryodhana y le habló en términos similares, diciéndole cómo le habían tratado los pandavas. El orgulloso monarca kuru también rehusó la ayuda de aquel fanfarrón.

Así pues, en la gran guerra que tuvo lugar en Kurukshetra lucharon todos los reyes del mundo, excepto Balarama y Rukmi.

El río Hiranwati se convirtió en la línea de demarcación entre los campos de los dos ejércitos. El ejército pandava se estacionó en las orillas del río. Duryodhana llamó a sus aliados, citó a Uluka, el hijo de Sakuni y le dijo:

—Ve inmediatamente al campamento de los pandavas, ante la presencia de Yudhisthira, y asegúrate de que están allí todos los hermanos con Krishna; asegúrate, también, de que estén allí todos los héroes que han venido a ayudarles y entonces, en medio de todos, diles estas palabras: « La guerra en la que hemos estado pensando durante tanto tiempo, se ha convertido ahora en un hecho. Enviasteis un mensaje lleno de bravatas a través de Sanjaya. Ha llegado el momento de que cumpláis vuestros juramentos; en el que tendréis que probar como ciertas vuestras palabras. En la corte del rey de Hastinapura, hace catorce años, todos vosotros hicisteis varios juramentos. Ha llegado el momento de que los cumpláis.

»Uluka, diles estas palabras a los pandavas. Te daré mensajes individuales para los hermanos y para Krishna. Ahora ve y tráeme sus respuestas.

Duryodhana le dio también los mensajes individuales y mandó a Uluka a las orillas del Hiranwati.

Capítulo XXIII

ULUKA EN EL CAMPAMENTO DE LOS PANDAVAS

ULUKA llegó al campamento de los pandavas y le dijo a Yudhisthira:

—He sido enviado por Duryodhana con mensajes para todos vosotros, yo os los transmitiré, pero primero, debéis asegurarme que no os enojaréis conmigo.

Yudhisthira le dijo:

—Por favor, no tengas miedo, no te haremos daño.

Uluka entonces les transmitió el mensaje del monarca de los kurus:

« Yudhisthira, tú fuiste nuestro esclavo debido a un juego de dados y nosotros arrastramos a tu querida esposa a nuestra corte. ¿Qué hombre que se considere como tal hubiera permitido que su esposa fuera insultada como ella lo fue? No eres lo suficientemente valiente para vencernos y, sin embargo, hablas como si fueras grande. Pasaste doce años en el bosque y un año en la corte de Virata, prestando servicios inferiores para este hombre. Recuerda todo lo que te ha pasado hasta ahora, recuerda el estado de Draupadi aquel día en nuestra corte. Aparta a un lado tu hipocresía; estás tratando de esconder tu cobardía tras el ropaje del Dharma. Recuerda el pasado y sé un hombre, lucha contra nosotros como un verdadero kshatrya.

»Bhima, tú juraste impulsivamente que te beberías la sangre de Dussasana, ¡bébetela, si puedes! Eres muy bueno cocinando, pero recuerda, empuñar el cucharón de cocina y empuñar la maza son dos cosas completamente distintas. Puede que seas bueno trinchando carne para alimentarte, pero veamos si eres tan bueno para trinchar el corazón de mi hermano.

»Arjuna, has estado fanfarroneando sobre cómo vas a matar a mi Radheya, déjame ver cómo lo haces. Ni siquiera eres un hombre, pasaste el último año del exilio en el palacio de Virata, bailando y cantando, no eres un hombre, ¿cómo puedes ni siquiera pensar en luchar contra Radheya?

»Nakula y Shadeva, vosotros, pequeños y encantadores gemelos, sois los más mimados de vuestra madre, encajáis en lo que fuisteis en la corte de Virata. No sabéis hacer nada mejor que cuidar vacas y caballos. Habéis jurado matar a mi tío y a su hijo, ¡me causa risa imaginarme que vais a intentarlo!

»Yudhisthira, por favor, no me menosprecies a mí y a mi ejército. Todos vosotros vais a morir. Preparad ahora vuestras almas para encontraros con vuestro creador.

»Krishna, no creas que nos impresionó la conjura que quisiste provocar en nuestra corte, no nos gustó. Dijiste muchas bravatas ese día, dijiste que con la ayuda de Bhima y Arjuna destruirías el mundo entero, déjame verte intentarlo. ¡Destrúyelo si puedes! Krishna, esto no es Vrindavan, donde te ganaste los corazones de las gopis con tu flauta y tu baile. Todos somos hombres, no nos impresiona tu fama que se ha extendido a los cuatro vientos del mundo. Lucha contra nosotros si eres un hombre. Estoy esperando el comienzo de la guerra, quiero ver lo valientes que sois todos; vosotros que tanto habéis hablado de matarnos a todos nosotros. »

Los pandavas parecían el fuego reavivado de nuevo y se levantaron de sus asientos impulsados por la furia. Estaban tan enfadados que no sabían qué hacer ni qué decir. Los ojos de Bhima vomitaban fuego sobre Uluka y parecía como si fuera a matarle. Krishna miró a Bhima y le sonrió como diciendo: « Déjale tranquilo, él es un mensajero y se le ha dicho que no íbamos a herirle. No rompas la palabra de tu hermano. » Krishna le habló a Uluka y le dijo:

—Regresa a toda prisa a donde esté Duryodhana y dile esto: « Duryodhana, todos hemos oído tu mensaje y hemos comprendido cada una de tus palabras. Todos estamos deseando hacer lo que quieres que hagamos, este es mi mensaje personal para ti. ¡Malvado! sé un hombre al menos a partir de hoy. Ya que no has vivido como un hombre, espero que al menos mueras como tal. Crees que no voy a luchar; y como soy el conductor de Arjuna y no un guerrero, no me tienes miedo. Si así lo quisiera, podría quemar todas las huestes de reyes y héroes como el fuego de un bosque quema la paja,

pero le tengo mucho respeto a nuestro rey Yudhisthira, y porque él me lo ha pedido, he aceptado la tarea de conductor.

»Puedes agradecerle a Yudhisthira el hecho de que no vaya a luchar en esta guerra; pero recuerda, Duryodhana, que aunque sólo sea un auriga, verás cómo voy a dirigir los caballos del carro de mi Arjuna. Dondequiera que mires, verás el carro de Arjuna con la insignia del mono. Su estampa aterrorizará tu corazón y te robará el sueño. Despierto o dormido, me verás a mí y a Arjuna y nada más. Verás a Bhima con tus propios ojos bebiéndose la sangre de tu querido hermano, tendrás que contemplar impotente, la expresión de los ojos desesperados de tu hermano, que todavía no estará muerto, cuando le veas atrapado en los brazos de Bhima. Haremos todo lo que prometimos hacer. Tú rompes tus promesas, pero no los pandavas; recuérdalo.»

Bhima dijo:

—Uluka, ve y dile al rey que Bhima no ha olvidado su promesa, pídele a tu rey que se prepare para ver la muerte de sus hermanos. Verá la muerte de sus hijos y de todos sus sobrinos, entonces recordará este mensaje que ha mandado a los pandavas. Me beberé la sangre de Dussasana bajo los ojos de Duryodhana, que no podrá salvar a su hermano. Que tu rey se esconda dondequiera, yo iré tras él, le romperé su muslo y le mataré. Los valientes no repiten sus juramentos para convencerse a sí mismos, hacen lo que han jurado hacer. Dile eso.

Y Arjuna le dijo:

—Tu rey es un hombre de la peor clase. No tiene ningún valor y depende de la fuerza y el coraje de otros. Ha nombrado al gran anciano Bhishma comandante de su ejército, ¿no se avergüenza de sí mismo? ¿Cómo se atreve a agotar a ese anciano a su edad? Ha decidido que el gran kuru, Bhishma, debe morir primero y tendrá que morir; yo voy a matarle. Le enseñaré a ese rey tuyo que no somos hombres de palabras, sino hombres de acción. Que vea cómo todos los grandes héroes caen uno a uno. Entonces recordará el mensaje que nos mandó a los pandavas a través de ti.

Habiendo recibido todas las respuestas, Uluka volvió a su rey.

Al día siguiente el ejército de Duryodhana se reunió en el campo de Kurukshetra, al igual que el ejército de Yudhisthira. La noche había sido muy excitante para ambas partes. Duryodhana estaba inmensamente complacido pensando que Bhishma destruiría todo el ejército de los pandavas. No les tenía miedo a los cinco hermanos. Estaba seguro de que la guerra se acabaría en un día y que no necesitaría otro comandante para su ejército. Su abuelo destruiría a los enemigos en un día.

Yudhisthira no pudo dormir en toda la noche, se sentía muy infeliz. Todos estuvieron hablando durante largo rato. Yudhisthira dijo:

—Krishna, me siento muy infeliz pensando en el futuro, no me gusta el cariz que están tomando las cosas. Yo no quería esta guerra, no quería luchar contra nuestro abuelo. No quiero ni pensar que vamos a herirle con nuestras flechas, odio esta guerra.

Krishna le miró y le dijo:

—No está bien que te sientas infeliz en estos momentos. Es un momento crítico, tú no tienes ninguna culpa de esto, estás cumpliendo con tu deber como kshatrya. Cuando estuve en Hastinapura observé que sólo Vidura estaba desafiando abiertamente a Duryodhana. Bhishma, Drona y Kripa, no estaban demasiado en contra de la guerra. Bhishma ha tomado complacido el mando del ejército de los kurus y está deseando luchar contigo. ¿Por qué has de preocuparte?

Yudhisthira dijo:

—Arjuna, sufrí los trece años del exilio para evitar esta guerra. Bhima, tú querías luchar y yo te pedí que fueras paciente, siento todo lo que ha ocurrido. Traté de evitar esta guerra todo lo que pude, pero el dios de la destrucción ha llegado a este mundo. La cuarta era, la última porción del tiempo, Kali, está esperando nacer. ¿Cómo vamos a matar a estos ancianos a los que hemos estado honrando durante todos estos años? Es pecaminoso.

Arjuna le confortó con palabras amorosas, le dijo:

—Siento que no es un pecado matar a aquellos que han decidido matarnos. Estos ancianos, habiéndote conocido a ti y tu bondad, se han puesto del lado de Duryodhana. Tenemos que luchar, no podemos volvernos atrás, se nos ha forzado a esta guerra, no tenemos opción. El riachuelo de la montaña, una vez que abandona su origen, tiene que bajar por el valle y precipitarse hacia el mar. Del mismo modo, las almas que han iniciado el peregrinaje hacia la fama tienen que seguir y seguir. El río no tiene camino de regreso y nosotros tampoco lo tenemos. Ven, hermano, no pensemos más. La guerra comenzará mañana, ven, vayámonos a dormir.

Libro 6
Bhishma
(Bhishma Parva)

Capítulo I
EL CAMPO DE KURUKSHETRA

EL ejército de los pandavas se situó en el lado oeste del campo, cara al este. Yudhisthira había reunido a su ejército en las inmediaciones de un lago llamado Samantapanchaka. Por la mañana temprano, los pandavas vieron la sombrilla blanca en el corazón del campamento de los kurus; era el símbolo de la realeza. Viendo aquella sombrilla los corazones de los guerreros de los pandavas se enardecían pensando en la guerra. Arjuna y Krishna soplaron sus caracolas. Desde su campamento los kurus respondieron con diversos sonidos resonantes. La excitación se podía sentir en todas partes.

Los guerreros de ambos lados se reunieron y establecieron las reglas que habían de seguir ambos ejércitos. La lucha debía ser entre iguales. Por ejemplo, la lucha debía ser entre dos carros, dos arqueros, o dos hombres con maza. Si durante la lucha, uno se retiraba, no debía ser dañado. Si la lucha era con palabras, el oponente debía responder con palabras y no con flechas. A quien quiera que huyera corriendo del campo de batalla, no se le debería matar. No debería atacarse a nadie que estuviese asustado o carente de los medios adecuados para luchar.

Los conductores, animales y sirvientes que tenían que tocar las trompetas de guerra, tambores y címbalos no debían ser atacados.

Estas eran algunas de las reglas que habían de observarse para que la lucha fuera caballeresca. Después de que estas reglas fueron aceptadas por ambas partes, los dos ejércitos se prepararon para el gran encuentro.

La noche anterior Vyasa visitó a Dhritarashtra, su hijo. Vyasa le dijo:

—Hijo mío, han llegado días terribles. Tus hijos y otros reyes, todos los demás reyes del mundo que se han reunido aquí, morirán dentro de pocos días. Este será el curso del destino, no tiene sentido apenarse por ello. Y si quieres ver la guerra, te concederé el don de recuperar la vista.

El pobre Dhritarashtra le respondió:

—Mi señor, he estado ciego toda mi vida, no sé lo que es ver. No quiero usar mis ojos para ver morir a mis hijos. ¡No! Me contentaría con escuchar a alguien que me lo contase todo. Si hay alguien que pueda ver la guerra y relatármela vívidamente, estaré satisfecho.

Vyasa dijo:

—Que así sea. Sanjaya te dará una narración veraz y vívida de toda la guerra. Le otorgaré el don de la visión interior. Será como los rishis, que pueden ver todo lo que se ha de ver. Sanjaya verá todo lo que ocurra en la guerra, conocerá incluso los pensamientos de todos ellos. Tanto lo que se hable como lo que pase por la mente de los hombres, Sanjaya podrá saberlo, tanto de día como de noche. Sanjaya podrá verlo todo. Cada día estará en el campo de batalla y verá cómo se lucha. Él te lo relatará durante la noche sin que la fatiga o el agotamiento puedan afectarle.

Vyasa le dijo también que todos los presagios profetizaban la derrota y muerte de los kurus y el éxito de los pandavas. Luego confortó a su infeliz hijo y se marchó.

El rey comenzó a organizar sus tropas. Le dijo a su hermano Dussasana:

—Ocúpate de que los carros conducidos por los mejores hombres sean colocados cerca de nuestro abuelo. La guerra que siempre hemos querido se ha vuelto ahora una realidad. La tarea más importante con la que nos enfrentamos es la protección de Bhishma. Él puede destruir el ejército de los pandavas que está bajo la custodia de Dhrishtadyumna. Recuerda que nuestro abuelo nos ha dicho que no luchará contra Sikhandi, ya que era una mujer, que más tarde cambió de sexo.

»Seguro que los pandavas conocen este hecho, por lo cual debemos evitar que nuestro abuelo se encuentre con Sikhandi. Que todos nuestros guerreros hagan todo lo posible por matar a Sikhandi. El carro de Arjuna está protegido a ambos lados por Yudhamanyu y Uttamaujas, y Arjuna está protegiendo a Sikhandi. Mi querido hermano, debemos tener cuidado y evitar cualquier peligro que se acerque a nuestro comandante, recuérdalo siempre.

Diez de los akshauhinis de los kurus estaban ordenados en una falange formidable. El undécimo estaba bajo el liderazgo inmediato de Bhishma, que estaba al frente. Los caballos de Bhishma eran blancos y su bandera era una palmera dorada con cinco estrellas. Su carro era de plata. Con su pelo y sus vestidos blancos, sentado sobre su carro de plata, Bhishma parecía la Luna nueva. La visión del veterano guerrero causó terror en los corazones de sus enemigos. El Sol acababa de aparecer por el este matizando el cielo del alba con sus rojos rayos. Bhishma se dirigió a sus tropas diciéndoles:

—Las puertas del cielo se han abierto hoy de par en par para dejar entrar a todos aquellos que mueran. Todos debéis luchar sin pensar en el mañana. A todos nos espera un glorioso futuro. No hay gloria ninguna en el hecho de que un kshatrya muera en

su cama después de una enfermedad. Un kshatrya sólo debería morir en el campo de batalla. Preparaos para ganar o morir.

Todos los kshatryas estaban dispuestos a morir. Sólo un hombre había dejado las armas; era Radheya. Había jurado que no lucharía mientras Bhishma estuviera vivo. Los protectores de Bhishma estaban dirigidos por Aswatthama. Iba acompañado de varios héroes, uno de los cuales era Bhurisravas y otro Salya. Siete guerreros estaban allí para proteger al gran hombre impidiendo que se le acercase Sikhandi.

Podía verse a Duryodhana en el centro del ejército. Su famosa insignia se veía claramente: la serpiente bordada en un paño de oro. Viendo aquel inmenso ejército y a su comandante, Yudhisthira le dijo a Arjuna:

—Su ejército es enorme, está formado por once akshauhinis y el nuestro sólo por siete. ¿Cómo vas a organizar nuestro ejército para hacer frente al formidable ejército de Bhishma?

Arjuna dijo que trataría de organizar el ejército en forma de la falange llamada Vajra, que era impenetrable. Era la estrategia favorita de Indra, y de él recibió su nombre. Dhrishtadyumna estaba en la vanguardia del ejército y le apoyaba Bhima. Yudhisthira estaba en el centro de la falange, Sikhandi estaba también en el medio, apoyado por Arjuna. El ala derecha del ejército estaba protegida por Satyaki. Los kurus podían ver ahora el carro de Arjuna. Era un carro precioso. La terrible insignia del mono se veía desde gran distancia. El gran Hanumán se había colocado sobre ella. Los caballos blancos brillaban con el Sol de la mañana y se podía ver el rostro sonriente de Krishna. Su mano izquierda sostenía las riendas y su mano derecha sostenía el látigo. La estampa que ofrecía aquella gran pareja, Krishna y Arjuna, era emocionante. Los comandantes del ejército kuru, Drona y Kripa, les saludaron mentalmente, pues sabían que estaban contemplando a Nara y Narayana. Krishna había llevado ahora el carro al frente del ejército y le dijo a Arjuna:

—Arjuna, ahora sé firme. Fíjate en Bhishma. Él es el león entre los héroes kurus. Este gran héroe, este veterano de guerra será tu primera víctima, prepárate, Arjuna, para la gran guerra.

Capítulo II

LA CABALLEROSIDAD DE YUDHISTHIRA

Un silencio repentino se apoderó de ambos ejércitos, dejándoles inmóviles; parecían un cuadro pintado. Por un lado el veterano kuru rodeado por todos los héroes y por el otro lado el gran Dhrishtadyumna y Bhima con todos los demás guerreros del lado de los pandavas, incluyendo a Krishna y Arjuna en el carro dorado tirado por corceles tan blancos como la nieve. En medio de aquel silencio ocurrió algo sorprendente.

Yudhisthira, de repente, se quitó su armadura y arrojó todas sus armas al suelo echándose a andar con pasos firmes y los pies descalzos hacia el campo enemigo. Todo el mundo le observaba con el aliento contenido. Se dirigía hacia su querido abuelo. Viéndole, Bhima le siguió, Arjuna y Shadeva con Nakula y Krishna le dieron alcance siguiéndole también. Nadie podía comprender porqué Yudhisthira estaba haciendo aquello. Arjuna dijo:

—Mi señor, ¿qué razón hay detrás de tu repentina decisión de ir hacia tus enemigos? Bhima le dijo:

—Mi señor, te has quitado tu armadura y nosotros también, también te has despojado de las armas y con paso rápido te diriges hacia tus enemigos. ¿Acaso te has olvidado de nosotros, tus hermanos? ¿Por qué estás haciendo esto, hermano mío?

Nakula le dijo:

—Haciendo esto has puesto nervioso el corazón de tus hermanos, ¿por qué lo haces? Shadeva le dijo:

—En vez de luchar contra ellos te estás exponiendo al enemigo, ¿por qué lo haces?

Yudhisthira no contestó a ninguna de estas preguntas y siguió caminando sin parar. Krishna les miró y tranquilizándoles les dijo:

—Comprendo su propósito, Yudhisthira va hacia Bhishma, Drona, Kripa y Salya para pedirles permiso para luchar contra ellos. Ellos son vuestros mayores. Se dice que si un hombre lucha contra sus mayores después de haberles pedido permiso, tiene la seguridad de ganar la guerra. Si no fuera a pedirles permiso sería derrotado con toda seguridad. Esta es la razón de la extraña conducta de Yudhisthira.

Después de esto, caminaron en silencio.

Todo el mundo estaba observando a Yudhisthira. Los kurus estaban sorprendidos viéndole. Todos pensaron que Yudhisthira había perdido los nervios en el último momento y que se dirigía a Bhishma para rogarle que detuviese la guerra. Yudhisthira se acercó al ejército que rodeaba a Bhishma, el cual le abrió paso. Bhishma estaba esperando al más noble de los hombres con una sonrisa en sus labios. Yudhisthira se acercó a él, con los ojos llenos de lágrimas se postró a los pies de Bhishma y lo mismo hicieron sus hermanos.

Yudhisthira le dijo:

—Mi señor, ahora la guerra se ha vuelto inevitable. Tenemos que luchar contra ti, por favor bendícenos y di que saldremos victoriosos de la guerra.

Bhishma estaba complacido con este gesto por parte de Yudhisthira y dijo:

—Hijo mío, tú sabes que la victoria es tuya; Krishna está de tu lado. Eso significa que el Dharma está de tu lado. El hombre es un esclavo de la riqueza y no la riqueza del hombre. Tengo que luchar contra ti, ya que mi riqueza es la del monarca de los kurus. No tengo derecho al trono de los pandavas, renuncié a él hace mucho tiempo; pero el rey

me ha estado manteniendo y es mi deber luchar por él. Mas tú sabes que mi amor y mis bendiciones estarán siempre contigo.

Yudhisthira fue hacia Drona, Kripa y Salya y después de haber obtenido sus permisos y sus bendiciones, regresó a su campo. Cuando volvió, todos sabían que la guerra iba a estallar en cualquier momento y que los pandavas ganarían. Mientras Yudhisthira estaba hablando con Salya, Krishna se las arregló para ir a donde estaba Radheya y le dijo:

—Radheya, he oído que debido a tu odio por Bhishma has jurado no luchar hasta que él muera; una vez que muera tendrás que luchar. Aún no es demasiado tarde; ven y únete a los pandavas o al menos únete a ellos durante unos pocos días y así podrás luchar contra Bhishma, tu enemigo. Después de que muera puedes volver con Duryodhana.

Radheya se rió de Krishna y le dijo:

—¿A qué viene esta sugerencia tan infantil, Krishna? Grande es tu afecto por los pandavas, pero, mi señor, yo quiero a mi amigo Duryodhana y ya le he entregado mi vida, sólo es una cuestión de días, de pocos días. Déjame que siga el curso de mi destino, ha sido ordenado de este modo y nadie puede cambiarlo.

Los ojos de Krishna estaban llenos de lágrimas contemplando a aquel hombre, el más noble y el más desafortunado de los héroes que iban a morir en unos pocos días.

Después de regresar junto a su ejército, Yudhisthira anunció en voz alta para ambos ejércitos:

—La guerra está a punto de comenzar; si hay alguien del lado de los kurus que desee unirse a mí, es bienvenido.

Habiéndose oído estas palabras de Yudhisthira, Yuyutsu, uno de los hermanos de Duryodhana, fue hacia Yudhisthira y le dijo:

—Deseo ponerme de tu lado si tú me aceptas. Yudhisthira estaba complacido con él y le dijo:

—¡Seguro!, me alegra que te pongas de nuestro lado. Me alegro de que cuando mi tío Dhritarashtra muera, al menos uno de sus hijos viva aún para realizar para él los ritos funerarios.

Estas dulces pero mordaces palabras que salieron de los labios de Yudhisthira hicieron que los kurus perdieran su complacencia durante un momento y se estremecieran involuntariamente, pues al instante se acordaron del juramento de Bhima. Yudhisthira abrazó a Yuyutsu y le dio la bienvenida.

Yudhisthira se puso su armadura, y lo mismo hizo Bhima y luego Arjuna, Nakula y Shadeva. El aspecto de estos grandes hombres era terrible. Tenían un aspecto fiero y espantoso como la muerte misma.

Todos los guerreros subieron a sus carros y ambos bandos comenzaron a soplar sus caracolas. Luego los tambores de guerra y las trompetas llenaron el aire estrepitosamente.

Duryodhana observó el ejército de los pandavas y la forma tan experta en que se había colocado el vyuha. Recapacitó por unos momentos y luego se dirigió a Drona y le dijo:

—Mira, mi señor, fíjate en el inmenso ejército de los pandavas; tu discípulo Dhrishtadyumna ha sido el responsable de este excelente vyuha. Puedo ver entre sus filas a muchos héroes, todos tan poderosos como Bhima y Arjuna. Allí, a la vanguardia puedo ver a Satyaki. Más hacia arriba puedo ver a los dos veteranos Virata y Drupada. Fíjate en ese lado, el poderoso Dhrishtaketu, Chekitana, y el señor de Kasi están esperando a que comience la guerra. Justo detrás de ellos puedo ver a Puruyit, Kunti Bhoja y Saibya. Otros dos hijos de Drupada escoltan el carro de Arjuna, uno a cada lado: son Yudhamanyu y Uttamaujas. Allí está Abhimanyu junto con los hijos de Draupadi. Todos son maharathikas, mi señor. Ahora volvamos nuestros ojos a nuestro ejército. Te repetiré los nombres de los grandes hombres que militan en nuestras filas. Vuestra excelencia y Bhishma, el anciano kuru, también está Radheya el intrépido, y Kripa, quien nunca ha conocido la derrota en una batalla. Aswatthama y Vikarna están conmigo y también Bhurisravas el hijo de Somadatta. Estos son algunos de los muchos héroes que me han entregado su vida. Mi ejército, conducido por Bhishma, mi querido y venerado abuelo, no tiene límites, mientras que el de ellos parece limitado aunque está protegido por Bhima. Mi señor, en esta guerra que está a punto de comenzar, quiero que todos protejáis a Bhishma.

Bhishma vio desde lejos a Duryodhana examinando los ejércitos y hablando con su guru Drona. Bhishma, queriendo alentar el corazón de su nieto, lanzó su grito de guerra que sonó como el rugido de un león y luego sopló su caracola. A continuación los demás hicieron lo mismo. Desde el carro dorado de Arjuna, con los famosos caballos blancos enjaezados, sonaron las notas puras de la Panchajanya, y a continuación sonaron las notas de la devadatta, la caracola de Arjuna. Bhima cogió su Paundra y la hizo sonar, y Yudhisthira a continuación sopló su Anantavijaya. Nakula apoyó en sus labios su caracola Sughosha y después de ella se oyó la Manipushpaka de Shadeva. Luego les siguieron todos los demás haciendo sonar sus caracolas una tras otra: el rey de Kasi, Sikhandi, Satyaki, Dhrishtadyumna, Virata, Drupada, los hijos de Draupadi, y Abhimanyu. El sonido que provocaban las caracolas sonando todas juntas al mismo tiempo era formidable. Hasta los mismos cielos retumbaron con aquella estridente vibración.

Capítulo III

EL BHAGAVAD GITA

El carro de Arjuna había llegado al frente y su bandera estaba presidida por Hanumán. Ahora podía ver a los hijos de Dhritarashtra y el vyuha que había formado su abuelo. En medio del sonido ensordecedor que producían las diversas caracolas de guerra y trompetas, Arjuna, cogiendo el gandiva en su mano, dijo:

—Krishna, coloca mi carro justo en medio de los dos ejércitos contendientes. Quiero ver a todos los héroes que están formados contra nosotros. Quiero ver bien a esos hombres que están ansiosos por la batalla. Quiero ver con quiénes tengo que luchar en esta guerra. Quiero ver a los muchos héroes que están tan deseosos de complacer a Duryodhana.

El carro se desplazó hacia adelante, unos cuantos metros, y Krishna lo situó donde quería Arjuna: frente a Bhishma, Drona y los demás, y le dijo:

—¡Mira, Arjuna! Fíjate en el gran ejército que dirigen Bhishma y Drona. Mira a todos los kurus que se han reunido aquí para morir en tus manos.

Arjuna posó sus ojos sobre aquel gran espectáculo y vio a los héroes preparados para la guerra, vio allí a muchos de los que le eran queridos. Eran sus abuelos, maestros, tíos, hermanos, hijos, amigos entrañables y camaradas. Los miraba una y otra vez, y, de repente, se sintió lleno de compasión por todos ellos. Su voz estaba emocionada por la aflicción y dijo:

—Krishna, siento que una terrible debilidad se apodera de mí. Mi boca se ha secado de repente y me tiembla todo el cuerpo. Krishna, mi cabeza me da vueltas y me siento desfallecer. Mis miembros rehusan mantenerme en pie. Mi cuerpo arde como si tuviera fiebre y mi gandiva se resbala de mis manos. Cuando miro a todos estos hombres que son mis parientes, siento que no puedo luchar contra ellos. Fíjate en los presagios, Krishna, no auguran nada bueno para nadie. No creo que esté bien que mate a mis parientes, no quiero ganar esta guerra. No quiero ningún reino ni tampoco los placeres de este mundo. No les veo ninguna utilidad. Esos grandes héroes significan mucho para mí y están listos para luchar. No les mataría, aunque obtuviese la soberanía sobre los tres mundos. ¿Cómo entonces voy a matar a los hijos de Dhritarashtra por el placer pasajero de gobernar este mundo? Han sido ambiciosos, malvados, avariciosos y codiciosos. Admito todo eso, pero aun así siguen siendo mis primos, y es un pecado matar a los propios parientes. Antes me alejaría de la guerra. Incluso mejor sería que me matase Duryodhana. No quiero luchar.

Arjuna se desplomó sobre el asiento de su carro. Había arrojado su arco y sus flechas y su corazón estaba traspasado por el dolor, sus ojos estaban llenos de lágrimas y su corazón de gran compasión.

Krishna le miró durante un momento y le dijo:

—Arjuna, ¿cómo permites que el desaliento se apodere de ti? ¿acaso no te das cuenta de que la situación es crítica? ¿Cómo permites que tu ánimo decaiga en este momento crítico a causa de esos sentimientos? Esos sentimientos no son nada nobles, te apartarán del cielo y serán una mancha para tu buen nombre. Estás ganándote la ignominia. Aparta de tu corazón esta flaqueza momentánea y levántate. No olvides tu hombría. ¡Vamos, Arjuna, prepárate para luchar!

Arjuna, que todavía era incapaz de sobreponerse de su desánimo, dijo:

—¿Cómo puedo dirigir mis flechas contra Bhishma y Drona? Krishna, mi deber sería adorarles y, en cambio, estoy tratando de matarles; no es justo. Su sangre teñirá cualquier gozo que yo pueda tener más tarde en este mundo; no puedo hacerlo. Krishna, tú sabes que no soy un cobarde, esto no es debilidad, es compasión por el enemigo. No sé qué debo hacer. Dímelo, dime qué es lo que debo hacer, lo dejo en tus manos. Haz conmigo lo que desees. Estoy seguro de que nada disipará este dolor, ni siquiera las recompensas prometidas en el cielo y en la tierra.

Arjuna se sentó en silencio rehusando luchar. Krishna le sonrió y le dijo:

—Arjuna, te estás preocupando por aquellos que no lo merecen y, sin embargo, hablas como si fueras muy sabio. Un hombre sabio nunca llora, no llora ni por los vivos ni por los muertos. Créeme, el alma eterna es imperecedera y nadie puede comprenderla, sólo los cuerpos son perecederos. El cuerpo pasa en la vida por los diferentes estados de niñez, juventud y vejez y del mismo modo que estos estados son naturales, la muerte, que es el cuarto estado, también es natural. La muerte hace que el alma pase de un cuerpo a otro. Cuando los sentidos se unen a los objetos de los sentidos, aparecen el calor y el frío que afectan al cuerpo, y el placer y el dolor que afectan a la mente. Estos no son sino nubes pasajeras, no duran para siempre. Debes aprender a soportarlos; cuando aprendas a dejar de ser afectado por ellos, serás merecedor de la inmortalidad.

»Todo este universo tan inmenso está presidido por el Eterno. Arjuna, tú crees que eres el que mata y tu víctima piensa que es aniquilada por ti, pero ambos estáis equivocados. Ni tú matas ni tu víctima es aniquilada, no es así. Lo que no ha nacido, no puede morir, ni siquiera cuando muere el cuerpo. Una vez que conozcas lo que es imperecedero y eterno, una vez que conozcas lo que no tiene nacimiento ni cambios, ¿cómo puedes matar? Cuando un vestido está viejo y roto, el hombre lo arroja y se pone otro nuevo. Del mismo modo, el alma, cuando el cuerpo envejece, que es algo inevitable, lo abandona y toma un cuerpo nuevo. Dices que vas a matar a tus enemigos, pero estás equivocado. Las armas no pueden herir el alma; el fuego no puede quemarla, ni el agua puede mojarla. Es Eterna y es la misma para siempre. Una vez que comprendas esta verdad, no te preocuparás.

»Supongamos que no conoces la Verdad Suprema. Incluso así, no debes preocuparte, sabes que la muerte de un hombre se decide en el momento que nace. Siempre que alguien nace, es seguro que ha de morir y del mismo modo siempre que alguien muere es seguro que volverá a nacer. Por eso, no debes preocuparte. Es un misterio el modo en que las cosas y los seres vienen al mundo y también es un misterio su destino después de la muerte; sólo conocemos la porción intermedia: su tránsito por la tierra. Pero no has de preocuparte por esto, el alma que reside en el cuerpo nunca puede morir, así que no tienes porqué llorar.

»Incluso si no comprendes todo esto, permíteme que te diga que debes luchar porque eres un kshatrya. Tu deber es luchar, una guerra justa es el mayor bien que puede acontecerle a un kshatrya. Tú tienes esa oportunidad. Las puertas del cielo están abiertas para ti. Si te alejas de esta guerra, que es una guerra justa, estás ganándote la infamia. Estás evadiéndote de tu deber y eso es un pecado. El mundo hablará de tu vergonzosa conducta y para un hombre que ha alcanzado tantos honores en el pasado, eso sería peor que la muerte. ¿Quién crees que comprenderá las razones que te motivaron a alejarte de la lucha? Pensarán que tienes miedo de luchar y serás despreciado por los hombres que antes pensaban bien de ti. Tus enemigos se reirán de ti y te infamarán. ¿Puede haber algo más penoso que eso?

»Si mueres luchando, tienes un lugar seguro en el cielo y si ganas la guerra, la tierra es tuya. Decídete y levántate, Arjuna. Tienes que luchar, debes hacerlo. Tienes miedo de cometer pecados, pero yo te diré cómo escapar al pecado. Trata por igual al placer y al dolor; a la ganancia y a la pérdida y a la derrota o a la victoria. No dejes que tu mente te perturbe con pensamientos ni dudas. Prepárate para luchar y te aseguro que no cometerás ningún pecado.

»Te hablaré más de esta norma de conducta llamada Karma Yoga y si la sigues, te librarás de la atadura del Karma. Las acciones que se hacen buscando resultados, beneficios y frutos producen ataduras. Este yoga no es como el Karma Kanda de los rituales en el que existe el peligro de caer en el pecado por una pequeña transgresión en el procedimiento. El yoga del que hablo es distinto; no se pierde ningún esfuerzo, ni existe nunca ningún daño. Con un poco que lo sigas, quedarás libre del Gran Miedo (Muerte). Arjuna, trata de elevarte por encima de los tres gunas, trata de que no te afecten los pares de opuestos y piensa sólo en la pureza. No pienses en poseer nada, piensa sólo en mí y deja que esa sea tu única meta. No pienses en otras cosas.

»Tu deber es actuar. Lo correcto está sólo en la acción. No te preocupes en lo más mínimo por sus frutos. Cuando realices una acción, no pienses en sus resultados o recompensas. Pero no te engañes pensando que la inacción te ayudará. No, tampoco tienes derecho a quedarte inactivo, tan sólo no te apegues a nada. Haz tu trabajo con

mente imparcial, sin que te afecten el éxito o el fracaso. Se llama Yoga a ese estado imparcial de la mente. »

Arjuna intervino y preguntó:

—Krishna, háblame más del hombre que es imparcial, cuyo intelecto es firme y cuya mente está desapegada. Descríbemelo.

Krishna debió sentirse complacido cuando vio que Arjuna mostraba signos de resurgir del desánimo en el que había caído y centrándose en el tema, le dijo:

—Me hará feliz decírtelo. A este tipo de hombre se le llama Sthitaprajna. Lo primero que se ve en él es que ha abandonado todo deseo mental y su espíritu encuentra descanso en sí mismo. Su pulso no le falla frente al dolor, ni late más rápido cuando se le acerca la alegría. Hay tres estados que jamás toman lugar en su mente: el deseo, el miedo y la ira. Nunca está apegado a nada ni a nadie, trata al bien y al mal con la misma ecuanimidad y tampoco siente euforias, ni odia. El hombre que es imparcial retira sus sentidos, concentrándose dentro de sí mismo, igual que la tortuga hace con sus miembros. Una vez que ha retirado así sus sentidos, el alma pierde el apetito por los objetos de los sentidos, e incluso el gusto por ellos que pudiera continuar, se deshace cuando se alcanza al Supremo.

»No obstante, esto no es nada fácil. Los hombres más sabios se encuentran con que a veces los sentidos se rebelan y arrastran a la mente en su corriente. Entonces la mente es como un bote sacudido de aquí para allá por una tempestad. Debes controlar los sentidos y eso sólo es posible si meditas en mí. Una vez que el hombre da lugar al apego hacia los objetos de los sentidos, todo se convierte en un caos, ya que el apego da lugar al deseo y el deseo engendra la ira. El paso siguiente es la ilusión; la mente se confunde y se pierde el entendimiento. La destrucción le sigue como una estela. Así que has de controlar los sentidos. El hombre en el que los deseos se disuelven como las aguas cuando entran en el mar, consigue la paz. Este es el estado divino y esta es la dicha del estado de Brahma del que ningún hombre caerá de nuevo. »

Arjuna, que había estado escuchando atentamente, intervino preguntando:

—Krishna, dices que la realización de Brahma es el estado más alto. ¿Entonces por qué me pides que realice esta horrible tarea?

Krishna le dijo:

—Hay dos senderos que conducen a ese estado. Uno es el conocimiento a través de la meditación y el otro es el trabajo para el hombre de acción. Recuerda que ningún hombre puede quedarse quieto ni siquiera por un momento. Todo hombre tiene que actuar. Es ley de la naturaleza que todo esté en continua acción. Puede que encuentres a un hombre sentado y quieto sin hacer nada; sin embargo, su mente está ocupada en el mundo de los sentidos; este hombre es un hipócrita. Luego hay otro tipo de hombre, el

Sthitaprajna del que te hablé, que ha controlado sus sentidos y su mente, y que cuando trabaja, lo hace desapegado. Este hombre es infinitamente superior a cualquier otro tipo de hombre. Debes cumplir con tu deber y, además, sin actuar no puedes vivir. Incluso tus órganos corporales necesitan estar en acción para sostenerte.

»¿Cómo puede, entonces, escapar el hombre a la atadura de la acción? Realiza el trabajo como un sacrificio, deja tus apegos y trabaja como si estuvieras realizando un sacrificio para mí, este es el secreto de la acción desinteresada. El trabajo ha de hacerse para beneficio de los demás y no para nosotros. Dedícame todas tus acciones y lucha, fijando tu mente en el Espíritu Eterno. Desapega tu mente de todo tipo de deseo y de ti mismo. Entonces, cuando cumplas con tu deber, el pecado o el beneficio, cualquiera que sea el caso, no recaerá sobre ti y serás libre. »

Arjuna dijo:

—Comprendo lo que dices, pero, Krishna, el hombre es conducido a veces al pecado a pesar de sí mismo; a pesar de sus buenas intenciones y en contra de su naturaleza; como si no tuviera voluntad. ¿Por qué ocurre esto?

Krishna dijo:

—Sé a lo que te refieres; el deseo y la ira inducen al hombre a cometer pecados. Considera estas dos cosas como los peores enemigos del hombre. El verdadero conocimiento está oculto en el interior y está cubierto por estas dos cosas. El humo cubre a la llama y el polvo cubre a un espejo, igual que el feto está oculto en la matriz. Del mismo modo, no puedes ver el alma que está dentro de ti por estas obstrucciones. Un soplo de aire es suficiente para apartar el humo que cubre al fuego; para un hombre de temperamento sátvico el más mínimo esfuerzo es suficiente para revelarle el Dios que lleva en él. El espejo, si se limpia con un paño, queda claro; un esfuerzo un poco mayor es necesario para que un hombre de naturaleza rajásica realice al Supremo. El niño tiene que esperar durante meses antes de que pueda liberarse de la matriz que le contiene. Y aún un poco más de esfuerzo ha de poner un hombre de tendencia tamásica que quiere liberarse de los sentidos y realizar a Brahmán.

Krishna decidió entonces que Arjuna tuviera un atisbo de Su Divinidad y le dijo deliberadamente:

—Yo le enseñé este yoga a Vivasvan, él se lo transmitió a Manu y Manu se lo enseñó a Ikshwaku. Ha sido transmitido de generación en generación, pero poco a poco se ha ido perdiendo hasta eclipsarse. Ahora te estoy contando este secreto ya que eres mi amigo y porque te amo.

Arjuna le dijo:

—Pero Krishna, Vivasvan vivió hace muchas eras, antes de que tú nacieras. ¡No comprendo cómo pudiste mostrárselo! Krishna sonrió y le dijo:

—Tú y yo hemos tenido muchas encarnaciones, sólo que yo conozco las mías y tú no recuerdas las tuyas. Yo soy el Innacido y el Eterno, soy el Señor de todo. Cuando hay un declive de la justicia en este mundo y hay peligro de que la injusticia destruya el Dharma, Yo me manifiesto. Me encarno y nazco yuga tras yuga para proteger a mis devotos, destruir a los malvados y establecer y propagar el Dharma. No cualquiera puede conocer mi divinidad, pero los pocos escogidos que por su amor por mí la conocen, nunca más vuelven a nacer y llegan a mí. No tienen miedos, ni ira, ni pasión, buscan refugio en mí y están entregados a mí. El fuego del conocimiento les hace puros y se vuelven uno conmigo. No importa de qué forma se acercan a mí, ni de qué forma me adoran; a todos aquellos que me aman y me sirven, yo les acepto.

»Te hablaré más del yoga de la acción. Toda empresa del hombre debe estar libre del deseo de su fruto. Sólo entonces el hombre será feliz; siempre estará trabajando y, sin embargo, no estará trabajando en el conocido sentido de la palabra, ya que no le dará ninguna importancia a los frutos de sus acciones. El conocimiento de la divinidad reduce a cenizas todo el apego al trabajo y el hombre se libera de toda atadura. Un hombre inducido por acciones desinteresadas y por el conocimiento, ha destruido todas sus dudas y se vuelve uno conmigo. Cuando me entrega los frutos a mí, consigue un estado mental equilibrado y obtiene la paz. Pero los hombres inducidos por deseos egoístas, se apegan a los frutos de su trabajo y se atan, quedando envueltos en el mundo. Un verdadero yogui, un sanyasin, es el que realiza el trabajo que debe hacer y no busca los frutos de él. La renunciación es el trabajo desinteresado. La verdadera renunciación, es la renunciación al deseo y nada más que eso. La acción es el único medio de alcanzar el yoga de la renunciación; una vez que se consigue, la serenidad viene por sí misma a la mente.

»Los placeres que surgen del apego, son sólo fuentes de dolor posterior, tienen un principio y un fin. Las cosas que tienen principio y fin, nunca son la fuente de la eterna alegría y el hombre sabio debería evitarlas. Cuando un hombre llega al estado en el que el frío y el calor, el placer y el dolor, el honor y el deshonor le parecen igual, siempre está sereno. Un puñado de tierra, una piedra y un pedazo de oro, le parecen igual. No puede ver diferencias entre amigos y enemigos, entre gente indiferente y gente parcial, ni incluso entre gente malvada y gente justa. Este hombre es grande.

»Escúchame cuidadosamente, Arjuna, pues te contaré el secreto de todos los secretos: he asumido esta forma humana, pero los ignorantes no me reconocen como el Señor de todos los seres. Yo soy el UNO y el ÚNICO. El adorarme a mí conduce a los hombres al estado supremo que soy yo mismo. Yo soy el Padre del universo y la meta de toda meditación y adoración. Aquellos que meditan en mí y me adoran a mí y sólo a mí, llegarán a mí al final. Por lo tanto es muy fácil alcanzar mi Gracia. Cualquier cosa que hagas, cualquier cosa que comas, todo lo que des y cualquier sacrificio que realices,

dedícamelo todo a mí. De ese modo quedarás libre de la atadura del Karma y de los buenos o malos frutos de tus acciones. Quedarás libre para venir a mí.»

Arjuna dijo:

—Dime cómo puedo conocerte mediante la meditación constante. Quiero saberlo todo sobre tu poder y tu grandeza. Quiero saber cómo poder buscarte y dónde moras.

Krishna le dijo:

—Yo soy el Alma que mora en el corazón de todo. Soy el principio, el medio y el fin de todas las cosas. Entre los adityas, soy Vishnu. De los Vedas, soy el Sama. Entre los sentidos, soy la mente. Y entre los seres vivos, soy el Intelecto. Entre los rudras, soy Sankara y entre las montañas soy el monte Meru. Entre los ríos soy el Ganges. Entre las palabras soy el gran AUM y entre las armas soy el vajra. Entre las medidas, soy el tiempo, soy la Muerte que les destruye a todos y soy el origen de las cosas que han de nacer. Soy el germen de todos los seres vivos. No hay nada móvil o inmóvil que pueda existir sin mí. Todo lo dotado de grandeza, belleza y fuerza ha surgido sólo de una chispa de mi esplendor. Mantengo el universo entero con sólo un fragmento de mí.

Arjuna le dijo:

—Deseo ver tu Forma Divina, Señor de los yoguis. Por favor, bendíceme con tu Gracia y revélame tu verdadera Forma.

Krishna le abrió a Arjuna el ojo divino y le reveló su forma divina. Arjuna contempló el esplendor del todopoderoso, que era mayor que la luz de mil soles. Vio todo el universo con sus miríadas de formas reunidas todas en una e inclinó su cabeza ante el Señor. Juntando las palmas de sus manos en una salutación constante, dijo:

—¡Señor de Señores! En tu cuerpo veo a todos los dioses y también a toda la variedad de la hueste de los seres vivos. Veo a Brahma y a todos los rishis, tu forma es infinita. Eres el Imperecedero y el Supremo a quien hemos de realizar. Tú eres el hogar de todo este Universo entero y el Guardián de la Ley Eterna. Eres el Ser Primario, tus ojos son el Sol y la Luna. Tu rostro brilla con el esplendor del fuego y este universo está siendo devorado por el fuego que tú eres. Tú llenas los interespacios del paraíso, la tierra y el cielo. El mundo y yo temblamos al contemplarte.

»Veo a los hijos de Dhritarashtra y a los guerreros: Bhishma, Drona, Radheya y también a los grandes héroes de nuestro lado corriendo hacia tu boca terrible. Como los ríos de la montaña se precipitan tumultuosamente hacia el océano, estos guerreros van corriendo hacia tu boca llena de fuego. Parecen un jabardillo de polillas que se lanzan hacia una llama ardiente, consumiéndose en ella rápidamente.

»Ten misericordia de mí y dime quién eres. ¿Cuál es el propósito de esta destrucción que me aterra?»

Krishna le dijo:

—¿No puedes reconocerme? Soy el Tiempo, el gran destructor, que destruye este poderoso mundo. Ya he comenzado a destruir a todos estos héroes, todos y cada uno de ellos morirán. Levántate ahora, Arjuna, y gana para ti fama duradera. Yo ya he matado a estos hombres, tú serás sólo el instrumento mediante el cual yo les destruiré. Bhishma, Drona, Radheya, Jayadratha y muchos otros están ya sentenciados; mátales y gana la guerra.

La voz de Arjuna estaba sofocada y sus palabras salían vacilantes. Unió las palmas de sus manos y dijo:

—¡Infinito Ser! ¡Señor de Señores! ¡Morada del mundo! Tú eres el Imperecedero, el Ser y lo que yace más allá. Tú eres el Primero de los dioses; el Ser Primario, tú eres el Tesoro Supremo del mundo. Tú eres el Conocedor y tú eres lo que se ha de conocer. Tú eres la Morada de todos. Este Universo entero está presidido por ti. Tu forma, tu fuerza y tu poder son infinitos. Tú estás en todo y eres todo. Tú eres el Padre de este mundo y de todos los mundos. Tú eres el objeto de la adoración y el mayor maestro, nada puede igualarte ni siquiera en los tres mundos. Me postro ante ti y te pido misericordia. Inconsciente de tu grandeza te llamé « Krishna » y « amigo », perdona mi ignorancia. Trátame como un padre trata a su hijo, como un amigo trata a otro amigo y como un amante trata a su amada. Por favor, reasume tu forma inicial, no puedo soportar ver esta forma tuya.

El Señor abandonó su Viswarupa y se convirtió de nuevo en Krishna el conductor de Arjuna. Arjuna dijo:

—Sólo ahora se ha serenado mi mente, después de verte de nuevo en tu forma familiar.

Krishna le dijo:

—Esta visión de mi verdadera forma no se puede alcanzar fácilmente, sólo se puede obtener por amor y devoción incesante hacia mí.

Arjuna le dijo:

—Hay devotos que te adoran a ti y hay otros que adoran al Absoluto, ¿quién de ellos es mejor yogui?

Krishna le contestó:

—Ambos llegan a mí. Algunos adoran al Absoluto e Imperecedero subyugando todos sus sentidos, son imparciales en todas las circunstancias y están siempre ocupados en hacer bien a todos los seres. Contemplan al Absoluto y vienen a mí. Este camino es muy difícil y casi todos se pierden. Pero aquellos que fijan su mente en mí y me adoran en mi forma física con fe absoluta y dedicación constante, me son más queridos y les considero yoguis perfectos. El camino que sigue un adorador del Absoluto es muy duro y la meta es difícil de alcanzar. El otro camino es fácil, a aquellos que me dedican todas

las acciones y me consideran como lo más querido, cuando meditan en mí y me adoran con firme devoción les salvo pronto de la muerte y del océano de ilusión llamado vida mortal. Fija tu mente en mí y deja que sólo yo ocupe tus pensamientos. Sin duda vivirás en mí y sólo en mí. Arjuna dijo:

—Quiero conocer la verdadera naturaleza del Sanyasa y de la renunciación, háblame de ellas.

Krishna dijo:

—Los sabios dicen que la renunciación es el abandono de toda acción incitada por el deseo. La entrega de los frutos de toda acción se llama Tyaga. Algunos dicen que la acción debería abandonarse como pecado y otros dicen que no deben abandonarse las acciones tales como sacrificios, donativos y penitencias, pero yo te diré la verdad sobre esto.

»No deben abandonarse las acciones de ningún tipo, el trabajo ha de realizarse, pero debe hacerse entregando todo apego a los frutos. Esto no significa que ha de renunciarse al deber. El deber ha de realizarse y sólo se debe renunciar a los frutos y al apego. El que actúa libre de apego, sin sentimiento de « yo » y « mío », y que es constante, cuidadoso y no le importan el éxito o el fracaso, cuya mente está desapegada de todo y ha subyugado su ser, eliminando así los deseos, puede hacerse uno con Dios.

»Aquel que dotado de visión interior se controla firmemente, apartándose de los sentidos y de los objetos de los sentidos, dejando a un lado lo agradable y lo desagradable y morando en soledad, controla sus palabras, su cuerpo y su mente, ocupándose siempre en la concentración de su mente en meditación, el que trata de estar libre de pasión, dejando a un lado las ideas, la violencia, el orgullo, el deseo, la ira, la posesión y que tiene tranquilidad mental, puede hacerse uno con Dios.

»Habiéndose vuelto uno con Dios y tranquilo de espíritu, nunca se queja ni desea. Considera a todos los seres por igual y está dedicado a mí. Puede estar involucrado en todo tipo de acciones y, sin embargo, habiendo encontrado refugio en mí, alcanza al Eterno e Indestructible por mi Gracia.

»Fija tu mente en mí y dedícate a mí. Con tus acciones adórame y vendrás a mí. Te prometo todo esto solemnemente, porque me eres querido.

»Entrégame las riendas de tu vida y busca protección sólo en mí. No te apenes, yo te liberaré de todos los sufrimientos, te he revelado el secreto más grande de todos los secretos. Considéralo en su totalidad, vuélvelo a recordar en tu mente y luego actúa como debes. »

Arjuna dijo:

—Mi ilusión se ha disipado, ya no tengo dudas. Actuaré de acuerdo a tus órdenes.

Con una sonrisa feliz que iluminaba su rostro, Arjuna cogió su gandiva y el Señor tomó con su mano izquierda las riendas de los caballos blancos y el látigo con su mano derecha. El carro dorado de Arjuna comenzó a avanzar hacia donde estaba el carro de plata de Bhishma.

Capítulo IV

EL PRINCIPIO DEL FIN

COMENZÓ la guerra. El primer movimiento fue por parte de los kurus. Con Bhishma en la vanguardia, Dussasana avanzó hacia el ejército enemigo. Los pandavas con Dhrishtadyumna se pusieron en acción al instante. El panorama era terrible y el sonido era ensordecedor. Por encima del estrépito de los ejércitos lanzándose a la carga se podían oír los gritos de Bhima que estaba tan excitado como un león en libertad mientras se abalanzaba contra el ejército de Duryodhana. Los hermanos del rey defendieron el ejército de la salvaje acometida de Bhima. Doce de los hijos de Dhritarashtra se estaban oponiendo a Bhima y le cubrieron con una lluvia de flechas. Con sus arcos y flechas defendían a su ejército de la furia de Bhima. Al ver a tantos acosar a Bhima, vinieron en su ayuda los hijos de Draupadi, Abhimanyu, Nakula, Shadeva y el bravo Dhrishtadyumna. La lucha entre los dos contendientes fue feroz, todos ellos eran excelentes arqueros y buenos luchadores. Eran como dos bosques azotados por un huracán. Los que estaban a su alrededor se quedaron quietos contemplando aquella lucha. Los dos ejércitos luchaban furiosamente. Cuando el Sol había alcanzado su cénit, la fogosidad de la lucha aún no había decaído.

Bhishma avanzó hacia las filas enemigas y se encontró con Arjuna. El arco de Arjuna no tenía un momento de descanso las flechas llegaban en torrente como si se tratara de gotas de lluvia. Satyaki se encontró con Kritavarma y Abhimanyu se enfrentó con Brihadbala, el rey de los kosalas. Brihadbala derribó el estandarte de Abhimanyu con sus afiladas flechas, lo cual enfureció a Abhimanyu, los dos guerreros eran igualmente diestros. Bhima se encontró con Duryodhana, disparándose flechas el uno sobre el otro. Dussasana se encontró con Nakula en un combate singular. Durmukha, un hermano de Duryodhana, acosó a Shadeva. Salya y Yudhisthira lucharon entre sí; Dhrishtadyumna acosó al acharya Drona. Al final de la lucha, durante la tarde, el ejército de los pandavas había perdido a muchos de sus soldados. Bhishma estaba literalmente abriendo surcos a través de sus filas, penetrando hasta muy adentro en el ejército de los pandavas. Cinco grandes héroes fueron enviados por el rey para proteger al temerario anciano. Eran Durmukha, Kritavarma, Kripa, Salya y Vivimsati. El estandarte de Bhishma no podía verse, así era de denso el polvo que levantaba su carro abriéndose paso entre las filas. Él era muy rápido y siempre estaba alerta parecía que estaba bailando. La gente se detenía

a verle en pie sobre su carro con su arco levantado disparando continuamente flechas. Abhimanyu acometió con gran furia dirigiéndose contra el viejo guerrero y se enfrentó a solas con él y con todos los que le apoyaban. Sus flechas eran muy afiladas. Hirió a Salya, Kritavarma y Bhishma; su lucha era maravillosa. Los enemigos estaban sorprendidos del valor de este joven muchacho. Con sus flechas cortó el estandarte de Bhishma. Era tan terrible como un dios enfurecido. Varios héroes del ejército de los pandavas se acercaron a él para prestarle apoyo. Virata con sus hijos, Dhrishtadyumna, Bhima, los bravos hermanos Kekaya y Satyaki.

Uttarakumara, el joven hijo de Virata, estaba probando ser un gran luchador. El joven muchacho que huyó corriendo de su carro al ver el ejército de los kurus, ya había desaparecido. En su lugar había surgido un gran héroe que estaba dispuesto a enfrentarse con Bhishma y Salya en combate singular. Estaba sentado sobre un enorme elefante y acosaba a Salya. Se protegió de las flechas de Salya con las suyas y consiguió matar a sus caballos. Salya, que se había enfurecido en gran manera, lanzó hacia el corazón de Uttarakumara una mortal jabalina, que atravesó el corazón del joven príncipe traspasando su armadura. Uttarakumara cayó sobre el cuello de su elefante con su pecho abierto sangrándole a raudales.

Viendo a su hermano menor muerto, Sweta, otro hijo de Virata, corrió hacia Salya con toda la intención de matarle, quería vengar la muerte de su hermano. Vio a Salya rodeado de siete grandes guerreros, pero eso no le detuvo. Avanzó cubriendo al ejército enemigo con un manto de flechas, parecía como si Salya hubiera sido atrapado en las mandíbulas de la muerte. Bhishma vino en su ayuda. Al anciano le fue muy difícil hacer frente al ataque de Sweta. El estandarte de Bhishma fue derribado, mataron a sus caballos, y se quedó sin carro, así de terrible era luchando el joven Sweta. Finalmente Bhishma le lanzó una afilada jabalina que atravesó la armadura traspasando el cuerpo del joven príncipe Virata, el cual cayó fulminado en el primer día de la batalla.

Los guerreros estaban tan metidos en la lucha que no se daban cuenta de que se había puesto el Sol, ya estaba tocando la cima de la colina oeste. En cuanto oscureció ambos comandantes retiraron sus tropas. El primer día del encuentro había acabado. Los pandavas habían sufrido cuantiosas bajas. Fue un gran día para los kurus. Las principales pérdidas por el lado de los pandavas fueron Uttarakumara y Sweta, los hijos de Virata. Una buena parte de una sección de su ejército había sido segada por su abuelo.

El rey Duryodhana estaba sumamente feliz. Sentía que al ritmo que su abuelo estaba destruyendo el ejército de los pandavas, la guerra acabaría pronto; Duryodhana estaba seguro de su victoria.

Yudhisthira, por otro lado, estaba extremadamente deprimido por el cariz que estaban tomando las cosas. Viendo la masacre que su abuelo había causado en su ejército se sentía abatido. Se acercó a Krishna y le dijo:

—Krishna, fíjate en la devastación que han hecho en mi ejército. Bhishma es terrible, parece una lengua de fuego consumiendo un bosque que ha sido secado por el Sol del verano. El gran veterano kuru es invencible, en un momento de debilidad decidí luchar esta guerra, ahora me doy cuenta de mi estupidez. Volveré al bosque, no tengo derecho a dejar que todos mueran a manos de Bhishma por mi deseo del reino. Krishna, has estado observando la guerra desde la mañana, dime qué debo hacer. Mi querido hermano Bhima es el único entre nosotros que está luchando con ganas. Ha estado causando terror entre las filas enemigas, ¿pero durante cuánto tiempo podrá enfrentarse con los astras de Bhishma y Drona? Arrojarán sus astras divinos contra mi querido y hermoso Bhima, ¿qué podremos hacer entonces? Estoy muy deprimido.

Krishna trató de tranquilizar al dolorido Yudhisthira y le dijo:

—Yudhisthira, por favor, no te deprimas, tenemos muchos grandes héroes con nosotros, ¿por qué has de preocuparte?. Yo estoy aquí y también tienes a Satyaki, Dhrishtadyumna y a muchos otros héroes. Sikhandi será con toda seguridad la causa de la caída del gran Bhishma.

Los demás también tranquilizaron al rey. Dhrishtadyumna le dirigió palabras de aliento y después de hablar sobre los acontecimientos del día, todos se fueron a sus tiendas para descansar un poco antes de que el Sol apareciera de nuevo para iluminar otro día de guerra sangrienta.

Capítulo V

EL SEGUNDO DÍA

AMANECIÓ el segundo día de la terrible guerra. Yudhisthira dijo:

—Creo que es conveniente que ordenemos nuestro ejército en formación de Krauncha.

Arjuna y Dhrishtadyumna estaban ocupados colocando las tropas. Al frente del ejército fueron colocados Drupada y su ejército. El ojo del pájaro era Kunti Bhoja y el rey de los chedis, el cuello estaba formado por el ejército de Satyaki. En la cola del pájaro se colocó Yudhisthira y las alas estaban formadas, una por Bhima y su ejército y la otra por el comandante y las tropas de su ejército. Satyaki y los hijos de Draupadi protegían estas alas, la falange era formidable. Duryodhana vio el vyuha en forma de krauncha, se acercó a su guru, Drona, y a Kripa, y les dijo:

—Han colocado su ejército en una excelente formación, pero nuestro ejército es aún más terrible. Cada uno de vosotros es suficientemente valeroso como para matar a los hijos de Pandu en combate singular. Dependo de vosotros para sobrevivir a través de esta gran guerra.

Drona le aseguró que pondría en ello lo mejor de su esfuerzo. Con la ayuda de Drona, Bhishma comenzó a colocar su ejército. Él también se decidió por el vyuha en forma de krauncha. Bhurisravas y Salya guardaban el ala izquierda, mientras que la derecha estaba bajo el mando inmediato de Somadatta y el rey de Kamboja. Aswatthama, Kripa y Kritavarma fueron situados cerca de la cola del pájaro.

Los tambores de guerra resonaron una vez más junto con el bramido de las caracolas. La lucha comenzó de repente como ocurrió el día anterior. La lucha hoy era más intensa y más cruel que lo fue el primer día. Ríos de sangre fluían por todo el campo. Había cadáveres de hombres, caballos y elefantes esparcidos por todas partes. Los halcones y los cuervos revoloteaban en círculo sobre el campo, esperando que se acercara la tarde. Bhishma se encontraba luchando con Bhima, Abhimanyu, Satyaki, los hermanos Kekaya, Virata y Dhrishtadyumna. Todos ellos juntos no pudieron detener el avance de Bhishma. Venía como un huracán dejando tras él una total devastación. El ejército caía tan rápido como sus flechas. Arjuna lo observó desde lejos y le dijo a Krishna:

—Nuestro abuelo está lleno de furia, y nuestro ejército está sufriendo las consecuencias, llévame rápidamente a su presencia. Bhishma está siendo apoyado por Drona, Kripa, Salya, Vikarna y los otros hermanos del rey y sólo están siendo acosados por Drupada. Debo matar a Bhishma para que se salve nuestro ejército. Krishna le dijo:

—Tienes razón, cuanto antes te encuentres con Bhishma, mejor será para tus soldados.

Krishna condujo el carro de Arjuna rápidamente hacia el lugar donde estaba Bhishma, aquella lucha era un espectáculo digno de verse. Si no hubiera sido por el hecho de que estaban perdiendo tantos soldados, Arjuna hubiera pasado horas observando la destreza con que el anciano manejaba su arco. Aquel gran hombre era la muerte misma. Arjuna se puso frente a frente con Bhishma. Solamente había tres personas en todo el ejército de los kurus que podían enfrentarse con Arjuna. Eran: Bhishma, Drona y Radheya. Bhishma comenzó a disparar sus flechas, y Drona se le unió para luchar contra Arjuna. A Drona se le unieron Duryodhana y Jayadratha, Vikarna también estaba allí. Arjuna resistió el ataque de todos ellos, hiriendo a Bhishma y a Drona con sus flechas. Satyaki vio desde lejos a Arjuna y se apresuró a ir en su ayuda. Con él llegaron Virata, Dhrishtadyumna, los hijos de Draupadi y Abhimanyu. Los hijos de Draupadi desviaron la atención de Drona con sus flechas. Bhishma hirió a Arjuna. El arco de Arjuna se doblaba hasta parecer un círculo y las flechas salían silbando vertiginosamente rápidas, cada una parecía una serpiente escupiendo veneno. Estaba matando a los hombres del ejército de los kurus muy rápida y sistemáticamente. El panorama conmovió de terror el corazón de Duryodhana. Se acercó a Bhishma y le dijo:

—Esa combinación de Krishna y Arjuna es terrible, no estás haciendo todo lo que puedes para matarles. Estando tú aquí junto con Drona, esto no debería ocurrir. Es obvio que ambos sois muy suaves con Arjuna, él es vuestro favorito; me gustaría tener a mi

Radheya en el campo. Por tus palabras insultantes, él ha jurado no luchar mientras tú estés en el campo, espero que hagas algo para detener a Arjuna y su furia.

Bhishma estaba disgustado por las crueles palabras de Duryodhana, se maldijo a sí mismo por haber nacido como un kshatrya y avanzó con furia hacia Arjuna. Los caballos de ambos héroes eran blancos y su encuentro fue emocionante. Varios guerreros se apresuraron en ir hacia Bhishma para ser sus protectores. Arjuna también estaba rodeado por sus hermanos y otros. Bhishma hirió a Krishna en el pecho con una flecha terrible y Arjuna mató al conductor de su abuelo. La lucha se detuvo en varios lugares del campo. Todo el mundo se quedó quieto, observando este duelo entre Bhishma y Arjuna. Cada uno de ellos era tan poderoso como el otro y no existía la posibilidad de que alguno se retirara; era todo un espectáculo. Arjuna había destruido una gran porción del ejército de los kurus y eso hacía que Duryodhana estuviera furioso. Al otro lado del campo estaba teniendo lugar una gran lucha entre Drona y Drupada. Aquellos dos viejos enemigos estaban dando rienda suelta a su ira. Dhrishtadyumna vino a asistir a su padre y Drona le arrojó una jabalina que parecía tan mortífera como el arma de la misma muerte. Dhrishtadyumna, sin embargo, sorprendió a los guerreros destrozando el arma con sus flechas y luego le lanzó una jabalina que hizo que Drona cayera bajo su impacto; pero luego se levantó y esquivó las armas de Dhrishtadyumna,

Bhima vino en ayuda de su amigo. Duryodhana vio la condición de Drona y mandó al rey de Kalinga con su ejército para proteger al acharya. Virata y Drupada estaban luchando con Drona y el rey de Kalinga se encontró con Bhima. Ketumán vino a ayudar a Kalinga, y el hijo de Kalinga llamado Sakradeva vino a ayudar a su padre. Bhima estaba siendo acosado por todos lados por estos hombres, pero ni siquiera lo notó. Después de una lucha furiosa, Bhima mató a Sakradeva. El padre vio cómo moría su hijo y se puso loco de ira y de dolor, luchando furiosamente. Bhanumán vino en su ayuda y Bhima lo mató. Bhima luchó como un elefante enloquecido. Se introdujo en las filas de los enemigos como una fiera furiosa y devastó el ejército, amedrentando a todo el mundo con sus miradas salvajes y su terrible grito de guerra. Los reyes Satya y Satyadeva, que estaban protegiendo a Kalinga a ambos lados de su carro fueron aniquilados por Bhima. Kalinga fue herido, se desmayó en su carro y se lo llevaron aparte.

Sikhandi y una porción del ejército vino a ayudar a Bhima y Dhrishtadyumna se apresuró a ir en apoyo de Bhima. Sus favoritos eran Bhima y Satyaki. No podía permitir que nada le ocurriera a Bhima. Satyaki llegó rápidamente al lugar de la escena y el gran trío luchó con el ejército de Kalinga. Bhishma oyó el gran estruendo del ejército debido al estrago que estaban causando estos tres. Se apresuró a ir hacia el lugar y les acosó. Los tres lucharon muy bien. Bhima estaba justo enfrente de Bhishma y el anciano lanzó una gran jabalina hacia el carro de Bhima, pero antes de que llegara a él, Bhima saltó de su carro y rompió la jabalina en tres pedazos. Satyaki mató con sus flechas al conductor de

Bhishma, el cual tuvo que hacerse cargo del carro y abandonar la lucha. Hubo un gran gozo en los corazones de los tres por aquella retirada de Bhishma. El ejército de Kalinga ya había sido derrotado y se abrazaron unos a otros llenos de júbilo. El rey de Kalinga también había sido aniquilado. Satyaki saltó de su carro y fue hacia Bhima diciéndole:

—Hoy has matado a Kalinga, a su hijo Ketumán, a Satya, a Satyajit, a todas sus tropas y también a Bhanumán, grande es tu hazaña. —Satyaki le abrazó calurosamente.

Ya era mediodía cuando Aswatthama acosaba a los hijos de Drupada. Abhimanyu vino en su ayuda y Kripa y Drona vinieron en ayuda de Aswatthama. Abhimanyu fue desafiado por Lakshmana, el hijo del rey. La lucha fue maravillosa, los dos jóvenes eran tan poderosos como sus padres. Duryodhana vio a su hijo acosado por Abhimanyu y corrió en su ayuda. Varios guerreros rodearon al hijo de Arjuna, pero él permanecía impávido. Bhishma y Drona se dirigieron de nuevo contra Arjuna y hubo otro glorioso combate, pero ninguno pudo resistirse al gran Arjuna, era maravilloso. Bhishma le dijo a Drona:

—Mi querido acharya, Arjuna está hoy incontenible, no es posible luchar contra él. Ya ha destruido una gran porción del ejército y parece el mismo Sankara con el tridente en su mano, no puedo luchar con él. El gran ejército kuru está consumiéndose por sus esfuerzos y el ejército está amedrentado. Es casi el momento de que se ponga el Sol, hagamos que el ejército se retire ya; no es posible continuar luchando con nuestros soldados tan nerviosos, mañana lucharán mejor, retirémonos.

El Sol se había puesto y todas las tropas regresaron a sus tiendas. Ese día hubo un gran gozo en el campamento de los pandavas. Sakradeva, Bhanumán, Ketumán, Satyadeva, Satya, el rey de los kalingas y casi todo el ejército de los kalingas había sido destruido por Bhima. Bhima era el héroe del día. Dhrishtadyumna y Satyaki hacían elogios de él una y otra vez. La conversación luego giró en torno a los grandes duelos que sostuvo Arjuna. Yudhisthira estaba muy feliz y escuchaba a todos con una sonrisa en sus labios.

Los kurus, por supuesto, estaban muy deprimidos. En contra de su certeza, Duryodhana se dio cuenta de que la guerra no iba a acabar en un día. Él había dado por garantizado que los pandavas morirían durante el primer día de la guerra y si se las arreglaban para salir de él con vida no verían ponerse el Sol el segundo día, pero sus esperanzas eran sólo esperanzas. Estaba empezando a darse cuenta de que no era fácil vencer a los pandavas. Él tenía once akshauhinis y los pandavas sólo tenían siete. Él había pensado que su ejército era ilimitado y que el de ellos era limitado. Él tenía a Bhishma, Drona y muchos otros héroes y aun así parecía como si los pandavas no pudieran ser derrotados. Maldijo a Bhima y a su hermano Arjuna, parecía que había algo de verdad en las palabras de su abuelo, de su guru y de su tío Vidura, cuando decían que no era posible vencer a Arjuna.

Capítulo VI

LA IRA DE KRISHNA

POR la mañana, desde muy temprano, Bhishma dispuso su ejército en forma de Garuda, el águila sagrada. El pico era Bhishma. Los ojos eran Drona y Kritavarma. Aswatthama y Kripa formaban la cabeza del pájaro. Los trigartas y Jayadratha con sus ejércitos formaban el cuello y el rey estaba detrás de ellos en el corazón del pájaro con sus hermanos y Vinda y Anuvinda, los hermanos Avanti. La cola estaba formada por un enorme ejército bajo el mando de Brihadbala, el rey de Kosala.

Arjuna, después de ver la falange que había organizado su abuelo, consultó con el comandante Dhrishtadyumna y organizó al ejército en forma de Luna menguante. En el ala derecha de la Luna, en el extremo, se situó Bhima. A lo largo del brazo de Luna, a medida que el ejército se iba ensanchando gradualmente, se encontraban Drupada y Virata con sus ejércitos. Luego venía Nila y después de él, Dhrishtaketu. Dhrishtadyumna y su hermano Sikhandi venían después, y en el centro de la media Luna estaba Yudhisthira con su ejército de elefantes. Luego la Luna volvía a estrecharse gradualmente continuando hacia la izquierda. Allí estaban Satyaki y los cinco hijos de Draupadi, luego venía Abhimanyu y su hermanastro Iraván. A continuación estaba Ghatotkacha y luego los kekayas. En el extremo izquierdo fue situado el carro de Arjuna con Krishna sosteniendo las riendas de sus caballos blancos. El ejército kuru, refrescado por el sueño, estaba deseoso de que comenzase la lucha.

Poco después empezó la batalla. La lucha general comenzó con furia. En ese día Bhishma estaba apoyado por Drona, Jayadratha, Purumitra, Vikarna y el astuto Sakuni. Se les enfrentaron Bhima, Satyaki, Ghatotkacha y los hijos de Draupadi. El Sol no podía verse porque lo ocultaba el polvo que se levantaba en el campo de batalla. Duryodhana ayudado por cien carros acosó a Ghatotkacha. Bhishma estaba en forma, estaba matando como si estuviera en un delirio de destrucción. Arjuna lo vio y avanzó hacia él, teniendo que enfrentarse con una gran oposición. Los enfurecidos kurus estaban luchando admirablemente. Abhimanyu y Satyaki lucharon con Sakuni y sus ayudantes. El carro de Satyaki fue destruido por Sakuni, pero él saltó al carro de Abhimanyu y siguió luchando. Bhishma y Drona se dirigieron luego contra el ejército de elefantes de Yudhisthira. Los hijos de Madri estaban allí para ayudar al rey pandava. La lucha proseguía en diversas partes del campo. Aquel día se hizo evidente el valor de Ghatotkacha. Luchando era tan poderoso como su padre, destruía fácilmente al gran ejército de Duryodhana. Entonces vino Bhima para luchar con Duryodhana, su peor enemigo, y se produjo una lucha entre los dos. Duryodhana fue herido por el acoso de Bhima y se desmayó en su carro. Su conductor se lo llevó cuidadosamente fuera del área de lucha, tras lo cual Drona y Bhishma comenzaron a acosar a Bhima. Satyaki fue a ayudar a Bhima.

Duryodhana se recuperó por fin de su desmayo y volvió al frente asombrándose ante la devastación que Bhima y Satyaki habían causado en su ejército. Estaba aterrado al ver decrecer a su ejército a un ritmo tan alarmante; se fue a toda prisa hacia Bhishma y le dijo:

—No es normal que nos ocurra esto estando tú aquí. También Drona y su hijo Aswatthama están vivos y aun así, permitís que devasten mi ejército. ¡Los pandavas no son lo suficientemente poderosos como para venceros a todos vosotros! No me es difícil imaginarme la razón de esto. Los hijos de Pandu son tus favoritos, les aprecias demasiado y te muestras parcial con ellos, es por eso por lo que estás permitiendo esta salvaje destrucción de nuestros ejércitos. Drona es igual que tú. No os gusta luchar contra los pandavas; si me hubieras dicho al comienzo de la guerra que no querías luchar, no te hubiera pedido que fueras el comandante de mi ejército. Si ambos tenéis la idea de abandonarme podéis decírmelo, le pediré a Radheya que luche. Mas si sentís algún afecto por mí, ambos debéis luchar hasta el máximo de vuestras capacidades y destruir a mis enemigos.

Bhishma escuchó aquellas palabras de Duryodhana que eran mucho más afiladas que sus propias flechas y se echó a reír. Luego le dijo:

—Hijo mío, durante los últimos días, por no decir años, te he estado diciendo que los pandavas son invencibles, que ni siquiera Indra puede detener su ataque, pero tú no me has escuchado. Es sólo porque te queremos que hemos aceptado luchar a tu lado. Estoy haciendo todo lo posible, soy un anciano y estoy tratando de luchar como un joven enfrentándome con los terribles pandavas. Mírame luchar, voy a destruir al ejército enemigo como no lo he hecho hasta ahora.

Bhishma, como un elefante que hubiera sido cruelmente aguijoneado por su conductor, se abalanzó rápidamente hacia el ejército de los pandavas con energía renovada. Sopló su caracola y el sonido avisó a los pandavas de que el anciano estaba terriblemente enojado. Era mediodía; los pandavas, hasta ahora, se hallaban muy felices, ya que habían ido ganando fácilmente las batallas, pero aquello les sacudió bruscamente sacándoles de su complacencia.

Casi se diría que el arco de Bhishma estaba cantando, por lo constante que era el sonido de su cuerda. El río de sangre comenzó nuevamente a fluir en torrentes. El anciano kuru estaba abriendo surcos a través de las filas y la sangre fluía como ríos. Nadie podía acercársele, luchaba como un poseído, estaba en todas partes del campo. Arjuna le veía en el este y al momento siguiente estaba en el oeste. Parecía como si hubiera asumido el protagonismo de la batalla y no tuviera intención de cejar en su empeño. El ejército estaba siendo masacrado rápidamente. Nadie del lado de los pandavas era capaz de enfrentársele.

Krishna vio el estado de las cosas y le dijo a Arjuna:

—Arjuna, puedo ver que ha llegado el momento en que tendrás que justificar tus palabras. En medio de los reyes dijiste que destruirías el ejército de los kurus conducido por Bhishma, Drona y todos los demás, dijiste que podías destruirles a todos, cumple esas palabras. No es justo que permitas que esta debilidad venga a tu corazón sólo porque piensas en el hecho de que Bhishma es tu abuelo; pero fíjate en tu ejército, fíjate cómo está siendo destruido por él, ¿no tienes compasión por ellos? El ejército se está deshaciendo a su paso como la nieve bajo el calor del Sol.

Arjuna quedó impresionado por las palabras de Krishna. Le dijo:

—Llévame hacia él, Krishna, lucharé con él.

Todo el mundo estaba feliz de ver el carro de Arjuna dirigiéndose hacia Bhishma. El combate comenzó. El estandarte de Bhishma fue derribado con un disparo de Arjuna. Su forma de luchar rápida y activa fue muy apreciada por el anciano. Vio cuan hermoso estaba Arjuna con su arco siempre doblado lanzando flechas sin cesar. Bhishma le dijo:

—Bien hecho, Arjuna, sólo tú puedes hacer algo tan magnífico, estoy inmensamente complacido contigo. Ven, continuemos la lucha.

La lucha continuó. Krishna vio la terrible furia de Bhishma y también vio que Arjuna era deliberadamente suave al acosar a Bhishma. Veía que el ejército de los pandavas no tenía ninguna posibilidad en absoluto a no ser que se detuviera la arremetida del anciano. Krishna pensaba para sí:

« Mi amigo Arjuna no es capaz de olvidar que está luchando contra su querido abuelo, creo que tendré que olvidar el juramento de que no lucharía en esta guerra, mataré a este hombre por el bien de los pandavas. Debo quitarle este peso de los hombros a Yudhisthira. Arjuna ha olvidado su deber a pesar de que se lo repito tan a menudo. Debo hacer algo al respecto. » Según estaba pensando esto, Bhishma disparó flechas que hirieron a Krishna. Bhishma estaba apoyado por Drona, Vikarna, Jayadratha, Bhurisravas y varios otros. Todos ellos atacaron a Arjuna con toda la intención de matarle. La lucha era muy fiera.

Satyaki estaba alarmado por la condición de Arjuna y corrió en su ayuda, los demás se quedaron quietos observándole impotentes, no eran capaces de enfrentarse a Bhishma. El ejército de Yudhisthira se apresuró a ayudar a Arjuna. Incluso Satyaki se dio cuenta de la benevolencia con que luchaba Arjuna. Krishna no podía soportarlo por más tiempo. Vio a Satyaki y le complació su valor y su coraje. Miró a Satyaki y le dijo:

—Mírame, Satyaki, observa cómo mato a este terrible anciano Bhishma y a su amigo Drona, veo que tendré que intervenir en esta lucha y matarles. Debo complacer a Yudhisthira, a Bhima y a los mellizos. Arjuna nos está perjudicando. He jurado hacer a Yudhisthira rey del mundo. Si no mato ahora a estos hombres mi promesa no se cumplirá. He prometido a Draupadi que la sangre de estos pecadores teñiría la tierra; debo hacerla feliz. Debo castigar a estos pecadores por sus pecados.

El gran Krishna olvidó su forma humana y pensó en su forma divina; ahora era el gran destructor Narayana. Pensó en su chakra llamado sudarsana y cuanto pensó en él, apareció en su mano. Con el chakra en su mano, el gran Narayana brillaba como el Dios de la Muerte. Saltó de su carro, llevando el chakra en su mano derecha y se puso ante Bhishma. Parecía como un león enfadado ante un elefante salvaje. Con sus cejas brillando de ira, el gran Krishna atraía la mirada de todos. Todos los sabios pensaron que había llegado el fin del mundo. Viéndole enfrente de su carro, Bhishma dijo:

—Me inclino ante ti. Señor de Señores. He sido honrado con tu presencia. Por favor, concédeme la liberación de esta atadura humana. Por favor, mátame, no hay gloria mayor que morir en tus manos. Obtendré el honor más grande que se me haya otorgado si me matas ahora. ¿Acaso no ves que quiero morir, que he estado deseando morir durante todos estos años? Quiero la muerte, quiero irme de aquí, estoy harto de la vida y no puedo morir. Por favor, mátame y otórgame la libertad que se me ha denegado por el designio de Satyavati, por favor, mátame ahora. —El gran Bhishma le habló así a Krishna y se preparó para luchar.

Viendo que Krishna estaba dispuesto a luchar, Arjuna saltó de su carro y corrió rápidamente al lado de Krishna agarrándole de su mano derecha. Krishna estaba loco de furia y trató de deshacerse de la mano con que Arjuna le sostenía, pero Arjuna desesperado se colgó de su brazo derecho, cayendo a sus pies. Su corazón estaba latiendo rápidamente y sus ojos estaban cegados por las lágrimas. No quería permitir que Krishna diera un paso hacia adelante. Le dijo:

—No, no debes enfadarte, no debes hacer esto, debes perdonarme. Krishna se apaciguó un poco, se detuvo y miró a Arjuna. Mirando a sus ojos furiosos, Arjuna le dijo:

—Krishna, por favor, tranquilízate, no debes romper tu promesa, has jurado no luchar. No debes hacer esto a causa de tu ira hacia mí. Te juro por el nombre de mi hijo que lucharé contra los kurus como he prometido. Lucharé con toda mi furia contra Bhishma, no debes faltar a tu palabra.

Viendo el estado de Arjuna, Krishna se apaciguó y con calma subió al carro y tomó las riendas de sus caballos con su hermosa mano izquierda. La sonrisa que siempre estuvo en sus labios, ahora no estaba.

Krishna cogió su panchajanya y la sopló con todas sus fuerzas. Arjuna sopló su devadatta y los cuatro puntos cardinales resonaron con su estruendo. Bhishma acompañado de Bhurisravas avanzó como un cometa con su estela de fuego. El combate de Arjuna era terrible. El ejército de los kurus estaba siendo destruido por las afiladas flechas de Arjuna. Ahora le tocaba a Arjuna mostrar su furia. Lanzó el astra llamado Aindra y destruyó una gran porción del ejército. Bhishma, Drona y Bahlika vieron la ruina causada en el ejército por Arjuna y viendo que el oeste se enrojecía con los tenues rayos del Sol poniente, decidieron que los ejércitos debían retirarse.

El tercer día de lucha había concluido. El monarca kuru estaba desesperado. Aquel día había visto la terrible forma de Arjuna en acción y tenía miedo de que las palabras de los ancianos se probaran como ciertas. Arjuna parecía ser invencible.

Capítulo VII

LA DESESPERACIÓN DE DURYODHANA

AMANECIÓ el cuarto día de la batalla. Bhishma estaba determinado a hacer lo posible por destruir la mitad del ejército enemigo. Drona y el rey, con varios otros, le acompañaron al frente del ejército. Bhishma avanzó primero hacia Arjuna. Arjuna le vio venir desde lejos y fue hacia él produciéndose el encuentro a mitad de camino. Drona y sus seguidores hicieron frente al carro de Arjuna. Abhimanyu fue a enfrentarse con ellos y luchó con Drona, Kripa, Salya, Vivimsati, Somadatta y el rey. No había diferencia entre Abhimanyu y su padre. Era maravilloso con su arco y sus flechas. La gente estaba sorprendida de ver tanto valor en una persona tan joven. Bhishma le dejó y fue en busca de Arjuna, era admirable ver el combate. Mientras tanto, Abhimanyu fue asaltado por un nuevo grupo de hombres: Aswatthama, Bhurisravas, Salya, Chitrasena y el hijo de Sala. Arjuna vio desde lejos la lucha de su hijo y le vitoreó desde allí. Dhrishtadyumna se dio cuenta de la desigual lucha entre Abhimanyu y los otros y acudió en ayuda del joven.

Los trigartas se dirigieron hacia Arjuna. Susarma y su hijo se enfrentaron con él y Dhrishtadyumna se unió a Arjuna prosiguiendo la lucha. A los trigartas se les unieron Kripa, Kritavarma y Salya, El hijo de Sala también se les unió. Dhrishtadyumna estaba muy enfadado por este acoso y luchó furiosamente. El hijo de Sala y Salya estaban luchando muy bien, pero el comandante del ejército de los pandavas era demasiado fuerte para ellos; con su poderosa maza destrozó la cabeza del hijo de Sala. Se produjo una gran conmoción en el ejército al verle muerto y Sala se enfureció con Dhrishtadyumna. Se abalanzó sobre él y luchó con todas sus fuerzas. Salya se unió a la lucha y hubo un maravilloso duelo entre Salya y Dhrishtadyumna. Abhimanyu fue en ayuda de su comandante y más tarde llegaron varios hermanos del rey.

Bhima estaba observando y vio que la lucha entre los guerreros estaba descompensada y se apresuró a ir hacia el lugar. Duryodhana también había acudido al frente y Bhima estaba muy feliz de ver tantos hijos de Dhritarashtra. Nakula y Shadeva también estaban allí. La lucha prosiguió durante largo tiempo, y Duryodhana luchó con mucho acierto. Viendo a Duryodhana, Bhima pensó matarle y levantó su maza. Los hermanos del rey estaban aterrados al ver a Bhima, y Duryodhana ordenó al rey de los magadhas que acosara a Bhima con su ejército. Los hijos de Draupadi se unieron a la lucha y el rey de los magadhas avanzó hacia Abhimanyu con su enorme elefante. Abhimanyu mató

al elefante, mientras que Bhima estaba bailando en el campo como un león en medio de elefantes. El ejército de los elefantes de Magadha estaba siendo destruido con gran rapidez por Bhima, que estaba rodeado de los inmensos cuerpos de aquellas bestias y de innumerables guerreros. Parecía Sankara bailando la danza de la muerte en el cementerio de los crematorios.

Duryodhana mandó otra porción del ejército para desafiar a Bhima, el cual no parecía afectado en lo más mínimo por el tamaño de aquel ejército. Bhima permaneció como el monte Meru rodeado de masas de nubes de lluvia. Dhrishtadyumna estaba asistiendo a Bhima y también estaban allí los hijos de Draupadi y Sikhandi. De repente, Bhima se encontró frente a Bhishma y comenzó a luchar, pero Satyaki estaba preocupado por él y se apresuró a ir en su ayuda. Un rakshasa llamado Alambusa se unió a los príncipes guerreros; era un buen amigo de Duryodhana, pero Satyaki le venció sin esfuerzo.

La ira de Bhima estaba ahora en su cénit. Levantó su maza y se abalanzó hacia los hijos de Dhritarashtra. Se precipitó sobre ellos como un lobo sobre un rebaño de ovejas y de un golpe certero mató a un hermano de Duryodhana y se dijo a sí mismo: « Noventa y nueve más. » Luego siguió matando a algunos más, uno tras otro. Ocho de los hermanos de Duryodhana murieron en pocos momentos. Bhishma vio el pavor causado por Bhima y dijo:

—La ira de Bhima ha llegado a su límite, debe hacerse algo antes de que mate a más.

Y mandó al gran Bhagadatta a luchar contra él. Bhagadatta con su gran elefante fue hacia Bhima y comenzó a luchar con él. Iba en un magnífico elefante, con el cual atacó a todos los héroes, haciendo temblar la tierra bajo su paso. Sentado en el inmenso elefante, el rey de la ciudad de Pragyotisha arrojó una terrible jabalina contra Bhima, el cual se desmayó por el impacto del arma sobre su inmenso pecho. Fue como el fulgor de un relámpago. Ghatotkacha vio que su padre se había desmayado y fue inmediatamente hacia el lugar, usando sus tácticas de maya para luchar con el enemigo. Se montó sobre un elefante y se dirigió contra Bhagadatta. A Bhagadatta no le fue posible hacer frente a Ghatotkacha. Bhishma vio la condición de Bhagadatta y les dijo a Drona y a Duryodhana:

—Parece que a Bhagadatta le es difícil detener al hijo de Bhima. Ghatotkacha es una persona fácilmente excitable y está muy irritado porque hemos hecho que su padre perdiese el sentido. Es un rakshasa y aunque nuestro Bhagadatta está luchando también con mucha furia, no es justo que les dejemos continuar la lucha, vayamos a sus cercanías. Bhima ya se ha recuperado y se ha unido a la lucha. Padre e hijo juntos serán terribles oponentes. El ejército será destruido completamente, apresurémonos en rescatar a Bhagadatta.

Oyendo decir aquello a su comandante, muchos guerreros se dirigieron rápidamente hacia el lugar donde Bhima y Ghatotkacha estaban luchando. Varios héroes del lado de los pandavas fueron a ayudar a Bhima y a su hijo. El impacto entre los dos ejércitos fue

aterrador. Se produjo un estruendo que amenazaba rasgar el cielo. Ghatotkacha estaba en excelente forma, estaba literalmente borrando al ejército enemigo. Bhishma habló una vez más y dijo:

—No creo que sea aconsejable luchar ahora con el hijo de Bhima, además tiene muchos respaldos. Ni Indra, ni siquiera los rudras, podrían oponérsele en este estado. Nuestro ejército tiene que ser salvado de su furia. El Sol está a punto de ponerse, mis caballos están extremadamente cansados y yo también. Detengamos la lucha ahora. En cuanto oscurezca, la fuerza de Ghatotkacha se incrementará a un ritmo alarmante. Retiraremos nuestro ejército y lucharemos mañana.

El ejército de los kurus se retiró, de acuerdo a los deseos de su comandante. Los pandavas vieron que el ejército de los kurus se había retirado más temprano que de costumbre y sabían que era el miedo a Ghatotkacha lo que les hizo replegarse.

Estaban muy contentos por la forma en que se habían desenvuelto las cosas en ese día. Soplando sus caracolas y trompetas, se retiraron a su campamento. Ghatotkacha fue abrazado con afecto por Yudhisthira. Estaba claro que había sido el héroe del día.

Los kurus se retiraron a su campamento, todos estaban cansados. Todos durmieron profundamente pues estaban exhaustos, pero no Duryodhana. Sentado en silencio en su tienda, con su cabeza apoyada entre sus manos pasó allí muchas horas. Las lágrimas fluían sin parar de sus ojos enrojecidos. Había perdido a ocho de sus hermanos. Su dolor era grande. Parecía como si Bhima fuera a cumplir su promesa y matar a todos sus desafortunados hermanos. Pensó en la escena de la próxima muerte de Dussasana que le había sido descrita vivamente por Krishna y Bhima. Su cuerpo se estremecía pensando en ello, pero apartó el pensamiento y se levantó, diciéndose a sí mismo que no iba a permitirlo, tenía que impedirlo de algún modo. Apáticamente, se dispuso a descansar; descansar, pero no dormir, estaba demasiado trastornado para poder dormir.

De repente, se levantó de la cama y se encaminó hacia la tienda de su abuelo. Se sentó a su lado y le dijo:

—Abuelo, me siento infeliz. Bhima ha matado a ocho de mis hermanos. Tú, Drona, Aswatthama, Kripa, Kritavarma, Bhurisravas, Bhagadatta y Vikarna, estabais allí. ¿No pudisteis impedir la muerte de mis hermanos? Cada uno de vosotros puede vencer a los dioses en una guerra. ¿Por qué entonces no pudisteis hacer esto por mí? Esta fuerza de los pandavas es algo que no puedo comprender. ¿Cómo es que pueden enfrentarse con todos nosotros? ¿Cómo pueden ganar cada día? Por favor, dímelo.

Bhishma le sonrió dulcemente y le dijo:

—Hijo mío, Duryodhana, esto es lo que he estado tratando de decirte todos estos días. Y ahora te lo repetiré. Haz las paces con Yudhisthira y vive con el resto de tus hermanos, no dejes que esta terrible guerra continúe. Te he dicho una y otra vez que no es posible

vencer a los pandavas. ¿Quieres saber con qué poder pueden resistirnos a mí y a Drona? Te lo diré: tienen a Krishna con ellos. Esa es la razón por la que son invencibles. Krishna es la encarnación del Señor Vishnu y ha nacido en este mundo para destruir el pecado. El más grande de los grandes camina sobre la tierra de los hombres ordinarios bajo el nombre de Krishna.

»Los pandavas son hombres que no se han apartado del camino del Dharma ni siquiera un ápice. Por eso Krishna se ha hecho amigo de ellos y ha asumido la tarea de salvar a los cinco pandavas y con su ayuda está destruyendo el mal en el mundo.

»Esta tierra recibirá el derramamiento de sangre de todos los monarcas orgullosos y arrogantes y se purificará por ello. Los pandavas son invencibles. Por favor, que no te quede la más mínima duda al respecto. Mientras Krishna esté con ellos, nadie puede herirles. Te pido que consideres su fortaleza una vez más. Detén esta guerra. Estos cuatro días de lucha te han mostrado cómo va a acabar todo.

Duryodhana escuchó las palabras de su abuelo, se levantó y se fue caminando lentamente hacia su tienda, con la cabeza baja. Bhishma permaneció sentado durante largo tiempo. Se sentía apenado por él, porque sabía que Duryodhana trataría de ganar o morir. Él sería la última persona que pensara en un pacto, especialmente en medio de una guerra. Estaba celoso de su reputación y no podría soportar que le llamaran cobarde. Caminaría hacia la muerte, incluso aunque se convenciese de que no debía haber luchado contra los pandavas.

Tras un suspiro, el anciano se echó con sus ojos humedecidos por las lágrimas, él tampoco podía dormir. Su mente estaba turbada con muchos pensamientos y volvió a recordar la escena de la maravillosa forma en que Arjuna luchó con él. Luego pensó en el valor del joven Abhimanyu y una sonrisa cariñosa iluminó su rostro. De nuevo vio a Krishna con el chakra en su mano, hubiera sido maravilloso si él le hubiera matado. Se hubiera liberado antes de lo que había pensado. Pero eso no pudo ser. Su madre Satyavati le había dicho que no tenía derecho a morir hasta que la casa de los kurus no estuviera establecida firmemente en el antiguo trono de los pauravas. Eso significaba que tendría que vivir y ver la muerte de todos. Hasta que Yudhisthira no fuera instalado como monarca en el trono de los pauravas, no tenía derecho a morir. Tenía que vivir. Tras exhalar otro suspiro, Bhishma se dio la vuelta en su cama como tratando de dar la espalda a todos los pensamientos que le preocupaban. Decidió hacer todo lo posible para apresurar el fin del mundo: todos tendrían que morir, tendría que presenciar la muerte de todos. Pensamientos sobre Ganga vinieron a su mente y volvió a sentirse de nuevo como un niño. Se acordó de los días en que ella se sentaba a su lado contándole historias hasta que se iba a dormir. El recuerdo de los días de su niñez trajo el sueño a sus ojos fatigados y se durmió libre de todo pensamiento.

Capítulo VIII

DÍAS QUINTO Y SEXTO DE LA GUERRA

LLEGÓ el quinto día de la batalla. El Sol comenzaba a despuntar por encima del horizonte del este, coloreando el cielo con franjas rojas. Bhishma comenzó a organizar su ejército en la formación de Makara vyuha. Arjuna, Dhrishtadyumna y Yudhisthira pensaron que lo mejor sería colocar su ejército en forma de halcón.

Bhima era el pico del pájaro, Sikhandi y Dhrishtadyumna eran los ojos del halcón. En la cabeza estaba Satyaki y Arjuna era el cuello del pájaro. El ala izquierda la formaban Drupada y Virata y la derecha los hermanos Kekaya. La espalda del pájaro estaba formada por Abhimanyu y los hijos de Draupadi. Y en la cola estaba el mayor de los pandavas, Yudhisthira, acompañado de Nakula y Shadeva. Bhima penetró en el gran ejército de los kurus que estaba organizado en forma de tortuga.

Bhima se encontró al principio con Bhishma, que ya había comenzado su destrucción. Arjuna se apresuró en ir a su encuentro. Sólo él podía contrarrestar los divinos astras de Bhishma. Duryodhana fue hacia Drona y pensando en sus hermanos que habían muerto el día anterior, le dijo:

—Tú eres mi benefactor, dependo de ti y de mi abuelo para que me ayudéis. Sois capaces de vencer a los dioses en una lucha. Después de todo, el poder de los pandavas es muy inferior al vuestro.

Drona suspiró furioso y le dijo:

—Eres necio si esperas la derrota de los pandavas. Ni siquiera ahora te das cuenta de que son invencibles. Trataremos de cumplir con nuestro deber al máximo, más que eso no es posible.

Drona no esperó a escuchar la respuesta de Duryodhana, y emprendió la marcha hacia el ejército de los pandavas.

Satyaki estaba allí para hacer frente a su arremetida. Hubo un glorioso duelo entre los dos. Bhima acudió a ayudar a Satyaki. El grupo estaba siendo reforzado por ambos lados. Drona, Bhishma y Salya, se estaban enfrentado ahora con Bhima, Satyaki, Abhimanyu y los hijos de Drupada. La lucha amenazaba en convertirse en un duelo entre Sikhandi y Bhishma. Drona recordó lo que dijo Duryodhana al comienzo de la guerra: que todos debían proteger a Bhishma de Sikhandi. Así que desafió a Sikhandi, que era una mujer que se había cambiado de sexo. Todos los pandavas, encabezados por Arjuna, estaban ahora acosando al anciano. Bhishma estaba tratando de salvar por todos los medios a los hijos de Dhritarashtra de la furia de Bhima, por lo que él mismo luchó con él.

Ya era mediodía, el Sol ardía sobre sus espaldas iluminando el campo desde su cénit. La guerra se había cobrado ya como precio la vida de miles de guerreros. El campo

de batalla estaba resbaladizo por el lodo que se formaba al mezclarse con la tierra la sangre de los cadáveres de los hombres, caballos y elefantes. Arjuna se lanzó al acoso de Bhishma. Oyendo el sonido de las caracolas de Krishna y Arjuna, el ejército se estremeció de terror. Todos los héroes del lado de Duryodhana se agruparon alrededor del estandarte de Bhishma y se produjo una gran lucha entre los dos ejércitos.

Virata hirió a Bhishma con sus flechas afiladas. El anciano dirigió sus ojos hacia Virata y le respondió luchando furiosamente. El poderoso Aswatthama luchó con Arjuna, era emocionante contemplar la lucha entre los dos favoritos de Drona. Uno era su hijo, y el otro era casi su hijo, pues grande era el amor que el acharya sentía por Arjuna. Arjuna alabó el valor de Aswatthama y en un momento dado se las arregló para dirigirse hacia el otro lado, no quería luchar con el hijo de su guru. Vio a Duryodhana luchando con Bhima y pasó de largo. Bhima había herido a Duryodhana con sus afiladas flechas, pero el rey siguió luchando sin importarle el dolor que sentía en su pecho. Abhimanyu estaba cortando el ejército kuru como una hoz corta un campo de maíz maduro. Les estaba matando por cientos. Nadie pudo detener el avance del joven león. Lakshmana, el hijo de Duryodhana, le retó durante un tiempo, pero fue herido por Abhimanyu y Kripa se lo llevó del campo.

Satyaki estaba en excelente forma. Todo el mundo pudo ver que era discípulo de Arjuna. Tenía la misma ligereza de toque y la misma rapidez. Todo el mundo estaba observando su habilidad en la lucha. Satyaki sostuvo un gran duelo con su viejo enemigo Bhurisravas. La lucha prosiguió durante largo tiempo, luchaban como leones furiosos. Bhima estaba observándoles desde lejos y cuando la lucha había agotado a los dos, fue y se llevó a Satyaki en su propio carro. El duelo entre Bhishma y Arjuna continuaba aún. Ninguno de los dos podía hacer que el otro se retirara.

El Sol se estaba poniendo y Bhishma vio que los rostros de todos los hombres estaban pálidos y ojerosos. Había sido un día agotador, así que se retiró del campo con sus hombres. La llegada de la noche fue bienvenida por todos los guerreros. Estaban exhaustos física y mentalmente. Arjuna se sentía muy infeliz porque había tenido que luchar con su abuelo. Odiaba herir a su acharya con sus flechas. ¡Cuánto odiaba la guerra y a Duryodhana, que fue el causante de ella!

Amaneció el sexto día de la guerra y los pandavas habían dispuesto a su ejército en la formación maleara. Para hacerles frente, los kurus dispusieron su ejército en formación krauncha. La guerra comenzó tan intensamente como el día anterior. El primer encuentro fue entre Bhima y Drona. Bhima mató primero al conductor de Drona. Drona cogió las riendas en sus propias manos y siguió luchando, luego comenzó a destruir el ejército de los pandavas. Bhishma y Drona tenían la misma intención: la destrucción del ejército pandava. No podían decidirse a matar a ninguno de los pandavas. Luchaban contra ellos, pero no trataban de herirles fatalmente. Bhima les estaba devolviendo su ataque.

El ejército de Duryodhana estaba sufriendo terribles pérdidas debido a la bravura de Arjuna, de Abhimanyu y de los hijos de Draupadi por un lado, y Bhima, Dhrishtadyumna y Satyaki por otro. Arjuna estaba apoyado por Nakula y Shadeva. Los hermanos de Duryodhana trataron de detener el avance de Bhima, pero no pudieron hacer nada. En cuanto Bhima penetró en el vyuha, los soldados gritaron: « Aquí viene el terrible Bhima, despidámonos de nuestras vidas, vamos a ser aniquilados en cualquier momento. » Bhima iba el primero en su carro, pero sintió que el avance de éste no era suficientemente rápido, por lo que saltó de él y cogió su maza entre sus manos, abriéndose paso entre el ejército como una nube tormentosa cubre un cielo claro. La destrucción le seguía como una estela.

Dhrishtadyumna quiso ayudar a Bhima, entró en el campo y allí se encontró con Visoka, el conductor de Bhima, sentado a solas en el carro vacío. No podía ver a Bhima y temió lo peor. Le preguntó a Visoka:

—¿Dónde está Bhima? Le quiero más que a mi propia vida. ¿Dónde está?

Visoka le contó la decisión de Bhima de entrar en el ejército abriéndose paso con su maza. Dhrishtadyumna estaba preocupado por su amigo y la temeridad con la que había entrado en el corazón del enemigo. Se apresuró en acudir en su ayuda diciéndose para sí: « No tiene sentido vivir si algo le pasa a Bhima, no puedo permitir que le maten. Si vuelvo al campamento sin Bhima, no tendré valor para presentarme ante los demás. Antes preferiría pasar todos mis días en el infierno que vivir sin Bhima. Él es mi amigo. El poderoso Bhima es mi guru y yo soy su devoto. Debo apresurarme en ir al lugar donde esté Bhima y ayudarle si está vivo. Si está muerto, mataré al hombre que le haya matado y luego moriré. No volveré al campamento sin Bhima. »

Con estos pensamientos en su mente, Dhrishtadyumna se introdujo en el corazón del ejército enemigo. El camino que había seguido Bhima se podía reconocer por los cuerpos de los muertos que acaban de caer. Aún la sangre manaba de las heridas de los cadáveres. Dhrishtadyumna divisó a su héroe en acción. Como un tornado arrancando árboles de raíz estaba sembrando el pánico en el enemigo. Bhima vio a su amigo y los dos disfrutaron vadeando el río de sangre que habían hecho fluir. Duryodhana vio que Dhrishtadyumna se había unido a Bhima y dijo:

—El terrible hijo de Drupada se ha unido ahora a Bhima. Lo destruirán todo si no decidimos algo rápidamente.

Mandó a varios de sus hermanos para que les hicieran frente. Mientras tanto, Drona y Drupada se habían encontrado en un combate singular. Drupada no era lo suficientemente poderoso para vencer al gran Drona. Drona regresaba del combate, cuando vio a Dhrishtadyumna que acababa de lanzar un astra llamado Pramohana que tenía el poder de hacer perder la conciencia a todos. Drona vio a los hermanos de Duryodhana atrapados bajo el hechizo del astra y lanzó el astra opuesto para despertarles y de nuevo

comenzaron a luchar contra Bhima y Dhrishtadyumna. Abhimanyu fue enviado con un gran ejército para ayudar a Bhima y a Dhrishtadyumna. Había otros que acompañaron a Abhimanyu y todos juntos penetraron en el ejército enemigo, formando un nuevo vyuha llamado Suchimukha, que quería decir punta de aguja y avanzaron hasta las cercanías de Bhima. Dhrishtadyumna volvió su atención hacia Drona, el cual le hizo perder su carro, inutilizándolo y matando a sus caballos. Dhrishtadyumna saltó al carro de Abhimanyu y continuó luchando. Bhima volvió a su carro y prosiguió su lucha contra los hermanos del rey. Lucharon durante largo tiempo, pero al final tuvieron que retirarse.

Abhimanyu y Vikarna mantuvieron un duelo que fue un magnífico espectáculo. Cada uno era tan fuerte como el otro. Nadie podía decidir cuál de los dos era el mejor luchador. Duryodhana y Bhima se encontraron de nuevo. Bhima decidió matar a Duryodhana. Tan intenso era su odio que no se detuvo ni siquiera cuando otros vinieron a ayudar a Duryodhana. La lucha continuó por algún tiempo. Al final, no pudiendo soportar la furia de Bhima, Duryodhana se desmayó y Jayadratha se lo llevó en su carro. Kripa le ayudó a Jayadratha a sacar al rey del campo de batalla. Bhima luchó con Jayadratha. Varios hombres acudieron en ayuda de ambos y la lucha volvió a hacerse general. La noche llegó lentamente, el Sol se había puesto y los ejércitos se retiraron.

El campamento de Yudhisthira resonaba con los vítores de todo el mundo. Bhima y Dhrishtadyumna eran los héroes del día. Todos estaban contentos de saber que la destrucción en el ejército kuru se debía a estos dos. El sexto día de la guerra había acabado. Excepto el primer día, el campamento de los pandavas estaba resonando con la música de las caracolas, trompetas y tambores anunciando su alegría.

Como de costumbre, Duryodhana fue a la tienda de su abuelo y le habló de la pena que atenazaba su corazón. Le dijo:

—Los pandavas están felices porque han destruido una gran parte de mi ejército. Bhima se las arregló para penetrar en nuestro impenetrable vyuha desde muy temprano en la mañana. Él y Dhrishtadyumna han causado un estrago tal que me siento desesperado. Debes destruir a los pandavas inmediatamente. Tienen que morir, si no, no tendré paz.

Bhishma dijo:

—No es justo que hables así, he estado haciendo todo lo que he podido para complacerte. Estoy tratando de ganar esta guerra para ti. Cuando su ejército sea destruido, serán derrotados. Pero hay grandes héroes del lado de los pandavas, no es fácil impedirles que maten a nuestros soldados. Me estoy jugando la vida y estoy luchando. Ya no me queda nada por lo que vivir. Puedo morir en mi intento por complacerte. Lucharé contra los pandavas con mi máxima habilidad, nadie puede hacer más que eso. En cuanto a matarles, no es posible, no hay nadie que pueda hacerlo. No puedes pedirme que lo haga. Te dije incluso al principio de la guerra que no mataría a los pandavas, les quiero

tanto como a ti. Pero estáte seguro que haré todo lo posible por vencerles. Vete, hijo mío, y duerme. Estás herido por las flechas de Bhima, aquí tienes un brebaje; bébetelo, te aliviará el dolor.

Bhishma le dio la poción y le mandó cariñosamente a la cama.

Capítulo IX

LOS VANOS INTENTOS DE SIKHANDI

AMANECIÓ el séptimo día de la guerra y Bhishma preparó su ejército en forma de vyuha Mandala. Era una formación circular, muy difícil de penetrar. Yudhisthira le pidió a Arjuna que colocara su ejército en la forma de vyuha Vajra, que era casi tan impenetrable como la de los kurus. El encuentro comenzó. Drona atacó a Virata y a Drupada. Aswatthama atacó a Sikhandi. Duryodhana se encontró con Dhrishtadyumna y Nakula y Shadeva le hicieron frente a su tío Salya. Vinda y Anuvinda lucharon contra Arjuna. Bhima se opuso a Kritavarma y Abhimanyu se estaba enfrentando con Chitrasena, Vikarna y Dussasana. Bhagadatta se estaba enfrentando con Ghatotkacha y Satyaki luchó con el rakshasa Alambusa. Bhurisravas se encontró con Dhrishtaketu y Yudhisthira se estaba enfrentando a Srutayus. Chekitana se estaba enfrentando a Kripa. La guerra de este día prometía un gran número de duelos. Arjuna miró al ejército y le dijo con voz enfadada a Krishna:

—Fíjate en la habilidad de Bhishma. Mira cómo ha colocado a su ejército. Cree que no podremos penetrar en él sin una gran pérdida por nuestra parte. Los trigartas están esperando para luchar conmigo; hoy les voy a destruir.

Arjuna hizo sonar la cuerda del gandiva y comenzó a disparar flechas sobre los trigartas y sobre todos los reyes que se habían reunido para desafiarle. El ejército kuru estaba comenzando a romper su formación. Arjuna arrojó el astra llamado Aindra, del cual comenzaron a llover gran cantidad de flechas sobre sus oponentes, sembrando el pánico en las filas enemigas. La falange se dispersó en cuestión de momentos y el ejército se apresuró a ir hacia Bhishma para que le socorriera. Bhishma era la balsa que les salvaría del hundimiento.

Susarma, el rey de los trigartas, tuvo que emprender una retirada precipitada. Bhishma se apresuró a ir hacia Arjuna. Duryodhana estaba muy trastornado al ver el valor de Arjuna y el modo en que había roto la falange. Fue rápidamente hacia Susarma a quien se le había encargado la protección del vyuha y le dijo:

—Mi abuelo va a luchar contra Arjuna, depende de todos vosotros el apoyarle; por favor protegedle de sus enemigos.

Luego, el rey fue rápidamente hacia el lugar donde estaba Bhishma. El anciano atacó a Arjuna repentinamente. Con su carro de plata y los caballos blancos que tiraban de él,

el gran anciano ofrecía una hermosa imagen mientras avanzaba hacia Arjuna. La lucha fue terrible. Nunca antes habían luchado como lo hicieron en aquel día. La lucha se interrumpió en las demás partes del campo. Todos quedaron absortos contemplando aquel duelo que parecía que nunca iba a acabar. No era posible mirar la terrible forma de Bhishma. Rodeado por los trigartas y por los hermanos del rey, su lucha era formidable. Duryodhana estaba detrás de él.

Poco después, los demás reemprendieron nuevamente la lucha. Drona luchó contra Virata, el cual rompió su arco, quebró su estandarte y mató a su conductor. En respuesta, Drona mató al conductor de Virata. Virata subió al carro de su hijo Sankha y los dos lucharon contra Drona. Lucharon hábilmente. El gran Drona estaba furioso con ellos y lanzó una flecha terrible contra Sankha.

La flecha atravesó la armadura del muchacho y cayó al suelo teñida de rojo con la sangre del joven príncipe. El arco de Sankha se escurrió entre sus dedos sin vida y su cuerpo cayó fuera del carro. Virata vio a su hijo muerto. Este era el tercer hijo que le mataban. Estaba terriblemente enojado con Drona, pero se veía indefenso frente a su poder. Dejó el carro y se fue del campo de batalla con la cabeza baja.

Todos estaban apenados por Virata, pero todo forma parte del destino de cada uno. La guerra significa la muerte; la muerte de los más allegados y queridos.

Drona continuó su acción de destrucción. El duelo entre Aswatthama y Sikhandi aún seguía. Sikhandi hirió a su oponente con tres flechas que se alojaron en su frente. Furioso por el agudo dolor que le producían los dardos, Aswatthama mató al conductor de Sikhandi y también a sus caballos. Tomando la espada en su mano, Sikhandi la hizo girar sobre su cabeza y comenzó a luchar contra Aswatthama. Parecía un halcón dando vueltas sobre su presa. Era una estampa aterradora. Aswatthama le disparó un buen número de flechas, pero Sikhandi se deshizo de todas con su espada. Le arrojó la espada a Aswatthama y saltó al carro de Satyaki.

Satyaki luchó con Alambusa, el cual usó sus tácticas mágicas de maya. Se le consideraba invencible, pero no daba la talla de Satyaki. Desde el cielo arrojó torrentes de flechas sobre Satyaki, pero éste invocó el astra aindra con el que destruyó la maya del rakshasa. Las flechas que salían del astra eran tan numerosas como las gotas de una lluvia tropical. Alambusa no pudo hacerles frente, por lo que rápidamente se alejó de la presencia de Satyaki. Dhrishtadyumna luchó con Duryodhana, que se defendió con mucha valentía rechazando el acoso de Dhrishtadyumna con desdén, pero Dhrishtadyumna le hizo perder su carro, tras lo cual Duryodhana luchó a pie. Sakuni vino en su ayuda dándole su carro al rey, pero después de un tiempo, Duryodhana fue vencido por Dhrishtadyumna.

Satyaki se concentró en la destrucción del ejército. Kritavarma se enfrentó a Bhima, el cual mató sus caballos y derribó su estandarte. Kritavarma se sentía como si su cuerpo

se hubiera hecho añicos. Tuvo que subirse al carro de Sakuni y retirarse de la lucha, tras lo cual Bhima tuvo tiempo de dedicarse a su tarea favorita: la destrucción del ejército de los elefantes.

El ejército kuru estaba haciendo todo lo que podía para aguantar el ataque de los pandavas, pero no era posible. Su valor era insignificante frente al de sus oponentes. El agua del Ganges es dulce, pero pierde su dulzura cuando el río se funde con el mar. Del mismo modo el valor de los kurus estaba siendo tragado por la bravura de los pandavas. No podía culparse a los kurus por ello, lucharon con gran acierto y arrojo, pero sus oponentes eran demasiado poderosos. Parecía como si los kurus persiguiesen un solo objetivo: alcanzar los cielos que se les asignan a aquellos que mueren en el campo de batalla.

La lucha entre Bhagadatta y Ghatotkacha fue uno de los acontecimientos del día. En un carro tan brillante como el Sol de la mañana, Ghatotkacha se aproximó al rey de Pragyotisha. Bhagadatta estaba sentado en su maravilloso elefante. Parecía Indra Airavata sobre su elefante blanco. Ambos contendientes se equiparaban en valor. Se herían entre sí y ambos se trataban con desprecio. La sonrisa no dejaba el rostro de Bhagadatta mientras recibía la intensa lluvia de afiladas flechas de Ghatotkacha, quien le mató los caballos de su carro. Furioso, Ghatotkacha arrojó una jabalina a Bhagadatta, pero su oponente la atrapó y la rompió en tres pedazos. Ghatotkacha tuvo que abandonar el campo. No pudo luchar contra aquel maravilloso oponente. El elefante de Bhagadatta comenzó a destruir el ejército de los pandavas.

Salya luchó con sus sobrinos Nakula y Shadeva, sintiéndose complacido con su valor. Con una sonrisa, rompió el estandarte de Nakula y mató a su conductor. Los caballos fueron sus siguientes víctimas. Nakula pasó al carro de Shadeva y juntos lucharon contra su tío. Shadeva estaba furioso con su tío y le lanzó una terrible jabalina que hizo que Salya perdiera el sentido y cayera desmayado. Su carro fue conducido fuera del campo.

Era ya mediodía. Yudhisthira se lanzó en dirección a un guerrero llamado Srutayus, comenzando su ataque con una gran lluvia de flechas. Srutayus le devolvió el ataque y una de sus flechas rompió la armadura de Yudhisthira, pero éste no le dio importancia y disparó una flecha que rompió el estandarte de Srutayus, haciéndole caer a tierra. Yudhisthira parecía una cobra enfurecida. Los soldados estaban sorprendidos por la expresión del rostro del príncipe pandava. Siempre habían visto a Yudhisthira como una persona gentil y agradable, mas el aspecto que ofrecía ahora era terrible. No podían creer que en él cupiese tanta ira. La lucha siguió; Srutayus lanzó una flecha que iba dirigida al pecho de Yudhisthira, el cual la cortó en pedazos. Luego Yudhisthira mató a los caballos de Srutayus, el cual tuvo miedo de continuar la lucha y salió corriendo del campo. Yudhisthira se dirigió invicto hacia el ejército y comenzó a destruirlo. Kripa salió malparado de su lucha con Chekitana. Tuvo que ser sacado del campo por Sakuni.

Tres de los hermanos de Duryodhana estaban acosando a Abhimanyu, pero Abhimanyu les tuvo pronto a su merced. Podía haberles matado, pero recordó la promesa de su tío Bhima y les dejó vivos, Bhishma fue a rescatar a los príncipes kurus y se enfrentó con Abhimanyu. Arjuna le vio y dijo:

—Krishna, el abuelo va a pasar unos momentos difíciles con nuestro joven león. Lleva mi carro a donde te plazca. Estoy decidido a destruir este ejército, vayamos a otra parte. —Arjuna pasó a través de las filas enemigas haciendo estragos, hasta que fue detenido por Susarma. Arjuna dijo—: Escúchame, Susarma, sé que eres un gran luchador, y también sé que cobijas un viejo odio contra mí, que comenzó en los días del Rajasuya, cuando te derroté. Y que desde entonces no me has perdonado. Ven, déjame que te envíe junto a tus antecesores en unos momentos.

Se produjo la lucha y los trigartas atacaron a Arjuna por todas partes. La lucha fue muy larga y encarnizada. Arjuna mató a muchos de los que apoyaban a Susarma y prosiguió hacia el carro de Bhishma.

Sikhandi y varios otros vinieron a ayudar a Arjuna. Duryodhana y Jayadratha vieron a Arjuna dirigiéndose hacia Bhishma y un grupo de ellos fue a protegerle. Los cinco pandavas habían llegado junto al carro de Bhishma. Bhishma les hizo frente a todos con una sonrisa en su rostro. De su arco llovían flechas sobre todos ellos, pero también de su rostro llovían sonrisas sobre sus queridos nietos. Parecía una lluvia repentina que caía sobre la tierra al tiempo que cálidamente recibía los rayos del Sol. Bhishma estaba orgulloso del valor de los hijos de Pandu. Yudhisthira permanecía impávido mientras esquivaba las flechas de Bhishma. Nakula y Shadeva habían llegado hasta allí después de la retirada de Salya. Naturalmente, Bhima también estaba.

Los reyes Duryodhana y Jayadratha se apresuraron hacia aquel lugar. Kripa y Salya con Sala, Chitrasena y otros más, vinieron en ayuda de su comandante. El anciano estaba en excelente forma. Hizo pedazos a los pandavas, no tenían nada que hacer frente a él. Yudhisthira estaba muy enojado con Bhishma. Miró a Sikhandi y le dijo:

—Sikhandi, has jurado matar a Bhishma, debes matarle rápido. Es tan terrible como su propio nombre indica. El ejército de los pandavas no puede hacerle frente por más tiempo, has de apresurarte.

Sikhandi se abalanzó hacia el carro de Bhishma, pero Salya intervino y le retó. Bhishma estaba luchando furiosamente con Yudhisthira y Bhima se estaba oponiendo a Jayadratha. Ambos perdieron sus caballos y sus carros, y estaban peleando a pie. Bhima golpeó a Jayadratha con su maza y le hizo salir corriendo del campo. Chitrasena luchó contra Bhima, desmayándose al recibir un golpe de la maza de Bhima.

Bhishma parecía estar concentrado hoy en Yudhisthira y estaba continuando la lucha que ya hacía un buen rato que comenzó. Yudhisthira perdió su carro y tuvo que usar el

de Nakula. Los mellizos y Yudhisthira lucharon contra Bhishma, pero él era demasiado fuerte para ellos. Otros reyes acudieron en ayuda de los pandavas, pero todos sus esfuerzos combinados no valieron de nada frente a Bhishma. Luchaba como un poseído. No era posible hacer nada para evitar la ruina de su ejército.

Arjuna estaba ocupado luchando contra los trigartas. Ellos estaban retándole deliberadamente para mantenerle alejado de Bhishma. Arjuna pudo destruir la mayor parte del ejército de los trigartas, pero tuvo que contemplar la devastación de su ejército sin poder hacer nada para evitarlo. El Sol se había puesto. Llegó el momento de detener la guerra y todos volvieron a sus tiendas. Los pandavas tuvieron éxito en los duelos individuales, pero las bajas de su ejército habían sido considerables. Hoy no estaban tan jubilosos como los otros días. Yudhisthira estaba muy pensativo, tenía que hacer algo con el anciano.

Siempre que Sikhandi iba hacia su carro, Bhishma giraba su rostro y luchaba contra otra persona. Esto hacía que Sikhandi se indignara, pero no podía hacer nada al respecto. Su duelo prometido con Bhishma parecía que nunca iba a suceder. Sikhandi podía recordar su nacimiento anterior. Pensaba en sí mismo no como Sikhandi, sino como Amba. En cuanto veía a Bhishma se despertaba el Amba en él. Quería librar a Bhishma de la atadura humana, que le hacía ser un célibe de por vida. La muerte le liberaría de su juramento. Amba quería liberarle, pero Bhishma no podía comprender el mensaje de Amba. Si se enfrentaba con Sikhandi se liberaría, como tanto quería. Sikhandi sonriendo para sí mismo se decía:

« ¡Mañana!, ¡veré si puedo matarle mañana! »

Capítulo X

EL VALOR DE GHATOTKACHA

AMANECIÓ el octavo día de la guerra. El ejército kuru estaba formado en forma de vyuha Urmi. Urmi es el océano. Bhishma hizo que el ejército se esparciera a ambos lados como las olas del mar. Yudhisthira le pidió a Arjuna que preparara el ejército en la formación llamada Sringataka. Tenía la forma de cuernos. Ambos vyuhas eran inusuales. Bhishma y Arjuna eran especialistas, compitiendo el uno con el otro en este arte. La lucha comenzó. La batalla general estaba en pleno vigor.

Entre los duelos individuales algunos cobraron especial relevancia. Al principio hubo un terrible duelo entre Bhishma y Bhima. Bhima acosó a su abuelo cubriéndole con un manto de flechas y mató a su conductor y a sus caballos. Duryodhana se alarmó por aquello y se dirigió al lugar con sus hermanos. Bhima estaba terrible aquel día. Viendo a los hermanos de Duryodhana decidió que mataría a tantos como pudiera. Y en una sola

arremetida mató a ocho de ellos, uno tras otro. Duryodhana estaba viendo la masacre, pero no pudo hacer nada al respecto.

El juramento de Bhima volvió a su mente. Fue rápidamente a donde estaba Bhishma y le transmitió su dolor. Le dijo:

—Mira a Bhima, tiene que morir. Ha matado a ocho más de mis hermanos. Mis soldados aunque hacen lo que pueden, no pueden resistírsele, todos están siendo destruidos. Tu actitud parcial e indiferente es la responsable de todo esto. Estás permitiendo esto porque no me tienes ningún afecto, no sé qué voy a hacer ahora.

Bhishma dijo:

—Tus palabras son crueles, hijo mío. Yo te aprecio. Si no te hubiera querido podía haberme mantenido al margen de esta guerra y del mismo modo lo podía haber hecho tu guru Drona. Tú tenías la idea de que los pandavas serían aniquilados fácilmente. Y te he estado diciendo una y otra vez que no es posible matar a los pandavas. Duryodhana, tú y tus hermanos seréis aniquilados por Bhima en esta guerra. No hay duda al respecto. Dondequiera y cuando quiera que Bhima se encuentre con un hijo de Dhritarashtra, le matará al instante. Tiene que ocurrir de ese modo, no puedes hacer nada para evitarlo. Trataste de salvar a tus hermanos, pero ¿pudiste hacerlo? No. Bhima está terriblemente enfadado contigo. No puedo evitar la venganza de Bhima. Sólo puedo decirte esto:

Prepárate para morir, arréglatelas para tener una muerte valiente. Desde ahora en adelante concéntrate en luchar y no en las cosas que están más allá del poder del hombre. —Con estas duras palabras, Bhishma finalizó la conversación.

Era mediodía. Los pandavas estaban ahora atacando a Bhishma reuniéndose en diferentes grupos, pero no servía de nada. Nadie podía enfrentársele. Bhima estaba destruyendo el ejército de los elefantes y Nakula con Shadeva estaban matando todos los caballos. Hubo una gran pérdida en el ejército de los kurus. El ejército de los pandavas era igualmente desafortunado. Bhishma y Drona estaban dispuestos a matarlos a todos.

Al comienzo de la guerra, Iraván, el hijo de Arjuna y Ulupi, la princesa del clan de los nagas, se puso del lado de los pandavas. Se acercó a Arjuna y le dijo:

—Mi madre Ulupi me ha enviado a ti. Me pidió que te ayudara en la guerra.

Arjuna abrazó a su hijo y le dio la bienvenida. Iraván había estado luchando todos estos días y se dio cuenta de que Sakuni estaba causando muchas bajas en el ejército pandava y le acosó. Había llevado a su ejército con él y era casi igual en valor que el de Arjuna. Se parecía a Abhimanyu en la forma en la que manejaba las armas. Malhirió a Sakuni. Duryodhana estaba observando la pelea. Fue a Alambusa y le dijo:

—Debes usar tus tácticas de maya y destruirle, se ha vuelto peligroso. Alambusa fue y retó a Iraván. Hubo una lucha terrible entre los dos. Iraván se ganó las alabanzas de

los héroes de ambos lados, pero no pudo soportar durante largo tiempo las tácticas de maya de Alambusa. El rakshasa le cortó la cabeza.

El ejército de los pandavas estaba siendo aniquilado por Bhishma, Drona y Aswatthama. No había modo de parar su furia. Los pandavas dijeron: Es imposible, no hay modo de luchar contra ellos, no hay quién pueda desafiar a ese grupo. » Viendo a Kavan muerto, Ghatotkacha se puso en acción.

Ghatotkacha jugó con el ejército de los kurus como un gato juega con un ejército de ratas. Todos estaban aterrorizados por él. Toda la ira de Ghatotkacha se estaba descargando sobre Duryodhana. No le dejaba solo y le retaba una y otra vez. Luchó con todos los reyes que acudieron en ayuda de Duryodhana. Bhishma escuchó el estruendo del ejército, que estaba siendo presa del pánico debido a Ghatotkacha y dijo:

—Me temo que Duryodhana no podrá soportar el poder del hijo de Bhima. Si no fuera por el hecho de que Bhima ha jurado matar a nuestro Duryodhana, Ghatotkacha le hubiera matado hace mucho.

Oyendo sus palabras, varios guerreros fueron a ayudar a Duryodhana. Estaban todos allí: Drona, Aswatthama, Jayadratha y muchos otros. Ghatotkacha se enfureció aún más viendo a esta hueste. Les dio la bienvenida a todos, aterrándoles con sus gritos y alaridos estentóreos.

Yudhisthira oyó su grito de guerra. Llamó a Bhima y le dijo:

—Bhima, he oído el grito de mi Ghatotkacha y he visto a varios héroes kurus yendo hacia él. Me preocupa su seguridad. No puedo enviarle a Arjuna, porque está ocupado defendiendo a los hijos de Drupada de la furia de Bhishma. Quiero que vayas y ayudes a tu hijo.

Nadie era capaz de vencer a los dos juntos, padre e hijo. El ejército de Duryodhana fue destruido al instante. Duryodhana estaba loco de ira y fue a luchar con Bhima. Varios guerreros de ambos lados se arremolinaron alrededor del padre y el hijo y de nuevo la lucha se generalizó. Aswatthama tomó el lugar de Drona y fue ayudado por Duryodhana. Lucharon durante un rato, pero cuando Bhima levantó su maza y trató de matar a Duryodhana, se alejaron de su presencia.

Como Bhishma en el lado de los kurus, Bhima era invencible en el lado de los pandavas y su hijo causaba terror entre los kurus por su bravura. Nadie podía seguir sus movimientos ni detenerle. Varios de ellos se habían desvanecido al no poder soportar sus poderosas armas. Casi todos ellos iban corriendo hacia el campamento, el pánico se había apoderado del ejército de los kurus. El ruido triunfante de las caracolas sopladas por los pandavas pregonaba que el ejército de Duryodhana había sido completamente derrotado por Ghatotkacha.

Duryodhana fue hacia su abuelo y le relató lo que había ocurrido. Quería que fuera a matar a Ghatotkacha. Bhishma dijo:

—Escúchame, hijo, ahora no puedo hacer nada, estoy ocupado aquí. Mandaré a Bhagadatta para detener al joven Ghatotkacha.

Bhagadatta fue con su famoso elefante Supritika para luchar contra Ghatotkacha. Los pandavas estaban preparados para enfrentarse con este gran hombre. Bhima, Abhimanyu, Ghatotkacha, los hijos de Draupadi y varios otros estaban allí. Bhagadatta se abalanzó primero hacia Bhima. Todos los héroes comenzaron a acosar al elefante, que se les venía encima, con sus flechas, jabalinas y mazas, pero no pudieron impedir su avance. Su cabeza estaba cubierta de sangre, pero aún seguía avanzando. Todo el ejército estaba siendo puesto en jaque por un solo elefante. Entonces llegó el rey de los dasarnas trayendo con él su elefante y consiguió que el elefante de Bhagadatta detuviera su avance. Los dos elefantes estaban de pie, bloqueándose el camino. Era una escena preciosa. El elefante de Bhagadatta no se detenía ni siquiera para tomar una respiración y Bhagadatta lanzaba flecha tras flecha contra el rey de los dasarnas, el cual tuvo que retirarse. Aquello fue coreado con fuertes vítores por el lado de los kurus. Los pandavas se unieron y comenzaron a acosar a Bhagadatta.

Mientras tanto, Arjuna había estado haciendo un buen trabajo por dondequiera que fue y ahora se unía a Bhima y a Ghatotkacha. Duryodhana mandó un gran ejército para combatir con estos héroes y hubo otra gran masacre. Bhagadatta con su elefante estaba causando estragos en el ejército de los pandavas y Ghatotkacha con Bhima y Arjuna por su parte, estaban haciendo lo mismo.

Arjuna acababa de enterarse de la muerte de su hijo Iraván y se sintió muy infeliz por esta guerra que estaba causando la muerte de tanta gente inocente. Por culpa de la obstinación de Duryodhana, aquel joven que era la única esperanza de su madre, había muerto de forma lamentable. Todo era tan innecesario. Le dijo a Krishna:

—Esto es lo que mi tío Vidura predijo hace mucho tiempo. Dijo que éste sería el fin de los pandavas y de los kurus. Fue por eso por lo que trató de evitar esta guerra. Krishna, fíjate en estos dos ejércitos. Hace una semana eran enormes, pero mucha gente inocente ha muerto por los kurus y por nosotros. Es mejor morir como un mendigo que matar a tanta gente por causa de un trono, odio esta guerra, Krishna. Ahora comprendo porqué Yudhisthira estaba dispuesto a aceptar cinco pueblos. Entonces pensé que era algo inferior a su dignidad, pedirle un favor a nuestro primo. Pero ahora, comprendo el noble motivo que movió a mi hermano a pedir la paz, incluso a costa de su dignidad. Todo esto es debido a Sakuni, el malvado consejero de Duryodhana. ¡Ojalá le hubiera matado mucho antes de que hubiese influido en nuestro primo! Siento haber nacido como kshatrya. Estoy asesinando a mucha gente que no tiene culpa alguna. Pero no es momento de mirar hacia atrás, lleva mis caballos hacia el ejército de los kurus. Déjame causarles unas cuantas bajas más antes de que acabe el día; la noche se está acercando.

Bhishma se encontró otra vez con Arjuna. Mientras tanto continuaba la lucha entre los kurus y Bhima. Ghatotkacha estaba allí todavía. Duryodhana envió a algunos de sus hermanos para que se unieran a la lucha; también él estaba allí. Bhagadatta estaba luchando gloriosamente contra Ghatotkacha. Su elefante Supritika estaba como nunca había estado y no permitía que la lluvia de flechas que le disparaban le afectara de ningún modo.

Bhima se encontró de nuevo con los hijos de Dhritarashtra en la batalla y comenzó a destruirles uno a uno. Ocho más murieron. El ejército se tuvo que retirar, pues ya no tenían ningún deseo de luchar. El corazón de Duryodhana estaba roto. Bhima había matado a veinticuatro de sus hermanos. El campo de batalla era un panorama depresivo para ambos ejércitos. Estaba literalmente sembrado de cadáveres. Era un horrendo espectáculo de cuerpos sin cabeza, cabezas sin cuerpos, brazos enjoyados que habían sido cercenados y brazos desmembrados que aún blandían espadas, flechas, arcos y jabalinas. Los cuerpos de los elefantes y de los caballos muertos estaban esparcidos por todo el campo.

El Sol se había puesto. Aquel terrible día había acabado. El octavo día de la batalla había finalizado y los héroes regresaron a sus campamentos. Las pérdidas por ambos lados habían sido cuantiosas, pero los pandavas estaban ganando. Bhima y Ghatotkacha habían causado la ruina en el ejército de los kurus, sin contar los estragos causados por Arjuna y Abhimanyu.

Capítulo XI

LA NOCHE EN LA TIENDA DE BHISHMA

DURYODHANA estaba extremadamente infeliz. La única persona que podía confortarle era Radheya. Fue a su querido amigo y le contó todo lo que había estado sufriendo durante los últimos ocho días. Le contó la muerte de sus veinticuatro hermanos y le habló de la disminución de su ejército quejándose del modo en que estaba luchando su abuelo. Radheya le escuchó todo, lo que supuso un gran consuelo para el maltrecho corazón de Duryodhana. Después de un rato le dijo:

—Por favor, no te sientas tan infeliz, mi querido amigo. Lo siento por ti, no hay nada que me alegre en este mundo excepto ver la sonrisa en tu cara. Estoy dispuesto a dar mi vida por ti y lamento la noticia de la muerte de tus hermanos. Es el destino, nadie puede vencerle. No sé cómo puedo consolarte.

Duryodhana dijo:

—Drona, Bhishma, Salya y Kripa rehusan matar a los pandavas. Están destruyendo el ejército de buena gana, pero eso no es suficiente. Arjuna está destruyendo nuestro ejército y Bhishma el suyo. Eso es todo lo que ha estado ocurriendo hasta ahora, no ha

ocurrido nada importante. Ahora tengo poca confianza en ganar la guerra. El hecho de que tú no estés en la guerra, tiene mucho que ver con mi depresión. No sé qué camino tomar.

Radheya dijo:

—Duryodhana, tu abuelo quiere mucho a los pandavas, y tampoco es lo suficientemente fuerte como para vencerles. Por favor, pídele que se retire de la lucha, dile que deje las armas. Yo tomaré las armas para complacerte. Yo devolveré la sonrisa a tu rostro. Mataré a Arjuna. Ahora ve junto a tu abuelo y dile que Radheya comenzará a luchar si Bhishma abandona sus armas; dile que me concentraré en la muerte de Arjuna que es el favorito de todos ellos. No me preocupará la destrucción del ejército.

Duryodhana estaba muy complacido con las palabras de Radheya y decidió visitar a su abuelo.

Duryodhana fue a la tienda de su abuelo y después de saludarlo se sentó cerca de él. Le dijo:

—Abuelo, sé que eres lo suficientemente poderoso como para luchar contra los dioses. Estaba seguro de que la victoria sería mía teniéndote como comandante de mi ejército. Pero mis esperanzas parecen ser sólo sueños. No has matado ni a uno de los hijos de Pandu. Nunca pensé que la guerra duraría tanto, estaba seguro de que acabaría en un día. Tu afecto por los pandavas es la causa de que yo esté perdiendo. Estás destruyendo su ejército, pero yo no quiero eso, quiero la muerte de los pandavas. O les tienes demasiado afecto para matarles, o estás cobijando algún agravio contra mí, y me siento muy desdichado. Si no te gusta esta guerra, deja que luche Radheya. Él hará lo que yo quiera que se haga. —Duryodhana se sentó en silencio después de estas palabras.

Bhishma se sintió herido por aquellas crueles palabras de Duryodhana. Estaba enfadado, pero no le habló con rudeza. Se sentó en silencio durante un rato y luego levantó sus ojos enfadados y miró a Duryodhana como si le fuera a quemar con ellos, pero sus palabras fueron suaves. Le dijo:

—Duryodhana, ¿por qué me haces esto cada día? Me estás hiriendo con tus terribles palabras. Estoy realizando para ti un gran sacrificio. La mayor víctima del sacrificio soy yo mismo. Me estoy matando para complacerte y aun así, me hablas de este modo. No puedes ver todavía que no puedo matar a los pandavas. Que quiera o no es otro asunto. Incluso aunque quisiera, no puedo matarles. Son invencibles, te lo he dicho una y otra vez, pero tú no puedes comprenderme. Su amigo es Krishna. Protegidos por él que es el protector del Universo, ¿cómo vamos a matarles yo, o tú, o Drona, o tu amigo Radheya? Eres necio. Todas las pruebas que has tenido sobre el valor de Arjuna no son suficientes para hacerte comprender que yo no soy la persona que matará a los pandavas. Mañana lucharé excelentemente en la guerra, quemaré al ejército de los pandavas y destruiré el

ejército de los panchalas y de los vrishnis como el fuego devora un bosque. Mañana seré tan terrible que la gente del mundo hablará de ello con palabras emocionadas. Eso es cuanto puedo hacer y nada más. Vete y duerme.

Duryodhana quedó algo satisfecho, aunque no del todo. Pero no podía hacer nada. Tendría que esperar la muerte de los pandavas a manos de alguna otra persona. ¿Quién podría hacerlo excepto Radheya? Pero Radheya había rehusado luchar hasta la muerte de Bhishma. No veía cómo podía solucionar sus problemas, todo era tan deprimente.

Radheya también se sentía infeliz. Con el paso de cada día, se estaba acercando el momento en que tendría que luchar contra sus queridos y amados hermanos. Le estaba agradecido a Bhishma por este respiro. Se le estaba dando tiempo para entrenar su mente en no pensar en los pandavas como sus hermanos. Habían pasado ocho días. Radheya se estaba preparando gradualmente para la horrible prueba que tenía frente a él. Si Bhishma deponía las armas mañana, él tendría que luchar. Debía hacerlo. Radheya pensó en los últimos años en los que había estado esperando tan impacientemente una oportunidad para luchar este duelo contra Arjuna, mas ahora no sentía deseos de entrar en la batalla. Esperaba que Bhishma siguiera con su liderazgo. Todavía no estaba listo para la guerra con sus hermanos. Lo sentía por su amigo Duryodhana que se quejaba de que Bhishma, Drona, Kripa y Salya apreciaban a los pandavas y rehusaban matarles. Él pensaba que Radheya era el único que odiaba a los pandavas tanto como él, pero estaba equivocado. Radheya amaba ahora a los pandavas con un amor mayor que el amor que les tenía Bhishma, pero no podía decírselo a nadie.

¡Pobre Duryodhana! Radheya sabía que los pandavas no podían ser aniquilados, pero su amigo no lo sabía. No se lo creía a pesar de que tanta gente se lo decía. Duryodhana había visto el viswarupa del Señor, pero él no creía que Krishna fuera el Señor del Universo. ¿Qué podía hacerse con él? ¿Cómo decirle que el Señor estaba a favor de los pandavas y que por lo tanto eran invencibles? Radheya pasó toda la noche pensando en todos los acontecimientos pasados de su vida. El fin había llegado, todo era cuestión de días.

Radheya rogó, pidiendo fuerzas: fuerzas para hacer frente a los lazos de afecto que le unían a sus hermanos y fuerzas para ser leal con Duryodhana que era su único amigo. Radheya rogó por su buen nombre y por su muerte en el campo de batalla. Sus ojos no podían ni querían dormir y así pasó toda la noche.

Capítulo XII

LA FURIA DE BHISHMA

El noveno día de la guerra amaneció. Duryodhana estaba excitado ya que su abuelo había prometido luchar al máximo de sus posibilidades. Le dijo a Dussasana:

—Seguro que hoy ganaremos. El deseo que hemos tenido durante los últimos años se realizará hoy. La gran tarea de hoy es proteger a Bhishma. Debes hacer arreglos para que un grupo de nuestros héroes rodee a Bhishma durante todo el tiempo. Ha dicho que no luchará con Sikhandi. Por favor, asegúrate de que no se ponga enfrente de nuestro abuelo. Si hoy tenemos tanto éxito como espero, no tendremos que preocuparnos del futuro. Ve y dispónlo todo. —Miró los preparativos que habían hecho sus enemigos y dijo—: Dussasana, la rueda derecha del carro de Arjuna está protegida por Uttamaujas y la izquierda por Yudhamanyu y Arjuna a su vez está protegiendo a Sikhandi. Ocúpate de que Sikhandi no aparezca ante el abuelo.

Arjuna por su parte le dijo a Dhrishtadyumna:

—Arréglatelas para que el carro de Sikhandi sea colocado frente a Bhishma, yo lo protegeré.

Bhishma había colocado su ejército en forma de un vyuha llamado Sarvatobhadra, que significaba « seguro por todos lados » y justificaba su nombre. Bhishma, como de costumbre, estaba al frente y estaba protegido por Kripa, Kritavarma, Sakuni, Jayadratha, Kambhoja y los hijos de Dhritarashtra. Los trigartas estaban allí, en perfecta formación. Los pandavas colocaron su ejército en una falange igualmente formidable. Yudhisthira, Bhima, Nakula, Shadeva y los hijos de Draupadi estaban todos al frente. Dirigiendo la constelación estaba Arjuna, Dhrishtadyumna, Sikhandi, Ghatotkacha y Chekitana. Detrás de ellos estaban situados Abhimanyu, Drupada y los cinco hermanos Kekaya. La lucha comenzó.

Abhimanyu atacó al ejército de Duryodhana. Estaba decidido a destruirles a todos. Nadie pudo impedirle que se introdujese en el vyuha. Los guerreros de ambos lados estaban muy complacidos con sus excelentes métodos de lucha. Era como un cometa escupiendo fuego y azufre. Con su arco y sus flechas dorados, que brillaban sobre sus brazos y pecho, parecía un trueno. Su arco se curvaba casi hasta formar un círculo completo; parecía un halo alrededor de su rostro. Drona y Kripa, con el poderoso Aswatthama y Jayadratha no podían hacerle frente. Parecía como si hubiera dos Arjunas en vez de uno. Duryodhana dijo:

—Abhimanyu es otro Arjuna, tenemos que hacer algo para detenerle. Llamó a Alambusa y le pidió que retara a Abhimanyu.

Alambusa fue hacia Abhimanyu y le llamó para que luchara con él. Los hijos de Draupadi vinieron a ayudar a Abhimanyu y los seis desafiaron a Alambusa. Con su

maya, Alambusa hizo que se produjera una total oscuridad sobre el campo. Abhimanyu estaba muy enojado con Alambusa e invocó el astra llamado Surya que derramó un fulgor tal sobre el campo que despejó de repente la oscuridad.

La gente estaba muy complacida con el valor del joven hijo de Arjuna. Todas las tácticas de maya de Alambusa fueron contrarrestadas por los astras de Abhimanyu. Alambusa abandonó su carro y se fue del campo de batalla. Bhishma se enfrentó entonces con Abhimanyu. Abhimanyu era una combinación de Krishna y Arjuna y no estaba alterado en lo más mínimo por la arremetida de su bisabuelo. Arjuna se unió a su hijo y los hermanos de Duryodhana rodearon al anciano. Los otros pandavas vinieron en ayuda de Arjuna y Abhimanyu.

La lucha fue maravillosa. Kripa fue retado por Satyaki y comenzaron un duelo. Kripa se desplomó en su carro, incapaz de soportar el poder de las flechas de Satyaki. Aswatthama vino a rescatarle y Satyaki cortó su arco en dos. Aswatthama cogió otro arco, le lanzó flechas capaces de romper incluso una montaña por lo afiladas que eran, haciendo que Satyaki se desvaneciera, pero inmediatamente se recobró del desmayo y atacó a Aswatthama con vigor renovado. Las flechas de Satyaki le cubrieron completamente y Drona acudió al rescate de su hijo. Entonces se produjo un duelo entre Satyaki y Drona, que se parecía al impacto de los planetas Mercurio y Venus. Arjuna acudió a toda prisa para ayudar a su amado Satyaki.

Arjuna era el alumno favorito de Drona y Drona le era más querido a Arjuna que su propio padre, pero todo eso tenía que ser olvidado. Lucharon con intensa furia. Duryodhana tenía miedo de que se lucharan duelos y mandó a Susarma al lugar. Duryodhana tenía miedo de que Dhrishtadyumna fuera en ayuda de Arjuna, pues era bien sabido que Dhrishtadyumna había nacido para matar a Drona.

El método de lucha de Arjuna hizo que las lágrimas brotaran de los ojos de Drona. Estaba orgulloso de su alumno aunque tenía que luchar con él. Se maldijo a sí mismo por haber adoptado el papel y el dharma de un kshatrya.

Arjuna invocó a Vayu y mandó el vayavyastra. Y se produjo un terrible tornado que causó terror en el ejército kuru. Drona invocó el astra llamado Saila e hizo abatir al tornado. Le sonrió a su discípulo como diciendo: « Tuve que hacerlo, hijo mío. » Arjuna le devolvió la sonrisa como diciendo: « Sí, veo que tuviste que hacerlo. » Los trigartas tuvieron que batirse en retirada apresuradamente. Duryodhana acompañado de la mayoría de los héroes kurus, fue a apoyar a Bhishma en su lucha contra los otros pandavas. Bhishma estaba luchando con Yudhisthira, pero Bhima cogió la maza en su mano y trató de herir a Bhishma. Los elefantes intervinieron frenéticamente y le indujeron a apartarse de Bhishma. Fue un placer para Bhima matar a ese ejército. Lo que quedó del ejército de los elefantes de Duryodhana tuvo que huir apresuradamente de la proximidad de Bhima.

Los pandavas vieron entonces la furia de Bhishma. Comenzó a luchar como un poseído. Tuvieron que quedarse quietos y observar. No podían hacer nada, era el dios de la furia. Había decidido causar estragos y se encargó de ello sistemáticamente. Dhrishtadyumna, Sikhandi, Virata, Drupada y los pandavas estaban tratando de protegerse todos juntos de esta arremetida, pero no pudieron hacer nada. Miles de flechas le fueron disparadas a Bhishma, pero nada ocurrió. Bhima y Satyaki se unieron a la lucha pero fue inútil. El montón de cadáveres se hacía mayor a cada momento. El campo fue devastado cayendo presa de un miedo terrible. Bhishma había decidido matarles a todos. Todos los kurus estaban rodeando al veterano kuru y todos los héroes del otro lado estaban rodeando a Dhrishtadyumna. Era una defensiva general, y no hubo más duelos. No era posible.

Arjuna estaba siendo asediado continuamente por los trigartas y tuvo que aceptar su reto. Eran las reglas de la lucha, nadie podía rehusar un desafío. Bhishma fue en ayuda de los trigartas a quienes no les iba demasiado bien con Arjuna. Yudhisthira y los mellizos estaban tratando de obstaculizar los intentos de Bhishma, pero no pudieron hacerle nada, aunque sí pudieron matar a una gran porción del ejército personal de Duryodhana, segando la vida de una buena parte de sus huestes. Duryodhana estaba muy trastornado por esto. Fue hacia Salya y le dijo:

—Yudhisthira parece ser tan poderoso como Bhima o Arjuna. En cuanto a Nakula y Shadeva, parecen ser merecedores de ser sobrinos de un gran hombre como tú. Nada puede detener su furia. Quiero que vayas y luches contra ellos.

Salya, asintiendo, fue a luchar contra sus sobrinos y Yudhisthira, quien le tenía mucho respeto. Se sentía muy infeliz por aquella jugarreta del destino que le hacía luchar contra los pandavas, que eran casi sus hijos. Eran los hijos de su difunta hermana y tenía que luchar contra ellos por su propia estupidez. No tenía sentido culpar al destino por aquello. Encogiendo los hombros con un gesto de impotencia, el gran anciano, tío de Nakula y Shadeva, avanzó dispuesto a luchar.

Bhima fue a apoyar a Yudhisthira y entre los dos pudieron retar al grupo que tenía como jefe a Salya. La furia de Bhishma no se había apagado, por el contrario se incrementaba con el calor del Sol. El ejército de los pandavas estaba siendo destruido a un ritmo alarmantemente rápido. El panorama era terrible, las palabras no pueden describir el pánico que se había apoderado de los corazones de todos. Krishna le dijo a Arjuna:

—Este hombre ha decidido matarles a todos, excepto a los cinco hijos de Pandu. Tienes que salvar a nuestro ejército. Arjuna, debes recordar tus palabras de que tú solo matarías a los principales guerreros del lado de los kurus. Ahora es tu oportunidad. Por favor, mira a tu ejército. Ven, Arjuna, te llevaré ante tu abuelo, mátale sin misericordia.

Arjuna contestó con voz de desaliento:

—Krishna, no quiero matar a mis queridos parientes. El reino que ganaremos de este modo, será después ingrato. Prefiero ir al infierno que vivir esta vida en la tierra, que para mí sería peor que el infierno. Pero llévame a la presencia de Bhishma, trataré de hacer lo que dices. Krishna estaba muy enfadado con Arjuna por sus palabras. Los hermanos pandavas y los otros héroes vieron el carro de Arjuna y exhalaron un suspiro de alivio. Arjuna era la balsa que les salvaría del hundimiento. Arjuna avanzó. Con su primera flecha cortó la insignia de la palmera de Bhishma. Las próximas flechas rompieron el arco de Bhishma. Bhishma cogió otro arco y siguió luchando. Arjuna rompió también ese arco. Bhishma estaba complacido con la rapidez de Arjuna y le dijo:

—Excelente, Arjuna, es un placer luchar contigo.

Aquel duelo fue la cosa más maravillosa que habían visto hasta entonces, pero Arjuna sólo le estaba tirando flechas al anciano, no trataba de herirle. Krishna estaba exasperado por la suavidad de Arjuna. No podía perdonarle esta debilidad en aquella hora tan crítica. Vio que cada flecha que disparaba Bhishma se llevaba al menos la vida de un hombre. Arjuna, sin embargo, hacía que sus flechas cayeran tan suaves como pétalos sobre el cuerpo de Bhishma. Al ritmo que iba la lucha, el ejército de los pandavas sería destruido en pocos momentos.

Krishna observó aquello durante unos momentos más y de repente, disgustado, arrojó las riendas de los caballos de su mano izquierda y saltó del carro. Tenía el chakra en su mano y anduvo hasta situarse ante Bhishma. Su rostro estaba distorsionado por la ira. Todos los que vieron la ira de Krishna gritaron: « ¡Bhishma está muerto! ¡Bhishma está muerto! » Bhishma estaba muy calmado y recogido. Le sonrió a Krishna y le dijo:

—Ven, mi amado Señor, me siento feliz de verte. Daré la bienvenida a la muerte en tus manos. Esta es la segunda vez que se me da esta oportunidad. La perdí una vez, no voy a dejarte ir sin luchar contigo. Seré la persona más afortunada sobre esta tierra si el gran Señor Narayana me libera de este mundo de dolor. Ven rápido, te estoy esperando.

Todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos. Arjuna estaba aterrado y saltó del carro, cayendo a los pies de Krishna. No podía hablar bien pues su garganta estaba seca por el miedo. Agarró los pies de Krishna entre sus dos brazos y le miró con lágrimas en sus ojos. Krishna no quería mirarle y trató de apartar las manos de Arjuna que le detenían. Jadeaba silbando como una serpiente. Arjuna le dijo por fin:

—Te ruego que no hagas esto. Por favor, sálvame del pecado de haberte hecho romper tu promesa. El mundo te llamará mentiroso si haces esto. No permitiré esta mancha sobre tu nombre puro. Ahora he despertado de mi sueño. Recuerdo todo lo que me dijiste el primer día de la guerra. Juro que mantendré mi palabra y que mataré como dije que lo haría. Juro en el nombre de la verdad y en el nombre de nuestra amistad de que no faltaré a mi promesa.

Krishna quedó complacido. Supo de inmediato que la nube había dejado la mente de Arjuna. Ahora no habría nadie como él, pero no mostró su complacencia. Su rostro estaba como antes. Tenía un aspecto tan sombrío como el cielo justo antes de una tormenta. Sin decir una palabra, tranquilamente subió al carro y cogió las riendas. Todo el mundo pudo contemplar entonces a un Arjuna diferente; se volvió más terrible que Bhishma. Sólo le importaba una cosa, probar a Krishna que podía hacer lo que prometió. Aun así, Bhishma era invencible. Nadie pudo detenerle en la tarea destructiva que había emprendido y prosiguió así durante largo rato. Arjuna pudo destruir el ejército kuru por su parte, pero no pudo detener al anciano en su furia destructiva.

La noche había llegado y la lucha tuvo que detenerse. El Sol se había puesto en el noveno día de la guerra. Fue el día más terrible de todos. No había nada de qué hablar, excepto de la furia de Bhishma; todo lo demás frente a eso parecía insignificante. Los pandavas estaban aterrados por primera vez en su vida. Esto era algo que no habían pensado que fuera posible. No tenían esperanzas de ganar la guerra, no con Bhishma luchando así. No se soplaban las caracolas, ni las trompetas anunciaban su felicidad. Todos estaban sumidos en la tristeza y en las más oscuras profundidades de la desesperación.

Capítulo XIII
LOS PANDAVAS A LOS PIES DE BHISHMA

YUDHISTHIRA estaba mudo de tristeza. Se sentía indefenso contra la furia de Bhishma. Miró a Krishna y le dijo:

—Krishna, estoy seguro de que nunca podremos ganar esta guerra. Fíjate en Bhishma, es imposible luchar con él. Hemos estado tratando de detenerle durante los últimos nueve días, pero no es posible. Veo a mi ejército deshacerse ante la proximidad de Bhishma y no soy capaz de hacer nada al respecto. Debes decirme qué debo hacer. Veo muy difícil luchar contra mi abuelo, sería más fácil luchar con Indra armado con su vajra. Es más fácil enfrentarse a Varuna con su lazo, es más fácil luchar contra Kubera blandiendo su maza, es incluso más fácil enfrentarse a Yama con su maza; que enfrentarse con mi abuelo y sus flechas mortíferas como serpientes, que están arrasando a mi ejército dejándome indefenso. Creo que lo mejor que se puede hacer es aceptar la derrota y volver al bosque. Cualquiera que avanza hacia el comandante kuru se enfrenta con el mismo destino de una polilla que vuela hacia una llama. He sido el culpable de toda la infelicidad de mis hermanos; por mi estupidez tuvieron que pasar años en el bosque y ahora también por mi estupidez tienen que sufrir las flechas de mi abuelo. Me dirijo a ti para que me salves. Krishna, debes salvarme a mí y a mi pobre ejército de Bhishma. Dime cómo matarle.

Krishna estaba lleno de compasión por Yudhisthira y le habló de forma muy dulce. Le dijo:

—Yudhisthira, por favor, no des pie a la desesperación, tienes a tus hermanos y me tienes a mí. Ellos puede que sientan mucho afecto por Bhishma, pero a mí no me afectará. Yo le retaré. Incluso ante los ojos de los hijos de Dhritarashtra, le mataré en un duelo singular. Una vez que muera Bhishma la victoria es tuya. Yo seré la muerte de Bhishma. Contémplame mañana, le mataré usando mis astras. Los enemigos de los pandavas son los enemigos de Krishna. Aquellos que son vuestros amigos » también son los míos. En cuanto a este querido hermano tuyo, Arjuna, él es mi amigo más querido. Estoy dispuesto a cortar mi carne en trozos y dársela a él, así de grande es el amor que siento por él. Él también me ama de la misma forma, y daría su vida por mí. Encomiéndame la tarea de matar a Bhishma. Una vez Arjuna juró que mataría al gran Bhishma y mandó un mensaje a Duryodhana a través de Uluka; ¿lo recuerdas? En presencia de todos los héroes de nuestro lado, dijo que Bhishma sería la primera víctima en la guerra y amándole como le amo, no puedo hacer que el juramento de Arjuna se vuelva mentira. Yo mataré en su nombre a Bhishma. Que él me dé permiso y lo haré.

»O si él se decide, nada puede detener a Arjuna de que mate a Bhishma, todo depende de él. No hay nada imposible para este hombre que aniquiló él solo a los kalakeyas y a los nivatakavachas. No es demasiado difícil matar a Bhishma, pero Arjuna es un alma demasiado sensible para hacer este trabajo. Un guerrero debe matar primero la compasión y el afecto, si quiere tener éxito. Todos sois demasiado buenos para matar. Yo soy la persona adecuada para hacerlo. Se necesita a un hombre que esté más allá de las ataduras de este mundo. Se necesita un hombre que haya trascendido la dualidad de los pares de opuestos: felicidad y tristeza, bueno y malo, placer y dolor, tratándolos con la misma indiferencia. Yo soy ese hombre. Para mí, todo lo de este mundo me parece igual. Para mí, el león y el ciervo son lo mismo; para mí, no existe lo bueno ni lo malo, sólo creo en la realización del deber. No le doy ninguna importancia a los resultados y los frutos de mis acciones, por lo tanto estoy libre del reproche y del mérito que van con la acción. Yudhisthira, déjame luchar, el pecado no pesará sobre mí. Estoy mucho más allá del alcance de estas cosas terrenas. Despójate de todas tus penas y deja que sea yo quien mate a Bhishma, lo haré por ti. —Después de esto, Krishna se sentó en silencio.

Los ojos de Yudhisthira estaban llenos de lágrimas. Tomó la mano de Krishna entre las suyas y le dijo:

—¿Acaso tienes que decirme que puedes matar a Bhishma? Te conozco, tú eres el principio y el fin del mundo. Tú eres la causa del universo. Sin ti no habría nada. No habría ni Sol, ni Luna, ni estrellas. Tú eres el Alma Eterna y has cogido la vida de los pandavas en tus manos. No tengo palabras para expresarte mi gratitud. No eres sólo el conductor de Arjuna. Eres el conductor de los pandavas. Tienes que dirigirnos a todos

por el buen camino. Estás dispuesto a hacer cualquier cosa por nosotros, pero no voy a permitir que tu nombre se empañe. No quiero que el mundo te llame mentiroso, me eres demasiado querido. Le has prometido a Duryodhana que no lucharás en esta guerra, y que sólo serás el conductor de Arjuna. Por favor, mantén esa promesa. Tus manos puras como la nieve no deben mancharse de sangre, no lo permitiré. Debo pensar en algún otro modo de matar a Bhishma.

Unos momentos más tarde, Yudhisthira dijo:

—El primer día de la batalla, cuando fui hacia nuestro abuelo para pedirle permiso, me dijo que estaba luchando por Duryodhana porque tenía que hacerlo. Estoy seguro de que en el fondo de su corazón nos tiene afecto. Iré a él y le preguntaré cómo hemos de matarle. Vayamos todos a verle esta noche, le preguntaremos cómo hemos de matarle. Krishna, si crees que mi sugerencia es buena, la llevaremos a cabo.

Krishna dijo:

—Me gusta tu idea. Si tú se lo preguntas, Bhishma te dirá con certeza cómo ha de morir, vayamos.

Los cinco hermanos y Krishna partieron, entrada la noche, hacia el campamento de los kurus. Se quitaron sus armaduras y caminaron descalzos.

Era una noche terrible y oscura. El campamento de Duryodhana estaba en silencio, todo el mundo estaba dormido. Los pandavas entraron en la tienda de Bhishma y se postraron ante él. Bhishma estaba muy emocionado de ver a sus nietos y les dijo:

—Ven, Krishna, me siento muy feliz de verte. Yudhisthira, Bhima, me siento feliz de veros. Me agrada ver a Arjuna y al hermoso Nakula. Shadeva, ¿cómo estás, hijo mío? Arjuna, déjame que te felicite por tu maravillosa lucha. Tu hijo es igualmente maravilloso, si no más. Eres muy afortunado. Y ahora, ¿qué puedo hacer por vosotros? ¿qué os ha traído a todos aquí, en medio de la noche, a pie y sin armaduras? Decidme, ¿qué queréis que haga?

Yudhisthira estaba muy triste. Miró al anciano y le dijo:

—Mi señor, ¿cómo podemos ganar esta guerra? Dijiste que la victoria sería nuestra, pero estás ahí en el campo, sentado sobre tu carro de plata y con tu arco doblado en círculo completo. Eres como un fuego devastador y estás destruyendo a mi ejército. Puedo ver que tus flechas llueven sobre nosotros como las gotas de lluvia de una nube negra. ¿Cómo podemos ganar cuando has decidido matarnos a todos? Estoy aquí para pedirte algo que odio pedirte. —Yudhisthira no podía hablar, sus lágrimas le cortaban la voz.

Bhishma puso su mano en la cabeza inclinada de Yudhisthira y pasó sus viejos y nudosos dedos a lo largo de su espalda con gran amor y cariño. Le dijo:

—Dime, hijo mío. Pídeme lo que quieras, si puedo ayudar, lo haré con toda certeza. Yudhisthira dijo:

—Mi señor, si no mueres, no podemos ganar. Tengo que pedirte que nos digas cómo podemos matarte. Odio esta guerra y siento haber nacido como kshatrya. Tengo que ganar esta guerra y tengo que verte muerto. Debo saber cómo hemos de hacerlo.

Los sollozos estremecían su cuerpo y no pudo decir nada más. Bhishma les sonrió a todos y todavía seguía acariciando a Yudhisthira. Le dijo:

—Tienes razón, mientras yo esté vivo no tienes opción de ganar. Si podéis matar a Bhishma la victoria es vuestra, debéis matarme inmediatamente.

Yudhisthira dijo:

—Odio pensar en tu muerte, pues nos eres muy querido; soy muy infeliz. ¿No habría forma de ganar esta guerra sin matarte? ¿No hay otro camino?

Bhishma dijo:

—No, hijo mío, no hay otro modo, pero permíteme decirte que me sentiré feliz de morir. Soy demasiado poderoso para morir, ni siquiera Indra puede matarme. Odio mi invencibilidad. Hijo mío, ¡si supieras cuánto estoy anhelando la muerte! Odio esta vida, no he sido feliz y quiero la muerte. Sí, hijo mío, quiero la muerte. Estoy esperando impacientemente la muerte, que será una misericordiosa liberación para mí, pero no se me puede matar. Estoy ansioso de morir y te estoy muy agradecido por preguntarme cómo puedes matarme.

Estaban escuchando sus palabras como si estuvieran hechizados. Bhishma continuó:

—Sólo hay dos personas que pueden matarme. Una es Krishna, y la otra es Arjuna. —Bhishma tomó a Arjuna en su regazo y le dijo: —Hijo mío, mátame mañana, estoy muy cansado. Dices que me amas, por favor, mátame y dame la paz que he estado anhelando.—Arjuna ocultó su rostro apoyándolo contra el magnífico pecho de su abuelo. Una vez más era el muchacho que había venido a Hastinapura diecisiete días después de la muerte de su padre. Una vez más eran los niños indefensos que habían venido para encontrar amor y cariño de los ancianos kurus. Bhishma dijo—: Nadie puede matarme mientras esté luchando. Si me halláis deponiendo mis armas, podéis matarme. Si lleváis mañana a Sikhandi frente a mí, bajaré mi arco. No lucharé con él ya que una vez fue una mujer. He jurado no luchar con una mujer, con un hombre que haya sido alguna vez una mujer, o con un hombre cuyo nombre sea femenino. Sikhandi fue Amba en su anterior encarnación. Amba era la hija del rey de Kasi y era la hermana de Ambika y Ambalika, vuestras abuelas. —Bhishma comenzó a contarles la trágica historia de Amba. Les habló de sus penitencias y de su nacimiento como la hija de Drupada por un don de Sankara.

Los pandavas escuchaban absortos reteniendo el aliento. Sabían vagamente que Sikhandi había nacido para matar a Bhishma al igual que Dhrishtadyumna había nacido

para matar a Drona. Pero esta historia del pasado lejano, esta historia de esta mujer que amaba a Bhishma tan apasionadamente, que estaba decidida a matarle para liberarle de su juramento, la mujer cuyo profundo amor parecía odio a muerte en el mundo de los hombres ordinarios, la mujer que tenía el poder de recordar su anterior nacimiento, aquella mujer que era la única persona que comprendía el corazón de este poderoso hombre, esta historia les hizo humildes. Era tan sagrada que no podían mirar al gran Bhishma, cuyos ojos tenían una expresión reminiscente. Permanecieron callados ante la presencia de aquel sufrimiento.

Luego Bhishma dijo:

—Amba me odia. Sólo puedo pensar en ella como Amba y no como un hombre, Sikhandi. Amba me odia, pero entre el amor y el odio sólo hay una pequeña diferencia. Un pequeño cambio de punto de vista y son lo mismo. Ella es la persona que me otorgará la libertad de esta atadura de la vida, que se me ha impuesto. Sólo podré deshacerme de la carga de esta vida con la ayuda de Amba. No tengáis dudas, colocad a ambas frente a mi carro. Contemplando cómo sus ojos escupen odio, abandonaré las armas. Arjuna, debes quedarte detrás de Amba y matarme con tus flechas, sólo tú me puedes matar. Te aseguro que mis bendiciones lloverán sobre ti. Una vez que lo hagas yo moriré y entonces la victoria será vuestra. Id a casa, hijos míos, y dormid sin preocuparos. Yo también dormiré esta noche; no he dormido desde hace muchos días. Os agradezco a todos el permitirme dormir con alegría en mi corazón.

Bhishma estaba derramando lágrimas de alegría y los pandavas estaban siendo purificados por las lágrimas de Bhishma. Se postraron a sus pies y con sus ojos húmedos y sus cabezas inclinadas, dejaron la presencia de Bhishma, viéndole sentado con una extraña sonrisa en sus labios. No parecía un ser de este mundo, parecía como si ya hubiera emprendido su viaje al cielo. Parecía un dios que estaba descansando por unos momentos sobre la tierra. Su aspecto se había vuelto repentinamente joven y feliz. Krishna le devolvió la sonrisa y le dijo:

—De ahora en adelante serás feliz. No volverás a nacer en este mundo de los hombres y serás recordado como el más grande de los hombres que hayan agraciado jamás la casa de los kurus. —Bhishma sonrió agradecido por estas palabras de Krishna y así le dejaron.

Los pandavas llegaron a su campamento. Arjuna con su voz conmovida de emoción dijo:

—Krishna, ¿cómo voy a hacerlo? Me acuerdo de los viejos tiempos cuando éramos niños. Estaba lleno de polvo y barro, por jugar en el lodo e iba corriendo hacia nuestro abuelo y me precipitaba sobre su regazo. Con sus vestidos blancos embarrados por mí, se reía y jugaba conmigo. Yo me sentaba en su regazo y le llamaba « padre ». El sonreía dulcemente y me decía: « Yo no soy tu padre, soy tu abuelo. Dilo: a-b-u-e-l-o. » Yo decía

abuelo y él me abrazaba con fuerza. Me acuerdo de esto cuando pienso en mañana. ¿Cómo puedo matar a este amado abuelo nuestro? ¿cómo puedo disfrutar de una victoria por la que tenemos que pagar semejante precio?

Krishna estaba serio y le dijo:

—Tienes que hacerlo, eres un kshatrya y tienes que ganar esta guerra. Estas cosas ocurrirán, debes ser firme al respecto. No dejes que tus sentimientos te transtornen. Está destinado que Bhishma ha de morir aniquilado por Arjuna. Cuando un hombre nace, los dioses deciden también su muerte. No está en tus manos o en las mías el cambiar el destino. Míralo como tu deber y hazlo. No dejes que tus afectos oscurezcan tu mente.

Arjuna dijo:

—Sí, lo haré, cumpliré con mi deber.

Capítulo XIV
SIKHANDI AL FRENTE DE LA VANGUARDIA

AMANECIÓ el décimo día de la batalla. Era un día feliz para Bhishma, porque tenía que morir. Arjuna estaba muy triste, pero se había decidido a hacer lo que le habían encomendado. Krishna le vio muy decidido y se sentía contento por ello. Arjuna dijo:

— Estoy decidido a hacer lo que hoy se ha de hacer. Krishna, durante los últimos días, siempre que Sikhandi se ha puesto frente a Bhishma, el abuelo ha evitado luchar con él. Hoy haré lo que me pidió mi abuelo. Pondré a Sikhandi frente al carro de Bhishma y entonces le mataré. Yo protegeré a Sikhandi del ataque de los otros kurus. Todos estarán allí para matarle, ya que nuestro abuelo les dijo que no lucharía contra Sikhandi y que él causaría su muerte. Es bien sabido que Sikhandi está destinado a matar a Bhishma.

Los pandavas hicieron que Sikhandi condujera a los guerreros al frente. El ejército kuru estaba colocado en forma de vyuha asura y el ejército de los pandavas estaba colocado en forma de vyuha deva. Al frente de la vanguardia estaba Sikhandi y las ruedas de su carro estaban protegidas por Arjuna y Bhima. Detrás de él estaban Abhimanyu y los nietos de Drupada. Satyaki y Dhrishtadyumna estaban con ellos y Yudhisthira y los mellizos estaban detrás. El resto del ejército estaba al mando de Virata y Drupada. Tenían con ellos a los hermanos Kekaya, al poderoso Ghatotkacha y a Dhrishtaketu. Todos estaban listos para el gran encuentro. Los pandavas decidieron que Bhishma debería morir ese día.

El ejército kuru estaba dirigido por Bhishma, como de costumbre. Duryodhana y sus hermanos estaban muy cerca del comandante. Drona estaba muy cerca de Bhishma y también Aswatthama, el gran Bhagadatta, Kritavarma y Kripa. Detrás de éstos estaban Sakuni y el rey de los kambhojas y detrás de ellos los famosos hermanos trigartas.

Las flechas comenzaron a fluir del arco de Bhishma, que empezó luchando muy duramente. Estaba soberbio. Nakula estaba en excelente forma y comenzó haciendo un buen trabajo junto con Satyaki y Shadeva. La ira de Bhishma comenzó a crecer y comenzó su labor de destrucción. Los kurus estaban maravillados y mudos de admiración por Bhishma. La felicidad de Duryodhana era muy grande viendo a su abuelo más poderoso que todos los demás días. Parecía mas joven y había un intenso brillo de felicidad en la frente del viejo veterano de guerra. A Duryodhana le parecía como que su abuelo estuviera hoy más feliz que todos los demás días. Hacía tiempo que no veía esta expresión en el rostro de Bhishma.

Sikhandi acosó a Bhishma y le desafió, pero Bhishma se burló de él diciéndole:

—Ahora quizá seas un hombre y quizá seas un gran luchador, pero para mí eres una mujer. No lucharé con una mujer. No aceptaré tu reto, no me gusta ni siquiera pensar en luchar con una mujer, está por debajo de mi dignidad.

Sikhandi estaba furioso y le dijo:

—Sé que eres el más grande de todos los arqueros. Sé que luchaste con el gran Bhargava, que preferiste luchar con él antes que aceptar el amor de Amba. Lo sé todo acerca de ti y aun así, conociendo tus hazañas, me he atrevido a desafiarte, quiero complacer a los pandavas y también quiero complacerme a mí mismo. Nada me alegrará más que un duelo contigo. He rezado pidiéndolo y he estado esperando esto durante largo número de años. He decidido matarte y te mataré.

Sikhandi le disparó a Bhishma cinco flechas afiladas hiriéndole. Quizás en su mente Amba pensaba en las cinco flechas del Dios del Amor cuando le disparó estas cinco flechas a Bhishma. Arjuna fue hacia Sikhandi y le dijo:

—No creo que te sea posible luchar contra este hombre, cuando él rehusa aceptar tu reto. Debes seguir hostigándole, nunca dejes su presencia. Yo estaré a tu lado, veo a todos los héroes kurus apresurándose hacia nosotros, yo les detendré a todos con la ayuda de mis hermanos y de Satyaki. Me valdré de Abhimanyu, Dhrishtadyumna, Drupada y Virata. Están Ghatotkacha y los hermanos Kekaya que son buenos luchadores. Me las arreglaré para detener el avance del ejército kuru, antes de que se acerque demasiado a nosotros.

Los kurus sintieron el peligro que amenazaba a Bhishma. Vieron a Bhishma luchando furiosamente y vieron que todos los pandavas estaban rodeando a Sikhandi. Duryodhana dijo:

—Hoy tenemos que proteger muy cuidadosamente al abuelo. Dussasana, ocúpate de que todos nuestros hombres se concentren en un sólo objetivo: la protección de nuestro comandante. —Fue hacia Bhishma y le dijo—: Fíjate cómo Arjuna y su poderoso hijo Abhimanyu están arrasando nuestro ejército. Bhima está luchando furiosamente, tú eres

la única esperanza que tengo. Debes salvar a nuestro ejército de esos hombres. Me temo que destruirán la mitad del ejército antes de que caiga la tarde, si no matas a los odiosos pandavas.

Bhishma, disgustado, volvió sus ojos en dirección al monarca kuru y le dijo:

—Incluso al comienzo de la guerra, te dije que no mataría a los pandavas. Te dije que destruiría el ejército de los pandavas a un ritmo de diez mil al día. Ya he consumado esa cifra. No quiero matar a más. En cuanto a tu constante hostigamiento a los pandavas, te diré por última vez que no puedo matarles. Arjuna me puede matar a mí, pero yo no le puedo matar. Ni los dioses pueden matar a los pandavas. ¿Para qué hablar entonces de hombres mortales como yo? Hoy pagaré todas las deudas que te debo a ti y a tu padre. Hoy moriré en el campo de batalla, puedes estar seguro de ello. —Bhishma volvió su carro hacia el ejército de los pandavas y comenzó su labor destructiva.

Dhrishtadyumna y Abhimanyu atacaron a Bhishma y lo mismo hicieron los otros: Nakula, Shadeva, Yudhisthira y Kuntibhoja. Los ataques de estos hombres fueron detenidos por los guerreros kurus. Chitrasena se enfrentó con Chekitana. Kritavarma atacó a Dhrishtadyumna y el viejo guerrero Bhurisravas estaba intentando impedir que Bhima se acercara a Bhishma. Vikarna se encontró con Nakula y Kripa luchó contra Shadeva. Durmukha estaba luchando con Ghatotkacha y Alambusa, como de costumbre, estaba luchando con Satyaki. El rey de los kambhojas se estaba enfrentando con Abhimanyu y Aswatthama se estaba enfrentando con Virata y Drupada. Drona estaba tratando de detener a Yudhisthira, y Arjuna se estaba enfrentando con Dussasana.

Los ejércitos de ambos lados se estaban centrando en el carro de Bhishma. Esa era la única cosa que les importaba a ambos. Hubo una terrible lucha en el campo ese día. El duelo entre Arjuna y Dussasana fue maravilloso, tanto que la gente dejó de luchar para observarles. La lucha entre Satyaki y Alambusa fue terrible, ya que Alambusa estaba usando sus tácticas de maya y Satyaki tuvo que protegerse con sus astras. Bhagadatta acudió en ayuda de Alambusa. Satyaki dejó al rakshasa y comenzó a concentrarse en Bhagadatta. No era fácil resguardarse de las flechas y jabalinas que estaba lanzando Bhagadatta desde lo alto de su elefante. Duryodhana dijo a los que le rodeaban:

—Por favor, id a ayudar a Bhagadatta y matad a Satyaki, que es uno de los mejores héroes del lado de los pandavas. Si le matamos, la victoria es nuestra. —Varios fueron hacia Satyaki, pero él era demasiado bueno para ellos.

Abhimanyu estaba luchando con el rey de kambhojas y la lucha entre Kripa y Shadeva fue uno de los acontecimientos del día. Shadeva estaba probando ser demasiado poderoso para su guru.

Aswatthama estaba al lado de su padre y Drona dijo:

—Tengo extraños presentimientos, los presagios no auguran nada bueno para el lado de los kurus. Tengo el sentimiento de que alguna horrible calamidad va a sobrevenirnos

hoy. He estado observando a Arjuna y parece que tiene la intención de colocar a Sikhandi frente al carro de nuestro comandante, y él le está protegiendo. Mi cuerpo tiembla con un miedo desconocido y mi boca se seca. Esta combinación de Bhima, Arjuna y Sikhandi en la vanguardia del ejército me hace sentirme preocupado por la vida de Bhishma.

»Hay claras indicaciones de que Arjuna matará hoy a Bhishma, puedo sentirlo. Hasta ahora nunca he visto tanta ira en los ojos de Yudhisthira. Veo que todos están determinados a matar a Bhishma. Por favor, ve y protégele de las flechas que le dispara Arjuna. Debe ser salvado a toda costa. No pensemos en nuestras vidas y en nuestras comodidades. Cumplamos nuestro deber con los reyes que nos han protegido durante todos estos años. Arjuna es invencible. Fíjate en el modo en que han cercado a nuestro comandante por todos lados: Satyaki, Abhimanyu, Dhrishtadyumna, Bhima, Nakula y Shadeva. Ve y evita que los pandavas rodeen a Bhishma. Debe ser salvado.

Aswatthama fue a toda prisa hacia aquel lugar.

Capítulo XV
LA CAÍDA DE BHISHMA

De repente, Bhishma se disgustó con la guerra y la incesante cadena de muertes. Estaba disgustado consigo mismo y con su crueldad con aquel ejército inocente. Le dijo a Yudhisthira:

—Hijo mío, he perdido todo deseo de vivir. Por favor, apresúrate y otórgame la liberación de este cuerpo. Me complacerá mucho si te apresuras.

Bhishma continuó luchando y Yudhisthira pidió a sus hermanos que hicieran que Sikhandi se enfrentara de nuevo con Bhishma. Arjuna sabía que ahora tenía la tarea más difícil frente a él. Tenía que mantener a todo el ejército kuru alejado del carro de Bhishma. Todos los hombres estaban alrededor de Bhishma, y Arjuna luchó como nunca antes lo había hecho. Tenía que derrotar a Aswatthama, a los trigartas, a los hermanos del rey, a Salya y a muchos otros conducidos por Kripa y Drona. Bhima y su querido Satyaki, Dhrishtadyumna y Abhimanyu estaban allí. Todos ellos comenzaron a luchar desesperadamente y comenzaron a dispersar a la multitud que había alrededor del carro de Bhishma.

Hubo un momento en que no había nadie alrededor del carro de plata. Fue sólo un momento. Krishna lo vio y dijo:

—Arjuna, está claro que ha llegado el momento. Debemos ir a toda prisa ante Bhishma con Sikhandi.

Fueron velozmente y los otros héroes pandavas rodearon el carro de Bhishma. Dhrishtadyumna, Satyaki y el joven Abhimanyu fueron situados en lugares adecuados para

evitar que se acercaran los guerreros kurus. Drona había sido atrapado en la retaguardia del ejército.

Sikhandi se puso enfrente de Bhishma y Arjuna estaba detrás de Sikhandi. Bhishma les vio a todos allí. Vio a los cinco hijos de Pandu: los hijos a quienes Dhritarashtra había maltratado desde que nacieron. Miró al noble Yudhisthira que había preferido cinco pueblos pequeños a esta guerra. Vio a Bhima con su cuerpo débil y delgado por los muchos años de exilio. Vio a los huérfanos de madre, Nakula y Shadeva y en el ojo de su mente Bhishma vio a Kunti con ojos tristes. Pensó en todos los sufrimientos de los seis y de Draupadi, la hija del fuego y pensó en la escena de la corte de Hastinapura catorce años atrás cuando Draupadi se dirigió a él y le dijo: « Tú eres el más anciano y el más sabio de todos, ¿cómo puedes permitir esta injusticia? ¿no puedes decir una palabra en mi defensa? » Bhishma recordó aquello y su actitud indiferente. Finalmente miró el carro de Arjuna y a Krishna, su conductor. Bhishma se dijo para sí:

« Podría matar a todos estos hombres en un momento, si no fuera por el hecho de que están protegidos por Krishna, el Señor del Universo. No tengo derecho de pensar en la muerte de los pandavas, ya he causado suficientes estragos en su ejército. He pagado la deuda que le debía a Duryodhana, estoy harto de matar. »

Bhishma pensó en el día en que llevó a Satyavati a su padre, en su carro. Su padre le dijo: « Te otorgo un don. Podrás mantener a la muerte a distancia. Puedes morir cuando lo desees. » Bhishma giró sus ojos hacia Amba y pensó en el día en que ella le miró con ojos suplicantes y le dijo:

« Tú me tomaste por la mano derecha y me subiste a tu carro, por lo tanto eres mi marido. Por favor, acéptame, no arruines mi feminidad. » Bhishma se dijo a sí mismo: « Puedo morir cuando lo desee y lo he decidido, quiero morir. Daré la bienvenida a la muerte ahora, en este mismo momento. » Los dioses que se habían reunido en el cielo oyeron su voz interior y parecían decir: « Tu decisión es correcta, Devavrata, estás haciendo lo correcto. » Entonces de repente sopló una dulcísima brisa sobre Bhishma. Era como la caricia cariñosa de las manos de su madre. Parecía decir: « Ven, hijo mío, ven, estás cansado, vuélvele tu rostro a esta guerra. Te llevaré conmigo y refrescaré tus miembros en las aguas del Ganges celestial. Yo te confortaré; ven. »

Krishna había estado observando el rostro de Bhishma y viéndole supo que el momento había llegado. Dijo:

—Ahora, debemos apresurarnos. Sikhandi, prepárate. Bhishma está listo para morir.

Sikhandi comenzó a disparar sus flechas a Bhishma y Bhishma no respondió a la lucha. Apretando sus labios rígidamente, para que no se le escaparan los sollozos, Arjuna disparó flecha tras flecha al anciano que permanecía en el carro y que había abandonado su arco y sus flechas. Arjuna se odió a sí mismo. Yudhisthira casi no podía ver, pues

las lágrimas le cegaban. El cuerpo de Bhishma parecía un erizo por las flechas que se le habían clavado. Trató de arrojarle una inmensa jabalina a Arjuna, pero Arjuna la cortó en pedazos y aún seguían saliendo flechas del gandiva, el anciano permanecía todavía de pie, recibiendo las flechas. Dussasana estaba al lado de Bhishma y éste le dijo:

—Mira, Dussasana, estas flechas no son de Sikhandi, son las flechas de Arjuna. Nadie puede matarme, excepto Arjuna. Él es la única persona que es más poderosa que yo. Fíjate en estas flechas, todas son de Arjuna. Puedes ver su nombre en cada una de ellas. —Bhishma se sentía feliz y complacido de haber sido herido por Arjuna y por nadie más. Estaba muy orgulloso.

Todos los héroes estaban mirando. Duryodhana se sentía impotente al igual que los otros. No se oía ni un ruido en el campo, reinaba un silencio absoluto. Los tambores estaban callados. Las trompetas no se atrevían ni a susurrar. Había una total quietud en todo el ejército en ese momento. Todos estaban observando el intenso drama que estaba ocurriendo. El Sol estaba cerca del oeste, aunque aún brillaba en el cielo.

Con su cuerpo totalmente atravesado y su rostro iluminado con una sonrisa de excesiva belleza, con sus ojos descansando amorosamente en el rostro de Krishna, el gran Bhishma se desplomó fuera de su carro. Viendo la caída del anciano, el corazón de los kurus se rompió. De la garganta de los héroes se escapó un lamento que resonó en los cuatro puntos cardinales. Alcanzó el cielo y resonó como si la madre tierra estuviera llorando de dolor por la caída del hombre más grande entre los grandes, este héroe de la casa de los kurus.

Bhishma no cayó al suelo, cayó sobre un lecho de flechas. Era el lecho adecuado para el gran héroe. Al caer, el cielo descargó un torrente de lluvia. Bhishma tenía una expresión tal que parecía que no era de este mundo. Mientras yacía en el suelo, Bhishma oyó voces divinas que decían: « El hijo de Ganga es el más grande de los hombres, ¿cómo es que cae en un momento en que el Sol se dirige hacia el sur, en su recorrido a lo largo de la eclíptica? Ahora es Dakshinayana y no es un buen momento para morir. » Bhishma sonrió tenuemente y dijo:

—Devavrata ha caído, pero no está muerto, mantendré mi vida sin abandonar este cuerpo hasta que venga Uttarayana; hasta que el carro del Sol gire hacia el norte en su curso por el camino del cielo. No moriré hasta entonces.

Ganga, su madre, mandó a los rishis del cielo para darle la bienvenida, los cuales llegaron en forma de cisnes y le rodearon, esperando que hablara el gigante caído. Él les contó su decisión de esperar la venida del Uttarayana y dijo:

—Hacedme el favor de darle a mi madre el mensaje de que debo hacer esto si he de reasumir mi antigua forma. —Después de esto los cisnes se desvanecieron de la vista de los hombres.

La caída de Bhishma les paralizó a todos. Los hijos de Dhritarashtra estaban demasiado aturdidos para ni siquiera hablar, lloraban como niños. El pensar que el inmortal Bhishma había caído era algo que helaba la sangre en sus venas. Era algo que nunca pudieron imaginar. Varios de ellos habían caído desmayados. En medio de esta turbación, Bhishma yacía con los ojos cerrados, preparándose para el fin. Los pandavas y los kurus estaban todos de pie a su alrededor con sus cabezas inclinadas y sus ojos llenos de lágrimas.

Era patético ver a Duryodhana, tenía un aspecto tan deprimido e infeliz. No podía hacer ni decir nada. Sólo permanecía cerca de su abuelo, mirándole fijamente. Dussasana había ido a la retaguardia del ejército tan pronto como cayó el gran hombre. Se dirigió hacia Drona y vio el carro de Drona avanzando hacia el frente del ejército. Drona venía para defender a Bhishma. El hermano del rey iba a mucha velocidad. Drona detuvo su carro y esperó la llegada de Dussasana. El príncipe le transmitió las noticias a Drona. El acharya no estaba preparado para aquel golpe y se desmayó en su carro, teniendo que ser reanimado. Cuando volvió en sí, lo primero que hizo fue retirar a todas las tropas del campo. El ejército paralizado comenzó a moverse ahora lentamente hacia los campamentos.

Guerreros de ambos lados comenzaron a llegar al lado de Bhishma. Llegaron uno a uno. Descalzos y sin armaduras, ataviados con ropas ordinarias y con sus pechos cubiertos por las telas más finas, llegaron los héroes y se pusieron al lado de Bhishma. Parecían devas de pie en presencia del Creador Brahma. Los pandavas y los kurus estaban allí, compartiendo el mismo dolor.

Bhishma les miró a todos. Les dio la bienvenida y comenzó a hablar, diciendo:

—Me duele la cabeza, quiero una almohadilla. —Todos los que estaban cerca se apresuraron y cada uno trajo una almohadilla. Algunas eran de seda y otras bordadas. Todas eran dignas de la cabeza de un príncipe. Pero a Bhishma le incomodó verlas y dijo:

—Estas almohadillas son para dormir en casa, pero no son almohadillas adecuadas para quien ha caído en el campo de batalla. Arjuna, considéralo bien y dame una almohadilla adecuada.

Arjuna se levantó y saludó a su abuelo. Con sus ojos llenos de lágrimas, dijo:

—Lo haré.

Cogió su arco y disparó tres flechas poderosas al suelo, cerca de la cabeza de Bhishma, colocando la cabeza del herido en una almohadilla de flechas.

Bhishma sonrió con gran dificultad y dijo:

—Esta almohadilla es la compañera adecuada para mi cama. »La norma es que un kshatrya debe tener una cama de flechas y nada más. —Bhishma estaba muy cansado, se detuvo un momento y habló de nuevo. Dijo—: Mis queridos hijos, he caído y esperaré la

llegada del sagrado Uttarayana; para entonces mi aliento abandonará mi cuerpo como un compañero despidiéndose de su amigo más querido. Por favor, haced preparativos para que se cave una zanja a mi alrededor para que pueda adorar al Sol sin ser molestado.

Varios médicos fueron a su presencia por orden de Duryodhana. Fueron para quitarle las flechas de su cuerpo y para aplicar ungüentos a sus heridas. Mirándoles a ellos y a Duryodhana, Bhishma dijo:

—Hijo mío, despídeles después de recompensarles adecuadamente. No necesito sus servicios. He caído como debería hacerlo un kshatrya, estoy yaciendo sobre un lecho de flechas. Estas flechas deben permanecer en mi cuerpo y cuando se me incinere deben ser quemadas conmigo.

Estaba demasiado cansado para hablar más y los héroes que se habían reunido a su alrededor se retiraron uno a uno a sus tiendas.

La noche había caído y Duryodhana estaba sentado al lado de su abuelo. Bhishma estaba sufriendo intensamente por las muchas heridas que había recibido y una sed insaciable le estaba torturando. Dijo que estaba sediento y Duryodhana trajo el agua más dulce, jarabes y vinos de su tienda. Pero Bhishma lo rechazó todo y dijo:

—Mandad llamar a Arjuna, quiero ver a Arjuna. —Fueron a llamar a Arjuna, y los pandavas se apresuraron en ir al lado de Bhishma. Bhishma sonrió con gran dificultad y dijo—: Arjuna, hijo mío, estoy sediento, tú eres la única persona que puede satisfacer mi sed.

Arjuna le saludó y fue a traer su gandiva; invocó a Parjanya y disparó una flecha al suelo muy cerca de la cabeza de Bhishma. La tierra se abrió y surgió una fuente de agua clara. Tenía la dulzura y el perfume del amrita, el néctar de los dioses. Era Ganga que vino a calmar la sed de su amado hijo.

Bhishma miró a todos sus nietos y dijo:

—Sólo Arjuna y Krishna conocen este encantamiento. Ellos son Nara y Narayana. Duryodhana, hijo mío, ahora que he caído no tienes opción de ganar la guerra. Por favor escúchame. Haz que esta enemistad acabe junto con mi muerte. Te he dicho que no es posible vencer a los pandavas. No he sido vencido ni siquiera por mi guru Bhargava y Arjuna me ha matado. Si esta guerra no se detiene ahora, todos moriréis, pereceréis. Por favor, escúchame, haz lo que te digo. Detén esta guerra.

Duryodhana se sentó en silencio. Bhishma sabía que sus consejos caían sobre oídos sordos.

Todos permanecieron allí durante un rato. Viendo que Bhishma estaba sufriendo un intenso dolor, todos ellos dejaron su presencia uno a uno, después de postrarse a sus pies. Bhishma cerró sus ojos y concentró su mente con firmeza dirigiéndose hacia el mundo superior. Olvidó la tierra y todas las miserias de esta vida y allí permaneció, inmóvil, esperando a que llegase el momento propicio para dejar este mundo.

Capítulo XVI

RADHEYA Y BHISHMA

RADHEYA quedó aturdido al oír que Bhishma había caído. Estaba sentado en su tienda y parecía como si le hubiera caído un rayo. No podía hacer ni decir nada, las palabras no le salían. Duryodhana se reunió con él cuando estaba sentado a solas en su tienda. Los dos amigos se abrazaron mutuamente. Hasta entonces Duryodhana había estado sobrecogido y no podía llorar, pero ahora, viendo a su amigo y sintiendo sus manos, su dolor estalló y comenzó a sollozar sobre el pecho de Radheya. Lloró por un rato y luego se detuvo. Parecía como si ya no tuviera que derramar más lágrimas. Se sentía débil por aquel fuerte golpe. Radheya hizo todo lo que pudo por consolarle, pero no valía de nada. Radheya invitó al desafortunado rey a que se echara sobre su propia cama y le consoló con palabras amorosas. La amable naturaleza se compadeció del pobre y desafortunado Duryodhana; sus ojos se cerraron lentamente y se quedó dormido.

Radheya estaba sentado a su lado mirando la figura de su querido amigo. El amigo al que había dado su corazón y todo lo que le era querido. Su vida sería entregada en unos cuantos días por causa de este hombre, este Duryodhana que significaba todo para él. No se lamentaba, estos pocos momentos con Duryodhana le dieron fuerzas suficientes para enfrentarse con los pandavas al día siguiente en la batalla. Sí, mañana tendría que encontrarse con sus queridos hermanos en el campo de batalla.

Así estuvo sentado durante largo tiempo y después de un rato se levantó. La noche se había adentrado en la madrugada, ahora podía ir hacia Bhishma. El silencio reinaba por todas partes. Ni un alma estaba despierta. Conmocionados como estaban por la caída de Bhishma, todos los kurus dormían profundamente como si estuvieran completamente exhaustos. Radheya se apresuró con pasos rápidos y silenciosos hacia el lugar del campo donde había caído el anciano kuru. Su mente estaba turbada, estaba nervioso por dirigirse hacia Bhishma: nunca había sido del agrado de Bhishma. De hecho le desagradaba. Con esto en su mente, Radheya caminaba lentamente y con gran vacilación hacia Bhishma.

Se acercó al gran hombre y le encontró sobre un lecho de flechas. Su cuerpo estaba lleno de flechas y sus ojos estaban cerrados. Radheya le miró durante un momento y pensó que su corazón se iba a romper. Este hombre, el gran Bhishma, había sido aniquilado por Arjuna y también era pariente suyo, Bhishma era también su abuelo. Con lágrimas desbordándole cayó a los pies del gran hombre y cogió sus pies con sus manos. Bhishma abrió sus ojos y dijo:

—¿Quién es el que me está quemando con sus lágrimas más que estas flechas? ¿Quién eres tú, hijo, que derramas tan cálidas lágrimas de angustia sobre mis pies? ¿Quién eres

tú que estás tan trastornado viéndome, que ni siquiera puedes hablar? Acércate a mí, no puedo verte. Está oscuro y mi cabeza me duele tanto que no puedo moverla.

Radheya sollozó:

—Mi señor, soy Radheya. Soy el desdichado Radheya que nunca ha tenido la buena fortuna de agradarte. He venido a rendirte mis respetos. Hubiera venido antes, mi señor, pero tenía miedo de ser herido por tus palabras en presencia de otros. Por eso, esperé que cayera la noche antes de aventurarme a venir a tu presencia.

Los ojos de Bhishma se llenaron de lágrimas, levantó sus párpados lentamente y miró a Radheya con afecto. Le llamó a su lado y le abrazó como un padre lo haría con su amado hijo. Le dijo:

—No, hijo mío. Estás equivocado, nunca te he tenido antipatía. ¿Cómo podía hacerlo, sabiendo que eras mi nieto? Radheya dijo:

—Sí, mi señor, se me ha dicho que eres mi abuelo, que soy el hijo de Kunti y que los pandavas son mis hermanos. Krishna me lo contó todo cuando vino a Hastinapura, pero ¿cómo lo supiste tú?

Bhishma dijo:

—Yo lo sabía hace mucho tiempo. Vyasa me lo dijo, pero tenía que guardarlo en secreto por lo que mis labios estuvieron sellados y también los de Vidura. Tenía el hábito de menospreciarte, pero era porque no quería que tu orgullo te cegara. Esa era la razón por la que tantas veces reprendía tu entusiasmo en la corte de Hastinapura. Hablabas muy mal de los hijos de Pandu, a pesar de que no te habían hecho ningún mal. Eso me disgustaba. En la corte de los kurus te hería con mis palabras, eso es cierto, pero era porque apreciaba a los pandavas, no porque tú me disgustaras. Por favor, créeme, Radheya, te quiero tanto como a Duryodhana. Si no hubiera sido por tu amistad, Duryodhana no hubiera pensado en esta guerra con los pandavas. Esa era la razón por la que hablaba tan duramente de ti en aquellos días; por favor, perdóname por eso. Conozco tu valor. Sé que eres invencible. Conozco tu generosidad. Sé que eres el mayor de todos los dadores. No hay quien te iguale con el arco. Eres igual que Arjuna y Krishna. Sé cómo fuiste a luchar contra el rey de Kasi y cómo ganaste una esposa para el príncipe kuru, igual que lo hiciera yo largo tiempo atrás. Sé que Jarasandha, quien había vencido fácilmente a Krishna, no pudo resistírsete en la batalla. Estoy orgulloso de tenerte por nieto, eres un gran hombre. Siempre has sido justo. Eres tan glorioso como el Sol. No eres un mortal ordinario, ya que tu padre es un dios. El destino nunca se ha portado bien contigo, te ha hecho sufrir deliberadamente. No podemos comprender la voluntad de Dios. Los pandavas son tus hermanos; me sentiría feliz, muy feliz si fueras a unirte a ellos. Si te vas, esta guerra acabará. Deja que sea yo el único que tenga que morir. Haz que esta enemistad acabe con mi muerte.

Radheya dijo:

—Mi querido abuelo, ¡ojalá hubiera sido posible! ¡Ojalá las cosas hubieran sido distintas! Pero, mi señor, las cosas no son como las deseamos. Una vez, cuando Duryodhana y yo nos hicimos amigos, le dije: « Haré cualquier cosa en este mundo por ti. Incluso aunque parezca algo imposible, estaré feliz de hacerlo y complacerte. » Quiero mantener esa promesa. Le daré mi riqueza, mi esposa, mis hijos mi cuerpo y mi vida a Duryodhana. Él es la única estrella en el horizonte de mi mente.

»Moriré por él. Duryodhana ha cobijado esta ira contra los pandavas dependiendo de mí y de mi valor. No le puedo dejar. ¿Qué se puede hacer cuando los dioses conspiran para arruinar a un hombre? Nada. Amo a los pandavas y tengo que luchar contra ellos. Debo caminar hacia mi ruina. Sé que todos vamos a ser destruidos. Tú nos lo has dicho y el tío Vidura ha estado diciéndolo durante largo tiempo. He estado observando los presagios y también he tenido sueños. Todo apunta a la misma cosa: la destrucción de los kurus. Conozco la grandeza de Krishna y sé que ya ha decidido el destino de todos nosotros. Un kshatrya no debe morir en su cama. El mundo puede pensar que soy un sutaputra, pero tú y yo sabemos que no soy un sutaputra. Soy un kshatrya. Estoy determinado a morir por mi amigo Duryodhana. Abuelo, dame tus bendiciones, te lo ruego. Por favor, perdóname por todas las palabras duras y crueles que a menudo he dirigido contra tu venerable persona. Los grandes deben perdonar las faltas de los ignorantes.

Bhishma abrazó a Radheya y le dijo:

—Ve, hijo mío. ¿Puede enfadarse un abuelo con su nieto? Tú y Duryodhana significáis lo mismo para mí, te bendigo. Esta terrible enemistad entre los primos no puede ser extirpada por nadie. Tienes que luchar, lo sé. Muere en la batalla como un gran héroe y alcanza los cielos, yo también estaré allí. Cumple tu deber como un kshatrya y muere con valentía. Conseguirás lo que quieres. Tu nombre será recordado siempre en la posteridad. Pronto me uniré a ti en el cielo. Debo esperar la venida de Uttarayana.

Radheya le saludó y le dijo:

—Abuelo, tengo que pedirte un don.

—¿Qué es? —dijo Bhishma. Radheya dijo:

—Por favor, deja que esto sea siempre un secreto. Deja que el secreto de mi nacimiento muera conmigo. Bhishma dijo:

—Después de que mueras le contaré todo a mi Duryodhana, a él y a nadie más. Debe saber cuánto amor sientes por él; pero no temas, me encargaré de que no se lo diga a los pandavas.

Radheya permaneció con las manos juntas frente a Bhishma. El anciano le abrazó una y otra vez y se despidió de él.

Radheya se apresuró a regresar a su tienda. Se deslizó en silencio y vio que Duryodhana estaba dormido todavía, echándose cuidadosamente a su lado. Desde el umbral de la tienda divisó una estrella en el cielo oscuro y la estuvo contemplando durante largo tiempo. Su mente había hallado la paz después de aquella conversación con Bhishma. Sentía como si se hubiera sacado una espina de su mente. Estaba feliz sabiendo que Bhishma le quería. Sus bendiciones dieron ánimos a Radheya para emprender la guerra. Se sentía feliz. Poco después, el sueño alcanzó sus ojos fatigados.

Los dos amigos durmieron en la misma cama. Así durmieron hasta que el Sol volvió a aparecer por el oriente para dar lugar a otro día sangriento.

Libro 7
Drona
(Drona Parva)

Capítulo I

RADHEYA ENTRA AL CAMPO DE BATALLA

Y amaneció el undécimo día de la batalla. Fue un terrible amanecer para los kurus, ya que habían perdido a Bhishma. Habían perdido su única esperanza. La caída de Bhishma fue una calamidad, una gran calamidad. El ejército kuru sin Bhishma parecía un firmamento sin estrellas, o los cielos sin el Sol, como la tierra sin verdor, como una conversación vana, como una mujer que ha perdido a su señor, como un río seco en los meses de verano, como la cueva de una montaña sin el león y sus rugidos.

Los kurus estaban desesperados. Todos pensaban en Radheya como su única esperanza. Todas las huestes resonaron con vítores a Radheya, decían: « Radheya, Radheya es la única persona que puede matar a los pandavas, ahora que ha caído el gran hombre. » Y todos fueron a la tienda de Radheya, el cual se estaba preparando para la guerra. Sabía que le había llegado el momento de mantenerle su promesa a Duryodhana. Se decía para sí: « Con la caída de Bhishma todo se ha perdido. Él era el hogar de todas las nobles cualidades; era firme, justo y muy valiente, y al mismo tiempo era muy modesto, pues no se vanagloriaba de su valor. Ha sido una gran pérdida. Este hombre en quien se podían encontrar todas las buenas cualidades, ahora ha desaparecido, igual que desaparece la belleza de la Luna. Después de ver esto, ¿quién puede estar seguro de que va a ver mañana el Sol elevarse por el este? Bhishma, nacido en la tierra por un propósito, ha cumplido su misión, y ahora está esperando para volver a reunirse con los vasus. Este es el fin del mundo, los kurus no tienen posibilidad alguna de sobrevivir. Yo debo ser quien les conforte ahora.

Los hijos de Dhritarashtra fueron a su tienda y lo encontraron lamentándose por la caída del gran Bhishma. Viendo su dolor, sus lágrimas fluyeron de nuevo. Todos sollozaban y Duryodhana se dirigió de nuevo a Radheya buscando en el consuelo.

Radheya y Duryodhana lloraron juntos, consolándose el uno al otro. Radheya dijo:

—En este mundo, donde todo es transitorio, no podemos estar seguros de nada. Parece imposible, pero el gran Bhishma ha caído ante los ojos de todos los héroes kurus.

Sería más fácil creer que el Sol ha caído del cielo. Lo inimaginable ha ocurrido y no está bien que nos dejemos llevar por los sentimientos en esta situación tan difícil. Duryodhana, lucharé por ti poniendo mi vida en juego. Sé que la fama es la única cosa duradera en esta tierra, donde todo lo demás perece. Los pandavas son poderosos. Yudhisthira el justo, Bhima el poderoso, Arjuna el invencible, Nakula y Shadeva, los luchadores divinos, Satyaki que es el igual de Arjuna y Krishna, Abhimanyu, el más poderoso de todos ellos, todos estos se han agrupado contra nosotros. Lucharemos contra ellos con nuestra máxima habilidad. Si ganamos, el mundo es nuestro; si no, tendremos eterna fama. No nos preocuparemos por el futuro, todo está en manos de los dioses, luchemos.

Duryodhana estaba muy feliz pensando en el encuentro de Radheya con Arjuna. Dejó a Radheya con sus preparativos para la guerra y se fue a su propia tienda.

Radheya estaba listo. Fue a donde estaba Bhishma y se detuvo de pie ante él con las manos juntas. Le dijo:

—Mi señor, soy Radheya. Por primera vez voy a intervenir en esta batalla, voy a luchar contra los pandavas. He comenzado la tarea de mi sacrificio y seguiré tus pasos en esta obra. Tú has dado tu vida por causa de Duryodhana y yo haré lo mismo que tú. Después de tu caída, ya no hay esperanza alguna para los kurus. Pronto alcanzarán todos la morada de Yama. Arjuna destruirá todo el ejército en poco tiempo. En cuanto a Duryodhana, Bhima le matará; a él y a todos sus hermanos. Con Krishna sosteniendo las riendas de sus caballos blancos, ¿por qué habría de preocuparse Arjuna? No obstante, iré a cumplir mi deber con mi amigo; por favor, bendíceme.

Bhishma cogió la mano de Radheya con la suya y le dijo:

—Tú eres la única esperanza de Duryodhana. Lucha lo mejor que puedas. Eres un gran hombre y has de hacer que tu muerte sea igualmente grande: ve y lucha. Yo te bendeciré; tu fama será eterna. La gente te recordará largo tiempo después de haber olvidado muchas cosas. Siempre has querido tener un buen nombre y una reputación sin mancha: serán tuyos. Eres un kshatrya. Lucha como un kshatrya y muere como un kshatrya. Deja que el campo de batalla sea como el regazo de una madre para ti. Morirás con una sonrisa en tus labios y no nacerás de nuevo en este mundo.

Bhishma puso su mano sobre la cabeza inclinada de Radheya y le bendijo. Radheya se despidió de él con una salutación y postrándose a sus pies.

Radheya caminó hacia su carro y lo condujo con todo esplendor hacia el ejército kuru. Para ellos, que estaban sumidos en el pesar, la vista de Radheya fue como la salida del Sol después de una noche de oscuridad. Todos le vitorearon y gritaron: « ¡Radheya! Aquí está Radheya. No tenemos que preocuparnos más por el poder de los pandavas. »

Duryodhana le dio la bienvenida con ojos sonrientes. Le dijo:

—Radheya, dime qué es lo que debemos hacer ahora. No sé qué hacer, espero tu consejo. Tenemos que encontrar un comandante para el ejército. Antes teníamos a Bhishma, pero ahora, ¿quien se encargará de esa tarea?

Radheya dijo:

—Todos los héroes que se han reunido aquí para complacerte están capacitados para tomar el mando. Cada uno compite con los demás en valor y bravura. Si eliges a uno de ellos, los otros se sentirán ofendidos. No está bien hacer diferencias entre héroes. No debemos dejar que nadie se sienta agraviado. Creo que tu guru, el gran Drona, seria la persona adecuada para ser comandante de tu ejército. Es justo que sea él quien suceda al gran Bhishma. No hay quien le iguale usando el arco. Es sabio, bravo y justo y se ha entregado a ti. Él conducirá a tu ejército a puerto seguro. Siento que Drona es la persona más apropiada para dirigir tu ejército.

Duryodhana estaba complacido por la sabiduría de Radheya. Le gustó su decisión y acercándose a Drona le dijo:

—Mi señor, tú eres para nosotros alguien tan querido como nuestro abuelo. Su manto debe descansar ahora en tus hombros. Debes alegrar nuestro corazón haciendo esto por nosotros. Debes ser nuestro comandante. Por favor, acepta el mando de nuestro ejército.

Drona estaba muy complacido con Duryodhana y sus humildes palabras. Le dijo:

—Me complacen tus palabras. Aceptaré este honor que me has conferido. Me siento feliz de hacer esto por ti. Dirigiré este ejército tan bien como pueda.

Se realizó la coronación de Drona y fue nombrado formalmente comandante del ejército kuru.

El ejército estaba emocionado viendo a Radheya. Todos decían:

« Radheya puede ganar la guerra. Su valor es superior al de Arjuna, él matará con seguridad a los pandavas. » Todos olvidaron el dolor que les causó la caída de Bhishma. Drona comenzó a colocar a su ejército en la formación de vyuha Sakata. Sakata, significa rueda. El vyuha era una formación circular.

El ejército pandava fue dispuesto de nuevo en la formación krauncha. Radheya aparecía al frente del ejército. Era maravilloso verle por primera vez en el campo. Tenía un aspecto tan puro y hermoso como el Sol después de salir de la boca de Rahu.

Antes de ponerse al frente del ejército, Drona le dijo a Duryodhana:

—Quiero hacer algo especial por ti, quiero complacerte. ¿Qué es lo que más le gustaría que hiciera?

Duryodhana pensó por un momento y dijo:

—Si capturas a Yudhisthira vivo y me lo traes, estaré inmensamente complacido. Drona dijo:

—Espero que no estés planeando matar a Yudhisthira. No le capturaré si ése es tu propósito. Si puedes, mátale en el campo de batalla, pero no trates de matarle con métodos sucios. Yo no quiero participar en ello.

Las palabras de Drona hicieron sonreír a Duryodhana, quien dijo:

—Por favor, no te preocupes. Si matara a Yudhisthira, al momento siguiente Arjuna nos mataría a todos nosotros. Incluso si matáramos a todos los pandavas, Krishna cogería sus armas y nos destruiría. No hay duda al respecto. Tampoco podré resistir el poder de los hermanos de Yudhisthira, lo sé. Quiero que Yudhisthira juegue otro juego de dados conmigo. Si pierde, podremos mandarles a todos de nuevo al bosque. Esta es la razón por la que te lo he pedido. Tráeme a Yudhisthira vivo.

Drona pensó durante un momento y dijo:

—Puedo hacerlo sólo con una condición: si Arjuna no está allí para protegerle, ya puedes considerar a Yudhisthira como tu cautivo. No puedo vencer a Arjuna. Una vez fue mi discípulo, pero ahora es muy superior a mí, le tengo miedo. Pero si de algún modo te las arreglas para alejar a Arjuna de las cercanías de Yudhisthira, te lo podré traer como cautivo.

Duryodhana estaba satisfecho y comenzó a pensar medios para apartar a Arjuna de Yudhisthira. Por el momento, la determinación de Drona de traer a Yudhisthira al campamento kuru como cautivo, era más que suficiente. Los espías de los pandavas fueron corriendo a contarles este plan de Duryodhana. Arjuna estaba muy enojado con Drona por acceder a esta malvada proposición de Duryodhana y decidió no dejar la compañía de su hermano durante la guerra.

Capítulo II

DRONA TRATA DE CAPTURAR A YUDHISTHIRA

Los dos ejércitos estaban dispuestos en formación de combate. La lucha comenzó. Bajo el mandato de Drona, el ejército había asumido un aspecto terrible. Enardecidos por este nuevo aliciente pudieron olvidarse de Bhishma. Shadeva se encontró con Sakuni en un duelo. Drona fue acosado por el hombre que causaría su muerte, Dhrishtadyumna. Vivimsati, el hermano de Duryodhana, trató durante un rato de luchar contra Bhima y vio que no era posible. Bhima había matado a sus caballos y había hecho pedazos su carro. Vivimsati tuvo que escapar de su furia. Bhurisravas luchó con Sikhandi y fue cubierto por las flechas de Sikhandi, pero él, a su vez, las destrozó con las suyas propias. Era un buen espectáculo. Aquel anciano guerrero y aquel joven estaban luchando con una maestría fuera de lo común; su duelo causaba una gran sensación. Ghatotkacha y Alambusa se encontraron en un fiero duelo. Era fascinante verles. Ambos eran maestros

en el uso de las tácticas de maya y ambos estaban usándolas con la máxima habilidad. Chekitana se encontró con los hermanos Avanti: Vinda y Anuvinda.

Virata fue el primero en encontrarse con Radheya. El ejército se quedó observando la primera batalla de Radheya conteniendo el aliento. Estaban sorprendidos al ver la destreza con la que manejaba el arco y la rapidez de su mano. Abhimanyu sostuvo varios duelos. Estaba en muy buena forma. Nadie podía resistirse a sus flechas, estaba haciendo brillar el campo con su belleza y encanto, al tiempo que era mortífero. Era un espectáculo maravilloso verle luchar. Mantuvo un duelo con Salya, al cual le resultó demasiado poderoso. Salya, furioso, descendió de su carro y con la maza levantada arremetió contra el hijo de Arjuna. Bhima vino a ayudar a Abhimanyu y retó a Salya a un duelo con maza. Parecían como un tigre y un elefante dispuestos a abalanzarse el uno sobre el otro, ganando la aprobación de ambos lados. Ambos eran excelentes luchadores con la maza, y fue una lucha de primer orden. Sólo Bhima tenía fortaleza suficiente como para soportar la fuerza de la maza de Salya y sólo Salya podía soportar el poder de la maza de Bhima. Era una escena maravillosa. Bhima golpeó la maza de Salya haciéndola salir despedida de su mano, la cual cayó a tierra como una tea ardiendo. Estuvieron luchando durante largo tiempo, pero finalmente Salya fue vencido por Bhima. Kritavarma vino y se llevó a Salya en su carro.

Vrishasena, el hijo de Radheya, se había puesto al frente y era como un cometa que de repente surge en el firmamento iluminando el cielo y la tierra con su brillo. Estaba hostigando al ejército pandava. Satanika, el hijo de Nakula, le acosó, pero le estaba siendo difícil hacerle frente él solo. Los otros hijos de Draupadi vinieron a ayudarle y Aswatthama fue a ayudar a Vrishasena. El campo de batalla ese día parecía como el fin del mundo cuando se dice que han de brillar doce soles juntos. Los muchos héroes competían el uno con el otro en valor, esplendor, gracia y habilidad. Era un panorama glorioso verles a todos juntos, pero el ejército de los kurus había sufrido una gran pérdida. Abhimanyu, Bhima, Satyaki, Dhrishtadyumna y Arjuna habían estado destruyendo incesantemente al ejército de los kurus.

Drona pensó que ahora debía centrarse en la tarea de capturar a Yudhisthira. Vio que Arjuna no estaba en los alrededores de su hermano y el carro de Drona se dirigió rápido como el viento hacia la hueste de los pandavas. Drona le dijo a su conductor:

—Allí en la distancia puede verse la sombrilla blanca de Yudhisthira. Los pandavas están haciendo pedazos a nuestro ejército. Ahora me dirigiré hacia Yudhisthira y le tomaré por sorpresa. Para mí es duro pensar que tengo que luchar con mis discípulos: los hermanos pandavas, Dhrishtadyumna, Sikhandi y Satyaki son discípulos míos. Pero tengo que luchar contra todos ellos. Ahora no es momento de pensar en ello, debo darme prisa antes de que vuelva Arjuna.

El ejército de los pandavas estaba indefenso frente a la furia de Drona. Parecía como si volara a través de ellos disparando torrentes de flechas a ambos lados. Iba derecho hacia el lugar donde estaba Yudhisthira y le atacó tomándole por sorpresa. Yudhisthira luchó con valentía, pero no pudo resistir la arremetida de Drona. Drona cortó en dos su arco, dejándole indefenso. Dhrishtadyumna acudió rápidamente a aquel lugar para prestar ayuda a Yudhisthira y detuvo al poderoso Drona como la tierra detiene al mar. El protector del carro de Yudhisthira fue acosado por Drona. Drona hirió a Sikhandi y a Uttamaujas con sus flechas y los hijos de Draupadi no pudieron con él. También vinieron Satyaki y Virata, pero todos fueron vencidos por el gran Drona. Dhrishtadyumna se dio cuenta de la seriedad de la situación y luchó desesperadamente, pero parecía que una fuerza sobrehumana se había introducido en los brazos de Drona. Era como el dios de la muerte, era terrible. Nadie podía hacer nada para detener su avance. Avanzaba muy rápidamente, pues estaba luchando para cumplir la promesa que le había hecho a Duryodhana; tenía que capturar a Yudhisthira. El ejército pandava, conducido por Dhrishtadyumna, estaba luchando por la vida de su rey y estaban perdiendo. La gente de su alrededor decía: « Seguro que Yudhisthira va a ser capturado hoy por Drona, se interrumpirá la guerra y Yudhisthira tendrá que volver al bosque con sus hermanos. Duryodhana y su padre se sentirán muy felices. »

De repente, se oyó el sonido de un carro que se aproximaba rápidamente. Era el carro de Arjuna, Krishna lo estaba conduciendo como nunca antes lo había hecho. Venían más rápidos que el viento. A ambos lados del carro se podía ver caer los cadáveres de los soldados de Drona. Parecía como si Arjuna estuviera nadando a través de un río de sangre, en su afán de acercarse al carro de Drona. El campo se había oscurecido por la ingente cantidad de flechas que arrojaba Arjuna. Derrotó al ejército de Drona y a él lo hostigó con sus flechas.

Estaba loco de ira contra su guru, quien había consentido hacer algo tan atroz para complacer a Duryodhana. Podía perdonarle a Drona por luchar al lado de los kurus, pero esta promesa que le había hecho a Duryodhana era imperdonable. Era un acto al que no debería haber accedido. Todos estaban allí cuando se jugó el juego de dados hacía catorce años y el horror que aquello causó debía permanecer aún en la mente de los justos. Duryodhana había planeado otro juego de dados y su guru había accedido a ser cómplice de esta conspiración. En ese momento, Arjuna perdió todo el respeto que tenía por su guru. Su mente estaba agraviada y dolida por su comportamiento. El día anterior había caído su abuelo, y ya hoy Duryodhana estaba intentando de nuevo sus trucos ruines. Escupiendo ira por sus ojos y disparando con sus manos un aluvión de flechas contra él, Arjuna luchó furiosamente con su guru. Drona sabía que estaba siendo derrotado. Había tenido una oportunidad de capturar a Yudhisthira y trató de hacerlo, pero no fue lo suficientemente rápido. Arjuna había ido a rescatar a Yudhisthira y lo

había conseguido.

El Sol ya se había puesto, a pesar de que nadie se había dado cuenta. Los dos ejércitos se retiraron. El rostro de Arjuna aún estaba rojo de ira e indignación. Los carros de los héroes volvieron a sus campamentos, ya se había hecho de noche. El undécimo día de la guerra y primer día del mandato de Drona había acabado. Era un día más a favor de los pandavas a pesar de la maravillosa proeza de Drona. Arjuna había eclipsado fácilmente a su guru.

Capítulo III

LOS TRIGARTAS RETAN A ARJUNA

Los ejércitos habían regresado a sus tiendas. En el campamento de los kurus, Duryodhana, como de costumbre, se sentía descontento con el modo en que estaban desenvolviéndose las cosas y en medio de todos comenzó a mostrar su desagrado. Le dijo a Drona:

—Mi señor, tú te ofreciste por ti mismo a hacer algo que nos complaciera y te pedimos que nos trajeras a Yudhisthira como cautivo. Hoy tuviste una oportunidad, pero no lo hiciste.

Drona se sintió molesto por las palabras de Duryodhana y le dijo:

—Por supuesto que lo prometí, pero también te dije que sólo podría hacerlo si Arjuna no estaba en las inmediaciones de Yudhisthira. Hoy poco faltó para que capturase a tu primo Yudhisthira, pero Arjuna acudió en su ayuda en el momento crítico. No me fue posible derrotarle. Si es posible separar a Arjuna de su hermano durante algún tiempo, capturaré a Yudhisthira.

Después de oír esto, Susarma, el mayor de los hermanos trigarta, dijo:

—Yo y mis hermanos le tenemos gran rencor a Arjuna, le tenemos mucho odio y nos daría una gran alegría matarle. Este rencor que le tenemos viene de muy atrás y siento que ha llegado el momento en que podemos vengarnos de él. Todos estos días hemos estado luchando con él, pero mi corazón aún no ha quedado satisfecho. La sugerencia del acharya nos complace. Retaremos a Arjuna a que luche con nosotros. En este mundo no hay lugar para los trigartas y para Arjuna. O le matamos a él o él nos matará a nosotros. Mi señor, mañana le retaremos y le llevaremos a la zona sur del campo de batalla. No va a ser una lucha corta. Él es poderoso y también lo somos nosotros. Antes de que completemos nuestro trabajo, el acharya podrá capturar con seguridad al mayor de los pandavas. Estoy seguro de que todos aprobaréis mi sugerencia.

Los hermanos trigarta eran: Susarma, Satyaratha, Satyavarma, Satyasu y Satyadharma. Estos hermanos pronunciaron entonces un terrible juramento frente al resplandeciente fuego. Juraron que matarían a Arjuna o que Arjuna les mataría a ellos; no

volverían del campo de batalla sin cumplir su juramento. Se les llamó *Samsaptakas*[33] por haberse comprometido todos a un mismo juramento.

Y amaneció el duodécimo día de la gran batalla. El ejército de los kurus fue colocado en la forma de Garuda, el águila sagrada. El ejército de los pandavas estaba dispuesto en forma de Luna menguante. Por la mañana temprano, los samsaptakas fueron al frente y retaron a Arjuna. Arjuna se hallaba en una situación difícil, sabía que Drona le había prometido a Duryodhana que capturaría a Yudhisthira y se lo entregaría. Quería estar al lado de su hermano todo el tiempo, pues el día anterior poco faltó para que Drona tuviera éxito en su intento. Arjuna había llegado justo a tiempo para evitar la calamidad, pero ahora aparecía esta nueva complicación. Parecía que era una maniobra deliberada, pero Arjuna no podía hacer nada. Era norma que un kshatrya no debía rehusar un reto y los trigartas le estaban llamando para que luchara. A menos que aceptara que no podía luchar contra ellos, tendría que irse. Así que Arjuna decidió luchar contra los trigartas. Fue hacia Yudhisthira y le dijo:

—Los trigartas me están retando a luchar contra ellos. Si no acepto su llamada, el mundo me llamará cobarde. Yo no soy un cobarde y no puedo rehusar un reto. Mi querido hermano, no me gusta irme y abandonarte, pero tengo que hacerlo, tengo que someterme a las reglas de la guerra que me obligan a ir a luchar contra ellos.

Yudhisthira dijo:

—Hijo mío, ya conoces la promesa que Drona le ha hecho a su rey Duryodhana. Por favor, no permitas que esta promesa se cumpla. Debes luchar con los trigartas, lo sé. Sé que hoy es el último día de la vida de esos terribles hermanos. Pero debes hacer los preparativos adecuados para mi protección. No quiero ser capturado.

Arjuna dijo:

—Hermano, por favor, no te preocupes: Satyajit, el hermano de Drupada, estará aquí para protegerte. Mientras él esté vivo nadie podrá tocarte, pero si le matan, te pido como un favor personal que actúes como un cobarde y huyas corriendo del campo de batalla. No debes permitir que el terrible Drona te capture. Debes prometerme que huirás corriendo si matan a Satyajit.

Yudhisthira prometió que lo haría, bendijo a Arjuna y le mandó a luchar contra los trigartas.

[33]Samsaptakas: Juramentados.

Capítulo IV

SUPRITIKA, EL ELEFANTE DE BHAGADATTA

EL ejército de Duryodhana vio los caballos blancos de Arjuna dirigiéndose hacia la zona sur del campo de batalla y estaban seguros de que el plan de Drona tendría éxito. Después de que Arjuna se había ido, los dos ejércitos se precipitaron el uno contra el otro con la intención de destruirse mutuamente.

Arjuna se dirigió a la zona sur. Los trigartas habían dispuesto su ejército en forma de Luna menguante. Arjuna tenía que luchar a solas contra aquel enorme ejército, pero no le importaba. Mientras su carro se dirigía hacia los trigartas, Arjuna le dijo a Krishna, con una tenue sonrisa en sus labios:

—Krishna, fíjate en esta gente que ha decidido morir hoy. Me divierte ver a los trigartas sonriendo. Deberían estar llorando, pero quizá sonríen porque van a alcanzar el cielo. Considerando el hecho de que son unos grandes pecadores, éste es el único modo concebible en el que pueden ir al cielo, si no, nunca podrían tener ni un atisbo de los dominios de Indra. Quizá sea eso lo que les hace tener un aspecto tan feliz. Vamos, apresurémonos, tengo que acabar con esta gente para volver con Yudhisthira.

Arjuna levantó su devadatta y la sopló con todas sus fuerzas. Los trigartas estaban preparados para recibirle.

Sus flechas le dieron la bienvenida a Arjuna, el cual les devolvió su ataque. Susarma y sus hermanos eran luchadores excepcionales y Arjuna era por supuesto excelente. No era de sorprender que la batalla durara largo tiempo. Arjuna y Krishna estaban literalmente envueltos por la copiosa lluvia de flechas de sus enemigos. Subahu, uno de los reyes enemigos, se estaba enfrentando ahora con Arjuna. Era un excelente tirador, pero Arjuna le cortó su arco y luego su mano. Luego vino Susarma junto con diez grandes guerreros. Arjuna era demasiado buen contrincante para todos ellos. Sudhanva fue el primero en morir y los otros le siguieron muy pronto, todos menos Susarma. El ejército se puso nervioso y se produjo una dispersión general corriendo hacia el ejército principal. Susarma estaba muy enojado con ellos y les dijo:

—Todos habéis jurado que ganaríais o moriríais. No está bien que os vayáis corriendo ganándoos el desprecio de todos los demás.

Así que todos volvieron porque tenían que hacerlo. Parte del ejército estaba formado por los narayanas, los vaqueros que Krishna le había dado a Duryodhana. Todos volvieron para luchar.

Arjuna estaba un poco irritado por la vuelta del ejército, él esperaba que fuera el fin de la lucha. Dijo:

—Krishna, han decidido morir. No tienen aprecio a sus vidas, puedo verlo. Observa cómo les mato a todos.

Mientras decía esto, Arjuna fue atrapado en una lluvia de flechas. Venían tan rápidas y eran tantas que no podía ver nada. No se podía ver el carro de Arjuna. Se puso furioso y pensó que había llegado el momento de usar los astras. Con la frente fruncida en un hermoso ceño, Arjuna sopló su devadatta. Invocó al dios Twashtar y lanzó el astra. Era un astra maravilloso e hizo que los soldados alucinasen viendo miles de Arjunas y miles de Krishnas. Cada hombre pensaba que el que estaba a su lado era Arjuna y se empezaron a matar unos a otros. Hubo una completa masacre en el ejército de los trigartas.

Los que quedaron asaltaron a Arjuna y Arjuna les mataba por cientos, pero los trigartas no se inmutaban, cubriendo a Arjuna y a Krishna con sus flechas. La oscuridad causó una gran fatiga a Krishna que tenía su cuerpo húmedo de sudor y gritó:

— Arjuna, ¿dónde estás? No puedo verte, no puedo ver nada. Estas flechas me están desbordando, no sé si estás vivo o muerto.

Arjuna estaba loco de ira, invocó el astra llamado Vayavya y se produjo un terrible tornado. El manto de flechas desapareció en un momento. Arjuna y Krishna podían ver de nuevo, y pudieron observar cómo el tornado absorbía al ejército sacándolo del campo. Los soldados parecían un montón de hojas secas siendo arrastradas por el viento. No pudieron resistir la furia del astra. Varios de los grandes guerreros del lado de los trigartas fueron aniquilados por los dos astras que disparó Arjuna. Arjuna esperaba que ya iba a estar libre para volver al lugar donde estaba luchando Yudhisthira, pues no sabía los estragos que habría causado Drona.

Mientras tanto, la lucha continuaba. Desde el principio, Drona avanzó hacia el lugar donde estaba situado Yudhisthira. Su intención era capturarle tan pronto como pudiera. Sabía que Arjuna era poderoso y no sabía lo que tardaría en volver de su lucha con los samsaptakas, por lo tanto fue rápidamente al encuentro de Yudhisthira. Yudhisthira tenía a Dhrishtadyumna a su lado y le dijo:

—Debemos cuidar de que Drona no me capture. El comandante del ejército pandava sonrió a Yudhisthira y le dijo:

—Él puede haber prometido hacerlo, pero, mí señor, no le será fácil mantener su promesa mientras todos estemos aquí para hacer que sus palabras sean sólo palabras. Drona, en su deseo de complacer a ese odioso Duryodhana, se ha propuesto realizar una acción muy ruin, pero no ocurrirá. Castigaremos a ese hombre por esta injusta acción.

Cuando Drona en su deseo de capturar a Yudhisthira avanzaba hacia el ejército de los pandavas, vio que Dhrishtadyumna estaba ya avanzando hacia él, esto hizo que Drona se detuviera por un momento, no le gustaba encontrarse con Dhrishtadyumna, quien le iba a causar la muerte. Para el supersticioso Drona, aquello era como un mal presagio. Le evitó y siguió adelante, encontrándose con el ejército de Drupada, que

estaba situado para proteger a Yudhisthira. Para distraer la atención de Dhrishtadyumna, Durmukha, un hermano de Duryodhana, fue a retarle. Dhrishtadyumna le cubrió con sus flechas al tiempo que trataba de luchar con Drona. Durmukha siguió hostigando a Dhrishtadyumna produciéndose un duelo.

En la oscuridad que habían causado las flechas de Durmukha, Drona se las arregló para atravesar la defensa que había puesto Dhrishtadyumna. Ya estaba muy cerca de Yudhisthira. Drona parecía un león tratando de cazar a un ternero que se había separado de la vaca. Satyajit estaba allí defendiendo a Yudhisthira y atacó a Drona, pero Drona cortó su arco. Él cogió otro arco y siguió luchando. Otro hermano de Drupada, de nombre Vrika, vino a ayudar a su hermano. Drona acosó a los dos con sus poderosas flechas y mató al valiente Vrika. Esto irritó a Satyajit, el cual arremetió contra Drona, matando a su conductor y cortando su arco en dos. Pero Drona le cortó la cabeza a Satyajit con una flecha de punta curvada.

Cuando vio la muerte de Satyajit, el ejército pandava se conmocionó. Los hermanos Kekaya y los otros hermanos de Drupada vinieron a defender a Yudhisthira. Virata también estaba allí. Vieron que Drona iba directo hacia el carro de Yudhisthira. El hermano de Virata, llamado Satanika, vino hasta el frente. Trató de evitar que Drona se acercara a Yudhisthira y luchó con valor, pero Drona le cortó la cabeza. Viendo que tres grandes héroes habían muerto en pocos momentos, cundió el pánico en el ejército de los pandavas. Nadie podía acercarse al terrible Drona. El campo de batalla parecía ser el escenario escogido para la danza fatídica del dios de la muerte. Sikhandi, Vasudhana y Satyaki fueron los tres siguientes que fueron a desafiar a Drona, pero él sin inmutarse logró hacerles retroceder con sus terribles flechas. No eran flechas, eran como teas encendidas que quemaban a cualquiera que se acercaba. Drona estaba ya muy cerca de Yudhisthira, pero éste recordó las instrucciones de Arjuna y, montándose en el caballo más veloz que pudo conseguir, huyó al galope del campo.

Los héroes pandavas no dejaban de estar amedrentados por Drona y no podían detener su acoso. Su furia era peor que la de Bhishma. Varios de los hermanos de Drupada y Dhrishtadyumna estaban luchando con él. El príncipe Suchitra cayó muerto y por todo el campo se oían gritos de: « ¡Matad a Drona, matad al comandante sediento de sangre! » Pero nadie podía matarle. Puso a todo el ejército en fuga, pero no había sido capaz de lograr lo que se había propuesto. No pudo capturar a Yudhisthira, a pesar de su cruel matanza.

Duryodhana estaba en medio del campo con Radheya, observando el pánico del ejército de los pandavas. Estaba extremadamente complacido con Drona y dijo:

—Mira, Radheya, fíjate cómo el gran ejército pandava está siendo derrotado por nuestro acharya. Esos héroes no son capaces de enfrentarse con Drona. Tengo el sentimiento de que nunca más pensarán en la guerra, están demasiado ocupados evitando las flechas

de Drona, para pensar en luchar de nuevo contra él. Fíjate en Bhima, no es capaz de enfrentarse con el acharya. Se da cuenta de que nuestro acharya es demasiado poderoso para él. Los pandavas perderán hoy la esperanza de seguir vivos. Renunciarán a sus ideas sobre el reino, estoy seguro.

A Radheya no le gustaron aquellas palabras del rey y dijo:

—Amigo mío, no juzgues tan ligeramente a los grandes pandavas. No son cobardes, ni tampoco personas que olviden el pasado. Son poderosos guerreros y héroes valientes. ¿Crees que se olvidarán de las muchas injusticias que se les han hecho? ¿Crees que Bhima se olvidará de la comida envenenada que le diste cuando era un niño pequeño? ¿Cómo va a olvidarse de la ciudad de Varanavata? ¿Crees que olvidará el juego de dados? ¿Crees que ha olvidado los trece años de sufrimiento que tuvieron que soportar por tu culpa? Por favor, no te adormezcas en ese sentimiento de falsa seguridad por el éxito pasajero de tu guru. Puedes estar seguro de que contraatacarán. No son héroes ordinarios. Piensa en Satyaki, en Dhrishtadyumna y en los hermanos Kekaya. Fíjate, mi señor, Bhima viene con sus ojos rojos como ascuas de carbón y los otros héroes le siguen como una multitud de nubes de lluvia rodeando al Sol. Tengo el sentimiento de que el gran acharya está ahora en una situación precaria. Creo que conviene que vayamos en su ayuda. Parece que la necesita desesperadamente.

Duryodhana estaba un poco desconcertado por las palabras de Radheya, pero vio que decía la verdad. Fue con sus hermanos a ayudar a Drona y Radheya también estaba con ellos. Entonces se produjo una gran lucha entre las dos huestes. Nakula y su hermano estaban quemando el ejército de los kurus y los hijos de Draupadi estaban al frente causando una gran destrucción y Abhimanyu estaba tan extraordinario como siempre. Surgieron los duelos de costumbre. El hecho de que Yudhisthira hubiera escapado sin ser capturado por Drona les dio nueva vida. El ejército de elefantes de Duryodhana estaba siendo destruido por Bhima como era su costumbre.

Entonces llegó Bhagadatta con su magnífico elefante Supritika. La aparición de Bhagadatta fue algo terrible. Su elefante era invencible. Era un gran motivo de peligro para el ejército pandava. Temían a aquel hermoso elefante y al igualmente hermoso Bhagadatta sentado en él, como el señor de los cielos sobre su elefante Airavata. Este elefante parecía disfrutar molestando a Bhima. Siempre iba directo hacia el carro de Bhima y esta vez estaba haciendo lo mismo, consiguiendo hacerlo pedazos, lo cual causó terror en el ejército. Todos pensaban que había matado a Bhima. Yudhisthira vino con el ejército de los panchalas, pues temía que a Bhima le había ocurrido lo peor. El elefante se disponía ahora a destruir el ejército. El rey de Dasarnas trajo su elefante y Yudhisthira cubrió al elefante de Bhagadatta y a su conductor con una nube de flechas afiladas, pero cayeron sobre ellos como gotas de lluvia. La lucha continuaba, Bhagadatta espoleó al elefante con su pie, yendo derecho hacia el carro de Satyaki. En pocos momentos, el

carro quedó reducido a un montón de madera y metal. Si no hubiera saltado a tiempo, Satyaki hubiera muerto instantáneamente. El elefante arremetió de nuevo contra Bhima, quien había vuelto al frente de nuevo. Bhima fue atrapado por la trompa del elefante. El elefante había enroscado su trompa alrededor del cuerpo de Bhima y lo levantó en el aire. Lo hubiera hecho pedazos si no se las hubiera arreglado para soltarse. Bhima se metió debajo del elefante y comenzó a atacarle, haciéndole dar vueltas y vueltas. El estaba bajo sus piernas, pinchándole. El elefante trató de matar a Abhimanyu dirigiéndose contra su carro, pero también él se salvó saltando ágilmente a tiempo.

El ejército de los pandavas estaba siendo mantenido a raya por un solo elefante. Era terrible y no podían hacer nada contra él. Bhima se había encontrado con un adversario de su talla. Nada podía contra aquel elefante. La estampa de Bhagadatta, sentado en su cuello lanzando flechas y jabalinas en todas direcciones, estaba causando pánico en el ejército. Había un terrible griterío de agonía en el ejército pandava y de alegría en el ejército kuru. El estruendo que producían resonaba en los cuatro puntos cardinales.

Capítulo V

LA CAÍDA DE BHAGADATTA

ARJUNA oyó de lejos aquel estruendo, justo después de derrotar al ejército de los trigartas con su vayavyastra. Dijo:

—Krishna, Bhagadatta, el rey de Pragyotisha, ha venido con su elefante, me lo puedo imaginar por el ruido ensordecedor del ejército. Ese elefante no puede ser herido, ni tampoco su conductor. Creo que debo presentarme allí ahora, sólo tú y yo sabemos cómo detener a Supritika. Bhagadatta, el amigo de mi padre Indra, está demasiado seguro de sí mismo, debo darle una lección. Es un gran hombre y es un noble anciano, que se ha ganado la fama de ser uno de los hombres más nobles que han pisado la tierra. Pero este hombre ha elegido el bando de los kurus. Tengo que matarle a él y a su elefante. Ya ha causado suficientes daños en los últimos días. Bhima no puede hacerle nada a este elefante. Vayamos.

Krishna giró el carro. Mientras el carro giraba, los trigartas llamaron de nuevo a Arjuna para luchar. Arjuna estaba atrapado en un dilema. Sabía que su ejército estaba sufriendo graves pérdidas por culpa de Bhagadatta y que tenía que ir allí, pero también los trigartas estaban llamándole para luchar de nuevo. No sabía qué hacer, pero tenía que elegir. Así pues, finalmente decidió luchar contra los trigartas, los cuales esta vez le atacaron terriblemente. Krishna dijo:

—Arjuna, manda el astra llamado vajra y destruye a estos pecadores. Arjuna invocó a Indra y mandó el vajra, el arma personal de Indra, la cual causó la devastación en el ejército trigarta. Fue un gran logro. Krishna estaba muy complacido con Arjuna y de

nuevo giró el carro en dirección a la lucha general, pero Susarma no había muerto y aún le quedaban algunos de sus hermanos, así que retó de nuevo a Arjuna. Arjuna estaba agotando su paciencia. Estaba exasperado por aquellos diablos y le dijo a Krishna:

Mira a Susarma. Ha aparecido de nuevo desde la retaguardia para retarme. Mis oídos se están ensordeciendo oyendo los gritos del ejército, que está siendo devastado por Bhagadatta y su elefante. Realmente, no sé qué hacer. Tienes las riendas en tus manos. Conduce el carro a donde quieras, según quien decida.

Krishna no dijo ni una palabra, pero calmadamente se dirigió hacia los trigartas. Arjuna luchó como nunca lo había hecho. En unos momentos murió uno de los hermanos. Luego Arjuna siguió luchando hasta que todo el ejército comenzó a huir en desbandada, e hizo que Susarma se desvaneciera en su carro debido a sus flechas.

Krishna se puso en pie sobre el carro, cogió las manos de Arjuna entre las suyas y le dijo:

—Arjuna, hoy has luchado maravillosamente, eres el mejor arquero que he visto, tú solo has derrotado al ejército trigarta, me siento orgulloso de ti.

Arjuna estaba muy feliz de oír las alabanzas de Krishna e inmediatamente se pusieron en marcha hacia el ejército principal. Viendo los caballos blancos de Arjuna viniendo hacia ellos a galope tendido, los pandavas exhalaron un suspiro de alivio. Todos miraban en la dirección de Arjuna. El ejército kuru comenzó a vacilar. El arco de Arjuna estaba justificando su nombre, probando ser el arco más terrible que jamás había sido usado contra un enemigo. Los gritos de alegría de los kurus comenzaron a cambiar de tono. Su ejército estaba siendo aniquilado. Arjuna había estado luchando desde por la mañana con todo el ejército de los trigartas. No fue una lucha fácil y para colmo, al volver, vio la ruina que se le había causado a su ejército. Parecía Kartikeya, el hijo de Sankara, cuando fue a luchar contra los asuras.

Arjuna avanzó hacia el lugar donde estaba situado Bhagadatta. El carro de Arjuna se detuvo frente de él. Bhagadatta atacó inmediatamente a Arjuna con su elefante. El viejo veterano le lanzó una lluvia de flechas desde lo alto de su elefante. Las flechas fueron detenidas a medio camino por las de Arjuna. Este duelo duró bastante tiempo y Bhagadatta se impacientó haciendo que su elefante avanzase directo hacia el carro de Arjuna. Krishna condujo el carro tan hábilmente que esquivó al elefante haciendo que fallara su objetivo por muy poco margen. Durante un momento, todo el mundo pensó que Arjuna y Krishna habían sido aplastados por Supritika.

De nuevo el anciano rey comenzó a disparar sus flechas a Arjuna. Varias de ellas iban dirigidas a Krishna. Arjuna partió en dos el arco de Bhagadatta, pero al anciano aún le quedaban un buen número de jabalinas. Arjuna permitió que le tirara catorce, rompiéndolas una tras otra en pleno vuelo, tras lo cual se concentró en romper la

armadura del elefante. Bhagadatta entonces le arrojó a Krishna un poderoso sakti. Arjuna rompió aquel sakti y dos más que más tarde le lanzó. Bhagadatta le lanzó otro a Arjuna, que fue a estrellarse contra su enjoyada corona. Arjuna, mientras se colocaba bien la corona con una mano, seguía disparándole flechas con la otra rompiendo nuevamente el arco de Bhagadatta, pero éste, tomando otro comenzó a acosar a Krishna. Parecía que estaba más enfadado con Krishna que con Arjuna. Pero volvió a quedarse sin arco. El anciano rey, que hasta entonces había sido invicto, se enfadó mucho con Arjuna, pues aquel tenaz contraataque de un hombre más joven que él le irritaba. Loco de furia, Bhagadatta le arrojó a Arjuna una garrocha, la garrocha que usaba para dirigir al elefante. Aquel bastón no era ningún arma, pero Bhagadatta había invocado al gran Vishnu y se convirtió en el más terrible de todos los astras. Salió disparado hacia Arjuna como un halcón decidido a matar a una paloma. Todo el mundo lo observaba con la sangre helada en sus venas, parecía que iba a ser el fin de Arjuna.

De repente, Krishna se puso en pie y recibió todo el impacto del astra sobre su hermoso pecho, que estaba adornado con la joya llamada kaustubha. Bhima abrazó a Yudhisthira cuando vio que Arjuna y Krishna habían salido sanos y salvos de aquel trance. Y sucedió un milagro: cuando la garrocha, transformada en el gran Vaishnavastra se estrelló contra el pecho de Krishna, la gente que estaba a su alrededor vio cómo se transformaba en una guirnalda de flores, quedándose asombrados al ver aquello.

Arjuna estaba preocupado de que Krishna hubiera recibido sobre él aquella garrocha. Le miró y le dijo:

—Krishna, ¿por qué lo has hecho? Yo estoy aquí, ¿por qué te pusiste entre mí y la garrocha que me habían lanzado? No deberías haberlo hecho. Parece que estás rompiendo tu promesa de no tomar parte activa en la guerra.

Krishna sonrió y dijo:

—Tienes razón, Arjuna. No debería haberlo hecho, pero mi querido amigo, me pertenecía a mí y yo la recibí. Una vez, en mala hora, le di este vaishnavastra a Prithivi, que fue la madre del gran Naraka. Ella quería que él fuese inmune a todas las armas y se lo pasó a él, pero yo le maté más tarde. No obstante, Naraka le dio este astra a Bhagadatta y si se le lanza a alguien, tiene que matar a la víctima y no me puedo permitir el lujo de perderte, Arjuna. Es por eso por lo que tuve que ponerme entre tú y el astra, lo siento. Pero ahora el vaishnavastra ha vuelto a mí. Bhagadatta era invencible hasta ahora porque lo poseía, pero ya lo ha disparado y ha perdido su inmunidad y su elefante es también ahora como cualquier otro elefante. Ya no será difícil matarle. Apresúrate, Arjuna.

Arjuna disparó una afilada flecha hacia el elefante llamado Supritika. La flecha penetró en la cabeza de la bestia y aquel magnífico animal se desplomó en medio del campo. El elefante de Bhagadatta no hostigaría más al ejército; había muerto. Arjuna

disparó otra afilada flecha con la punta curvada al veterano Bhagadatta atravesándole el pecho con ella. El gran Bhagadatta cayó por tierra. Era terrible la imagen que ofrecían aquel gran rey y su enorme elefante. Poco antes, eran contrincantes que no tenían rival. La muerte de Bhagadatta fue un gran incidente en la lucha entre los dos ejércitos, el segundo día del mandato de Drona.

Arjuna descendió de su carro e hizo un pradakshina alrededor de Bhagadatta. Tenía que rendirle sus últimos respetos a aquel gran hombre. Bhagadatta era el amigo de su padre y era uno de los más nobles ancianos, su fama era grande. Arjuna saludó al gran hombre y volvió a su carro. Este gesto de Arjuna fue muy apreciado por todos los héroes de ambos lados.

Capítulo VI
LA PROMESA DE DRONA

ARJUNA volvió al campo de batalla. Los hijos del rey de Gandhara estaban listos para enfrentarse con él. Eran buenos luchadores y la lucha entre ellos duró algún tiempo, pero finalmente Arjuna les mató a ambos.

Duryodhana y sus hermanos estaban apenados al ver la muerte de sus tíos. Sakuni salió para vengar la muerte de sus hermanos, pero su ejército fue derrotado por Arjuna. Sakuni era bastante bueno en la lucha, usaba las tácticas de maya e intentó usarlas con Arjuna, pero de nada sirvieron frente a los astras de Arjuna. Arjuna le dijo:

—Escúchame, tramposo. Mi gandiva no sabe cómo arrojar los dados, sólo sabe arrojar flechas afiladas que queman como el fuego. Ven a enfrentarte con ellas si puedes.

Sakuni tuvo que renunciar e irse de la presencia de Arjuna. El sonido del gandiva causaba terror en el corazón de sus enemigos. Todos se dirigieron a pedirle ayuda a Drona. A Arjuna se le habían unido Bhima, Satyaki, Dhrishtadyumna, Abhimanyu, Nakula, Shadeva, Sikhandi y los hijos de Draupadi.

Drona entonces avanzó para detener el acoso de estos hombres. Dondequiera que iba, Drona se encontraba con Dhrishtadyumna. Yudhisthira fue al frente. La vista de Arjuna le hacía sentirse lo suficientemente feliz y audaz como para ponerse en presencia de Drona. Los hermanos de Duryodhana se encontraron con Yudhisthira y Aswatthama fue a ayudar a su padre escupiendo fuego, estaba furioso con los guerreros pandavas.

Había un príncipe llamado Nila de Mahishmati. Era un joven valiente y muy buen luchador que estaba causando innumerables estragos en el ejército kuru. Aswatthama se dirigió hacia él y le retó diciendo:

—Lucha conmigo, estoy aquí para defender a mi ejército.

Lucharon, y el poderoso Aswatthama mató a Nila. Los pandavas estaban furiosos por la muerte de aquel joven príncipe. Atacaron a Aswatthama y la lucha se hizo general.

Bhima se precipitó sobre el ejército y Drona luchó contra él. Radheya se unió a Drona y todos los guerreros de ambos lados se unieron en la lucha. Era un gran espectáculo verles a todos juntos.

Arjuna y Radheya se encontraron en un duelo. Todo el mundo les estaba observando con los ojos fascinados. Radheya disparó el Agneyastra y Arjuna apagó su fuego con el varunastra, el encuentro fue magnífico. Luego otros más se unieron al combate provocando la lucha general. Arjuna mató a Satrunjaya, uno de los buenos luchadores del lado de los kurus y Dhrishtadyumna mató a varios más de ellos. Bhima, Nakula, Shadeva, Dhrishtadyumna, Satyaki, Arjuna y Abhimanyu estaban luchando contra Drona, Radheya, Aswatthama y Duryodhana.

Aún continuaba la lucha, cuando el Sol se puso privando de su luz a aquella horrenda escena. La lucha se detuvo y ambos ejércitos regresaron a sus campamentos. El decimosegundo día de la gran guerra había terminado. Arjuna había logrado realizar ese día algo que se consideraba imposible. Había logrado vencer a los samsaptakas y había matado al gran Bhagadatta y a su elefante. El ejército de los kurus había sufrido una gran pérdida.

El campamento de los kurus estaba inmerso en total consternación. Los kurus sólo pensaban en dos cosas: el valor de Arjuna y el hecho de que Drona no fue capaz de capturar a Yudhisthira. Duryodhana le habló a Drona con gran pesar y desilusión en su voz. El tono era el de un muchacho arisco al que no se le había dado lo que quería. Hablaba de un modo que a la vez parecía cariñoso y reprensivo, pero en realidad era duro y cruel. Bhishma estaba acostumbrado a que le hablara en aquel tono, pero Drona no. Sólo había sido el comandante durante dos días. No sabía que no era posible complacer a Duryodhana por mucho que lo intentara. El rey no apreciaba el hecho de que de verdad lo había intentado. Duryodhana recordaba sólo una cosa: Drona le había prometido capturar a Yudhisthira y traérselo cautivo, y había fallado.

Le dijo:

—Mi señor, es obvio que tu honorable persona siente simpatía por el bando opuesto, pues de otra forma no se puede explicar el hecho de que no pudieras capturar a Yudhisthira. Nos dijiste que si Arjuna estaba lejos del lugar, ni todos los dioses de los cielos podrían evitar que capturaras a Yudhisthira. Evidentemente has dejado pasar la oportunidad deliberadamente. Arjuna fue inducido a alejarse de acuerdo con tu deseo y Susarma ha perdido su ejército y varios de sus hermanos por ti. O estás luchando mansamente con tus favoritos pandavas o quizás estás sobreestimando tu fuerza. Nos concediste un deseo, pero no estás manteniendo tu promesa.

Aquellas palabras crueles de Duryodhana hirieron a Drona en lo más profundo. Bhishma era el abuelo de Duryodhana, sus lazos de afecto hacían que no prestara

atención al tono mordaz de las palabras de su nieto. Pero Drona no pudo soportar el sarcasmo que tenía la voz de Duryodhana. Estaba muy contrariado y le dijo:

—Sabes que hice todo lo que pude y casi lo conseguí, pero Yudhisthira salió corriendo antes de que pudiera hacer nada al respecto. Luego Arjuna volvió y ya nada pudo hacerse. Te aseguro que en la batalla de mañana, haré que un hombre, un gran guerrero, un maharathika del otro lado muera. Voy a disponer mi ejército en la formación llamada Chakravyuha o Padmavyuha. Ni los dioses pueden romperla. Arjuna, por supuesto, conoce el arte de romper esa falange, por lo que debe ser alejado del campo de batalla. Debemos mantenerle alejado durante el día. Así podré conseguir algo que me agradecerás, estoy seguro de ello.

Duryodhana se apaciguó y los trigartas aceptaron retar a Arjuna una vez más. Había una gran emoción en el campamento de los kurus.

Iba a ocurrir algo terrible. Drona lo había asegurado y estaban esperando ansiosamente a que saliera el Sol.

Capítulo VII
EL CHAKRAVYUHA Y ABHIMANYU

AMANECIÓ el decimotercer día de la gran guerra. Era el tercer día del mandato de Dronacharya. Por la mañana temprano los trigartas fueron a retar a Arjuna, el cual tuvo que dirigirse a la zona sur del campo. Después de que se hubiera ido, el comandante del ejército kuru dispuso su ejército en formación de chakravyuha o de padmavyuha. El corazón de la flor era el rey. Los muchos pétalos eran los diversos héroes del ejército kuru. Duryodhana fue colocado en el centro, en el mismísimo corazón de la flor. Estaba rodeado por la primera capa de pétalos, formada por Radheya, Dussasana, Kripa y varios otros. La segunda capa estaba formada por Jayadratha y su inmenso ejército. A su lado estaba Aswatthama, el hijo del acharya. A continuación estaban los muchos hijos de Dhritarashtra y luego Sakuni, Kritavarma, Salya, Bhurisravas y su hermano Sala. Todos iban vestidos con sedas rojas y llevaban guirnaldas de flores rojas. Bajo la luz del Sol de la mañana el ejército parecía un enorme loto que había florecido en la tierra. Drona permanecía en las afueras del vyuha.

El ataque comenzó. Bhima conducía su ejército y con él estaban Satyaki, Dhrishtadyumna, Drupada, Kuntibhoja, Kshatradharma, Brihadkshatra, Dhrishtaketu el hijo de Sisupala, Nakula, Ghatotkacha, Shadeva, Yudhamanyu, Uttamanja, Sikhandi, los hijos de Draupadi, Virata, Yudhisthira, los hermanos Kekaya y muchos otros. Atacaron el padmavyuha como un solo cuerpo. Drona, no obstante, estaba situado en la parte exterior del vyuha y parecía una costa de acantilados golpeados por las poderosas olas de un océano en pleamar. No podían hacer nada. Los héroes pandavas fueron detenidos por

Drona que iba conduciendo un carro tirado por caballos de color castaño. No se podía hacer nada. El ejército pandava comenzó a desvanecerse a un ritmo alarmantemente rápido, sin que ninguno de ellos pudiera penetrar en el vyuha.

Yudhisthira no sabía qué hacer. Tenía miedo de que todo el ejército fuera destruido antes de que cayera la noche. Si Arjuna hubiera estado allí, hubiera sido muy distinto, pero él se había ido al extremo sur del campo y no sabían cuándo volvería. Susarma estaba muy enojado con Arjuna y estaba decidido a luchar hasta que muriera el último hombre de su ejército. Sólo se podía hacer una cosa, su única esperanza era Abhimanyu, el hijo de Arjuna, el hermoso y encantador hijo de Subhadra. Arjuna le había enseñado la técnica de romper el padmavyuha. Yudhisthira lo sabía y decidió poner sobre aquellos jóvenes hombros la gran tarea de romper el padmavyuha. Yudhisthira llamó a su querido sobrino y le dijo:

—Mi querido hijo, tenemos que hacer las cosas de tal modo que Arjuna no nos reprenda. Si vuelve y ve al ejército destruido, me culpará por no haber hecho lo debido. Este vyuha que ha organizado Drona es impenetrable. Sólo cuatro personas saben cómo romperlo: Krishna, su hijo Pradyumna, Arjuna y tú. No conozco a nadie más que sepa hacerlo. Te pido hijo mío, que nos ayudes: tú eres mi única esperanza. Por favor, haz lo que haya que hacer y rompe el vyuha.

Abhimanyu reflexionó por un momento y sonriendo dulcemente dijo:

—Por supuesto que lo haré, tío. Sólo me preocupa una cosa, mi padre sólo me ha enseñado la mitad del proceso. Me ha enseñado cómo entrar en el vyuha, pero aún no me ha enseñado cómo salir de él. Si me quedo atrapado en ese enorme loto, si me viera en peligro estando dentro, no podría salir. Sólo me preocupa eso, puedo penetrar a través de él fácilmente.

Yudhisthira dijo:

—No creo que debamos preocuparnos por eso. Una vez que tú abras una brecha en el vyuha, nosotros haremos el resto. Todos te seguiremos muy de cerca. En el momento en que abras una brecha en él, estaremos allí para seguirte y romper la formación.

Bhima dijo:

—Hijo mío, yo te seguiré muy de cerca y conmigo estarán Dhrishtadyumna, Satyaki, los kekayas, los panchalas, los grandes prabhadrakas y los matsyas. En cuanto abras una brecha nos costará muy poco hacer que reviente el vyuha.

Abhimanyu estaba muy feliz de que se le hubiera encomendado que realizara una misión tan importante. Sus ojos destelleaban de alegría. Él era un hombre muy hermoso, pero aquel día parecía la Luna llena en toda su belleza y gloria. Parecía como si una luz divina le estuviera bañando. Estaba resplandeciente, no había nadie como él. Yudhisthira

miró con orgullo y cariño al hijo de Arjuna, que estaba logrando tanta gloria como su padre. Abhimanyu dijo:

—Estoy seguro que hoy podré hacer esto. Hoy quemaré a los kurus como polillas que caen en una llama. Hoy ganaré fama duradera para las dos familias: los kurus y los vrishnis. Haré que mi padre y mi tío se sientan orgullosos de mí. Haré que mi madre sienta que es la madre del héroe más noble que luchó en el gran campo de Kurukshetra. Hoy mi valor será tal, que nadie lo olvidará. Después de hoy nadie pronunciará mi nombre sin que sus ojos se iluminen de admiración por mí. Que los kurus me vean hoy en acción.

Yudhisthira dijo:

—Que tus palabras se cumplan. Que los dioses de las alturas hagan que tu misión tenga éxito. Enviaré a todos los grandes héroes de nuestro lado para que te protejan. Juntos, son como la combinación de Rudra y el Sol. Que Dios te bendiga, hijo mío. Obtén gloria para los nombres de Arjuna y Krishna.

Abhimanyu saludó a sus tíos y partió dispuesto a realizar la peligrosa misión que se le confiaba. Estaba seguro de su éxito. Su padre le había enseñado el sistema de romper el padmavyuha. Conocía el truco para entrar en él. Este vyuha tenía un sistema para cerrarse tan pronto como alguien entrara en él. Su padre le había prevenido contra eso. Esa era la única cosa que debía preocuparle, pero luego sus tíos y los demás estarían allí para cuidarse de que los pétalos del loto no se cerraran atrapándole como un verdadero loto atrapa a la abeja que viene a él buscando la miel. No había ninguna necesidad de preocuparse, él no sabía cómo salir del vyuha, pero después de abierto el vyuha sería destruido por los otros en un instante.

El carro de Abhimanyu estaba listo y subió a él. Su insignia era la flor kovidara. Abhimanyu se puso de pie sobre su carro y volvió sus ojos sonrientes a todos sus tíos. Estaban orgullosos del joven hijo de Arjuna. Todos se apartaron para dejarle pasar y vieron cómo su carro se dirigía rápidamente hacia el terrible padmavyuha protegido por Drona. Todos ellos le siguieron en sus carros. Era una gran marcha militar.

—¡Rápido! ¡Rápido! —le dijo Abhimanyu a su conductor—, llévame rápido hacia el ejército kuru. Estoy impaciente por romper este vyuha de Drona. Debo hacerlo antes de que el ejército de mi tío sea destruido, debo apresurarme.

El conductor estaba preocupado y después de escuchar las palabras del joven, con voz grave le dijo:

—No me gusta llevarte allí, siento que los pandavas han depositado una carga demasiado pesada sobre tus jóvenes hombros. Sólo deberías decidirte a llevar a cabo una tarea después de asegurarte de que puedes hacerla. Este brahmín pecador, este Drona es un maestro consumado en el uso de los astras. Tú eres todavía un niño y él tiene mucha experiencia, me siento muy nervioso, no me gusta llevarte allí.

Abhimanyu se rió de su conductor y de sus palabras. Le dijo:

—Estoy deseando este encuentro con el gran Drona. Está tan seguro de sí mismo que será un placer humillar su arrogante complacencia. ¿Por qué estás nervioso? ¿Por qué temes por mi seguridad? soy el hijo de Arjuna y el sobrino de Krishna. Puedo vencer a Indra, el señor de los cielos; no es nada para mí luchar contra Drona. Ni todos los guerreros del otro lado juntos pueden igualarme. ¿Cómo puede acercarse el miedo al hijo de Arjuna? Devastaré a todo el ejército de los kurus. No me llamaré a mí mismo hijo de Arjuna y Subhadra, si no tengo éxito en derrotar al ejército de los kurus.

El conductor no dijo nada más y de muy mala gana obligó a los caballos a llevarlos hacia el formidable padmavyuha, el orgullo de Drona.

Capítulo VIII

JAYADRATHA EL VALEROSO

EL carro de Abhimanyu corrió como una centella hacia el vyuha. Si no hubiera sido porque la insignia era distinta, la gente hubiera pensado que era Arjuna quien se lanzaba contra el ejército enemigo. Los dos ejércitos chocaron y el hijo de Arjuna, el hermoso Abhimanyu, rompió la entrada del vyuha. Hizo algo que estaba más allá del alcance de los seres humanos. El gran padmavyuha que se consideraba infranqueable fue abierto por Abhimanyu bajo los mismos ojos de Drona y rompiéndolo, penetró en él. Aquello produjo pánico en el ejército kuru. El gran hijo de Arjuna, aquel Abhimanyu de dieciséis años, se las había arreglado para romper la falange y había resultado ser más astuto que el anciano Drona. Abhimanyu se enfrentó con el acoso de muchos carros y guerreros al mismo tiempo, pero él era la misma Muerte. Disparaba sin cesar numerosas afiladas flechas haciéndolas llover literalmente. El campo cobró el aspecto que generalmente presentaba al final del día. El número de muertos crecía a cada momento.

Los kurus buscaban ayuda en todas las diez direcciones. Era imposible detener el avance de aquel muchacho. Duryodhana fue el primero en atacar a Abhimanyu. Estaba furioso con él por haber roto el vyuha. Drona le vio y fue a ayudar al rey. Sabía que era peligroso que Duryodhana se enfrentara con Abhimanyu. Drona, Aswatthama, Kripa, Kritavarma, Radheya y Sakuni se apresuraron en acudir al lado de Duryodhana. De hecho, el rey estaba en el mismo corazón del vyuha, pero Abhimanyu se las había arreglado para llegar hasta allí en cuestión de momentos.

Todos los héroes atacaron a Abhimanyu, pero él se reveló en la lucha, permaneciendo inmutable. Ahora se le unieron los otros: Bhurisravas, Dussasana, y los otros hermanos del rey, pero no tenían nada que hacer. Radheya fue terriblemente herido por las flechas de Abhimanyu y la mayoría de ellos tuvieron que emprender una rápida retirada.

Eran incapaces de detener el avance de Abhimanyu. Salya y Radheya, con algunos de los héroes kurus, luchaban aún contra él. Radheya fue derribado al suelo, pero se levantó y luchó de nuevo. A Salya le estaba yendo muy mal en su lucha. En poco tiempo, no había nadie que pudiera enfrentarse a Abhimanyu. Era de verdad el hijo de Arjuna. Él solo estaba manteniendo en jaque a todo el ejército. Todos los héroes que habían sido situados para proteger el vyuha estaban saltando como astillas de madera ante el acoso del joven Abhimanyu. La sonrisa no dejaba el rostro del muchacho a pesar de estar siendo acosado por tantos guerreros. El sobrino de Krishna eclipsó a su padre y a su tío con su valor. No es ninguna exageración decir que estaba matando a sus enemigos por miles. Tenía todos los astras a su disposición y los estaba usando todos. Era un luchador muy grácil y hábil. Su habilidad con el arco demostraba una clase única, todos lo vieron: las flechas que salían de su arco parecían los rayos del Sol, surgiendo a millones.

Drona estaba observando su avance y le dijo a Kripa:

—Abhimanyu puede ser considerado como uno de los más grandes arqueros. Hoy ha venido por complacer a sus tíos: Yudhisthira, Bhima, Nakula y Shadeva. Si se decide a hacerlo puede destruir fácilmente todo este ejército, me sorprende que no lo haya hecho ya.

A Duryodhana no le gustaron las palabras de Drona. No le gustaba que Drona alabase al enemigo. El enemigo era el hijo de Arjuna, el discípulo favorito de Drona. Duryodhana miró a Radheya y le dijo:

—Radheya, nuestro acharya es un gran hombre; ni Indra, ni Yama pueden vencerle en una batalla, ¿para qué pensar entonces en el destino de simples mortales? Si se decide puede matar a este joven necio; pero, Radheya, te olvidas del secreto más importante. Abhimanyu es el hijo de su querido y amado discípulo Arjuna. Nuestro acharya, dado que aprecia tanto a Arjuna, está protegiendo a Abhimanyu, no tiene corazón para dañarle o herirle. Confiado en la parcialidad de Drona, este joven está infiltrándose en nuestro ejército con toda confianza, lo veo claramente. Puedo entender fácilmente el coraje de Abhimanyu.

Dussasana estaba impresionado por las palabras de Duryodhana y acercándose le dijo:

—Tienes razón, no hace falta depender de nuestro acharya para matar a Abhimanyu, yo mismo le mataré. Le cubriré como Rahu cubre al Sol. Cuando oigan que Abhimanyu ha muerto, Krishna y Arjuna perderán su arrogancia. Morirán por el dolor de su muerte. Con su muerte, morirán todos los pandavas. Por la muerte de esta sola persona, todos los pandavas morirán. Te complaceré, haciéndote este servicio.

Fue al encuentro de Abhimanyu y le retó, la lucha duró unos pocos momentos y Dussasana tuvo que salir corriendo para salvar su preciada vida. Radheya tomó su lugar, pero sufrió la misma suerte, aunque la lucha duró más tiempo.

Todos los héroes del lado de los pandavas estaban siguiendo el carro de Abhimanyu desde el momento en que dejó su campamento. Pudieron seguirle hasta que entró en el vyuha. Estaban Yudhisthira, Bhima, Sikhandi, Satyaki, Drupada, Dhrishtadyumna, Virata, Nakula, Shadeva, los kekayas y Dhrishtaketu. Todos ellos iban casi acompañando a Abhimanyu. Justo en la entrada del vyuha, Abhimanyu se dio la vuelta desde su carro y les miró con una hermosa sonrisa iluminando su rostro. Esa fue la última vez que le vieron. Trataron de seguir el carro de aquel muchacho sonriente, pero desapareció de su vista al ser detenidos por Jayadratha.

Bhima se rió de Jayadratha. Se acordó de la época en que Jayadratha se había llevado a Draupadi, y cómo fue castigado por Arjuna y por él. Jayadratha tenía ahora la audacia de obstruir el avance de los pandavas. Yudhisthira y Satyaki atacaron a Jayadratha, pero él resistió el ataque; pudo mantenerlos a raya. No les dejó avanzar ni el ancho de un pelo, cerrando la brecha que había abierto Abhimanyu. Abhimanyu proseguía adentrándose en el vyuha, se estaba alejando más y más de ellos y no podían hacer nada debido a este maldito Jayadratha que parecía estar ganando por suerte. Yudhisthira cortó su arco en dos, pero Jayadratha tomó otro arco y continuó luchando. Bhima volvió a cortarle el arco y también su insignia, pero eso no detuvo a Jayadratha, el cual se echó a reír y cogió otro arco. Mató a los caballos del carro de Bhima y también cortó su arco.

Jayadratha había obtenido de Sankara el don de que podría vencer a los pandavas él solo, siempre que Krishna y Arjuna no estuvieran allí. Por esto, pudo evitar que los pandavas entraran en el vyuha con Abhimanyu. Ellos luchaban furiosa y desesperadamente ya que alguien que les era muy querido estaba en peligro, pero Jayadratha no les permitía entrar; había cerrado la entrada al vyuha y la estaba guardando. Los pandavas estaban sobrecogidos por el horror de la situación. Recordaron la mirada pensativa en el rostro de Abhimanyu cuando dijo: « Si quedo atrapado dentro del loto, si me veo en peligro allí dentro, no podré salir. Me preocupa lo que ocurrirá luego. » Yudhisthira estaba mudo de horror por su falta de previsión al mandar al muchacho. El hijo de Arjuna había entrado en las fauces de la muerte confiando en la fuerza de todos ellos y ahora se encontraban impotentes frente al poder de Jayadratha.

Bhima le había dicho: « En cuanto abras una brecha, nos costará muy poco hacer que el vyuha sea destruido. » Miró a Yudhisthira con una angustia tal en sus ojos, que incluso los dioses de los cielos lloraron.

Capítulo IX

LA MUERTE DE ABHIMANYU

Abhimanyu continuaba su acción destructiva dentro del vyuha. Su ejército estaba perdiendo esperanzas de sobrevivir en aquel día. No era posible estimar las pérdidas en el ejército kuru. Abhimanyu se estaba moviendo tan rápida y firmemente que Duryodhana estaba bastante desesperado. Rukmaratha, un hijo de Salya, desafió a Abhimanyu. Era un buen luchador y el duelo fue espectacular, pero Abhimanyu le mató. Otros hijos de Salya acudieron a enfrentarse con el joven guerrero, pero todos iban siendo sacados del campo según se desvanecían en sus carros, incapaces de soportar las flechas del hijo de Arjuna.

Todos los que fueron a luchar contra Abhimanyu tenían que salir corriendo o morir. Viendo su valor, Drona, Aswatthama, Kripa, Brihadbala, el rey de los kosalas, Duryodhana, Radheya, Kritavarma y Sakuni fueron a luchar contra él. Lakshana Kumara, el hijo de Duryodhana, retó a Abhimanyu. Ambos eran jóvenes y hermosos y ambos eran poderosos luchadores. Hubo un duelo terrible pero en pocos momentos, ante los ojos de Duryodhana, Abhimanyu mató a Lakshana Kumara. Duryodhana estaba conmocionado y dolorido por aquella repentina tragedia. Gritó:

—Ese pecador tiene que morir.

Fue entonces cuando la horrible y cruel tragedia empezó a forjarse. Seis grandes hombres participaron en ella. Drona, Kripa, Aswatthama, Radheya, Brihadbala y Kritavarma, todos juntos atacaron a Abhimanyu. Él luchó contra todos ellos y además atacó a Jayadratha.

El muchacho debió comprender que por culpa de Jayadratha los pandavas no pudieron entrar en el vyuha siguiéndole a él. Él no sabía cómo salir, por lo que su intención era destruir todo el vyuha y así deshacerse del problema. Así que se dispuso a destruir el vyuha. Luchó desesperadamente con Jayadratha. Si Jayadratha fuera derrotado, el camino quedaría libre para los guerreros pandavas; pero Jayadratha bloqueó el paso de Abhimanyu con una columna de elefantes y un gran ejército. Abhimanyu parecía el Sol recién salido rodeado de densas y negras nubes de lluvia, luchando furiosamente con los seis maharathikas. Ellos le acosaron con sus armas, pero todos fueron vencidos.

Abhimanyu logró hacerles retroceder. No pudieron luchar contra él. Había matado sus caballos, había roto sus arcos y destruido sus carros, pero intentaron enfrentársele una y otra vez. Abhimanyu hirió a Radheya con sus terribles flechas y luego fue atacado por Aswatthama, Kripa y Drona. Salya y Brihadbala se les unieron poco después. Abhimanyu le disparó una afilada flecha a Brihadbala. quien cayó muerto con su corazón desgarrado y luego cubrió de sangre el cuerpo de Radheya. Entonces el hijo de Dussasana fue a retar a Abhimanyu y éste le dijo:

—Me alegra ver que eres mejor luchador que tu padre; él se fue corriendo; pareces ser más valiente que ese cobarde. Aswatthama fue a ayudar al hijo de Dussasana. Sakuni fue donde estaba el rey y le dijo:

—No es posible matar a este joven ni detener su avance. Tiene que morir, matémosle todos juntos.

Radheya fue hacia Drona y le dijo:

—El hijo de Arjuna está decidido a matarnos a todos, por favor apresúrate y dinos cómo podemos matarle. O le matamos o tendremos que morir todos. Estoy aquí porque es mi deber estar con mi rey, si no me iría de aquí. Estas flechas de Abhimanyu están quemando todo mi cuerpo.

Drona dijo:

—No hay quien iguale al hijo de Arjuna, herido como estoy por sus flechas, no puedo dejar de admirar su habilidad y su valor. Si ha de morir, primero tiene que romperse su armadura. Arjuna le ha enseñado a llevar esta armadura impenetrable, es por eso por lo que puede resistir nuestras flechas. Mientras tenga su carro y su arco en las manos es invencible. Si queréis matarle, debéis matar a sus dos conductores, debéis destruir su carro y privarle de su arco. Si podéis hacer todo esto, entonces, quizá podáis matarle. Veamos si podéis hacerlo. Cortad la cuerda de su arco cuando no esté mirando, no podréis hacerlo si os estáis enfrentando con él. —Drona dejó de hablar y Radheya se marchó.

Radheya entonces realizó el acto más miserable de su vida. Cuando el joven Abhimanyu estaba luchando, Radheya fue y se puso detrás de él y disparándole por la espalda cortó su arco con sus flechas. El sobresaltado joven guerrero se giró para ver quién podía haber cometido una acción tan cobarde. Drona mató inmediatamente los caballos del carro de Abhimanyu. Los otros le atacaron con sus flechas. Éstos fueron Kritavarma, Aswatthama y el hijo de Dussasana. Seis de los maharathikas atacaron a aquel guerrero desvalido. Abhimanyu no tenía carro ni arco. Aquel muchacho indefenso fue atacado por seis de los héroes kurus.

Los ojos de Abhimanyu estaban rojos de furia y desprecio. Miró a Drona y le dijo:

—Eres un gran hombre y eres el comandante del ejército kuru. ¿Cómo te has atrevido a hacerme esta injusticia? —Abhimanyu se volvió hacia Radheya y le dijo—: ¿Te llamas a ti mismo discípulo de Bhargava y te atreves a pensar que igualas a mi padre con el arco? Creí que al menos tenías sentimientos nobles. Mi tío me ha dicho que eres un hombre noble y que eres un luchador caballeroso, ¿es ésta toda tu nobleza? Todos sois hombres cuyos nombres se pronuncian con afecto y respeto por vuestro valor. ¿Es éste todo el valor que tenéis? ¿Cómo es que la tierra no se abre y os traga? ¿Cómo puede soportar la vergüenza de aguantar a gente como vosotros?

Abhimanyu no tenía tiempo para pensar, tenía que luchar. Cogió su espada y su escudo y saltó de su carro. Saltó hacia ellos con la intención de matarles. Drona, viéndole tan furioso, con sus afiladas flechas cortó la empuñadura de su espada. Radheya disparó sus flechas al escudo del joven y lo rompió en pedazos. El joven guerrero estaba ahora sin arco, sin carro, sin espada y sin escudo. Estaba completamente indefenso y completamente a la merced de seis hombres crueles que estaban decididos a matarle.

Abhimanyu pensó durante un momento en su padre y sólo lamentaba una cosa, que no podría ver el orgullo en sus ojos cuando oyera relatar su maravillosa hazaña. Pensó en su madre, la hermosa Subhadra, y sus pensamientos eran tristes. Sabía que su corazón se rompería, pensó en Krishna. Para él era mala suerte el no poder ver a su padre y a su tío antes de morir. Yudhisthira y Bhima aparecieron en su mente. Pobres tíos, hicieron todo lo que pudieron para llegar a él, pero no les fue posible. Jayadratha se interpuso en su camino; sí, Jayadratha. Su padre mataría a Jayadratha en cuanto se enterase de esto. Yudhisthira se horrorizaría por el crimen que se iba a cometer en el campo de Kurukshetra, pero cuando llegara el momento, se vengaría su muerte. Esos seis héroes se arrepentirían de su cobarde ataque.

Abhimanyu estaba indefenso, fue hacia su carro y cogió la rueda de su carro en sus manos, haciéndola girar alrededor de su cabeza. Con su cuerpo herido por las flechas de sus enemigos, empapado de sangre y con su rostro brillando de ira, total desprecio y orgullo, el joven guerrero permaneció en medio de ellos con la rueda del carro en sus manos. Parecía el Señor Vishnu. Les dijo:

—Todavía estáis a tiempo, os estoy dando a todos una oportunidad de redimir vuestro honor, venid a luchar conmigo, venid uno a uno, lucharé con vosotros. Venid uno a uno. Puedo luchar con cada uno de vosotros, venid. —Mientras estaba diciendo esto, Abhimanyu se lanzó hacia Drona. Parecía el mismo Vishnu con la rueda en su mano. Su pelo flotaba en la brisa y su rostro había adquirido un brillo celestial. Era una escena maravillosa verle allí de pie con una sonrisa en sus labios y con la rueda levantada. Incluso antes de que se la pudiera arrojar a Drona, los seis la rompieron en cien fragmentos. Abhimanyu cogió entonces la maza y dijo de nuevo—: Venid uno a uno; sí, uno a uno. Puedo luchar con todos vosotros si venís uno a uno.

Sus palabras cayeron en oídos sordos. Abhimanyu se lanzó hacia Aswatthama, quien aterrado al ver a Abhimanyu avanzar hacia él como el Dios de la Muerte, salió corriendo de allí. Abhimanyu mató los caballos de Aswatthama y luego se abalanzó hacia el carro del hijo de Dussasana, rompiéndolo. El hijo de Dussasana saltó hacia Abhimanyu con su maza levantada en alto y los dos se enzarzaron en una lucha a muerte.

Abhimanyu estaba muy fatigado por la terrible lucha de aquel día, pero no le importaba. Luchó desesperadamente; estaban decididos a matarse el uno al otro. Fatigado

de cansancio Abhimanyu se desmayó. Cuando vio caer a Abhimanyu, el hijo de Dussasana se abalanzó sobre él. El joven héroe estaba entonces recobrándose de su desmayo y se iba a levantar, pero el hijo de Dussasana levantó su maza y le golpeó en la cabeza. Abhimanyu cayó de nuevo, no pudiendo soportar la fuerza del golpe, cayó para no levantarse más. Abhimanyu había muerto.

Fue aniquilado de la forma más traicionera por los bravos guerreros kurus. Seis grandes guerreros se atrevieron a cometer este crimen cobarde en el campo sagrado de Kurukshetra. Drona el comandante de las huestes kurus probó ser tan pecador y traicionero como el rey por el que luchaba. El hijo de Drona, Aswatthama, aquel hijo nacido por la gracia de Sankara, tomó parte en el crimen de un muchacho de dieciséis años.

Fue un crimen, como el que nunca antes se había cometido. El hermoso hijo de Arjuna yacía muerto y estos hombres bailaban alrededor del cadáver de este héroe como animales, como bestias sin sentimientos; ni siquiera eso, pues una bestia hubiera sido más compasiva; eran monstruos. Abhimanyu fue aniquilado por seis grandes héroes kurus.

Había batido al ejército de los kurus como un tornado agita al mar. Le contemplaron yaciendo en el campo de batalla; su hermoso rostro parecía la Luna poniéndose tras la colina este, con sus ojos de loto cerrados y con su cuerpo cubierto por las flechas que le habían sido disparadas. Sentían una enorme alegría en sus corazones y gritaban llenos de júbilo. El grito pasó de boca en boca hasta que el ejército entero retumbó con el grito de guerra: su grito de la victoria. El grito llenó de terror los corazones de Yudhisthira y Bhima, pues supieron de inmediato que Abhimanyu había muerto. El recuerdo del joven muchacho de pie sobre su carro sonriéndoles, hizo que Yudhisthira cayera desmayado. No estaban preparados para esta calamidad. En la ausencia de Arjuna y Krishna, se había cometido aquella grave injusticia y la hueste de los pandavas no sabía qué iban a decirle a Arjuna cuando volviera de la lucha contra los trigartas. El Sol se había puesto. Los kurus habían regresado a su campamento regocijándose por la muerte de Abhimanyu y el campamento de los pandavas estaba sumido en las mayores profundidades de la desesperación.

Capítulo X

EL JURAMENTO DE ARJUNA

YUDHISTHIRA se sentó en tierra con los ojos llenos de lágrimas. Dijo:

—Este muchacho se fue a luchar después de decirme: « No temas, con seguridad romperé el vyuha, pero si quedo atrapado dentro, no podré salir de él; eso es lo que me preocupa. » Yo le aseguré que todos le cuidaríamos. ¿De que vale vivir después de

haber faltado a la promesa que le hice? Le envié a la muerte. Por favor, matadme antes de que Arjuna venga a preguntarme: « ¿Por qué mataste a mi hijo? Mi hijo les venció a todos: a Kripa, Salya, Duryodhana, Drona, Aswatthama y a muchos otros. Todos ellos no pudieron enfrentarse a la terrible lucha de mi hijo Abhimanyu. Este héroe fue asesinado de la forma más cobarde que se pueda imaginar. ¿Qué puedo decirle a Arjuna cuando vuelva? ¿Qué voy a decirle a Krishna? ¿Qué le diré a Subhadra? Amo a Arjuna y a Subhadra, y Krishna es a quien más quiero; y, sin embargo, les he hecho esto. Envié a ese muchacho a la muerte arrastrado por mi deseo de ganar la guerra, maté a este niño. Nada me hará olvidar esto. ¡Le maté!, ¡maté a Abhimanyu! —Diciendo eso, Yudhisthira se desplomó.

Arjuna había logrado por fin derrotar a los samsaptakas. El Sol se había puesto, y el carro de Arjuna se dirigió hacia el campamento de los pandavas. Los presagios no auguraban nada bueno, lo cual hacía que Arjuna se sintiese intranquilo. Estaba comentando con Krishna las muchas cosas que habían ocurrido ese día en el campo de batalla, pero su mente estaba preocupada por aquellos augurios. Su garganta estaba seca y le dijo:

—Krishna, mi mente me tiene intranquilo, me siento como si tuviera fiebre en mis miembros. Nunca antes me he fatigado por la lucha, pero hoy me siento sin ánimos. Estos malos augurios me preocupan. No sé lo que ha ocurrido. Espero que no le haya ocurrido nada a mi hermano.

Krishna dijo:

—Estoy seguro de que no les ha ocurrido nada a tus hermanos, nada puede ocurrirles. Tus miedos son infundados. Deja a un lado esa preocupación y siéntete feliz pensando que los trigartas han sido vencidos. Ya no te volverán a retar. Nadie te apartará del campo de batalla de ahora en adelante.

Por fin llegaron al campamento y el silencio les dio la bienvenida. Era un silencio que nunca antes habían conocido. Arjuna dijo:

—Krishna, ¿qué es esto?, parece que no hay nadie aquí. Todos los días se escucha la música de las vinas tocando. Siempre oímos las trompetas y otros instrumentos de guerra anunciando nuestra victoria, pero hoy nada parece estar vivo. Fíjate en todos esos soldados, Krishna. Nadie parece darme la bienvenida, todos me evitan. ¿Qué he hecho para merecer esto? No se atreven a mirarme a los ojos. Nadie de aquí me saluda con palabras de elogio por mi lucha; tengo miedo. No veo por aquí a ninguno de los míos. Mis hermanos no están esperando mi llegada. Espero que no les haya pasado nada a Virata ni a Drupada. No veo a mi Abhimanyu, ni a los hijos de Draupadi. Mi Abhimanyu generalmente viene a darme la bienvenida con su sonrisa encantadora.

Fueron a la tienda de Yudhisthira y allí les vieron a todos sentados y abatidos. Arjuna no podía comprenderlo. Miró a Yudhisthira, el cual bajó su cabeza y secó sus ojos con

sus manos. Bhima estaba destrozado por el dolor. Arjuna nunca le había visto así. Bhima se levantó para saludar a Arjuna y cayó al suelo, con su rostro contraído por el dolor. Nakula estaba mirando fijamente al suelo y Shadeva miraba hacia fuera de la tienda; no quería mirar a Arjuna. Nadie se atrevía a mirarle. Esto era terrible. Arjuna miró uno por uno a los que estaban allí sentados sumidos en el más profundo dolor. No había ninguna lámpara iluminando la tienda. Arjuna escudriñó entre aquellos rostros tratando de encontrar a Abhimanyu, pero no le vio en ninguna parte. Les dijo a todos:

—Vuestros rostros están pálidos y tristes, no me atrevo a imaginar lo que ha ocurrido. No veo a mi querido Abhimanyu. Él habría venido a darme la bienvenida tan pronto como llegué. No está aquí, ¿dónde está?

Nadie le contestó, sólo los sollozos de Yudhisthira rompieron el silencio. Arjuna trató de no pensar en lo peor y dijo:

—Me dijeron que Drona había dispuesto su ejército en el terrible padmavyuha. ¡No me digáis que mandasteis a mi hijo a esa trampa mortal! —Nadie respondió y Arjuna continuó diciendo—: Nadie entre vosotros puede entrar en ese vyuha excepto mi hijo. Yo le he enseñado cómo entrar en el vyuha, pero no le he enseñado cómo salir de él. ¿Le mandasteis entrar en el padmavyuha? —Se detuvo esperando una respuesta, pero nadie habló. De nuevo los sollozos de Yudhisthira rompieron el silencio. Arjuna supo lo que había ocurrido y apartó de ellos sus ojos horrorizados. Tenían miedo de mirarle.

Yudhisthira fue hacia él y le dijo:

—No digas ni una palabra más, Arjuna, mátame primero. Después de eso puedes hablar. Primero mátame a mí que maté a tu hijo. Sólo así puedes vengar la muerte de Abhimanyu. Yo maté a Abhimanyu; sí, yo le maté.

Diciendo esto, de nuevo se desmayó. Arjuna estaba demasiado conmocionado para hablar. No podía imaginarse a su Abhimanyu muerto. Krishna no podía mantenerse en pie y se sentó en el suelo cerca de Bhima. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero viendo la angustia de los ojos de Bhima, cogió su mano entre las suyas y la frotó con silenciosa simpatía.

Arjuna se había desmayado y Bhima comenzó a llorar. Cuando volvió en sí dijo:

—Que alguien me cuente cómo ocurrió. ¿Cómo murió? ¿cómo pudo morir? No le había enseñado a salir del padmavyuha, él debió habéroslo dicho. Si se quedaba atrapado dentro, su muerte era segura. ¿Qué hombre aguijoneado por el destino, se atrevió a matar a mi hijo? ¿Quién ha tenido el coraje de tocar a mi hijo? ¿Cómo puedo vivir después de esto? Era tan valiente y caballeroso que nunca atacaba el primero en una lucha, era la flor de la caballerosidad. ¿Cómo puede haber tenido alguien el corazón tan duro como para matarle? No puedo creerlo. —Arjuna lamentó la muerte de Abhimanyu durante largo tiempo. Luego se volvió a Yudhisthira y le dijo—: ¿Cómo

pudiste hacerlo? ¿Cómo le dejaste entrar en el padmavyuha sin ayudarle? Tú estabas allí y también Dhrishtadyumna, Nakula, Satyaki y Shadeva. ¿Cómo puede haber ocurrido esto? No puedo comprender cómo alguien pudo matar a Abhimanyu, era muy difícil derrotarle. Dime quién lo hizo.—No recibió una respuesta a su pregunta. Dijo—: Estoy seguro que debió haber sido a causa de un juego sucio, si no nadie podía matarle, estoy seguro de eso. —Luego tiró su arco y sus flechas y cayó desmayado.

Krishna cogió su mano entre las suyas y le dijo:

—Arjuna, no sufras así. Abhimanyu tuvo la muerte de un héroe. Murió para que otros pudieran vivir y ha alcanzado los cielos. Ha sido una muerte adecuada para un héroe como Abhimanyu. Mira a tus hermanos, Arjuna. Están sumidos en las profundidades del dolor. Ahora depende de ti confortarles. Están destrozados por el dolor y los sentimientos de culpabilidad. Háblales con dulzura a tus queridos hermanos. Viéndote sufrir, su dolor está aumentando. No te puedes imaginar lo que deben haber sufrido hoy. Abhimanyu es el hijo más querido de todos nosotros. Recuerda eso, amigo mío.

Arjuna fue inmediatamente a donde estaban Bhima y Yudhisthira y se postró a sus pies, consolándose mutuamente aquella tristeza común, mezclándose sus lágrimas en los abrazos. Arjuna le dijo a Yudhisthira:

—Trastornado por mi dolor, estaba ciego a vuestros sentimientos, perdóname, mi querido hermano. Bhima, siento haberme dejado llevar por mi dolor. Puedo ver lo que esto debe haber significado para todos vosotros. Ya me he repuesto, ahora me siento suficientemente fuerte para escuchar los detalles de su muerte. Nakula, Shadeva, Satyaki, decidme todos cómo ocurrió. Dhrishtadyumna, amigo mío, dime el nombre de ese loco que se ha atrevido a hacernos esto. Yudhisthira, mi señor, mi mente ahora ha recobrado su entereza. —Arjuna añadió—: Mi corazón debe estar hecho de piedra, si no se hubiera hecho pedazos cuando oí que había muerto Abhimanyu. Él ha muerto mientras yo estoy vivo.

Yudhisthira hizo sentarse a Arjuna y le dijo:

—Te contaré todo lo que condujo a la muerte a la joya de los pandavas, tu más querida posesión. Te lo contaré. Los trigartas vinieron y te apartaron de nosotros. Después de eso, Drona dispuso su ejército en forma de padmavyuha. Nosotros organizamos una formación para contrarrestar la suya y comenzó la lucha. No era posible hacerles frente. El vyuha era terrible. No pudimos hacer nada, absolutamente nada. Era como un fuerte que resistía todos nuestros ataques, nuestro ejército estaba siendo derrotado. Y mientras tanto, Drona permanecía fuera del vyuha con una mirada complaciente en su rostro. Sabía que nuestro ejército sería destruido completamente antes del atardecer, y yo no podía soportar ver cómo nuestro inocente ejército era aniquilado tan despiadadamente, por eso me dirigí a Abhimanyu y le pregunté si estaba dispuesto a romper el vyuha para abrirnos paso. Él se sintió complacido y dijo: « No temas, tío mío, con toda seguridad

romperé el vyuha, mi padre me ha enseñado a hacerlo. Si puedo hacerles este servicio a los grandes pandavas, estaré orgulloso de ello, pero sólo conozco la mitad del secreto del vyuha. Sé cómo entrar en él, pero mi padre no me ha enseñado cómo salir. Me ha dicho que el vyuha tiene un sistema para cerrarse una vez que alguien ha entrado en él. Si me quedo atrapado dentro, no podré salir. Eso es lo que me preocupa. »

Aquí Yudhisthira rompió en sollozos, no podía continuar. Entonces Bhima siguió diciendo:

—Sí, Arjuna, el muchacho dijo que no podría salir del vyuha, pero todos le aseguramos que nos ocuparíamos de eso. Yo le aseguré que todos estaríamos con él y que una vez que abriese la brecha, penetraríamos tras él y lo romperíamos. Todos estábamos allí: Yudhisthira, yo, Nakula, Shadeva, Dhrishtadyumna, Satyaki, Drupada, Virata, los hermanos Kekaya, los hijos de Draupadi y muchos otros. Ese muchacho cargó sobre sus jóvenes hombros esta gran tarea que todos le asignamos. La última vez que le vimos fue cuando estaba de pie sobre su carro y girándose nos miró con una hermosa sonrisa de infinito encanto que iluminaba su cara. Esa fue la última vez que le vimos. —Bhima no pudo hablar más y comenzó a sollozar sobre el pecho de Arjuna. De nuevo Yudhisthira continuó la narración. Dijo:

—Le seguimos con nuestros carros y le vimos entrar en el vyuha, íbamos justo detrás de él y podíamos haber entrado muy fácilmente, vimos la brecha abierta, y justo cuando íbamos a entrar, Jayadratha vino y se interpuso en nuestro camino. Pensé que sería fácil pasar a través de él. Vimos como Abhimanyu atravesaba las filas enemigas como un meteoro. Estábamos seguros de que podríamos reunirnos con él, pero entonces los pétalos de aquel enorme loto se cerraron de nuevo. Jayadratha nos bloqueó el paso y no pudimos entrar. Vimos al muchacho atrapado dentro del vyuha y todos nosotros tratamos en vano de vencer a Jayadratha. Él solo se las arregló para mantenernos a todos a raya. Supimos del avance de Abhimanyu por los gritos de desesperación que surgían del ejército de los kurus. Causó estragos, pero al final murió. Abhimanyu murió. —Yudhisthira se detuvo; no le pudo contar a Arjuna el asesinato de su hijo.

Entonces Shadeva se acercó a Arjuna y le dijo:

—Mi querido hermano, prepárate para oír la historia del mayor crimen que se ha cometido en el campo de Kurukshetra. Tu hijo fue rodeado por seis maharathikas: Drona, Kripa, Radheya, Aswatthama, Kritavarma y el hijo de Dussasana. Los seis le rodearon. Radheya cortó su arco por detrás, Drona mató a sus caballos, Kripa mató a sus conductores y el hijo de Dussasana mató a Abhimanyu. Sí, Arjuna, todos asesinaron a ese muchacho ante nuestros propios ojos. Le vimos y no pudimos hacer nada, puedes castigarnos como quieras. Todos matamos a Abhimanyu. —Shadeva estaba sobrecogido de dolor.

Todos se sentaron en silencio, viendo a Arjuna montar en cólera. Arjuna cayó desplomado. Todos se le acercaron y le reanimaron con agua perfumada. Arjuna se levantó. Su cuerpo estaba temblando de furia. Temblaba como si tuviera escalofríos, se levantó y dijo:

—Os prometo a todos que mataré a Jayadratha mañana. Incluso si viene a mí o a Krishna o a Yudhisthira para pedirnos socorro, le mataré. Incluso si está protegido por los hijos de Dhritarashtra, incluso si le protege el mismo Sankara, le mataré. Yo seré quien le mate mañana. Si no le mato, que pierda los méritos que he adquirido hasta ahora y que vaya al infierno que les corresponde a los peores pecadores. Escuchad mi juramento. Juro en el nombre del fuego y en el nombre de mi amado gandiva, que mataré a ese Jayadratha mañana. Lo haré mañana, antes de que se ponga el Sol. Nadie puede evitar que lo haga. Jayadratha morirá mañana; si no le mato, prometo que me arrojaré al fuego, vivo y con el gandiva en la mano.

Arjuna hizo sonar la cuerda de su arco y el sonido llenó los cuatro puntos cardinales. Krishna cogió su panchajanya de inmediato y la sopló con todas sus fuerzas. Aquel terrible sonido llenó el aire y la tierra tembló cuando las notas de la caracola de Krishna se mezclaron con las de la cuerda del gandiva. En el campamento pandava resurgió la felicidad. El pensar que Arjuna iba a matar a Jayadratha les hizo sentirse entusiasmados. Los pandavas se despojaron de su manto de dolor. Bhima estaba enardecido, su voz se volvió áspera con la emoción de su corazón. Miró a Arjuna y dijo:

—Los enemigos deben haber oído el sonido de tu arco y la música de la panchajanya. Ya deben haber muerto. Me siento orgulloso de ti, sé que harás lo que has jurado hacer.

El dolor desapareció de los corazones de los hermanos de Arjuna. Sintieron que la muerte de Abhimanyu sería vengada. Sabían que los seis asesinos serían castigados por Arjuna por su crimen inhumano. Némesis estaba ya en su curso, en cuestión de pocos días todos morirían. Todos ellos trataron de olvidar la muerte de Abhimanyu movidos por su deseo de venganza, pero no podían dejar de pensar en él. No podían apartar de su memoria la imagen de Abhimanyu cuando le vieron por última vez, de pie sobre su carro y sonriéndoles a todos antes de entrar en el terrible padmavyuha.

Todos en el campamento de los pandavas, desde Yudhisthira hasta el último de los soldados, estaban lamentando la muerte de Abhimanyu. Nadie durmió en el campamento aquella noche. Junto con el dolor por la muerte de Abhimanyu, una nueva preocupación había penetrado en sus mentes: el juramento de Arjuna. Todo el mundo pensó: « En su dolor por la muerte de su hijo, Arjuna ha jurado hacer algo que parece imposible. ¡Que Dios le otorgue el éxito en la lucha de mañana! ¡que vuelva victorioso del campo de batalla! Apostaremos todo el punya que hemos adquirido hasta ahora. ¡Dios, por favor, haz que se cumpla su juramento! ¡Que Arjuna vuelva victorioso del campo de batalla! » Así rezaban.

Capítulo XI

EL PÁNICO DE JAYADRATHA

Aquella noche era una noche feliz en el campamento de los kurus. El acharya había hecho lo que había prometido, había matado a un maharathika del lado de los pandavas. Todos estaban gozando de su éxito. Estaban pensando en el dolor de Arjuna cuando volviera de su lucha contra los samsaptakas. Duryodhana oyó que su ejército había sido derrotado. El bravo Susarma, que había retado a Arjuna para complacer a Duryodhana, había sido vencido. Había perdido a todos sus hermanos y su ejército, pero Duryodhana no estaba muy trastornado por esto. Estaba extremadamente complacido con el hecho de que hubiera muerto Abhimanyu. Todos estaban celebrando la victoria.

El campamento de los kurus fue sacudido disipándose su euforia complaciente al oír el sonido del gandiva de Arjuna y la panchajanya de Krishna. No sabían qué quería decir aquello. Estaban seguros de que Arjuna estaría sumido en el dolor, pero aquello les hacía pensar que estaban equivocados. El sonido del gandiva sólo significaba una cosa: que Arjuna estaba complacido por algo; y el hecho de que la panchajanya fuese soplada con tanta fuerza por Krishna significaba que él también estaba feliz. Esto no era lo que esperaban de los pandavas. Esperaban que los pandavas muriesen de pena al saberlo. Duryodhana estaba esperando impacientemente a sus espías del campamento de los pandavas para que le trajesen noticias de los últimos desarrollos de sus planes.

Los espías llegaron y le contaron el juramento de Arjuna. Jayadratha estaba aterrado; se dirigió a Duryodhana y le dijo:

—Estoy seguro de que hará lo que ha jurado. No hay nada que pueda hacer excepto salir corriendo, volveré a mi reino, volveré con mi padre. Nadie puede matar a un hombre que se ha ido corriendo del campo de batalla. Va en contra del Dharma de un buen kshatrya y Arjuna es justo, no me perseguirá. Salvaré mi vida huyendo.

Duryodhana no estaba tan preocupado como debería haberlo estado acerca de los temores de Jayadratha. Jayadratha le había sido útil a su propósito. Duryodhana, que siempre pensaba primero en él y luego en los demás, se rió de los miedos de Jayadratha. Le dijo:

—No te amedrentes tanto. Arjuna no te puede matar. Dices que saldrás corriendo del campo de batalla porque un guerrero justo no mataría a un hombre que ha huido; pero recuerda que la muerte de Abhimanyu no fue nada justa y que Arjuna lo sabe. Y ya has oído lo que nos han dicho los espías. Arjuna dijo: « Incluso aunque esté bajo la protección del mismo Sankara, le mataré. » No tiene sentido que salgas corriendo. En cuanto a tus temores, son absurdos. Estarás protegido por todos nosotros. En medio de tantos héroes kurus, estarás seguro. Ni el mismo Indra te puede hacer nada. Yo te protegeré. Radheya, Vivimsati, Sala, Salya, Chitrasena, Bhurisravas, Vrishasena, Purumitra, Kripa, Bhoja,

Vikarna, Durmukha, Dussasana, Vinda y Anuvinda, nuestro Aswatthama, Sakuni y Alambusa son algunos de los héroes que te protegerán. Tú mismo eres un gran guerrero. ¿Por qué debes temer el poder de Arjuna? Él no es un dios. Deshazte de todos tus miedos, todos nos cuidaremos de ti. Me ocuparé de que no toquen ni un pelo de tu cabeza. También hay algo más que decir. Arjuna ha jurado que se arrojará al fuego si no mantiene su juramento. Gracias a ti, nos libraremos de Arjuna. Sin Arjuna los pandavas no pueden hacer nada. Esta es una oportunidad caída del cielo, no la perdamos.

Las palabras de Duryodhana estaban confortando a Jayadratha, pero no le daban suficientes seguridad. Se fue con el rey ante la presencia de Drona y le preguntó:

—Quiero que me digas quién es mejor luchador, yo o Arjuna. Quiero tu franca opinión. Drona dijo:

—Ambos habéis tenido el mismo maestro, lo sé; pero él ha aumentado su habilidad por la práctica constante y también tiene en su posesión todos los astras divinos. Pero nada de eso importa. Yo te protegeré mañana de Arjuna. Organizaré un vyuha que frustrará incluso a Arjuna, y te mantendré dentro. Yo me mantendré guardando la entrada del vyuha como lo he hecho hoy y no dejaré que nadie pase, ni siquiera Arjuna. Estoy seguro de ello. ¿Por qué tienes tanto miedo? Haré todo lo posible por protegerte, pero si fallo debes enfrentarte con la muerte. Después de todo, uno tiene que morir más tarde o más temprano. Morirás en el campo de batalla luchando y alcanzarás los cielos. Pero no tiene sentido inquietarse por algo que no ocurrirá. Ve y descansa en paz. Mañana voy a organizar un vyuha triple. La primera porción será el Sakatavyuha, después de éste habrá un padmavyuha, dentro de él habrá un Suchimukhavyuha y al final de este tercer vyuha te colocarás tú, con todos los héroes para protegerte. Yo estaré protegiendo los vyuhas. No será posible pasar a través de mí. Incluso si Arjuna se las arregla para pasar los dos primeros vyuhas le será muy difícil llegar hasta ti. Para cuando llegue al tercer vyuha, será ya de noche y su juramento no se cumplirá. No te preocupes demasiado por lo que pasará mañana.

Oyendo a Drona, Jayadratha sintió que no había demasiado peligro para él y se tranquilizó. Todos volvieron a sus tiendas. No había ninguna posibilidad en absoluto de que Arjuna tuviera éxito en su intento del día siguiente. Este era el sentimiento que había en las mentes de todos ellos.

Esa misma noche Krishna fue hacia la tienda de Arjuna y le dijo:

—Arjuna, hoy has cometido una gran imprudencia. En presencia de tus hermanos y de todos los héroes has hecho el juramento de que matarás mañana a Jayadratha antes de que se ponga el Sol. ¿Por qué lo juraste antes de consultarme? Yo te hubiera dado un consejo adecuado. Has cargado sobre ti una gran tarea. Sólo espero que no tengas que enfrentarte al ridículo del mundo. ¿Qué te hizo pensar que esa tarea sería fácil? Acabo de oír de nuestros espías que tu querido acharya ha tomado todas las precauciones

para proteger a Jayadratha. Tan pronto como oyeron el sonido de tu arco, los kurus se preocuparon por la razón de tu felicidad. Luego, sus espías fueron y les contaron tu juramento. Le han pedido a Drona que proteja a Jayadratha y él ha prometido hacerlo. Drona va a hacer un vyuha triple; la primera porción del ejército será una sakatavyuha y mitad padma, después de eso estará una Suchimukavyuha, todos los grandes héroes como Radheya, Bhurisravas, Aswatthama, Vrishasena, Durjaya, Kripa, Salya, Durmukha y Drona, estarán allí para proteger los vyuhas. Al final del último vyuha, que te ofrecerá gran resistencia, estará Jayadratha. A lo largo de toda la aguja del vyuha serán colocados los mejores guerreros de su ejército. Arjuna, te espera una terrible tarea y me preocupa la lucha que tendrás que realizar mañana. Desearía que no lo hubieras hecho. Si fallas, me horroriza pensar en las consecuencias, no quiero perderte, Arjuna.

Arjuna sonrió y dijo:

—Sé que todos los héroes que has mencionado son muy inferiores a mí. También puedo vencer a Drona y a su hijo. Estoy seguro de que mañana mataré a Jayadratha. Duryodhana cree que tiene un gran comandante y está depositando todas sus esperanzas en él para ganar esta guerra. Me enfrentaré primero con el gran Drona. Krishna, observa cómo mataré a todos los grandes guerreros del lado de Duryodhana, les mostraré lo que puedo hacer. Observa mañana a mi gandiva, brillará como no lo ha hecho hasta ahora, Jayadratha tiene que morir mañana antes de que se ponga el Sol, mi Abhimanyu me estará observando y no puedo fallar; no fallaré. Mañana debemos salir temprano por la mañana; por favor, ten todas las armas listas en mi carro para la lucha. Krishna, tengo un arco llamado el gandiva que es el mejor del mundo. Yo soy Arjuna y estoy considerado como el mejor arquero del mundo. Tengo un conductor que se llama Krishna, que es el mejor hombre de este mundo ¿por qué he de preocuparme entonces? No te insultes a ti mismo, ni a tu amigo, ni a este otro amigo mío, el gandiva, pensando que mañana no podré mantener mi promesa. Tú estás conmigo y eso significa que la victoria es mía. —Tras esto ambos se sentaron en silencio durante unos momentos pensando en Abhimanyu y de repente Arjuna dijo—: Krishna, no podría soportar ver a Subhadra empapada en lágrimas. No puedo reunirme con ella ahora. Por favor, ve tú por mí y consuélala.

Krishna dijo:

—Lo sé, sería duro para ti. Iré a verla ahora.

Krishna se fue a ver a su querida hermana. Fue horrible ver el dolor que sentía aquella madre por la muerte de su hijo. Él fue y se sentó a su lado y así permanecieron por largo rato. Krishna le dijo:

—Subhadra, no debes apenarte tanto por tu hijo. Él ha alcanzado los cielos, ahora es parte de la Luna y está feliz. No debemos apenarnos por alguien que es feliz. Vivirá mientras viva su nombre. ¿Podrá olvidar alguien a Abhimanyu en este mundo? No llores,

mi querida hermana; él vivió como no ha vivido nadie y en cuanto a su muerte, muchos disputarían entre ellos por tener una muerte tan gloriosa como la de Abhimanyu. Todos somos mortales y todos tenemos que morir, pero no es posible tener una muerte tan grande como la de Abhimanyu. La gente hace muchas buenas acciones y realiza muchos sacrificios y yajnas para alcanzar los dominios de Indra, pero el joven Abhimanyu ha alcanzado esos dominios porque era un kshatrya y murió en el campo de batalla. Tú eres hija de la casa de los vrishnis. Eres hermana de héroes, la esposa del héroe más grande de este mundo y la madre del héroe más maravilloso que ha luchado en esta batalla, no es justo que llores así por nuestro Abhimanyu. Vamos, levántate y seca tus queridos ojos.

Subhadra oyó las palabras de Krishna y le dijo:

—Krishna, me pides que no llore. ¿Pero cómo puedo dejar de hacerlo? Cuando pienso en su hermoso rostro y sus ojos de loto, cuando pienso en su querida voz llamándome « madre », cuando pienso que su cuerpo estará ahora en el campo de batalla cubierto de polvo y sangre, ¿qué puedo hacer sino llorar? Mientras los cinco pandavas están vivos, mientras el gran Arjuna y Krishna estaban vivos, ¿cómo pudo ocurrirle esto a mi hijo? Él era poderoso y valiente y tenía una naturaleza dulce y gentil. ¿Cómo pudo ocurrirle esto a él? Krishna, ¿cómo has podido permitir que esto le pasara a mi niño? ¿Cómo es que los grandes pandavas no fueron capaces de protegerle? pensé que todos eran héroes, pero veo que estaba equivocada.

Krishna dijo:

—Dices esto porque estás afectada por tu dolor. Mi querida hermana, Abhimanyu fue aniquilado por medios sucios. Jamás le hubieran matado en una lucha justa. Cuando yo estaba lejos con Arjuna, esos asesinos atraparon al muchacho en su mortífero vyuha y se las apañaron para matarle. ¿Cómo puedes decir que los pandavas no le protegieron? En el campo sagrado de Kurukshetra, hoy ha nacido el Adharma. ¿Crees que esos hombres quedarán sin castigo por este vil crimen? Mañana lo verás. Arjuna ha jurado que matará a ese pecador llamado Jayadratha antes de que se ponga el Sol. Esta es la última noche que pasa sobre esta tierra. Mañana morirá sin misericordia. Deshazte de este dolor, piensa ya en tu hijo como en uno de los dioses. Murió como debe hacerlo un kshatrya. Piensa en las muchas madres que han perdido a sus hijos durante estos trece días de guerra. ¿No han sido ellas valientes? Deja de llorar y consuela a la pobre Uttara que tiene roto el corazón. Ella lleva en su vientre al hijo de Abhimanyu, debes protegerla. Ahora debes comportarte como su madre y secar sus lágrimas. Abhimanyu murió como un héroe, fue asesinado sin piedad por seis grandes héroes del lado de los kurus, pero su muerte será vengada por Arjuna, puedes estar segura de ello. Ahora ve y consuela a tu hija Uttara —Krishna la acompañó para reunirse con Uttara y después de consolarlas a ambas y a Draupadi, regresó junto a Arjuna.

Arjuna le estaba esperando, tenía todo preparado para adorarle. Esto era su ritual diario. Le ofrecía a Krishna flores, frutos y miel. Después de ser adorado por él, Krishna le dijo:

—Ve a dormir, Arjuna, yo me ocuparé de tu éxito en la guerra que tendrá lugar mañana.

Krishna se despidió de Arjuna y ascendiendo a su carro que iba conducido por Daruka, se fue a sus aposentos.

Capítulo XII

LOS PREPARATIVOS DE KRISHNA

KRISHNA se acostó en su lecho blanco como la nieve y quedó inmerso en pensamientos. El sueño no venía a sus ojos, ya había pasado la media noche y Krishna aún no podía dormir. Se sentó en su cama y llamó a Daruka. Krishna le dijo:

—Daruka, tú has oído el juramento de Arjuna de que va a matar a Jayadratha mañana antes de que se ponga el Sol. Duryodhana también lo ha oído y ha hecho arreglos para proteger a Jayadratha. Arjuna es un gran héroe, ha luchado con los enemigos de Indra y los ha destruido él solo; lo sé, pero siento que esta tarea que se ha impuesto le será demasiado dura. Los preparativos de mañana serán extraordinarios. Drona está a la cabeza de un grupo de guerreros que protegerán a Jayadratha. En esta época del año el Sol se pone temprano. Ahora es Dakshinayana. Arjuna no tendrá tiempo de llegar al Suchimukhavyuha antes de la puesta del Sol, temo que ocurra eso. Daruka, tú sabes el afecto que le tengo a Arjuna, no amo a mis hijos, ni a mis esposas, ni a mis parientes ni amigos tanto como amo a Arjuna. Si Arjuna no logra hacer lo que ha jurado, se arrojará al fuego llameante y se matará. No puedo vivir ni por un momento en un mundo en el que no viva Arjuna. Siento que tendré que luchar en la batalla de mañana. He jurado no hacerlo, pero estoy dispuesto a romper mi juramento para hacer verdadero el juramento de Arjuna. Mataré a Radheya y a Duryodhana si es necesario y salvaré así la reputación de Arjuna. Que el mundo vea mañana mi valor. Lucharé por el amigo más querido de mi corazón. Usaré mi chakra llamado Sudarsana y mi maza kaumodaki. El mundo verá entonces mi amor por los pandavas. Sus enemigos son mis enemigos y sus amigos los míos. Arjuna es la mitad de mi cuerpo y de mi alma. Arjuna es parte de Krishna y Krishna es parte de Arjuna. Nadie se puede interponer entre nosotros.

»Daruka, esta noche debes hacer algo por mí. Prepara mi propio carro para la guerra y coloca en él todas mis armas. Coloca en él mi arco Sarnga, mi chakra Sudarsana, mi maza Kaumodaki y también mi Sakti. Fija también en el carro mi insignia, el Garuda. Engánchale mis queridos caballos Valahaka, Saibya, Meghapushpa y Sugriva. Coloca las armaduras en los caballos. Tú deberás esperarme con tu armadura puesta. Si en

cualquier momento del día me oyes soplar mi Panchajanya en la nota Rishabha, ven hacia mí inmediatamente. Entonces probaré al mundo cuánto amo a Arjuna. Debo protegerle como si fuera mi hermano. Hemos compartido todas nuestras alegrías y pesares. Haré todo lo posible porque Arjuna mantenga su juramento. Si veo que no puede hacerlo, intervendré y haré lo que sea necesario. Jayadratha debe morir mañana antes de que el Sol se ponga.

Daruka le escuchó en silencio y levantó la vista cuando Krishna dejó de hablar. Dijo:

—Mi señor, Arjuna no puede perder, seguro que tendrá éxito. Tú eres su conductor, ¿cómo puede perder? Sin embargo, haré lo que me has pedido que haga, mantendré listo el carro.

Daruka dejó la presencia de Krishna y Krishna exhaló un suspiro de alivio. Parecía como si se hubiera quitado un peso de su mente y se acostó en la cama.

Arjuna yacía en su lecho. Durante largo tiempo, sus reflexiones sobre lo que iba a ocurrir el día siguiente y la tarea que tenía frente a él, le robaron el sueño. Su mente le repetía una y otra vez las palabras de Krishna de que no debería haber pronunciado aquel juramento tan precipitadamente. Su mente comenzó a vagar. Esperaba que pudiera matar a Jayadratha. Y con estos pensamientos acosando su mente, Arjuna fue arrastrado por un sueño turbulento. Su reposo desembocó en su sueño, en el que Krishna se introdujo y le dijo:

—Arjuna, no te preocupes, ¿por qué te preocupas?, dímelo. La preocupación destruye el éxito. Tu preocupación beneficiará a tus enemigos y te debilitará a ti. No dejes que esta enfermedad te destruya.

Arjuna dijo:

—Krishna, he tomado el terrible juramento de que mataré a Jayadratha mañana. Debo hacerlo antes de la puesta del Sol. Los kurus han hecho todos los arreglos para protegerle. Si no puedo hacer lo que he jurado, el mundo se reirá de mí. Moriré si no puedo matar a Jayadratha, no quiero faltar a mi juramento. Eso es lo que me preocupa. ¿Podré hacerlo?

Krishna dijo:

—Arjuna, ¿no recuerdas tu pasupata? Realizaste austeridades para conseguirlo en la montaña llamada Indrakila. Lo conseguiste del señor Sankara y debes usarlo contra Jayadratha en la batalla de mañana. Para realizar con éxito tu juramento, rézale a Sankara en tu mente. Él justificará su nombre y podrás matar a Jayadratha.

Oyendo las palabras de Krishna, Arjuna se purificó tocando agua clara con sus manos. Se sentó en el sueño, pensó en Sankara y fue hacia él mentalmente. Entonces algo extraño ocurrió, Arjuna se vio a sí mismo volando en el cielo con Krishna. Iban viajando más rápido que la mente. Su curso era tan recto y veloz como el de una flecha que hubiera

sido disparada por un arco. Krishna le había agarrado fuertemente de su mano derecha e iban viajando juntos por el espacio. Se dirigían hacia el norte, pasando por muchos lugares hermosos. Vio la gran montaña llamada Mandara y parecía que se iban elevando más y más hasta que al fin llegaron a la cumbre de la montaña de nieve plateada. Allí vieron al gran Señor Sankara. Brillaba como mil soles juntos e iluminaba toda la montaña con su fulgor. Cayeron a sus pies y le adoraron. Sankara estaba complacido con su adoración y dijo a Arjuna:

—Dime, ¿cuál es tu deseo? Te lo otorgaré. Arjuna dijo:

—Quiero el famoso Pasupata.

Mientras estaba diciendo esto Arjuna miró al señor y vio allí las ofrendas que le había hecho a Krishna aquella noche. Sankara dijo:

» —Hay un lago de néctar en el que he depositado mi propio arco y la flecha con la que destruí a los Asuras. Puedes ir allí y cogerla.

Algunos de los muchos sirvientes de Sankara les acompañaron al lago de néctar. Allí en el lago, vieron una serpiente que tenía aspecto terrorífico, y mirando más de cerca vieron a otra que estaba escupiendo fuego y tenía mil cabezas. Entonces Arjuna y Krishna comenzaron a cantar los himnos del Maharudra y las serpientes cambiaron sus formas y se convirtieron en un arco y en una flecha. Arjuna y Krishna cogieron aquellas armas en sus manos con gran reverencia y fueron hacia Sankara.

Sankara les sonrió y de repente surgió de su cuerpo un bramachari que tenía ojos rojos y pelo negro azulado. Tenía una mirada fiera y cogió la flecha y el arco. Arjuna observó el modo en que lo hizo y aprendió de él el arte de tensar el arco y fijarle la flecha. Luego Arjuna oyó a Sankara recitar la sagrada invocación del pasupata. El bramachari arrojó desde allí el arco y la flecha al lago. Arjuna recordó entonces el duelo que mantuvo con Sankara en la montaña Indrakila. Se le había otorgado ver al señor con su consorte Parvati y se dio cuenta de que estaban en la presencia de ese mismo Sankara.

Se postraron de nuevo a sus sagrados pies y él les sonrió. Krishna y Arjuna volvieron a su campamento con gran regocijo en sus corazones. Este fue el extraño sueño de Arjuna.

Capítulo XIII
AMANECE EL DECIMOCUARTO DÍA

AMANECIÓ el decimocuarto día de la gran guerra. Era el cuarto día del mandato de Drona. Yudhisthira se había levantado temprano por la mañana y ya había acabado su adoración matutina. Krishna fue a su tienda y detrás de él vinieron todos los héroes pandavas. Yudhisthira le preguntó a Krishna:

—¿Pasaste buena noche? Krishna respondió sonriendo:

—Sí, y ahora mirando tu pacífico semblante, sé que nunca me ocurrirá nada desagradable.

Bhima, Dhrishtadyumna, Satyaki, Sikhandi, Nakula, Shadeva y los hijos de Draupadi, Chekitana, Dhrishtaketu, los hermanos Kekaya, Yuyutsu, Ghatotkacha, Drupada y Virata fueron también allí. Yudhisthira les honró a todos y luego comenzaron a discutir los planes del día. No era como otros días, era un día importante en las vidas de todos ellos.

Yudhisthira dijo:

—Krishna, dependemos de ti para todo. Depende de ti que todos nosotros lleguemos al final de esta guerra con éxito. Debes haber pensado una forma para que se cumpla el juramento de Arjuna. Contigo como conductor, mi Arjuna está seguro de tener éxito hoy, igual que los otros días.

Krishna dijo:

—No hay arquero ni luchador como Arjuna. Es valiente y hábil y domina todos los divinos astras. Contemplando su noble rostro y su forma de andar como una pantera, ¿quién se puede atrever a desafiarle a menos que esté decidido a morir. Haré todo lo que pueda para ayudarle a destruir a los kurus. Hoy quemaremos su ejército. Estoy seguro que va a haber una gran pérdida en el ejército de Duryodhana. Con la muerte de Jayadratha se romperá su espina dorsal. Comprenderán que el juramento de Arjuna no es un montón de palabras, sino un montón de flechas tan mortífero como el lazo de una horca. También he estado observando los presagios. Auguran cosas buenas para nuestra parte y conjuran la calamidad para Duryodhana. Por favor, no tengáis ninguna preocupación sobre Arjuna o el posible fallo de su juramento. Yo estoy aquí y no dejaré que falle, ¡puedes estar seguro, Yudhisthira!

Mientras estaban diciendo esto, Arjuna llegó a la tienda de Yudhisthira, se postró a sus pies y a los de todos aquellos que eran mayores que él. Yudhisthira le abrazó con cariño y le hizo sentarse a su lado. Le dijo:

—Arjuna, puedo ver por la feliz expresión de tu rostro que con seguridad hoy tendrás éxito. Tienes un aspecto extrañamente feliz y lo mismo diría de Krishna.

Arjuna todavía no se había recuperado de la experiencia de la noche anterior. Aún recordaba aquel vivido sueño. Les habló del sueño con Krishna y de su encuentro con el gran Sankara. Para él, fue una experiencia estremecedora y todos los que escuchaban estaban muy emocionados. Se arrojaron al suelo y adoraron al señor. Ahora estaban seguros de que Arjuna podría cumplir su juramento.

Se oían grandes gritos en el campamento de los pandavas. Todo el mundo estaba emocionado pensando en la guerra. Las caracolas y trompetas comenzaron a sonar y todos comenzaron a prepararse para la batalla de aquel día. Satyaki y Krishna subieron al mismo carro y se alejaron de la tienda de Yudhisthira para dirigirse a la de Arjuna.

Krishna descendió de su carro, tenía que cambiar de papel, él era el conductor de Arjuna. Sonriente se despidió de Satyaki y se dirigió hacia los establos, lavó a los caballos con manos amorosas y luego colocó sus armaduras a los cuatro blancos corceles. El carro estaba equipado con todas las armas necesarias. Lo hizo todo con mucho amor y cuidado. Afortunado en verdad era Arjuna, a quien Krishna amaba tanto que hacía estas cosas por él. Colocó la insignia del mono y llevaron el gran carro a la presencia de Arjuna. Krishna se bajó del carro y fue hacia Arjuna. Le dijo:

—El carro está listo. Ven, Arjuna, vayámonos.

Arjuna se había puesto su armadura dorada. Era el regalo de Indra y podía soportar el impacto de mil flechas al mismo tiempo. Su corona dorada con incrustaciones de gemas celestiales fue colocada sobre su cabeza. Subidos en aquel carro dorado enjaezado con aquellos caballos blancos que ya eran famosos en todo el mundo, Krishna y Arjuna ofrecían una magnífica estampa.

El Sol de la mañana brillaba sobre la insignia del mono. Krishna tomó las riendas en su mano izquierda y el viaje comenzó. Todos los augurios le eran favorables a los pandavas. Arjuna se dirigió a Satyaki y le dijo:

—Satyaki, con la emoción de la muerte de Jayadratha no debemos olvidarnos de la promesa que Drona le hizo a Duryodhana de capturar a Yudhisthira. Debemos protegerle, lo más seguro es que el acharya, viéndome avanzar hacia el padmavyuha, vendrá al frente de nuestro ejército y tratará de capturar a mi hermano. Tengo una gran fe en ti y conozco tu valor. Eres mi igual en todo y me puedes reemplazar fácilmente. Dos cosas importantes han de lograrse hoy: la muerte de Jayadratha y la protección de Yudhisthira. Haremos ambas cosas. Los augurios predicen el éxito de nuestro bando, no debes preocuparte por mí. Estoy protegido por el señor Krishna y no habrá necesidad de preocuparse de Yudhisthira ya que él estará protegido por Satyaki, el primo de Krishna y discípulo e igual de Arjuna. Puedo irme al frente con mi mente libre de toda preocupación.

Satyaki hizo una salutación a su guru y le dijo:

—Que así sea. Haré lo que me ordenas que haga. Puedes dejar a Yudhisthira seguro en mis manos.

El ejército kuru estaba preparado para hacer frente al avance del ejército de los pandavas. Las caracolas y trompetas producían un ruido ensordecedor. Podía verse cómo Drona se movía en su carro tirado por caballos de color castaño. Fue hacia Jayadratha y le dijo:

—No tengas miedo. Bhurisravas, Radheya, Aswatthama, Salya, Vrishasena y Kripa estarán contigo al final del suchimukhavyuha. Habrá cien mil caballos, carros y elefantes en tu ejército. Yo estaré en la vanguardia con el mío. Ni siquiera los dioses podrán

llegar hasta ti, protegido como estás por estos grandes guerreros. ¿Por qué preocuparse entonces de Arjuna? Calma tu mente, mañana verás el Sol surgir de nuevo.

El pobre Jayadratha se sentía ligeramente aliviado, pero el terror aún no había dejado sus ojos. Drona había dispuesto su ejército en la terrible formación triple. En verdad era formidable, nadie había visto antes nada igual. Los kurus estaban seguros de que Arjuna nunca podría romperlas e introducirse en ellas. Drona estaba montando guardia al frente del padmavyuha. Al frente del sakatavyuha fue situado Durmarshana, el hermano de Duryodhana; era un luchador bravo y poderoso y estaba seguro de derrotar a Arjuna. Dijo:

—Hoy detendré el avance de Arjuna y socavaré su orgullo. Que hoy vea el valor de Durmarshana.

Capítulo XIV
ARJUNA ABRE SURCOS A TRAVÉS DEL EJÉRCITO KURU

DESDE el campamento kuru podía verse el brillante carro de Arjuna. Aunque los kurus eran valientes, no pudieron dejar de temblar momentáneamente cuando oyeron el sonido de su carro. Para Jayadratha, que estaba enterrado bajo el inmenso ejército que iba a protegerle, ver a Arjuna era como ver a Yama, el dios de la muerte. Todos sus miembros le temblaban. La armadura dorada de Arjuna era brillante y su cara era tan terrible como la de la misma muerte. El gandiva resplandecía bajo la luz del Sol de la mañana. El carro se detuvo en campo abierto. Arjuna cogió la devadatta e hizo salir notas puras de ella, que fueron acompañadas por las notas de la panchajanya. Aquel sonido, a pesar de que ya les resultaba familiar después de los últimos trece días, aún seguía causando terror en los corazones de los enemigos. Cada día sonaba como si fuera nuevo, igual que la puesta de Sol que es la misma y, sin embargo, distinta cada día. Con un gran brillo de felicidad en su rostro, Arjuna dijo:

—Krishna, ve rápido hacia el lugar donde está situado Durmarshana. Romperé su vyuha y entraré en él.

El carro de Arjuna se dirigió hacia Durmarshana y se produjo un gran encuentro entre los dos guerreros. La lucha fue terrible. Arjuna estaba comenzando a destruir el ejército. Las cabezas de los guerreros se desprendían de sus troncos en rápida sucesión. Tan fácilmente lo estaba haciendo, que parecía como si Arjuna estuviera cortando flores para adorar a Sankara a quien le encantaban las guirnaldas de calaveras; así de rápido era Arjuna con su arco y flechas. Nadie sabía cuándo cogía una flecha en sus manos, cuándo la colocaba en la cuerda del arco, cuándo tensaba la cuerda y cuando la disparaba. No era posible observar todo el proceso. La vista no podía seguir el vuelo de la flecha. El

ejército kuru no podía hacer frente al ataque de Arjuna. Muchos murieron y aquellos que no murieron salieron corriendo del campo. También Durmarshana tuvo que huir de allí.

Dussasana vino con su ejército de elefantes y se abalanzó sobre Arjuna. El gandiva sonaba ininterrumpidamente, no había pausa ni por un momento. El ejército de los elefantes fue derrotado en cuestión de pocos momentos, Arjuna estaba maravilloso. La sonrisa en la cara de Krishna era cada vez mayor. Aquello irritaba a Dussasana, el cual estaba haciendo todo lo que podía para luchar con Arjuna, pero las flechas de Arjuna ya le habían herido mortalmente. Arjuna dijo:

—Tus palabras son muy valientes, Dussasana. Déjame ver si eres capaz de actuar en consecuencia con ellas.

Dussasana no pudo más y salió corriendo. Arjuna había pasado el primer vyuha de la triple formación y había destruido el ejército de los elefantes de Dussasana. El primer vyuha había sido destruido.

Arjuna llegó a las inmediaciones de la padmavyuha protegida por Drona. Se presentó ante Drona y con sus manos juntas le dijo:

—Mi señor, estoy enfadado por la muerte de mi hijo y he llegado hasta aquí decidido a matar hoy a Jayadratha. Eres mi guru y yo soy como un hijo para ti. De hecho para ti no hay ninguna diferencia entre yo y tu Aswatthama, lo dijiste una vez y espero que aún sientas lo mismo. Espero que me bendigas y me permitas entrar en tu formidable vyuha, debes bendecirme como un padre bendice a su hijo.

Drona le sonrió y le dijo:

—Arjuna, no puedes entrar en este vyuha sin vencerme.

Arjuna hizo llover flechas sobre su querido guru. La guerra le era odiosa siempre que se veía forzado a realizar esas horribles tareas. Primero con su abuelo y ahora con su guru. Incluso el hecho de que Drona hubiera sido el principal actor en el trágico drama del día anterior no hizo que Arjuna le odiara. Drona estaba firme en la defensa de su vyuha y no iba a dejar que Arjuna pasara. No podía permitirse ese lujo. Arjuna estaba igualmente determinado a entrar en el vyuha. Ambos lucharon furiosamente sin perder la compostura. Cada uno se anticipaba al movimiento del otro. Era fascinante observarles. Arjuna cortó el arco de Drona e hirió a sus caballos y a su conductor. Drona le devolvió el ataque con valentía. La lucha duró largo rato. Ninguno podía vencer al otro. Krishna estuvo observando esta lucha durante un rato y luego dijo:

—Arjuna, creo que tendrás que olvidar todas tus ideas de matar a Jayadratha, si te quedas aquí por más tiempo luchando con tu guru. El tiempo pasa volando; aunque imperceptible transcurre a toda velocidad. Estás perdiendo el tiempo, y cada momento que pasa es valiosísimo. Abandona a este hombre e introdúcete en el vyuha.

Arjuna comprendió el significado de sus palabras y le dijo:

—Tienes razón, Krishna, no puedo permitirme el lujo de perder mi tiempo en este duelo.

Y le pidió a Krishna que hiciera lo que fuera necesario hacer. Krishna sonriendo giró el carro, e hizo una pradakshina alrededor de Drona. Arjuna sonrió a su guru y le dijo:

—Mi señor, me tengo que ir.

Sus palabras fueron acogidas por una sonrisa sarcástica de Drona, que le dijo:

—¿Qué veo, Arjuna?, estás huyendo del enemigo sin vencerle. Arjuna le respondió a voces con una sonrisa:

—Por el momento me es más provechoso pensar en ti como mi guru y no como mi enemigo. Un padre no puede enfadarse con su hijo, ni un discípulo puede enfadarse con su guru. Estoy de paso, por favor, desea mi bien.

Las palabras le llegaron a Drona arrastradas por la brisa. Arjuna se había ido muy lejos dentro del vyuha sin su permiso.

Arjuna había perdido un tiempo valioso en su duelo con Drona y luchó furiosamente, ya que tenía que recuperar el tiempo perdido. Con él fueron como protectores de las ruedas de su carro Yudhamanyu y Uttamaujas, los hermanos Panchalas. Desde que la guerra comenzó, los dos hermanos habían estado siempre con Arjuna. Kritavarma, Sudakshina el rey de los kambhojas y Srutayus desafiaron a Arjuna. Tenían con ellos inmensos ejércitos. Drona persiguió a Arjuna, conduciendo la hueste de los kurus que había venido a desafiarle. La lucha fue el más sorprendente despliegue de valor de Arjuna y de los héroes del lado opuesto. Arjuna pudo resistir las flechas de Drona invocando a Brahma. El brahmastra pudo cortar todas las flechas que le había lanzado Drona. Arjuna pensó en destruir el ejército de Kritavarma y se produjo un duelo entre los dos. Arjuna sabía que él era uno de los seis hombres que habían asesinado a su hijo y la furia se veía reflejada en su lucha.

Krishna, que estaba observando, le dijo:

—Arjuna, está pasando el tiempo, no dudes en herir a este hombre, no sientas ninguna misericordia por él. Olvida el hecho de que es mi primo. Córtale cruelmente en pedazos, se lo merece.

Pocos momentos después, Arjuna hirió tan gravemente a Kritavarma que éste se desplomó. El rey de kambhojas sería la siguiente persona a la que se tenía que enfrentar, esto era más fácil. Luego venía el rey llamado Srutayudha, que era un gran guerrero, tenía fama de invencible por la famosa maza que tenía. Su ataque fue muy fiero. Al principio comenzó a hostigar a Krishna y Arjuna. Su maza se la dio Varuna, quien le había dicho que nadie podría vencerle o matarle mientras tuviera su maza con él. Sin embargo, si le arrojaba su maza a un hombre desarmado, la maza volvería como un boomerang y mataría al que la disparara. Srutayudha estaba usando esta maza en su

duelo con Arjuna. Arjuna no podía vencerle, pero entonces, nublándosele la memoria por causa del destino, Srutayudha le arrojó su maza a Krishna. Krishna la recibió sobre sus amplios hombros, pero no le hirió y algo terrible ocurrió: la maza enojada con el rey que la había lanzado contra un hombre desarmado, se volvió contra él y le golpeó fieramente; Srutayudha cayó muerto, con su cuerpo destrozado por la maza vengadora que pertenecía a Varuna.

Viendo esta horrible escena, Sudakshina, el rey de los kambhojas, atacó de nuevo a Arjuna. Lucharon durante un tiempo, pero Arjuna estaba este día terrible y mató a Sudakshina con una flecha afilada que le destrozó el corazón. Se produjo el pánico en el ejército al ver la caída de dos de sus héroes. Arjuna estaba rodeado por todos lados por el inmenso ejército de los kurus, pero permanecía impertérrito y continuaba destruyéndolo. Había algo terrible en este modo sistemático en el que había decidido matar a todos aquellos hombres.

Entonces llegaron Srutayus y Achutayus, que eran hermanos y muy buenos amigos de los héroes que acababan de morir. Querían vengar su muerte y comenzaron a atacarle. Al principio Srutayus fue muy hábil, hizo que Krishna se desvaneciera con el poder de sus flechas y el otro hermano hirió a Arjuna con una afilada jabalina. Por un momento todo el mundo pensó que Arjuna había muerto, pero se puso de pie colgándose del asta de su carro y comenzó a luchar de nuevo, invocando al gran Aindrastra para combatir la lluvia de flechas de sus enemigos y Arjuna mató a los dos hermanos. A la muerte de los cuatro héroes de su ejército, los kurus perdieron toda confianza y los soldados comenzaron a huir corriendo. El avance de Arjuna se estaba haciendo cada vez más fácil.

Capítulo XV
DRONA PIERDE SU REPUTACIÓN

DURYODHANA estaba observando la avanzada de Arjuna y dirigiéndose hacia Drona, le dijo:

—Arjuna ya ha entrado en el segundo vyuha, ya no se puede hacer nada. No hay nadie que pueda hacer nada. No hay nadie que impida su avance. Por favor, haz los arreglos necesarios para que no mate a Jayadratha. Tu vyuha, mi señor, estaba considerado como impenetrable. Tú mismo lo estabas protegiendo y, sin embargo, este hombre ha sido capaz de entrar en él y rebasarte. Esto ha sido algo terrible. Ahora estoy preocupado por Jayadratha. Comienzo a preguntarme si las muchas precauciones que has tomado por su seguridad van a resultar inútiles. No cabía duda alguna sobre el hecho de que nadie podía rebasarte, pero parece que ya no es verdad. Ahora y sólo ahora me doy cuenta de que mi ejército es débil. De hecho siento que no tengo ejército alguno. Creí que eras capaz de vencer a Arjuna y fue esta creencia lo que hizo que Jayadratha

se quedara; si no hubiera huido a su país. Parece como si le hubieras retenido sólo para ofrecerle como sacrificio al dios de la muerte. Aún hay esperanzas para quien ha entrado en las fauces de la muerte, pero no para mi pobre amigo Jayadratha una vez que caiga en manos de Arjuna. Por favor, protégele; por favor no dejes que Arjuna le mate.

Drona escuchó en silencio hasta que acabó la diatriba de Duryodhana y luego le dijo:

—Traté de mantenerle a raya. Traté de detener a Arjuna para que no me rebasara, pero fue demasiado rápido. Sus caballos son divinos y su conductor es Krishna. Antes de que pudiera ver a través de las flechas que disparó Arjuna, su carro había recorrido varios cientos de metros. Yo no soy tan rápido, soy un anciano y mi avance es lento; además tengo otra responsabilidad. He prometido traerte a Yudhisthira como cautivo. Ahora Arjuna no está allí para protegerle y no quiero dejar mi vyuha y perseguir a Arjuna, perdiendo la oportunidad de capturar a su hermano Yudhisthira. Duryodhana, ¿por qué no vas tú a luchar con Arjuna? ¿Por qué no proteges a Jayadratha? Tú y Arjuna sois iguales en edad y en muchas cosas; siento que deberías ir al frente y atacar a Arjuna. Así podrás vengar la muerte de todos tus amigos que Arjuna acaba de matar.

Duryodhana volvió sus ojos apenados hacia su guru y le dijo:

—Mi señor, estás tratando de reírte de mí. Te ha rebasado a ti y se ha dirigido al corazón del vyuha. Tú no has podido detenerle. ¿Cómo puedo hacer yo lo que tu no has podido? Puedo conseguir vencer a Indra en un combate singular, pero no a Arjuna. Ante tus propios ojos cayó nuestro héroe Kritavarma. Tú estabas allí como Sankara con su Pinaka, pero vi que incluso mientras tú observabas murieron Srutayudha, Srutayus, Achutayus y Sudakshina y también todos sus ejércitos fueron destruidos y ahora me pides que rete a Arjuna. ¿Cómo puedo hacerlo? Por favor, protégenos.

Drona sentía pena de él. Le sonrió y le dijo:

—Me eres tan querido como mi hijo Aswatthama. Me preocupo por tu bien. Haré posible que puedas desafiar incluso las flechas de los dioses. Haré que te sea posible incluso desafiar a Arjuna. Te ceñiré una armadura que es impenetrable. Está presidida por Brahma, el señor de la creación. Te protegeré con ella y luego podrás luchar contra Arjuna.

Drona vistió al rey con la armadura. Era la misma armadura que protegió a Indra en su lucha contra Vrita. Duryodhana estaba muy feliz y Drona le envió al corazón del vyuha.

Arjuna estaba tratando de penetrar en el corazón del vyuha. Duryodhana reunió a su hueste personal y planeó atacar a Arjuna. El ejército estaba complacido viendo al rey acudir en su ayuda. Arjuna había llegado a la mitad del camino. Duryodhana planeó ir al frente con su carro y desafiarle. Viendo al rey en la vanguardia del ejército, los otros se apresuraron hacia aquel lugar.

Mientras tanto, el ejército pandava, dirigido por Dhrishtadyumna, estaba avanzando en formación hacia las tropas enemigas. Drona estaba defendiendo su vyuha. El encuentro entre los dos ejércitos fue como la fusión de las aguas doradas del Ganges con las azuladas aguas de medianoche del Yamuna. El ejército pandava no podía hacer frente a la furia de Drona, pues su reputación estaba en peligro. Dhrishtadyumna estaba luchando con él. Los dos estaban igualados, pero varios guerreros fueron a ayudar a Drona y luego vinieron algunos de los hermanos de Duryodhana y todos lucharon valientemente. El ejército pandava parecía derretirse al entrar en contacto con la furia de Drona. Bhima y sus hermanos se encontraron con Vivimsati, Chitrasena y Vikarna, y con los hermanos de Duryodhana. También estaban allí Vinda y Anuvinda. Salya había venido a atacar a Yudhisthira y Dussasana se les unió con su ejército, enfrentándose con Satyaki. Sakuni se enfrentó con los mellizos y Vinda y Anuvinda lucharon contra Virata. Bahlika se enfrentó con Sikhandi y Ghatotkacha y Alambusa sostuvieron una de sus luchas usuales. Todos los demás guerreros estaban situados alrededor de Jayadratha. Sus ruedas estaban protegidas por Aswatthama y Radheya. La retaguardia estaba protegida por Bhurisravas y su ejército. Kripa, Sala y Durjaya eran los otros que estaban cerca de él.

Bahlika estaba luchando con el bravo Dhrishtadyumna y luego luchó contra los hijos de Draupadi. Fue una gran lucha. Parecía la lucha entre la mente y los cinco sentidos. Otro encuentro relevante fue el de Satyaki con Dussasana. Dussasana hizo que Satyaki se desvaneciera, pero después de recobrarse del desmayo, Satyaki luchó furiosamente con él. Sakuni, como de costumbre, salió corriendo de los poderosos mellizos Nakula y Shadeva. Tanto Drona como Dhrishtadyumna estaban decididos a destruir al ejército del otro y en el duelo que sostuvieron entre ellos, Drona iba ganando terreno sistemáticamente. De repente, Drona se las arregló para matar a los caballos de Dhrishtadyumna y a su conductor. También rompió su arco y cuando estaba indefenso, Drona estaba dispuesto a matarle con una flecha poderosa, pero Satyaki llegó justo a tiempo de salvar a su amigo del arma de Drona. Viendo que su intento había sido frustrado, Drona se giró furiosamente hacia Satyaki. Satyaki sintió que el comandante kuru le estaba arrojando rayo tras rayo, así de terrible fue su ataque, pero él no perdió el talante y le dijo a su conductor:

—Este hombre cruel ha tomado la horrible profesión de kshatrya a pesar de que no ha nacido como kshatrya, es un brahmín. Se dice que los brahmanes son muy iracundos y que los kshatryas son muy bravos. Drona es la horrible combinación de ambas cualidades. Él es el único refugio de Duryodhana y sus amigos. Él es nuestro único temor ya que Yudhisthira tiene que ser protegido de su ataque por todos nosotros. Debes dirigirte rápidamente hacia su carro, tengo que impedir que se acerque a Yudhisthira.

La lucha entre los dos prosiguió. Era obvio para todos que ese día Satyaki había decidido luchar todo lo mejor que sabía. Recordaba muy bien las instrucciones que

le había dado Arjuna y esquivaba con mucha habilidad las flechas de Drona. Drona estaba sorprendido por el valor de Satyaki y pensó para sí: « Sólo he visto tanto valor en Arjuna, en Bhishma, en mi guru Bhargava y en Kartikeya. Satyaki es un gran arquero. Este discípulo de Arjuna es tan grande como él. » Drona estaba lleno de admiración por Satyaki. El arquero que había en él le admiraba inevitablemente. El número de arcos que Drona tuvo que perder ese día era incontable. Todo el ejército había dejado de luchar para contemplar el magnífico duelo entre aquellos dos grandes arqueros. Drona lanzaba un astra y Satyaki le lanzaba el mismo astra. Drona, que estaba ya muy enojado con él, le lanzó el Agneyastra y Satyaki lo contrarrestó fácilmente con el Varunastra, el cual extinguió el fuego que estaba emitiendo el astra de Drona. Todos los habitantes del cielo se habían reunido para contemplar aquella maravillosa escena.

Nakula, Shadeva, Bhima y Yudhisthira acudieron a ayudar a Satyaki, y Dhrishtadyumna y Virata junto con los hermanos Kekaya se unieron a ellos. Por el otro bando vinieron Dussasana y varios hermanos de Duryodhana y la lucha volvió a hacerse general.

Capítulo XVI

LOS CABALLOS DE ARJUNA ESTÁN CANSADOS

EL Sol estaba cayendo lenta pero implacablemente recorriendo su camino hacia el oeste. Arjuna estaba luchando ahora contra el tiempo. Estaba luchando con doble vigor del que había mostrado al principio del día. Dondequiera que iba su carro, dejaba detrás una estela de destrucción. Era un placer ver la habilidad de Krishna guiando los caballos. Ningún otro carro se movía tan rápido como el de Arjuna, bramaba entre las filas. Pero los caballos de Arjuna comenzaron a cansarse, habían estado uncidos al carro desde por la mañana y ya tiraban del carro con dificultad, estaban sedientos y muy cansados. También habían sido heridos por las muchas flechas que les habían lanzado; al ser divinos, estos caballos no podían morir, pero estaban cansados. No obstante, aún pasaban con valentía entre las filas, pero podía verse que el carro de Arjuna había perdido velocidad. Dándose cuenta de ello, los kurus se alegraron mucho. El lugar donde estaba situado Jayadratha estaba todavía muy lejos. El Sol había comenzado a inclinarse un poco hacia el oeste. Los caballos de Arjuna estaban cansados y no podían avanzar rápidamente.

Viendo esto los hermanos Vinda y Anuvinda de Avanti fueron a retar a Arjuna hostigándole a él, a Krishna y también a los caballos. Arjuna les cortó sus arcos con dos flechas, pero ellos cogieron otros arcos y continuaron luchando. Otro día, quizá Arjuna hubiera continuado la lucha, pero hoy estaba bajo la tremenda presión del tiempo. No podía permitirse el lujo de perder el tiempo luchando duelos. Y lanzándole a Vinda una

flecha le cortó la cabeza. Anuvinda trató de vengar la muerte de su hermano, pero él también murió víctima de las siguientes flechas. La enojada hueste de los kurus arremetió contra Arjuna, pero él permaneció inalterable.

En medio de la lucha, Arjuna le dijo a Krishna;

—Krishna, Jayadratha está aún muy lejos y mis caballos están fatigados. Están malheridos y no pueden ir rápidos; tienen que descansar. Tú has de decidir lo que ha de hacerse. Dime lo que debemos hacer ahora.

Krishna dijo:

—Yo también he estado sintiendo lo mismo. Debemos liberarles del carro durante un tiempo hasta que se refresquen, pero ¿cómo lo haremos? Arjuna dijo:

—Yo lucharé a pie y mientras tú haz lo que sea necesario. Krishna consintió en ello y Arjuna descendió del carro. No había nada de agitación ni prisa en sus movimientos. La sonrisa estaba en su cara como si todo fuera normal. Estaba de pie con el gandiva en su mano. Tenía un aspecto hermoso, allí de pie, como Kama, el dios del amor con su arco hecho de caña de azúcar.

Los kurus pensaron que aquel era el mejor momento para atacarle, ya que no tenía carro. Estaba de pie en tierra ofreciéndose como fácil blanco de todos ellos. Así pensaban los kurus. Todos le rodearon igual que hicieron con Abhimanyu el día anterior, pero les esperaba una sorpresa. Arjuna era más terrible luchando en tierra que en el carro. El ejército estaba absolutamente indefenso ante el valor de Arjuna.

En medio de todo esto Krishna fue hacia Arjuna y le dijo:

—Arjuna, no hay agua aquí. Sin satisfacer su sed, ¿cómo puedo enganchar los caballos al carro?

Las palabras de Krishna fueron oídas por todos allí. Arjuna con una sonrisa le dijo:

—¡Pero sí que hay agua! ¡mira! —Arjuna levantó su arco y su flecha, e invocando a Varuna, la disparó contra el suelo. Entonces apareció a la vista de todos un hermoso lago, lleno de agua dulce y clara. El lago fue rodeado por todos lados por las flechas de Arjuna. Había construido un pabellón con miríadas de flechas. El ejército quedó sorprendido por aquella proeza. Krishna estaba extremadamente complacido con aquella demostración de valor de Arjuna.

—¡Bien hecho! —dijo Krishna, y fue hacia los caballos para llevarlos al lago. Liberó a los agradecidos animales del carro, sus ojos estaban húmedos mientras miraba a aquellos queridos animales y con mucha suavidad les fue sacando las numerosas flechas que se habían alojado en sus cuerpos.

Todo el ejército estaba observando aquel acto maravillado y admirado. Arjuna estaba luchando a pie todo el tiempo mostrándose muy tranquilo. Los kurus estaban admirados de Krishna y Arjuna. Dijeron:

« ¡Qué milagro!, en medio del campo se ha creado un lago. Arjuna ha sido capaz de hacerlo con una sola flecha y los pájaros acuáticos se han comenzado a reunir en el cielo, viendo el lago. » Nadie estaba interesado en luchar. Todos estaban observando a Krishna mientras cuidaba los caballos. La sonrisa del rostro de Krishna era fascinante. Parecía como si estuviera en medio de las gopis en Gokula y no en medio de guerreros que estaban decididos a matar a Arjuna. Su tranquilidad trastornó la moral de los kurus. Sin mostrar ninguna prisa, Krishna acarició y dio masajes a los caballos. Incluso mientras los kurus le miraban hablaba dulcemente a los caballos y les hacía relajarse. Allí descansaron durante un rato. Krishna era hábil en el arte de manejar los caballos y su toque amoroso era suficiente para librarles de toda la fatiga. Los dejó beber toda el agua que quisieron y una vez frescos les unció de nuevo al carro. Tenían un aspecto tan fresco como flores que acabaran de abrirse rompiendo su capullo.

Krishna condujo el carro ante Arjuna deteniéndose ante él. Habían perdido algún tiempo en aquel incidente, pero era esencial para los caballos. También ayudó a impresionar a sus enemigos el hecho de que Krishna y Arjuna no estaban preocupados por el decrecimiento de la luz del día. Parecía como si no les importara que pasara el tiempo de tan seguros que estaban de su victoria. Esto produjo un gran efecto sobre el ejército.

Arjuna subió al carro y se apresuró a ir hacia el lugar donde estaba situado Jayadratha. Su velocidad era mayor que la del viento, y matando al ejército a ambos lados avanzaron como el incendio de un bosque que se esparce ayudado por un vendaval. Llegaron al final de vyuha, el formidable padmavyuha de Drona. Ahora tenían que entrar en el último vyuha. Los kurus pensaron que Arjuna no iba a poder cruzar los diversos vyuhas, pero con estos dos se las había arreglado para hacer lo imposible. Los hijos de Dhritarashtra estaban desesperados y todos rodearon a los dos impidiendo el avance del carro. Arjuna le sonrió a Krishna y haciendo caso omiso de la obstrucción les rebasaron a todos pasando por su lado. Arjuna había pasado a Durmarshana y al terrible Drona, había rebasado a Kritavarma y había destruido a todos los reyes que se habían atrevido a cruzarse con él. Ahora casi había llegado al final del camino. Parecía seguro que Jayadratha moriría. Krishna y Arjuna ya podían verle. Él estaba tan aterrado, como ellos llenos de júbilo.

Viéndoles avanzar a tanta velocidad, Duryodhana se puso frente a ellos con la intención de proteger a Jayadratha. Tenía la armadura de Drona para protegerse y se puso frente al carro de Arjuna. Krishna dijo:

—Arjuna, el señor de los kurus, el mismo Duryodhana ha venido y quiere luchar un duelo contigo. Debes tener cuidado. Él es un poderoso oponente. Sus flechas pueden recorrer una larga distancia y es difícil luchar con él. Tratará de justificar su nombre. Duryodhana es un gran luchador. Ha sido criado en el regazo del lujo, es muy orgulloso y altamente sensible. Siente un gran odio por los cinco pandavas, pero

no puedo comprender que quiera luchar un duelo contigo después de verte en acción. Arjuna, ocúpate de que pierda su arrogancia. Borracho de poder, nunca ha sabido lo que es sufrir. Nunca hasta ahora se ha enfrentado contigo en un duelo. Déjale que vea lo que es oponerse al gran Arjuna en un duelo. Arjuna dijo:

—Yo también estoy complacido de ver a este hombre que ha sido la causa de los muchos sufrimientos de Yudhisthira. Debo vengar esos daños.

Los dos estaban muy emocionados pensando en luchar con Duryodhana, estaban sorprendidos de ver que él estaba igualmente ansioso por luchar. Él también estaba excitado. Todo el ejército kuru estaba muy complacido viendo que su rey defendía su causa luchando contra Arjuna. Duryodhana sonreía continuamente y dijo a Arjuna:

—Ven, Arjuna, con frecuencia he oído hablar de todos los asirás que tienes a tu disposición. Muéstrame alguno de ellos, intenta luchar ahora conmigo.

Duryodhana comenzó el ataque y le arrojó varias flechas afiladas que tenían el poder de destrozar incluso el acero, por lo fuertes que eran e hirió a Krishna y Arjuna. Antes de que Arjuna pudiera devolvérselas, Duryodhana le lanzó varias más.

Krishna dijo:

—Nunca antes he sentido tanto dolor, estas flechas de Duryodhana son terribles.

Arjuna estaba muy enojado con Duryodhana y le disparó varias flechas que eran como serpientes. Literalmente silbaban desde su arco, pero no tenían poder contra Duryodhana. Ninguna de las flechas de Arjuna tenía suficiente poder, no podían herir a Duryodhana. Krishna dijo:

—Estoy siendo acosado por este hombre y a ti también te ha herido. Tus flechas parecen no tener ningún efecto sobre él. Parece como si fuera mejor luchador. Tu mano ha perdido su habilidad, o quizá tu gandiva ha perdido su viejo poder. Evidentemente el destino está contra nosotros. El Sol está cayendo rápidamente sobre el oeste y tú estás siendo derrotado ante todos por Duryodhana. Jayadratha es en verdad afortunado por tener tan buen guerrero que luche por él. Lo mejor es que volviéramos y admitiéramos la derrota. Duryodhana es demasiado bueno para ti.

Arjuna dijo:

—Sabiéndolo todo, ¿por qué me insultas, Krishna? Tú sabes, al igual que yo, que este cobarde no es capaz de ponerse delante de mí a no ser que esté seguro de vencerme. Nuestro gran acharya le ha puesto la armadura que puede desafiar todas mis flechas. Es una gran armadura y por supuesto, nadie puede herir al hombre que la lleva. Sólo mi guru y yo lo sabemos. Con la ayuda de esta armadura prestada, Duryodhana tiene el coraje de desafiarme, tú lo sabes bien. Pero ahora fíjate, conozco el astra que puede romper esa armadura. Indra mi padre me lo ha enseñado.

Arjuna fijó una flecha a su arco e invocó el manavastra. La flecha iba a dejar el arco, pero Aswatthama la rompió en dos desde lejos. Arjuna supo que el hijo de acharya había adivinado sus intenciones y había frustrado su intento. El astra no podía usarse de nuevo. Si lo hiciera, mataría al que lo invocara. Arjuna dijo:

—El hijo de mi guru ha frustrado mi intento, pero aun así obsérvame hostigar a Duryodhana. No sabe nada de esa armadura. La lleva puesta igual que una mujer llevaría la armadura de un hombre. No se encuentra cómodo en ella. Es como un buey que lleva una preciosa carga sin conocer su valor.

Arjuna disparó flecha tras flecha atacando los puntos del cuerpo de Duryodhana que no habían sido cubiertos por la armadura. Los dedos de Duryodhana no tenían protectores, ya que es necesario dejar las yemas de los dedos desnudas para poder disparar con precisión. Las palmas también estaban desnudas. Arjuna le disparó flechas que penetraron en sus manos a través de las yemas de los dedos, a través de las uñas y a través de las palmas de las manos. Atormentado por aquella tortura, Duryodhana huyó corriendo del campo. Riéndose al verle huir, Krishna y Arjuna avanzaron rápidamente hacia Jayadratha. El Sol se estaba acercando al oeste a una velocidad peligrosa. El tiempo era muy precioso, tenían que contar los momentos. El carro iba volando hacia el suchimukhavyuha. Querían llegar a donde estaba Jayadratha en pocos momentos.

Krishna estaba en un apuro. Toda una multitud de carros y guerreros rodearon su carro por todos lados. Todavía quedaba una larga distancia hasta el lugar donde estaba situado Jayadratha. Krishna dijo:

—Arjuna, quiero animarme un poco. Estira la cuerda del gandiva y hazla sonar tan fuerte como puedas. Yo también haré sonar mi panchajanya. Eso amedrentará a estos hombres y me enardecerá a mí.

Surgió el sonido del arco llamado gandiva, pero apagando aquel sonido surgió la nota de la gran panchajanya. La cara de Krishna estaba cubierta de polvo y tenía un aspecto muy fatigado. El sonido de la panchajanya parecía partir el cielo con sus bramidos. Los protectores de Jayadratha vieron que Arjuna se había acercado demasiado al lugar que deseaba. Y se produjo un terrible asalto por parte de los héroes kurus. Bhurisravas, Sala, Radheya, Vrishasena, Kripa, Salya y Aswatthama, todos juntos atacaron a Arjuna. Ocho lucharon contra uno. También tenían a sus ejércitos con ellos. La lucha fue terrible. Todos soplaron sus caracolas y atacaron a Arjuna. Las flechas de Aswatthama le fueron devueltas hechas pedazos. Arjuna acosaba a Radheya al tiempo que a Vrishasena y a Salya. Nunca había luchado Arjuna tan bien como lo hizo entonces. Todos fueron heridos por las flechas de Arjuna. La lucha prosiguió durante largo tiempo. El Sol estaba deslizándose imperceptiblemente hacia la colina del oeste. Krishna y Arjuna estaban muy preocupados, pero no lo mostraban. Arjuna luchó desesperadamente e igualmente desesperados estaban sus oponentes.

Capítulo XVII

LOS TEMORES DE YUDHISTHIRA

MIENTRAS tanto, el ejército pandava había continuado luchando contra Drona. Hubo un duelo entre Drona y Yudhisthira. Fue una escena preciosa. Yudhisthira se estaba superando a sí mismo. Hirió a Drona en varias partes. Le cubrió con sus numerosas flechas y una vez le arrojó un sakti que era tan terrible como el rayo de Indra. Los guerreros pensaron que seguramente Drona moriría víctima de aquel arma. Drona tuvo que usar el brahmastra para detener el sakti y acercándose al carro de Yudhisthira le arrojó su maza. Yudhisthira arrojó también la suya y las dos mazas se estrellaron en el aire surgiendo chispas de fuego por el terrible impacto. Drona rompió la insignia de Yudhisthira, mató a sus caballos y rompió su carro, por lo que Yudhisthira tuvo que saltar del carro para salvarse. Drona le vio en el suelo, sin carro y sin nadie a su lado y casi le hizo desvanecerse lanzando un astra que hizo que todo el ejército se desvaneciera en un momento. Drona se abalanzó sobre Yudhisthira como un león saltando sobre un cordero indefenso. Se produjo un gran tumulto en el ejército. Todos estaban seguros de que Drona había capturado a Yudhisthira, pero Satyaki llegó justo a tiempo. Yudhisthira saltó a su carro y Satyaki se lo llevó lejos de allí.

Drona fracasó de nuevo en su intento de capturar a Yudhisthira. Esta era la cuarta vez que ocurría. La primera vez, casi tuvo éxito y Arjuna llegó a tiempo. En el segundo día casi consiguió atrapar a Yudhisthira, pero éste salió huyendo del campo y un intento posterior no pudo consumarse por la aparición de Arjuna. Hoy Satyaki, el discípulo de Arjuna, había salvado a Yudhisthira de sus manos. Parecía como si todos sus intentos estuvieran destinados a fracasar. Drona estaba muy decepcionado y enfadado, sentía no poder complacer a Duryodhana. Y otra vez más la lucha se hizo general.

Uno de los hermanos Kekaya, de nombre Brihadkshatra, fue herido por uno de los guerreros del lado de los kurus. Su nombre era Kshemadhurti. Estuvieron luchando durante largo tiempo hasta que finalmente Brihadkshatra mató a Kshemadhurti. Viradhanva, un Trigarta, estaba causando grandes daños en el ejército de los pandavas. Después de destruir una porción del ejército, acosó a Dhrishtaketu, el rey de los chedis, que era uno de los guerreros más activos de los pandavas. Luchó un terrible duelo con Viradhanva y finalmente le mató con una poderosa jabalina. Satyaki, Nakula y Shadeva estaban en el frente. Nadie podía luchar contra ellos sin salir corriendo o morir. De nuevo se produjo un duelo entre Drona y Satyaki. Los hijos de Draupadi estaban en excelente forma. El rey Sala no pudo soportar el ataque de estos cinco jóvenes. Lucharon durante largo rato y al final, el hijo de Shadeva mató a Sala. Bhima luchó un duelo con Alambusa y lo venció.

Luego Alambusa y Ghatotkacha sostuvieron un magnífico duelo. Cada uno trataba de engañar al otro valiéndose de las tácticas ilusorias. Alambusa comenzó a acosar a todos los guerreros del bando de los pandavas. Ghatotkacha luchó con él durante largo rato y cuando vio que Alambusa estaba acosando al ejército, pensó que era el momento de matarle. El duelo había tomado un aspecto terrible. Era un espectáculo horrible. Ahora habían dejado de usar la maya y estaban enzarzados luchando a brazo partido. A Yudhisthira le recordó la lucha que Bhima tuvo con Hidimba años atrás. Era sorprendente lo que Ghatotkacha se parecía a Bhima. Todo el mundo estaba observando el duelo con emoción. Finalmente Ghatotkacha descendió sobre Alambusa como un halcón y levantando a Alambusa lo arrojó al suelo. Su cuerpo quedó completamente destrozado. El gran Alambusa, el amigo de Baka, se había unido al ejército de Duryodhana para vengar la muerte de su amigo matando a Bhima, pero murió a manos del hijo de Bhima. Se produjo un griterío ensordecedor entre las huestes de los pandavas, cuando Ghatotkacha realizó esta hazaña. Los kurus estaban consternados contemplando el cuerpo sin vida de uno de sus más poderosos luchadores.

Yudhisthira abrazó a Ghatotkacha. Bhima estaba incesantemente complacido con el valor de su hijo. Fue entonces cuando oyeron el sonido de la panchajanya de Krishna. Krishna había soplado tan fuerte la panchajanya que el resonar del gandiva quedó apagado por su bramido. Krishna lo había hecho deliberadamente. Vio que el ejército que rodeaba su carro no podía ser destruido dentro del límite de tiempo que se habían impuesto. Quería que alguien se enfrentara con el ejército, por esto hizo esta maniobra sin dejar que se enterara Arjuna, consiguiendo así su propósito. Yudhisthira oyó el sonido del panchajanya y no oyó el resonar del gandiva, preocupándose extremadamente por la suerte de Arjuna. Y luego oyó el estruendo que producían las caracolas de los héroes kurus. Estaba seguro de que algo terrible le había ocurrido a Arjuna y que el sonido del panchajanya era un grito de ayuda.

Yudhisthira se apresuró hacia Satyaki y le habló de sus miedos. Le dijo:

—Debes ayudarnos ahora. Satyaki, tú te interesas por el bienestar de los pandavas y le eres querido a Arjuna. Él te quiere como a un hermano y tú le adoras, lo sé. Eres tan grande y tan famoso como Krishna y Arjuna. Así que ahora debes ir al lugar donde está siendo acosado Arjuna y ayudarle. No puedo pensar en nadie más que pueda ayudar a Arjuna en esta emergencia que parece haber surgido. Una vez en Dwaitavana, estábamos discutiendo sobre la guerra que había de lucharse y Arjuna dijo: « Satyaki tiene un toque ligero y es un arquero muy grácil, es altamente inteligente y nunca perdería la cabeza en una emergencia. Es mi discípulo, yo le quiero mucho y él también me quiere a mí. Hará cualquier cosa por mí. De todos los héroes de la casa de los vrishnis, exceptuando a Krishna, preferiría a Satyaki antes que a Balarama, Aniruddha o incluso a Pradyumna o Gada que es mi amigo, o Sarana el hermano de Subhadra o a

Samba. Tengo en muy alta estima a Satyaki. Le pediré que se una a nuestro bando; él es suficientemente valiente para ganar esta guerra.» Así habló tu guru y amigo. En cuanto a mí, Satyaki, no encuentro ninguna diferencia entre tú y mi querido hermano Bhima. Debes ir inmediatamente a ayudar a Arjuna. No te preocupes por mí, Bhima está aquí para cuidarme; fíjate cómo Bhima y Dhrishtadyumna están deshaciendo el ejército de Drona. Estoy muy preocupado por Arjuna, no sé si está vivo o muerto. Pienso que le acecha el peligro y mi mente está trastornada. Sólo pienso en este moreno y hermoso hermano mío. Este Arjuna de pelo negro y rizado está en un apuro. Desde que amaneció el día, ha estado luchando solo. Penetró a solas en el inmenso ejército y esto me preocupa y no me deja concentrarme en la lucha. Sé que está protegido por Krishna, el Señor del Universo, y que puede matarles a todos, lo sé. Pero aun así, mi mente me tiene intranquilo, me aterroriza pensar que le estén fallando las fuerzas. El Sol ha comenzado a brillar en el oeste. Por favor, ve inmediatamente a ayudar a Arjuna.

Satyaki confortó a Yudhisthira diciéndole:

—Todo lo que dices es cierto. Aprecio más a Arjuna que a mi propia vida y tú me quieres tanto como a Nakula, Shadeva, Bhima o Arjuna, pero no debo ir ahora. Arjuna es capaz de enfrentarse a solas con el ejército de los kurus, eso no me preocupa en absoluto, sólo me preocupas tú. Drona es terrible, y justo antes de partir hacia el frente, Arjuna me encargó la tarea de protegerte. Tú conoces la promesa de Drona. Hará todo lo posible por capturarte; hace un rato casi lo consiguió. Debo permanecer a tu lado como una madre al lado de su hijo. Si te ocurre algo después de mi partida, yo nunca me lo perdonaría y Arjuna nunca me volvería a hablar después de eso. Exceptuando a Pradyumna, no hay nadie que me iguale en el arte de luchar con todos los astras divinos que Drona tiene a su disposición. Por favor, no te preocupes de Arjuna, mi señor. Él está a salvo. En el momento en que te deje solo, Drona caerá sobre ti como un halcón sobre su presa y no me atrevo a pensar en lo que puede ocurrir. No hay quien proteja las ruedas de tu carro. Bhima, Dhrishtadyumna y yo te estamos protegiendo. Si yo me voy, la tarea será demasiado pesada para los otros dos. No quiero irme.

Yudhisthira dijo:

—Todo lo que dices es cierto. Pero mi mente sólo piensa en Arjuna. Yo estaré protegido muy cuidadosamente por los otros dos, no tengo miedo. Tengo a Bhima, Dhrishtadyumna, a los hijos de Draupadi, a los hermanos Kekaya, a Ghatotkacha, a Virata, Drupada, Sikhandi, Nakula, Shadeva, Dhrishtaketu, Kuntibhoja y a todo el ejército. No te preocupes, debes ir.

Satyaki estaba en un verdadero dilema. Tuvo que acceder a la sugerencia de Yudhisthira. No quería dejarle e irse, pero tenía miedo de que la gente le llamara cobarde si no iba a ayudar a Arjuna. Su voz estaba entrecortada por las lágrimas y dijo:

—Mi señor, odio dejarte e irme, pero iré. Que el Señor te proteja. Ahora que me he decidido a unirme a Arjuna, mi corazón está cantando. Seré muy feliz ayudando al hombre más grande que ha nacido jamás sobre esta tierra. Amo a Arjuna como no he amado ni siquiera a mi padre. Él significa demasiado para mí. Me siento feliz de ir a reunirme con él. Me quedé aquí porque él me lo pidió, pero ahora tú, mi querido hermano mayor, me has ordenado que vaya y te obedeceré. Krishna está listo a dar su vida por los pandavas y Satyaki está igualmente ansioso de hacer lo mismo. Ahora mismo iré hacia el suchimukhavyuha de Drona y mataré a todos los que estén en el camino de Arjuna. Sé que Jayadratha está enterrado en el corazón de ese inmenso ejército, que ruge como el océano al ver la Luna llena. Esperaré hasta que mis caballos se refresquen y sean enganchados a mi carro. Tengo un largo camino que recorrer y no me puedo permitir que los caballos se cansen.

Satyaki equipó su carro para la lucha que le esperaba igual que Arjuna lo hiciera aquella mañana. Satyaki había tenido un día duro hasta entonces, luchando más de un duelo con Drona. En una ocasión tuvo que rescatar a Dhrishtadyumna y en otra llegó justo a tiempo de evitar la captura de Yudhisthira. Ambas veces Drona luchó furiosamente con Satyaki. También habían luchado después de eso, pero a Satyaki no le importaba la fatiga del cuerpo. Su mente se sentía enardecida por la idea de la gran hazaña que tendría que realizar aquel día para llegar a donde Arjuna estaba pasando apuros. Arjuna se había alejado mucho de él. Tenía que cruzar dos vyuhas antes de que pudiera alcanzar a Arjuna. El primero era comparativamente fácil, Arjuna casi lo había destruido, pero el segundo estaba protegido por Drona. No obstante, Satyaki estaba seguro de su propio valor y de que sería capaz de hacerlo. Sus caballos se habían refrescado y habían descansado y fueron enganchados al carro. Su conductor era el hermano de Daruka y la insignia de Satyaki era el león. Tenía un aspecto hermoso, se había refrescado con un baño y llevaba puesta una guirnalda de hermosas flores. También había bebido miel silvestre para darse nuevas energías. Subió al carro después de hacer una salutación a Yudhisthira y tocar el polvo de sus pies. Se parecía a Krishna con su hermosa sonrisa y con su bien formada figura. Yudhisthira mandó a Bhima con él para que le acompañara hasta cierta distancia y el carro de Satyaki comenzó su recorrido.

Después de recorrer cierta distancia, Satyaki detuvo su carro y le dijo a Bhima:

—Voy en ayuda de Arjuna, porque Yudhisthira está preocupado por él. Arjuna ha depositado la carga de la seguridad de Yudhisthira sobre mis hombros y ahora la pongo sobre los tuyos. Yo sé que tú eres capaz de proteger a Yudhisthira, por eso no me preocupo. Bhima, ten mucho cuidado con los ataques de Drona. Ahora que me voy, acudirá a tu presencia y tratará de arrebatarte a Yudhisthira bajo tus propios ojos.

Bhima dijo:

—Sí, lo sé. Es una tarea difícil, pero estáte tranquilo. Dhrishtadyumna y yo seremos capaces de proteger a nuestro hermano. Ahora ve Satyaki, se está haciendo tarde.

Los dos amigos se abrazaron y se separaron. Bhima se quedó observando el carro de Satyaki, mientras se alejaba. Dhrishtadyumna ya se había situado al lado de Yudhisthira y le dijo:

—Satyaki volverá glorioso. Todos los augurios nos son favorables. Preparémonos todos para el ataque del furioso brahmín que está esperando morir en mis manos.

Capítulo XVIII

EL VALOR DE SATYAKI

SATYAKI siguió el camino que había dejado Arjuna por la mañana y el ejército kuru le atacó furiosamente. Sabían que no era una persona fácil de derrotar. Estaban decididos a impedirle entrar en el vyuha, pero él les mató a todos con gran rapidez. Drona vio la devastación que Satyaki había causado en el ejército. Se apresuró a ir hacia él y le retó. Satyaki se detuvo cuando llegó ante el comandante del ejército kuru. Lucharon durante un rato y la lucha no tenía aspecto de acabar. Los dos estaban enfurecidos. Se lanzaron flechas y jabalinas a raudales y parecía que la lucha no iba a acabar nunca. Drona sonreía para sí continuamente. Conocía el objetivo de Satyaki y no le dejaría pasar hasta donde estaba Arjuna. Con una sonrisa despectiva Drona le dijo:

—Tu querido guru, Arjuna, se hizo el cobarde cuando me enfrenté con él. No quiso luchar conmigo. Admitiendo su derrota me hizo una pradakshina con su carro y se fue. Tu guru es un cobarde. No te dejaré pasar sin que me mates o sin que alguien te mate a ti.

Satyaki estaba sorprendido del modo tan fácil en que Arjuna se había aprovechado de Drona. Le dijo:

—No hay mayor gloria para un discípulo que seguir los pasos de su guru. ¡Me siento muy orgulloso de hacer el cobarde si mi guru lo hizo!

Diciendo esto, Satyaki dio una vuelta con su carro haciendo una pradakshina alrededor de Drona y se alejó rápidamente de él.

Drona estaba furioso y siguió a Satyaki tan rápido como pudo. Satyaki le dijo a su conductor.

—Ve rápido, Drona me seguirá. Debo alcanzar a Arjuna lo antes posible. Justo delante de mí está el ejército de Bahlika y detrás está el ejército del rey del sur. Al lado del ejército de Bahlika está situado el enorme y formidable ejército de Radheya. Llévame rápido allí. Ve hacia el lado izquierdo del ejército. Pasaremos el ejército de Bahlika y nos enfrentaremos al ejército del sur y al de Radheya.

Satyaki, seguido por Drona, estaba atacando frenéticamente al ejército del sur. También fue a atacar al ejército de Radheya. Satyaki era como el mismo Arjuna. La gente vio la misma rapidez en la mano, la misma tranquilidad, la misma sonrisa y la misma inmutabilidad en su forma de luchar. Era un gran placer verle avanzar, destruyendo al ejército sistemáticamente. Kritavarma fue y se puso frente al carro de Satyaki, pero a él no le importaba quién se ponía frente a él, luchó gloriosamente con Kritavarma, aunque fue herido terriblemente por sus flechas y su cuerpo quedó cubierto de sangre. Satyaki estaba muy enfadado con su primo por atacarle, así que le hirió con sus flechas afiladas, le acosó y le cubrió con muchas flechas; luego cogió una jabalina e hirió a su conductor. El conductor murió y cayó fuera del carro. Los caballos entonces trataron de empinarse, pero Kritavarma cogió las riendas en su mano izquierda y luchó con la derecha; pero antes de que pudiera recuperarse, Satyaki se había ido a cierta distancia.

Kritavarma atacó al ejército pandava que tenía a Bhima y a los otros al frente. Su ira contra Satyaki estaba aún fresca en su mente y su lucha fue por esto más que buena. Le fue imposible a la hueste de los pandavas soportar su ataque. El ejército fue dispersado por él. Bhima, Sikhandi y Dhrishtadyumna fueron heridos por Kritavarma, que derrotó al ejército de los pandavas haciéndolo huir a la desbandada en todas las direcciones, incapaces de enfrentarse al gran Kritavarma. Satyaki había llegado ahora a los confines del ejército de Kritavarma. Ya había cruzado dos ríos: el Drona y el Kritavarma. Muchos de los grandes héroes le acosaron y trataron de impedir su avance, pero era como tratar de impedir al fuego que quemara una pila de hojas secas. Satyaki había llegado al ejército de elefantes dirigidos por Jarasandha, el cual comenzó a ser destruido con gran rapidez. El campo fue sembrado rápidamente con los cadáveres de los inmensos elefantes. Parecía que era Bhima quien estaba luchando con el ejército y no Satyaki. Jarasandha se acercó al carro de Satyaki. No era una tarea fácil luchar con Jarasandha, arrojaba sus flechas y jabalinas con gran fuerza. Una de las jabalinas hirió a Satyaki en el brazo izquierdo. Satyaki, en respuesta, le arrojó una avalancha de flechas a Jarasandha y éste a su vez le arrojó una espada a Satyaki que le cortó el arco haciéndolo caer al suelo. Satyaki cogió otro arco y fijó tres flechas mortales que salieron siguiéndose una a la otra con mucha rapidez. Las dos primeras cortaron los brazos de Jarasandha y la tercera su cabeza.

Satyaki avanzó entonces más rápido que antes. Drona volvió para acosar a Satyaki y se llevó con él a varios de los hermanos de Duryodhana y también al rey. Todos atacaron a Satyaki. Duryodhana luchó con mucha valentía y rompió los arcos de Satyaki uno tras otro, hiriéndole también, pero Satyaki permanecía inalterable. Hizo caer el estandarte del rey, mató a los caballos de su carro e hizo que Duryodhana saliera huyendo del campo. Viendo esto desde la distancia, Kritavarma, que acababa de derrotar al ejército pandava, acudió a ayudar al rey. Y nuevamente se produjo un duelo entre Kritavarma y Satyaki. El conductor de Satyaki fue herido y se desplomó en su carro. Satyaki agarró las riendas

y luchó con una mano, hiriendo a los caballos y al conductor de Kritavarma. Le arrojó a Kritavarma unas flechas terribles que destrozaron su armadura y le hicieron que se desmayara en su carro, herido por las flechas de Satyaki. Drona vino a retar a Satyaki. Lucharon por algún tiempo y Satyaki hirió también al conductor de Drona, tras lo cual el acharya cogía las riendas en sus manos. Satyaki hirió luego a sus caballos, que, incapaces de soportar el dolor, se empinaron llevándose a Drona en el carro corriendo por todo el campo. Drona dejó su lucha con Satyaki y volvió a guardar el vyuha de futuros ataques de los pandavas.

Satyaki se había adentrado más en el ejército de los kurus. Nadie podía enfrentarse a este hombre terrible que estaba cruzando a través de sus filas como un río con todo su caudal. No era posible mirar su resplandeciente forma. Era como el Sol del mediodía, hiriendo los ojos de los que se atrevían a mirarle. No era inferior a Arjuna en nada, así pensaban los guerreros de ambos lados. Entonces fue hacia él Sudarsana, un arquero y luchador muy bueno. Era muy conocido por su habilidad utilizando todas las armas. Luchó un duelo con Satyaki, pero Satyaki era un luchador demasiado bueno y mató a Sudarsana. Esta hazaña imposible hizo que la hueste de los enemigos le temiera más que a Bhima o a su hijo.

En corto tiempo, Satyaki había vencido a Drona, Kritavarma y Duryodhana, había matado a Jarasandha y a Sudarsana y había hecho que Drona saliera corriendo del campo de batalla. En cuanto al ejército que había destruido, no se podían contar las muchas muertes. Satyaki había destruido los ejércitos de los mlecchas, el de los kasis, a los nishadas, tantakas, kalingas, magadhas, kekayas, kambhojas y vasatis y ahora se dirigía rápido hacia el lugar donde Arjuna estaba luchando contra los guardianes de Jayadratha. Con sus caballos blancos como la nieve, galopando a través de las filas, parecía Arjuna. Los yavanas trataron de detener su avance, pero pronto les rebasó.

De nuevo se encontró con Duryodhana y sus hermanos que traían con ellos un gran ejército. Satyaki estaba probando ser un terror sagrado. Tenía que ser detenido. Satyaki le gritó a su conductor:

—Fíjate en el inmenso ejército de estos hombres, vienen con la intención de vencernos. Lucharé tan maravillosamente que mi guru estará orgulloso de mí. Hoy les pagaré la deuda de amor que les debo a los pandavas. Le enseñaré a Duryodhana que no hay nada como la victoria en lo que a él se refiere. Haré que la tierra se beba la sangre de estos hombres que se han vuelto demasiado ambiciosos debido a su injusticia. Les probaré que soy el primo de Krishna y el discípulo de Arjuna. Espera y verás cómo va a sufrir este ejército.

La lucha tuvo el desenlace que había predicho; todo el ejército fue derrotado. El conductor del rey murió y los caballos aterrados le llevaron fuera del campo como en

el caso de Drona. En pocos momentos de nuevo el camino volvió a quedar claro para Satyaki.

Capítulo XIX

YUDHISTHIRA OYE LA PANCHAJANYA

Los kurus estaban furiosos. Tenían que detener a Satyaki. Parecía que era incluso mejor que Arjuna. Había destruido una porción del ejército más grande que la que había destruido Arjuna. Duryodhana y Dussasana le enviaron un grupo de guerreros que eran expertos en las operaciones militares con piedras y le arrojaron un aluvión de ellas, pero Satyaki las pudo detener todas rompiéndolas con sus flechas y además mató a todos los luchadores, que lanzaban grandes gritos y chillidos mientras caían muertos. Los elefantes y caballos que llevaban los otros guerreros estaban muriendo en gran número.

Drona oyó el ruido y le dijo a su conductor:

—Hoy Satyaki es más terrible que Arjuna, no puedo luchar con él. Me ha rebasado a mí y a Kritavarma y ahora está acosando al ejército de Duryodhana. Llévame hacia él. Tendré que luchar de nuevo, aunque hoy ya he luchado con él innumerables duelos.

El conductor dijo:

—Viendo a los muertos en el suelo y la devastación que ha causado por todos lados, parece ser cierto lo que dices, parece que Satyaki es más poderoso que Arjuna. Pero, mi señor, se ha ido demasiado lejos y tú has de estar aquí para proteger al ejército de la arremetida del ejército pandava. Creo que sería mejor que te quedaras aquí.

Mientras estaba diciendo esto, el ejército del rey, o mejor dicho lo que quedaba de él fue derecho a la presencia de Drona conducido por Dussasana.

Drona dijo:

—¿Qué es esto, joven príncipe? ¿Por qué has venido hasta aquí abandonando al rey y a Jayadratha?, ¿por qué vienes a mí? Tú eres el yuvaraja y el hermano favorito del rey. En la corte de Hastinapura pronunciaste palabras muy bravas y ahora vienes a mí. Veo que no puedes enfrentarte y luchar con Satyaki que es sólo uno en contra de todos vosotros. Le disparaste mil flechas y no le mataste, luego trataste de apedrearle y no lo conseguiste. ¿Dónde están tu orgullo, tu arrogancia y tu dignidad? ¿No te avergüenzas de tu cobardía? ¿Por qué dependes siempre de los demás para que luchen por ti? ¿Por qué no tratas por una vez de luchar tú mismo? Si el jefe se amedrenta y corre, ¿cómo puede esperar que el ejército sea valiente? Estás dando un mal ejemplo a todos los demás: viendo a este guerrero que está barriendo tu ejército te amedrentas y sales corriendo. ¿Cómo te vas a enfrentar a Arjuna y al gran Bhima? Dussasana, no pienses que éste es el palacio donde se jugó el juego de dados, ni la sala donde la reina de los nobles pandavas

fue arrastrada ante la corte e insultada por ti. Tú eres en gran parte el responsable del crecimiento del odio de Duryodhana por los pandavas. Ahora no puedes reconocer a los dados que han cambiado sus formas y se han convertido en flechas que van dirigidas hacia ti para matarte. Entonces hablabas orgullosamente de las muchas cosas que les harías a los pandavas cuando llegara la guerra: déjame que te vea hacerlo. Pronto te enfrentarás a los pandavas en la lucha. El mismo hecho de que hayas huido del campo de batalla muestra que no falta mucho para que Yudhisthira sea nombrado monarca. O si no, si quieres vivir, ve hacia tu hermano y habla con él; devolved su reino a los pandavas y vivid en vuestro palacio con las mujeres a vuestro alrededor. Luego podrás decir lo valientemente que luchaste en la guerra. Hazlo antes de que Bhima te mate y se beba la sangre de tu corazón. Te lo advierto: es seguro que morirás. Muere como un valiente, no dejes que el mundo te llame cobarde. Vuelve hacia donde está Satyaki y si eres un hombre, desafíale y lucha con él. Estás haciendo que los soldados pierdan la confianza. Se supone que eres muy valiente, pero si te comportas así, ¿qué puede hacer tu pobre ejército?. Vuelve y lucha.

Dussasana tenía la gracia de avergonzarse y no dijo nada. Fue y luchó con Satyaki. Él también era muy valiente y hábil, pero Satyaki era mejor que él. Muy pronto, Dussasana quedó sin arco y sin carro. Satyaki le podía haber matado entonces, pero no quería estropear el sueño de Bhima. Dejó a Dussasana y se fue.

Drona había estado tratando una y otra vez de atacar al ejército pandava. Dhrishtadyumna y Bhima estaban siempre protegiendo a Yudhisthira. Después de la partida de Dussasana, Drona trató de nuevo de acosarles y varios de los hijos de Drupada murieron. Dhrishtadyumna se secó las lágrimas y fue a vengar su muerte. Hubo un duelo y en él, Dhrishtadyumna hizo que el gran Drona se desvaneciera en su carro. Viéndole inconsciente y a su merced, Dhrishtadyumna dejó su propio carro y saltó al de Drona. Cogió su espada y trató de cortar la cabeza de Drona, pero éste se recuperó justo a tiempo haciendo fracasar el intento de Dhrishtadyumna. El duelo continuó y Dhrishtadyumna fue derrotado. Luego Drona regresó junto al ejército kuru y ocupó de nuevo su posición como guardián del ejército.

El rey vino con sus hermanos y luchó contra la hueste de los pandavas; estaba luchando excelentemente y acosó a Bhima, Dhrishtadyumna, Nakula, Shadeva y Yudhisthira. Estaba en muy buena forma y no tenía ningún miedo. Drona vino a ayudarle. Fue una lucha larga y correcta. Drona luchó con Brihadkshatra, el mayor de los hermanos Kekaya. Los Kekaya se estaban ganando la admiración de los guerreros de ambos bandos por ser excelentes tiradores. Drona estaba muy enfadado con él y le arrojó el brahmastra. Para gran goce de los hermanos pandavas, Brihadkshatra le contrarrestó disparando él también el brahmastra. La ira de Drona era ahora terrible. Hirió a los Kekaya con muchas flechas afiladas y al final con una aguda flecha mató a Brihadkshatra.

Viendo esto, Dhrishtaketu, el hijo de Sisupala, se dirigió hacia Drona, pero después de un duelo, fue aniquilado por Drona. Su siguiente víctima fue Kshatradharma, el hijo de Dhrishtadyumna. Parecía como si todo el ejército de los pandavas estuviera destinado a ser destruido por Drona.

En medio de todo esto, Yudhisthira pensaba en una sola cosa, sus ojos sólo buscaban una cosa: Arjuna. Miró en todas las direcciones y no conseguía atisbar la insignia de Arjuna, ni oír el resonar del gandiva. Había enviado a Satyaki y tampoco encontraba señales de él. Ahora su preocupación era doble. Estaba trastornado pensando en los tres: Arjuna Krishna y Satyaki. Pensaba: « Tengo miedo de la fatalidad que le puede haber sobrevenido a Satyaki. No debía haberle mandado solo a introducirse en los vyuhas de Drona. No sé lo que le habrá pasado. Ya estaba cansado cuando partió para esta peligrosa misión. Había luchado demasiados duelos con Drona. Debo mandar a alguien más en ayuda de Satyaki. Le pediré a Bhima que vaya. » Yudhisthira le pidió a su conductor que le llevara hacia Bhima. Le dijo:

—Bhima, hace mucho que Arjuna se fue al frente y no veo señales de él por ningún lado.

Bhima le sonrió y le dijo:

—Mi querido hermano, no está bien que te preocupes por Arjuna delante de todo el mundo. Si te vuelves tan débil por el miedo ¿qué va a pasar? Dime qué debo hacer.

Los ojos de Yudhisthira estaban llenos de lágrimas y le dijo:

—Arjuna no ha vuelto. Preocupado por él, mandé a Satyaki y no sé lo que les habrá ocurrido. Ya hace mucho tiempo que se fue y no oigo ningún grito de ánimo en el frente, sólo puedo oír los gritos de los kurus y estoy seguro que mi valiente Arjuna ha sido aniquilado por los muchos guerreros, igual que ayer aniquilaron a Abhimanyu. Estoy seguro de que he mandado a Satyaki a la muerte. Cuando Arjuna esté muerto, ¿crees que le permitirán sobrevivir a Satyaki? Ayer mandé a Abhimanyu a la muerte y hoy he mandado a Satyaki. Quiero que vayas tú, Bhima, y averigües lo que está ocurriendo allí. Si les encuentras vivos, lanza tu grito de guerra, como el rugido de un león y yo al oírlo descansaré en paz. Escucha, ¿no puedes oír ahora la panchajanya?, pero yo no oigo el trallido del gandiva. Estoy seguro de que Arjuna ha muerto y Krishna está ahora luchando para vengar la muerte de su querido amigo, estoy seguro de ello. En el nombre del respeto que me tienes como tu hermano mayor, te pido que vayas y averigües lo que les ha ocurrido.

Bhima sonrió al amedrentado Yudhisthira y le dijo:

—Cuando Krishna y Arjuna entran en el ejército no puede haber nada más que la victoria para ellos y Satyaki tampoco puede ser dañado, pero obedeceré tus órdenes. Iré y averiguaré lo que está ocurriendo. Espera a oír mi grito de guerra.

Capítulo XX

EL DUELO DE BHIMA CON DRONA

BHIMA fue hacia Dhrishtadyumna y le dijo:

—Mi hermano está preocupado por Arjuna y Satyaki. No creo que sea sabio dejarle e irme ahora, pero el insiste en mi partida, así que tengo que ir. Iré al lugar donde Jayadratha está ahora esperando su fin. Dhrishtadyumna, ahora tienes que soportar la carga solo. Espero que puedas hacer frente a Drona, siento temor por Yudhisthira.

Dhrishtadyumna abrazó a su querido amigo y le dijo:

—No te preocupes, Bhima, pondré mi vida en juego y lucharé por la seguridad de Yudhisthira. Drona sólo se lo podrá llevar con él después de matar a Dhrishtadyumna, y Dhrishtadyumna no puede ser aniquilado por Drona, ya que ha nacido para matar a Drona. Ve en paz, cuidaré de nuestro ejército y también de nuestro rey.

Bhima se despidió de su hermano y partió hacia el campo de batalla. De nuevo oyeron el sonido del panchajanya. Bhima partió a toda velocidad para ayudar a su hermano y a su amigo Satyaki.

Viendo acercarse a Bhima, Drona dirigió sus caballos en dirección al padmavyuha y se colocó en su entrada. En el momento en que abandonó la hueste de los pandavas, Bhima fue acosado por un grupo de guerreros. Eran todos los hermanos de Duryodhana, con Dussasana al frente. Bhima estaba emocionado viendo a tantos hermanos del rey. Se rió de ellos lanzando su grito de guerra cuando comenzó a luchar con ellos. Dussasana le arrojó una jabalina mortal a Bhima, esperando que ésta le mataría, pero fue rota por Bhima cuando iba en pleno vuelo. Bhima se propuso matarles uno a uno y así mató a siete de ellos, con lo que ya iban treinta y uno. El resto de ellos le rodearon completamente y comenzaron a hostigarle. Bhima mientras tanto estaba disfrutando. Desde por la mañana se le había atado al frente del ejército y esto no le gustaba. Pero ahora se le había permitido venir al corazón del ejército y la primera lucha fue con los hermanos del odioso Duryodhana. Bhima bendijo a Yudhisthira por haberle mandado. Mató a tres más, totalizando la cifra de treinta y cuatro, y el resto de ellos huyeron corriendo de su presencia. Bhima ahora tenía que enfrentarse con Drona si quería entrar en el vyuha.

Drona atacó al poderoso Bhima con sus flechas. Pensó para sí que Bhima también le presentaría sus respetos como habían hecho Arjuna y Satyaki. Le dijo:

—Bhima, no puedes entrar en este vyuha sin mi permiso o sin derrotarme. Tu hermano Arjuna tuvo miedo de luchar conmigo, me presentó sus respetos y salió corriendo sin luchar conmigo y vencerme. Se las arregló para rebasarme obteniendo mi permiso. No te dejaré pasar a este vyuha.

Bhima se rió de él y le dijo:

—Escúchame, no hay nadie en la tierra ni en los cielos que pueda derrotar a mi hermano. Arjuna te pidió permiso no porque te tenga miedo, te presentó respetos porque todavía piensa en ti como su guru, como alguien que merece respeto. Pero recuerda, yo soy Bhima y no Arjuna; hubo un tiempo en que te tenía un inmenso respeto. Una vez fuiste una persona que podías pedirnos respeto porque eras como un padre para nosotros, eras nuestro benefactor y nuestro acharya y significabas mucho para nosotros. Todos pensábamos en ti con mucho respeto y afecto, pero ahora todo ese respeto se ha ido. Eres el benefactor de Duryodhana y nuestro enemigo. En el momento en que le prometiste a Duryodhana que capturarías a mi hermano y se lo entregarías como un prisionero para que jugara otro juego de dados, mi respeto por ti como mi guru, murió en un instante. Una vez viste las consecuencias de este juego y aun así deseas verlo otra vez. Ya he dejado de ser tu discípulo, y tú ya no eres mi guru. Te has unido a los enemigos y como dije antes, eres el benefactor de Duryodhana. Tú te has anunciado como un enemigo y obtendrás el tratamiento que merece un enemigo. Yo no soy Arjuna, que aprecia tanto las cosas del pasado. Yo soy Bhima, el enemigo de los hijos de Dhritarashtra y de todos aquellos que luchan por ellos.

Los ojos de Bhima ardían como ascuas de carbón y estaba loco de furia contra aquel hombre que se había atrevido a esperar respeto de él. Bhima saltó de su carro y corrió hacia Drona con su maza en alto. Drona saltó de su carro justo a tiempo de salvar su vida. El carro y el conductor fueron aplastados, quedando irreconocibles. Los caballos también murieron. Bhima, dejando atrás al indefenso Drona, corrió hacia el lugar donde estaba luchando Arjuna.

Satyaki le había facilitado el camino a Bhima, el cual avanzó abriéndose paso a través de las filas enemigas. El ejército de los elefantes vino para tener su parte en la destrucción. Como el Sol saliendo entre nubes oscuras, así salió Bhima del gran ejército de elefantes. Entonces llegó Drona en otro carro y retó a Bhima. Bhima no tuvo más paciencia con Drona, saltó de su carro e hizo trizas el carro de Drona. Drona fue arrojado al suelo, montó en otro carro y se fue lejos de Bhima a la salida del vyuha. Bhima se frotó las manos y con una sonrisa montó en su carro y se fue tan rápido como el viento hacia el final del vyuha. Nadie se atrevía a acercársele y retarle. Lanzó una maza terrible a la hueste de los enemigos y todos salieron corriendo de la presencia de Bhima.

Bhima siguió el camino que había sido limpiado por Satyaki. Llegó al final y allí vio a Satyaki luchando. Bhima se apresuró en rebasarle y fue más lejos para tener una señal de Arjuna. Siguió y de repente vio a Arjuna. ¡Era Arjuna! Entonces surgió un grito de triunfo de la garganta de Bhima que era como el estruendo de una nube del monzón. Se oyó en todo el campo y resonó en los cuatro puntos cardinales. Bhima había dado la señal que Yudhisthira le había pedido que diera. Su mente ahora no tendría más preocupaciones. Bhima gritó de alegría. Arjuna y Krishna estaban emocionados

al oír su grito de guerra y gritaron también respondiéndole. Estaban ansiosos de ver al valiente Bhima que había llegado hasta tan lejos en el campo de batalla. Yudhisthira oyó las tres voces, primero el rugido de Bhima y luego los de Arjuna y Krishna. Se sentía feliz, tan feliz que lloró de alivio. Se dijo para sí; « Arjuna vive. Bhima, el más querido de todos mis hermanos, siempre me ha complacido y hoy me ha complacido más que nunca; Satyaki, Arjuna y Krishna están vivos, no hay nadie tan afortunado como yo. »

El grito de guerra de Bhima les probó a los kurus que los pandavas estaban viniendo a ayudar a Arjuna. Era necesario hacer algo para evitarlo. Había venido Satyaki y también Bhima, y Arjuna ya estaba allí. Este trío conducido por Krishna sería algo terrible. Radheya vino y retó a Bhima. El grito desafiante de Bhima le irritaba enormemente. Radheya comenzó su ataque con un buen número de flechas afiladas y Bhima, sonriente, las desvió con las suyas, cubriendo luego a Radheya con un manto de flechas. La gente estaba sorprendida ante aquel espectáculo. Hasta ahora no habían visto la destreza de Bhima con el arco. Era famoso por su ataque con la maza y por su lucha cuerpo a cuerpo, pero aquello era algo maravilloso. Cortó el arco de Radheya, pero éste cogió otro arco y continuó la lucha. Radheya sonreía todo el tiempo, como un padre indulgente con la audacia de su hijo. Presentaban un buen contraste; Radheya era tranquilo y su método era muy refinado, mientras que los acosos de Bhima no tenían el estilo, el excelente acabado por el que Radheya era famoso. También Bhima mostraba su ira mientras que Radheya estaba sereno. Se parecía a Arjuna mientras permanecía allí con una sonrisa provocadora en sus labios. Aquella sonrisa enfureció a Bhima, quien le hirió con sus flechas. Por un momento pasó por la cara de Radheya un gesto de molestia, pero no perdió su compostura. Bhima cortó la cuerda del segundo arco de Radheya y también sus caballos y su conductor fueron heridos, por lo que Radheya saltó al carro de su hijo Vrishasena. Bhima estaba muy complacido consigo mismo por haber derrotado a Radheya y gritó de nuevo ya que ahora tenía el camino libre hacia Arjuna.

Radheya volvió y era casi dulce en su ataque. Bhima pensó que no era tan buen luchador como acreditaba su reputación, pero Radheya estaba siendo gentil porque su corazón no estaba en la lucha. Recordó que Bhima era su hermano y éste era su primer duelo con él. Había luchado con Arjuna, pero Arjuna era diferente. El corazón de Radheya estaba lleno de afecto por este salvaje y robusto hermano suyo.

Deseaba poder saltar de su carro y abrazar a Bhima diciéndole: « No luchemos, somos hermanos, yo también soy el hijo de Kunti. Ven, vayamos hacia nuestro hermano Yudhisthira. » Pero el pobre Radheya sabía que eso sólo era un sueño de su corazón. Estos sentimientos de amor le hacían ser suave en su lucha con Bhima. Pero poco a poco la lucha se volvió más apasionada y Radheya ya no tenía tiempo de seguir en su ensueño. Tenía que protegerse de este poderoso Bhima. Radheya perdió su carro de nuevo y Duryodhana mandó a Dussala en un carro para ayudar a Radheya. Radheya

subió en él y comenzó a luchar, pero Bhima cortó la cabeza de Dussala. Radheya estaba comenzando a ponerse serio con Bhima.

Duryodhana estaba observando los estragos causados en su ejército y se apresuró a ir hacia Drona, que estaba estacionado en la apertura del vyuha. Sus ojos estaban desorbitados por el miedo, la desesperación y la ira contra el acharya. Le dijo:

—Mí señor, nos habías prometido que no permitirías que nadie te rebasara y tres de ellos ya han llegado al final del vyuha. Arjuna, Satyaki y Bhima han destruido una gran parte del ejército. Los tres van a atacar a Jayadratha y están acosando a todos los héroes que se han reunido para protegerle. ¿Cómo han podido rebasarte? ¡Es increíble!. Me resultaría más fácil creer que se ha secado el océano. ¿Cómo ocurrió, mi señor? ¿cómo ha sucedido?

Drona ya estaba más que harto de aquellas regañinas. Había hecho cuanto podía, pero el rey aún no estaba complacido con la dedicación desinteresada de sus hombres; siempre les estaba encontrando faltas. Drona dijo:

—Lo que se ha hecho no se puede deshacer. Ahora sólo ocúpate de lo próximo que tiene que ser realizado. Duryodhana dijo:

—Jayadratha ha de ser salvado, por favor, haz los preparativos adecuados. Estoy comenzando a perder la esperanza.

Drona estaba disgustado. Había hecho tanto por el rey y sin embargo ahí estaba recriminándole por haber dejado penetrar a estos tres dentro del vyuha. Su arrogancia era intolerable. La gratitud era un sentimiento desconocido para el corazón de Duryodhana. Drona había estado ocupado desde por la mañana en proteger el vyuha. No había podido evitar que aquellos tres guerreros le rebasaran, pero estaba manteniendo en jaque a todo el ejército de los pandavas. Se hubieran abalanzado sobre los kurus si no hubiera sido por él. Estaba haciendo algo que estaba más allá del poder de los seres humanos y, aun así, Duryodhana estaba descontento.

Drona estaba loco de ira. Le dijo:

—Tienes razón, tres de ellos se las han apañado para pasarme, pero recuerda tu propia responsabilidad y da los pasos necesarios para proteger a tu valioso hermano político. Has jurado que no se le tocaría ni un pelo de su cabeza. Yo he mantenido a raya a todo el ejército de los pandavas, aunque parece que no te has dado cuenta. Ahora debes cumplir con tu deber y proteger a Jayadratha que es un cobarde de la peor calaña. Con la ayuda del don de Sankara pudo vencer a los pandavas durante un solo día, pero ahora es como un bote que ha sido abandonado en medio del océano. Cuando tú y Sakuni jugasteis el juego de dados no había dudas de quién ganaría y quién perdería. No se pensó en eso, todo era ganar por tu parte. Pero ahora no es tan fácil ganar, incluso para el gran Duryodhana, que ha jurado proteger a Jayadratha, hay una posibilidad de perder.

Es evidente que los dados que usaste contra los pandavas han cambiado sus formas, convirtiéndose ahora en flechas crueles que se han vuelto contra su propietario. Están tratando de reparar los pecados que cometieron contra Yudhisthira. Hoy la apuesta es la vida de Jayadratha y el dado no está trucado. No hay Sakunis en la corte de Dios; tendrás que jugar el juego. El resultado es imprevisible. He tratado de hacer lo que he podido, no puedo hacer nada más. Ve allí y haz todo lo que puedas. Todos sois grandes guerreros. Allí estáis tú, Dussasana y Radheya, y hay muchos otros de los que han decidido morir por ti, ¿qué más quieres? Yo tengo que quedarme aquí para evitar que el ejército de los pandavas se abalance sobre todos vosotros de golpe. Si eso ocurriese, ya no se podría hacer nada. Ahora tan sólo son tres contra todos vosotros. Ve y haz cuanto puedas para salvar a Jayadratha de la ira de Arjuna.

Capítulo XXI
BHIMA Y RADHEYA

DURYODHANA volvió y vio a Yudhamanyu y a Uttamaujas y decidió atacarles. Les atacó a ambos. Luchó bien y se las arregló para herir a los caballos de uno de ellos, los de Uttamaujas, pero no había ninguna posibilidad de que Duryodhana ganara contra el par. Tuvo que saltar al carro de Salya y alejarse de aquellos hermanos. La lucha continuaba entre Radheya y Bhima. Bhima quería abandonar a Radheya y proseguir hacia el carro de Arjuna, pero Radheya no le dejaba irse. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa encantadora. Esta sonrisa de Radheya estaba desconcertando a Bhima, no podía soportarla y luchó tan temerariamente como pudo. Radheya había roto la armadura de Bhima y luchaba sin hacer esfuerzo. Sus dedos tenían mucha precisión y segura puntería. Estaba enfureciendo a Bhima, el cual cortó el arco de Radheya y le hirió en su amplio pecho. Radheya se metió en otro carro, pues Bhima había roto el suyo, y se alejó de su presencia. Pero a los pocos momentos volvió de nuevo para retar a Bhima. Ahora su sonrisa se había ido y parecía muy enfurecido.

Los hermanos de Duryodhana pensaban que con toda seguridad esta vez mataría a Bhima. Bhima y Radheya lucharon como no lo habían hecho hasta entonces. Bhima recordó todos los sufrimientos de los pandavas y en su mente estaba decidido a matar a aquel amigo de su primo. Los arcos de Radheya estaban siendo rotos uno tras otro. Fue un duelo terrible. Duryodhana le estaba observando y le dijo a su hermano Durjaya:

—Durjaya, ve a ayudar a Radheya. Ese animal le está acosando demasiado, ve y destrúyele.

Durjaya acudió a ayudar a Radheya y atacó a Bhima. No sabía que ver a un hijo de Dhritarashtra era el tónico más maravilloso para la mente de Bhima. Bhima le mató en cuestión de momentos. Los ojos de Radheya derramaron lágrimas por la muerte del

hermano del rey. El carro de Radheya fue destrozado de nuevo y tuvo que coger otro. Esto se repitió muchas veces, hasta que Radheya continuó luchando a pie y sin carro. Entonces Duryodhana le envió a su hermano Durmukha y Radheya subió en su carro. Bhima ignoró a Radheya y comenzó a luchar con Durmukha. Bhima le mató con sólo nueve flechas. Radheya estaba horrorizado viendo cómo morían los hermanos del rey por haber acudido en su ayuda; esto hacía que sus lágrimas fluyeran continuamente. Por un momento Radheya sintió que se desvanecía, mientras que las flechas de Bhima estaban rompiendo su armadura. Radheya estaba tan furioso como una serpiente e hirió a Bhima en su hombro izquierdo, pero la contestación a estas heridas fue terrible. No era posible soportar las flechas de Bhima. Radheya se tuvo que ir de allí. Estaba demasiado herido y demasiado trastornado por la muerte de los hermanos del rey.

Viendo que Radheya se había tenido que ir, cinco de los hermanos de Duryodhana se abalanzaron sobre Bhima. Estaban decididos a destruirle. Durmarshana era uno de ellos. Bhima se rió para sí como lo hace un león cuando varios ciervos se ponen a su alcance; les mató a los cinco. Radheya volvió al verles morir y la lucha entre Radheya y Bhima fue entonces encarnizada. Era terrible verles a ambos tratando de destruirse mutuamente, pero nuevamente Radheya perdió su carro y de nuevo el necio del rey mandó a algunos de sus hermanos para ayudar a Radheya. Radheya había destrozado la armadura de Bhima y Bhima cubrió a Radheya con sus flechas. Parecía como si no pudiera emerger de ellas. La armadura de Radheya se había roto y había sido herido en su brazo derecho, y en cuanto llegaron los hermanos del rey, Bhima les mató a todos. La cifra totalizaba ya cuarenta y nueve. Radheya se desvaneció al ver la muerte de tantos hermanos de su amigo, que habían ido a ayudarle.

La lucha prosiguió. Todos los que observaban pensaron que ambos eran como Arjuna, ambos eran terribles. Esto hizo que los corazones de Arjuna, Krishna y Satyaki se iluminaran de orgullo viendo luchar a Bhima. Los héroes de ambos lados estaban observando el duelo. « ¡Bravo! ¡Excelente! ¡Bien hecho! » eran las exclamaciones de todos los que observaban: Bhurisravas, Drona, Kripa, Salya, Satyaki, Arjuna, Krishna, Yudhamanyu y Uttamaujas. Radheya fue vencido de nuevo y Duryodhana envió a varios más de sus hermanos. Parecía como si Duryodhana estuviera tratando de detener la marea que se le echaba encima con dunas de arena. Siete grandes guerreros rodearon a Bhima, pero él se rió de ellos con una cruel sonrisa en sus labios y comenzó a matarles uno a uno sin ningún remordimiento. Vikarna fue uno de los siete que murieron. Bhima sólo se lamentó cuando mató a Vikarna. Se dijo para sí:

« Vikarna, hice un juramento de que mataría a todos los hijos de Dhritarashtra. Tengo que matarte aunque no quiera. Tú fuiste el único hombre justo entre esta multitud de pecadores. Cuando Draupadi estaba en la corte, insultada por tus hermanos y por Radheya, sólo tú fuiste lo suficientemente audaz como para hablar en su favor. Fuiste más

valiente que nuestro abuelo, pero tengo que matarte, pues he jurado hacerlo. Maldice esta guerra y maldice a tu hermano por ello.

La lucha continuó y Radheya comenzó a ganar lentamente. Su furia contra Bhima le hizo luchar con más ímpetu que antes. Cortó el arco de Bhima y las riendas de sus corceles, hiriendo también a su conductor. Bhima le arrojó un dardo a Radheya, pero él lo cortó en el aire. Entonces Bhima cogió un escudo pero también se lo rompió. A continuación Bhima le arrojó su espada a Radheya, pero fue hecha pedazos. La vieja sonrisa volvió al rostro de Radheya. Bhima estaba sin carro, sin arco y sin armas, pero no abandonó el campo. Vio los cadáveres de los elefantes a su alrededor y comenzó a arrojárselos uno a uno a Radheya. Le arrojó los fragmentos rotos de los muchos carros y todo lo que estaba a su alcance que sirviera como arma. Todo era inútil, Radheya le tenía a su merced. Podía haberle matado, pero recordó la promesa que le había hecho a su madre Kunti de que no mataría a ninguno de sus hijos excepto a Arjuna, y Radheya le dejó que se fuera sin herirle, pero antes le insultó. Radheya se acercó a Bhima, le tocó con el extremo de su arco y le dijo:

—Eres un necio y un glotón, no trates de luchar con héroes como yo. Deberías quedarte en la cocina como hiciste en el palacio de Virata o si no deberías pasar tus días y tus años en el bosque tratando de recoger raíces y frutos. Todavía eres un niño; vuelve a casa, hijo mío.

Krishna lo vio y dijo:

—¡Arjuna, mira! Fíjate en qué situación está Bhima. Radheya le ha vencido y ahora le está insultando con palabras crueles.

El carro de Arjuna se acercó a donde estaba Bhima. Las flechas de Arjuna comenzaron a acosar a Radheya. Pero Radheya le volvió la cara y se fue de la presencia de Bhima. Krishna sabía que estaba tratando de ocultarles a todos sus sentimientos. Arjuna volvió a su lugar frente al grupo que estaba protegiendo a Jayadratha. Bhima se subió al carro de Satyaki y siguió a Arjuna. Arjuna, que no estaba dispuesto a dejar que Radheya se fuera tan fácilmente, le disparó varias flechas, pero fueron interceptadas por Aswatthama y Arjuna desvió su atención hacia el hijo de su guru.

Capítulo XXII
BHURISRAVAS

SATYAKI se las había arreglado para llegar al frente. Había realizado una gran tarea, había destruido al ejército kuru y había llegado a tiempo para ayudar a Arjuna. Fue rodeado por un enorme ejército, encabezado por Dussasana. Era un placer observar la lucha de Satyaki, parecía que estuviera bailando en su carro, se detenía en un solo sitio,

pero sus flechas volaban en las cuatro direcciones Cruzó todo el ejército y avanzó hacia Arjuna. Krishna fue el primero en verle, dijo:

—Arjuna, tu discípulo Satyaki ha venido a ti. Ha cruzado todo el ejército y te ha dado alcance. Le eres muy querido, le eres más querido que su propia vida. Ha burlado a Drona y a Kritavarma y después de realizar hazañas que parecerían increíbles, Satyaki por fin ha venido en tu ayuda.

Arjuna se desconcertó al verle. Sus pensamientos volaron hacia Yudhisthira, no sabía qué le estaba ocurriendo. Dijo:

—Krishna, no estoy muy complacido con la venida de Satyaki. Es difícil pensar que Yudhisthira esté seguro sin Satyaki. Le he pedido que se quedara al lado de mi hermano.

Krishna dijo:

—¿Acaso no ves por qué ha venido? Tu hermano debía estar preocupado por ti y tu seguridad. Pensaba que te debía haber ocurrido algo y por eso ha mandado a Satyaki para que averiguase cómo estabas y para ayudarte. Cualquiera que sea la razón, yo por mi parte no siento ver a Satyaki. Me alegro de verle.

Mientras estaban hablando así, Arjuna dijo:

—Mira, Krishna, Bhurisravas se dirige hacia Satyaki para retarle a un duelo. Bhurisravas está encargado de proteger a Jayadratha. Tiene que impedir que Satyaki llegue a mí. Tengo que proteger a Satyaki de él, aunque también es cierto que el Sol está dirigiéndose rápidamente hacia el oeste. Jayadratha tiene que morir dentro de poco. Pero Satyaki parece muy cansado; está exhausto. Su conductor y sus caballos parecen estar también muy cansados. El pobre Satyaki movido por su afecto hacia los pandavas se ha estado jugando la vida ¿cómo puedo pagarle el amor que me tiene?

Krishna vio las lágrimas en sus ojos y se sintió complacido por ellas. Arjuna dijo:

—Veo que Bhurisravas no está cansado en absoluto, mientras que Satyaki está exhausto, pero tiene que ganar este duelo. Estoy enfadado con mi hermano por haber expuesto a mi amigo a este peligro.

Mientras observaba el duelo entre Satyaki y Bhurisravas, Arjuna estaba luchando su propia batalla.

Bhurisravas le había dado alcance y se puso frente del carro de Satyaki. Le dijo:

—Ahora tengo una oportunidad de luchar contigo. He estado deseando mantener este duelo durante largo tiempo. A no ser que salgas corriendo del campo de batalla, no podrás escapar con vida. Hoy vengaré el insulto que le hizo tu abuelo Sini a mi padre. Hoy verás a todos tus antepasados, prepárate para luchar.

Satyaki dijo:

—Por favor, no estés tan seguro de ti mismo. Recuerda que le estás hablando a Satyaki y no a cualquiera. Estoy seguro de que estás ansioso por luchar conmigo y yo estoy

dispuesto a ello. Yo también recuerdo la antigua enemistad entre tu padre y mi abuelo; luchemos. No me gusta gastar tiempo en vanas palabras, como las nubes de otoño que hacen mucho ruido pero nunca dan agua.

Había una antigua enemistad entre las dos familias. Sura, el padre de Vasudeva, tenía un primo llamado Sini que era un gran héroe. Se celebró un swayamvara por Devaki, la hermana de Kamsa. Sini asistió a ese swayamvara y se llevó a Devaki para convertirla en la esposa de Vasudeva. Había un poderoso rey de la casa de los kurus llamado Somadatta, que se resintió por aquel acto de Sini. Somadatta era el hijo de Bahlika y el padre de Bhurisravas y Sala. Fue al encuentro de Sini y le retó a luchar. Sini ganó el duelo y lleno de gozo agarró a Somadatta por el pelo y le puso su pie sobre el pecho. Esto fue un gran insulto para Somadatta, siendo él un hijo de la casa de los kurus. Rogó a Dios y obtuvo el don de que su hijo le haría lo mismo a uno de los descendientes de Sini. Ahora Bhurisravas era el hijo de Somadatta y Satyaki era el nieto de Sini. Esta era la antigua enemistad de la que estaban hablando. Incidentalmente, Krishna era el nieto de Sura; él era el hijo de Vasudeva. Arjuna era también un nieto de Sura, ya que Kunti era la hija de Sura.

La lucha comenzó. Bhurisravas era un famoso guerrero y también había sido un gran devoto. Merecía el respeto de todos por ambos lados. Avanzó hacia Satyaki y ambos lucharon furiosamente. Cada uno había matado los caballos del otro. Los conductores fueron los siguientes en morir. Los dos habían perdido sus carros y estaban ahora en tierra enzarzados en un duelo con espadas. Era una escena terrible. Arjuna y Krishna les estaban observando. Sabían que Satyaki estaba agotado por la lucha de aquel día. Su energía estaba en el punto más bajo, pero aun así seguía luchando. Krishna dijo:

—Mi cuerpo arde viendo a Satyaki. Vino desde tan lejos por ti y ha tenido que superar muchas dificultades. Ha perdido toda la energía que tenía. Bhurisravas lenta y firmemente le está ganando terreno. Esta lucha no es justa. No están en iguales condiciones.

Mientras estaba diciendo esto, Bhurisravas le había asestado un poderoso golpe a Satyaki que le hizo caer por tierra sin sentido. Bhurisravas avanzó hacia el héroe caído y cogiendo el pelo de Satyaki con su mano izquierda, le puso su pie sobre el pecho. Hubo un terrible griterío entre las filas, cuando vieron aquel terrible ultraje.

Krishna lo vio y dijo:

—Arjuna, es horrible ver a Satyaki en las manos de este hombre. Satyaki está cansado y está en el suelo con sus sentidos fuera de control. Bhurisravas está obrando mal insultándolo así. Es momento de que intervengas y evites este insulto a tu amigo.

Arjuna dijo:

—Sólo lo está agarrando del pelo, no está tratando de matarle. Bhurisravas es un luchador limpio. Tuvo que hacerlo por su enemistad. Ahora ha hecho lo que juró hacer, dejará a Satyaki, no le matará.

Pero entonces vieron cómo Bhurisravas cogía la espada con su mano derecha con la intención de cortarle la cabeza a Satyaki, que estaba inconsciente. Arjuna dijo:

—Estoy siendo acosado por todos y por todos los lados, pero protegeré a Satyaki de Bhurisravas. A mi mente no le gusta intervenir en un duelo entre otros, pero tengo que proteger a Satyaki que ha hecho tanto por mí. No sé qué debo hacer ahora.

Krishna miró con ojos horrorizados a Bhurisravas viendo el acto que iba a realizar. Dijo:

—El pobre Satyaki morirá con seguridad hoy, ahora en este preciso instante, en manos de Bhurisravas que está decidido a vengar el daño que le hizo a su padre el abuelo de Satyaki. No me gusta lo que está haciendo. Maltratar a un hombre cansado que se ha desmayado y matarle no es lucha limpia.

Arjuna comprendió que tenía que intervenir. Bhurisravas estaba sosteniendo el pelo de Satyaki en su mano izquierda y tenía levantada su mano derecha sosteniendo la espada en alto. Cuando descendiera su mano, acabaría la vida de Satyaki.

Arjuna cogió una flecha afilada y se la disparó a Bhurisravas, cortando su mano derecha que cayó al suelo. Bhurisravas estaba furioso con Arjuna y le dijo:

—Arjuna, hoy has hecho algo vergonzoso, no es justo. Has atacado a un hombre que no estaba preparado para tu ataque. ¿Cómo te podrás enfrentar hoy con Yudhisthira?. Él es un hombre justo; estoy seguro que no aprobará lo que has hecho. Nacido de la noble casa de los kurus hoy has hecho algo que os traerá la desgracia a todos. Sé que tú por ti mismo no eres capaz de tanta ruindad. Estoy seguro de que es tu conductor quien te ha aconsejado. Sólo un hijo de la casa de los vrishnis haría algo tan bajo.

Arjuna, sumamente enojado, dijo:

—Por favor, no hables mal de Krishna, él es mi señor y maestro. En cuanto a mi interferencia, traté durante mucho tiempo de no intervenir en el duelo entre tú y Satyaki, incluso después de saber que la lucha no era justa, pero tú estabas tratando de matar a mi amigo. Él ha hecho demasiado por mí e iba a morir cuando no podía defenderse. ¿Crees que soy un hombre tan inhumano como para sentarme y ver morir a mi amigo sin levantar un dedo por él? Durante todos estos días en la guerra se han luchado diversos duelos. En el momento en que uno se debilitaba los demás acudían en su ayuda. Es justo que uno piense también en los demás, y ¿cómo iba a consentir que mi amigo, mi entregado discípulo, mi querido Satyaki, fuera aniquilado por ti cuando no tenía fuerzas para defenderse? Yo creo que todos los que luchan por mí tienen el derecho de ser defendidos por mí. Esa ha sido siempre mi norma. Si hubiera seguido mirando y hubiera

permitido que muriera Satyaki, hubiera sido un pecado. Atacaste a Satyaki, sabiendo que no estaba en buenas condiciones para luchar. Podía haberte cortado la cabeza por este acto, ¿cómo te atreves a hablarme del Dharma? Tú, que pasivamente te quedaste observando cuando mi Abhimanyu, sin carro, sin armas, sin arco y sin ninguna defensa era cruelmente aniquilado por todos los grandes héroes kurus. ¿Dónde estaba entonces tu rectitud? ¿Te importó entonces que aquello fuera injusto? ¡No! ¿Les dijiste a tus queridos primos que estaban haciendo algo que iba en contra del Dharma de un kshatrya? ¡No!, te quedaste allí observando, mientras ese muchacho era asesinado. Supongo que esperabas de mí la misma conducta: que me quedase quieto observando cómo mataban a mi amigo por medios injustos. No creo que haya hecho mal interviniendo. He tratado de seguir mi norma de cuidar a aquellos que luchan por mí. Tenía que proteger a Satyaki, si quería cumplir con mis principios.

Nadie pronunció ni una sola palabra. Arjuna sentía mucha compasión por Bhurisravas y le dijo:

—Mi señor, siento haber nacido como un kshatrya y haber tenido que hacerte esto, a ti que eres uno de los hijos más nobles de la casa de los kurus. No me maldigo a mí mismo por tu condición, culpo a Duryodhana por el pecado de haberte conducido a este fin.

Bhurisravas escuchó todo lo que había dicho e inclinó su cabeza hacia el suelo. Levantó su otra mano y reconoció las palabras de Arjuna. Ya no tenía más deseos de vivir, así que esparció hierba kusa sobre el suelo y se sentó sobre ella dispuesto a abandonar su cuerpo mediante el yoga.

El ejército estaba sin aliento observando el inmenso drama que se estaba desarrollando. El gran Bhurisravas había renunciado al mundo y había decidido morir. Cuando todos los ojos estaban dirigidos en su dirección, Satyaki se despertó de su desmayo y saltó cogiendo su espada en la mano abalanzándose luego sobre Bhurisravas con la intención de matarle. Se produjo una gran consternación al ver esto. Arjuna y Krishna volvieron sus ojos horrorizados en aquella dirección y trataron de detenerle, pero él no les prestó atención. Se dirigió hacia el cuerpo de Bhurisravas y le cortó la cabeza. Bhurisravas había apartado su mente de la guerra cuando fue aniquilado por Satyaki. Estaba indefenso, había perdido un brazo y estaba sentado con su mente fija en el otro mundo y en ese estado fue aniquilado por Satyaki, el más grande de los héroes del lado de los pandavas. Fue un incidente desafortunado en la vida de Satyaki, una vida que de no haber sido por esto, podría haberse considerado sin mancha.

Capítulo XXIII

LA MUERTE DE JAYADRATHA

ARJUNA estaba muy enfadado con Satyaki, pero no dijo nada. Satyaki se giró hacia todos ellos con una mirada desafiante dijo:

—Todos vosotros pensáis que he hecho algo malo, pero yo no pienso así. Todos gritasteis: « No es justo, no se le debía haber matado cuando estaba indefenso. » Veo que es fácil enseñar el Dharma a otros. Ayer cuando ese muchacho dijo: « Venid uno a uno, lucharé con vosotros », no le escuchasteis. Vuestra rectitud quizá se eclipsó entonces. ¿Dónde estaba vuestra rectitud cuando Radheya le cortó su arco por detrás? El gran comandante del ejército kuru fue el hombre que atrapó a Abhimanyu dentro de ese vyuha y fue el hombre que os enseñó a todos el método para matar a Abhimanyu. Entonces no os preocupasteis de la justicia: ninguno de vosotros tiene derecho a hablar del Dharma. En cuanto a que matara a Bhurisravas, puede parecer que he hecho algo malo, pero yo no lo creo. Yo también hice el juramento de que mataría al hombre que me insultara. Este hombre me insultó poniendo su pie sobre mi pecho. Arjuna, debido a su afecto por mí y movido por el deseo de hacer lo que siempre ha jurado hacer, cortó la mano de Bhurisravas y me robó mi gloria. He hecho lo que había jurado hacer. Bhurisravas me insultó y trató de matarme cuando estaba inconsciente. Eso no os parece Adharma, pero sí mi acción. No he hecho nada malo matando a un hombre que me insultó.

Los devas, que se habían reunido en el cielo para contemplar el curso de la horrible guerra, dijeron:

—Satyaki no tiene ninguna culpa de esto. Había sido ordenado que así fuera. Nadie debe culpar a Satyaki. Los dioses habían predicho que sólo Satyaki podría matar a Bhurisravas. Lo que él hizo no está mal.

Nadie habló después de aquello, pero en el fondo de su corazón Arjuna no aprobó la acción de Satyaki. Sin embargo, no tenía sentido decir nada al respecto. Bhurisravas había muerto y ahí acababa la cuestión. Tenía que pensar en algo más importante: la muerte de Jayadratha.

Arjuna dijo:

—Krishna, se está haciendo tarde, debemos darnos prisa. Acerquémonos a nuestra víctima. Tenemos que apresurarnos.

Krishna fue rápido hacia el lugar donde estaba situado Jayadratha en medio de todos los héroes del ejército kuru. Duryodhana, Radheya, Vrishasena, Aswatthama y Kripa acudieron corriendo al lugar, todos estaban allí. Querían detener el avance de Arjuna y evitar que se enfrentara a Jayadratha en un duelo.

Arjuna estaba ahora exactamente en frente de Jayadratha. Podía verle. Arjuna miró a Jayadratha con sus ojos rojos de ira. Radheya fue hacia Satyaki para entablar un duelo con él y evitar que estuviera cerca de Arjuna. Arjuna dijo:

—Krishna, fíjate en el coraje de Radheya; acaba de ver morir a Bhurisravas y aún piensa que puede luchar con Satyaki. No quiero que Satyaki mate a Radheya, quiero matarle yo mismo. Llévame hacia Radheya.

Krishna no deseaba un duelo entre Arjuna y Radheya. Tenía miedo del sakti que Indra le había dado a Radheya. Así que dijo:

—No importa, Arjuna, déjale luchar con Satyaki, más tarde te llevaré hacia Radheya. Realmente ya no tenemos tiempo para eso. El Sol se pondrá dentro de poco. Piensa en todos los hombres que hay alrededor de Jayadratha. Tienes que cruzarles a todos antes de llegar a él. No nos preocupemos de Radheya ahora.

Satyaki no tenía carro ni armas, excepto la espada con la que había matado a Bhurisravas. El carro de Arjuna se disponía a avanzar hacia adelante cuando Krishna sopló la nota rishabha en su panchajanya y en un momento apareció el carro de Krishna con la bandera del águila. Satyaki sonrió agradecido y se subió al carro para luchar con Radheya. La lucha fue maravillosa. La habilidad de Daruka conduciendo el carro ganó la admiración de todos, incluso la de Krishna. Los guerreros del lado de los kurus tuvieron que ir a ayudar a Radheya y todos rodearon a Satyaki. Radheya había perdido su carro y subió al de Duryodhana. Dussasana y el resto de ellos fueron todos vencidos por Satyaki. Estaban a su merced, pero de nuevo Satyaki recordó el juramento de Bhima y les dejó escapar vivos. La opinión general en el campo de batalla ese día era que sólo uno podía igualar a Krishna y Arjuna y ese era el gran Satyaki, no había otro. Así lo dijeron Aswatthama, Kritavarma y otros. Arjuna se acercó al carro de Radheya y le dijo:

—Tú mataste a mi hijo cuando yo no estaba allí. Muy pronto, delante de tus propios ojos, voy a matar a tu hijo Vrishasena. Déjame ver si eres capaz de salvarle.

Los rayos del Sol habían perdido su intensidad y casi se había puesto. Duryodhana le habló furioso a Radheya:

—El Sol ya casi se ha puesto. Si acosas ahora a Arjuna, no podrá mantener su juramento. Debemos salvar a Jayadratha. Tú eres la única persona que puede hacerlo.

Mientras estaban hablando, Arjuna había avanzado aún más adentro en el vyuha. No había más tiempo para duelos.

Todos los kurus defendían a Jayadratha. Duryodhana, Radheya, Vrishasena, Salya y Aswatthama fueron los héroes que salieron al encuentro de Arjuna. El Sol había comenzado a tomar un tono rojizo. Arjuna luchó como nunca antes lo había hecho. Era una tarea muy dura para él luchar con todos ellos juntos, pero Arjuna estaba valiéndose

de sus asirás. La lucha era general. Bhima junto con Satyaki estaban ayudando a Arjuna y los tres estaban luchando con el inmenso ejército y con los héroes del otro bando.

Con la ayuda de sus asirás, Arjuna pudo llegar muy cerca de Jayadratha después de destruir el ejército que le rodeaba y comenzó a acosar a Jayadratha. Ahora que su muerte estaba tan cercana, Jayadratha luchó con mucho valor. No fue fácil para Arjuna vencerle. Era un gran guerrero y estaba luchando para ganar tiempo. Si lograban impedir por unos momentos que Arjuna se acercara lo suficiente a Jayadratha como para matarle, ya no habría más necesidad de luchar. El Sol se pondría y Arjuna se arrojaría al fuego y se mataría como juró que lo haría. Con la muerte de Arjuna, el fin de los pandavas sería inminente. Este era el pensamiento que estaba presente en las mentes de todos ellos mientras luchaban con Arjuna.

Krishna se dio cuenta de que no le sería posible a Arjuna matar a Jayadratha antes de la puesta del Sol. Le dijo a Arjuna:

—Arjuna, me temo que no te será posible matar a Jayadratha antes de que el Sol se ponga. Es terrible, pero el hecho es que el Sol se pondrá dentro de unos momentos. Tendré que usar mi poder y hacer algo. No te preocupes, Arjuna, escúchame y obedéceme implícitamente. Cuando te diga « dispara », debes dispararle tu gran astra a Jayadratha.

Krishna pensó en su chakra e hizo que cubriera el disco del Sol. La oscuridad descendió de repente sobre ellos como una cortina. Arjuna estaba triste, pero el ejército kuru recibió aquello con gran alegría. Todos ellos levantaron sus ojos para mirar al Sol que se había puesto tan de repente salvando así la vida de Jayadratha. Con una sonrisa de triunfo que mostraba felicidad y alivio, Jayadratha levantó su cabeza para mirar al Sol, que ya no se veía. Krishna dijo:

—¡Mira, Arjuna! Jayadratha ha levantado la cabeza para mirar al cielo. No está en guardia, ¡dispara!

Arjuna cogió su precioso astra, el pasupata, que había estado adorando todos estos años, y se lo disparó a Jayadratha. El astra le cortó el cuello separando la cabeza del cuerpo y antes de que pudiera caer al suelo, Krishna dijo:

—Arjuna, haz que tu astra lleve la cabeza de Jayadratha al regazo de su padre, más tarde te diré el motivo.

Arjuna hizo lo que se le dijo. El ejército kuru vio la cabeza de Jayadratha siendo transportada a través del cielo por la flecha. La cabeza fue depositada en el regazo del padre del muerto, que estaba realizando sus oraciones vespertinas cerca de Samantapanchaka. Cuando acabó sus oraciones, se levantó y la cabeza de Jayadratha cayó rodando por tierra; en ese momento la cabeza del padre de Jayadratha estalló en mil pedazos.

En cuanto Jayadratha murió, la oscuridad desapareció y el Sol brilló en toda su gloria durante unos momentos más como si quisiera probarles a todos que no se había puesto

y poco después el Sol desapareció ocultándose detrás de la colina del oeste. Los kurus quedaron sumidos en un profundo pesar. Estaban seguros de que podrían haber evitado la tragedia pero no lo hicieron.

Capítulo XXIV

DRONA HERIDO EN SU ORGULLO

ARJUNA recitó el encantamiento para recuperar el gran pasupata y tan pronto como fue retirado, sopló una brisa fresca por todo el campo, trayendo con ella el perfume de mil flores. Krishna se bajó del carro y abrazó a Arjuna. Se sentía muy aliviado, pensando que la vida de Arjuna se había salvado. Todos los héroes kurus habían abandonado el lugar. No habían podido salvar a Jayadratha. Había muerto ante los ojos de todos. Duryodhana derramó lágrimas de humillación.

Bhima lanzó un grito tan potente que los cuatro puntos cardinales resonaron con su eco. Yudhisthira supo entonces que Jayadratha había muerto. Luego oyó el sonido de la devadatta y la panchajanya.

Arjuna se arrojó a los pies de Krishna y dijo:

—Señor, esto es todo obra tuya, sin ti, nadie puede hacer nada. Tú me ayudaste a cruzar este gran océano y me permitiste cumplir la promesa que hice a mi hijo. Con tu gracia, Yudhisthira gobernará el mundo después de la muerte de todos estos pecadores. Tú eres nuestro guía en el camino de la verdad.

Krishna sonrió complacido por las palabras de Arjuna y luego señalando al campo le dijo:

—Hoy Satyaki y tú habéis destruido siete akshauhinis de su ejército. De hecho Satyaki ha causado incluso más bajas que tú. Fíjate en el campo.

Luego regresaron al trote hacia la presencia de Yudhisthira. Por el camino Krishna le contó a Arjuna porqué le había pedido que depositase la cabeza de Jayadratha sobre el regazo de su padre. Le dijo:

—Brihadkshatra, el padre de Jayadratha, obtuvo este hijo después de realizar una gran penitencia. Obtuvo el don de que su hijo no podría ser aniquilado ni por un hombre ordinario ni por métodos ordinarios. Sólo podría morir en manos del más grande de los héroes y mediante la más poderosa de todas las armas. El don le fue concedido. Pero no satisfecho con eso, el padre quería otro don, quería que la cabeza del hombre que iba a provocar la caída de la cabeza de Jayadratha por tierra, estallase en mil pedazos, y ese don también le fue concedido. Fue por eso que te pedí que antes de que su cabeza llegase al suelo ordenases al astra que la depositase en el regazo de su padre, para que al levantarse fuese él, el que provocase la caída de su cabeza a tierra.

Por fin llegaron a la presencia de Yudhisthira. Yudhisthira saltó de su carro y se apresuró a abrazar a Arjuna. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Gracias, Dios, por esto —dijo Yudhisthira—. Arjuna, estás vivo. Krishna, me siento feliz de verte vivo. —Abrazó a Satyaki y a Bhima, estaba delirante de gozo. Dijo:— Krishna, tú eres la persona que lo ha hecho posible. Estoy seguro de que tu gracia es la única responsable del éxito de Arjuna. Arjuna pudo mantener su juramento porque tú habías decidido que no debía fallar. —Su voz salía entrecortada por las lágrimas.

Krishna dijo:

—No, Yudhisthira, estás equivocado. Jayadratha murió por el fuego de la ira que llameaba ayer en tus ojos. La ira de un buen hombre es más poderosa que nada en esta tierra. Tu ira fue la causa del éxito de Arjuna en esta empresa sobrehumana que se había impuesto.

Por primera vez en su vida Duryodhana comprendió que las palabras de Bhishma eran ciertas, y que no era posible vencer a Arjuna. Duryodhana estaba solo en su tienda, recapacitando sobre los acontecimientos del día y de los demás días que habían pasado. Comprendió que nadie podía igualar a Arjuna; ni Drona, ni Kripa, ni Aswatthama, ni siquiera Radheya. Nadie podía ser considerado como el igual de Arjuna. Había cruzado el ejército sin que nadie le ayudara y lo había destruido. Había matado a Jayadratha mientras todos estaban observando y nadie pudo detenerle. Confiando en toda esta gente, Duryodhana había despreciado las palabras de Krishna como si fueran absurdas. Él le había advertido de todo esto cuando estuvo en Hastinapura. Su tío Vidura le había estado previniendo una y otra vez del poder de Arjuna, pero él no le había hecho caso. Duryodhana estaba mudo de dolor. Fue hacia donde estaba Drona y le contó sus sentimientos. Quería que alguien le confortara. Radheya se sentía tan infeliz como él.

Duryodhana estaba llorando en la tienda del acharya. Le dijo:

—Fíjate, mi señor, en la ruina en que se encuentra nuestro ejército debido a Arjuna. Fíjate en el número de reyes que han perdido su vida por mi causa. Designé a nuestro abuelo Bhishma como nuestro primer comandante porque él no podía morir, pero incluso un hombre como él ha caído a manos de Arjuna. Hoy Arjuna y Satyaki han destruido siete akshauhinis. Muchos reyes vinieron a ayudarme y lucharon para que me convirtiese en el señor del mundo y ahora han sido enviados todos a la morada de la muerte, han perdido su vida por mí y yo aún sigo vivo. Soy como un cobarde que no puede luchar. He sobrevivido sólo para ver la muerte de mis queridos amigos que han sufrido por mis pecados. Ni cien aswamedhas lavarían la mancha de este pecado que he cometido. Le he fallado a mi amigo. Le había prometido a Jayadratha que no le tocarían ni un solo pelo de su cabeza. Cuando pienso en ese gran héroe llamado Jarasandha, mi corazón parece que va a romperse. Sudakshina ha muerto, igual que Srutayus, Achutayus y también Srutayudha, que era invencible, están todos muertos. Hemos perdido a los valientes

hermanos Vinda y Anuvinda y también a Alambusa. Yo soy la causa de la muerte de todos ellos. No me queda ninguna razón por la que vivir. Vengaré la muerte de todos esos amigos míos. Mataré a todos los pandavas y a los panchalas y satisfaré las almas de los muertos. Les mataré o moriré, uniéndome así a mis amigos que ya han alcanzado el cielo. Tengo que vengar la muerte de Jayadratha y Bhurisravas. Iré ahora mismo.

Drona sentía lástima por el rey al verle tan infeliz. No podía soportar ver las lágrimas en los ojos de Duryodhana. Le dijo:

—Mi querido Duryodhana, es bien sabido que Arjuna es invencible; estamos tratando de evitar enfrentarnos con la verdad. A nadie le es posible vencer a Arjuna. No pensemos en el pasado, no podemos hacer nada al respecto, aunque haré todo lo posible por complacerte. Te prometo que no me quitaré esta armadura hasta que no mueran todos tus enemigos. O ellos morirán o moriré yo. Lucharé hasta que no haya aliento en mi cuerpo. Mi hijo Aswatthama luchará también conmigo. No le permitiré a esa gente que duerma esta noche; lucharemos también por la noche. Lucharé con toda mi habilidad.

Drona partió hacia el campo de batalla.

Duryodhana y Radheya partieron juntos para el campo. Por el camino, Duryodhana dijo:

—¿Viste cómo Arjuna rompió el vyuha y cómo mató a Jayadratha? Todos estábamos protegiéndole y aun así le aniquiló. Mi ejército ha sido arrasado, más de la mitad ha sido aniquilado en un solo día por Arjuna y Satyaki. Estoy seguro de que el acharya permitió que Arjuna entrara en el vyuha porque Arjuna es su discípulo favorito, si no ¿cómo pudo haber ocurrido esto?, ¿cómo pudo Arjuna rebasar a Drona si no se lo hubiera permitido? Drona había asegurado a Jayadratha que le protegería pero le falló, dejando entrar a Arjuna en el vyuha. Si lo hubiera sabido, hubiera dejado que Jayadratha se fuera a su reino la noche anterior. Él estaba muy amedrentado y este hombre le aseguró que no moriría, pero ha permitido que Arjuna le matase. Fíjate en las víctimas, esparcidas por el campo; casi todos los muertos llevan flechas marcadas con el nombre de Arjuna. También muchos de mis hermanos han muerto. Estoy terriblemente enojado con Drona.

A Radheya no le gustaron aquellas palabras de Duryodhana y le dijo:

—No debes hablar así de nuestro acharya, está luchando tan bien como puede; ha hecho todo lo posible. A su edad es maravilloso que esté haciendo tanto por ti, le debes estar agradecido por eso. Arjuna no puede ser vencido por Drona. Arjuna, con su carro tirado por los caballos blancos y con Krishna de conductor, se las ha arreglado para eludir al acharya. No creo que esté bien por tu parte culpar a Drona por eso. Todos luchamos tan bien como pudimos, pero aun así no fue posible proteger a Jayadratha. Sólo puedo decir que el destino es más poderoso que todo el valor de un hombre. Duryodhana, hicimos cuanto pudimos por evitar la muerte de Jayadratha, pero si el destino había

decidido hacer lo contrario, no había nada que hacer y no tiene sentido culparnos unos a otros. El destino observa nuestras acciones, pero al final, todo acaba como él quiere. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido malogrado por el destino. Sólo podemos intentarlo al máximo, pero el resultado está en las manos del destino. No tiene sentido desafiar lo que la voluntad divina ha decidido, sólo podemos esperar lo mejor. Vamos, amigo mío, libérate de esa depresión y lucha. Lucharemos; el ganar o no, no lo decidimos nosotros.

Habían llegado a los límites del ejército. El ejército pandava estaba listo para luchar y la lucha comenzó. Era una escena terrible, el campo de batalla estaba oscuro, pues la luz del día se había extinguido y los dos ejércitos se encontraron en la oscuridad.

Drona luchó con gran acierto. Drona, Kripa, Radheya y Duryodhana atacaron al ejército de los pandavas con tal furia que no les era posible escapar de la muerte. Las flechas salían despedidas del arco de Duryodhana como un arroyo sin fin. Bhima acudió al rescate del ejército y los demás estaban también al frente defendiendo al ejército. Se entabló un duelo entre Duryodhana y Yudhisthira. Parecía que ambos estaban decididos a luchar hasta el fin de los tiempos, pero Drona interfirió y provocó de nuevo la lucha general. La oscuridad era un gran obstáculo para ambos bandos. A la luz de las estrellas no podían ver nada. Las flechas eran disparadas de cualquier modo y no tenían ningún blanco seguro. Parecían dos ejércitos ciegos luchando entre ellos. Las jabalinas y saktis que estaban siendo lanzadas parecían relámpagos que iluminaban el oscuro cielo. Drona estaba haciendo todo lo posible para matar a tantos hombres como podía. Quería ser el único destructor del ejército. Bhima estaba cumpliendo con su parte en aquella masacre general. Algunos de los hijos de Dhritarashtra cayeron en sus garras y fueron literalmente aplastados por él.

Somadatta se enfrentó con Satyaki en un duelo. Estaba lleno de odio hacia él por haber matado a su hijo Bhurisravas. La lucha se hizo peligrosamente intensa. El anciano ya había perdido a Sala y ahora había perdido a dos de sus hijos en un solo día. Fue una lucha terrible aunque naturalmente Satyaki era el más poderoso de los dos. Duryodhana tuvo que acudir para ayudar al anciano y Dhrishtadyumna fue a ayudar a Satyaki. Somadatta se desmayó y se lo llevaron fuera del campo. Aswatthama vino a retar a Satyaki y Ghatotkacha acudió también para enfrentarse con Aswatthama. Tan sólo ver al hijo de Bhima fue suficiente para hacer que el ejército kuru temblara de miedo. Su grito de guerra frente al ejército enemigo hacía que temblasen sus filas. Ghatotkacha había traído con él a un grupo de rakshasas, había llegado la noche y su fuerza se había incrementado.

Ghatotkacha había comenzado a usar sus tácticas de maya. Aswatthama era uno de los pocos a quien no le preocupaban estas acrobacias de Ghatotkacha, pues usaba sus astras para disipar la maya. Pero aquello agravó la situación. Ghatotkacha comenzó

a luchar furiosamente con Aswatthama entablándose un maravilloso duelo entre los dos. La habilidad de Ghatotkacha con el arco y las flechas no la había visto nadie hasta entonces. Aswatthama lanzó un chakra con la intención de matarle pero Ghatotkacha lo evadió muy ágilmente.

Se elevó en el cielo e intentó de nuevo sus tácticas de maya, pero todo era inútil frente a Aswatthama. Tuvo que descender y luchar normalmente de nuevo. El rey kuru se sentía desalentado viendo la astucia del grupo de rakshasas. Pero Aswatthama le confortó y le dijo:

—Por favor, no te preocupes, amigo mío. Me enfrentaré a todas sus tácticas y también a su maestro. Déjamelo a mí.

Duryodhana volvió al lugar donde estaba situado Sakuni y le ordenó luchar con los pandavas. Sakuni accedió y se fue rápidamente hacia el frente.

Capítulo XXV

DESAVENENCIAS ENTRE RADHEYA Y KRIPA

ESTA fue la primera vez que los pandavas vieron furioso a Aswatthama. Parecía Sankara cuando estaba quemando la hueste de los asuras. Nadie podía resistirse a sus flechas, nadie excepto el hijo de Bhima. Ghatotkacha y los príncipes panchalas lucharon muy bien, pero Aswatthama mató a la mayoría de aquellos príncipes. Ghatotkacha fue herido, se desmayó y se lo llevaron fuera del campo. También el ejército de los rakshasas de Ghatotkacha sufrió muchas pérdidas a manos de Aswatthama. La lucha se volvió ahora más intensa.

Viendo a tantos de sus hijos muertos, Drupada luchó con mucha valentía. Hubo un duelo entre Bhima y Bahlika. Bahlika era el padre de Somadatta, pero nadie podía creer que era un anciano cuando le vieron en el campo de batalla, era muy enérgico. Pero Bhima logró matarle arrojándole una poderosa maza. Se produjo una gran consternación por la caída de este anciano kuru. De hecho era el hombre más viejo del bando de los kurus, incluso Bhishma era más joven que él. Los hijos de Dhritarashtra fueron a luchar con Bhima, el cual mató a diez de ellos.

Sakuni había llegado con su ejército y Bhima mató a algunos de sus hermanos. Yudhisthira estaba destruyendo el ejército enemigo y Drona fue a rescatarlo de su acoso. Drona usó todos los astras que poseía para acosar a Yudhisthira, pero todos fueron contrarrestados por él. Usó los astras presididos por Varuna, Yama, Agni, Twashtar y Savita, pero fueron todos inútiles, incluso el astra de Indra. Con gran ira Drona trató de lanzar el brahmastra contra Yudhisthira, pero Yudhisthira se defendió con el mismo astra. Todo el mundo estaba observando el duelo. Se podían oír gritos de alegría surgiendo entre las huestes de los pandavas cuando vieron el fantástico despliegue de Yudhisthira.

Drona tuvo que abandonar su lucha con Yudhisthira y poner su atención en el resto del ejército.

Pero el ejército no podía soportar a este hombre que se había vuelto tan cruel. Arjuna y Bhima vinieron al frente y comenzaron a luchar con Drona atacándole por ambos lados. El ejército del rey kuru estaba comenzando a deshacerse. Los dos hermanos estaban lanzando flechas sobre el ejército dirigido por Drona. Parecía que todo iba a acabar en cuestión de momentos. Duryodhana dijo:

—Radheya, tú eres mi única esperanza, debes detener este río de muertes antes de que se desborde. Me siento infeliz por el curso que están tomando las cosas.

Radheya dijo:

—Iré y lucharé con ellos. Ni siquiera Indra puede salvarles de mí; por favor, deja de preocuparte. Iré y mataré a Arjuna para hacerte feliz. Si Arjuna muere, el poder de los pandavas se acabará. Tengo mi sakti conmigo; lo usaré sobre él y morirá aniquilado por su propio padre. Ahora mismo iré a retar al gran Arjuna. Mira y observa cómo derroto al ejército y venzo a los pandavas, mataré a Arjuna.

Kripa estaba allí, escuchando aquella conversación entre los dos y se rió despreciativamente de Radheya, dijo:

—¡Excelente!, ¡excelente!, tus palabras son maravillosas. Si fuera posible conseguirlo todo sólo con palabras, entonces el monarca kuru habría encontrado al hombre perfecto para conducirle en estos difíciles días: Radheya, hablas demasiado. Pronuncias palabras valientes en la presencia de Duryodhana, pero aún está por verse la acción que va a seguir a esas palabras: serás vencido por los pandavas cuando te enfrentes a ellos en la batalla. Te he visto en acción. Hace escasamente unos meses nos concediste el placer de verte luchar con Arjuna en las afueras de la ciudad de Virata. ¿Por qué hablas tanto? No eres capaz ni de enfrentarte con Arjuna a solas y ahora dices que te enfrentarás con todos los pandavas, conducidos por Krishna. Si de verdad eres un hombre de acción, debes actuar sin hablar tanto. Cállate y deja que tus manos hablen por ti. Eres como una nube de otoño, que hace mucho ruido pero no suelta ni una sola gota de agua. Sé que hablarás de lo bravo que eres, mientras no te enfrentes con Arjuna. Una vez que te enfrentes con él, comprobaremos que tus palabras son sólo palabras. Dicen que lo propio de un kshatrya es la acción y lo propio de un brahmín son sus charlas. Sé que Arjuna es bueno con el arco, pero Radheya sólo es bueno construyendo castillos en el aire.

Radheya estaba furioso con Kripa y le dijo:

—¿Hablar? Por supuesto que lo hago. Todos los héroes hablan cuando hay una lucha en perspectiva. No veo nada malo en hablar, pero tus comentarios, mi señor, son insultantes. No sólo soy un luchador, estoy seguro de que lucharé bien contra los pandavas. Sé que Krishna está de su lado, pero trataré de vencerles a todos para

complacer a mi rey. Ganaré el mundo y lo pondré a los pies de mi rey que es el único amigo que tengo.

Kripa dijo:

—Te repito de nuevo que estás construyendo castillos en el aire. Sé que la victoria es de ellos porque Krishna está de su lado y Arjuna es invencible. Los pandavas no pueden ser vencidos, ya que siempre han sido justos. Yudhisthira es la imagen del Dharma y Arjuna es un gran héroe, no es un adversario fácil. Ya es sólo cuestión de días antes de que Yudhisthira se convierta en el señor de la tierra. Esto es sólo una bravata por tu parte. No podrás enfrentarte con Arjuna. ¿Por qué hablas entonces de vencerle?

Radheya dijo:

—Estoy de acuerdo contigo cuando dices que los pandavas son justos, que Yudhisthira es la imagen del Dharma y que Arjuna es un gran héroe y que no es un adversario fácil; acepto todo eso; pero puedo vencerle. Tengo el sakti que me dio Indra, no puedo fallar. ¡No te atrevas a hablar despectivamente de eso! Si Arjuna muere, los otros hermanos no serán lo suficientemente fuertes para vencernos. Sé que puedo ganar este mundo para mi rey en la lucha de hoy. Pero tú eres parcial con los pandavas, siempre hablas bien de ellos y mal de nosotros. Si vuelves a hablar así me harás enfadar tanto que perderé todo reparo y te cortaré la lengua con mi espada, para que no puedas volver a hablar en ese tono. La guerra es una cosa incierta y la victoria es una mujer difícil de cortejar que hasta ahora ha estado favoreciendo a los pandavas. Bhishma ha caído y varios de los hermanos del rey han perecido. Héroes como Bhagadatta, que eran considerados invencibles, han muerto también. Cuando veo que tantos de nuestros héroes han sido aniquilados por los pandavas sólo puedo decir que el destino está en contra de nosotros. Yo no creo que los pandavas sean más poderosos, ¡no! Es el destino el que ha sido responsable de su éxito hasta ahora. Es el destino el que es más poderoso. Lucharé con ellos tan bien como pueda y el resto queda en manos del destino. Creo que es él el que es superior a mí, y no Arjuna.

Al decir esto, Radheya se lanzó sobre Kripa con la espada desenvainada. Aswatthama intervino y le detuvo. Le disgustó la actitud de Radheya y dirigiéndose a él le dijo:

—Te mataré por el modo en que le estás hablando a mi tío. Duryodhana se interpuso entre ellos y detuvo a Aswatthama. Radheya dijo:

—Suéltale, mi señor, siempre me ha estado tratando así. Lucharé con él primero. Kripa dijo:

—Duryodhana, hasta ahora le hemos permitido a este hombre que hablara así porque le tienes cariño. Deja ahora que Arjuna castigue su arrogancia. No voy a darle más vueltas al asunto.

Duryodhana dijo:

—Aswatthama, por favor, detente, te lo ruego. Este no es el momento para luchas personales. Dependo de todos vosotros para que me ayudéis a ganar esta guerra y el ejército de los pandavas viene ahora hacia nosotros, por favor, olvida esto. Te pido humildemente que no te enfades con Radheya, él me es muy querido.

El hijo del acharya logró controlarse pues sentía lástima de Duryodhana. Luego Radheya cogió su arco y se fue hacia el ejército enemigo.

Capítulo XXVI

LA BATALLA A MEDIANOCHE

EL ejército pandava vio a Radheya avanzando hacia ellos y dijo: « Aquí viene Radheya con una expresión terrible. Siempre ha odiado a los pandavas y ha decidido matarles. » Radheya se lanzó sobre el ejército con la intención de destruirle. Era terrible con su arco y sus flechas. El ejército sufrió grandes perdidas en sus manos. Su furia era como la de Indra cuando luchó con los asuras. El ejército estaba siendo acosado furiosamente por él. Arjuna acudió a defender a su ejército. Viendo cómo Arjuna venía decidido a entablar un duelo con él, los ojos de Radheya se iluminaron anhelantes. Fue un espléndido espectáculo aquel duelo entre los dos. En aquella oscura noche iluminada sólo por las estrellas y los fogonazos como relámpagos que producían las muchas flechas y jabalinas, ambos lucharon decididos a matarse mutuamente. Radheya se quedó por un momento sin arco y sin carro. Duryodhana estaba furioso con Arjuna. Dijo para sí: « Lucharé con los pandavas y les mataré a todos », y se fue a ayudar a su amigo. Kripa se acercó a su sobrino Aswatthama y le dijo:

—Duryodhana ha ido a luchar con Arjuna y piensa que puede destruir a los pandavas. Debes ir corriendo a proteger al rey o si no será aniquilado en un momento. En su ira contra él los pandavas le arrasarán. Es urgente que alguien vaya a ayudarle.

Aswatthama fue corriendo a donde estaba el rey y le dijo:

—Duryodhana, ¿por qué has de luchar estando yo aquí? Mi rey, mientras todos estemos vivos, no hay ninguna razón para que vayas al frente. Yo lucharé con Arjuna, te pido que regreses y contemples la lucha.

Duryodhana dijo:

—Estoy nervioso. Tu padre, el gran acharya, protege a los pandavas, porque son sus discípulos favoritos y tú también te has mostrado indiferente durante estos días. Creo que tú también eres como tu padre. Tu valor ha estado en letargo hasta ahora. Estoy seguro de que te comportas así para complacer a Yudhisthira o quizás a su reina Draupadi. He tenido la mala suerte de que casi todos los que me tienen afecto han sido vencidos o aniquilados. Dependo de ti para que destruyas el ejército de los pandavas; por favor, ve y atácales. Envíalos ahora mismo a la morada de Yama.

Aswatthama dijo:

—Lo que dices es cierto, yo y mi padre les tenemos mucho aprecio a los pandavas, pero también sentimos por ti el mismo aprecio y podemos dejar a un lado nuestros sentimientos cuando estamos luchando, estáte seguro de eso. Yo estoy aquí y junto con Radheya, Salya, Kripa, Kritavarma y mi padre, destruiré el ejército de los pandavas. Tienes una naturaleza muy suspicaz y es por eso por lo que desconfías de nosotros, pero no es justo. Lucharé hasta que el último aliento abandone mi cuerpo. Hoy verás mi valor cuando ataque a los pandavas.

Después de decir esto se alejó de la presencia de Duryodhana para luchar con los pandavas.

Aswatthama luchó con furia. No había nadie que pudiera enfrentársele al hijo de Drona. Dhrishtadyumna vino a luchar con él, ambos se odiaban mutuamente. Aswatthama pensó que podía evitar la muerte de su padre matando a Dhrishtadyumna; su duelo con palabras fue más hiriente que su duelo con las flechas. Se estaban insultando mutuamente, lanzándose miradas furibundas y su lucha fue también terrible. El ejército de los panchalas había sufrido una gran pérdida por causa de Aswatthama. Venció a Dhrishtadyumna haciéndole perder su arco y su carro. Hubo un gran clamor en la hueste de los kurus al ver esto.

La lucha se había vuelto general de nuevo. El rey kuru estaba decidido a luchar con Yudhisthira, pero fue retado por Bhima. Los hermanos pandavas por un bando y Drona, Duryodhana y el resto de ellos por el otro, estaban enzarzados luchando una batalla desesperada. Somadatta se enfrentó de nuevo con Satyaki. Fue un duelo maravilloso. Lucharon por largo tiempo, hasta que finalmente Satyaki, lanzándole una flecha fuerte y afilada, mató a Somadatta. Drona fue hacia allí y Yudhisthira se unió a Satyaki en su lucha. Se produjo una matanza general en ambos bandos. Yudhisthira hizo que Drona se desmayara, pero Drona se recuperó y le disparó la Vayavyastra, que Yudhisthira contrarrestó enviando el mismo astra. Krishna fue rápidamente hacia Yudhisthira y le dijo:

—Drona está decidido a capturarte, ¿por qué vas tan a menudo hacia él?. Hay un hombre que ha nacido para matarle y ése es Dhrishtadyumna. Deja que él se encargue de Drona. Mira a Bhima luchando con el monarca kuru, ve allí y únete a él. Lo correcto es que un rey luche con otro rey.

Yudhisthira asintió y se fue al lugar donde Bhima estaba luchando con Duryodhana.

La oscuridad era impenetrable y los soldados comenzaron a destruirse unos a otros pensando que todos eran enemigos. Drona y el rey intercambiaron impresiones y decidieron que los soldados llevaran antorchas y dejaran sus armas. Todos accedieron muy felices a hacerlo. El campo fue iluminado de repente por millones de antorchas

que los soldados ordinarios llevaban en las manos. El ejército pandava hizo también lo mismo. La lucha se iba a volver ahora en una serie de duelos entre los diversos héroes. Duryodhana ordenó que sus héroes protegieran a su comandante. Dijo:

—No hay nadie en el bando de los pandavas que pueda herir a nuestro acharya, excepto Dhrishtadyumna. Debéis evitar que se produzca un encuentro entre ellos.

Se produjeron varios duelos entre los diversos héroes. Era una escena maravillosa ver los duelos sin que el ejército distrajera la atención. El campo tenía un aspecto tan brillante como si fuera de día, iluminado por las muchas antorchas. Satyaki mató a un rey llamado Bhuri, Ghatotkacha fue vencido por Aswatthama y Bhima pudo vencer a Duryodhana.

Radheya se enfrentó con Shadeva en un duelo. Shadeva luchó maravillosamente, pero en pocos instantes Radheya había matado sus caballos y cortado su arco. Shadeva cogió entonces una espada, pero también fue quebrada por el gran Radheya con una sonrisa provocativa dibujándose permanentemente en su labios. Shadeva le arrojó una maza a Radheya, pero también fue detenida por él. Luego Shadeva saltó del carro y cogió la rueda de su carro y se la lanzó a a Radheya, pero con una simple flecha Radheya pudo detener su vuelo. El pobre Shadeva estaba completamente indefenso y a merced de Radheya, el cual, con una sonrisa que era más escarnio que otra cosa, se acercó a Shadeva y le dijo:

—Mi querido hijo, no intentes lo imposible. Ve a buscar a un igual y lucha con él. No está bien para ti que luches con tus superiores.

Radheya no quería matar a su hermano, el cual estaba a su merced, sólo tocó a Shadeva con el extremo de su arco como lo había hecho con Bhima, insultándolo de ese modo. Radheya le dijo:

—Tu hermano Arjuna está luchando allí en el frente. Él es un gran héroe, ve a unirte a él o vuelve a casa.

Después de humillarle, Radheya se fue de la presencia de Shadeva. Sorprendido, pensando en que Radheya no le había matado a pesar de haber podido hacerlo, Shadeva se dirigió hacia el ejército de los panchalas. Virata fue vencido por Salya y Arjuna pudo vencer a un rey llamado Ala. Nakula pudo vencer a Sakuni y Kripa derrotó a Sikhandi.

Drona y Dhrishtadyumna se enfrentaron en un fiero duelo, que hubiera durado más tiempo si no hubiera sido porque varios héroes, recordando las instrucciones de Duryodhana, fueron a la defensa de Drona. A Dhrishtadyumna se le unieron también guerreros de su bando y la lucha se hizo general. Radheya era la estrella principal por el momento, no había nada que pudiera detenerle a él y a sus flechas. Todos sufrían derrota en sus manos. Satyaki y Radheya lucharon un duelo glorioso. A donde quiera que iba el hermoso Satyaki, todos los ojos se volvían hacia él. Tanto Radheya como

Satyaki conocían el uso de todos los astras y fue sorprendente observar su lucha. El duelo no continuó porque llegaron guerreros a ayudarles a ambos y la lucha se hizo general. Radheya oyó el resonar del gandiva y yendo hacia Duryodhana le dijo:

—Arjuna ha comenzado a destruir el ejército, este sonido incesante sólo puede significar eso, puedo oír el clamor de pánico de nuestro ejército ante su avance. Satyaki está enfrentándose conmigo, trataré de matarle. Será bastante fácil. Por favor, manda que una porción del ejército acose a Arjuna. Trataremos de matar a Satyaki y a Dhrishtadyumna, luego nada podrá evitar que la victoria venga hacia ti con los brazos abiertos.

Duryodhana y Sakuni fueron a atacar a Arjuna. Radheya volvió para luchar con Satyaki, pero los pandavas acudieron a ayudarle. La batalla era rabiosa como una terrible tormenta, nunca había sido tan fiera como lo fue aquella noche. El valor de Arjuna por un lado y el de Radheya, Drona y Aswatthama por el otro, era algo que causó terror en los corazones de ambos ejércitos. Radheya se las arregló para vencer a Dhrishtadyumna. Arjuna y Bhima dieron nueva vida a su ejército y avanzaron hacia Radheya. Krishna le estaba pidiendo a Arjuna que hiciera todo lo que pudiera para dar ánimos a los corazones de los guerreros. Vio que Drona estaba luchando con extremado vigor. Radheya parecía incontenible y estaba causando estragos. Todo el mundo dijo: « No es posible enfrentarse con Radheya, es como el dios de la muerte, no podemos enfrentarnos con él », y diciendo esto salían corriendo del campo. Y si oían moverse una brizna de hierba soplada por la brisa, pensaban que era Radheya que les perseguía: tal era el pánico que había causado en el ejército de los pandavas.

Yudhisthira estaba aterrado por la matanza que estaba haciendo Radheya. Arjuna dijo:

—Krishna, Radheya está terrible hoy. Yudhisthira está amedrentado por el valor de Radheya y no tiene esperanzas de que el ejército sobreviva esta noche. Tengo que ir hacia Radheya y luchar con él ahora mismo. Nuestro ejército está sufriendo el duro acoso de las flechas de ese hombre que son como rayos. Condúceme ante él inmediatamente, tengo que matarle.

Krishna no quería que esto ocurriera. Sabía que Radheya tenía el sakti con él y que en su furia, con toda seguridad iba a lanzárselo a Arjuna y le mataría sin duda alguna. Krishna dijo:

—Arjuna, hay dos personas que pueden luchar con Radheya, una por supuesto eres tú y la otra es Ghatotkacha. Él puede vencer fácilmente a Radheya. Tú mientras tanto puedes luchar con Drona y los otros y evitar la captura de Yudhisthira.

Arjuna accedió de mala gana a la sugerencia de Krishna. Él quería luchar con Radheya, pero la advertencia de Krishna sobre la seguridad de Yudhisthira era algo sobre lo que pensar. No quería que ocurriera ninguna calamidad. También se daba el hecho de que

Ghatotkacha era suficientemente bueno para luchar con Radheya. Arjuna mandó llamar a Ghatotkacha, y Krishna sonriéndole le dijo:

—Ahora todos dependemos de tu ayuda. Fíjate en nuestro ejército. Está siendo destruido por Radheya. No hay nadie que se le pueda oponer, excepto tú. Tú eres muy hábil usando las tácticas de la maya. Inténtalo y destruye al ejército de los kurus. Lucha con Radheya usando tus astras divinos y mátale, harás un gran servicio a los pandavas. No puedo soportar ver cómo los pandavas son vencidos por Radheya. Arjuna estará luchando con Drona y Aswatthama, apoyado por nuestro comandante Dhrishtadyumna. Quiero que te enfrentes con Radheya.

Escuchando las palabras de Krishna, Ghatotkacha dijo:

—Iré inmediatamente y me prepararé para la lucha.

Arjuna dijo:

—Mi querido Ghatotkacha, tendrás a Satyaki contigo. Los dos juntos seréis capaces de hacer maravillas.

El gran Ghatotkacha estaba muy feliz con la perspectiva de lucha que tenía por delante y se fue al encuentro de Radheya. Viéndole, el ejército kuru sintió terror.

Capítulo XXVII

GHATOTKACHA SIEMBRA EL PÁNICO EN EL EJÉRCITO KURU

La lucha entre Radheya y Ghatotkacha comenzó en medio de la horrible noche. Duryodhana al ver a los dos dispuestos a matarse dijo:

—Dussasana, Arjuna ha enviado al terrible Ghatotkacha para luchar con mi Radheya. Debes ir a ayudar a Radheya. Llévate una buena porción del ejército contigo y ayúdale a detener al ejército de rakshasas y a Ghatotkacha.

Mientras le estaba hablando a Dussasana, se acercó al rey el hijo de Jatasura y le dijo:

—Quiero luchar de tu lado para vengar la muerte de mi padre que fue aniquilado por Bhima. Quiero luchar contra los pandavas.

Su llegada fue tan oportuna que Duryodhana se sintió muy feliz por ello. Le dijo:

—Te doy la bienvenida a nuestro bando. Ahora, por favor, ve y lucha con Ghatotkacha, el hijo de Bhima.

El hijo de Jatasura fue a toda prisa hacia el lugar donde estaba Ghatotkacha y comenzó a luchar contra él. La lucha fue tan terrible como la de Ghatotkacha y Alambusa, que tuvo lugar aquella misma mañana. Ambos usaban técnicas de maya. El recién llegado era un terror. Estaba destruyendo al ejército pandava a una velocidad alarmante. Ambos ejércitos estaban ahora a la merced de los dos rakshasas y los corazones de todos estaban

llenos de terror. El hijo de Jatasura se quedó sin carro e invitó a Ghatotkacha a una lucha mano a mano. De nuevo parecía la lucha que sostuvieron Ghatotkacha y el gran Alambusa. Ghatotkacha pensó que la lucha ya había durado suficiente y decidió matar a su adversario. Saltó hacia el cielo y descendió en picado sobre él. Agarró al hijo de Jatasura y le cortó la cabeza con la espada que tenía en su mano. Levantó la cabeza con su mano y fue hacia el carro de Duryodhana. Con una sonrisa en sus labios rojos, Ghatotkacha colocó la cabeza en el carro del rey y le dijo:

—Se dice que no se debe visitar a un rey sin un regalo. Aquí está la cabeza de alguien con el que estás emparentado y si esperas un poco más, te traeré la cabeza de alguien que te es muy querido, la cabeza de Radheya.

Ghatotkacha no esperó su respuesta, volvió rápidamente a la presencia de Radheya y reanudó la lucha.

Su aspecto inspiraba terror a todos, con su cuerpo enorme y sus ojos furiosos. Radheya estaba en excelente forma, aunque estaba sorprendido por las tácticas de maya del hijo de Bhima. Todos los astras que lanzaba uno, eran contrarrestados por el otro. La lucha se detuvo en muchos lugares del campo, todo el mundo estaba observando el encuentro entre aquellos dos. Era algo único. Ghatotkacha estaba destruyendo al ejército con la ayuda de su maya; estaban muriendo por miles y se oía el ruido de sus quejidos y gritos por todo el campo. Radheya permanecía impávido ante la terrible maniobra de Ghatotkacha. Su maya le estaba creando muchas dificultades y no era fácil para Radheya luchar con alguien que en un momento estaba en el suelo y al momento siguiente suspendido en el cielo. Radheya fue cubierto por las flechas que literalmente le llovían desde el cielo y lanzó sus astras divinos para combatir la maya de Ghatotkacha. Ghatotkacha asumía diferentes formas y acosaba a todo el ejército. No podía hacer nada contra él. Tan pronto como era destruida su maya por Radheya, descendía a la tierra y luchaba normalmente, pero poco después saltaba nuevamente al cielo y comenzaba de nuevo su juego.

A Duryodhana se le acercó otro rakshasa llamado Alayudha que traía con él un inmenso ejército. Se acercó al rey y le dijo:

—Mi nombre es Alayudha. Hidimba, Kirmira y Baka eran todos parientes míos y Bhima les mató a todos. He oído hablar de esta guerra y he venido a ti para que me dejes luchar a tu lado. Quiero vengarme de Bhima por todo lo que nos ha hecho. Se llevó a Hidimbi, la cual debía habernos pertenecido a uno de nosotros. Quiero matar a Bhima y al hijo de Hidimbi. Por favor, déjame luchar a tu lado.

Duryodhana estaba muy complacido de tener a un rakshasa que luchara por él y le pidió que primero acosara a Ghatotkacha y le matara; luego podría matar a Bhima. Alayudha fue y retó a Ghatotkacha. Los kurus estaban muy complacidos con la llegada

de Alayudha. Todos le vitorearon mientras se dirigía al lugar donde estaba ocurriendo la lucha entre Radheya y Ghatotkacha.

Radheya era muy superior a Aswatthama, Kripa, Drona y Kritavarma. Era mejor que todos ellos juntos. Esto era algo evidente para todos. Cuando en el día del torneo, Radheya exhibió sus habilidades, Yudhisthira reconoció su valía. Sabía que era el mejor arquero del mundo. Esta era la única nube en el horizonte de su mente; siempre había temido la grandeza de Radheya, pero Ghatotkacha le estaba haciendo dar lo mejor de sí. Ahora había reducido el tamaño del ejército kuru, causando un pánico entre sus filas que había que verlo para creerlo.

Duryodhana mandó llamar a Alayudha y le dijo:

—Fíjate cómo mi ejército está siendo hostigado por el hijo de tu enemigo. El hombre que está luchando con él es Radheya, el mejor arquero del mundo. Debes acudir en su ayuda y matar a Ghatotkacha para salvar al ejército.

Ahora eran dos los que luchaban contra Ghatotkacha, y Bhima pensó que alguien tenía que intervenir. Vio que a su hijo le sería difícil enfrentarse a aquellos dos poderosos adversarios. Bhima fue e hirió al recién llegado con sus flechas. Viéndole, Alayudha dejó al hijo y fue hacia el padre, entablándose un duelo entre ellos. Los ayudantes rakshasas de Alayudha comenzaron a atacar al ejército de los pandavas. Estaban sufriendo mayores pérdidas que el ejército kuru, pues no esperaban un ataque de rakshasas, confiados en que Alambusa había muerto por la mañana. Krishna dijo:

—Arjuna, debes ir a ayudar a tu hermano. Está siendo acosado por este horrible rakshasa y nuestro ejército también está sufriendo; debemos matar a ese Alayudha.

Toda la hueste de los pandavas conducida por Arjuna fue hacia Radheya y los otros rakshasas para matarles si era posible. A Bhima no le iba demasiado bien en su duelo con Alayudha. Había perdido su carro y estaban enzarzados en una lucha con maza. Parecía como si Bhima fuera a perder la lucha. Krishna fue hacia Ghatotkacha y le pidió que fuera a ayudar a su padre. Ghatotkacha dejó a Radheya y fue a ayudar a su padre. El grupo de los pandavas estaba luchando con Radheya. Después de luchar durante un rato, Ghatotkacha mató a Alayudha. Luego le cortó la cabeza y también se la llevó al carro del rey kuru, dejándosela allí. Sólo sonrió y volvió sin decir nada. Duryodhana estaba aterrado viendo la cabeza de Alayudha.

El grito de guerra de Ghatotkacha llenó de nuevo el cielo, comenzando otra vez con sus tácticas de maya. De nuevo Radheya tuvo que contrarrestarlas todas con sus astras. Radheya hacía que fracasasen todos sus intentos. Si el terrible Ghatotkacha lanzaba un aluvión de piedras, Radheya lanzaba el vayavyastra y si le lanzaba una lluvia de flechas desde el cielo, Radheya enviaba el aindrastra, disipando la nube de flechas. Pero aun así, el ejército estaba atrapado en las garras del terror, los soldados

kurus estaban mudos de horror. No podían ni siquiera estar allí. Todos gritaban por todas partes: « Radheya, ten misericordia de nosotros, mata a este terrible rakshasa. No podemos seguir en el campo mientras esté aquí. Estamos sufriendo como nunca antes habíamos sufrido. Tú eres el único que puede protegernos. Arjuna y Bhima nos están matando por cientos, pero Ghatotkacha ha destruido a la mayoría del ejército. Debes matar a Ghatotkacha con el sakti que posees. Esa es la única arma que puede matar a este rakshasa asesino. » Radheya les oyó a todos y se dio cuenta de que esa era la única forma de hacerlo. Ghatotkacha había causado demasiados estragos en el ejército kuru. Aunque hacía todo lo que podía, no podía herirle. Ninguno de los astras pudo matarle y era perentorio que muriera inmediatamente, tenía que hacerlo.

Capítulo XXVIII

LA MUERTE DE GHATOTKACHA

RADHEYA supo que el destino estaba en contra de él. Tenía esperanzas de matar a Arjuna, mientras tenía el sakti con él, pero ahora, tenía que renunciar al sakti para que se salvara el ejército. Con un gran suspiro, como el último aliento de un hombre moribundo, Radheya cogió el sakti en su mano y recordó cómo lo consiguió de Indra. Indra le había dicho: « Te daré mi sakti, pero sólo puedes usarlo contra un enemigo, sólo lo puedes usar una vez. Con toda certeza matará a la persona contra la que lo lances, pero no podrás volver a lanzarlo pues volverá a mí de inmediato. » Radheya había dicho: « Sólo lo necesito contra una persona, sólo una vez, luego puede volver a ti. ¡Sólo tengo un enemigo! » Indra había dicho: « Sé que te refieres a Arjuna, pero mientras Arjuna esté protegido por Krishna, nadie puede dañarle, ni siquiera mi sakti. Krishna, la encarnación del Señor, ha asumido la tarea de proteger a los pandavas. Tu poder decaerá ante el suyo. » Radheya no había prestado ninguna atención a las palabras de Indra, pero ahora se acordó de todo cuando cogió el sakti en su mano derecha para usarlo contra Ghatotkacha. Sí, el destino era demasiado poderoso, no tenía ninguna opción contra él, absolutamente ninguna. Iba a perder todas las esperanzas de matar a Arjuna. El sakti era la única cosa que le podía haber ayudado, pero tenía que usarlo con el rakshasa Ghatotkacha, para salvar al ejército de su amigo. Encogiéndose de hombros con resignación, apartó de su cabeza los pensamientos sobre el mañana. Moriría en el campo de batalla, sería aniquilado por su hermano Arjuna. Los deseos de su madre se volverían realidad. Dado que ella quería que Arjuna viviera, ¡que así fuera! Arjuna viviría y Radheya moriría. Krishna le había enviado a Ghatotkacha para hacerle perder el sakti, podía suponérselo; pero a Radheya no le importaba nada, tenía que cumplir con su deber, tenía que matar a aquel rakshasa. Él sabía que los pandavas no podrían ser derrotados. Se dijo para sí mismo: « Mi querido amigo, mi amado Duryodhana, ahora estás perdido. En cuanto mate a Ghatotkacha con el sakti, todos tus sueños de

gobernar el mundo se quedarán sólo en sueños, pero yo seré feliz cuando muera, me sentiré verdaderamente feliz de ser liberado de esta atadura humana. Estoy harto de esta vida. »

Radheya cogió el sakti en la mano derecha y lo miró durante un momento; las lágrimas inundaron sus ojos pues odiaba desprenderse de él, pero tenía que hacerlo. Después de secar sus lágrimas, Radheya se lo arrojó a Ghatotkacha. Se produjo una gran conmoción en el cielo y en la tierra cuando el sakti partió como el fogonazo de un relámpago atravesando la nube de maya que estaba cubriendo a Ghatotkacha. El hijo de Bhima supo que iba a morir; el sakti entró en el poderoso pecho de Ghatotkacha, el cual en cuanto se dio cuenta de que iba a morir, decidió prestar su último servicio en ayuda de los pandavas. Y usando su maya por última vez, hizo que su cuerpo creciera hasta alcanzar inmensas proporciones y al desplomarse, cayó sobre el ejército kuru aplastando todo un akshauhini. El gran Ghatotkacha había muerto. Ya no hostigaría más al ejército de los kurus.

El rey estaba orgulloso del logro de Radheya y le subió a su propio carro como una muestra de honor especial. Los corazones de todos los kurus estaban llenos de gozo cuando vieron cómo Ghatotkacha cayó muerto por el sakti de Radheya. Bhima estaba conmocionado por la muerte de su hijo. Fue hacia su hermano Yudhisthira y lloró lágrimas de angustia. Nunca pensó que su Ghatotkacha moriría. Hacía justo unos momentos había venido a ayudarle a luchar con el poderoso Alayudha y era mucho más poderoso que el mismo Bhima. ¿Cómo pudo morir? Bhima no era capaz de tenerse en pie. Se sentó en el suelo con la cabeza entre sus manos y lloró lágrimas amargas. Su dolor era inconsolable. Yudhisthira también estaba muy afligido, Ghatotkacha era su amigo favorito y tuvo que morir por esta guerra. Yudhisthira no sabía cómo consolar a Bhima, cogió sus manos con las suyas y se secó sus propias lágrimas, que resbalaban incesantemente por su rostro formando pequeños riachuelos. Ambos sentados trataban de consolarse el uno al otro. Krishna, sin embargo, estaba loco de alegría cuando vio morir a Ghatotkacha. Saltó de su carro y abrazó a Arjuna una y otra vez. Era una conducta inusual por su parte y a Arjuna no le gustaba en absoluto. Él estaba conmocionado por el dolor que le causó la muerte de Ghatotkacha y este gozo de Krishna estaba fuera de lugar, era indecente. Arjuna le dijo:

—Krishna, hace sólo un momento que hemos visto cómo aniquilaban a Ghatotkacha y todos nos sentimos muy infelices por ello, pero tú pareces estar feliz. Tu conducta no es propia. No puedo comprender por tu parte el por qué de esta alegría tan fuera de lugar. Debes decirme qué te hace tan feliz.

Krishna dijo:

—Arjuna, hoy es el día más feliz de mi vida. El gran sakti que tenía Radheya ha regresado ahora a Indra. Ya no hay por qué temer a Radheya, ya se le puede dar

por muerto. Si supieses las noches de insomnio que he pasado pensando en ese sakti, comprenderías mi gozo. ¿Crees que habrías podido oponerte a Radheya mientras tuviera el sakti en su poder? Era invencible. Todo el mundo decía que Arjuna era el héroe más grande y que era invencible, pero estaban equivocados.

»Cuando estuve en Hastinapura para proponerle a Duryodhana hacer las paces con los pandavas, él dijo: "Tengo a Radheya y sólo con su ayuda me sería suficiente para ganar la guerra." Bhishma y Drona sonrieron dando a entender que no consideraban que Radheya tuviese tanto poder. Pero yo sabía que Duryodhana estaba diciendo la verdad cuando dijo que Radheya le era suficiente para destruir a los pandavas. Duryodhana quiere mucho a Radheya y el amor da un tercer ojo para ver lo que otros no pueden ver. Duryodhana sabía instintivamente que su Radheya era el más grande de todos los arqueros. Tú no eres su igual en absoluto. Bhishma al comienzo de la guerra dijo que debido a que había perdido su kavacha y sus kundalas y que debido a que sobre él pesaban dos maldiciones, Radheya no era tan bueno como los otros maharathikas y Bhishma le equiparó con los ardharathikas. Pero ese anciano estaba equivocado. Radheya con su sakti era más poderoso que todos los dioses de los cielos. Si Radheya no hubiera perdido su kavacha y sus kundalas, o si tuviera su sakti con él, nadie, ni Indra, ni Varuna, ni Kubera hubieran podido resistírsele en una batalla. Era invencible. Ni tú con tu gandiva ni yo con mi chakra le habríamos podido vencer. Por tu bien, Indra le pidió un don a Radheya y se llevó su kavacha y sus kundalas, pero él le había dado su sakti. Ahora sin su sakti, Radheya es como una serpiente sin colmillos, como un fuego que ha comenzado a perder su furia. Radheya ha perdido su divinidad y ya puede ser abatido, pero incluso ahora, no hay nadie que sea suficientemente bueno para matarle excepto tú, Arjuna.

»Radheya es un hombre piadoso y ha realizado muchas buenas acciones. Ha honrado a aquellos que se lo merecen. Su automortificación es tal que ningún otro ser humano puede hacerla. Es muy compasivo, muestra compasión incluso hasta con sus enemigos. Es el más grande de todos los arqueros. El mismo Bhargava ha dicho que es su igual. Yo conozco la grandeza de Radheya y Yudhisthira también. Él sabe que Radheya es el único hombre que han de temer los pandavas. Radheya es como un león en medio de elefantes, es como el Sol al mediodía, que no puede vérsele por su brillo. Nunca habéis conocido ni comprendido la grandeza de Radheya, pero yo la conozco. Podéis considerarle tan grande como Yudhisthira, incluso más. El gran Radheya se ha convertido hoy en un humano después de haber arrojado su sakti. Ahora puede ser aniquilado por ti en la guerra. Me siento muy feliz porque has sido rescatado de las mandíbulas de la muerte. Pero ven, vayamos al frente, Drona está atacando nuestro ejército. Están tan felices por la muerte de Ghatotkacha que combatirán como si estuvieran intoxicados.»

Satyaki le preguntó a Krishna por qué Radheya no había usado el sakti contra Arjuna

durante todos estos días. Krishna dijo:

—Cada noche en el campamento todos cambiaban impresiones acerca de la guerra. Dussasana, Sakuni y Duryodhana le pedían que a la mañana siguiente matara a Arjuna con el sakti. Radheya accedía y cada mañana partía con la intención de retar a Arjuna a un combate singular para matarle con el sakti, pero yo siempre estaba observándole y maniobraba el carro de forma que nunca se enfrentaran; al menos no por tanto rato como para luchar un duelo. Además, nublaba la mente de Radheya para que se olvidara de su arma más poderosa. Y es así como he estado protegiendo a mi amigo del sakti de Radheya durante todos estos días.

Yudhisthira oyó el ruido que producía el ataque de Drona y le dijo a Bhima:

—Ve, hijo mío, y cumple con tu deber. Hasta aquí llega el estruendo de la guerra en el frente. El comandante del ejército kuru está allí. Tienes que ir, yo no puedo. Me siento desmayar por la muerte de mi querido sobrino. No iré al frente, Bhima, debes ir tú.

Bhima se secó las lágrimas y partió hacia el campo. Krishna supuso que Yudhisthira estaría muy infeliz. Fue a donde él estaba y le encontró desmayado. Yudhisthira se levantó de su desmayo y le habló a Krishna con gran dolor en su corazón, pero Krishna le dijo:

—No des lugar a la tristeza, mi señor, debes ser valiente. Esta debilidad no es propia de un rey guerrero. Debes levantarte y tratar de sobrellevar este dolor.

Yudhisthira le dijo:

—Lo sé, conozco las normas de la guerra. Sé que no hay ninguna vida segura en el campo de batalla, pero mi mente está apenada por mi querido sobrino. Si no recuerdo ni siquiera una vez todo lo que hizo por nosotros, sería el pecador más grande que hay sobre la tierra. Ghatotkacha siempre ha estado orgulloso de mí y yo le amaba dos veces más que amo a Shadeva. Cuando estábamos en el bosque de Kamyaka se unió a nosotros y nos acompañó mientras Arjuna estaba lejos haciendo sus penitencias. Estuvo con nosotros en la montaña Himavan y fue él quien vino a rescatar a Draupadi cuando no podía caminar y la llevó consigo todo el camino. Desde que comenzó la guerra, ha estado haciendo lo que nos complacía. Habiéndole perdido, ¿cómo puedo ser feliz? ¿Cómo pudieron matarle estando todos vosotros delante? Abhimanyu fue aniquilado cuando nadie podía ir en su ayuda, pero a Ghatotkacha le mataron ante vuestros propios ojos. Tengo el sentimiento de que los que mataron a Abhimanyu no fueron castigados. Jayadratha fue aniquilado con mucha dificultad por Arjuna. Hubiera sido mejor si hubiera matado a Drona o a Radheya. Ellos fueron más los causantes directos de la muerte de Abhimanyu. Y ahora, tras la muerte de Ghatotkacha, nadie parece interesado en castigar a Radheya; yo mismo iré a luchar con él y vengaré la muerte de mi querido sobrino.

Yudhisthira se dirigió furioso hacia Radheya. Sabiendo que aquello no era algo inteligente, Arjuna y Krishna le siguieron en su carro. Vyasa fue al encuentro de Yudhisthira y le dijo:

—Yudhisthira, no te sientas tan infeliz por la muerte de Ghatotkacha. Estaba ordenado que debía morir y por eso murió. Afortunadamente para ti, el sakti que Radheya guardaba para matar a Arjuna lo usó contra él y ya no puede dañar a Arjuna. Ahora puedo decirte que dentro de cinco días serás el señor de esta tierra. Regresa junto a tu ejército.

Vyasa desapareció de la presencia de Yudhisthira.

Capítulo XXIX

DRONA ES HOSTIGADO POR DURYODHANA

La lucha comenzó de nuevo. Los dos ejércitos se abalanzaron el uno contra el otro y hubo una gran matanza. Ya era más de medianoche y todos estaban aturdidos por el sueño. La guerra había estado arreciando desde temprano por la mañana. Esta era la primera vez que luchaban después de la puesta de Sol. Dormir era lo único que anhelaban todos. Ya nadie pensaba en la guerra, sólo pensaban en dormir. Todos los soldados dondequiera que estuvieran estaban cayendo abatidos por la magia del sueño. Viéndoles, Arjuna sintió gran compasión por ellos. En medio de la lucha, de repente, alzó la voz para que todos le pudieran oír y dijo:

—Todo el mundo en el campo de batalla está cansado, todos estamos exhaustos y la oscuridad es ya muy densa, no se puede ver nada. Si vosotros, los del bando opuesto, también lo queréis, me gustaría sugerir que descansemos por un tiempo en el campo de batalla. Relajemos nuestros miembros durante un rato. Cuando salga la Luna, reanudaremos la lucha.

Su sugerencia fue aceptada y fue maravilloso para los soldados poder tumbarse y dormir donde podían. Por todas partes el campo estaba sembrado de soldados durmiendo. Los integrantes de ambos bandos bendijeron a Arjuna y dijeron: « Arjuna es la única persona que piensa en los demás con compasión, Dios le recompensará por su bondad. » El campo de batalla estaba ahora en silencio como un niño que ha llorado hasta quedarse dormido en los brazos de su madre. Todos cayeron bajo el hechizo del sueño.

Debían haber dormido durante una hora o más, cuando la Luna surgió elevándose por el oriente. Era roja como un loto recién abierto y desde el cielo de oriente esparcía sus rayos sobre aquel terrible campo de batalla. La Luna que surgió roja, comenzó a clarear perdiendo su tono rojizo y muy lentamente comenzó a elevarse sobre los cielos. Brillaba suave y blanca como el cuello de una mujer hermosa. El campo de batalla estaba tan

iluminado como si hubiera salido el Sol, así de brillante era la luz de la hermosa Luna. Uno a uno todos fueron despertando de su sueño y pronto comenzó a oírse el ruido de todos ellos, preparándose para luchar de nuevo. En verdad fue algo inhumano hacer luchar a los soldados durante la noche. Aún no estaban muy despiertos, pero ya tenían que volver a luchar de nuevo. Drona había perdido la compasión por todos los seres humanos cuando se convirtió en el comandante del ejército kuru. Esta lucha inhumana no se hizo menester mientras Bhishma estaba vivo, pero nadie podía quejarse, todo era parte del trabajo del día.

Sólo quedaba una cuarta parte de la noche y la batalla comenzó de nuevo bajo la blanca luz de la Luna, pero pronto aquella luz se desvaneció, porque el cielo de oriente se convirtió en un horno brillante con el tono del cobre rojo y el Sol salió con toda su gloria. Una gran alegría inundó el corazón de todos cuando vieron salir el Sol. Todos entonces descendieron de sus carros para saludar al Sol. El decimoquinto día de la gran guerra había amanecido. Era el quinto día del mandato de Drona. A la luz del Sol, los kurus y los pandavas vieron los estragos que habían sido causados en sus ejércitos, pero ya no había tiempo para pensar en todo aquello. Tenían que continuar luchando.

Justo cuando salió la Luna, hubo una discusión entre Duryodhana y Drona. Como de costumbre, Duryodhana comenzó a acusar a Drona de ser parcial con Arjuna. Le dijo:

—Eres nuestro comandante y tienes muchos asirás que te pueden ayudar a ganar fácilmente, y aun así, los pandavas han causado una terrible ruina en nuestras filas, especialmente Arjuna. No hay quien te iguale con el arco, ni los pandavas ni nadie en los cielos, pero no obstante tenemos la especial desgracia de que tu honorable persona aprecia más a los pandavas. Estás luchando suavemente con tu querido Arjuna, favoreciéndole todo el tiempo.

Mientras estaba allí sentado escuchando las duras palabras de Duryodhana, Drona pensó en su posición. Todas las escenas de su vida pasaron por su mente. Pensó en su niñez y en su amistad con Drupada. Pensó en su Aswatthama y su deseo de probar la leche. Drona fue a Panchala con la esperanza de vivir felizmente en la corte de Drupada, pero aquel deseo fue absurdo. Fue entonces cuando por primera vez conoció la arrogancia y el egoísmo de los reyes. Entonces debía haber sido sensato, debía haber vuelto al bosque, a aquella atmósfera buena y apacible donde la bondad es contagiosa, pero tomó el camino equivocado cuando estaba en el cruce de caminos. Permitió que la ira entrara en su corazón, la ira contra Drupada y el deseo de darle una lección humillando su arrogancia. Eso le hizo ir a Hastinapura. Bhishma le había dado un indicio de cuál era el futuro que les esperaba a los kurus. Cuando Drona le habló de la humillación de que había sido víctima en la corte de Drupada y su intención de venir a Hastinapura para buscar un modo de vengarse del altivo rey, Bhishma, el sabio anciano, le había sonreído y le había dicho:

« Has llegado al lugar adecuado, tengo cientos de nietos que están ansiosos de aprender a usar el arco. » La voz de Bhishma estaba llena de pena y de sarcasmo, cuando dijo esto. Drona pensó que había hecho algo sabio viniendo a Hastinapura, pero era lo más estúpido que había hecho.

La vida en Hastinapura le hizo perder toda la gentileza y la dulzura que eran parte de él. Y en su lugar, se convirtió en un hombre con una obsesión: el deseo de castigar a alguien que había sido lo suficientemente orgulloso para insultarle a él, al gran Drona. Ahora comprendió que él era tan orgulloso y arrogante como lo había sido Drupada. En su deseo de venganza, había cometido un suicidio moral. Se había convertido en un sirviente a sueldo en la corte de Hastinapura. Arjuna castigó a Drupada para satisfacer a su guru, pero Drona no pudo regocijarse por aquello, su ira se había ido, sólo lo hizo por principios. Tan pronto como vio a Drupada le dijo: « Sólo quería que aprendieras una lección, seamos ahora amigos. » Pensó que aquellas pocas palabras eran suficientes para limpiar una década de odio, pero se había olvidado que los demás también eran capaces de odiar. Drupada había rezado pidiendo un hijo que matara a Drona.

Drona había visto crecer el odio entre los jóvenes pandavas y los hijos del rey Dhritarashtra. Debía haber sido más cuidadoso. Se dio cuenta de ello y no hizo nada al respecto. Después de que acabó la educación de los príncipes y realizó su venganza debió dejar Hastinapura e irse al bosque. Debía haberse despojado de aquel manto de mundanalidad y resurgir por encima de él, pero no lo hizo. Vio cómo la tragedia estaba tomando forma, cuando se estaba jugando el juego de dados, sabía que era injusto, pero ni siquiera se atrevió a dar su opinión y permitió que se cometiera aquella injusticia con los pandavas. Cuando fueron enviados al bosque, Duryodhana recurrió a él porque tenía miedo de que hubiera una guerra. Drona le dijo que lucharía por él, que no tuviera miedo. Fue una estupidez haberle dicho aquello, pero ya había dado el primer paso en el camino del pecado y ya tuvo que seguir, ya no podía dar la vuelta. Ahora había caído Bhishma y Drona había tomado el mando como comandante del ejército kuru. El honor que se le rindió le hizo perder la cabeza e impulsivamente le dijo a Duryodhana que le pidiera un don. Duryodhana quería que le trajera a Yudhisthira como cautivo; se podía haber negado, pero no lo hizo. Las palabras que Bhima le había dirigido el día anterior le habían quemado como el fuego, pero todo era verdad. Fue por eso por lo que no pudo luchar con él. Es muy difícil enfrentarse con la verdad, pero él había hecho algo terrible: el día anterior había matado a un joven muchacho a sangre fría. Las palabras de Duryodhana le habían herido en lo más profundo y en su ira había prometido matar a un gran guerrero del lado de los pandavas. Había formado el padmavyuha sabiendo que el muchacho Abhimanyu quedaría atrapado en ella. Fue un crimen por el que nunca sería perdonado. Había herido a su querido Arjuna, le había roto su corazón y aun así Arjuna le habló con afecto. Le había dicho: « Eres mi guru, soy como un hijo para

ti. De hecho no hay diferencia entre yo y tu Aswatthama, me lo dijiste una vez.» El valiente y noble Arjuna estuvo enzarzado en una lucha con estos pecadores tratando de vengar, contra todas las probabilidades, el cruel asesinato de su hijo. A Drona se le había pedido que evitara esta injusticia, pero él accedió a hacerlo y ahora tenía que escuchar los reproches de Duryodhana. De repente, la mente de Drona se sintió tremendamente disgustada con todo lo que estaba sucediendo. Su corazón estaba siendo batido por los muchos recuerdos del pasado y del presente. Había cometido demasiados pecados por Duryodhana y aun así le estaba acusando de ser parcial con Arjuna: su arrogancia era intolerable. La gratitud era un sentimiento que era desconocido para el corazón de Duryodhana.

Drona se sentó escuchando a Duryodhana. De repente sus ojos se encendieron y dijo:

—Me exasperas con tus palabras, he estado haciendo todo lo que he podido y tú lo sabes. Movido por tu ambición de victoria, no haces nada más que reprocharme. No es justo disparar asirás contra pobres e inocentes soldados que no los conocen. Pero si tú me lo ordenas lo haré ya que tengo que obedecerte. He jurado que no me quitaré esta armadura hasta que no mate a todos los panchalas y los kekayas y luego moriré, aunque eso para ti no tiene importancia. Pero si crees que Arjuna puede ser vencido, sólo puedo decirte que estás cobijando vanas esperanzas. Él no puede ser vencido. No tiene sentido que te hable del valor de Arjuna, no te gustaría, pero te lo digo por última vez, Arjuna no puede ser derrotado por nadie.

Duryodhana odiaba esta alabanza del enemigo, estaba harto de oírselo a todos una y otra vez. Le dijo:

—Le venceremos. Yo estoy aquí y mi Dussasana, Sakuni, y Radheya también están aquí. Los cuatro podemos vencerle fácilmente.

Drona sonrió con desdén, pero no dijo nada. Duryodhana continuó:

—Dividamos el ejército en dos. Tomaremos una porción del ejército y atacaremos a los pandavas con tu discípulo favorito. Si lo deseas puedes luchar o si no te puedes quedar fuera del campo pensando en la grandeza de Arjuna.

Estas duras palabras de Duryodhana eran demasiado hirientes. Drona aun así no perdió la calma y le dijo:

—Duryodhana, deseo que te vaya bien en esta gran empresa que te has propuesto. No hay nadie que pueda vencer a Arjuna. Inténtalo tú, no hay nada como averiguarlo por uno mismo. Eres un pecador sin remordimientos y además eres cruel y suspicaz. Nunca puedes reconocer a los que te aprecian y a los que se interesan por tu bien. Eres un kshatrya nacido en la ilustre casa de los kurus y estás deseando luchar: ve pues y lucha. ¿Por qué has causado la muerte de tantos reyes por tu culpa? ¿Por qué no has luchado durante todos estos días?. Después de todo, esta gran guerra que se esta disputando

en Kurukshetra, está ocurriendo sólo para complacerte a ti y a tu terquedad. Es justo que tú también luches. Este pecador Sakuni es la brisa que avivó la chispa de los celos en tu corazón, convirtiéndola en un fuego llameante de odio; este hombre es la raíz de toda esta destrucción. Espero que haya un infierno especial para él; sufrirá por sus pecados, estoy seguro de ello. También es un kshatrya y es muy inteligente. Este hombre que es tan hábil jugando a los dados seguramente vencerá a Arjuna, seguro que podrá hacer lo que nadie ha hecho hasta ahora. Este tramposo puede vencer fácilmente a los pandavas en las operaciones de guerra a campo abierto. En la corte de Hastinapura te he oído decir a menudo: « Nosotros tres, Dussasana, mi querido Radheya y yo podemos matar fácilmente a nuestros primos. » Te lo he oído decir una y otra vez en todas las discusiones sobre los pandavas y ¡sabe Dios cuántas discusiones solía haber! Pues bien, haced lo que habéis prometido. Ahí están todos ellos, dispuestos para enfrentarse con vosotros. Duryodhana, sé un kshatrya, usa tus armas de acero y dale un descanso a tu lengua. Después de todo has vivido una vida plena y feliz y también has realizado muchas buenas acciones. Has bebido de la copa de la alegría apurando hasta la última gota, has disfrutado de poder como nadie más lo haya hecho y no le debes nada a nadie, has pagado todas tus deudas. Has disfrutado de la vida a tope, ahora es justo que vayas y luches con tus enemigos. La muerte a manos de los pandavas será una corona de gloria para tu azarosa vida. Cumple con tu deber al menos ahora y lucha con tus enemigos; tu muerte será gloriosa.

Drona dejó de hablar. Dividió al ejército en dos y partió para el campo de batalla para luchar por aquel hombre desagradecido hasta que el último aliento abandonase su cuerpo.

Capítulo XXX

LA PRIMERA MENTIRA DE YUDHISTHIRA

Krishna vio las dos divisiones del ejército y le dijo a Arjuna:

—Creo que sería mejor si te dirigieras hacia el ala izquierda donde están todos tus enemigos.

Bhima vio también las dos porciones y dijo:

—Arjuna, Arjuna, por favor, acosemos a nuestros queridos enemigos. Ahora podremos cumplir lo que hemos jurado.

Tras esta sugerencia de Krishna y Bhima, Arjuna comenzó a atacar al ejército. Los cuatro kurus se enfrentaron con Arjuna como lo habían jurado en presencia de Drona. No les resultaba tan fácil como pensaron, no era fácil luchar con Arjuna. No se podía ver el Sol por el polvo y las flechas que se elevaban en el cielo. Aquella mitad del ejército fue derrotada en un momento.

Drona se había ido al lado norte del campo y allí estaba hostigando a los panchalas, los matsyas y los kekayas. Parecía una bola de fuego quemando sin humo. Estaba tan brillante que todos temblaban viendo a aquel fiero brahmín. A los panchalas, los viejos enemigos de Drona, les iba muy mal. Drona mató a tres de los nietos de Drupada. Aquello fue un golpe terrible para Drupada, el cual arremetió contra Drona, y Virata vino en su ayuda. Los dos veteranos estaban enzarzados luchando con el terrible Drona. Lucharon durante un rato, pero Drona no sólo estaba enfadado, estaba furioso con todos en general y con los panchalas en particular y cogiendo dos jabalinas afiladas mató con ellas a Drupada y Virata. Se produjo un gran griterío en el ejército de los pandavas cuando cayeron estos dos grandes hombres. Dhrishtadyumna vio morir a su padre y a sus hijos al mismo tiempo y presentándose ante el terrible Drona le dirigió estas palabras:

—Si no mato a este hombre hoy en la batalla, perderé todo el punya que he adquirido hasta ahora.

Atacó al ejército de los kurus, y los pandavas, con Arjuna al frente, se apresuraron hacia el lugar en ayuda de Dhrishtadyumna.

Los kurus, conducidos por Duryodhana, acudieron en ayuda de Drona. La ira estaba creciendo en el corazón de los pandavas. Aquella batalla que se estaba luchando fue la más horrible. Dhrishtadyumna no podía enfrentarse con Drona por lo bien protegido que estaba y por lo fiero que era. Bhima miró por un momento y dijo:

—Parece que el juramento de mi querido amigo no va a cumplirse. Dhrishtadyumna, has jurado ante todos los héroes que matarías a Drona hoy y si tú no puedes hacerlo, te ayudaré, mataré a ese pecador.

Bhima fue hacia el ejército kuru y se unió a los otros tratando de llegar hasta Drona.

La batalla que tuvo lugar en el decimoquinto día de la gran guerra fue la más terrible de todas. Drona había perdido todo sentido del Dharma, aquel día era la encarnación del fuego. Estaba más enfadado que Bhishma en el noveno día de la guerra. La destrucción causada por Drona en el ejército pandava era algo inimaginable. No podía verse a nadie, todo el mundo estaba envuelto por la oscuridad que causaban las flechas de Drona. Radheya, Drona, Arjuna y Yudhisthira, estaban todos allí, pero no se les podía reconocer. Se mantuvieron algunos duelos, pero en presencia de Drona y de su furia, frente a su carnicería, nadie tenía valor para luchar. Duryodhana luchó con Nakula y fue vencido. Dussasana luchó con Shadeva resultando también vencido. Bhima luchó con Radheya, luchó muy bien, pero se desvaneció, incapaz de soportar las flechas de Radheya y tuvo que irse en el carro de Nakula.

El duelo más espectacular del día fue el de Drona y Arjuna. Fue el duelo más maravilloso. Fue un gran despliegue de todos los asirás divinos que ambos tenían bajo su poder. Arjuna no pudo ganar, pero tampoco Drona. Fue un duelo terrible.

En su mente, Drona estaba apreciando cada disparo de Arjuna, pero tenía que seguir luchando. Para consternación de todo el ejército, Drona cogió el gran brahmastra que causó una gran conmoción en los elementos; la tierra tembló de miedo y el cielo se oscureció. Drona lanzó el gran Brahmastra hacia Arjuna y se produjo un prodigio: Arjuna disparó el mismo Brahmastra y los dos astras se destruyeron mutuamente al colisionar. Drona dejó de luchar con Arjuna y de nuevo puso su atención sobre el ejército panchala. Dhrishtadyumna y Dussasana lucharon un duelo y Dussasana tuvo que retroceder derrotado. La lucha se volvió general de nuevo.

Hubo un duelo entre Duryodhana y Satyaki. Fue muy interesante y memorable por la conversación que hubo entre ellos. Estaban disparando torrentes de flechas el uno sobre el otro y ambos estaban sonriendo, como era costumbre entre los héroes. Cuando se encontraban frente a frente, las sonrisas se hacían más pronunciadas, pues tiempo atrás habían sido amigos. Duryodhana recordó los muchos incidentes que les habían ocurrido cuando estaban juntos y se sintió enfadado consigo mismo por tener que luchar con un amigo de su juventud. Le dijo:

—Satyaki, ¡qué cosa más odiosa estoy haciendo! Me odio a mí mismo por mi ira y por mi orgullo, mi arrogancia y mi amor por el reino. Estas cosas y el hecho de ser un kshatrya me hacen luchar contigo y a ti conmigo. Hubo un tiempo en que tú me eras más querido que mi propia vida y lo mismo era yo para ti. Y ahora me he acordado de los muchos días felices que pasamos juntos, pero nos estamos enfrentando el uno al otro en el campo de batalla y todos los acontecimientos pasados se han vuelto viejos y marchitos. Si no hubiera sido por mi avaricia no estaríamos luchando como lo estamos haciendo ahora. —Duryodhana se secó las lágrimas y continuó luchando.

Satyaki le estaba devolviendo sus flechas y mientras luchaba le sonrió a Duryodhana y le dijo:

—Mi querido amigo Duryodhana, éste no es el sabha donde solíamos sentarnos y hablar, ni tampoco es la casa de nuestro guru, donde todos jugábamos juntos cuando éramos jóvenes y no teníamos responsabilidades.

Duryodhana dijo:

—¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Dónde están esos juegos que jugábamos entonces? ahora me encuentro con que estamos luchando este duelo a muerte el uno con el otro. ¡Qué cruel es esa cosa que se llama destino! Si no hubiera sido tan avaricioso, esto nunca hubiera ocurrido, pero siento que el destino es el oponente más poderoso que tengo. Radheya tiene razón, no hay nada que pueda hacerse si el destino ha decidido nuestro futuro.

Satyaki dijo:

—Esta es la norma que se aplica a todos los kshatryas: luchar sin tener en cuenta la amistad. Un guru tiene que ser aniquilado por su discípulo y un amigo tiene que matar

a otro. Si de verdad sientes por mí estima en tu corazón Duryodhana, por favor, mátame pronto. Si soy aniquilado por ti, estoy seguro de alcanzar los cielos destinados a la buena gente. No puedo soportar esta agonía en la mente de un amigo. Por favor, usa todo tu poder y mátame.

Concentraron sus mentes en el duelo y no hablaron más. Satyaki venció a Duryodhana en el duelo y se alejó de su presencia. Este duelo fue un tremendo esfuerzo emocional para Satyaki. Había visto al orgulloso Duryodhana, cargado de orgullo y arrogancia y eso podía soportarlo, pero aquel Duryodhana era nuevo para él. Ver a aquel hombre evocar entrañables recuerdos del pasado fue para él demasiado doloroso. Satyaki no podía soportar ver las lágrimas en los ojos del monarca kuru. Aquel momento fue demasiado sagrado para él aunque no pensaba hablarle a nadie de ello. Satyaki se marchó a otra parte del campo, no quería arriesgarse a encontrarse de nuevo con Duryodhana.

La lucha se había hecho general de nuevo. El ejército pandava estaba indefenso en las garras de Drona. Había disparado sus terribles astras contra el ejército y veinte mil hombres fueron aniquilados en un momento por el brahmastra que había lanzado contra los soldados. El ejército estaba siendo azotado como por las olas del mar en una tempestad furiosa. Todo el mundo estaba mirando a Arjuna para que salvara al ejército de esta conmoción. A nadie le resultaba posible enfrentarse al brillo de la cara del gran Drona. Los pandavas hablando entre sí se dijeron: « Este Drona no se parece en nada al que fue nuestro acharya. Este hombre ha cambiado mucho, ya no es Drona, es un demonio que ha debido entrar en él y le está haciendo comportarse de este modo tan inhumano. Nadie puede enfrentársele, está llameando como el fuego que posiblemente arderá en el fin del mundo. » Krishna vio el pánico en el ejército y vio que Drona estaba realizando una lucha injusta usando los astras divinos sobre hombres que no los conocían. Dijo:

—Yudhisthira, este hombre no puede ser vencido en la guerra. Si se le permite continuar así, no tendrás ni a un soldado vivo en tu ejército para cuando caiga la noche. A menos que hagamos algo drástico, no hay esperanza para nosotros. A menos que le hagamos rendir sus armas no podremos matarle. Estoy seguro que dejará de luchar si logramos que deponga las armas por su propio consentimiento. Mi querido Yudhisthira, Drona ha adoptado hoy medios injustos en su lucha, así que nosotros también utilizaremos medios injustos para matarle. Si ha de cumplirse el juramento de Dhrishtadyumna, tendremos que hacer algo para hacerle deponer sus armas. Tengo el sentimiento de que lo hará si oye que su amado hijo Aswatthama está muerto. Drona abandonará todo pensamiento de lucha si se entera de que su hijo está muerto. Digámosle que Aswatthama ha muerto.

A Arjuna no le gustó la idea, aunque otros la aprobaron. Yudhisthira la aprobó con gran dificultad.

Bhima penetró hasta el corazón del ejército y mató con su maza a un elefante que se llamaba Aswatthama. Luego, vino ante la presencia de Drona y con su rostro rojo de vergüenza exclamó:

—¡Aswatthama ha muerto!

Drona quedó trastornado al oír sus palabras y cayó desmayado, pero pronto se recobró. Pensó en su hijo y pensó en que nadie podía vencer a Aswatthama, no podía creer a Bhima. Drona trató de olvidar aquella preocupación y continuó luchando con Dhrishtadyumna y luchó con doble vigor del que estaba empleando hasta entonces, su furia tomó un aspecto terrible. Invocó de nuevo el brahmastra y lo lanzó contra todo el ejército de los panchalas y los sonakas, transgrediendo todos los códigos de lucha justa. Aquello provocó una masacre inhumana en el ejército, y los rishis que estaban en el cielo observando el transcurso de la guerra, se dirigieron entonces hacia Drona permaneciendo invisibles para los ojos humanos. Con ellos estaba Bharadwaja, el padre de Drona y le dijeron:

—Drona, has comenzado a luchar de forma injusta; por ello ha llegado el momento en que mueras, ha llegado tu fin. Míranos y depón las armas, después de vernos no debes continuar esta cruel acción. Tú eres un maestro de todos los Vedas y Vedangas como es propio de un brahmín. No debes continuar siendo un kshatrya. No es propio de un hombre como tú ser cruel. Aparta esta cortina de ignorancia que nubla tu visión y fija tu mente en el Eterno. El período de tu estancia en la tierra se ha acabado. Disparar el brahmastra ha sido una gran falta, lo que has hecho es algo injusto: arroja tus armas.

Oyendo sus palabras y recordando las palabras de Bhima, Drona perdió su ánimo de repente. Frente a él vio a Dhrishtadyumna, el hombre que había nacido con el único propósito de matarle. Drona dirigió sus ojos hacia Yudhisthira y le dijo:

—Hijo mío, quiero que me digas si es cierto que mi hijo esta muerto.

Estaba seguro de que Yudhisthira nunca diría una mentira, incluso si por ello fuera a conseguir el mundo entero a cambio. Desde que era niño, Yudhisthira no había dicho ni una sola mentira. Basándose en esa certeza, su guru le preguntó si era cierto que Aswatthama había muerto. Krishna ya se había anticipado a aquella emergencia y le había dicho a Yudhisthira: « Si Drona lucha durante medio día más, te puedo asegurar que no quedará nada de tu ejército, es tu deber decir esta mentira para salvar a tu ejército. Sé que es un pecado decir una mentira, pero bajo estas circunstancias se te permite mentir. Esta mentira que dirás para salvar tantas vidas no será una mentira. No recaerá sobre ti la mancha del pecado, te lo aseguro. » Yudhisthira había condescendido en decir la mentira. Bhima le dijo:

—Fui y maté al elefante del rey de Malava. El elefante se llama Aswatthama. Me acerqué al acharya y le grité que Aswatthama había muerto, pero no hizo mucho caso a

mis palabras. Debes escuchar las palabras de Krishna y debes decirle a nuestro guru que Aswatthama ha muerto. A ti te creerá con toda seguridad, te tiene demasiado respeto.

Yudhisthira consintió en decir la mentira ya que era el único modo de salvar al ejército. Cuando el gran Drona le dijo: « Hijo mío, quiero que me digas si es cierto que mi hijo está muerto », Yudhisthira le contestó: « Aswatthama ha muerto. » Y en voz baja añadió: « El elefante llamado Aswatthama. »

Se dice que el carro de Yudhisthira estaba siempre a diez centimetros del suelo por su Dharma, pero que tan pronto como dijo estas palabras, su carro descendió a la tierra y tocó el suelo. Yudhisthira aquel día se puso al nivel de cualquier otro mortal que anda sobre la tierra.

Al oír las palabras de Yudhisthira, el gran Drona perdió todo interés por la lucha y cayó desmayado. Cuando se levantó y volvió a la lucha, su corazón no estaba en ella. Dhrishtadyumna se le acercó, había estado situado todo el tiempo enfrente del carro de Drona y le disparó una flecha afilada que no fue contrarrestada con tanto poder como antes. Drona vio que su mano, que había estado disparando torrentes de flechas incesantemente, se había fatigado de pronto. Tampoco podía utilizar sus astras, no los lanzaba tan rápido como solía hacerlo. Drona estaba muy enojado. Cogió otro arco, un arco muy fuerte que era un regalo de su guru Angirasa y comenzó a cubrir a su contrincante Dhrishtadyumna con una lluvia de flechas, recuperando casi todo el poder que había perdido. Sostuvo un duelo fiero con Dhrishtadyumna, cuyo arco fue cortado y cuyos caballos fueron aniquilados, quedándose también sin carro. Con una espada en su mano, Dhrishtadyumna se dirigió hacia el carro de Drona con la firme intención de matarle. Drona rompió su espada con sus flechas y también su escudo. Dhrishtadyumna estaba absolutamente indefenso y sin armas, pero Drona sin compasión le disparó afiladas flechas a aquel hombre indefenso. Estas flechas eran muy cortas y se les llamaba vaitasmikas. Se usaban con oponentes a corta distancia. No tenía modo de defenderse de éstas. Sólo había unas cuantas personas que conocían las vaitasmikas. Eran Kripa, Arjuna, Drona, Radheya, Krishna, Pradyumna, Satyaki y Abhimanyu. Drona tenía toda la intención de matar a Dhrishtadyumna con aquellas flechas, cuando éste estaba completamente a su merced.

Satyaki, que estaba observando el transcurso de la lucha, disparó diez flechas con su arco, que rompieron las del acharya. Satyaki libró a Dhrishtadyumna de las garras mortales de Drona. Arjuna y Krishna gritaron de alegría. Estaban demasiado lejos para interferir en el duelo entre Drona y Dhrishtadyumna. Arjuna estaba ocupado manteniendo a raya a los otros héroes kurus, igual que en el décimo día cuando cayó el gran Bhishma. Arjuna dijo:

—Krishna, Satyaki me complace inmensamente, fíjate qué hábilmente está conduciendo su carro para estar cerca y disponible para ayudar a su amigo. Él es el gran

favorito de todos nosotros. Yudhisthira, Nakula, Bhima y Shadeva le aman tanto como yo.

Satyaki estaba siendo la figura de aquel día en que se estaba luchando el duelo entre Drona y Dhrishtadyumna. Como era costumbre entre ellos, los héroes kurus comenzaron a rodear a Satyaki por todos lados.

Capítulo XXXI

LA CAÍDA DE DRONA

A pesar de las palabras de los rishis y a pesar del hecho de que creía que su hijo había muerto, Drona no estaba dispuesto a morir. Luchó como un joven de dieciséis años, prosiguiendo en su destrucción del ejército. Había matado a veinticuatro mil kshatryas y aún no estaba satisfecho. Su ira nublaba su mente y cogió de nuevo el brahmastra en su mano. Bhima se dirigió hacia Dhrishtadyumna que estaba sin carro y sin armas, le subió a su carro y los dos comenzaron a luchar con Drona. Contrarrestaron todos sus astras y aun así no le vencieron. Satyaki había tomado el puesto de Bhima y Bhima avanzó hacia el carro de Drona, quedándose justo enfrente de él. Estaba furioso como un león. Bhima miró al acharya y le dijo:

—Si los brahmanes hubieran continuado practicando su Dharma, sin tomar el oficio de kshatryas, la raza de los kshatryas no habría sido destruida. Se dice que la compasión y la intención de no hacer daño a nadie, son las más altas virtudes y que el brahmín es el hogar de todas las virtudes, pero tú eres distinto. Eres un gran brahmín, pero sólo de nacimiento, porque de profesión eres un carnicero. Has aniquilado a miles y miles de hombres que estaban cumpliendo fielmente con su deber, no como tú. Amas demasiado la riqueza y no puedes ver el verdadero valor de las cosas debido a tu ignorancia. ¿Para qué quieres toda esa riqueza? ¿es para tu esposa y tus hijos? Tu único hijo ha muerto y aun así continúas con tu labor de carnicero. Enseñas el Dharma a otros y tú no lo sigues. ¿No te avergüenzas de ti mismo?

Las palabras de Bhima siempre herían a Drona. Era el único hombre que era suficientemente franco como para decir lo que sentía. En el campo de batalla, cuando estaba tratando de proteger el vyuha, Bhima le dirigió palabras que le hirieron, pero hoy ya eran insoportables. En ese momento, Drona comprendió que todo lo que le decía Bhima era cierto y comprendió que estaba equivocado. De repente, Drona decidió dejar de luchar. Arrojó su arco y sus flechas y pronunciando a gritos los nombres de Duryodhana y Radheya, dijo:

—Radheya, Duryodhana, Kripa, luchad con cuidado de ahora en adelante, pues acabo de deponer mis armas: no lucharé más. Protegeos de los pandavas.

Drona se sentó en la plataforma de su carro totalmente decidido a renunciar a su vida. Se sentó en la posición que se adopta para la práctica del yoga y se volvió ciego y sordo a todo lo que le rodeaba. Su concentración fue aumentando haciéndose más intensa. Dhrishtadyumna avanzó con su espada en la mano con toda la intención de matar a Drona. Arjuna sentía una gran compasión por su acharya y gritó:

—¡No le mates! ¡no mates a Drona! ¡Captúrale! ¡tráele vivo como prisionero, pero no le mates!

Pero las palabras de Arjuna cayeron en oídos sordos. Dhrishtadyumna se acercó al cuerpo inmóvil de Drona y le cortó la cabeza con su espada.

Un intenso resplandor ascendió a los cielos. Drona se había unido a los rishis que estaban reunidos en los cielos. Sanjaya, a quien se le había otorgado el poder de ver todo lo que ocurría en el campo de batalla, lo vio, pero no todos lo vieron; sólo Yudhisthira, Kripa y Krishna.

El cuerpo de Dhrishtadyumna estaba empapado por la sangre de Drona. Tenía la espada en una mano y la cabeza de Drona en la otra. Saltó de su carro y en medio de los gritos de horror de los héroes de ambos lados, Dhrishtadyumna arrojó la cabeza del gran Drona al suelo. El juramento de Dhrishtadyumna se había cumplido. Tan pronto como descendió del carro de Drona, Bhima fue corriendo hacia él y le abrazó. Ambos bailaron juntos llenos de alegría. Bhima dijo:

—Amigo mío, felizmente has cumplido tu promesa. Te abrazaré de nuevo, cuando muera Radheya, el sutaputra, y de nuevo cuando muera Duryodhana.

Capítulo XXXII

DISCUSIONES EN EL CAMPAMENTO DE LOS PANDAVAS

DURYODHANA no podía creer que su comandante había muerto. A nadie le era posible creer que, de repente, Drona había decidido no luchar y que le habían matado. Él era el único hombre que podía mantenerles la esperanza de que ganarían la guerra. Con la muerte de Drona murió toda esperanza en el corazón de Duryodhana. Ya le era evidente que nunca podría matar a los pandavas. Los kurus perdieron toda esperanza.

El ejército pandava contrastaba mucho con aquella depresión. Duryodhana se sentía más infeliz que cuando cayó Bhishma. El acharya había hecho mucho por él. Le había dicho una y otra vez que no se quitaría su armadura mientras quedara aliento en su cuerpo. Por su egoísmo, Duryodhana había causado su muerte. Cinco días después de la caída de Bhishma, había muerto Drona y con él acabó todo el poder de los kurus. Duryodhana estaba desesperadamente infeliz.

El ejército kuru se estaba retirando presa del pánico. Fue entonces cuando el gran Aswatthama avanzó con su ejército. No podía comprender porqué había cundido el pánico en el ejército y miró a Duryodhana, cuyo rostro estaba pálido de angustia. Aswatthama vio que en los rostros de todos ellos había una expresión que indicaba que les había sobrevenido una gran calamidad. Confuso y sorprendido giró su mirada hacia Duryodhana y le dijo:

—¿Qué significa esto? Radheya tiene una expresión que parece como si hubiera perdido la guerra. Parece que todos estáis sufriendo un gran dolor. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha muerto alguien querido para vosotros? ¿Quién ha muerto? ¿qué puede haber ocurrido estando mi padre al frente del ejército? Decídmelo.

Duryodhana no pudo decírselo, miró a Kripa y le dijo:

—Tendrás que decírselo tú, yo no puedo causarle semejante dolor. No me atrevo a decírselo.

Kripa le transmitió con suavidad la noticia a Aswatthama. Le contó el ultraje que había cometido Dhrishtadyumna y le contó cómo los demás habían tratado de detenerle. Le habló de la mentira de Yudhisthira y de todo lo que había ocurrido.

La ira de Aswatthama fue terrible. Incluso los kurus se estremecieron al ver su furia. Dijo:

—Verdad es que la guerra es algo muy incierto y muchos pierden la vida en ella, pero me avergüenzo de Yudhisthira y su falsedad. Si la lucha hubiera sido noble no habría nada que lamentar. Si mi padre hubiera muerto en una lucha justa, me hubiera consolado con el hecho de que la norma de la guerra es que la gente ha de morir, pero no puedo soportar este insulto que se le ha hecho a mi padre. Murió luchando y ha llegado al cielo, lo sé, pero castigaré al hombre que insultó a mi padre. Mataré a ese Dhrishtadyumna. Sufrirá por lo que ha hecho. Castigaré al mayor de los pandavas por haber dicho una mentira para salvarse de la furia de mi padre. Esta tierra se beberá la sangre de esos pecadores: Dhrishtadyumna y Yudhisthira. Es terrible pensar que mi padre haya sido aniquilado como alguien que no tiene a nadie que le quiera, a pesar de que yo estaba aquí. ¿De qué sirven mi valor y mi poder sobre los divinos astras cuando no pude usar ninguno de ellos para proteger a mi padre?. Aunque no está bien hablar de uno mismo, hoy tengo que hacerlo. Que los pandavas y Krishna me vean luchar hoy. Les voy a destruir a todos con uno solo de mis astras. Incluso si tratan de escapar a las regiones inferiores, no se librarán de la muerte. Causaré una terrible tempestad que les matará a todos en un instante, estoy seguro de ello. Veamos qué harán para protegerse esos cinco hermanos y su precioso Dhrishtadyumna. Me reiré de su impotencia. Tengo el gran astra llamado Narayanastra que le fue entregado a mi padre por el señor mismo. No debe ser usado sobre gente inocente, pero voy a usarlo, no me importan las consecuencias. Quiero

ver morir a los pandavas: eso es suficiente para mí. Hoy seré terrible. Duryodhana, serás el señor del mundo en cuestión de momentos, puedo asegurártelo.

Las palabras de Aswatthama dieron nueva vida al ejército kuru. Comenzaron a soplar sus caracolas y trompetas y dirigidos por Aswatthama, se lanzaron hacia el ejército pandava.

Los pandavas fueron sacudidos de su complacencia por el sonido de las caracolas y las trompetas. Podían oír al ejército acercarse. Yudhisthira dijo:

—Cuando cayó Drona, los enemigos estaban desmoralizados, parecía que habían perdido todas las esperanzas de vencernos y ahora, de repente, les oigo volver. No me imagino qué les puede haber dado nuevas esperanzas. Puedo oír el rugido de alguien. ¿Quién les puede estar conduciendo de nuevo al frente?

Arjuna dijo:

—Yo sé quién es. Es Aswatthama, el hijo de nuestro guru. El oponente más terrible viene a luchar contra vosotros, es como el dios de la muerte. Es más poderoso que Indra e incluso que Vishnu. Ha nacido por la gracia del señor Sankara y es como Sankara con su arco, el gran pinaka del señor. Viene para castigarnos por la muerte de su noble padre. Aswatthama se ha enterado de la ofensa que Dhrishtadyumna le ha hecho a su padre. Y tú, mi señor, movido por tu deseo de victoria, has dicho una mentira. Nuestro guru pensó que tú nunca mentirías y por eso te preguntó si su hijo estaba muerto de verdad. Hoy has hecho algo que no es justo. Fue por eso por lo que tiró su arco y se sentó en meditación. Hiciste que el acharya arrojara las armas y permitiste que su discípulo, Dhrishtadyumna, le ultrajara. Trata de hacer lo que puedas para proteger a Dhrishtadyumna de la furia del hijo del acharya, aunque ni todos juntos podremos hacerlo. Hice lo que pude por evitar que Dhrishtadyumna le matara, pero no me escuchó. Siento decir que hoy no has sido justo. Drona nos quería mucho y nos trató como un padre. Por gobernar el reino durante unos cuantos años has causado la muerte de nuestro guru. Creo que deberíamos haberlo abandonado todo antes que herir a nuestro amado guru. Estás condenado al infierno por este acto injusto que has cometido. Tu nombre estará para siempre manchado por la mentira que dijiste.

Todos los héroes que estaban escuchando los reproches de Arjuna se quedaron callados. Bhima quedó mudo de ira por unos momentos, luego miró a su hermano con los ojos enrojecidos y le dijo:

—Me disgustan tus palabras, hermano mío. Hablas como el ermitaño de un bosque que lo ha abandonado todo. No me gustan tus palabras. No eres un brahmín, pero hablas como si lo fueras. ¿Cuál es el significado de la palabra kshatrya?: significa alguien que rescata a otros que están en peligro. Tú eres tan poderoso como Indra y eres capaz de ganar el mundo entero con la punta de tu espada. Por favor, no te comportes como un

monje cuya única gloria es la humildad. Me siento feliz de que al menos estés siguiendo tu cometido. Le reprochas a nuestro noble hermano haber cometido una injusticia, pero dime ¿cuándo se apartó él del camino de la justicia? Quiero que respondas mi pregunta.

»Su reino le fue arrebatado por medios injustos. Draupadi fue arrastrada hasta la corte por ese animal de Dussasana y fue insultada delante de nuestros propios ojos. Yudhisthira fue enviado al bosque por medios injustos y le hicieron vestirse con corteza de árboles y piel de ciervo. Este santo entre los hombres pasó doce años en el bosque y luego pasó otro año en la corte de Virata como un cortesano. ¿Puede haber algo más terrible que eso? Este rey que tenía toda la tierra, este hermano nuestro que había realizado el rajasuya y que había sido adorado por todos los reyes del mundo, este rey, permitió que le hiriera en la frente un hombre ordinario y aun así ni siquiera se quejó. ¿Fue cobardía, o fue por ser justo por lo que pasó por todos estos sufrimientos? dímelo. Cuando tú y yo y todos nosotros estábamos sugiriéndole hacer la guerra, este santo entre los hombres pidió sólo cinco pueblos. ¿Fue eso cobardía? ¿Dirías acaso que fue por miedo a Duryodhana por lo que le pidió cinco pueblos? ¿o fue por su naturaleza gentil y justa que aborrecía la guerra? ¿Crees que eso es justo o no? dímelo. ¿Cómo te atreves a sugerir que dijo esa mentira por su deseo de gobernar el reino? ¿cómo te atreves a acusar a este hombre de injusto? Este hombre es tan compasivo que no puede soportar ver morir a sus enemigos. Cuando los gandharvas estuvieron en Dwaitavana y capturaron a Duryodhana, ¿fue su injusticia lo que le hizo mandarnos a ti, a mí y a los mellizos a rescatarle?

»Siempre has estado diciendo: "Cuando llegue la guerra haremos todo lo posible para reparar el daño que le han estado causando a Yudhisthira los hijos de Dhritarashtra." Confiando en ti y en tus palabras, tenía esperanzas de vengar las muchas injurias que se le han hecho a nuestro hermano, tenía esperanzas de castigar a estos hombres. Esperé durante todos estos años porque este santo de Yudhisthira pensó que no sería justo si luchábamos antes de que acabaran los trece años.

»Ya oíste cómo me habló Radheya ayer. Me llamó glotón y tonto y me dijo que debería quedarme en la cocina. ¿Cómo es que tu sangre no hirvió con esas palabras? Evidentemente, no pareció que te importase pues Radheya aún vive. Después de todos estos años, de repente, has comenzado a hablar de justicia. No te atrevas a hablarle así a Yudhisthira que es la imagen del Dharma. Si estás tan trastornado por la muerte de ese malvado y despiadado brahmín es cosa tuya y allá tú, pero yo no le tengo ningún respeto a un hombre que no sigue su cometido y eso te incluye a ti también, ¿vas a ser una persona virtuosa de repente? Tienes a Krishna de tu lado y aun así tienes la audacia de alabar de esa forma al hijo de ese brahmín, a ese Aswatthama. ¿Cómo puedes insultar al hombre más grande que ha nacido en la tierra? No mereces la amistad de Krishna. Él es el señor y ha aprobado la "mentira" de Yudhisthira. ¿Crees que eres más sabio que el

Supremo? Lo siento, Arjuna, pero tus palabras no son las que un hermano menor debe dirigirle a su hermano mayor que es el principal guru. No puedo aprobar tu actitud ni tu defensa de la virtud.

Bhima se calló después de esto. A Yudhisthira le llegó profundamente el discurso de Bhima, su hermano favorito. Le abrazó y le dijo:

—Tú eres en verdad mi hijo, mi valiente Bhima, te agradezco tus amorosas palabras. Herido por la actitud y las palabras de Arjuna, encuentro mucho consuelo en el amor que expresas por mí.

Bhima habló de nuevo y dijo:

—Arjuna, si le tienes tanto respeto a Aswatthama, te puedes quedar aquí sentado cantando sus alabanzas, yo iré y lucharé con él. Yo no le tengo miedo ni a él ni a sus astras como tú pareces tener. Me sorprende ver al gran Arjuna, que se le llama Jishnu, sentado aquí y diciendo que no hay nadie que pueda vencer al hijo de su querido acharya. Yo puedo vencerle y lo haré.

Dhrishtadyumna habló y dijo:

—Arjuna, dices que tu acharya era grande. ¿Cómo podía ser grande? Déjame que te diga los deberes de un brahmín: Debe asistir a los sacrificios, debe realizar sacrificios, se le permite hacer regalos y también se le permite recibirlos, debe enseñar y al tiempo ser un discípulo. Estos son los deberes de un brahmín. ¿Puedes decirme honestamente cuál de estos deberes realizó tu guru? Enseñó, pero no los Vedas. Estudió, pero no los libros sagrados. Realizó un sacrificio y asistió a un sacrificio, pero no fue un sacrificio para complacer a los dioses, fue un sacrificio para complacer al más pecador de los hombres, el gran Duryodhana y ha sacrificado a todos los seres humanos que vinieron a ayudarte a que ganaras esta guerra. Es un hombre cruel que ha adoptado la profesión de kshatrya, aunque ni siquiera es un kshatrya justo, pues ha matado al ejército usando astras divinos. Esto es algo que ningún kshatrya se atrevería a hacer. Ha transgredido las normas de la lucha justa y usó el Adharma para matar a miles y miles de hombres. Por eso usé medios injustos para matar a ese pecador. Lo hice para que se salvara mucha gente. ¿Por qué sigues reprochándome la muerte de Drona?

« Yo nací para matar a Drona y tú lo sabes. El mundo lo sabe y Drona lo sabía. Sabes que durante los últimos quince días me he estado poniendo frente al carro de Drona sólo para eso. Entonces no decías nada, pero ahora, después de que lo he matado, estás tratando de reprochármelo en lugar de felicitarme. Por la muerte de uno solo de tus hijos, por la muerte de Abhimanyu, hiciste un terrible juramento y mataste a Jayadratha. Yo no creo que oscurecer el Sol fuera muy justo; fue injusto. Engañaste a Jayadratha y le mataste. Este hombre mató a mi padre, a mis hermanos y a mis hijos y cuando le he matado vengando la muerte de todos ellos, te pones contra mí y me lo reprochas.

Drona era un hombre injusto, estaba luchando de forma injusta. No siento que pueda achacársenos ningún pecado, ni a mí ni a Yudhisthira, por este acto que hemos realizado por el bien del ejército. Ni incluso después de haberle matado se ha apaciguado mi ira. He perdido a todos los que me eran queridos por culpa del acharya y he vengado sus muertes.

»Dices que un kshatrya no debe matar a su guru, pero es el Dharma de un kshatrya no recordar su relación con su adversario. ¿No era el grande y noble Bhagadatta el amigo de tu padre Indra? Era tu guru y tú le mataste. El gran Bhishma era tu guru y tu abuelo, y era más que un padre para ti, Arjuna, y le mataste cuando había dejado las armas. ¿Por qué dices entonces que mi acción es incorrecta? Si crees que hiciste lo correcto cuando mataste a Bhishma ¿por qué me insultas a mí que he hecho lo mismo? A un kshatrya no se le achacará ningún pecado por matar a su gente querida, si se le oponen en la guerra. Arjuna, te dejo que vivas y perdono tus palabras sólo porque eres el esposo de mi hermana Draupadi y el padre de sus hijos, si no te mataría por esto.

Satyaki no podía soportar oír cómo insultaban a su querido Arjuna. Saltó y dijo:

—Escúchame, Dhrishtadyumna, no te voy a dejar que insultes a mi amigo y guru. Has cometido un acto pecaminoso y te jactas de ello en medio de hombres justos. Mataste a tu guru cuando no tenía armas y le insultaste arrojando su cabeza al suelo. Tú y tus antepasados iréis al infierno por este crimen cobarde. ¿Cómo puedes decir que Arjuna mató a Bhishma cuando estaba sin armas?. Él mismo quería que le mataran y nos lo había dicho. Fue aniquilado por culpa de tu hermano y no por la de Arjuna; Sikhandi fue el causante de que Bhishma arrojase sus armas. No te atrevas a hablar mal de Arjuna. Si lo haces te abriré la cabeza con mi maza.

Capítulo XXXIII

LA DISCUSIÓN ENTRE SATYAKI Y DHRISHTADYUMNA

DHRISHTADYUMNA se rió largamente de las palabras de Satyaki. Dijo:

—Te he oído y te perdono por estas palabras, Satyaki. Se ha dicho que el perdón es la más grande de todas las virtudes, por eso estoy tratando de valerme de él. Pero déjame que te asegure que no es fácil. Ésta es la cosa más sorprendente del mundo: un hombre injusto, tratando de acusar a otro por un pecado parecido a otro que él ha cometido. Tú que mataste a Bhurisravas cuando había apartado su mente de todo pensamiento de guerra, te atreves a reprochar mis acciones. ¡Vaya un héroe! El brazo de Bhurisravas había sido cortado por Arjuna y muy valientemente tú le cortaste la cabeza a pesar de que todo el mundo te decía que no deberías hacerlo. Cuando te tenía bajo su poder, él te insultó; tú sólo le deberías haber castigado por eso, pero le pediste ayuda a Arjuna y luego mataste a Bhurisravas. No me hables de justicia, me pones

enfermo. No quiero justificar mi acción, pero tengo que decir esto: estos hombres, los kurus, están manchados por el pecado. Desde que trataron de matar a Bhima con veneno, han intentado matar a los pandavas por todo tipo de métodos injustos. Tú, yo y todo el mundo lo sabe. Recuerda cómo fue inducido Salya a unirse al lado de Duryodhana. Eso no fue honesto ni justo. La forma en que mataste a Bhurisravas fue injusta, pero no nos importó ya que era insignificante comparado con todo lo que ellos habían hecho. Él te insultó primero, para librarse de un antiguo rencor; no condenamos tu acto ya que sabíamos que te había provocado.

»Satyaki, debes comprender que es muy difícil definir la palabra justicia. En el ejército de los pandavas hemos tenido que hacer varias cosas que no las consideraría justas la gente que disfruta buscando defectos a todo. Pero el término injusto es igualmente difícil de definir. El fin y propósito de la guerra es la victoria. Considerando que la causa de los pandavas es justa, todos hemos estado luchando para que obtengan la victoria. Tuvimos que enfrentarnos con el malvado Drona durante varios días, pero cuando comenzó a perder todas sus buenas cualidades nos vimos obligados a hacer algo al respecto. Yudhisthira no dijo ninguna mentira en el sentido estricto de la palabra. Pero sacrificó su buen nombre y su reputación por el bien de su ejército y debería ser honrado por esa mentira. Ha sido un acto grande por parte de este hombre para quien la vida y todo este mundo son igual que un puñado de polvo. Un hombre así ha sido acusado por todos vosotros. Tú tenías un resentimiento familiar con Bhurisravas y le mataste y yo tenía un resentimiento con este hombre que venía de muy atrás, desde tiempos de mi padre, por eso le maté. Arjuna me ha acusado de conducta injusta. No puedo luchar con él porque es el esposo de mi hermana, pero no estoy ligado a ti por ninguna atadura así. Puedo luchar contigo sin ningún remordimiento, así que ven, déjame ver como rompes mi cabeza con tu maza.

Satyaki se abalanzó sobre Dhrishtadyumna con la maza levantada, pero Bhima saltó de su carro y le agarró por detrás. Aun así Satyaki tiró de él cinco pasos, pero al sexto paso lo controló Bhima. Shadeva se acercó a los dos héroes y les dijo:

—Por favor, no os enfadéis entre vosotros. Ambos nos sois queridos y necesitamos el cariño de los dos, además sois amigos, lo sé. Satyaki, debes perdonar las palabras de tu amigo y también tus palabras han de ser perdonadas por Dhrishtadyumna. Dhrishtadyumna, tú le eres tan querido a los pandavas como tu hermana. No debes ser colérico con aquellos que te aman. Satyaki, tú eres para nosotros como Krishna. No es correcto que haya disputas entre nosotros sobre algo que ya se lo ha tragado el río del pasado. Olvidémoslo ahora y pensemos en el futuro.

Krishna y Yudhisthira se unieron a la iniciativa de Shadeva y se consiguió hacer la paz, aunque con muchas dificultades.

Tenían que pensar en la proximidad del hijo de su guru, que estaba avanzando hacia el ejército pandava como un mar que había rebasado los límites que le había impuesto la naturaleza.

Capítulo XXXIV

EL NARAYANASTRA

Los pandavas se prepararon para este nuevo peligro. Aswatthama había invocado el gran narayanastra. El cielo se cubrió en un momento de millones de flechas y discos brillantes que descendieron sobre el ejército. Todos estaban aterrados. La gente estaba siendo arrasada y no había escape a la furia de aquel gran astra. Yudhisthira vio todo lo que estaba ocurriendo y les dijo a todos ellos:

—Creo que deberíais tratar de protegeros. Dhrishtadyumna, si aprecias tu vida sal corriendo de aquí y vuelve a tu país. Satyaki, debes volver a Dwaraka y llévate a todo tu ejército contigo. Krishna, tú lo sabes todo, no tengo que decirte lo que deberías hacer en esta situación. Por favor, desistid todos de luchar y tratad de salvaros. Yo entraré en el fuego y me mataré, así se apaciguará la ira de Arjuna contra mí.

»Sí, Arjuna, yo maté al gran acharya, el amado guru de todos nosotros. Yo maté al hombre que tú dices que nos tenía el cariño de un padre. Fue este hombre el que hizo que seis guerreros mataran a mi querido sobrino Abhimanyu, porque él no tenía el coraje de enfrentarse con el valor de aquel muchacho. Tu acharya debió protegerle de los otros, pero por el contrario les dijo cómo matarle; éste era el hombre que nos amaba como un padre. Este hombre fue el que sentado observaba cómo Draupadi era arrastrada a la corte por orden de Duryodhana. Cuando ella le preguntó si era de verdad una esclava de los hijos de Dhritarashtra, fue este afectuoso guru nuestro quien se sentó en silencio indiferente a sus ruegos. Fue este guru tan cariñoso con nosotros quien le prometió a Duryodhana que el juramento de Arjuna no se cumpliría en lo que se refería a Jayadratha. Cubrió a Duryodhana con la armadura divina y le hizo enfrentarse contigo para que tu juramento no se cumpliera. Fue con el afecto de un padre con el que este hombre nos vio caminar por las calles cuando fuimos expulsados de Hastinapura sin pronunciar ni una palabra en favor nuestro. Fue porque nos amaba como un padre por lo que le aseguró a Duryodhana que lucharía por él y le dió su palabra de que protegería a ese hombre contra los pandavas si se declaraba la guerra. Esto fue hace catorce años. Fue con el afecto de un padre con el que este hombre luchó la última noche, haciendo que los cansados soldados lucharan después de un día de horrible lucha: todo porque no podía soportar ver las lágrimas en los ojos de Duryodhana. Jayadratha ha muerto gracias a la bondad de Krishna y este guru que es como un padre para ti quiso castigarnos por ello emprendiendo esa guerra inhumana por la noche, cuando nadie podía ver nada.

Fue porque nos amaba como un padre que nuestro guru arrojó el poderoso brahmastra contra nuestro ejército y trató de matar a Dhrishtadyumna, incluso después de que su propio padre le pidiera que arrojara las armas. Con su último aliento nuestro guru dijo: « Radheya, Duryodhana, cuidaos de los pandavas, yo abandono mis armas. »

»Arjuna, dices que nos amaba como un padre. Debe haberte amado a ti. Siempre era parcial contigo, pero en cuanto a su cariño de padre, el privilegio de disfrutarlo lo tuvo Duryodhana. Krishna me dijo que debía decir esta mentira por el bien del ejército. Siempre he odiado mentir, pero dije esta mentira porque Krishna ha sido mi guía, consejero y amigo. Puede que tú consideres a Drona como tu guru, pero yo considero como mi guru a Krishna y me siento orgulloso de haberle obedecido. Dije una mentira, pero me siento orgulloso de haberla dicho. He salvado la vida de mucha gente y me siento orgulloso de mi mentira ¿has oído eso? Me siento orgulloso de ello y no me importa si voy al infierno por esa mentira, como tú la llamas. Siempre me he esforzado por vivir una vida recta y jamás he concebido un pensamiento pecaminoso, siempre he tratado de caminar por el camino de la verdad: esta mentira no la considero un pecado. Si siento que algo no es pecaminoso, entonces, realmente no lo es. Hoy he hecho una gran acción y me siento orgulloso de mí mismo, estoy dispuesto a morir. Nunca he amado el reino, pero desafortunadamente nací como un kshatrya. He pensado en todo; si estás tan apenado por la muerte de tu acharya y mi muerte te satisface estoy dispuesto a morir, nada me complacería más. Pero no esperes que lamente la mentira que dije, no lo lamento.

Nadie pudo hablar después de esta apasionada intervención de Yudhisthira. Bhima estaba sollozando emocionado. Krishna pensó que el momento era crítico y dijo:

—Yudhisthira, no hablemos de morir ni de salir corriendo, yo conozco este astra. Si todos arrojáis las armas y renunciáis a toda idea de hacerle frente, pasará sobre vuestras cabezas sin dañaros. Cuanto más os oponíais, más poderoso se volverá. Aceptad todos mi consejo, por favor, arrojad todas vuestras armas y postraos ante el gran narayanastra.

Todo el ejército estaba en el suelo, postrado ante el brillo y poder de aquel astra.

Todos se tiraron al suelo. Todos, excepto uno: ese era Bhima. Él no quería postrarse ante el astra. Dijo:

—Yo no me postraré ante un astra que ha arrojado Aswatthama, no soy un cobarde, lucharé.

Era un espectáculo magnífico. Todo el ejército estaba postrado y este hombre permanecía como un enorme árbol sala, impasible ante la furiosa tempestad y ocurrió algo terrible, todas las flechas que se veían en el cielo parecían descender sobre Bhima que estaba completamente cubierto por ellas y comenzó a brillar con el poder del terrible astra que estaba tratando de destruirle. Su cabeza parecía un horno, era terrible verle,

pero aún siguió de pie. Arjuna estaba frenético y no sabía qué hacer. Arrojó el varunastra con el que pudo calmar el fuego hasta cierto punto, pero no fue suficiente. Bhima estaba rugiendo y gritando con orgullo, no iba a ceder. Parecía el Sol del mediodía con mil rayos de fuego emergiendo de su cuerpo, pero aún seguía de pie. Krishna y Arjuna fueron corriendo hacia aquel gran héroe y tirando con todas sus fuerzas le quitaron las armas que tenía con él, le arrojaron al suelo y le obligaron por la fuerza a quedarse agachado hasta que el astra pasó sobre él. Bhima fue salvado.

Krishna le dijo:

—¿Qué es lo que estás tratando de hacer, Bhima? Dices que odias a los kurus y, sin embargo, estás dispuesto a morir permitiéndoles de ese modo que vivan. ¿Qué estupidez es esta?

Pero ya había pasado todo. El gran narayanastra había pasado sobre sus cabezas y otra vez la sabiduría de Krishna les había salvado a todos de la total aniquilación. Duryodhana vio lo que había ocurrido y le pidió a Aswatthama que lo lanzara de nuevo. Aswatthama sonrió lamentándose y dijo:

—Eso no es posible, sólo se puede lanzar una vez. Si lo arrojo de nuevo me matará a mí y a todos vosotros. Pero no importa, Duryodhana, han caído a mis pies y eso significa que han admitido la derrota, la muerte y la derrota significan lo mismo para un kshatrya. Sus vidas serán una vergüenza para ellos a partir de ahora, ya que todos son unos cobardes.

Aquel consuelo no era suficiente para Duryodhana, pues quería verles muertos. Esta muerte moral y espiritual no significaban nada para él, y así se lo expresó a Aswatthama. Le dijo:

—Si no puedes lanzar este astra, lanza otro, tienes muchos a tu disposición. Quiero verles muertos.

Aswatthama atacó entonces a Dhrishtadyumna. Era como el mortífero ataque de un león sobre un elefante. La lucha duró mucho tiempo. Todos los héroes pandavas estaban tratando de ayudar a su querido comandante, pero no tenía sentido tratar de luchar con aquel hombre que estaba loco de ira y de dolor. Arjuna fue hacia él y le dijo:

—Déjame ver ese valor que quieres desplegar tan entusiásticamente. He oído hablar de tu poder, Aswatthama, y también de tu sabiduría, tu valor y tu bravura. También sé el afecto que les tienes a los hijos de Dhritarashtra y el odio que sientes por los hijos de Pandu. Si eres tan poderoso como pregona tu fama, déjame verlo: ven a luchar conmigo.

Aswatthama aceptó el reto de Arjuna. La lucha fue maravillosa, ambos eran discípulos del mismo maestro y era un placer verles luchar. Aswatthama se estaba impacientando, quería acabar pronto con su adversario. Invocó el astra que pertenecía a Agni y lo lanzó contra Arjuna y su ejército. El ejército estaba comenzando a ser arrasado. Arjuna

estaba furioso con este hombre que luchaba transgrediendo todos los códigos de lucha caballeresca. Arjuna invocó el brahmastra lanzándolo para calmar la furia del fuego; sopló una brisa fría que abatió la furia de los dos astras, tras lo cual Aswatthama se marchó del campo de batalla; quería estar a solas con su dolor.

Cuando se encontraba solo vio a Vyasa, a quien preguntó:

—Mi señor, ¿por qué fallaron mis astras? ¿por qué? ¿Cómo pudieron fallar?

Vyasa dijo:

—Aswatthama, los arrojaste contra Nara y Narayana que han nacido como Arjuna y Krishna para librar al mundo de sus problemas. No es posible vencerles ni destruirles. Eres un necio tratando de hacer lo imposible. Tu padre ha alcanzado los cielos y no hay nada por lo que debas estar triste. Vete a casa, hijo mío, y piensa en mañana.

El ejército de los kurus se retiró al final del día y el ejército pandava con un suspiro de agradecimiento regresó también a su campamento. Aquella noche podían dormir. Este era el principal pensamiento en las mentes de todos los soldados. El campamento del ejército de los kurus estaba sumido en profundo pesar. Bhishma había caído y ahora en el decimoquinto día de la guerra habían perdido a Drona. Él era como una gran fortaleza que hasta entonces había resistido el ataque del ejército pandava, pero ahora le habían perdido. Duryodhana no era capaz ni de pensar, su mente estaba casi desquiciada por esta terrible calamidad que les había sobrevenido. Radheya y Dussasana trataron de consolarle en vano, y así pasaron aquella horrible noche.

Libro 8

Karna

(Karna Parva)

Capítulo I

RADHEYA AL MANDO

EL decimoquinto día de la gran guerra había acabado desastrosamente para los kurus. Había caído la tarde y los dos ejércitos habían vuelto a sus campamentos.

Por la noche, Duryodhana y los demás se sentaron en conferencia tratando de pensar en el modo de salir de sus apuros. Duryodhana les pidió a todos que dieran su opinión. El sabio Aswatthama habló y dijo:

—Queremos a un hombre que te aprecie, que sea hábil, eficiente y también poderoso. Un hombre tal podrá dirigir el ejército y conducirte a la victoria. Todos los héroes aquí reunidos son ricos en esas cualidades, no tienes por qué sentirte deprimido. Todos estamos dispuestos a morir por ti. Si nombramos a Radheya comandante del ejército, es seguro que venceremos. Radheya es invencible.

Duryodhana se puso muy contento de oír la sugerencia de Aswatthama. La esperanza no muere en el corazón del hombre, mientras hay vida en el cuerpo. Incluso después de la caída de Bhishma y Drona, el rey tenía esperanzas de ganar la guerra con Radheya como comandante del ejército.

Duryodhana miró a Radheya con una expresión llena de afecto y le dijo:

—Radheya, conozco tu grandeza y también sé el cariño que me tienes. Ahora dependo de ti para que me guíes en estos días difíciles. Bhishma y Drona lucharon valientemente por mí y ambos han caído. Bhishma siempre estuvo encariñado con los pandavas. Después de él pusimos a Drona como comandante siguiendo tu consejo; ambos han caído y ambos por medios deshonestos: fueron atacados cuando estaban sin armas. Dos hombres indefensos han sido aniquilados por los enemigos, pero ninguno de los dos lucharon al tope de sus posibilidades, no querían herir a los cinco pandavas. Drona quería demasiado a Arjuna para luchar con pleno vigor, pero tú eres distinto. Por primera vez en esta guerra, pongo mi ejército en manos de alguien que odia a los pandavas tanto

como yo. Debes conducirnos a todos como Kartikeya condujo a la hueste del ejército divino. Te pido muy humildemente que te encargues de esta gran tarea.

Radheya estaba muy feliz de oír las palabras del rey. Por fin le había llegado el momento de pagar la deuda de afecto y gratitud que había contraído con Duryodhana. Le dijo:

—Nada me complacería más que hacerte este servicio, mi rey. Mañana destruiré a Arjuna en la guerra y pondré el mundo a tus pies. Estoy ansioso de luchar con todos ellos, estoy ansioso de matar a Arjuna; estoy seguro que podré matarle.

Duryodhana le nombró comandante. Radheya recibió el baño de la coronación y fue formalmente nombrado como tercer comandante del ejército kuru.

Duryodhana pensó que el mundo era ya suyo desde que Radheya fue nombrado comandante de su ejército.

Amaneció el decimosexto día de la gran guerra. Era maravilloso ver a Radheya a la cabeza del ejército. Tenía un aspecto tan espléndido como el recién nacido Sol que acababa de salir por el este. Quería ordenar el ejército en forma de makara vyuha. La boca del makara era Radheya. Los ojos eran Sakuni y su hijo Uluka. En la cabeza estaba situado Aswatthama. El cuello lo formaban los hijos de Dhritarashtra. Al centro se podía ver a Duryodhana con su insignia de serpiente. La pata delantera izquierda estaba formada por Kritavarma y su ejército. La pata trasera derecha estaba a cargo de Sushena, el hijo de Radheya. La pata trasera izquierda estaba a cargo de Salya. La pata derecha delantera la formaba Kripa y su ejército. La cola la constituían los hermanos de Duryodhana.

Viendo la formación de los kurus con Radheya como comandante, Yudhisthira dijo:

—Arjuna, fíjate en ese ejército de los kurus con Radheya en la vanguardia. Me acuerdo de este mismo ejército hace dieciséis días cuando nuestro abuelo lo había ordenado en aquel terrible vyuha impenetrable. Y ahora que lo veo nuevamente ordenado en el makara vyuha, me doy cuenta de cuánto ha disminuido su tamaño. ¡Qué gran calamidad les ha sobrevenido a estos hombres! Piensa en los muchos héroes que se movían de un lado para otro el primer día como meteoros cruzando el cielo y fíjate en su ejército ahora. ¡Qué contraste más triste! Fíjate en Radheya, tiene un aspecto espléndido, parece la Luna en medio de las estrellas, él es la única persona que debemos temer. Arjuna, si logras matar a ese hombre, la victoria es nuestra. No hay nadie más que merezca ser mencionado.

Arjuna comprendió que sus observaciones eran ciertas. Luego miró a su ejército, que también había sufrido a manos de los dos comandantes Bhishma y Drona y también a manos de Aswatthama y lo colocó en forma de Luna menguante. El cuerno izquierdo estaba protegido por Bhima y el cuerno derecho tenía sólo a Dhrishtadyumna

para protegerlo y al centro estaba Arjuna. Detrás de él estaban Yudhisthira, Nakula y Shadeva.

Las ruedas del carro de Arjuna estaban protegidas como de costumbre por Yudhamanyu y Uttamaujas.

Los otros héroes estaban situados a lo largo de los dos brazos de la Luna menguante. Las trompetas y tambores de guerra hicieron sonar su música y los dos ejércitos se abalanzaron el uno contra el otro. Era como el primer día de la batalla, se adoptó el mismo procedimiento. Los poco ortodoxos métodos de lucha de Drona contrastaban con el digno proceder de Radheya.

Les recordó a todos el liderazgo justo y noble de Bhishma. Los kurus pudieron olvidar las pérdidas de Bhishma y Drona cuando vieron al bravo y hermoso Radheya en la vanguardia.

Temprano, durante la lucha, Bhima logró matar al orgulloso rey Kshemadhurti. Radheya avanzó hacia el ejército pandava y comenzó a destruirlo sistemáticamente. Nakula fue hacia el frente y acosó a Radheya. Bhima y Aswatthama se enfrentaron en un duelo. Satyaki se enfrentó con Vinda y Anuvinda, los hermanos Kekaya que luchaban por parte de los kurus (no hay que confundirlos con los hermanos Avanti, que mató Arjuna en el decimocuarto día de la batalla). El rey luchó con Yudhisthira. Lo que quedaba del ejército de los samsaptakas retó a Arjuna. Kripa luchó con Dhrishtadyumna y Sikhandi con Kritavarma. Srutakirti se enfrentó con Salya y Shadeva retó al poderoso Dussasana. Vinda y Anuvinda fueron aniquilados por Satyaki después de una lucha espectacular. Los hijos de Draupadi estaban combatiendo bravamente. La lucha continuaba entre Bhima y Aswatthama. Aswatthama fue vencido por Bhima y fue sacado del campo por su conductor. Srutakirti fue vencido por Salya y Shadeva venció a Dussasana.

Radheya sostuvo un espectacular duelo con Nakula. Nakula estaba avanzando dentro del ejército kuru con la velocidad del fuego. Con la intención de detenerle, Radheya avanzó y se puso en frente de su carro. Nakula estaba complacido con su llegada y dijo:

—Dios es bueno conmigo, he estado deseando enfrentarme contigo desde hace muchos días. Estamos destruyendo a este ejército kuru por tu culpa, tú eres la raíz de todo este mal. Si te mato hoy me sacaré una espina que tengo clavada en mi mente; ven a luchar conmigo.

Radheya sonrió despectivamente, pero le dirigió palabras conformes con su caballerosidad y su noble nacimiento. Le habló como debe hablarle un gran arquero a otro arquero. Le dijo:

—Eres un gran guerrero, me alegro de encontrarme contigo en combate: sé un hombre y demuestra tu valor. Déjame ver si puedes hacer lo que te propones. Lucha lo mejor que puedas, y yo te prometo que te responderé humillando tu orgullo.

La lucha comenzó. Ambos estaban dispuestos a destruirse mutuamente. El arco de Nakula fue cortado al comienzo de la lucha, pero cogió otro arco y continuó luchando, siendo él ahora quien rompía el arco de Radheya. Ambos cogieron nuevos arcos y siguieron luchando. La lucha prosiguió durante bastante tiempo; tenía mucha semejanza con el duelo que mantuvieron Bhima y Radheya el día en que cayó Jayadratha. Después de eso Radheya había luchado con Shadeva y hoy le tocaba el turno a Nakula. Nakula se encontró pronto con que había perdido su arco, sus caballos y su conductor. Estando en tierra cogió su espada, pero Radheya la quebró haciéndola salir despedida de su mano. Esa técnica era típica en Radheya. Luego cortó el escudo de Nakula y también su maza. Más tarde cogió la rueda de su carro, pero Radheya también la rompió. Nakula estaba completamente indefenso, Radheya se carcajeó en un tono insultante. Nakula le volvió la cara y se alejó de la presencia de Radheya. No podía soportar aquella risa sarcástica.

Pero Radheya no le dejó irse, fue tras él y le atrapó por detrás con su arco poniéndoselo alrededor del cuello cuando se retiraba. Le hizo sentirse muy humillado. Radheya se rió cruelmente de él y le dijo:

—Así que todo lo que decías era sólo una fanfarronada. Veo que no has podido hacer lo que prometías. ¡Déjame oír de nuevo aquellas bravatas con las que me diste la bienvenida al comienzo del duelo! Mi querido Nakula, que esto sea una lección para ti, no trates de luchar con tus superiores, yo soy muy superior a ti. Te lo repito por tu propio bien; lucha con tus iguales. No hay nada malo en ser vencido por un superior, no te avergüences de este duelo. Algún día, Nakula, algún día te acordarás de este duelo que mantuviste conmigo. Te lo repito de nuevo, no te avergüences por el hecho de que te haya vencido, siéntete orgulloso por ello, siéntete orgulloso de que una vez mantuviste un duelo con el gran Radheya. Ahora vuelve a casa, hijo mío, ve a casa o vete junto a Arjuna y Krishna.

Radheya sonrió de nuevo y soltó a Nakula del lazo de su arco, el cual se fue decidido a destruir al ejército, jadeando como una serpiente que hubiera sido cruelmente herida. Nakula fue hacia Yudhisthira. Nadie vio las lágrimas que relucían en los ojos de Radheya, nadie excepto Krishna, que sonrió para sí como diciendo: « Radheya está recordando que Nakula es su hermano, no quiere matar a ninguno de los pandavas excepto a Arjuna, aunque el pobre Nakula hubiera preferido que le hubiera matado antes que ser humillado. Pero todo es parte del juego, él también debe aprender a enfrentarse con esto, al menos una vez. »

Capítulo II

EL DECIMOSEXTO DÍA DE LA GUERRA

La furia de Radheya era algo terrible. El ejército de los pandavas no pudo detener el poder de las flechas que fluían en una corriente sin fin. Ni una sola flecha era inútil, cada una se llevaba una vida. Los pandavas no podían hacer nada para evitarlo. Aún así el ejército iba hacia él como una bandada de polillas contra una llama, era algo así. Radheya estaba quemando como el Sol, nadie tenía suficiente coraje como para luchar con él. La lucha estaba arreciando fieramente, se lucharon varios duelos más. Yuyutsu luchó con Uluka y fue vencido. Sakuni luchó con Sutasoma y el duelo que Kripa luchó con Dhrishtadyumna valió la pena verse. Kripa quería vengar la muerte de Drona y Dhrishtadyumna lo sabía. No pudo soportar las terribles flechas de Kripa, se desvaneció y se fue de la presencia de Kripa, pero Kripa le siguió y continuó acosándole a él y al ejército pandava. Era como Drona, nadie podía impedirle que destruyera al ejército. Sikhandi estaba manteniendo un duelo con Kritavarma y a él tampoco le fue bien. Fue herido y también tuvo que alejarse de la presencia de Kritavarma, admitiendo la derrota.

Kripa, Kritavarma y Radheya estaban decididos a destruir al ejército.

Arjuna, por supuesto, estaba excelente: ante su ataque, el ejército kuru era como una gran pila de algodón atrapada en un tornado. Fue acosado por los samsaptakas que aún quedaban vivos, la mayoría de ellos murieron y el resto huyeron presas del pánico. Duryodhana luchó con Yudhisthira. Fue un duelo muy interesante; Duryodhana era un maharathika y su corazón estaba cantando cuando vio que el ejército enemigo estaba siendo abrasado por Radheya y Kritavarma. Duryodhana estaba luchando bien, pero Yudhisthira le venció con facilidad.

Las cuatro primeras flechas mataron a los cuatro caballos del rey, la quinta mató al conductor, la sexta derribó su insignia y la séptima cortó su arco. El ejército estaba observando esta hazaña sorprendido. La octava flecha arrancó la espada de la mano de Duryodhana. Las cinco siguientes fueron suficientes para herirle. Las flechas salían una tras otra con tanta rapidez que Duryodhana no tuvo tiempo ni de pensar. Viendo su condición, Radheya, Aswatthama y Kripa se apresuraron a ayudarle y también otros guerreros pandavas rodearon a Yudhisthira, con lo que la lucha se hizo general.

Hacía rato que había pasado el mediodía. Bhima era casi como Arjuna; tan rápida era la destrucción que estaba causando que el ejército parecía derretirse a su paso. Duryodhana luchó de nuevo con Yudhisthira; no le había perdonado por haberle humillado aquella mañana. Yudhisthira estaba muy feliz de tener que hacerlo. La lucha duró mucho tiempo hasta que finalmente Yudhisthira le lanzó una jabalina y el rey se desvaneció por la herida que produjo en su pecho. Kritavarma vino y se lo llevó.

La lucha prosiguió hasta el final del día. Había muerto una gran parte de ambos ejércitos, pero no ocurrió nada destacable en el decimosexto día de la gran guerra, el primer día del liderazgo de Radheya. El Sol seguía cayendo hacia el oeste. La lucha siguió largo rato y los soldados tenían miedo de que continuara durante la noche como ya había sucedido antes. Todos trataron de dejar el campo incluso antes de que se les pidiera que se retiraran, y finalmente los dos ejércitos se retiraron. No hubo muchas celebraciones en ninguno de los dos lados, ni tampoco había tristeza. Parecía el primer día de la guerra, cuando el noble Bhishma era el comandante.

Capítulo III

LA ÚLTIMA NOCHE DE RADHEYA

DURYODHANA debía sentirse decepcionado al ver que Radheya no mató a Arjuna. También debía haber observado el duelo que Radheya mantuvo con Nakula, debió haber visto que no mató a Nakula a pesar de que podía haberlo hecho fácilmente, pero el rey no le dirigió ni una sola palabra de crítica. Quería tanto a Radheya que nunca le había hablado con rudeza. También sabía que Radheya estaba tan disgustado como él por el hecho de que Arjuna estuviera vivo todavía. Justo antes de que se separaran para irse a sus respectivas tiendas, Radheya cogió las manos de su amigo y le dijo:

—Arjuna lucha bien, es hábil y muy inteligente. Tiene un conductor que le dice qué debe hacer y es la habilidad de Krishna lo que mantiene vivo a Arjuna, pero mañana haré lo que se ha de hacer. Mi señor, mañana haré lo que he jurado hacer.

Duryodhana apretó sus manos con afecto y le dijo:

—Lo sé, Radheya, lo sé.

Todos los héroes se habían retirado esa noche. Los pensamientos de todos revoloteaban alrededor de Radheya. Radheya fue hacia la tienda de Duryodhana y se quedaron solos discutiendo los planes del día siguiente. Radheya sabía que él era el hombre de quien Duryodhana dependía para su victoria. Estuvieron juntos durante largo tiempo. En su corazón, Radheya sabía que era la última noche que estarían juntos.

Radheya dijo:

—Duryodhana, quiero que conozcas cuál es la actual situación. Arjuna y yo nos vamos a enfrentar mañana. Nada detendrá este encuentro. O le gano matándole o perderé mi vida. No volveré del campo sin que hayan ocurrido una de esas dos cosas. Ahora, mi señor, debo hablarte de los méritos de ambos. Yo soy superior, muy superior a Arjuna, no quiero fanfarronear al respecto como dice nuestro valeroso Kripa, sólo estoy describiendo los hechos. Ambos tenemos a nuestra disposición los divinos astras, pero en gracia y poder soy muy superior a Arjuna, lo sé. Tengo un arco llamado vijaya que me dio Bhargava; es superior al gandiva de Arjuna. Este arco lo hizo Visvakarma

especialmente para Indra. Indra se lo dio a mi guru y él me lo dio a mí. Mañana mataré a Arjuna y pondré el mundo a tus queridos pies y así pagaré mi deuda de amor al rey más maravilloso.

»Pero ahora te diré en qué es Arjuna superior a mí. Su arco es divino y sus aljabas son inagotables; su carro es también divino, sus caballos son divinos y su insignia está presidida por el gran Hanumán. Krishna, el protector del universo, está sosteniendo las riendas de sus caballos. Su carro, su insignia y su conductor le hacen ser un luchador superior a mí. Yo soy superior a Arjuna, pero no tengo un buen conductor. Si tuviera a Salya como mi conductor, estaría seguro de ganar la guerra. Salya es como el gran Krishna, de hecho Salya es superior a Krishna. Igual que yo soy inigualable en la lucha, Salya es inigualable en el arte de conducir un carro. Krishna conoce el Aswahridaya, pero Salya es un maestro consumado en este arte.

»Si Salya accede a ser mi conductor, puedes estar seguro de que Arjuna morirá en la batalla de mañana, estoy seguro de ello, pero depende de ti el convencer a Salya. No va a ser fácil; pero, Duryodhana, dependo de tus gentiles poderes de persuasión. Puedes hacer que cualquiera haga lo que sea por ti. ¡Tú tienes ese don, mi señor! »

Radheya esbozó una dulce sonrisa y Duryodhana le abrazó con afecto. Era la última noche que iban a pasar juntos. Duryodhana no lo sabía pero Radheya sabía que moriría al día siguiente y estaba listo para ello. Duryodhana dijo:

—Lo haré, Radheya. Presionaré a Salya a que haga esto por mí. No se negará. Ahora ve y descansa en paz, te espera un día difícil.

Radheya salió de la tienda, pero su corazón se quedaba allí. Se detuvo en la entrada y miró de nuevo a Duryodhana, que también estaba mirando cómo se retiraba su amado Radheya. Radheya retrocedió sobre sus pasos y ambos se abrazaron de nuevo. Duryodhana se sintió tocado por el cariño de su amigo. Ambos derramaron lágrimas juntos y luego se despidieron.

Radheya fue a su tienda, se echó en la cama y trató de dormir; pero, ¿cómo podía venir el sueño a sus ojos que ardían como ascuas de carbón? Su corazón latía con rapidez, pues al día siguiente iba a encontrarse con la muerte. Aunque era fatalista, todavía le resultaba muy difícil, muy duro, aceptar el fin. No iba a ser una lucha ordinaria, tenía que luchar con su querido hermano y debía hacer todo lo posible para matarle. Si todo fuera normal tenía todas las posibilidades de matar a Arjuna. Radheya esbozó una sonrisa amarga. ¿Cómo podía esperar que todo fuera normal? ¿había sido normal algo en su vida hasta ahora? ¿por qué debería ser normal el final? Krishna se sentaría en su carro sosteniendo las riendas de los caballos blancos de Arjuna y Arjuna ganaría. Radheya lo sabía, también sabía que Salya no sería para él lo que Krishna era para Arjuna. A ellos les unía un lazo que no existía entre él y Salya, de hecho a Salya no le caía bien. Pero eso

no tenía que ver; lucharía tan bien como pudiera. Sabía que al final moriría y también Duryodhana.

Yudhisthira gobernaría el mundo, y se lo merecía después de todos los sufrimientos por los que había pasado.

Radheya pensó en sus dos madres. Pensó en Radha, la madre que estaba tan orgullosa de él y también en Kunti, pensó en sus ojos dulces y tristes y sus suaves caricias. Recordó los pocos momentos que había pasado con ella y se secó las lágrimas que le brotaron de sus ojos. No era capaz de deshacerse de todos aquellos pensamientos del pasado que ahora se agolpaban en su mente reclamando su atención. Vio de nuevo al insecto que le había herido en el muslo años atrás, cuando estaba en el ashram de Bhargava, aún tenía la cicatriz y la cicatriz de sus consecuencias también seguía en su mente. Su guru le había dicho que se olvidaría de las sagradas invocaciones de los divinos astras cuando más los necesitara. Al día siguiente los necesitaría todos y sabía que los iba a olvidar. No tenía la menor duda. La maldición del brahmín decía que la rueda de su carro quedaría hundida en el lodo y que le matarían cuando no estuviera preparado para luchar. Sí, el dado de la suerte había sido arrojado muy pesadamente contra él, pero no le importaba. Radheya dio la bienvenida a la idea de la muerte. Sería un descanso después de la penosa vida que había tenido que vivir durante todos aquellos años.

Nunca más se le llamaría para hacer cosas tan horribles como matar a un muchacho a sangre fría, el hijo de su hermano. Ya no tendría que insultar a sus hermanos tocándoles con el extremo de su arco viendo las lágrimas de humillación en sus ojos. No le fue fácil insultar a Nakula ese día, hubiese sido más fácil matarle. Pero Nakula se sentiría orgulloso de haber luchado aquel duelo con su hermano y haber sido insultado por él. Trataría de luchar con Yudhisthira e insultarle también. Kunti debía saber que tuvo a todos los pandavas a su merced y no mató a ninguno de ellos. Él le había concedido ese don por deseo propio y ella debía saber que Radheya era un hombre que mantenía su palabra, Krishna sabía que él estaba manteniendo su promesa. Le era duro a Radheya enfrentarse con el cariño y la compasión de los ojos de Krishna. Krishna le quería mucho al igual que Radheya quería a Krishna, casi podría decir que le quería más que a Duryodhana. Krishna lo sabía y se sentía feliz por ello, le había mostrado que se sentía honrado por el amor que Radheya sentía por él.

La noche pasó lentamente, pero Radheya se mantuvo despierto todo el tiempo. Estaba contento de haber tenido tiempo de coger en sus manos cada momento de su vida pasada y mirarlo antes de arrojarlo al cuenco del olvido. Así pasó la última noche de Radheya; una noche en aras del pasado.

Capítulo IV

SALYA CONDUCTOR DE RADHEYA

AMANECIÓ el decimoséptimo día de la guerra. Por la mañana temprano Duryodhana fue hacia Salya y le dijo:

—He venido a ti con una petición; me postro a tus pies y te pido que me la concedas. Quiero que me hagas un gran favor; hoy Radheya se va a enfrentar con Arjuna en la batalla y teniendo un conductor como Krishna, Arjuna podrá ganar fácilmente. Es por eso que te pido muy humildemente que seas el conductor de mi querido amigo Radheya. No hay nadie como tú para manejar las riendas de los caballos de Radheya. Tú eres la única persona que puede hacerlo, debes ayudarme a superar esta situación critica. Radheya es muy superior a Arjuna, pero por esta desventaja no podrá matarle. Fíjate en mi ejército, al principio era enorme y ahora ha disminuido de tamaño igual que un río durante los meses de verano. Tenía a muchos grandes héroes luchando por mí, pero la mayoría de ellos han muerto: murieron para que yo pudiera vivir. No sé cómo escaparé al pecado de haber dejado morir a tantos de ellos, pero eso es algo que no me preocupa ahora. En este ejército sólo quedan unos pocos y tú eres el más grande de todos ellos. Tú eres la única persona que me puede ayudar a ganar la guerra. Radheya está seguro de que matará a Arjuna si te tiene a ti de conductor. Tú estás tan interesado por mi bienestar como Radheya, es por ello que debes ayudarme. Radheya no puede ser vencido ni por los dioses ¿por qué habría de preocuparme de este mortal, Arjuna? Por favor, acepta mi proposición. Salya estaba muy enfadado con Duryodhana. Le dijo:

—Duryodhana, me estás insultando, no tienes derecho a pedirme esto. Movido por tu afecto hacia Radheya le estás alabando demasiado. Le estás haciendo parecer más grande de lo que es en realidad; tus ojos amorosos están aumentando su grandeza; estás tratando de que yo, un kshatrya, preste servicios de sutaputra a un sutaputra. ¿Qué te ocurre, Duryodhana?. Me estás pidiendo que haga lo imposible. Los sutas son sólo sirvientes en la corte de un rey. Su labor es coger en sus manos el látigo y conducir los carros de los reyes. Yo soy un gran rey, he recibido el baño de la coronación y llevo una corona. Soy un maharathika, he luchado en muchas grandes batallas y nunca he sido vencido y ahora me pides que le haga servicios menores a un inferior, a un sutaputra ¿Cómo puede un kshatrya que ha sido consagrado rey, ser el conductor de un hombre de baja casta? Hablas como si Radheya fuera superior a mí y él no es ni siquiera igual que yo; puedo matar a ese hombre fácilmente. Me estás tratando de hacer esto deliberadamente. Fíjate en mi arco y mira estas flechas. Fíjate en mi carro y en mis hermosos caballos, puedo luchar con Indra y vencerle en un combate singular. Hoy has insultado a un gran guerrero. Puedo luchar con Radheya, Arjuna y Krishna juntos y ganarles. No me agradas tú ni tus palabras; me has insultado. Volveré a mi reino, no mereces el afecto que te tenía.

Salya trató de salir de la asamblea. Duryodhana le atajó y se puso delante de él con las palmas de sus manos unidas y lágrimas en sus ojos. Le dijo:

—Mi señor, no está bien que te enfades conmigo, no he tratado de insultarte ni tampoco he tratado de hacer ver que Radheya es mejor que tú. Te conozco bien a ti y tu grandeza. En un duelo singular Radheya no podría soportar tu furia, sé que se te ha dado el nombre de Salya porque eres como una flecha afilada clavada en el corazón de tu enemigo. Estoy tratando de decirte la verdadera razón de mi petición. Sé que Radheya es superior a Arjuna, pero debe tener también un conductor que sea superior al de Arjuna. En todo este mundo entero tú eres la única persona que supera a Krishna en el arte del Aswahridaya, por eso te estoy pidiendo que manejes las riendas de los caballos de Radheya como Brahma lo hizo por Sankara cuando mató a los tripuras. De hecho, mi señor, tú eres dos veces mejor que Krishna, debes hacer esto por mí y por Radheya. Salya oyó las palabras de Duryodhana y dijo:

—Duryodhana, hoy has dicho en medio de todos estos héroes que soy superior a Krishna, estoy complacido con tu aclaración; seré el conductor de Radheya. Ya que me consideras la única persona que puede hacerlo, lo haré. Te prometo en presencia de toda esta gente que conduciré el carro de Radheya.

Duryodhana se postró a sus pies agradecido y fue hacia su querido Radheya para contarle la buena fortuna que les había sobrevenido.

Duryodhana volvió hacia Salya y le dijo:

—Quiero decirte algo más. El gran Bhargava obtuvo todos los divinos astras que tenía el señor Sankara y el Señor le había dicho que no debería darle los astras a ningún hombre de baja casta. Bhargava asintió. Tuvo a Radheya como discípulo y le dio todos los astras y su propio arco, el vijaya. Bhargava es un gran hombre, mi señor, y tiene el don de visión interior. Debía saber que Radheya no es un suta de baja casta, Radheya debe haberse merecido estos regalos, si no él no se los hubiera dado. Durante largo tiempo he sentido que Radheya no es un sutaputra, debe ser el hijo de una mujer kshatrya de alta cuna. Él es el hijo adoptivo de Atiratha. No tengo dudas de que él es el hijo de algún dios, tiene que ser un kshatrya. Fue abandonado por sus padres cuando nació, quizá por algún escrúpulo. Este héroe que brilla como el Sol, no puede ser un sutaputra. Ningún ciervo puede dar a luz un cachorro de leopardo. ¿Te has dado cuenta de sus amplios hombros y sus brazos largos y hermosos? ¡No pueden pertenecer a un sutaputra que conduce un carro! Sé que es un kshatrya nacido de una mujer de alta cuna y de un dios. Los detalles de su nacimiento se desconocen, permaneciendo ocultos tras un manto de oscuridad, pero su casta brilla como el Sol a través de la nube más oscura. Algún día se resolverá este enigma y yo seré la persona que proclame al mundo que él es un kshatrya. Radheya ha nacido para gobernar el mundo, ya lo verás, es muy obvio. Mis suposiciones no pueden estar equivocadas, conozco la grandeza de Radheya. Si no, ¿cómo puede ser

superior a Arjuna el gran arquero? No hay nada vergonzoso en ser su conductor, él es un kshatrya.

Salya abrazó a Duryodhana y le dijo:

—Te tengo mucho aprecio y te complaceré al máximo de mi capacidad, pero he de decirte algo: movido por mi amor por ti he accedido a ser el conductor de Radheya, pero seré duro con él; no obstante, ni tú ni Radheya debéis darle importancia a la rudeza de mis palabras, odio cuatro cosas en el hombre: insultarse a sí mismo por sentirse inferior, elogiar sus propias cualidades, rebajar a otros y decir fanfarronerías. Si encuentro alguna de ellas en Radheya, le censuraré, y no debe importarle.

Radheya llegó justo a tiempo para oír aquello y dijo sonriente:

—Me siento muy honrado por tu amabilidad, me siento orgulloso de saber que el gran Salya va a ser mi conductor. Te agradezco muy humildemente este favor.

Salya estaba complacido por las humildes palabras de Radheya. Salya fue y preparó el gran carro de Radheya, y lo trajo ante su presencia. Aquel carro era la posesión más preciada de Radheya, le hizo una pradakshina y una salutación y luego hizo una salutación al Sol, su padre. Hizo que Salya subiera primero al carro y luego le siguió él. Fue una bella escena. Radheya y Salya estaban brillando como el Sol y el fuego y avanzaron hacia el ejército de los pandavas. Radheya se parecía al Sol en su carro conducido por el brillante Aruna. Duryodhana estaba allí y le dirigió unas palabras de despedida a Radheya. Le dijo:

—Lo que no les fue posible a Bhishma y a Drona hoy lo conseguirás tú, Radheya. Sé que hoy es el día más maravilloso de tu vida y la mía. Ve, amigo mío, y vuelve cubierto de eterna gloria.

Radheya dijo:

—Te aseguro que lucharé lo mejor que pueda, me despido de ti. Recuerda que Radheya, tu Radheya, no escatimó esfuerzos en pos de tu éxito. El resto está en las manos del destino; siempre debes recordar eso, Duryodhana.

Los amigos se separaron con un apretón de manos. Radheya se estaba alejando de Duryodhana; había comenzado su último viaje. Las lágrimas de sus ojos mostraban que era consciente de que era su último viaje y su último encuentro con su amigo Duryodhana.

Capítulo V

YUDHISTHIRA HERIDO POR RADHEYA

RADHEYA dijo:

—Salya, llévame a la presencia de los pandavas, voy a vencerles a todos. Estoy seguro que mataré a Arjuna y que ganaré la guerra.

Salya recordó su promesa a Yudhisthira de que tenía que socavar el entusiasmo de Radheya tanto como pudiera y empezó a elogiar a Arjuna y a los pandavas. Le dijo:

—¿Cómo puedes tener tan alta ambición? ¿Cómo te atreves a insultar la grandeza de los pandavas? Espera a que oigas el resonar del gandiva. Espera a que veas a Bhima destruyendo el ejército de los elefantes. Espera a que veas a Yudhisthira y a sus hermanos con sus flechas afiladas, luego no hablarás más. Yo conozco el poder de los pandavas, pero tú no.

Radheya dijo:

—No quiero disgustarte contradiciéndote, prosigamos, mi señor.

El carro estaba en camino. Radheya era un experto en el arte de interpretar el significado de los presagios y vio que los presagios le eran desfavorables. Vio que nada le prometía un futuro agradable, pero ya no importaba nada. Con un gesto de desdén en sus hombros prosiguió, su sonrisa estaba teñida de amargura. Durante todo el camino hasta el frente, Salya continuó alabando a los pandavas. Alababa a Arjuna y rebajaba a Radheya. Aquello estaba hiriendo a Radheya, el cual le dijo:

—Tu nombre te corresponde muy bien, tus palabras son terribles, van directas a mi corazón y me hieren, me hieren abominablemente. No sé porqué me estás haciendo esto, pero no me importa. Hoy cumpliré con mi deber. Sé que hay una cosa llamada destino que observa la vida de los hombres; está despierto mientras todo el mundo duerme y funciona de una manera extraña. Cuando me enteré de la caída de Bhishma y cuando vi cómo mataban a Drona, supe que el hombre está indefenso en las manos del destino. Pero el futuro de un hombre está hasta cierto punto en sus propias manos. Si la muerte en el campo de batalla es el destino final del hombre, aún puede labrarse un nombre luchando tan bien como pueda. Puede morir de tal forma que consiga contrarrestar las acechanzas del destino. Sé que no tengo opción contra Arjuna, lo he sabido desde hace muchos años, pero lucharé por mi rey que me ha dado su corazón y le complaceré entregando mi vida por él. Por favor, ayúdame a hacer este sacrificio por él. Soy un hombre sentenciado, por favor no hieras las últimas horas de mi vida con tus palabras de alabanza a Arjuna. Si tu intención es socavar mi entusiasmo, estás haciendo un trabajo excelente. Has tenido éxito en tu plan; ahora, por favor, no hables más.

Después de esto Salya quedó en silencio.

El ejército fue colocado maravillosamente por Radheya. Yudhisthira y Arjuna dispusieron su ejército en el vyuha que contrarrestaba al de ellos. Yudhisthira dijo:

—Arjuna, hoy debes enfrentarte con Radheya. Bhima matará a Duryodhana. Enfrentémonos todos con ellos individualmente. Nakula luchará con los hijos de Radheya y Shadeva con Sakuni. Satanika se enfrentará con Dussasana y Satyaki se enfrentará con su primo Kritavarma. Dhrishtadyumna se puede encargar de Aswatthama, y yo lucharé con Kripa.

La lucha comenzó en unos momentos. Lo que quedaba del ejército trigarta se lanzó contra Arjuna. Como de costumbre, Arjuna avanzó a solas. Nunca se había llevado un ejército con él. Había vencido a los grandes kalakeyas y a los nivatakavachas él solo y podía hacer maravillas valiéndose de sí mismo. El ruido de la batalla era ensordecedor. El choque de espada contra espada, el silbido incesante de las flechas, el choque de maza contra maza, los relinchos de los caballos y los bramidos de los elefantes cuando caían heridos, el redoble de los tambores de guerra y el sonido de las trompetas, todos juntos, producían en el campo de batalla una verdadera amalgama de ruidos discordantes y ensordecedores.

Radheya, aquel día estaba decidido a luchar lo mejor que pudiera y morir en el campo de batalla. Era como Bhishma el noveno día de la guerra. Mató a todos y a cada uno de los que se le pusieron al alcance de sus flechas, que estaban silbando todo el tiempo; a nadie le era posible enfrentarse a él. Muchos de los héroes panchalas murieron apenas comenzada la batalla. Las ruedas del carro de Radheya estaban protegidas por sus hijos; Sushena y Satyasena estaban cerca de las ruedas y Vrishasena estaba protegiendo a su padre por detrás, era un equipo formidable. La hueste de los pandavas hacía todo lo que podía para luchar con Radheya. Dhrishtadyumna, Satyaki, los hijos de Draupadi, Bhima, Sikhandi, Nakula y Shadeva estaban situados todos frente al carro de Radheya. Ninguno de ellos pudo detener su avance. Bhima pudo matar a Satyasena, y los otros dos hijos de Radheya fueron heridos, pero Vrishasena volvió en otro carro y continuó protegiendo la retaguardia del carro de su padre. El ejército pandava se estaba deshaciendo como la nieve al ser tocada por el Sol. Todos los guerreros fueron vencidos y tuvieron que abandonar la presencia de Radheya que era tan terrible como el dios de la muerte.

Yudhisthira avanzó hacia el carro de Radheya, estaba decidido a luchar un duelo con él y con sus ojos rojos de ira, el noble Yudhisthira le dijo:

—Escúchame, nacido de baja casta, eres un sutaputra y durante los últimos años has tratado de compararte con mi Arjuna, has jurado matarle. Has depositado tu amor en el rey Duryodhana que es un hombre ruin aunque ha nacido en una familia alta y noble; déjame ver tu valor. Quiero ver tu valor en el cual ha confiado mi primo para comenzar esta guerra. Ven, lucha conmigo y muéstrame lo poderoso que eres; le evitaré a Arjuna la molestia de tener que matarte.

Radheya sonrió y dijo:

—Que así sea. —Se quedó mirando a Yudhisthira durante largo rato y luego, saliendo de aquella especie de trance, le dijo—: Yudhisthira, eres un gran hombre y también eres un gran luchador, me siento feliz de saludarte como un héroe saluda a otro. Me siento feliz por haberme concedido la oportunidad de encontrarte y pasar algún tiempo contigo; quizá no lo creas, pero me siento complacido de estar contigo durante un rato. —Esbozó su más dulce sonrisa y comenzó a luchar con Yudhisthira.

Fue un gran duelo. Radheya fue herido al principio por las flechas de su hermano; se sentó en la plataforma del carro, incapaz de soportar el dolor y se desmayó. Luego se levantó y siguió luchando. Satyaki y los demás vinieron a ayudar a Yudhisthira, pero Radheya permanecía inalterable, les venció a todos y siguió luchando con Yudhisthira. Y nuevamente Radheya repitió su técnica: rompió el arco de Yudhisthira. Con una sonrisa quebró la brillante armadura de Yudhisthira, dejándole así sin arco ni armadura y con el cuerpo cubierto de sangre. Radheya no podía soportar ver la sangre de su hermano más joven, se odiaba a sí mismo por ello, pero tenía que hacerlo. La sonrisa continuaba en sus labios. Vio que Yudhisthira le arrojaba una jabalina y riéndose en voz baja la partió en dos; cuatro más le fueron lanzadas, rompiéndolas igualmente una tras otra. La insignia de Yudhisthira cayó por tierra. Radheya le había reducido al estado de un hombre indefenso que podía morir en un instante. Yudhisthira miró con furia desesperada a Radheya. Radheya se rió de él y de su penosa situación. Tocó a Yudhisthira con el extremo del arco y le dijo:

—Yudhisthira, has nacido en una gran familia y eres el mayor de los pandavas. Tú eres un kshatrya y yo soy un pobre sutaputra, como tú me llamas. Siendo un kshatrya, se supone que eres bueno matando a tus enemigos; pero, mi señor, tu honorable persona no encaja en el papel que has adoptado. Por tu temperamento eres un brahmín, no sirves para kshatrya. Por favor, no intentes luchar con aquellos que son superiores a ti. No retes a nadie a no ser que estés seguro de vencerle. Vuelve a tu casa, mi querido Yudhisthira, o ve a donde está luchando tu hermano Arjuna. Nunca podrías matar a Radheya en un combate singular.

Radheya se alejó de Yudhisthira abandonando su presencia y como para castigarse a sí mismo, comenzó a atacar al ejército con renovado vigor. Bhima y los demás trataron de defender al ejército de la furia de Radheya, pero no pudieron.

Radheya se dirigió hacia otra parte del campo y Bhima le siguió hasta allí. Estaba loco de furia contra Radheya por los insultos y el ultraje que le había hecho a Yudhisthira. Viendo cómo avanzaba Bhima, Salya dijo:

—Radheya, fíjate en Bhima, está enfadado contigo. Su rostro nunca ha estado tan enojado, le he visto después de la muerte de Abhimanyu y de la de su hijo Ghatotkacha,

pero ni siquiera entonces estaba tan fuera de sí como ahora. Hoy parece el dios de la muerte, ¿me pregunto por qué?

Radheya dijo:

—Tienes razón, Bhima está enfadado porque he insultado a su hermano. ¿No sabes que para los pandavas su hermano mayor es un dios? El mayor de los pandavas puede demandar amor y devoción de todos los demás pandavas. Están dispuestos a morir por él; lucharé con Bhima.

Bhima avanzó hacia Radheya. Lucharon durante largo tiempo, y en su furia Bhima fue capaz de hacer desvanecer a Radheya. Quería cortarle la lengua por las palabras que le había dirigido a su hermano. Salya estaba disgustado con Bhima y le dijo:

—Bhima, no seas temerario, detente. Estás tratando de hacer algo que está mal. Tu hermano fue insultado por Radheya y enfadado por eso tú has luchado con él y le has vencido, eso es suficiente. Márchate de aquí, su muerte es trabajo de Arjuna, él ha jurado que mataría a Radheya y es él quien debe intentarlo y tratar de mantener su promesa. Puedes marcharte de aquí.

Bhima sintió que las palabras de Salya eran ciertas, así que dejó la presencia de Radheya y se fue. Después de recuperarse de su desmayo, Radheya quiso luchar de nuevo con Bhima. El rey kuru vio lo que quería hacer y mandó a varios de sus hermanos para ayudarle. Bhima puso toda su atención en ellos a quienes mató. Ya había perdido la cuenta de sus víctimas. Radheya y los demás avanzaron hacia Bhima y los otros héroes del lado de los pandavas se unieron a él, con lo que la lucha se generalizó de nuevo.

Los trigartas le habían estado causando problemas a Arjuna durante toda la guerra. Siempre que quería luchar con alguien importante, los samsaptakas le retaban y le acosaban durante horas. Este día pasaba lo mismo, Arjuna no se podía separar de ellos y de su ejército. Mataba a algunos de ellos y al día siguiente algunos más salían de algún sitio y le retaban. Estaba siendo acosado intensamente por Susarma que era uno de los pocos que aún no habían muerto. Era muy hábil usando los divinos astras y Arjuna tuvo que luchar durante largo rato con los trigartas destruyendo más de la mitad de su ejército. Miró en otra dirección y vio a Radheya, que había luchado con todos los héroes de su bando y les había vencido a todos y cada uno de ellos. Mentalmente aplaudió el valor de Radheya y le habló a Krishna al respecto. Quería que le llevara a su presencia.

Pero Aswatthama se puso delante de Arjuna, quería luchar un duelo con él y Arjuna tuvo que acceder. Comenzaron a luchar, y en poco tiempo Aswatthama había cubierto el carro de Arjuna con sus flechas. No se podía ver ni a Arjuna, ni a su carro, ni a su conductor. Krishna estaba muy enojado con Arjuna. Le dijo:

—Todavía no has superado tu afecto por tu guru y su hijo, todo lo que te he enseñado hasta ahora no ha valido de nada. El amor absurdo que sientes por estos dos hombres

significa más para ti que todas mis palabras. Tus manos pierden su rapidez y tus dedos se entorpecen cuando ves a estos hombres. Evidentemente has pedido a tu gandiva que se tome un descanso, ¿te gusta ser hostigado por Aswatthama?: estoy disgustado contigo y con tu lucha suave en este mal momento. Siempre te comportas igual cuando tu oponente es uno de estos dos hombres, estás olvidando tu deber en este momento crítico.

Arjuna no podía soportar aquellas palabras insultantes de Krishna y luchó con verdadera furia. Apartó el manto de flechas que les cubría a los dos y luchó furiosamente. Usó varios astras divinos y logró vencer a Aswatthama. Los caballos de Aswatthama se empinaron y le alejaron del campo de batalla.

Capítulo VI

EN LA TIENDA DE YUDHISTHIRA

ARJUNA entonces se fue al encuentro de los otros héroes del lado de Duryodhana. El rey de Magadha y su hermano fueron los siguientes en luchar con él; eran Dandadhara y Danda. Les mató a ambos y luchó de nuevo con los samsaptakas. Krishna le pidió a Arjuna que se dirigiera rápidamente hacia el carro de Radheya; tenía que morir ese día. Arjuna llegó a tiempo para ver el combate entre Aswatthama y el rey de los pandyas. El rey de los pandyas estaba muy orgulloso de su valor, no le gustaba que le comparasen con ningún otro pues pensaba que era muy superior a todos los demás, y lo era, pero luchó con Aswatthama y encontró la muerte en sus manos. Fue una gran pérdida para los pandavas. Arjuna vio que una gran porción de su ejército había sido destruida por Radheya. Aswatthama estaba tratando de matar en un duelo a su peor enemigo, Dhrishtadyumna. Arjuna se unió a la lucha general y fue como un nuevo aliento de vida para los deprimidos guerreros. El ejército enemigo estaba siendo derrotado y los pandavas avanzaban ganándole terreno al ejército de Duryodhana. Krishna divisó el carro de Radheya moviéndose por el campo tan rápido como el viento; se desenvolvía de forma tan grácil que parecía que estaba bailando en medio del campo. Krishna, que lo observaba, dijo: —Es un placer ver a Radheya. Fíjate de qué manera tan elegante tensa el arco y dispara sus flechas, su pecho es amplio y hermoso. Fíjate, el campo de batalla está sembrado de cadáveres de soldados y la mayoría de ellos llevan una flecha con el nombre de Radheya. Ha llegado el momento de que tú y él os enfrentéis. Ha llegado el fin de sus días sobre la tierra. Este gran hombre tiene que morir en tus manos, Arjuna. Apresurémonos, tratemos de enfrentarnos con él tan pronto como podamos.

Era imposible prever el resultado de los diversos duelos que se estaban luchando. En algunos casos resultaban afortunados los pandavas y en otros los kurus. Radheya y Yudhisthira se enfrentaron de nuevo en un duelo, Radheya pudo herirle y vencerle.

Fue tan terrible que Yudhisthira no se podía ni poner de pie. Se fue a su tienda y se echó en la cama, incapaz de soportar el dolor que le causaban las flechas de Radheya, que ya antes le había herido con sus palabras. Yudhisthira estaba muy deprimido, cada día estaba más y más insatisfecho con la forma en que se estaban desenvolviendo las cosas. No deseaba esta guerra en lo más mínimo, pero ahora que ya se estaba luchando no le gustaba aquella interminable agonía. Deseaba que Arjuna luchara más intensamente de lo que lo estaba haciendo hasta ahora. No, no estaba complacido con el modo en que estaba luchando Arjuna. Arjuna había dicho que mataría a todos los enemigos él solo y hasta ahora no había hecho nada. Estaba matando a los soldados ordinarios como lo hacía su abuelo, pero no había hecho nada para matar a Radheya que era la causa principal de peligro. Estaba dejando que Radheya bailara sobre el campo sin hacer nada por cumplir su juramento de matarle. Radheya había dicho que Yudhisthira valía más para brahmín que para kshatrya, pero Yudhisthira sentía que aquella descripción era más propia para Arjuna. Era tan suave en su lucha que parecía que no quería luchar en absoluto. Sólo Bhima se lo estaba tomando en serio y Nakula y Shadeva estaban haciendo cuanto podían, pero en definitiva lo único que estaba ocurriendo era que ambos ejércitos estaban disminuyendo. No se había hecho nada para matar a los actores principales. Dhrishtadyumna era la única persona que había cumplido su juramento y Arjuna estaba enfadado con él por ello. Pensamientos como estos se arremolinaban en la mente de Yudhisthira.

Arjuna estaba avanzando hacia Radheya, que se estaba convirtiendo en el terror de su ejército. Arjuna vio que faltaba Yudhisthira y le oyó decir a Bhima que se había ido a su tienda por las heridas que le causó Radheya e inmediatamente Arjuna dijo:

—Debo ir a ver a mi hermano ahora mismo. Después de haberle confortado vendré y mataré a Radheya.

Le pidió a Bhima que se quedara y protegiera al ejército del ataque enemigo y se fue hacia la tienda donde estaba descansando Yudhisthira.

Krishna y Arjuna entraron y vieron a Yudhisthira solo y sumido en las profundidades de la depresión. Al ver que Krishna y Arjuna venían hacia él, Yudhisthira se levantó de la cama y les dio la bienvenida. Al verles allí con él, a pesar de que la lucha continuaba, Yudhisthira pensó que Radheya había muerto y que habían venido a comunicarle la feliz noticia. Les dijo:

—Por fin Radheya ha muerto, Radheya ha estado robándome el sueño durante los últimos años, ha sido aniquilado y me siento muy feliz. Dime, Arjuna, ¿cómo luchaste con él? ¿cómo ocurrió su muerte? ¿con qué astra le mataste? Cuéntame todos los detalles.

Arjuna dijo:

—Mi señor, todavía no he podido enfrentarme con él. Varios héroes kurus han evitado que me encontrara con Radheya. Habiendo vencido a todos los terribles samsaptakas

me dirigía hacia Radheya, vi a Bhima manteniendo en jaque a los hermanos del rey, pero no te vi a ti y me informaron que fuiste herido y que estabas descansando. Me preocupé por ti y por tu bienestar y por eso estoy aquí. Ahora voy a matar a Radheya, por favor, bendíceme y déjame partir.

Yudhisthira estaba muy disgustado con la noticia de que Radheya estaba aún vivo, perdió la calma e insultó a Arjuna. Usó palabras muy duras. Le insultó diciéndole:

—Dame el gandiva que tú sólo usas como ornamento, iré yo a matar a Radheya.

Arjuna se puso furioso. Krishna intervino y dijo:

—Arjuna, ¿no puedes ver que Yudhisthira ha sido herido por Radheya y que su sufrimiento le hace estar impaciente? Quiere que entres en acción, es sólo por eso por lo que te habla de forma tan dura.

Yudhisthira ya se había apaciguado y le habló más suavemente a Arjuna. Abrazó a Arjuna y a Krishna y a Arjuna le dijo:

—Vete con mis bendiciones, sé que volverás victorioso. En su voz había esperanza, sentía que la muerte de Radheya era inminente.

Krishna y Arjuna habían refrescado sus caballos y partieron de nuevo para el frente. Krishna dijo:

—Arjuna, has jurado que matarías a Radheya y puedes hacerlo, pero recuerda que no es un oponente fácil. Él es el mejor arquero de la tierra. Tal y como tú hiciste en los días del rajasuya de Yudhisthira, Radheya venció también a todos los reyes de Bharatavarsha. Venció al rey de Kasi él solo y ganó una esposa para el rey, incluso venció a Jarasandha con quien yo no me pude enfrentar. Radheya es tu igual; de hecho es mejor que tú. Brilla como Agni, es tan rápido como Vayu y es igual que Indra en su furia. El hermoso Radheya es un hombre muy orgulloso y sensible. Es la persona más poderosa del bando de Duryodhana y quiere al rey. Radheya es un buen hombre, ha realizado muchas buenas acciones y tiene fama de ser el hombre más generoso del mundo. Arjuna, tendrás la buena fortuna de matar al gran Radheya.

Arjuna dijo:

—Krishna, te tengo conmigo, tú me conducirás a la victoria. Todo lo que tengo que hacer es escucharte, mataré a Radheya con tus bendiciones.

Fueron hacia el ejército kuru y se unieron a la lucha general. Bhima había estado ocupado con la destrucción del ejército. Todos huían al verle venir. Era como el viento salvaje del norte cuando soplaba furioso sobre la tierra; era terrible. Quería matar a tantos hermanos de Duryodhana como pudiera. Los buscaba dentro del ejército, como un espigador busca los granos de maíz extraviados en un campo que ha sido segado por una hoz. Estaba corriendo por el campo lanzando gritos como un león hambriento. Oyó el resonar del gandiva en medio de su fiesta y supo que Yudhisthira estaba bien.

Ahora juntos, Arjuna y él, podían causar estragos en el ejército. También estaban allí Nakula y Shadeva, que disfrutaron acompañando a Arjuna durante la lucha. Arjuna iba derecho hacia Bhima. Estaba preocupado por él porque la última vez que lo vio había sido atrapado por el grueso del ejército. Duryodhana ordenó a Sakuni que fuera a luchar con Bhima, pero volvió derrotado. Radheya fue al rescate del ejército y en un momento cambió todo el aspecto del frente, nadie podía luchar con Radheya. Aquel día era como el fuego de mil antorchas ardiendo al mismo tiempo, parecía alguien divino. Bhima y el resto de ellos no pudieron soportar sus flechas cuyas puntas eran fuego líquido.

Capítulo VII

LA MUERTE DE DUSSASANA

ARJUNA le pidió a Krishna que le llevara ante Radheya. Le dijo:

—Krishna, Salya está manejando las riendas de sus caballos igual que tú manejas las de los míos. Tiene un aspecto espléndido con las riendas en sus manos. Radheya es magnífico, tengo que enfrentarme a él, llévame rápido hacia él.

—Que así sea —dijo Krishna, y dirigió sus caballos hacia donde estaba Radheya.

Salya vio el carro de Arjuna acercándose hacia ellos con total determinación. Era de resaltar el hecho de que Salya había dejado de insultar a Radheya, estaba sorprendido y sentía una profunda admiración por este gran hombre que había puesto su vida en juego y estaba luchando por su rey Duryodhana. Viendo la grandeza de Radheya olvidó la promesa que le había hecho a Yudhisthira y el guerrero que había en él admiró a Radheya. Le dijo:

—Radheya, ha llegado el momento de que cumplas tu juramento de que matarás a Arjuna. Está segando al ejército, que parece paja atrapada por una hoz. Viene directo hacia ti, Radheya: tú eres la única persona en el mundo que se puede enfrentar a Arjuna. No conozco a nadie más que sea tan grande como tú. Tú detendrás a este hombre como la tierra detiene la subida del mar. No tiene protectores, tú puedes matar a Arjuna y a Krishna, lo sé. Bhishma, Drona, Kripa y Aswatthama son muy inferiores a ti en valor. Me siento muy orgulloso de ser el conductor de un héroe tan grande. Nuestro ejército se ha desperdigado en las cuatro direcciones al ver a Arjuna. Radheya, tú tienes mucho poder en tus brazos y eres un experto en el arte de la lucha. Recuerdo que una vez ganaste esta tierra para tu amigo Duryodhana. Ahora puedes hacerlo de nuevo matando a Arjuna. Los ojos de Radheya estaban cegados con lágrimas de gratitud por las palabras de Salya. Le dijo:

—Mi señor, hoy me has hecho la persona más feliz de esta tierra con tus palabras de alabanza; me siento muy honrado. Trataré de cumplir tus expectativas. Conozco la

grandeza de Arjuna, pero aun así espero matarle hoy y complacer a mi señor, amo y amigo. Llévame hacia él, no puedo esperar más.

Los dos carros se dirigieron el uno hacia el otro. Duryodhana estaba todo el tiempo observando a Radheya y quería ayudarle. Mandó a algunos de sus hermanos y a otros para que le ayudaran y el avance de los dos carros fue nuevamente interrumpido por una lucha general. Bhima había venido de nuevo al frente y era difícil detener su avance. Satyaki había matado a Sushena, otro hijo de Radheya. Radheya mató al hijo de Dhrishtadyumna y ahora le estaban atacando todos los panchalas juntos. Sikhandi, Jananejaya, Yudhamanyu, Uttamaujas y Dhrishtadyumna eran los cinco guerreros que estaban luchando con Radheya, pero él logró vencerles a todos y les hizo retirarse. Se les unieron Satyaki y otros guerreros panchalas y la lucha se volvió general de nuevo para gran disgusto de Radheya y Arjuna. Estaban impacientes por enfrentarse y no podían.

Durante el combate general, Duryodhana con varios de sus hermanos fue a unirse a la lucha. Dussasana estaba en el frente y se enfrentó con Bhima. Lucharon un duelo terrible. Dussasana era un luchador poderoso y odiaba a Bhima. Estos dos factores hicieron que luchara como nunca deteniendo la arremetida de Bhima. Bhima dijo:

—Ven, Dussasana, he estado esperando este duelo durante muchos años.

Dussasana le sonrió arrogantemente y le dijo:

—Siempre he querido verte luchar. Me siento tan feliz como tú por este duelo, Bhima. Bhima dijo:

—Me alegro de que hoy vengas hacia mí. Hoy podré pagar lo que te debía desde hace mucho. Recuerdo cuando tocaste el pelo perfumado de mi Draupadi con tus malvadas manos. Desde entonces, mi querido primo, sólo he estado pensando en ti y en nadie más. Puede que tú lo hayas olvidado, pero yo no.

Dussasana se mofó de él y con voz insolente le dijo:

—¿Por qué debería olvidarme?, lo recuerdo muy bien. Recuerdo muchas otras cosas cuando hablas de Draupadi. Recuerdo cómo huisteis de la casa de cera para salvar vuestras vidas y recuerdo la época que pasasteis en el bosque como animales. Recuerdo que tomaste por esposa a un monstruo llamado Hidimbi. Recuerdo la ciudad de los panchalas donde Arjuna ganó a esa mujer por esposa. Recuerdo que todos la queríais y ella accedió a ser la mujer de más de un hombre, igual que hizo vuestra madre. Recuerdo cuando estaba en nuestra corte como esclava, gracias a nuestro tío Sakuni.

Mientras tanto se iba encendiendo la lucha entre ellos, una lucha muy fiera. Dussasana era un arquero excelente y la jabalina que le arrojó Bhima fue rota en dos por sus flechas. Estaba enojando a Bhima y además consiguió romper su arco. Bhima estaba muy furioso, cogió su maza y de un solo golpe mató a los caballos de Dussasana, luego con otro duro golpe de maza hizo que Dussasana cayera de su carro, Dussasana quedó yaciente en el

suelo. Bhima miró a todos los que estaban a su alrededor pasando su mirada sobre sus rostros, tenía un aspecto terrible mientras les miraba a todos. Sus ojos inyectados de ira tenían el color del cobre al rojo vivo. Nadie hablaba ni respiraba.

Bhima vio que Duryodhana estaba cerca y dijo:

—Sí, debo hacerlo ante vuestros propios ojos. —Les miró a todos: a Kripa, Aswatthama, Radheya y Duryodhana, y lanzó una cruel carcajada tras lo cual se abalanzó sobre el desafortunado Dussasana y le atrapó entre sus manos. Le cogió del cuello, como un león atrapa a un elefante y le dijo—: Dussasana, así que te acuerdas de todo. ¿Entonces, cómo es que no te acuerdas de algo de lo que te debías haber acordado?: me voy a beber la sangre de tu corazón, veamos quién puede detenerme y salvarte. —Bhima se volvió hacia los que estaban a su alrededor y dijo—: Duryodhana, hace dieciocho días me enviaste un mensaje a través de ese chacal llamado Uluka y dijiste: « Bhima, juraste que te beberías la sangre de Dussasana, ¡bébetela si puedes! puede que sepas trinchar carne para comer, pero ¡déjame ver cómo vas a trinchar el corazón de mi hermano! » Este fue el mensaje que me enviaste y ahora te voy a dar la respuesta. ¡Obsérvame trinchar el corazón de tu hermano! Contempla cómo me bebo su sangre. Se te dijo que verías los ojos desesperados de tu hermano y que no podrías hacer nada al respecto. Mira, Duryodhana, ahora tengo a tu hermano cogido del cuello, contémplale como un gorrión en las garras de un halcón. Puedes ver sus ojos, os están pidiendo a todos que le salvéis. ¡Venid e intentadlo si podéis!

Era una escena terrible. Nadie podía moverse, todos estaban paralizados. Bhima arrojó a Dussasana al suelo y le puso el pie sobre el cuello. Le arrancó el brazo derecho y lo tiró al suelo. Dijo:

—Ahora he cumplido la promesa que hice a Draupadi. Ella quería que esta mano enjoyada rodara por tierra, la mano que se había atrevido a tocar su pelo.

Bhima desgarró el pecho de Dussasana cortándoselo con un golpe de su afilada espada. La sangre manaba y Bhima puso sus labios en la herida mientras la sangre caliente brotaba del cuerpo del moribundo, Dussasana aún no estaba muerto. Era terrible ver a Bhima bebiendo sangre humana y diciendo:

—Esta es la más sabrosa de todas las bebidas que he probado hasta ahora.

Mientras la sangre salía a borbotones también salió de su cuerpo la vida de Dussasana.

Radheya no podía soportar ver aquella horrible escena, pero no pudo hacer nada para ayudar a su amigo. Salya vio el dolor de Radheya y le dijo:

—Eres demasiado sensible, Radheya, la guerra implica todas estas cosas. Ahora que Dussasana ha muerto, el rey te tiene sólo a ti para ayudarle. No pierdas tu coraje viendo este ultraje. Duryodhana está sumido en el dolor y el destino y la felicidad del rey están

en tus manos, no permitas que entre el desaliento en tu corazón. Vayamos hacia el lugar donde está Arjuna, te alejaré de aquí.

Salya condujo el carro de Radheya lejos de la presencia de Bhima. Vrishasena, el hijo de Radheya, estaba avanzando hacia el ejército de los pandavas y fue directo hacia Bhima. Podía notarse que era un hijo de Radheya, tenía la misma gracia y el mismo poder por el que Radheya era famoso en el mundo entero. Estaba acosando a los pandavas. Arjuna le vio y fue a luchar con él. Arjuna había jurado que mataría al hijo de Radheya ante sus propios ojos. Después de luchar con él durante un tiempo, Arjuna mató a Vrishasena con una flecha afilada. Radheya tuvo que contemplar la muerte de su hijo. Acababa de ver la muerte de Dussasana y antes de que se pudiera recuperar de aquel golpe, tuvo que presenciar la muerte de su hijo. De sus ojos fluían lágrimas como un torrente sin fin. Pero ahora su dolor estaba dejando paso a la ira. Radheya estaba ansioso de luchar con Arjuna y le pidió a Salya que se dirigiera rápido hacia él.

Capítulo VIII

RADHEYA SE ENFRENTA EN UN DUELO CON ARJUNA

EL carro de Radheya había ido a la vanguardia y se puso justo en frente de Arjuna. Los dos grandes luchadores, los mejores arqueros del mundo se enfrentaron decididos a matarse. Radheya retó a Arjuna a un combate singular.

Justo antes de que comenzara la lucha, Radheya volvió su cara sonriente hacia Salya y le dijo:

—Espero ganar hoy; sin embargo, si muero, ¿qué harás, mi señor? Los ojos de Salya estaban llorosos y le dijo:

—Estoy seguro de que ganarás, sin embargo, si mueres les mataré a los dos y vengaré tu muerte.

Radheya estaba muy feliz de oír las palabras de Salya. Aunque parezca extraño, Arjuna le hizo la misma pregunta a Krishna, el cual le sonrió y le dijo:

—El Sol puede caer de los cielos, pero tú no fallarás. El fuego puede perder su calor, pero tú no fallarás. Sin embargo, si Radheya te mata, entonces puedes estar seguro que habría llegado el fin del mundo. Mataría a Radheya y a Salya con mis propias manos, y destruiría el mundo entero con mi ira. Pero eso no ocurrirá, lo sé.

Los dos conductores se miraron el uno al otro y los dos guerreros se sonrieron mutuamente. Estaban listos para luchar.

Aswatthama les vio preparándose para la lucha y de pronto su corazón se llenó de compasión por todos los que estaban en el campo de batalla. Tomó la mano de Duryodhana apretándosela cálidamente. El rey estaba aún suspirando con sollozos debido a la muerte de su querido hermano Dussasana. Aswatthama dijo:

—Duryodhana, fíjate en estos dos héroes preparándose para matarse. Detén esta guerra y haz las paces con los pandavas, ellos son hombres buenos. Mi padre está muerto, Bhishma ha caído y dentro de poco morirá Radheya. Le pediré a Arjuna que se detenga, él tendrá en cuenta mis palabras y Krishna dará la bienvenida a la proposición de paz. Yo no puedo ser aniquilado ni tampoco mi tío, no podemos morir, pero aun así perderás la guerra. Yudhisthira ha odiado siempre la idea de la guerra. Bhima, Nakula y Shadeva escucharán a su hermano. Esta matanza ha durado ya demasiado, detenla, deja que Radheya y Arjuna vivan como amigos. Te pido muy humildemente que hagas cesar todas las hostilidades. Si no lo haces, puedo asegurarte que tendrás que sufrir un gran dolor. Haz que todos sean tus amigos, nada será tan maravilloso. Salva tu alma antes de que sea demasiado tarde. Tú sabes que no quiero a nadie como a ti y quiero que vivas, mi querido amigo. Eso es por lo que te pido que hagas esto. Estoy seguro que Radheya morirá en la lucha de hoy, quiero evitarte ese dolor, y por eso te pido que detengas esta guerra. Fíjate en la destrucción que han sufrido ambos ejércitos durante estos diecisiete días. Debes pensártelo bien y detener esta guerra.

Duryodhana miró a su amigo y permaneció en silencio durante unos momentos. Luego dijo:

—Todo lo que dices es cierto, Aswatthama, lo sé muy bien, pero es demasiado tarde. Después de haber visto morir así a mi querido Dussasana, no puedo pensar en nada más que en la guerra. Hemos ido demasiado lejos, ya no podemos volvernos atrás. No vale la pena pensar en lo imposible, las cosas estaban destinadas a seguir un cierto curso y todo sucederá de ese modo. Radheya tiene razón, no hay ninguna armadura que te proteja contra el destino. Debo continuar, ya no puedo detenerme. Te agradezco tu afecto, amigo mío, pero lo que me pides no puede hacerse, esta guerra debe continuar hasta el último aliento.

Duryodhana hizo arreglos para que el ejército rodeara a Radheya. Arjuna tenía a todo el ejército pandava a su alrededor. Todos querían observar el gran duelo entre los dos héroes más grandes de Bharatavarsha.

El duelo había comenzado. Radheya y Arjuna estaban luchando con flechas ordinarias, jabalinas y armas por el estilo, todavía no se habían enardecido. Era tan sólo el preludio del duelo, era más que nada una exhibición de la destreza de ambos. Las flechas de Arjuna eran cortadas por Radheya cuando estaban llegando a él y Arjuna exhibió también la misma habilidad.

Pero el tono del duelo cambió en un momento. Arjuna, de repente, decidió usar los divinos astras y le lanzó el Agneyastra. Radheya con vigor y sonriente, le respondió con el varunastra, el astra contrario. El fuego que causó el astra de Arjuna fue apagado por el astra del orgulloso Radheya. El cielo se había cubierto de densas nubes negras y soplaba una brisa fría. Debido al varunastra por un momento reinó la oscuridad, pero

fue dispersada por Arjuna. Las nubes fueron dispersadas por el Vayavyastra enviado por Arjuna, todavía era sólo exhibicionismo. Luego Arjuna lanzó el astra llamado Aindra, que comenzó a arrojar flechas sobre todo el ejército de los kurus. Radheya estaba furioso con Arjuna, tomó una flecha y pronunció las encantaciones de un gran astra. Era el poderoso Bhargavastra, el regalo de su guru Bhargava. Este astra era terrible, y destruyó todas las flechas que había lanzado Arjuna. Todo el ejército estaba sorprendido por la grandeza de Radheya. Los ejércitos de ambos lados sufrieron a consecuencia de estos astras. El Bhargavastra era más poderoso que el Aindra. El ejército pandava estaba siendo hostigado por él, los kurus estaban muy felices y Bhima estaba muy enojado con Arjuna. Le dijo:

—Radheya te está cubriendo con sus flechas. Los enemigos se están riendo de ti y tú no estás haciendo nada al respecto. Si tú no puedes, dímelo y yo mataré a Radheya con un solo golpe de mi maza. Este es el momento apropiado, él ha de morir, yo haré tu trabajo por ti.

Krishna oyó las palabras de Bhima y dijo:

—Arjuna, parece como si las palabras de Bhima fueran ciertas. Parece como si nunca pudiéramos salir del velo de flechas que Radheya ha colocado a nuestro alrededor. Arjuna, ¿por qué dudas?

Krishna le habló a Arjuna como Narayana a Nara y le dijo:

—Tú mataste a Dambodbhava cuando él te retó; Radheya es Dambodbhava y debes usar todos tus astras contra este hombre que es un maestro consumado en el arte de la lucha. Lánzale el Brahmastra, debes recordar quién eres, debes recordar el propósito por el que has nacido en esta tierra. Despierta tu ser dormido y haz lo debido.

Arjuna recordó su nacimiento anterior e invocó el Brahmastra después de hacerle una salutación en su mente. Los cuatro puntos cardinales se cubrieron con las flechas de este astra y Arjuna y Krishna resurgieron de la nube que les había estado cubriendo hasta ahora. Radheya estaba disparándoles una corriente de flechas, parecía como si no necesitara ningún astra para causar una corriente continua. Arjuna no podía soportar el poder de las flechas de Radheya, pero se las arregló para recobrarse. Había cubierto el carro de Radheya con sus flechas. Por un momento, los kurus pensaron que Radheya había muerto y se oyeron muchos lamentos. Pero Radheya se liberó de ellas con facilidad. Los dos héroes estaban muy igualados. Ambos se lanzaron entre sí todos los astras que conocían. Yudhisthira oyó que se estaba luchando el gran duelo entre Arjuna y Radheya y con dificultad se levantó y fue hasta allí para contemplarlo.

En el cielo se arremolinaron todos los devas que habían venido a observar la lucha. Indra y Surya estuvieron a punto de luchar un duelo por sus hijos. Bhima estaba siendo herido por las flechas ocasionales de Radheya. Todo el ejército de ambos lados estaba

sufriendo por las flechas de ambos. Tanto el vijaya como el gandiva estaban sonando continuamente. No se escuchaba otra cosa en el campo más que el resonar de las cuerdas de aquellos arcos. A menudo se producían vítores y gritos de ánimo, unas veces de los kurus y otras de los pandavas.

Radheya cortó la cuerda del arco de Arjuna y Arjuna la reemplazó con gran rapidez. Con una sonrisa, Radheya la volvió a cortar y nuevamente fue reemplazada. Esto ocurrió once veces. Arjuna estaba reemplazando las cuerdas tan rápidamente que Radheya estaba admirado, alabando a Arjuna en su mente. Estaba orgulloso de su joven hermano. Sintió mucho amor por él, viéndole luchar tan magníficamente.

Radheya fue cubierto de nuevo por las flechas de Arjuna y con un aspecto tan enfadado como el de Rudra en el fin del mundo, Radheya comenzó a hostigar a Arjuna. Tenía con él cinco flechas mortales como serpientes, y se las arrojó a Krishna. Arjuna se puso furioso. La ira de los dos se iba incrementando, ya había pasado el tiempo en el que se permitían el lujo de ser suaves. Ahora era una lucha a muerte entre ambos.

Capítulo IX

LA MUERTE DE RADHEYA

ARJUNA disparó flechas arrolladoras a Radheya. Las flechas iban dirigidas al ejército que rodeaba a Radheya. Los protectores de las ruedas de su carro huyeron despavoridos y Arjuna continuó hiriendo a todos los que le rodeaban protegiéndole. Todos huyeron dejándole solo en el campo. Duryodhana estaba muy enojado con aquellos desertores e hizo todo lo que pudo para hacerles volver al frente, pero ninguno se atrevía a enfrentarse con Arjuna y sus flechas terribles.

Radheya cortó las flechas que estaban tratando de cubrirle y decidió lanzarle un astra que estaba seguro de que mataría a Arjuna.

Radheya cogió el terrible Nagastra, que ahora era su posesión más preciada y por un momento pensó en el sakti que había tenido en su poder durante todos aquellos años. Si no se le hubiera forzado a deshacerse de él podía haber matado a Arjuna, pero ahora había vuelto a Indra. Radheya no tenía tiempo para pensar, ni para lamentarse, sólo le quedaba el nagastra, pero estaba seguro de que mataría a Arjuna. Lo sacó de su carcaj perfumado y apuntó contra el cuello de Arjuna. Planeaba cortarle la cabeza. Salya lo vio y dijo:

—Radheya, no se lo dirijas al cuello, dirígeselo al pecho o al menos dispara otra flecha acompañándolo dirigida al pecho. Eso fallará.

Radheya dijo:

—Radheya nunca cambia de blanco una vez que lo ha elegido y no es propio de un buen arquero disparar una flecha de compañía pensando que fallará la primera. Es indecoroso para un arquero cambiar de blanco después de haberlo elegido.

Radheya estiró la cuerda al máximo y puso la flecha en el arco. El cielo brilló con el resplandor del astra. Radheya dijo:

—Arjuna, mira por última vez al mundo antes de morir, éste es tu último momento en la tierra.

El astra había abandonado su arco y atravesó el aire como un rayo de luz escupiendo fuego mientras se acercaba a Arjuna. El ejército estaba observando con el aliento contenido, los pandavas estaban seguros de la muerte de Arjuna.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Krishna, de una forma muy especial, pegó un tirón de las riendas de los caballos, los cuales cayeron de rodillas al suelo, haciendo que el carro se hundiera en la tierra a una profundidad de un pie; el carro se había hundido en el barro, por lo que el astra no pudo atravesar el cuello de Arjuna, sino que se estrelló contra la hermosa corona que llevaba, haciéndola rodar por el suelo. Era la corona que Indra le había colocado sobre su cabeza y que había sido hecha especialmente para él por el artesano divino; tenía mil joyas incrustadas. Era la corona que había hecho que le llamaran Kiriti, y había caído por tierra golpeada por el nagastra.

A Radheya se le escapó un gran suspiro, que parecía que iba a romper su cuerpo. Sabía que ahora no tenía nada que pudiera herir a Arjuna. Esto era lo que debería haberle matado y había fallado por la astucia de Krishna. Todo se había acabado, su sueño de matar a Arjuna y el sueño de Duryodhana de gobernar el mundo, todo había sido un espejismo. Lágrimas de ira y disgusto cegaron a Radheya. Se las secó con rabia y comenzó a luchar como antes. Arjuna ató su hermoso pelo rizado con un pañuelo blanco y siguió luchando. Yudhisthira estaba todavía suspirando de alivio, faltó poco para perder a Arjuna, pero Krishna estaba allí. Ya una vez había dicho que los pandavas significaban para él su propia vida.

Radheya vio que una serpiente venenosa salía del lugar donde había caído la corona. La serpiente fue hacia Radheya y le dijo:

—Tu astra falló en cortarle el cuello a Arjuna porque yo entré en él sin tu conocimiento. Ahora fíjate en mí y dispárale el astra de nuevo. Yo le mataré con seguridad. Arjuna es un antiguo enemigo mío, mi nombre es Asvasena. Durante el incendio del bosque Khandava mató a mi madre y he estado cobijando este rencor durante todos estos años. Por favor, lánzame de nuevo. Tú eres el único hombre capaz de matar a Arjuna. Déjame que te ayude en tu intento. Ayúdame a vengarme de Arjuna.

Radheya estaba muy enojado con la serpiente y le dijo:

—¡Escúchame, estúpido interventor! Radheya no está tan indefenso como para tener que recurrir a la ayuda de otros en la lucha con su enemigo. Dependo de mí y de nadie

más. Prefiero morir cien veces que depender de la fuerza de otros. Mataré a Arjuna con mis fuerzas y no con fuerzas prestadas. Me has hecho un gran mal entrando en el astra sin mi permiso. Vete de aquí antes de que te mate.

Asvasena estaba enfurecido porque sus intentos de venganza habían fallado y se decidió a atacar el mismo a Arjuna. La serpiente voló por el aire con la intención de matar a Arjuna. Krishna vio a la serpiente que iba en la dirección del carro y adivinando sus intenciones dijo:

—¡Arjuna, rápido!, mata a esta serpiente antes de que te mate, quiere matarte.

Arjuna dijo:

—¿Quién es este que viene a destruirme sin ser enviado por nadie? Krishna le habló de su antiguo odio por Arjuna. Arjuna le disparó seis flechas afiladas que mataron a la serpiente cuando iba en el aire lista para morderle.

La lucha prosiguió entre Arjuna y Radheya. Ambos estaban heridos por las muchas flechas y la sangre les fluía a raudales a lo largo de sus poderosos pechos. Salya y Krishna también estaban heridos, pero la lucha prosiguió.

Se acercaba el fin de Radheya. El destino decidió que había llegado el momento, invisible y desconocido por todos, el destino estaba tratando de hacer que la maldición del brahmín se cumpliera y la tierra tenía que cooperar. De repente, se puso blanda y una rueda del carro de Radheya se estaba hundiendo poco a poco en el barro. Parecía una puesta de Sol o una vida abandonando un cuerpo gastado. El proceso era lento, pero progresivo. La rueda se había hundido en la tierra y el carro se había inclinado produciendo un desnivel. Fue entonces cuando se dio cuenta Radheya y se acordó de algo que ocurrió hacía varios años. Vio la vaca muerta en tierra y al brahmín con sus ojos enfadados. De nuevo oyó la voz del brahmín diciéndole: « Cuando estés luchando con tu enemigo, tu peor enemigo, la rueda de tu carro se hundirá en la tierra. Entonces igual que tú mataste a mi pobre e inocente vaca cuando no estaba consciente del peligro que la amenazaba, del mismo modo te matará tu oponente, cuando estés menos preparado para el ataque. » Radheya quería hacer todo lo que podía en el tiempo que le quedaba. Fijó una flecha en la cuerda de su arco e invocó el Brahmastra, pero no pudo recordar la invocación del gran astra; había llegado el fin. Recordó las palabras de su guru: « Cuando estés necesitando un astra desesperadamente te fallará la memoria. » Radheya se dio cuenta de que ya estaba completamente derrotado. Su rueda se había hundido en el suelo, ya no tenía ningún astra a su disposición y el Nagastra había fallado. Ya había perdido su kavacha y sus kundalas, y tampoco tenía su sakti.

En sus ojos se agolparon lágrimas de ira, ira contra el destino. Arjuna estaba cortando las cuerdas de su arco tan pronto como él las reponía. Radheya se frotó las manos con furia desesperada y dijo:

—Se dice que la justicia protege siempre a aquellos que son justos. En lo que a mí se refiere, he practicado el Dharma hasta cuanto sabía, pero este Dharma es una dama caprichosa que nunca recompensa a los que la aman. No hay nada igual que el Dharma en este mundo.

Radheya estaba siendo herido por las flechas afiladas de Arjuna, pero se había vuelto indiferente a ellas. Arjuna le lanzó el gran Aindrastra, pero con un gran esfuerzo de voluntad, Radheya recordó el Brahmastra y lo lanzó para frustrar el aindra. Su carro tenía la rueda izquierda completamente hundida en la tierra y los protectores de las ruedas hacía mucho que habían huido amedrentados por Arjuna, por lo que Radheya tuvo que descender del carro. Arjuna entonces fijó una flecha en la cuerda de su arco con la intención de invocar el gran Rudrastra. Radheya con sus ojos llenos de lágrimas de ira y desesperación dijo:

—Arjuna, la rueda izquierda de mi carro se ha hundido en la tierra. Es sólo mi destino y nada más lo que ha hecho que esto ocurra en este momento crítico. Si esperas un momento la levantaré. Eres un gran héroe y un luchador justo, por favor, detén tu lucha hasta que esté listo. No es noble luchar cuando el adversario no está preparado para defenderse. Estoy seguro que seguirás las reglas de lucha justa. Tú estás sobre el carro y yo estoy en el suelo sin armas, no es justo que dispares tu astra ahora. Espera un momento, levantaré la rueda y entonces seguiremos luchando.

Krishna se rió cruelmente de Radheya y le dijo:

—¡Así que ahora quieres que Arjuna te trate con justicia! Radheya, dime sinceramente, ¿has caminado siempre por el camino de la justicia? Has tomado parte en los conjuros de Duryodhana contra los pandavas, y estabas allí cuando su reina Draupadi fue arrastrada a la corte por Dussasana, te percataste de su impotencia incluso más que los demás, nunca pensaste en la justicia cuando se estaba jugando el juego de dados. ¿Pero por qué hablar del lejano pasado?. Déjame que te recuerde algo que ocurrió hace cuatro días; sí, hace cuatro días. Todos vosotros matasteis a Abhimanyu. —Los ojos de Krishna estaban rojos y el aspecto de su cara era terrible, estaba alterada por la furia y el dolor de sólo pensar en Abhimanyu. Dijo—: Sí, Abhimanyu, seis héroes le mataron. Él quería un trato justo. No tenía ningún arma y con la rueda de su carro en su mano os llamó a todos para que lucharais con él uno a uno. ¿Pensaste entonces en las reglas de la lucha?. ¿Quién cortó por detrás la cuerda del arco de Abhimanyu cuando estaba desprevenido?. ¿Fue un héroe que conocía las normas de la lucha justa? Me disgustas con tus peticiones de lucha limpia. ¿Cómo te atreves a esperar que se te trate así cuando entonces no lo tuviste en cuenta? —Los labios de Krishna estaban temblando de ira.

Las palabras de Krishna hirieron más a Radheya que las flechas de Arjuna. Sabía que todo era cierto, bajó la cabeza y prosiguió con sus intentos de sacar el carro del suelo. Era como un intento de vivir contra toda opción. Krishna sabía todo en cuanto

a él. Él sabía que el único error que había cometido en su vida era amar al pecador Duryodhana, pero estaba pagando el precio con la sangre de su corazón. El destino había decidido su futuro y no tenía sentido tratar de justificar sus propias acciones. Amaba a Duryodhana y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por él. Cometió pecados por su causa, pero él nunca había aprobado los sucios planes de Sakuni, incluso había intentado impedir que Duryodhana hiciera caso a los consejos de Sakuni, pero no sirvió de nada. Radheya nunca tuvo corazón para denegarle a Duryodhana la felicidad de su triunfo sobre los pandavas. La razón por la que Radheya había sido tan cruel ese día memorable, era porque quería complacer a Duryodhana. Krishna lo sabía, pero ahora no había tiempo para pensar, no podía deshacer la tela de araña una vez que se había tejido: había quedado atrapado en ella. Había llegado el momento de morir, de dejar caer los brazos y descansar, había pagado la deuda por completo. Radheya dejó la rueda del carro y volvió a luchar. Arjuna no disparó el rudrastra, disparó el agneya que fue frustrado por el varunastra. El cuerpo de Radheya estaba débil por el esfuerzo que tenía que hacer para recordar las encantaciones. Este fue el último astra que pudo invocar. Ahora tenía que depender sólo de su habilidad para protegerse de los astras de Arjuna. Arjuna iba a lanzarle ahora el vayavyastra. En medio del intercambio de flechas, Radheya saltaba de su carro y trataba de levantarlo y luego volvía a la lucha. Era una escena que debió hacer llorar a los dioses. Era terrible ver al gran Radheya en una condición tan horrible, nadie podía ayudarle, nadie podía acercársele a causa de las flechas de Arjuna y además todo el mundo estaba demasiado conmocionado por el horror de la situación para hacer nada. Salya no podía hacer nada, tenía que sujetar a los caballos, que estaban dispuestos a empinarse en cualquier momento; sus cuerpos habían sido desgarrados despiadadamente por Arjuna.

Radheya disparó una flecha poderosa para matar a Arjuna. El impacto fue tan terrible que chocó contra el pecho de Arjuna y éste se desvaneció. Los pandavas pensaron que había muerto, pues el gandiva se le escapó de las manos. Fue un gran momento para los kurus, estaban seguros de que Arjuna había muerto; pero antes de que pudieran lanzar vítores, Arjuna se recobró del desmayo. Sus ojos inyectados de furia tomaron un matiz carmesí, y de una flecha derribó el estandarte de Radheya. La brillante insignia cayó por tierra, parecía un arco iris caído. Con la caída de su insignia había caído todo lo que amaba Radheya, su fama y su nombre. El corazón de los kurus se rompió cuando vieron la orgullosa insignia del elefante tirada en tierra y empapada con la sangre de Radheya. Trató de nuevo de levantar su carro, pero no pudo. Ya había perdido toda esperanza, pero aún lo seguía intentando. Estaba en el suelo tirando de la rueda con toda la fuerza de sus dos brazos. Sus venas parecían cuerdas de látigos y su cara estaba empapada por el sudor y la sangre que fluían de sus sienes, mientras que sus ojos derramaban lágrimas de dolor. Krishna dijo:

—Arjuna, debes apresurarte, debes matar a Radheya antes de que vuelva al carro.

Arjuna cogió una flecha que era como un rayo. Al verla, los kurus perdieron la esperanza. Arjuna invocó el astra divino y fijando la flecha al arco estiró la cuerda hasta sus oídos, soltándola luego como una exhalación. El cielo se iluminó con aquella espléndida flecha que avanzaba a toda velocidad hacia su objetivo. Radheya estaba inclinado y sus brazos aún trataban en vano de levantar el carro. La flecha de Arjuna se acercaba hacia él. Radheya la miró y sus ojos sonrieron con alegría; la flecha cortó la cabeza del gran Radheya. La cabeza del gran comandante del ejército kuru cayó al suelo como el Sol descendiendo de repente hacia la tierra. Su hermoso rostro aún conservaba la sonrisa y su labio inferior permanecía atrapado entre sus dientes por sus esfuerzos de levantar el carro. Del cuerpo de Radheya salió un resplandor que se elevó hacia el cielo, algunos pudieron verlo. El resplandor ascendió lentamente, tan lentamente, que parecía como si no deseara dejar el hermoso cuerpo que lo había contenido durante tantos años.

Capítulo X

EL DOLOR DE DURYODHANA

RADHEYA había muerto. No quedó nada en la tierra después de la muerte de Radheya. Todo lo que era noble y hermoso murió con él. Era la tarde del decimoséptimo día de la gran guerra, pero mirando al cuerpo yaciente de Radheya todo el mundo estaba seguro de que el Sol había abandonado el cielo y había descendido a la tierra para embellecerla. El campo de batalla tenía un aspecto hermoso por la noble cabeza de Radheya que yacía en el suelo como un loto florido que se había roto. Por unos momentos se produjo una oscuridad repentina en el cielo. El Sol sumido en el dolor, dejó de brillar en el cielo durante unos instantes, luego volvió a salir de nuevo, pero sus rayos fueron débiles desde ese momento hasta el fin del día.

Radheya brillaba como el oro fundido. Su ancho pecho que había sido herido por las flechas de Arjuna, ofrecía una estampa maravillosa para aquellos que le contemplaban. Sus ojos de loto estaban cerrados y su cuerpo estaba cubierto por el polvo del campo de batalla. El Sol le miraba con gran desesperación y muy lentamente y de mala gana iluminaba el campo de batalla. Era mediodía, pero los rayos del Sol eran tan suaves como rayos de Luna; tan grande era su dolor por la muerte de su desafortunado hijo.

Salya condujo el carro de vuelta al campamento pero sin su insignia y sin su propietario. Vio cómo aquel maldito carro había salido del lodo por sí solo, como si nada le hubiera ocurrido. Salya no podía ver por las lágrimas que inundaban sus ojos, sus oídos estaban ensordecidos por los gritos del ejército pandava, no podía soportar oír el sonido de las caracolas y trompetas que estaban resonando, cantando la victoria de los pandavas.

Salya fue a toda prisa a la presencia de Duryodhana. El rey era todo dolor; su corazón se rompió cuando vio la caída del más grande de los hombres. Ni se había imaginado que Radheya, su querido Radheya muriera en ese día. Recordó la noche anterior cuando Radheya fue de nuevo hacia él en la puerta de la tienda y le abrazó. Lloró lágrimas calientes que le abrasaban como gotas de fuego líquido. Radheya estaba muerto y él estaba vivo, no había acabado de aceptar del todo la verdad, pero lentamente fue comprendiendo que estaba vivo en un mundo que no tenía sitio para Radheya; su Radheya estaba muerto. « ¡Muerto! », gritó, y golpeó con el puño la palma de su mano en furia inútil; no podía hablar debido a su dolor. Salya se lo encontró así, con sus ojos inundados de lágrimas y diciendo incoherencias. No podía ponerse de pie, sus rodillas le flaqueaban. Viendo a Salya, su dolor se renovó, vio el carro de Radheya con su asiento vacío y el arco y las aljabas de Radheya. Duryodhana se desmoronó completamente.

Salya le confortó; su corazón estaba apesadumbrado mientras le hablaba a Duryodhana. Le dijo:

—Hijo mío, no rompas tu corazón, todas estas cosas están en manos del destino. Habiendo visto cómo luchó Radheya, sólo puedo culpar al destino de su muerte. Jamás se ha luchado un duelo como el que hemos visto hoy. Radheya era demasiado contrincante para Krishna y Arjuna, pero el destino fue demasiado poderoso. Fue el destino quien mató a Radheya: Arjuna sólo fue el instrumento, no tiene sentido intentar detener su curso. —Salya habló en términos gloriosos del valor de Radheya. Dijo—: Ahora ha alcanzado los cielos, no te apenes por él, ahora él es feliz. Retira al ejército, no está en condición de luchar, todos están aturdidos por el golpe de la caída de Radheya. Hasta el Sol brilla hoy tenuemente, aunque todavía no ha llegado la tarde. Detén la guerra por hoy.

Duryodhana lo dejó todo en manos de los demás y se sentó sumido en el más hondo pesar. Aswatthama y los demás se dirigieron a Duryodhana y trataron de consolarle, pero nada podía aliviar el corazón herido del monarca. Se pasó toda la noche sentado donde estaba.

Radheya estaba solo en el campo de batalla. Había muerto, pero la belleza no había abandonado su noble rostro y su cuerpo brillaba como si todavía hubiese vida en él. La gente aún tenía miedo de acercársele. Parecía como si sólo estuviera descansando. La magnífica figura de Radheya estaba sin vida y el fuego que había en él se había extinguido. Radheya había estado solamente siete días en el campo de batalla y en estos siete días había hecho mucho. Este hombre tan noble que nunca le había negado nada a nadie, ahora estaba muerto. Había dado todo lo que tenía. Duryodhana había comenzado la guerra confiando en él, pero ahora Radheya estaba muerto. Cuando murió los ríos dejaron de fluir, el Sol perdió su gloria, la tierra tembló de miedo y el cielo se enrojeció de agonía. Los planetas fueron todos desplazados por esta gran calamidad y se

veían los cometas incluso durante el día. Incluso también entre los dioses que se habían reunido en el cielo se produjo un grito de dolor, dolor de aquellos que eran inmunes al dolor; así de grande fue la caída de Radheya.

Arjuna sopló su devadatta y Krishna su panchajanya. Era evidente que no las estaban soplando con tanta fuerza como era habitual en ellos. Yudhisthira había regresado a su tienda a mitad del duelo, pues no pudo quedarse por mucho tiempo. Todavía sufría por el dolor de sus heridas. Los dos amigos fueron corriendo hacia la tienda de Yudhisthira. Arjuna saltó de su carro y corrió hacia su hermano. Yudhisthira le estaba esperando ansiosamente, pues ya le habían hablado de la muerte de Radheya. Arjuna cayó a sus pies, los amados pies de su honorable guru y hermano. Yudhisthira le levantó y le abrazó y luego abrazó a Krishna que también estaba allí. Todos los héroes estaban esperando para felicitar a Arjuna por su más grande logro. Arjuna estaba muy feliz. Krishna dijo:

—Yudhisthira, hoy es un día feliz para ti. Con la muerte de Radheya ha muerto la esperanza de Duryodhana. La ira que surgió en ti hace catorce años, ahora arde con fulgor y está abrasando a los kurus. Ya eres el señor del mundo.

Yudhisthira dijo:

—Tú eres nuestra esperanza, Krishna, tú has hecho esto por mí. Estando tú aquí para proteger a los pandavas, ¿por qué hay que preocuparse?

Yudhisthira se libró este día de la preocupación que le robaba el sueño, estaba muy feliz de que hubiera muerto Radheya. Quería verle muerto, así que pidió el carro de Arjuna y seguido de sus amigos se dirigió hacia el campo de batalla para ver el cuerpo sin vida de Radheya con sus propios ojos. Vio a los tres hijos de Radheya que yacían en el campo y también se encontró a Radheya durmiendo pacíficamente después de esa oscilante fiebre llamada vida. Yudhisthira contempló durante largo rato la hermosa forma de Radheya y luego regresó a su tienda, suspirando con alivio. No habló con nadie por un tiempo.

El Sol cayó agradecido sobre la colina del oeste. Había sido para él un día amargo que le había traído la mayor desgracia; fue el día en el que su amado hijo había muerto en la batalla. El Sol estaba agradecido por aquellas pocas horas de descanso. Necesitaba todas sus fuerzas para aparecer de nuevo por el este la próxima mañana para anunciar otro día de dolor.

Capítulo XI
CON SU ABUELO

DURYODHANA no quería pensar en nada. Recordó el día del torneo, esa fue la primera vez que vio a Radheya. Quería verle ahora y en la oscuridad de la noche, cuando todo el campamento estaba durmiendo, Duryodhana fue rápidamente hacia el

campo de batalla para ver a Radheya. Se sentó al lado del amigo que le había amado tanto y que había muerto por él. Se sentó allí mirando la hermosa cara de Radheya y pensó que se volvería loco. Luego se fue corriendo de allí y atravesó todo el campo de batalla, dirigiéndose a donde estaba su abuelo que estaba esperando la muerte. Cayó a los pies del anciano y sollozó como si su corazón se fuera a romper. Bhishma colocó sus manos viejas y cansadas sobre la cabeza de su desafortunado nieto, y le dijo:

—Hijo mío, la muerte de Radheya tenía que ocurrir, no debes apenarte tanto por su muerte. Ahora está feliz, era un kshatrya y murió como tal.

Duryodhana estaba sobresaltado. Dijo:

—Así que tenía razón, Radheya era un kshatrya. Abuelo, siempre he sentido que Radheya era un kshatrya y ahora tú me dices lo mismo. Dime quién era, estoy ansioso por saberlo, borraré el estigma que tiñe su nombre al menos ahora. Al menos haré eso por este amigo que murió por mí; ¡dímelo, abuelo!

Bhishma dijo:

—Yo sé quién era, pero no puedo decírtelo a menos que prometas que no se lo dirás a nadie. Era el deseo de Radheya que nadie lo supiera. Me hizo prometerle que no te lo diría hasta que muriera. Ahora que Radheya ha muerto puedo decírtelo, pero debes mantenerlo en secreto hasta que mueras.

Duryodhana estaba en un dilema, pero dijo:

—Si mi querido Radheya deseaba que fuera un secreto, respetaré sus deseos, no se lo diré a nadie: dímelo.

Bhishma reflexionó por un momento y dijo:

—Duryodhana, aún estás sufriendo por el duro golpe que has recibido, ¿crees que soportarás escuchar esto?

Duryodhana esbozó una sonrisa amarga y dijo:

—Después de ver el cuerpo sin vida de mi Radheya aún sigo vivo, ¿no prueba eso que mi corazón está hecho de piedra? Ahora puedo soportarlo todo. Dímelo, abuelo, dime, ¿quién era Radheya?

Bhishma se detuvo durante un momento y dijo:

—Te lo diré, prepárate a escuchar la verdad. Tu amigo no era Radheya, era Kaunteya.

La verdad golpeó a Duryodhana en el rostro como un espasmo de dolor repentino. Se tambaleó por el golpe y agarrándose a las manos de su abuelo le dijo:

—¿Qué?, ¿Kaunteya? ¿Es Radheya hermano de los pandavas?, cuéntamelo todo abuelo.

Bhishma le contó todos los penosos detalles de la vida de Radheya. Le habló de cómo el Sol visitó a Kunti y de la caja de madera, le contó cómo Atiratha encontró la caja,

cómo se le puso el nombre de Radheya y cómo Radheya decidió que ese sería su nombre durante toda su vida. Bhishma le contó a Duryodhana cómo Radheya comprendió que no era el hijo de Atiratha. Su corazón se rompió cuando Drona rehusó tomarle como discípulo por ser un sutaputra. Luego le habló del doloroso episodio en el ashram de Bhargava y también del torneo, cuando nació su amor por Duryodhana. Bhishma le habló a su nieto de los dos amores que eran las únicas cosas que importaban a Radheya: el amor por Radha su madre y su amor por Duryodhana. Le contó cómo Radheya entregó a Indra el kavacha y los kundalas porque amaba más un buen nombre que su propia vida. Luego le contó las visitas de Krishna y de Kunti. Duryodhana escuchó todos los detalles sobre el amor infinito que Radheya sentía por él, Bhishma se lo contó todo. Duryodhana estaba callado y sus lágrimas estaban empapando la mano de su abuelo que sostenía entre las suyas. Luego con la voz entrecortada por el dolor dijo:

— ¡Radheya lo sabía y aún así no se fue con ellos porque me amaba! Dios, ¿por qué no estoy muerto?, ¿por qué no me traga la tierra? ¡Radheya, amigo mío, iré pronto a reunirme contigo, tan pronto como pueda, no puedo vivir sin ti!

Bhishma trató de calmar a su nieto que estaba agitado por el dolor. Duryodhana cobró ánimos y dijo:

—Ahora ya nada puede herirme, mi mente ha sido limpiada de todo pecado al oír hablar del hombre más noble que haya vivido jamás. Puedo enfrentarme a la muerte con una sonrisa en mis labios, lo he aprendido de él. Ya no siento ningún amor por el reino, quería compartirlo con Radheya, pero ahora ya no me importa nada. Sólo quiero una cosa: la muerte. Moriré como muere un kshatrya. Estarás orgulloso de mí, abuelo. Ahora debo irme para hacer los preparativos para mi muerte.

Duryodhana se fue sin volver la cabeza.

Libro 9
Salya
(Salya Parva)

Capítulo I

KRIPA ACONSEJA A DURYODHANA HACER LAS PACES CON LOS PANDAVAS

AMANECIÓ el siguiente día. Muy temprano, por la mañana, Kripa se dirigió al rey para ver si había dormido bien la noche anterior. Pero viendo los ojos cansados del monarca kuru, enseguida se dio cuenta de que no había podido dormir en toda la noche. Tomó la mano de Duryodhana apretándola entre las suyas en un gesto de silenciosa simpatía, movido por la lástima que le producía ver al rey en tal condición. Mirándole a los ojos le dijo:

—Duryodhana, no estés tan apenado; me conmueve verte así. Tú sabes que Aswatthama y yo sentimos un profundo afecto por ti. Queremos que vivas. El código de honor de los kshatryas es un código destructivo; uno de sus lemas es que matar es la meta suprema del hombre. Pero no es así. El deber de un rey es proteger las vidas de sus súbditos y no causarles la muerte. Por favor, escúchame. Tú pensaste en esta guerra con tu corazón enardecido por grandes esperanzas, pero tus esperanzas no se han visto realizadas: el gran Bhishma ha sido aniquilado; Drona, al cual considerábamos invencible, está ahora muerto; Radheya, esa estrella solitaria que iluminaba el último de nuestros horizontes, se ha puesto ya. También vi cómo mataban a Jayadratha, al igual que a muchos de tus hermanos. Tu hijo Lakshana Kumara también ha muerto. ¿Qué te queda que merezca la pena luchar por ello? Estoy seguro de que tu amor por el reino murió ayer, cuando perdiste a Radheya. Todos los que te eran queridos están ahora muertos. De esta masacre tan sólo nos hemos librado un puñado de nosotros. Hemos visto morir a aquellos que queríamos y aún seguimos vivos. Durante todos estos días de intensa lucha hemos comprobado que no es posible vencer a Arjuna: siempre ha salido victorioso. Echa un vistazo a tu ejército y compáralo con el que tenías hace tan sólo dieciocho días. Arjuna ha matado a muchos de nuestros héroes. Bhima junto con Satyaki y Dhrishtadyumna, acompañado de Abhimanyu, han causado estragos en nuestro ejército.

»Tú estabas allí cuando Dussasana fue aniquilado por Bhima, al igual que Radheya y Kritavarma; incluso yo estaba allí; sin embargo no pudimos hacer nada por impedirlo. Y lo mismo se podría decir de la muerte de Jayadratha. ¿Acaso no ves que no tenías ninguna posibilidad de ganar esta guerra? Los sabios aconsejan que se debe luchar mientras uno se siente fuerte, pero que optar por la paz es, sin embargo, lo más sensato cuando uno se encuentra débil. No creas que estoy optando por la paz porque quiera salvar mi vida; es sólo por tu bien, mi rey, y el de los pocos hombres que nos quedan, por lo que te digo esto. Es mi deseo de verte vivo lo que me hace pedirte este favor: haz la paz con los pandavas. Yudhisthira se alegrará muchísimo de hacer las paces contigo y ya sabes que Krishna es partidario de la paz también. Los pandavas obedecerán lo que Krishna les diga. Por favor, Duryodhana, detén esta destrucción.»

Kripa sollozaba de emoción y después de decir estas palabras se derrumbó interiormente. Amaba a Duryodhana y quería verlo vivo por encima de todo. Duryodhana, viendo la condición en que se encontraba su querido acharya, le reanimó valiéndose de perfumes. Kripa recobró la calma, aunque aún seguía derramando lágrimas.

Duryodhana le miró con ojos tiernos, humedecidos con lágrimas de afecto. Le dijo:

—Lo que dices es justo, sólo un amigo me hablaría de esta forma; eres mi buen consejero. Antes de que comenzase la guerra trataste de convencerme de que no luchara, pero una vez que comenzó la guerra no he tenido un guerrero más sincero que tú. Estabas siempre al frente y penetrabas en el ejército de los pandavas sin preocuparte por ti ni pensar en el riesgo que corrías. Lo sé, mi señor, tú eres mi primer guru; Drona vino después. He estado contigo desde que nací y me has enseñado muchas cosas, por lo cual te tengo un inmenso respeto. Y también sé que tus palabras están llenas de afecto y compasión por mí. Pero, mi señor, ahora ya no es posible hacer la paz. Se debió haber hecho hace mucho tiempo. Recuerda los muchos sufrimientos de los pandavas. Recuerda el juego de dados, ¿crees acaso que me perdonarán eso? Krishna vino a mí con un mensaje de paz, ¿recuerdas cómo le traté? ¿Recuerdas también la escena cuando Draupadi fue arrastrada hasta la corte por Dussasana? Conozco muy bien a Bhima. De pequeños jugábamos juntos; era una persona de naturaleza afectuosa, pero sin embargo, ya viste cómo se bebió la sangre de mi hermano. ¿Te imaginas la rabia que ha debido estar cobijando en su corazón durante años para haber hecho una cosa así? Piensa en la muerte de Abhimanyu, ¿crees acaso que Krishna y Arjuna nos perdonarán su muerte? ¡Nunca! Los pandavas nunca nos perdonarán el insulto a Draupadi. Draupadi ha hecho el juramento de que dormirá en el suelo hasta que yo muera. Mi querido acharya, no me parece que veas las cosas desde la perspectiva correcta: no es posible hacer la paz; no con los grandes pandavas, quienes han sufrido tantas mortificaciones debido a mí. Además, después de la muerte de Abhimanyu no se puede ni siquiera soñar en la paz. Olvidémonos de eso.

»Y, aparte de todo esto, también he de decirte que yo no soy partidario de la paz. No quiero hacer la paz con los pandavas. Como bien has dicho, Yudhisthira es tan justo que seguro que aceptaría mi propuesta de paz si se la hiciera. E incluso, hasta es posible que Krishna y Arjuna olvidaran la muerte de Abhimanyu y aprobaran el pacto de paz. Todos ellos son hombres amantes de la paz y sé que en cuanto les propusiera un pacto lo aceptarían. Pero, acharya, yo no estoy dispuesto a hacerlo. No quiero hacer la paz con los pandavas. He gobernado este mundo entero como único soberano, ¿crees acaso que lo compartiría con ellos?; Yudhisthira y sus hermanos gobernarían el mundo y yo tendría que depender de ellos. Yo siempre he brillado con un esplendor único, eclipsando a los otros reyes de la tierra, ¿crees acaso que voy a seguirle el juego a este Yudhisthira como si fuera uno de sus asistentes? Yo ya conozco lo que es vivir en medio del lujo, donando inmensas fortunas como caridad, ¿cómo podría yo convertirme en un rey inferior, subordinado a los pandavas? Mi señor, tú que ya conoces mi orgullo, no deberías sugerirme que haga la paz con mis enemigos. No estoy enfadado contigo en absoluto, sé que deseas mi bien. Pero aun así, soy como el enfermo que se niega a tomar una medicina amarga.

»Estoy decidido a hacer la guerra, creo que es el camino más sabio para alcanzar la gloria. No soy un cobarde, nunca he tenido miedo de nadie ni de nada. He vivido una vida plena y feliz, he vivido como un rey, he complacido a los pobres con mi generosa abundancia y he escuchado recitar los Vedas noche y día. También he realizado yajnas, y he puesto mi pie sobre la cabeza de mis enemigos. Siempre he tratado bien a mis sirvientes y he ayudado a aquellos que estaban en la necesidad. He hecho conquistas y he gobernado bien mi reino. Después de haber vivido todo esto, no puedo imaginarme dependiendo de alguien.

»Mas ahora he perdido a todos mis amigos. Han muerto todos los hombres que querían verme como monarca, murieron como mueren los kshatryas. Y en este mundo en que todo muere y acaba ¿cómo se puede comparar una vida de comodidad bajo el gobierno de otro hombre, con la fama eterna? La teoría favorita de Radheya era que un hombre debe luchar por la fama y nada más, pues la fama es la única cosa que permanece inalterable en este mundo transitorio: yo quiero fama y sólo puedo conseguirla luchando. Mi nombre quedará limpio de todo estigma si muero con bravura en la guerra. No es digno de un kshatrya morir en su casa a causa de una enfermedad o fiebre: un kshatrya debe morir o en el campo de batalla o en el bosque.

»Estoy completamente decidido; alcanzaré los cielos después de luchar con bravura. Todos mis queridos amigos ya están allí y me están esperando. Dieron sus vidas por mí y esta es la única forma en que puedo pagar tal deuda. Este camino ya ha sido recorrido por mi abuelo y mi reverendo guru Drona. También lo ha recorrido mi querido Radheya, al igual que Jayadratha, quien confió en mí. Alcanzaré las regiones superiores muriendo

en el campo de batalla. Mi mente ha perdido ya todo el interés que tenía por el reino, ya no me importa; no después de la muerte de Radheya. Yo quería compartir este mundo con él, quería compartir mi trono con él sentándolo a mi lado, pero eso ya no puede ser, se ha ido. Pero ahora que todos se han ido no voy a comportarme como un cobarde. El mundo hablaría mal de mí, me lo reprocharían con términos despectivos si hiciera la paz con los pandavas después de haber permitido que mis amigos murieran por mí: soy culpable de muchas cosas pero no de ingratitud. Estoy completamente decidido a recuperar todo lo que he perdido, o dicho de otra manera, quiero encontrar mi camino hacia los cielos, lo cual supone morir con bravura en el campo de batalla. No te apenes por mí, a mí ya nada me importa. Después de la muerte de Radheya algo dentro de mí se ha derrumbado. Él era el más noble de los hombres y renunció a todo por mí. Ya no puedo vivir en este mundo después de que él se ha ido. Sin él estoy perdido y la única forma de unirme a ese hombre noble es morir también: morir luchando y no en casa tumbado en una cama rodeado de todos mis parientes llorando mi partida. Por favor, trata de entender lo que te digo y el porqué rechazo tu consejo.

Después de decir esto Duryodhana permaneció en silencio. Kripa pensaba que la muerte de Radheya, su amigo amado, había vuelto a Duryodhana repentinamente tierno, suave y cariñoso. No pudo decir nada más. Sólo les quedaba pensar en la guerra y elegir al próximo comandante que iba a dirigir el ejército kuru.

Capítulo II

LA MUERTE DE SALYA

Ya casi todos habían acabado sus abluciones matinales en las aguas rojas del río Saraswati y estaban esperando que viniera el rey para hablar de los planes a seguir en el futuro. Sus cuerpos se estremecían con un ardor febril que no lograban calmar ni las frías aguas del río. Duryodhana se acercó a la orilla para reunirse con ellos y dirigiéndose a Aswatthama le pidió su opinión diciéndole:

—Tú eres el más sabio de todos nosotros. Por favor, dinos quién debe ser el próximo comandante del ejército. Aswatthama le respondió:

—El gran Salya es la persona más preparada para desempeñar el papel de comandante. Es el más poderoso y se ha entregado a ti poniéndose completamente a tu disposición. Con Salya como comandante es posible ganar la guerra.

Duryodhana se acercó a Salya y le dijo:

—Con las manos juntas comparezco ante ti para pedirte que seas el comandante de nuestro ejército. Por favor, condúcenos a la victoria. Salya se puso muy feliz y respondió:

—Estoy muy feliz de poder hacer esto por ti. Ayer, justo antes de que el duelo entre Radheya y Arjuna comenzara, Radheya me preguntó qué haría yo si él muriese en la

guerra. Primero le dije que eso era imposible, pero que en todo caso, si él muriese, vengaría su muerte matando a Arjuna y a Krishna. Tengo que mantener esta promesa que le he hecho a uno de los más grandes hombres que he conocido jamás: seré el comandante de tu ejército. Soy un enemigo muy poderoso, los pandavas no podrán resistirse ante mi coraje, Arjuna no podrá derrotarme. Duryodhana, hoy ganaré esta guerra para ti o moriré en el campo de batalla. Puedes estar seguro de que lucharé al máximo de mis fuerzas.

Salya fue coronado como el comandante del ejército de los kurus y de nuevo resurgió la felicidad, reavivando el ánimo en las mentes de todos ellos.

Escuchando los sonidos que provenían del campamento de los kurus, Yudhisthira sacó sus propias conclusiones y dijo:

—Creo que Salya ha sido coronado como el nuevo comandante del ejército de los kurus. No sé qué deberíamos hacer, Salya es un gran hombre. Hasta ahora nunca ha sido derrotado, ¿cómo vamos a conseguir derribarle?

Krishna dijo:

—Sé que lo que dices es verdad, nadie ha sido capaz de derrotar a Salya. Su habilidad con el arco y las flechas es muy grande, es un guerrero muy hábil. Bhishma, Drona y Radheya son muy inferiores a él. Luchando con la maza no tiene rival, es terrible. Incluso nuestro Bhima sería derrotado por él. Dhrishtadyumna, Satyaki, Arjuna, Bhima, Sikhandi y los dos mellizos; todos ellos juntos no pueden igualar a Salya. Pero tengo el sentimiento de que tú, Yudhisthira, eres la persona que puede ser superior a Salya. Excepto tú, nadie podrá matarle. Por favor, olvida el hecho de que es tu tío; debes matarle igual que Indra mató a Vrita. Tú eres un hombre justo, tienes el poder del Dharma contigo apoyándote: podrás matar a Salya, el comandante del ejército de los kurus.

La aurora del decimoctavo día de la gran guerra había despuntado ya. Este día era Salya el que estaba al frente del ejército de los kurus. Tenía una especial habilidad para formar vyuhas. Agrupó a su escaso ejército formando un complicado vyuha, junto a él quedaban tan sólo unos cuantos de los héroes: Kripa, Aswatthama, Sakuni, Kritavarma, Duryodhana y alguno de sus hermanos. Entre ellos hicieron el pacto de que no iban a entablar duelos individuales, no podían permitirse semejante lujo dada su condición. Tenían que atacar al ejército de los pandavas todos juntos, para hacer una masacre general. Tenían que protegerse el uno al otro y deberían evitar los duelos mientras fuera posible.

La lucha comenzó. Parecía que el plan de Salya era muy bueno. Por su parte los pandavas, viendo la estrategia del ataque que había planeado Salya, dividieron su ejército en tres partes encabezadas por Dhrishtadyumna, Sikhandi y Satyaki. Yudhisthira atacó a

Salya apoyado por Nakula y Shadeva, mientras que Arjuna salió al encuentro del acoso emprendido por Kritavarma.

La lucha era intensa. Este ataque combinado estaba causando una destrucción rápida y numerosa en ambos ejércitos, resultando muy dañado el ejército de los kurus. Salya se estaba concentrando en Yudhisthira hasta el punto de que la lucha entre ellos casi se convirtió en un duelo, a pesar de lo pactado. Salya luchaba muy bien, poniendo en serios apuros a Yudhisthira, al cual le estaba resultando difícil hacer frente a un enemigo tan poderoso. Bhima vino en su ayuda trayendo con él su maza. Con un solo golpe de su maza derribó los caballos de Salya. Salya saltó fuera de su carroza y cogió su maza produciéndose a continuación un magnífico duelo entre los dos. Todos, incluidos Duryodhana y los otros, permanecían de pie observando el duelo entre aquellos dos grandes luchadores. Finalmente, Salya se vio superado por el acoso incesante de la fuerza de Bhima, a causa de lo cual se desmayó y Kripa se lo llevó fuera del campo de batalla.

Nuevamente la lucha se hizo general. Todos estaban deseosos de que aquella guerra acabase pronto. Fue una matanza general. Salya volvió con otro carro y reemprendió la lucha con los pandavas. Entró matando a diestro y siniestro sin piedad. Ya era mediodía. El ejército de los pandavas estaba sufriendo muchas bajas debido al acoso enfurecido de las flechas de Salya, el cual estaba combatiendo de una forma magnífica. Los kurus estaban seguros de que ganarían la guerra. Duryodhana estaba casi seguro de que los pandavas iban a ser aniquilados. Satyaki y su amigo Dhrishtadyumna estaban peleando con tanto arrojo como su enemigo. Bhima estaba al tope de sus fuerzas y no había nadie que se resistiera a Arjuna; no obstante, los pandavas estaban sufriendo pérdidas. Yudhisthira comenzó a preocuparse y se decía a sí mismo: « Incluso las palabras de Krishna parece que no se están cumpliendo. Dijo que yo podría matar a Salya, y veo que Satyaki, Dhrishtadyumna y todos mis hermanos están tratando en vano de detenerle. Pero las palabras de Krishna no pueden fallar jamás; tengo que matar a Salya. » Estaba muy furioso con su tío por el cruel exterminio que estaba causando en su ejército. Y llamando a todos los héroes pandavas que con él estaban, les dijo:

—Los kurus han sido reducidos a tan sólo un puñado de héroes. Bhishma, Drona y el terrible Radheya, al igual que muchos otros guerreros, ya han sido aniquilados. Tenemos la victoria casi al alcance de nuestra mano, no puedo permitir que se me escape por causa de Salya. Todos vosotros ya habéis hecho vuestra parte en la guerra: Arjuna ya ha matado a muchos y Satyaki a otros tantos, Bhima ha destruido a la mayor parte del ejército enemigo, mientras que Dhrishtadyumna hizo que Drona abandonara este mundo. Ahora me toca a mí; he de matar a Salya. He decidido matarle a él o morir yo. Satyaki, tú serás el defensor de la rueda derecha de mi carro y tú, Dhrishtadyumna, cuidarás de la rueda izquierda. Bhima irá delante de mí, mientras que Arjuna cuidará mi

retaguardia. Equipad mi carro con armas en abundancia; voy a luchar con Salya.

Después de esto, Yudhisthira se sentía como si ya hubiera matado a Salya.

La lucha continuaba. Apretando sus labios con determinación, Yudhisthira peleó con Salya. Yudhisthira luchó muy bien, a pesar de los trece años de exilio aún no había olvidado las enseñanzas que recibió de Drona. Todos los héroes kurus se reunieron para ayudar a Salya, mientras que todos los héroes pandavas estaban escoltando el carro de Yudhisthira. Era un nuevo Yudhisthira el que vieron aquel día, parecía el dios de la muerte, así de impresionante era el aspecto que ofrecía su frente contraída por el coraje que ponía en la lucha. Salya perdió su carro una vez y su arco más de una, y también se desmayó una vez, reanudando luego la lucha después de que se hubiera recuperado. El valor de Bhima en aquel decimoctavo día era algo que no se había visto antes. Acosó a Salya de mil formas diferentes, matando a sus caballos y a su auriga con su maza. Salya, sin embargo, permanecía impertérrito, aunque Yudhisthira estaba dispuesto a matarle. Salya avanzó hacia Yudhisthira como avanza un león dispuesto a saltar sobre un animal más débil. Yudhisthira concentró su mente en Krishna y cogiendo una poderosa jabalina aguerrida y terrorífica la levantó en alto, tenía incrustaciones de piedras preciosas y parecía el sakti en manos del señor Kartikeya. Yudhisthira arrojó raudo sobre el pecho de Salya aquel arma terrorífica, la cual, surcando el aire como una estrella fugaz se hundió en el pecho de su tío atravesándole de parte a parte: la jabalina penetró en su pecho igual que una serpiente entra en su agujero. La sangre brotaba de su pecho a borbotones. El gran Salya, el comandante del ejército de los kurus, se desplomó fuera de su carro cayendo muerto al suelo. Su cuerpo quedó boca abajo con sus brazos extendidos, parecía como si estuviera dándole el abrazo final a la madre tierra antes de despedirse de ella.

Capítulo III

LA MUERTE DE SAKUNI

El pánico cundió entre el ejército de los kurus cuando vieron que había caído su comandante. Pero la lucha tenía que continuar y el mismo Duryodhana avanzó hacia el frente del ejército. Los soldados al verle tomar el mando sintieron nuevo ánimo, como si se les hubiera infundido nuevas fuerzas. Y dirigiéndose a ellos con su voz poderosa les dijo:

—¿Por qué intentáis huir? la muerte os ha de llegar un día de todas formas, tanto si sois cobardes como si sois valientes. ¿No creéis entonces que es mejor luchar y morir? de esa forma estaréis seguros de que alcanzaréis el cielo a donde han ido todos nuestros héroes. ¿Por qué tenéis miedo de los pandavas? ¡Luchemos todos! y dejemos el resto en manos del destino.

El rey estaba al frente del ejército. Viéndole a él con tan noble perseverancia, incluso cuando ya estaba a punto de perder la guerra, el ejército se reorganizó alrededor del

estandarte presidido por una serpiente y reemprendió la lucha. Duryodhana peleó maravillosamente. Él solo estaba manteniendo a raya a todo el ejército de los pandavas. Satyaki, Dhrishtadyumna, Bhima, Arjuna, Yudhisthira, Nakula y Shadeva no podía hacer frente a las terribles flechas que fluían del arco del rey kuru. Sakuni era un valioso compañero de Duryodhana, con él tenía a su hijo Uluka y ambos estaban luchando al máximo de sus fuerzas. Los hermanos de Duryodhana al verle al frente fueron enseguida para ayudar a su rey. Bhima avanzó hacia el frente atacándoles a todos. Aquel puñado de hermanos del rey que aún sobrevivían se defendía como ciervos acorralados ante la furia de Bhima, el cual luchó hasta matarlos a todos excepto a uno: Sudarsana. Todo sucedía con suma rapidez, pasando los héroes de una situación a otra sin intervalos ni recesos. Arjuna estaba muy ocupado peleando con el resto del ejército de los trigartas, hasta que por fin mató a Susarma, su antiguo enemigo, cuya muerte puso fin al capítulo de los trigartas.

Sakuni vio a su rey en medio de la caballería; junto a él estaba el único hermano que le quedaba. Bhima, acompañado de Arjuna y los otros, cruzó a través del ejército de los elefantes dirigiéndose al lugar del campo donde se encontraba Duryodhana. Bhima atacó a Sudarsana, mientras que Duryodhana luchaba con gran entereza. Con una aguda flecha, Bhima le cortó la cabeza a Sudarsana. Bhima había aniquilado ya a todos los hijos de Dhritarashtra excepto a Duryodhana.

Entonces intervino Sakuni con su ejército de elefantes provocando nuevamente que la lucha fuera general. Su hijo Uluka estaba con él y en este caso fueron Shadeva y Nakula quienes se enfrentaron con ellos. Nakula mató a Uluka cumpliendo así su juramento. Para Sakuni fue terrible ver a su hijo muerto, por lo cual, después de luchar durante un tiempo, trató de huir corriendo. Shadeva le persiguió y le dijo:

—¿Por qué tratas de huir? Si no hubiera sido por ti, esta guerra no hubiera sucedido. Si no hubieses entrado en Hastinapura, Duryodhana no habría perdido su naturaleza de príncipe convirtiéndose en un tramposo como así sucedió. Parecías muy feliz cuando jugaste el juego de dados con mi hermano, fue entonces cuando juré que te mataría y tú te reíste de todos nosotros mientras pronunciábamos nuestros juramentos. Pero ahora, ante tus mismísimos ojos has podido contemplar cómo todos nuestros juramentos se han ido cumpliendo: Arjuna ha matado a Radheya tal y como juró hacerlo, Nakula ha matado a Uluka. Sólo quedas tú y Duryodhana, pero es sólo cuestión de poco tiempo antes de que este juramento también se cumpla. A Duryodhana pronto le llegará su hora, pero la tuya ya te ha llegado: ¡Ven y lucha conmigo!

Sakuni tuvo que pelear y lo hizo muy bien, pero en un momento de la lucha Shadeva le arrojó una jabalina que le atravesó de parte a parte y le mató. Con la muerte de Sakuni, todas las esperanzas de Duryodhana murieron también; sabía que ya todo había acabado.

La lucha continuó. De los once akshauhinis tan sólo quedaban doscientos carros, quinientos caballos, un centenar de elefantes y tres mil soldados. Luchaban valientemente con los pandavas, pero pronto iban a ser todos destruidos. De los once akshauhinis no se redimió ni un solo soldado, murieron todos. Ahora el ejército kuru lo componían Duryodhana, Kripa, Aswatthama y Kritavarma, tan sólo quedaban ellos cuatro.

Mientras que el resto del ejército de los pandavas eran doscientos carros, setecientos elefantes, un millar de caballos y algunos hombres a pie, eso fue todo lo que quedó de los siete akshauhinis con los que comenzaron la guerra hacía tan sólo dieciocho días.

Capítulo IV

DURYODHANA SE ESCONDE EN EL LAGO DWAIPAYANA

Duryodhana contempló la vasta extensión del campo de Kurukshetra y entonces recordó las palabras de su tío Vidura: « Serás la causa de la completa destrucción de la raza de los kshatryas. » Duryodhana sentía como si su cabeza le diera vueltas, no comprendía qué le estaba pasando, y para sí pensaba: « Vidura debió haber visto esto con el ojo de la visión interior. » Duryodhana estaba sentado sobre su caballo, el cual tenía clavada varias flechas y sangraba abundantemente por diversas heridas, cabalgaba errante sin dirección alguna, hasta que de repente el caballo se desplomó sin vida. Duryodhana vertió lágrimas por el único compañero que le quedaba y que también había dado su vida por él; luego abandonó el cuerpo yacente de su caballo y echó a andar alejándose de allí. Por un momento recordó su condición dieciocho días atrás y su corazón se encogió de pena dentro de su pecho, no tanto por él sino más bien por aquellos que habían muerto por él. En un instante acudió a su mente la imagen de Radheya; ¡Cuánto debió haber sufrido! Había hecho tanto por él, y murió. Debió haber sufrido una inmensa agonía cuando se dio cuenta de que los pandavas eran sus hermanos legítimos. ¡Radheya!, ¡El único y leal Radheya! El cuerpo de Duryodhana ardía como si sobre él estuviera cayendo una lluvia de fuego. Quería alejarse de aquel macabro campo de batalla tanto como le fuera posible. Anduvo y anduvo hasta que llegó a un lago de aguas frescas y plácidas, tenía un aspecto tan sugestivo que pensó en darse un baño para refrescar su cuerpo. En su mano portaba únicamente su maza, que era su eterna compañera, y por un momento se quedó allí de pie a solas con su pena.

Sanjaya, el auriga de su padre, con su poder de visión le vio allí inmóvil con sus ojos llenos de lágrimas; parecía la imagen del dolor, la angustia y el desaliento. El corazón de Sanjaya estaba a punto de romperse movido por la compasión que sentía por este monarca que ahora estaba completamente solo y sin esperanza, sin un sólo hombre junto a él y sumido en el más profundo desaliento. Se apresuró al lugar donde estaba el rey

derrotado y cuando llegó, Duryodhana giró su mirada hacia él con sus ojos llorosos sin poder siquiera reconocerle por el estado emocional en que se encontraba. Sus ojos estaban con su corazón y su corazón estaba muy lejos. Sanjaya le dijo:

—Mi señor, soy Sanjaya, el auriga del rey, tu padre. Las palabras de Sanjaya hicieron que Duryodhana volviera en sí, el cual dijo:

—Sanjaya, felizmente veo que has podido escapar a la furia de los pandavas.

Le abrazó calurosamente y le estrechó su mano. Sanjaya le sonrió y le dijo:

—Yo estaba en el campamento como era mi costumbre. Después de que los pandavas destruyeran completamente el ejército, vinieron hasta el campamento para ver si tú estabas allí. Allí me encontraron a mí, y Satyaki me tomó como un cautivo. Dhrishtadyumna me vio y se echó a reír de Satyaki por su captura diciéndole: « ¿De qué sirve capturar a este hombre? que esté vivo o muerto es algo que no tiene la menor importancia para nosotros. » Y Satyaki dijo: « Pues muy bien, entonces le mataré. » Ya tenía su espada levantada listo para matarme cuando Vyasa intervino y dijo: « Este hombre no ha de ser aniquilado. Debe permitírsele que regrese junto al rey Dhritarashtra. » Así que me soltaron y aquí estoy. Pero, mi señor, ¿qué te sucede? ¿por qué tienes este aspecto? Parece como si tu mente estuviera fuera de control.

Sanjaya se echó a llorar como una mujer contemplando a aquel Duryodhana que una vez había sido el monarca del mundo entero. Duryodhana le sonrió dulcemente, y tranquilizándole, le dijo:

—Sanjaya, ojalá mi mente perdiera su tino, así podría liberarme de la agonía que me produce el recuerdo. Me siento muy infeliz, no encuentro palabras para explicar lo infeliz que soy. Tú eres la única persona que tengo a mi lado que aún me ama, al igual que mi padre. No tengo a nadie que llore por mí, excepto tú.

Duryodhana permaneció en silencio durante unos momentos, tras lo cual dijo:

—Sanjaya, quiero que vayas a adonde está mi padre y le digas: « Tu hijo Duryodhana ha entrado a las profundidades del lago, su cuerpo le ardía y con la esperanza de calmar los ardores que le consumían su cuerpo y su corazón, va a quedarse dentro del lago. ¿Qué sentido tiene vivir después de que todos sus hermanos y sus amigos han muerto, y después de que la guerra ha acabado a favor de los pandavas? » Sanjaya, dile a mi padre que ya no tengo deseo alguno de vivir, y por favor, transmítele mis saludos. Ya no le veré más, pero le pido perdón por la enorme pena que le he causado. Él siempre me ha amado y espero que me perdone. Dile a mi madre Gandhari que no soy digno de ser hijo de un alma tan grande. Dile que este Duryodhana, que jamás ha inclinado su cabeza ante nadie, cae a sus pies y le ruega perdón. Dile que mi única oración es poder tenerla como madre en mi próximo nacimiento y en todos los que hayan de venir. Ahora vete, Sanjaya, debo calmar mi cuerpo por un tiempo y descansar dentro de las aguas. Debo penetrar en las aguas antes de que alguien me vea.

Duryodhana penetró en el lago con la maza en su mano. Él conocía el arte mágico de hacer que las aguas se quedasen quietas y permanecer dentro del agua durante mucho tiempo. Y allí permaneció dentro del lago llamado Dwaipayana. Sanjaya se fue de aquel lugar después de ver desaparecer al rey dentro del lago.

En su camino Sanjaya se encontró con Aswatthama, Kripa y Kritavarma. Ellos le dijeron: « Sanjaya, qué suerte tienes de estar vivo. ¿Has visto al rey por alguna parte? No sabemos si está vivo o muerto. ¿Sabes tú algo? » Sanjaya les contó la entrada de Duryodhana en el lago. Aswatthama se puso muy triste al escuchar aquello, dijo: « ¡Qué lástima! No sabe que tres de nosotros estamos con vida, todavía podemos derrotar a los pandavas. » Luego vieron a los pandavas buscando al rey por todas partes y se alejaron del lugar.

Mientras, en el campamento de los pandavas había una gran alegría por el triunfo de aquel día: Habían ganado la guerra. En dieciocho días todos los héroes kurus habían sido aniquilados y la guerra había terminado; Yudhisthira era el señor del mundo. Les llevó algún tiempo llegar a la conclusión de que no había forma de encontrar a Duryodhana por ninguna parte; le habían buscado por todos sitios sin éxito alguno. Enviaron espías en todas las direcciones para que les trajesen noticias de aquel rey que había escapado con la maza en su mano. Encontraron su caballo muerto y abandonado, pero después de eso ya no pudieron encontrar ningún rastro de Duryodhana. La desaparición de Duryodhana era para ellos algo completamente inexplicable, no pensaban que fuera un cobarde. Le buscaron por todos los alrededores de Kurukshetra hasta que empezó a ser de noche y tuvieron que regresar al campamento sin haber logrado su objetivo.

Cuando caía la noche, Kripa y los otros se acercaron muy sigilosamente hasta el lado de Duryodhana. Y hablando muy suavemente, le dijeron al rey:

—¡Sal, rey, sal! Aún estamos vivos. Luchemos los cuatro contra los pandavas, si les ganamos aún serás el rey y si morimos alcanzaremos los cielos. El ejército enemigo también ha sufrido enormes pérdidas, ya sólo son unos pocos, no podrán resistirse a nuestro ataque. No debes quedarte aquí, sé nuestro comandante y condúcenos al frente.

Duryodhana estaba muy feliz de escuchar sus voces y desde el interior de las aguas les respondió diciéndoles:

—Estoy feliz de saber que vosotros tres aún vivís, naturalmente estoy decidido a luchar contra ellos. Pero ahora mi cuerpo está destrozado por las heridas, no tengo energía para luchar. También mi fortaleza mental ha perdido entereza; hoy no puedo luchar, ya ha caído la noche y vosotros también estáis cansados. Escuchad, vuestras palabras de afecto me hacen humilde, ¿qué habré hecho yo para merecer tanto amor? Me siento orgulloso de mí mismo al ver que he sido capaz de ganarme el amor de hombres como vosotros. Pero ahora ya es de noche, quiero descansar dentro de las aguas. Mañana tendré nuevas fuerzas y energía, estoy seguro. Mañana lucharemos contra los pandavas.

Aswatthama le dijo:

—¿Por qué esperar hasta mañana? Lucharemos ahora. Juro que pondré todas mis fuerzas y los mataré a todos. Vamos, mi señor, ¡luchemos ahora!

Casualmente en aquellos momentos acababan de llegar al lago unos cazadores que se acercaron a la orilla para beber agua. No se puede decir que fue un mero accidente, en verdad una extraña coincidencia, que los cazadores llegaran al lago justo en el momento en que esa conversación estaba teniendo lugar. Habían escuchado que los pandavas estaban buscando al rey que había escapado del campo de batalla y por la conversación que escucharon pudieron deducir que era Duryodhana el que estaba escondido dentro del lago. Y pensando que iban a ser recompensados por Yudhisthira si le daban esta información, corrieron a toda prisa hacia el campamento de los pandavas y dirigiéndose a Bhima le contaron todo, el cual se puso loco de dicha. Luego les llevó a Yudhisthira, el cual les escuchó y después de recompensarles se despidió de ello. Acompañados de los héroes, los pandavas se pusieron inmediatamente en camino al lago de Dwaipayana. Krishna, Dhrishtadyumna, Satyaki y los hijos de Draupadi junto con Yudhamanyu, Uttamaujas y Sikhandi, eran los acompañantes de los pandavas. Ya era de noche, el Sol se iba a poner de un momento a otro. Aswatthama y los otros les oyeron venir, por lo que dijeron:

—Los pandavas se acercan. Han descubierto el lago. Queremos que su majestad sepa que están aquí. Creo que será mejor que nos escondamos. Escuchando las palabras de sus queridos amigos, Duryodhana dijo:

—Que así sea.

Se alejaron de allí hasta un lugar donde vieron una higuera y se agazaparon detrás de ella. Sus corazones estaban encogidos de pena y preocupación por el rey y sus cuerpos totalmente agotados. Entre ellos se decían: « ¿Qué sucederá? ¿Habrá una lucha? ¿Qué hará el rey ahora? ¿Qué van a hacer los pandavas? » Soltaron los caballos de los carros y se refugiaron debajo del árbol.

Capítulo V

DURYODHANA SE DISPONE A LUCHAR

Los pandavas llegaron al lago de Dwaipayana y Yudhisthira le dijo a Krishna:

—Krishna, fíjate, Duryodhana ha dejado inmóviles las aguas usando sus poderes mágicos y se ha escondido en el fondo del lago para ocultarse de nosotros. No le dejaré escapar de aquí, no se le puede permitir que escape con vida. Incluso aunque Indra viniese a ayudarle con su vajra, hoy mismo haré que se reúna con nuestros antecesores.

Yudhisthira ardía inflamado con el odio que había almacenado en su corazón durante tantos años. Krishna viéndole tan furioso le sonrió y le dijo: —Tú puedes contrarrestar

fácilmente los poderes de Duryodhana. Mátale y haz que pague todos los pecados que ha cometido.

Enseguida Yudhisthira se acercó a la orilla del lago y allí, de pie, le gritó a Duryodhana diciéndole:

—No logro entender tu actitud, mi querido primo. Tú has matado a todos los kshatryas que gobernaban Bharatavarsha, has sido el causante de la muerte de todos tus parientes y ahora tratas de salvarte escondiéndote en este inmenso lago. ¡Sal del lago, Duryodhana, y lucha con nosotros! ¡Dónde está ahora tu arrogancia y tu orgullo? ¿Dónde está tu sentido del honor? Parece que te has convertido en presa fácil del miedo. El mundo te aclama como héroe pero creo que está equivocado. ¿De qué sirve tu valor si en un momento lo pierdes todo? ¡Sal y lucha! Eres un kshatrya y has nacido en una familia noble: la familia de los kurus, la cual es conocida y respetada en el mundo entero por su bravura. Lo que estás haciendo no es correcto, es un pecado y no te conducirá al cielo. ¿Cómo puedes desear vivir después de haber visto morir a todos tus héroes? Tus hermanos están todos muertos en el campo de batalla, al igual que tu tío Sakuni, tu querido amigo Radheya el sutaputra también yace allí. Tú eres una persona orgullosa y sensible y siempre has sido muy celoso de tu honor, ¿cómo entonces te atreves a esconderte en este lago? ¡Sal y lucha! Lucha con nosotros. Si nos vences podrás ser el señor del mundo y si mueres irás al cielo. Así que si eres un hombre tendrás que salir y luchar.

Duryodhana le escuchaba desde el fondo del lago y en respuesta al insultante reto de Yudhisthira le dijo:

—Yudhisthira, por favor, no digas más tonterías. Yo no abandoné el campo de batalla por miedo a tu barata bravuconería. Yo estaba en mi caballo viendo cómo mis hermanos morían y después de ver morir a mi querido tío, mi mente quedó oscurecida perdiendo casi la razón, y mi caballo me condujo fuera del campo de batalla. Más tarde murió y yo lo abandoné andando a pie sin dirección alguna. Ante mi vista apareció este lago y pensé que me sentaría bien refrescar mi cuerpo y calmar mis ardores febriles por un tiempo. Yo no tengo miedo, no estoy apegado a mi vida. Tú también puedes descansar junto a tus acompañantes y después de que hayamos descansado yo saldré y lucharé contigo, puedes estar seguro de eso.

Yudhisthira se alegró de saber que Duryodhana no había abandonado el campo de batalla como un cobarde, no podía creer que Duryodhana fuera un cobarde. Le dijo:

—Todos nosotros estamos listos para luchar, no te preocupes por nosotros. Te hemos estado buscando durante todo este tiempo, ahora sal y lucha.

Duryodhana dijo:

—Ya no me siento atraído en absoluto por el reino. Todos aquellos para los que había deseado este reino están ahora muertos: todos mis hermanos están muertos y

también Radheya, quien era todo para mí. El mundo ha perdido ya su esplendor. Pero quiero luchar contigo y doblegar tu orgullo. Continuar la guerra no tiene para mí ningún sentido una vez que han muerto Bhishma, Drona y Radheya. Puedes quedarte con el reino y hacerlo tan extenso como quieras, yo ya lo he gozado al máximo. Todos mis seres queridos han muerto y tú me has arrebatado esta tierra: bienvenido seas. Ya no tengo ningún deseo de seguir viviendo. Puedes gozar cuanto quieras de esta tierra, ya privada de toda su gloria, encanto y esplendor. Puedes quedarte con la tierra de los kurus: te regalo esta tierra baldía, Yudhisthira. Yo preferiría una vida en el bosque vestido con cortezas de árboles y pieles de ciervos que vivir en un reino que ha perdido toda su belleza. Puedes gobernar esta tierra, Yudhisthira.

Yudhisthira estaba ya completamente enfurecido y casi gritándole le dijo a Duryodhana:

—No me gustan tus delirios de grandeza, Duryodhana. No siento compasión de ti. Tienes la impertinencia de regalarme una tierra sobre la cual ya no tienes ningún derecho, e incluso si tuvieras el derecho de otorgarla como un regalo, recuerda que yo soy un kshatrya y no aceptaría el mundo como un regalo tuyo. No quiero gobernar un reino que me ha sido concedido como un regalo por mi enemigo. No me insultes de esa forma, Duryodhana. Ganaré este reino derrotándote. ¿Cómo te atreves a sugerirme una cosa así? Hubo un tiempo en que eras el señor de esta tierra, entonces tenías al malvado Sakuni junto a ti y tú nos expulsaste de la tierra a la que teníamos derecho por nuestro nacimiento. Regresamos del exilio y con palabras amables te pedimos que nos devolvieses nuestra tierra, lo que nos pertenecía. Pero entonces no te mostraste muy generoso. Cuando te envié a Krishna con una proposición de paz le rechazaste contestándonos que no nos devolverías ni la tierra que cubre la punta de una afilada aguja. ¿Cómo así te has vuelto tan generoso de repente? Has perdido el control de tu mente, de otra forma, ¿cómo puede el gran Duryodhana, el coronado monarca del mundo entero, el hombre que no compartiría ni siquiera cinco pueblos; cómo puede tener la generosidad de concederle el reino entero a su mayor enemigo? Mi señor, ahora no tienes reino alguno que puedas conceder tan magnánimamente. Tú y yo tenemos que luchar para que esta antigua rivalidad acabe de una vez para siempre. Yo he de ser el único monarca de este mundo y no aceptaré ningún tipo de tratos. No te dejaré con vida: no después de esto. ¡Sal y lucha!

»Esta rivalidad ha existido desde hace ya muchos años. Nunca sentiste aprecio por nosotros; por el contrario, durante años has tratado de destruirnos. Pero ahora hemos ganado la guerra y tu muerte es ya lo único que quiero. Quiero verte muerto. Te estoy ofreciendo la oportunidad de alcanzar el cielo que tú no mereces. ¡Sal fuera del lago y lucha!

Yudhisthira enfatizaba emocionalmente sus palabras impulsado por la tempestad que estaba arreciando en su corazón. Duryodhana jamás había sido insultado por nadie de aquella forma. Estaba amargamente herido y resentido por la lluvia de insultos que Yudhisthira había proferido sobre él. Su corazón orgulloso y sensible se retorcía herido por las crueles palabras de Yudhisthira. Estaba sorprendido escuchando vibrar semejante furia en la voz del dulce Yudhisthira, y apretando sus manos una contra otra, decidió salir del lago y luchar. Había deseado descansar durante una noche pero no lo había conseguido. No obstante, ya no importaba; iba a luchar. Las agudas palabras de Yudhisthira se habían clavado en su corazón, tenía que aceptar el reto.

Duryodhana dijo:

—Todos vosotros sois hombres justos, y aun así tratáis de luchar contra mí, solo, sin carro, ni nadie que me apoye. No tengo armadura y estoy herido. Pero no tengo miedo de ninguno de vosotros: no tengo miedo de Satyaki, ni de Dhrishtadyumna, ni siquiera de Krishna. Puedo mataros a todos ahora. Sólo me apena el ver a tantos de vosotros tratando de matar a un hombre sin armadura ni armas; no sois justos en absoluto. Siendo el Dharma lo único que os acompañará en vuestro viaje de partida de esta tierra, me sorprende veros dispuestos a abandonarlo tan sólo por vuestra ira contra mí. Pero eso es asunto vuestro y no mío, a mí no me preocupa. Soy un kshatrya nacido de la casa de los kurus. Aunque aún sería más feliz si muriese, porque así podría reunirme con aquellos que me son queridos. Estoy deseoso de encontrarme con Radheya, no sabéis lo noble que era ese hombre, no sois suficientemente nobles para poder apreciar lo que él valía. Os mataré a todos vosotros y luego me mataré a mí para poder reunirme con Radheya. Salgo inmediatamente; preparaos a morir.

Igual que el Sol surge por el horizonte emergiendo del océano, Duryodhana surgió del lago y apareció sobre la superficie. Su aspecto era bello y maravilloso. La visión de sus fuertes hombros y su ancho pecho produjeron admiración en los ojos de todos. Yudhisthira le sonrió y le dijo:

—Me siento orgulloso y muy feliz de ver que mi hermano no es un cobarde. En verdad, mereces ser considerado como un hijo de la casa de los kurus, eres valiente y orgulloso y has hecho honra a tu nombre y a tu reputación. Me siento orgulloso de ti, mi querido Duryodhana, eres un kshatrya y es justo que te comportes como tal. Solo y con las manos desnudas, estás dispuesto a luchar con todos nosotros, en verdad, esto es digno de elogio. Pero yo no lo permitiré; puedes luchar con cualquiera de nosotros y con cualquier arma que escojas. Si ganas, puedes adueñarte del mundo y gobernarlo.

Estas palabras salieron de la boca de Yudhisthira de forma emocional e impulsiva. Fue una estupidez por su parte decir que Duryodhana podía luchar con cualquiera que quisiese y con cualquier arma que eligiese. Pero Yudhisthira era un hombre que no podía guardar rencor a nadie y nuevamente volvió a ser el Yudhisthira de siempre.

Duryodhana era un príncipe noble y apreciaba la nobleza en todos, incluso en su enemigo, y el ofrecimiento de Yudhisthira resucitó en él todo lo que había de noble. Le dijo:

—Aprecio este ofrecimiento por tu parte, mi querido Yudhisthira. Parece casi como si fuéramos a hacernos amigos al final de nuestras vidas; aceptaré tu ofrecimiento. Me has pedido que escoja un arma y ya sabes que nunca he amado a ningún arma tanto como amo a mi maza. En cuanto a mi oponente, estoy dispuesto a luchar con cualquiera de vosotros, estoy seguro de que os mataré a todos, uno por uno. Estoy preparado para luchar.

Yudhisthira estaba muy feliz viendo a Duryodhana dispuesto a luchar y le dijo:

—Puedes luchar conmigo. Te mataré y te enviaré al cielo que ahora pareces merecer. Duryodhana, allí de pie, tenía un aspecto maravilloso. Sus ojos rojos se posaban sobre todos ellos como un león oteando una manada de ciervos. Con la maza en una de sus manos y la otra apoyada sobre su pecho, permanecía allí de pie ganándose la admiración de todos. Su cuerpo estaba cubierto de sangre y con un tremendo grito de guerra rompió el tenso silencio que se había producido ante semejante duelo, y a continuación dijo:

—Venga, estoy preparado para luchar con cualquiera de vosotros: contigo mismo, o con tu querido Shadeva, o con Bhima, o si no con Arjuna o Nakula. Os mataré a todos uno por uno y os enviaré a los cielos. Acabaré de una vez con esta antigua rivalidad, no hay nadie que me pueda igualar en la lucha con la maza. Estoy preparado. ¿Quién quiere ser el primero en luchar conmigo?

Capítulo VI
SAMANTAPANCHAKA

KRISHNA había estado observando en silencio toda la escena. Y acercándose a Yudhisthira le dijo:

—Creo que eres la persona más necia que he visto en mi vida. Has cometido una enorme estupidez. Duryodhana se ha estado entrenando con su maza durante muchos años, usando una imagen de Bhima para sus prácticas. Se ha estado entrenando para matarle. No hay ninguna posibilidad en absoluto de que tú gobiernes el mundo si con Duryodhana lucha otro que no sea Bhima, e incluso Bhima no ha practicado mucho. Tu compasión ha sido tu error durante todos estos años. ¿Por qué has tenido que desafiarle a un duelo en el que te jugabas todo? Creo que esto ha sido el comienzo de otro juego de dados. Los hijos de Pandu están condenados a pasar toda su vida en el bosque. Bhima es más poderoso que él, pero Duryodhana es más hábil, y en un duelo, la habilidad es más importante que la fuerza. Al hacerle esta oferta has arriesgado todo lo que hasta ahora hemos ganado. Esto nos pone en una situación muy, muy precaria. Después de

haber ganado la guerra le has dado nuevamente la oportunidad de arrebatarte el reino. No hay nadie que pueda enfrentarse con Duryodhana en semejante lucha.

Bhima se les acercó y dirigiéndose a Krishna le dijo:

—Krishna, no te preocupes. Yo le mataré. Me acercaré a la orilla de este río de odio que ha estado fluyendo entre Duryodhana y los pandavas, y en particular entre él y yo. Desafiaré al gran Duryodhana y le pediré que luche conmigo. Estoy seguro de que le ganaré, no te preocupes por mí. Mi maza es más poderosa y soy el mejor de los dos.

Krishna estaba feliz de ver a Bhima con tanto ánimo. Le dijo:

—Bhima, Yudhisthira será el señor del mundo gracias a ti. Has matado a todos los otros hijos de Dhritarashtra y es justo que seas tú la persona que mate al último de ellos. Conquista el mundo, Bhima, y póstralo a los pies de tu querido hermano. El final de Duryodhana será el final de los problemas de Yudhisthira, pero has de tener mucho cuidado con Duryodhana, es muy bueno luchando con la maza y tiene pies muy rápidos.

A continuación Bhima se dirigió a Duryodhana y le desafió diciéndole:

—Quiero que pelees conmigo, Duryodhana. Quiero que recuerdes todo lo que nos has hecho, pues quizás lo hayas olvidado, pero nosotros no. Acuérdate de Varanavata, acuérdate de Draupadi cuando fue arrastrada hasta la corte por Dussasana, acuérdate del juego de dados y del malvado Sakuni que ha sido la causa de tu caída. Hoy quiero que coseches los frutos de tus pecaminosos actos. Por tu causa, el campo de batalla ha sido engalanado con los cuerpos yacentes de los hombres más nobles y más grandes: nuestro abuelo, nuestro amado Bhishma, yace ahora en un lecho de flechas por tu culpa. Drona, nuestro querido acharya, un hombre que debía haber sido honrado hasta el final de su vida, yace ahora muerto en el campo de batalla. Radheya el sutaputra también yace en el campo de batalla como un segundo Sol iluminando la tierra. Nuestro tío Salya, a quien tú indujiste a ponerse de tu lado, ha muerto también en manos de su sobrino, quien debía haberle honrado. Tus queridos hermanos también están esparcidos por el campo de batalla como las ascuas de un fuego que una vez rugió con fuerza devoradora. Te voy a hacer pagar todas estas terribles muertes: voy a matarte. Con toda seguridad voy a matarte para complacer a mi querido hermano, a quien en otro tiempo hiciste dormir sobre el suelo.

La voz de Bhima sonaba con rudeza, cargada de emoción. Duryodhana escuchó sus palabras con una sonrisa burlona en sus labios y con su ceja levantada en un además entre arrogante y divertido, le dijo:

—No grites tanto, Bhima. Habla menos y haz más; déjame verte en acción. Durante años he deseado luchar contigo en un duelo singular. Me alegra ver que tienes suficiente hombría para desafiarme; hasta ahora nadie me ha vencido luchando con la maza. Nadie en toda la tierra ni en los cielos puede enfrentarse a mí. Ni siquiera Indra podría luchar

conmigo y ganarme en una lucha en toda regla, ahora déjame ver qué tal peleas. Admito que de entre los cinco, tú eres el mejor oponente que podría escoger, los demás no estarían preparados para luchar conmigo. Estoy dispuesto a concederte este honor, eres suficientemente bueno para luchar conmigo, aunque mi inmediato siguiente en categoría sería el gran Salya y tras él quizá vendrías tú. Todo esto, naturalmente, sería sin contar con mi señor Balarama, pues él sería el mejor de todos. Él incluso ha dicho que yo soy mejor que todos vosotros juntos, ha dicho que soy el mejor luchador con maza y estoy preparado para luchar: vamos, Bhima.

Yudhisthira entonces le dijo:

—Mi querido Duryodhana, ponte la armadura y ata tus cabellos. Coge lo que quieras y después comienza a luchar.

Duryodhana le miró con una expresión que casi parecía de afecto. En verdad él nunca había odiado a Yudhisthira, sólo a Bhima. En su ambición por las riquezas de Yudhisthira, le había hecho todo tipo de injusticias, pero Duryodhana sentía profundo respeto y admiración por aquel hombre que era tan noble. En ese momento se dio cuenta de que en verdad era el hermano de Radheya, apreciando el parecido que había entre ambos. Luego apartó de su mente estos pensamientos y se dispuso para la lucha. Se puso su armadura dorada y se colocó sobre la cabeza su hermosa corona. Allí, erguido entre todos, tenía una apariencia magnífica. Iluminado por la luz del atardecer brillaba como el Sol del poniente.

La lucha iba a comenzar. Pero, de repente, apareció Balarama. Los dos contendientes se pusieron extremadamente contentos de verle. El sabio Narada le había contado que el gran Gadayuddha entre sus dos estudiantes estaba a punto de acontecer. Duryodhana era su alumno favorito y quería estar allí cuando el duelo se celebrase. Todos le dieron la bienvenida y Bhima y Duryodhana le saludaron con postraciones. Duryodhana estaba especialmente feliz de ver allí a su guru y pidió que dispusieran un lujoso asiento para acomodar a Balarama. El comienzo de la lucha se demoró por unos momentos y Balarama dijo:

—Acabo de regresar de una peregrinación por todos los lugares sagrados y me han dicho que Samantapanchaka, que está muy cerca de aquí, es el más santo de todos los lugares. Alguien que muera en ese lugar con toda seguridad alcanzará el cielo, por lo que sugiero que el gadayuddha se celebre en ese lugar.

—Que así sea —dijo Yudhisthira.

Y todos se pusieron en marcha hacia Samantapanchaka. Duryodhana, con la maza en la mano, caminaba junto a los otros, la escena era memorable. Era un espectáculo único: el monarca kuru caminando junto con las huestes de los pandavas hacia el lugar escogido para el duelo. Su cabeza permanecía erguida y sus movimientos eran tan orgullosos y

arrogantes como siempre. La llegada de Balarama produjo gran alegría en el corazón de Duryodhana, que estaba totalmente rodeado por sus enemigos. Él caminaba junto a los pandavas, mientras que Krishna iba junto con Balarama, y Satyaki les seguía unos pasos más atrás.

Capítulo VII

LA MUERTE DE DURYODHANA

Los dos héroes estaban ya listos para luchar. Todos estaban ansiosos por ver el gadayuddha que se iba a disputar entre aquellos dos maestros consumados en la lucha con maza. La lucha comenzó. Parecían dos nubes de tormenta descargando una sobre otra, o el caudal de dos océanos tratando de unirse precipitadamente el uno al otro. Ambos eran poderosos; los dos eran discípulos de Balarama; los dos eran hermanos, hijos de la gran casa de los kurus; y los dos estaban completamente decididos a destruirse. Era un espectáculo aterrador ver a aquellos dos hombres bellos, erguidos con sus mazas levantadas decididos a aniquilarse mutuamente. El rey se dirigió a Yudhisthira y le dijo:

—Quiero que todos vosotros os sentéis; observad esta gran lucha entre nosotros y gozad. Será un bello espectáculo para aquellos que nos aprecian. Y todos se sentaron alrededor del lugar donde se iba a celebrar la lucha. Balarama tenía un hermoso aspecto con su noble figura cubierta por un bello paño de seda azul. A su lado estaba sentado Krishna, con su brillante piel oscura.

La lucha comenzó. Tanto Duryodhana como Bhima luchaban maravillosamente con sus mazas; era una escena muy hermosa contemplar los movimientos y golpes de ambos héroes. Lucharon durante un tiempo y hasta quedar los dos exhaustos. Luego descansaron durante un tiempo y reemprendieron la lucha. El sonido metálico producido por el choque de las dos mazas de acero era ensordecedor. Cuando ambas chocaban, del golpe saltaban chispas. Los movimientos de Duryodhana eran muy gráciles y los golpes de Bhima eran poderosísimos. Krishna estaba en lo cierto, no había duda de la superioridad de Duryodhana. Balarama contemplaba la lucha con una expresión de complacencia en sus ojos. Los dos luchadores daban vueltas incesantemente uno alrededor del otro, la lucha se desenvolvía de acuerdo al código establecido y ambos estaban siguiendo las normas estrictamente. Entonces Duryodhana golpeó fuertemente la maza de Bhima haciéndola salir despedida de su mano. Lanzando un grito de furia Bhima la recogió y continuó la lucha. Poco después, Bhima le hizo lo mismo a Duryodhana, el cual recuperó su maza y golpeó a Bhima con todas sus fuerzas; estaba furioso. Bhima se quedó aturdido por el golpe, pero pudo recuperarse dando golpes de maza a diestro y siniestro. Pero los movimientos de Duryodhana eran muy gráciles, haciéndose a un lado para esquivar los golpes. La lucha continuaba, parecía como si nunca fuera

a acabar. Por dos veces Bhima se desvaneció incapaz de soportar los duros golpes de Duryodhana, mientras que Duryodhana cayó sólo una vez y Bhima esperó a que se levantara. Al cabo de un tiempo Duryodhana volvió a caer. Sin embargo, a Bhima no le estaba resultando la lucha tan fácil como pensaba; Duryodhana resultó ser un duro oponente para él. Durante la guerra, en dos ocasiones había luchado con la maza contra Salya y en las dos había derrotado al gran héroe, pero Duryodhana era muy superior a Salya. Bhima luchó con valentía, era un oponente golpeador, pero Duryodhana parecía bailar sobre el terreno, sus pies eran muy ligeros y rápidos. Los pasos de Bhima eran más pesados y en ocasiones su modo de luchar parecía torpe.

Mientras luchaban, Arjuna se acercó a Krishna y le dijo:

—Krishna, ¿quién de los dos crees que es superior? ¿quién merece ganar? Por favor, dime lo que piensas.

Krishna, dirigiéndole una tierna sonrisa, le dijo:

—Los dos fueron entrenados por mi hermano y ambos son buenos. Pero, Arjuna, debería ser evidente para ti que Duryodhana es superior a Bhima. Bhima es más fuerte, de eso no hay duda, pero Duryodhana es más rápido de movimientos, le supera en habilidad. Fíjate en la facilidad con que esquiva los poderosos golpes de Bhima. No podrá vencer a Duryodhana en una lucha justa: Bhima tendrá que usar algún truco sucio si quiere ganarle. Tu hermano, Yudhisthira, ha cometido la estupidez de provocar esta lucha. ¿Acaso no ves que Duryodhana está desesperado? Luchará al máximo de sus fuerzas. Fíjate con qué rapidez salta para evitar los poderosos golpes de Bhima, es un placer contemplar la habilidad de este hombre. Si no hubiera un reino en juego, me pasaría horas aquí, contemplando este gadayuddha, pero Bhima tiene que acabar pronto esta lucha. Me pregunto cómo se las va a arreglar para hacerlo.

Arjuna entonces recordó el juramento que hizo Bhima, y aprovechando que Bhima le dirigió una mirada, Arjuna le hizo una señal golpeando su propio muslo con fuerza. Bhima captó inmediatamente su mensaje. Krishna sonreía a todo esto.

Yudhisthira parecía muy entristecido. Estaba seguro de que su Bhima iba a ser aniquilado por Duryodhana. La lucha continuaba y Duryodhana daba vueltas en círculo alrededor de Bhima con su maza levantada esperando la mínima oportunidad para matarle. Siguieron luchando durante un rato hasta quedar exhaustos, luego descansaron y de nuevo reanudaron la lucha. Una atmósfera de tensión invadía el ambiente. Entonces Duryodhana golpeó terriblemente a Bhima, quien casi se desvaneció. Pero Bhima pudo controlar su debilidad y levantándose con su maza en alto fue hacia Duryodhana con la intención de golpearle en el pecho, pero Duryodhana saltó rápidamente en el aire para neutralizar el intento de Bhima. De nuevo Bhima trató de golpearle y de nuevo Duryodhana le esquivó. Mas cuando estaba saltando, Bhima golpeó los hermosos muslos

de Duryodhana, el cual cayó por tierra con sus muslos destrozados, retorciéndose como una serpiente a la que le pisaran el cuello.

Duryodhana yacía en tierra como Aruna, el divino auriga del Sol. Hubo un gran tronar en el cielo y hasta la misma tierra se estremeció en protesta por la injusticia que se había cometido en aquella lucha. Fue una artimaña sucia, las normas prohibían golpear por debajo de la cintura. Bhima había derribado a Duryodhana valiéndose de medios injustos. Pero Bhima estaba loco de alegría. Su sueño, el sueño que siempre le había obsesionado, se había hecho realidad. Había quebrado los muslos de Duryodhana, tal y como había jurado hacer hacía catorce años. Daba saltos de júbilo, era impresionante verle, parecía que no era de este mundo. Se aproximó al cuerpo caído del monarca y le puso el pie sobre su hermosa cabeza. Le dijo:

—Todos vosotros os reísteis de mí y bailasteis cuando abandonábamos Hastinapura. Tú y tus queridos hermanos me llamasteis « vaca », aún no lo he olvidado. Entonces juré que algún día pondría mi pie sobre tu cabeza, y ahora lo he hecho.

Antes de que volviera a hacerlo, Yudhisthira fue corriendo hacia él y de un tirón le apartó de allí. Le dijo:

—Bhima, no lo hagas más. Ya has hecho lo que habías jurado hacer y eso acaba ya con toda enemistad. Este acto es un insulto para Duryodhana. Él es un rey y también tu hermano, es un hijo de la casa de los kurus. Fue el señor de once akshauhinis; lo ha perdido todo y no es justo que le hagas esto ahora que ha sido abatido. No tiene por qué ser insultado; no lo permitiré. Me disgusta que un monarca vencido sea ultrajado. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas y dirigiéndose a Duryodhana le dijo—: Mi querido primo, por favor, no te apenes. Has perdido todo cuanto tenías y ahora yaces en tierra a punto de perder tu vida. Esto no ha sido debido a nuestra culpa, todo ha sido debido a ti; tú te has ganado este fin y el destino ha arreglado las cosas a su manera. Duryodhana, estoy celoso de ti, tú alcanzarás los cielos mientras que nosotros viviremos en esta tierra, privada ya de toda gloria. Yo te saludo, rey del mundo.

Yudhisthira expresó toda la pena que albergaba su corazón. Estaba muy triste de ver la ruina que le había sobrevenido al mundo por causa de aquel hombre, quien se había hecho merecedor de su propia destrucción. El rey ahora yacía en tierra con sus muslos destrozados por Bhima. Había sido una gran tragedia y Yudhisthira, dada su tierna naturaleza, no podía soportarla.

Capítulo VIII

LA IRA DE BALARAMA

Balarama estaba furioso con Bhima por la forma sucia en que había derribado a su oponente. Le dijo:

—Bhima, hoy haciendo lo que has hecho has disgustado a tu guru. Has golpeado a tu adversario por debajo de la cintura; es la acción más vil que puede cometer un luchador. Te mataré por lo que has hecho. Has matado a mi amado discípulo valiéndote de artimañas no permitidas, vengaré la muerte de Duryodhana.

Balarama levantó su cayado, que era su arma personal, y se abalanzó sobre Bhima. Krishna se apresuró a detenerle y rodeándole con sus brazos le contuvo. Krishna le dijo:

—Mi señor, controla tu furia, lo que Bhima hizo era correcto. La acción en particular quizá iba en contra de las normas de lucha justa, pero en tu ciego afecto por Duryodhana pareces olvidar todo el daño que él causó a los pandavas. Cuando la hermosa Draupadi fue arrastrada ante la presencia de este hombre arrogante, él la insultó ante sus esposos. ¿Puede hombre alguno soportar que se insulte de esa manera a su esposa? Le debieron haber roto los muslos en aquel mismo momento, pero no lo hicieron. Yudhisthira impidió que Bhima se abalanzase sobre Duryodhana, pero Bhima entonces hizo el juramento de que un día él le rompería sus muslos. Esa es la razón por la que ha hecho esto, de otra forma ¿cómo podría cumplir su juramento? Un juramento se ha de cumplir por encima de todo. Esta es la norma.

»Mi querido hermano, no puedes soportar la injusticia que se le ha hecho a tu amado Duryodhana y estás dispuesto a matar a los pandavas arremetiéndoles con tu cayado. Pero yo he estado observando la injusticia que se le ha hecho a los pandavas durante los últimos años, y si lo hubiera deseado, podría haber matado a este hombre y haberle castigado fácilmente, podría haber vengado los sufrimientos de estos hombres buenos y las lágrimas de Draupadi, pero yo no interferí hasta que se declaró la guerra, incluso traté de impedir por todos los medios esta guerra. Y aun así, no he luchado porque tú querías que me mantuviese al margen. ¿Cómo puede permanecer uno observando tanta injusticia durante tanto tiempo sin actuar? Sin embargo, tú ya estabas dispuesto a hacerlo ahora: tú, quien diste la espalda a esta guerra porque no podías soportar el presenciar la muerte de todos los kurus. Por favor, no trates de vengar la muerte de este pecador, déjale en manos de su destino y haz lo mismo con los pandavas. Son nuestros primos, y después de tantos años de sufrimiento, ahora tienen la esperanza de ser felices. Por favor, no les guardes rencor.

Las palabras de Krishna habían aplacado ligeramente la ira de Balarama, pero aún no estaba calmado del todo. Krishna le dijo:

—Mi señor, recuerda que el cuarto ciclo del tiempo, el Kaliyuga, ya ha comenzado. De ahora en adelante ya no podremos encontrar rectitud sin mácula. Incluso en la guerra, los primeros nueve días transcurrieron regidos por la rectitud, pero a partir del décimo día, el tono de la guerra cambió. La pureza comenzó a oscurecerse con pequeños actos de adharma y día tras día eso fue creciendo. Es la ley del tiempo, no debes tratar de cambiar el curso del destino. Se abrirá camino inexorablemente, pues se cumple de muchas maneras, la mayoría de ellas injustas para nuestra forma de ver. Yo, por esta vez, siento que el fin justifica a los medios.

Balarama dijo:

—Tus dulces palabras no han logrado convencerme, Krishna. Bhima ha matado hoy a Duryodhana por medios injustos. El mundo hablará siempre de él como de un luchador sucio que no se atuvo a las normas de lucha. Por otro lado me siento orgulloso de Duryodhana, él alcanzará los cielos; es un luchador justo. El mundo recordará siempre a este gadayuddha, el cual le asegurará eterna gloria a Duryodhana y eterna vergüenza a Bhima.

Después de escupir con furia estas palabras, Balarama fue a donde yacía Duryodhana despidiéndose de él con ternura. Los ojos de Duryodhana estaban llenos de amor y gratitud por aquel gran hombre que había estado a punto de luchar contra los pandavas por su causa. Balarama abandonó el lugar con una expresión de enfado en su rostro y subió a su carro poniéndose inmediatamente en marcha hacia Dwaraka sin despedirse siquiera de los pandavas. Krishna debió exhalar un suspiro de alivio, ya no importaba la ira de Balarama. Las cariñosas manos de Revati pusieron ante él una copa de vino, que le hizo olvidar todo. Krishna había logrado salvar a los pandavas de la ira de su terrorífico hermano, eso ya era suficiente.

Krishna estaba apenado por Bhima, el cual permanecía de pie con la cabeza baja después de haber escuchado las palabras de Balarama. Él había estado soñando con aquel momento durante todos aquellos años. Todos conocían su juramento y sabían que lo iba a cumplir. En realidad, durante la lucha, se había olvidado del juramento, fue Arjuna quien se lo recordó, mas ahora, Arjuna mismo se hacía a un lado como si no aprobase lo que él mismo había hecho. Krishna adivinó todo lo que estaba pasando por la mente de Bhima y se acercó a él, tomó sus manos entre las suyas y le dijo:

—Bhima, estoy orgulloso de ti. Has hecho lo que habías jurado que ibas a hacer. No todos los hombres pueden cumplir sus juramentos. Estoy contento de que hayas hecho todo lo que habías estado anhelando hacer.

Yudhisthira le sonrió a Bhima, el cual fue corriendo hacia su hermano y se postró a sus pies bañándole con sus lágrimas y le dijo:

—Te ofrezco este mundo a ti, mi señor, es tuyo. Esta larga historia de odio ha acabado ya, ya no tienes más enemigos. Ya estás libre del dolor que te ha estado hiriendo durante

todos estos años. Draupadi ya no tendrá que dormir más en el suelo y será feliz. He alcanzado todo lo que quería alcanzar, ahora te ruego tus bendiciones, mi señor.

Yudhisthira lo levantó del suelo y le abrazó. En ese momento las huestes de los pandavas gritaron llenas de júbilo. La tensión que había causado la ira de Balarama se había disipado ante la ternura de la escena entre Bhima y su hermano. Todos se acercaron a Bhima y le felicitaron por su victoria ante Duryodhana.

Y Krishna dijo:

—No matemos a este hombre que ha sido derribado. Este hombre llamado Duryodhana ha sido el mayor pecador de la tierra. Tenía junto a él a mucha gente que le aconsejaba hacer el bien, por ejemplo Vidura, pero él no le hacía ni el más mínimo caso. Por el contrario, sólo escuchaba los consejos de Sakuni. Él trató a sus primos vergonzosamente. Esa es la razón por la que ahora yace en tierra moribundo. Dejémosle y vayámonos de aquí. Ahora tiene menos valor que un trozo de madera.

Duryodhana había estado escuchando todo lo que decían. Y en ese momento trató de incorporarse como una cobra herida que aún no ha muerto. Sufría una intensa agonía por el esfuerzo que hacía al intentar levantar su cuerpo, pero no le importaba, y dirigiéndose a Krishna le dijo:

—Krishna, contén tus palabras, tan sólo eres un esclavo de Kamsa, ni siquiera eres un rey. No tienes vergüenza. He sido derribado por medios injustos y tú estás regodeándote de mi caída. Tú eres el responsable de que Bhima hiciera lo que hizo, no le culpo en absoluto. Para ser justo con Bhima, he de decir que se había olvidado de su juramento, estaba luchando con justicia y de acuerdo a las reglas. Tú fuiste quien empezaste a hablar de métodos sucios cuando estabas hablando con Arjuna, hablaste en voz alta de forma deliberada para hacer que Bhima te escuchase y luego Arjuna golpeó su muslo, ¿acaso crees que no me di cuenta? Has causado la muerte de muchos reyes valiéndote de métodos sucios. ¡Y aún te atreves a llamarme pecador! Conozco todas tus acciones, Krishna. Tú has sido la causa de esta gran guerra y de la matanza de tantos hombres. Tú trajiste a Sikhandi al frente del carro de nuestro abuelo e hiciste que Arjuna le matase, ¿crees que tampoco me di cuenta de eso? Tú fuiste el causante de que mataran al elefante llamado Aswatthama y también hiciste que Dhrishtadyumna matase a Drona, ¿creíste que no me di cuenta? Fuiste tú quien hiciste que Ghatotkacha se enfrentase con Radheya para hacer que el sakti de Radheya se malgastase en esa bestia. ¿Crees que no me di cuenta de eso? Fuiste tú quien hiciste que Arjuna matase a Radheya cuando la rueda de su carro se había hundido en el barro. ¿Crees que tampoco me di cuenta? Si los pandavas hubiesen luchado con Bhishma, Drona y Radheya por medios justos, nunca hubieran ganado esta guerra. Tú, Krishna; tú eres el mayor de los pecadores que hay aquí, y no yo, quien he sido derribado por medios injustos.

Krishna se giró hacia él con ojos de enfado y le dijo:

—Escucha, Duryodhana. Tú has sido derrotado debido a tu adharma. Tú has matado a tus amigos y a todos los que de ti dependían por tu injusticia. Bhishma, Drona y Radheya fueron aniquilados porque se pusieron de tu parte en contra de los pandavas. Bhishma no debió haberse puesto de tu lado. Drona podía haber abandonado Hastinapura y haberse ido al bosque. Radheya estaba empeñado en complacerte a ti. Él sabía que tú estabas en el error y aun así peleó por ti. Es por tu culpa y por tus actos malvados por lo que ellos han muerto. Tú dices que soy el causante de esta guerra. ¿Acaso has olvidado ya mi visita a Hastinapura? ¿Has olvidado el esfuerzo con el que traté de convencerte de que esta guerra no debía suceder? No querías soltar al mundo de tus manos, tu avaricia ha sido la causa de esta guerra y de la muerte de todos los héroes. Tu maldad comenzó desde hace mucho tiempo atrás cuando tan sólo eras un niño. Cuando eras joven tu padre hizo que creciera en ti la planta de los celos, a lo cual también colaboró tu tío Sakuni, y es el sabor de los frutos de esa planta lo que ahora estás degustando. Por la muerte de Abhimanyu, sólo por ese incidente, deberías morir una y otra vez. No mereces la compasión de nadie. No me das pena en absoluto.

Duryodhana dibujó una sonrisa indolente en sus labios. Su ceja estaba levantada en tono arrogante como era su costumbre y dijo:

—Yo he estudiado los Vedas, he hecho muchos regalos a mucha gente, he gobernado este mundo entero y lo he disfrutado al máximo, he puesto mi pie sobre la cabeza de mis enemigos. Soy un afortunado, después de una vida feliz, tengo un futuro aún más feliz esperándome. Voy a los cielos que alcanzan aquellos que mueren en el campo de batalla, allí me reuniré con todos aquellos que me son queridos. Allí estaré con mi querido amigo Radheya. En verdad, soy más afortunado que estas gentes que tendrán que vivir en este mundo lleno de penuria. —Duryodhana se detuvo para tomar aliento. Luego, con una mirada de total desdén y dibujándose una sonrisa amarga en sus labios, dijo—: En cuanto al hecho de que Bhima haya pisado mi cabeza, no me importa en absoluto. Dentro de unos momentos los buitres y los cuervos descenderán sobre mí para devorar a picotazos mi cabeza.

En ese momento llovieron del cielo flores sobre la cabeza de Duryodhana mientras pronunciaba aquellas palabras. El cielo estaba iluminado por una luz incandescente, como un ópalo iluminado desde el interior. Los pandavas inclinaron sus cabezas de vergüenza y pena cuando vieron que los cielos aprobaban las palabras de Duryodhana.

Krishna giró hacia ellos sus ojos enfadados y les gritó con su bella voz de cisne, diciéndoles:

—¡Naturalmente todos fueron aniquilados por medios injustos! Ellos eran lo mejor del valor kshatrya. Si hubieseis luchado por medios justos nunca podríais haberles vencido, ¡dejemos a un lado la cuestión de lo bueno y lo malo y cómo han sido aniquilados! Ni todos vuestros poderes con vuestros arcos y flechas y vuestros divinos astras podían

haberos dado la victoria sobre esos héroes. Duryodhana jamás habría podido ser vencido por medios justos. Ahora miradme y escuchadme con atención. Hace tiempo, en el bosque de Kamyaka, yo enjugué las lágrimas de los ojos de mi querida Draupadi y le prometí que mataría a todos aquellos que le habían hecho llorar. Yudhisthira, a ti no te importó el insulto de que fue objeto en la corte de Hastinapura. En todo aquel asunto a ti sólo te importaba lo que era justo y lo que era injusto y permitiste que tu esposa fuese insultada por aquellos animales, permaneciendo en silencio porque creías que no era justo intervenir. Impediste que Bhima hiciera lo que tenía que haber hecho, pero yo no podía permitir que Draupadi llorase. Cuando ella estaba en la corte nadie fue a ayudarla. Ni Bhishma, ni Drona, ni todos los demás hicieron nada por ayudarla y yo juré matarles a todos. Sí, a todos. Yo maté al gran Bhishma porque no tuvo el valor suficiente para intervenir cuando aquellas bestias de la corte estaban maltratando a Draupadi. Y por la misma razón maté a Drona, él también se mostró indiferente el día en que se estaba jugando el juego de dados. No tenía derecho a participar en la guerra y unirse al bando de Duryodhana, cuando sabía que los pandavas estaban en su derecho. Él amaba a este pecador así que, junto con Bhishma, Drona también tuvo que morir. A mí sólo me interesa una cosa: reparar el daño que se ha hecho a los hombres justos. Lo he hecho, y no me arrepiento.

»En cuanto al pecado cometido en esta lucha injusta, dejad que todo recaiga sobre mi cabeza. Estoy dispuesto a soportar esto también por el bien de los pandavas, ellos significan para mí mi propia vida. Pero, vámonos, el Sol ya ha descendido hasta las colinas del poniente, vayámonos de aquí.

Todas las huestes de los pandavas se alejaron de los alrededores de Samantapanchaka. Y el rey abatido, quedó allí solo y moribundo, con sus muslos destrozados y sin nadie a su lado.

Libro 10

Matanza

(Soptika Parva)

Capítulo I

EL CARRO DE ARJUNA

Los pandavas regresaron a su campamento. La norma era que el ejército ganador tenía que entrar en el campamento enemigo una vez acabada la guerra. Así pues, se pusieron en marcha hacia el campamento de Duryodhana y entraron en él haciendo sonar sus caracolas: la Panchajanya y la gran Devadatta resonaban con gran estrépito. Krishna no quería que la escena que ocurrió en Samantapanchaka mermase el entusiasmo de los vencedores, él se mostraba más animado y contento que ninguno, y en cuanto llegaron a su campamento, Krishna pidió a todos que se quedaran quietos, y dirigiéndose a Arjuna le dijo:

10. Soptika [Matanza].

—Arjuna, coge tu gandiva y tus aljabas y baja del carro. Mientras Krishna permanecía aún en el carro, Arjuna hizo lo que él le había dicho y después de que hubiera bajado, Krishna abandonó las riendas y la fusta y descendió también de aquel carro dorado incrustado de piedras preciosas. En cuanto Krishna descendió, el gran Hanumán, que estaba en el estandarte como insignia, de repente dio un salto hacia el cielo y desapareció de la vista de todos. Fue sorprendente. Todos giraron su mirada hacia la carroza de Arjuna y, en ese momento, la carroza comenzó a arder como una pira de tea, y en un breve instante aquel esbelto carruaje quedó reducido a un montón de cenizas. Los blancos caballos de Arjuna murieron ardiendo junto con el carro. Aquel carro de Arjuna, cuya estampa causaba terror en el corazón de los kurus, ahora no era más que un montón de cenizas.

Arjuna giró sus ojos llenos de lágrimas hacia Krishna y le dijo:

—Mi señor, ¿qué es lo que estoy viendo? Mi carro, mi carro dorado que Agni me regaló cuando quemó el bosque de Khandava, el carro que tú has conducido durante todos estos días, mi carro ha sido quemado ante mis propios ojos y sin ninguna razón. ¡No puedo entenderlo! Por favor, dime por qué ha sucedido esto.

Krishna, que tenía una expresión muy seria, le dijo:

—Arjuna, este carro ha cumplido su propósito, ya no lo necesitamos más. Sobre este carro han recaído todos los astras de Drona y Radheya. Ha absorbido el Brahmastra que esos dos hombres lanzaron y también los astras de Aswatthama. Debió haber ardido hace mucho tiempo, pero no sucedió así porque yo estaba subido en él. Pero ahora que tú ya has alcanzado lo que te habías propuesto alcanzar, lo he abandonado y por eso ha ardido, he permitido que fuera reducido a cenizas. Todo lo que existe en este mundo ha sido creado con un propósito y en cuanto ese propósito se cumple ya no hace falta para nada.

En ese momento la seriedad abandonó la cara de Krishna y de nuevo la sonrisa apareció en su lugar. Y continuando, Krishna dijo:

—Arjuna, lo mismo ocurre con los hombres. Cada hombre ha sido puesto en este extraño viaje lleno de acontecimientos llamado la vida, pero todos vienen a este mundo con un propósito. Una vez que cumplen su propósito, la Tierra ya no necesita más de ellos. Y ese es el caso de todos nosotros, incluso yo. Yo me he creado a mí mismo en esta Tierra por un propósito que aún no ha acabado, aún queda algo más por hacer. Pero en el momento en que haya finalizado, yo moriré también, y lo mismo ocurrirá contigo y con tus hermanos. Pero eso no sucederá en un futuro inmediato. Ven, no te apenes, preparémonos para nuestra próxima tarea.

Krishna felicitó a Yudhisthira en términos formales y luego le dio un abrazo. Le dijo:

—Yudhisthira, es costumbre de los vencedores dormir fuera del campo enemigo la noche de la victoria, debes seguir esa tradición. Debéis dormir todos fuera del campamento.

—Que así sea —dijo Yudhisthira. Y tras permanecer en silencio por unos momentos, añadió—: Krishna, la guerra ha acabado, y por tu gracia hemos conquistado el mundo, pero tengo miedo de Gandhari, la madre de Duryodhana; tiene grandes poderes. Esa mujer ha sido siempre justa y temerosa de Dios, pero ahora está sufriendo el dolor de una madre que ha perdido a sus hijos. Si se entera que Duryodhana ha sido aniquilado por medios injustos, puede maldecirnos. Quiero que vayas a pacificarla, y más tarde iremos nosotros. Krishna le sonrió y le dijo:

—Tienes razón, la maldición de Gandhari no debe recaer sobre vosotros. Son otros sobre los que ha de recaer; iré enseguida.

Cuando Duryodhana cayó con sus muslos rotos, Sanjaya regresó a la ciudad, con sus ojos inundados de lágrimas y su cuerpo temblando de angustia. Sanjaya entró al palacio del rey Dhritarashtra con los brazos levantados como gesto de lamentación y habló así: ¡oh, mi rey!, ¡oh, mi señor!, lo hemos perdido todo. El tiempo y el destino nos han robado todo cuanto teníamos. —El rey le escuchaba atónito junto a Gandhari y las esposas de sus hijos, Vidura y muchos otros estaban allí también. Sanjaya se repuso

un poco y continuó diciendo—: Mi señor, yo soy Sanjaya. La guerra ha acabado: Salya ha muerto, Sakuni ha muerto, su hijo Uluka también ha muerto y Duryodhana ha sido aniquilado por Bhima.

Dhritarashtra se desplomó perdiendo la conciencia, Vidura sentía que se iba a desmayar también. El rey volvía en sí y perdía la conciencia de nuevo; daba lástima ver al rey en aquella condición. Las doncellas del palacio trataban de reanimar a Gandhari, que también se había desmayado, pero no lo lograban.

Después de un rato se repusieron, y Vidura trató de consolar a los llorosos parientes de Duryodhana. Fue entonces cuando Krishna llegó a Hastinapura, entró al palacio y fue llevado inmediatamente al salón donde estaba sentado Dhritarashtra. De sus ojos brotaron lágrimas cuando vio la condición en que se encontraba el rey y su corazón le dio un vuelco en su pecho cuando vio a la gran dama Gandhari sumida en la más profunda consternación. No podía contener sus lágrimas viendo aquellos dos padres ancianos sufriendo el dolor de haber perdido a sus hijos. Les habló durante largo rato dirigiéndoles palabras de afecto y cariño. Sentía mucha compasión por ellos y les hablaba con el corazón lleno de amor y simpatía, hasta que por fin les convenció de que la muerte de todos los grandes héroes había ocurrido por causa de Duryodhana.

Finalmente dirigiéndose a Gandhari, le dijo:

—Madre, el día que vine a Hastinapura en una misión de paz, Duryodhana trató de capturarme, pero tú le detuviste, o mejor dicho, trataste de detenerle diciéndole estas palabras: « Donde está la justicia está la victoria. » Madre, también ahora es así. No debes culpar a los pandavas por esta calamidad. Yudhisthira está muy apenado por haberte causado tanta infelicidad, bien sabes cuánto trató de evitar la guerra. Por favor, sé amable con los hijos de Pandu, ya han sufrido mucho en su vida, nunca han tenido un padre; debes ser afectuosa con ellos, no pongas tu mirada furiosa sobre los hijos de Pandu.

Dhritarashtra y Gandhari se sentían consolados por las dulces y cálidas palabras de Krishna. Gandhari le dijo:

—Tú has dicho la verdad, Krishna. Tan pronto como supe que mi hijo Duryodhana había sido aniquilado, mi corazón se estremeció de emoción y parecía que iba a perder la razón, pero ahora, después de oírte, me siento mejor. Me comportaré noblemente con los hijos de Kunti. Después de haber perdido a mis hijos, ya no tengo a nadie que me consuele sino tú.

Nuevamente rompió a llorar y Krishna la tranquilizó con sus palabras. Luego se despidió de ellos para volver a reunirse con los pandavas. Los pandavas junto con Krishna y Satyaki pasaron la noche en las afueras del campamento de Duryodhana. Todos los demás estaban en el campamento de los pandavas.

Capítulo II

ASWATTHAMA PLANEA LA VENGANZA

SANJAYA regresó al lugar donde yacía el rey Duryodhana para acompañarle en sus últimos momentos de agonía. El cuerpo del rey estaba cubierto de polvo y de sus ojos brotaban lágrimas inútiles. Viendo al monarca solo sumido en tanto dolor, el corazón de Sanjaya estaba a punto de romperse; aquel era el rey que tuvo un día el mundo entero a sus pies, no había nadie que pudiera igualarle en gloria ni riqueza, tantos sirvientes y comodidades se le ofrecían que no tuvo que caminar ni una sola vez para andar un recorrido, siempre disponía de carrozas. Su palacio era como un templo. Sanjaya entonces se acordó de la procesión en la que el rey iba sentado sobre su elefante, acompañado de todos los miembros de la casa real, parecía el señor de los cielos sobre su airavata. Pero ese mismo rey, hoy yacía sobre la tierra con sus muslos destrozados y sin nadie a su lado para confortarle; estaba solo. Sanjaya pensó que el destino era algo terrible, no hacía diferencias entre rey y soldado. Las manos de Duryodhana se agarraban a la tierra haciendo un esfuerzo por soportar el dolor que sentía en su cuerpo, su cabeza se estremecía con debilidad mientras trataba por todos los medios de controlarse. Sanjaya se acercó a él y se sentó a su lado sollozando. Duryodhana le miró y le dijo:

—¡Qué alma más dulce eres, Sanjaya! Has venido para hacerme compañía. Esta vida parece que se niega a abandonar este cuerpo maltrecho; estoy pasando por el Infierno, pero mi destino es el Cielo. El destino quiere que pase primero por el infierno, quizás debido a mis pecados; este dolor es insoportable ¡fíjate cómo estoy! Cuando tenía a Bhishma, Drona, Kripa, Aswatthama, Radheya, Salya, Kritavarma, Dussasana y otros mil más junto a mí, estaba seguro de que iba a ganar la guerra. Pero aquí me tienes ahora, tirado en tierra, derrotado en un duelo por medios injustos y ni siquiera puedo morir. Yo era el señor de once akshauhinis y fíjate ahora en qué condición estoy. Quiero que hagas algo por mí: tienes que averiguar dónde están los tres supervivientes. Diles que su rey ha sido derrotado por Bhima valiéndose de medios injustos. Diles que el rey está aún vivo y que le gustaría verles antes de morir. Cuéntale a mis padres la situación en que me encuentro y dile a mi madre que no me fui huyendo del campo de batalla, dile que he muerto con valentía y dile, además, que no me lamento de nada. Ahora ve y tráeme a Aswatthama, Kritavarma y Kripa.

Después de decir esto se desmayó, el esfuerzo que había hecho para hablar había sido demasiado grande para él. Algunos ciudadanos de Hastinapura fueron para mostrarle sus respetos en aquellos últimos momentos. Pero el rey, inconsciente como estaba, era ya insensible a todo lo que pasaba a su alrededor.

Los únicos tres combatientes que le quedaban a Duryodhana fueron a su lado en cuanto Sanjaya les dio la noticia. Y allí le encontraron yaciendo en tierra con sus muslos

destrozados y jadeando como una serpiente moribunda. Aswatthama, sin poderlo soportar, se desmayó. Una vez recuperado se acercaron al rey y Aswatthama, tomando sus manos entre las suyas, le dijo:

—Mi señor, mi rey, estoy apenado de verte así. Con gran esfuerzo, Duryodhana trató de hablar y dijo:

—Evidentemente estaba escrito en el libro de la vida que así había de ser mi fin, pero no me lamento amigos míos. Estoy seguro de que alcanzaré los cielos y me uniré a aquellos que ya han llegado antes que yo. El destino es demasiado poderoso, no tiene sentido echar las culpas a otros.

Tras decir esto se detuvo secándose las lágrimas con su mano y apartando sus cabellos rizados de su frente. Aswatthama, brillando como un fuego por la ira que sentía, dijo:

—Estos pandavas se han estado escondiendo detrás del manto del Dharma, pero la verdad es que son más injustos que los que se reconocen como viles pecadores. Mataron a mi padre valiéndose de la más miserable de las mentiras y ahora te han malherido a ti de esta forma tan cruel. Escucha mis palabras, amigo mío. Hoy destruiré a todos los panchalas ante los mismísimos ojos de Krishna y esta noche mataré a los pandavas. Mi rey, dame permiso para hacerlo; no descansaré hasta que mueran todos.

Duryodhana se sintió conmovido por el afecto que le mostraba Aswatthama, pues en una ocasión pensó que Aswatthama apreciaba más a los pandavas que a él. Le dijo:

—Acharya, por favor, tráeme agua en una vasija. —Hizo lo que le ordenó, y Duryodhana siguió diciendo:— Te coronaremos oficialmente como el comandante de nuestro ejército. Deseo que Aswatthama reciba el baño de coronación.

Cuando hubo acabado la ceremonia de coronación, el rey se sentía feliz de tener a alguien para vengar la muerte cruel de todos los héroes kurus. Agradeció al gran Aswatthama su amor y luego se despidió de ellos. El rey se sentía feliz al tiempo que desdichado.

Los tres hombres dejaron al rey y se dirigieron hacia el sur. Sus mentes estaban muy ocupadas pensando en la tarea que les esperaba, aunque se sentían cansados y estaban heridos. Por fin llegaron a un lugar muy cercano al campamento de los pandavas, se encontraban en el bosque que rodeaba el campo de batalla. Allí encontraron agua y después de calmar su sed, se tumbaron debajo de un árbol. Kripa estaba muy cansado, al igual que Kritavarma y en cuanto descansaron sus cabezas sobre la tierra se quedaron completamente dormidos. Estaban totalmente exhaustos por la lucha de aquel día y la gran tristeza que sentían. Pero Aswatthama estaba despierto, no podía dormir. Su mente no hacía más que pensar en un plan para vengar la muerte de su padre y, más aún, la muerte de Duryodhana en manos de Bhima. Su abstraída mirada vagaba en todas las direcciones, hasta que de repente se dio cuenta que el árbol que tenía encima estaba lleno

de nidos de cuervos; los cuervos dormían apaciblemente; pero, de repente, vino un búho, era un pájaro de aspecto terrible, se posó en el árbol con mucho sigilo y sin hacer el más mínimo ruido, con la intención de matar a los cuervos que estaban durmiendo: les atacó haciendo una gran masacre y después de matarles, el búho parecía feliz. Y se fue por donde había venido.

Aquel búho le dio una idea a Aswatthama; pensó qué era lo mejor que se podía hacer. Iba a ir al campamento de los pandavas y los iba a matar a todos mientras dormían. Aquella noche era la primera noche que podían dormir apaciblemente. De esa forma podría vengarse de todos ellos. Aswatthama estaba tan excitado que no podía quedarse quieto y despertó a los otros, los cuales sorprendidos querían saber qué era lo que pasaba. Aswatthama les contó lo del búho y cómo se le había ocurrido aquella idea. Aquella sugerencia les horrorizó, Kripa le dijo:

—Aswatthama, esa idea que tienes para vengarte de los pandavas no es justa. Después de todo, nuestro rey, no fue precisamente un rey ideal. Fue un hombre cruel y no era justo, les trató muy mal durante todos estos años; tenían que matarle. El que Bhima le rompiera los muslos fue debido a su juramento, el cual pronunció en presencia de todos nosotros. Fue una lucha injusta, lo admito, pero no podemos permitirnos el lujo de juzgar la forma en que opera la justicia divina. Tú has jurado vengar la muerte del rey y la de tu padre, y eso es elogiable; pelearemos a campo abierto, nosotros tres les desafiaremos y lucharemos hasta morir. Pero este plan que se te ha ocurrido es cobarde y malvado, si sigues adelante con él te ganarás la infamia y la censura de todas las gentes que aman el bien. No soy partidario de llevar a cabo este plan. Por favor, Aswatthama, desiste de este pecado. Hasta ahora tu nombre prevalece sin mácula, no menoscabes la pureza de tu reputación cometiendo este pecado.

Aswatthama insistía tercamente y no se dejaba convencer, estaba decidido a hacer lo que había planeado. Sentía que el río del Dharma había desbordado ya sus orillas, ya que fueron los pandavas los primeros en usar métodos sucios. La muerte de su padre en manos de Dhrishtadyumna era aún una herida fresca en su mente y para colmar el vaso, a eso se le sumaba la muerte de Duryodhana, su querido amigo. Estaba como loco, decía: —Estoy completamente decidido a hacer todo lo que voy a hacer y si no queréis ayudarme, no me importa; partiré solo y haré lo que se ha de hacer.

Aswatthama subió a su carro llevando con él la espada que le había dado el señor Sankara y blandiéndola en su mano se puso en marcha hacia el campamento de los pandavas. Kritavarma y Kripa le gritaron que esperase, que irían también con él: tanto la felicidad como la tristeza, tanto lo bueno como lo malo, era algo que tenía que ser compartido por todos a partir de entonces; en silencio, habían hecho un pacto sin palabras. Eran los tres últimos guerreros que quedaban del ejército de Duryodhana y tenían que vengar su muerte.

Capítulo III

MASACRE A MEDIANOCHE

Aswatthama llegó al campamento de los pandavas, Kripa y Kritavarma estaban con él, y mientras Aswatthama se dirigía hacia las tiendas, ellos se quedaron a la entrada del campamento; le habían prometido que no dejarían que nadie se escapara. Aswatthama, moviéndose en medio de la oscuridad, se dirigió a la tienda de Dhrishtadyumna, entró en ella y allí le encontró, durmiendo plácidamente en su cama blanca como la nieve. Aswatthama se le acercó con pasos sigilosos sin hacer el más mínimo ruido y cuando llegó a su lado le golpeó violentamente. Dhrishtadyumna se despertó en un sobresalto, pero no pudo defenderse, Aswatthama le había cogido ya por los cabellos y aprisionándole contra la cama, cogió la cuerda de su arco y se la ató alrededor del cuello para estrangularle. Con mucha dificultad, casi murmurando, Dhrishtadyumna le dijo:

—Mátame con una flecha. Lucha conmigo y envíame a los cielos. Esta no es una muerte digna para un kshatrya.

Aswatthama se reía como un poseído. Le respondió:

—Tú eres un hombre que ha matado a su guru; no permitiré que alcances los cielos, irás al infierno. Eso es lo que te mereces. Te condenarás para siempre. Aswatthama estranguló a Dhrishtadyumna hasta que la vida abandonó su cuerpo y luego ultrajó su cuerpo.

Los que acampaban cerca de la tienda de Dhrishtadyumna se despertaron, pensaban que se trataba de un rakshasa que había entrado en el campamento, por lo que los panchalas se levantaron dispuestos a luchar con él. Pero Aswatthama los mató a todos. Los hijos de Draupadi trataron de resistirse al máximo de sus fuerzas, pero para Aswatthama fue tarea fácil aniquilar a todos los que estaban en el campamento: Uttamaujas, Yudhamanyu y los héroes que habían sobrevivido a la guerra, fueron vilmente aniquilados mientras dormían. Sikhandi también murió; todos fueron muertos. Algunos trataron de escapar, pero Kripa y Kritavarma, que estaban en las puertas del campamento, impedían que lo hiciesen. Kripa incendió el campamento prendiendo fuego en tres lugares diferentes, lo cual facilitaba la labor al hijo de Drona, el cual continuaba con su labor destructiva. Nadie hubiera esperado aquello de Kripa; aquellos tres hombres se habían convertido en bestias, o en algo peor que bestias, porque las bestias no matan a los miembros de su propia especie, sólo matan cuando tienen hambre o cuando se encuentran en peligro. Pero este acto inhumano, esta masacre a medianoche de estos hombres mientras dormían, sólo podía ser obra de seres que no merecían ser llamados hombres.

Aquellos tres guerreros, borrachos de dicha por haber realizado semejante hazaña, se fueron corriendo al lugar donde Duryodhana yacía moribundo. La vida aún no

había abandonado a aquel cuerpo mutilado y cuando escuchó el ruido que hacían al acercarse trató de levantar su cabeza. Los animales salvajes ya se habían empezado a acercar merodeando el cuerpo del moribundo. Él, como podía, trataba de impedir que se acercaran demasiado, estaba indefenso ante aquella espantosa horda de animales salvajes, dispuestos ya a acabar con sus restos. La aparición de aquellos tres hombres hizo que los animales huyeran en estampida, y acercándose a Duryodhana se sentaron a su lado. Junto al cuerpo del monarca aún estaba su maza; aquel arma que ahora era su único amigo y acompañante. Kripa le dijo sonriente:

—Mi señor, evidentemente tu gada va a ser tu compañera hasta los cielos, no podrás abandonar a tu mejor amiga.

Aswatthama le dijo:

—Duryodhana, quiero que me escuches muy atentamente: tengo el placer de comunicarte que he destruido completamente el ejército de los pandavas. Sólo quedan los cinco pandavas junto con Krishna y Satyaki, y por nuestra parte aún sobrevivimos nosotros tres.

A continuación le contó al rey cómo se las arregló para aniquilar todo el ejército entero. Duryodhana se sintió satisfecho y le dijo:

—Aswatthama, hoy has logrado lo que ni Bhishma, ni Drona, ni Radheya pudieron hacer. Estoy orgulloso de ti; que Dios te bendiga. Yo ya estoy dispuesto a morir; nos encontraremos todos en el Cielo. Ahora me despido de vosotros y de esta querida Tierra. —El rey quedó en silencio; el gran Duryodhana, monarca de los kurus, había muerto.

Se dice que en el momento en que murió Duryodhana, Sanjaya perdió el poder de ver lo que le sucedía a todo el mundo; el poder de visión a distancia le fue retirado.

El Sol salió proclamando el comienzo del día que dejaba atrás la noche más sangrienta de todas. El auriga de Dhrishtadyumna fue el único superviviente a la masacre del campamento de los pandavas. Fue corriendo a la presencia de Yudhisthira y le contó los trágicos acontecimientos de la noche anterior. Yudhisthira se desmayó, por lo que Satyaki tuvo que sostener su cuerpo, que se desplomaba sin fuerzas. Todos los pandavas habían perdido el sentido. Al rato volvieron en sí, y Yudhisthira dirigiéndose a Nakula le pidió que trajese a Draupadi. Nakula fue corriendo a donde se encontraba la reina, mientras que el rey, acompañado de sus hermanos, se dirigió hacia el campamento, donde se encontró una escena espantosa, no podía creer el espectáculo que veían sus ojos: todos muertos. Sintió gran dolor al ver el estado en que quedó el cuerpo del valiente Dhrishtadyumna; aquel hombre nacido del fuego, había dirigido su ejército durante la guerra y ahora yacía allí muerto, aniquilado de la forma más cruel. También vio a los cinco hijos de Draupadi, sus cadáveres estaban descuartizados por la espada de Aswatthama. Arjuna vio a Yudhamanyu y a Uttamaujas, y su corazón le dio un vuelco

por la impresión que aquello le causó. Bhima y Satyaki se sentaron junto al cadáver de su querido amigo Dhrishtadyumna sin poderse consolar entre sí.

Al poco tiempo se oyó cómo se acercaba el carro de Nakula. Cuando se detuvo ante ellos todos se giraron hacia Draupadi, la ayudaron a bajarse del carro, dio dos pasos en dirección hacia los cuerpos inertes de sus hijos y sin poder resistir más se desplomó. Una vez que lograron reanimarla, rompió en un llanto amargo y nadie lograba consolarla con palabras. Draupadi se lamentaba de su destino. Era terrible verla junto a los cuerpos sin vida de sus hijos, sus hermanos, y todos los demás. En una sola noche había perdido todo lo que era suyo. De repente, se puso en pie y se secó las lágrimas, y mirándolos a todos, con fuego en sus ojos dijo:

—No comeré alimento alguno hasta que Aswatthama haya sido aniquilado; moriré en este mismo lugar.

Le dijeron que Aswatthama no podía ser aniquilado porque se le había otorgado el don de gozar de vida eterna, a lo que Draupadi dijo:

—Las muertes de mis hijos y mis hermanos han de ser vengadas. Sé que Aswatthama tiene una joya en su cabeza: ¡traédmela! ¡Tenéis que quitársela! La pérdida de esa joya será para él peor que la muerte misma. Bhima, tú eres quien ha de hacer esto por mí, debes complacerme.

—Que así sea —dijo Bhima, e inmediatamente se puso en marcha a la búsqueda de Aswatthama. Nakula era su auriga. Mientras, Yudhisthira trataba en vano de pacificar a la desdichada Draupadi con dulces palabras, también se sentía infeliz. Era una escena pavorosa ver cómo se sacudía el cuerpo de Draupadi sollozando inconsolablemente. Su mente estaba casi fuera de control viendo a sus hijos; sus cinco hijos, todos muertos.

A Krishna le preocupaba que Bhima se hubiera ido solo, por lo que acercándose a Yudhisthira le dijo:

—Bhima está terriblemente enojado por esta cobarde y salvaje matanza por parte de Aswatthama, el más cruel de los asesinos. Pero Aswatthama no se detendrá ante nada y puede causarle daño a Bhima. Él posee un poderoso astra llamado brahmasirsha, que si lo lanza contra Bhima, nuestro Bhima será destruido. Drona le dio este astra a Arjuna, por lo que su celoso hijo quiso también poseerlo, pero Drona no quería enseñárselo porque no se fiaba del uso que iba a hacer de él; no obstante, Aswatthama insistió tan persistentemente que finalmente su padre se lo reveló. Nadie sabe que Aswatthama tiene este astra, pero yo lo sé. Voy a buscar a Bhima y me llevaré a Arjuna conmigo; ¡que preparen mi carro!

Krishna y Arjuna partieron rápidamente a fin de darle alcance a Bhima. Desaparecieron rápidamente, dejando atrás el campo de Kurukshetra.

Libro 11

Lamentaciones

(Stri Parva)

Capítulo I

KRISHNA MALDICE A ASWATTHAMA

11. Stri [Lamentaciones].

En la corte de los kurus, Dhritarashtra se encontraba sumido en total consternación, no podía soportar el inmenso dolor que le había causado la muerte de todos sus hijos. Sanjaya y Vidura trataban por todos los medios de hacerle entender que tenía que armarse de valor y sobreponerse, y también trataban de hacerle ver que este final ya había sido predicho desde hacía mucho tiempo. Sanjaya, tan extrovertido como siempre, le dijo al rey que era a él mismo a quien tenía que culpar por aquella horrible calamidad. El rey no se sintió ofendido por sus palabras, era humilde. Admitió que todo había sido por su culpa. Vidura sentía mucha pena de su hermano, que había sido tan insensato como ineficaz y nuevamente trató de explicarle los secretos del nacimiento y la muerte, y el hecho de que el alma es indestructible. Finalmente, Vyasa vino e hizo que el rey se repusiera y fuera al campo de batalla. Ahora que la guerra había terminado, los cadáveres tenían que ser retirados del campo de batalla para ser incinerados. También se habían de realizar los obligados ritos funerarios, por lo que aquella desagradable visita al campo de batalla se hacía ineludible.

Todas las mujeres del palacio y todas las mujeres de la ciudad iban andando junto al rey ciego para ver a sus seres queridos que habían perecido en el campo de Kurukshetra. Mujeres que jamás habían visto el Sol, en aquel día andaban por las calles de la ciudad con su rostro cubierto de lágrimas y su pelo suelto. Vidura entonces se acordó del día en que los pandavas abandonaron Hastinapura, se acordó de la forma en que Draupadi profetizó aquella escena cuando andando se alejaba de la ciudad igual que en ese día lo hacían todas aquellas mujeres. De eso hacía catorce años. Los brahmanes iban delante del rey recitando los santos himnos de Rudra, igual que Dhaumya lo había hecho en aquel día memorable, catorce años atrás. Todo se había hecho realidad. La justicia divina estaba saldando cuentas con el rey y con su pecaminosa corte. Vidura, sin pronunciar palabra alguna, caminaba junto con todos en total silencio.

Por el camino se encontraron con Kripa, Kritavarma y Aswatthama, los únicos supervivientes del ejército de los kurus. Inmediatamente fueron hacia el rey y la reina dirigiéndoles palabras de consuelo y luego les contaron la masacre que habían realizado en el campamento de los pandavas. Kripa dijo:

—Tenemos miedo de los pandavas, nos están buscando. No nos atrevemos a quedarnos aquí por más tiempo, tenemos que despedirnos de vosotros.

Y se alejaron de allí los tres juntos, y cuando habían recorrido cierta distancia, se despidieron abrazándose y se separaron. Kripa se fue a Hastinapura, Kritavarma se volvió a Dwaraka y Aswatthama se fue a las orillas del Ganges para refugiarse en la ermita de Vyasa. Y fue allí donde finalmente Bhima encontró a Aswatthama escondiéndose detrás de Vyasa, el cual estaba a la orilla del río Ganges. Bhima tensó su arco y desafió a Aswatthama a que luchara con él. Inmediatamente Krishna y Arjuna llegaron rápidos como el viento al lugar donde se encontraba Bhima. Aswatthama le sonrió a Bhima con una expresión poco usual. Su cara había perdido todo el brillo que en ella solía reflejarse, ahora parecía un carnicero que mata animales para venderlos. Su cara estaba tan pálida como la de un cadáver, el brillo con que solía resplandecer la cara del hijo de Drona, se había disipado por completo. Su expresión era ruda y cruel. Y lanzando una sonrisa siniestra arrancó con su mano un puñado de hierba e invocó el gran astra llamado brahmasirsha, lanzándolo sobre Bhima y Arjuna con estas palabras: « Que el mundo se quede sin pandavas ».

Del haz de hierbas que sostenía en su mano comenzaron a salir despedidas densas humaredas, lanzando a continuación llamas terribles que se dirigían en dirección a Bhima y Arjuna con tremenda furia y rapidez. Las sospechas de Krishna se estaban cumpliendo, por lo que, mientras Aswatthama invocaba el astra, Krishna acercándose a Arjuna le dijo:

—¡Arjuna! ¡Arjuna! date cuenta de lo que está haciendo, está invocando el Brahmasirshastra. Tú también sabes cómo hacerlo, tu guru te enseñó las palabras mágicas para su invocación. ¿No te acuerdas? Fue después de que mataras al cocodrilo que estaba acosándole en el río; tienes que lanzar el astra inmediatamente para contrarrestar al de Aswatthama, si quieres salvar tu vida y la de tus hermanos: ¡rápido hazlo! ¡el astra ya viene en camino!

Arjuna, con la rapidez del pensamiento, invocó el mismo astra lanzándolo también. Las dos llamas surcaban el cielo sedientas de destrucción. El mundo se estremecía ante el poder de los asirás, los océanos hacían retroceder sus orillas y las montañas temblaban como briznas de algodón atrapadas en un vendaval. Los dos rishis, Vyasa y Narada, se interpusieron entre los dos asirás para impedir la colisión, si chocaban entre ellos el mundo entero sería destruido. Así que detuvieron los dos astras en el aire con sus manos: tal era el poder que habían adquirido debido a sus prácticas de austeridades. Y dijeron:

—Este es el astra que jamás debería usarse en la Tierra, hay que hacer que retrocedan reinvocándolos inmediatamente. Arjuna dijo:

—He lanzado este astra para contrarrestar el de Aswatthama, no tenía ninguna intención de causarle daño a este mundo, con todo respeto os obedeceré.

E inmediatamente reinvocó al astra para que volviera. No era fácil hacer retroceder a aquel astra, para ello, el que lo invocó debía ser un hombre que hubiera practicado severas austeridades, por eso Arjuna pudo hacerlo. Pero Aswatthama no lo lograba, no conseguía que retrocediese porque ya había perdido su pureza, era un asesino a sangre fría y el astra no le obedecía. Aswatthama estaba aterrorizado por la magnitud de sus pecados y cayendo a los pies de los dos rishis les dijo:

—Soy un gran pecador y este astra está contra mí, no me obedece, no sé qué puedo hacer. Estaba loco de ira contra los pandavas cuando invoqué el astra y dije: « Que no haya más pandavas sobre la Tierra. » Pero ahora me siento desamparado, no sé qué le va a pasar al mundo. Por favor, protegedme, salvadme de la ira de este astra.

Los dos rishis le dijeron:

—Has cometido un acto vil. Si este astra es detenido con la ayuda de otro astra aún más poderoso, como por ejemplo el Brahmastra, la tierra donde sucede el encuentro se quedará sin lluvia durante doce años. Esa es la razón por la que Arjuna no ha usado este tipo de armas. Tú, sin embargo, odias a una persona tan justa como él y quieres destruir a los hijos de Pandu. Piensa en ellos con cariño y haz retroceder el astra, y para compensar esta injuria, quítate la joya de la cabeza y dásela a los pandavas.

A Aswatthama no le gustó aquello y dijo:

—Esta joya es una gema muy valiosa. Protegerá al que la lleve contra todo tipo de armas, enfermedades y hambre, no puedo separarme de ella, y en cuanto a este asirá, lo he dirigido contra los pandavas y no puedo hacerlo regresar. Si han de sobrevivir, he de dirigirlo contra los vientres de todas las mujeres de su familia, de esa forma el astra hará que el mundo se quede sin pandavas.

Y el astra fue dirigido para que matase a todos los hijos de los pandavas que aún no habían nacido, haciéndolo entrar en el vientre de Uttara que estaba a punto de dar a luz al hijo de Abhimanyu.

Krishna estaba muy enojado con Aswatthama, nunca antes lo había estado tanto, le dijo:

—Aswatthama, eres la más corrupta de las criaturas que han nacido. Dices que aniquilarás al hijo de Abhimanyu, pero yo le daré vida a ese niño y tú le verás. Y en cuanto a ti, estás condenado a vivir para siempre, vagarás solo sobre la superficie de la Tierra sin un solo compañero, sin nadie que te dirija una palabra de cariño. Verás a

ese niño gobernar el mundo después de haber sido elevado al trono de los pauravas; gobernará el mundo durante sesenta años. Con tus propios ojos lo verás.

A continuación le fue arrebatada la gema que llevaba en la cabeza, tras lo cual Aswatthama abandonó el lugar alejándose a solas hacia el largo y ancho mundo, condenado a vivir eternamente.

Después de despedir a Aswatthama de aquella forma, Bhima fue corriendo con la gema en la mano a donde se encontraba Draupadi y se la dio. Luego Krishna les contó todo lo que había sucedido y Draupadi ya se tranquilizó, reponiéndose poco a poco de su pena después de saber que el asesino había sido castigado. Ella misma le dio la gema a Yudhisthira y le dijo que sólo un rey como él era digno de llevarla, y nadie más. Yudhisthira la aceptó para complacer a Draupadi.

Capítulo II

LA FURIA DE GANDHARI

Los pandavas partieron hacia Hastinapura. No habían visto aquella ciudad desde hacía catorce años, pero ahora volvían como los gobernantes del reino, siendo Yudhisthira su rey. Pero toda su felicidad había sido destruida por Aswatthama el cual había vengado la muerte de Duryodhana. Todos estaban tristes, y así transcurría la procesión de los pandavas camino de Hastinapura. Satyaki y Krishna cuidaban de todos. Más tarde se enteraron de que Dhritarashtra junto con todas las mujeres del palacio y las mujeres de la ciudad, iban camino del campo de batalla, por lo que cambiaron de rumbo y también se dirigieron hacia allí para reunirse con ellas. Los pandavas se encontraron con las mujeres en el campo de Kurukshetra, siendo sus lamentaciones los saludos de bienvenida. Yudhisthira fue directo hacia Dhritarashtra y se postró a sus pies, luego se presentó a sí mismo y a sus hermanos. Dhritarashtra le recibió dándole un abrazo de falso afecto, pues no cesaba de pensar que los pandavas eran la causa de la muerte de sus hijos, no podía recibirles con afecto; no obstante, era muy hábil en mantener la apariencia ante otros, así que le dio la bienvenida a Yudhisthira con palabras amables aunque su corazón estaba lleno de odio hacia Bhima. Si hubiera podido le habría calcinado con la mirada, pero aun así, Dhritarashtra extendió sus brazos hacia Bhima invitándole a abrazarse con él. Bhima ya se dirigía hacia el rey cuando Krishna le detuvo haciéndole señas. Krishna fue corriendo al gimnasio y rápidamente trajo la estatua de acero de Bhima con la que Duryodhana solía entrenarse diariamente en sus prácticas de lucha con maza y la puso frente a Dhritarashtra. El anciano rey la rodeó con sus brazos y en el momento en que la abrazaba se acordó de que tenía entre sus brazos al que había matado a todos sus hijos: sus brazos se aferraron fuertemente a la imagen de acero y comenzaron a estrecharse más y más en un fuertísimo apretón hasta que la imagen quedó

aplastada, cediendo ante la fuerza de los poderosos brazos del rey. Bhima contemplaba la escena con ojos horrorizados. El cuerpo del rey se humedeció con su propia sangre y su pecho quedó completamente rojo, desvaneciéndose después por el esfuerzo que había realizado, su cuerpo cayó al suelo a plomo. Sanjaya le reanimó, y entonces el rey se dio cuenta de la gravedad del crimen que había cometido; lamentándose por ello entre sollozos, decía:

—En un arrebato de ira he matado a Bhima, el hijo de mi propio hermano. He matado a ese muchacho.

Krishna se dio cuenta entonces de que toda su ira y su furia se habían disipado ya, y acercándose al rey le dijo:

—Yo sabía lo enfadado que estabas con Bhima; pero, mi señor, no ha sido a Bhima a quien has estrujado, sino a una imagen suya hecha de acero, que usaba Duryodhana para sus prácticas con la maza. Fui yo quien la puso delante de ti. Y ahora que ya has descargado todo tu odio sobre esa imagen, es justo que muestres tu afecto a los hijos de tu propio hermano. Por favor, establece tu mente en la justicia y haz con ellos lo que es debido, ellos también están tristes por los resultados de esta guerra. Por favor, confórtales y sé un padre para ellos, por lo menos ahora.

Bhima se acercó a él y el rey le abrazó cálidamente, haciendo luego lo mismo con Arjuna, Nakula y por último con Shadeva. Los pandavas exhalaron un suspiro de alivio.

Pero aún no habían pasado lo peor, tenían que encontrarse con Gandhari. Ella estaba muy enojada con ellos y había decidido maldecirles. Adivinando sus pensamientos, Vyasa acudió presuroso a su lado y le dijo:

—Gandhari, hija mía, sé lo que estás pensando y no es justo. Movida por el afecto que sientes hacia tus hijos estás concibiendo en tu mente pensamientos pecaminosos; cálmate y perdónales. Cuando Duryodhana partía hacia el campo de batalla vino a donde tú estabas para despedirse de ti y te dijo: « Madre, di que tendré éxito, si lo dices, con toda seguridad ganaré la guerra; dilo, madre. » Pero tú le respondiste: « Donde está el Dharma, estará la victoria. » Gandhari, tú sabías que él no iba a ganar, sabías que su causa no era justa. Ahora es algo impropio deshacer todo el bien que hasta ahora has hecho. Tú has sido la más paciente de todas las mujeres; debes abandonar esa ira que ahora te posee. Los pandavas no merecen eso.

Gandhari le escuchaba en silencio y cuando acabó le dijo:

—Padre, no estoy enfadada. Mi mente ha estado fuera de control por unos momentos debido a la muerte de mis hijos. Pero yo no estoy enfadada con los pandavas por haber luchado en esta guerra, porque han hecho lo que era justo. Fue mi hijo quien quiso la guerra y ellos tuvieron que luchar, bien lo sé. Pero eso no es lo que me mantiene enojada, es algo más personal; es el hecho de que Bhima se bebiera la sangre de su primo hermano,

además mató a mi Duryodhana valiéndose de medios injustos, esto es lo que motiva mi enfado. Movido por su amor por el reino, Bhima ha jugado sucio con mis hijos, eso es lo que me hace arder de furia.

Tras oírle decir esto, Bhima se acercó a ella hablándole en un tono muy suave y dulce, lo cual le divertía mucho a Krishna. Le dijo: —Madre, cometí un acto injusto durante mi lucha con Duryodhana, lo admito, de otra forma no hubiera sido posible matarle. Tuve que hacerlo para protegerme de él. Tienes que perdonarme por esta falta que he cometido, no había guerrero alguno en los tres mundos que se pudiera comparar con tu hijo. Jamás le hubiera podido batir en una lucha en toda regla, ni siquiera el mismo Indra. Pero Duryodhana era un pecador, nos maltrató durante años y muy en contra de su voluntad, Yudhisthira se vio obligado a luchar en esta guerra. Y en cuanto al hecho de que le rompiera los muslos, había una razón para ello: hace mucho tiempo pronuncié el juramento de que lo haría. Estoy seguro de que si lo hubiera hecho en el momento en el que él estaba insultando a Draupadi, tú no te hubieras enojado conmigo, incluso habrías dicho que era justo que lo hiciera. Pero en aquella ocasión fui detenido por mi hermano y tuve que esperar todos estos años para cumplir mi juramento.

Gandhari le dijo:

—Bhima, has elogiado a mi Duryodhana diciendo que era el mejor guerrero de los tres mundos; te perdonaré por eso. Pero ¿qué me dices del hecho de haberte bebido la sangre de mi hijo Dussasana? Te has bebido la sangre de tu hermano. ¡Eso ha sido algo cruel! ¿Qué tienes que alegar en cuanto a eso?

Bhima dijo:

—Madre, ciertamente eso ha sido un acto cruel, pero en un momento de pasión juré que iba a hacerlo. De todos es bien sabido que soy muy impetuoso, debes perdonarme por eso. Lo hice porque había jurado que iba a hacerlo. Pero no me tragué ni una sola gota de la sangre de mi hermano, no pasó más allá de mis labios y mis dientes. Radheya lo sabía. Lo hice sólo por cumplir mi juramento, y ya sé que es un acto inhumano. Madre, te pido con toda mi humildad que me perdones.

Gandhari se tranquilizó al escuchar las dulces y arrepentidas palabras de Bhima. Krishna hacia esfuerzos por contener su risa al ver a aquel nuevo Bhima, tan humilde y arrepentido.

Gandhari giró entonces su rostro enfurecido hacia Yudhisthira y dijo:

—¿Dónde está ese rey?

Escuchando su tono de voz, Yudhisthira se dio cuenta inmediatamente de lo enfadada que estaba con él. Se acercó hacia ella con las palmas de sus manos juntas y se presentó diciendo:

—Aquí estoy, madre, el asesino de tus hijos. Merezco tus maldiciones pues he sido la causa de la destrucción del mundo entero. Aquí me tienes a la espera de tu maldición, la merezco.

Haciendo un gran esfuerzo, Gandhari se acordó de lo que le había dicho Vyasa. Ella llevaba sus ojos ocultos detrás de un pañuelo de seda que llevaba atado. Y haciendo un supremo esfuerzo por controlar el odio que estaba surgiendo dentro de ella, giró su cara hacia otra dirección; jadeaba como una serpiente, pero al final logró sobreponerse, controlándose a sí misma. La justicia había ganado en el conflicto entre el amor por su hijo y el Dharma; la gran Gandhari les perdonó a todos. Pero cuando estaba girando su cabeza, sus ojos, aunque escondidos detrás del pañuelo de seda, pudieron avistar las uñas de las manos de Yudhisthira que estaba postrado ante ella a sus pies, y su mirada furiosa se detuvo por un momento en sus uñas. Se dice que en ese mismo momento las uñas de Yudhisthira se pusieron moradas y perdieron todo su brillo. Así de grande era el poder de Gandhari. Al ver aquello, Arjuna fue corriendo a esconderse detrás de Krishna, el cual se reía silenciosamente al ver el terror que aquella mujer causaba en el corazón de Arjuna, famoso en el mundo entero por el nombre de Jishnu[34]. Krishna le susurró aquel nombre al oído y se divertía viendo cómo se enrojecían las mejillas de Arjuna.

Capítulo III

GANDHARI MALDICE A KRISHNA

La ira de Gandhari pasó sobre sus cabezas, como lo hubiera hecho el Narayanastra. Pero la humildad de los pandavas logró pacificarla; ella les mostró un afecto genuino y les dio la bienvenida a sus brazos.

Los pandavas se encontraron con Kunti, su madre. Habían pasado catorce años separados. Kunti les abrazó a todos una y otra vez pasando sus dedos cariñosos por las cicatrices y heridas que habían sufrido durante la guerra. Derramaba lágrimas de gozo de sólo pensar que habían sobrevivido a la gran guerra. Luego, cogiendo a la desdichada Draupadi entre sus brazos, trató de confortarla y Draupadi, llorando, le dijo:

—Madre, todos tus nietos han muerto. Abhimanyu ha muerto y todos mis hijos también. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que les viste, pero ya no les volverás a ver jamás. ¿De qué sirve esta victoria y este reino? ¡yo ya no tengo hijos! —Sollozaba sobre el pecho de Kunti, la cual trataba de consolarla con palabras cariñosas.

Todos seguían al rey y a Gandhari hacia el campo de batalla. Gandhari, dirigiéndose a Draupadi, le dijo:

—Piensa en lo que yo he perdido, hija mía, y consuélate. Todo esto es obra del destino. Este es el final del mundo; Vidura lo profetizó hace ya mucho tiempo y Krishna nos lo

[34]Jishnu: Uno que nada teme.

avisó cuando vino a Hastinapura. Pero cuando un hombre es empujado por el destino, se vuelve sordo y ciego. Esto tenía que suceder y no vale de nada que nos lamentemos por el pasado. Mi querida hija, no te apenes por tus hijos; ellos han alcanzado el Cielo. Yo, al igual que tú, también he perdido a todos mis hijos; no sé quién debería consolar a quién. La destrucción de toda esta raza se ha debido a mí.

Todos juntos andaban hacia el campo de batalla. Gandhari podía verlo todo con el ojo de su mente, a ella se le había concedido ese don debido a sus severas penitencias; incluso antes de llegar podía ver la nauseabunda escena que se iban a encontrar. Vio a las esposas y a las madres de los guerreros caer sobre los cuerpos sin vida de sus seres queridos, llorando lágrimas amargas. Dhritarashtra iba un poco más adelante y Gandhari se acercó a Krishna y le hizo ver los cuerpos sin vida de sus hijos y junto a ellos sus esposas lamentando la muerte de sus señores; aquellas escenas eran desgarradoras.

Gandhari se dirigió al lugar donde yacía Duryodhana y se desvaneció. Luego recobró la conciencia y comenzó a llorar amargamente sobre el cuerpo de su hijo; suavizó su tersa ceja y soltó sus rizos que estaban enmarañados con la sangre seca. Krishna permanecía de pie a su lado sin decir nada, escuchaba sus lamentaciones y las de la esposa de Duryodhana. La esposa estaba destrozada por la muerte de su señor y la de su hijo. Gandhari le mostró todas aquellas escenas. También le hizo ver a Uttara, la esposa de Abhimanyu, llorando sobre el cuerpo inerte de su señor. Tan sólo hacía seis meses que se habían casado y ahora estaba muerto. También le mostró a la esposa de Radheya lamentando su muerte y cómo las esposas de Salya lloraban la muerte de su señor. La escena era más horrible de lo que podían haber imaginado. Gandhari vio todo aquello antes de que sucediera. De repente, Gandhari se inflamó de ira y girándose hacia Krishna, le dijo:

—Krishna, todo esto es el resultado de tu indiferencia Estoy segura de que lo podías haber impedido si tú hubieras querido. Tú podías haber impedido la furia entre los kurus y los pandavas. Si hubieras sido imparcial con los dos bandos, si lo hubieras intentado podías haber impedido este aniquilamiento colectivo. Krishna, si es cierto que he hecho severísimas penitencias y que de ellas he adquirido algún poder voy a usarlo todo ahora para maldecirte por la ruina que has causado a la casa de los kurus: yo te maldigo, porque por tu indiferencia, los kurus y los pandavas se vieron obligados a destruirse entre ellos. Igual que la enemistad entre estos primos ha causado la destrucción de nuestra familia, dentro de treinta años a partir de hoy, tu familia, la familia de los vrishnis, será completamente destruida matándose entre ellos mismos. Las mujeres de tu familia llorarán igual que estas mujeres lloran hoy: ésta es la maldición de Gandhari.

Krishna, mirándola con la más dulce de sus sonrisas, le dijo:

—Madre, yo sé que soy la única persona capaz de destruir completamente la casa de los vrishnis, pues son indestructibles; sólo pueden destruirse ellos mismos, sólo un

vrishni puede matar a otro vrishni. Nadie más, ni siquiera los dioses pueden matarlos. Tienen que morir matándose entre ellos. Me alegro de que tu maldición haya resuelto este problema por mí. Si no me hubieras maldecido los hubiera tenido que aniquilar yo mismo. Me siento afortunado de poder disponer de tu cooperación en la extinción de la casa de los vrishnis; en realidad, nos has bendecido. También me alegro de que tu ira haya encontrado de este modo una salida; ya no puedes seguir enojada con Yudhisthira. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por los pandavas. Si la casa a la que pertenezco ha de morir para que ellos vivan, lo acepto más que contento. De nuevo te digo, madre, que los pandavas significan para mí más que mi propia vida.

Los pandavas habían escuchado la maldición de Gandhari. Ellos ya habían pasado por la terrible experiencia de matar a sus primos y estaban horrorizados al escuchar que el mismo destino amenazaba ahora la casa de los vrishnis. Pero Krishna lo estaba aceptando todo con una sonrisa, y lo hacía sólo para que ellos pudieran vivir; los pandavas se sentían humillados en presencia de tanto amor. Krishna, hablándole mentalmente a Gandhari, le dijo:

—Haz resurgir tu amor por el Dharma, madre; esta tristeza no es buena para ti. No obstante, es bueno que sepas que lo que ha sucedido se debe a ti y no a mí. Querías demasiado a tu hijo Duryodhana. Su orgullo debió ser frenado desde sus primeros brotes. Tú ya conocías a tu hermano Sakuni; no debiste permitirle que entrara en tu casa, fuiste tú la indiferente y no yo. Duryodhana fue inducido y animado a volcarse en el pecado, y todos los ancianos de la corte y tú misma contemplaban con indiferencia cómo maltrataba a los pandavas. Tú eres la responsable de todo esto y, sin embargo, tratas de cargar tu indiferencia sobre mis hombros. Tú estabas allí cuando yo fui a Hastinapura; tú sabes cuánto hice por intentar convencer a Duryodhana de que renunciase a su odio hacia los pandavas; sin embargo, me acusas a mí de mostrarme indiferente: no tienes derecho a hacerlo, tú conocías lo que se tramaba con lo de la casa de cera, te podías haber tomado el trabajo de detener a tu hijo antes de que cometiese aquel pecado. Tú y tu marido arruinasteis a Duryodhana, y ahora que el mundo ha sido destruido por su culpa, tratas de echarme la culpa a mí.

»Querías demasiado a tu hijo y eso nubla tu visión. Es a Dhritarashtra a quien debes culpar por esto. Y tú, una mujer tan buena y tan justa, has permitido que esta injusticia floreciera ante tus propios ojos: no es justo que me culpes a mí por ello. En verdad, no siento lástima por la muerte de los kurus, han gozado más de lo que merecían. Tu hijo, por sus viles acciones, merecía el peor de los infiernos; incluso ya estando a punto de morir hizo su última vileza a los pandavas; sin embargo, se las ha arreglado para alcanzar el Cielo. Pero en cierta forma me alegro porque eso te consolará. Ha ido a los cielos debido a tu bondad y a tus penitencias; no debes lamentarte por la muerte de tus hijos porque ahora están con los dioses. Madre, deja ese dolor a un lado.

»Incluso ahora cuando en tu visión contemplaste a tu hijo, y me dijiste: "Duryodhana vino a mí, justo antes de partir para la guerra y con sus manos juntas frente a mí, me dijo: « Tienes que desearme el éxito en esta batalla entre primos, si lo haces estoy seguro de que ganaré »", tú sabías que había provocado una guerra que no era natural, y le dijiste: "Hijo mío, donde esté el Dharma, está la victoria. Estás emprendiendo una guerra injusta, no puedes ganar, pero yo te bendigo. Lo que sí te puedo decir es que lucharás con toda tu gloria y alcanzarás los cielos; no puedes ganar, pero tendrás una muerte gloriosa." Hace un momento me mostraste eso. Y cuando le dijiste eso a tu hijo no sentiste ninguna pena, porque eres una mujer justa. Pero debido a la emoción que te produce este dolor que ahora sientes, te olvidas del Dharma y tratas de echarme a mí la culpa. No me hubiera sorprendido nada el que tu marido me hubiera dicho algo así; pero tú, madre, eres diferente. Tú puedes enfrentarte a la verdad. Vamos, deshazte de esa pena.

Gandhari quedó muda después de haber escuchado a Krishna.

Capítulo IV

KUNTI SE DECLARA MADRE DE RADHEYA

DHRITARASHTRA le encargó a Vidura, Sanjaya y Dhaumya que hicieran los preparativos para la incineración de los grandes héroes que habían perecido en el campo de batalla. Al poco tiempo, todo estaba listo. Y Yudhisthira, junto con Dhritarashtra y todos los demás, se dirigió hacia las orillas del Ganges para celebrar los ritos funerarios en memoria de los muertos. Allí estaban todos; también Gandhari, Kunti y Draupadi. Los hombres no llevaban joyas ni sedas, iban vestidos con una indumentaria muy simple, tan sólo llevaban una fina kurta cubriendo sus amplios torsos. La procesión funeraria iba dando vueltas recorriendo su camino hacia el río.

Entristecía ver el aspecto que Kunti tenía. Hacía tres días, Radheya había sido aniquilado por Arjuna y la noticia había sido recibida con gran júbilo en el campamento de los pandavas. Kunti se lo había oído contar a Sanjaya mientras narraba a Dhritarashtra los acontecimientos de la guerra. Cuando escuchó a Sanjaya describir la muerte de Radheya se le desgarró el corazón de dolor, pero no podía desahogarse con nadie. No podía contarle a nadie la pena que estaba estrangulando su corazón, tenía que guardarla en secreto. Luego, en el campo de batalla, vio el cuerpo sin vida de su hijo primogénito, y se tuvo que controlar para no desmayarse. Krishna la observaba de lejos; ella miraba a Radheya y a su esposa llorando sobre el cuerpo de su señor, pero se contuvo. Y después de todo aquello, ahora iba andando junto a la comitiva fúnebre para presenciar las oblaciones funerarias, que a orillas del sagrado río Ganges se le habían de rendir a todos los que habían muerto. Era el mismo río que se llevó a su hijo alejándose de ella hacía ya muchos años. Aun así, el Ganges fluía tan plácidamente como en aquel día memorable,

en el que ella depositó sobre sus aguas aquella caja de madera que el río se llevó flotando. Recordaba aquella escena como si hubiera sucedido ayer. Kunti observaba cómo los hombres hacían su última ofrenda a las almas que habían partido, pero Radheya no tenía ningún hijo que pudiera hacerle la ofrenda, pues todos habían muerto; seguía estando tan huérfano como en el día en que ella le abandonó. Su corazón estaba a punto de estallar debido a la amargura que sentía en su corazón. Ardía de remordimientos pensando en la tremenda injusticia que había cometido con su hijo.

Kunti estaba decidida a hacer lo que fuera para que se realizasen las oblaciones debidas en honor de Radheya, era lo único que podía hacer por él, y se encaminó con paso firme hacia Yudhisthira. Yudhisthira había acabado sus ofrendas a los hijos de Draupadi y a todos los otros. Arjuna aún tenía lágrimas en los ojos, acababa de terminar sus ofrendas por su querido hijo Abhimanyu. Pero Kunti estaba dispuesta a hacer algo que iba a hacerles palidecer a todos. Se dirigió hacia Yudhisthira y le tocó la espalda. Él se giró y le dijo:

—Sí, madre, dime, ¿qué quieres?, ¿qué sucede?.

Kunti tuvo que tragar saliva para impedir que se le escapase un sollozo, y luego dijo:

—Aún queda otra persona por la cual tienes que realizar las ofrendas. Yudhisthira se le quedó mirando a los ojos, enrojecidos por las lágrimas retenidas. Todos se giraron fijando su mirada en la escena que estaba sucediendo entre madre e hijo. Los hermanos de Yudhisthira le rodearon mirando a su madre con el ceño fruncido tratando de adivinar quién era aquella persona que quedaba. Krishna, el único que lo sabía, contemplaba a Kunti con una expresión de profunda compasión en sus ojos. Ella había sabido guardar el secreto; no se lo había dicho a nadie, ni siquiera durante la guerra. Lo había guardado en silencio incluso después de que Radheya muriera, porque le hubiera roto el corazón a Yudhisthira. Él habría dejado de luchar y se habría ido al bosque. Lo que Kunti estaba haciendo ahora, era lo justo. Krishna escuchaba atento. Yudhisthira dijo:

—¿Una persona más? No lo entiendo. Yo me acuerdo perfectamente de todos nuestros familiares que han muerto; no soy una persona tan ingrata como para olvidarme de alguien que dio su vida por mí. ¿Quién es esa persona a quien yo le debo una ofrenda? Kunti le dijo:

—Es Radheya, has de realizar las ofrendas por él también.

Yudhisthira se quedó atónito. Dijo:

—¿Radheya? Pero madre, ¿por qué debo hacer yo las ofrendas por Radheya? Él era un sutaputra, sus ritos funerarios deberían ser ejecutados por su padre, dado que sus hijos han muerto. Yo soy un kshatrya. ¿Por qué me pides que haga esto por un suta, por Radheya el sutaputra, nuestro enemigo más pertinaz? ¿Por qué he de hacerlo? ¿Por qué me pides eso? ¿Qué te hace estar tan triste?

Kunti permaneció en silencio por unos momentos; la agonía que sentía en su corazón enmudecía su lengua. Luego, después de respirar profundamente dijo:

—Yudhisthira, tienes que hacerlo porque Radheya era un kshatrya, no un sutaputra.

—¿Que no es un sutaputra?. ¿Que es un kshatrya? —gritaron los pandavas a un tiempo, haciendo luego eco en todos los allí presentes: ¡¿Radheya, un kshatrya?! —Todos estaban asombrados de escuchar aquello. Yudhisthira le dijo:

—Pero madre, tú no sabías nada acerca de Radheya, ¿cómo sabes que es un kshatrya?. ¿Acaso sabes quién fue su padre? Madre, estoy un poco confuso por tus palabras; por favor, dime quién es su padre y por qué he de realizar por él los ritos funerarios.

Kunti le dijo:

—Radheya era el hijo de Surya y su madre fue una muchacha a la cual Surya le dio un hijo. Nació con el kavacha y los kundalas. Su madre tuvo miedo de la censura del mundo porque era una doncella en la casa de su padre, por lo que tuvo que conservar el secreto oculto en su corazón. Así que puso al niño dentro de una hermosa caja de madera y lo depositó sobre las aguas de este mismo río, el Ganges, el cual se lo llevó flotando sobre su plácida corriente hasta que Atiratha vio la caja, la recogió y descubrió con sorpresa su contenido. Luego le entregó el niño a su esposa Radha y por eso se le llamó Radheya. Ese era el nombre que a él le gustaba, no quería que le llamaran por otro nombre. Pero su verdadera madre era una princesa que cometió esta injusticia con su primogénito. Ella tiene otros hijos pero su corazón está vacío debido a esto.

Yudhisthira y los demás hermanos la escuchaban con la boca abierta. Todo lo demás había quedado olvidado ante la emoción que había suscitado aquella historia tan maravillosa. Yudhisthira dijo:

—Madre, ¿quién es la madre de Radheya? ¿quién es esa mujer sin sentimientos que abandonó a su hijo recién nacido a merced de las aguas? ¿Quién es la mujer que arruinó la vida de un hombre tan grande como Radheya? Tú debes conocerla ya que nos cuentas el crimen con tantos detalles. Madre, ¡dime quién es!

Todos los ojos se dirigían hacia Kunti, esperando ansiosamente la respuesta. Kunti les miró a todos y luego miró a Krishna, el cual abrigó su mirada con una infinita expresión de lástima en sus ojos. Luego, mirando a Yudhisthira directamente a los ojos, le dijo:

—Esa mujer soy yo. Radheya fue mi hijo, mi primogénito. —Y cayó desmayada al suelo.

Vidura fue corriendo a su lado igual que lo hizo el día del torneo, cuando se desmayó al ver a Radheya. Yudhisthira se quedó completamente aturdido, no paraba de repetir:

—¡Radheya era mi hermano mayor y le hemos matado! Miró a Arjuna y éste rompió a llorar diciendo:

—¡Qué he hecho, mi señor! ¡qué he hecho! ¡Cómo podré vivir después de esto! ¡he matado a mi hermano!

Arjuna no podía sostenerse en píe. Se sentó en el suelo y hablaba como alguien que ha perdido el juicio, decía:

—¡He matado a mi hermano y me he jactado de su muerte! Luego se desmayó. Krishna y Yudhisthira acudieron a su lado. Yudhisthira sentía una pena enorme; su cuerpo temblaba como si tuviera escalofríos, sus ojos estaban inyectados de sangre. Bhima se sentó junto a Arjuna, estaba demasiado aturdido para poder pensar. Era como un niño que de repente se hubiera vuelto viejo.

Bhima se acordó del día del torneo, se acordó de su primer encuentro con Radheya, en aquella ocasión le dijo: « Escucha, un sutaputra no es digno de ser aniquilado por Arjuna. No eres digno de tener un arco en tu mano, mejor sería que cogieses un látigo de conductor de carro, sería más apropiado para ti. » También se acordó de lo que Duryodhana dijo defendiéndole: « Bhima, me da lástima ver tu falta de entendimiento; este hombre tiene todas las cualidades dignas de un kshatrya y que sólo un kshatrya puede tener. ¿Acaso no te das cuenta que un tigre no puede jamás nacer de un manso ciervo? ¿Acaso no sientes que es un kshatrya? Yo le he nombrado rey de los angas, pero sé que él merece más que esto; merece ser el señor del mundo entero. Ha nacido para ser grande. Pero tú no eres lo suficientemente grande y noble como para reconocerle. » En aquel momento, las palabras de Duryodhana ardían en su cabeza. Sí, no era lo suficientemente grande para reconocer la grandeza de Radheya. Bhima gemía como si su cuerpo entero estuviera hecho añicos, no podía decir nada.

Nakula se acordó del duelo que sostuvo con Radheya y recordó lo que él le había dicho: « Algún día estarás orgulloso por haber luchado conmigo en este duelo. Algún día te enorgullecerás de que Radheya te haya insultado. » Y así era, aquel momento de humillación era ahora el momento más precioso de su vida. A Shadeva le resultaba imposible olvidar a Radheya y la lucha que sostuvo con él, se acordaba de su sonrisa burlona y de sus despóticos modales. Una profunda tristeza se había apoderado del corazón de los pandavas.

Kunti fue reanimada con agua y esencias, pero por primera vez en su vida Yudhisthira no le prestaba ninguna atención a su madre, no podía mirar a la mujer que había hecho semejante injuria a Radheya y a los pandavas. Se fue y se sentó junto a Krishna y Arjuna. Yudhisthira recordó el día en que murió Radheya, se acordaba de cada instante de aquel día. Se acordó de que le había llamado « sutaputra ». Entonces se giró hacia su madre y le dijo:

—¿Lo sabía Radheya? ¿Sabía él quién era?

—Sí —dijo Krishna.

Los ojos de Yudhisthira giraron hacia Krishna, y lo mismo hicieron los demás pandavas.

—¿También tú lo sabías? —le preguntó Yudhisthira.

—Sí —fue la respuesta.

Después de aquello ya no se atrevían a hablar ni una sola palabra. Radheya sabía que era hijo de Surya y Kunti, sabía que no era un sutaputra y, sin embargo, permitió que sus hermanos lo trataran como tal. Yudhisthira se golpeó la cabeza con rabia ante aquella situación irremediable. Dijo:

—Cuando supe que Radheya había muerto, fui corriendo al campo de batalla para comprobar si estaba realmente muerto y me alegré mucho al comprobar que así era. Madre, ¿cómo has podido hacernos esto a nosotros, queriéndonos tanto como nos quieres?

Yudhisthira miraba a su madre a la cara nuevamente. Ella parecía muy infeliz y no quería hablar, ya había sufrido suficiente. Yudhisthira se acercó a la orilla del río quedándose allí de pie, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro; parecía como si las oblaciones funerarias estuvieran siendo sustituidas por las lágrimas de Yudhisthira. La muerte de Abhimanyu y la de los hijos de Draupadi estaban quedando en el olvido ante aquella calamidad que les había sobrevenido: habían matado a su hermano. Ese era el único pensamiento que ocupaba las mentes de los pandavas mientras se alejaban de la orilla del río Ganges.

La procesión regresaba a la ciudad dando vueltas por los vericuetos del camino. Gandhari, Kunti y Draupadi estaban compartiendo la misma pena; habían perdido a sus hijos y estaban desconsoladas. Krishna caminó junto a ellas, dejándolas luego a solas con su dolor para reunirse con Satyaki. Ambos iban juntos siguiendo a la comitiva unos metros más atrás.

Libro 12
Consolación
(Santi Parva)

Capítulo I

VYASA Y NARADA CONVENCEN A YUDHISTHIRA

12. Santi [Consolación].

TUVIERON que permanecer fuera de la ciudad durante un mes; no podían volver a la ciudad hasta que hubieran concluido los ritos funerarios. Estaban residiendo en unas casas que se habían improvisado a orillas del río Ganges. Vyasa, Narada y muchos rishis fueron a visitar a Yudhisthira. Narada le habló y le dijo:

—¿Por qué estás tan triste? Por la gracia de Krishna y con la ayuda de los pandavas, tus valientes hermanos, ahora eres el señor del mundo, tus años de sufrimiento han acabado. Me complace poder felicitarte por tu éxito.

Yudhisthira dio rienda suelta a su dolor y dijo:

—Mi señor, yo no estoy destinado a ser feliz. Toda la felicidad de la que ahora podíamos gozar se ha esfumado; nuestra madre nos ha dicho que Radheya era nuestro hermano, y también me dijo que antes de la guerra, en una ocasión se reunió con él y le pidió que se viniera con ella y se uniera a nosotros, sus hermanos, pero él no quiso. Krishna también se lo pidió, pero no quería abandonar a Duryodhana, su amigo y maestro. Y confiando en él, Duryodhana comenzó la guerra. Era contrario a la naturaleza de mi hermano ser desleal con su rey, que, además, era su señor y amigo. Sufrió mucho cuando supo que los pandavas eran sus hermanos, pero no abandonó el camino del deber; así de grande era nuestro hermano y nosotros lo hemos aniquilado. Yo mismo me alegré mucho cuando le matamos y le llamé sutaputra cuando luchaba con él en un duelo, pero él me derrotó y me insultó. ¿Qué destino fatal es este que nos ha separado, mi señor? Él sabía desde el principio que éramos hermanos, sin embargo, no nos lo dijo.

»Recuerdo aquel día en la corte de Hastinapura, cuando Draupadi estaba siendo insultada por todos ellos: Radheya era el peor de todos. Yo me puse muy furioso con él, pero tuve que agachar la cabeza avergonzado apartando mis ojos de su mirada, no podía resistirla. Mas cuando bajé la mirada, mi vista se detuvo en sus pies y toda mi furia se disipó, no podía seguir enfadado con él, pues sus pies se parecían a los benditos pies de

mi madre. Me quedé intrigado por su enorme parecido y durante años estuve recordando aquello una y otra vez, intentando resolver aquel inexplicable misterio. ¿Cómo pueden parecerse tanto los pies de Radheya el sutaputra a los de mi madre? Y te confieso, mi señor » que ahora que he comprendido por qué se parecían tanto, el corazón parece que me va a estallar en mil pedazos. ¿Cómo puedo estar feliz después de haber matado a un hombre tan grande como Radheya, que debía haber sido el señor del reino de los kurus? Después de esto ya no encuentro consuelo en nada.

»Mi madre me dijo que él le otorgó un don; le dijo que no mataría a ninguno de los pandavas excepto a Arjuna. Tenía que luchar un duelo contra Arjuna, porque esa era la única forma de complacer a Duryodhana. Ahora entiendo por qué no mató a Bhima el día que cayó Jayadratha. Él tuvo a Bhima a su merced, pero se fue sin matarle, sólo le insultó. Y esa misma noche mantuvo un duelo con Shadeva, al siguiente día con Nakula y el último día de su vida sostuvo un duelo conmigo; nos venció a todos pero nos perdonó la vida. No nos mató porque no quiso. ¡Qué hermano más noble y cariñoso teníamos! Y Arjuna le mató en un momento imprevisto sin que pudiera defenderse. Jamás podré perdonarme semejante ultraje. Hemos sido la gente más injusta que ha luchado en esta guerra.

Narada le consoló y le dijo que Radheya no podía haber sido aniquilado por nadie y que su muerte se debió a la maldición de dos brahmanes y a la intervención de Indra. Luego le contó a los pandavas la historia de la vida de Radheya con todo lujo de detalles en cuanto a su trágico esplendor. Era la historia de un alma noble que purificó a todos aquellos que tuvieron la fortuna de tener contacto con él. Los pandavas se quedaron pasmados, aquel relato les hacía sentirse humildes. Les hizo entender que los caminos de la providencia son misteriosos, pero la pena no abandonó sus corazones. Era una herida abierta que nunca iba a cerrarse.

Yudhisthira nunca podría perdonar a su madre por la injusticia que había cometido con Radheya y con todos ellos, y a consecuencia de ello maldijo a todas las mujeres. Dijo que de entonces en adelante, ninguna mujer podría guardar un secreto, porque fue debido a que Kunti supo guardar el secreto tan bien que aquella calamidad les había sobrevenido.

No había forma de consolar a los pandavas. Yudhisthira había perdido todo interés por aquel reino que habían ganado después de tanto dolor y tanto derramamiento de sangre. Casi había decidido abandonarlo todo y regresar al bosque, haciéndose difícil convencerle de que era una actitud errónea. Se pasaba el tiempo sentado lamentando la muerte de aquellos que habían perecido en la guerra; ahora se achacaba a sí mismo la culpa de todo. Bhima, Arjuna, Nakula, Shadeva y Draupadi trataban una y otra vez de convencerle de que su actitud era errónea, de que no tenía porqué estar tan deprimido, pero de nada valía. Estaban casi desesperados y Yudhisthira seguía profundamente

consternado. Pero Vyasa, Narada y muchos otros rishis le hicieron comprender lo equivocado que estaba y gradualmente comenzó a deshacerse de aquel manto de amargura que le cubría. No fue fácil para Vyasa hacerle cambiar de actitud, pero, finalmente, Yudhisthira comprendió su deber como rey. Se le hizo ver que alguien que desempeña el papel de rey no tiene derecho a lamentarse o autocompadecerse, que el rey es pertenencia del pueblo y no se le permite tener individualidad propia. Para el pueblo, el rey representa a Dios; pero, a su vez, para el rey sus súbditos representan a Dios, y es su deber gobernarles bien. Si no es así, es como si no hubiera rey. Ha de vivir buscando siempre el bien de su pueblo. Para ellos ha de ser como un padre; ése es su deber.

Una vez que Yudhisthira pudo comprender todo aquello, dijo:

—Ya se han desvanecido las nubes que oscurecían mi mente, mi señor. He pasado por el valle tenebroso hasta que por fin he salido a la luz. Por favor, enséñame las líneas de conducta que debe seguir un rey y dime bajo qué leyes se debe gobernar un reino; hay muchas cosas que desconozco. Depende de ti guiarme por el camino correcto, porque definitivamente voy a asumir esa responsabilidad; he de saber todo lo necesario para gobernar el reino. Quiero hacerlo tan bien como lo han hecho mis antepasados. Por favor, enséñame.

Vyasa sonrió contento y le dijo:

—Yudhisthira, me alegra ver tu interés por aprender todo lo que hace falta para gobernar el reino, eso es encomiable; pero le estás pidiendo consejo a la persona incorrecta. Yo jamás he gobernado, yo no tengo nada que ver con los reinos de la Tierra, soy un ignorante en esa materia; te sugiero que le preguntes a tu abuelo, él es la mayor autoridad en esa materia. Ganga cuando se lo llevó con ella quería prepararlo para el papel que había de desempeñar: rey de la raza lunar. Él tenía que suceder a Santanu. Los divinos preceptores Brihaspati y Sukra, le enseñaron la ciencia de la política, en eso nadie puede igualar a Devavrata. Estaba preparado para desempeñar el papel que nunca pudo desempeñar, debido al egoísmo de su padre, y tampoco tuvo la oportunidad de enseñarle a alguien cuanto había aprendido. Devavrata había vivido en el Cielo antes de bajar a la Tierra, había estado en compañía de los dioses. Te hablaré de la grandeza de tu abuelo.

»Brihaspati fue su tutor en ciencias políticas; Ganga, la diosa favorita de los dioses, es su querida madre. Ellos se preocuparon mucho en formar al hijo de Ganga en todo lo que un rey debía saber. Sukra, el guru de los dioses y de los asuras, le enseñó las normas de conducta. Bhargava fue su maestro en el uso del arco. Vasishtha le enseñó los Vedas y los vedangas. En cuanto a su conocimiento sobre la renunciación, se lo debe a Markandeya. Devavrata conoce el secreto que yace más allá del velo de la muerte. Será para ti una gran fortuna poder escuchar al gran Bhishma hablar sobre todas estas cosas. Se pondrá contento de poder hacerlo; nada alegra más a un maestro que un discípulo humilde y deseoso de aprender. Ahora ve a ese gran hombre y pídele que te enseñe. Ve a donde

está Bhishma, que ha pasado estos días yaciendo en un lecho de flechas. Yudhisthira dijo:

—Mi señor, ¿cómo puedo ir y presentarme ante alguien tan grande? yo soy la causa de la destrucción de mis primos. Después de haber cometido semejante pecado ¿cómo puedo tener el valor de presentarme ante él?

Krishna le dijo:

—No seas tan sensible con respecto a lo que ha sucedido, Yudhisthira. De todos es bien sabido que fue el destino el responsable de lo ocurrido y no tú. Ve a donde está Bhishma, haz caso a las palabras de Vyasa. Has de gobernar durante muchos años más para bien del reino. Bhishma es un gran hombre y conocía el futuro de los kurus. No lo dudes más, haz caso a Vyasa.

Siguiendo el consejo de todos, Yudhisthira decidió ir a donde estaba su abuelo para pedirle que le instruyera acerca de cómo gobernar su reino.

Capítulo II

LA CORONACIÓN DE YUDHISTHIRA

EL mes de ritos funerarios había pasado; ya podían volver a Hastinapura. La mente de Yudhisthira había encontrado la paz, ya no se sentía infeliz. Los días y las noches que había pasado con los sabios rishis le habían reportado la experiencia del SANTI, la paz que había estado buscando durante todos aquellos años. Ahora comprendía el verdadero valor de las cosas. Su mente había conseguido la calma y se encontraba feliz. Un hombre sensible como Yudhisthira no podía hacerse a la idea de gobernar un reino que había ganado después de haber atravesado un río de sangre: la sangre de sus primos. Fue sólo después de la confortante compañía de los rishis cuando se dio cuenta de su verdadera situación. Ahora estaba feliz. Casi estaba deseoso de desempeñar los deberes de un gobernante. Pero Yudhisthira quería prepararse antes para esa tarea y las sugerencias que le había hecho Vyasa fueron de su agrado. Así que decidió partir hacia Hastinapura.

Todos partieron en dirección a la capital del reino, precedidos por el anciano rey Dhritarashtra, y así comenzaron su viaje de retorno a la ciudad; era una procesión magnífica. Pronto llegaron a la ciudad. La gente vio llegar al nuevo rey Yudhisthira en una carroza tirada por dieciséis bueyes blancos. Bhima tenía las riendas en sus manos, Arjuna sostenía una sombrilla sobre su cabeza. Nakula y Shadeva mantenían dos grandes abanicos de plumas, uno a cada lado del rey. Era un espectáculo espléndido, capaz de hacer olvidar a las gentes su pena aún reciente. Estaban contentos de darle la bienvenida al rey después de haber transcurrido el mes que tenía que permanecer ausente. La carroza siguiente a la de Yudhisthira era la de Yuyutsu, el único hijo de

Dhritarashtra que había sobrevivido a la gran guerra. A él le seguía la carroza de Krishna y con él iba Satyaki. Las mujeres de la casa real iban en palanquines transportados por cargadores. Y luego venía una enorme e impresionante procesión de caballos y tras ellos muchos elefantes y hombres a pie. Fue un día feliz para todos. Yudhisthira, precedido por Dhritarashtra y seguido por los demás, entró en el magnífico sabha de los reyes kurus. Fueron honrados por todos los ciudadanos y los brahmanes, quienes recitaban versos bendiciendo a los pandavas. Krishna condujo a Yudhisthira al trono y le invitó a sentarse en el ilustrísimo trono de los pauravas. De los ojos de Krishna brotaban lágrimas incesantemente; en aquel día se había cumplido su promesa. Él había hecho el juramento de que pondría a Yudhisthira en el trono, y acababa de cumplir aquella gran tarea. Otros tronos con incrustaciones de piedras preciosas fueron colocados enfrente del trono del rey; en ellos tomaron asiento Krishna y Satyaki. Bhima y Arjuna se sentaron uno a cada lado del rey y junto a ellos, en asientos labrados en marfil, se sentaron Nakula y Shadeva. Kunti se sentó junto con Shadeva, su hijo preferido, compartiendo con él su asiento. A Dhritarashtra y a Gandhari se les dispusieron asientos individuales; Vidura y Yuyutsu estaban sentados a su lado.

El rey fue coronado mientras diversos instrumentos musicales hacían sonar dulces melodías y los brahmanes cantaban los Vedas. Fue un gran momento lleno de emoción. Los jefes de la ciudad fueron ante la presencia del rey y le dieron la bienvenida en términos formales. Yudhisthira parecía la Luna en medio de las estrellas. También él les respondió en términos formales y luego, dirigiéndose a la gente, dijo:

—Me siento enormemente complacido con los ciudadanos de este reino. Intentaré al máximo de mis posibilidades ser un buen rey. Espero que mi tío siga siendo aún el rey, tal y como lo ha sido durante todos estos años. Él es nuestro padre, él es el padre de este reino, yo trataré de ser su sirviente y trataré de asistirle en el gobierno del reino; mis hermanos también me ayudarán.

Luego Yudhisthira despidió a todos los ciudadanos, previo honrarles debidamente.

Yudhisthira coronó a Bhima como el yuvaraja: el heredero al trono. Vidura fue designado como ministro, tenía a su cargo la defensa del reino y también era el consejero personal del rey. A Sanjaya se le encargó de las finanzas y la tesorería del reino. A Nakula se le encargó del ejército y su mantenimiento. Arjuna fue nombrado comandante en jefe del ejército, poniéndose también a cargo de los asuntos del extranjero, ocupándose de defender el reino de posibles invasores. Dhaumya continuó siendo el sumo sacerdote. Shadeva era el encargado de la protección personal del rey, tenía que estar con él siempre. A Yuyutsu se le encargó controlar varias provincias y también atender a las necesidades personales del anciano rey Dhritarashtra. Krishna observaba con admiración la eficiencia del rey.

Capítulo III

KRISHNA BENDICE A BHISHMA

Los ritos funerarios por los héroes que perecieron en la guerra se habían celebrado con todo esplendor. Después de que todo hubiera acabado, Yudhisthira se dirigió a Krishna y le dijo:

—Mi señor, tú me has devuelto mi reino y has hecho innumerables cosas por mí. Movido por tu afecto hacia nosotros, has jugado el papel de un hombre: tú, a quien se debe adorar como el alma eterna. Tú, que eres el señor de los señores, has simulado ser un hombre, viéndote afectado por los gozos y las tristezas que a nosotros nos afectan. Con nosotros has reído y con nosotros has llorado. Tú nos has mostrado el camino de la verdad y has sido nuestro guía. No sé qué decir, me siento muy emocionado; siempre he seguido tu consejo y ahora me postro a tus pies para lavarlos con mis lágrimas, eso es lo único que puedo hacer por todo lo que tú has hecho por nosotros.

Krishna hizo que Yudhisthira se levantase y dirigiéndose a él y a sus hermanos pronunció palabras dulces y gentiles acogiéndoles en su amor.

Al día siguiente, por la mañana, Yudhisthira se presentó ante Krishna, sorprendiéndose al ver que Krishna estaba inmerso en pensamientos, reflejándose la preocupación en su rostro. Al ver al rey, Krishna le sonrió y le saludó, y el rey le dijo:

—¿Qué te preocupa, Krishna? Krishna le respondió:

—Estaba pensando en tu abuelo Bhishma. Ya está llegando a los últimos días de su existencia en esta Tierra y dado que tú querías aprender todo lo que él sabe, estaba pensando en irle a ver. Él me está llamando desde su corazón y quería pedirte que me acompañaras. Era en esto en lo que estaba pensando.

Yudhisthira le dijo:

—Haremos lo que tú sugieras. Krishna miró a Satyaki y le dijo:

—Satyaki, dile a Daruka que prepare mi carro; también tú estate listo. Tenemos que ir al campo donde el anciano kuru yace sobre un lecho de flechas.

El carro de Krishna estaba preparado. Daruka se presentó ante él e inmediatamente todo el grupo partió hacia Kurukshetra. Iban en varios carros y al llegar allí se apearon y fueron andando hasta el lugar donde se encontraba el gran Bhishma, el cual parecía el Sol poniéndose. Krishna se adelantó al resto y le dijo a Bhishma que se sentía muy infeliz de ver a un hombre tan grande sufriendo tanto dolor y agonía. Se sentó a su lado y le habló con palabras dulces. Le dijo:

—¿Cómo te encuentras, mi señor? El poder de mantener la muerte a raya ni siquiera yo lo tengo, tu fuerza de voluntad es sorprendente. Yo ni siquiera puedo soportar el dolor del pinchazo de una aguja, ¿cómo es que tú puedes soportar el dolor que te causan

las numerosas flechas que tienes clavadas en tu cuerpo? No hay nadie como tú en este mundo. Eres el hogar de todos los conocimientos: has sido discípulo de Brihaspati, de Sukra, de Vasishtha y de Markandeya. Eres el asiento de toda la sabiduría. Eres el más grande de los héroes, siempre has seguido el camino de la justicia. Eres el más importante de los vasus. Eres el hombre más grande que ha conocido el mundo de los hombres. He venido a pedirte que pacifiques e instruyas a Yudhisthira, que está apenado porque ha sido la causa de la muerte de sus primos. Ya ha sido tranquilizado por el mismo Vyasa y ahora quiere gobernar el reino tan bien como sus antepasados; debes enseñarle todo cuanto sabes. Tienes que conseguir que deseche esa tristeza y que gobierne el reino como es debido; eres la única persona que puede ayudarle.

Bhishma escuchó las palabras de Krishna y levantó ligeramente su cabeza para mirarle. Una sonrisa apareció en sus labios y le dijo:

—Mi señor, tú eres el alma eterna que penetra y sostiene el universo entero. Tú eres el hogar de todo conocimiento y toda sabiduría, dime qué debo hacer, pues no sé cuánto más he de vivir, ya he perdido la cuenta del tiempo. Ya he resarcido la deuda que tenía con Satyavati. Estoy esperando el momento en el que el carro del Sol cambie su curso poniéndose en dirección al norte. Quiero que me digas cuándo podré ver tu viswarupa, estoy impaciente por ver tu forma, mi señor.

Krishna le dijo:.

—Bhishma, aún has de vivir sesenta y cinco días más en este mundo. Estaré a tu lado cuando abandones tu atadura a este mundo para elevarte hacia tu morada. Cuando te vayas, todo el inmenso conocimiento que posees se irá contigo y nadie se beneficiará de ello. Por eso quiero que le hables a Yudhisthira acerca de todo lo que sabes. Debes hacerlo.

Bhishma dijo:

—Krishna, ¿estás tratando de burlarte de mí? Tus palabras están llenas de amor, pero cuando tú, el hogar de todo conocimiento, cuando tú estás aquí. ¿cómo puedo yo atreverme a hablar acerca del Dharma o de normas de conducta a Yudhisthira? Hablar de eso en tu presencia sería una impertinencia por mi parte. Sería como un estudiante tratando de enseñar en presencia de su guru, no sería correcto, mi señor.

Krishna sonrió y le dijo:

—Eres muy modesto, es normal que hables tan humildemente acerca de ti, pero quiero que le hables a Yudhisthira de todo eso.

Bhishma dijo:

—Krishna, me siento muy débil debido a mis heridas y el dolor es insoportable. Mi memoria se ha oscurecido. Me estás pidiendo que recuerde cosas que aprendí cuando

estaba en el Cielo con mi madre, pero no creo que tenga suficiente fuerza en mi cuerpo ni en mi mente para sobrellevar la tarea que quieres asignarme.

Krishna dijo:

—Te concederé un don: este dolor y esta debilidad ya no volverán a estar contigo hasta el momento en que mueras. Tu memoria será clarificada y tu percepción será tan aguda como el filo de una espada. Serás capaz de desenredar los más intrincados nudos de los misterios del universo. Sabrás todo lo que hay por saber.

De los cielos llovieron flores sobre Bhishma y Krishna después de haber pronunciado aquellas palabras. Krishna después de saludar a Bhishma, se puso en pie y se despidió de él diciéndole:

—Volveremos mañana.

La noche transcurrió placenteramente para todos; después de muchos días, Krishna pudo dormir sin tener ni un solo sueño, y muy temprano, por la mañana, envió a Satyaki con un mensaje para Yudhisthira. Satyaki fue a la presencia del rey y le dijo:

—Krishna está preparado para ir a ver al gran Bhishma y quiere saber si tú estás preparado para partir ya.

Inmediatamente Yudhisthira y sus hermanos partieron hacia el campo de Kurukshetra acompañados por Krishna y Satyaki. Fueron rápidamente hasta llegar a la presencia de Bhishma, el cual tenía ahora un aspecto tan fresco y glorioso como el Sol naciente. Krishna se sentó a su lado y le preguntó cómo se encontraba. Bhishma le dijo:

—Krishna, desde el momento en que me concediste el don ya no siento ningún dolor ni agonía. También me siento muy despejado mentalmente, realmente me siento muy a gusto. Pero quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué quieres que sea yo quien dé este discurso sobre el Dharma de un kshatrya? ¿Por qué no le hablas tú mismo a Yudhisthira?

Krishna le sonrió dulcemente y le dijo:

—Tienes razón. Yo puedo hablarle de todo eso, pero he decidido concederte gloria eterna, quiero que el mundo te recuerde siempre: por siempre jamás. De ahora en adelante el mundo de los hombres considerará tus palabras tan sagradas como los Vedas. Las acciones de los hombres en los días que han de venir serán dictadas bajo las normas que tú establezcas. Se dice que un hombre vive en este mundo por tanto tiempo como lo que dure su fama, y yo quiero que vivas para siempre. Esa es la razón por la que te pido que seas tú quien le hables.

Las lágrimas de Bhishma fluían de sus ojos lenta y silenciosamente. No podía hablar; el amor que Krishna le mostraba era demasiado sagrado para ponerlo en palabras. Y reponiéndose, le dijo:

—Dile a Yudhisthira que me haga cualquier pregunta que quiera, estoy listo para responderle. Krishna dijo:

—Yudhisthira se siente culpable, no se atreve a presentarse ante ti porque piensa que él ha sido la causa de la destrucción de todos los kshatryas y de sus propios primos.

Bhishma sonrió tiernamente y llamó a Yudhisthira por su nombre, puso sus envejecidas manos sobre su cabeza y le dijo:

—Hijo mío, el deber de un kshatrya es luchar y matar. Tú has tenido que matar; has sido un verdadero kshatrya, no te tienes que lamentar por haber cumplido tu deber. Vamos, ven, Krishna me ha dicho que tu mente está oscurecida por las muchas dudas que tienes acerca de cuál es la verdadera conducta. He sabido que quieres aprender el arte de gobernar un reino como es debido. Bien, yo te enseñaré todo, hijo mío. Yo lo aprendí de los grandes maestros y ahora te lo enseñaré todo, por la gracia del Señor que se complace en andar sobre esta Tierra llamándose a sí mismo Krishna.

Libro 13

Enseñanza

(Anusasana Parva)

Capítulo I

EL DHARMA DE UN REY

YUDHISTHIRA preguntó: 13. Anusasana [Enseñanza].

—Los sabios han dicho que los deberes de un rey constituyen la ciencia más elevada. Por favor, háblame acerca de los deberes de un rey.

Bhishma estaba inmensamente complacido con la humildad de Yudhisthira y su deseo de aprender. Le sonrió y le dijo:

—Hijo mío, estoy deseoso de poderte hablar de todo cuanto quieras saber. El primer deber de un rey es adorar a los brahmanes y a los dioses. Un rey, esencialmente, debe ser un hombre de acción. Debes haber oído decir a muchos que el destino gobierna al rey. Pero sería una tontería que pensases así; el destino sólo juega una parte, te lo puedo asegurar. Sin ejecutar acciones un rey jamás puede ayudar a que el destino juegue su parte. El destino es poderoso pero la acción es igualmente poderosa, ambos juegan un papel prominente, pero yo creo que la acción es más potente que el destino. Es la acción la que le da forma al destino.

»El siguiente deber de un rey, igual al anterior en importancia, es la verdad. Si quieres inspirar confianza a tus súbditos, has de amar la verdad y obrar en consecuencia.

»Un rey debe ser el compendio de todos los logros; su comportamiento debe estar libre de todo reproche. Autodominio, humildad y justicia son cualidades que se han de encontrar en un rey para que éste tenga éxito; debe tener sus pasiones perfectamente bajo control.

»Justicia debe ser la segunda naturaleza del rey. Y hay tres cosas más que un rey debe cultivar: debe saber cómo ocultar cuidadosamente sus propias debilidades, por debilidad me refiero a la debilidad de su propio reino; debe tomarse el trabajo de averiguar las debilidades de sus enemigos y de tratar muy cuidadosamente de mantener en secreto sus planes.

»El rey debe ser muy recto. Otro peligro para el rey es la mansedumbre: no debe ser demasiado manso, pues sus súbditos no le tendrían suficiente respeto y no le obedecerían. Pero también debe evitar el otro extremo; no debe ser demasiado fiero porque si no sus súbditos le tendrían miedo y eso no les permitiría ser felices.

»Un rey debe conocer el arte de escoger a sus sirvientes. La compasión debe ser una de sus cualidades, pero debe cuidarse bien de no caer en la permisividad exagerada. Si lo ven débil, los hombres bajos se aprovecharán de él y de su naturaleza permisiva. Estar alerta es algo completamente necesario para un rey; ha de estudiar incesantemente a sus enemigos, al igual que a sus amigos.

»Un rey debe considerar que su primer deber son sus súbditos. Les debe cuidar igual que una madre cuida al niño que tiene en su vientre. ¿Acaso una madre piensa en complacerse a sí misma cuando tiene al niño en su vientre? Todos sus pensamientos irán dirigidos al niño y su bienestar. Así pues, el rey debe subordinar sus apetencias y deseos, a los de sus súbditos; el bienestar de ellos debe ser su única preocupación.

»Un rey debe tener cuidado de no depositar confianza implícita en nadie. Sus más íntimos pensamientos deben permanecer ocultos para sus seres más cercanos y queridos y no debe confiar a nadie sus decisiones.

»Un rey debe ser sabio al tratar los seis siguientes problemas: el primero es hacer las paces con un enemigo que sea más fuerte, el segundo es considerar la posibilidad de hacer la guerra con otro que sea igual a él en fuerza o invadir el país de otro que sea más débil que él; igualmente debe usar su discriminación y debe estar preparado para refugiarse en su fortaleza en el caso que su situación sea vulnerable, el cuarto es el más importante de los seis y consiste en causar desconcierto entre los jefes y altos mandos del país enemigo, el quinto es tener espías diestros a su servicio, para averiguar los secretos del enemigo, y el último consiste en sobornar y engañar a los oficiales del enemigo para granjearse su amistad y ponerles de su lado.

»Un rey debe ser agradable en su forma de hablar y debe rodearse de personas que sean iguales a él en naturaleza y nobles virtudes. La única diferencia entre el rey y sus oficiales debe ser la sombrilla blanca con que se le cubre.

»El mejor rey es aquel cuyos súbditos viven en libertad y felicidad, como si viviesen en la casa de su padre. Cuando disfrutan de paz y alegría no hay maldad, falsedad, deshonestidad, ni tampoco envidia.

»El papel principal de un rey es proteger a sus súbditos y su felicidad. Y no es fácil asegurar la felicidad de su pueblo; ha de valerse de diversos métodos.

»Un rey debe ser hábil en el arte de escoger hombres honestos para ocupar importantes puestos oficiales. Habilidad, inteligencia y verdad son las tres cualidades

necesarias en un rey. Debe ordenar que restauren las casas viejas y los edificios derruidos al igual que las casas habitadas, si quiere ganarse el aprecio de sus súbditos. Debe saber cómo usar sus poderes para corregir a los maleantes con castigos corporales y multas.

»Un rey debe recordar que su tesorería debe estar siempre llena. Él mismo debe supervisar personalmente lo que hacen sus oficiales, nunca debe confiar implícitamente en los guardianes de la ciudad.

»Debe provocar la deslealtad entre las gentes que viven en el país enemigo, al igual que granjearse amigos y conseguir aliados en dicho país.

»Debe engrandecer a su ejército continuamente y en total secreto. Un rey jamás podrá proteger su reino valiéndose de la candidez y la simplicidad. Un rey al tiempo que cándido, ha de ser astuto; debe emplear astucia y trucos para someter a su enemigo, pero todo ha de permanecer oculto bajo una apariencia exterior de candidez ».

Yudhisthira preguntó:

—¿Cómo comenzó a usarse la palabra RAJAN para dirigirse a un rey? Un rey es como cualquier otro hombre de la Tierra, su cuerpo, sus sentidos y todo cuanto posee no se diferencian en nada de todos los demás. Su comprensión y su inteligencia es muy similar a la de muchos otros. Tiene los mismos gozos y tristezas, y vive el mismo número de años que cualquier hombre que vive sobre la Tierra. ¿Por qué se le considera diferente? En el mundo hay hombres que son muy superiores a él en inteligencia, bravura y muchas otras dotes personales y, sin embargo, este hombre gobierna a los otros que son superiores a él. ¿A qué se debe que exista la norma de que un hombre ha de ser obedecido por todos los otros?.

Bhishma:

—Te responderé a eso. Al principio no había ningún rey, ni ningún castigo. Entonces no hacían falta ninguna de esas dos cosas; todos los hombres eran justos y se protegían unos a otros. Sin embargo, con el transcurso del tiempo los corazones de los hombres comenzaron a ser invadidos por el error, y en cuanto el error entra en el corazón de un hombre, la mente comienza a oscurecerse y el sentido de lo justo y lo injusto comienza a desvanecerse. Y esto fue lo que ocurrió con los hombres hace mucho tiempo.

»La codicia fue el primer invitado que entró en sus corazones. Cuando la codicia cobró vida, los hombres comenzaron a desear cosas que no les pertenecían. La siguiente pasión que siguió fue la lujuria; pero la lujuria nunca puede existir sola, siempre ha de tener un compañero, y así surgió la ira. Y tan pronto como estas terribles pasiones encontraron un lugar en los corazones de los hombres, la justicia tuvo que batirse en retirada. Además, junto con esta confusión sucedió otra gran calamidad: los Vedas desaparecieron. La justicia se había perdido completamente. Los dioses entonces estaban sobrecogidos por el miedo y se dirigieron a Brahma Pitamaha y le dijeron: « ¡fíjate en el

mundo que has creado, mi señor! Está amenazado de destrucción. ¡Por favor, sálvalo y sálvanos a nosotros! » Brahma les aseguró que encontraría una forma de hacerlo, y lo que hizo fue componer un tratado que constaba de cien mil lecciones, donde hablaba sobre el Dharma, el Artha, el Kama y el Moksha, describiendo cada tema con gran profusión de detalles, formulando las normas de corrección. Los principales aspectos de este tratado sobre corrección versaban sobre castigos de dos clases: castigo público y castigo secreto. Contenía explicaciones sobre la riqueza de los comerciantes y mercaderes, aumento de las penitencias por parte de los ascetas y la destrucción de los ladrones y los malvados. Había una rama que trataba de todas las observancias religiosas, y otra que trataba extensamente sobre asuntos de legislación y el comportamiento que se había de esperar de los consejeros, de los espías, de los agentes secretos y de los mensajeros, al igual que de los diferentes modos de conciliación. Se describían todos los diferentes modos y maneras para impedir que los hombres se desviasen del camino de la justicia y honestidad, tal y como allí se describía.

»Después de componer aquel tratado Brahma dijo: "He compuesto esto para el bien del mundo, para el establecimiento y la propagación del Dharma, Artha, y Kama, para que así los hombres acumulen Moksha. Complementado por el castigo, esto protegerá al mundo. Los hombres serán principalmente guiados por el castigo, por eso este tratado será llamado *Dandaniti*".

»Fue estudiado y abreviado por varios de los dioses, el primero de ellos fue Sankara, y finalmente, cuando iba a ser entregado al mundo, Sukra, dotado de gran sabiduría, recapacitó sobre la brevedad de la vida humana sobre la Tierra y en consecuencia abrevió aún más la obra, hasta que finalmente sólo contenía cien lecciones. Los dioses entonces se presentaron ante Vishnu y le dijeron: "¡Señor! Indícanos un hombre sobre la Tierra que merezca ser superior al resto".

»Narayana dijo: "Yo tomaré el cuerpo de un hombre y él, al igual que todos los que nazcan de su linaje, serán señores del mundo".

»Así pues, con el tiempo hubo un rey que se llamó Vena, de cuyo brazo derecho nació un hombre que era como el segundo Indra en apariencia y divinidad. Nació con su cuerpo cubierto por una guerrera de anillos y todas las armas, era un experto en todas las artes y en los Vedas. Los rishis le eligieron como el gobernante del mundo. Y entre los hombres había el sentimiento de que él era el octavo hijo del Señor Vishnu.

»Su nombre fue Prithu. Él niveló la superficie de la Tierra, y Vishnu y todas las deidades se reunieron para coronar a Prithu como rey. Incluso la misma Tierra tomó una forma y apareció ante él con tributos de joyas y piedras preciosas, Prithu dio leche a la Tierra valiéndose de una vaca, e hizo que produjese siete tipos de cosechas para

alimentar a todas las criaturas vivientes. Hizo que todos los hombres tuvieran en cuenta el Dharma como lo principal ante todo.

»Y debido a que todo el mundo estaba complacido con él se le llamó “RAJAN”. Porque curó las heridas de la gente afligida se le llamó “KSHATRIYA”. Y también, debido a que la Tierra conoció la gloria del triunfo de la virtud prevaleciendo sobre todo, en el tiempo de su reinado, se le llamó “PRITHIVI”.

»Vishnu había entrado en el cuerpo de aquel monarca. Cuando un hombre puro consume, durante su estancia en el Cielo, todo el punya adquirido por sus buenas acciones, desciende del Cielo a la Tierra y nace como un rey. Una persona así es de verdad un gran hombre, y es una porción de Vishnu en la Tierra. Tiene una heredad de su divina inteligencia y es superior a todos los demás. Los dioses le establecen en esa posición y no ha de ser menospreciado. Esa es la razón por la que el mundo no puede darle órdenes, sino recibir órdenes de él. Por eso la multitud ha de obedecer sus palabras y sus mandatos, aunque sea como cualquier otro ».

Yudhisthira preguntó:

—¿Cuáles son los principales deberes de los súbditos?.

Bhishma:

—Su primer deber es elegir un rey y celebrar su coronación. Para mantener la tesorería, los súbditos han de dar una quinceava parte de sus animales y metales preciosos y una décima parte de su grano. Entre ellos deben elegir aquellos que son diestros en el uso de las armas para ayudar al rey en el mantenimiento del ejército. Una cuarta parte de los méritos del pueblo se le otorgará al rey, e igualmente se le hará al rey responsable de la cuarta parte de la mala conducta de su pueblo. Al igual que un discípulo se comporta con humildad ante la presencia de su preceptor, igualmente, un súbdito debe ser humilde ante el rey. Un rey que es honrado con sus súbditos será naturalmente respetado y temido por sus enemigos.

Yudhisthira preguntó:

—¿Qué otros deberes especiales debe considerar un rey?.

Bhishma:

—Un rey debe ante todo saber cómo controlarse a sí mismo. Una vez conseguido esto debe intentar someter a sus enemigos. La victoria sobre los cinco sentidos se considera como la más importante de todas las victorias. Sólo un rey que ha conseguido eso es capaz de conquistar a sus enemigos.

»Un rey debe contar con gran número de soldados en su fortaleza, sus ciudades, sus fronteras y todos los lugares importantes de su reino.

»Tanto los pensamientos, como las acciones, las decisiones y los espías de un rey, deben mantenerse en secreto. Nadie debe conocerlos y mucho menos el enemigo. Sus

espías deben parecer imbéciles, o simular que son ciegos o sordos. Deben ser hábiles y sabios. El rey debe asegurarse de eso antes de aceptarlos, deben ser hombres duros, capaces de soportar tribulaciones tales como el frío, el calor y el hambre. El rey debe ponerle espías a sus consejeros, a sus amigos e incluso a sus propios hijos. Los espías no deben conocerse entre ellos. En el momento en que un rey sepa que su enemigo es más fuerte, debe tratar de hacer las paces con él. Y si está seguro de su propia fortaleza, debe de reunir a un gran ejército y ponerse en marcha en contra de aquel que no tiene aliados, o que está envuelto en una guerra contra otro. El rey debe saber cómo tomarlo por sorpresa, no debe dudar de hostigar el reino del enemigo con armas, fuego y veneno.

»El rey debe recoger la sexta parte de los ingresos de sus súbditos para el mantenimiento del ejército que les protege. Los súbditos del rey son sus niños, pero ha de prevenirse de no ser demasiado compasivo al castigarlos por su mal comportamiento.

»Los hombres honestos que son absolutamente dignos de confianza deberían ser contratados como administradores de la justicia; la fortaleza de los cimientos de un estado radica en la recta administración de la justicia.

»No debería haber duda alguna en cuanto a la verdad de que es el rey el que hace la época y no la época la que hace al rey. Cuando un rey gobierna confiándose entera y estrictamente en la ciencia del castigo (el Dandaniti), se dice que se establece el Kritayuga o Satyuga, la mejor de todas las eras. Durante el Satyuga la justicia prevalece ante todo, la injusticia ni siquiera existe. La tierra da cosecha sin tan siquiera ser cultivada, y las hierbas y plantas crecen frondosamente y en abundancia. Todas las estaciones son deliciosas, en la Tierra entera reina la paz y nada más que la paz.

»Cuando el rey lleva a cabo sólo tres de las cuatro partes de este Dandaniti, aparece la era de Tretayuga. Una cuarta parte del dharma ha desaparecido y una porción igual de adharma ha entrado. En esta era la tierra produce cosechas pero espera a que se la cultive, las hierbas y plantas crecen pero sólo si se las cuida, la cosecha ya no es espontánea.

»Cuando el rey sigue sólo la mitad del tratado Dandaniti, la era que aparece es Dwapara; la mitad de la justicia se ha disipado siendo reemplazada por la injusticia, equiparándose a partes iguales el dharma y el adharma existentes en la Tierra. En esa época la tierra, incluso aunque sea cultivada, tan sólo produce la mitad de la cosecha.

»Y cuando el rey ignora el edicto de Brahma y empieza a oprimir al pueblo, aparece el Kaliyuga; la injusticia y el desmán reinan por todas partes sin que quede rastro de justicia. El mundo se convierte en el hogar de la anarquía y las enfermedades someten a los hombres haciéndoles morir prematuramente. Las nubes no sueltan su lluvia en las estaciones y las cosechas se pierden: el rey es la causa de los diferentes yugas ».

Yudhisthira preguntó:

—¿Qué se dice acerca de la riqueza y el rey?.

Bhishma:

—Los Vedas han declarado que la riqueza de todas las personas pertenece al rey, con la sola excepción de los brahmanes; es el deber de un rey mantener a todos los brahmanes.

Yudhisthira:

—Nada, ni siquiera la más insignificante de las acciones, puede ser realizada por un hombre si no se le ayuda. Esto es también cierto en el caso de alguien que trate de gobernar un reino. En ese cometido, mucho depende del ministro del rey. Dime, ¿cuáles son las características que debe tener un ministro y cuáles son sus deberes? ¿Qué tipo de persona merece la entera confianza de un rey?.

Bhishma:

—Los amigos de un rey se pueden clasificar en cuatro tipos: el primero es la persona cuyos objetivos coinciden con los del rey, el segundo es aquel que se entrega al rey, el tercero es el pariente del rey debido a su nacimiento y el cuarto es aquel que el rey ha aplacado y se ha ganado con regalos. Hay un quinto que es aquella persona justa que con firmeza sirve únicamente a la justicia, evitando en todo momento el doble juego. A este hombre el rey jamás podrá confiar planes en los que exista el peligro de que no sean aprobados por él. Un rey que quiere tener éxito ha de ser justo al tiempo que injusto, dependiendo de las circunstancias. Por eso no puede ser demasiado cuidadoso en lo concerniente a estos amigos. Un malvado puede parecer ser honesto y un hombre honesto puede parecer, e incluso llegar a ser, deshonesto. Ningún hombre conserva siempre el mismo estado mental. No se debería confiar en nadie completamente. Confiar completamente en los ministros no es una postura sabia, al igual que es erróneo un excesivo deseo de confianza. Así pues, la política de un rey debe ser confianza y desconfianza al mismo tiempo.

»Un rey debería temer a sus parientes igual que teme a la muerte. Un pariente jamás podrá soportar ver la prosperidad del rey. Aunque también es desafortunado el rey que no tiene parentela. La política es: desconfiar de ellos en el corazón, pero comportarse como si se confiase en ellos completamente ».

Yudhisthira preguntó:

—¿Cuáles deben ser las características de los legisladores, los ministros de la guerra, los cortesanos y los consejeros del rey?.

Bhishma:

—Los legisladores deberán ser personas modestas, autocontroladas, sinceras y amantes de la verdad. Deberán tener coraje suficiente para decir lo que se ha de decir. Los ministros de la guerra deberán ser aquellos que estén siempre al lado del rey, deberán ser muy valientes y deben pertenecer a la casta más alta; han de ser cultos, al tiempo que

severos con las faltas en cuanto a lo que concierne al rey. Los cortesanos han de ser de alto linaje y el rey debe honrarlos siempre, deben ser personas que en su corazón velen siempre por el interés del rey, jamás deben abandonarle sea cual sea la circunstancia.

»Los oficiales del ejército también deben ser de alto linaje, nacidos en el país del rey y dotados de sabiduría, cultura y belleza de formas y ademanes. Deben seguir un comportamiento sin tacha y han de estar entregados a su rey.

»Cuatro brahmanes bien ilustrados en los Vedas, de gran dignidad, de comportamiento puro y sin mácula y pertenecientes a la orden Snataka; ocho kshatryas de potente fortaleza física y expertos en el uso de todas las armas; veintiún vaysas, poseedores todos de abundante riqueza; tres sudras dotados de humildad y conducta pura; y un hombre de la casta suta: todos estos componen el cuerpo de ministros de un rey. Todos ellos han de tener cincuenta años o más.

»El castigo se ha de aplicar a los ofensores de acuerdo al tamaño de la ofensa. Los adinerados deberán pagar una multa y sus propiedades deberán ser confiscadas, mientras que para los ofensores que sean pobres y no tengan hacienda, el castigo será la pérdida de su libertad. Los malvados deben ser castigados infligiéndoles castigos corporales.

»El rey debe imponer impuestos, pero no pueden ser tan altos como para dañar a los súbditos. Debe ser como la abeja que recolecta miel de las flores, debe ser como una sanguijuela que chupa la sangre suavemente sin que la víctima sea consciente de ello. Debe comportarse con sus súbditos igual que un tigre lo hace con sus cachorros: los coge con sus dientes pero no les hace daño».

Yudhisthira preguntó:

—¿Cómo debe comportarse un rey?.

Bhishma:

—La justicia es la máxima de un rey, es la cosa más grande de este mundo. Un rey justo puede conquistar fácilmente el mundo entero. Todos sus consejeros han de ser puros de corazón y de mente. La malicia jamás puede habitar en el corazón de un rey, y sus sentidos deben estar perfectamente bajo control. Usando su inteligencia llegará a ser glorioso, meciéndose en la grandeza como un océano que se alimenta de las aguas de miles de ríos sin que esto le haga desbordar.

Yudhisthira:

—El camino del deber es muy largo y tiene cientos de ramas. Dime, ¿Cuáles son los deberes que han de tenerse en cuenta?.

Bhishma:

—La adoración de la madre, del padre y del guru; éstos son los deberes más importantes. Atendiendo a estos deberes un rey adquiere gran fama en los cielos. Debe

adorarles y obedecer sus órdenes implícitamente. Son como los tres fuegos que se han de adorar diariamente: servir al padre nos ayuda a cruzar este mundo, servir a la madre nos transporta a los cielos, y servir al guru nos hace alcanzar la región de Brahma.

Yudhisthira:

—Quiero que me hables acerca del Dharma, Artha y Kama. Mientras que transcurre el curso de la vida ¿cuál de estos tres nos ayuda a enderezar el rumbo y mantenerlo recto en la debida dirección?.

Bhishma:

—Los tres coexisten juntos al mismo tiempo. Cuando un hombre acumula riquezas teniendo siempre cuidado de andar por el camino del dharma, esas riquezas tienen sus raíces en la virtud, y el placer se dice que es el fruto de la riqueza. Los tres están firmemente implantados en la voluntad. Los objetos de este mundo existen para la gratificación de los sentidos y la voluntad tiene que ver con estos objetos, pues la suma total de los tres depende de ella. A la total abstracción de los objetos de placer se le llama emancipación. La virtud es deseable para la protección del cuerpo, y la riqueza a su vez para la adquisición de la virtud. El placer, después de todo, es sólo para gratificar los sentidos. Sin embargo, los tres tienen una cualidad en común: la pasión. El tratar de conseguir esos tres valores por lo que en sí suponen, con deseos de gozar sus frutos, hace que la recompensa se demore. Sin embargo, si el intento de conseguirlos va acompañado por un deseo de adquisición de conocimiento, del conocimiento de uno mismo, cuando se convierten en los medios para un fin noble, como la realización de uno mismo, entonces la recompensa es inmensa. La virtud se ha de adquirir para la purificación del alma, la riqueza se ha de adquirir para gastarla sin ningún deseo por lo que ha de resultar, y el placer se debe buscar sólo para mantener el cuerpo y no para gratificarlo. Así pues, se dice que los tres tienen sus raíces en la voluntad. Dharma, Artha y Kama, no son fines en sí mismos, sino que son medios para un fin y ese fin es Moksha. Los tres han de ser abandonados para obtener la liberación mediante las penitencias ascéticas. La emancipación o la liberación de la esclavitud de los sentidos es la única meta del hombre.

Yudhisthira:

—Se dice que la inteligencia es superior a cualquier otra cosa, que es la inteligencia la que ayuda a planear el futuro y a hacer los preparativos pertinentes que puedan hacer frente a cualquier tipo de emergencia. Háblame de la inteligencia, particularmente cuando un rey tiene dificultades en la tarea que ha de desempeñar; por ejemplo, cuando está asediado por muchos enemigos. ¿Cómo le ayudará la inteligencia a protegerse?.

Bhishma:

—Te hablaré de los deberes de un rey cuando está en apuros. En esa situación, un enemigo puede convertirse en un amigo y un amigo puede convertirse en un enemigo.

En circunstancias así el comportamiento de los humanos se hace incierto e imprevisible, y es entonces cuando la inteligencia viene a nuestro rescate. Te ayudará a decidir si debes hacer la guerra con tu enemigo o bien hacer las paces con él. Todo depende del momento y el lugar; a veces es necesario hacerse amigo de los enemigos. Debes hacerte amigo de personas inteligentes que deseen tu propio bien. Si tu vida no puede ser salvada de otra forma, entonces ciertamente tienes que hacer las paces con el enemigo. Si eres tan tonto como para no considerar esto, entonces nunca tendrás éxito en el intento de conseguir aquellas cosas por las que todos luchan tan arduamente. Un rey que hace una tregua con el enemigo y lucha contra los que hasta entonces eran sus amigos después de haber considerado la situación, viendo todos sus pros y sus contras, ciertamente tendrá éxito.

»Los amigos deben ser examinados profundamente antes de aceptarlos como tales, mientras que los enemigos han de ser profundamente estudiados en lo concerniente a su fortaleza y a sus debilidades. Los amigos aparecen como enemigos y los enemigos asumen el disfraz de amigos, porque cuando se hacen pactos amistosos, no es posible estar seguro si los sentimientos expresados por el otro son realmente amistosos o si es tan sólo el egoísmo lo que le motiva a aceptar el pacto; las palabras "amigo" y "enemigo" son, después de todo, términos relativos. Un hombre considera a otro como su amigo mientras que está seguro de que sus intereses están a salvo y mientras está seguro de que es beneficioso para él. Lo considerará como amigo si está seguro de que un cierto estado de cosas que le resultan beneficiosas continuará por tanto tiempo como el otro viva; sólo en esas condiciones se permite que la amistad continúe para toda la vida.

»El interés particular es el factor más importante en la vida de todos, el mundo entero gira alrededor de este único factor y continuará haciéndolo. Nadie reconoce a otro como alguien querido a menos que haya algún interés de por medio. Ninguna muestra de afecto se hace evidente a menos que haya un motivo de interés particular. Algunas personas se hacen populares debido a su mentalidad liberal, otras debido a que hablan muy bien y otras debido a que son muy religiosas. Generalmente es la norma, más que la excepción, el hecho de que un hombre es querido debido al propósito al que sirve y a nada más. La amistad acaba tan pronto como acaba la razón para que ésta exista.

»Un hombre inteligente debe saber cuándo hacer la paz con un enemigo. Recuerda, cuando dos personas que una vez fueron enemigos hacen un pacto, es obvio que cada uno de ellos está tan sólo esperando el momento en el que pueda vencer al otro. El más sabio de los dos será necesariamente quien tendrá éxito. La « política en este caso es que, aunque tengas miedo del otro, debes aparentar que no temes nada; debes simular que confías en él implícitamente, aunque todo el tiempo estés desconfiando de él. Cuando el momento lo requiera debes hacer las paces con tu enemigo y en la primera oportunidad que tengas le declararás la guerra. Este regla se ha de aplicar incluso para un amigo ».

Yudhisthira:

—Dime ¿Cuál es la fuente del pecado? ¿De dónde procede y cuál es el cimiento sobre el que se asienta?.

Bhishma;

—La codicia es la raíz única de todos los pecados, destruye todos los méritos y toda la bondad. De ella procede el río del pecado y es de esta única fuente de donde fluyen los muchos pecados existentes. La codicia es la fuente eterna de la trampa y de la hipocresía. La ira nace de la codicia, al igual que la lujuria y varias de las terribles maldades de la mente surgen también de la codicia: la pérdida del juicio, el engaño, el orgullo, la arrogancia, la malicia, la falta de vergüenza, la pérdida de la virtud, la ansiedad, la vengatividad y la infamia, son algunos de los muchos hijos de la codicia, pero déjame que te enumere algunos más: la avaricia, la ambición, el deseo de todo tipo de comportamiento indebido, el orgullo de casta, el orgullo de los propios conocimientos, el orgullo de la propia belleza, el orgullo de riqueza, la maldad, la insinceridad, la dureza de corazón, la apropiación de la riqueza de otros, la rudeza al hablar, la difamación, la gula, la jactancia en la falsedad y la jactancia en la maldad. Ningún hombre ha sido capaz de renunciar a su codicia durante su vida. La misma vida puede estar a punto de extinguirse, pero la codicia nunca pierde su poder. Incluso hombres de grandes conocimientos cuyas mentes conocían los tesoros de todas las escrituras, que tenían la inteligencia y la capacidad de clarificar todas las dudas de otros, eran incompetentes para poder solucionar sus propias debilidades. No tenían amor por la justicia y eran débiles, y todo se debía a que eran esclavos de esta horrible enfermedad: la codicia.

Yudhisthira:

—Háblame acerca de la ignorancia.

Bhishma:

—La ignorancia, hijo mío, tiene su origen en la codicia; cuanto más crece la codicia, más crece a su vez la ignorancia. La raíz de la codicia no es otra que la pérdida de la claridad mental, la pérdida del juicio. Así pues, la ignorancia es una compañera inseparable de la codicia.

Yudhisthira:

—¿Cuáles son los deberes a los que se les debe dar preferencia ante todo?.

Bhishma:

—El más alto deber es el autodominio. Al igual que el gran pecado de la codicia conduce a todos los demás pecados, el autodominio conduce al hombre a la más alta gloria, porque de él surgen muchas buenas cualidades: compasión, paciencia, ausencia de críticas e injurias, imparcialidad, verdad, sinceridad, modestia, constancia, liberalidad, ausencia de ira, alegría, dulzura al hablar, benevolencia, ausencia de malicia y muchas

más. Un hombre que tiene autodominio nunca será esclavo de los apegos de la Tierra y alcanzará la emancipación.

Yudhisthira dijo:

—Me gustaría escucharte hablar sobre la verdad.

Bhishma:

—La verdad es el deber de todo ser humano, es un deber eterno. La verdad es el más alto refugio, la verdad es la más meritoria de todas las penitencias, la verdad es el yoga más elevado, es el eterno Brahmán. Es el mayor sacrificio de todos los sacrificios. Los tres mundos descansan en la verdad y nada más que en ella. La verdad tiene doce aspectos: imparcialidad, autocontrol, compasión, modestia, constancia, bondad, renunciación, contemplación, dignidad, fortaleza, benevolencia y ausencia de injurias. Todos estos son aspectos de la verdad, pero la verdad es inmutable, eterna e incambiable.

Yudhisthira:

—¿Cuál es el bien por el que uno debería luchar?.

Bhishma:

—Este mundo está siempre amenazado por la muerte, las noches que vienen y se van, no hacen otra cosa más que disminuir el tiempo de vida que te queda por vivir. La muerte no espera a nadie. Se está acercando a todas las criaturas momento a momento, su proximidad es imperceptible pero constante e inexorable. Con el paso de cada uno de los días, la vida de un hombre se va acortando y la muerte por fin viene antes de que los deseos de esa persona se hayan cumplido. Mientras alguien está cortando flores, la muerte siega la vida de ese hombre llevándoselo, igual que una bestia salvaje arrastra el cuerpo de un carnero que ha caído como presa entre sus garras. Lo que hayas planeado hacer por la tarde debes hacerlo antes del mediodía. La muerte es cruel, nunca espera para ver si todos tus actos han sido llevados a cabo. El hombre debe darse prisa en practicar la virtud mientras esté con vida, porque la vida es muy incierta, sólo la muerte es algo cierto. Puede venirte ahora o puede venirte dentro de muchos años, pero estar preparado es importante. La virtud te garantizará fama en este mundo y felicidad en el próximo.

»El hombre es acosado por miles de deseos en este mundo y se apega a muchas cosas y a muchas personas; su trabajo, su tierra, sus hijos, su casa. Con todo esto ha tejido la tela de araña del apego, en la cual está atrapado y de la que sólo será arrancado por la muerte. Nada puede resistirse a la fuerza del apego, excepto la verdad. El conocimiento del verdadero valor de las cosas hace que un hombre se dé cuenta de lo transitorio de las cosas de este mundo; a un hombre así la muerte no le causa terror porque la verdad es inmortalidad. En el mismo cuerpo se pueden encontrar las semillas de la muerte, al igual que de la inmortalidad. Está en tus manos decidir cuáles quieres cultivar, si unas u

otras. Las ataduras mundanas se forman muy fácilmente, a cualquiera le resulta fácil cultivar la planta del apego, el cual no es más que otro sinónimo de la muerte.

»El sabio, sin embargo, somete sus sentidos elevándose así por encima de las garras del deseo y de la ira. De esta forma aprenderá a tratar de igual manera al placer y al sufrimiento. La tranquilidad es su tesoro y finalmente alcanza la inmortalidad. Sus palabras, sus pensamientos, su renunciación y su yoga descansan en lo eterno, el Brahmán, y de esta forma escapa de la muerte.

»El ojo del conocimiento es el ojo más agudo. La verdad es la más meritoria de las penitencias, mientras que el apego es el más terrible de todos los sufrimientos. La renunciación es la fuente de la mayor felicidad.

»Nosotros hemos nacido de Brahmán, a través de Brahmán. Entregándonos a Brahmán podemos regresar a Brahmán: busca al ser que está oculto en la cueva ».

Yudhisthira:

—Descríbeme al hombre que es querido por todos, del que se dice que está perfectamente realizado y que está dotado de todos los méritos de los que habla el mundo.

Bhishma:

—Un hombre como el que tú describes debe poseer conocimientos, debe ser bueno y puro, su sangre jamás debe arder con el orgullo. El desánimo y la ira no podrán encontrarse en él. Sus sentidos jamás le desviarán y él siempre gozará de la paz que nace de la realización de la verdad suprema.

Yudhisthira:

—¿Qué hace a un hombre pecador y qué le hace virtuoso? ¿Qué le ayuda a alcanzar la renunciación? ¿Cómo alcanza la emancipación?.

Bhishma:

—El deseo es el responsable de que el hombre se convierta en un pecador, cuando él ve un objeto de los sentidos, el deseo lo persigue, y para poder conseguir lo que quiere, el hombre comienza a luchar por ello. Los objetos de los sentidos aparecen tan agradables para el hombre que éste hace todo cuanto puede para conseguirlos. Y una vez que se despierta el deseo, el apego le sigue. Inmediatamente le sigue la pasión, la ambición y la pérdida del juicio. La mente se confunde, se oscurece, y esa persona ya no puede seguir el camino de la virtud. A partir de entonces trata de simular una virtud que no posee, con lo que el hombre se convierte en un hipócrita. Adquirir riquezas por la vía de la hipocresía es cosa fácil para un hombre que ha comenzado su caída por el sendero del pecado, a pesar del consejo de los mayores y de los que desean su bien. Esa persona comienza a actuar de forma pecaminosa, con lo que ya no hay esperanza de salvación para un pecador tal como el hombre que te acabo de describir.

»El hombre que es justo busca el bien de los otros, y de esa forma se gana su propio bien. Es sabio y sabe cómo evitar caer en esos abismos llamados los sentidos, es sabio en cuanto a la verdadera naturaleza de la felicidad y de la tristeza. Cuando el hombre consigue dominar sus sentidos, a eso se le llama virtud. Pero aún está descontento, y no descansará hasta que consiga dominar el arte de la renunciación. El conocimiento le ayuda a liberarse del deseo, y finalmente, dándose cuenta de que el mundo no es más que un festival pasajero, que un día u otro va a acabar, intenta alcanzar la virtud con sus recompensas en forma de Cielo y felicidad; intenta alcanzar la emancipación ».

Yudhisthira:

—¿Cuáles son los atributos necesarios de un hombre que quiere liberarse del apego y alcanzar la emancipación?.

Bhishma:

—El hombre que está dispuesto a alcanzar la emancipación tiene que haber ido mucho más allá del mundo de los sentidos. A él no le afectan ni el hambre, ni la sed, ni le molestan ninguno de los otros estados del cuerpo físico. Su mente ha de estar libre de toda ira, ambición y horror. La ilusión jamás le hace olvidarse de sí mismo. Para un hombre tal, una cabaña construida con bambú y cañizos es lo mismo que el palacio de un rey; el placer y el sufrimiento no le tocan porque está plenamente consciente de que surgen de la ilusión. Para él el mundo es tan sólo la consecuencia de los cinco elementos primarios combinándose entre sí. Esta verdad está siempre presente en su mente cuando mira al mundo. El placer y el sufrimiento, la ganancia y la pérdida, la victoria y la derrota tienen el mismo valor ante sus ojos. En él no se encuentra el miedo, ni tampoco hay lugar en su corazón para la ansiedad. Él sabe muy bien que rey tras rey, dotados de gran poder y gran gloria, moraron en este mundo por un tiempo y luego se fueron de él; todas las cosas de este mundo son transitorias, ésta es la primera verdad que él ha realizado. La experiencia del mundo y el verdadero conocimiento han despertado en él la verdad acerca del mundo, por lo que contempla todas las cosas considerándolas como insustanciales. Dotado como está de tanta sabiduría, este hombre alcanza la emancipación donde quiera que esté; tanto si hace vida doméstica, como si vive en el bosque.

Yudhisthira:

—Tu afirmación me intriga. ¿Cómo puede un hombre alcanzar la emancipación sin abandonar la vida doméstica, sin adoptar la vida austera del bosque?.

Bhishma:

—Un rey no tiene porqué renunciar a su reino para alcanzar la liberación; lo único que ha de hacer es conseguir estar libre de todo apego. Si no estás apegado a ningún tipo de compañía, si puedes fijar tus pensamientos en el eterno Brahmán, puedes conseguir la

emancipación. La renunciación es la clave de este camino, es la mejor forma de recorrerlo. A donde quiera que el conocimiento guíe la mente, allí le seguirá la renunciación. El conocimiento conduce la mente hacia el yoga y mediante el yoga el hombre alcanza el estado de Brahma. Un hombre que hace vida doméstica puede con toda seguridad alcanzar la emancipación. Sí, si sinceramente puede decir que ha conseguido superar los apegos mundanos, igual que un sanyasin.

Yudhisthira:

—¿Dónde reside la diosa de la prosperidad?.

Bhishma:

—Una persona elocuente, activa y atenta, es siempre morada de la prosperidad. Libre de ira, debe tener sus pasiones bajo control y su conciencia elevada. Una persona dotada de poca energía es rechazada por ella, al igual que aquellos que no tienen confianza en sí mismos y los que son iracundos. Las moradas de la diosa de la prosperidad son los brahmanes que han dedicado su vida a la justicia, los vaysas que han dedicado su vida al cultivo, y los sudras que tienen devoción en sus corazones.

Yudhisthira:

—¿Cuáles son los deberes de un hombre que tiene esperanzas de pasar por este mundo placenteramente y que también tiene esperanzas de alcanzar el próximo?.

Bhishma:

—Debe evitar los tres actos del cuerpo: destrucción de la vida de otras criaturas, robo de las pertenencias de otros y gozo de la esposa de otro hombre. Este es el deber de un hombre que aspira a todo lo que tú has dicho. Debe evitar los cuatro actos con los que se puede cometer error al hablar: malas conversaciones, rudeza al hablar, difamación de otros y falsedad. Y también se deben evitar los tres actos de la mente: codiciar las posesiones de otros, injuriar a otros y no dar crédito a las direcciones de los Vedas. Si un hombre evita estos diez actos, puede estar seguro de que pasará por este mundo de forma placentera y que alcanzará un lugar en el próximo.

Yudhisthira:

—¿Hay algo que sea superior a la práctica de la castidad?. También me gustaría conocer cuál es la más alta manifestación de la virtud y la forma más elevada de la pureza.

Bhishma:

—Abstenerse del vino y de la carne, es incluso superior a la castidad, y la más alta manifestación de la virtud es la justicia, que al mismo tiempo es también la forma más elevada de la pureza.

Yudhisthira:

—¿Cuándo se debe practicar el *Dharma*[35]? ¿Cuándo se debe adquirir *Artha*[36]? ¿Cuándo se debe disfrutar de *Kama*[37]?.

Bhishma:

—La primera parte de la vida se debe dedicar a ganar riquezas. Luego se debe practicar la rectitud y más tarde viene el gozo del placer. Todo esto, claro está, con la especial observación de que uno no debe apegarse a ninguno de los tres, porque el fin y la meta del hombre debe ser el Moksha.

Yudhisthira:

—¿Cuál es el *tirtha*[38] de mayor pureza?.

Bhishma:

—No hay duda de que todos los tirthas pueden purificar al hombre, pero el mejor de todos los tirthas es la verdad. Uno debe bañarse en el tirtha llamado la conciencia, en la cual no se puede encontrar fondo; no tiene mancha; es pura. Las aguas de este tirtha son la verdad y el océano de la conciencia está lleno de entendimiento. Una vez que el hombre se baña en él se convierte en el heredero de la sinceridad, la gentileza, la nobleza, la compasión, el autodominio y la tranquilidad.

Yudhisthira:

—¿Quién es el verdadero amigo del hombre? ¿Es su padre, su madre, su hijo, su preceptor, sus parientes o sus amigos? Cuando alguien muere, su cuerpo ha de ser abandonado como un pedazo de madera o como un montón de tierra. ¿Quién es el amigo que le acompaña al otro mundo?.

Bhishma:

—El hombre nace solo y muere solo. Viene solo a este mundo bello y solo parte de él cuando se va: no tiene ni un solo compañero durante su marcha a través de este accidente llamado vida. Y todos esos que tú has nombrado, se alejan de ti una vez que has muerto, abandonando tu cuerpo inerte como un pedazo de madera o un montón de tierra. Después de lamentarse por tu muerte durante unos momentos te vuelven la espalda y se van cada uno a lo suyo. Tu cuerpo no les interesa y eso es lo único que ha quedado de ti. Sólo el Dharma, la justicia, sigue al cuerpo que ha sido abandonado por todos. Ese es el único amigo del hombre y es lo único que un hombre debería cuidar.

Yudhisthira:

—¿Quién es el único Dios del mundo, lo único que es nuestro total refugio, eso que cuando se adora se obtiene todo lo que uno desea? ¿Cuál es la religión verdadera, cuál

[35]Dharma: Rectitud, Justicia.
[36]Artha: Riquezas.
[37]Kama: Placer.
[38]Tirtha: Ritual.

es la principal religión de todas? ¿Cuál es el mantra que mediante su recitación concede a un hombre liberación de la esclavitud del nacimiento?.

Bhishma:

—Krishna es el Señor del Universo. Él es el Dios de todos los dioses. Él es el más importante de todos los seres. Él penetra y llena este universo entero. Meditando en él y en sus muchos nombres, el hombre puede trascender todo sufrimiento. La principal de todas las religiones es Krishna. Él es la energía suprema. Él es la más meritoria de todas las penitencias. Él es el supremo refugio. Él es el más santo entre los santos. Él es el principio de la creación y también su final, pues con el tiempo será nuevamente reabsorbida por él. Krishna es el eterno Brahma. Entrégate a él y serás uno con él; uno con Krishna, el señor del pasado, del presente y del futuro, el alma suprema.

Los días de instrucción habían acabado ya. Bhishma entonces le dijo:

—Hijo mío, te he enseñado todo cuanto querías aprender. Regresa a tu reino y comienza a gobernar, la gente vivirá tan feliz como en tiempos de los grandes reyes, cuando Nahusha, Harischandra y Yayati gobernaban el mundo. Mis bendiciones están contigo. Ahora vete, hijo mío, y regresa a mí cuando yo vaya a abandonar mi cuerpo físico. Hace mucho tiempo que he estado esperando ese momento. Te volveré a ver entonces.

Yudhisthira se despidió tiernamente de él y todos regresaron a Hastinapura.

Capítulo II

LA MUERTE DE BHISHMA

CUANDO llegó el día santo, el día que había de concederle a Bhishma la libertad de la esclavitud humana, todos los pandavas, encabezados por Dhritarashtra y Krishna, fueron al campo donde se encontraba el anciano kuru portando ofrendas como auspicios: flores, incienso, piedras preciosas, frutas y sedas costosas. Hacia allí fueron Dhritarashtra, Gandhari, Kunti, los cinco hermanos con Draupadi, Krishna con Satyaki, Vidura y Yuyutsu. Todos fueron al encuentro de aquel Bhishma que estaba esperando ser liberado.

Llegaron hasta su presencia y todos los rishis rodearon al anciano. Allí estaba Vyasa, Parasara, Narada y todos los rishis de los cielos. Yudhisthira saludó a su abuelo y le dijo: —Mi señor, soy Yudhisthira, el pandava. He venido aquí junto con mis hermanos y todos los que te son queridos. La ciudad entera de Hastinapura ha venido para rendirte respeto, tu hijo Dhritarashtra también está aquí. Por favor, complácete en abrir tus ojos porque Krishna también está aquí; por favor, abre tos ojos y míranos.

Bhishma abrió sus ojos cansados y contempló el océano de gente que se había reunido para rendirle tributo. Dijo:

—Estoy feliz de verte a ti y a todos, hijo mío. Por fin, después de mucho tiempo, el Sol ha hecho girar su carro hacia el norte, me parece como si hubieran pasado cien años desde que caí sobre este lecho de flechas. El mes de magha ha llegado, ya es tiempo de que yo abandone esta Tierra.

Bhishma se giró hacia Dhritarashtra y le dijo:

—Hijo mío, tú conoces todos los deberes de un rey, no hay nada que tú no sepas. Siendo sabio como eres, no debes lamentarte por la muerte de tus hijos; fue obra del destino. Yudhisthira y sus hermanos son tus hijos y están entregados a ti; sé feliz con ellos.

Bhishma giró sus ojos hacia Krishna y pidió que le trajeran flores para adorarle con ellas. Le dijo:

—Tú eres el Señor del Universo. Eres el purusha y eres el creador del mundo. Eres el alma suprema y eterna. Revélame tu viswarupa y concédeme permiso para abandonar este mundo, dame permiso para desechar este cuerpo humano. Si tú me das permiso alcanzaré el final más alto.

En ese momento Bhishma vio el infinito esplendor del viswarupa del Señor, y Krishna dijo:

—Devavrata, te concedo permiso para partir de vuelta a tu hogar, ya puedes regresar y unirte a los vasus. Nunca jamás volverás a nacer en este mundo de los hombres mortales. Tú eres como Markandeva, la muerte aguarda a tu puerta esperando tus órdenes como un sirviente, la muerte te obedece.

El rostro de Bhishma se iluminó con una sonrisa celestial, cerró sus ojos yaciendo inmóvil por unos momentos y luego, haciendo un sutil esfuerzo se obligó a sí mismo a morir. Los que estaban alrededor suyo vieron un maravilloso resplandor que abandonando su cuerpo se elevó hacia el cielo, perdiéndose entre las nubes. Se escucharon instrumentos celestiales que hacían sonar una música muy dulce, llenando el cielo con sus sonidos y una brisa fresca sopló entre ellos empapando el aire con perfumes y aromas de mil flores celestiales. La Tierra estaba tranquila y complacida. Los corazones de todos fueron inundados por una extraña paz cuando el alma de Bhishma emprendió su viaje hacia los cielos.

Colocaron su cuerpo junto con todas las flechas alojadas en él encima de una pira hecha de madera de sándalo y luego Yudhisthira y Vidura envolvieron el cuerpo de aquel gran hombre en sedas y flores. Yuyutsu sostenía la blanca sombrilla real sobre el féretro. La comitiva funeraria fue espléndida y solemne, los brahmanes cantaban incesantemente himnos del Sama Veda. Por fin Dhritarashtra prendió fuego a la pira y Yudhisthira junto a sus hermanos, además de Vidura y Dhritarashtra, permanecieron en pie a la derecha de la pira.

Al siguiente día recogieron las cenizas de Bhishma y fueron al río Ganges. Allí ofrecieron oraciones a Ganga, quien dio a luz a Bhishma; y, de repente, el río detuvo su corriente y dejó de fluir. Ganga surgió de las aguas del río y fue hasta la orilla llorando y lamentándose por su hijo. Miró a todos los que allí se habían reunido y dijo:

—Mi hijo ha muerto, era un hijo amoroso y querido por todos. Era invencible, incluso el gran Bhagaván Bhargava tuvo que aceptar la derrota en una ocasión que luchó con mi hijo. Pero este gran héroe ha sido aniquilado por Sikhandi. Debo tener el corazón de piedra, de otra forma se habría roto hace ya mucho tiempo, pues este hombre que no tenía a nadie que pudiera igualarle en el mundo entero ha sido aniquilado. He perdido al hijo sobre el que deposité esperanzas de verle algún día gobernar este mundo. Mi niño, mi desafortunado hijo ha muerto, dejándome a solas con la tristeza.

Su pena era enorme. Krishna se le acercó y le dijo:

—No llores, madre del mundo. Tu hijo se ha ido al mundo al que pertenece. Tú sabes que él era uno de los vasus que tenía que pasar un cierto número de años en este mundo debido a una maldición. Él no era un hombre como otro cualquiera, no se suponía que tenía que gobernar un reino como lo hacen los reyes ordinarios de la Tierra. No te lamentes por él, no dejes que tu afecto humano nuble tu sabiduría; tu hijo era un dios y ahora ha vuelto a la corte de los dioses, siendo ahora uno más entre ellos. No hay ninguna razón para que te lamentes, al contrario, alégrate de que por fin haya sido liberado de la maldición de tener que vivir en este mundo de hombres mortales. Ganga desapareció de la vista de todos y el río volvió a fluir tan plácidamente como lo había hecho siempre desde el principio de los tiempos.

Después, en medio de una extraña mezcla de tristeza y alegría, la comitiva emprendió el regreso hacia la ciudad de Hastinapura.

Libro 14

El ritual del caballo

(Aswamedhika Parva)

Capítulo I

KRISHNA REGRESA A DWARAKA

14. Aswamedhika [El ritual del caballo].

A pesar de intentarlo, Yudhisthira no podía olvidar el pasado. Aún ardía dentro de él el recuerdo de lo sucedido, hostigándolo día y noche. Cuando Dhritarashtra le envió a Sanjaya con un mensaje antes de la guerra, una de las cosas que le dijo fue que dada su naturaleza sensible, se arrepentiría de destruir a sus primos por el resto de su vida. Y dijo la verdad, porque el estado en que se encontraba el rey estaba comenzando a convertirse en una preocupación para todos. Dhritarashtra, olvidando su propio dolor, intentaba tranquilizar a Yudhisthira. Krishna también se unía a los intentos del anciano rey, hasta que por fin consiguieron devolverle el ánimo y restituirle su estado normal. Yudhisthira reasumió la tarea de gobernar el reino con gran sinceridad y fue aclamado por todos como un gobernante ideal. Todos se sentían felices bajo su mandato; se había ganado el corazón de todos por su naturaleza dulce y compasiva.

Arjuna y Krishna pasaron algún tiempo visitando lugares en los que habían estado tiempo atrás, paseando juntos mientras rememoraban los días pasados. Fueron a la encantadora Indraprastha y pasaron allí varios días. Les era muy agradable pasear a través de los jardines y los salones del gran sabha. y entre ellos se comentaban todas las cosas que habían sucedido desde la última vez que habían estado allí. No parecía que hubiese pasado tanto tiempo desde la última vez que habían estado en aquella ciudad, pero en realidad habían pasado quince años. Hacía quince años que Agni había quemado el bosque de Khandava, cuando Maya fue salvado de las llamas y se ofreció para hacerles un favor. Krishna en aquella ocasión le sugirió la construcción del Mayasabha y luego Narada vino para hablarle a Yudhisthira sobre el rajasuya.

Echando una mirada retrospectiva, trataban de recordar los incidentes más importantes que les habían acontecido: las diferentes escenas que habían dado lugar a aquel trágico drama. La aparición de Draupadi fue como el primer acto. El encuentro entre Krishna y los pandavas fue el segundo. La venida de Narada fue el tercero. Cuando

Yudhisthira supo que su padre no estaba en el sabha de Indra debido a que no había realizado el rajasuya se sintió mal, eso fue el comienzo de la etapa dolorosa. La muerte de Sisupala fue el siguiente acto, al cual le siguieron los otros en rápida sucesión hasta llegar al juego de dados con Sakuni y la escena de Draupadi en la corte de los kurus, a consecuencia de lo cual los pandavas pronunciaron sus juramentos contra aquella corte, con lo cual el drama alcanzó su punto culminante. El resto fue la catástrofe. La escena en Dwaraka cuando Duryodhana y Arjuna fueron a pedirle ayuda a Krishna fue el sexto acto, aquello decidió el destino de todos, pues la guerra en sí fue el acto final: el séptimo. Los dieciocho días que duró la guerra, la muerte del gran Bhishma, de Drona, de Radheya y de Abhimanyu fueron tan sólo escenas de ese pavoroso séptimo acto. El acto acabó con la muerte de Sakuni, siendo la muerte de Duryodhana el desenlace final. Este drama había cubierto un espacio de varios años, pero ahora habían llegado a un estado en que podían mirar atrás. Después de haber atravesado ese espacio de tiempo podían volver la vista atrás y contemplar los acontecimientos libres ya de toda emoción. La memoria retrocedía reproduciendo vívidamente las escenas sin ninguna dificultad, porque estaban ya libres de la amarga pena que había oprimido sus corazones durante los últimos meses.

Krishna dijo:

—Arjuna, la guerra ha terminado, todos tus enemigos han sido aniquilados y Yudhisthira es ahora el monarca del reino de los kurus. Yo he llevado sobre mis hombros este peso, pero ahora mi tarea ha acabado y mis pensamientos se dirigen hacia Dwaraka; deseo ver a mis padres. No me atrevo a pedirle a tu hermano permiso para partir, primero me tienes que dar permiso tú, Arjuna, y luego puedes hablarle a Yudhisthira sobre mi deseo de volver a casa. Si él quiere dejarme ir, regresaré a Dwaraka, pero si, por el contrario, él desea que me quede, me quedaré. El deseo de Yudhisthira es para mí más importante que mi propio deseo. Todos vosotros podéis ayudar a vuestro hermano a gobernar el reino, además tiene con él a Vidura para aconsejarle; mi propósito ya se ha cumplido, creo que ya es tiempo de volver a casa. Arjuna, por favor, dame permiso para irme.

Arjuna no podía contener las lágrimas de tristeza que brotaban de sus ojos al escuchar las palabras de Krishna, pues la unión que existía entre él y Krishna estaba a punto de concluir. Los inseparables iban a ser separados. Su corazón sufría añorando los días que habían pasado, incluso aunque significase el volver a vivir la guerra, no le importaba. Quería volver a sentir la emoción de aquellos días cuando salía en su carro conducido por Krishna hacia el campo de batalla, haciendo sonar sus caracolas a pleno pulmón. Los dieciocho días que duró la guerra fueron para él los días más emocionantes de su vida. Krishna y él no se habían separado ni un solo momento, siempre estuvieron juntos y ahora le había oído decir a Krishna: « Mi propósito se ha cumplido. » Arjuna

recordó el día en que su carro ardió; Krishna le había dicho que todo lo que existe en este mundo ha sido creado con un propósito, y que una vez que se cumple el propósito por el que fue creado, el mundo ya no lo necesita más. ¡Pero eso no podía ser así en el caso de Krishna! ¡él le necesitaba! Arjuna estaría perdido sin él. No podía decir que su tarea había concluido, que su propósito se había cumplido, el propósito por el que había nacido.

Arjuna llorando angustiosamente le dijo:

—¡Mi Señor! ¡Por favor, no vuelvas a decir que tu propósito se ha cumplido! ¡No puedo soportarlo! Krishna se echó a reír y le dijo:

—No pretendía herirte, Arjuna. Tan sólo quería decir que la guerra había concluido. Yo sé que tú me necesitas, es más, yo te necesito a ti. No puedo vivir sin ti. ¿Acaso no te has dado cuenta aún de que tú y yo somos parte el uno del otro? La mitad de mi alma es Arjuna.

Krishna le contó lo que pasó la noche anterior a la muerte de Jayadratha, le contó la conversación que tuvo con Daruka y su decisión de luchar si las cosas empeoraban. Arjuna se sintió tocado por las palabras de Krishna y los dos permanecieron en silencio durante un rato; se querían tanto que no era necesario expresarlo en palabras. Después de algún tiempo, Arjuna accedió a que Krishna regresara a Dwaraka bajo la condición de que regresase tan pronto como pudiera. Krishna le sonrió y le dijo:

—¡Naturalmente! No puedo pasar mucho tiempo separado de ti. Volveré pronto. Luego regresaron a Hastinapura.

Aquellos días que habían pasado en Indraprastha habían sido días muy felices. Arjuna estaba muy contento de haber visitado aquellos lugares entrañables. En cuanto llegaron a la ciudad se dirigieron al palacio para encontrarse con Dhritarashtra y Yudhisthira, pero como ya era tarde decidieron ir a dormir y dejar el asunto para el día siguiente. Por la mañana Arjuna y Krishna fueron a los aposentos de Yudhisthira y allí pasaron algún tiempo juntos. Luego Arjuna muy dulcemente le comentó a su hermano el deseo de Krishna de regresar a Dwaraka. La sola mención de que Krishna iba a separarse de ellos trajo lágrimas a los ojos de Yudhisthira; luego, sobreponiéndose, dijo:

—Krishna, es justo que desees ver a tus padres, no quiero impedir que te vayas. Pero, Krishna, ¿cómo podremos vivir sin ti? Tú eres parte de mí y no puedo ni siquiera pensar en dejarte ir, pero sé que tengo que permitirlo. Te dejaré ir bajo una condición, y es que, igual que en los tiempos pasados cuando estábamos en Indraprastha, has de venir a mí en cuanto piense en ti. Siempre que quería estar contigo, tú recibías el mensaje y venías a mí; que sea así también ahora. Ve y reúnete con tu padre y con tu querida madre, ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vieron y muchas cosas han ocurrido desde entonces.

Luego abrazó a Krishna y le dio permiso para que regresara a Dwaraka.

El carro de Krishna conducido por Daruka aguardaba en la puerta del palacio. La despedida fue muy tierna. Satyaki sollozaba de emoción cuando se despidió de los pandavas, habían pasado juntos por muchas situaciones difíciles. Bhima estaba de pie inmóvil contemplando a Krishna, se iba a sentir muy solo después de la partida de su Señor y de su amigo Satyaki. Krishna se despidió de todos ellos postrándose ante Dhritarashtra, Gandhari, Kunti, Vidura, Yudhisthira y Bhima. Les bendijo y se encaminó hacia el carro que le estaba esperando. Draupadi agitaba su mano diciéndole adiós. Con gran pesar, Krishna subió a la carroza seguido de Satyaki, todos los demás se quedaron allí de pie contemplando cómo el carro se alejaba hasta desaparecer de su vista. Secando sus ojos y sollozando volvieron a entrar al palacio.

Capítulo II

EL NACIMIENTO DE PARIKSHITA

Vyasa visitaba con frecuencia la corte de Yudhisthira. Y una vez más se presentó en su corte, siendo recibido y honrado como era debido. Él sabía que el rey aún no había superado su tristeza y le dijo:

—Será un gran logro si consigues realizar el yaga llamado Aswamedha. Te pondrá feliz además de ser algo que un monarca ha de hacer.

Le dijo a los pandavas que no iba a ser una cosa fácil pues se necesitaba una inmensa fortuna, pero podrían conseguirla de los montes Himalaya; los maruts habían enterrado allí tesoros enormes bajo las laderas de la gran montaña. Yudhisthira estaba muy complacido con la sugerencia que le había hecho el sabio Vyasa, además sus hermanos recibieron también la sugerencia con agrado y entusiasmo. Bhima estaba particularmente feliz de ver a su hermano entusiasmado y decidido a llevar a cabo la idea, pues ya se estaba cansando de ver a Yudhisthira lamentarse incesantemente. En cuanto a Arjuna, la emoción por la aventura que suponía volver a luchar le había puesto también contento y se ofreció para recorrer el mundo llevando con él el caballo del sacrificio. Estaba dispuesto a conquistar a todos los reyes que se atreviesen a oponerse a él. Los pandavas le enviaron a Krishna el mensaje de que se dirigían todos hacia los Himalayas con el propósito de recoger riquezas incontables que los maruts habían enterrado allí, pues el rey se disponía a realizar el aswamedha siguiendo la sugerencia de Vyasa. Le pidieron a Krishna y a Balarama que se dirigieran junto con todos los vrishnis a Hastinapura tan pronto como les fuera posible. Después de dejar el reino en manos de Yuyutsu, Yudhisthira partió hacia los Himalayas contento y feliz, pues el amor que sentía por aquellos montes le iluminaba el corazón. Vyasa fue sabio al hacerle aquella sugerencia, pues este nuevo plan iba a mantener al rey ocupado y no le iba a dejar tiempo para lamentaciones, ya que siempre tendría algo que hacer.

Por fin llegaron a los amados Himalayas y pasaron allí algún tiempo. Luego recogieron las riquezas de los maruts y comenzaron su viaje de vuelta. Las huestes de los vrishnis habían llegado ya a Hastinapura para asistir al aswamedha de Yudhisthira, llegaron incluso antes de que los pandavas regresaran del norte. Y la razón de su temprana llegada era que el niño de Uttara estaba a punto de nacer en cualquier momento. Krishna sabía que el niño nacería sin vida, pero él había pronunciado el juramento de que le devolvería la vida a pesar de que fuera quemado por el gran Brahmasirshastra. Krishna se había apresurado a llegar a la ciudad para darle la vida a aquel niño, que iba a ser el heredero del trono de los pauravas.

Allí pasaron unos días felices, hasta que el gran día llegó: Uttara dio a luz un niño que no tenía vida. Krishna, que sabía lo que había ocurrido fue prontamente hacia los aposentos de Uttara acompañado por Satyaki. Ella estaba postrada en la cama, y Kunti, saliendo de la habitación bañada en lágrimas y sollozando, se encontró con Krishna y le dijo:

—Krishna, tienes que darle vida a este niño que es la esperanza de los pandavas; el hijo de tu sobrino ha nacido sin vida. Tú eres mi única esperanza. Ven a ver conmigo a este niño que quiere vivir pero no puede porque Aswatthama no le ha dejado vivir.

Krishna levantó a la reina que sollozaba de rodillas en el suelo y le dijo:

—No tengas miedo. Yo he prometido que haría vivir al hijo de Abhimanyu y lo haré aunque tenga que emplear en ello todo el punya que he adquirido durante todo este tiempo.

Krishna entró en el aposento de Uttara y allí se encontró con Draupadi, Subhadra y todas las mujeres de la casa real. Uttara lo vio e inmediatamente cayó desmayada a sus pies. Las mujeres la levantaron y la acostaron sobre un lecho que allí había.

Krishna vio el cuerpo sin vida de aquel niño pequeño que acababa de nacer, su corazón palpitaba con fuerza conmovido por el afecto que sentía por aquel pequeño pedazo de carne, que era todo lo que había quedado de su amado Abhimanyu. Tenía que devolverle la vida; sí, tenía que hacerlo. La cara de Krishna se había puesto sería, su sonrisa había desaparecido, nadie podía reconocer a aquel nuevo Krishna. Le miraban con los ojos completamente abiertos y en total asombro, su aspecto no era el de un ser de este mundo, su conciencia estaba muy lejos. De repente, Krishna tomó el fláccido cuerpecito del niño entre sus manos y comenzó a pasar sus divinos dedos a lo largo del cuerpo del niño; sus dedos acariciaron al niño desde la cabeza hasta los dedos del pie. Y con el contacto de sus benditas manos, el niño recobró la vida y comenzó a llorar estrepitosamente: se le había concedido la vida. Krishna estaba exhausto por el esfuerzo que había realizado y casi no podía sostenerse sobre sus pies. El sudor recorría su cara en pequeños arroyuelos. Salió de aquel aposento sin apenas poder andar, tenía un aspecto muy cansado y por un momento se sentó en un banco de piedra. Satyaki le había estado

esperando, había oído el llanto de un niño y se había puesto muy feliz, pero cuando le vio salir del aposento de Uttara se quedó impávido, parecía que Krishna iba a desmayarse, pues anduvo tambaleante hasta sentarse. Satyaki se dio cuenta inmediatamente de que Krishna estaba en trance, por ello esperó junto a él hasta que volviese en sí. Suponía que a Krishna no le iba a gustar que se entrometiese en sus más íntimos sentimientos. Era evidente que aquella obra le había requerido toda su energía; su energía espiritual. Pero Krishna ya se estaba recobrando, era un momento sagrado. Krishna estaba sintonizando su conciencia para ponerse en contacto con el infinito y así poder recobrar su energía. Satyaki esperaba.

Por fin Krishna volvió en sí, ya parecía el mismo Krishna de siempre, pero su cara brillaba con una luz nueva. Parecía como si hubiese pasado por una extraña experiencia, pero Satyaki no quiso hablar de ello, dijo:

—Así es que Abhimanyu vive otra vez. La gloria será tuya por este acto que has realizado, ha sido un logro mayor que haber ganado la guerra en el campo de Kurukshetra.

Krishna le sonrió y le dijo:

—Sí, Satyaki, esto ha sido más difícil que ganar la guerra. Se cogieron de la mano y andando juntos se alejaron de allí. El palacio se había convertido en un templo de gozo. Todo el reino estaba celebrando el nacimiento del heredero al trono de los pauravas. Durante un mes se estuvo celebrando aquel magnífico acontecimiento, el hijo de Abhimanyu recibió el nombre de Parikshita. Incluso hasta Subhadra pudo olvidar su dolor por el nacimiento de aquel hijo de Abhimanyu.

Luego llegaron noticias de que Yudhisthira regresaba del norte y Krishna y algunos otros salieron a su encuentro a mitad del camino. Toda la comitiva entró en la ciudad con gran entusiasmo. Vyasa vino para hacer los preparativos para el aswamedha. En cuanto el rey vio al hijo de Abhimanyu toda su pena desapareció, era divertido ver a Bhima coger aquella pequeña criatura entre sus enormes manos: quería mucho a su nieto. Yudhisthira fue donde estaba Krishna y le dijo:

—Krishna, por favor, escúchame, tengo algo que pedirte: has de ser tú quien realice el yaga. Tú has ganado este reino para nosotros y es justo que seas tú quien realice el aswamedha.

Krishna le sonrió agradecido y le dijo:

—Tú eres el gobernante de este reino, eres el señor y el dueño de todos nosotros, lo justo es que el aswamedha yaga sea realizado por un rey de la raza lunar. Así lo han hecho todos los reyes de esta casa. Además, tu querido abuelo dijo que tenías que ser como Nahusha y Harischandra. Me sentiré muy honrado si me permites servirte como un vasallo; estoy orgulloso de ti, mi señor. En verdad, soy un hombre feliz porque estoy viendo cómo todos mis sueños se están haciendo realidad uno detrás de otro; se están realizando todos, mi señor, tan sólo hace falta un poco de paciencia.

Krishna se sentía muy feliz de ver que el rey ya no estaba atormentado por la tristeza, ahora brillaba como el Sol después de salir de un eclipse. Yudhisthira estaba realmente feliz.

Arjuna había sido enviado a las cuatro regiones del mundo llevando con él el caballo del sacrificio. Fue de un lado para otro acumulando conquistas fácilmente. En muchos países ni siquiera le ofrecieron resistencia, y en aquellos lugares donde se le opusieron, no le resultó difícil derrotar a sus gobernantes y obtener riquezas de ellos. Luego invitó a todos los reyes a asistir al aswamedha yaga y regresó a Hastinapura con el caballo blanco del sacrificio.

Bhima y Nakula junto con Shadeva eran los encargados de los preparativos. Todo estaba listo para la celebración del yaga, aquello parecía el gran rajasuya que Yudhisthira realizó años atrás. Allí estaban los pandavas junto con Krishna y los héroes de la casa de los vrishnis, pero todos los demás reyes eran los hijos o los sobrinos de los reyes que habían asistido al anterior rajasuya.

Por fin acabó el aswamedha yaga y todos los reyes regresaron a sus reinos después de haber sido debidamente honrados por Yudhisthira. Krishna y Balarama junto con Satyaki y los otros héroes de la casa de los vrishnis regresaron a Dwaraka.

Libro 15
La Ermita
(Asramavasika Parva)

Capítulo I

LA MUERTE DE DHRITARASHTRA, GANDHARI, KUNTI Y VIDURA

YA habían pasado quince años. Yudhisthira había gobernado como un rey ideal y como un hombre noble, consultando todo con Dhritarashtra para conocer su opinión y siguiendo siempre su consejo. Ahora en su corte estaba Kripa; Vyasa había hecho que Yudhisthira le asignase el cargo de tutor de Parikshita. Hastinapura estaba siendo gobernada por los hombres más capacitados y la gente se sentía muy feliz; sin embargo, Dhritarashtra no podía ser feliz. Él sabía que Yudhisthira le quería como a un padre y le trataba como a un rey; era la persona más afectuosa que había conocido jamás. Pero el corazón de aquel anciano estaba siempre envuelto en nostalgias por su hijo Duryodhana, no podía olvidar a su hijo favorito. Ya hacía quince años que vivía en la corte de Yudhisthira, pero de repente le surgieron deseos de abandonar la corte e irse al bosque, lo comentó con Gandhari y resultó ser que los dos eran del mismo parecer. Dhritarashtra se quería ir de la ciudad donde su hijo había estado gobernando una vez. Así pues, ordenó que Yudhisthira viniera a su presencia y le hizo conocer su deseo. El rey Yudhisthira se sintió herido y entristecido por la actitud de su tío; trató de disuadirlo pero el anciano se mantenía firme en su postura. Yudhisthira persistía en sus súplicas, pero no valían de nada. Entonces Vyasa vino y le dijo a Yudhisthira que tenía que permitir que el anciano rey se fuera al bosque. Era costumbre de reyes, que una vez llegada la senectud se retirasen al bosque renunciando a los deseos mundanos y ese era el caso de Dhritarashtra; era justo que así lo hiciera. Muy a disgusto Yudhisthira permitió a Dhritarashtra y Gandhari que se fueran al bosque.

15. Asramavasika [La ermita].

Pero ahí no acababa todo, una nueva sorpresa le aguardaba a Yudhisthira: Kunti le dijo que ella también se quería ir al bosque junto con los otros dos ancianos. Yudhisthira no sabía qué hacer ni qué decir, la declaración de su madre le hacía sentirse terriblemente incómodo. Todos los hijos de Draupadi, Subhadra y hasta la pequeña Uttara trataron de que Kunti cambiara de parecer, pero ella estaba completamente decidida. Les dijo

que tenía que expiar el pecado que había cometido con su hijo Radheya y que estaba totalmente decidida a irse al bosque, así que tuvieron que permitirle que se fuera. Pero eso no fue todo, también Vidura y Sanjaya decidieron acompañar a los ancianos y retirarse con ellos.

A la mañana siguiente, Dhritarashtra acompañado por Gandhari, Kunti, Vidura y Sanjaya emprendieron la marcha hacia el bosque, mientras los ciudadanos de Hastinapura lamentaban la separación de seres tan queridos como ellos. A los pandavas no les gustaba nada que los ancianos se fueran al bosque y con mucha tristeza en sus corazones se despidieron de ellos y regresaron al palacio que ahora parecía vacío. Tenerse que separar de su madre había sido para los pandavas un duro golpe.

Dhritarashtra primero se dirigió hacia las orillas del Ganges y de allí luego se encaminó hacia el ashram de Vyasa, donde fijaron su residencia tratando de aliviar la pena que sentían en sus corazones escuchando las pláticas de los rishis que allí vivían.

A Yudhisthira le resultaba muy difícil soportar la separación de su madre, y lo mismo le ocurría a Shadeva, hasta que por fin, pasado un tiempo, un día decidieron ir al bosque para visitar a su madre y a todos los demás.

Fue un viaje muy agradable y pronto llegaron al ashram donde todos estaban residiendo. Justo cuando llegaban los pandavas, los ancianos regresaban de las orillas del río. Shadeva echó a correr hacia Kunti y se postró a sus pies, ella se sintió muy feliz de ver a su hijo favorito. Todos entraron y se sentaron dentro del ashram, pasaron unos momentos sin que nadie pudiera hablar. Luego comenzaron a contar lo que había sucedido en la ciudad durante la ausencia de los ancianos. De repente, Yudhisthira miró alrededor y dijo:

—¿Dónde está mi tío? ¿dónde está Vidura?

Le dijeron que Vidura estaba haciendo penitencia y que se había ido a vivir al corazón del bosque alimentándose sólo de aire y que muy rara vez iba por allí. Alguien le había visto desde lejos hacía un tiempo y le indicó a Yudhisthira más o menos dónde podía estar.

Yudhisthira fue hacia el lugar donde se suponía que estaba Vidura y allí le encontró, pero no era el Vidura de siempre. Su cuerpo no era más que un montón de huesos y estaba a punto de desfallecer. Sus ojos estaban brillando con una extraña intensidad. Yudhisthira se acercó y le dijo:

—Soy Yudhisthira, mi señor. Por favor, háblame.

Era obvio que Vidura no podía hablar, estaba de pie apoyado contra un árbol. Yudhisthira se sentía como obligado a mirar fijo a los ojos de Vidura. Los ojos de Vidura ardían mientras fijaba su mirada dentro de los de Yudhisthira. Los cuatro ojos se habían quedado fijos durante un tiempo, como atrapados en una intensa mirada. Yudhisthira

no podía apartar sus ojos, algo extraño le estaba sucediendo. Yudhisthira sentía como si se estuviera volviendo más fuerte y más sabio, le parecía que se estaba convirtiendo en algo diferente, casi le parecía que era más Vidura que Yudhisthira. Después de esto, observando a Vidura con más atención se dio cuenta de que había muerto. Entonces comprendió que Vidura había entrado en su cuerpo y había abandonado el suyo. Luego se dispuso a incinerar el cuerpo preparando para ello la pira crematoria, pero escuchó una voz que venía de los cielos; era Dharma que le decía:

—Vidura era la encarnación del Dharma igual que lo eres tú, él ha muerto y ha entrado en tu cuerpo, ahora tienes a Vidura dentro de ti. En cuanto a su cuerpo no le hagas nada, no debes incinerarlo porque es parte de ti. Déjalo tal cual está y vete a reunirte con tus hermanos.

Yudhisthira regresó a la presencia de Dhritarashtra y les contó a todos aquella experiencia extraña que había tenido.

Pasaron unos cuantos días junto a los ancianos hasta que les pidieron que regresasen a Hastinapura. La separación de su madre les resultaba muy difícil. Kunti les abrazó a todos y a su hijo mayor le dijo:

—Hijo mío, puede que no nos veamos de nuevo. Cuida a mi hijo Shadeva, ya sabes lo mucho que le quiero; aunque ya es mayor siento que aún es un niño. Cuídate a ti mismo y a los demás, gobierna bien el reino. Os bendigo a todos.

Con lágrimas en sus ojos emprendieron el camino de regreso a Hastinapura.

Dos años más tarde Narada fue a Hastinapura, donde se le recibió con gran honor. Yudhisthira sabía que la visita de Narada significaba que tenía algo importante que decirles. Todos los hermanos se habían reunido y Narada dijo:

—Yudhisthira, tienes razón en lo que supones, tengo noticias de grave importancia para ti; Dhritarashtra, Gandhari y Kunti regresaban de la orilla del río hacia la ermita cuando se produjo un fuego en el bosque donde ellos residen, Sanjaya iba también con ellos. Todos se sentían enfermos por las severas penitencias que han estado realizando; vieron el fuego y no intentaron siquiera escapar de él. El rey ordenó a Sanjaya que les abandonase antes de que el fuego les cercase impidiéndoles escapar, él trató de negarse pero el rey insistió hasta que Sanjaya tuvo que irse, dejando que los ancianos quedaran apresados por el fuego. Los tres permitieron que el fuego del bosque les devorase entre sus llamas. Ahora Sanjaya se ha ido al monte Himalaya a pasar allí el resto de su vida. Siento mucho tener que ser mensajero de noticias tan lamentables como ésta.

Yudhisthira se desmayó y Shadeva rompió a llorar como un niño. Bhima sollozaba inconsolablemente: la madre de los pandavas había muerto. Aún no podían hacerse a la idea, pero tenían que aceptarlo. A los hijos de Kunti no les resultaba nada fácil aceptar que se habían quedado huérfanos, su madre también había muerto. Kunti, que

era una persona que había pasado por incontables sufrimientos buscando el bien de sus hijos, había muerto. Narada trataba de consolarles y Vyasa también vino para tratar de ayudarles a enfrentarse a la pena con fortaleza, pero no fue posible.

Les llevó meses y años el poder olvidar la tristeza que les había causado la muerte de su querida madre, pero el tiempo ayuda a curarlo todo y los pandavas por fin pudieron volver a concentrarse en las tareas que tenían encomendadas dentro del gobierno del reino. Parikshita era para ellos la única fuente de consuelo, aquel hermoso hijo de Abhimanyu lograba disipar la pena y la tristeza de sus corazones.

Libro 16

Destrucción

(Mausala Parva)

Capítulo I

LA DESTRUCCIÓN DE LA CASA DE LOS VRISHNIS

PASARON algunos años más y ya hacía treinta y seis años que Yudhisthira gobernaba el reino. Un día, Yudhisthira vio en los cielos los mismos malos augurios que aparecieron justo antes de que la gran guerra tuviera lugar. Aquellos portentos hablaban de una gran calamidad que iba a recaer sobre ellos, pero Yudhisthira no sabía qué podía ser, lo que sí sentía era que una gran destrucción iba a tener lugar. No podía adivinar qué iba a ser, pero sí sabía que iba a ser algo terrible y que sucedería muy pronto. Krishna también vio aquellos presagios y presintió la destrucción de la casa de los vrishnis. La maldición de Gandhari iba a cumplirse. 16. Mausala [Destrucción].

Sobre los vrishnis no sólo pesaba la maldición de Gandhari sino otra maldición que les sobrevino cuando los rishis Kamba y Narada llegaron un día a Dwaraka. Los jóvenes de la familia de Vasudeva trataron de gastarle una broma a los santos que acababan de llegar; para ello disfrazaron a Samba con vestidos de mujer y le llevaron ante los rishis. Los jóvenes le preguntaron a los rishis:

—Esta mujer está esperando un niño y se dice que vosotros sois videntes y que podéis adivinar el futuro; decidnos pues ¿será la criatura que va a parir esta mujer un niño o una niña?

A los rishis —que extrañamente carecían de esa virtud llamada el sentido del humor— no les hizo ninguna gracia aquella broma y muy enfadados les respondieron:

—Esta mujer, tal y como vosotros la llamáis, dará a luz un cetro de acero y ese cetro será la causa de la completa destrucción de la casa de los vrishnis.

Los jóvenes se quedaron horrorizados al ver lo que habían hecho; trataron como pudieron de pacificar a los rishis pero no lo consiguieron; les habían condenado a un horripilante futuro. Samba dio a luz un cetro de acero y los muchachos fueron a donde estaban Krishna y Balarama y les contaron lo que había sucedido. Balarama se enfadó mucho y ordenó que el cetro fuera molido hasta reducirlo a polvo. Luego arrojaron el

polvo al mar y pensaron que habían conseguido burlar al destino. Todos olvidaron aquel incidente, todos excepto Krishna.

Treinta y seis años después de la gran guerra, Krishna vio aquellos terroríficos portentos aparecidos en el cielo y sabía que aquello significaba la completa destrucción de su familia. Pero Krishna no se inmutó por ello, ya estaba cansado de aquella vida y quería abandonar el mundo. Aquello era lo último que le quedaba por ver antes de abandonar el mundo en el que había nacido para librarle de todos los pecados que había soportado. La cuarta fase del tiempo, el kaliyuga, ya había hecho su aparición. Krishna podía ver que los hombres ya empezaban a perder el sentido del dharma. Él tendría que nacer de nuevo cuando la era del kaliyuga estuviese a punto de acabar. Pero mientras tanto tenía la oportunidad de volver a la morada de donde había venido. No obstante, aún tendría que permanecer en la Tierra hasta que la maldición de Gandhari se cumpliera. Contempló a su gente y se dio cuenta de que habían perdido el sentido de la justicia y que se estaban precipitando hacia una lucha final en la que iban a perecer todos.

Un día, como ya era costumbre, toda la familia se fue hacia un lugar llamado Prathasatirta, donde se adoraba al señor Sankara. Todos emprendieron el viaje muy contentos y alegres. Krishna se acordaba de que unos años atrás también habían ido a Prabhasa cuando Arjuna estaba en el jardín de Subhadra; en aquella ocasión Krishna había arreglado la situación para que Arjuna pudiese escaparse con Subhadra y para ello se llevó a su hermano y a todos los demás a Prabhasa para facilitarle la huida a los jóvenes amantes. ¡Cuánto tiempo había pasado desde entonces! Esta era la última vez que iban a ir a Prabhasa, pues aquel lugar iba a ser el escenario de una gran catástrofe. Krishna estaba impaciente esperando que llegara aquel final pues se sentía disgustado y decepcionado por el comportamiento de los miembros de su familia y quería zanjar aquello de una vez. La caravana de carrozas y otros vehículos avanzaba hacia aquel lugar de recreo llamado Prabhasa y en cuanto llegaron se levantaron tiendas individuales donde todos se alojaron para pasar aquella noche. El día siguiente lo pasaron participando en todo tipo de juegos y luego se organizó una gran fiesta que duró varios días.

Un día después de todos aquellos festejos y después de haber bebido, se sentaron todos y comenzaron a hablar de cosas que habían ocurrido en el pasado. De repente, Satyaki, que estaba totalmente ebrio, comenzó a insultar a Kritavarma, el cual también se hallaba en el mismo estado.

Satyaki le había estado guardando rencor a Kritavarma desde el tiempo de la gran guerra porque se puso del lado de Duryodhana; jamás le perdonó aquello y había decidido echárselo en cara. Naturalmente, era la bebida lo que le provocó a hacer aquello, pero también era el destino. Satyaki sacó a relucir la guerra en medio de la conversación y dijo:

—No me puedo imaginar a un kshatrya que sea capaz de matar a gente que esté dormida y que prenda fuego al campamento del enemigo como un vulgar ladrón, para luego salir corriendo hacia su país por miedo a afrontar las consecuencias de sus acciones.

Aquellas palabras hicieron que Kritavarma enloqueciera de furia. Él, que también estaba borracho, sacó a relucir el asunto de la muerte de Bhurisravas y la gente comenzó a tomar partido poniéndose de parte de uno o de otro. Era un tumulto de borrachos; la gran casa de los vrishnis había descendido hasta ese punto. Krishna observaba todo lo que estaba pasando, vio cómo su hijo Pradyumna se ponía de parte de Satyaki, el cual se puso en pie y gritando a Kritavarma le dijo:

—Hoy voy a vengar la muerte del mejor de los hombres que luchó en la gran guerra: Dhrishtadyumna.

Satyaki se precipitó sobre Kritavarma y de un solo tajo le cortó la cabeza. El tumulto se convirtió en una lucha y aquellos que no tenían armas cogieron las malas hierbas que crecían a lo largo de la orilla de la playa y luchaban con ellas. Las malas hierbas habían crecido abonadas por el polvo del cetro de acero que estaba destinado a ser la causa de la destrucción de la casa de los vrishnis. Krishna vio cómo mataban a Satyaki y también a su hijo Pradyumna, él sabía que ya no tenía ninguna razón por la que vivir, ya no quedaba nada. Así pues, Krishna mismo fue y cogiendo malas hierbas a manos llenas se las arrojaba a aquellos que estaban luchando. Cada una de las hierbas era un arma terrible y estaban siendo esparcidas por todas partes, por lo que en cuestión de pocos momentos toda aquella multitud había sido destruida, fue destruida por Krishna. Su cara había tomado un aspecto terrorífico; era la muerte misma.

Todos murieron excepto Balarama, Krishna y Daruka. Balarama no se encontraba allí, así que Daruka y Krishna fueron en su búsqueda. Le encontraron junto a la orilla del mar apoyado contra un árbol; se había alejado de Prabhasa muy disgustado al ver a su familia convertida en una alborotada multitud de borrachos. Había decidido renunciar a aquella vida y estaba sentado absorto en el trance del yoga dispuesto a abandonar su cuerpo físico. Krishna le vio y le dijo:

—Daruka, ve inmediatamente a Hastinapura y cuéntale a mi querido Arjuna todo lo que ha sucedido en Prabhasa, cuéntale todo a Yudhisthira y explícale la degradación moral en la que había caído la casa de los vrishnis. Diles que los héroes se habían deteriorado tanto que una reyerta de borrachos fue suficiente para causar la destrucción de todos. Cuéntale la maldición de los rishis y la de Gandhari. Trae a Arjuna a Dwaraka y pídele que cuide a las mujeres y a los niños, dile que venga pronto.

Con el corazón muy apesadumbrado, Daruka se despidió de Krishna y se puso en marcha hacia Hastinapura. Krishna fue corriendo a donde estaba su hermano y le dijo:

—Hermano, espérame, voy a Dwaraka a dejar a las mujeres y a los niños con nuestro padre, luego regresaré y nos iremos juntos.

Krishna regresó a Dwaraka y fue a la casa de Vasudeva, su padre, y le dijo:

—He mandado llamar a Arjuna, él vendrá y se hará cargo de todo, vendrá pronto. Ahora tengo que irme, Balarama está esperándome, tengo que reunirme con él. Sin mi gente, esta ciudad de Dwaraka no me ofrece ningún atractivo. Balarama y yo hemos decidido practicar austeridades.

Krishna se postró a los pies de su padre y luego, sin volver la vista atrás, echó a andar tan deprisa como podía alejándose de la ciudad. Llegó al lugar donde le estaba esperando su querido hermano, y Balarama, en cuento le vio, entró en trance. Krishna se quedó a su lado esperando y observando, y al poco vio una inmensa serpiente blanca saliendo de la boca de Balarama, salió y desapareció adentrándose en el océano. Se dice que Krishna es la encarnación de Vishnu y que Balarama es la encarnación de Sesha, la serpiente que sirve de lecho al Señor Vishnu. Krishna en cuanto vio a Sesha salir de la boca de Balarama, supo que también le había llegado a él el tiempo de partir.

Capítulo II

LA MUERTE DE KRISHNA

YA era de noche. Krishna vagaba de un lado para otro absorto en sus pensamientos. Ya había llegado al final de su vida; ya había hecho todo lo que había venido a hacer. A su mente volvían recuerdos de los días que pasó en Gokula, se acordaba de Yasoda, su madrastra. Su mente revoloteaba alrededor de Radha igual que una abeja revolotea sobre una flor cargada de néctar. Krishna estaba desempolvando su memoria. Ahora su mente se iba a Marura, donde mató a su tío Kamsa, el tirano. Los años pasaban por su memoria igual que las olas del mar, contemplándolos con su mirada perdida. Su pensamiento se detuvo en los pandavas, recordó su primer encuentro con ellos y los muchos incidentes en sus vidas llenas de sufrimiento. Luego la guerra y la destrucción de los kshatryas. Luego la muerte de Duryodhana y la maldición de Gandhari; Krishna tuvo que vivir hasta ver cómo se hacía realidad ante sus ojos. Luego pensó en el hijo de Abhimanyu que nació sin vida y cómo él se la devolvió, sonrió para sí pensando: « Sí, fue un gran esfuerzo, pero tenía que hacerlo. » Había estado protegiendo a los pandavas hasta el final, tan sólo tenía una cosa de qué lamentarse y era que no había podido encontrarse con Arjuna. Pero, de repente, su cara se iluminó con una dulce sonrisa; podía introducirse en su sueño y hablar con él. Krishna se sentó en trance y con un gran esfuerzo de voluntad logró entrar en contacto con la mente de Arjuna. Sintió cómo la mente de Arjuna había sido atraída por el poder de su mente y se sintió feliz.

Arjuna estaba solo, sentado en su aposento, cuando, de repente, se acordó de Krishna, sintió como si Krishna le hablase diciéndole:

—Arjuna, tiéndete, Arjuna, quiero hablar contigo. Arjuna hizo lo que sentía que se le ordenaba y enseguida se quedó profundamente dormido. Krishna se introdujo en su sueño igual que lo había hecho, hace años, en la noche de la muerte de Abhimanyu.

Krishna tomó sus manos entre las suyas y le dijo:

—Arjuna, ¿te acuerdas que te dije una vez que todo en este mundo nace para cumplir un propósito, y que después de haberlo cumplido tiene que morir?

Arjuna dijo:

—Sí, Krishna, tú me lo dijiste cuando mi carro ardió después de la guerra. También me dijiste...

Krishna le interrumpió y continuó diciendo:

—Sí, sí, te dije que también eso ocurriría conmigo. Todos los hombres han sido puestos en este extraño viaje lleno de acontecimientos llamado la vida, han sido enviados a este mundo con un propósito y una vez que se cumple ese propósito, la Tierra no necesita más de ellos. Esto ocurre con todos nosotros, incluso yo. Yo me he creado a mí mismo en esta Tierra con un propósito, pero en el momento que acabe yo moriré también y lo mismo te ocurrirá a ti y a tus hermanos. Arjuna, ¿te acuerdas que te hablé de todo esto?

Arjuna dijo:

—Sí, mi Señor, me acuerdo.

Krishna dijo:

—Arjuna, quiero decirte algo: Mi propósito en esta Tierra se ha cumplido: me voy. Pero tú has de venir también, no podemos estar separados el uno del otro.

Arjuna le dijo:

—Krishna, mi señor, ¿qué me estás diciendo? No logro entender lo que me dices.

Krishna sonrió dulcemente y le dijo:

—Mi querido amigo, quería verte una vez más antes de irme y ahora te he visto. Ya no tengo nada que lamentar. En cuanto al significado de mis palabras, lo entenderás mañana.

Una fresca y brillante sonrisa iluminaba la cara de Krishna mientras se desvanecía, desapareciendo del sueño de Arjuna.

Krishna caminaba ahora con paso lento y vacilante. Él era un dios y podía morir de la misma forma que lo había hecho su hermano, renunciando a su aliento mediante el poder del yoga. Pero esta vez había optado por encarnar como un hombre, y en una ocasión le había dicho a Arjuna que él actuaría de acuerdo al papel que estaba jugando, así pues, tenía que morir como un hombre y no como un santo; tenía que morir a causa de algo. Recapacitando sobre esto Krishna se acostó sobre el suelo quedándose profundamente dormido.

Por allí cerca merodeaba un cazador equipado con arco y flechas, que acertó a pasar a una distancia desde la cual el cuerpo yacente de Krishna parecía el de un animal dormido. De hecho, el cazador pensó que se trataba de un ciervo debido al vestido de seda amarilla que llevaba puesto Krishna. El gran Durvasa le había otorgado a Krishna el don de la invulnerabilidad por todas partes del cuerpo excepto por las plantas de los pies, y la flecha del cazador había entrado en el cuerpo de Krishna a través de una de sus partes vulnerables. Además, se daba el caso de que una vez, mientras el cazador paseaba por la orilla del mar, tropezó con algo y se detuvo para ver qué era; comprobó que se trataba de un pedazo de acero, lo cogió con su mano y pensó que con él podría hacer una buena punta de flecha. Y así lo hizo, aquel pedazo de acero era una porción del cetro que había sido destrozado y arrojado al mar, y ahora era la cabeza de la flecha que había entrado en el cuerpo de Krishna a través de la punta del pie.

Krishna estaba sufriendo un intenso dolor mientras agonizaba. El cazador se dirigió corriendo al lugar donde había caído su presa y en vez de un ciervo se encontró a un hombre vestido con una hermosa seda amarilla. El hombre se horrorizó al darse cuenta de lo que había hecho, pero Krishna le sonrió y le dijo:

—Mi buen hombre, me has hecho un favor, me has resuelto mí último problema: cómo morir. Vete en paz, amigo mío; alcanzarás los cielos por esto que has hecho.

El cazador trató de asistir por todos los medios a aquel hombre moribundo, pero de nada le valió. El gran Krishna había muerto. Su alma ascendió a los cielos haciendo brillar toda la Tierra mientras ascendía. Krishna había dejado el mundo; había cumplido el propósito por el que había venido y la Tierra ya no necesitaba más de él. Había regresado al lugar de donde había venido. El mundo se había quedado sin Krishna, era como un cuerpo del que se había ido la vida. La Tierra era ahora como una flor que había perdido su perfume.

Capítulo III
LA DESAPARICION DE DWARAKA

DARUKA fue rápidamente a Hastinapura para contarle a los pandavas la gran tragedia de Prabhasa; les contó todo. Ni Yudhisthira ni sus demás hermanos se acordaban ya de la maldición de Gandhari y por unos momentos se quedaron mudos por la impresión que aquella noticia les había producido. Habían sufrido mucho, pero para ellos, el solo hecho de pensar en Krishna era suficiente para devolverles la fuerza, mas si lo que decía Daruka era cierto, ya no les quedaba nada. El impacto de la noticia les había dejado aturdidos y no podían pensar con claridad. Arjuna, en silenciosa amargura, subió a su carro y partió velozmente hacia Dwaraka, mientras se acordaba del sueño que había tenido el día anterior con Krishna, el cual le había dicho: «Mañana comprenderás el

significado de mis palabras. » Arjuna comprendió que Krishna había muerto y el corazón se le heló. Muy pronto llegó a Dwaraka y se presentó ante Vasudeva, el cual le contó los últimos detalles de la tragedia que había sobrevenido a la casa de los vrishnis.

Arjuna se fue a Prabhasa encontrándose allí con los cuerpos sin vida de los héroes vrishnis, todos habían muerto. Allí estaba su amado Satyaki, Pradyumna, el hijo de Krishna y más adelante también se encontró con su amigo Gada; todos sin vida. Vasudeva también le había contado a Arjuna las últimas palabras que le había dirigido Krishna, haciéndole saber que Balarama y él se iban a hacer penitencias. Arjuna se fue en busca de los dos y pronto se encontró con el cuerpo sin vida de Balarama. Daruka le había conducido hasta aquel lugar. Después de aquello Arjuna se volvió insensible a todo, quedándose como muerto. Luego él y Daruka empezaron a buscar a Krishna, hasta que al final también le encontraron, con la planta del pie atravesada por una flecha.

Arjuna se quedó mirando fijamente a Krishna durante largo rato. Después de la muerte de Krishna la Tierra había perdido ya todo lo que era bello, pero Arjuna quería cumplir con la tarea que Krishna le había encomendado; Krishna le había pedido que se reuniese pronto con él, le debía estar esperando, así que tenía que darse prisa. Arjuna hizo los preparativos para que los cuerpos de Balarama y Krishna fueran trasladados a Dwaraka para ser incinerados. Y allí estuvo, de pie junto al cuerpo de su querido Krishna mientras las llamas lo consumían. Arjuna actuaba como un hombre que ha perdido la razón, ya no era el mismo. Después de aquel día terrible, Arjuna pasó la noche con su mente fija en Krishna, no pensaba en nada más. A la mañana siguiente se encontró con que Vasudeva había muerto abandonando su cuerpo a voluntad, entrando en trance yóguico. Dwaraka estaba vacía, ya no quedaba nada de lo que Arjuna estimaba como querido. Varias de las esposas de Krishna y Balarama habían subido también a la pira funeraria para ser consumidas por el fuego junto con sus esposos y ahora era su deber el llevar a los ciudadanos y a las otras mujeres y niños de la familia de su amigo a la ciudad de Hastinapura, para que allí cuidasen de ellos. Les reunió a todos y emprendieron una larga procesión en la que no se oía más que quejidos y lamentos: Dwaraka quedó vacía.

El mar que hasta entonces había estado bañando las orillas de la playa, de repente rebasó las fronteras que la naturaleza le había impuesto y se precipitó hacia la ciudad, inundando las calles y derribando los hermosos edificios. El mar cubrió la ciudad entera. Todos volvieron la cabeza y vieron cómo el mar arrasaba las casas y los palacios sumergiéndolos unos tras otros. Arjuna miró por última vez la mansión de Krishna, que inmediatamente desapareció bajo las aguas de un mar embravecido. Después de unos pocos momentos ya no quedaba nada, y el mar nuevamente se había convertido en un plácido lago de aguas tranquilas, pero ya no quedaba ni rastro de aquella hermosa ciudad que en un tiempo fue el lugar de residencia favorito de los pandavas. Dwaraka ya no era más que un nombre; una memoria.

Arjuna prosiguió su marcha incesante hacia Hastinapura. Cuando caía la noche acampaban debajo de los árboles y por la mañana temprano reemprendían la marcha. Para Arjuna, era la época más dolorosa de su vida, tenía que mantenerse todo el tiempo ocupado, si no, temía enloquecer. Un día, mientras atravesaban un inmenso bosque, una banda de ladrones divisó la caravana y decidió atacarla al darse cuenta de que sólo había un hombre protegiendo toda aquella multitud de mujeres y niños. Así pues, los ladrones se abalanzaron sobre la gente de Dwaraka para robarle sus riquezas y también sus mujeres. Arjuna inmediatamente cogió su gandiva y trató de tensarlo rápidamente, pero se quedó sorprendido al darse cuenta de que apenas podía hacerlo, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para conseguirlo. No podía comprenderlo, sus dedos habían perdido toda su destreza y le resultaba muy difícil usar el arco y las flechas. Cuando al poco tiempo sus aljabas se quedaron vacías, decidió invocar algún astra para deshacerse de los ladrones, pero no lograba acordarse ni de una sola de las invocaciones mágicas. Se sentía abatido, Arjuna no podía hacer nada. Los ladrones consiguieron su botín llevándose la mayor parte de las riquezas y de las mujeres. Con el corazón destrozado, Arjuna reemprendió nuevamente la marcha junto con la gente que había quedado. En cuanto llegó a Hastinapura se presentó ante Yudhisthira y después de quedarse allí de pie durante unos momentos perdió el sentido y se desplomó al suelo.

Libro 17
El gran viaje
(Maha Prasthanika Parva)

Capítulo I

INDRA SE LLEVA A YUDHISTHIRA AL CIELO

MUCHO habían supuesto todos los últimos acontecimientos en el ánimo de Arjuna, que se hallaba totalmente exhausto. Trataron de reanimarle con aguas perfumadas y Arjuna volvió en sí. Como pudo, les relató todo lo que había vivido en aquellos días interrumpiéndose entre llantos y sollozos cuando les contaba la incineración de los cuerpos de Balarama, Satyaki y Krishna. Les contó cómo el mar se apoderó de la hermosa ciudad de Dwaraka y cómo los ladrones asaltaron la caravana sin que él pudiera hacer nada. El relato de su fracaso al intentar usar su gandiva fue la tragedia final. Los hermanos le escuchaban en total silencio y sin moverse, todos estaban pensando en la misma cosa. Luego Arjuna les contó el sueño en el que Krishna se le había aparecido para despedirse de él, pero ya a ninguno le quedaban lágrimas para llorar, dentro de ellos se había muerto todo desde el momento en que escucharon que Krishna había abandonado este mundo, ya no había nada en la Tierra entera por lo que mereciera la pena vivir; Krishna se había ido. Ya no tenía sentido seguir viviendo, habían perdido el interés por todo. Yudhisthira dijo:

17. Maha Prasthanika [El gran viaje].

—Arjuna, en la caldera del tiempo todos somos cocidos hasta que nos deshacemos y perdemos nuestra identidad. Creo que ya es tiempo de deshacernos y perder nuestra individualidad, ya no nos queda nada de todo aquello que en un tiempo nos fue querido. Después de la muerte de Krishna, nuestras vidas deberían acabar también.

Arjuna dijo:

—Sí, mi señor, al final siempre es el tiempo el que gana la última victoria.

Escuchando las palabras de Yudhisthira y Arjuna, Nakula, Shadeva y Bhima también acordaron lo mismo: los pandavas decidieron dejar la Tierra y emprender su viaje final. Yudhisthira hizo los preparativos necesarios y coronó a Parikshita como rey, asignando luego a Yuyutsu para su guardia personal y a Kripa como su guru. Luego, los pandavas anunciaron a los ciudadanos de Hastinapura la decisión que habían tomado

de renunciar al mundo y emprender su viaje hacia los cielos. Nadie pudo detenerles, estaban totalmente decididos a llevar a cabo lo que se habían propuesto.

Los pandavas estaban listos para el gran viaje. Ataviados con cortezas de árboles y pieles de ciervos, se detuvieron ante la puerta del palacio para despedirse por última vez de la gente de la ciudad. Draupadi también estaba junto a ellos vestida con cortezas de árboles y sin las joyas y sedas que eran usuales en ella hasta entonces. Los pandavas iban vestidos igual que hacía muchos años atrás, cuando fueron exiliados de Hastinapura, pero ahora la situación era muy diferente; una paz especial invadía sus almas y sus rostros brillaban con la luz interior. Se despidieron de Hastinapura y emprendieron su camino entre los lamentos y sollozos de la gente de la ciudad.

Primero fueron hacia la ciudad de Dwaraka, contemplando el mar debajo del cual dormía sumergida la que hasta hacía poco había sido una bellísima ciudad. Y allí permanecieron de pie en la orilla del mar del que parecían surgir sueños que les recordaban momentos entrañables que allí habían vivido tiempo atrás. Y mientras estaban absortos en sus recuerdos, Agni apareció ante ellos y dirigiéndose a Arjuna, le dijo:

—Arjuna, aún tienes contigo el gandiva y las aljabas que yo obtuve de Varuna para ofrecértelo como un regalo. Ese arco, al igual que las aljabas, ya han cumplido su propósito y ya no lo necesitas más; por favor, devuélveselo a Varuna.

Arjuna sintió como un desgarrón en su corazón, pero depositándolo en el suelo se postró ante él y luego, con lágrimas en sus ojos, devolvió su arma favorita arrojándola al océano.

Los pandavas continuaron su viaje hacia el norte y pronto llegaron a la gran cadena montañosa de los Himalayas, la cruzaron y se encontraron con el monte Meru. Mientras iban ascendiendo, Draupadi de repente cayó al suelo sin vida, lo cual les causó un gran dolor a todos, Bhima se había quedado sin poder hablar y tras reponerse le preguntó a Yudhisthira por qué Draupadi había caído muerta, siendo como era una mujer sin tacha. Yudhisthira le dijo:

—Bhima, aunque todos nosotros éramos sus esposos ella tenía cierta preferencia por Arjuna, ese fue el único pecado que ella cometió. A parte de eso era una mujer pura, pero esa ha sido la razón por la que no ha podido seguir más adelante.

La dejaron allí y continuaron ascendiendo. Shadeva fue el siguiente en caer, Yudhisthira le explicó a Bhima que la causa de su muerte era lo orgulloso que estaba de su sabiduría. Luego, más adelante, murió Nakula y la explicación que Yudhisthira dio fue que era muy vanidoso debido a su belleza. El siguiente en caer muerto fue Arjuna, y en esta ocasión Yudhisthira le explicó a Bhima que la muerte de Arjuna se debía a que había jurado que él solo mataría a todos los enemigos y que diciendo eso había insultado a todos los otros grandes héroes. Ambos siguieron ascendiendo hasta que más adelante

cayó Bhima y preguntándole a Yudhisthira por qué tenía que morir sin poder avanzar más, éste le respondió: —Mi amado Bhima, siempre has sido un ser muy querido para mí, pero la única falta que puedo encontrar en ti es que siempre te has jactado de tu fortaleza y que también eras un poco glotón, si no fuera por eso no habría nadie como tú en este mundo entero.

Yudhisthira se quedó solo, pero siguió subiendo y subiendo en busca de la paz.

Desde que salieron de Hastinapura, un perro les había estado siguiendo caminando junto a ellos durante todo el trayecto, Yudhisthira había perdido a sus hermanos y a su querida reina, pero este perro aún permanecía con él y juntos recorrieron el último trecho hasta llegar al final del camino. De repente, Yudhisthira se sintió deslumbrado por un intenso brillo y vio a Indra descender en su carro. Cuando llegó a tierra, Indra descendió de él y se acercó a Yudhisthira diciéndole:

—Yudhisthira, debes subir a este carro, yo mismo lo he traído como una muestra especial de honor. Por favor, ven conmigo a los cielos.

Yudhisthira no quería ir al Cielo sin sus hermanos y sin Draupadi, y le dijo:

—Mis hermanos y mi amada Draupadi emprendieron este viaje junto conmigo pero han caído antes de completar el trayecto; han abandonado sus cuerpos humanos y ahora no sé a dónde han ido. Pero a menos que ellos vengan conmigo yo no iré contigo.

Indra le sonrió y le dijo:

—Mi querido Yudhisthira, ellos también han ido al Cielo después de haber abandonado el cuerpo humano, pero a ti se te ha pedido que vengas conmigo; se te ha concedido el privilegio de entrar en la morada de los dioses con tu forma humana.

Yudhisthira dijo:

—Me siento muy honrado por tu venida, mi señor, y ahora que me aseguras que allí voy a encontrarme con mis seres queridos, ya estoy dispuesto a irme contigo al Cielo. Pero también quería pedirte que me permitieses llevarme este perro conmigo. Ha estado junto a mí desde que salimos de Hastinapura, se ha entregado a mí y me gustaría llevármelo conmigo al Cielo.

Indra se echó a reír al ver el amor tan tonto que aquel hombre sentía por un perro y le dijo:

—Yudhisthira, a ti se te ha otorgado la inmortalidad, ya eres igual a mí, eres la persona más afortunada de este mundo. Por favor, no pierdas todo esto debido a tu amor por un perro; en el Cielo no hay lugar para perros. Por favor, abandona esa idea y ven conmigo. Yudhisthira sacudió su cabeza negativamente y dijo:

—Mi señor, me estás pidiendo que haga algo que no puedo hacer. Este perro ha compartido conmigo todas las penas y vicisitudes del camino y se ha entregado a mí; yo no puedo abandonarlo.

Indra dijo:

—Eres necio; has llegado hasta el umbral del Cielo y aun así, todavía te dejas afectar por tus sentimientos humanos. Yo no puedo subir este perro a mi carro.

Yudhisthira dijo:

—Todas las acciones por las que he ganado este Cielo perderán sus méritos si actúo sin compasión hacia este perro. Siempre ha sido mi norma el jamás abandonar a alguien que dependiera de mí y este perro está dependiendo de mí. No puedo abandonarle e irme.

Indra dijo:

—Tú has abandonado a todos tus hermanos y a tu reina, ¿acaso quieres a este perro más que a todos ellos? Yudhisthira dijo:

—Todos ellos estaban muertos, no podía devolverles la vida. No les habría abandonado si aún estuviesen con vida y ese es el caso de este perro; está vivo y no puedo abandonarlo. No entraré al Cielo a menos que se me permita traer este perro conmigo. Puedes estar seguro.

En ese momento el perro cambió su forma asumiendo la forma de su padre, el Dharma. Le dijo:

—Hijo mío, estoy orgulloso de ti, te has ganado mi corazón con tu compasión. Anteriormente, en otra ocasión, en Dwaitavana, cuando estabas ante la presencia de tus hermanos que habían muerto, puse a prueba tu amor por la justicia y saliste victorioso de ella al pedirme que devolviera la vida a Nakula. Hoy te he vuelto a probar y me has complacido. Ve con Indra al Cielo que te has ganado.

El lugar estaba lleno de habitantes de los cielos que se agolpaban para ver a la primera persona que iba a subir a los cielos en cuerpo humano, nunca antes había sucedido una cosa igual. Narada dijo:

—Yudhisthira, dentro de poco estarás en compañía de todos tus antepasados; los grandes reyes que gobernaron la Tierra antes que tú. Podrás quedarte con ellos para siempre. Yudhisthira dijo:

—Me siento honrado por tus palabras, mi señor.

Yudhisthira subió al gran carro de Indra que se elevó por los aires y viajó a través del cielo.

El viaje concluyó en una ciudad llamada Amaravati. Yudhisthira fue trasladado al gran salón donde Narada le esperaba para presentarle a todos los grandes reyes que estaban allí. Le dijo:

—Fíjate, todos estos reyes fueron tus antepasados, han perfumado las páginas del tiempo con sus buenas acciones y su fama duradera. Ahora tú eres uno de ellos.

Yudhisthira miraba alrededor fijándose en las caras de todos los que allí estaban y luego dijo:

—No veo aquí a mis hermanos ni tampoco a mi reina. Yo quiero ir a donde han ido mis hermanos, no quiero para mí ningún otro lugar. Quiero que me lleven donde están mis hermanos.

Indra escuchó sus palabras y le dijo:

—Yudhisthira, quédate aquí en este gran salón, tú te has ganado un lugar en el Cielo; eres el rey más justo que ha gobernado jamás en la Tierra, por ello es justo que te quedes aquí. ¿Por qué permites que te afecten aún las emociones mundanas? Ya no estás en la Tierra, estás en el Cielo; desecha ese estúpido amor por tus hermanos. Puedes quedarte aquí y ser feliz.

Yudhisthira escuchaba lo que Indra estaba diciendo, pero sus ojos miraban a todas partes buscando incesantemente a sus hermanos sin que pudiera encontrarles por ningún sitio.

Yudhisthira miró a Indra y le dijo:

—Tú eres el señor de los dioses y me estás concediendo el privilegio, el gran privilegio, de quedarme contigo. Pero, mi señor, yo no puedo quedarme en este lugar ni un solo momento más; mis hermanos no están aquí y sin ellos, este Cielo será para mí igual que el infierno y por ello estoy dispuesto a renunciar a este gran privilegio que se me ha concedido. Tienes que decirme dónde están y llevarme al lugar donde pueda encontrarme con ellos. Llévame al lugar donde pueda encontrar a mi amado Bhima y a Arjuna, quiero estar con mis hermanos Nakula y Shadeva, quiero ir allí donde haya ido la mejor de las mujeres, Draupadi, de hermosas proporciones y piel oscura; dotada de gran inteligencia y de recta conducta.

Todos le miraban fijamente, estaba un poco sobresaltado y su mirada aún seguía escudriñando entre los rostros de los presentes tratando de encontrar a sus hermanos, cuando de repente, sus ojos vieron a Duryodhana.

Libro 18
Apoteosis
(Svargarohanika Parva)

Capítulo I

LAS LEYES DEL CIELO

18. Svargarohanika [Apoteosis].

DURYODHANA estaba en aquel Cielo que Yudhisthira había ganado con tantísimo esfuerzo; estaba sentado en un sillón con incrustaciones de joyas resplandeciendo en todo su esplendor en medio de todos los reyes que habían enriquecido la Tierra con sus buenas acciones. Yudhisthira no salía de su asombro, dijo:

—No puedo soportar ver a Duryodhana aquí, él ha sido la causa de la muerte de muchos reyes de la Tierra y ha sido un hombre pecador; no me agrada en absoluto verle aquí. No me quedaré en este Cielo con Duryodhana como mi compañero. Escuchadme, dioses, por favor, sacadme de aquí y llevadme junto a mis hermanos, no puedo permanecer aquí por más tiempo.

Narada le sonrió dulcemente y le dijo:

—Escúchame, Yudhisthira, te explicaré cómo tu primo Duryodhana ha alcanzado este lugar. Él se ganó el Cielo porque murió luchando y todos los reyes le quieren mucho. Su alma quedó limpia porque murió luchando como un valiente. Es cierto que ha estado maltratando a gente buena como tú durante años y que ha sido la causa de la muerte de muchos héroes, eso es verdad; pero, hijo mío, Duryodhana hizo honor a su nacimiento, él era un kshatrya y murió como han de morir los kshatryas. Él nunca tuvo miedo y gobernó su reino con justicia, no debes juzgarle como lo hacen los seres humanos: las leyes del Cielo son diferentes de las de la Tierra. Todos los pecados de un kshatrya son perdonados si muere con nobleza. Además, Duryodhana murió en un lugar santo llamado Samantapanchaka. Balarama sugirió que el duelo se celebrase allí para garantizarle su destino en el Cielo. También las penitencias de Gandhari son en parte responsables de que él esté ahora aquí. Tienes que olvidar tu enfado con Duryodhana, esto es el Cielo, Yudhisthira; en el Cielo no hay cabida para la enemistad. Yudhisthira escuchaba todo cuanto Narada le decía, pero su cuerpo temblaba por la ansiedad de encontrarse con sus hermanos, y dijo:

—Mi señor, yo soy un extraño en el Cielo, no conozco las leyes del Cielo. Aún soy un ser humano y tengo los sentimientos de un hombre de la Tierra, y me pregunto qué ha pasado con mis hermanos. Si este pecador de Duryodhana ha merecido este Cielo, ¿qué me dices de mis hermanos? Ellos jamás se han apartado del camino de la verdad y el deber, y son grandes héroes. Quiero ver qué lugar les ha sido asignado a ellos y también quiero ver a mi hermano mayor, Radheya. Estoy ansioso por ver a Satyaki y a Dhrishtadyumna. Quiero ver a todos los amigos que murieron por mí. Quiero ver a mi hijo Abhimanyu y también quiero ver a mi amigo Krishna. Por favor, llévame a donde están ellos.

La voz de Yudhisthira era ya un gemido de agonía, su impaciencia empezaba a tomar un aspecto patético y volviendo a hablar dijo:

—Tampoco veo aquí a los muchos reyes que murieron por mí. Radheya debería estar aquí y tampoco le veo. ¿Dónde está Abhimanyu?: yo no entiendo las leyes del Cielo. Sólo seré feliz cuando esté con mis hermanos.

Indra, dirigiéndose a sus asistentes les dijo:

—Llevadle allí. Si está decidido a encontrarse con ellos, llevadle allí. Los asistentes emprendieron el camino guiando a Yudhisthira, el cual les seguía. Caminaron durante mucho tiempo recorriendo un largo sendero y poco a poco, el brillo y la belleza que había en el Cielo se iba disipando, la luz iba perdiendo intensidad gradualmente hasta casi tornarse oscuro el camino. Al cabo de un tiempo la oscuridad era ya total, la atmósfera estaba empapada de olores pestilentes haciéndose casi imposible respirar. Por todas partes se veían cadáveres corruptos, gusanos y cosas horribles. Yudhisthira dijo:

—¿Por qué es tan horrible este lugar? ¿Dónde están mis hermanos? Los asistentes de Indra no respondieron nada y Yudhisthira volvió a preguntar:

—¿A qué dios pertenece esta parte del Cielo? Me gustaría saberlo.

Entonces los guías le respondieron:

—Mi señor, este sendero conduce al lugar donde están tus hermanos y hemos recibido órdenes de seguir guiándote mientras tú puedas soportarlo y quieras continuar. Puede que este lugar te resulte insoportable y quieras volver de nuevo. Yudhisthira ya no podía sostenerse sobre sus pies, el aire estaba completamente enrarecido por aquellos olores putrefactos. Se detuvo por un momento y decidió regresar, pero cuando ya estaba a punto de dar la vuelta escuchó unas voces que le hablaban, las voces decían: « Yudhisthira, por favor, no te vayas, por favor no te vayas. Por favor, quédate donde estás; tu presencia nos alivia de nuestros sufrimientos, tú eres justo y tu presencia atenúa nuestra agonía trayéndonos una brisa fresca y de dulce aroma. Por favor no te vayas. » Aquellas voces le eran familiares, y Yudhisthira preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros, los que me pedís ayuda? Las voces le respondieron: « Soy Radheya », « Soy Bhima ». Yudhisthira escuchó las voces de todos sus hermanos, la de

Draupadi y la de Dhrishtadyumna. Yudhisthira estaba totalmente anonadado. Aquello le enfurecía hasta casi hacerle perder el control y dijo:

—¿Por qué están aquí? Ellos están libres de pecado: no puedo entender las leyes del Cielo. A un pecador como Duryodhana se le concede el Cielo, brillando en todo su esplendor como un segundo Indra, y mis hermanos y Draupadi y todos mis seres queridos están en el infierno. ¿Estoy despierto o estoy dormido? ¿Es esto acaso una pesadilla? —Yudhisthira miró fijamente a los asistentes de Indra y les dijo—: He escuchado las voces de mis hermanos, así que ya os podéis ir junto a vuestro señor y decidle que no iré a donde está sino que me quedaré aquí, ya que mi compañia alivia las penas de estos hermanos míos. Decidle que Yudhisthira ha encontrado el Cielo.

Yudhisthira no había permanecido allí por más que un momento cuando Indra y todos los otros dioses del Cielo vinieron a aquel lugar. Al tiempo que llegaban, el lugar cambió completamente de apariencia; la oscuridad se disipó y todos aquellos malos olores desaparecieron también, el aire se volvió fresco y puro. Todo aquello era muy misterioso para Yudhisthira. Entonces Indra sonriéndole le dijo:

—Las huestes celestiales están complacidas contigo, Yudhisthira: Hoy te has ganado el Cielo. Tu amor por tus hermanos es maravilloso. La ley ordena que todos los reyes han de contemplar el infierno y esa es la razón por la que has venido aquí. También tenías que expiar la mentira que le dijiste a Drona cuando fue aniquilado, pero ahora ya estás libre de pecado.

»Dices que no puedes entender las leyes del Cielo, pues bien, te explicaré: Un hombre cuyos pecados son mayores que sus buenas acciones viene primero al Cielo y después de que expira el tiempo de estancia en el Cielo que se le ha adjudicado, va al infierno. Pero un hombre cuyas buenas acciones sean más que sus pecados, va primero al infierno y reside allí por un tiempo y una vez expiadas sus culpas, entonces alcanza el Cielo. Tus pecados han sido pocos, en realidad sólo uno, el que te he dicho: una mentira. Y en cuanto a tus hermanos, ya le explicaste a Bhima los pecados que habían cometido, por ello han tenido que permanecer en el infierno durante un tiempo, pero ya han expiado todos sus pecados. También Dhrishtadyumna tuvo que permanecer en el infierno durante un tiempo, pero todos ellos están ahora en el Cielo. Ven conmigo, las voces y todo lo que has visto no era más que una ilusión; tus hermanos no están aquí. Ven conmigo, te los mostraré.

Entonces Dharma intervino y dijo:

—Esta ha sido la tercera y última prueba: has probado ser mi digna imagen. Yo he sido el responsable de todas estas pruebas por las que has pasado. La primera fue en el bosque Dwaita con mis preguntas cuando llegaste al lago en busca de leña. Tomando la forma de un perro te puse la segunda prueba cuando tus hermanos con Draupadi habían

caido. Esta era la tercera prueba; has expresado tu deseo de quedarte en el infierno por el bien de tus hermanos: has quedado limpio. Ahora ven y reúnete con todos tus hermanos en el Cielo.

Llevaron a Yudhisthira al río Ganges que fluye en el Cielo[39] y lo bañaron en él. Después de aquel baño se desprendió totalmente de su cuerpo humano y adoptó un cuerpo celestial. También se desprendió de toda su enemistad y toda su tristeza; su estado mental era de dicha. Luego, Yudhisthira partió hacia la corte celestial junto con los dioses.

Entraron en el gran salón de Indra y allí estaba Govinda[40] sentado en medio de todos los dioses, radiante en su forma de Brahma. A su lado estaba sentado Arjuna sonriéndo a Yudhisthira. Todos se pusieron de pie y fueron a su encuentro para darle la bienvenida. Con ellos estaba también Radheya, su hermano querido, que estaba con los doce soles. Yudhisthira también vio a Bhima rodeado de los maruts. Nakula y Shadeva estaban con los aswinis. Draupadi también estaba allí brillando como una gran llama rodeada por sus hijos. Todos fueron a su encuentro para darle la bienvenida al Cielo. Satyaki y todos los héroes de la casa de los vrishnis también estaban allí. Allí estaba Abhimanyu, al lado de la tranquila y encantadora Luna. Dhrishtadyumna estaba al lado de Agni y Bhishma estaba con los Vasus. Drona estaba al lado de Brihaspati y también estaba allí Duryodhana, cuyos pecados habían sido todos redimidos ya. Vidura estaba en compañía del Dharma. Todos brillaban cada uno con su propio fulgor.

Capítulo II

TODOS AQUELLOS HÉROES REGRESARON A SU PROPIA NATURALEZA

JANAMEJAYA dijo:

— Bhishma y Drona, aquellas dos personas de elevado espíritu, el rey Dhritarashtra, y Virata y Drupada, y Sankha y Uttara. Dhrishtaketu y Jayatsena y el rey Satyajit, los hijos de Duryodhana, y Shakuni el hijo de Subala, los poderosos hijos de Karnas, el rey Jayadratha, Ghatotkacha y otros que has mencionado, los otros reyes heroicos de formas cegadoras, dime: ¿Durante qué período permanecieron en el cielo?. ¿Consiguieron un lugar eterno en el cielo? ¿Qué fué de aquellos hombres cuando llegaron al fin de sus días?.

Vaisampayana dijo:

[39]Según la tradición hindú, el Ganges tiene tres cursos. El del Cielo se llama *Suradhani* o *Mandakini*; el de la Tierra *Ganga*; y el de las regiones inferiores, *Bhogavati*.

[40]Krishna

— Oh rey, no todos los hombres son capaces de regresar a su propia naturaleza al término de su vida. La cuestión que habéis planteado de si un ser es capaz o no de regresar a su propia naturaleza es sin duda una profunda cuestión. Es incluso un misterio para los dioses. Escucha, oh rey, lo que nos fué explicado por el gran Vyasa de poderosa energía, de visión celestial y de enormes poderes; aquél anciano asceta, hijo de Parasara, que siempre observa elevados votos. Dotado de inmenso entendimiento, omnisciente, y que por lo tanto conoce la finalidad asociada a todos los actos.

»El poderoso Bhishma alcanzó el estatus de los Vasus, que ahora vuelven a ser ocho. Drona se fundió en Brihaspati, aquél destacado descendiente de los Angirasas. Hridikas, el hijo de Kritavarma se unió a los Maruts. Pradyumna a Sanatkumara de donde había surjido. Dhritarashtra alcanzó las regiones tan difíciles de conseguir que pertenecen al Señor de los Tesoros. La famosa Gandhari alcanzó las mismas regiones que su esposo Dhritarashtra. Pandu, con sus dos esposas entró en la morada del gran Indra.

»Tanto Virata como Drupada, el rey Dhrishtaketu, y también Nishatha, Akrura, Samva, Bhanukampa, y Viduratha, y Bhurishrava y Sala y el rey Bhuri, y Kansa, y Ugrasena, y Vasudeva, y Uttara, aquél foremost de los hombres, con su hermano Sankhaall esas foremost de las personas se unieron a los dioses.

»El poderoso hijo de Soma llamado Varchas fué Abhimanyu, el hijo de Arjuna. Habiendo luchado de acuerdo a las leyes de los Kshatriya, con tanta bravura como nadie jamás ha sido capaz de mostrar, volvió a su esencia, Soma.

»Karna se reintegró en Surya (El Sol), Shakuni en Dwapara, y Dhrishtadyumna en Agni, el dios del fuego.

»Los hijos de Dhritarashtra eran todos Rakshasas de enorme fiereza. Santificados por la muerte causada por las armas, aquellos seres de elevado espíritu y prosperidad, todos consiguieron alcanzar los cielos. Tanto Kshattri como Yudhishthira se reintegraron en Dharma, el dios de la Justicia. El santo e ilustre Ananta (que había nacido como Balarama) procedió a las regiones bajo la Tierra. Por mandato del propio Brahma, Ananta, ayudado por sus poderes yóguicos, soportó la Tierra. Vasudeva era una porción de aquel dios de dioses conocido como Narayana. Consecuentemente entró en Narayana. 16,000 mujeres se habían casado con Vasudeva y eran ahora sus viudas. Cuando les llegó su hora, O Janamejaya, se metieron en el Sarasvati. Dejando sus cuerpos humanos allé, ellas re-ascendieron a los cielos. Convertidas en Apsaras, ellas se acercaron a la presencia de Vasudeva.

»Aquellos poderosos y heroicos guerreros, Ghatotkacha y otros, que murieron en la gran batalla, alcanzaron unos el estatus de dioses, otros el de Yakshas. Aquellos que habían peleado al lado de Duryodhana habían sido Rakshasas. Gradualmente todos ellos alcanzaron excelentes regiones de felicidad. Aquellos grandes entre los hombres

procedieron, unos a la morada de Indra, otros a la del inteligente Kuvera, y otros a la de Varuna. »

AQUÍ TERMINA EL RELATO DE
VAISAMPAYANA AL REY JANAMEJAYA

Capítulo III

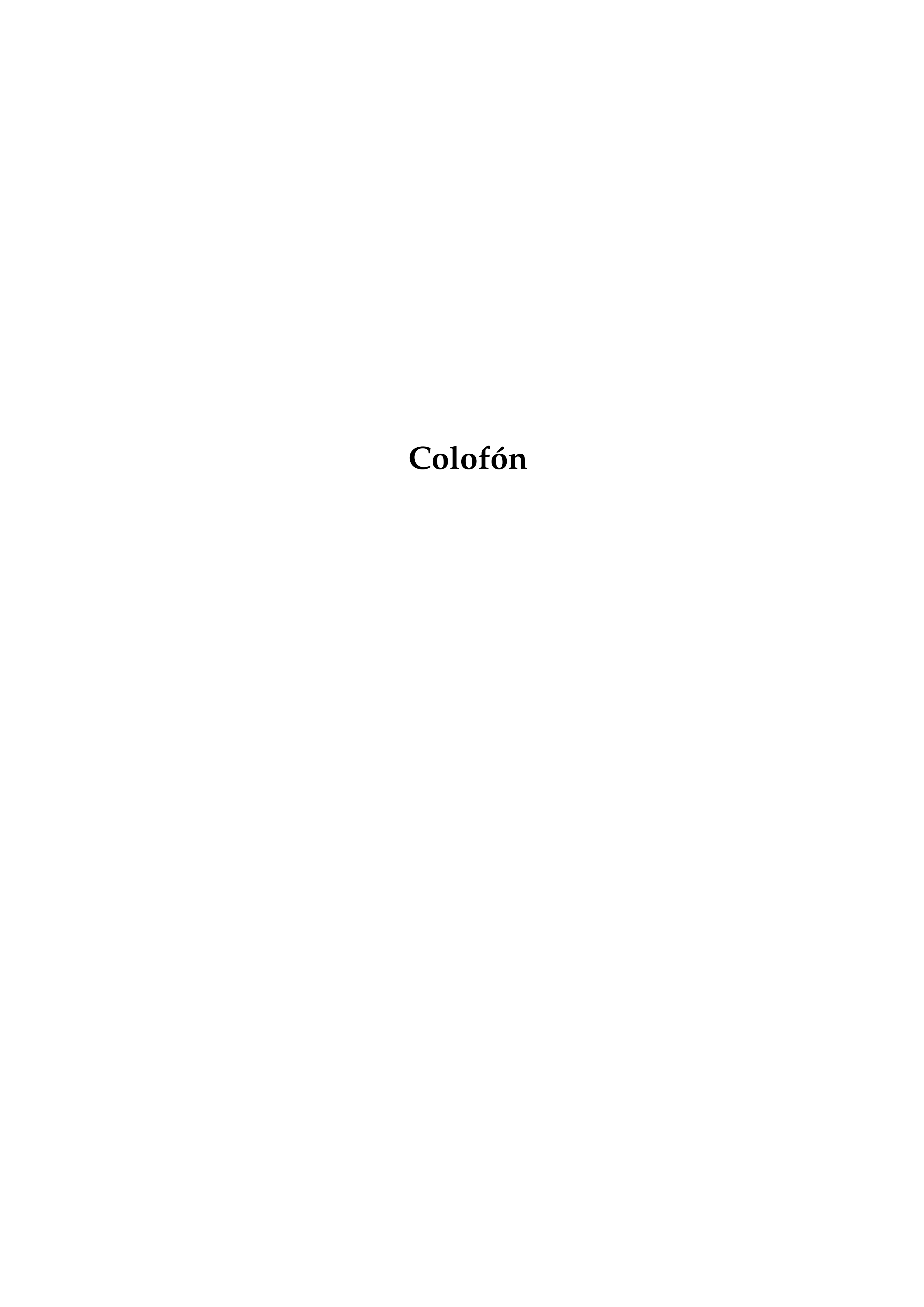
CONCLUSIÓN

SAUTI continuó:

Después de oir en su totalidad el relato del Bharata que Vaisampayana recitó en los intervalos entre los ritos sacrificiales, el rey Janamejaya quedó invadido por el asombro mientras que Astika se sentía feliz de haber salvado a las serpientes[41]

Los sacerdotes habían terminado los últimos ritos. Entonces el rey, como muestra de agradecimiento, ofreció abundantes presentes a todos los bramines, los cuales, tras ser agasajados de esta forma por el rey, regresaron a sus respectivas moradas. Cuando todos se hubieron marchado Janamejaya regresó de Takshasila a la ciudad del elefante[42].

[41] Ver el *Libro de Astika*.
[42] Hastinapura.



Colofón

Últimos Comentarios de Sauti

Capítulo I

ÚLTIMOS COMENTARIOS DE SAUTI

¡OH rey Saunaka!, os he contado todo lo que Vaisampayana, a petición de Vyasa, narró al rey Janamejaya en su sacrificio de las serpientes. Es una historia sagrada que santifica a quien la escucha. Fué compuesta por Krishna Dwampayana, el asceta de palabras veraces. Él es omnisciente, conocedor de todas las ordenanzas y de todos los deberes, piadoso, capaz de percibir lo que va más allá de los sentidos, puro, con un alma limpia por la práctica de penitencias, poseedor de los seis altos atributos y devoto del Yoga Sankhya. Él compuso esto contemplándolo todo con un ojo celestial que ha sido reforzado por diversos conocimientos. Lo hizo deseando esparcir por el mundo la fama de los Pandavas y de otros Kshatriyas dotados de gran energía.

Todo hombre estudioso que recita esta historia ante una atenta audiencia queda limpio de todo pecado, conquista los cielos, y alcanza el estatus de Brahma. Aquél que escucha con total atención la recitación completa de este Veda compuesto por el-nacido-en-una-isla, queda limpio de un millón de pecados aunque sean tan graves como el homicidio de un Brahmin. Los pecados cometidos durante el día por los sentidos o la mente son todos lavados antes del anochecer al recitar una porción del Mahabharata. Cualesquiera sean los pecados cometidos durante la noche por un Brahmana en medio de las mujeres quedan todos lavados antes del amanecer al recitar una porción del Mahabharata.

Esta obra trata de la raza de los Bharatas, por tanto, es conocida como Bharata. Y por su importante contenido se conoce como Mahabharata. He who is versed in interpretations of this great treatise, becomes cleansed of every sin. Such a man lives in righteousness, wealth, and pleasure, and attains to Emancipation also, O chief of Bharatas race.

Aquello que se encuentra aquí se encuentra en otras partes. Aquello que no se encuentra aquí no se encuentra en ninguna parte.

Esta historia debe ser escuchada por todo aquél que desee la Emancipación. Debe ser leída por brahmines, reyes, y mujeres en gestación. Tales mujeres tendrán un hijo

o hija altamente benditos. El poderoso Krishna Dwaipayana, que ya no tendrá que regresar nunca a este mundo y que es la misma Emancipación hecha hombre, hizo un resumen del Bharata movido por el deseo de ayudar en la causa por la justicia. Luego hizo otra compilación que constaba de seis millones de versos. Tres millones de esos fueron colocados en la región de los dioses. En la región de los *Pitris*[43] un millón y medio; mientras que en la región de los Yakshas un millón cuatrocientos mil y cien mil entre los seres humanos.

Narada recitó el Mahabharata a los dioses; Asita-Devala a los Pitris; Suka a los Rakshasas y los Yakshas; y Vaishampayana a los seres humanos. Esta historia es sagrada y considerada igual a los Vedas. Todo hombre, ¡oh Saunaka!, que escucha esta historia colocando a un brahmín ante él, adquiere fama y la fructificación de todos sus deseos. Aquél que con ferviente devoción escucha recitar el Mahabharata, alcanza grandes éxitos como consecuencia del mérito que tiene la comprensión de incluso una pequeña parte. Todos los pecados de aquél que recita o escucha esta historia con devoción quedan lavados.

[43]Pitris: Los espíritus de los antepasados.